"Superb."—*The New York Times*

EL VIAJERO

GARY JENNINGS

Lectulandia

Sinopsis

Estando Marco Polo en su lecho de muerte, se reunieron a su alrededor su capellán, sus amigos y parientes, suplicándole que renunciara finalmente a las incontables mentiras que había hecho pasar por aventuras reales, para que así su alma subiera al cielo purificada. El anciano se incorporó, los maldijo a todos rotundamente y declaró: «No he contado ni la mitad de lo que hice ni de lo que vi.»

(Según fra Jacopo D'Acqui, contemporáneo de Marco Polo y su primer biógrafo).

Lectulandia

Gary Jennings

El viajero

ePUB v1.0

GranOso 01.05.12

más libros en lectulandia.com

Editorial: Planeta colombiana Editorial S. A. 1992
Título original: *The Journeyer*
Autor: Gary Jennings
Publisher: Simon & Schuster Trade (1983).
Traducción: María del Mar Moya y Miquel Muntaner
Ilustraciones: Portada preparada por GranOso

Editor original: GranOso (v1.0 a v1.x)
ePub base v2.0

Para Glenda

CY APRES COMMENCE

LE LIURE
DE MESSIRE MARC PAULE

DES DIUERSES
ET GRANDISMES
MERUEILLES DU MONDE

¡Acercaos, grandes príncipes! ¡Acercaos,
emperadores y reyes, duques y marqueses,
caballeros y burgueses! ¡Acercaos, vosotros, gentes de toda posición, que deseáis ver las muchas caras
de la humanidad y conocer las diversidades
del mundo entero! Tomad este libro
y leedlo, o haced que os lo lean.
En él encontraréis los mayores prodigios
y las maravillas más extraordinarias…

¡Ah, Luigi, Luigi! En la gastada y arrugada ampulosidad de estas viejas páginas oigo de nuevo tu voz.

Han pasado muchos años desde que leí por última vez nuestro libro, pero cuando llegó

tu carta lo fui de nuevo a buscar. Aún me hace sonreír y al mismo tiempo lo admiro. Lo admiro porque me ha hecho famoso, por inmerecida que sea esta fama; y sonrío por el descrédito que me ha acarreado. Ahora me dices que querrías escribir otra obra, un poema épico esta vez, incorporando de nuevo las aventuras de Marco Polo —suponiendo que yo lo acepte —, pero atribuyéndoselas a un protagonista inventado. Me viene a la memoria nuestro primer encuentro en las celdas de aquel palazzo genovés, al que habíamos ido a parar como prisioneros de guerra. Recuerdo con qué

timidez te acercaste a mí, y con qué reticencia me hablaste:

—Micer Marco, yo soy Luigi Rustichello, natural de Pisa, y estoy aquí cautivo desde

mucho antes de que vos llegarais. Os he escuchado contar aquella divertida y obscena historia del hindú cuyo ejem quedó atrapado en el agujero de la roca santa. Os la he oído contar ya tres veces. Una vez a vuestros compañeros de prisión, la siguiente al carcelero, y aún otra vez más al limosnero de la Hermandad de Justicia que nos visita.

—Y estáis harto de oírla, ¿verdad, micer? —te pregunté.

Y tú dijiste:

—No, en absoluto, micer; pero vos sí os hartaréis pronto de contarla. Muchas otras personas querrían escuchar esa historia y todas las demás que alguna vez habéis contado, y las que quizá aún no habéis narrado. Antes de que os canséis de relatarla, o de que la propia historia os aburra, ¿por qué no me contáis a mí todos los recuerdos de vuestros viajes y aventuras? Contádmelos una sola vez, y dejadme que los ponga sobre el papel. Escribo con cierta facilidad y tengo mucha experiencia. Vuestras narraciones pueden convertirse en un buen libro, micer Marco, y entonces multitud de personas podrán leerlas por su cuenta.

Y así lo hice, y así lo hiciste tú, y asimismo lo han hecho las multitudes a que te referías. Muchos otros viajeros escribieron sus viajes antes que yo, pero ninguna de esas obras disfrutó nunca de la popularidad inmediata e ininterrumpida de nuestra Descripción del Mundo. Tal vez se deba, Luigi, a que decidiste transcribir mis palabras al francés, la lengua occidental más conocida. O quizá porque mis historias quedaban mejor al escribirlas tú que al contarlas yo. En cualquier caso, y ante mi sorpresa, nuestra obra fue muy leída, comentada y buscada. La copiaron y recopiaron, y se ha traducido ya a casi todas las demás lenguas de la cristiandad, y también de esas versiones han salido y circulado incontables copias.

Pero en ninguna de ellas se cuenta la singular historia del angustiado hindú y la piedra que violó.

Cuando en aquella fría y húmeda prisión genovesa yo me sentaba a contar mis recuerdos y tú a darles su correcta expresión, decidimos relatarlos sólo con las palabras más adecuadas. Tú debías tener en cuenta tu reputación, y yo el nombre de mi familia. Tú pertenecías a los Rustichello de Pisa, y yo era un Polo de Venecia. Tú eras el romancier courtois, famoso ya por tus versiones de las historias clásicas de caballería —Tristán e Isolda, Lancelot y Ginebra, Amis y Amilión —, yo era, como me describiste en el libro, uno de los «sajes et nobles citaiens de Venece». Así pues, decidimos que nuestras páginas sólo contendrían las aventuras y observaciones que pudiésemos publicar sin escrúpulos y sin ruborizar a nadie, para que pudieran leerse sin ofender la sensibilidad cristiana de doncellas y monjas.

Después optamos por sacar del libro todas las cosas difíciles de creer para un lector que apenas hubiese salido de su casa. Recuerdo que incluso discutimos si incluir o no mis encuentros con la piedra que arde y la tela que no se quema. Y al final, muchas de las más maravillosas anécdotas de mis viajes quedaron, por así decirlo, abandonadas en el camino, a lo largo de mis vagabundeos. Suprimimos lo increíble, lo obsceno y lo escandaloso. Pero ahora me dices que quieres llenar esas lagunas, aunque sin poner en peligro mi buen nombre.

Tu nuevo protagonista se llamará monsieur Bauduin, no micer Marco, y será

natural de Cherburgo, y no de Venecia. Pero en todo lo demás, él será yo. Vivirá, disfrutará y soportará todo lo que yo hice y todo lo que callé hasta ahora, si me decido a refrescar tu memoria contándote de nuevo esas historias.

Reconozco que la tentación es grande. Será como revivir aquellos días —y aquellas noches —, y esto es algo que hace tiempo que deseaba hacer. Siempre intenté, y tú lo sabes, volver a viajar por el Lejano Oriente. Pero no, no puedes haberlo sabido. Ni siquiera lo he comentado en mi círculo familiar. Ha sido un sueño demasiado acariciado

para poder compartirlo con nadie… Sí, en algún momento pretendí marcharme de nuevo. Pero al recobrar la libertad en Génova y regresar a Venecia, los negocios familiares reclamaron mi atención, y esto me hizo dudar. Luego conocí a Donata y nos casamos. Volví a dudar una temporada, y después tuvimos una hija. Naturalmente esto me ofrecía más motivos de duda, y llegó una segunda hija y luego una tercera. Es decir, que por una u otra razón seguí dudando, y de repente un día me encontré viejo.

¡Viejo! ¡Es inconcebible! Cuando me adentro en nuestro libro, Luigi, me veo de niño, de joven, luego en mi madurez, y al final del libro soy aún un hombre lleno de energía. Pero cuando me miro al espejo, veo en él a un forastero envejecido, encorvado, gastado, debilitado por la corrosiva oxidación de sesenta y cinco años. Y murmuro: «Este viejo no puede volver a sus viajes», y entonces me doy cuenta de que este viejo es Marco Polo.

Como ves, tu carta llegó en un momento vulnerable. Y tu propuesta para que colabore a crear un nuevo libro es una oportunidad que no dejaré escapar. Si no puedo repetir lo que hice antaño, al menos puedo recordarlo y saborearlo mientras lo cuento, ya que ahora puedo hacerlo con la impunidad que me proporciona tu disfraz de Bauduin. Quizá

te sorprenda que acepte encantado este disfraz, como puede que te sorprenda también mi comentario de que el primer libro me dio un inmerecido renombre y una mala fama de la que no fui acreedor.

Nunca me he jactado de ser el primer hombre que viajó de Occidente al Lejano Oriente, ni tú pusiste en nuestro libro tal baladronada. Sin embargo, parece que ésta fue la impresión que obtuvieron muchos de sus lectores, o la de los lectores que no viven en Venecia, en donde tales fantasías resultan imposibles. En definitiva, mi propio padre y mi tío, venecianos ambos, habían ido a Oriente y regresado, antes de emprender de nuevo viaje, llevándome con ellos esa vez. También encontré en Oriente a muchos occidentales de todos los países, desde Inglaterra hasta Hungría, que habían llegado antes que yo, y algunos permanecieron allí más tiempo.

Además, con gran anterioridad a todos ellos muchos otros europeos habían pasado por la misma Ruta de la Seda que yo recorrí. Por ejemplo, el rabino español

Benjamín de Tudela, y el fraile franciscano Zuáne de Carpini, y el fraile flamenco Guillaume de Rubrouk; e igual que yo, todos estos hombres publicaron relatos de sus viajes. Hace ya setecientos u ochocientos años que los misioneros de la Iglesia cristiana nestoriana se introdujeron en Kitai, y actualmente muchos de ellos ejercen allí su ministerio. Seguramente hubo mercaderes occidentales yendo y viniendo de Oriente incluso antes de la época cristiana. Se sabe que los faraones del antiguo Egipto usaban sedas orientales, y en el Antiguo Testamento la seda se menciona tres veces. Muchas otras cosas y las palabras con que las nombramos formaban ya parte de nuestro lenguaje veneciano con gran anterioridad a mi época. Varios edificios de nuestra ciudad están decorados, Por fuera o por dentro, con esa especie de trabajo de filigrana que copiamos de los árabes, denominado desde hace tiempo arabesco. El nombre del sanguinario sassín proviene de los hassasin de Persia, hombres que mataban por fanatismo religioso estimulados con la droga del hachís. La indiana, ese tejido satinado de bajo precio, se aprendió a confeccionar en la India, en donde se le llama chint, y también fueron los habitantes de la India quienes inspiraron nuestra expresión veneciana de «far l'indian», hacer el indio, que significa comportarse de modo estúpido.

No, yo no fui el primero en viajar a Oriente o en regresar de allí. Por lo tanto, mi fama es evidentemente inmerecida mientras se deba al malentendido de que fui el primero. Pero mi descrédito es aún menos merecido, porque se basa en la suposición ampliamente divulgada de mi deshonestidad y falsedad. Tú y yo, Luigi, sólo pusimos en

nuestro libro las observaciones y experiencias que juzgamos verosímiles, pero ni siquiera así me han creído. Aquí en Venecia me llaman sarcásticamente «Marco Millones»; un apodo que no se refiere a la riqueza de ducados, sino a mi supuesta acumulación de mentiras y exageraciones. Esto en vez de molestarme me divierte, pero a mi mujer y a mis hijas las fastidia sobremanera que se las conozca por la Dona y las Damine Milioni.

De ahí que me complazca ponerme la máscara de tu ficticio Bauduin, cuando empiece a contar todo lo que no se ha dicho hasta ahora. Dejemos que el mundo, si así le place, piense que todo es ficción. Prefiero que no me crean a guardar silencio para siempre. Pero, en primer lugar, Luigi:

Por la copia del manuscrito que me enviaste junto a tu carta, para mostrarme el comienzo de la historia de Bauduin que te proponías relatar, llego a la conclusión de que tu dominio del francés ha mejorado considerablemente desde que redactaste nuestra Descripción del Mundo. Me atrevo a hacer otro pequeño comentario sobre aquel primer libro. El lector de sus páginas podía deducir que Marco Polo, durante todos sus días de viaje, había sido un hombre de entendimiento y edad razonables; y que en cierto modo hizo sus viajes por el cielo, tan alto que desde arriba podía

contemplar de golpe toda la extensión de nuestra tierra, y señalando a una región y a otra, decir con seguridad: «Esta de aquí es distinta de aquélla.»

Es verdad que

tenía cuarenta años cuando, tras mis viajes, regresé a casa. Creo que volví un poco más sabio y perspicaz que cuando me marché, pues entonces era tan sólo un adolescente con los ojos muy abiertos: ignorante, inexperto, alocado. Como cualquier viajero, también tuve que ver todos los países y lo que en ellos había no desde la ventajosa distancia de veinticinco años después, sino en el orden en que se me aparecieron durante mis viajes. Ha sido muy gentil y halagador de tu parte, Luigi, presentarme en ese primer libro como si siempre hubiera sido un hombre que todo lo ve y todo lo sabe, pero tu nueva obra seguramente saldrá ganando si las palabras de tu narrador se ajustan más a la realidad. Me gustaría sugerirte algo más, Luigi: si realmente intentas cortar a tu monsieur Bauduin según el patrón de Marco Polo, comienza su carrera por una juventud de disipación o de imprudente desenfreno y de mala conducta. Digo esto por primera vez. No salí de Venecia simplemente a la búsqueda de nuevos horizontes. Dejé Venecia porque tuve que hacerlo, o porque, en cualquier caso, Venecia decretó que me marchara.

Por supuesto, Luigi, no puedo saber si quieres que la historia de Bauduin sea exactamente paralela a la mía. Pero me dijiste «cuéntalo todo», de modo que para empezar incluso me adelantaré al principio.

VENECIA

La familia Polo ha sido veneciana, de lo cual se siente orgullosa, desde hace casi trescientos años; sin embargo no es originaria de esta península italiana, sino del otro lado del mar Adriático. Sí, procedíamos de Dalmacia, y nuestro apellido debió haber sido entonces algo así como Pavlo. Fue poco después del año 1000 cuando uno de mis antepasados desembarcó por primera vez en Venecia, donde se estableció. Él y sus descendientes debieron de alcanzar rápida notoriedad en Venecia, porque ya en el año 1094 un Doménico Polo era miembro del Gran Consejo de la República, y en el siglo siguiente lo fue también un tal Piero Polo.

El antepasado más remoto de quien guardo un tenue recuerdo fue mi abuelo Andrea. En esa época todos los hombres de nuestra Casa Polo tenían la designación oficial de Ene Aca (o sea, NH, que en Venecia significa Nobilis Homo o caballero), recibían el tratamiento de messere, y habíamos adquirido el escudo de la familia: tres pájaros sables de picos gules sobre campo de plata. En realidad se trata de un juego de palabras visual, pues nuestro pájaro emblemático es la audaz y laboriosa grajilla, que en lengua veneciana se llama la pola.

Nono Andrea tuvo tres hijos: mi tío Marco, que a mí me pusieron su nombre, mi padre Nicoló y mi tío Mafio. No sé lo que hicieron de pequeños, pero cuando fueron mayores, Marco, el primogénito, pasó a ser el representante de la compañía comercial Polo en Constantinopla, en el Imperio latino; mientras que sus hermanos se quedaron en Venecia regentando la sede central de la Compañía y cuidando del palazzo familiar. Nicoló y Mafio no pudieron satisfacer sus ansias de viaje hasta después de la muerte de Nono Andrea, pero cuando por fin salieron, llegaron más lejos que cualquier Polo antes que ellos.

En el año 1259, cuando partieron de Venecia, yo tenía cinco años. Mi padre le había dicho a mi madre que sólo pretendían ir hasta Constantinopla para visitar a su hermano mayor, ausente durante tanto tiempo. Pero según contó luego este hermano mayor a mi madre, después de pasar con él una temporada, mi padre y mi tío quisieron continuar viaje hacia Oriente. Mi madre no volvió a tener noticias de ellos, y pasados doce meses se convenció de que habían muerto. Ésta no era la idea disparatada de una mujer abandonada y afligida; era la suposición más lógica. Pues fue en aquel mismo año de 1259 cuando los bárbaros mongoles, habiendo conquistado todo el resto del mundo oriental, amenazaban con su avanzada implacable las mismas puertas de Constantinopla. Cualquier otro hombre blanco habría huido o se hubiera amedrentado ante la «Horda Dorada», sin embargo Mafio y Nicoló Polo habían seguido resuelta y temerariamente su camino en dirección a las primeras líneas mongolas, o mejor dicho, si recordamos la idea que se tenía entonces de los mongoles, en dirección a sus mordientes y babeantes fauces.

Teníamos motivos para imaginárnoslos como auténticos monstruos, ¿no es cierto? Los mongoles eran algo más y algo menos que seres humanos. Más que humanos en

su capacidad combativa y en su resistencia física. Menos que humanos por su salvajismo y su avidez de sangre. Sabíamos que incluso su comida diaria consistía en carne cruda maloliente y leche rancia de yegua. Y también se sabía que cuando en un ejército de mongoles se agotaban estas provisiones, no dudaban en elegir a suertes a un hombre entre cada diez para degollarlo y alimentar con su carne a los demás. Sabíamos que la armadura de cuero de cada guerrero mongol solamente cubría el pecho y no la espalda, de modo que si alguna vez se sentía cobarde, no pudiera dar media vuelta y huir del enemigo. Sabíamos que bruñían sus armaduras con grasa, y que la obtenían hirviendo a sus víctimas humanas. En Venecia se sabía todo esto y se repetía y contaba una y otra vez en susurros de terror, y algunas de estas cosas incluso eran ciertas. Yo sólo tenía cinco años cuando mi padre partió, pero podía compartir ya el pavor universal hacia esos salvajes del este, pues me resultaba familiar la amenazadora frase:

« ¡Se te llevarán los mongoles! ¡La orda vendrá a por ti!» Había oído aquello toda mi infancia, como cualquier otro niño cuando se merecía una regañina: « ¡La orda vendrá a buscarte si no te comes toda la sopa! ¡Si no te vas ahora mismo a la cama! ¡Si no te callas de una vez!» En esa época, las madres e institutrices echaban mano de la orda, del mismo modo con que antes se amenazaba a los niños desobedientes con un:

«Vendrá el orco y se te llevará.»

El orco es el demonio gigante al que han recurrido siempre madres y niñeras, y apenas

les costó sustituirlo por la palabra orda: la horda. Y la horda mongol era sin duda el monstruo más real y creíble; al invocarlo, las mujeres no tenían que fingir temor en sus voces. El hecho de que conocieran esa palabra demuestra que tenían motivos para temer a la orda tanto como cualquier niño. Pues correspondía a la misma palabra de los mongoles, yurtu, que originalmente significaba la gran tienda del lugarteniente de un campamento mongol, y que adoptaron, ligeramente modificada, todas las lenguas europeas, expresando con ello la imagen que los europeos tenían de los mongoles: una muchedumbre en marcha, una incontable masa, un enjambre irresistible, una horda. Pero yo ya no oí mucho tiempo más esta amenaza en boca de mi madre. En cuanto se convenció de que mi padre había muerto y desaparecido, empezó a languidecer, a consumirse y a debilitarse. Cuando yo tenía siete años murió, y sólo tengo un recuerdo de ella, de pocos meses antes de su muerte. La última vez que se atrevió a salir de nuestra Casa Polo, antes de que tuviera que guardar cama para no volver a levantarse ya, fue para acompañarme el día que me matriculaba en la escuela. Y aunque ese día pertenezca ya a otro siglo, casi sesenta años atrás, lo recuerdo con toda claridad. En aquella época, nuestra Ca'Polo era un pequeño palazzo en el confino de San Felice, dentro de la ciudad. Era la radiante hora matutina de mezza-terza cuando mi madre y yo salimos y tomamos la calle adoquinada que bordea el canal. Nuestro viejo barquero, el negro esclavo nubio Michiél, estaba

esperando con nuestro batélo amarrado a su estaca pintada a rayas, y la barca, recién encerada para esta ocasión, brillaba con todos sus colores. Mi madre y yo subimos y nos sentamos bajo el dosel. También yo vestía, para la ocasión, un bonito y nuevo atuendo: un jubón marrón de seda de Lucca, recuerdo, y calzas con suela de cuero. Y mientras el viejo Michiél nos conducía remando por el estrecho río San Felice, iba exclamando cosas como: «¡Che zentilómo!» y «¿Desséno, xestu, messer Marco?», que quiere decir «¡Vaya caballero!» y «¿Sois de verdad vos, micer Marco?»; su inhabitual admiración me hacía sentir orgulloso e incómodo, y no desistió hasta introducir el batélo en el Gran Canal, donde el denso tráfico de las barcas exigió toda su atención.

Era uno de esos días venecianos inmejorables. El sol brillaba esparciendo su luz por la ciudad de un modo difuso, sin apenas aristas. No había niebla en el mar ni calina en la tierra, y nada disminuía la intensidad de la luz. No parecía que el sol brillase con sus propios rayos, sino con una luminosidad más sutil, como relucen las velas en un candelabro de muchos cristales. Quien ha visitado Venecia conoce ya esta luz: una luminosidad que emana del polvo de perlas machacadas, perlas de color gris, rosa y azul claro, y tan finamente molido que sus partículas quedan suspendidas en el aire, y en vez de ensombrecer la luz le dan mayor lustre y suavidad al mismo tiempo. Y la luz no procedía sólo del cielo. Se reflejaba en las danzarinas aguas de los canales, que proyectaban motitas, lentejuelas y arandelas de esa luz de polvo de perlas que rebotaba sobre todas las paredes de madera vieja, ladrillo y piedra, limando así sus texturas rugosas. Ese día experimentó una tierna floración, como la de un melocotonero. Nuestra barca se deslizó bajo el único puente del Gran Canal, el Ponte Rialto; el antiguo puente de pontones, bajo y con la sección central colgante, aún no se había convertido en el puente levadizo arqueado que tenemos actualmente. Luego pasamos la Erbaria, el mercado por donde pasean los jóvenes, después de una noche de borrachera, para despejarse a primera hora de la mañana con la fragancia de las flores, hierbas y frutas. Después volvimos a dejar el canal y nos introdujimos en uno más estrecho. Al cabo de un rato mi madre y yo desembarcamos en el Campo San Todaro. Todas las escuelas de enseñanza primaria de la ciudad están situadas alrededor de esa plaza, y a esa hora parece un hervidero de niños de todas las edades que juegan, corren, charlan y se pelean, mientras esperan que comience la jornada escolar.

Mi madre me presentó al maistro, y le mostró los documentos relativos a mi nacimiento y a mi registro en el Libro d'Oro (« El Libro de Oro» es la denominación popular del Registro del Protocolo en donde la república guarda los nombres de todas sus familias Ene Aca). A fra Varisto, un hombre muy fornido y corpulento, envuelto en voluminosos ropajes, apenas parecieron impresionarles los documentos. Los miró y dijo, soltando un bufido, «Brate!», que es una palabra no excesivamente educada para referirse a un eslavo o a un dálmata. Mi madre irguió la cabeza y respondió secamente: «Venezían nato e spuá.»

—Quizá engendrado y nacido en Venecia —dijo el fraile con voz de trueno —, pero

no todavía veneciano de crianza. No lo será hasta no haberse sometido a una instrucción apropiada y hasta que no lo haya endurecido la disciplina escolar. Cogió una pluma y restregó la punta sobre la reluciente piel de su tonsura, supongo que para lubricar la plumilla, luego la mojó en un tintero y abrió un enorme libro.

—¿Fecha de confirmación? —preguntó —. ¿De la primera comunión?.

Mi madre le contestó y añadió, con cierta arrogancia, que a mí no se me había permitido olvidar el catecismo justamente después de la confirmación, como sucedía con casi todos los demás niños; todavía era capaz de repetirlo si me lo pedía, igual que el credo y los mandamientos, con la misma facilidad con que recitaba el padrenuestro. El maistro gruñó, pero no hizo ninguna anotación adicional en su gran libro. Entonces mi madre comenzó a hacer preguntas sobre el curriculum del colegio, sus exámenes, sus premios por méritos, sus castigos por faltas…

Supongo que todas las madres llevan por primera vez a sus hijos al colegio con orgullo, pero también creo que con la misma dosis de recelo e incluso de tristeza, pues abandonan a sus hijos en un misterioso reino cuyo acceso les está vedado. Apenas hay mujeres que reciban una mínima educación escolar, a menos que entren en alguna orden religiosa. Por lo tanto, en cuanto sus hijos aprenden simplemente a escribir su nombre, saltan a un nivel situado ya por siempre más fuera de su alcance. Fra Varisto contó pacientemente a mi madre que allí aprendería mi propia lengua, también el francés comercial, que me enseñarían a escribir, a leer y a calcular con números, que aprendería por lo menos las primeras nociones de latín con el Timen de Donadello, y de historia y de cosmografía con el Libro de Alejandro de Calístenes, y de religión con las historias de la Biblia. Pero mi madre insistía tanto con sus ansiosas preguntas que al final el fraile dijo, con una voz en donde se mezclaba la compasión y la exasperación:

—Dona e Madona, el niño sólo se está matriculando en el colegio. No está tomando hábitos. Lo tendremos encerrado aquí sólo las horas de luz. Usted lo tendrá el resto del tiempo.

Mi madre me tuvo durante el resto de su vida, pero ésta no fue larga. A partir de entonces, sólo oí la amenaza de «los mongoles vendrán a por ti» en boca de fra Varisto en el colegio y de la vieja Zuliá en casa. Esa mujer era una auténtica esclava, nacida en algún remoto rincón de Bohemia, de clara estirpe campesina, pues caminaba siempre anadeando, como una lavandera con un cubo de colada colgando de cada mano. Había sido doncella de mi madre antes de que yo naciera. A la muerte de mi madre, Zuliá

ocupó su lugar como niñera y tutora, y adoptó la amable denominación de zía. Zía Zuliá

no actuó con demasiada severidad en la tarea de convertirme en un joven decente y responsable —aparte de invocar con frecuencia a la orda —ni tampoco, debo

confesarlo, tuvo excesivo éxito en la misión que ella misma se había asignado. En parte esto se debió a que mi tocayo tío Marco no volvió a Venecia tras la desaparición de sus dos hermanos. Hacía demasiado tiempo que había instalado su hogar en Constantinopla, y se sentía bien allí, aunque por aquella época el Imperio

latino había sucumbido al bizantino. Mi otro tío y mi padre habían dejado los negocios de la familia al cuidado de empleados expertos y dignos de confianza, y el cuidado del palazzo en manos de empleados domésticos igualmente eficientes, por lo tanto zío Marco lo dejó todo tal cual estaba. Sólo le remitían por correo marítimo las cuestiones de mayor importancia, pero menos urgentes, para que las considerara y tomara decisiones. Organizadas de este modo, tanto la Compañía Polo como Ca'Polo siguieron funcionando tan bien como siempre.

La única propiedad de los Polo que no iba bien era yo. Al ser el último y único vástago varón de la línea de los Polo —el único en Venecia, por lo menos —, tenían que conservarme tiernamente, y yo lo sabía. No tenía edad para participar en la organización de los negocios ni de la casa (afortunadamente), pero tampoco tenía que rendir cuentas de mis propias acciones a ninguna autoridad adulta. En casa quise llevar mi vida y lo conseguí. Ni zía Zuliá ni el mayordomo, el viejo Attilio, ni ninguno de los criados inferiores se atrevieron nunca a levantarme la mano, y raramente la voz. No volví a recitar mi catecismo, y pronto olvidé los responsorios. En la escuela comencé a faltar a las clases. Cuando fra Varisto desesperaba de esgrimir a los mongoles y esgrimía la vara, yo me limitaba a hacer novillos.

Es un poco sorprendente que, después de todo, haya logrado tener un mínimo de educación formal. Pero en realidad permanecí en el colegio el tiempo suficiente para aprender a leer, a escribir, a utilizar la aritmética y a hablar el francés comercial, sobre todo porque sabía que esos conocimientos me serían útiles cuando de mayor tuviera que ocuparme de los negocios familiares. Y aprendí la historia del mundo y su descripción tal como aparece en el Libro de Alejandro. Sobre este tema lo absorbía todo, especialmente porque las grandes conquistas de Alejandro le habían llevado hacia el este, y podía imaginarme a mi padre y a mi tío siguiendo algunas de aquellas mismas rutas. Pero veía poco probable que alguna vez necesitara el latín, y cuando todos los de mi clase tenían metidas las narices en las aburridas reglas y preceptos del Timen, yo dirigía la mía hacia otros lugares.

Aunque mis mayores se quejaran de mí y me pronosticaran un final desastroso, yo no creía que mis travesuras me convirtiesen en un chico malo. Mi gran pecado, el más destacable, era la curiosidad; pero, claro, esto es un pecado según nuestros valores occidentales. La tradición insiste en que actuemos en conformidad a nuestros vecinos y semejantes. La santa Iglesia exige que creamos y que tengamos fe, que ahoguemos cualquier interrogante u opinión que proceda de nuestro propio razonamiento. La filosofía mercantil veneciana decreta que las únicas verdades palpables son las enumeradas en la línea inferior de los libros de mayor, en donde se establece el balance entre debe y haber.

Pero en mi naturaleza había algo que me impulsaba a rebelarme contra las normas aceptadas por todos los de mi edad, clase y situación. Yo deseaba vivir una vida por encima de las reglas, de las rayas de los libros de mayor y de las líneas escritas en el misal. Me sentía impaciente y quizá desconfiaba de la sabiduría tradicional; aquellos bocados de información y de exhortación tan cuidadosamente seleccionados, preparados y servidos en bandeja como platos de una comida que debía consumir y asimilar. Prefería salir yo solo a la caza del conocimiento, aunque luego lo encontrara crudo y difícil de masticar y sintiera náuseas al tragarlo, como solía sucederme. Mis tutores y preceptores me acusaban de evitar por pereza el duro trabajo necesario para conseguir una educación. Nunca comprendieron que había decidido seguir un camino mucho más duro, y que lo seguiría —hasta donde me llevara —desde aquella época infantil y durante todos los años de mi madurez.

Los días en que no asistía al colegio y no podía volverme a casa, tenía que holgazanear

por algún sitio, y a veces me entretenía en los locales de la Compagnia Polo. Entonces, como ahora, estaban situados en la Riva Ca'de Dio, la explanada del puerto abocada directamente sobre la laguna. La explanada está bordeada, a la orilla del agua, por embarcaderos de madera, con veleros y barcas amarradas proa con popa y flanco contra flanco. Hay barcos pequeños y medianos: los batéli de calado poco profundo y las góndolas de las casas particulares, los bragozi de pesca, los salones flotantes llamados burchielli. Y allí se encuentran también las galeras de alta mar mucho mayores y las galeazze venecianas, amarradas entre las cocas inglesas y flamencas, los trabacoli eslavos y los caiques levantinos. Muchos de estos navíos oceánicos son tan grandes que sus proas y baupreses asoman por encima de la calle, y proyectan sobre el empedrado, una sombra enrejada que ocupa casi todo el tramo hasta las abigarradas fachadas de edificios situados en el lado interior de la explanada. Uno de aquellos edificios era nuestro (y aún lo es): un cavernoso almacén con un reducido espacio interior para alojar el despacho.

El almacén me gustaba. Olía a los aromas de todos los países del mundo, pues en él se amontonaban y apilaban sacos y cajas, fardos y barriles con todos los productos del mundo: desde cera de Berbería y lana inglesa hasta azúcar de Alejandría y sardinas de Marsella. Los trabajadores del almacén eran tipos muy musculosos que rondaban por allí con martillos, garfios, rollos de cuerda y otras herramientas. Siempre estaban ocupados: uno, por ejemplo, envolvía en arpillera un encargo de estaño de Cornualles, otro claveteaba la tapa de un barril de aceite de oliva catalán y otro se cargaba al hombro una caja con jabón de Valencia para llevarlo al muelle, y parecía como si todo el mundo estuviera gritando continuamente y dándose órdenes: «logo!» o «a corando!»

Pero también me gustaba el despacho. En aquel estrecho gallinero estaba sentado el director de todo aquel negocio y ajetreo, el viejo contable Isidoro Priuli. Sin ningún aparente esfuerzo muscular, ni apresuramientos ni gritos, sin otro instrumento que su

ábaco, su pluma y sus libros de mayor, maistro Doro controlaba aquella encrucijada de mercancías de todo el mundo. Con un ligero golpeteo de las coloridas bolas de su ábaco y un garabato de tinta en una columna del libro mayor, podía enviar a Brujas un ánfora de vino tinto de Córcega y a Córcega, a cambio, un carrete de encajes de Flandes, y como los dos artículos pasaban por nuestro almacén, también sacaba del ánfora la cantidad de una metadella de vino y recortaba de los encajes un largo de un braccio, para cobrar así el beneficio que los Polo percibían por la transacción. La mayoría de las mercancías del almacén eran inflamables, e Isidoro no se permitía usar lámparas, ni siquiera una simple vela, para iluminar su lugar de trabajo. En cambio, había instalado en la pared, encima y detrás de su cabeza, un gran espejo cóncavo de vidrio auténtico que recogía la luz procedente del exterior y la proyectaba sobre su alta mesa. Allí sentado, frente a sus libros, maistro Doro parecía un santo muy pequeño y arrugado con un enorme halo. Yo me quedaba mirando con curiosidad sobre el borde de la mesa, maravillado de que la simple contracción de los dedos del maistro pudiera ejercer tanta autoridad, y él me contaba cosas sobre el trabajo del que tan orgulloso estaba.

—Fueron los paganos árabes, muchacho, quienes aportaron al mundo estos gusanillos que representan números, y este ábaco que sirve para contarlos. Pero Venecia fue quien proporcionó este sistema para llevar las cuentas: los libros con las páginas encaradas para dobles entradas. A la izquierda los debe. A la derecha los haber. Yo señalé una entrada de la izquierda: «A cuenta de micer Domeneddio», y pregunté

quién podía ser, por ejemplo, aquel micer.

—Mefé —exclamó el maistro —. ¿No reconoces el nombre con el cual hace negocios Dios Nuestro Señor?

Y pasó las páginas de aquel libro de mayor para mostrarme las guardas, con su inscripción en tinta: «En nombre de Dios y del Beneficio.»

—Nosotros, simples mortales, podemos ocuparnos de nuestras mercancías cuando están seguras aquí, en este almacén —me explicó —. Pero cuando salen dentro de frágiles barcos a los peligrosos mares ¿a merced de quién están, sino de Dios? Por eso le contamos como un socio en todas nuestras empresas. En nuestros libros le asignamos dos partes enteras de cada transacción de un negocio. Y si éste tiene éxito, si nuestro cargamento llega sin novedad a su destino y recibimos el beneficio esperado, entonces esas dos partes ingresan en il contó di micer Domeneddio, y al final del año, cuando repartimos dividendos, se los pagamos. O mejor dicho, los pagamos a su agente y representante en la Tierra, en la persona de la Madre Iglesia. Cada mercader cristiano hace lo mismo.

Si todos los días en que hice novillos, hubiera asistido a conversaciones tan instructivas, nadie se hubiera podido quejar. Probablemente habría recibido una educación mejor de la que podía darme fra Varisto. Pero, inevitablemente, mis

deambuleos por el puerto me pusieron en contacto con personas menos admirables que el contable Isidoro.

No quiero decir con ello que la Riva sea en modo alguno una calle de clase baja. Aunque a todas horas del día esté plagada de obreros, marineros y pescadores, también hay muchos mercaderes bien vestidos, agentes de negocios y otros comerciantes, acompañados con frecuencia j sus gentiles esposas. La Riva es también donde pasean, incluso al caer la noche con buen tiempo, hombres y mujeres de buena posición que simplemente vienen a dar una vuelta y a disfrutar de la brisa de la laguna. No obstante, entre estas personas, de día o de noche, también acechan los picaros y los rateros, las prostitutas y otros especimenes de esa chusma que llamamos popolázo. Aquí mismo estaban, por ejemplo, los golfillos que me encontré una tarde a este lado del muelle de Riva, cuando uno de ellos para presentarse me arrojó un pescado. 2

El pescado no era muy grande como tampoco lo era el chico. Tenía aproximadamente mi misma estatura y edad, y no me hizo daño cuando me tiró el pescado entre las paletillas. Pero dejó una pestilente baba sobre mi jubón de seda de Lucca, y eso era lo que había pretendido, pues los harapos que él llevaba por vestido hedían ya a pescado. Luego, se puso a danzar a mi alrededor, señalándome con júbilo y cantando un sarcástico:

Un ducato, un ducatón!

Bútelo… bátelo… zo per el cavrón!

Estos versos son un fragmento de una cantinela infantil que se canta jugando al tejo, pero él había cambiado la última palabra por otra, cuyo significado exacto yo todavía ignoraba, aunque ya sabía que era el peor insulto que un hombre puede lanzar a otro. Yo no era un hombre, ni él tampoco, pero era evidente que mi honor estaba en juego. Interrumpí su burlona danza acercándome a él y largándole un puñetazo en la cara. Le empezó a salir un chorro de sangre de un rojo intenso por la nariz. Acto seguido, caí aplastado por el peso de otros cuatro pilluelos más. Mi asaltante no estaba solo en ese muelle, y no era el único resentido por las elegantes ropas que zía Zuliá me hacía vestir los días de colegio. Durante un rato, nuestra pelea hizo traquetear las tablas del muelle. Muchos peatones se paraban a mirarnos, y algunos de los más

groseros gritaban cosas como: «¡Sácale los ojos!» y «¡Dale al mendigo una patada en el paquete!» Yo peleaba con valentía, pero solamente podía atacar a un único adversario cada vez, mientras que ellos cinco me aporreaban al mismo tiempo. Al poco rato quedé

exhausto y con los brazos clavados en el suelo, inmovilizado mientras me golpeaban como a una masa de pan.

—¡Dejadle ya! —ordenó una voz desde detrás de aquel montón de brazos y piernas

enmarañados.

Era tan sólo una aguda voz de falsete, pero enérgica y dominante. Los cinco muchachos dejaron de machacarme, y uno tras otro, aunque a regañadientes, fueron saliendo de encima mío. Cuando por fin me dejaron libre tuve que quedarme un rato tumbado y recobrar la respiración antes de poder levantarme.

Los otros muchachos arrastraban sus desnudos pies y miraban malhumorados al propietario de aquella voz. Me llevé una sorpresa al ver que habían obedecido a una simple niña. Iba tan raída y maloliente como ellos, pero era más baja y más joven. Llevaba el típico vestido corto, ajustado, en forma de tubo, que usaban todas las niñas venecianas hasta los doce años; o yo diría que simplemente llevaba los restos de uno de ellos. Tan andrajosa era la prenda, que la niña habría resultado bastante indecente si no fuera porque lo que enseñaba de su cuerpo tenía el mismo color gris mugriento que su vestido. Quizá su autoridad se debía a que era la única entre los demás picaros que llevaba zapatos, los tofi de madera, tipo zueco, propios de los pobres. La niña se me acercó y sacudió mis ropas maternalmente, las cuales ya no eran ahora tan distintas a las suyas. Entonces me informó de que era la hermana del chico a quien yo había hecho sangrar por la nariz.

—Mamá le dijo a Boldo que no se peleara nunca —explicó la niña, y añadió —: Y papá le dijo que resolviera siempre sus peleas sin ayuda de nadie.

—Preferiría que hubiera hecho caso a alguno de los dos —contesté, jadeando.

—Mi hermana es una mentirosa. No tenemos ni mamá ni papá.

—Bueno, pero si los tuviésemos, te habrían dicho esto. Y ahora, recoge ese pescado, Boldo. Ha costado demasiado robarlo. —A mí me dijo —: ¿Cómo te llamas? Éste es Ubaldo Tagiabue y yo soy Doris.

Tagiabue significa «talla de buey», y yo había aprendido en la escuela que Doris era la hija del dios pagano Océano. Esta Doris era demasiado flaca para merecer ese nombre, y también estaba demasiado sucia para parecerse a ninguna diosa del mar. Pero ella se mantenía firme como un buey e imperativa como una diosa, mientras mirábamos como su hermano recogía obedientemente el inservible pescado. En realidad no puede decirse que lo cogiera, pues durante la pelea lo habíamos pisado repetidas veces, y más o menos tuvo que ir reuniendo los trozos.

—Debiste de hacer algo terrible —dijo Doris —para conseguir que te arrojara nuestra cena.

—No hice absolutamente nada —respondí sin mentir —. Hasta que le pegué, claro. Y fue porque me llamó cavrón.

Doris parecía divertirse, y me preguntó:

—¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, significa que hay que pegarse.

Esto pareció divertirla aún más y dijo:

—Un cavrón es un hombre que deja que otros hombres usen a su mujer. Yo me sorprendí de que, significando simplemente eso, fuera un insulto tan tremendo. Conocía a varios hombres cuyas mujeres eran lavanderas o costureras, y muchos otros hombres usaban sus servicios y eso no alteraba el orden público ni provocaba la vendéta privada. Hice alguna observación a este respecto, y Doris se echó a reír.

—Marcolfo! —dijo mofándose de mí —¡Eso significa que los hombres meten sus cirios en la vaina de la mujer y juntos se ponen a hacer el baile de San Vito!

Sin duda ya has adivinado el sentido vulgar de sus palabras, así que no te contaré la extraña imagen que formaron en mi ignorante mente. Pero algunos respetables caballeros con aspecto de mercaderes que paseaban por allí en aquel momento se apartaron de Doris con sus mostachos y barbas erizados como púas cuando oyeron tales obscenidades pronunciadas en voz alta por una niña tan pequeña.

Ubaldo, que llevaba acunado entre sus mugrientas manos el cadáver mutilado de su pescado, me preguntó:

—¿Te quedas a cenar con nosotros?

No me quedé, pero aquella misma tarde Ubaldo y yo olvidamos nuestra pelea y nos hicimos amigos.

Ambos teníamos entonces unos once o doce años, y Doris tenía dos menos; en los siguientes años pasé la mayor parte del tiempo con ellos y con su séquito portuario y algo inestable de mocosos. En aquellos años podía haberme relacionado fácilmente con los retoños presumidos, remilgados, bien vestidos y bien alimentados de las lustrisimi familias, como los Balbi y los Cornari. Zía Zuliá se esforzaba en persuadirme, pero yo prefería estos amigos, más viles y vivaces. Admiraba su picante lenguaje y lo adopté. Admiraba su independencia y su actitud fichévelo ante la vida, e hice lo posible por imitarla. Cuando iba a casa o a otros lugares, no me desprendía de esas actitudes, y como era de esperar, no sirvieron para que los demás me tuvieran estima. Durante las raras ocasiones en que asistía a la escuela, comencé a llamar a fra Varisto con un par de apodos que había aprendido de Boldo —«il bel de Roma» e «il Culiseo» —y pronto todos los demás alumnos empezaron a hacer lo mismo. El fraile-maistro aguantó tal informalidad, incluso parecía sentirse halagado, hasta que poco a poco empezó a comprender que no le estábamos relacionando con la gran belleza de la antigua Roma, el Coliseo, sino que se trataba de un juego con la palabra culo, y que en realidad le estábamos llamando «Culo monumental». En casa, escandalizaba a los criados casi a diario. En una ocasión, después de haber hecho algo reprensible, oí

por casualidad una conversación entre zía Zuliá y maistro Attilio, el maggiordomo de la casa.

—Crispo! —oí exclamar al viejo. Ésa era su fina manera de proferir una blasfemia sin llegar a pronunciar las palabras «per Cristo!», pero de todos modos conseguía que su voz sonara indignada —. ¿Sabes lo que ha hecho ahora el cachorro? Ha llamado al barquero cagarruta negra y ahora el pobre Michiél se está deshaciendo en lágrimas. Es una crueldad imperdonable hablar así a un esclavo, y recordarle que lo es.

—Pero, Attilio, ¿qué puedo hacer yo? —gemía Zuliá —. No puedo pegar al muchacho y arriesgarme a dañar su preciosa persona.

El criado mayor dijo severamente:

—Mejor pegarle de joven, y aquí, en la intimidad de su casa, a que de mayor sea azotado públicamente en los pilares.

—Si pudiera tenerle siempre vigilado… —sollozaba mi niñera —. Pero no puedo seguirle por toda la ciudad. Y desde que va por ahí con esos barquerillos del popolázo…

—Acabará yendo con los bravi —refunfuñó Attilio —, si vive lo suficiente, claro. Te lo advierto, mujer: estás dejando que el chico se convierta en un auténtico bimbo vizíato. Un bimbo vizíato es un muchacho mimado hasta la médula, que es lo que yo era, y me hubiera encantado ascender de bimbo a bravo. En mi infantilismo pensaba que los bravi eran lo que su nombre indica, pero por supuesto lo eran todo menos bravos. Los furtivos bravi son los modernos vándalos de Venecia. Son jóvenes, a veces de buena familia, que no tienen moral ni empleo útil, ni talento alguno, excepto una cierta

astucia y quizá alguna noción de esgrima, y ninguna ambición excepto ganar de vez en cuando un ducado cometiendo un asesinato furtivo. A veces los alquilaban con estos fines, políticos que pretenden ascender por el camino más corto, o comerciantes que quieren eliminar competencia por el medio más fácil. Pero quienes con más frecuencia utilizan a los bravi son, irónicamente, los amantes, para deshacerse de alguien que obstaculiza su amor, como un marido inoportuno o una esposa celosa. Si ves de día a un joven contoneándose con aires de cavaliere errante, o bien es un bravo, o desea que le tomen por tal. Pero si te lo encuentras de noche, irá enmascarado y encubierto, vistiendo una moderna malla bajo su capa, y estará escondido y al acecho, alejado de toda luz. Y

cuando te apuñale con la espada o con el stiléto lo hará por la espalda. Con esto no me aparto de mi historia, porque yo mismo acabé convirtiéndome en un bravo, o en algo parecido.

Sin embargo, estoy hablando de la época en que yo era todavía un bimbo vizíato,

cuando zía Zuliá se quejaba de que frecuentara tanto la compañía de esos niños de las barcas. Como es lógico, teniendo en cuenta el sucio lenguaje y las abominables costumbres que aprendí de ellos, ella tenía buenos motivos para desaprobarlo. Pero sólo un eslavo, no nacido en Venecia, podía encontrar poco natural que yo holgazaneara por los muelles. Yo era veneciano, la sal de los mares corría por mis venas, y esto me empujaba hacia el mar. Yo no resistía el impulso porque era un niño, y relacionándome con los niños de las barcas era como más cerca podía estar del mar. Desde entonces he conocido muchas ciudades marítimas, pero ninguna que esté tan vinculada al mar como Venecia. El mar no es simplemente nuestro medio de vida —como lo es también en Génova y Constantinopla y en el Cherburgo del ficticio Bauduin

—, aquí es inseparable de nuestras vidas. Baña la orilla de todas las islas e islitas que forman Venecia, los canales de la ciudad, y a veces, cuando el viento y la marea vienen del mismo cuadrante, lame los escalones de la basílica de San Marcos y los gondoleros pueden llevar su barca remando por entre las arcadas del pórtico de la gran piazza de Samarco.

Solamente Venecia, de entre todas las ciudades portuarias del mundo, pide a la mar por esposa, y cada año reafirma estos esponsales ante sacerdotes y con toda la pompa. Volví

a presenciar la ceremonia justamente el jueves pasado. Era el día de la Ascensión, y yo era uno de los invitados de honor a bordo de la barca, con incrustaciones en oro, de nuestro dogo Zuáne Soranzo. Su espléndido buzino d'oro, conducido por cuarenta remeros, avanzaba entre una gran flota de navíos cargados de marineros, pescadores, sacerdotes cantores y ciudadanos lustrisimi, que iban en majestuosa procesión a través de la laguna. En el Lido, la más exterior de nuestras islas, el dogo Soranzo hizo la secular proclamación «Ti sposiamo, o mare nostro, in cigno di vero e perpetuo dominio», y tiró al agua un anillo nupcial de oro, mientras nuestra congregación embarcada dirigida por los sacerdotes rezaba pidiendo que la mar, en los doce meses siguientes, se mostrara tan sumisa y generosa como una buena esposa. Si la tradición es cierta, y este mismo ceremonial se ha venido celebrando cada día de la Ascensión desde el año 1000, hay una fortuna considerable de más de trescientos anillos de oro en el fondo del mar ante las playas del Lido.

El mar no sólo envuelve e invade Venecia: está dentro de cada veneciano; pone salobre en el sudor de sus brazos trabajadores, y en las lágrimas de llanto o de risa de sus ojos, e incluso en el habla de su lengua. En ningún otro lugar del mundo he oído que los hombres al encontrarse se saludaran con un alegre grito de «Che bon vento?», Esta frase significa «¿Qué buen viento?» y para un veneciano quiere decir: «¿Qué buen viento te ha arrastrado a través del mar hasta este destino feliz de Venecia?»

Ubaldo Tagiabue, su hermana Doris y los demás habitantes de los muelles usaban un

saludo incluso más breve, pero también en él había salobre. Decían simplemente «Sana capona», que es una forma reducida de «a la salud de nuestra compañía», dando por supuesto que se refieren a la compañía de la gente de las barcas. Cuando después de habernos tratado durante un cierto tiempo comenzaron a saludarme con esa frase, me sentí integrado y orgulloso de estarlo.

Aquellos niños vivían como un enjambre de ratas de puerto en el viejo casco podrido de una barcaza de remolque, embarrancada en una explanada fangosa, en el lado de la ciudad que mira hacia la laguna de los Muertos y hacia la pequeña isla del cementerio de San Michiél, o isla de los Muertos, situada más allá. En realidad, sólo pasaban las horas de sueño dentro de aquel oscuro y húmedo casco, porque el resto del día tenían que dedicarlo sobre todo a hurgar en las basuras buscando trozos de comida y de ropa. Vivían casi exclusivamente de pescado, porque cuando no les era posible robar otro alimento bajaban al mercado del pescado a la hora de cerrar, cuando según la ley veneciana los pescaderos tenían que esparcir por el suelo toda la mercancía no vendida para evitar así la venta posterior de pescado podrido. Siempre había una muchedumbre de pobres armando bronca y peleándose por esos restos que generalmente no eran más sabrosos que morralla.

Yo llevaba a mis nuevos amigos las sobras que podía salvar de la comida de casa, o lo que rateaba en la cocina. De este modo al menos añadía algunas verduras a la dieta de los muchachos cuando conseguía raviolis de col o mermelada de nabo, y huevos y queso cuando les llevaba un maccherone, e incluso buena carne cuando podía coger un pedazo de mortadela o de jamón en gelatina. De vez en cuando les proporcionaba manjares que les parecían de lo más maravilloso. Yo siempre había creído que en Nochebuena, Papa Baba llevaba a todos los niños venecianos la tradicional torta di lasagna de la temporada. Pero cuando una Navidad llevé a Ubaldo y a Doris un pedazo de ese pastel, lanzaron gritos de sorpresa y abrieron maravillados unos ojos enormes ante las pasas, los piñones, las cebollas confitadas y las pieles de naranja azucaradas que encontraban entre la pasta.

También les llevaba la ropa que podía; daba a los niños mis trajes viejos o que se me habían quedado pequeños, y a las niñas cosas que habían sido de mi difunta madre. No todo les sentaba bien, pero a ellos les daba igual. Doris y las otras tres o cuatro niñas paseaban de lo más orgullosas, envueltas en chales y vestidos tan grandes para su talla que tropezaban con las puntas. También cogí para ponérmelos cuando estaba con los niños algunos de mis viejos jubones y calzas gastados que zía Zuliá destinaba ya a la cesta de los trapos de la limpieza. Me quitaba los elegantes vestidos con los que había salido de casa, los dejaba guardados entre los maderos de la barcaza, me vestía con los jirones y parecía exactamente un pilluelo más, hasta que llegaba la hora de cambiarme de nuevo e irme a casa.

Quizá te preguntes por qué no daba dinero a los niños en vez de hacerles regalos pobres. Pero debes recordar que yo era tan huérfano como cualquiera de ellos, que estaba estrechamente vigilado, y que era demasiado joven para disponer del dinero de

los cofres de la familia Polo. El dinero de nuestra casa lo distribuía la compañía, es decir, el contable Isidoro Priuli. Si Zuliá, el mayordomo u otro criado necesitaban comprar cualquier tipo de suministros o provisiones para Ca'Polo, uno de los dos iba a los mercados acompañado de un paje de la compañía, quien llevaba el monedero, contaba los ducados, squines y soldi que gastaban y lo anotaba todo. Si yo personalmente necesitaba o quería algo y daba buenas razones para tenerlo, me lo compraban. Si contraía una deuda, me la pagaban. Pero en ningún momento estuve en posesión de más de unos cuantos bagatini de cobre sonando en mi bolsillo. Logré mejorar la existencia de los niños de las barcas, cambiando por lo menos el

ámbito de sus robos. Siempre habían rateado a los pescadores y buhoneros de su propia y miserable vecindad, dicho de otro modo, a mercaderes de poca monta casi tan pobres como ellos, y cuyas mercancías apenas merecían el esfuerzo de robarlas. Llevé a los niños a mi propio confino de clase alta, donde las mercancías expuestas para la venta eran de mejor calidad. Y allí inventamos un modo mejor de robar que el simple sistema consistente en agarrar algo y echar a correr.

La Mercería es la calle de Venecia más ancha, recta y larga, lo que quiere decir que es prácticamente la única calle que puede calificarse de ancha, recta o larga. A cada lado se alinean tiendas con el frontal abierto; en las largas filas de casetas y carretones se comercia de modo aún más activo, vendiendo de todo, desde objetos de mercería hasta relojes de arena, y todo tipo de comestibles, desde productos básicos hasta golosinas. Supongamos que veíamos en el carro de un carnicero una bandeja de chuletas de ternera ante la cual a los niños se les hacía la boca agua. Uno de ellos, Daniele, era nuestro corredor más veloz. Este se abría paso dando codazos hasta llegar al carro, se hacía con un puñado de chuletas y echaba a correr, tirando casi al suelo a una niña pequeña con la que había chocado en el camino. Daniele continuaba corriendo, parecía que estúpidamente, por toda la amplia, recta y despejada Mercería, en donde resultaba visible y fácil de perseguir. Y el ayudante del carnicero y un par de indignados clientes se lanzaban tras él, gritando «alto!», «salva!» y «al ladro!»

Pero la niña a la que había empujado era nuestra Doris, y Daniele, en ese momento de confusión, le había pasado sin ser visto las chuletas de ternera robadas. Doris, sin que nadie se fijara en ella dentro del bullicio, desaparecía rápida y seguramente por uno de los estrechos e intrincados callejones laterales que salen de la zona abierta. Mientras tanto, Daniele corría el peligro de ser atrapado, obstaculizada su huida por las multitudes de la Mercería. Sus perseguidores se le iban acercando, otros transeúntes trataban de asirlo, y todos gritaban pidiendo un «sbiro!» Los sbiri son los simiescos policías de Venecia y, uno de ellos, atendiendo a la llamada, intentaba interceptar al ladrón entre la multitud. Pero yo en estas ocasiones siempre me las ingeniaba para estar cerca. Daniele dejaba de correr y yo le relevaba, con lo cual yo parecía la presa, y corría directamente y aposta hacia los brazos del gorila sbiro.

Después de tirarme enérgicamente de las orejas, me reconocían, como pasaba siempre y como yo esperaba que pasase. El sbiro y los indignados ciudadanos me

arrastraban hasta mi casa, no muy alejada de la Mercería. Aporreaban la puerta de la calle y abría el disgustado maggiordomo Attilio, quien oía fuera las acusaciones y condenas de la gente; luego, resignado, aplicaba el dedo pulgar sobre un pagheró, un papel en el que se promete pagar, y de este modo comprometía a la Compagnia Polo a reembolsar su pérdida al carnicero. El sbiro, después de darme un severo sermón y una vigorosa sacudida, me soltaba del cuello, y él y la gente se marchaban. Yo no me interponía cada vez que los niños de la barca robaban algo: por lo general la cosa se arreglaba más hábilmente, pues tanto el que robaba como el que recibía lo robado desaparecían. A pesar de ello me llevaron arrastrando a Ca'Polo más veces de las que puedo recordar. Y esto no contribuía en nada a cambiar la opinión de Attilio, según la cual zía Zuliá había criado a la primera oveja negra de la línea Polo. Podría pensarse que los niños de la barca estaban resentidos por la participación de un

«niño rico» en sus aventuras, y que la «condescendencia» implícita en mis regalos les producía resentimiento. Pero no era así. El popolázo puede admirar, envidiar o incluso injuriar a los lustrisimi, pero su auténtico resentimiento y su odio lo reservan para sus compañeros pobres, quienes son, después de todo, sus principales competidores en este mundo. No son los ricos quienes luchan contra los pobres por la morralla que tiran en el mercado. Así, cuando aparecí yo, aportando lo que podía y sin llevarme nada, la gente

de las barcas toleró mi presencia mucho mejor que si se tratara de otro mendigo hambriento.

3

Para recordarme a mí mismo que yo no era del popolázo, de vez en cuando me dejaba caer por la Compagnia Polo y me deleitaba con sus ricos aromas, con su actividad industrial y su ambiente de prosperidad. En una de esas visitas, me encontré sobre la mesa del contable Isidoro un objeto parecido a un ladrillo, pero de un color rojo más intenso, menos pesado, suave y ligeramente húmedo al tacto y le pregunté qué era.

—¡A fe mía! —exclamó agitando su gris cabeza —. ¿No reconoces los cimientos de la fortuna de tu familia? ¡Está construida sobre estas tabletas de azafrán!

—¡Oh! —exclamé, contemplando respetuosamente la tableta —. Y el azafrán ¿qué es?

—Mefé ¡Lo has estado comiendo y oliendo y vistiendo toda tu vida! El azafrán es lo que da ese sabor especial y ese color amarillo al arroz, a la polenta y a la pasta. Lo que da ese color amarillo único a los tejidos. Lo que da el aroma favorito de las mujeres a sus ungüentos y pomadas. El médego también lo utiliza en sus medicinas, pero ignoro el efecto que produce.

—¡Oh! —exclamé, de nuevo, con algo menos de respeto hacia un objeto tan cotidiano —.

¿Y eso es todo?

—¡Todo! —soltó —. Óyeme, marcolfo —esta expresión no es un afectuoso juego de palabras con mi nombre; se aplica a cualquier muchacho especialmente tonto —. El azafrán tiene una historia más antigua y más noble que la propia Venecia. Mucho antes de que ésta existiera, los griegos y los romanos utilizaban el azafrán para perfumar sus baños. Lo esparcían por los suelos para perfumar habitaciones enteras. Cuando el emperador Nerón hizo su entrada en Roma, las calles de toda la ciudad estaban sembradas de azafrán y llenas de su aroma.

—Bueno —dije —, si siempre ha sido tan fácil de conseguir…

—Puede que entonces fuese común —dijo Isidoro —, en los días en que los esclavos abundaban y no costaban nada. Actualmente el azafrán no es corriente. Es un producto que escasea, y por tanto de mucho valor. Cada tableta que ves ahí encima es equivalente a un lingote de oro de casi el mismo peso.

—¿De veras? —pregunté, seguramente con voz de incredulidad —. Pero, ¿por qué?

—Porque esta tableta se ha hecho con el trabajo de muchas manos y con inmensurables montes de tierra, y con una incalculable multitud de flores.

—¡Flores!

Maistro Doro suspiró y explicó pacientemente:

—Hay una flor purpúrea llamada azafrán. Cuando florece deja ver en su interior tres delicados stigmi de color rojo anaranjado. Las manos del hombre arrancan cuidadosamente esos stigmi. Cuando se recogen varios millones de esos delicados y casi impalpables stigmi se dejan secar para que suelten el azafrán, lo que se denomina azafrán en polvo, o bien los «sudan» y los comprimen para formar una tableta de azafrán como ésta. Su tierra de cultivo no debe destinarse más que a esa cosecha, y el azafrán florece solamente una vez al año. La estación de la floración es breve, deben trabajar muchos recolectores al mismo tiempo, y deben hacerlo diligentemente. No sé

cuántos zontes de tierra ni cuántas manos se necesitan para producir una sola tableta de azafrán en un año, pero entenderás ahora a qué se debe un valor tan desorbitado. Yo ya estaba convencido.

—¿Y dónde compramos nosotros el azafrán? —pregunté.

No lo compramos. Lo cultivamos. —Puso sobre la mesa, junto a la tableta, otro objeto:

hubiera dicho que era una cabeza de ajo vulgar —. Esto es un bulbo de la flor del azafrán. La Compagnia Polo los planta y recolecta el azafrán de sus flores. Yo estaba

atónito:

—¡En Venecia no, claro!

—Por supuesto que no. En la teraferma, al sudoeste de aquí. Te he dicho que se necesitan incontables zontes de tierra.

—No lo sabía —dije.

Él se rió.

—Probablemente la mitad de la población de Venecia ni siquiera sabe que la leche y los huevos de sus comidas diarias salen de los animales, y que éstos necesitan vivir en tierra firme. Nosotros, los venecianos, tendemos a prestar poca atención a lo que no sea nuestra laguna, el mar y el océano.

—¿Cuánto tiempo hace que nos dedicamos a esto, Doro? A cultivar azafrán y sus flores. Se encogió de hombros y dijo:

—¿Desde cuándo están los Polo en Venecia? Ésa fue la idea genial de uno de tus antiguos antepasados. Después de la época de los romanos, el azafrán se convirtió en un producto demasiado lujoso y caro de cultivar. Ningún agricultor podía cultivarlo en cantidad suficiente para que compensase el tiempo empleado. Ni siquiera un terrateniente de grandes propiedades podía permitirse pagar a los trabajadores necesarios para esta cosecha. Y el azafrán cayó bastante en el olvido. Hasta que uno de los primeros Polo se acordó de él, y se dio cuenta de que también Venecia tenía un suministro de esclavos casi tan importante como el que tuvo Roma. Por supuesto, hoy tenemos que comprar nuestros esclavos; no nos limitamos a capturarlos. Pero la recolección de los stigmi del azafrán no es un trabajo muy arduo. No precisa de esclavos masculinos, fuertes y caros. Las más débiles mujeres y los niños pueden recogerlos; los enfermos y lisiados también pueden. Y ése fue el tipo de esclavos baratos que tu antepasado compró y el tipo de esclavos que la Compagnia Polo ha seguido adquiriendo desde entonces. Forman una mezcla abigarrada, de todas las naciones y colores: moros, lezguianos, circasianos, rusniacos, armenios, pero sus colores se funden, por decirlo así, y hacen ese azafrán de oro rojizo.

—Los cimientos de nuestra fortuna —repetí.

—Con esto se compra todo lo que vendemos —dijo Isidoro —. Oh, también vendemos el azafrán, a su precio, cuando éste nos interesa; para aderezar las comidas, para tintes, perfumes y medicinas. Pero básicamente es el capital de nuestra compañía, con el que trocamos todos los demás artículos. Todo, desde la sal de Ibiza hasta el cuero cordobés y el trigo de Cerdeña. Del mismo modo que la Casa de Spinola en Génova tiene el monopolio del comercio de pasas, nuestra Casa veneciana de los Polo tiene el del azafrán.

El hijo único de la Casa veneciana de los Polo agradeció al viejo contable su edificante lección sobre el comercio de altos vuelos y el espíritu de iniciativa, y como de costumbre, se fue de paseo a compartir la cómoda indolencia de los niños de las barcas. Como ya he dicho, esos muchachos cambiaban con frecuencia; era raro que el mismo grupo viviera en la barcaza abandonada de una semana a otra. Los niños, igual que el popolázo adulto, soñaban en encontrar en algún lugar un País de Cucaña en el que pudieran gandulear en medio de lujos y no en la miseria. Quizá se enteraban de que existía otro lugar con mejores perspectivas que los muelles de Venecia, y partían hacia allí escondidos de polizontes a bordo de un navío. Algunos volvían al cabo de un tiempo, o bien porque no pudieron llegar a su destino o porque éste los había desilusionado. Otros jamás regresaban, porque (eso nunca lo sabíamos) el navío había naufragado y ellos se habían ahogado, o porque los habían prendido y metido en un orfanato, o quizá porque encontraron «il paese de Cuccagna» y se quedaron allí. Pero Ubaldo y Doris Tagiabue eran los fijos, y de ellos aprendí casi todo lo que sabía sobre los modales y el lenguaje de las clases bajas. Esta educación no la asimilé a la fuerza, que era el sistema de fra Varisto consistente en empachar a sus alumnos del colegio con las conjunciones latinas. Por el contrario, los dos hermanos me la suministraban en dosis a medida que la necesitaba. Cuando Ubaldo se mofaba de mi perplejidad y timidez, yo comprendía que necesitaba saber algo y Doris me lo enseñaba. Recuerdo que un día Ubaldo dijo que se iba al lado oeste de la ciudad y que haría el camino en el transbordador de los Perros. Nunca había oído hablar de ese medio de transporte, y me fui con él para ver a qué extraño tipo de barco se refería. Pero cruzamos el Gran Canal como de costumbre por el Ponte Rialto, y yo debí de parecer algo decepcionado o perplejo, porque se burló de mí diciéndome:

—Pareces tonto de capirote.

Y Doris me explicó:

—Sólo hay un camino para ir del lado este al oeste de la ciudad, ¿no?, que es cruzando el Gran Canal. A los gatos se los deja ir en barca para que cacen ratas, pero a los perros no. Por eso los perros sólo pueden cruzar el canal por el Ponte Rialto. O sea que es el transbordador de los Perros, no xe vero?

A veces podía traducir su jerga callejera sin ayuda. Llamaban a todos los sacerdotes y monjas le rigioso, que podía significar «los rígidos», pero no me costó mucho darme cuenta de que simplemente daban la vuelta a la palabra religioso. Cuando en pleno verano anunciaban que se trasladarían del casco de la barca a La Locando, de la Stela, yo sabía que no se iban a vivir a ninguna Fonda de la Estrella; querían decir que durante una temporada dormirían al aire libre. Cuando hablaban de una persona del sexo femenino como de una largazza, jugaban con el término ragazza que corresponde a chica, pero groseramente sugerían que su abertura genital era amplia, incluso cavernosa. En general, una gran parte del lenguaje de la gente de las barcas y la mayor parte de sus conversaciones e intereses trataban de tópicos tan indecorosos

como éstos. Yo absorbí

mucha información, pero en ocasiones en vez de iluminarme me confundía. Zía Zuliá y fra Varisto me habían enseñado a referirme a esas partes situadas entre mis piernas, si es que alguna vez tenía que referirme a ellas, como le vergogne, las vergüenzas. En los muelles había aprendido muchos otros términos. La palabra paquete para el aparato genital de un hombre era bastante clara; y candelóto era una palabra adecuada para su órgano erecto, que es como decir cirio robusto; y lo mismo fava para designar la terminación bulbosa de ese órgano, porque se parece un poco a una haba; y cápela para el prepucio, que envuelve la fava como una capa pequeña. Pero me resultaba un misterio que utilizaran a veces la palabra lumaghéta al referirse a las partes de la mujer. Yo creía que una mujer ahí abajo sólo tenía una abertura, y la palabra lumaghéta puede significar tanto un caracol pequeño como la diminuta clavija con que un juglar afina las cuerdas de su laúd.

Un día estábamos Ubaldo, Doris y yo jugando en un muelle cuando apareció un verdulero empujando su carro por la explanada; y las mujeres de las barcas se le acercaron para manosear sus productos. Una de ellas acarició un pepino largo y amarillento, sonrió y dijo: «II mescolóto», y todas las demás mujeres se desternillaron de risa lascivamente. «El atizador»: yo podía deducir su significado. Pero luego pasaron por delante dos ágiles jóvenes que paseaban por la explanada, cogidos del brazo, caminando con una especie de elasticidad, y una de las mujeres de las barcas refunfuñó:

«Don Meta y sior Mona.» Otra mujer miró desdeñosamente al más delicado de los dos jóvenes y murmuró:

—Ése lleva el culo de las calzas rajado.

Yo no tenía ni idea de lo que estaban hablando, y la explicación de Doris apenas aclaró

nada:

—Son la clase de hombres que se hacen entre sí lo que un hombre de verdad sólo hace con una mujer.

Bien, ése era el fallo principal de mi comprensión: yo no tenía una noción muy clara de lo que un hombre hacía con una mujer.

Debo decir que yo no era totalmente ignorante en cuestiones de sexo, no más que los otros niños venecianos de clase alta, o incluso que los niños de clase alta de cualquier otra nacionalidad europea. Quizá no lo recordamos conscientemente, pero todos hemos tenido una iniciación temprana al sexo por parte de nuestras madres o niñeras, o de ambas.

Parece que las madres y niñeras saben, desde el comienzo de los tiempos, que el mejor modo de tranquilizar a un bebé inquieto o de que se duerma fácilmente es hacerle la manustuprazión. He visto a muchas madres hacerle eso a un niño pequeño cuyo bimbin era tan diminuto que sólo podían manipularlo con el índice y el pulgar. A pesar de todo, el pequeño órgano subía y crecía, aunque no en la proporción del de un hombre, claro. Cuando la mujer lo acariciaba, el bebé se estremecía, luego sonreía y se retorcía voluptuosamente. No eyaculaba ningún spruzzo, pero no había duda de que experimentaba un orgasmo. Luego, su pequeño bimbin se encogía de nuevo a su mínimo tamaño, el niño se quedaba tranquilo y pronto se dormía. Seguro que mi propia madre solía hacérmelo, y creo que es bueno que las madres lo hagan. Esa temprana manipulación, además de ser un excelente tranquilizante, estimula claramente el desarrollo de esa parte. Las madres, en los países orientales, no se dedican a estas prácticas, y esta carencia se pone tristemente de manifiesto cuando sus niños crecen. He visto a muchos hombres orientales desvestidos, y casi todos tienen los órganos lamentablemente diminutos en comparación al mío.

Nuestras madres y niñeras abandonan estas costumbres cuando sus niños tienen unos dos años, es decir, a la edad en que se los desteta, y en lugar de beber la leche de pecho pasan al vino; sin embargo, todos los niños guardan de ello un tenue recuerdo. Y por eso un niño no se aturde ni se asusta cuando de adolescente ese órgano pide atención de modo espontáneo. Cuando un muchacho se despierta por la noche y nota que se le pone erecto bajo su mano, ya sabe lo que quiere su órgano.

—Una esponja fría —solía decirnos fra Varisto de niños en la escuela —Con eso dejará de empinarse, y no tendréis que avergonzaros por la mancha de media noche. Escuchábamos respetuosamente, pero de camino a casa nos reíamos de él. Quizá los frailes y sacerdotes sufren spruzzi involuntarios por sorpresa, y se sienten avergonzados o en cierto modo culpables por eso. Pero ningún muchacho sano de los que yo conocía lo hizo nunca. Y ninguno prefería una ducha fría al cálido placer de hacerle a su candelóto lo que su madre le había hecho cuando no era más que un bimbin. Sin embargo, Ubaldo se mostró despectivo conmigo cuando supo que esos juegos nocturnos eran toda mi experiencia sexual hasta el momento.

—¿Qué? ¿Todavía estás haciendo la guerra de los curas? —se burló —. ¿Nunca has tenido a una chica?

Volví a no enterarme de nada, y le pregunté:

—¿La guerra de los curas?

—Cinco contra uno —dijo Doris sin sonrojarse. Y añadió —: Debes buscarte una smanza. Una chica que se deje.

Me lo pensé un instante y dije:

—No conozco a ninguna chica para preguntárselo. Excepto a ti, y tú eres demasiado

joven.

Doris se picó y dijo enfadada:

—Puede que todavía no tenga pelos en mi alcachofa, pero tengo doce años, y ya estoy en edad matrimonial.

—Pero si yo no quiero casarme con nadie —protesté —. Sólo quiero…

—¡Oh, no! —me interrumpió Ubaldo —. Mi hermana es una buena chica. Quizá sonrías al oír que una chica capaz de hablar como ella pudiera ser una «buena»

chica. Pero hay algo que nuestra clase alta y baja tiene en común: su reverencial respeto hacia la virginidad de una doncella. Tanto para los lustrisimi como para el popolázo eso importa más que todas las otras cualidades femeninas: la belleza, el encanto, la dulzura, el recato y lo que sea. Sus mujeres pueden ser simples, maliciosas, malhabladas, sin gracia y descuidadas, pero deben mantener intacto ese pequeño pliegue del tejido virginal. Al menos, en este aspecto, los salvajes más primitivos y bárbaros del este son superiores a nosotros: valoran a sus hembras por cualidades distintas a la de ese tapón puesto en su agujero.

Para nuestra clase alta, la virginidad no es tanto una cuestión de virtud como un buen negocio, y miran a una hija con la misma calculadora frialdad con que mirarían a una esclava en el mercado. Una hija, como una esclava, como un barril de vino, se venden a mejor precio si están sellados y se puede demostrar que nadie los ha abierto. O sea que truecan a sus hijas por ganancias comerciales o por ventajas sociales. Pero las clases bajas creen neciamente que sus superiores tienen un alto respeto moral hacia la virginidad, y ellos intentan imitarlo. También los asustan más fácilmente las amenazas de la Iglesia, y ésta exige que se preserve la virginidad como una especie de demostración negativa de la virtud, del mismo modo que los buenos cristianos demuestran su virtud absteniéndose de la carne durante la Cuaresma. Pero incluso en aquella época en que todavía era un niño, me preguntaba, no sin razón, cuántas chicas, de cualquier clase, se mantenían realmente «buenas» gracias a las actitudes y los preceptos sociales en vigencia. Cuando fui lo suficientemente mayor para que brotara la primera pelusa de «pelo en mi alcachofa», tuve que escuchar los sermones de fra Varisto y de zía Zuliá sobre los peligros físicos y morales de relacionarme con chicas malas. Escuchaba con verdadera atención sus descripciones de esas viles criaturas, las advertencias que sobre ellas me hacían, y sus vituperios. Quería estar seguro de que reconocería a una mala chica nada más verla, porque esperaba con todo mi corazón encontrarme pronto con alguna. Y me parecía lo más probable, pues la primera impresión que sacaba de esos sermones era que las malas chicas superaban considerablemente en número a las buenas.

Otros elementos corroboran esta idea. Venecia no es una ciudad muy limpia, porque no tiene que serlo. Todos sus desechos van directamente a los canales. La basura de la calle, los restos de la cocina, los residuos de nuestros orinales y letrinas. Todo se

vierte al canal más próximo, que en seguida se lo lleva. La marea sube dos veces al día y penetra hasta en los canales más pequeños, sacando a flote todo lo que yace en el fondo o lo que está incrustado en las paredes del canal. Luego la marea se aleja y arrastra consigo todas esas sustancias a través de la laguna, pasando por el Lido y hacia el mar. Con este sistema la ciudad se mantiene limpia y perfumada; pero esto aflige frecuentemente a los pescadores, poniendo en sus manos capturas poco agradables. No hay ni uno que no haya encontrado más de una vez el reluciente cadáver azul y purpúreo de un niño recién nacido atrapado en su anzuelo o enredado en sus redes. Venecia es sin duda una de las tres ciudades europeas más pobladas; sin embargo, sólo la mitad de sus habitantes son hembras, y de éstas solamente la mitad están en edad de tener hijos. O

sea que la pesca anual de niños rechazados que recogen los pescadores parecería indicar una escasez de «buenas» chicas venecianas.

—También está la hermana de Daniele, Malgarita —dijo Ubaldo. No estaba enumerando buenas chicas, sino más bien todo lo contrario. Estaba cantando las hembras que conocíamos que podían servirme para pasar de la guerra de los curas a una diversión más viril.

—Malgarita lo hará con cualquiera que le dé un bagatin.

—Malgarita es una cerda gorda —dijo Doris.

—Es una cerda gorda —asentí yo.

—¿Quiénes sois vosotros para despreciar a los cerdos? —preguntó Ubaldo —. Los cerdos tienen su santo patrón. San Tonio tenía mucho cariño a los cerdos.

—Pero por Malgarita no habría sentido cariño —dijo con firmeza Doris. Continuó Ubaldo:

—También está la madre de Daniele. Ésa lo haría sin pedir siquiera un bagatin. Doris y yo proferimos expresiones de asco. Luego ella dijo:

—Hay alguien allí abajo haciéndonos señales.

Los tres estábamos pasando la tarde sobre una azotea. Es una ocupación favorita de las clases bajas. Como todas las casas corrientes de Venecia tienen un piso de altura, y todas tienen azotea, a la gente le gusta pasearse o tumbarse en ellas y disfrutar de la vista. Desde esa perspectiva pueden contemplar las calles y los canales de abajo, la laguna con sus barcos al fondo y los edificios más elegantes de Venecia que se yerguen sobre la masa: las cúpulas y agujas de las iglesias, los campanarios y las fachadas esculpidas de los palazzi.

—Me está saludando —dije —. Es nuestro barquero que se lleva el bátelo a casa.

Creo que podría irme con él.

No era necesario que me marchara a casa antes de que las campanas comenzaran a tocar el coprifuoco nocturno, cuando todos los ciudadanos honestos que no se retiraban a sus casas tenían que llevar linternas para demostrar que estaban en la calle con fines honestos. Pero, a decir verdad, en ese momento tenía cierto temor a que Ubaldo insistiera en mi inmediato aparejamiento con alguna mujer o niña de las barcas. No me daba miedo la aventura en sí, ni siquiera con una puerca como la madre de Daniele, pero temía ponerme en ridículo no sabiendo qué hacer con ella.

De vez en cuando intentaba expiar mis frecuentes groserías con el pobre y viejo Michiél, de modo que aquel día tomé yo los remos y remé solo hasta casa, mientras él descansaba bajo el dosel de la barca. Conversamos por el camino, y me dijo que iba a hervir una cebolla en cuanto llegara a casa.

—¿Qué? —pregunté creyendo no haber oído bien.

El esclavo negro explicó que sufría el mal de los barqueros. Su profesión le exigía pasar la mayor parte del día con el culo encima de una dura y húmeda bancada, y solía tener sangrientas almorranas. Dijo que nuestro médego de la familia le había prescrito un sencillo remedio para su enfermedad.

—Hierves una cebolla hasta que se ablande, te la pones allí, y te envuelves las caderas con un trapo para que no se caiga. De verdad que alivia mucho. Si alguna vez tenéis almorranas, micer Marco, probadlo.

Dije que sí, que lo probaría, y luego lo olvidé. Y al llegar a casa me abordó zía Zuliá:

—El bueno de fra Varisto ha estado hoy aquí, y estaba tan enfadado que el pobre hombre venía colorado hasta la tonsura.

Yo le expliqué que eso no era extraño.

Ella dijo en tono de advertencia.

—Un marcolfo que no va a la escuela no debería ser tan descarado. Fra Varisto me ha dicho que has vuelto a hacer novillos; esta vez más de una semana seguida. Y mañana los de tu curso tienen que recitar las lecciones, o lo que sea, ante los Censori de Scole, o

como se llamen. Es preciso que asistas. El fraile me dijo, y yo te lo comunico a ti, jovencito, que mañana irás al colegio.

Pronuncié una palabra que la sofocó, y me marché airadamente a encerrarme en mi habitación. Me negué a salir cuando me llamaron a cenar. Pero a la hora en que tocaron a coprifuoco, mis buenos instintos habían comenzado a dominar sobre los

malos. Pensé

en mi fuero interno: «Hoy me he portado amablemente con el viejo Michiél, y me lo ha agradecido; debería disculparme y ser amable también con la vieja Zuliá.»

(Me doy cuenta de que he aplicado el término «viejo» a casi todas las personas que conocí en mi juventud. A mis ojos de joven lo parecían, aunque realmente sólo algunos lo eran. El contable de la compañía, Isidoro, y el criado mayor, Attilio, tenían quizá la misma edad que yo ahora. Pero fra Varisto y el esclavo negro Michiél no pasaban de los cuarenta. Zuliá, claro, me parecía vieja porque tenía aproximadamente la misma edad que mi madre, y mi madre estaba muerta: pero supongo que Zuliá era un año o dos más joven que Michiél)

Aquella noche, cuando decidí enmendarme, no esperé a que zía Zuliá hiciera su acostumbrada ronda por la casa antes de acostarse. Fui a su pequeña habitación, llamé a la puerta y abrí sin esperar un avanti. Yo, probablemente, siempre había creído que los criados por la noche no hacían otra cosa que dormir y recuperar energías para el trabajo del día siguiente. Pero no era dormir lo que se hacía esa noche en aquella habitación. Era algo terrible, ridículo, asombroso y para mí… educativo. Justo delante mío había sobre la cama un par de inmensas nalgas botando arriba y abajo. Eran unas nalgas peculiares, de un morado negruzco como las berenjenas, y aún más peculiares porque llevaban una tira de tela sujetando una gran cebolla, de color amarillo pálido, metida en la raja de en medio. Mi repentina llegada provocó un chillido de consternación, y las nalgas saltaron huyendo rápidamente de la luz de la vela y refugiándose en una esquina oscura de la habitación. Esto dejó ver sobre la cama un cuerpo que contrastaba por su blancura de pescado: era la desnuda Zuliá, tumbada en la cama y despatarrada. Tenía los ojos cerrados, o sea que no notó mi llegada. Zuliá, al sentir la brusca retirada de las nalgas, soltó un gemido de privación, pero siguió moviéndose como si aún estuvieran botando encima suyo. Siempre había visto a mi niñera vestida con muchos faldones largos hasta el suelo, de colores eslavos terriblemente chillones. Y la ancha cara eslava de la mujer era tan ordinaria que nunca había intentado imaginarme cómo sería su ancho cuerpo desnudo. Pero entonces tomé ávida nota de todo lo que se exhibía tan lascivamente ante mí, y había un detalle tan destacable que no pude evitar un espontáneo comentario.

—Zía Zuliá —dije sorprendido —. tienes un lunar rojo brillante ahí abajo, en tu… Sus piernas carnosas se cerraron con un chasquido, y casi se pudo oír el parpadeo de sus ojos al abrirse. Trató de asir las sábanas, pero Michiél se las había llevado en su salto, así que tiró de las cortinas del dosel. Hubo un momento de consternación y de contorsiones, mientras ella y el esclavo trataban torpemente de arroparse. Luego siguió

un momento mucho más largo de petrificado azoramiento, durante el cual me sentí

contemplado por cuatro globos oculares casi tan grandes y luminosos como la misma

cebolla. Me felicito porque fui el primero en recuperar la compostura. Sonreí

dulcemente a mi niñera y le dije no las palabras de disculpa que había ido a decir, sino las palabras de un consumado extorsionista.

—Mañana no voy a ir al colegio, zía Zuliá —afirmé con suficiencia y seguridad. Me retiré de la habitación y cerré la puerta.

4

Sabía lo que iba a hacer al día siguiente, la espera me ponía nervioso y aquella noche apenas pude dormir. Me desperté y me vestí antes de que se levantaran los criados, y al pasar por la cocina de camino a la irisada mañana, rompí mi ayuno con un bollo y un trago de vino. Corrí por los vacíos callejones y por los numerosos puentes en dirección a la fangosa explanada del norte; algunos niños de las barcas salían en ese justo momento de sus alojamientos. Quizá debería de haber buscado a Daniele, teniendo en cuenta lo que había ido a pedir, sin embargo fui a ver a Ubaldo y le expuse mi deseo.

—¿A estas horas? —preguntó ligeramente escandalizado —. Malgarita seguramente está

todavía durmiendo, la marrana. Pero iré a ver.

Se sumergió de nuevo en la barcaza, y Doris, que nos había oído, me dijo:

—No creo que debas, Marco.

Yo estaba acostumbrado a los continuos comentarios de Doris sobre todo lo que hacían o decían los demás, y no siempre le hacía caso; sin embargo le pregunté:

—¿Por qué no debo?

—Porque yo no quiero.

—Eso no es ningún motivo.

—Malgarita es una cerda gorda. —Yo no se lo podía negar, y no se lo negué, de modo que ella añadió —: Incluso yo estoy más buena que Malgarita. Me reí con poca educación, pero tuve la suficiente cortesía para no decirle que entre una cerda gorda y una gatita descarnada la elección era evidente. Doris daba malhumorados puntapiés al barro del suelo, y luego soltó un torrente de palabras:

—Malgarita lo hará contigo porque no le importa con qué hombre o con qué chico lo hace. Pero yo lo haría contigo, porque a mí sí me importa.

La miré divertido y sorprendido, y quizá también la miré por primera vez

detenidamente. Se adivinaba su rubor virginal a través de la suciedad de su cara, también su seriedad y una leve prefiguración de su belleza. Pero sus limpios ojos eran de un azul bello, y parecían extraordinariamente grandes, seguramente porque tenía la cara algo chupada, debido al hambre padecida toda su vida.

—Algún día serás una linda mujer, Doris —dije para que se sintiera mejor —. Si consigues lavarte o por lo menos restregarte. Y si tu figura se redondea y dejas de ser un palo de escoba. Malgarita ya ha crecido y está tan maciza como su madre. Doris dijo mordazmente:

—En realidad se parece más a su padre, porque también le ha crecido el bigote. Por uno de los agujeros del casco de la barcaza asomó una cabeza de pelo sucio y pestañas gomosas, y Malgarita gritó:

—Venga, entra ahora, antes de que me vista, así no tendré que desnudarme luego. Ya iba a entrar y oí a Doris gritar:

—¡Marco! —pero cuando me giré con impaciencia ella dijo —: Nada, nada. Vete a jugar con la cerda.

Me encaramé al oscuro interior del casco, húmedo y malsano, me arrastré a gatas por los tablones podridos de la cubierta hasta llegar al compartimento de la bodega donde estaba Malgarita, sentada en el suelo sobre un jergón de paja y harapos. Tanteando con las manos encontré su desnudo cuerpo, incluso antes de verla, y me pareció tan sudoroso y esponjoso como los maderos de la barca. Ella dijo inmediatamente:

—No vas a tocarme si no me das primero un bagatin.

Le di la moneda y se tumbó sobre el jergón. Me puse encima suyo, en la misma postura en que había visto a Michiél. Pero retrocedí al oír un sonoro ¡bum! procedente de la parte exterior del casco, exactamente junto a mi oído, y luego oí ¡ras! Los chicos de la barca estaban jugando a uno de sus pasatiempos favoritos. Habían cazado un gato —que

no es una hazaña fácil en Venecia, aunque está plagada de gatos —y lo habían atado al flanco del casco, y se turnaban para tomar carrerilla y golpearlo con la cabeza, para ver quién lo mataba y despachurraba primero.

Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, noté que Malgarita era realmente peluda. Sus pechos, que brillaban pálidamente, parecían la única parte de su cuerpo sin pelo. Además del sucio cabello y del vello sobre su labio superior, tenía las piernas y los brazos lanudos, y un gran penacho de pelo le colgaba de cada sobaco. Entre la oscuridad de la bodega y el auténtico matorral de su alcachofa, pude ver su aparato femenino mucho peor que el de zía Zuliá. (Sin embargo podía olerlo, pues Malgarita no era más aficionada a tomar un baño que cualquiera de los demás habitantes de las barcas.) Sabía que debía introducirme en algún lugar por ahí abajo,

pero… Un ¡bum! procedente del casco y un aullido del gato me confundieron más aún. Con cierta perplejidad comencé a tocar las regiones inferiores de Malgarita.

—¿Por qué me manoseas la pota? —preguntó empleando la palabra más vulgar para designar ese orificio.

Yo me reí, sin duda algo tembloroso, y dije:

—Estoy buscando el… esto… tu lumaghéta.

—¿Para qué? No la necesitas para nada. Aquí está lo que tú quieres. Con una mano se abrió ella misma y con la otra me guió hasta dentro. No resultó difícil porque ella lo tenía muy dilatado.

¡Bum! ¡Marramiauuuu!

—¡Qué torpe eres! ¡Te has salido otra vez! —dijo malhumorada y lo arregló

enérgicamente.

Yo me quedé tumbado allí durante un momento, intentando ignorar su cochambrería y su hedor, y el tétrico lugar, intentando disfrutar de la nueva cavidad, cálida y húmeda, donde me sentía holgadamente prendido.

—Venga, sigue ya —gimoteaba —. Que todavía no he meado esta mañana. Empecé a botar, como había visto hacer a Michiél, pero antes de que pudiera empezar en serio, la bodega de la barca pareció oscurecerse aún más ante mis ojos. Y aunque intenté contenerme y saborearlo, mi spruzzu salió desatado a borbotones, y sin producirme ninguna sensación placentera.

¡Bum! ¡Iauuu!

—¡Oh, che braga! ¡Qué cantidad! —dijo Malgarita con disgusto —. Voy a tener las piernas pegajosas todo el día. Bueno, quítate ya, bobo, y déjame saltar.

—¿Qué? —pregunté aturdido.

Salió de debajo mío meneándose, se levantó y dio un salto hacia atrás. Saltó hacia adelante, y luego hacia atrás de nuevo, y la barca entera se balanceó.

—Hazme reír —me ordenó, dando saltos.

—¿Qué? —pregunté de nuevo.

—Cuéntame un chiste. Con este salto van siete. Te he dicho que me hagas reír, marcolfo! ¿O prefieres tener un bebé?

—¿Qué?

—Bueno, déjalo. Voy a estornudar. —Se cogió una mata de pelo, metió las sucias puntas en un agujero de la nariz, y estornudó explosivamente.

¡Bum! Gr-rr-rr… Los gemidos del gato se apagaron, y evidentemente el gato se murió. Oí a los niños pelearse por lo que harían con el cadáver. Ubaldo quería tirárnoslo a Malgarita y a mí, Daniele quería arrojarlo a la puerta de la tienda de algún judío.

—Espero habérmelo sacudido todo —dijo Malgarita limpiándose los muslos con uno de los harapos de su cama.

Volvió a tirar el harapo sobre el jergón, se fue al lado opuesto de la bodega, se puso en

cuclillas y comenzó a orinar copiosamente. Me esperé un rato, creyendo que alguno de los dos debería decir algo más. Pero al final decidí que su meada matutina era inagotable, y me marché de la barca gateando, tal como había entrado.

—Sana capána! —gritó Ubaldo, como si me acabara de reunir con ellos entonces —.

¿Cómo ha ido?

Le dirigí la sonrisa hastiada de un hombre de mundo. Los demás niños daban alaridos y abucheaban amistosamente, y Daniele dijo:

—Mi hermana es buena, sí, ¡pero mi madre es mejor!

Doris no estaba por allí, y me alegré de no tenerme que encontrar con su mirada. Había realizado mi primer viaje de exploración, una especie de incursión en el mundo de los hombres, pero no estaba dispuesto a enorgullecerme de esa hazaña. Me sentía sucio, y estaba seguro de oler a Malgarita. Deseaba haber hecho caso a Doris y haberme abstenido. Si eso era todo, si en eso consistía ser un nombre, y hacerlo con una mujer, pues bien, ya lo había hecho. De ahora en adelante, tenía derecho a pavonearme tan presuntuosamente como los demás chicos y lo haría. Pero en mi fuero interno decidí que volvería a ser amable con zía Zuliá. No la molestaría diciéndole lo que había descubierto en su habitación, ni la despreciaría, ni le pediría nada, ni le arrancaría concesiones con la amenaza de contarlo. Me daba lástima. Si yo me sentía sucio y desdichado después de mi experiencia con una simple chica de las barcas, cuán miserable no se sentiría mi niñera al no tener a nadie más que quisiera hacerlo con ella excepto un negro despreciable.

Sin embargo, no tuve la oportunidad de demostrar mi nobleza de espíritu. Al volver a casa me encontré a todos los demás sirvientes consternados porque Zuliá y Michiél habían desaparecido durante la noche.

Maistro Attilio había llamado ya a los sbiri, y esos simiescos policías estaban haciendo conjeturas típicas de ellos: que Michiél había secuestrado a Zuliá en su bátelo, o que los dos, por algún motivo, habían salido en la barca de noche, habían volcado, y se habían ahogado. De modo que los sbiri pidieron a los pescadores del litoral marítimo de Venecia que vigilaran bien sus anzuelos y redes, y a los campesinos de tierra firme del Véneto que estuvieran atentos por si veían a un barquero negro llevando cautiva a una damisela blanca. Pero luego se les ocurrió investigar en el canal más próximo a Ca'Polo, y allí estaba el bátelo, inocentemente amarrado a su palo, o sea que los sbiri tuvieron que exprimirse el cerebro buscando nuevas teorías. En todo caso, si hubieran cogido a Michiél, incluso sin mujer, habrían tenido el placer de ejecutarle. Un esclavo que huye es, ipso facto, un ladrón, puesto que roba la propiedad de su patrón: su propia vida. Yo callé lo que sabía. Estaba convencido de que Michiél y Zuliá, alarmados por mi descubrimiento de su sórdida unión, se habían fugado juntos. De todos modos, nunca los detuvieron y no volvimos a oír hablar de ellos. Debieron de seguir su camino hacia algún remoto rincón del mundo, a su nativa Nubia o su nativa Bohemia, en donde pudieron vivir miserablemente el resto de sus días.

5

Me sentía tan culpable, y por tantos motivos distintos, que tomé una decisión sin precedentes en mí. Por voluntad propia y sin que me obligara ninguna autoridad fui a la iglesia a confesarme. No me dirigí a la de San Felice, la iglesia de nuestro confino, porque el viejo padre Nunziata me conocía tan bien como los sbiri del lugar, y yo quería a alguien que me escuchara con mayor desinterés. Recorrí, pues, todo el camino hasta la basílica de San Marcos. Allí no me conocía ningún cura, pero la iglesia guardaba los huesos de mi santo patrón, y yo confiaba que les inspiraría simpatía.

Dentro de la gran nave abovedada me sentía como un insecto, empequeñecido por el oro y el mármol reluciente y por los santos notables que se perdían en lo alto, entre los mosaicos del techo. Todo lo que contiene este bellísimo edificio es de tamaño superior al natural, incluyendo la sonora música que sale bramando y balando de un rigabélo que parece incapaz de contener tanto ruido. La basílica de San Marcos siempre está

atiborrada y tuve que hacer cola ante uno de los confesonarios. Finalmente entré en él y puse en marcha mi purgación.

—Padre, me he dejado arrastrar con excesiva libertad por mi curiosidad y me he desviado del camino de la virtud…

Continué un rato en este tenor hasta que el cura me pidió impaciente que dejara de regalarle con todas las circunstancias preliminares de mis extravíos. Entonces recurrí, sin mucho entusiasmo, a la fórmula «he pecado de pensamiento palabra y obra», el

padre impuso unos cuantos padrenuestros y avemarías, y al salir yo del confesonario para cumplir con la penitencia el rayo cayó sobre mí.

Lo digo en sentido casi literal, porque ésa fue la sensación que ve cuando mis ojos se posaron en dona Ilaria. En aquel momento no sabía su nombre, desde luego; únicamente sabía que estaba contemplando a la mujer más bella que había visto nunca en mi vida, y mi corazón quedó en su poder. También ella estaba saliendo de un confesonario y tenía el velo levantado. Yo no podía imaginar que una dama de belleza tan resplandeciente tuviera que confesarse de algo más que de unas fruslerías, pero antes de que se bajara el velo vi una chispa como de lágrimas en sus gloriosos ojos. Oí un crujido y el cura cerró

la barandilla del confesonario que ella había abandonado y salió fuera. Dijo algo a los demás suplicantes que hacían cola y éstos refunfuñando se dispersaron hacia las demás colas. El cura se acercó a dona Ilaria y los dos se arrodillaron en un reclinatorio vacío. Me acerqué hacia ellos en una especie de trance y me introduje en su mismo banco desde la nave lateral, mirándolos fijamente desde mi lado. Ambos mantenían inclinada la cabeza, pero pude observar que el cura era joven y tenía una cierta belleza austera. Aunque no lo creáis sentí un pinchazo de celos contra mi dama —mi dama —por no haber escogido a alguien más viejo y seco a quien contar sus problemas. Tanto él como ella movían los labios rezando, pero alternadamente, por lo que supuse que él dirigía alguna letanía y ella contestaba. En otro momento quizá me hubiese consumido de curiosidad por saber qué pudo haber dicho ella a su confesor en el confesonario para que él le dedicara una atención tan íntima, pero entonces estaba demasiado ocupado devorando su belleza.

¿Cómo podría describirla? Cuando contemplamos un monumento o un edificio, una obra cualquiera de arte o de arquitectura, nos fijamos en algún elemento. La obra debe su belleza a la combinación de detalles, o bien hay un detalle especial tan notable que redime el conjunto de la mediocridad. Pero el rostro humano no se contempla nunca como una suma de detalles. O nos impresiona inmediatamente como un rostro bello en su totalidad, o nos deja indiferentes. Si hablando de una mujer sólo decimos que «tiene unas cejas bellamente arqueadas» es evidente que tuvimos que fijarnos mucho para ver el detalle, y que el resto de sus rasgos apenas despiertan interés. Puedo decir que Ilaria tenía una tez fina y clara, y que su cabello era de brillante color castaño, pero hay muchas venecianas que tienen el cabello así. Puedo decir que sus ojos eran tan vivos que parecían iluminados desde dentro, en vez de reflejar la luz del exterior. Que al ver su barbilla me entraban ganas de encerrarla en la palma de mi mano. Que su nariz era una de las que yo llamo «de Verona», porque allí es donde más se ven: delgada y pronunciada, pero hermosa, como la fina proa de un bote rápido, con los ojos situados profundamente a cada lado.

Podría alabar en especial su boca. Tenía una forma exquisita y prometía blandura

cuando otros labios la apretaran. Pero había algo más. Cuando Ilaria y el cura se

levantaron juntos después de sus oraciones e hicieron una genuflexión, ella hizo de nuevo una reverencia y dijo algunas palabras en voz baja. No recuerdo cuáles, pero supongamos que fueran éstas: «Le veré detrás de la capilla, padre, después de las completas.» Recuerdo que acabó diciendo «ciao», que es la lánguida manera veneciana de decir schiavo «vuestro esclavo», y me pareció un sistema sorprendentemente familiar de despedirse de un cura. Pero lo importante era el modo con que lo dijo: «Le v-veré

detrás de la capilla, p-padre, después de las completas. Ciao.» Cada vez que pronunciaba la y o la p tartamudeaba ligerísimamente, y sus labios sobresalían como haciendo pucheros y parecía que esperasen un beso. Era delicioso. Me olvidé inmediatamente de que mi intención teórica era pedir la absolución de otros errores, y cuando ella salió de la iglesia intenté seguirla. Era imposible que se hubiese dado cuenta de mi existencia, pero abandonó San Marcos de un modo que parecía preparado para impedir cualquier persecución. Avanzó con una rapidez y destreza superiores a las que yo habría demostrado si me hubiese perseguido un sbiro, y después de moverse entre la multitud del atrio desapareció de mi vista. Estupefacto, recorrí todo el circuito exterior de la basílica, y luego subí y bajé por las arcadas que rodeaban la gran piazza. Crucé varias veces transversalmente la misma piazza, sin dar crédito a mis ojos, entre las nubes de palomas y luego la piazzetta más pequeña, desde el campanario hasta los dos pilares del muelle. Volví desesperado a la gran iglesia y escudriñé todas las capillas, el santuario y el baptisterio. Incluso subí compungidamente las escaleras de la loggia donde están los caballos dorados. Finalmente me fui a casa con el corazón desolado.

Después de pasar una noche torturante, volví al día siguiente a repasar la iglesia y sus alrededores. Mi aspecto era sin duda el de un alma en pena que busca consuelo. Y quizá

la mujer era un ángel errante que había descendido una sola vez a la tierra, pues no apareció en ningún lugar. Tristemente regresé al barrio de las barcas. Los chicos me saludaron alegremente y Doris me dirigió una mirada desdeñosa. Cuando respondí con un suspiro de pesadumbre, Ubaldo se me acercó solícito y me preguntó qué me pasaba. Le conté que había entregado mi corazón a una dama y que luego la había perdido; todos los chicos se pusieron a reír, excepto Doris, que de repente pareció muy afectada.

—Parece que estos días sólo piensas en largazze —dijo Ubaldo —. ¿Quieres convertirte en el gallo de todas las gallinas del mundo?

—Es una mujer hecha y derecha, no una niña —le dije —. Y es demasiado sublime para que puedas hablar de ella como si fuera una…

—Como si fuera una pota —gritaron a coro varios de los chicos.

—De todos modos —dije con aire aburrido —, en relación a la pota, todas las

mujeres son iguales.

Yo era un hombre de mundo y en aquel momento había visto ya un magnífico total de dos mujeres desnudas.

—No estoy muy enterado de esto —dijo un chico pensativamente —. En una ocasión oí a un marinero que había viajado mucho explicar cómo se reconoce a la mujer perfecta para la cama.

—¡Cuéntalo! ¡Cuéntalo! —gritó el coro.

—Cuando está de pie, con las piernas juntas y apretadas, ha de haber un pequeño y diminuto triángulo de luz entre sus muslos y su alcachofa.

—-Se le ve luz a tu dama? —me pregunto alguien.

—Sólo la he visto una vez, y en la iglesia. ¿Piensas que iba desnuda por la iglesia?

—Bueno, en este caso,¿se le ve luz a Malgarita?

Yo contesté, seguido por varios chicos más:

—No se me ocurrió mirar.

Malgarita se rió tontamente, y rió de nuevo cuando su hermano dijo:

—Tampoco podías haberlo visto, porque el culo le cuelga demasiado por detrás y el vientre le cuelga por delante.

—¡Miremos a Doris! —gritó uno de ellos —. Ola, Doris. Ponte de pie con las piernas juntas y levanta las faldas.

Doris en lugar de replicar con una impertinencia, como yo hubiera esperado, se echó a sollozar y se fue corriendo.

Todas aquellas chanzas eran sin duda divertidas, y quizá incluso educativas, pero yo pensaba en otras cosas. Les dije:

—Si puedo encontrar de nuevo a mi dama y mostrárosla, quizá vosotros podríais seguirla mejor que yo y decirme dónde vive.

—No, grazie —dijo Ubaldo con firmeza —. Molestar a una dama de alcurnia es como apostar entre los pilares.

Daniele chasqueó los dedos:

—Ahora recuerdo que esta misma tarde, según me dijeron, habrá una frusta en los

pilares. Seguramente algún desgraciado que jugó y perdió. Vamos a verlo. Eso hicimos. Una frusta es un azote en público y los pilares son los que ya he citado, cerca del muelle de la piazzetta de Samarco. Una de las columnas está dedicada a mi santo patrón y la otra al anterior patrón de Venecia, san Teodoro, llamado allí Todaro. En ese lugar se llevan a cabo todos los castigos y ejecuciones de malhechores: «entre Marco y Todaro», como nosotros decimos.

Aquel día el centro de la acción era un hombre que todos nosotros, los chicos, conocíamos, pero sin saber su nombre. Todos le llamaban il Zudio, que significa tanto el judío como el usurero, y generalmente ambas cosas. Vivía en el burghéto construido aparte para su raza, pero la estrecha tienda donde cambiaba y prestaba dinero estaba en la Mercería, donde nosotros en los últimos tiempos solíamos cometer nuestros robos, y le habíamos visto a menudo acurrucado en su mesa de cambio. Su cabello y su barba parecían una especie de hongo rojo y rizado que empezaba a encanecer; llevaba en su bata larga la insignia redonda y amarilla que le proclamaba judío y el sombrero rojo que le definía como judío occidental.

Entre la multitud se encontraban numerosos representantes de su raza, la mayoría con sombreros rojos, pero algunos con tocados amarillos que demostraban su origen levantino. Probablemente no habrían acudido por propio impulso a ver aun compañero judío azotado y humillado, pero la ley veneciana obliga a todos los judíos adultos a asistir a tales actos. Como es lógico la multitud estaba formada principalmente por no judíos, congregados allí para divertirse, y una proporción insólitamente alta de los presentes eran mujeres.

Habían condenado al zudio por un delito bastante común: cargar sus préstamos con intereses excesivos, pero se murmuraba su participación en intrigas más picantes. Corría el rumor de que no se limitaba como un razonable prestamista cristiano a tratar con joyas, vajillas de plata y otros objetos de valor, sino que estaba dispuesto a prestar buen dinero a cambio de simples cartas de papel, aunque tenían que ser de tipo indiscreto o comprometedor. Muchas venecianas recurrían a los escribientes para que les escribieran precisamente cartas de ese tipo, o para que les leyeran las que recibían, y quizá las mujeres allí presentes querían contemplar al zudio y especular con la posibilidad de que tuviera copias comprometedoras de su correspondencia. O quizá, como pasa a menudo con las mujeres, tenían ganas de ver azotar a un hombre.

Acompañaron al usurero hacia el pilar de los azotes varios guardias gastaldi uniformados y su consolador asignado, un miembro de la lega Hermandad de la Justicia.

El hermano quería conservar su anonimato en esta misión degradante de consolar a un judío, y llevaba una sotana larga y un capuchón sobre el rostro con dos agujeros para los ojos. Un preco de la Quarantia estaba donde yo había estado el día anterior, en la loggia de San Marcos, con los cuatro caballos, y desde aquella altura leyó con voz retumbante:

—Puesto que el convicto Mordecai Cartafilo se ha comportado muy cruelmente atentando contra la paz del Estado y el honor de la República y la virtud de sus ciudadanos… se le sentencia a recibir trece fuertes golpes de frusta y a ser encerrado luego en un pozzo de la prisión del palacio mientras los Signori della Notte investigan otros detalles de sus crímenes…

Siguiendo la costumbre, preguntaron al zudio si quería formular alguna objeción a la sentencia, pero éste se limitó a gruñir despreocupadamente:

—Né tibi né catabi.

El desgraciado pudo encogerse fríamente de hombros antes de sentir el látigo, pero actuó de otro modo en los minutos siguientes. Primero gruñó, luego gritó y al final aulló. Yo paseé los ojos por la multitud —los cristianos asentían todos con aprobación y los judíos intentaban mirar a otras partes —, pero mi mirada se detuvo sobre un cierto rostro y quedó fija en él; luego, empecé a deslizarme a través de la apretada multitud para acercarme a mi dama perdida y hallada de nuevo.

Oí un grito detrás mío y la voz de Ubaldo que me llamaba:

—Ola, Marco, ¿no quieres oír la música de la sinagoga?

Pero yo no me volví. No quería arriesgarme a perder de nuevo a la mujer. También ahora iba sin velo para ver mejor la frusta, y mis ojos se regalaron de nuevo con su belleza. Cuando me hube acercado vi que estaba al lado de un hombre alto con capa y capucha echada sobre los ojos; desde luego era tan anónimo como el hermano de la Justicia del pilar de los azotes. Y cuando estuve muy cerca de ellos oí que murmuraba a la dama:

—Entonces fuiste tú quien habló al morro.

—El judío se lo ha merecido —dijo ella, mientras el delicioso puchero se prolongaba brevemente en sus labios.

—Un pollito ante un tribunal de zorros —murmuró él.

Ella rió ligeramente pero sin ganas:

—¿Hubierais preferido, padre, que yo dejara a los p-pollitos ir al confesonario?

Me pregunté si la dama era más joven de lo que yo imaginaba puesto que llamaba padre a todo el mundo. Pero cuando dirigí una mirada de soslayo al capuchón, pude ver gracias a mi menor estatura que era el cura de San Marcos del día anterior. Me extrañó

que se paseara ocultando sus hábitos y continué escuchando, pero su conversación

inconexa no me dio ninguna pista.

Él dijo con un murmullo de voz:

—Te has cebado en la víctima equivocada. La que podía hablar, no la que pudo haber escuchado.

Ella rió de nuevo y dijo con malicia:

—Nunca dijiste el nombre de esa última persona.

—En ese caso dilo tú —murmuró él —. Dilo al morro y entrega a los zorros un macho cabrío en lugar de un pollito.

Ella denegó con la cabeza:

—Este individuo, este viejo cabrón, tiene amigos entre los zorros. Necesito un sistema más secreto todavía que el morro.

Él calló un momento. Luego murmuró:

—Bravo.

Supuse que con aquel murmullo estaba aplaudiendo la frusta, cuya actuación estaba

acabando en aquel momento después de un último y penetrante aullido de dolor. La multitud empezó a moverse para dispersarse:

Mi dama dijo:

—Sí, investigaré esa posibilidad. Pero ahora —añadió tocando el brazo del hombre bajo la capa —la tal persona se nos aproxima.

Él bajó todavía más su capuchón sobre el rostro y se movió con la multitud separándose de la mujer. Se puso al lado de ella otro hombre, de cabello gris, rostro enrojecido y ropa tan fina como la suya. Quizá éste era su padre de verdad, pensé yo. El hombre le dijo:

—Vaya, aquí estás, Ilaria. ¿Cómo pudimos perdernos?

Fue entonces cuando oí por primera vez su nombre. Ilaria y el hombre mayor se marcharon juntos. Ella charlaba animadamente comentando «lo bien que ha trabajado la frusta, y lo perfecto que ha sido el día para esto», junto con otras típicas observaciones femeninas. Me separé lo suficiente de ellos para no despertar la atención, pero los seguí

como si me tiraran de una cuerda. Temí que andarán solamente hasta el muelle y que

allí tomaran el bátelo o la góndola del hombre. De ser así me hubiese costado mucho seguirlos. Todos los espectadores que no disponían de un bote propio estaban compitiendo para alquilar uno. Pero Ilaria y su acompañante se fueron hacia el otro lado y atravesaron la piazzetta hacia la piazza principal, evitando la multitud y siguiendo el muro del palacio del Dogo.

El rico traje de Ilaria rozó los morros de las máscaras leoninas de mármol que sobresalen del muro del palacio, a la altura de la cintura. Son lo que los venecianos llamamos musi da denonzie secrete, y hay uno por cada tipo de crimen: contrabando, evasión de impuestos, usura, conspiración contra el Estado, etc. Los morros tienen ranuras en lugar de bocas y al otro lado de ellas, dentro del palacio los agentes de la Quarantia están agazapados como arañas esperando que una telaraña dé un tirón. No tienen que esperar mucho entre cada alarma. A lo largo de los años estas ranuras de mármol se han ido ensanchando y alisando con el roce, porque innumerables manos han deslizado en su interior mensajes anónimos imputando crímenes a enemigos, a acreedores, a amantes, a vecinos, a parientes carnales e incluso a gente totalmente desconocida. Los acusadores permanecen en el anonimato y pueden acusar sin pruebas, y además la ley deja poco margen para la malicia, la calumnia, la frustración y el despecho, por lo que son los acusados quienes deben mostrar su inocencia. No es fácil conseguirlo, y raramente se puede hacer.

El hombre y la mujer dieron la vuelta a dos lados de la plaza porticada, mientras yo los seguía lo bastante de cerca para escuchar su charla anodina. Luego entraron en una de las casas de la misma piazza y la actitud de los criados que abrieron la puerta me demostró que vivían allí. Estas casas, situadas en el corazón mismo de la ciudad, tienen fachadas poco decoradas y no reciben el nombre de palacios. Se las llama «casas mudas», porque su simplicidad exterior no delata la riqueza de sus ocupantes, que figuran entre las familias más antiguas y nobles de Venecia. Por lo tanto también yo guardaré silencio sobre el nombre de la casa donde entró Ilaria, y así evito el peligro de deshonrar el nombre de esa familia.

Durante esa breve vigilancia me enteré de dos cosas más. Los fragmentos de conversación demostraban, incluso para una mente entontecida como la mía, que el hombre de cabello gris no era el padre de Ilaria sino su marido. Eso me causó cierta pena, pero me animé pensando que una mujer joven con un marido viejo debería abrirse fácilmente a las atenciones de un hombre más joven, como yo. El otro elemento de la conversación que capté fue una referencia a la festa que debía celebrarse la semana siguiente, el Samarco dei Bócoli. (Debería haber indicado que el

mes era abril, y que el veinticinco de abril es la fiesta de San Marcos. En Venecia ese día se celebra siempre con una fiesta de flores, de alegría y de mascarada dedicada a

«san Marcos de los Brotes». Esta ciudad gusta mucho de las fiestas, y recibe con especial alegría ese día porque es la primera fiesta que llega cada año después del Camevale, que puede haberse celebrado dos meses antes.)

El hombre y la mujer hablaron de los trajes que les estaban haciendo y de los distintos bailes a los que habían sido invitados, y sentí otra punzada en el corazón porque esos festejos se celebrarían detrás de unas puertas cerradas para mí. Pero luego Ilaria dijo que también deseaba participar en los paseos al aire libre a la luz de las antorchas. Su marido le hizo algunas objeciones gruñendo y quejándose del gentío y de los apretones que sufriría «entre el vulgo», pero Ilaria insistió riendo, y mi corazón latió de nuevo con esperanza y decisión.

Cuando hubieron desaparecido dentro de su casa muta, corrí a una tienda que conocía cerca del Rialto. En la entrada colgaban máscaras de tela, de madera y de cartapesta, rojas, negras, blancas y de color carne, de formas grotescas, cómicas, demoníacas y naturales. Irrumpí en la tienda y grité al fabricante de máscaras:

—¡Hacedme una máscara para la festa Samarcol Una máscara que me dé un aspecto hermoso pero viejo. Quiero aparentar más de veinte años. Pero que se me vea bien conservado, viril y galante.

6

Sucedió, pues, que en aquella mañana de fines de abril, el día de la festa, me vestí con mi mejor traje sin que tuviera que decírmelo ninguno de los criados. Me puse un doublet de terciopelo cereza y pantalones de seda color lavanda, y mis zapatos rojos cordobeses que tan poco usaba, y por encima una capa pesada de lana destinada a disimular mi delgada finura. Oculté mi máscara debajo de la capa, salí de la casa y me fui a probar mi mascarada con los niños de las barcas. Cuando estuve cerca de su barcaza saqué la máscara y me la puse. Tenía cejas y un bigote gallardo de pelo auténtico, y su rostro era la cara nudosa y curtida por el sol de un marinero que ha recorrido medio mundo.

—Ola, Marco —dijeron los chicos —. Sana capona.

—¿Me reconocéis? ¿Se ve que soy Marco?

—Bueno. Ahora que lo dices… —replicó Daniele —. No, no te pareces mucho al Marco que conocemos. ¿A quién crees que se parece, Boldo?

Yo le corté impaciente:

—¿No parezco un marinero de más de veinte años?

—Pues… —dijo Ubaldo —. Quizá un marinero bajito…

—A veces no dan mucha comida a bordo —dijo Daniele animándome —. Podrías haberte quedado así por culpa de la comida.

Me sentí muy molesto. Cuando Doris salió de la barcaza y dijo sin más:

—Ola, Marco —di media vuelta para gritarle algo, pero lo que vi me detuvo. También ella se había disfrazado en honor del día. Se había lavado aquel cabello de tono indeterminado y había aparecido un hermoso cabello de color oro pajizo. Se había lavado la cara y se la había empolvado con un atractivo color pálido, como las venecianas adultas. También llevaba un traje femenino largo, de brocado, cortado y rehecho a partir de uno de los trajes de mi madre. Doris dio una vuelta para que las faldas se arremolinaran y me preguntó tímidamente:

—¿No soy tan fina y bonita como la lustrisima dama de tu amor, Marco?

Ubaldo mascculló algo sobre «todas estas damas y gentilhombres enanos», pero yo me quedé mirando a Doris a través de los ojos de la máscara.

Doris insistió:

—¿Me sacarás a pasear en este día de fiesta, Marco?… ¿De qué te ríes?

—De tus zapatos.

—¿Qué? —preguntó ella en un susurro, bajando la mirada.

—Me río porque ninguna dama ha llevado nunca estos horribles tofi de madera. Doris puso una cara indescriptiblemente ofendida y se retiró de nuevo a la barcaza. Yo me entretuve con los chicos hasta que me aseguraron, medio convenciéndome que nadie descubriría que yo era un chico, excepto quienes estaban ya enterados de ello. Luego los dejé y me fui a la piazza San Marcos. Era demasiado pronto, y aún no había salido de casa ningún participante en la fiesta. Dona Ilaria no había descrito su traje mientras yo la espiaba; podía ir tan disfrazada como yo, y por lo tanto para reconocerla era preciso que vigilara delante de su puerta y la viera salir hacia el primero de sus bailes. Podía haber despertado sospechas si me quedaba en aquel extremo de los soportales como un ratero novato de extraordinaria estupidez, pero afortunadamente no era yo la única persona en la piazza vestida de modo sorprendente. Debajo casi de cada arco un matacin o un montimbanco disfrazados estaban montando sus plataformas para exhibir sus talentos mucho antes de que llegaran los espectadores. Se lo agradecí, porque así

tuve algo que mirar aparte de la entrada de la casa muta.

Los montimbanchi, embutidos en trajes como de médico o de astrólogo, pero con mayor profusión de estrellas, lunas y soles, ejecutaban varios pases de conjuro o hacían girar el manubrio de un ordegnogorgia para atraer con la música a los paseantes. Cuando conseguían captar la atención de alguien empezaban a pregonar a voz en grito sus remedios: hierbas secas, líquidos de color, hongos de leche de luna o cosas semejantes. Los matacini aparecían todavía más resplandecientes con sus brillantes caras pintadas y sus trajes de cuadros, diamantes y parches, y lo único que podían ofrecer era su agilidad. Saltaban por encima de sus plataformas y dentro y

fuera de ellas, ejecutando enérgicas acrobacias y danzas del sable, contorsionándose con fantásticas evoluciones, haciendo malabarismos con pelotas y naranjas o saltando el uno sobre el otro. Se paraban luego para recobrar el aliento y pasaban el sombrero para recoger unas monedas.

A medida que avanzaba el día llegaron más actores y ocuparon otros lugares en la piazza, también llegaron vendedores de confeti y dulces y bebidas refrescantes, y aumentó asimismo el número de paseantes normales, que sin embargo no llevaban todavía sus atuendos de fiesta. Estos paseantes se congregaban alrededor de una plataforma para contemplar las habilidades de un montimbanco o escuchar a un castrón cantando barcarole con acompañamiento de laúd, y cuando el artista empezaba a pasar su sombrero o a ofrecer sus mercancías, se trasladaban a otra plataforma. Muchas de estas personas tras pasar de un artista a otro llegaban a donde yo estaba al acecho con mi máscara y mi capa; entonces se quedaban parados delante mío mirándome con la esperanza de que hiciera algún número extraordinario. Su actitud era torturante, porque ante ellos sólo podía sudar (aquel día de primavera el calor apretaba más de la cuenta) y adoptar la actitud de algún criado apostado en aquel lugar que esperaba pacientemente a su amo.

El día iba avanzando de forma interminable mientras yo deseaba con toda el alma que mi capa fuera más ligera; sentía impulsos feroces de matar a todo el millón de palomas indignas que revoloteaban por la piazza y agradecía de todo corazón cualquier diversión nueva que se me presentaba. Los primeros ciudadanos que llegaron con algo distinto a las prendas habituales fueron de los gremios de las artes, vestidos con sus trajes de ceremonia. El arte de los médicos, cirujanos-barberos y boticarios llevaba altos sombreros cónicos y trajes flotantes. El gremio de los pintores e iluminadores llevaba

vestiduras que podían haber sido simples telas, pero que estaban adornadas con mucha fantasía con hojas de oro y colores. El arte de los curtidores y artesanos del cuero llevaba delantales de cuero con dibujos decorativos no pintados ni cosidos sino marcados con hierro candente…

Cuando se hubieron reunido todos los gremios en la piazza, salió de su palacio el dogo Ranieri Zeno, y aunque su traje público nos era bien conocido, a mí y a todo el mundo, su lujo no desmerecía de cualquier festividad. Llevaba la scufieta blanca sobre la cabeza y la capa de armiño sobre el jubón dorado, cuya cola sostenían tres criados vestidos con la librea ducal. Detrás suyo emergió la comitiva del Consejo y de la Quarantia y otros nobles y funcionarios, todos ricamente ataviados. Luego salió una banda de música, llevando en silencio sus laúdes, flautas y rabeles, avanzando con paso medido hasta el muelle. El buzino dóro del dogo, con sus cuarenta remeros, acababa de deslizarse al lado del muelle y la procesión subió a bordo. Cuando la resplandeciente barca se hubo alejado por el agua los músicos empezaron a tocar. Siempre hacen lo mismo porque saben que la música adquiere una dulzura especial cuando llega a tierra saltando por encima de las ondas.

El crepúsculo coincidió con la hora de completa y los lampaderi empezaron a recorrer la piazza encendiendo los cestos de antorchas colgados sobre los arcos. Yo permanecía aún a la vista de la puerta de Ilaria. Tenía la sensación de haber estado allí toda la vida, y me sentía débil por el hambre, porque no me había apartado ni para ir a una parada de frutas, pero estaba dispuesto a esperar el resto de mi vida si era preciso. Por lo menos en aquella hora mi presencia no era tan visible: la plaza estaba ya llena de gente, y la mayoría de paseantes llevaban un disfraz u otro.

Algunos bailaban al son de la música distante de la banda del dogo, otros cantaban acompañando la voz atiplada de los castróni, pero la mayoría se limitaban a dar vueltas exhibiendo sus aderezos y mirando los de los demás. Los jóvenes se echaban confeti, que son trocitos de dulces y cáscaras de huevo llenas de aguas perfumadas. Las muchachas mayores llevaban naranjas y esperaban descubrir algún favorito galante para tirarle una. Se supone que esta costumbre conmemora la naranja que Júpiter regaló en su boda a Juno, y un joven puede considerarse un Júpiter muy favorecido si su Juno al tirarle la naranja lo hace con fuerza suficiente para ponerle un ojo a la funerala o romperle un diente.

Luego, a medida que aumentaba la oscuridad llegó del mar el caligo, la niebla salada que por la noche envuelve a menudo Venecia, y yo empecé a agradecer mi capa de lana. Dentro de esta niebla las antorchas colgadas dejaron de ser cestos de hierros envueltos en llamas para convertirse en globos de luz de bordes suaves suspendidos mágicamente en el espacio. La gente de la piazza pasó a transformarse en simples borrones de niebla, más oscuros y coherentes, que se movían a través de la misma niebla. Pero al pasar entre mí y uno de los globos de luz de las antorchas, estos borrones irradiaban rayos y bordes extravagantes de sombra que parpadeaban como hojas negras de espadas acuchillando la niebla gris. Sólo cuando algún paseante se me aproximaba mucho se convertía brevemente en algo sólido, para disolverse acto seguido. Ante mí, como salido de un sueño, se materializaba un ángel: una chica de oropel y gasa con ojos risueños que se fundía y transformaba en una visión de pesadilla, un Satanás con cuernos y cara pintada de rojo.

De repente, la puerta que tenía detrás se abrió y la luz brillante de una lámpara rasgó la niebla gris. Me volví y vi dos sombras recortadas contra su brillo, que se resolvieron y se transformaron en mi dama y su marido. Sin duda de no haber permanecido apostado al lado de la puerta no hubiese podido reconocer a ninguno de los dos. Él se había transformado en uno de los personajes corrientes de la mascarada, el médico cómico

dotór Balanzón. Pero Ilaria había cambiado tanto que de momento no pude determinar de qué se había disfrazado. Una mitra blanca y dorada ocultaba su oscuro cabello, una escueta máscara dómino ocultaba sus ojos, y el alba, la casulla, la capa pluvial y la estola convertían su fina figura en una forma regordeta y redondeada. Luego comprendí

que iba adornada como la antigua fémina Pope Zuána. Su traje debió de costar una fortuna, y temí que aquello pudiese costarle una severa penitencia si algún clérigo auténtico la descubría disfrazada como la legendaria papisa. Cruzaron la plaza entre aquel caldo humano e inmediatamente se dejaron llevar por el espíritu de la fiesta: ella tiraba confeti como un cura que aspersiona el agua bendita, él los distribuía como hace un médego con sus dosis. Su góndola los esperaba a la orilla de la laguna, entraron en ella, y el bote partió hacia el Gran Canal Dude un momento y al final decidí no llamar un bote para seguirlos. El coligo era ya tan denso que todas las embarcaciones se movían con mucho cuidado, cerca de la orilla. Me resultó más fácil seguir a mi presa con la mirada y perseguirla andando al trote a lo largo de las calles que bordean los canales, parándome en ocasiones en un puente para ver qué canal tomaría la góndola cuando la ruta divergía. Caminé mucho aquella noche mientras Ilaria y su consorte iban de un gran palazzo y casa muta a otro. Pero me pasé mucho más tiempo esperando delante de esos lugares acompañado por los gatos rondadores mientras mi dama disfrutaba de las fiestas del interior.

Me apostaba en la salada niebla, tan espesa ya que cuajaba y goteaba de los aleros y arcos y de la punta de la nariz de mi máscara. Oía la música apagada que llegaba de la casa y me imaginaba a Ilaria bailando la furiana. Me apoyaba contra muros de piedra resbaladizos y empapados y miraba con envidia los cristales de las ventanas detrás de los cuales la luz de las velas rompía la oscuridad. Me sentaba sobre balaustradas frías y húmedas de los puentes y mientras sentía gruñir mi estómago me imaginaba a Ilaria mordisqueando delicadamente pasteles de scalete y buñuelos de bigné. Me ponía de pie y golpeaba el suelo con mis entumecidos pies, maldiciendo de nuevo mi capa, que pesaba cada vez más y que notaba húmeda y fría contra mis tobillos. A pesar de sentirme empapado y triste, me erguía e intentaba adoptar un aire de inocente y divertido paseante cuando otros personajes enmascarados aparecían de repente entre el caligo y me dirigían saludos de borracho: un bufón cacareante, un corsáro fanfarrón, tres muchachos cabriolando juntos disfrazados de las tres emes, médego, músico y majareta.

En las noches de fiesta no se toca el coprifuoco en la ciudad, pero después de llegar al tercer o cuarto palacio de la noche y mientras yo esperaba empapado en el exterior, oí

tocar todas las campanas de las iglesias. Como si aquello fuera una seña, Ilaria se deslizó a la calle desde el salón de baile y se fue directamente donde yo permanecía agazapado, en un hueco del muro de la casa, envuelto en mi capa y con el capuchón puesto. Ella llevaba todavía sus vestiduras papales, pero se había quitado el dómino. Dijo en voz baja «Caro la», el saludo que sólo utilizan los amantes, y yo quedé rígido como una estatua. Su aliento tenía el dulce olor del licor de avellanas bevarin cuando murmuró entre los pliegues de mi capuchón:

—El viejo cabrón está borracho ya, y no vendrá a… Dio me varda! ¿Quién eres? —agregó, retrocediendo.

—Mi nombre es Marco Polo —dije —. He estado siguiendo…

—¡Me han descubierto! —gritó, tan fuerte que temí que pudiera oírla algún esbirro —. ¡Tú

eres su bravo!

—No, no, señora mía. —Me levanté y me quité el capuchón. Puesto que mi máscara de marinero la había asustado tanto, también me la quité —. No soy de nadie sino únicamente de vos.

Ella retrocedió un paso más, con los ojos llenos de desconfianza:

—¡Eres un muchacho!

No podía negarlo, pero sí atenuarlo:

—Con la experiencia de un hombre —dije rápidamente —. Os he amado y os he buscado desde el día en que os vi.

Sus ojos se entornaron mientras me examinaba con mayor detenimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba esperándoos —balbucí —para poner mi corazón a vuestros pies y mi brazo a vuestro servicio y mi destino en vuestras manos.

Ella miró nerviosamente a su alrededor:

—Ya tengo pajes suficientes. No quiero contratar tus servicios…

—¡Nunca contratar! —declaré —. Por amor de mi dama la serviré siempre. Yo esperaba quizá una mirada de dulce rendición. Pero la que me dirigió era más bien una mirada de exasperación.

—Ya es la hora de completas —dijo —. ¿Dónde está…? ¿Has visto a alguien más por aquí?

¿Estás solo?

—No, no lo está —dijo otra voz, una voz muy tranquila.

Di la vuelta y comprendí que había tenido muy cerca de mi nuca la punta de una espada. En aquel momento se estaba retirando en la niebla y percibí una chispa de acero frío y goteante que desaparecía debajo de la capa de quien la había desenvainado. La voz me había parecido la del cura conocido de Ilaria, pero los curas no llevan espadas. Antes de que yo o ella pudiésemos hablar, la figura encapuchada

murmuró de nuevo:

—Veo por vuestro atavío, señora, que esta noche vais de mofador. Así sea. Ahora el mofador ha sido mofado. Este joven intruso desea ser el bravo de una dama, y os servirá

sin paga sólo por amor. Dejad que así sea, y ésta será vuestra penitencia por la mofa. Ilaria dio un grito sofocado y empezó a decir:

—¿Estáis sugiriendo…?

—Estoy absolviendo. Se os perdona ya todo lo que debe hacerse. Y una vez eliminado el obstáculo mayor, será más fácil eliminar un obstáculo más pequeño. Dicho esto, la forma retrocedió en la niebla, se fundió con ella y desapareció. Yo no tenía idea de lo que el forastero intentaba decir, pero comprendí que había hablado en favor mío, y se lo agradecí. Me volví de nuevo hacia Ilaria, que me estaba contemplando con una triste mirada de apreciación. Su delgada mano se introdujo en su traje, sacó el dómino y lo puso delante de sus ojos como sí quisiera ocultar algo.

—¿Tu nombre es… Marco? —Yo incliné la cabeza y contesté que así era —. Dices que me has seguido. ¿Sabes cuál es mi casa? —Murmuré un sí —. Ven mañana a v-verme, Marco. Por la puerta del servicio. A la hora de mezza-vespro. No me falles. 7

No le fallé, por lo menos en cuestión de puntualidad. Me presenté en la tarde siguiente, como me había ordenado, y una vieja bruja abrió la puerta del servicio. Sus ojuelos eran tan desconfiados como si conociera todos los secretos vergonzosos de Venecia, y me hizo entrar en la casa con tanto desagrado como si yo fuera uno de los peores. Me condujo escaleras arriba, me hizo pasar por una sala, señaló una puerta con un marchito dedo y me dejó. Llamé al panel y dona Ilaria abrió la puerta. Entré y ella pasó el pestillo detrás mío.

Dijo que me sentara, y luego se paseó arriba y abajo delante de mi silla, contemplándome pensativamente. Llevaba un traje cubierto con lentejuelas de color dorado que brillaban como las escamas de una serpiente. Era un traje ceñido y su andar

era sinuoso. La dama presentaba un aspecto reptiliano y peligroso, pero se retorcía continuamente las manos revelando así la preocupación que le causaba estar los dos solos y juntos.

—He estado pensando en ti desde la noche anterior —dijo. Yo quise hacerme eco con alegría de estas palabras, pero no salió ningún sonido de mi boca, y ella continuó

hablando —: Dices que decidiste servirme, y desde luego p-puedes rendirme un servicio. Dices que lo harías p-por amor, y he de confesar que esto despierta mi… mi curiosidad. Pero supongo que sabes que tengo un marido.

Tragué saliva ruidosamente y contesté que sí, que lo sabía.

—Es mucho mayor que yo y está amargado por la edad. Tiene celos de mi juventud y siente envidia de todo lo joven. También tiene un carácter violento. Es evidente que no puedo poner a mi servicio a un hombre… a un hombre joven, ni menos disfrutar del amor de un joven. ¿Entiendes? Podría desearlo, incluso morirme de ganas, pero no puedo, porque estoy casada.

Medité un momento la cuestión, luego carraspeé y dije lo que me pareció evidente:

—Un marido viejo morirá pronto y vos seréis todavía joven.

—¡Lo entiendes! —Dejó de retorcer sus manos y dio unas palmadas, aplaudiéndome —. Eres listo y rápido a pesar de ser tan… tan joven.

Inclinó a un lado la cabeza para mirarme con admiración y

agregó:

—O sea que morirá pronto, ¿no es cierto?

Me levanté muy abatido, suponiendo que estábamos de acuerdo en que debíamos esperar simplemente a que su viejo y cascarrabias marido muriese para poder mantener nuestras tan deseadas relaciones. No me apetecía nada tanto aplazamiento, pero como había dicho Ilaria, los dos éramos jóvenes. Podíamos aguantarnos un tiempo. Sin embargo antes de que llegara a la puerta se vino hacia mí y se quedó muy cerca. De hecho se apretó contra mí y mirándome a los ojos me preguntó en voz muy baja:

—¿Cómo lo harás?

Tragué saliva y dije roncamente:

—¿Que cómo lo haré, señora?

Ella rió con aire conspirador.

—¡Desde luego eres discreto! Pero creo que debo saberlo, porque habrá que hacer algunos preparativos para asegurar que yo no… Sin embargo esto puede esperar. De momento imaginemos que te haya preguntado cómo vas… a amarme.

—¡Con todo mi corazón! —exclamé.

—Ah, claro, también con esto, esperemos. Pero supongo, y no vayas a escandalizarte, Marco, que también me amarás con alguna otra parte de ti, ¿no?

Cuando vio la expresión que debió de dibujarse en mi cara, se echó a reír

alegremente. Se me atragantó algo en el cuello, tosí y le dije:

—Me han enseñado personas de experiencia. Cuando estéis libre y podamos hacer el amor, sabré a qué atenerme. Os aseguro, señora, que no haré el ridículo. Ella arqueó las cejas y dijo:

—¡Muy bien! Me han cortejado con promesas de muchas delicias diferentes, pero ninguna como ésta. —Me escudriñó de nuevo a través de unas pestañas que eran como garras dirigidas a mi corazón —. En este caso demuéstrame cómo evitas hacer el ridículo. Te debo por lo menos una buena paga por tu servicio.

Ilaria levantó las manos hasta sus hombros y se desabrochó de algún modo su jubón de serpiente dorada. La prenda se deslizó hasta su cintura y aparecieron ante mis ojos sus pechos de leche y rosas. Supongo que intenté agarrarla tratando simultáneamente de arrancarme el traje, porque ella soltó un gritito:

—¿Quién te ha enseñado, muchacho? ¿Una cabra? Ven a la cama. Intenté reprimir mi ansia adolescente con un decoro viril, pero la cosa se hizo más difícil cuando los dos estuvimos ya en la cama y totalmente desnudos. El cuerpo de Ilaria estaba a mi disposición para que saboreara todos sus incitantes detalles, e incluso un hombre más fuerte que yo hubiese preferido abandonar todo freno. Pintada en leche y rosas, fragante como leche y rosas, suave como leche y rosas, su carne era tan bellamente distinta del basto material de Malgarita y Zuliá que no pude evitar mordisquearla para ver si su gusto era tan delicioso como su aspecto, su olor y su tacto. Así se lo dije, y ella sonrió y se estiró lánguidamente mientras cerraba los ojos y me decía:

—Muerde, p-pues, p-pero suavemente. Hazme todas las cosas interesantes que has aprendido.

Mi dedo tembloroso recorrió su cuerpo a todo lo largo, desde el borde de sus cerradas pestañas pasando por su bella nariz de Verona; por sus labios que hacían pucheros, por su barbilla y su satinado cuello, por la curva de un firme pecho y su fresco pezón, por su suave y redondo vientre hasta el nacimiento del fino pelo de debajo, y mientras tanto ella se retorcía y maullaba de placer. Para demostrarle que sabía muy bien cómo se hacían las cosas, le dije con una suave seguridad:

—No voy a tocarte la pota, por si acaso tienes que mear.

Todo su cuerpo se contrajo, sus ojos se abrieron de golpe y exclamó irritada

«Amoredéi!» mientras se soltaba de mi mano y se apartaba bruscamente de mí. Me lanzó una vibrante mirada y luego me pregunto:

—¿Quién te enseñó a ti, asenazzo?

Y yo, el asno, murmuré:

—Una chica de las barcas.

—Dio v'agiuta —suspiró ella —. Mejor una cabra.

Se recostó de nuevo, pero de lado, apoyando la cabeza en una mano para mirarme.

—Ahora tengo realmente curiosidad —dijo —. Puesto que no debo… excusarme, ¿qué

haces luego?

—Pues yo —dije desconcertado —meto mi, ya sabes, mi cirio dentro de tu… bueno, y lo muevo. Metiendo y sacando. Y eso es lo que hago. —Siguió un terrible silencio de duda y añadí inquieto —: ¿No es así?

—¿Crees en serio que todo se reduce a eso? ¿Una melodía a una cuerda? —Movió la cabeza lentamente, maravillada. Yo empecé a retirarme —. No, no te vayas. No te muevas. Quédate donde estás y deja que te enseñe como es debido. Para empezar… Me sorprendió, pero agradablemente, saber que hacer el amor debería ser como hacer música, y que «para empezar» los dos músicos deben comenzar la tocata lejos de sus instrumentos principales, utilizando en su lugar los labios y las pestañas y los lóbulos de las orejas, y que la música debe dar placer incluso en su inicio pianisimo. La música subió a vivace cuando Ilaria introdujo como instrumentos sus prominentes pechos y sus pezones suavemente rígidos, y me acarició incitándome a que utilizara la lengua en lugar de los dedos para sacar notas de ellos. Con aquel pizzicato ella cantó literalmente y su voz acompañó la música.

En un breve intervalo entre estos coros, me informó con una voz que apenas era un susurro:

—Acabas de oír el himno del convento.

Me enteré también de que las mujeres poseen realmente la lumaghéta de la cual me habían hablado, y que el término no es correcto en sus dos sentidos. La lumaghéta es una cosa que desde luego se parece algo a un pequeño caracol, pero su función se parece más a la de la clave que utiliza el tocador de laúd para afinarlo. Cuando Ilaria me

hubo demostrado personalmente cómo se manipula la lumaghéta de modo delicado y hábil, conseguí que ella entera soñara y tañera y vibrara deliciosamente como un laúd verdadero. También me enseñó a hacer otras cosas, que no podía hacerse a sí misma, y que nunca se me hubiesen ocurrido. Por ejemplo a veces yo la toqueteaba con mis dedos como a los trastes de una viella, y al instante siguiente utilizaba mis labios sobre ella como si tocara una dulzaina, y luego movía rápidamente la lengua como si fuera un flautista tocando su instrumento.

No fue hasta muy entrado el divertimento de aquella tarde que Ilaria me indicó que juntáramos nuestros instrumentos principales, y tocamos al unísono, y la música subió

en crescendo hasta un climax terrible de tuti fortisimi. Luego nos dedicamos a repetirlo, una y otra vez, durante el resto de la tarde. Después tocamos varias codas, que fueron en progresivo diminuyendo, hasta que quedamos prácticamente vacíos de música. Permanecimos entonces tranquilamente uno al lado del otro, disfrutando de los ecos cada vez más débiles del tremolo… dolce, dolce…, dolce… Cuando hubo pasado algún rato, se me ocurrió hacerle una pregunta galante:

—¿Quieres dar unos saltos por aquí y estornudar?

Tuvo un ligero sobresalto, me miró de lado y murmuró algo que no pude entender. Luego dijo:

—No, grazie, no quiero, Marco. Quiero hablar ahora de mi marido.

—¿Por qué nublar el día? —protesté —. Descansemos un poco más, y luego veamos si podemos tocar otra canción.

—¡Oh, no! Mientras continúe casada seré una mujer casta. No volveremos a hacerlo hasta que mi marido haya muerto.

Antes, cuando impuso esa condición, yo había asentido. Pero ahora tenía una muestra del éxtasis que me aguardaba, y la idea de esperar se me hacía insoportable. Le dije:

—Esto puede durar años, por viejo que él sea.

Ella clavó su mirada en mí y dijo con tono cortante:

—¿Por qué durar? ¿Qué medios pretendes usar?

—¿Yo? —pregunté desconcertado.

—¿P-piensas seguirle continuamente como hiciste la noche anterior? ¿Piensas molestarle así hasta que se muera?

La verdad empezó a filtrarse a través de mi espesa mente. Le pregunté asustado:

—¿Dices en serio que hay que matarle?

—Digo que hay que matarle en serio —contestó con un escueto sarcasmo —. ¿De qué

crees que estuvimos hablando, asenazzo, cuando decidimos que me harías un servicio?

—Pensé que hablabas de… esto —y le toqué tímidamente aquel punto.

—De esto basta. —Y con un movimiento se apartó algo de mí —. Por cierto, si quieres utilizar el lenguaje vulgar, llámalo por lo menos mi mona. No suena tan terrible como la otra palabra.

—¿Y ya no podré tocarte más la mona? —pregunté con tristeza —. ¿Hasta que te haga aquel servicio?

—Los despojos para el vencedor. Has tenido la suerte de pulir tu stiléto, Marco, pero otro bravo podría ofrecerme una espada.

—Un bravo —dije reflexionando —. Sí, un acto así me convertiría en un bravo auténtico,

¿no es cierto?

Ella contestó persuasivamente:

—Y yo preferiría mucho más amar a un valiente bravo que a un asaltante furtivo de esposas ajenas.

—En un armario de casa hay una espada —murmuré para mí ——. Debió de pertenecer a mi padre o a uno de sus hermanos. Es vieja, pero la guardan afilada y brillante.

—No te acusarán de nada, ni siquiera sospecharán de ti. Como todo hombre importante, mi marido tiene muchos enemigos. Personas de su misma edad y posición. Nadie sospechará de un simple… quiero decir de un hombre más joven, que carece de motivos discernibles para quitarle la vida. Te bastará con acercarte a él en la oscuridad, cuando esté solo, y asegurarte de que tu golpe sea certero y de que él no sobreviva lo suficiente para describirte…

—No —le interrumpí —, lo mejor sería encontrarle en una reunión con gente de su rango, donde estuviesen sus enemigos reales. Yo, en estas circunstancias, sin que nadie me viese, podría… Pero no.

De repente comprendí que estaba planeando un asesinato y acabé diciendo sin fuerza:

—Probablemente sería imposible.

—No sería imposible para un b-bravo auténtico —dijo Ilaria con un susurro de paloma —. No lo sería con un premio tan generoso.

Se acercó de nuevo hacia mí y continuó acercándoseme, tentándome con la promesa de aquel premio. Esto despertó en mí varias emociones en conflicto, pero mi cuerpo

reconoció sólo una de ellas y levantó su batuta para tocar un saludo de fanfarra.

—No —dijo Ilaria apartándome y adoptando un tono muy práctico —. Una maistra de música puede dar su primera lección gratis, para indicar lo que puede aprender el alumno. Pero si quieres otras lecciones de ejecución más avanzada, has de ganártelas. Ella actuaba de forma inteligente al rechazarme sin haberme saciado completamente. Al final me fui de la casa, pasando de nuevo por la puerta de los criados, con el corazón palpitándome casi dolorosamente, y tan excitado como si ella no me hubiese satisfecho en absoluto. Aquella batuta mía me guiaba y me dirigía, por así decirlo, y su inclinación me conduciría de nuevo al emparrado de Ilaria, fueran cuales fueren sus exigencias. Pareció como si otros hechos conspiraran para llevarme a ese mismo fin. Cuando di la vuelta a la manzana de casas y llegué a la piazza Samarco, la encontré llena de gente que hablaba excitada, y un banditore uniformado proclamó la noticia: El dogo Ranieri Zeno había sufrido un ataque repentino aquella misma tarde en las habitaciones de su palacio. El dogo había fallecido. Se había convocado el Consejo para votar un sucesor a la corona ducal. Toda Venecia observaría tres días de luto antes de celebrarse el funeral del dogo Zeno.

«Bueno —pensé mientras seguía mi camino —, si un gran dogo puede morir, ¿por qué no un noble de menor categoría?» Además pensé que las ceremonias fúnebres obligarían a celebrar más de una reunión de todos aquellos nobles inferiores. Entre ellos estaría el de mi dama y sin duda estarían algunos de sus enemigos y, como ella había sugerido. 8

El difunto dogo Zeno permaneció expuesto durante tres días en su palacio; de día lo visitaban sus respetuosos ciudadanos y de noche lo velaban veladores profesionales. Pasé casi todo ese tiempo en mi habitación, practicando con la vieja pero aún digna espada hasta conseguir cortar y atravesar sin falla maridos fantasmas. Lo más difícil era la simple tarea de llevar la espada conmigo, pues era casi tan larga como mi pierna. No podía deslizaría desenvainada bajo mi cintura u otro lugar porque al andar se me podía clavar en el pie. Para llevarla por la calle tenía que meterla en su vaina y esto dificultaba todavía más su manejo. Además, para ocultarla tendría que llevar mi capa larga y envolverme en ella, y esto me impediría sacar rápidamente la espada y dar la estocada. Mientras tanto, concebía astutos planes. En el segundo día de duelo escribí una nota dibujando cuidadosamente las letras con mi mano de escolar: « ¿Asistirá él al funeral y a la proclamación?» Estudié la frase críticamente y luego subrayé la palabra él para que

no hubiera duda sobre la persona referida. Tracé penosamente mi propio nombre debajo, para que no hubiera confusión sobre el autor de la nota. No la confié a ningún criado sino que la llevé yo mismo a la casa muta, y esperé otro rato interminable hasta que vi salir a él de la casa vestido con su traje negro de luto. Di la vuelta hasta la puerta de detrás, entregué la nota a la vieja portera y le dije que esperaba respuesta. Al cabo de un rato la vieja volvió. No me entregó ninguna respuesta, pero con su dedo huesudo hizo ademán de que la siguiera. Me llevó de nuevo hasta las

habitaciones de liaría, y encontré a mi dama estudiando el papel. Parecía algo aturdida, no me recibió

con ningún saludo cariñoso y se limitó a decirme:

—Sé leer, claro, pero no entiendo tu maldita letra. Léemelo. Así lo hice y ella contestó afirmativamente: su marido como todos los demás miembros del Gran Consejo veneciano asistiría tanto a los ritos funerarios del difunto dogo como a la proclamación del nuevo dogo una vez elegido.

—¿Por qué me lo pides?

—Porque así tengo dos oportunidades. Intentaré cumplir con mi… servicio… en el día del funeral. Si me resulta imposible por lo menos sabré cómo actuar mejor en la siguiente reunión de nobles.

Ella me quitó el papel y lo miró.

—No veo mi nombre escrito.

—Claro que no —contesté yo, el experto conspirador —. No iba a comprometer a una lustrisima.

—¿Está tu nombre puesto?

—Sí —señalé con orgullo mi nombre —. Aquí. Éste es, señora mía.

—Tengo entendido que no siempre es muy prudente dejar cosas Por escrito. —Dobló el papel y se lo metió en su corpiño —. Lo guardaré bien.

Iba a decirle que lo rompiera, pero ella continuó con tono displicente:

—Espero que te hayas dado cuenta de que has sido muy imprudente al presentarte sin que yo te llamara.

—Esperé hasta que le vi salir de aquí.

—¿Y si hubiera en casa otra persona, uno de sus parientes o amigos? Escúchame bien. No vuelvas nunca si yo no te llamo.

Sonreí y dije:

—Hasta que seamos libres y…

—Hasta que yo te llame. Ahora vete, y vete de prisa. Estoy esperando a… quiero decir que él puede volver en cualquier momento.

Volví, pues, a casa y continué practicando. Al día siguiente, cuando empezaron las pompe funebri, al anochecer, me encontraba entre los espectadores. En Venecia un entierro, aunque sea del último plebeyo, se lleva a cabo dignificado por toda la pompa que él o su familia pueden permitirse, y en el caso de un dogo el entierro es realmente espléndido. El muerto no iba en su ataúd, sino en una litera abierta, revestido con sus mejores atuendos oficiales, sujetando con sus rígidas manos la maza ceremonial y con un rostro concentrado en una expresión de serena beatería, obra de los maestros de ceremonias. La dogaresa viuda iba a su lado, tan envuelta en velos que sólo se veía su blanca mano descansando sobre el hombro de su difunto marido. Primero pusieron la litera sobre el techo del gran buzino d'oro del dogo, en cuya proa ondeaba a media asta la bandera ducal de color escarlata y oro. Luego la barca avanzó

con una solemne lentitud por los principales canales de la ciudad y parecía que sus cuarenta remos apenas se movieran. Detrás y alrededor suyo se agrupaban negras gondole funerales y batéli y burchielli con crespones, que llevaban a los miembros del Consejo, a la Signoria, a la Quarantia, a los principales clérigos de la ciudad y a los

confratéli de los gremios de las artes, y todo el cortejo iba entonando himnos y cantando plegarias.

Cuando hubieron paseado un rato al difunto por los canales, levantaron la litera, la sacaron de la barca y la cargaron sobre los hombros de ocho de sus nobles. El corteggio tenía que recorrer todas las calles principales del núcleo urbano y, al ser ancianos muchos de los porteadores, los relevos se hacían con frecuencia. De nuevo acompañaban la litera de la dogaresa y toda la corte; ahora iban todos a pie seguidos por bandas de música tocando piezas lentas y tristes, por contingentes de las hermandades flagelantes que se propinaban letárgicamente fingidos azotes y finalmente por todos los venecianos capaces de caminar, ni demasiado jóvenes ni demasiado viejos ni lisiados. No pude hacer nada durante la procesión acuática excepto contemplarla desde la orilla como el resto de los ciudadanos. Pero cuando llegó a tierra comprendí que la suerte favorecía mis planes. Porque también llegó del mar el caligo vespertino: las exequias resultaron así aún más melancólicas y misteriosas envueltas en la niebla, la música quedaba amortiguada y los cantos sonaban lúgubres y huecos. Se encendieron antorchas de pared a lo largo de la ruta, y la mayoría de los participantes cogieron velas y las encendieron. Durante un rato caminé entre el vulgo, cojeando más que caminando porque la espada que llevaba junto a la pierna izquierda me obligaba a moverla rígidamente, pero fui avanzando gradualmente hasta la primera línea de la multitud. Desde allí pude comprobar que casi todos los acompañantes oficiales iban con capa y capuchón, excepto los sacerdotes. También yo iba bien cubierto y en espesa niebla se me podía tomar por uno de los artistas o artesanos de los gremios. Tampoco mi estatura resultaba extraña; la procesión incluía a muchas mujeres con velo no más altas que yo, y a unos cuantos enanos y jorobados más bajos que yo. Continué, pues, avanzando imperceptiblemente

entre los acompañantes de la corte incluso pasé más adelante sin que nadie me lo impidiera, hasta que sólo me separaba de la litera y de sus portadores una fila de sacerdotes que mascullaban su pimpirimpára ritual balancean sus incensarios para añadir más humo a la niebla. Yo no era el único acompañante discreto de la procesión. Todo el mundo iba tan envuelto en telas y en la niebla, no menos lanosa que me costó bastante localizar a mi presa. Pero la marcha por las calles duraba mucho y tuve tiempo suficiente para desplazarme cautelosamente de un lado a otro, y lanzando rápidas miradas a la pequeña porción de perfil que sobresalía de las cogullas pude al final descubrir al marido de Ilaria y seguirle los pasos.

La oportunidad se presentó cuando el corteggio desembocó finalmente desde una calle estrecha al muelle adoquinado de la orilla septentrional de la ciudad: en la laguna de los Muertos, no lejos de donde estaba situada la barcaza de los niños, que sin embargo quedaba oculta por la niebla y la oscuridad crecientes. La barca del dogo estaba ya atracada en el muelle: había dado la vuelta a la ciudad y nos esperaba para recoger al difunto en su último viaje a la isla de los Muertos, que tampoco se distinguía en la distancia. Entonces se produjo una gran conmoción entre los acompañantes: los que estaban próximos a la litera trataron de ayudar a los portadores a izarla a la barca, y esto me permitió mezclarme en ellos. Me abrí paso a codazos hasta llegar al lado mismo de mi presa, y con tantos empujones y tanta actividad nadie notó los esfuerzos que tuve que hacer para desenvainar mi espada. Por suerte el marido de Ilaria no consiguió meter su hombro debajo de la litera, porque al liquidarlo el dogo se hubiese precipitado en la laguna de los Muertos.

Lo que sí cayó fue mi pesada vaina; sin duda los movimientos que hice la desprendieron del cinturón de mi jubón. Se precipitó con un fuerte ruido sobre los adoquines y continuó proclamando ruidosamente su presencia gracias a las patadas de los pies que arrastraban por el suelo. El corazón se me subió de golpe a la garganta y casi se escapó de mi boca cuando el marido de Ilaria se agachó para recoger la vaina. Pero él, sin mover escándalo, me la entregó diciéndome amablemente: «Cogedla, joven, se os ha caído. Estaba todavía a su lado, mientras los movimientos de la multitud nos empujaban de un lado a otro, y tenía todavía la espada en la mano debajo de mi capa: aquél era el momento para asestar el golpe, pero ¿cómo podía hacer yo tal cosa? Él me había salvado del inmediato reconocimiento: ¿podía darle las gracias con una estocada?

Pero entonces sonó cerca de mi oído otra voz rabiosa: «¡Estúpido asenazzo!»,y algo nuevo hizo un ruido rasposo, y un objeto metálico relució a la luz de las antorchas. Todo sucedió en el borde de mi campo de visión, y mis impresiones fueron fragmentarias y confusas. Pero me pareció que uno de los curas que balanceaba un incensario de oro de pronto cambió y balanceó algo plateado. Y luego el marido de Ilaria se inclinó ante mis ojos, abrió la boca y vomitó una sustancia que parecía negra en aquella luz. Sin que yo le hubiera hecho nada, algo le acababa de pasar. Se tambaleó empujando a otras personas del grupo compacto y él y otros dos cayeron al

suelo. Entonces una mano fuerte se cerró sobre mi hombro, pero yo la rechacé y el retroceso me apartó del centro del tumulto. Mientras luchaba por abrirme paso entre el círculo exterior de personas y rebotaba contra un par de ellas, se me cayó de nuevo la vaina y luego la misma espada, pero no me detuve. El pánico me dominaba y lo único que quería era correr y desaparecer. Sentí detrás mío exclamaciones de sorpresa y de indignación, pero ya estaba a buena distancia del grupo de antorchas y de velas y me había adentrado en la bendita oscuridad y en la niebla.

Continué corriendo a lo largo del muelle hasta que vi tomar forma ante mí a dos figuras nuevas en la noche neblinosa. Pude escabullirme, pero vi que eran figuras de niños y al cabo de un momento se resolvieron en las de Ubaldo y Doris Tagiabue. Sentí un gran alivio al ver a alguien conocido y pequeño. Traté de poner una cara risueña y probablemente el resultado fue horrible, pero los saludé con alegría.

—¡Doris, todavía estás restregada y limpia!

—Tú no —dijo ella señalando con el dedo.

Miré mi capa. Su parte frontal estaba húmeda pero de algo más que de caligo. Estaba manchada y rociada de rojo brillante.

—Y tienes la cara tan pálida como una lápida —dijo Ubaldo —. ¿Qué te pasó, Marco?

—Estuve… estuve a punto de ser un bravo —dije con voz repentinamente insegura. Se me quedaron mirando, y lo expliqué todo. Me alivió mucho poderlo contar a alguien no afectado por el tema —. Mi dama me envió a matar a un hombre. Pero creo que murió

antes de que yo pudiera hacerlo. Debió de intervenir otro enemigo, o el enemigo alquiló

a un bravo para que lo hiciera.

—¿Crees que ha muerto? —preguntó Ubaldo.

—Todo fue muy repentino. Tuve que huir. Supongo que no sabré lo que realmente pasó

hasta que los banditori de la guardia de noche proclamen las noticias.

—¿Dónde sucedió?

—En aquel muelle, donde están embarcando al difunto dogo. O quizá no lo han embarcado todavía. El alboroto es enorme.

—Podría llegarme hasta allí y espiar. Te enterarías más de prisa a través mío que a través de los banditori.

—De acuerdo —le dije —. Pero ten cuidado, Boldo. Sospecharán de cualquier extraño. Ubaldo salió corriendo por donde yo había llegado, y Doris y yo nos sentamos en un poste al lado del agua. Ella me miraba seria, y al cabo de un rato dijo:

—El hombre era el marido de la dama. —No le dio la entonación de una pregunta, pero yo asentí débilmente —. Y tú confías en ocupar su lugar.

—Ya lo he ocupado —dije con el tono más heroico que pude. Doris pareció

estremecerse, por lo que añadí concretando —: Por lo menos una vez. En aquel momento aquella tarde con llana se me antojo muy lejana, y no me vinieron ganas de repetirla. «Es curioso —pensé —hasta qué punto la ansiedad puede disminuir el ardor de un hombre. Creo que si ahora estuviera en el dormitorio de Ilaria y ella me hiciera señas, desnuda y sonriente, no podría…»

—Puedes haberte metido en un lío terrible —dijo Doris, como si quisiera apagar totalmente mi ardor.

—No lo creo —dije, más para convencerme a mí mismo que a la chica —. Lo único criminal que hice fue estar en un lugar que no me correspondía. Y me escapé sin que me cogieran ni nadie me reconociera, por lo que no saben ni siquiera que hice esto. Excepto tú, claro.

—¿Y qué pasará ahora?

—Si el hombre ha muerto, mi dama me llamará pronto para agradecérmelo con sus abrazos. Acudiré algo avergonzado, porque yo confiaba en llegar a ella como un valiente bravo, como el matador del hombre que la oprimía. —Se me ocurrió un elemento nuevo —. Pero por lo menos ahora puedo ir a ella con la conciencia limpia. Esta idea me dio algo de alegría.

—¿Y si no ha muerto?

Mi alegría se desvaneció. No había considerado todavía esa eventualidad. No dije nada y permanecí sentado intentando pensar en lo que podría hacer o en lo que quizá debería hacer.

—Tal vez en este caso —se atrevió a decir Doris con un hilo de voz —podrías tomarme a mí como smanza en lugar de a ella.

Apreté los dientes:

—¿Por qué me haces continuamente esta propuesta ridícula? Especialmente ahora

cuando tengo tantos problemas en que pensar.

—Si me hubieses aceptado cuando te lo propuse por primera vez, no tendrías ahora tantos problemas.

Esta era una demostración de falta de lógica femenina o juvenil, algo totalmente absurdo, pero contenía la suficiente verdad para que yo respondiera cruelmente:

—Dona Ilaria es bella y tú no. Es una mujer y tú una niña. Ella se merece el título de dona, y yo también, soy de los Ene Aca. No podría tomar nunca por dama a alguien que no fuera noble, y…

—Ella no se ha comportado con mucha nobleza. Ni tú tampoco. Pero yo continué mi letanía:

—Ella va siempre limpia y fragante; tú apenas acabas de descubrir que debes lavarte. Ella sabe hacer el amor de modo sublime, tu nunca sabrás más de lo que sabe la puerca Malgarita…

—Si tu dama sabe fottere tan bien, sin duda habrás aprendido, y Podrías enseñarme a mí…

, —¡Ahí está! Ninguna dama utiliza una palabra así, fottere! Ilaria la llama musicare.

—Pues enséñame a hablar como una dama. Enséñame a musicare como una dama.

—¡Esto es insoportable! Con tantos problemas en mi cabeza ¿cómo puedo estar sentado aquí discutiendo con una imbécil? —Me levanté y añadí severamente —: Doris, se supone que tú eres una buena chica. ¿Por qué te ofreces continuamente para dejar de serlo?

—Porque… —Inclinó la cabeza y su bello cabello cayó como un casco sobre su rostro, ocultando su expresión —. Porque es lo único que puedo ofrecerte.

—Ola, Marco —gritó Ubaldo solidificándose en medio de la niebla y llegando jadeando hasta nosotros.

—¿Qué has sabido?

—Primero te diré algo, zenso. Agradece que no hayas sido tú el bravo que lo hizo.

—Que hizo exactamente, ¿qué? —le pregunté aprensivamente.

—Que mató al hombre. La persona de quien hablaste. Sí, está muerto. Tienen la espada que lo mató.

—¡No la tienen! —protesté —. La espada que tienen sin duda es la mía, y no hay

sangre en ella.

Ubaldo se encogió de hombros.

—Encontraron un arma. Seguramente encontrarán a un sassin. Tendrán que dar la culpa a alguien, por ser quien era la persona asesinada.

—Sólo era el marido de Ilaria…

—Era el próximo dogo.

—¿Qué?

—El mismo. Si no lo hubiesen matado los banditori le habrían proclamado mañana dogo de Venecia. Sacro! Esto oí decir, y lo he oído repetir varias veces. El Consejo le había elegido como sucesor de su Serenitá Zeno, y esperaban que finalizaran las pompe funebri para anunciarlo.

—¡Oh, Dios mío! —debí de decir yo, pero Doris lo dijo por mí.

—Ahora tienen que empezar de nuevo las votaciones. Pero no lo harán hasta encontrar al bravo culpable. El asunto no es una simple reyerta callejera. Al parecer no había sucedido nada semejante en toda la historia de la República.

—¡Dio mío! —suspiró de nuevo Doris, y luego me preguntó —: ¿Qué vas a hacer ahora?

Después de pensar un momento, suponiendo que la perturbación de mi mente pudiese calificarse de pensamiento, dije:

—Quizá no debería ir a casa. ¿Puedo dormir en un rincón de vuestra barcaza?

Fue allí, pues, donde pasé la noche, sobre un jergón de trapos malolientes, pero sin dormir en vela, con los ojos abiertos e inquietos. Cuando en algún momento de la madrugada, Doris oyó que me removía inquieto, se acercó a mí deslizándose por el suelo y me preguntó si quería que me abrazara y me calmara; pero yo le respondí con un ladrido y ella se deslizó de nuevo a su rincón. Doris, Ubaldo y los demás niños estaban dormidos cuando la aurora empezó a meter sus dedos por las muchas rendijas del viejo casco de la barcaza; yo me levanté, dejé mi capa manchada de sangre y salí a la mañana. Toda la ciudad lucía con un frescor rosado y ámbar, y cada piedra brillaba con el rocío que el coligo había dejado. En cambio para mí no había nada que brillara, todo estaba sumergido bajo una capa marrón y triste, incluso el interior de mi boca. Me paseé sin rumbo fijo por las calles a aquella hora tan temprana y las vueltas que daba en mi camino dependían solamente de si me encontraba o no con otra persona que hubiese salido tan temprano a la calle. Pero las calles se llenaron paulatinamente de personas, tantas que ya no podía esquivarlas a todas, y sentí las

campanas dar el toque de terza, el inicio de la jornada laboral. También yo fui derivando hacia la laguna, hacia la Riva Cade Dio y los almacenes de la Compagnia Polo. Creo que tenía el vago proyecto de pedir al contable Isidoro Priuli que me buscara rápidamente un puesto de grumete en alguna nave de pronta partida.

Entré con paso desanimado en su pequeña habitación de contable tan sumido en mis pensamientos que necesité unos instantes para darme cuenta de que en la habitación había más gente de la cuenta y de que maistro Doro estaba diciendo a un tropel de visitantes:

—Sólo puedo deciros que hace más de veinte años que no ha puesto el pie en Venecia. Os repito que micer Marco Polo vive desde hace tiempo en Constantinopla y que continúa allí. Si no queréis creerme, aquí tenéis a su sobrino del mismo nombre, quien

puede testimoniar…

Yo di media vuelta porque acababa de descubrir que el tropel de personas presentes en la habitación estaba formado por sólo dos personas, pero muy corpulentas: dos gastaldi uniformados de la Quarantia. Antes de que yo pudiera escapar uno de ellos gruñó:

—Del mismo nombre, ¿eh? ¡Y mirad la cara de culpable que se trae!

El otro alargó el brazo y cerró una mano de hierro sobre mi antebrazo. Bueno, se me llevaron mientras el contable y los empleados del almacén miraban la escena con ojos desorbitados. No tuvimos que recorrer mucho trecho, pero fue uno de los viajes más largos que haya hecho nunca. Me debatí débilmente bajo la poderosa presión de los gastaldi, pidiéndoles con lágrimas en los ojos que me dijeran de qué se me acusaba, pero aquellos impasibles corchetes mantuvieron cerrada la boca. Mientras recorríamos la Riva, pasando entre grupos de personas que también me miraban sorprendidas, se acumulaban las preguntas tumultuosamente en mi mente: ¿había alguna recompensa? ¿Quién me había entregado? ¿Fueron quizá Doris o Ubaldo quienes dieron de algún modo el chivatazo? Pasamos por el Puente de la Paja, pero no llegamos hasta la entrada del Palacio del Dogo en la piazzetta. En el Portal del Trigo giramos hacia la Torresella, situada al lado del palacio y que constituye el último resto de un antiguo castillo fortificado. Actualmente y de modo oficial es la prisión del Estado de Venecia, pero sus ocupantes le dan otro nombre. La prisión recibe el nombre que nuestros antepasados aplicaban al pozo de fuego que luego el cristianismo llamó Infierno. La prisión se llamaba Vulcano.

De repente, pasé de la luz brillante, rosa y ámbar, de la mañana a una orbá, cuyo nombre quizá no diga mucho hasta que uno se entera que significa «cegado». Una orbá

es una celda cuyo tamaño es apenas suficiente para contener a una persona. Es una

caja de piedra, sin ningún utensilio en su interior y privada totalmente de aberturas para la luz o el aire. Me quedé de pie en una oscuridad sin resquicios, apretada, sofocante y hedionda. En el suelo había un determinado grosor de una sustancia pegajosa que chupaba mis pies cuando los movía, por lo que no intenté sentarme, y las paredes parecían esponjosas por la presencia de una especie de baba que casi se movía si la tocaba, o sea que tampoco me apoyé en ellas; cuando me cansé de estar de pie me senté

en cuclillas. Y me estremecí febrilmente cuando mi mente empezó a comprender poco a poco todo el horror de aquel lugar y de la situación en la que me había hundido. Yo, Marco Polo, hijo de la Casa Ene Acá de los Polo, cuyo apellido estaba inscrito en el Libro d'Oro, y que hacía unos momentos era un hombre libre, un joven despreocupado, que podía pasearse por donde le pluguiera a lo largo y ancho de todo el mundo, estaba ahora en prisión, deshonrado, despreciado, encerrado en una caja que ni una rata aceptaría como suya. ¡Oh, cómo lloré!

Ignoro cuánto tiempo permanecí en aquella celda ciega. Estuve por lo menos el resto de aquel día, y quizá llegué a estar dos o tres, porque si bien me esforcé en controlar mi vientre retorcido por el terror, contribuí en varias ocasiones a aumentar la suciedad del suelo. Cuando finalmente llegó un guardia para conducirme fuera, supuse que se había proclamado mi inocencia y exulté de alegría. Aunque yo hubiera sido culpable y hubiese matado al dogo electo, estaba convencido de haber sufrido bastante castigo, y de haber padecido remordimientos suficientes y de haber jurado arrepentirme dignamente. Pero como es lógico mi júbilo desapareció cuando los guardias me contaron que había padecido únicamente el primero de mis castigos, probablemente el menor, porque la orbá es sólo la celda provisional donde se encierra a los prisioneros hasta su interrogatorio preliminar.

Me condujeron ante el tribunal llamado los Señores de la Noche. Subí a una habitación del Vulcano y quedé enfrente de una larga mesa donde estaban sentados ocho serios

ancianos con jubones negros. No me pusieron muy cerca de su mesa, y los guardias que tenía a ambos lados se quedaron a una cierta distancia, porque sin duda el hedor que yo despedía era el que yo mismo percibía. Si mi aspecto era igual de terrible debí de parecer el auténtico retrato de un criminal vil y brutal.

Los Signori della Notte se turnaron formulándome algunas preguntas inocuas: mi nombre, mi edad, mi residencia, detalles de mi historia familiar, etc. Luego uno de ellos consultó un papel que tenía delante y me dijo:

—Habrá que hacerte muchas preguntas más antes de poder dictaminar auto de procesamiento. Pero este interrogatorio se aplazará hasta que se te haya asignado un hermano de la Justicia para tu defensa, porque se te ha denunciado como autor de un crimen castigado con la pena capital…

¡Denunciado! Quedé tan sorprendido que se me escaparon casi todas las palabras siguientes de aquel hombre. El denunciante tenía que haber sido o bien Doris o bien Ubaldo, porque sólo ellos sabían que yo había estado cerca del hombre asesinado. Pero

¿cómo podían haber actuado con tanta rapidez? ¿Y de quién se sirvieron para que les escribiera la denuncia que luego debían meter en uno de los morros?

Los señores concluyeron su discurso preguntando:

—¿Tienes algún comentario que hacer sobre estas graves acusaciones?

Carraspeé un poco y dije con voz vacilante:

—¿Quién… quién me denunció, miceres?

La pregunta era inútil, porque lo lógico sería que no respondiesen, pero era la pregunta que tenía ocupada entonces mi mente. Y con gran sorpresa mía el interrogador respondió:

—Tú mismo te denunciaste, joven micer. —Sin duda le miré con aire estúpido, porque añadió —: ¿No has escrito tú mismo esto?

Cogió un trozo de papel y leyó la frase «¿Asistirá el al funeral y a la proclamación?»

Debí de parpadear de nuevo estúpidamente, porque él añadió:

—Está firmado «Marco Polo».

Los guardias me cogieron y bajé de nuevo las escaleras caminando como un sonámbulo, luego recorrí otro tramo de escalera hasta llegar a lo que llaman los pozos, la parte más profunda del Vulcano. Me dijeron que tampoco aquello era el calabozo real de la prisión; lo normal era que cuando me hubiesen condenado con todas las de la ley me trasladaran a los Jardines Oscuros, reservados para los condenados que esperaban su ejecución. Rieron groseramente y abrieron en el muro de piedra una puerta de madera gruesa, que me llegaba sólo a la rodilla, me empujaron dentro y la puerta se cerró tras de mí con un golpe parecido a una campanada del día del Juicio Final. Por lo menos esta celda era bastante más grande que la orbá y tenía un agujero en la puerta baja. Éste era demasiado pequeño y no pude amenazar con el puño a los carceleros que se alejaban, pero dejaba entrar algo de aire y un rastro de luz que impedía que en la celda se formaran tinieblas absolutas. Cuando mis ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, pude ver que la celda estaba equipada con un cubo con tapa para la pissóta y dos maderos desnudos por camas. No pude distinguir nada más excepto una especie de montón arrugado de sábanas en un rincón. Sin embargo cuando me acerqué al montón se movió, se levantó y se convirtió en una persona.

—Salameléch —dijo con voz áspera.

El saludo parecía extranjero. Forcé la vista y reconocí un cabello y una barba fungoides de color rojo grisáceo. Era el zudio cuyo apaleamiento público yo había presenciado en un día memorable Por muchos más conceptos.

10

—Mordecai —dijo presentándose —. Mordecai Cartafilo.

Entonces me hizo la pregunta que se hacen todos los prisioneros cuando se ven por primera vez:

—¿Por qué te han metido aquí?

—Por asesinato —respondí —. Y supongo que por traición y lesamaestá y algunas cosas.

—Con el asesinato bastará —dijo secamente —. No te preocupes, muchacho. Dejarán de lado esas otras cuestiones sin importancia. No te pueden castigar por ellas cuando te hayan castigado por asesinato. A esto se le llama doble inculpación, y la ley del país lo prohíbe.

Le dirigí una aviesa mirada.

—Seguro que bromeas, viejo.

Él se encogió de hombros.

—Uno ilumina las tinieblas lo mejor que puede.

Nos sentamos un rato en silencio. Luego dije:

—Estáis aquí por usura, ¿no es cierto?

—No por eso. Estoy aquí por una cierta dama que me acusó de usura.

—Esto es una coincidencia. Yo también estoy aquí, por lo menos indirectamente, por culpa de una dama.

—Bueno, he dicho dama sólo para indicar el género —escupió en el suelo —. En realidad es una shéquesa károve.

—No entiendo estas palabras extranjeras.

—Una gentile putana cagna —dijo, mientras seguía escupiendo —. Me suplicó que le prestara dinero y me entregó algunas cartas de amor como fianza. Cuando no pudo

pagar y yo no le devolví las cartas, quiso asegurarse de que no las entregaría a nadie más.

Moví la cabeza comprensivamente.

—Vuestro caso es triste, pero el mío es más irónico. Mi dama me suplicó que le hiciera un servicio y prometió su persona como recompensa. El servicio ha sido realizado, pero no por mí. Sin embargo, aquí estoy yo, recompensado de un modo bastante distinto, y mi dama probablemente ni siquiera lo sabe todavía. ¿No es irónico?

—Más bien hilarante.

—Sí, Ilaria. ¿Conocéis a la dama?

—¿Qué? —me miró intensamente —. ¿Vuestra károve también se llama liaría?

Yo le miré del mismo modo.

—¿Cómo os atrevéis a llamar a mi dama una putana cagna?

Luego dejamos de mirarnos, nos sentamos en las tablas de la cama y comenzamos a comparar experiencias, y, ¡ay de mí!, resultó que los dos habíamos conocido a la misma dona Ilaria. Le conté al viejo Cartafilo mi aventura entera, y al final dije:

—Pero vos habéis hablado de cartas de amor. Y yo nunca le envié ninguna.

—Siento tener que ser yo quien os lo diga —me dijo —. No estaban firmadas con vuestro nombre.

—Entonces, en ese mismo momento, tenía amoríos con alguien más.

—Eso parece.

—Me sedujo solamente para que le hiciera de bravo —murmuré —. Me he portado como un ingenuo. He sido totalmente imbécil.

—Eso parece.

—Y el único mensaje que yo firmé, el que ahora tienen los Signori, lo debió de meter ella en el morro. Pero ¿por qué me ha hecho esto?

—Ya no necesita mas a su bravo. Su marido esta muerto, su amante disponible, vos no

sois más que un estorbo del que hay que desprenderse.

—¡Pero yo no maté a su marido!

—¿Quién lo hizo? Probablemente el amante. ¿Y esperabais que lo denunciara a él, cuando podía ofreceros a vos a cambio, y de este modo salvarle?

Yo no sabía qué responder a esto. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Oísteis hablar en alguna ocasión de la lamia?

—¿Lamia? Significa bruja.

—No exactamente. La lamia puede tomar la forma de una bruja muy joven y muy bella. Seduce a muchachos que se enamoran de ella. Cuando alguno ha caído en la trampa, hace el amor con él tan voluptuosa y laboriosamente que el chico queda exhausto. Y

cuando él está ya débil e indefenso, se lo come vivo. Esto es sólo un mito, claro, pero un mito curiosamente difundido y que persiste. Me lo he encontrado en todos los países que he visitado a orillas del Mediterráneo. Y he viajado mucho. Es extraño que gentes tan diferentes entre sí crean en la sed de sangre de la belleza. Pensé un momento y dije:

—Ella sonreía mientras miraba cómo os flagelaban, viejo.

—No me sorprende. Ella probablemente alcance el máximo de excitación sexual cuando os vea ir al matarife.

—¿Al qué?

—Así es como los viejos veteranos de la cárcel llamamos al verdugo, el matarife. Yo grité muy agitado:

—Pero a mí no me pueden ejecutar. ¡Yo soy inocente! ¡Soy de los Ene Aca! Ni siquiera deberían de haberme encerrado con un judío.

—Oh, perdóneme, su señoría. Es que la mala luz de este lugar ha debilitado mi vista. Os tomé por un preso común encerrado en los pozos del Vulcano.

—¡No soy un común!

—Perdonadme de nuevo —dijo, y alargó el brazo a través del espacio que separaba los dos camastros. Arrancó algo de mi jubón y lo miró detenidamente.

—¡Es sólo una pulga! ¡Una vulgar pulga! —La reventó con sus uñas —. Parece tan común como las mías.

—¡Tenéis la vista perfecta! —refunfuñé.

—Si realmente sois noble, joven Marco, debéis hacer lo que hacen todos los prisioneros nobles. Exigir una celda mejor, una celda privada, con una ventana que dé a la calle o al canal. Desde allí podréis tirar una cuerda y enviar mensajes o pedir que os los suban. En teoría no está permitido, pero tratándose de un noble se hace la vista gorda.

—Habláis como si tuviera que estarme aquí mucho tiempo.

—No —suspiró —, probablemente no mucho.

El tono de esta observación me puso los pelos de punta.

—Ya os lo he dicho, viejo loco, ¡soy inocente!

Él contestó entonces con la misma voz violenta e indignada que yo:

—¿Y por qué me lo decís a mí, infeliz mamzar? Contadlo a los Signori della Notte. Yo también soy inocente, pero aquí estoy, y aquí me pudriré.

—¡Esperad! ¡Tengo una idea! —dije —. Los dos estamos aquí por culpa de los ardides y mentiras de dona Ilaria. Si ambos se lo decimos a los Signori, acabarán sospechando que ella miente.

Mordecai movió la cabeza incrédulo:

—¿Y a quién harían caso? Ella es la viuda de un casi dogo. A vos os acusan de asesinato y yo soy un usurero convicto.

—Puede que tengáis razón —dije desalentado —. Es una mala suerte que seáis judío. Fijó en mí una mirada bastante penetrante y contestó:

—La gente siempre me ha dicho lo mismo. ¿ Por qué me lo repetís ahora?

—Me refería a que el testimonio de un judío es naturalmente sospechoso.

—Eso he notado con frecuencia. Y me pregunto por qué.

—Bueno… vosotros matasteis a nuestro Señor Jesús…

Soltó un bufido y dijo:

—Sí, fui yo mismo.

Y como si se hubiera disgustado conmigo, me dio la espalda, se tumbó sobre su tabla y se envolvió con sus voluminosas ropas. Luego murmuró dirigiéndose a la pared:

—Yo sólo hablé al hombre… solamente dos palabras… —luego al parecer se durmió.

Al cabo de un rato, largo y tenebroso, cuando el agujero de la puerta ya había quedado oscuro, la puerta se abrió ruidosamente y entraron a gatas dos guardianes arrastrando una gran tinaja. El viejo Cartafilo dejó de roncar y se sentó impaciente. Los guardas nos dieron a cada uno una tablilla de madera, sobre la cual vertieron una masa grumosa, pegajosa y tibia sacada de la tinaja. Luego nos dejaron un débil candil, formado por un tazón lleno de aceite de pescado con un pedazo de trapo que ardía con mucho humo y poca luz, se marcharon y cerraron dando un portazo. Yo miré la comida con ciertas dudas.

—Gachas de polenta —me dijo Mordecai, tomando ávidamente las suyas con dos dedos -

. Un holósh, pero haréis bien en comerlo. Es la única comida del día. No os darán nada más.

—No tengo hambre —dije —. Podéis quedaros con mi ración.

Casi me la arrebató, y se comió los dos platos sorbiendo ruidosamente. Cuando hubo terminado se sentó y comenzó a limpiarse los dientes succionándolos, como si no quisiera perderse ni una partícula, me miró desde debajo de sus cejas fungoides y finalmente me dijo:

—¿Qué coméis normalmente para cenar?

—Pues… a lo mejor una fuente de tagiadéle con persuto… y para beber un zabagión…

—Bongusto —dijo sarcásticamente —. No puedo tentar un gusto tan refinado como el vuestro, pero quizá os gustaría probar una de éstas. —Hurgó entre sus ropas —. Las tolerantes leyes venecianas me permiten observar algunos preceptos religiosos, incluso estando en la cárcel.

No pude entender qué relación tenía todo esto con las galletas cuadradas y blancas que sacó y me dio. Pero me las comí con gusto, aunque apenas sabían a nada, y se lo agradecí.

Pero al día siguiente, a la hora de cenar, estaba demasiado hambriento para hacer ascos. Probablemente me habría comido esa masa grumosa aunque sólo fuese porque rompía la monotonía de no hacer nada más que estar sentado, dormir sobre el duro y desnudo banco, dar los dos o tres pasos que la celda permitía y de vez en cuando charlar con Cartafilo. Pero así es como pasaban los días, marcados simplemente por la iluminación y el oscurecimiento del agujero de la puerta, las oraciones del viejo zudío tres veces al día y la llegada de la horrible comida por la tarde.

Quizá para Mordecai la experiencia no era tan terrible, pues por lo que pude saber, hasta entonces había pasado todos sus días acurrucado en su tienda de prestamista,

una especie de celda situada en la Mercetia, y nuestra reclusión no podía ser muy diferente de aquélla. Pero yo había vivido libre, alegre y sin trabas; encerrarme en el Vulcano era como enterrarme en vida. Comprendía que debía estar agradecido de tener al menos compañía en mi prematura sepultura, aunque se tratara sólo de un judío, y aunque su conversación no fuera siempre alegre. Un día le comenté que había visto administrar diferentes tipos de castigo en los pilares de Marco y Todaro, pero nunca una ejecución.

—Eso se debe a que la mayoría de ejecuciones se llevan a cabo aquí, dentro de los

muros, para que no se enteren ni siquiera los demás prisioneros hasta el final. Encierran al condenado en una de las celdas de los llamados Giardini Foschi, que tienen barrotes en las ventanas. El matarife espera fuera de la celda, pacientemente, hasta que el hombre de dentro, moviéndose de un lado a otro, se queda delante de la ventana y de espaldas a la reja. Entonces el matarife, con un movimiento rápido pasa la garrotta entre los barrotes y alrededor de su garganta, y le quiebra el cuello o lo estrangula hasta matarlo. Los Jardines Oscuros están en el lado de este edificio que da al canal, y en el corredor hay una losa de piedra que puede levantarse. Por la noche deslizan el cuerpo de la víctima por ese agujero secreto, lo meten en una barca que está a la espera y lo llevan a la Sepoltúra Pública. La ejecución sólo se anuncia cuando ha terminado todo. De este modo, la conmoción es mucho menor. Venecia no quiere que en todos los sitios se sepa que aquí aún se ejerce con tanta frecuencia la lege de tagión romana. Por esto, las ejecuciones públicas son escasas. Se castigan así solamente los crímenes realmente atroces.

—¿Qué tipo de crímenes? —pregunté.

—En mi época un hombre murió así por haber violado a una monja, y otro por haber contado a un extranjero secretos del arte de la vidriería de Murano. No me extrañaría que el asesino de un dogo electo entrara en esta categoría, si es eso lo que estás preguntando.

Yo tragué saliva.

—Y esto… en público… ¿cómo se hace?

—El culpable se arrodilla entre los pilares y es decapitado por el matarife. Pero antes el matarife le corta las partes de su cuerpo culpables del crimen. El violador de la monja, por supuesto, tenía la picha amputada. Al vidriero le cortaron la lengua. Y el condenado camina hacia los pilares con su parte culpable colgada de una cuerda alrededor del cuello. En tu caso, supongo que sólo será la mano.

—Y sólo la cabeza —dije con voz apagada.

—Será mejor que no os riáis.

—¿Reírme? -grité angustiado; y luego me reí, pues sus palabras eran absurdas —. Os estáis burlando otra vez, ¿eh, viejo?

Se encogió de hombros diciendo:

—Uno hace lo que puede.

Un día, la monotonía de mi reclusión se interrumpió. Se abrió la puerta para dejar paso a un forastero que entró agachado. Era un hombre bastante joven que no llevaba un uniforme sino un jubón de la Hermandad de la Justicia. Se presentó como fratello Ugo y dijo enérgicamente:

—Ya debéis un considerable casermagio de pensión completa en esta prisión del Estado. Si sois pobre, tenéis derecho a la ayuda de la Hermandad, que os pagará vuestro casermagio mientras estéis encarcelado. Soy un abogado con licencia, y os representaré

lo mejor que sepa. También os traeré mensajes de fuera, me llevaré los vuestros y os proporcionaré algunas pequeñas comodidades: por ejemplo, sal para las comidas y aceite para la lámpara. También puedo conseguiros —echó una mirada al viejo Cartafilo con un rápido gesto despreciativo —una celda privada.

—Dudo que sea menos desgraciado en otro sitio, fra Ugo —dije —. Me quedaré en ésta.

—Como deseéis —respondió —. Otra cosa: me he puesto en contacto con la Casa Polo, de la cual, según parece, sois el cabeza oficial, aunque todavía seáis menor. Si así lo preferís podéis permitiros pagar el casermagio de la prisión, y también contratar a un abogado de vuestra propia elección. Sólo tenéis que escribir los necesarios pagheri y autorizar a la Compañía para que los pague.

Yo dije indeciso:

—Eso sería una humillación pública para la Compañía. Y no sé si tengo derecho a malgastar sus fondos…

—En una causa perdida —terminó la frase por mí, mientras asentía con la cabeza —. Lo comprendo muy bien.

Alarmado, empecé a protestar:

—No me refería a…; bueno, yo esperaba…

—La alternativa es aceptar la ayuda de la Hermandad de la Justicia. La Hermandad, para cobrar sus servicios, está autorizada a enviar dos mendigos pidiendo limosna por la calle en beneficio del desgraciado Marco P.

—Amoredéi! -exclamé—. ¡Eso sería infinitamente más humillante!

—No es necesario que os decidáis en este momento. Hablemos ahora de vuestro caso.

¿Cómo pensáis confesar?

—¿Confesar? —dije indignado —. ¡No voy a confesar, sino a protestar! ¡Soy inocente!

El hermano Ugo miró de nuevo hacia el judío con hostilidad, como si sospechara que yo ya había recibido consejo. Mordecai se limitó a poner cara de escéptica diversión. Yo continué:

—Como primer testigo nombraré a dona Ilaria. Cuando se vea obligada a hablar de nuestro…

—No la podréis nombrar -interrumpió el hermano—: Los Signori della Notte no lo permitirán. La dama ha sufrido una desgracia muy recientemente, y el luto aún la tiene postrada.

Yo me burlé:

—¿Pretendéis decirme que llora por su marido?

—Bueno… -dijo reflexionando-si no es por eso, puedes estar seguro de que se siente realmente afectada por no ser ahora la dogaresa de Venecia. El viejo Cartafilo hizo un ruido, que sonó como una risita sofocada; y seguramente también yo proferí algún sonido, pues me preocupaba este aspecto de la situación en el que no había pensado antes. Ilaria debía de estar rabiosa, decepcionada y frustrada. Al desear la muerte de su marido, ni siquiera había soñado en el honor que él estaba a punto de recibir, y también ella. Ahora, pretendería olvidar su propia implicación, y probablemente la consumiría el deseo de vengar su perdido título. No importaba con quién desahogase su cólera. ¿Y quién podía servir de blanco mejor que yo mismo?

—Si vos sois inocente, joven micer Marco —dijo Ugo —, entonces, ¿quién asesinó a ese hombre?

—Creo que fue un sacerdote —dije yo.

El hermano Ugo me miró insistentemente, luego golpeó la puerta de la celda para que el guardián viniera a por él. Cuando la puerta rechinó a la altura de sus rodillas, me dijo:

—Os sugiero que contratéis a otro abogado. Si intentáis acusar a un reverendo padre y vuestro primer testigo es una mujer impulsada por la vendéta, necesitaréis el abogado de más talento de la República. Ciao.

Cuando se hubo marchado le dije a Mordecai:

—Todos dan por seguro que estoy condenado, sea culpable o no. Tiene que haber alguna ley que proteja a los inocentes contra condenas injustas.

—Oh, sí, casi seguro. Pero un viejo refrán dice: las leyes de Venecia son supremamente justas y serán rigurosamente obedecidas… durante una semana. No tengas demasiadas esperanzas.

—Tendría más esperanza si contara con más ayuda —dije —. Y vos podéis ayudarnos a los dos. Enseñadle al hermano Ugo esas cartas que guardáis y que él las presente como pruebas. Al menos, eso arrojará una sombra de sospecha sobre la dama y su amante. Me miró furtivamente con sus rojizos ojos y rascándose pensativamente la barba

fungoide me dijo:

—¿Creéis que sería propio de un cristiano hacer eso?

—¿Por qué no? Claro… Salvar mi vida, recobrar vuestra libertad. No veo que eso sea poco cristiano.

—Entonces siento estar adscrito a una moralidad distinta, pero yo no puedo hacerlo. No lo hice para salvarme a mí mismo de la frusta y no lo haré para salvarnos a los dos. Le miré fijamente sin poder creerle, y pregunté:

—¿Por qué?, ¿por qué no?

—Mi negocio está basado en la confianza. Soy el único prestamista que acepta tales documentos en prenda, y sólo puedo hacerlo si confío en que mis clientes pagarán sus deudas y los intereses acumulados. Los clientes comprometen escritos de este tipo solamente porque confían en que mantendré la inviolabilidad de su contenido. ¿Creéis que de no ser así las mujeres entregarían sus cartas de amor?

—Pero ya os lo he dicho, viejo, nadie confía en un judío. Mirad cómo dona Ilaria os ha correspondido: con la traición. ¿No es eso prueba suficiente de que no os considera digno de confianza?

—Es prueba de algo, sí —dijo irónicamente —, pero si pierdo la confianza, aunque sea una sola vez y por la más horrible de las provocaciones, debo abandonar el negocio que he elegido. No porque los demás me consideren despreciable, sino porque me lo consideraría yo mismo.

—¿De qué negocios habláis, viejo loco? ¡Quizá os quedéis aquí el resto de vuestros días! ¡Vos mismo lo dijisteis! No podéis comportaros como…

—Puedo comportarme según me dicta mi conciencia. Quizá sea un pobre consuelo, pero es el único que tengo; sentarme aquí rascándome las picaduras de pulgas y de chinches, ver cómo enflaquece mi carne, antes próspera y gorda, y sentirme superior a la moralidad cristiana que me ha metido aquí.

—Pero podríais pavonearos de lo mismo fuera de aquí… —gruñí.

—¡Zito! ¡Basta! La enseñanza de los locos es la locura. No vamos a hablar más de eso. Mirad, muchacho, aquí en el suelo hay dos grandes arañas. Hagamos una carrera con ellas y apostemos incalculables fortunas a la ganadora. Elegid vos la araña que queráis… 11

Los días pasaron, tristes y sombríos, y luego volvió a aparecer el hermano Ugo, agachándose para cruzar la pequeña puerta. Yo esperaba, abatido, que dijera algo tan descorazonador como la vez anterior; pero lo que dijo fue asombroso:

—Vuestro padre y vuestro tío han vuelto a Venecia.

—¿Qué? —exclamé pasmado, incapaz de comprender —. ¿Queréis decir que han traído sus cuerpos, para que los entierren en su tierra natal?

—Quiero decir que están aquí. ¡Vivos y coleando!

—¿Vivos? ¿Después de casi diez años de silencio?

—¡Sí! Todos sus conocidos están tan asombrados como vos. En la comunidad de mercaderes no se habla de otra cosa. Se dice que traen una embajada de la Lejana Tartaria para el Papa de Roma. Pero por fortuna (por fortuna para vos, joven micer Marco) han pasado por Venecia antes de seguir hacia Roma.

—¿Por qué por fortuna para mí? —pregunté algo tembloroso.

—¿Acaso podían haber aparecido en un momento más oportuno? Ahora mismo están solicitando en la Quarantia permiso para visitaros, lo cual difícilmente se concede a nadie más que al abogado del prisionero. Podría ser que vuestro padre y vuestro tío consiguieran alguna indulgencia en vuestro caso. Por lo menos, su presencia en vuestro

proceso debería daros apoyo moral. Y cierta resistencia a vuestro espinazo cuando vayáis camino de los pilares.

Después de ese equívoco comentario se marchó de nuevo. Mordecai y yo nos quedamos hablando en animada conversación hasta bien entrada la noche, incluso después del toque de coprifuoco y de que un guardián nos gruñera a través del agujero de la puerta para que apagáramos la tenue luz de nuestra lámpara de trapo. Tuvieron que pasar aún cuatro o cinco días más, para mí llenos de impaciencia; pero

después, la puerta rechinó al abrirse y entró un hombre tan corpulento que tuvo que forcejear para atravesar el umbral. Cuando estuvo en el interior de la celda y se puso en pie, parecía que no paraba de levantarse de tan alto como era. Yo no recordaba en lo más mínimo tener por pariente a un hombre tan inmenso. Era tan peludo como grande, con negros y despeinados rizos y una crecida barba de tono negro azulado. Bajó la mirada hacia mí desde su intimidante gran altura y su voz sonó desdeñosa cuando tronó

diciendo:

—¡Vaya! ¡Si no es esto pura merda con un pastel encima!

Yo dije sumisamente:

—Benvegnúo, caro pare!

—Yo no soy tu querido padre, ¡joven sapo! Soy tu tío Mafio.

—Benvegnúo, caro zio. ¿No va a venir mi padre?

—No. Nos dieron permiso para un único visitante. Y era mejor que él estuviera retirado, guardando luto por tu madre.

—Oh, claro.

—Pero en realidad está ocupado cortejando a su próxima esposa. Al oír esto me puse en pie de un salto:

—¿Qué? ¿Cómo puede hacer tal cosa?

—¡Eh! ¿Quién eres tú para censurar nada, tú, escandaloso scgarón? ¡El pobre hombre vuelve del extranjero y se encuentra a su esposa enterrada ya hace tiempo, a su criada desaparecida, a su valioso esclavo perdido, a su amigo el dogo muerto y a su hijo, la esperanza de la familia, en la cárcel, acusado del asesinato más vil de la historia veneciana! —Hablaba tan alto que debió de oírle todo el Vulcano en pleno, luego bramó

—: Dime la verdad, ¿cometiste tú esa fechoría?

—No, mi señor tío —dije amedrentado —. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con una nueva esposa?

Mi tío, algo más tranquilo, dijo con un bufido despreciativo:

—Tu padre es un gran aficionado a las esposas. No sé por qué, pero le gusta estar casado.

—Pues eligió una rara manera de demostrárselo a mi madre —dije —. Marchándose y no volviendo más.

—Y lo volverá a hacer; volverá a marcharse —dijo tío Mafio —. Por eso necesita una persona de buen juicio para dejar al frente de los intereses de la familia. Él no tiene tiempo para esperar a otro hijo. Su esposa tendrá que encargarse de esto.

—¿Por qué otro? —dije con vehemencia —. Él ya tiene un hijo. Mi tío no contestó a esto con palabras. Se limitó a mirarme de arriba abajo con ojos mordaces, y luego dejó vagar su mirada por la reducida, penumbrosa y fétida celda. Avergonzado de nuevo le dije:

—Yo no había confiado en que él podría sacarme de aquí.

—No, debes salir tú solo —dijo mi tío, y por un momento el corazón dejó de latirme. Pero él siguió contemplando aquel cubículo y añadió, como si pensara en voz alta —: De todos los desastres que pueden asolar a una ciudad, lo que más ha aterrorizado siempre a Venecia es el riesgo de un gran incendio. Y sería especialmente temible si amenazara el

palacio del Dogo, con los tesoros de la ciudad que allí se guardan; o la basílica de San Marcos, con sus tesoros aún más irremplazables. El palacio está situado a un lado de esta prisión, y la basílica al otro lado. Los carceleros de aquí, del Vulcano, solían tomar precauciones especiales, supongo que aún lo hacen, para controlar hasta el más pequeño destello de luz de lámpara.

—Pues, sí, ellos…

—Cállate. Lo hacen porque si de noche una de esas lámparas prendiera fuego, por ejemplo, en estos camastros de madera, habría muchos gritos de alarma, y mucha gente corriendo para traer cubos de agua. Tendrían que sacar al prisionero de su celda en llamas, para poder extinguir el fuego. Y luego, si entre el humo y la confusión el prisionero podía llegar hasta el pasillo de los Giardini Foschi, en la parte de la prisión que da al canal, allí podría ocurrírsele deslizar el sillar movible situado en el muro y que conduce al exterior. Y si lo lograba, por ejemplo, mañana por la noche, probablemente encontraría un bátelo esperando en aquellas aguas, inmediatamente debajo. Finalmente, Mafio se quedó mirándome de nuevo. Yo estaba demasiado ocupado imaginándome las posibilidades y no pude decir nada, pero el viejo Mordecai tomó la palabra sin que nadie se lo pidiera:

—Eso ya se ha hecho antes. Y en consecuencia, hay ahora una ley según la cual el prisionero que intente provocar un incendio, por trivial que sea el delito, será condenado a la hoguera. Y para esa sentencia no hay apelación.

Tío Mafio dijo sarcásticamente:

—Gracias, Matusalén. —Y añadió dirigiéndose a mí —: Bueno, acabas de oír un motivo más para lograrlo y no quedarte en el intento. —Llamó al guardián dando varias patadas a la puerta —. Hasta mañana por la noche, sobrino.

Estuve despierto casi toda la noche. Y no porque la fuga necesitara una detenida planificación: simplemente estaba despierto, disfrutando con la perspectiva de volver a ser libre. El viejo Cartafilo dejó repentinamente de roncar, se enderezó y me dijo:

—Espero que tu familia sepa lo que está haciendo. Otra ley dice que el pariente más próximo de un prisionero es responsable de su conducta. El padre del hijo (khas vesholem), el marido de la esposa, el señor del esclavo. Si un prisionero consigue escapar provocando un incendio, llevarán a la hoguera, en su lugar, a la persona responsable.

—Mi tío no parece un hombre al que le importen mucho las leyes —dije, bastante orgulloso —ni parece que le asuste demasiado la hoguera. Pero, Mordecai, yo no puedo hacerlo sin que tú participes. Debemos fugarnos juntos. ¿Qué dices a eso?

Se quedó callado un rato y luego murmuró entre dientes:

—Quizá sea preferible la hoguera a una muerte lenta de la pettechie, la enfermedad de la cárcel. Y yo hace mucho tiempo que perdí al último de mis parientes. Llegó la noche siguiente, y cuando sonó el coprifuoco y los carceleros nos ordenaron apagar las lámparas, nosotros nos limitamos a esconder su luz tras el cubo de la pissóta. Cuando los guardianes pasaron de largo, volqué casi todo el aceite de pescado de la lámpara sobre la tabla de mi camastro. Mordecai contribuyó con su ropa, que como estaba verde de moho y orín haría el fuego más humeante, la atamos bajo mi cama y la encendimos con la mecha de la lámpara de trapo. En poco rato, la celda se puso neblinosa y ennegrecida y las llamas comenzaron a lamer la madera. Mordecai y yo abanicábamos con los brazos para que el humo saliera mejor por el agujero de la puerta y gritamos: «¡Fuoco! ¡Al fuoco!», y oímos unos pasos que corrían por el pasillo. Después, tal como había pronosticado mi tío, comenzó el lío y la confusión y a Mordecai y a mí nos ordenaron salir de la celda para poder apagar el fuego con cubos de agua. El humo salió a bocanadas con nosotros, y los carceleros nos apartaron de en

medio. Por el camino, encontramos bastantes guardianes, pero apenas se fijaron en nosotros. Ayudados por el humo y la oscuridad que nos ocultaban, nos escabullimos corredor abajo y torcimos en un recodo.

—Ahora por aquí —dijo Mordecai, corriendo a una velocidad considerable para un hombre de su edad.

Había estado en la cárcel el tiempo suficiente para aprenderse esos vericuetos, y me llevó de un lado a otro hasta que divisamos luz al final de un gran vestíbulo. Allí se detuvo en la esquina, miró cuidadosamente a nuestro alrededor y me hizo señas para

continuar. Salimos a un pasillo más corto, iluminado por dos o tres antorchas colgadas en la pared, pero vacío.

Mordecai se arrodilló, me indicó que le ayudara, y vi que un gran sillar cuadrado en la parte inferior del muro tenía clavadas unas agarraderas de hierro. Él cogió una y yo otra, tiramos con fuerza y el sillar se desplazó, revelándose menos grueso que los demás. A través de la abertura penetró un maravilloso aire fresco, humedad y olor a salobre. En seguida me puse en pie para inhalar, profunda y agradecidamente, y al instante siguiente me encontré tumbado en el suelo. Un guardián acababa de salir de algún rincón y gritaba pidiendo ayuda.

Hubo un momento de mayor confusión que antes. El guardián se me echó encima, y nos revolcamos por el suelo de piedra, mientras Mordecai, encogido en el agujero, nos miraba con la boca abierta y los ojos desorbitados. Conseguí situarme un momento encima del guardián y me aproveché de ello. Me arrodillé para que todo mi peso descansara sobre su pecho y con la rodilla le clavé los brazos en el suelo. Le tapé con ambas manos la boca, que movía incesantemente para gritar, giré hacia Mordecai y le dije:

—No podré sujetarlo… mucho rato más.

—Ven tú aquí, muchacho —dijo —, déjame hacerlo a mí.

—No. Uno de los dos puede escapar. Hacedlo vos. —Oí más pasos que corrían por algún lugar de los pasillos —. ¡Daos prisa!

Mordecai metió los pies por el agujero, luego se volvió para preguntarme:

—¿Por qué yo?

Entre forcejeos y revolcones, conseguí con un esfuerzo supremo pronuncia: unas últimas palabras:

—Me dejasteis escoger la mejor araña. ¡Idos ya!

Mordecai me dirigió una mirada interrogativa y dijo lentamente:

—La recompensa de una mitzva es otra mitzva —se deslizó a través de la abertura y desapareció. Oí fuera, debajo del agujero oscuro, un lejano salpicón, y luego pudieron conmigo.

Me arrastraron brutalmente por los pasillos y me arrojaron, literalmente, en una nueva celda. Quiero decir, en una celda muy antigua, por supuesto, pero una distinta. El único mueble era la tabla del camastro, no había agujero en la puerta y la única luz era el cabo de una vela. Me senté en medio de la oscuridad, me dolían las magulladuras, y recordé

mi situación. Al intentar escaparme, había perdido toda esperanza de demostrar alguna vez que era inocente de la acusación anterior. Y al no lograr escapar, me había condenado a mí mismo a la hoguera. Sólo tenía un motivo para estar agradecido: ahora tenía una celda privada y ningún compañero de celda podía verme llorar. Después de aquello, rencorosamente, dejaron los guardianes de alimentarme durante bastante tiempo, privándome hasta del horroroso grumo carcelario; la oscuridad y monotonía eran absolutas, y por eso no tengo ni idea del tiempo que pasé solo en esa celda antes de que fuera admitido un visitante. Era otra vez el hermano de la Justicia.

—Supongo que el permiso de mi tío para visitarme ha sido revocado.

—Dudo que él hubiera querido venir —dijo el hermano Ugo —. Comprendo que se mostrara tan indignado y blasfemo cuando vio que el sobrino que sacaba del agua se convertía en un viejo judío.

—Entonces vuestra abogacía tampoco es ya necesaria —dije resignadamente —. Imagino que habéis venido sólo como consolador de prisioneros.

—De todos modos, os traigo noticias que deberían consolaros. Esta mañana el Consejo eligió a un nuevo dogo.

—Ah, sí. Estaban aplazando la elección hasta que tuvieran al sassín del dogo Zeno. Y

me tienen a mí. ¿Por qué pensáis que eso me consolará?

—Quizá habéis olvidado que vuestro padre y vuestro tío son miembros de ese Consejo. Y desde su milagroso regreso después de tan larga ausencia, son, con mucho, los miembros más populares de la comunidad de mercaderes. Por eso, en la elección pueden ejercer bastante influencia sobre los votos de todos los nobles mercaderes. Un hombre llamado Lorenzo Tiépolo ambicionaba convertirse en dogo, y a cambio del bloque de votos de los mercaderes, estaba dispuesto a hacer ciertas concesiones a tu padre y a tu tío.

—¿Como cuáles? —pregunté sin asomo de esperanza.

—Es tradicional que un nuevo dogo, al acceder a su cargo, proclame algunas amnistías. La Serenitá Tiépolo va a perdonar el criminal incendio que provocasteis, y que permitió

escapar a Mordecai Cartafilo de esta prisión.

—Así que no me llevarán a la hoguera como a un incendiario —dije —: Simplemente perderé la mano y la cabeza como un asesino.

—No, no ocurrirá tal cosa. Tenéis razón al decir que han capturado al sassín, pero estáis equivocado creyendo que sois vos. Otro hombre ha confesado la sassináda.

Afortunadamente la celda era pequeña, pues de lo contrario me hubiera caído al suelo. Pero sólo me tambaleé y me dejé caer sobre la pared. El hermano continuó, a un ritmo enloquecedoramente lento:

—Os dije que traía noticias consoladoras. Tenéis más abogados de los que creéis, y todos han estado ocupados con vuestro caso. El zudio al que liberasteis no siguió

corriendo, ni cogió un barco para alguna tierra lejana. Ni siquiera se escondió en las callejuelas del burghéto judío. En vez de eso, fue a visitar a un sacerdote, no a un rabino, sino a un auténtico sacerdote cristiano, uno de los clérigos menores de la propia basílica de San Marcos.

—Ya intenté hablaros de ese sacerdote —dije yo.

—Bien, pues parece que el sacerdote había sido el amante secreto de dona Ilaria, pero ella empezó a odiarle cuando perdió la oportunidad de convertirse en dogaresa. Cuando ella rechazó los amores del sacerdote, éste tuvo remordimientos por haber cometido algo tan vil como un asesinato, sin obtener resultados aprovechables. Por supuesto, aún guardaría silencio y la cuestión habría quedado entre él y Dios. Pero entonces Mordecai le visitó. Al parecer, el judío le habló de algunos documentos que tenía como prenda. Ni siquiera se los enseñó, sólo tuvo que mencionarlos, y ya fue suficiente para convertir el remordimiento secreto del sacerdote en abierto arrepentimiento. Acudió a sus superiores e hizo confesión de todo, renunciando al privilegio confesional. Ahora está bajo arresto domiciliario en sus aposentos de la canónica. Dona Ilaria también está confinada en su casa, como cómplice del crimen.

—¿Qué pasará luego?

—Todo debe esperar a la toma de posesión del nuevo dogo. Lorenzo Tiépolo no deseará

que el comienzo de su gobierno esté marcado por un escándalo, pues en el caso están implicadas personas más eminentes que un simple muchacho jugando a bravo. La viuda de un dogo electo asesinado, un sacerdote de San Marcos… en fin, que el dogo Tiépolo

hará todo lo posible para restar importancia al escándalo. Probablemente permitirá que el sacerdote sea juzgado in camera por un tribunal eclesiástico, y no por la Quarantia. Yo supongo que será exiliado a alguna remota parroquia de tierra firme, en el Véneto. Y

el dogo probablemente obligará a dona Ilaria a tomar los hábitos en algún convento, también remoto. Hay un precedente para este caso. Hace unos cien años, en Francia, hubo una situación similar en la que estuvieron implicados un sacerdote y una dama.

—¿Y a mí qué me pasará?

—En cuanto el dogo se ponga la blanca scufieta, proclamará sus amnistías, y la tuya será

una de ellas. Te perdonarán el incendio provocado; por lo demás, ya te han exculpado de la sassináda. Te sacarán de la cárcel.

—¡Libre! —suspiré.

—Bueno, y quizá un poco más libre de lo que hubierais deseado.

—¿Qué?

—Dije que el dogo procurará que este sórdido asunto se olvide y pronto. Si se limita a dejaros suelto por Venecia, seréis un recordatorio permanente del caso. Vuestra amnistía está condicionada a vuestro destierro. Estáis proscrito. Debéis dejar Venecia para siempre.

Los días siguientes que permanecí en la celda, pensé en todo lo que había pasado. Me dolía la idea de abandonar Venecia, la serenísima, la clarísima. Pero era mejor que morir en la piazzetta o que quedarse en el Vulcano, que no ofrecía ni serenidad ni claridad. Incluso lo sentía por el sacerdote que había asestado el golpe de bravo en mi lugar. Sin duda, como un joven cura de la basílica, esperaba ascender en el escalafón de la Iglesia; lo cual nunca podría conseguir exiliado en un pueblo de mala muerte. E Ilaria tendría que soportar un exilio aún más penoso: su belleza y sus talentos inútiles ya para siempre. Pero quizá no; había conseguido prodigarlos con bastante generosidad de casada; quizá, como esposa de Cristo, conseguiría también disfrutarlos. Al menos tendría abundantes oportunidades de cantar el himno de las monjas, como lo llamaba ella. Con todo, comparado con el destino irrevocable de nuestra víctima, los tres habíamos salido airosos.

Me sacaron de la prisión aún menos ceremoniosamente de como me habían metido. Los guardianes abrieron la puerta de mi celda, me llevaron por los pasillos, me hicieron bajar escaleras y atravesar otras puertas, abrieron la última y me dejaron en el patio. Desde allí sólo tuve que cruzar la Puerta del Trigo para salir a la luminosa Riva de la laguna, y quedé tan libre como las incontables gaviotas que trazaban círculos por el aire. Era una buena sensación, pero me hubiera sentido bastante mejor si hubiera podido lavarme y ponerme ropa nueva antes de salir. No me había lavado durante toda mi reclusión, llevaba las mismas ropas que al principio y apestaba a aceite de pescado, humo y efluvios de pissóta. Mis prendas estaban desgarradas por la pelea que sostuve la noche de mi abortada fuga. Y lo que quedaba de ellas estaba sucio y arrugado. Además, en aquellos días me estaba saliendo la primera pelusilla en la cara; puede que la barba no fuera muy visible, pero se sumaba a mi sensación general de suciedad. Hubiera deseado circunstancias mejores para encontrarme por primera vez con mi padre en mi memoria. El y mi tío Mafio estaban esperándome en la Riva, vestidos con las elegantes ropas que probablemente habían llevado, como miembros del Consejo, en la toma de posesión del nuevo dogo.

—Contempla a tu hijo —rugió mi tío —. ¡Tu arcistupendonazzisimo hijo! ¡Contempla al tocayo de nuestro hermano y de nuestro patrón! ¿Cómo puede haber causado tanto alboroto un meschin tan desgraciado e insignificante?

—¿Padre? —pregunté tímidamente al otro hombre.

—Hijo mío —dijo él, dudando casi tanto como yo, pero con los brazos abiertos.

Yo había imaginado a alguien de aspecto más sobrecogedor incluso que el de mi tío, ya que él era el mayor de los dos. Pero en realidad, al lado de su hermano empalidecía; no era tan alto ni fornido, y tenía la voz mucho más suave. Llevaba, como mi tío, barba de viajero, pero la suya estaba bien recortada. Su barba y su pelo no tenían el temible color negro de ala de cuervo, sino un decoroso color de ratón, igual que el mío.

—Hijo mío. Pobre niño huérfano —dijo mi padre abrazándome, pero en seguida me apartó de sí a un brazo de distancia y preguntó preocupado —: ¿Siempre hueles así?

—No, padre. He estado encerrado durante…

—Olvidas, Nico, que éste es un bravo, un bonviván, un jugador entre los pilares —bramó

mi tía —. Paladín de matronas mal casadas, que acecha en la noche, maneja la espada y libera judíos.

—Bueno, bueno —dijo mi padre indulgentemente —, un pollito debe estirar las alas fuera del nido. Venga, vamonos a casa.

12

Todos los sirvientes se movían con mayor presteza y se mostraban más contentos que nunca desde la muerte de mi madre. Incluso parecían alegrarse de verme de nuevo en casa. La doncella se apresuró a calentar agua cuando lo solicité, y maistro Attilio me dejó su navaja de afeitar cuando se la pedí educadamente. Me bañé varias veces, me raspé inexpertamente la pelusa de mi cara, me puse un jubón y unas calzas limpias y fui a reunirme con mi padre y mi tío en la sala principal, donde estaba la estufa de azulejos.

—Ahora —dije —, quiero que me contéis vuestros viajes. Habladme de todos los sitios que habéis visto.

—Dios mío, otra vez no —gruñó tío Mafio —. No nos han dejado hablar de otra cosa.

—Ya habrá tiempo para eso después —dijo mi padre —. Todo en su momento.

Háblanos ahora de tus propias aventuras.

—Ahora ya han acabado —me apresuré a decir —. Preferiría oír algo nuevo. Pero ellos no cedieron. Así que les conté, con franqueza, todo lo que había sucedido desde la primera vez que vi a Ilaria en San Marcos, omitiendo sólo la tarde amatoria que ella y yo pasamos juntos. Así, parecía que fue una mera locura caballeresca lo que me empujó a mi calamitoso intento de bravura.

Cuando hube terminado, mi padre suspiró:

—Cualquier mujer puede tentar al diablo. En fin, tú hiciste lo que te pareció mejor. Y

quien hace lo que puede, ya hace mucho. Pero las consecuencias han sido trágicas. Tuve que aceptar la estipulación del dogo de que abandonaras Venecia, hijo mío. Desde luego, podía haber sido mucho más duro contigo.

—Lo sé —dije con arrepentimiento —. ¿Adonde iré, padre? ¿Tendré que buscar una Tierra de Cucaña?

—Mafio y yo tenemos negocios en Roma. Vendrás con nosotros.

—Entonces, ¿tendré que pasar en Roma el resto de mi vida? La sentencia fue de destierro perpetuo…

Mi tío dijo lo mismo que el viejo Mordecai:

—Las leyes de Venecia se obedecen durante una semana. La sentencia perpetua de un dogo dura lo que dura su vida. Cuando Tiépolo muera, su sucesor difícilmente podrá

evitar tu regreso. De todos modos, eso puede tardar aún una buena temporada.

—Tu tío y yo tenemos que llevar a Roma una carta del gran kan de Kitai… —dijo mi padre.

Nunca había oído esas palabras de dura sonoridad, y le interrumpí para decírselo.

—El kan de todos los kanes mongoles —explicó mi padre —, el soberano de lo que aquí

llaman erróneamente Catai.

Le miré perplejo y pregunté:

—¿Os encontrasteis a los mongoles? ¿Y habéis sobrevivido?

—Los encontramos y nos hicimos amigos de algunos. Tenemos el amigo más poderoso que existe, el kan Kubilai, que gobierna el imperio mayor del mundo. Nos

pidió que le lleváramos una solicitud al Papa Clemente…

Él siguió hablando, pero yo no escuchaba. Le miraba con reverencia y admiración, y pensaba… que ése era mi padre, al que había creído muerto hacía tiempo, y que esa persona de aspecto normal afirmaba ser un confidente de los bárbaros kanes y de los santos papas.

Terminó diciendo:

—… Y después, si el Papa nos presta los cien sacerdotes que solicita Kubilai, los conduciremos hacia Oriente. Y volveremos a Kitai.

—¿Cuándo salimos hacia Roma? —pregunté.

Mi padre dijo tímidamente.

—Pues…

—Después de que tu padre se case con tu nueva madre —dijo mi tío —. Y para eso debemos esperar la proclamación de los bandi.

—Oh, no lo creo, Mafio —dijo mi padre —. Fiordelisa y yo no somos demasiado jovencillos, pues los dos somos viudos, y probablemente el pare Nunzíata nos dispensará de las tres amonestaciones de los bandi.

—¿Quién es Fiordelisa? —pregunté —. ¿Y no es demasiado precipitado, padre?

—Ya la conoces —dijo él —, Fiordelisa Treván, la señora de la tercera casa canal abajo.

—¡Ah, sí! ¡Es una buena mujer! Era la mejor amiga de mi madre en todo el vecindario.

—Si estás insinuando lo que creo que pretendes decir, Marco, te recuerdo que tu madre está en su tumba, en donde no existen celos, ni envidias, ni recriminaciones.

—Sí —dije, y añadí con impertinencia —: Pero veo que no llevas el luto vedovile.

—Tu madre hace ocho años que está enterrada. ¿Debería vestirme ahora de negro y llevar luto doce meses más? No soy tan joven que pueda recluirme todo un año para llorar su muerte. Ni tampoco dona Lisa es una bambina.

—¿Se lo has propuesto ya, padre?

—Sí, y ha aceptado. Mañana tendremos nuestra entrevista pastoral con el pare Nunzíata.

—¿Está enterada de que te vas a marchar inmediatamente después de casarte con ella?

Mi tío me interrumpió bruscamente:

—¿Qué significa este interrogatorio, saputélo?

Mi padre dijo con paciencia:

—Me caso con ella, Marco, porque voy a marcharme. Cuando el demonio apremia no hay más remedio que actuar. Volví a casa esperando encontrar a tu madre viva y al frente de la Casa Polo. Pero no ha sido así. Y ahora, por tu culpa, no puedo dejarte a ti al cargo de los negocios. El viejo Doro es un buen hombre, y no necesita que nadie le esté

vigilando por encima del hombro. No obstante, prefiero que haya alguien con el apellido Polo como cabeza visible de la Compañía, aunque sólo sirva para eso. Dona Fiordelisa asumirá esta función y con gusto. Además, no tiene hijos y no tendrás competidores en la herencia, si eso es lo que te preocupa.

—No es eso —dije, y volví a hablar con impertinencia —. Sólo me preocupa la aparente falta de respeto hacia mi madre, y también hacia dona Treván, al casaros con tantas prisas solamente por motivos mercenarios. Toda Venecia murmurará y se reirá, y ella seguramente ya lo sabe.

Mi padre dijo de forma suave pero rotunda:

—Yo soy mercader, ella es viuda de mercader, y Venecia es una ciudad mercantil, en

donde todos saben que el mejor motivo para hacer cualquier cosa es un motivo mercenario. Para un veneciano, el dinero es su segunda sangre, y tú eres veneciano. Ahora ya he oído tus objeciones, Marco, y las he rechazado. No deseo oír ninguna más. Y recuerda, una boca cerrada no se equivoca.

Así que me callé y no dije nada más sobre el tema, equivocadamente o no; y el día que mi padre se casó con dona Lisa estuve en la iglesia del confino de San Felice con mi tío y todos los sirvientes libres de ambas casas, y numerosos vecinos, nobles mercaderes y sus familias, mientras el anciano pare Nunzíata celebraba tembloroso la misa nupcial. Pero cuando la ceremonia hubo terminado y el pare los declaró Messere e Madona y llegó el momento de que mi padre llevara a su esposa a su nuevo hogar, con todos los invitados a la recepción, yo me escabullí del feliz cortejo. Aunque iba vestido con mis mejores ropas, dejé que mis pasos me llevaran al barrio de las barcas. Desde mi salida de la cárcel, sólo había visitado a mis amigos breve y esporádicamente. Ahora era un ex convicto, y parecía que todos los chicos me consideraban un hombre, o quizá incluso una persona importante. En cualquier caso, se había creado una distancia que antes no existía. Pero aquel día sólo encontré en la

barcaza a Doris. Estaba arrodillada en los tablones del casco, vestía únicamente una camisola corta y estaba pasando ropa mojada de un cubo a otro.

—Boldo y los demás se han montado en una gabarra de basura que va a Torcello —me explicó Doris —. Estarán allí el día entero, así que aprovecho para lavar todo lo que no llevan puesto.

—¿Me puedo quedar a hacerte compañía? —pregunté —. ¿Y dormir otra vez en la barcaza?

—Si te quedas tus ropas también necesitarán un buen lavado —dijo mirándolas con ojo crítico.

—He dormido en sitios peores —repliqué —. Y además tengo más ropa.

—¿De qué huyes esta vez, Marco?

—Hoy es la boda de mi padre. Y lleva a casa una marégna para mí, y no creo que yo necesite ninguna. Ya he tenido una madre auténtica.

—Yo seguramente tuve una, pero no me importaría tener una marégna. —Y añadió, suspirando como una mujer mayor cansada —: A veces siento que yo misma soy una marégna para todo este enjambre de huérfanos.

—Esta dona Fiordelisa es una mujer bastante buena —dije, sentándome de espaldas al casco —, pero no me apetece dormir bajo el mismo techo que mi padre la noche de su boda.

Doris me miró, adivinando sin duda mi pensamiento, dejó lo que estaba haciendo y vino a sentarse a mi lado.

—Muy bien —me susurró al oído —. Quédate aquí. Y haremos como si fuera hoy tu noche de bodas.

—Oh, Doris, ¿ya empiezas otra vez?

—No sé por qué te empeñas en rechazarme. Ahora me he acostumbrado a ir siempre limpia, como me dijiste que debe hacer una dama. Estoy limpia toda yo. Mira. Antes de que pudiera protestar, se quitó de un ágil movimiento la única prenda que llevaba. Realmente estaba limpia, y además no tenía vello en el cuerpo. Dona Ilaria no era, desde luego, tan suave y lisa por todas partes. Claro que a Doris también le faltaban las curvas y redondeces femeninas. Sus tetas apenas apuntaban sobre su pecho, y sus pezones eran de un rosa ligeramente más oscuro que el de su piel; sus caderas y nalgas sólo estaban acolchadas con un poco de carne de mujer.

—Todavía eres una zuzzurullona —dije, intentando parecer aburrido y desinteresado

—. Aún te falta mucho para llegar a ser una mujer.

Eso era verdad, pero su extremada juventud, sus pequeñas dimensiones y su inmadurez tenían una especie de atractivo propio. Todos los chicos a esa edad son lascivos, sin embargo lo que les suele apetecer son mujeres auténticas. Tienden a considerar a las chicas de su misma edad como un compañero de juego más, una muchachota entre muchachos, una zuzzurullona. Sin embargo, yo estaba algo más avanzado en ese aspecto que la mayoría de los chicos; yo ya había pasado por la experiencia de una mujer auténtica. Me había aficionado a los dúos musicales, ahora hacía tiempo que estaba privado de esa música, y allí tenía a una bonita novicia suplicándome que la iniciara.

—Sería deshonroso por mi parte fingir una noche de bodas —dije, discutiendo conmigo mismo más que con ella —. Ya te he dicho que dentro de unos días me marcho para Roma.

—Tu padre también, y eso no le ha impedido casarse de verdad.

—Es cierto, y por eso nos peleamos. Yo no creo que sea correcto. Pero su nueva esposa parece estar perfectamente de acuerdo.

—Igual me pasaría a mí. De momento, finjámoslo, Marco. Luego te esperaré y tú

volverás. Dijiste que volverías cuando hubiera otro cambio de dogo.

—¡Qué ridícula estás, pequeña Doris! Aquí sentada, desnuda y hablando de dogos y cosas de ésas.

Pero en realidad no estaba ridícula; parecía una tierna ninfa de las viejas leyendas.. De veras que intenté discutir el tema:

—Tu hermano siempre habla de lo buena chica que es su hermana.

—Boldo no volverá hasta esta noche, y no sabrá nada de lo que pase desde ahora hasta entonces.

. —Se pondrá furioso —continué, como si Doris no me hubiera interrumpido —, tendremos que pelearnos otra vez, como nos peleamos cuando me arrojó el pescado, hace tanto tiempo.

Doris hizo pucheros:

—No aprecias mi generosidad. Es un placer que te ofrezco a costa de mi dolor.

—¿Dolor? ¿Por qué?

—A una virgen siempre le duele la primera vez. Y no la satisface. Todas las chicas lo

saben. Las mujeres nos lo cuentan.

Dije pensativamente:

—No sé por qué ha de ser doloroso. No lo es si se hace del modo en que mi… — Pensé

que sería una torpeza mencionar a dona Ilaria en ese momento —. Quiero decir, del modo en que aprendí a hacerlo.

—Si eso es verdad —dijo Doris —puedes ganarte la adoración de muchas vírgenes en tu vida. Enséñame lo que has aprendido.

—Uno comienza haciendo… ciertas cosas preliminares. Como esto —y le toqué uno de sus diminutos pezones.

—¿La zizza? Eso sólo hace cosquillas.

—Creo que las cosquillas se convierten muy pronto en otra sensación. Muy pronto Doris dijo:

—Sí, tienes razón.

—A la zizza también le gusta. Mira, se pone de punta pidiendo más.

—Sí, sí, es verdad.

Se tumbó lentamente, de espaldas sobre las tablas, y yo seguí su movimiento.

—A una zizza aún le gusta más que la besen —dije yo.

—Sí. —Como un gato perezoso, Doris estiraba voluptuosamente su pequeño cuerpo.

—Después hay esto —dije.

—Que también hace cosquillas.

—También se convierte luego en algo mejor que un cosquilleo.

—Sí, es verdad. Siento…

—Dolor no, seguramente.

Dijo que no con la cabeza; entonces tenía los ojos cerrados.

—Estas cosas no necesitan siquiera la presencia de un hombre. Se las llama el himno del convento porque las chicas pueden hacerlo solas.

Estaba mostrándome escrupulosamente justo, dándole la oportunidad de que me despidiera. Pero Doris sólo dijo, jadeante:

—No tenía ni idea de eso… Ni siquiera sé cómo lo tengo aquí abajo.

—Podrías verte fácilmente tu mona con un espejo.

—No conozco a nadie que tenga un espejo —dijo débilmente.

—Entonces mira la de… mejor no, la tiene toda peluda. La tuya todavía está sin nada, visible y suave. Y bonita. Parece… —Busqué una comparación poética —. ¿Conoces ese tipo de pasta con pliegues que forman una pequeña concha? ¿Que se llama labios de dama?

—Eso es lo que le has hecho sentir, como un beso en los labios dijo hablando como en sueños.

Había vuelto a cerrar los ojos, y su pequeño cuerpo se retorcía lentamente.

—Sí, como labios besados —dije yo.

En su lento meneo, su cuerpo pareció contraerse por un momento, luego relajarse, y soltó un gemido de placer. Mientras yo seguía tocando musicalmente su cuerpo, Doris volvió a repetir esa ligera convulsión, una y otra vez, y cada vez duraba más, como si estuviera aprendiendo con la práctica a prolongar el placer. Mis atenciones hacia ella no cesaron, pero utilicé solamente la boca, y con las manos libres pude quitarme la ropa. Cuando estuve desnudo junto a su cuerpo, Doris pareció saborear al máximo sus suaves espasmos, y sus manos comenzaron a recorrer ansiosamente mi piel. Continué durante un largo rato haciendo la música del convento, como me había enseñado Ilaria. Cuando, finalmente, Doris estaba empapada en sudor, me detuve y la dejé descansar. Su respiración fue reduciendo su rápido ritmo, y abrió los ojos mirándome aturdida. Después frunció el cejo porque me notó duro contra ella, y desvergonzadamente movió

una mano para agarrármela; luego dijo sorprendida:

—Has hecho todo eso… o me has hecho a mí todo eso… y tú ni siquiera…

—No, no todavía.

—No lo sabía —dijo riendo, de muy buen humor —. Era imposible que me enterara. Estaba muy lejos. En las nubes… —Sujetándomela aún con una mano se tocó con la otra

—: Todo eso… y todavía soy virgen. Es milagroso. ¿Crees Marco que así es como nuestra bendita Virgen María…?

—Ya estamos pecando, Doris —dije rápidamente —, o sea, que no digamos blasfemias encima.

—No. Pequemos un poco más.

Y así lo hicimos, y pronto tuve a Doris gorjeando y estremeciéndose de nuevo, en las nubes, como había dicho ella, disfrutando con el himno de las monjas. Y finalmente hice lo que ninguna monja puede hacer, y no fue brusco ni forzado, sino fácil y natural. Doris, cubierta de sudor, se movía sin fricción entre mis brazos, y esa parte suya estaba aún más húmeda. O sea que no sintió ninguna violencia, sino una sensación más intensa entre las muchas otras que había experimentado por primera vez. Cuando eso ocurrió

abrió unos ojos desbordantes de placer. El gemido que soltó esta vez correspondía a un registro musical diferente de los anteriores.

Para mí también fue una sensación nueva. Dentro de Doris me sentía como agarrado

por un tierno puño, mucho más prieto que con ninguna de las otras mujeres con las que me había acostado. Y me di cuenta, hasta en ese momento de máxima excitación, que estaba desaprobando mi ignorante afirmación de antaño, al decir que todas las mujeres eran iguales en sus partes íntimas.

Durante un rato más, tanto Doris como yo hicimos muchos ruidos distintos. Y el sonido final, cuando dejamos de movernos para descansar, fue el suspiro que ella exhaló en una mezcla de admiración y sorpresa:

—¡Dios mío!

—Creo que no ha sido doloroso —dije sonriendo.

Meneó la cabeza con vehemencia y me devolvió la sonrisa:

—Lo había soñado muchas veces. Pero nunca soné que sería tan… Y nunca oí a una mujer contar que su primera vez fuera tan… Gracias, Marco.

—Gracias a ti, Doris —dije educadamente —. Y ahora que sabes como…

—¡Calla! No deseo hacer nada parecido con alguien que no seas tú.

—Yo me marcharé pronto.

—Ya lo sé. Pero estoy segura de que volverás. Y no volveré a hacer eso hasta que no regreses de Roma.

Sin embargo, no me marché a Roma. Todavía no conozco esa ciudad. Doris y yo seguimos retozando hasta la caída de la noche, y cuando Ubaldo, Daniele, Malgarita

y los demás volvieron de su día de excursión, ya estábamos vestidos y comportándonos más decentemente. Cuando nos retiramos a dormir a la barcaza, me acosté solo, sobre el mismo jergón de paja que había utilizado en otra ocasión. Y a todos nos despertó por la mañana el pregón de un banditore, que salía de ronda más temprano que de costumbre, por la extraordinaria noticia que tenía que declamar. El Papa Clemente IV había muerto en Viterbo. El dogo de Venecia proclamaba un período de duelo y de oración por el alma del Santo Padre.

—¡Maldición! —bramó mi tío, golpeando la mesa y haciendo saltar los libros —. ¿Es que traemos la desgracia con nosotros, Nico?

—Primero muere un dogo y ahora el Papa —dijo mi madre con tristeza —. En fin, todos los salmos terminan en gloria.

—Y según las noticias de Viterbo —dijo el contable, en cuyo despacho nos habíamos reunido —, puede haber una larga parálisis en el cónclave. Parece que hay muchos pies ansiosos por calzar las sandalias del Pescador.

—No podemos esperar a la elección, sea pronto o tarde —refunfuñó mi tío y me miró

ceñudamente —. Debemos sacar a este galeotto de Venecia, o iremos todos a la cárcel.

—No es necesario que esperemos —dijo mi padre impertérrito —. Doro, con gran eficacia, ha comprado y reunido todo lo que necesitamos para el viaje. Solamente nos faltan los cien sacerdotes, y a Kubilai no le importará que no los haya elegido el Papa. Cualquier alto prelado puede proporcionarlos.

—¿A qué prelado acudiremos? —preguntó Mafio —. Si lo pedimos al patriarca de Venecia nos dirá, y con razón, que prestarnos cien sacerdotes significaría dejar vacías todas las iglesias de la ciudad.

—Y tendríamos que llevarlos todo este trayecto de más —musitó mi padre —. Mejor que los busquemos más cerca de nuestro destino.

—Perdonad mi ignorancia —dijo mi nueva marégna, Fiordelisa —. Pero ¿puede saberse por qué estáis reclutando sacerdotes, y tantos sacerdotes, para un salvaje jefe mongol?

Seguro que no es ni cristiano.

—No tiene religión concreta, Lisa —explicó mi padre.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero tiene esa virtud característica de los impíos: es tolerante con las creencias de

los

demás. De hecho, desea que sus súbditos tengan un amplio abanico de creencias donde elegir. En sus tierras hay muchos predicadores de diversas religiones paganas, pero de la fe cristiana sólo están los degradados e ilusos sacerdotes nestorianos. Kubilai quiere que le proporcionemos una adecuada representación de la verdadera Iglesia cristiana de Roma. Naturalmente, Mafio y yo estamos ansiosos por obedecer; y no sólo por la propagación de la santa fe. Si podemos cumplir esa misión pediremos al kan permiso para lanzarnos a misiones más provechosas.

—Nico quiere decir —aclaró mi tío —que esperamos organizar el comercio entre Venecia y los países de Oriente, para que fluya de nuevo a lo largo de la Ruta de la Seda. Lisa dijo sorprendida:

—¿Hay una ruta cubierta de seda?

—Ojalá lo estuviera —replicó mi tío, moviendo los ojos en sus órbitas —. Es más tortuosa, terrible y castigadora que cualquier camino que lleve al cielo. Incluso llamarla ruta es una exageración.

Isidoro pidió permiso para explicarlo a la dama:

—La ruta desde las costas levantinas a través del interior de Asia se ha llamado Ruta de la Seda desde tiempos antiguos, porque la seda de Kitai era la mercancía más costosa que pasaba por ella. En aquella época, la seda valía su peso en oro. Y quizá, la propia ruta, al ser tan valiosa, estaba en mejor estado y era más fácil transitar por ella. Pero en épocas más recientes cayó en desuso, debido en parte a que robaron a Kitai el secreto de fabricar la seda, y actualmente la seda se cultiva hasta en Sicilia. Pero esas tierras orientales se hicieron también imposibles de transitar por los estragos de los hunos, tártaros y mongoles que merodeaban por toda Asia. Por eso nuestros comerciantes occidentales sustituyeron la ruta terrestre por las rutas marítimas que los navegantes árabes conocían.

—Si se puede llegar por mar —dijo Lisa a mi padre —, ¿por qué sufrir los rigores y peligros de un viaje por tierra firme?

—Esas rutas marítimas están prohibidas para nuestros barcos. Los árabes, que antes eran pacíficos, y desde siempre se conformaban con vivir sumisamente en la paz de su profeta, se levantaron y se convirtieron en los guerreros sarracenos que pretenden imponer la religión del Islam en el mundo entero. Y están tan celosos de sus rutas marítimas, como de ser actualmente los amos de Tierra Santa.

—Los sarracenos están dispuestos a comerciar con nosotros, los venecianos, y con cualquier otro pueblo cristiano del que puedan sacar provecho —dijo Mario —. Pero los privaríamos de esos beneficios si enviáramos flotas de nuestros propios barcos a comerciar a Oriente. Por eso, hay corsarios sarracenos patrullando constantemente los

mares para cerrarnos el paso.

Lisa, con una expresión remilgada de sorpresa, preguntó:

—¿Son nuestros enemigos y comerciamos con ellos?

Isidoro contestó encogiéndose de hombros:

—El negocio es el negocio.

—Ni siquiera a los papas —dijo tío Mafio —les ha disgustado nunca comerciar con los paganos, siempre que pudieran sacar provecho. Y un Papa, o cualquier otro pragmático, debería de estar impaciente por establecer relaciones comerciales con el más lejano Oriente. Pueden hacerse grandes fortunas. Nosotros lo sabemos a ciencia cierta porque hemos visto la riqueza de aquellas tierras. Nuestro primer viaje fue simplemente exploratorio, pero esta vez nos llevaremos algo para comerciar. La Ruta de la Seda es terrorífica, pero no imposible. Ya hemos atravesado esas tierras dos veces, de ida y vuelta. Y podemos repetirlo.

—Sea quien sea el nuevo Papa —dijo mi padre —seguramente dará su bendición para esta

empresa. Roma estaba aterrorizada cuando parecía que los mongoles iban a invadir Europa. Pero nuestra impresión es que los diferentes kanes mongoles ya han extendido las fronteras de sus kanatos tan hacia el oeste como pretendían. Eso significa que ahora la mayor amenaza para la cristiandad son los sarracenos. O sea que Roma debería ver con buenos ojos la posibilidad de establecer una alianza con los mongoles contra el Islam. Nuestra misión en nombre del kan de todos los kanes podría ser de suprema importancia; tanto para los fines de la Madre Iglesia como para la prosperidad de Venecia.

—Y para la Casa Polo —añadió Fiordelisa, que ya era de nuestra Casa.

—Eso sobre todo —dijo Mafio —. Venga, dejemos de charlar, Nico, y volvamos a lo nuestro. ¿Pasaremos de nuevo por Constantinopla para reclutar allí nuestros sacerdotes?

Mi padre lo pensó un momento y dijo:

—No. Los sacerdotes de allí son demasiado comodones; son tan blandengues como los eunucos. El gato con guantes no coge ratones. Sin embargo, en las filas de los cruzados hay muchos capellanes, que son hombres duros, acostumbrados a la vida dura. Vayamos a Tierra Santa, a San Zuáne de Acre, en donde están ahora acampados los cruzados. Doro, ¿hay algún barco que parta hacia Oriente y que nos pueda dejar en Acre?

El contable se puso a consultar sus registros y yo me fui del almacén para contarle a Doris mi nuevo destino y para despedirme de ella y de Venecia. Tuvo que pasar un cuarto de siglo antes de que volviera a verlas, a alguna de las dos. Mucho debieron de haber cambiado y envejecido en ese tiempo, no menos que yo mismo. Pero Venecia aún seguía siendo Venecia, y Doris —por raro que parezca —seguía siendo en cierto modo la Doris que yo dejé. Quizá lo que dijo, que no volvería a amar a nadie hasta que yo volviera; quizá esas palabras sirvieron de fórmula mágica para preservarla intacta al paso de los años. Pero lo cierto es que ella, después de ese largo tiempo, continuaba siendo una Doris tan joven, tan bella y tan vibrante, que la reconocí nada más verla, e instantáneamente me enamoré de ella, o al menos así me lo pareció. Pero bueno, esta historia ya la contaré en su momento.

EL LEVANTE

1

Partimos de la dársena de Malamoco en el Lido a la hora de vespro, un día de azul y oro, y éramos los únicos pasajeros de pago en una gran galeazza de carga, el Doge Anafesto. El buque llevaba armas y pertrechos a los cruzados; después de desembarcar esta carga en Acre y que lo hiciéramos nosotros, continuaría hasta Alejandría para recoger un cargamento de grano para transportarlo a Venecia. Cuando el buque hubo salido de la dársena y navegaba ya por el Adriático abierto, los remeros desarmaron sus remos y los marineros escalaron los dos mástiles y desplegaron las airosas velas latinas. Las ondas ondearon dando chasquidos en toda su envergadura hasta abombarse en la fresca brisa vespertina y quedar tan blancas e hinchadas como las nubes de más arriba.

—¡Un día sublime! —exclamé —. ¡Una nave magnífica!

Mi padre, poco propenso a lo lírico, replicó con uno de sus eternos adagios:

—No alabes el día hasta que la noche lo dé por concluido. No alabes el hospedaje hasta que la mañana te despierte.

Pero incluso al día siguiente y en los sucesivos mi padre no pudo negar que el alojamiento en el buque era tan decente como el de una fonda en tierra. En años anteriores, cuando un buque hacía escala en Tierra Santa llegaba siempre atiborrado de peregrinos cristianos de todos los países de Europa, que dormían alineados y amontonados sobre la cubierta y en la bodega, tan apretados como las sardinas en un tonel. Sin embargo en la época de que hablo, el puerto de San Zuáne de Acre era el último y único lugar de Tierra Santa no ocupado todavía por los sarracenos, y todos los cristianos excepto los cruzados se quedaban en casa.

Los tres Polo disponíamos de una cabina propia, debajo mismo del camarote del capitán en el castillo de popa. La cocina del buque contaba con un corral de animales, y nosotros y los marineros podíamos comer carne de ave y de cuadrúpedo sin salar. Había pasta de todo tipo, aceite de oliva, cebollas y buen vino de Córcega conservado al fresco en la húmeda arena que el buque llevaba como lastre en el fondo de la bodega. Lo único que echábamos de menos era pan acabado de cocer; a cambio nos daban galletas agiáda, duras, que no pueden morderse ni masticarse sino que hay que chupar, y ésta era la única privación que podía motivar nuestras quejas. Había un medegóto a bordo para tratar cualquier enfermedad o lesión, y un capellán para confesar y decir misa. El primer domingo predicó sobre un texto del Eclesiástico: «El sabio partirá para tierras extrañas y pondrá a prueba el bien y el mal en todas las cosas.»

—Cuéntame cosas, por favor, sobre las tierras extrañas del otro lado del mar —le pedí a mi padre después de oír misa, porque en Venecia ninguno de los dos habíamos tenido mucho tiempo para hablar tranquilamente.

Sin embargo su respuesta sirvió para que yo supiera más cosas de él que de los países situados detrás del horizonte.

—Ah, están llenas de oportunidades para un mercader ambicioso —dijo con entusiasmo restregándose las manos —. Sedas, joyas, especias, incluso el comerciante más apocado sueña con estas cosas evidentes; pero hay muchas más posibilidades para una persona inteligente. Sí, Marco, aunque sólo nos acompañes hasta el levante, si tienes los ojos bien abiertos y la mente clara, quizá puedas iniciar una fortuna para ti solo. Sí, todas las tierras del otro lado del mar están llenas de oportunidades.

—Eso espero encontrar —respondí sumiso —. Pero podría haber aprendido a comerciar sin salir de Venecia. Yo pensaba más bien… en las aventuras…

—¿Aventuras? ¿Por qué, hijo mío? ¿Puede existir una aventura más satisfactoria que el descubrimiento de una oportunidad comercial que los demás no han visto? ¿Y luego aprovecharse de ella? ¿Y obtener el correspondiente beneficio?

—Desde luego todo esto es muy satisfactorio —dije para no frenar su entusiasmo —. Pero

¿y la emoción? ¿Las cosas exóticas que pueden verse y hacerse? Seguro que en vuestros viajes os habréis encontrado con muchas situaciones así.

—Sí, claro, cosas exóticas —dijo mesándose meditativamente la barba —. Sí, cuando regresábamos a Venecia nos encontramos en Capadocia con un caso de ésos. En aquella tierra crece una flor muy semejante a la amapola roja de nuestros campos, pero de un color azul de plata, y de la leche de su vaina puede obtenerse por decocción un aceite soporífero que es una medicina muy poderosa. Comprendí que sería un útil ingrediente más para los que utilizan nuestros doctores occidentales, y pensé que nuestra compagnia obtendría buenos beneficios con él. Intenté recoger algunas semillas de esa amapola para plantarlas entre el azafrán de nuestras plantaciones del Véneto. La cosa era exótica, no xe vero? Y una gran oportunidad. Por desgracia en aquella época había una gran guerra en Capadocia. Los campos de amapolas estaban todos devastados y la población tan dispersa que no pude encontrar a nadie que pudiera proporcionarme las semillas. Gramo de mi, perdí la oportunidad.

Yo contesté algo asombrado:

—¿Estabais metido en una guerra y lo único que os preocupaba eran unas semillas de amapola?

—Una guerra es algo terrible. Interrumpe el comercio.

—Pero, padre, ¿no pensasteis que podíais vivir una aventura?

—Sólo hablas de aventuras —contestó secamente —. Las aventuras sólo traen incomodidades y disgustos, recordados luego en la seguridad de la memoria. Créeme, un viajero con experiencia traza sus planes y procura no vivir ninguna aventura. El viaje mejor es el aburrido.

—Oh —dije yo —. Pensaba encontrarme con… bueno, con peligros que superar.., con cosas ocultas que descubrir… con enemigos que vencer… con doncellas que rescatar…

—¡He aquí a nuestro bravo hablando! —retumbó la voz de tío Mafio que acababa de llegar —. Confío que le quitarás estas ideas de la cabeza, Nico.

—Eso intento —dijo mi padre —. Las aventuras, Marco, no han metido nunca un bagatin en la bolsa de nadie.

—Pero ¿lo único que ha de llenar un hombre es su bolsa? —dije con vehemencia —. ¿No debería buscar también otras cosas en la vida? ¿Cómo satisfará su apetito de maravillas y de sorpresas?

—Nadie ha encontrado ninguna maravilla buscándola —gruñó mi tío —. Las maravillas son como el amor auténtico, o la felicidad que de hecho son maravillas por derecho propio. Nadie puede decir: me voy a buscar aventuras. Lo máximo que puede hacer es situarse en un lugar donde pueda vivir una aventura.

—Muy bien —dije —. Estamos navegando hacia Acre, la ciudad de los cruzados, famosa por sus valientes hazañas, sus terribles secretos, sus damiselas vestidas de seda y por su vida voluptuosa. ¿Puede haber mejor lugar que ése?

—¡Los cruzados! —exclamó tío Mafio con un bufido —. Fábulas, desde luego. Los cruzados que consiguieron llegar vivos a casa hicieron todo lo posible para convencerse de que sus fútiles misiones tuvieron algún valor, y se pusieron a fanfarronear contando las maravillas que habían visto, las sorpresas de tierras lejanas. Casi lo único que pudieron traer consigo fue un ataque de scolamento tan penoso que apenas podían sostenerse sobre la silla.

—¿No es Acre una ciudad de belleza, de tentación, de misterios, de lujo, de…? —pregunté yo tristemente.

Mi padre me interrumpió:

—Los cruzados y los sarracenos han estado luchando desde hace más de un siglo y medio por San Juan de Acre. Puedes imaginar su aspecto actual. Pero no es preciso

que lo hagas. Lo verás todo personalmente, y muy pronto.

Después de estas palabras fui sintiéndome bastante defraudado en mis esperanzas, pero sin que se hubiesen hundido del todo. En mi fuero interno estaba llegando a la conclusión de que mi padre tenía el alma de un escribiente regido por el tiralíneas, y que mi tío era demasiado brusco y duro para albergar en su interior sentimientos más finos. Ellos serían incapaces de reconocer una aventura aunque ésta apareciera de repente ante sus ojos. Pero yo sí podría. Me fui y me quedé en la cubierta de proa para que no se me escapara ninguna sirena o monstruo marino que por casualidad pasara nadando por allí. Un viaje por mar después del primer o segundo día de emoción se convierte en simple monotonía, a no ser que una tormenta lo amenice con el terror, pero en el Mediterráneo sólo hay tormentas en invierno, o sea que me dediqué a aprender todo lo que pude sobre el funcionamiento de un buque. A falta de mal tiempo, la tripulación sólo tenía que ocuparse en trabajos de rutina, y todo el mundo, desde el capitán hasta el cocinero, me permitían mirar y hacer preguntas e incluso en ocasiones echar una mano y ayudar. Estas personas eran de diferentes nacionalidades, pero todos hablaban el francés comercial, que llamaban sabir, y así podíamos entendernos y conversar.

—¿Tienes alguna idea de navegación, muchacho? —me preguntó uno de los marineros —.

¿Sabes, por ejemplo, cuáles son las obras vivas de un buque y cuáles las muertas?

Me puse a pensar, miré las velas abiertas a ambos lados del navío como las alas de un

pájaro vivo y supuse que las velas eran las obras vivas.

—Falso —dijo el marinero —. Las obras vivas son las partes del buque que están en el agua. Las obras muertas son las que están por encima del agua. Medité la idea y dije:

—Pero si las obras muertas se hundieran en el agua, no podrían llamarse vivas, desde luego. Todos estaríamos muertos.

El marinero replicó rápidamente, santiguándose:

—No digas nunca una cosa así.

Otro explicó:

—Si quieres viajar por el mar, muchacho, has de aprender los diecisiete nombres de los diecisiete vientos que soplan por el Mediterráneo. —A continuación se puso a contarlos con los dedos —: En este momento navegamos con la etesia, que sopla del noroeste. En verano la ostralada sopla con violencia desde el sur y levanta tormentas. La gregalada es el viento que sopla de Grecia y que hace turbulento el mar. El

maistrál sopla del oeste. El levante sopla del este, de Armenia…

Otro marinero le interrumpió:

—Cuando sopla el levante, se pueden oler las ciclopedes.

—¿Son islas? —pregunté.

—No. Son gente extraña que vive en Armenia. Cada uno de ellos tiene un solo brazo y una sola pierna. Han de juntarse dos para poder manejar un arco y una flecha. No pueden caminar y han de desplazarse saltando sobre una pierna. Pero si tienen prisa se ponen a dar vueltas de lado, girando sobre la mano y el pie. Por eso se los llama ciclopedes, los pies de rueda.

Los marineros, además de contarme muchas otras maravillas, me enseñaron a jugar a la venturina, un juego de adivinanza y apuestas inventado por ellos para pasar el rato en sus largos y aburridos viajes. Los marineros tienen que soportar muchos viajes así, porque la venturina es un juego muy largo y aburrido, y ningún jugador puede perder o ganar más de unos soldi en el transcurso del juego.

Cuando pregunté más tarde a mi tío si en sus viajes había visto curiosidades como los armenios de pies de rueda, se echó a reír y se burló:

—¡Bah! Ningún marinero se aventura mucho en un puerto extranjero. Nadie pasa de la taberna o burdel más próximo al muelle, y cuando le preguntan qué cosas vio en el extranjero, tiene que inventarse algo. Sólo un marcolfo capaz de creer a una mujer podría creer a un marinero.

A partir de entonces cuando los marineros me contaban maravillas de tierra adentro los escuché, pero continué prestándoles toda mi atención cuando hablaban de cosas referentes al mar y a la navegación. Aprendí los nombres especiales que daban a los objetos corrientes, como el pajarito negruzco llamado en Venecia ave de las tempestades que se llama en el mar petrelo, «Pedrito», porque parece que ande sobre las aguas, como el santo, y aprendí las rimas que los marineros utilizan cuando hablan del tiempo:

Sera rosa e bianco matino:

Alegro i pelegrino

o sea que un cielo rojizo al atardecer o blanco por la mañana pronostican buen tiempo, y el peregrino está contento. Y aprendí a tirar la cuerda del scandágio, con sus cintas rojas y blancas prendidas a intervalos regulares, a fin de medir la profundidad del agua debajo de nuestra quilla. Y aprendí a hablar con otros buques que se nos cruzaban, y como había muchos buques navegando por el Mediterráneo, pude practicar en dos o tres

ocasiones, gritando en sabir a través de la trompeta:

—¡Buen viaje! ¿Qué buque?

La respuesta llegaba entonces con voz cavernosa:

—¡Buen viaje! ¡El Saint Sang, de Brujas, que vuelve a casa desde Famagusta! ¿Y

vosotros qué buque sois?

—El Anafesto de Venecia, en ruta hacia Acre y Alejandría. ¡Buen viaje!

El timonel de la nave me enseñó el ingenioso sistema de cables con el cual controlaba sin ayuda de nadie los dos inmensos remos de navegación, inclinados a ambos lados del buque hacia la popa.

—Pero cuando hay mala mar —dijo —hay que poner a un timonel en cada remo, y han de ser personas de mucha destreza, capaces de mover las cañas por separado pero siempre en perfecta armonía, según mande el capitán.

El batidor del buque me dejó practicar con sus martillos cuando no era necesario remar. Esto sucedía con frecuencia. El viento etesia era de una constancia casi tan perfecta que apenas se precisaban los remos para ayudar el avance de la nave, o sea que en ese viaje los remeros sólo tuvieron que trabajar seguido para sacarnos de la dársena del Malamoco y para meternos en el puerto de Acre. En estas dos ocasiones los remeros ocuparon sus puestos según la disposición llamada a zenzile, me dijo el batidor: o sea tres hombres en cada uno de los veinte bancos situados a lo largo de cada costado del buque.

El remo que manejaba cada remero pivotaba separadamente sobre el portarremos, de modo que los más cortos remaban hacia la borda, los más largos fuera borda y los de longitud media en medio. Y los remeros no trabajaban sentados como hacen por ejemplo los del buzino d'oro del dogo. Lo hacían de pie, y cada cual cuando echaba el remo hacia adelante apoyaba el pie izquierdo sobre el banco que tenía delante. Luego todos se tiraban de espaldas sobre los bancos para dar los potentes golpes que impulsaban la nave en una especie de saltos seguidos y rápidos. Hacían esto siguiendo el ritmo del martillo del batidor, un ritmo que empezaba lento y se aceleraba a medida que lo hacía la nave, y los dos martillos daban sonidos distintos para que los remeros de un lado supieran que debían empujar más fuerte que los del otro. Nunca me permitieron remar, porque para ese trabajo se necesita tanta habilidad que los aprendices practican primero en galeras simuladas sobre tierra firme. En Venecia la palabra galeotto se utiliza muy a menudo para indicar un delincuente, y yo había supuesto siempre que las galeras, galeazze y galeotte iban remadas por criminales convictos y condenados a este duro trabajo. Pero el batidor me dijo que los buques de carga compiten entre sí para transportar mercancías ofreciendo velocidad y eficiencia, y no les conviene en absoluto fiarse de una mano de obra forzada.

—La flota mercante sólo contrata remeros profesionales y expertos —dijo —. Y los buques de guerra son servidos por ciudadanos remeros que escogen este servicio para cumplir con sus obligaciones militares en lugar de empuñar la espada. El cocinero del buque me explicó por qué no cocía pan:

—En mi despensa no tengo harina porque en el mar es imposible evitar la contaminación de la harina bien molida. O cría gorgojos o se humedece. Por ese motivo los romanos inventaron la pasta, que comemos hoy en día con tanto gusto, y que es un artículo que casi nunca se echa a perder. Se dice que el cocinero de un buque romano inventó, volente o nolente, este alimento cuando su reserva de harina fue alcanzada por una ola. Amasó la pasta mojada para salvarla, la enrolló formando tubos finos y la cortó

en tiras para que se secara y endureciera más pronto. De aquí vienen todas las numerosas formas y tamaños de los vermicelli y maccheroni. Esta pasta fue una bendición para nosotros los cocineros de a bordo, y también para la gente de tierra

firme.

El capitán de la nave me mostró la brújula cuya aguja apunta siempre hacia la Estrella del Norte, aunque ésta permanezca invisible. En aquella época la bussola empezaba ya a considerarse como un elemento tan necesario para un viaje por mar como la medalla de san Cristóbal, pero el instrumento era todavía una novedad para mí. Al igual que el periplus, que también me enseñó el capitán, un fajo de cartas donde estaban situadas las retorcidas líneas costeras de todo el Mediterráneo, desde levante hasta los Pilares de Hércules, y todos los mares subsidiarios: el Adriático, el Egeo, etc. El capitán y otros capitanes conocidos suyos, además de estas líneas costeras trazadas a la tinta, habían marcado los accidentes terrestres visibles desde el mar: faros, cabos, rocas que sobresalen del agua y otros objetos que ayudan a determinar la posición. En las zonas de las cartas ocupadas por el agua, el capitán había escrito anotaciones sobre sus distintas profundidades, las corrientes y los arrecifes ocultos. Me dijo que iba cambiando esas anotaciones según sus experiencias o según lo que los demás capitanes le contaban, y que esas profundidades habían variado debido a la acumulación de sedimentos, como sucede con frecuencia en las costas de Egipto, o debido a volcanes submarinos como sucede a menudo alrededor de Grecia.

Cuando le expliqué a mi padre lo del periplus, sonrió y comentó.

—Un casi nada es mejor que nada. Pero nosotros tenemos algo mucho mejor que un periplus. —Sacó de nuestra cabina un fajo de papeles más grueso todavía —. Nosotros tenemos el Kitab.

Mi tío dijo con orgullo:

—Si el capitán poseyera el Kitab y si su buque pudiese navegar por tierra, podría atravesar toda Asia y llegar hasta el océano oriental de Kitai.

—Me costó mucho dinero —dijo mi padre pasándome el fajo —. Lo copiaron para nosotros del original confeccionado por el cartógrafo árabe al-Idrisi para el rey Ruggiero de Sicilia.

Más tarde supe que en árabe Kitab significa únicamente «un libro», pero también nuestra palabra Biblia significa lo mismo. Y el Kitab de al-Idrisi, al igual que la Sagrada Biblia, es mucho más que un simple libro. En la primera página estaba escrito el título completo, que pude leer porque iba en francés: La marcha de un hombre curioso para explorar las regiones del globo, sus provincias, islas, ciudades y sus dimensiones y situación; para instrucción y ayuda de quien desee atravesar la Tierra. Pero todas las palabras, muy numerosas, de las páginas interiores estaban trazadas en la abominable escritura de gusanitos de los infieles países árabes. Sólo en algunos lugares sueltos mi padre o mi tío habían escrito una traducción comprensible de algún nombre. Al pasar las páginas para leer estas palabras me di cuenta de algo y me eché a reír.

—Todas las cartas están cabeza abajo. Fijaos, el pie de la península italiana está dando la patada a Sicilia para que suba hacia África.

—En Oriente, todo está cabeza abajo o al revés o hacia atrás —explicó mi tío —. Todos los mapas árabes están confeccionados con el sur en lo alto. La gente de Kitai llama a la bussola aguja que señala el sur. Ya te acostumbrarás a estas expresiones.

—Aparte de esta peculiaridad —dijo mi padre —, al-Idrisi representó con una precisión increíble las tierras de levante, llegando incluso hasta el centro de Asia. Es probable que él mismo hubiese viajado a estas regiones.

El Kitab comprendía setenta y tres páginas separadas, que puestas una al lado de otra (y cabeza abajo) mostraban toda la extensión del mundo, de occidente a oriente, y una buena parte del norte y del sur, todo ello dividido por los paralelos curvos según las zonas climáticas. Las aguas saladas del mar estaban pintadas de azul con líneas blancas picadas indicando las olas; los lagos interiores eran verdes con ondulaciones blancas;

los ríos eran retorcidas cintas verdes. Las regiones terrestres estaban pintadas con el color amarillo de las dunas, y unos puntos de pan de oro señalaban ciudades y pueblos. Cuando la tierra se elevaba formando colinas y montañas, estos accidentes se representaban con formas como de gusano, pintadas de púrpura, rosa y naranja.

—¿Tienen realmente estos colores tan vivos las tierras altas de Oriente? —pregunté —.

¿Cimas púrpuras en las montañas y…?

Como si quisiera contestarme, el vigía gritó desde su cesto colgado del mástil más alto de la nave:

—¡Terra la! ¡Terra la!

—Ahora podrás verlo por ti mismo, Marco —dijo mi padre —. Tenemos tierra a la vista. Contempla la Tierra Santa.

2

Como es lógico, más tarde descubrí que los colores del mapa de al-Idrisi indicaban la altitud de la tierra: el púrpura representaba las montañas más altas, el rosado las de altitud moderada y el naranja las más bajas, mientras que la tierra amarilla carecía de elevación digna de anotar. Pero en las cercanías de Acre nada permitía comprobar este descubrimiento, porque esa parte de Tierra Santa es una tierra casi sin color formada por dunas bajas de arena y extensiones todavía más bajas. El color de la tierra se limitaba a un sucio gris amarillento, sin que apareciera ningún vestigio de verde y la ciudad era de un sucio gris amarronado.

Los remeros impulsaron el Anafesto alrededor de la base de un faro y hacia el interior del pequeño puerto. En él flotaba todo tipo de basura y de desechos, y sus aguas eran cenagosas y grasientas, hedían a entrañas de pescado en descomposición. Detrás de los muelles había unos edificios que parecían hechos de barro seco: todo aquello eran fondas y hostales, nos dijo el capitán, porque en Acre no había nada que pudiese recibir el nombre de residencia privada; encima de estas construcciones bajas se levantaban de vez en cuando edificios más altos de piedra, correspondientes a iglesias, monasterios, un hospital y el castillo de la ciudad. Detrás de este castillo y más hacia el interior había una alta muralla de piedra que se extendía formando un semicírculo desde el puerto hasta el costado marítimo de la ciudad, con una docena de torres sobresaliendo por encima de ella. Se me antojó la mandíbula de un hombre muerto con unos pocos dientes incrustados en ella. El capitán me dijo que al otro lado de esa muralla se encontraba el campamento de los caballeros cruzados, y detrás de él había una muralla más sólida que defendía Acre de la tierra firme del interior donde dominaban los sarracenos.

—Ésta es la última posesión cristiana en Tierra Santa —dijo con tristeza el sacerdote del buque —. Y también caerá cuando los infieles se lo propongan. La octava Cruzada ha sido tan fútil que los cristianos de Europa han perdido su fervor por las cruzadas. Cada vez llegan menos caballeros. Observa que nosotros no hemos llevado a ninguno. La fuerza de Acre es demasiado pequeña y sólo alcanza para escaramuzas ocasionales fuera de las murallas.

—Hum —dijo el capitán —. Los caballeros apenas lo intentan en estos últimos tiempos. Todos pertenecen a órdenes diferentes, templarios, hospitalarios o lo que sea, y prefieren luchar entre sí… suponiendo que no pasen el rato divirtiéndose escandalosamente con las carmelitas y las clarisas.

El capellán se estremeció, sin que yo entendiera por qué, y dijo con petulancia:

—Señor, respetad mi hábito.

El capitán se encogió de hombros.

—Podéis deplorarlo si os apetece, pare, pero no podéis refutarlo. —Luego se volvió para

hablar con mi padre —: No sólo entre las ropas priva el desorden. La población civil, lo que queda de ella, está formada solamente por suministradores y servidores de los caballeros. Los árabes nativos de Acre son demasiado venales para mostrarse hostiles hacia los cristianos, pero están continuamente peleándose con los judíos nativos de Acre. El resto de la población es un conjunto abigarrado y variable de písanos, genoveses y venecianos como vos, todos rivales entre sí y pendencieros. Si queréis ejercer aquí vuestros negocios en paz, os aconsejo que vayáis directamente al barrio veneciano nada más desembarcar, que os alojéis allí y que procuréis no intervenir en las peleas locales.

Así pues, los tres recogimos nuestras pertenencias de la cabina y nos preparamos para desembarcar. El muelle estaba coronado por una multitud de personas harapientas y sucias que se apretujaban ante la pasarela de la nave, agitaban los brazos y se empujaban los unos a los otros ofreciendo a voz en grito sus servicios en francés comercial y en cualquier otra lengua.

—¡Le llevamos sus sacos, monsieur! ¡Señor mercader! ¡Micer! Mina! ¡Jeque! laya!…

—¡Le llevamos al albergue! ¡La posada! Locanda! ¡Caravasar! Jane!…

—¡Cuidamos sus caballos! ¡Asnos! ¡Camellos! ¡Porteadores!…

—¡Un guía! ¡Un guía que habla sabir! ¡Un guía que habla farsi!…

—¡Una mujer! ¡Una bella y gorda mujer! ¡Una monja! ¡Mi hermana! ¡Mi hermanito! … Mi tío pidió sólo porteadores y seleccionó cuatro o cinco de los ejemplares menos patibularios. El resto se dispersó amenazándole con el puño y gritando imprecaciones:

—¡Que Alá te mire de lado!

—¡Que se te atragante la carne de cerdo y mueras!

—… al comer el zab de tu amante.

—¡… las partes bajas de tu madre!

Los marineros descargaron la carga que era de nuestra propiedad y nuestros nuevos porteadores se ataron los fardos a sus espaldas u hombros o se los pusieron encima de

la cabeza. Tío Mafio les ordenó, primero en francés y luego en farsi, que nos llevaran a la parte de la ciudad reservada a los venecianos y allí a la mejor posada y nos pusimos todos en movimiento por el muelle.

Acre, o Akko, como le llaman sus habitantes nativos, no me impresionó mucho. La ciudad no estaba más limpia que el puerto, y en su mayor parte estaba formada por escuálidos edificios separados en los puntos más espaciosos por calles no más anchas que la más estrecha calleja de Venecia. La ciudad en las zonas más abiertas hedía a orina rancia. Si el lugar estaba rodeado de paredes el hedor era peor, porque las callejuelas servían de cauce a las aguas residuales y a la basura, y allí perros descarnados competían con ratas monstruosas para aprovechar los restos a plena luz del día.

El ruido era un elemento de Acre más dominante que su hedor. Los vendedores habían tomado posesión de lugar en cualquier calle lo bastante ancha para extender una pequeña alfombra y estaban allí apretados hombro contra hombro sentados en cuclillas detrás de montoncitos de mercancía de pacotilla: pañuelos y cintas, naranjas encogidas, higos demasiado duros, conchas de peregrino y hojas de palmera, y cada vendedor procuraba que sus gritos superaran los de sus vecinos. Los mendigos, sin piernas, ciegos o leprosos, gemían, lloriqueaban y clavaban sus garras en nuestras mangas cuando pasábamos. Asnos, caballos y camellos de pelambre sarnosa, los primeros camellos que yo viera nunca, se abrían paso entre nosotros avanzando entre la basura de las estrechas callejuelas. Todos parecían cansados y tristes bajo sus pesadas cargas, pero quienes los conducían los hacían avanzar a base de bastonazos y de continuas maldiciones. Grupos

de personas de todas las naciones estaban paradas conversando a voz en grito. Supongo que su conversación versaba sobre materias mundanas como el comercio o la guerra, o quizá únicamente el tiempo, pero su charla era tan clamorosa que apenas se distinguía de una pelea en regla.

Cuando llegamos a una calle lo bastante ancha para avanzar de dos en fondo pregunté a mi padre:

—Dijisteis que en este viaje llevabais mercancías para comerciar. No vi que cargaran nada de este tipo a bordo del Anafesto en Venecia, ni tampoco ahora veo ninguna mercancía de éstas. ¿Están todavía en la nave?

Él denegó con la cabeza:

—Si hubiese llevado una recua entera de mercancías hubiera tentado a los innumerables bandidos y ladrones interpuestos entre nosotros y nuestro destino. —Levantó con la mano un pequeño paquete que llevaba en aquel momento y que no había querido confiar a ninguno de los porteadores —. Llevamos en cambio algo ligero y poco visible, pero de gran valor comercial.

—¡Azafrán! —exclamé.

—Exactamente. Parte en tabletas prensadas, parte en polvo. Y también una gran cantidad de bulbos.

—No creo que vayáis a plantarlos y a esperar un año para cosecharlos —dije riendo.

—Si las circunstancias lo exigen, sí. Hay que prepararse dentro de lo posible para todas las contingencias, muchacho. A quien tiene, Dios le ayuda. Y otros viajeros han seguido ya la marcha de los tres guisantes.

—¿Qué?

Mi tío tomó la palabra:

—El famoso y temido Chinghiz Kan, abuelo de nuestro Kubilai, conquistó la mayor parte del mundo siguiendo exactamente esta marcha lenta. Sus ejércitos y todas sus familias tenían que cruzar los vastos dominios de Asia, y eran demasiado numerosos para poder vivir de la tierra que conquistaban, saqueándola o recogiendo los restos. En vez de esto llevaban semillas para sembrar y animales buenos para la crianza. Cuando habían avanzado hasta agotar sus raciones y sus líneas de aprovisionamiento ya no les alcanzaba, se detenían y se asentaban sobre el terreno. Plantaban sus granos y sus leguminosas, criaban sus caballos y sus animales y esperaban la cosecha y los partos. Luego, de nuevo bien alimentados y con provisiones avanzaban hacia su siguiente objetivo.

—Me han dicho que se comían a uno de cada diez de los suyos —aventuré yo.

—¡Tonterías! —contestó mi tío —. ¿A qué comandante le interesa diezmar a sus propios combatientes? Igual les podía haber ordenado que se comieran sus espadas y sus lanzas, que serían tan comestibles como lo otro. Dudo que un mongol, por duro que sea, tenga una dentadura capaz de masticar a otro guerrero mongol. No: se detenían, plantaban y recolectaban, luego avanzaban de nuevo y volvían a detenerse.

—Llamaban a esto la marcha de los tres guisantes —dijo mi padre —. Y la idea inspiró

uno de sus gritos de guerra. Cuando los mongoles luchaban para abrirse paso hasta el interior de una ciudad enemiga, Chinghiz gritaba: «¡El heno está cortado! ¡Dad de comer a vuestros caballos!», y ésa era la señal para que la horda se desbocara, saqueara, violara, destruyera y matara. De ese modo aniquilaron Tashkent, Bujara, Kíev y muchas grandes ciudades. Se dice que cuando los mongoles tomaron Herat en la Aryana de la India, sacrificaron a todos sus habitantes sin excepción, hasta un total de casi dos millones de personas, ¡diez veces la población de Venecia! Como es lógico entre los indios una disminución de este calibre apenas se nota.

—La marcha de los tres guisantes parece bastante eficiente —dije concesivamente —, pero

es de una lentitud intolerable.

—Quien persiste, vence —dijo mi padre —. Esta marcha lenta llevó a los mongoles desde su país hasta los mismos confines de Polonia y de Rumania.

—Y hasta los confines de aquí —añadió mi tío.

En aquel momento pasábamos delante de dos hombres fornidos con trajes que parecían hechos de pieles, demasiado pesados y cálidos para el clima. Mi tío Mafio les dijo:

—Saín bina.

Pareció que los dos se sobresaltaron algo, pero uno de ellos respondió:

—Mendu, sain bina!

—¿Qué lenguaje es éste? —pregunté.

—Mongol —me respondió mi tío —. Los dos son mongoles.

Me lo quedé mirando y luego dirigí mis ojos a los dos hombres. También ellos andaban con la cabeza vuelta hacia nosotros mirándonos con aire perplejo. Las calles de Acre estaban tan llenas de gente con rasgos, complexiones y vestimentas exóticas que aún no podía distinguir a un extranjero de otro. Pero ¿aquéllos eran mongoles? ¿La orda, el orco, el ogro, el terror de mi infancia? ¿El azote de la cristiandad y la amenaza de toda la civilización occidental? Podían haber sido perfectamente mercaderes de Venecia y dirigirnos el «bon zorno» mientras nos paseábamos todos por la Riva Ca' de Dio. Desde luego su aspecto no era el de unos mercaderes venecianos. Aquellos dos individuos tenían ojos como rendijas en unas caras que parecían de cuero bien curtido…

—¿Ésos son los mongoles? —dije, pensando en las millas y en los millones de cuerpos que tuvieron que pisar para llegar hasta Tierra Santa —. ¿Qué están haciendo aquí?

—Ni idea —respondió mi padre —. Me imagino que lo sabremos a su debido tiempo.

—Acre —dijo mi tío —recuerda un poco a Constantinopla, donde parece que por lo menos hay unos cuantos representantes de todas las nacionalidades de la tierra. Por allí

pasa un negro, un nubio o un etíope. Y esa mujer sin duda es una armenia: cada uno

de sus pechos tiene exactamente el mismo tamaño que su cabeza. Diría que el hombre que la acompaña es un persa. En cuanto a los judíos y a los árabes me resulta imposible distinguirlos si no me fijo en sus vestidos. Aquel de allí lleva en la cabeza un turbante blanco, que el Islam prohíbe llevar a judíos y a cristianos, por lo tanto ha de ser un musulmán…

Sus especulaciones se interrumpieron porque un caballo de guerra, conducido desconsideradamente a medio galope por las atiborradas calles, estuvo a punto de atropellarnos. La cruz de ocho puntas sobre la capa del jinete le identificaba como caballero de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén. Pasó por nuestro lado con un ruido campanilleante de cota de mallas y un crujido de cueros, pero sin disculparse por su descortesía y sin dirigir ni un movimiento de cabeza a nosotros, sus compañeros cristianos.

Llegamos al bloque de edificios reservado a los venecianos y los porteadores nos llevaron a una de las posadas del lugar. El amo nos recibió a la entrada, y él y mi padre intercambiaron unas cuantas reverencias profundas y floridos saludos. El amo era árabe, pero hablaba veneciano:

—La paz sea con vosotros, señores míos.

—Y la paz sea con vos —respondió mi padre.

—Que Alá os dé fuerza.

—Fuertes nos hemos hecho.

—Bendito sea el día que os lleva a mi puerta, señores míos. Pero Alá os ha inspirado para que escojáis bien. Mi jane tiene camas limpias, y un hammam para refrescaros, y la mejor comida de Akko. Ahora mismo están rellenando un cordero con pistacchios para la cena. Tengo el honor de ser vuestro servidor, y mi miserable nombre es Isaq: no lo

pronunciéis con demasiado desprecio.

Nosotros nos presentamos y a continuación cada uno de nosotros recibió del amo y de sus criados el título de jeque Folo, porque los árabes carecen de p en su idioma, y les resulta difícil pronunciar el sonido cuando hablan cualquier otra lengua. Mientras nos dedicábamos a ordenar nuestras cosas en la habitación pregunté a mi padre y tío:

—¿Por qué se muestra un sarraceno tan acogedor con nosotros, sus enemigos?

—No todos los árabes participan en esta yihad, el nombre que ellos dan a la guerra santa contra la cristiandad —dijo mi tío —. Los de Acre se aprovechan demasiado de ella para tomar partido, incluso con sus compañeros musulmanes.

—Hay buenos y malos árabes —intervino mi padre —. Los árabes que están luchando ahora para expulsar a todos los cristianos de Tierra Santa, y de todo el Mediterráneo oriental, son los mamelucos de Egipto, y éstos son realmente árabes muy malos. Cuando hubimos desempaquetado todo lo necesario para nuestra estancia en Acre, fuimos al hammam de la posada. Y yo creo que el hammam se ha de poner a la misma altura de los demás grandes inventos árabes: la aritmética, sus números y el ábaco para contar. Un hammam es esencialmente una simple habitación llena del vapor que se obtiene echando agua sobre piedras al rojo. Después de estar sentados un rato en los bancos de este cuarto, sudando copiosamente, media docena de sirvientes entraron y nos dijeron:

—Salud y deleite para todos vosotros, señores, de parte de este baño. Luego hicieron señas para que nos echáramos sobre los bancos y dos hombres trabajaron sobre cada uno de nosotros con sus cuatro manos metidas en guantes de cáñamo basto restregándonos todo el cuerpo con ligereza y durante largo rato. A medida que nos restregaban, la sal y la porquería que se había acumulado durante nuestro viaje fue saltando de la piel en forma de largos rollos grises. Quizá nosotros hubiésemos considerado suficiente tal limpieza, pero ellos continuaron restregándonos y de nuestros poros salió más porquería, en forma de delgados gusanos grises. Cuando dejamos de exudar materia gris, y el vapor y la fricción nos habían puesto colorados, los hombres se ofrecieron a depilarnos el pelo del cuerpo. Mi padre rechazó

la oferta, y yo hice lo mismo. Aquel mismo día me había afeitado el ralo bigote que llevaba y deseaba conservar el restante pelo de mi cuerpo. Tío Mafio, después de pensarlo un momento, pidió a los criados que le quitaran el blasón de su alcachofa, pero sin que le tocaran el pelo de la barba o del pecho. Dos de los hombres, los más jóvenes y guapos, se pusieron rápidamente manos a la obra. Aplicaron un ungüento de color pardo a su pelvis, y la espesa mata de pelo que había allí empezó a desaparecer como el humo. Casi inmediatamente quedó tan calvo en aquel lugar como lo estaba Doris Tagiabue.

—Esta pomada es mágica —dijo él con admiración mirándose aquella parte.

—Lo es ciertamente, jeque Folo —dijo uno de los jóvenes sonriendo de modo casi impúdico —. Al quitar el pelo vuestro zab queda más visible, tan prominente y bello como una lanza guerrera. Una auténtica antorcha que de noche guiará a vuestra amante hacia vos. Es una lástima que el jeque no esté circuncidado para que la brillante ciruela de su zab pueda verse y admirarse con mayor facilidad y…

—¡Basta! Dime, ¿puede comprarse este ungüento?

—Ciertamente. Sólo tenéis que encargármelo, jeque, y saldré corriendo para comprar al boticario una jarra fresca del mumum. O muchas jarras.

—¿Crees que puede interesarnos, Mafio? —preguntó mi padre —. En Venecia apenas tendría salida. Un veneciano da mucho valor a la mínima porción de pelusilla del

melocotón.

—Pero ahora vamos hacia Oriente. Recuerda que muchos de estos pueblos orientales

consideran el pelo del cuerpo como un defecto en los dos sexos. Si este mumum no nos sale demasiado caro comprándolo aquí, podríamos sacar un beneficio considerable vendiéndolo allí. —Entonces dijo a su frotador —: Por favor, deja de hacerme caricias, muchacho, y continuemos con el baño.

Los hombres nos lavaron todo el cuerpo utilizando una especie de jabón cremoso, nos lavaron el caballo y las barbas con fragante agua de rosas y nos secaron con grandes toallas lanosas con olor de almizcle. Luego nos vestimos y nos presentaron bebidas frescas de sorbete con jugo azucarado de limón para restaurar la humedad interior que el calor había agotado a lo largo del proceso. Salí del hammam sintiéndome limpio como nunca en mi vida, y agradecí a los árabes aquel invento. Hice uso frecuente de aquella instalación y de otras en el futuro, y la única queja posible era que tantos árabes prefiriesen la suciedad y el hedor a la limpieza que podían conseguir en el hammam. El posadero Isaq había dicho la verdad sobre la comida de su jane, que era buena, aunque desde luego le pagábamos tanto dinero que hubiese podido alimentarnos con ambrosia y néctar y obtener un beneficio. La comida de la primera noche fue el cordero relleno de pistacchios que nos había anunciado, también arroz y un plato de pepinos cortados con zumo de limón, y después un postre de pulpa de granada azucarada, mezclada con almendras picadas y delicadamente perfumada. Todo era delicioso, pero lo que más me entusiasmó fue la bebida acompañante. Isaq me dijo que era una infusión de bayas maduras en agua caliente llamada qahwah. Esta palabra árabe significa «vino», y el qahwah no lo es, porque la religión de los árabes lo prohíbe. En lo único que se parece al vino es en su color, de un pardo granate intenso, parecido más bien al Barolo del Piedemonte, pero no tiene el aroma intenso del Barolo ni su suave deje de violetas. Tampoco es dulce o agrio como otros vinos. Tampoco emborracha ni causa dolor de cabeza al día siguiente. En cambio alegra el corazón y estimula los sentidos, y según dijo Isaq unos cuantos vasos de qahwah permiten que un viajero o un guerrero marche o luche incansablemente durante horas seguidas.

La cena se sirvió sobre un paño y nosotros nos sentamos en el suelo alrededor suyo, sin que nos trajeran ningún utensilio de mesa. Utilizamos, pues, nuestros cuchillos de cinto para cortar y trocear, como hubiésemos empleado los de mesa en casa, y con las puntas de los cuchillos ensartábamos trozos de carne, como las broquetas que utilizamos en casa. Puesto que no teníamos ni broquetas ni cucharas, comimos el relleno del cordero, el arroz y el dulce con los dedos.

—Utiliza sólo el pulgar y los dos primeros dedos de la mano derecha —me advirtió mi padre en voz baja —. Los árabes consideran sucios los dedos de la mano izquierda, porque sirven para limpiarse el trasero. También debes sentarte sobre el anca izquierda, tomar porciones pequeñas de comida con los dedos, masticar bien

cada bocado y no mirar al compañero de cena mientras comes, para no azorarle y que no pierda el apetito. Mirando lo que un árabe hace con sus manos pueden descubrirse muchas cosas, como aprendí paulatinamente. Si mientras habla se acaricia la barba, su más preciada posesión, está jurando por su barba y sus palabras son verdaderas. Si apunta con el dedo índice a su ojo, indica que asiente a lo que dices o que acepta tu petición. Si señala con la mano a su cabeza hace voto de que su cabeza responderá de cualquier desobediencia. Sin embargo, si hace cualquiera de estos gestos con la mano izquierda, se está burlando de ti, y si te toca con esta mano izquierda, es el más terrible insulto. 3

Unos días después, cuando supimos que el comandante de los cruzados estaba en el castillo de la ciudad, fuimos a presentarle nuestros respetos. El patio del castillo estaba

lleno de caballeros de las distintas órdenes, algunos simplemente ganduleando, otros jugando a los dados, otros charlando o peleándose y otros, en fin, visiblemente borrachos a pesar de la temprana hora. Ninguno parecía dispuesto a salir y a presentar batalla a los sarracenos, ni ansioso por hacerlo, ni triste por no hacerlo. Cuando mi padre hubo explicado su misión a los dos caballeros que con aire adormecido guardaban la puerta del castillo, sin abrir la boca hicieron un gesto con la cabeza para que entráramos. Dentro, mi padre explicó nuestra intención a toda una serie de lacayos y escuderos, yendo de sala en sala, hasta que nos hicieron pasar a una habitación adornada con banderas de batalla y nos dijeran que esperáramos. Al cabo de un rato entró una dama. Tenía unos treinta años y no era bonita, pero sí empleaba ademanes graciosos, y llevaba una pequeña corona de oro. Nos dijo en francés con acento castellano:

—Soy la princesa Eleanor.

—Nicoló Polo —dijo mi padre inclinándose —. Mi hermano Mafio y mi hijo Marco. Luego le contó por sexta o séptima vez por qué queríamos audiencia. La dama dijo admirada y algo aprensiva:

—¿Queréis llegar hasta Catai? Confío que mi marido no se preste voluntario a acompañaros. Le gusta viajar y odia esta triste ciudad de Acre. —La puerta de la habitación se abrió de nuevo y entró un hombre más o menos de su misma edad —. Ahí

está, el príncipe Edward. Amor mío, éstos son…

—La familia Polo —dijo bruscamente, con un acento inglés —. Llegasteis en el buque de aprovisionamiento. —También él llevaba una corona y un sobremanto adornado con la cruz de san Zorzi —. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Acentuó la última palabra como si fuéramos los últimos de una larga procesión de apelantes. Mi padre se explicó por séptima u octava vez, y concluyó diciendo:

—Sólo pedimos a su alteza real que nos presente al prelado principal de los capellanes cruzados. Queremos pedirle que nos preste alguno de sus sacerdotes.

—Por lo que a mí respecta podéis llevároslos a todos. Y a todos los cruzados también. Eleanor, querida, ¿quieres llamar al arcediano?

Cuando la princesa hubo salido, mi tío dijo con audacia:

—Su alteza real no parece muy contento de esta cruzada.

Edward hizo una mueca:

—Ha sido un desastre continuo. Nuestra última y mejor esperanza era ponernos a las órdenes del piadoso francés Luis, que había tenido tanto éxito con la anterior cruzada, pero Luis enfermó y murió de camino hacia aquí. Su hermano ocupó su lugar, pero Charles no es más que un político, y se pasa todo el tiempo negociando. Y en beneficio propio, añadiría yo. Todos los monarcas cristianos metidos en este enredo sólo desean favorecer sus propios intereses, no los de la cristiandad. No es extraño que los caballeros estén desilusionados e indiferentes.

—Los de fuera no parecen muy emprendedores —observó mi padre.

—En muy pocas ocasiones consigo arrancar de los lechos de sus mozas a los pocos caballeros que no se han vuelto disgustados a sus casas, y organizar con ellos una salida contra el enemigo. E incluso en el campo, prefieren la cama a la batalla. Una noche, no hace mucho, siguieron durmiendo mientras un hasísi sarraceno se deslizó entre los piquetes y entró en mi tienda. ¿Podéis imaginar cosa igual? Y yo no llevo espada bajo mi camisa de noche. Tuve que agarrar un candelabro de punta y acuchillarlo con eso. —El príncipe suspiró profundamente —: La situación actual me obliga, también a mí, a recurrir a la política. Ahora tengo tratos con una embajada de mongoles para que nos aliemos todos contra nuestro enemigo común, el Islam.

—Ahora lo entiendo —dijo mi tío —. Nos extrañó ver a un par de mongoles en la ciudad.

—Entonces nuestra misión concuerda perfectamente con los objetivos de vuestra

alteza… —dijo mi padre con tono esperanzado.

La puerta se abrió de nuevo y la princesa Eleanor entró con un hombre alto y muy viejo que llevaba una dalmática espléndidamente bordada. El príncipe Edward hizo las presentaciones.

—El venerable Tebaldo Visconti, arcediano de Lieja. Este buen hombre se desesperó

con la impiedad de sus clérigos de Flandes y solicitó una legación papal para

acompañarme. Teo, éstos son casi paisanos de vuestra Piacenza. Los Polo de Venecia.

—Claro está, i Pantaleoni —dijo el viejo, dirigiéndonos el mote de burla que los habitantes de ciudades rivales aplican a los venecianos —. ¿Estáis aquí para fomentar el comercio que vuestra vil república mantiene con los infieles enemigos?

—Por favor, Teo —dijo el príncipe, con cara divertida.

—Desde luego, Teo —dijo la princesa con rostro azorado —. Os lo dije: los caballeros no han venido en absoluto a comerciar.

—¿Entonces qué maldad quieren cometer? —preguntó el arcediano —. Puedo creer lo que sea de Venecia, excepto el bien. Lieja ya era malvada, pero Venecia es la Babilonia de Europa. Una ciudad de hombres avaros y de mujeres procaces. Clavó sus ojos en mí como si estuviera enterado de mis recientes aventuras en esa Babilonia. Empecé a protestar en mi defensa diciendo que yo no era avaro, pero mi padre habló primero con ánimo de aplacarlo.

—Quizá nuestra ciudad se merezca esta fama, reverencia. Tuti semo fati de carne. Pero nosotros no viajamos por encargo de Venecia. Llevamos una petición del kan de todos los kanes mongoles que sólo puede redundar en beneficio de toda Europa y de la Madre Iglesia.

Luego continuó explicando por qué Kubilai había solicitado sacerdotes misioneros. Visconti le escuchó y luego preguntó altaneramente:

—¿Por qué me lo pedís a mí, Polo? Yo sólo tengo las órdenes del diaconado, soy un administrador nombrado, no soy ni sacerdote ordenado.

Además no hablaba ni con cortesía, y yo esperaba que mi padre se lo diría. Pero él se limitó a replicar:

—Sois el representante de mayor rango de la Iglesia cristiana. El legado del Papa.

—No hay Papa —dijo Visconti —. Y hasta que no se elija una autoridad apostólica, ¿quién soy yo para delegar a un centenar de sacerdotes y enviarlos a lo desconocido, al capricho de un bárbaro pagano?

—Por favor, Teo —intercedió de nuevo el príncipe —. Creo que en nuestro séquito hay más capellanes que guerreros. Seguro que podremos reservar unos cuantos para una buena misión.

—Suponiendo que sea una buena misión, excelencia —dijo el arcediano frunciendo el ceño —. Recordad que quienes lo proponen son venecianos. Y no es la primera propuesta de este tipo. Hace unos veinticinco años, los mongoles hicieron una petición semejante, y directamente a Roma. Uno de sus kanes, uno llamado Kuyuk,

primo de este Kubilai, envió una carta al Papa Inocencio pidiéndole, no, exigiéndole, que Su Santidad y todos los monarcas de Occidente acudieran en bloque a él para rendirle homenaje de sumisión. Como es lógico no le hicieron caso. Pero éste es el tipo de invitación que los mongoles prefieren, y cuando llega a través de un veneciano…

—Despreciad nuestro origen, si os apetece —dijo mi padre conservando su afabilidad —. Si no hubiese pecado en el mundo no podría haber perdón. Pero, por favor, reverencia, no despreciéis esta oportunidad. El gran kan Kubilai sólo pide que vuestros sacerdotes vayan hasta allí y prediquen su religión. Tengo aquí la misiva escrita por el escriba del kan y dictada por él mismo. ¿Lee su reverencia farsi?

—No —respondió Visconti, y agregó con un bufido de exasperación —: Necesitaríamos un

intérprete. —Luego encogió sus estrechos hombros —. Muy bien. Retirémonos a otra habitación mientras me la leen. No es preciso que hagamos perder más tiempo a sus excelencias.

Él y mi padre se retiraron para conferenciar. El príncipe Edward y la princesa Eleanor, como si quisieran compensar los malos modales del arcediano, se quedaron un rato conversando conmigo y con tío Mafio. La princesa me preguntó:

—¿Lees farsi tú, joven Marco?

—No, mi señora… su alteza real. Este idioma se escribe en el alfabeto árabe, la escritura de gusanitos, y no la conozco.

—Tanto si lo lees como si no —dijo el príncipe —conviene que aprendas a hablar farsi si deseas continuar hacia Oriente con tu padre. El farsi es la lengua comercial en toda Asia, como el francés lo es en los países mediterráneos.

La princesa preguntó a mi tío:

—¿Hacia dónde os dirigís ahora, monsieur Polo?

—Si nos conceden los sacerdotes que buscamos, los llevaremos a la corte del gran kan Kubilai. Esto significa que deberemos atravesar los países sarracenos del interior.

—Bueno, seguramente conseguiréis lo que pedís —dijo el príncipe Edward —. Probablemente también os darán algunas monjas. A Teo le encantará quitárselos a todos de encima, porque son la causa de su mal humor. Su actitud no debe desanimaros. Teo es de Piacenza, y no puede extrañaros lo que dice sobre Venecia. Además, es un viejo caballero, piadoso y bueno, que aborrece el pecado, y por ello aunque esté del mejor humor del mundo, siempre será una prueba para nosotros, simples mortales.

—Me hubiese gustado que mi padre le contestara con idéntico mal humor —dije con impertinencia.

—Tu padre quizá sea más prudente que tú —dijo la princesa Eleanor —. Corre el rumor de que Teobaldo puede ser el próximo Papa.

—¿Qué? —balbuceé tan sorprendido que me olvidé de utilizar el tratamiento correcto —.

¡Pero si acaba de decir que no es ni sacerdote!

—Es también un hombre muy viejo —dijo ella —. Y parece que éste es su mérito principal. El cónclave está encallado porque cada facción tiene como siempre su candidato favorito. Los fieles protestan ya pidiendo un Papa. Visconti sería un personaje aceptable tanto para los fieles como para los cardenales, y si el cónclave continúa mucho tiempo encallado acabará eligiendo a Teo porque es viejo. De este modo habrá

un Papa en Roma, pero no por demasiado tiempo. Sólo el tiempo suficiente para que las diversas facciones efectúen sus maniobras y maquinaciones secretas, y decidan el favorito que deberá ceñirse la gran tiara cuando Visconti muera bajo ella. El príncipe Edward dijo maliciosamente:

—Teo morirá en un santiamén, de un ataque de apoplejía, si descubre que Roma se parece a Lieja, a Acre… o a Venecia.

Mi tío preguntó sonriendo:

—¿Queréis decir a Babilonia?

—Sí. Por eso creo que Teo os dará los sacerdotes que pedís. Puede que Visconti refunfuñe de entrada, pero no le disgustará que estos curas de Acre partan a lejanas tierras, y perderlos de vista. Como es lógico, todas las órdenes monásticas están aquí para atender las necesidades de los combatientes, pero cumplen este deber de un modo muy liberal; y además de sus ministerios en los hospitales, de los consuelos espirituales, proporcionan algunos servicios que horrorizarían a los respetuosos santos fundadores. Ya podéis imaginar qué necesidades masculinas están satisfaciendo las carmelitas y las clarisas, y de modo muy lucrativo, además. Mientras tanto, los monjes y los frailes se están enriqueciendo gracias al comercio ilícito con los

nativos, incluyendo la venta de provisiones y suministros médicos donados a sus monasterios por bondadosos cristianos de Europa. También los curas se dedican a vender indulgencias y a traficar con absurdas supersticiones. ¿Habéis visto algún ejemplar de éstos?

Sacó un papel escarlata y lo entregó a tío Mafio, quien lo abrió y lo leyó en voz alta.

—«Santificad, oh Dios, este papel para que pueda frustrar las obras del Demonio. Quien lleve sobre su persona este papel escrito con la palabra sagrada quedará libre de la visitación de Satanás.»

—Estos amuletos tienen un buen mercado entre los combatientes —añadió el príncipe secamente —. Entre los combatientes de ambos bandos, porque Satanás es tan adversario de los musulmanes como de los cristianos. Los curas también están dispuestos a tratar una herida con agua bendita, pero cobrando: un groat inglés o un dinar árabe. Las heridas de cualquier persona, y no importa que sea el corte de una espada o la llaga de una peste venérea. Esto último es más frecuente.

—Alegraos de poder marchar pronto de Acre —suspiró la princesa —. A mí me gustaría hacer lo mismo.

Tío Mafio dio las gracias por nuestra audiencia, y él y yo nos despedimos. Al salir me dijo que volvía al jane, para averiguar si podría disponer del ungüento mumum. Yo me dispuse a pasear por la ciudad con la esperanza de oír algunas palabras farsi y de memorizarlas. Resultó que aprendí algunas, pero palabras que quizá el príncipe no habría aprobado.

Conocí a tres chicos nativos, de mi edad más o menos, cuyos nombres eran Ibrahim, Daud y Naser. No dominaban el francés, pero conseguimos comunicarnos, como es normal entre chicos, y en este caso con gestos y expresiones faciales. Paseamos juntos por las calles, yo les señalaba con el dedo un objeto u otro y después de pronunciar su nombre en francés o en veneciano les preguntaba: « ¿Farsi?», y ellos me decían el nombre en esta lengua, aunque a veces tenían que consultar entre sí para asegurarse. Así

aprendí que un mercader, un comerciante o un vendedor se llama jaya, y que todos los chicos son asbal o «cachorros de león» y todas las chicas zaharat o «florecitas», y que una nuez de pistacchio es un fistuk, y que un camello es un Sutur, etc.: todas eran palabras farsi que me serían útiles durante mis viajes por Oriente. Las otras las aprendí

más tarde.

Pasamos delante de una tienda donde un jaya árabe vendía material para escribir, como finos pergaminos y vi telas más finas todavía, y también papeles de varias calidades, desde el delgado papel indio hecho de arroz o el de Jorasán hecho de lino hasta el papel caro de tipo morisco, llamado pergamino de tela por lo liso que era y por su elegancia. Escogí lo que pude pagar, un papel de grado medio pero sólido y pedí al java que lo cortara en trozos pequeños, fáciles de llevar o de empaquetar. Compré también algunas tizas de rúbrica para escribir cuando no tuviera tiempo de preparar la pluma y la tinta, y empecé a escribir mi primer léxico de palabras

desconocidas. Más tarde tomé nota de los nombres del lugar por donde pasaba y de las personas que conocía, luego de los incidentes que me ocurrían, y con el tiempo mis papeles se convirtieron en un diario de todos mis viajes y aventuras.

Era ya más del mediodía y yo llevaba la cabeza descubierta bajo el ardiente sol, por lo que empecé a sudar. Los chicos se dieron cuenta y riendo me comunicaron por gestos que sentía calor a causa de mi cómico atuendo. Al parecer los divertía mucho que expusiera a la vista pública mis delgadas piernas enfundadas en estrechos pantalones venecianos. Yo les indiqué que para mí eran igualmente ridículos sus trajes holgados y voluminosos, y que seguramente ellos padecían más calor que yo. Replicaron que su ropa era la única práctica en aquel clima. Finalmente para poner a prueba nuestros

argumentos fuimos a un callejón sin salida, más tranquilo, y Daud y yo intercambiamos nuestros trajes.

Como es natural cuando quedamos desnudos se hizo evidente otra disparidad entre cristianos y musulmanes, y procedimos a examinarnos mutuamente a fondo profiriendo varias exclamaciones en nuestros respectivos idiomas. Hasta entonces yo no sabía exactamente en qué consistía la mutilación de la circuncisión, y ellos no habían visto nunca un órgano masculino de más de trece años con la java provista todavía de su cápela. Todos estudiamos minuciosamente la diferencia entre Daud y yo: su java estaba siempre expuesta, era seca y brillante y casi escamosa, y llevaba pegados trozos de hilas y pelusa; en cambio yo tenía la mía encerrada y sólo la presentaba cuando me apetecía, por lo que era flexible y suave al tacto, incluso allí, cuando mi órgano se puso erguido y firme a consecuencia de todas las atenciones que recibía en aquel momento. Los tres chicos árabes pronunciaron varias exclamaciones cuyo significado parecía ser

«Probemos esta novedad», lo cual no tenía sentido para mí. O sea que Daud, desnudo como iba, intentó hacerme una demostración: pasó la mano detrás suyo para coger mi candelóto y luego lo dirigió hacia su escuálido trasero, mientras se agachaba y meneándose en mi dirección decía con voz seductora:

—Kus! Baghla! Kus!

Ibrahim y Naser se pusieron a reír e hicieron gestos de hurgar algo con sus dedos corazón gritando «Ghuny! Ghuny!» Yo seguía sin comprender sus palabras o su juego, pero no me gustó que Daud se tomara libertades con mi persona. Solté su mano y la aparté, luego corrí a cubrirme con la ropa que él se había quitado. Todos los chicos se encogieron de hombros sin perder el buen humor ante mi mojigatería cristiana, y Daud se puso mi traje.

La pieza inferior de un árabe, como el pantalón de un veneciano, está formada por un par de telas que envuelven las piernas. Comienzan en la cintura, donde se sujetan con una cuerda, y llegan hasta los tobillos, donde van ajustadas, pero en medio quedan

muy holgadas y no aprietan. Los chicos me explicaron que la palabra farsi para esta pieza es pai-yamah, pero la mejor traducción francesa que pudieron encontrar es troussés. La pieza superior del traje árabe es una camisa de mangas largas, que no se diferencia mucho de las nuestras, excepto en que se ajusta de modo holgado, como una blusa. Encima de esto va una aba, una especie de capa ligera, con rajas para que pasen los brazos, que cuelga suelta alrededor del cuerpo y llega casi al suelo. Los zapatos árabes son como los nuestros, aunque están hechos para que se ajusten a cualquier pie, porque su longitud es considerable, y la porción no ocupada se comba hacia arriba y hacia atrás por encima del pie. En la cabeza llevan una kaffiyah, una tela cuadrada y ancha que cuelga por debajo de los hombros a los lados y por detrás, y que se aguanta con un cordón sujeto sin apretar alrededor de la cabeza.

Me sorprendió mucho, pero dentro de aquel conjunto me sentía más fresco. Lo llevé un rato hasta que Daud y yo volvimos a intercambiarnos los trajes, y me sentía más fresco que en mi atuendo veneciano. Aquellas capas de tela en vez de ahogar la piel, como yo había esperado, parecía que mantuviesen atrapado el aire fresco del interior formando una barrera que impedía al sol calentarlo. La ropa iba suelta, era muy cómoda y no apretaba nada.

Esos trajes, tan sueltos, podían soltarse todavía más, por lo que a mí me resultaba incomprensible el sistema que utilizan los chicos árabes, y todos los árabes de cualquier edad, para orinar. Cuando hacen aguas se ponen en cuclillas, como las mujeres. Y

además lo hacen en cualquier lugar, preocupándoles tan poco la presencia de otros viandantes como a éstos verlos en esta postura. Cuando expresé mi curiosidad y repugnancia, los chicos quisieron saber cómo orina un cristiano. Les indiqué que lo

hacíamos de pie, y preferiblemente sin que se nos viera, dentro de un retrete licet. Me dieron a entender que esta postura vertical es considerada sucia por el Corán, su libro sagrado, y además a un árabe le desagrada meterse en un retrete o mustarah, excepto cuando tiene que proceder a la evacuación más sustancial de su vientre, porque los retretes son lugares peligrosos. Al enterarme de esto expresé una curiosidad mayor todavía, y los muchachos se explicaron. Los musulmanes, al igual que los cristianos, creen en demonios y diablos que emanan del mundo subterráneo, seres llamados yinn y afarit, y la manera más fácil para estos seres de llegar hasta nosotros a partir de su mundo subterráneo es el pozo excavado debajo de una mustarah. La cosa me pareció

razonable, y durante bastante tiempo no pude agacharme confortablemente sobre un agujero licet porque temía sentir unas garras clavándoseme por debajo. El traje de calle de un árabe puede parecemos feo, pero lo es menos que el de una mujer árabe. Y sus trajes son más feos porque son tan poco femeninos que apenas se distinguen del de los hombres. La mujer lleva un conjunto de troussés, camisa y aba idénticamente voluminoso, pero en lugar de una kaffiyah para la cabeza lleva un chador, o velo, que le cuelga de la coronilla hasta los pies por delante y por detrás y

alrededor de todo el cuerpo. Algunas mujeres llevan un chador negro fino, y pueden distinguir algo a su través sin que los demás las vean; otras llevan un chador más pesado con una rendija estrecha delante de los ojos. Una mujer enfundada en todas estas capas de tela y con el velo puesto parece un montón de ropa andante. Un no árabe cuando ve a una mujer apenas puede adivinar dónde está la parte de delante y dónde la de detrás, a no ser que ella esté andando en aquel momento.

Con muecas y gestos conseguí transmitir una pregunta a mis compañeros. Supongamos que se pasearan por la calle, como los jóvenes venecianos, para mirar a las mujeres guapas: ¿cómo sabrían si una mujer era guapa?

Me dieron a entender que la primera señal de belleza en una mujer musulmana no estaba en la perfección de su rostro, de sus ojos o de su figura en general, sino en la maciza anchura de sus caderas y de su trasero. Los chicos me aseguraron que un ojo experto podía discernir estas temblequeantes rotundidades, incluso debajo de un traje femenino de calle. Pero me advirtieron que no me dejara engañar por las apariencias: muchas mujeres acolchaban las ancas y las nalgas para exhibir una falsa inmensidad. Les hice otra pregunta. Supongamos, al estilo de los jóvenes venecianos, que Ibrahim, Naser y Daud desearan conocer a una bella y desconocida persona. ¿Cómo deberían proceder?

La pregunta pareció confundirlos ligeramente. Me pidieron que diera más detalles. ¿Me refería a una mujer guapa y desconocida?

Sí. Claro. ¿A qué podía referirme si no?

¿No me refería quizá a un hombre o chico bello y desconocido?

Yo había sospechado ya, y ahora estaba convenciéndome de ello, de que había caído entre un grupo de don Metas y sior Monas en ciernes. La cosa no me sorprendió mucho, porque sabía que la antigua ciudad de Sodoma no quedaba muy lejos, al este de Acre. Los chicos se reían de nuevo, por lo bajo, de mi ingenuidad cristiana. A través de sus pantomimas y de su francés rudimentario entendí que según el Islam y su santo Corán, las mujeres han sido creadas únicamente para que los hombres puedan engendrar con ellas hijos de sexo masculino. Pocos musulmanes utilizaban las mujeres para su disfrute sexual, a excepción de algún jeque rico gobernante, que podía permitirse reunir y mantener una colmena entera de vírgenes garantizadas, utilizándolas una sola vez y desechándolas luego. ¿Para qué buscar a mujeres? Había muchos hombres y muchachos a disposición de todos, más gordos y bellos que cualquier mujer. Si se dejaban de lado las demás consideraciones, un amante masculino era preferible a uno femenino

simplemente porque era un hombre.

He aquí un ejemplo del valor intrínseco del macho: me señalaron un montón andante de ropa que era una mujer y que llevaba un bebé en una faja adicional de ropa. Ellos

sabían inmediatamente que el bebé era un niño porque su cara estaba totalmente oscurecida por un enjambre de moscas que se arrastraba sobre ella. Me preguntaron si me extrañaba que la madre no espantara a las moscas. Yo podría haberles contestado que aquello se debía a pura pereza, pero los chicos continuaron con su explicación. La madre prefería que las moscas cubrieran el rostro de su hijo porque si rondaba por ahí un yinn o un afarit malicioso tendría más dificultad en descubrir que su niño era un varón valioso, y era menos probable que lo atacara con una enfermedad o una maldición u otra calamidad semejante. Si el bebé hubiese sido una niña, la madre habría espantado las moscas, sin preocuparse por nada, dejando que los seres malignos la vieran claramente, porque ningún demonio se preocuparía de molestar a una hembra, y tampoco a la madre le importaría mucho si lo hacía.

Bueno, yo por suerte era también un varón, y supongo que tenía que aceptar la opinión dominante de que los hombres eran muy superiores a las mujeres, y que había que valorarlos infinitamente más. Sin embargo yo había tenido algunas pequeñas experiencias sexuales, y a partir de ellas había deducido que una mujer o una chica era útil, deseable y funcional a este respecto. Suponiendo que no fuera o no pudiera ser nada más en el mundo, como receptáculo era incomparable, incluso era necesaria e incluso indispensable.

Totalmente falso, indicaron los chicos, riendo de nuevo ante mi simplicidad mental. Incluso como receptáculo un musulmán era mucho más interesante sexualmente y más delicioso que cualquier mujer musulmana con sus partes adecuadamente amortiguadas por la circuncisión.

—Un momento —les dije —. ¿Significa esto que la circuncisión de los hombres hace que…?

No, no, no. Los chicos movieron negativamente la cabeza. Se referían a la circuncisión de las mujeres. Yo también moví negativamente la cabeza, porque no podía imaginar cómo podían llevar a cabo esta operación en un ser que carecía de candelóto cristiano o de zab musulmán o incluso de bimbin infantil. Estaba absolutamente sorprendido y así

se lo dije.

Ellos, con un aire de indulgencia divertida, me indicaron, señalando sus propios órganos truncados, que el recorte del prepucio de un chico se hacía únicamente para marcarle como musulmán. Pero en toda familia musulmana cuyo nivel social fuera superior al de un mendigo o al de un esclavo todas las niñas se sometían a un recorte equivalente por el bien de la decencia femenina. Por ejemplo era un terrible insulto llamar a otro hombre «hijo de madre incircuncisa». Yo continuaba desconcertado.

—Toutes les bonnes femmes… tabzir de leurs zambur —repetían una y otra vez. Decían que el tabzir, o lo que fuera, se hacía para quitar a la niña su zambur, fuera esto lo que fuera, para que cuando creciera y se hiciera una mujer no tuviera deseos

indecentes y no fuera propensa al adulterio. Toda la vida sería una mujer casta, por encima de toda sospecha, como corresponde a una bonne femme del Islam: una pulpa pasiva sin más función que ir evacuando el mayor número posible de hijos varones a lo largo de su triste existencia. Sin duda este resultado final era elogiable, pero me quedé

sin entender la explicación que los muchachos me ofrecían sobre el sistema tabzir utilizado para conseguir este resultado.

Cambié de tema y les hice otra pregunta. Supongamos, al estilo de los jóvenes venecianos, que Ibrahim, Daud o Naser desearan a una mujer, no a un hombre o a un chico, y a una mujer que no estuviese condenada a la insensibilidad y a la apatía: ¿qué

harían para encontrar una?

Naser y Daud se rieron con disimulo y desprecio. Ibrahim arqueó sus cejas con un gesto de desdeñosa interrogación y al mismo tiempo levantó el dedo corazón y lo movió

arriba y abajo.

—Sí —dije asintiendo con la cabeza —. Esta clase de mujer, suponiendo que sea la única clase de mujer con algo de vida en ella.

Aunque sus medios de comunicación eran limitados, los chicos me explicaron con toda claridad que para encontrar una mujer desvergonzada de este tipo tendría que buscar entre las cristianas residentes en Acre. Y no tendría que perder mucho tiempo en la búsqueda, porque de estas marranas había muchas. Bastaba con que fuera a aquel edificio, que me señalaron, situado donde estábamos en aquel momento enfrente mismo de la plaza del mercado.

—¡Eso es un convento! —dije enfadado —. ¡Una casa de monjas cristianas!

Se encogieron de hombros y se acariciaron barbas imaginarias asegurando que decían la verdad. Y precisamente en aquel momento la puerta del convento se abrió y salieron a la plaza un hombre y una mujer. Él era un caballero cruzado que llevaba sobre la capa la insignia de la Orden de San Lázaro. Ella no llevaba velo, estaba claro que no era árabe, y llevaba el manto blanco y el hábito marrón de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Ambos tenían el rostro enrojecido y se tambaleaban por los efectos del vino. Sólo entonces recordé dos menciones anteriores sobre las «escandalosas» carmelitas y clarisas. En mi ignorancia había supuesto que los nombres se referían a mujeres concretas. Pero ahora era evidente que la referencia iba dirigida a las hermanas carmelitas y a esas otras monjas, las misioneras de la Orden de San Francisco, llamadas cariñosamente clarisas.

Me sentí como insultado personalmente ante los ojos de aquellos tres muchachos infieles y me despedí precipitadamente. Ellos por su parte me gritaron e hicieron gestos insistentes para que pronto volviera a reunirme con ellos, dando a entender que me enseñarían algo realmente maravilloso. Contesté sin comprometerme a nada e inicié mi camino de regreso al jane a través de calles y callejuelas. 4

Cuando llegué, mi padre regresaba de parlamentar con el arcediano del castillo. Al acercarnos los dos a nuestro aposento, salió de él el joven del hammam que había atendido a tío Mafio en el primer día de nuestra estancia en el jane. Nos dirigió una sonrisa radiante y dijo: «Salaam aleikum», a lo que mi padre respondió adecuadamente:

«Wa aleikum es-salaam.»

Tío Mafio estaba en la habitación, al parecer a punto de ponerse ropa fresca para la cena. Cuando entramos empezó a hablar con su habitual cordialidad:

—Encargué al chico que me trajera otra jarra de mumum depilador para determinar su composición. Está compuesto únicamente de oropimente y cal viva, machacado todo con un poco de aceite de oliva, con un toque de almizcle para que su aroma sea más agradable. Podríamos fabricarlo nosotros mismos, pero el precio es tan bajo aquí que no vale la pena. Le dije al chico que me trajera cuatro docenas de jarritas. ¿Qué noticias traes de los curas, Nico?

Mi padre suspiró.

—Parece que a Visconti le encantaría delegar a todos los sacerdotes de Acre para que nos acompañaran. Pero quiere actuar honradamente y cree que los mismos curas deberían opinar sobre el tema antes de emprender un viaje tan largo y arduo. O sea que como máximo pedirá voluntarios. Más tarde nos dirá cuántos han aceptado la propuesta

por pocos que sean.

Coincidió uno de aquellos días que nosotros éramos los únicos huéspedes residentes en el jane, y mi padre pidió amablemente al propietario que hiciera el honor de compartir nuestro mantel de cena.

—Vuestras palabras están delante de mis ojos, jeque Folo —dijo Isaq, levantando sus vastos troussés para poder cruzar las piernas y sentarse.

—¿Y quizá la jeca, vuestra buena esposa, desee también sentarse con nosotros? —preguntó mi tío —. ¿Es vuestra esposa, no, la que está en la cocina?

—Ciertamente lo es, jeque Folo. Pero ella no querrá ofender el debido decoro comiendo en compañía de hombres.

—Claro —dijo mi tío —. Perdonad. Me estaba olvidando del decoro.

—Como dijo el profeta (que la bendición y la paz sean con él): «Estuve ante la puerta del cielo y vi que la mayoría de sus moradores eran pobres. Estuve ante la puerta del infierno y vi que la mayoría de sus habitantes eran mujeres.»

—Um, sí. Bueno, quizá puedan sentarse con nosotros vuestros hijos, para que hagan compañía a Marco. Si tenéis hijos.

—Por desgracia no tengo ninguno —dijo Isaq con tono lastimero —. Sólo tengo tres hijas. Mi esposa es una baghlah, una estéril. Caballeros, ¿me permiten que pida humildemente la gracia para esta cena? —Todos inclinamos la cabeza y él murmuró —: Alá ekber rakmet

—añadiendo en veneciano —: Alá es grande, le damos gracias. Empezamos a comer las tajadas de cordero cocido con tomates y cebollinos, y los pepinos al horno rellenos con arroz y nueces. Mientras comíamos dije al fondista:

—Perdonad, jeque Isaq. ¿Puedo haceros una pregunta?

Él asintió afablemente:

—Ordenadme algo para mi placer, joven jeque.

—La palabra que utilizasteis al hablar de vuestra señora esposa: baghlah. La oí en otra ocasión. ¿Qué significa?

Pareció algo desconcertado:

—Una baghlah es una mula. La palabra se utiliza también para designar a una mujer que es infértil como una mula. Ah, me doy cuenta de que os parece una palabra dura para que yo la aplique a mi esposa. Tenéis razón. Al fin y al cabo es una mujer excelente en todo lo demás. Ya os habréis dado cuenta, caballeros, del magnífico aspecto de luna que tiene su parte trasera. Es tan maravillosamente grande y tremendamente pesado que le obliga a sentarse cuando debería estar de pie y a incorporarse sobre su asiento cuando debería estar echada. Sí, es una mujer excelente. Tiene también un bello cabello, aunque vosotros no podáis haberlo visto. Más largo y espeso que mi barba. Sin duda ya sabéis que Alá encargó a uno de sus ángeles que estuviera continuamente al lado de su trono cantándole alabanzas sobre el tema. El ángel no tiene más empleo que éste. Se dedica de modo simple y constante a alabar a Alá por haber concedido barbas a los hombres y trenzas a las mujeres.

Cuando interrumpió por un momento su cháchara le dije:

—He oído otra palabra: kus. ¿Qué significa?

El criado que nos servía lanzó una exclamación ahogada e Isaq pareció más desconcertado que antes.

—Es una palabra muy baja que significa… pero no es éste un tema que pueda discutirse mientras comemos. No repetiré la palabra, pero es un término vil que se aplica a las partes todavía más viles de una mujer.

—¿Y ghuny? —pregunté —. ¿Qué es ghuny?

El camarero se quedó con la boca abierta y abandonó apresuradamente la habitación, e Isaq pareció angustiosamente desconcertado.

—¿Dónde habéis pasado el rato, joven jeque? También ésta es una palabra de baja estofa. Significa… significa el movimiento que hace una mujer. Una mujer o un… bueno, el elemento pasivo. La palabra se refiere al movimiento que se hace durante… que Alá me perdone… durante la cópula sexual.

Tío Mafio dio un bufido y dijo:

—Mi saputélo sobrino está deseando conocer nuevas palabras, para sernos más útil cuando nos acompañe a las regiones lejanas.

Isaq murmuró:

—Como ha dicho el profeta (que la paz sea con él): «Un compañero es la mejor provisión para el camino.»

—Hay un par más de palabras… —empecé a decir.

—Y como sigue el dicho —gruñó Isaq —: «Incluso una mala compañía es mejor que no tener ninguna.» Pero en realidad, joven jeque Folo, debo negarme a continuar traduciendo vuestras nuevas palabras.

Mi padre intervino y dirigió la conversación hacia temas más inocuos. Nuestra cena continuó y nos sirvieron el dulce: una conserva de albaricoques, dátiles y corteza de limón en almíbar, perfumada con ámbar. O sea que hasta mucho tiempo después no descubrí el significado de las misteriosas palabras tabzir y zambur. Cuando hubo finalizado la cena, y después de tomar qahwah y sarbat, Isaq recitó de nuevo la acción de gracias, porque al contrario de los cristianos los infieles dan las gracias tanto al acabar como al comenzar la comida: «Alá ekber rakmet», y con un suspiro de alivio dejó nuestra compañía.

Unos días después mi padre, mi tío y yo fuimos de nuevo al castillo de Acre convocados por el arcediano. Se reunió con nosotros en compañía del príncipe y de la princesa, y también de dos hombres que llevaban los hábitos blancos y los mantos negros de la Orden de Frailes Predicadores de Santo Domingo. Después de

intercambiar los correspondientes saludos, el arcediano Visconti presentó a los recién llegados:

—Fra Nicoló de Vicenza y fra Guglielmo de Trípoli. Se han ofrecido voluntariamente para acompañarnos, miceres Polo.

Mi padre disimuló el desengaño que podía haber sentido y se limitó a decir:

—Os estoy agradecido,-hermanos, y os doy la bienvenida a nuestro grupo. ¿Pero puedo preguntar por qué motivo os habéis presentado voluntarios a nuestra misión?

Uno de ellos dijo en un tono bastante petulante:

—Porque estamos disgustados con el comportamiento de nuestros compañeros cristianos de Acre.

El otro dijo en idéntico tono:

—Queremos alcanzar el aire limpio y puro de la lejana Tartaria.

—Gracias, hermanos —dijo mi padre conservando su cortesía —. ¿Podéis excusarnos ahora? Deseo hablar privadamente con su reverencia y con sus altezas reales. Los dos frailes dieron un respingo y salieron de la habitación con aire ofendido. Mi padre recitó entonces al arcediano una cita bíblica:

—La cosecha es buena, pero los trabajadores pocos.

Visconti replicó con otra cita:

—Donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos.

—Pero, reverencia, yo pedí sacerdotes.

—Ningún sacerdote se ha ofrecido voluntario. Sin embargo esos dos son frailes predicadores. Como tales tienen licencia para llevar a cabo prácticamente cualquier tarea eclesiástica, desde la fundación de una iglesia hasta el arreglo de una disputa matrimonial. Sus poderes de consagración y de absolución son algo limitados, desde luego, y no pueden conferir las órdenes sagradas, pero para eso deberíais llevaros a un

obispo. Siento que los voluntarios sean tan pocos, pero en conciencia no puedo reclutar ni obligar a nadie más. ¿Tenéis más quejas?

Mi padre dudaba, pero mi tío habló valientemente:

—Sí, reverencia. Los frailes admiten que no tienen ningún objetivo positivo. Lo único que quieren es alejarse de esta disoluta ciudad.

—Lo mismo que san Pablo —dijo secamente el arcediano —. Os recuerdo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Esta ciudad se llamaba en aquella época Tolemais; Pablo puso en una ocasión el pie en ella, y evidentemente no pudo resistir más de un día en el lugar. La princesa Eleanor dijo fervientemente:

—¡Amén!

El príncipe Edward sonrió en simpatía con ella.

—Podéis elegir —nos dijo Visconti —. Podéis solicitar lo mismo en otro lugar, o podéis esperar la elección del Papa y pedírselo a él. O podéis aceptar los servicios de los dos hermanos dominicos. Dicen que están dispuestos a partir y que desearían hacerlo mañana mismo.

—Los aceptamos, desde luego, reverencia —dijo mi padre —. Y os agradecemos vuestros buenos oficios.

—Vamos a ver —dijo el príncipe Edward —. Para dirigiros a Oriente tenéis que rodear primero las tierras sarracenas. Hay una ruta óptima.

—Nos gustaría conocerla —dijo tío Mafio.

Había llevado consigo el Kitab de al-Idrisi y lo abrió por las páginas que mostraban Acre y sus alrededores.

—Buen mapa —elogió el príncipe —. Veamos ahora. Para ir hacia Oriente desde aquí

tenéis que dirigiros primero hacia el norte y dar un rodeo a los mamelucos del interior, —El príncipe, como todo cristiano, puso las páginas cabeza abajo para que el norte quedara arriba —. Pero los puertos más importantes cercanos a la ruta septentrional: Beirut, Trípoli, Ltakia… —golpeó con el dedo los puntos dorados que representaban estos puertos —, si no han caído ya en manos de los sarracenos están sometidos a duros asedios. Tenéis que ir, dejadme calcular: más de doscientas millas inglesas hacia el norte a lo largo de la costa. A este lugar de la Armenia Menor. —Tocó un punto del mapa que al parecer no merecía un punto dorado —. Aquí, donde el río Orontes desemboca en el mar, está el antiguo puerto de Suvediye. Está habitado por armenios cristianos y por pacíficos árabes avedíes, y los mamelucos todavía no se han acercado a la región.

—Suvediye era un puerto importante del Imperio romano, llamado Selucia —intervino el arcediano —. Desde entonces ha recibido los nombres de Ayas, Ajazzo y muchos más. Como es lógico iréis a Suvediye por mar, no a lo largo de la costa.

—Sí —acordó el príncipe —. Hay un buque inglés que zarpa mañana por la tarde para Chipre aprovechando la marea. Daré instrucciones al capitán para que recale en Suvediye y os lleve a vosotros y a vuestros frailes. Os daré una carta para el ostikan,

el gobernador de Suvediye, pidiéndole un salvoconducto. —Dirigió de nuevo nuestra atención al Kitab —. Cuando hayáis conseguido animales de carga en Suvediye, iréis tierra adentro siguiendo el río, por aquí; luego continuaréis hacia el este hasta encontrar el río Eufrates. El viaje río abajo por el valle del Eufrates hasta Bagdad será fácil. Y

desde allí hay varias rutas que conducen hacia Oriente.

Mi padre y mi tío se quedaron en el castillo mientras el príncipe escribía la carta de salvoconducto. Pero yo pude despedirme de su reverencia y de sus altezas reales y salir del castillo para pasar a mi antojo el último día de estancia en Acre. Ya no volví a ver al arcediano ni al príncipe, ni a la princesa, pero tuve noticias suyas. Poco tiempo después de que mi padre, mi tío y yo hubiéramos dejado el levante mediterráneo nos enteramos

de que el arcediano Visconti había sido elegido Papa de la Iglesia de Roma, tomando el nombre papal de Gregorio X. Hacia la misma época más o menos, el príncipe Edward renunció a la Cruzada, por considerarla una causa perdida, y zarpó hacia Inglaterra. Cuando estaba a la altura de Sicilia también él recibió ciertas noticias: su padre había fallecido y él era el nuevo rey de Inglaterra. O sea que sin imaginármelo había conocido a dos de los hombres más eminentes de Europa. Pero no me he pavoneado mucho de haber conocido tan brevemente a estas dos personas. Al fin y al cabo en Oriente conocí

más tarde a personajes cuya eminencia convertía en individuos de talla normal a papas y reyes.

Salí del castillo aquel día coincidiendo con una de las cinco horas en que los árabes rezan a su dios Alá, y los ministros llamados muecines estaban ya en lo alto de todas las torres y tejados elevados entonando con voz fuerte pero monótona los cantos que anuncian estas horas. En todas partes, en las tiendas, en los portales de las casas y en las polvorientas calles, los seguidores de la fe islámica estaban desplegando pequeñas y raídas alfombras y arrodillándose sobre ellas. Dirigían luego sus rostros al sureste y los apretaban contra el suelo entre sus manos, mientras elevaban hacia lo alto sus partes traseras. A estas horas, cualquier persona a quien uno pudiese mirar a la cara y no al trasero tenía que ser cristiana o judía.

Cuando todo el mundo volvió en Acre a la postura vertical, descubrí a los tres chicos que había conocido aproximadamente una semana antes. Ibrahim, Naser y Duad me habían visto entrar en el castillo y estaban esperando cerca de la entrada a que yo saliera. Sus ojos brillaban por el ansia que tenían de enseñarme la gran maravilla que me habían prometido. En primer lugar me indicaron que debía comer algo que habían traído para mí. Naser llevaba una bolsita de cuero que contenía unos cuantos higos conservados en aceite de sésamo. Me gustan bastante los higos, pero aquéllos estaban tan impregnados en aceite que se habían vuelto pulposos, viscosos y desagradables al

gusto. Sin embargo insistieron en que debía ingerirlos como una preparación para la revolución posterior, o sea que me forcé a tragar cuatro o cinco de aquellos terribles frutos.

Luego los chicos me condujeron dando un rodeo a través de calles y callejones. El camino empezó a hacerse muy largo, y pronto sentí mis miembros muy cansados y mi mente muy huera. Me pregunté si el ardiente sol estaba afectando mi cabeza descubierta o si los higos estaban pasados. Mi visión estaba perturbada; la gente y los edificios de mi alrededor parecían oscilar y deformarse de modo raro. Mis oídos cantaban como si tuviera en ellos un enjambre de moscas. Mis pies tropezaban en todas las pequeñas irregularidades del camino, y pedí a los chicos que me dejaran detenerme y descansar un rato. Pero ellos, insistentes y excitados como antes, me cogieron del brazo y me ayudaron a avanzar. Me dieron a entender que mi mareo se debía en efecto a los higos especialmente condimentados, y que aquello era necesario para lo que seguiría. Sentí que me arrastraban a una entrada abierta, pero muy oscura, y yo me dispuse a entrar en ella obedientemente. Pero los chicos protestaron irritados y yo interpreté su actitud como algo del siguiente tenor: «Estúpido infiel, tienes que quitarte los zapatos y entrar descalzo», y supuse que el edificio sería una de las casas de culto, que los musulmanes llaman masyid. Puesto que no llevaba en aquel momento zapatos, sino pantalones con suela, tuve que desnudarme de la cintura para abajo. Agarré mi jubón y lo estiré lo más que pude sobre la parte expuesta de mi persona, preguntándome mientras tanto confusamente cómo podía ser más aceptable entrar en una masyid, con las partes privadas al aire o con los pies calzados. En todo caso los chicos no dudaron, sino que me empujaron a través del portal hacia el interior. Yo no había estado nunca en una masyid y no sabía qué esperar, pero me sorprendió

vagamente encontrar el lugar sin luces, sin fieles y sin nadie. Lo único que pude ver en el lúgubre interior fue una fila de inmensas tinajas de barro, casi tan altas como yo, pegadas a una pared. Los muchachos me condujeron a la tinaja del extremo y me ordenaron meterme en ella.

Me causaba una cierta aprensión la idea de que aquellos sodomitas juveniles, que me ganaban en número y que me tenían medio desnudo y privado en parte de mis facultades, pudiesen albergar ciertos designios sobre mi cuerpo, y yo estaba dispuesto a luchar.

Pero lo que me proponían me pareció más divertido que insultante. Cuando les pedí una explicación, se limitaron a señalarme de nuevo la gran tinaja, y yo estaba demasiado aturdido para protestar. Continué pues riendo por lo extraño de la idea y dejé que los chicos me levantaran hasta sentarme sobre el borde de la tinaja. Pasé mis piernas al interior y me dejé caer en el interior.

Hasta que estuve dentro no me di cuenta de que la tinaja contenía un fluido, porque no hubo chapoteo ni tuve la sensación repentina de frío o de humedad. Pero la tinaja

estaba llena por lo menos hasta la mitad de aceite, y su calor era tan cercano al del cuerpo que apenas noté el líquido hasta que mi inmersión levantó su nivel a la altura del cuello. La sensación era más bien agradable: una sustancia emoliente y envolvente, suave y tranquilizadora, en especial alrededor de mis cansadas piernas y de mis partes privadas expuestas de modo sensible. Al darme cuenta me excité un poco. ¿Era esto un preludio peculiar de algún rito sexual extraño y exótico? Bueno, por lo menos de momento la sensación era buena, y no me quejé.

Sólo sobresalía mi cabeza del cuello de la tinaja, y mis dedos descansaban todavía en su borde. Los chicos empujaron riendo mis manos hacia dentro y luego sacaron algo que seguramente habían encontrado cerca de allí: un gran disco de madera con bisagras, parecido a un cepo portátil. Antes de que yo pudiera protestar o esquivarlos, ajustaron el disco alrededor de mi cuello y lo cerraron. El disco formó la tapadora de la tinaja donde yo estaba, y aunque no me apretaba el cuello de modo incómodo se había ajustado tan firmemente a la tinaja que no podía desalojarlo ni levantarlo.

—¿Qué significa esto? —pregunté mientras movía los brazos dentro de la tinaja y trataba vanamente de levantar la tapa de madera. Sólo podía mover los brazos empujando con mucha lentitud, como se mueve uno a veces en un sueño, debido a la viscosidad del aceite tibio. Mis confundidos sentidos captaron finalmente el olor de sésamo de aquel aceite. Al parecer me habían puesto a macerar en aceite de sésamo, como los higos que me habían obligado antes a comer —. ¿Qué significa esto? —grité de nuevo.

—Va istadan! Attendez! —me ordenaron los chicos, haciendo gestos para que aguardara pacientemente en mi tinaja.

—¿Aguardar? —bramé —. ¿Aguardar qué?

—Attendez le sorcier —dijo Naser con una sonrisita.

Luego él y Daud salieron corriendo al exterior por el hueco gris y oblongo de la puerta.

—¿Esperar al brujo? —repetí desconcertado —. ¿Esperar cuánto tiempo?

Ibrahim demoró un momento su partida y levantó unos cuantos dedos para que yo los contara. Esforcé mi vista en la oscuridad y vi que había abierto los dedos de ambas manos.

—¿Diez? —pregunté —. ¿Diez qué?

También él se retiró hacia la puerta mientras cerraba los dedos y los abría más veces, cuatro veces en total.

—¿Cuarenta? —pregunté desesperadamente —. ¿Cuarenta qué? Quarante á propos

de quoi?

—Chihil ruz —dijo —. Quarante jours —desapareció por la puerta.

—¿Esperar cuarenta días? —pregunté gimiendo, pero nadie me respondió. Los tres chicos se habían ido, y estaba claro que no se habían ido para esconderse de mí

un ratito. Quedé solo en mi vasija de barro dentro de la oscura habitación, con el olor del aceite de sésamo en mi nariz y el repugnante sabor de los higos y del sésamo en mi boca, y un torbellino de confusión en mi mente. Intenté pensar a fondo lo que significaba aquello. ¿Esperar al brujo? Sin duda era una broma de los muchachos, algo relacionado con una costumbre árabe. Isaq, el fondista del jane, seguramente me lo explicaría, riéndose mucho de mi credulidad. Pero ¿qué clase de broma obligaba a tenerme emparedado durante cuarenta días? Me perdería el buque del día siguiente y quedaría encallado en Acre, e Isaq dispondría de todo el tiempo necesario para explicarme con tranquilidad las costumbres árabes. ¿O quizá desaparecería en las garras del brujo? ¿Quizá permitiría la infiel religión musulmana, al contrario de la cristiana, tan recta, que los brujos practicaran sus malas artes sin que nadie se opusiera? Intenté

pensar lo que un brujo musulmán podía desear de un cristiano embotellado. Confié en no averiguarlo nunca. ¿Vendrían mi padre y mi tío a buscarme antes de zarpar? ¿Me encontrarían antes que el brujo? ¿Me hallaría alguien?

Precisamente entonces alguien me encontró. En la entrada gris se perfiló una forma oscura, de mayor tamaño que ninguno de los chicos. Se detuvo allí, como esperando a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, y luego avanzó lentamente hacia mi tinaja. Era una forma alta, voluminosa e inquietante. Sentí como si estuviera contrayéndome o encogiéndome dentro de la tinaja, y me hubiese gustado retraer la cabeza debajo de la tapa.

Cuando el hombre estuvo lo bastante cerca, vi que llevaba ropa de estilo árabe, aunque sin cordón sujetando su tocado. Tenía una barba gris y rojiza como una especie de hongo, y me miró con ojos brillantes de zarzamora. Cuando me dirigió el saludo tradicional, la paz sea contigo, me di cuenta a pesar de mi confusión de que la pronunciaba de modo ligeramente diferente a la fórmula árabe:

—Shalom aleichem.

—Sois el brujo —murmuré, tan asustado que lo hice en veneciano. Carraspeé y lo repetí

en francés.

—¿Tengo cara de brujo? —preguntó con una voz ronca.

—No —murmuré, aunque no tenía idea alguna del posible aspecto de un brujo. Carraspeé

de nuevo y dije —: Os parecéis más bien a alguien a quien conocí en otra ocasión.

—Y tú —dijo con sorna —, parece que te empeñes en encerrarte en celdas cada vez más pequeñas.

—¿Cómo sabéis que…?

—Vi a estos tres pequeños mamzarim metiéndote en este lugar a la fuerza. Este lugar tiene una merecida mala fama.

—Me refería a que…

—Y vi que salían de nuevo sin ti, los tres solos. No serías el primer chico de pelo claro y ojos azules que entrara aquí y no saliera nunca más.

—Me imagino que en este país hay muy pocas personas que no tengan los ojos y el pelo negros.

—Exactamente. Eres una rareza en estas regiones, y el oráculo ha de hablar a través de una rareza.

Mi confusión ya era suficiente. Creo que me limité a parpadear. Él se agachó un momento desapareciendo de mi vista y luego volvió a aparecer con la bolsa de cuero en la mano que Naser debió de soltar cuando salía. Metió la mano dentro y sacó un higo rezumando aceite. Casi vomité cuando lo vi.

—Encuentran a un chico como tú —explicó —, lo traen aquí y lo empapan en aceite de

sésamo dándole de comer únicamente higos adobados en aceite. Al final de cuarenta días y cuarenta noches está tan macerado y blando como un higo. Tan blando que estirando se puede separar fácilmente la cabeza del tronco. Hizo la demostración pellizcando el higo entre sus dedos hasta que la fruta se partió en dos con un ruido blando, apenas perceptible.

—¿Y por qué? —pregunté jadeando. Sentí como si mi cuerpo se reblandeciera debajo de la tapa de madera, se volviese céreo y maleable como el higo, cediendo ya, preparándose para separarse del muñón de mi cuello con un ruido blando y hundirse lentamente en el fondo de la vasija —. Quiero decir, ¿por qué matar de esta manera a un perfecto desconocido?

—Según ellos no le matan. Es cuestión de magia negra. —Dejó caer la bolsa y los trozos de higo y se limpió los dedos en el borde de su jubón —. En todo caso la

cabeza, como parte suya, continúa viviendo.

—¿Qué?

—El brujo deja la cabeza cortada apoyada en aquel nicho de la pared de enfrente, sobre un lecho confortable de cenizas de olivo. Quema incienso ante él, entona palabras mágicas y al cabo de un rato la cabeza habla. Predice por orden del brujo hambres o buenas cosechas, guerras inminentes o épocas de paz, y toda clase de profecías útiles. Me eché a reír, comprendiendo al final que el viejo no hacía más que participar en la broma que me estaban jugando, prolongándola.

—Muy bien —dije entre carcajadas —. Me has paralizado de terror, viejo compañero de celda. Me estoy meando incontrolablemente y adulterando este buen aceite. Pero de momento basta ya. Cuando te vi por primera vez, Mordecai, no sabía que huirías tan lejos de Venecia, y que llegarías hasta aquí. Pero aquí estás y me alegro de verte y ya te has divertido bastante conmigo. Ahora suéltame y nos iremos a beber juntos un qahwah y a contarnos nuestras aventuras desde el último día que nos vimos. —Él no se movió, se quedó callado delante mío mirándome con pena —. ¡Mordecai, basta ya!

—Mi nombre es Levi —dijo —. ¡Pobre muchacho! Te han embrujado tanto que has perdido el juicio.

—Mordecai, Levi, o quienquiera que seas —vociferé, empezando a sentir un toque de pánico —. ¡Levanta esta maldita tapa y déjame salir!

—¿Yo? No voy a tocar esta inmundicia de terephah —dijo retrocediendo delicadamente un paso —. No soy un sucio árabe. Soy judío.

Mi inquietud, mi ira y mi exasperación empezaban a despejarme la cabeza, pero no consiguieron que actuara con mayor tacto. Le dije:

—¿Entonces sólo viniste aquí para charlar sobre mi encierro? ¿Me dejarás en manos de estos idiotas árabes? ¿Es un judío tan idiotamente supersticioso como ellos?

—Al tidág -gruñó el viejo, y se fue.

Atravesó arrastrando los pies la habitación y salió por la abertura gris de la puerta. Me lo quedé mirando consternado. ¿Significaba «al tidág» algo como «vete al carajo»? Él era probablemente mi única esperanza de salvación y yo le había insultado. Pero volvió casi inmediatamente llevando una pesada barra de metal.

—Al tidág —dijo de nuevo. Y luego se le ocurrió traducirlo —: No te preocupes. Te voy a sacar de aquí, como me pides, pero debo hacerlo sin tocar la inmundicia. Por suerte para ti soy un herrero y mi taller está al lado mismo. Esta barra servirá. Mantente firme, joven Marco, para no caer cuando se rompa la tinaja.

Describió un arco con la barra, y cuando ésta cayó contra la tinaja dio un salto de lado para que su ropa no se profanara con la resultante cascada de aceite. La tinaja se rompió

con gran estrépito y yo oscilé inestablemente mientras los trozos y todo el aceite caían de mi alrededor. La tapa de madera empezó de pronto a pesar mucho sobre mi cuello.

Pero ahora podía levantar las manos hasta su parte superior. Encontré los pestillos que la mantenían cerrada y los abrí rápidamente; luego tiré el disco de madera en el lago de aceite que se había formado a mis pies y que estaba esparciéndose.

—¿Tendrás problemas por culpa de esto? —le pregunté, señalando el revoltijo que nos rodeaba. Levi encogió con mucho, mucho primor, sus hombros, sus manos y sus cejas fungoides. Yo continué —: Tú me has llamado por mi nombre, y dijiste algo sobre que te habían mandado rescatarme de este peligro.

—No de este peligro en concreto —dijo —. La consigna era simplemente que intentara sacar de apuros a Marco Polo. El mensaje incluía tus señas: se te podría reconocer fácilmente porque siempre estarías metiéndote en líos.

—Es interesante. ¿De quién venía todo esto?

—Ni idea. Tengo entendido que en cierta ocasión ayudaste a un judío a escapar de un mal trance. Y el proverbio dice que el premio de una mitzva es otra mitzva.

—Vaya, lo que sospechaba: el viejo Mordecai Cartafilo.

Levi dijo casi maliciosamente:

—Éste no podía ser judío. Mordecai es un nombre de la antigua Babilonia. Y Cartafilo es un nombre gentil.

—Dijo que era judío, y lo parecía, además el nombre que utilizaba era éste.

—Sólo te falta decir que también erraba por el mundo.

—Bueno, me contó que había viajado mucho —repliqué intrigado.

—Jakma -dijo con un ruido rasposo que yo interpreté como una palabra de burla —. Esto es una fábula inventada por los fabulistas de los goyim. No hay ningún judío errante inmortal. Los Lamedvav son mortales, pero siempre hay treinta y seis de ellos viajando en secreto por el mundo para ayudar.

Yo no tenía mucho interés en quedarme allí, en aquel lugar oscuro, mientras Levi discutía sobre fábulas. Le dije:

—Sois una persona muy indicada para reíros de los fabulistas después de vuestro ridículo cuento sobre brujos y cabezas que hablan.

Me miró fijamente y se rascó pensativo la barba rizada.

—¿Ridículo? —Repitió entregándome la barra de metal —. Coge esto. Yo no quiero poner los pies en el aceite. Rompe la siguiente tinaja de la fila. Yo dudé un momento. Aunque aquel lugar fuera un simple lugar de culto, una masyid ordinaria, ya la habíamos profanado bastante. Pero luego pensé: «Una tinaja, dos tinajas,

¿qué importa?» Hice oscilar la barra lo más que pude y la segunda vasija se rompió con el estruendo de un objeto quebradizo, soltando con un chapoteo una ola de aceite de sésamo, y una cosa más que golpeó el suelo con un ruido sordo, espeso y húmedo. Me agaché para verlo mejor, luego retrocedí apresuradamente y dije a Levi:

—Venga, vamonos ya.

En el umbral encontré mis pantalones, en el mismo lugar donde me los había quitado, y me los puse de nuevo con alivio. No me importó que quedaran instantáneamente empapados con el aceite que se pegaba a mi cuerpo; todo el resto de mi ropa estaba ya fría y hecha una sopa. Di las gracias a Levi por haberme rescatado y por sus enseñanzas, sobre la brujería árabe. Él me dijo «lecháim» y «bon voyage» y me recomendó que no me fiara siempre del mensaje de un judío inexistente para escapar de un apuro. Luego él volvió a su fragua y yo corrí a la posada, mirando repetidamente por encima del hombro por si me hubiesen visto y me persiguiesen los tres chicos árabes o el brujo para el cual me habían capturado. Ya no creía que la aventura fuese una broma ni consideraba la brujería como una fábula.

Cuando Levi me vio romper la segunda tinaja, al inclinarme yo y mirar entre los cascos no me preguntó qué había allí, ni yo quise decírselo, ni puedo todavía ahora describirlo

claramente. El lugar era muy oscuro, como ya he dicho. Pero el objeto que cayó al suelo con aquel plaf húmedo y asqueroso era un cuerpo humano. Lo que vi y puedo explicar ahora es que el cadáver estaba desnudo y era el de un varón que no había llegado a la plena madurez. El cuerpo quedó en el suelo en una postura extraña, como un saco hecho de piel, un saco cuyo contenido hubiesen vaciado. Me refiero a que su aspecto era más que blando, era el aspecto de un cuerpo fláccido al que hubiesen extraído o disuelto todos los huesos. Aparte de esto sólo pude ver que el cuerpo no tenía cabeza. Desde aquel día no he podido comer higos ni nada condimentado con sésamo. 5

La tarde siguiente, mi padre pagó nuestra cuenta al posadero Isaq, quien aceptó el dinero con las palabras:

—Que Alá os colme de dones, jeque Folo, y que recompense todos vuestros

generosos actos.

Mi tío distribuyó entre los sirvientes del jane las propinas de menor cuantía que en todo Oriente reciben la denominación farsi de batachís. Dio la cantidad mayor al masajista del hammam que le había presentado el ungüento de mumum, y aquel joven le dio las gracias con las siguientes palabras:

—Que Alá os conduzca a través de todos los peligros y os haga sonreír siempre. Y todo el personal, Isaq y los sirvientes, se quedaron en la puerta de la posada saludándonos con las manos y con muchos otros gritos mientras nos íbamos:

—¡Que Alá aplane el camino ante vosotros!

—¡Que podáis viajar sobre una alfombra de seda! —y cosas semejantes. Así pues, nuestra expedición continuó hacia el norte por la costa levantina, y yo me felicité de haber salido intacto de Acre, y confié en que aquél fuera mi único y último encuentro con la brujería.

Aquel corto viaje por mar no tuvo nada de notable, porque todo el día navegamos sin perder de vista el litoral, y éste presenta en todas partes más o menos el mismo aspecto: dunas de color pardo con colinas de color pardo detrás suyo, de vez en cuando una choza de barro de color pardo o un poblado de chozas de barro casi indistinguible sobre el paisaje del fondo. Las ciudades ante las cuales pasamos eran algo más distinguibles, porque cada una estaba marcada por un castillo de cruzados. La más visible desde el mar fue la ciudad de Beirut, porque su tamaño era mayor y está situada sobre una punta que se adentra en el mar, sin embargo como ciudad la consideré inferior incluso a Acre. Mi padre y mi tío se dedicaron a bordo a confeccionar listas del equipo y de los suministros que deberían procurarse en Suvediye. Yo me dediqué principalmente a charlar con la tripulación; aunque la mayoría de ellos eran ingleses, hablaban como es natural el sabir de los viajeros y mercaderes. Los hermanos Guglielmo y Nicoló se dedicaron a charlar entre sí comentando interminablemente las iniquidades de Acre y lo agradecidos que estaban a Dios por haberles permitido largarse de la ciudad. De todas las quejas que podían airear en relación a Acre, la que al parecer los ofendía más era la conducta impúdica y licenciosa de las clarisas y carmelitas residentes. Pero por lo que pude captar, estas lamentaciones parecían más propias de maridos ofendidos o galanes rechazados por estas monjas que de hermanos en Cristo. No voy a continuar con mis impresiones sobre los dos frailes, para que nadie me considere una persona irrespetuosa ante una noble vocación. De hecho ambos desertaron de nuestra expedición antes de que pasáramos más allá de Suvediye.

Esta ciudad era un lugar pobre y pequeño. A juzgar por las ruinas y restos de una ciudad mucho mayor que la rodeaba, Suvediye se había ido reduciendo gradualmente, perdiendo la grandeza que pudo haber tenido en la época romana, o quizá en época anterior, cuando Alejandro pasó por allí. No era preciso buscar mucho para descubrir

el motivo de su disminución. Nuestro buque, que no era de gran tonelaje, tuvo que echar ancla a bastante distancia de tierra, en la pequeña bahía, y los pasajeros tuvimos que alcanzarla en un esquife, porque el puerto se había ido rellenando con los sedimentos del río Orontes y apenas tenía calado. Ignoro si Suvediye continúa funcionando como puerto de mar, pero era evidente en aquella época que no le quedaban muchos años por delante.

A pesar de la insignificancia de la ciudad y sus pobres perspectivas, los habitantes armenios de Suvediye parecían considerarla tan importante como Venecia o Brujas. Sólo había otro buque anclado en la bahía cuando llegamos nosotros, pero los funcionarios del puerto se comportaron como si sus rutas portuarias estuvieran atiborradas de navíos, y como si cada uno de ellos exigiera la atención más escrupulosa. Un inspector armenio gordo y grasiento subió a bordo con gran animación, cargado de papeles bajo el brazo, mientras los cinco pasajeros estábamos en proceso de desembarque. Insistió en contarnos a todos, a los cinco, y en contar todos nuestros paquetes y fardos, y apuntó los números en un libro. Luego nos dejó partir y empezó a importunar al capitán inglés para que le proporcionara información con que rellenar innumerables manifiestos más sobre la carga, el origen, el destino, etc. No había ningún castillo de cruzados en Suvediye, por lo que los cinco, abriéndonos paso entre las multitudes de mendigos de la ciudad, fuimos directamente al palacio del ostikan, o gobernador, para presentarle las cartas del príncipe Edward. Califico caritativamente la residencia del ostikan de palacio; en realidad era un edificio bastante pobre, pero de respetable extensión y con dos pisos de altura. Cuando numerosos guardas de la entrada, secretarios de recepción y funcionarios de segunda categoría hubieron demostrado su importancia, retrasándonos cada uno de ellos con una demostración oficiosa de formalismo, nos condujeron finalmente a la sala del trono del palacio. La llamo caritativamente sala del trono, pero el ostikan no estaba sentado sobre un trono imponente, sino que yacía repantigado en lo que llaman diván, que consiste simplemente en un montón de cojines. A pesar de la buena temperatura del día, el gobernador se restregaba las manos continuamente sobre un brasero de carbón que tenía delante. En un rincón un joven permanecía sentado en el suelo, y utilizaba un gran cuchillo para cortarse las uñas de los pies. Estas uñas debían de ser extraordinariamente córneas; cada una emitía un potente crac cuando la cortaba, luego hacía fiz y caía en algún otro lugar de la sala con un chasquido audible.

El nombre del ostikan era. Hampig Bagratunian, pero su nombre era lo único maravilloso de su persona. Era pequeño y arrugado, y como todos los armenios su cabeza carecía de occipucio. Esta parte era plana como si la cabeza estuviera diseñada para colgarla de una pared. No tenía en absoluto el aspecto de un gobernador ni de nada parecido, y era tan puntilloso como sus secretarios e igual que ellos chascaba la lengua en cada formalidad. Los cristianos armenios nos recibieron con un disgusto nada disimulado, al revés de los árabes o de los judíos, que obedecen los mandamientos de su religión sobre la hospitalidad debida a un forastero.

Cuando el ostikan hubo leído la carta, dijo en sabir inflando despreocupadamente su rango al nivel de la realeza:

—Claro, como también yo soy un monarca, cualquier otro príncipe se cree con derecho a quitarse molestias de encima y colgarme a mí el muerto.

Nosotros guardamos cortésmente silencio. Una uña del pie hizo crac, fiz, clic. El ostikan Hampig continuó:

—Llegáis aquí en la misma víspera de la boda de mi hijo —dijo señalando al cortador de

uñas —, precisamente cuando tengo incontables asuntos que atender y me llegan invitados de todo el levante intentando evitar que los mamelucos los degollen por el camino y todos los festejos están ya organizados, y…

El ostikan continuó pasando revista a las molestias que sufría y que nosotros habíamos aumentado presentándonos allí, hasta que su hijo expulsó de su pie una última y clamorosa uña, levantó la mirada y dijo:

—Un momento, padre.

El ostikan interrumpió su recital y preguntó:

—¿Sí, Kagig?

Éste se levantó de donde estaba, pero sin erguirse del todo. Empezó a circular por la habitación agachado, como si quisiera ofrecernos un buen panorama de su plana nuca. Recogió algo y me di cuenta de que estaba recuperando los trozos de uña que había recortado. Mientras hacía eso dijo por encima del hombro al ostikan:

—Estos extranjeros han traído consigo a dos clérigos.

—Sí, así es —dijo su padre con impaciencia —. ¿Y qué?

Uno de los fragmentos de uña había aterrizado cerca de mi pie; lo recogí y lo entregué a Kagig. Asintió con la cabeza y al comprobar, al parecer, que tenía todos los trozos se sentó al lado de su padre sobre el diván, y los echó dentro del brasero.

—¡Muy bien! —dijo —. Ningún brujo podrá utilizarlas ahora para echarme conjuros. Parecía que las uñas no estuvieran dispuestas a morir silenciosamente, porque silbaban y detonaban entre los carbones.

—¿Qué pasa con estos clérigos, hijo mío? —preguntó de nuevo Hampig acariciando paternalmente la cabeza sin nuca de su vástago.

—Bueno, el viejo Dimiryian oficiará la misa nupcial —dijo lánguidamente Kagig —.

Pero cualquier vulgar campesino tiene un cura para que le case. Supongamos que yo tuviera tres…

—Humm —dijo su padre dirigiendo una mirada a los hermanos Nicoló y Guglielmo, mirada que ellos le devolvieron altaneramente —. Sí, esto realzaría la pompa del acto. —Luego dijo a mi padre y a mi tío —: Quizá vuestra llegada no sea tan inoportuna. ¿Tienen licencia estos clérigos para administrar el sacramento del matrimonio?

—Sí, excelencia —dijo mi padre —. Son frailes predicadores.

—Podrían ayudar a misa como acólitos sufragáneos del metropolitano Dimiryian. Y

deberían sentirse honrados de participar. Mi hijo se casa con una psi… con una princesa… de los adighei. Lo que vosotros llamáis circasianos.

—Un pueblo famoso por su belleza —dijo tío Mafio —. ¿Pero es cristiano?

—La prometida de mi hijo se ha instruido con el mismo metropolitano Dimiryian, y ha hecho la confirmación y la primera comunión. La princesa Seoseres es ahora cristiana.

—Y una bella cristiana, ciertamente —dijo Kagig, haciendo chascar sus labios color de hígado —. La gente se para en seco cuando la ve, incluso los musulmanes y otros infieles, e inclinando la cabeza dan gracias al Creador por haber creado a la psi Seoseres.

—¿Bien? —preguntó Hampig dirigiéndose a nosotros —. La boda es mañana.

—Estoy convencido de que los frati se sentirán honrados al participar —dijo mi padre —. Basta que su excelencia me lo pida para que yo mande que os sirvan. Los dos frati partieron algo indignados por no haber sido consultados personalmente durante la conversación, pero no formularon ninguna objeción.

—Bien —dijo el ostikan —. Tendremos a tres eclesiásticos en las nupcias, y dos de ellos extranjeros de lejanos países. Sí, esto impresionará a mis invitados y a mis súbditos. O

sea messieurs que con estas condiciones se quedarán…

—Nos quedaremos en Suvediye para asistir a la boda real —dijo tío Mafio pronunciando sin alterarse el adjetivo —. Como es natural, desearemos continuar nuestro viaje

inmediatamente después. Y como es natural su excelencia mientras tanto ayudará a satisfacer nuestras necesidades de monturas y suministros.

—Err… sí… claro —dijo Hampig, preocupado al ver que le imponían condiciones a cambio. Tocó con la mano una campanilla y entró uno de los funcionarios subalternos —. Éste es mi mayordomo de palacio, messieurs. Arpad, muestra a estos caballeros sus aposentos de palacio, luego presenta a los frailes al metropolitano, y finalmente acompaña a los caballeros al mercado y préstales toda la ayuda que necesiten. Luego se dirigió de nuevo a nosotros:

—Muy bien, messieurs. Os doy la bienvenida a Suvediye y os invito formalmente a la boda real y a todos los festejos que seguirán.

Arpad nos condujo a dos habitaciones del piso superior, una para nosotros y otra para los frailes. Cuando hubimos sacado del equipaje las suficientes pertenencias para una breve estancia, bajamos de nuevo las escaleras y entregamos a los hermanos al metropolitano Dimiryian. Era un viejo alto, de cabello totalmente negro que destacaba menos en su cabeza que los elementos de su parte delantera: una gran nariz, una pesada mandíbula y proyectada hacia abajo, cejas arqueadas hacia arriba y largas y carnosas orejas. El metropolitano se fue con los frailes para ensayar el ritual del día siguiente, y mi padre, mi tío y yo nos fuimos con el mayordomo Arpad al mercado de Suvediye.

—Quizá convendría que os acostumbréis a llamarlo bazar —dijo amablemente —. Ésta es la palabra farsi que se utiliza a partir de aquí en todo Oriente. Vais a comprar en un buen momento, porque la boda atrajo a vendedores de todas partes, que ofrecen todo lo imaginable, y podréis elegir a vuestro gusto. Pero os ruego que me dejéis ayudaros cuando regateéis para quedaros con algo. Dios sabe que los mercaderes árabes son estafadores y embusteros, pero los armenios son tan taimados que sólo otro armenio se atreve a tratar con ellos. Los árabes se limitarán a estafaros y a dejaros desnudos. Los armenios querrán arrancaros la piel.

—Lo que más necesitamos son animales de montar —dijo mi tío —, que puedan llevarnos a nosotros y llevar nuestro equipaje.

—Os aconsejo caballos —dijo Arpad —. Más tarde, cuando tengáis que cruzar el desierto, quizá os convenga cambiarlos por camellos. Pero de momento vuestro destino es Bagdad, el viaje no es duro y los caballos os resultarán más rápidos y mucho más fáciles de manejar que los camellos. Mejor serían unas mulas, pero dudo que querráis gastar tanto dinero.

En gran parte de Oriente, y en la civilizada Europa, la mula, por su carácter apacible, obediente e inteligente, es la montura preferida de hombres y damas de alcurnia (me refiero con esto a personas muy ricas), y los muleros piden sin avergonzarse precios exorbitantes por estos animales. Mi padre y mi tío decidieron que no pagarían precios de este calibre, y que unos caballos nos servirían perfectamente. Visitamos, pues, las diversas cuadras cercadas con cuerdas que se habían montado en la parte exterior del bazar, donde podía comprarse todo tipo de animales de montar y de carga: mulas,

asnos, caballos de todas las razas, desde el exquisito caballo árabe hasta el robusto caballo de tiro, y también camellos y sus primos, los esbeltos dromedarios de carrera. Después de examinar muchos caballos mi padre, mi tío y el mayordomo se decidieron por cinco, dos castrados y tres yeguas, de buen aspecto y disposición, no tan pesados como los animales de tiro, pero no tan elegantes, ni mucho menos, como los caballos árabes de fina osamenta.

Comprar cinco caballos supuso regatear cinco veces por separado. En aquel bazar de Suvediye presencié por primera vez un sistema que con el tiempo acabaría aburriéndome, porque tuve que soportarlo en todos los bazares de Oriente. Me refiero al curioso procedimiento que utilizan los orientales para llevar a cabo una compra. Aunque

el mayordomo Arpad en aquella ocasión se encargó amablemente de ello, el proceso fue largo y aburrido.

Arpad y el comerciante de caballos extendieron sus manos el uno hacia el otro pero dejando que sus largas mangas cubrieran las manos en contacto y las ocultaran a los demás: en todos los bazares hay siempre incontables mirones sin más ocupación que contemplar lo que hacen los demás. Luego Arpad y el comerciante movieron rápidamente sus dedos ocultos dando golpecitos a la mano del otro: el comerciante señalaba el precio que deseaba y Arpad el precio que estaba dispuesto a pagar. Yo aprendí las señales y las recuerdo bien, pero no voy a exponerlas ahora con todos sus complicados detalles. Baste decir que primero se dan golpes para indicar unidades sueltas o docenas o centenas, y los golpes repetidos, por ejemplo tres, indican la cifra tres o treinta o trescientos. Y así sucesivamente. El sistema permite incluso indicar fracciones, y hasta valores diferentes, cuando el comprador y el comerciante han de tratar en monedas distintas, por ejemplo dinares y ducados. A medida que intercambiaban golpecitos, el comerciante de caballos fue reduciendo gradualmente sus demandas y el mayordomo fue aumentando sus ofertas. De este modo se abrieron camino a través de todos los precios razonables y de todas las extorsiones disparatadas que puedan concebirse. En Oriente incluso hay nombres para los diversos tipos de precios: el gran precio, el pequeño precio, el precio de ciudad, el precio bello, el precio fijo, el buen precio, e infinidad de denominaciones más. Cuando hubieron cerrado un trato mutuamente aceptable para el primer caballo tuvieron que repetir el proceso para cada uno de los cuatro, y en cada caso el mayordomo tuvo que consultar de vez en cuando con nosotros, para no excederse de su autoridad o de nuestra bolsa. Cualquiera de estas sesiones se hubiese podido llevar a cabo fácilmente hablando, pero nunca se procede así, porque el secreto que envuelve el sistema de la mano y la manga beneficia tanto al comprador como al vendedor: en efecto, nadie más se entera del precio pedido originalmente ni del acordado al final. De este modo a veces un comprador puede obligar a un comerciante a reducir su precio a una cifra que le avergonzaría decir en voz alta, pero al final puede decidirse a vender a este precio, sabiendo que el siguiente comprador no estará enterado y no podrá aprovecharse de ello. O bien un comprador muy

interesado en adquirir un artículo y que no desea regatear mucho por su precio puede pagarlo sabiendo que los espectadores no se burlarán de él tomándolo por un tonto derrochador.

Nuestras cinco transacciones acabaron cuando casi se ponía el sol, y no nos quedó

tiempo aquel día para comprar sillas de montar, ni ninguno de los objetos de nuestras listas. Tuvimos que volver al palacio, visitar su hammam y limpiarnos a fondo para ponernos luego nuestros mejores trajes y acudir a la cena. Arpad había dicho que la cena sería un banquete, la tradicional fiesta, exclusivamente masculina, de la víspera de una boda. Mientras nos restregaban y nos aporreaban en el hammam mi padre dijo preocupado a mi tío:

—Mafio, tenemos que llevar algún regalo para el ostikan o su hijo o la novia de éste, suponiendo que no debamos llevar un regalo para cada uno de ellos. No se me ocurre qué regalo podríamos hacer. Peor aún, no se me ocurre nada que podamos pagar. La compra de las monturas ha disminuido mucho nuestro presupuesto y todavía tenemos que comprar muchas cosas más.

—No te preocupes. Ya he pensado en ello —dijo mi tío con su habitual confianza —. He visitado la cocina donde preparan el banquete. Los cocineros para dar color y condimentar la comida utilizan una planta que yo he probado. ¿Puedes imaginar qué es?

Es cártamo común, azafrán bastardo. No tienen ni pizca de azafrán auténtico. O sea que entregaremos al ostikan una tableta de nuestro buen azafrán dorado y le encantará más

que los pendientes dorados que todo el mundo debe de estar regalándole. A pesar de su decrepitud, el palacio tenía un comedor bastante grande, y aquella noche necesitaba serlo, porque los varones invitados por el ostikan constituían por sí solos una multitud tremenda. La mayoría eran armenios y árabes, contándose entre los primeros la familia «real» Bagratunian y sus parientes, próximos o lejanos; más los funcionarios del palacio y del gobierno; más lo que supuse era la nobleza de Suvediye, más una legión de visitantes procedentes de otros lugares de la Armenia Menor y del resto de levante. Al parecer todos los árabes pertenecían a la tribu avedí, que debía de ser muy importante, pues todos afirmaban que eran jeques de mayor o menor rango. Mi padre, mi tío, los dos dominicos y yo mismo no éramos los únicos extranjeros, porque toda la familia circasiana de la novia había llegado para esta fiesta desde las montañas del Cáucaso, en el norte. Debo decir que eran gente extraordinariamente bella como es fama de todos los circasianos, y que eran con mucho los hombres más guapos de la reunión aquella noche.

El banquete en sí estuvo formado por dos comidas separadas, servidas simultáneamente, comprendiendo cada una innumerables platos. Los que nos sirvieron a nosotros y a los cristianos armenios eran los más variados, porque no

estaban limitados por las supersticiones de los infieles. Los platos que llevaban a los musulmanes tenían que excluir toda la variedad de alimentos que su Corán les prohíbe comer: cerdo, como es sabido, y marisco, y la carne de cualquier animal que viva en un agujero, tanto si es un agujero en el suelo, en un árbol o en el fango bajo el agua. No me fijé mucho en la comida que sirvieron a los invitados árabes, pero recuerdo que el plato principal de los cristianos fue una cría de camello rellena con un cordero, relleno a su vez con una oca rellena a su vez con cerdo picado, pistachios, uvas pasas, piñones y especias. También había berenjenas, calabacines y hojas de vid todo ello relleno. Para beber había sorbetes hechos de nieve todavía congelada, traída desde Dios sabe dónde, y por Dios sabe qué rápido sistema y a Dios sabe qué precio. Los sorbetes eran de diferentes sabores, limón, rosa, membrillo, melocotón, y todos estaban perfumados con nardo e incienso. En cuanto a los dulces, había pastas con mantequilla y miel, tan crujientes como un panal, y una pasta llamada halwah, confeccionada con almendras molidas, y tartas de lima, y pastelillos hechos increíblemente con pétalos de rosas y flores de azahar, y una conserva de dátiles rellena con almendras y clavo. Hubo también el qahwah maravilloso y único, y vinos de muchos colores diferentes, y otros licores embriagadores.

Los cristianos se emborracharon rápidamente con estas bebidas, y los árabes y los circasianos no les fueron muy a la zaga. Es bien sabido que el Corán prohíbe a los musulmanes beber vino, pero no es tan conocido el hecho de que muchos musulmanes observan este mandamiento precisamente al pie de la letra. Me explicaré. En la época en que el profeta Muhammad escribió el Corán el vino debía de ser la única bebida embriagadora, y no se le ocurrió prohibir todas las sustancias embriagadoras que pudiesen descubrirse o inventarse con posterioridad. De este modo muchos musulmanes, incluso los de más estricta observancia religiosa en otros aspectos, se sienten libres, especialmente en una ocasión festiva, para beber cualquier líquido embriagador no hecho de uvas, como el vino, y también para masticar la hierba llamada según los lugares hachís, banj, bhang y ghanja, que puede extraviar a una persona con tanta fuerza como cualquier vino.

En el banquete de aquella noche sirvieron bebidas vivaces en las que el profeta no había ni soñado, como un líquido brillante de color de orines llamado abiyau, que se elabora a partir de cereales, y el araq, que se extrae de los dátiles, y algo llamado medhu, que es una esencia de miel, y también tacos gomosos de hachís para masticar, o

sea que los árabes y los circasianos, si se exceptúan algunos santos ancianos de entre ellos, se pusieron todos tan parlanchines, alegres, polémicos y lacrimosos como los cristianos. Bueno, no todos los cristianos, porque si bien mi tío estaba bastante legañoso y propenso al canto, mi padre, los frailes y yo nos abstuvimos. Había una banda de músicos, o de acróbatas, y era difícil decidirse por el nombre, porque mientras tocaban efectuaban las más extraordinarias cabriolas, trucos y contorsiones. Sus instrumentos eran gaitas, tambores y laúdes de cuello largo, y yo habría calificado su música de terrible griterío si no me hubiera admirado, supongo, que

pudieran tocar y al mismo tiempo dar volteretas o caminar sobre las manos y saltar sobre los hombros de sus compañeros.

Los invitados estaban arrodillados o en cuclillas o medio reclinados sobre cojines de diván alrededor de los manteles que cubrían toda la superficie del suelo, excepto en los estrechos pasillos por donde los camareros y los sirvientes transitaban medio agachados. Los invitados se levantaban individualmente o en grupo e iban en fila a presentar al ostikan y a su hijo, que estaban sentados sobre una tarima algo más alta que el resto de la gente, los regalos que habían llevado para aquella ocasión. Se arrodillaban, hacían reverencia con la cabeza y levantaban en sus manos aguamaniles, fuentes y platos de oro y plata, broches con joyas, tiaras y medallones de tul, telas de seda enhebrada en oro, y muchos otros objetos valiosos.

Aquella noche descubrí que en las tierras de Oriente quien recibe un regalo ha de dar a cambio no sólo las gracias sino un regalo por lo menos tan rico como el que le dan. Una y otra vez a lo largo de mis viajes tendría ocasión de contemplar este intercambio, y de ver a muchos donantes alejarse con algo de un valor incalculablemente superior al del regalo que hizo. Pero aquella noche la costumbre más que impresionarme me divirtió. Porque el ostikan Hampig tenía un alma de contable y cumplía con la costumbre limitándose a entregar a cada nuevo donante algún objeto del montón de piezas valiosas que había recibido de anteriores donantes. El resultado no era más que un rápido trasiego de regalos, y al final el conjunto de los invitados volvería a casa con los mismos objetos que había llevado, pero cada cual con el de otro. Hampig sólo rompió una vez con esta rutina. Fue cuando nos llegó el turno de levantarnos y avanzar hacia la tarima. Como mi tío había predicho, el ostikan se emocionó tanto al recibir la tableta de azafrán que ordenó a su hijo Kagig que se levantara y corriera a buscar algo extraordinario para recompensarnos. Kagig volvió con tres objetos que de entrada parecían bastante normales, como lo parece un bloque de azafrán. Parecían tres simples bolsitas de cuero. Pero cuando Hampig las entregó

reverentemente a mi padre vimos que eran bolsas de ciervo almizclero llenas de los preciosos granos de almizcle que se obtienen de este ciervo. Los tres escrotos de ciervo iban provistos de largas cuerdas de cuero crudo, por un motivo que Hampig explicó:

—Si conocéis el valor de estas bolsas, messieurs, os las colgaréis y ataréis detrás de vuestros propios testículos y las llevaréis allí escondidas y seguras durante vuestro viaje. Mi padre dio gracias muy sinceras por el regalo, y mi tío hizo un exagerado y ebrio discurso de gratitud que podría haber continuado indefinidamente si no lo hubiese interrumpido un ataque de tos. No me di cuenta de lo realmente precioso que era aquel regalo y de lo extraordinario que resultaba el hecho en un espíritu contable como el de Hampig, hasta que mi padre me dijo después que el valor de las tres bolsas llenas de almizcle equivalía fácilmente a lo que habíamos gastado aquella noche en el bazar. Cuando hicimos nuestra última reverencia al ostikan y volvimos de

la tarima, su hijo nos siguió tambaleándose hasta nuestro mantel. Como es natural nuestro mantel estaba bastante lejos de la tarima de honor, entre algunos invitados de aspecto bárbaro e inferior categoría, quizá algunos parientes pobres del campo. Kagig, que por entonces

estaba tan borracho como cualquiera de los asistentes, nos dijo que quería sentarse un rato con nosotros porque su futura se nos parecía más que a cualquier otro invitado de su pueblo. Seoseres era circasiana, y por lo tanto de piel clara, según nos dijo, con cabello castaño y rasgos de incomparable belleza. Se extendió prolijamente sobre su belleza:

—¡Más hermosa que la luna!

Y sobre su suavidad:

—¡Más suave que el viento de poniente!

Y sobre su dulzura:

—¡Más dulce que la fragancia de las rosas!

Y sobre sus demás virtudes:

—Tiene catorce años, una edad quizá algo excesiva para el matrimonio, pero es tan virgen como una perla sin perforar y sin ensartar. Tiene educación y puede hablar con conocimiento sobre toda una serie de temas que incluso yo desconozco totalmente. Filosofía y lógica, los cánones del gran doctor Avicena, los poemas de Maynun y de Laila, las matemáticas llamadas geometría y al-yebr…

Creo que nosotros, los oyentes, dudábamos legítimamente de que la psi Seoseres pudiera ser tan sublime. Porque de lo contrario ¿cómo aceptaría casarse con un basto armenio de labios de hígado, desprovisto de nuca y tan preocupado por evitar que las uñas de sus pies cayeran en manos de los brujos? Creo que nuestras dudas debieron de traslucirse en nuestros rostros, y que Kagig se dio cuenta de ello, porque al final se levantó, abandonó tambaleándose el comedor y subió a gatas las escaleras para sacar a la princesa de la habitación donde estaba secuestrada. Apareció luego arrastrándola hacia abajo y tirando de una de sus muñecas, mientras ella intentaba desesperadamente resistir, aunque al mismo tiempo trataba de ocultar cualquier demostración de rebeldía impropia de una esposa. Él la llevó hasta el comedor, la puso delante de todos y le quitó

el chador que cubría su rostro.

De no estar todos los invitados ocupados con los platos que tenían delante y de no estar la mayoría borrachos perdidos, probablemente alguien habría impedido que Kagig cometiera aquel acto de grosería. Desde luego la entrada forzada de la chica

provocó

considerables murmullos en el comedor, siendo los más vehementes e irritados los de los parientes de ella. Algunos santos musulmanes se cubrieron el rostro, y varios ancianos cristianos miraron a otro lado. Pero el resto, aunque deploráramos el mal comportamiento de Kagig y la consiguiente conmoción, pudimos disfrutar del resultado. Porque la psi Seoseres era realmente una excelente representante de un pueblo famoso por su belleza.

Su cabello era largo y ondulado, su figura de increíble hermosura, su rostro tan maravilloso que los ligeros adornos de al-kohl alrededor de los ojos y de zumo de cerezas rojas sobre los labios eran totalmente innecesarios. La blanca piel de la chica enrojeció de vergüenza, y sólo durante un instante nos dejó ver sus ojos castaños como el qahwah, porque después bajó la vista y la mantuvo fija en el suelo. Pero aun así

podíamos contemplar su frente sin tacha, sus largas pestañas, su perfecta nariz, su encantadora boca y su delicada barbilla. Kagig la obligó a permanecer allí por lo menos un minuto entero, mientras él hacía inclinaciones y gestos de presentación dignos de un payaso. Luego, cuando soltó su muñeca, ella salió corriendo de la sala y desapareció de nuestra vista.

Los armenios, según se dice, habían sido en otras épocas gente buena y valiente que llevó a cabo intrépidas hazañas guerreras. Pero en nuestra época han quedado reducidos a pobres simulacros de personas que no sirven para nada, sólo para beber y estafar en los bazares. Esto había oído yo contar, y esto demostró el hijo del ostikan. Con ello no

me refiero a la presentación de su futura esposa a los hombres del banquete, sino a lo que sucedió después.

Cuando Seoseres se hubo ido, Kagig se derrumbó de nuevo sobre nuestro mantel entre mi padre y yo, dirigió a todos una torcida sonrisa de satisfacción y preguntó a quienes pudiesen oírle:

—¿Qué os ha parecido, eh?

Los parientes de la chica que estaban cerca respondieron únicamente con miradas asesinas; los demás hombres sentados cerca de nosotros se limitaron a murmurar frases respetuosas de alabanza. Kagig se pavoneó como si le estuvieran dirigiendo los cumplidos a él, y se dedicó a emborracharse todavía más y a mostrarse aún más vil. Sus continuos elogios de la princesa empezaron a referirse menos a la belleza de su rostro que al atractivo de algunas partes de su cuerpo, y sus afectadas sonrisas se convirtieron en impúdicas risitas, y sus labios color de hígado babearon. Al cabo de poco rato estaba tan empapado de vino y de lujuria que se puso a murmurar:

—¿Por qué esperar? ¿Por qué debo esperar yo a que el viejo Dimiryian grazne cuatro palabras sobre los dos? Yo soy ya su marido, y sólo me falta el título. ¿Qué diferencia hay entre esta noche y mañana por la noche…?

De repente se desembarazó de los cojines, salió tambaleándose del comedor y empezó

a subir ruidosamente las escaleras. Como ya he dicho el palacio no era de construcción muy sólida. O sea que cualquier invitado que se preocupara de afinar el oído, como yo hice, pudo oír lo que sucedió a continuación. Sin embargo, ningún asistente más, ni siquiera el ostikan o los circasianos que podían estar más interesados, se dio cuenta al parecer de la salida repentina de Kagig ni de los sonidos que siguieron. Yo sí me di cuenta, y lo propio les sucedió a mi sobrio padre y a nuestros dos frailes. Escuchando atentamente pude oír golpes distantes y gritos y órdenes indistintas y débiles protestas y luego unos golpes más, que se transformaron en una pulsación regular e insistente de golpes. Mi padre y los frailes se levantaron del mantel, lo mismo hice yo y todos ayudamos a levantarse a tío Mafio. Los cinco hicimos nuestros saludos al anfitrión Hampig, quien estaba ya borracho y le importaba un comino que nos quedáramos o nos fuéramos, y marchamos a nuestros aposentos.

A la mañana siguiente los Polo fuimos de nuevo al bazar, acompañados otra vez por el mayordomo Arpad. Fue un acto heroico por parte suya acompañarnos y ayudarnos, porque era evidente que todavía sufría los efectos de la anterior noche de borrachera. Pero a pesar de su dolor de cabeza actuó con eficacia como nuestro regateador de mano en manga durante otra aburrida serie de interminables transacciones. Compramos sillas de montar, y albardas, bridas y mantas, y lo mandamos todo junto con nuestros caballos a los establos del palacio, a punto para partir. Compramos odres de cuero para el agua, y muchos sacos de frutos secos y de uvas pasas, y grandes quesos de cabra recubiertos con una gruesa capa de cera para su conservación. Arpad nos recomendó que compráramos una cosa llamada kamál. Era un rectángulo de tiras de madera del tamaño de la palma de la mano, como el marquito vacío de un cuadro, del cual pendía un largo cordel.

—Cualquier viajero —dijo Arpad —puede determinar a partir del sol o de las estrellas las direcciones del norte, del este, del oeste y del sur. Vosotros vais hacia Oriente y podréis calcular el trecho recorrido cada día sabiendo vuestro ritmo de marcha. Pero a veces os costará apreciar la desviación hacia el norte o hacia el sur sufrida por vuestra marcha en relación al este, y el kamál os permitirá conocerla.

Mi padre y mi tío lanzaron exclamaciones de sorpresa e interés. Arpad se tapó

delicadamente los oídos con ambas manos, porque sin duda los ruidos le afectaban.

—Los árabes son infieles —dijo —y no se merecen respeto ni admiración, pero inventaron

este útil instrumento. Vos lo utilizaréis, joven monsieur Marco, y os voy a mostrar cómo. Esta noche, cuando salgan las estrellas, poneos de cara al norte y sujetad el kamál con el brazo estirado. Acercadlo y alejadlo de vuestro rostro hasta que el borde inferior del marco descanse sobre el horizonte septentrional y la Estrella del Norte coincida con la punta superior del marco. Luego haced un nudo en la cuerda de modo que aguantando el nudo entre los dientes la longitud de la cuerda sea tal que el rectángulo quede siempre a la misma distancia de vuestro ojo.

—Muy bien, mayordomo Arpad —dije obediente —. ¿Qué más?

—Cuando os dirijáis hacia Oriente desde aquí encontraréis tierras casi planas y el horizonte quedará siempre más o menos a nivel. Cada noche situad el kamál a la distancia que permita el nudo de la cuerda de modo que la barra inferior del rectángulo coincida con el horizonte septentrional. Si la Estrella del Norte continúa sobre la barra superior estaréis al este exacto de Suvediye. Si la estrella ha subido perceptiblemente por encima de la barra de madera, os habréis desviado hacia el norte del este. Si la estrella queda por debajo de la barra habréis derivado hacia el sur.

—Cazza beta! —exclamó admirado mi tío.

—El kamál puede hacer más cosas —explicó el mayordomo —. Poned una chapita con el nombre de Suvediye en el primer nudo que hagáis, joven Marco. Luego cuando lleguéis a Bagdad volved a situar el rectángulo acercándolo o alejándolo del rostro de modo que quede ajustado entre el horizonte septentrional y la Estrella del Norte, haced otro nudo en la cuerda a esta distancia y mareadlo con el nombre de Bagdad. Si continuáis de este modo haciendo y marcando un nuevo nudo de horizonte para cada destino que alcancéis, sabréis siempre, a medida que vayáis hacía Oriente, si estáis al norte o al sur de vuestra última etapa, o de cualquiera de las etapas anteriores. Consideramos el kamál como un elemento muy útil para nuestro equipo de viaje y pagamos satisfechos su precio, después de que Arpad y el mercader hubieran regateado largamente y fijado la suma en unos cuantos y ridículos sahis de cobre. Luego compramos muchas cosas más que creímos necesarias para el camino, y también unas cuantas comodidades y pequeños lujos de los cuales podíamos haber prescindido. Hasta la tarde de aquel día no volvimos a ver a ninguno de los demás participantes en el banquete de la noche anterior. Nos los encontramos de nuevo cuando nos reunimos todos en la iglesia de San Gregorio de Suvediye para oír la misa nupcial. A juzgar por los ojerosos rostros de los congregados y por algún gemido ocasional medio reprimido, la mayoría de los hombres estaban sufriendo todavía, como Arpad, los efectos de sus excesos en aquel banquete. Quien tenía peor aspecto era el novio. Podía habérmelo imaginado satisfecho o presumido o culpable, pero sólo parecía más torpe que de costumbre. La novia iba tan tapada con sus velos que no pude ver su expresión, pero su guapa madre y las demás parientas mostraban ojos de enorme irritación que brillaban a través de las rendijas de sus velos chador.

La boda procedió sin incidentes, y nuestros dos frati, casi irreconocibles en las

llamativas vestimentas de la Iglesia armenia, ayudaron al metropolitano a celebrar el servicio. Luego los casados y toda la congregación salieron en tropel de la iglesia para celebrar otro banquete en el palacio. Como es natural, en esta ocasión se permitió que asistieran las invitadas, todas excepto las musulmanas. Hubo de nuevo espectáculo de acróbatas con música, y actuación de conjuradores, cantantes y bailarines. Mientras la tarde era todavía joven, los recién casados, él con aire apenado y ella más triste incluso de lo que cabría esperar en una novia de aquel patán, unieron sus manos bajo la dirección del metropolitano, y cuando éste hubo dicho en armenio una plegaria a su intención los dos subieron pesadamente las escaleras hacia su cámara nupcial, acompañados por algunas expresiones bastas y por aplausos medio sinceros de los

invitados.

En esta ocasión el ruido en la sala era intenso, causado principalmente por los músicos y bailarines, y ni mi oído inquisitivo pudo captar sonido alguno identificable que denotara la consumación del matrimonio. Pero al cabo de un rato se oyeron unos cuantos golpes sordos y fuertes y algo que se parecía sospechosamente a un grito distante, audible incluso por encima de la música. Y de repente apareció de nuevo Kagig, con las ropas en desorden como si se las hubiese quitado y se las hubiese echado otra vez encima de cualquier manera. Bajó por la escalera golpeando el suelo con pasos irritados y entró en el comedor. Se fue directo a la jarra de vino más próxima y desdeñando un vaso la vació hasta la vertical.

Yo no era el único que observó su entrada. Pero creo que los demás invitados, asombrados al ver que el marido abandonaba a su novia en la noche de bodas, al principio fingieron no enterarse. Sin embargo él empezó a maldecir y a blasfemar en voz alta, o al menos este tono tenían para mí las palabras armenias que pronunciaba, y ya nadie pudo ignorar su presencia. Los circasianos empezaron a rezongar de nuevo, y el ostikan Hampig gritó ansiosamente algo parecido a:

—¿Qué demonios te pasa, Kagig?

—¡Pues que muy mal! —exclamó el joven, o así me lo contaron luego, porque él estaba demasiado turbado para hablar otro idioma que no fuera el armenio —. Mi nueva esposa ha resultado una puta, y esto es lo que va mal.

Varias personas lanzaron protestas y refutaciones, y los circasianos exclamaron algo que significaba probablemente:

—¡Embustero!

Y:

—¡Cómo te atreves!

—¿Creéis que no sé distinguir? —replicó con rabia Kagig, según me dijeron luego —. Estuvo llorando durante toda la ceremonia, detrás de su velo, porque sabía lo que yo pronto iba a descubrir. Lloraba cuando fuimos juntos a nuestra habitación, porque se acercaba el instante de la revelación. Lloraba cuando los dos nos desnudamos, porque estaba a punto de hacerse patente su perfidia. Lloró más fuerte todavía cuando la abracé. Y en el momento crucial, ¡no lanzó el grito que debía haber lanzado! O sea que investigué y no pude encontrar su virginidad, ni vi mancha alguna de sangre en la cama, ni…

Uno de los parientes le interrumpió, gritando:

—Oh, perro mestizo de armenio, ¿no recuerdas nada?

—Recuerdo que me prometieron una virgen. Por mucho que tú grites o por mucho que ella llore esto no cambiará el hecho de que otro hombre la poseyó antes que yo.

—¡Maldito difamador! ¡Miseria de hombre! —gritaron los circasianos sacando espuma de la boca —. Nuestra hermana Seoseres no estuvo nunca con un hombre. Intentaban todos lanzarse contra Kagig, pero otros invitados los retenían.

—En tal caso hizo el amor con un falocripto —gritó Kagig furiosamente —. Con una estaca de tienda o con un pepino o con una de estas esculturas haramlik. Pero lo único que podrá amarla otra vez será un objeto de éstos.

—¡Oh, putrefacción! ¡Oh, escupitajo! —bramaron los circasianos, debatiéndose contra quienes los retenían —. ¿Has hecho daño a nuestra hermana?

—¡Debería haberlo hecho! —gruñó Kagig —. Debería haber cortado su falsa lengua y habérsela metido entre las piernas. Tendría que haber puesto aceite a hervir y haberlo vertido en su profanado agujero. Tendría que haberla clavado viva en el portal del palacio.

Ante esto, varios de sus propios parientes le agarraron, le sacudieron sin miramientos y

le preguntaron.

—¡Deja esto! ¿Qué le hiciste?

Se deshizo con esfuerzo de ellos, puso más o menos su ropa en su lugar con un gesto petulante, y contestó:

—Sólo hice lo que un marido cornudo tiene derecho a hacer y voy a pedir la anulación de este matrimonio frustrado.

No sólo los circasianos, sino también los árabes y los armenios, le dirigieron a gritos

todo tipo de insultos y de injurias. Hubo tanta conmoción, se tiraron tanto de los cabellos y de las barbas y se rasgaron tanto las vestiduras que pasaron varios minutos antes de que alguien pudiera sosegarse lo bastante para contar de modo coherente al detestable marido lo que había hecho en plena borrachera y luego había olvidado. Fue su padre, el ostikan Hampig, quien se lo contó entre lágrimas:

—Oh, desgraciado Kagig, fuiste tú quien desfloró a la muchacha. Fue anoche, en la víspera de tu boda. Pensaste que sería ingenioso y divertido anticiparte a tus derechos maritales. Fuiste escaleras arriba y la forzaste sobre la cama y luego te pavoneaste de ello en esta misma habitación. Me costó terriblemente convencer a su gente para que no te matara y anticipara su viudez. La princesa es libre de toda culpa. Fuiste tú. ¡Tú

mismo!

Los gritos en la sala redoblaron en intensidad:

—¡Cerdo!

—¡Carroña!

—¡ Putrefacción!

Kagig empalideció, contrajo sus gruesos labios y por vez primera que yo sepa actuó

como un hombre. Mostró auténtica pena, pidió castigo para sí, como si lo deseara en realidad, gritando:

—Que todos los carbones del infierno se amontonen ardientes sobre mi cabeza. De veras que yo amaba a la bella Seoseres, y sin embargo ahora le he cortado la nariz y los labios.

6

Mi padre me tiró de la manga y él, mi tío y yo nos apartamos discretamente de la frenética multitud y salimos del comedor.

—Esto no es pan para mis dientes —dijo mi padre frunciendo el ceño —. El ostikan está en apuros, y cualquier soberano en apuros puede multiplicar por tres los apuros de quienes le rodean.

—Está claro que no nos puede echar la culpa de nada —dije.

—Cuando la cabeza duele, todo el cuerpo puede sentir el dolor. Creo que lo mejor será

que carguemos los caballos y partamos al alba. Vamonos a nuestras habitaciones y empecemos a hacer los equipajes.

Allí se nos reunieron los dos dominicos que expresaron con vehemencia la náusea y el asco que les daba lo que Kagig había hecho, como si sólo ellos tuviesen sensibilidades capaces de ofenderse.

—Ja, ja —dijo tío Mafio sin bromear —. Éstos son cristianos como nosotros. Todavía no hemos llegado a los auténticos bárbaros.

—Esto es lo que más nos preocupa —dijo el hermano Guglielmo —. Tenemos entendido que estas horrendas crueldades son de práctica común en la lejana Tartaria. Mi padre observó sin inmutarse que, según le habían contado, también en Occidente se cometían atrocidades.

—A pesar de todo —dijo el hermano Nicoló —, creo que no podremos ejercer

competentemente nuestro ministerio entre monstruos de la calaña de estas gentes hacia las cuales pretendéis llevarnos. Deseamos que se nos excuse de nuestra misión predicadora.

—¿Esto queréis? —Mi tío tosió, carraspeó y escupió —. ¿Pretendéis desertar antes de emprender la marcha? Pues aunque os pese, nosotros nos hemos comprometido y vosotros igual que nosotros.

El hermano Guglielmo dijo glacialmente:

—Quizá el hermano Nico no se ha expresado con la suficiente claridad. No os estamos pidiendo permiso, miceres, os estamos comunicando nuestra decisión. La conversión de estos salvajes exigirá más… más autoridad de la que poseemos. Y las Escrituras dicen:

«Aparta tu pie del mal. Quien toque la pez se manchará con ella.» Renunciamos a acompañaros.

—¿No imaginasteis, supongo, que esta misión sería fácil y agradable? —dijo mi padre —. Como dice un viejo proverbio: nadie sube al cielo sobre un almohadón.

—¿Un almohadón? Fichévelo! —bramó mi tío sugiriendo un uso especial para un almohadón —. ¡Hemos pagado dinero contante y sonante para comprarles caballos a estos dos manfroditi!

—No es probable que se nos convenza aplicándonos sucias denominaciones —dijo el hermano Nicoló altaneramente —. Como recomendaba el apóstol Pablo, evitamos charlas profanas y vanas. La nave que os trajo aquí se prepara para zarpar hacia Chipre, y cuando lo haga nosotros estaremos a bordo.

Mi tío habría estallado de nuevo, utilizando probablemente palabras que los sacerdoti raramente tienen ocasión de oír, pero mi padre le hizo callar con un gesto, diciendo:

—Deseamos emisarios de la Iglesia para demostrar al kan Kubilai el valor y la superioridad del cristianismo sobre las demás religiones. Estas ovejas con vestiduras sacerdotales no creo que sean los mejores ejemplos que podamos enseñarle. Id a vuestra nave, hermanos, y que Dios os acompañe.

—Idos rápidamente, Dios y vosotros —gritó mi tío. Cuando hubieron reunido sus pertenencias y abandonado los aposentos, gruñó —: Estos dos aprovecharon únicamente la excusa de nuestra empresa para huir de las malas mujeres de Acre. Ahora se aprovechan de este feo incidente como una excusa para huir de nosotros. Se nos pidió

que lleváramos doscientos sacerdotes y nos dieron dos flojas y viejas zitelle. Ahora ya no tenemos ni eso.

—Bueno, es menos doloroso perder a dos que a cien —dijo mi padre —. El proverbio dice que es mejor caerse de una ventana que del tejado.

—No me importa perder a estos dos —dijo tío Mafio —. ¿Y ahora qué? ¿Continuamos nosotros? ¿Sin llevarle al kan ningún clérigo?

—Le prometimos que regresaríamos —dijo mi padre —. Y ya hemos estado fuera mucho tiempo. Si no regresamos el kan perderá su fe en la palabra de cualquier occidental. Puede cerrar sus puertas a todos los mercaderes viajeros, incluyéndonos a nosotros, y nosotros somos mercaderes por encima de todo. No tenemos sacerdotes que llevarle, pero disponemos de suficiente capital, nuestro azafrán y el almizcle de Hampig, que podemos multiplicar allí y transformar en una estimable fortuna. Yo digo que sí, que continuemos. Aplicaremos a Kubilai que nuestra Iglesia sufre los desórdenes del interregno papal. Lo cual es bastante cierto.

—Estoy de acuerdo —asintió tío Mafio —. Continuemos. Pero ¿qué hacemos con este vástago?

Los dos se me quedaron mirando.

—No podemos devolverlo todavía a Venecia —dijo mi padre pensativo —. Y el buque inglés vuelve a Inglaterra, pero podría tomar en Chipre algún navío que zarpara para

Constantinopla…

Yo dije rápidamente:

—Ni siquiera a Chipre voy a ir con estos dos cobardes dominicos. Podría caer en la tentación de hacerles algo, y esto sería un sacrilegio que pondría en peligro mis esperanzas de salvación.

Tío Mafio se echó a reír y dijo:

—Pero si le dejamos aquí y estos circasianos desencadenan una venganza de sangre contra los armenios, Marco puede llegar al cielo antes de lo previsto. Mi padre suspiró y me dijo:

—Nos acompañarás hasta Bagdad. Allí buscaremos alguna caravana de mercaderes que se dirija a Occidente pasando por Constantinopla. Irás a visitar a tu tío Marco. Puedes quedarte con él hasta que regresemos, o si te enteras de que un nuevo dogo ha sucedido a Tiépolo, puedes tomar un buque para Venecia.

Creo que nosotros fuimos las únicas personas en todo el palacio de Hampig que intentaron dormir aquella noche. Y dormimos poco, porque todo el edificio temblaba sacudido por fuertes pasos y gritos encolerizados. Los invitados circasianos se habían vestido con todas las ropas de color azul celeste que suelen ponerse en señal de duelo, pero era evidente que rondaban el edificio sin preocuparse por el luto, amenazando con vengar la mutilación de su Seoseres, y los armenios intentaban aplacarlos con idéntica vehemencia, o por lo menos intentaban gritar tanto como ellos. El tumulto estaba en pleno auge cuando salimos montados del patio de las caballerizas de palacio dirigiéndonos hacia la luz del alba que apuntaba por Oriente. Ignoro cómo acabaron los personajes que dejamos detrás nuestro: si los dos cobardes frailes consiguieron llegar sanos y salvos a Chipre, o si los malditos Bagratunian sufrieron alguna venganza a manos de los parientes de la princesa. Desde aquel día no he vuelto a tener noticias de ellos. Y aquel día he de confesar que no me preocupaban ellos, sino el mantenerme derecho sobre mi silla.

Los únicos transportes que yo había utilizado en mi vida eran de navegación. O sea que mi padre embridó y ensilló la yegua para mí, y me pidió que mirara cómo lo hacía porque en adelante tendría que hacerlo yo mismo. Yo repetí su demostración. Puse el pie izquierdo en el estribo, boté brevemente sobre el pie derecho, subí entusiasmado a lo alto, pasé la pierna derecha por encima, aterricé de golpe y a horcajadas sobre el duro asiento y lancé un aullido de dolor. Cada uno de nosotros, siguiendo las instrucciones del ostikan, llevaba una de las bolsas de cuero con almizcle atada debajo mismo de la horcajadura, y esto fue lo que sentí debajo mío cuando caí de golpe, y durante unos breves minutos de agonía y contorsiones pensé que quizá aquel escroto seco me había costado mis propios testículos.

Mi padre y mi tío se dieron la vuelta de repente, con los hombros estremeciéndose, para cuidar de sus propias monturas. Gradualmente me fui recuperando y ajusté la bolsa de almizcle para que no pusiera de nuevo en peligro mis partes vitales. Me di cuenta de que por primera vez estaba sentado en lo alto de un animal y pensé que hubiese preferido comenzar con otro no tan alto, quizá un asno, porque tenía la sensación de estar colgado a gran altura y de modo inseguro, muy lejos del suelo. Pero permanecí en la silla mientras mi padre y mi tío montaban en las suyas, y cada uno de ellos cogió las riendas de uno de los caballos sobrantes, sobre los cuales

habíamos cargado todos nuestros equipajes y pertrechos de viaje. Salimos del patio y nos dirigimos al río cuando empezaba a despuntar el alba.

Al llegar a la orilla nos dirigimos río arriba hacia la brecha abierta entre las colinas por donde el río irrumpía hacia el mar desde tierra adentro. Muy pronto la conmocionada ciudad de Suvediye quedó a nuestras espaldas, luego le sucedió lo mismo a las ruinas de

las anteriores Suvediyes, y al final entramos en el valle del Orontes. Era una maravillosa y tibia mañana, y el valle presentaba una vegetación exuberante: verdes huertos de frutales que separaban extensos campos con cebada plantada en primavera, que ya estaba dorada y madura para la cosecha. A pesar de lo temprano de la hora las campesinas estaban ya segando el grano. Sólo pudimos ver unas cuantas inclinadas sobre sus cuchillos, pero sabíamos que había muchas más trabajando, porque oíamos un ruido multitudinario de cuchillos. En Armenia todos los trabajadores del campo son mujeres, y como los tallos de cebada son duros y ásperos y pueden herirles la piel, las mujeres llevaban tubos de madera en los dedos cuando trabajaban. El número y la actividad de estos dedos creaba un penetrante ruido de traqueteo que hubiese podido confundirse con el de un incendio propagándose entre las espigas. Cuando hubimos dejado atrás las tierras de labranza, el valle continuó verde y lleno de color y de vida. Encontramos vastos y extensos plátanos de color verde oscuro, llamados en esa región árboles chinar, cuya sombra es tan agradable, y cardos de tigre de color verde intenso, y generosos árboles espinosos llamados azufaifos, de hojas plateadas, que ofrecen al viajero un fruto dorado parecido a la ciruela, el cual puede comerse tanto fresco como seco. Vimos rebaños de cabras que ramoneaban los cardos de tigre; y sobre cada una de las chozas de barro donde se recogían los rebaños se encontraba el nido de una cigüeña, un montón de escuálidas ramas colocadas en lo alto del techo; también había naciones enteras de palomas, conteniendo cada bandada tantas aves como hay en toda Venecia; había águilas reales, casi siempre volando, porque cuando se posan son muy torpes y vulnerables y han de correr y esforzarse y batir mucho rato sus alas antes de poder levantar el vuelo.

En Oriente un viaje por tierra recibe el nombre farsi de karwan o caravana. Nosotros estábamos en una de las principales rutas de caravanas este-oeste, y a intervalos cómodos de unos seis farsaj, o sea cada quince millas, había uno de los lugares de parada llamados caravasar. Íbamos, pues, a paso tranquilo sin esforzarnos ni forzar a nuestros caballos, porque siempre podíamos encontrar al anochecer una de estas posadas a orillas del Orontes.

No recuerdo muy bien el primero de esos lugares, porque aquella noche estaba demasiado ocupado con mi propia incomodidad. Durante nuestro primer día de marcha impusimos a nuestras monturas un ritmo de paseo, y yo encontré el viaje agradable y en varias ocasiones desmonté y monté de nuevo sin que la marcha me afectara en lo más mínimo. Sin embargo en el caravasar, cuando finalmente bajé de

mi silla para pasar la noche, descubrí que estaba magullado y dolorido. La espalda me dolía como si me hubiesen apaleado, las partes interiores de mis piernas estaban irritadas y ardientes, los tendones de mis muslos estaban tan distendidos y doloridos que me sentía como si tuviera que andar ya siempre con las piernas arqueadas. Pero las molestias disminuyeron gradualmente y en pocos días pude montar mi caballo al paso y dar medios galopes y galopes intermitentes, e incluso ir al trote, que es la andadura más dura, durante un día entero si era preciso y sin sentir ningún efecto molesto. Este cambio era agradable, aunque entonces ya no estuve tan preocupado con mis propias dificultades y pude fijarme más en los problemas que suponía pernoctar cada día en un caravasar.

Un caravasar es una especie de posada para los viajeros combinada con un establo o corral para sus animales, aunque los aposentos de los hombres y de los animales no se distingan mucho entre sí ni por sus comodidades ni por su limpieza. Sin duda esto se debe a que cada establecimiento ha de disponer de espacio y servicios suficientes para acoger y satisfacer las necesidades de cien veces el número de personas y animales que sumábamos nosotros. De hecho varias noches compartimos el caravasar con una

verdadera multitud de mercaderes, árabes o persas, que viajaban en caravana con un número incontable de caballos, mulas, asnos, camellos y dromedarios, todos muy cargados, hambrientos, sedientos y adormilados. Sin embargo yo hubiera preferido comer el heno seco que tenían almacenado para los animales en lugar de los platos que servían a las personas, y dormir en la paja del establo en lugar de hacerlo en la cosa hecha con cuerdas entrelazadas que llamaban cama.

Los dos o tres primeros lugares a los que llegamos tenían carteles que los identificaban como «casa cristiana de descanso». Los regían monjes armenios y eran lugares sucios, hediondos y llenos de bichos, pero por lo menos las comidas tenían la virtud de una composición variada. Más al este todos los caravasares estaban regidos por árabes y su letrero proclamaba: «Aquí, la religión verdadera y pura.» Estos establecimientos eran algo más limpios y estaban mejor servidos, pero las comidas musulmanas eran de una invariable monotonía: cordero, arroz, un pan del tamaño, forma, textura y sabor exactamente iguales al de una silla de mimbre, y para beber sorbetes poco fuertes, tibios y muy aguados.

A pocos días de marcha de Suvediye llegamos a la ciudad de Antakya, situada a orillas del río. Cuando se va de viaje por el campo, cualquier conjunto de casas que aparece en el horizonte se convierte en una visión alegre, incluso bella desde lejos. Pero demasiado a menudo esta belleza creada por la distancia desaparece a medida que uno se acerca. Antakya, como todas las localidades de aquellas regiones, era un lugar feo, sucio, aburrido y plagado de pordioseros. Pero tenía el privilegio de haber prestado su nombre a las tierras del lugar: Antioquía, como la llama la Biblia. En otras épocas, cuando la región formaba parte del imperio de Alejandro, el país se llamaba Siria. Cuando pasamos por ella, formaba parte del reino de Jerusalén, o de lo

que todavía quedaba de aquel reino, que más tarde cayó enteramente en poder de los sarracenos mamelucos. Sin embargo, me esforcé en contemplar Antakya o toda Antioquía, o Siria, como podía haberla contemplado Alejandro, porque me sentía muy emocionado de viajar por una de las pistas de caravanas que en otros tiempos había pisado Alejandro. En Antakya, el río Orontes gira hacia el sur. O sea que lo dejamos en aquel punto y continuamos en dirección este, hasta una ciudad mucho mayor, pero también triste, Haleb, llamada Alepo por los occidentales. Pasamos la noche en el caravasar del lugar, y el patrón nos aconsejó insistentemente que viajaríamos más cómodos si cambiábamos nuestro traje de viaje; o sea que le compramos ropa árabe para los tres, y durante bastante tiempo llevé el traje árabe completo, desde el tocado de kaffiyah hasta las cubiertas en forma de saco para las piernas. Realmente esa vestimenta es más confortable para cabalgar que los apretados jubones y pantalones venecianos. Y

parecíamos, por lo menos desde lejos, tres árabes nómadas, de los llamados árabes de tierra vacía o beduinos.

En la mayoría de caravasares de aquellas regiones los posaderos son árabes y como es lógico aprendí de ellos muchas palabras árabes. Pero estos posaderos hablaban también el lenguaje universal del comercio en Asia, que es el farsi, y nos íbamos acercando cada día más a las tierras de Persia, donde el farsi es el idioma nativo. Mi padre y mi tío, para ayudarme a captar más rápidamente esa lengua, procuraron conversar siempre según sus posibilidades en farsi, y no en nuestro propio veneciano o en la otra jerga del francés sabir. Y yo aprendí. En realidad encontré el farsi bastante menos difícil que algunas de las demás lenguas con las que tuve que enfrentarme más tarde. También cuenta, supongo, que los jóvenes asimilan nuevos idiomas con más facilidad que sus mayores, porque al cabo de poco tiempo estaba hablando farsi con mayor fluidez que mi padre o que mi tío.

Hacia el este de Alepo nos encontramos con nuestro siguiente río, el Furat, más

conocido por el Eufrates, que según el libro del Génesis era uno de los cuatro del Jardín del Edén. No discuto la Biblia, pero en toda la gran longitud del Furat pocas cosas vi parecidas a un jardín. El Furat, en el punto donde nosotros lo alcanzamos para seguir su curso, río abajo hacia el sureste, no corre como el Orontes por un agradable valle; se limita a vagar por un país llano, que es un inmenso pastizal de hierba para los rebaños de cabras y de ovejas. Ésta es una función bastante útil, pero un país así resulta muy poco interesante para el viajero que lo recorre. Uno se alegra cuando en ocasiones encuentra un bosquecito de olivos o de palmeras datileras, y aunque un árbol esté

aislado se le distingue desde gran distancia antes de alcanzarlo. Una brisa de levante sopla constantemente sobre esta tierra plana, pero en esta dirección hay también desiertos muy a lo lejos y la brisa, a pesar de su ligereza, llega cargada de un fino polvillo gris. Sólo los árboles aislados y los raros viajeros sobresalen de la hierba

baja, y el polvo en movimiento se acumula sobre estos objetos. Nuestros caballos bajaron el morro y las orejas, cerraron los ojos y mantuvieron su dirección dejando que la brisa les llegara siempre por el lado izquierdo. Nosotros, los jinetes, envolvimos nuestros cuerpos con las abas, y nos tapamos el rostro con las kaffiyahs, y a pesar de ello el polvo se nos metía por los párpados, rascaba nuestra piel, nos taponaba las narices y crujía entre nuestros dientes. Entonces entendí que mi padre, mi tío y la mayoría de viajeros se dejaran crecer la barba, porque afeitarse cada día en estas condiciones es una tortura. Pero mi barba era todavía demasiado rala para que creciera bien. Probé el mumum depilatorio de tío Mafio y dio resultado, y luego continué

prefiriendo el ungüento a la navaja.

Creo que el recuerdo más duradero de aquel Edén cargado de polvo fue la imagen de una paloma que un día se posó sobre un árbol: cuando el ave tocó la rama levantó una nube de polvo como si hubiera aterrizado en un barril de harina. Voy a relatar dos cosas más que se me ocurrieron durante el largo descenso por la orilla del río Furat:

Una, que el mundo es grande. Quizá esta observación no sea muy original, pero esta idea se despertó en mí con la fuerza reverencial de una revelación. Hasta entonces había vivido en la apretada ciudad de Venecia, que en toda su historia no se ha extendido más allá de sus murallas marítimas, y que nunca podrá extenderse más, dándonos así a los venecianos la sensación de estar encerrados en un lugar seguro y abrigado, o cómodo, si así lo preferís. Aunque Venecia está de frente al Adriático, el horizonte del mar no parece estar situado a una distancia imposible. Incluso cuando estuve embarcado veía el horizonte fijo por todas partes; no tenía la sensación de avanzar hacia un lado ni de alejarme del otro. Pero un viaje por tierra es diferente. El contorno del horizonte cambia constantemente, y uno siempre se mueve acercándose a algún punto de referencia o alejándose de él. En las primeras semanas de nuestra expedición nos acercamos, llegamos, atravesamos y dejamos atrás de nuevo varias ciudades o pueblos diferentes, varios tipos de paisaje muy distintos, varios ríos separados. Y siempre nos dábamos cuenta de que detrás había más tierra, más países, más ciudades, más ríos. La tierra firme del mundo es visiblemente mayor que cualquier océano vacío. Es vasta y diversa y siempre está prometiendo para mañana más vastitud y diversidad, que luego produce y promete de nuevo. El viajero de tierra firme tiene la misma sensación que una persona completamente desnuda: una sensación agradable de libertad sin trabas, pero también la sensación de ser vulnerable, de estar desprotegido y de ser muy pequeño en relación al mundo que le rodea.

La otra cosa que deseo contar aquí es que los mapas mienten. Incluso los mejores mapas como el Kitab de al-Idrisi son embusteros, y no pueden evitarlo. En efecto, todo lo que muestra un mapa parece medible por las mismas reglas, y esto es un engaño. Por

ejemplo, supongamos que vuestra ruta os lleva por una montaña. El mapa puede avisaros de la presencia de esta montaña antes de que lleguéis a ella, e incluso indicaros más o menos lo alta, ancha y larga que es, pero el mapa no puede deciros qué

condiciones de terreno o de clima encontraréis cuando lleguéis allí, ni cuál será vuestro estado en aquel lugar. Una montaña que un joven con perfecta salud puede escalar fácilmente en un día bueno de medio verano puede resultar mucho más difícil con el frío y las tormentas de invierno para una persona debilitada por la edad o por la enfermedad, o cansada por haber atravesado ya muchas tierras. Las representaciones limitadas de un mapa son tan engañosas que un viajero puede tardar más tiempo en salvar un pequeño tramo final de un dedo de largo a través de un mapa que en recorrer los muchos palmos que le precedieron.

Como es natural no tuvimos dificultades de este tipo en aquel viaje a Bagdad, porque nos limitamos a seguir el río Furat abajo a través de la llana pradera. De vez en cuando sacamos el Kitab, pero sólo para ver si los mapas respondían a la realidad que nos rodeaba, y así era, con encomiable precisión; a veces mi padre o mi tío añadían señales para indicar puntos destacados útiles que los mapas omitían: recodos del río, islas en su interior, accidentes de este tipo. Y cada tres o cuatro noches, aunque fuera innecesario hacerlo, yo sacaba el kamál que habíamos comprado. Lo extendía hacia la Estrella del Norte a la distancia determinada por el nudo que había hecho a la cuerda en Suvediye, y alineaba la barra inferior del rectángulo de madera con el horizonte plano: entonces comprobaba que la estrella iba descendiendo por debajo de la barra superior del marco. El kamál indicaba lo que ya sabíamos, que nos estábamos desplazando al sur del este. En este país íbamos cruzando continuamente las fronteras invisibles que separan una pequeña nación de otra, y estas naciones también eran invisibles si exceptuamos su nombre. En todas las tierras de levante sucede lo mismo: los grandes espacios llevan en los mapas etiquetas como Armenia, Antioquía, Tierra Santa, etc. pero dentro de estos espacios las gentes del lugar reconocen innumerables espacios más pequeños, y les dan nombres y los llaman naciones y dignifican a sus insignificantes jefecillos con títulos rimbombantes. En las clases de Biblia de mi juventud había oído hablar de reinos levantinos con nombres como Samaria, Tiro e Israel, y me los había imaginado como poderosos países de impresionante extensión, y a sus reyes Ahab, Hiram y Saúl como monarcas que gobernaban vastas poblaciones. Y ahora los nativos que encontrábamos por el camino nos contaban que estábamos atravesando pretendidas naciones con nombres como Nabaj, Bisri y Jubbaz, regidos por reyes, sultanes, atabegs y jeques. Pero cualquiera de esas naciones se podía atravesar a caballo en una jornada o dos y eran territorios monótonos, sin nada destacable, pobres y llenos de mendigos y además poco poblados, y el «rey» que encontrábamos allí era simplemente el cabrero más anciano de una tribu de árabes beduinos cabreros. Ni uno solo de los fragmentos superpuestos de reinos y territorios tribales de esta parte del mundo es más extenso que la República de Venecia. Y Venecia, aunque sea una república próspera e importante, sólo ocupa un puñado de islas y una pequeña porción de la costa adriática. Empecé a

darme cuenta de que todos los reyes bíblicos, incluso reyes grandes como Salomón y David, habían gobernado dominios que en el mundo occidental se llamarían, a lo más, confini o condados o parroquias. Las grandes migraciones que nos cuenta la Biblia debieron de ser en realidad escaramuzas sin importancia entre reyezuelos de este tipo. Me pregunté por qué motivo el Señor Dios en aquellas edades antiguas se había preocupado de enviar fuegos, tempestades, profetas y plagas que cambiasen los destinos de naciones de tan poca monta.

7

En dos de las noches pasadas en aquella región, eludimos deliberadamente el caravasar más próximo y acampamos al aire libre por cuenta propia. Más tarde, cuando pasáramos por regiones menos pobladas, tendríamos que hacerlo por fuerza, y mi padre y mi tío pensaron que me convenía vivir esta experiencia en un terreno fácil y con buen tiempo. Además los tres nos estábamos hartando de la porquería y del cordero. Hicimos, pues, un jergón con nuestras mantas utilizando las sillas de almohada y encendimos un fuego para cocinar. Soltamos luego nuestros caballos para que pudieran pastar libremente, pero dejando sus patas delanteras trabadas para que no pudieran alejarse mucho. Mi padre y mi tío, que tenían mucha experiencia en viajar, me habían enseñado ya algunos trucos del viajero. Por ejemplo me habían dicho que llevara siempre mi ropa de cama en una albarda de la silla y la ropa de vestir en otra, sin mezclarlas nunca. El viajero tiene que utilizar sus propias mantas en el caravasar e inevitablemente se llenan de pulgas, piojos y chinches. Estos bichos le atormentan a uno de noche aunque caiga en el habitual sueño profundo del agotamiento, pero serían intolerables cuando uno está

vestido, despierto y en pie. O sea que cada mañana salía desnudo de la cama, me sacaba cuidadosamente todos los bichos acumulados y, después de haber guardado mi ropa, cuidadosamente separada de la ropa de la cama, me ponía vestiduras usadas o limpias no contaminadas. Cuando acampamos solos, aprendí otras cosas. Recuerdo que en la primera noche de acampada empecé a empinar uno de los odres de agua para echar un buen trago, pero mi padre me detuvo.

—¿Por qué? —le pregunté —. Podremos rellenarlo en uno de los benditos ríos del Edén.

—Es mejor acostumbrarse a la sed cuando no hay necesidad de ello —dijo él —para poder resistirla luego cuando sea necesario. Espera un momento y voy a enseñarte algo. Encendió un fuego con ramas de azufaifo cortadas con su cuchillo de cinto, y dejó que esa espinosa madera quemara con la viveza y rapidez propias de ella hasta quedar reducida a carbones, pero no a cenizas. Entonces apartó la mayor parte del carbón a un lado y puso nuevas ramas sobre las brasas para avivar de nuevo el fuego. Dejó enfriar el carbón que había apartado, lo trituró y lo redujo a polvo, lo amontonó sobre un paño que puso como un cedazo sobre una de las vasijas que habíamos traído. Me pasó otro tazón y me pidió que lo llenara con agua del río.

—Prueba esta agua del Edén —dijo cuando volví con ella.

Así lo hice y dije:

—Fangosa, con algunos insectos. Pero no está mal.

—Observa. Voy a mejorarla.

La vertió lentamente en el otro tazón a través del carbón y del paño. Cuando el agua hubo acabado su lento goteo, probé la del segundo tazón.

—Sí. Clara y buena. Tiene incluso un sabor más fresco.

—Recuerda este truco —dijo —. Muchas veces la única agua de que dispondrás estará

podrida o cargada de sales, o incluso puede que sospeches que la envenenaron. Este truco convertirá tu agua contaminada en potable e inofensiva, o quizá en agua deliciosa. Sin embargo, en los desiertos, donde el agua es peor, no suele haber madera para quemar. Por lo tanto procura llevar siempre contigo una reserva de carbón. Se puede usar una y otra vez antes de saturarse y perder su eficacia. Sólo acampamos dos veces al aire libre durante nuestro descenso a lo largo del Furat, pues aunque mi padre podía eliminar los insectos e impurezas del agua, no pudo librarse de las aves del aire, y ya dije que en este país abundan las águilas reales. Un día, mi tío había descubierto por casualidad una gran liebre en la hierba. El animal se quedó inmóvil y temblando del susto, y mi tío pudo sacar rápidamente su cuchillo del cinto, arrojárselo y matarlo. Disponíamos, pues, de provisiones propias para una cena

sin cordero, y decidimos montar nuestro primer campamento. Pero cuando tío Mafio hubo ensartado la liebre desollada en una ramita de azufaifo, la hubo colgado sobre el fuego y la carne empezó a crepitar y su aroma se elevó con el humo por el aire, nos llevamos una sorpresa tan grande como la que se había llevado antes la liebre. Del cielo nocturno llegó un fuerte sonido, susurrante y sibilante. Antes de que pudiéramos levantar los ojos, una mancha marrón trazó un arco relampagueante entre nosotros, atravesó el fuego y subió de nuevo hacia arriba, perdiéndose en las tinieblas. Al mismo tiempo se oyó un sonido como clop, el fuego se esparció formando una cascada de chispas y de cenizas, y nos llegó un aullido triunfal: «¡Quia!»

—Malevolenza! —exclamó mi tío recogiendo una gran pluma de entre los restos del fuego —. ¡Una maldita águila ladrona! Acrimonia!

Y aquella noche tuvimos que cenar con un poco de tocino salado y duro de nuestro equipaje.

Lo mismo o algo muy parecido sucedió en la segunda noche que pasamos a la intemperie. Nos decidimos acampar porque por el camino habíamos comprado a una

familia de árabes beduinos una pata de una cría de camello recién sacrificada. Cuando la pusimos sobre el fuego y las aves la descubrieron se precipitó otra águila sobre ella. Mi tío al oír el primer crujido de alas en el aire se tiró de cabeza para cubrir con su cuerpo la carne del fuego. Esto salvó nuestra cena pero casi acabó con tío Mafio. La envergadura de las alas de un águila real es igual a la de una persona con los brazos extendidos y el ave pesa tanto como un perro de buen tamaño, o sea que cuando se lanza hacia abajo se convierte en un formidable proyectil; y aquél golpeó la nuca de mi tío, afortunadamente sólo con su ala y no con sus garras, pero el golpe fue tan tuerte que lo tiró de bruces sobre el fuego. Mi padre y yo lo sacamos a rastras y apagamos a golpes las chispas de su aba medio inflamada, y él después de sacudir varias veces la cabeza para recuperar el sentido lanzó al aire una retahíla de magníficas maldiciones hasta que le dominó un ataque de tos. Mientras tanto yo permanecía de guardia sobre la ensartada carne, moviendo ostensiblemente una pesada rama. De este modo las águilas no se acercaron y conseguimos cocer la pata y comérnosla. Pero decidimos que mientras estuviéramos en país de águilas reprimiríamos nuestras repulsiones y pasaríamos todas las noches en un caravasar.

—Ha sido una buena decisión —aprobó el patrón de la siguiente noche, mientras comíamos otra detestable cena de cordero y arroz.

Aquella noche éramos los únicos huéspedes y conversamos con él mientras barría el polvo que se había acumulado durante el día y lo sacaba por la puerta. Su nombre era Hasan Badr-al-Din, que no le pegaba mucho, porque significa Belleza de la Luna de la Fe. Estaba marchito y nudoso como un olivo. Su cara era tan correosa y arrugada como el delantal de un zapatero, y tenía una barba rala que parecía un nimbo de arrugas escapadas de su rostro. Dijo a continuación:

—No es bueno dormir a la intemperie y sin protección en la tierra de los Mulahidat, los Descarriados.

—¿Qué son los Descarriados? —pregunté, mientras tomaba un sorbete tan amargo que parecía confeccionado con frutos verdes.

La Belleza de la Luna de la Fe recorría la habitación echando agua para asentar el polvo restante.

—Quizá hayáis oído otro de sus nombres: el de hasisiyin. Los que matan por el Viejo de la Montaña.

—¿Qué montaña? —gruñó mi tío —. Esta tierra es más plana que un mar feliz.

—Siempre le han llamado así, Seij ul-Yibal, aunque nadie sabe realmente dónde vive. Ni si su castillo está realmente en una montaña.

—No vive —dijo mi padre —. Ese viejo estorbo murió por obra del ilkan Hulagu cuando llegaron aquí los mongoles hace quince años.

—Es cierto —dijo la vieja Belleza —. Y sin embargo no lo es. Ese era el Viejo Rockh-ed-Din Kursah. Pero siempre hay otro Viejo, ¿lo sabíais?

—Lo ignoraba.

—¡Pues claro! Un Viejo continúa ahora mandando a los Mulahidat, aunque algunos de los Descarriados ya deben de ser viejos. Él cede por dinero hombres a los fieles que necesitan sus servicios. Tengo entendido que los mamelucos de Egipto pagaron mucho dinero para que un hasisi matara a ese príncipe inglés que manda a los cristianos cruzados.

—En ese caso perdieron su dinero —dijo tío Mafio —. El inglés mató al sassin. La Belleza se encogió de hombros y dijo:

—Otro lo intentará, y otro, hasta que alguien cumpla la misión. El Viejo ordena, y ellos obedecen.

—¿Por qué? —pregunté y me tragué una bola de arroz con gusto de infección —. ¿Cómo puede un hombre arriesgar su vida para cumplir las órdenes de otro?

—Ah. Para entender esto, joven jeque, deberías saber algo del sagrado Corán —vino y se sentó ante nuestro mantel, como si le gustara explicarlo —. En este libro, el profeta (la bendición y la paz sean con él) hace una promesa a los hombres de fe. Promete a cada hombre que si es constantemente devoto, en un momento de su vida disfrutará de una noche milagrosa, la Noche de lo Posible, en la cual le serán satisfechos todos sus deseos.

El viejo ordenó sus arrugas en forma de sonrisa, una sonrisa que era medio feliz y medio melancólica.

—Una noche repleta de satisfacción y de lujo, con comidas y bebidas maravillosas y con hachís, con mujeres y muchachos haura bellos y sumisos, con juventud y virilidad renovadas para que pueda hacer zina con ellos. De este modo todo hombre que cree, vive su vida con furiosa devoción y confía en la Noche de lo Posible. Se detuvo y pareció sumirse en la contemplación. Al cabo de un momento tío Mafio dijo:

—Es un sueño atractivo.

La Belleza dijo con tono distante:

—Los sueños son las imágenes pintadas en el libro del sueño. Esperamos de nuevo y al fin yo dije:

—Pero no veo qué relación tiene esto con…

—El Viejo de la Montaña —dijo como si de repente se despertara —. El Viejo proporciona esta Noche de lo Posible. Luego promete conceder otras noches iguales. Mi padre, mi tío y yo intercambiamos miradas divertidas.

—¡No lo dudéis! —insistió el patrón —. El Viejo, o uno de los reclutadores Mulahidat, encuentra a una persona calificada, a un hombre fuerte y audaz, y le pone en la comida o bebida una potente dosis de hachís. Cuando el hombre se desvanece y se duerme profundamente, lo llevan rápidamente al castillo ul-Yibal. Se despierta y se encuentra en el más delicioso jardín que pueda imaginarse, rodeado de bellos muchachos y damas. Estos haura le dan de comer ricas viandas y más hachís e incluso vinos prohibidos. Cantan y bailan encantadoramente, le muestran sus pechos de erectos pezones, sus lisos vientres, sus tentadores traseros. Le seducen y le proporcionan tales éxtasis de amor carnal que al final se desvanece de nuevo. Y otra vez se lo llevan rápidamente a su antigua morada y a su antigua vida, que en el mejor de los casos es aburrida y probablemente triste. Como la vida del encargado de un caravasar. Mi padre bostezó y dijo:

—Empiezo a entender. Como dice el proverbio: le dan torta y una patada.

—Sí. Ahora ha vivido la Noche de lo Posible, y ansia vivirla de nuevo. La desea y la implora y ruega por ella, y los reclutadores aparecen y lo tienen en vilo hasta que él promete hacer lo que sea. Se le encomienda una tarea: matar a algún enemigo de la Fe, o hurtar o robar para enriquecer los cofres del Viejo, o asaltar a los infieles que se introducen en las tierras de los Mulahidat. Si lleva a cabo con éxito su misión, se le recompensa con otra Noche de lo Posible. Y después de cada acto de devoción, una noche y otra.

—Cada una de las cuales —dijo mi escéptico tío —en realidad no pasa de ser un sueño de hachís. Son descarriados, desde luego.

—Oh, descreído —le amonestó la Belleza —. Decidme, por vuestras barbas, si sois capaz de distinguir entre el recuerdo de un sueño delicioso y el recuerdo de un hecho delicioso. Los dos existen sólo en vuestra memoria. Cuando los contáis a otra persona,

¿cómo podríais demostrar que algo sucedió cuando estabais despierto y que algo sucedió cuando dormíais?

Tío Mafio le dijo amablemente:

—Te lo contaré mañana porque ahora tengo sueño.

Luego se levantó estirándose a fondo y bostezando enormemente. Era una hora de la noche algo más temprana que la habitual de acostarnos, pero mi padre y yo también bostezábamos, y seguimos todos a la Belleza de la Luna de la Fe, quien nos condujo por una larga sala, y siendo nosotros los únicos huéspedes nos asignó

habitaciones separadas para cada uno, habitaciones muy limpias, con paja limpia en el suelo.

—Son habitaciones bien separadas las unas de las otras —explicó —, para que vuestros ronquidos no os molesten, y para que vuestros sueños no se enreden los unos con los otros.

Sin embargo mi propio sueño ya fue bastante enredado. Me dormí y soñé que me despertaba de mi sueño y que me encontraba como un recluta de los Descarriados en un jardín de ensueño, porque estaba lleno de flores que no había visto nunca despierto. Entre los arriates floridos iluminados por el sol bailaban danzarinas de una belleza tan irreal que era imposible decir si eran chicas o chicos, ni preocuparse por ello. Me uní a su danza lánguidamente y noté, como sucede a menudo en los sueños, que cada paso, salto y movimiento tenía una lentitud de ensueño, como si el aire fuera aceite de sésamo.

Incluso en el sueño recordé mi experiencia con el aceite de sésamo, y esta idea me resultó tan repugnante que el jardín iluminado por el sol se convirtió instantáneamente en un oscuro pasillo de un palacio, por el cual yo iba bailando y persiguiendo a una chica danzante cuyo rostro era el rostro de dona Ilaria. Pero cuando se metió con una pirueta en una habitación y yo la seguí a través de la única puerta, atrapándola allí, su rostro se volvió viejo y lleno de verrugas y le salió una barba gris y rojiza como un hongo. Ella dijo «Sala-meléch» con una profunda voz de hombre, y yo ya no estaba en una habitación de palacio, ni en un dormitorio de un caravasar, sino en la celda estrecha y oscura del Vulcano de Venecia. El viejo Mordecai Cartafilo dijo: «Descarriado, ¿no te enterarás nunca de la sed de sangre que hay en la belleza?», y me dio de comer una galleta cuadrada.

Era tan seca que me ahogaba y su sabor me provocaba náuseas. Vomité tan convulsivamente que me desperté, esta vez realmente, y descubrí que no estaba soñando mi náusea. Era evidente que el cordero de la cena u otra cosa estaba infectada, porque me sentía terriblemente enfermo. Me deshice de las mantas y corrí desnudo y descalzo por la sala, sumida en la media noche, hasta la pequeña habitación trasera con un

agujero en el suelo. Colgué la cabeza sobre él, tan enfermo que no hice caso ni del hedor del fondo ni del temor a que un demonio vinni alargara su mano desde las profundidades y me estirara hacia abajo. Vomité con el menor ruido posible una vil masa verde, y tras secarme las lágrimas de los ojos y recuperar el aliento me volví de puntillas a mi habitación. Al cruzar la sala pasé ante la puerta de la habitación de mi tío, y oí detrás de ella un murmullo.

Aunque estaba mareado, me apoyé contra la pared y presté atención al ruido. Estaba formado en parte por el ronquido de mi tío y en parte por un murmullo sibilante de palabras. Me sorprendió que pudiese roncar y hablar al mismo tiempo, por lo que

escuché con mayor atención. Las palabras eran en farsi y no pude entenderlas todas. Pero cuando la voz, con acento de sorpresa, habló más alto, oí claramente.

—¿Ajo? ¿Estos infieles dicen que son mercaderes y llevan solamente ajo sin valor?

Toqué la puerta de la habitación y la encontré con el pestillo descorrido. La abrí de modo fácil y silencioso. Dentro se estaba moviendo una lucecita y fijando la vista vi que era un candil en manos de la Belleza de la Luna de la Fe, y que él estaba inclinado sobre las albardas de mi tío, amontonadas en un rincón de la habitación. Era evidente que el patrón intentaba robarnos: había abierto el equipaje, había encontrado los preciosos bulbos de azafrán y los había confundido con ajo.

La cosa más que irritarme me divirtió y mantuve callada la boca para ver lo que haría luego. El viejo continuaba murmurando y dijo para sí que probablemente el infiel se había llevado consigo a la cama la bolsa y los objetos de verdadero valor; se acercó

sigilosamente a la cama y con la mano libre empezó a tantear cuidadosamente debajo de las mantas de tío Mafio. Encontró algo, porque tuvo un sobresalto y dijo asombrado y en voz alta:

—Por los noventa y nueve atributos de Alá, este infiel la tiene del tamaño de un caballo. Aunque me sentía todavía enfermo estuve a punto de soltar una risita, y mi tío sonrió en su sueño como si le gustara el toqueteo.

—No sólo un zab largo y sin recortar —continuó diciendo el ladrón con admiración —, sino también, y que Alá sea alabado por la munificencia que demuestra incluso a quienes no se la merecen, dos bolsas de bolas.

Podía haberme echado a reír realmente en aquel momento, pero inmediatamente la situación dejó de ser divertida. Vi a la luz del candil el destello del metal, la vieja Belleza sacó un cuchillo de su ropa y lo levantó. Yo no sabía si su intención era recortar el zab de mi tío o amputarle el escroto de más o rajarle el cuello, y no esperé para enterarme. Di unos pasos, lancé mi puño y golpeé fuertemente al ladrón en el pescuezo. Lo lógico era que el golpe incapacitase a un viejo espécimen, de aspecto tan frágil, pero la Belleza no era tan delicada como parecía. Cayó de lado, pero rodó como un acróbata y se levantó del suelo con la hoja dirigida hacia mí. Conseguí agarrarle la muñeca, más por suerte que por destreza. La retorcí, abrí su mano, cogí al final su cuchillo e hice uso de él. El viejo cayó, y se quedó en el suelo gruñendo y parloteando. La refriega había sido breve, pero no silenciosa, y sin embargo mi tío, que no se había despertado en ningún momento, aún dormía, sonriendo en su sueño. Sobrecogido yo por lo que acababa de hacer y también por lo que estuvo a punto de pasar, me sentí muy solo en la habitación y necesité urgentemente un aliado que me apoyara. Las manos me temblaban pero intenté despertar a tío Mafio, y tuve que sacudirlo violentamente para que recuperara la conciencia. Entonces comprendí que la cena de aquella noche, peor que la de costumbre, vino reforzada por una dosis considerable de banj. Estaríamos los tres muertos si mi sueño no me hubiese

advertido de la inminencia del peligro y me hubiese obligado a vomitar la droga.

Mi tío al final empezó a despertarse de mala gana, sonriendo y murmurando:

—Las flores… las bailarinas… los dedos y los labios que tocan mi flauta… —Luego parpadeó y exclamó —: Dio me varda! Marco, ¿eras tú?

—No, zio Mafio —dije hablando veneciano en mi agitación —. Corrías peligro y todavía lo corremos. Levántate, por favor.

—Adrio de vu! —exclamó con mal humor —. ¿Por qué me has sacado de ese maravilloso jardín?

—Creo que era el jardín de los hasisiyin. Y yo acabo de acuchillar a un Descarriado.

—¡Nuestro patrón! —gritó mi tío, incorporándose sobre la cama y viendo la forma desplomada en el suelo —. Oh, scagarón, ¿qué has hecho? ¿Estáis jugando de nuevo a bravo?

—No, zio, mira lo que tiene clavado: es su propio cuchillo. Estaba a punto de matarte para quedarse la bolsa de almizcle.

Mientras le contaba los detalles me eché a llorar.

Tío Mafio se inclinó sobre el viejo, lo examinó y gruñó:

—En pleno vientre. No está muerto, pero se está muriendo. —Luego se dirigió a mí y me dijo afablemente —: Vamos, muchacho. Deja de llorar. Ve a despertar a tu padre. La Belleza de la Luna de la Fe no era nada digno de llorarse, ni vivo ni muerto ni moribundo. Pero era la primera persona que maté con mis propias manos, y el acto de matar a otro ser humano no es un hito banal en la carrera de un hombre. Mientras iba a sacar a mi padre del jardín del hachís, pensé hasta qué punto me alegraba de que en Venecia hubiese sido otra mano la que hundió la espada en mi anterior e inocente presa. Porque yo acababa de enterarme de algo nuevo referente al acto de matar a un hombre, por lo menos al acto de matarlo con una hoja de acero. La hoja penetra con mucha facilidad en el vientre de la víctima, penetra casi con ansia, como si tuviese voluntad propia. Pero una vez dentro es agarrada instantáneamente por los músculos violados, y queda sujeta tan estrechamente como otro instrumento mío quedó sujeto en otra ocasión por la virginal carne de Doris. Había clavado sin ningún esfuerzo el cuchillo dentro de la vieja Belleza, pero una vez allí no pude sacarlo de nuevo. Y en aquel instante hice un descubrimiento repugnante: que un acto tan violento y tan fácil de hacer no puede deshacerse luego. Esto convertía el acto de matar en algo menos valiente, audaz y bravísimo de lo que había imaginado.

Cuando hube despertado, con dificultades, a mi padre, le llevé a la escena del crimen. Tío Mafio había colocado al patrón sobre su propio jergón de mantas, a pesar de la

sangre que manaba y había preparado sus miembros para la muerte, y los dos estaban conversando, al parecer, como dos compañeros. El viejo era el único que llevaba ropa puesta. Me miró a mí, su asesino, y sin duda vio el rastro de lágrimas en mi rostro, porque dijo:

—No te sientas desgraciado, joven infiel. Has matado al más Descarriado de todos. He cometido un terrible pecado. El profeta (que la paz y la bendición sean con él) nos ordena tratar al huésped con el cuidado y el respeto más reverentes. Aunque sea el enano más vil, o incluso un infiel, y si en la casa sólo hay una migaja, hay que dársela al huésped, aunque la familia y los niños del anfitrión tengan que pasar hambre. Aunque el huésped sea un enemigo implacable, hay que concederle toda la hospitalidad y salvaguardia posibles mientras esté bajo el techo propio. Yo había desobedecido esta ley sagrada, y aunque hubiese vivido habría perdido mi Noche de lo Posible. La avaricia me ha hecho actuar precipitadamente y he pecado, y pido perdón por este pecado. Intenté decirle que le perdonaba, pero un sollozo ahogó mis palabras e inmediatamente me alegré de esto, porque él continuó diciendo:

—Con la misma facilidad hubiese podido drogar vuestro desayuno por la mañana y dejaros recorrer un trecho antes de caer dormidos. Os podría haber robado y matado al

aire libre y no bajo mi techo, con lo que habría cumplido un acto virtuoso y agradable a Alá. Pero no lo hice. Hasta ahora he vivido siempre con devoción a la fe y he matado a muchos infieles para mayor gloria del Islam, pero por esta única impiedad perderé la eternidad en el Paraíso de Djennet, y a sus bellezas haura y su felicidad perpetua y su indulgencia sin trabas. Y esta pérdida la lamento sinceramente. Debía haberos matado de un modo más correcto.

Bueno, en todo caso estas palabras detuvieron mis lágrimas. Los tres miramos fríamente al patrón mientras él tomaba de nuevo la palabra:

—Pero vosotros tenéis la posibilidad de ejecutar un acto virtuoso. Cuando haya muerto, hacedme el favor de envolverme en una sábana. Llevadme a la habitación principal y dejadme en el centro de ella, en la posición prescrita. Con mi turbante sobre la cara y en una posición tal que los pies apunten al sur, hacia la sagrada Kaaba de La Meca. Mi padre y mi tío se miraron y se encogieron de hombros, pero nos alegramos de no prometerle nada, porque el viejo demonio pronunció luego sus últimas palabras:

—Cuando hayáis hecho esto, perros viles, tendréis una muerte virtuosa, porque mis hermanos, los Mulahidat, vendrán aquí, me encontrarán muerto con un cuchillo entre las entrañas, seguirán las huellas de vuestros caballos, os cazarán y harán con vosotros lo que yo no pude hacer. Salaam aleikum.

Su voz no se había debilitado en absoluto, pero después de desearnos perversamente la paz, la Belleza de la Luna de la Fe cerró los ojos y murió. Aquél era el primer

lecho de muerte junto al cual había estado nunca y allí aprendí que la mayoría de las muertes son tan repugnantes como la mayoría de los asesinatos. Porque al morir la Belleza evacuó

de modo poco hermoso, pero de forma copiosa, tanto su vejiga como sus intestinos ensuciando sus vestiduras y las mantas y llenando la habitación de un hedor terrible. Nadie desea que el último recuerdo suyo sea una indignidad repugnante. Pero desde entonces he presenciado muchas muertes mas y, excepto en raras ocasiones, cuando antes del momento se ha administrado una purga, todos los humanos se despiden así de la vida; incluso los hombres más fuertes y valientes, las mujeres más bellas y puras, tanto si mueren de modo violento como si parten serenamente dormidos. Salimos de la habitación para respirar aire puro, y mi padre suspiró:

—Bueno, ¿ahora qué?

—En primer lugar —dijo mi tío, desatando las tiras de su bolsa de almizcle —, quitémonos estos incómodos colgajos. Es evidente que estarán igual de seguros en nuestro equipaje, o no menos seguros, y en todo caso prefiero perder el almizcle que poner de nuevo en peligro mis preciosas y personales bolsas.

—¿Te preocupas de tus pelotas cuando quizá estemos a punto de perder nuestras cabezas? —murmuró mi padre.

—Lo siento, padre y tío —dije —. Si nos han de perseguir los Descarriados supervivientes, me equivoqué al matar a uno de ellos.

—Tonterías —dijo mi padre —. Si no te hubieses despertado y no hubieses actuado con celeridad, no habríamos vivido y no podrían ni siquiera perseguirnos.

—Es cierto que eres impetuoso, Marco —dijo tío Mafio —. Pero si un hombre se parara a considerar todas las consecuencias de cada uno de sus actos antes de actuar, llegaría a viejo sin haber emprendido ni una maldita acción. Creo, Nico, que deberíamos conservar como compañero a este joven, afortunadamente impetuoso. En lugar de guardarlo en Constantinopla o en Venecia, es mejor que le dejemos acompañarnos hasta el mismo Kitai. Sin embargo tú eres su padre. A ti te corresponde decidir.

—Creo que estoy de acuerdo, Mafio —dijo mi padre. Y luego agregó dirigiéndose a mí —: Suponiendo que quieras acompañarnos.

En mi rostro se dibujó una ancha sonrisa.

—O sea que vienes. Te lo mereces. Esta noche te portaste muy bien.

—Quizá te portaste mejor que bien —agregó pensativo mi tío —. Este bricón vechio dijo que era el más Descarriado de todos. Cabe la posibilidad de que sea también el

jefe de todos, el último Seij ul-Yibal reinante. Viejo lo era, ciertamente.

—¿El Viejo de la Montaña? —exclamé —. ¿Lo he matado yo?

—No podemos saberlo —dijo mi padre —. A no ser que los demás hasisiyin nos lo cuenten cuando nos cojan. No tengo muchas ganas de enterarme.

—No deben atraparnos —dijo tío Mafio —. Ya hemos sido bastante descuidados adentrándonos tanto en esta tierra extraña con nuestros cuchillos de trabajo como únicas armas.

—No nos cogerán si no hay motivo para que nos persigan —dijo mi padre —. Lo único que debemos hacer es eliminar el motivo: que cuando llegue alguien más encuentre el caravasar abandonado. Pueden imaginarse que el patrón está en el campo cumpliendo un encargo: matando un cordero para la despensa, quizá. Tal vez pasen días antes de que lleguen nuevos huéspedes, y varios días más antes de que empiecen a preguntarse dónde está el patrón. Cuando alguno de los Descarriados se una a la búsqueda y cuando empiecen a dejar de buscar y comiencen a sospechar algo raro, nos habremos ido hará

mucho tiempo y estaremos muy lejos de aquí, donde no puedan ya seguirnos.

—¿Llevarnos a la vieja Belleza? —preguntó mi tío.

—¿Y arriesgarnos a tener un encuentro embarazoso antes de que hayamos podido avanzar mucho? —Mi padre sacudió negativamente la cabeza —. Tampoco podemos tirarlo al pozo, ni esconderlo, ni enterrarlo. Cualquier huésped nuevo irá directo a buscar agua. Y cualquier árabe tiene una nariz de perdiguero y es capaz de husmear cualquier lugar oculto o tierra acabada de remover.

—Ni en tierra ni en agua —dijo mi tío —. Sólo queda una alternativa. Preferiría hacerlo antes de ponerme la ropa encima.

—Sí —acordó mi padre, y luego dirigiéndose a mí —: Marco, recorre toda la casa y busca algunas mantas para sustituir las de tu tío. Mira también si hay algún tipo de armas para llevarnos cuando marchemos.

Era evidente que la orden estaba destinada a quitarme de en medio mientras ellos daban el siguiente paso. Y tardé mucho en cumplirla, porque el caravasar era viejo, y debía de haber pasado por una larga serie de propietarios, cada uno de los cuales había construido y añadido nuevas porciones. El edificio principal era un laberinto de pasillos, habitaciones, armarios y rincones y había también establos, cobertizos y corrales para las ovejas y otras construcciones. Pero el viejo, que seguramente se sentía seguro con sus drogas y sus engaños, no se había preocupado mucho de ocultar sus posesiones. A juzgar por la cantidad de armas y de provisiones que guardaba, había sido, si no el verdadero Viejo, por lo menos un proveedor importante de los

Mulahidat. Primero escogí las dos mejores mantas de lana de la considerable reserva de equipos de viaje. Luego busqué entre las armas y si bien no pude encontrar ninguna espada recta del tipo al cual estamos acostumbrados los venecianos, escogí las más brillantes y cortantes del tipo local. Eran unas hojas anchas y curvadas, en realidad una especie de sables, porque sólo tienen afilado el borde curvado de fuera, llamadas simsir, que significa «león silencioso». Tomé tres, una para cada uno, junto con cintos y correas para colgarlas. Podría haber enriquecido más nuestras bolsas, porque la Belleza tenía guardada una pequeña fortuna en forma de bolsas de banj seco, pastillas de banj prensado, frascos de aceite de banj. Pero dejé todo eso donde estaba. Amanecía ya fuera de la casa cuando llevé mis adquisiciones a la sala principal, donde habíamos cenado la noche anterior. Mi padre estaba preparando un desayuno en el brasero, seleccionando con el mayor cuidado los ingredientes. Cuando entré en el

aposento oí una serie de ruidos procedentes del patio exterior: un silbido largo y pronunciado, un sonoro clop y un grito ronco en forma de «¡luia!» Luego entró mi tío procedente de ese patio, desnudo todavía, con la piel manchada de sangre y la barba oliendo a humo, y dijo con satisfacción:

—Esta fue la última porción del viejo demonio, y se fue como había deseado. He quemado sus vestiduras y las mantas y he dispersado las cenizas. Podemos marchar cuando nos hayamos vestido y comido.

Comprendí, desde luego, que no habían dejado en velatorio a Belleza de la Luna de la Fe, sino que le habían hecho unos funerales muy poco musulmanes, y las palabras de tío Mafio «se fue como había deseado» despertaron mi curiosidad. Se lo pregunté, él rió y dijo:

—El último trozo se fue volando hacia el sur, hacia La Meca.

BAGDAD

1

Continuamos descendiendo a lo largo del Furat, y siguiendo en dirección sudeste atravesamos una franja de tierra particularmente ingrata, en donde el río se había abierto paso cortando una sólida roca basáltica. Era una tierra inhóspita, baldía y negra, en la que ni siquiera había hierbas, palomas ni águilas. Pero allí no nos persiguieron ni los Descarriados ni nadie. Y poco a poco el paisaje se fue haciendo más agradable y hospitalario, como si celebrara nuestra huida del peligro. Las márgenes del río comenzaron a elevarse sensiblemente hasta acabar formando un amplio y verde valle con huertas, bosques, pastos, granjas, flores y frutos. Pero las huertas estaban tan herbosas y descuidadas como los bosques nativos y los terrenos de las granjas tan llenos de vegetación y de malas hierbas como los campos de flores silvestres. Los propietarios de las tierras se habían marchado, y las únicas personas que encontramos en aquel valle eran familias nómadas beduinas dedicadas al pastoreo, gente errante que vagaba por aquel valle como pudiera hacerlo por las praderas, sin patria y sin raíces. En ningún lugar había población sedentaria, nadie que trabajara para impedir que la tierra, antes domesticada, se volviese salvaje.

—Esto es culpa de los mongoles —dijo mi padre —. Cuando el ilkan Hulagu, es decir el kan menor Hulagu, arrasó esta tierra e invadió el imperio persa, la mayoría de los persas huyeron o se rindieron ante él, y los supervivientes no han regresado todavía para trabajar sus tierras. Pero los árabes y los curdos nómadas son como la hierba de la que viven y en busca de la cual van errantes. Los beduinos se inclinan ante cualquier viento, sin preocuparse de dónde sopla, ni de si es una brisa suave o un fiero simún; pero luego vuelven a enderezarse, igual que la hierba. A los nómadas no les importa quién gobierna esta tierra, y mientras la tierra esté ahí, en su sitio, jamás les importará, hasta el fin de los tiempos.

Giré sobre mi silla de montar, mirando la tierra que nos rodeaba, la más rica, fértil y prometedora que habíamos visto hasta entonces en nuestro viaje, y pregunté:

—¿Quién gobierna ahora Persia?

—Cuando Hulagu murió le sucedió como ilkan su hijo Abagha, quien ha sustituido Bagdad por una nueva capital en la ciudad norteña de Maragheg. Aunque el Imperio persa forma parte actualmente del kanato mongol, aún está dividido en shanatos, como antes, por ventajas administrativas. Pero cada sha está subordinado al ilkan Abagha, del mismo modo que Abagha está subordinado al gran kan Kubilai. Todo aquello me impresionaba. Sabía que aún nos faltaban muchos meses de duro viaje hasta llegara la corte del gran kan Kubilai. Pero allí, en las regiones occidentales de

Persia, estábamos ya dentro de las fronteras del dominio de ese kan tan lejano. En el colegio había estudiado con admiración y entusiasmo el Libro de Alejandro, y sabía

que Persia llegó a formar parte del imperio del conquistador, y que su imperio era tan extenso que le valió el apelativo de «Magno». Pero las tierras conquistadas y gobernadas por los macedonios no eran más que un simple recorte de mundo comparado con las inmensidades conquistadas por Chinghiz Kan, ampliadas posteriormente por sus hijos y aún más por sus nietos hasta convertirse en un Imperio mongol de inimaginable inmensidad, sobre el cual reinaba actualmente el nieto Kubilai como kan de todos los kanes.

Creo que ni los antiguos faraones, ni el ambicioso Alejandro ni los avariciosos cesares pudieron haber soñado que existía tanto mundo, o sea que difícilmente pudieron haber soñado en conquistarlo. En cuanto a los posteriores monarcas occidentales, sus ambiciones y adquisiciones han sido todavía más insignificantes. Al lado del Imperio mongol, todo el continente denominado Europa parece una mera península, pequeña y atiborrada de gente; y todas sus naciones, como la de levante, sólo parecen pequeñas provincias ansiosas por darse importancia. Desde la eminencia donde se sienta entronizado el gran kan, mi nativa República de Venecia, orgullosa de su gloria y grandeza, debe de parecer tan trivial como el villorrio de Suvediye, donde gobierna el ostikan Hampig. Si los historiadores quieren seguir dignificando a Alejandro como el Magno o grande, sin duda deberían reconocer a Kubilai como inmensamente mayor. No soy yo quien ha de decirlo. Pero puedo afirmar que al entrar en Persia me estremeció

darme cuenta de que yo, un simple Marco Polo, estaba poniendo pie en el imperio más extenso gobernado jamás por un solo hombre desde los tiempos en que existe el mundo de los nombres.

—Cuando lleguemos a Bagdad —continuó mi padre —enseñaremos al actual sha, quien quiera que sea, la carta que traemos de Kubilai. Y el sha tendrá que recibirnos, como embajadores acreditados de su señor.

Continuamos descendiendo a lo largo del Furat y cada vez veíamos más rastros de civilización a través del valle, pues por todas partes se entrecruzaban múltiples canales de riego que se ramificaban del río. Sin embargo, ni personas ni animales ni ningún otro mecanismo hacían girar las inmensas norias de madera que había sobre los canales, las cuales permanecían inmóviles, y los cangilones de barro alrededor de su rueda no levantaban ni vertían agua. En la parte más ancha y verde del valle está el punto de máxima aproximación entre el Furat y el otro gran río que fluye hacia el sur de ese país, el Diylah, a veces llamado Tigris, que según se supone es uno de los otros ríos del Jardín del Edén. En ese caso, la tierra situada entre los dos ríos sería probablemente el lugar donde estaba situado el jardín bíblico. Y en caso de que así fuera, el jardín, cuando nosotros lo vimos, estaba tan vacío de habitantes, hombres y mujeres, como inmediatamente después de la expulsión de Adán y Eva.

En aquella región dirigimos nuestros caballos hacia el este del Furat y cabalgamos diez farsajs más hasta el Diylah; cruzamos el río por un puente construido con cascos

vacíos de barcas que sostenían una pasarela de tablas y llegamos a Bagdad, situada en la orilla oriental.

La población de la ciudad, como la de los campos de alrededor, había disminuido terriblemente durante el asedio y toma de la ciudad por Hulagu. Pero en los últimos quince años aproximadamente gran parte de sus habitantes habían regresado y reparado los daños sufridos. Los mercaderes de la ciudad parecen ser más resistentes que los campesinos. Igual que los primitivos beduinos, los civilizados comerciantes parecen recuperarse rápidamente de las adversidades del desastre. En el caso de Bagdad, probablemente se deba a que muchos de sus mercaderes no eran musulmanes pasivos y

fatalistas, sino judíos y cristianos irrefrenablemente enérgicos; algunos de ellos procedían de Venecia, y los de Génova eran incluso más numerosos. O quizá Bagdad se recuperó porque es una importante encrucijada comercial, y por tanto una ciudad muy necesaria. Además de ser término occidental de la Ruta terrestre de la Seda, es término septentrional de la ruta marítima de las Indias. La ciudad no está

propiamente junto al mar, claro, pero en su río Diylah hay un denso tráfico de grandes barcas fluviales que descienden llevadas por la corriente, o que suben contra corriente impulsadas por las pértigas, comunicando Bagdad con Basora, una ciudad situada en el sur, en el golfo Pérsico, adonde llegan los navíos árabes de alta mar. En todo caso, y sean cuales fueren los motivos que favorecieron la recuperación, Bagdad era, cuando nosotros llegamos allí, lo que había sido antes de los mongoles: un centro comercial rico, vital y activo.

Era una ciudad tan bella como activa. De todas las ciudades orientales que había conocido hasta entonces, Bagdad era la que más me recordaba a mi nativa Venecia. Los muelles del Diylah estaban tan llenos, y eran tan tumultuosos, caóticos y olorosos como la Riva de Venecia, aunque los barcos que se veían allí, todos construidos y tripulados por árabes, no podían compararse en modo alguno con los nuestros. Eran embarcaciones alarmantemente primitivas para confiarlas al agua, construidas sin clavijas, ni clavos ni sujeciones de hierro de ningún tipo; las tablas del casco estaban cosidas con cuerdas de alguna fibra basta. Sus costuras e intersticios no estaban recubiertos con brea para impermeabilizarlos, sino con una especie de grasa hecha con aceite de pescado. El más grande de estos barcos tenía un único remo de dirección, y no era demasiado manejable pues estaba firmemente engoznado en medio de la popa. Otra cosa deplorable de estos barcos árabes era el sucio sistema de almacenar sus cargamentos. Después de llenar la bodega con una carga de todo tipo de comestibles, dátiles, frutos, grano y cosas por el estilo, los barqueros árabes solían llenar la cubierta situada directamente sobre la bodega con un rebaño de animales, formado a menudo por caballos árabes de calidad. Eran animales realmente hermosos, pero evacuaban con tanta frecuencia y cantidad como cualquier caballo, y sus excrementos goteaban y se filtraban entre las tablas e iban a parar sobre el cargamento de comestibles guardados bajo cubierta. Bagdad no está, como Venecia,

comunicada por canales, pero sus calles siempre están rociadas de agua para que el polvo no se levante; y eso les da una fragancia húmeda que me recordaba a los canales. La ciudad tiene también muchas plazas abiertas, equivalentes a las piazze de Venecia. Algunas son plazas de mercado, los bazares; pero la mayoría son jardines públicos, pues los persas son unos enamorados de los jardines.

(Según supe después la palabra que en farsi significa jardín, pairi-daeza, se transformó en nuestro término bíblico Paraíso.) En estos jardines públicos hay bancos para que los paseantes descansen, arroyuelos que fluyen, muchos pájaros con sus nidos, árboles, arbustos, plantas perfumadas y flores radiantes, especialmente rosas, porque los persas son unos apasionados de las rosas. (A cualquier flor la llaman gul, aunque esa palabra en farsi significa concretamente rosa.) Asimismo, los palacios de las familias nobles y las grandes casas de los ricos mercaderes están construidas alrededor de jardines privados, tan amplios, tan repletos de rosas y de pájaros, y tan parecidos a paraísos terrenales como los jardines públicos.

Supongo que en mi cabeza los términos musulmán y árabe eran intercambiables, y por tanto pensaba que toda comunidad musulmana debía ser indistinguible en cuanto a suciedad, bichos, mendigos y hedor se refiere de las ciudades, pueblos y puebluchos árabes que había atravesado. Me sorprendió agradablemente descubrir que los persas, aunque sean de religión islámica, tienden a mantener limpios sus edificios, sus calles, sus vestidos y a ellos mismos. También, la proliferación de flores por todas partes y una

relativa disminución de mendigos hacían de Bagdad una ciudad más agradable y hasta menos pestilente, excepto, inevitablemente, alrededor del muelle y de los mercados del bazar.

Como es lógico, casi toda la arquitectura de Bagdad era peculiarmente oriental, sin embargo no resultaba totalmente exótica a mis ojos de occidental. Vi muchas filigranas de encaje hechas en piedra, los arabeschi, que Venecia también ha adoptado en la fachada de algunos edificios. Bagdad seguía siendo una ciudad musulmana, a pesar de haber sido absorbida por el kanato, pues los mongoles, a diferencia de la mayoría de conquistadores, no imponen en ningún lugar cambios de religión; y como tal estaba sembrada de esos grandes templos musulmanes, las masyids. Pero sus inmensas cúpulas no eran muy distintas de las de San Marcos y de las demás iglesias venecianas. Sus estilizadas torres de minarete apenas se diferenciaban de los campanili de Venecia, únicamente en que su sección solía ser redonda y no cuadrada y en que tenían balconcitos en la cúspide desde donde los muecines gritaban de vez en cuando para anunciar las horas de la oración.

Por cierto, en Bagdad todos estos muecines eran ciegos. Yo pregunté si era una condición necesaria para ese cargo, alguna exigencia del Islam, y me contestaron que no. Los ciegos hacen esta función de muecín convocando a la oración por dos razones prácticas. Como están incapacitados para la mayoría de los demás empleos, no

pueden pedir por éste una paga alta. Y tampoco pueden aprovecharse pecaminosamente de su elevada posición, literalmente hablando; es decir, no pueden mirar lascivamente a cualquier mujer decente que suba a su azotea a quitarse el velo, o a veces algo más, y a tomar un baño de sol privado.

El interior de una masyid es muy distinto al de nuestras iglesias cristianas. En ninguna de ellas, y en ningún lugar, se encuentran estatuas, pinturas ni ninguna imagen reconocible. Creo que el Islam reconoce tantos ángeles, santos y profetas como el cristianismo, sin embargo, no permite ninguna representación, ni de ellos ni de ninguna otra criatura viva o que haya vivido alguna vez. Los musulmanes creen que Alá, como nuestro Dios Señor, creó todas las cosas vivientes. Pero a diferencia de nosotros, los cristianos, mantienen que toda creación, incluso una simple imitación de algo vivo en pintura, madera o piedra, debe estar reservada siempre a Alá. Su Corán les advierte que el Día del Juicio, cualquier creador de cualquier imagen se verá obligado a darle vida; si no puede hacerlo, y evidentemente no podrá, se le condenará al infierno por haberse imaginado capaz de realizar una imitación. Y aunque una masyid musulmana o un palacio o una mansión siempre tienen una gran riqueza decorativa, estas decoraciones no representan nada: consisten solamente en formas y colores y en intrincadas arabeschi. A veces es posible distinguir que estas formas están tejidas con la típica escritura árabe de gusanitos, construyendo alguna frase o versículo del Corán. (Estas cosas tan raras que aprendí sobre el Islam, y muchas otras cosas extrañas que también aprendí, se debieron a que en mi estancia en Bagdad primero tuve un maestro, y después otro, ambos raros y extraordinarios, pero ya hablaré de ellos en su momento.) Me impresionó especialmente un tipo de decoración que veía en las habitaciones interiores de todos los edificios privados y públicos de Bagdad. He de decir que la vi allí

por primera vez, pero que después la seguí viendo en otros palacios, viviendas y templos a lo largo de toda Persia y también en otros lugares de Oriente. Creo que podría aprovechar la idea cualquier persona en cualquier lugar del mundo que ame los jardines, y ¿quién no ama un jardín?

En realidad, es una manera de meter un jardín dentro de casa, sin tener que cuidarlo, ni escardarlo ni regarlo nunca. En Persia le llaman qali, y consiste en una especie de alfombra o tapiz que se extiende en el suelo o se cuelga de una pared, pero no se parece

a ningún otro objeto occidental que yo conozca. El qali está coloreado con todos los colores de un exuberante jardín, y sus líneas forman el perfil de multitud de flores, parras, enredaderas y hojas, o sea todos los elementos de un jardín, formando bellos dibujos. (Sin embargo, para respetar la prohibición coránica de las imágenes, las flores representadas en un qali persa no se parecen a ninguna conocida.) La primera vez que vi un qali pensé que el jardín debía de estar pintado o bordado encima. Pero al examinarlo detenidamente me di cuenta de que toda esa complejidad estaba tejida. Me maravillaba que un tejedor de tapices pudiera lograr algo tan delicioso,

simplemente con la urdimbre y la trama de hilazas teñidas, y hasta al cabo de algún tiempo no descubrí el maravilloso modo de realizarlo.

Pero con esto me he anticipado ya a mi historia.

Los tres llevamos nuestros cinco caballos a través del tambaleante y ondulante puente de barcas que se tendía sobre el río Diylah. En el muelle de Bagdad, que estaba lleno de personas de todas las razas, vestidos y lenguas, nos acercamos al primero que vimos vestido con ropa occidental. Era un genovés; pero debo aclarar que todos los occidentales cuando están en Oriente se tratan entre sí con bastante cordialidad, incluso los genoveses y los venecianos, a pesar de sus rivalidades comerciales y de que sus repúblicas nativas puedan en ese momento estar enzarzadas en una de sus frecuentes guerras marítimas. El mercader genovés nos dijo amablemente el nombre del actual sha, shahinshah Zaman Mirza, y nos indicó el palacio, situado en «el barrio Karj, reservado a la realeza».

Cabalgamos hacia allí, encontramos el palacio en un jardín cercado y nos dimos a conocer a los guardas de la puerta. Los cascos de estos guardas parecían de oro macizo, aunque era imposible porque su peso habría resultado insoportable; pero aunque sólo fueran de madera o cuero chapado, eran objetos de gran valor. Eran también objetos interesantes pues su forma permitía que sus portadores dejaran ver una abundancia de pelo y patillas con dorados rizos. Uno de los guardas entró por la puerta y atravesó el jardín hasta el palacio. Cuando regresó y nos hizo señales, otro guarda se hizo cargo de nuestros caballos y nosotros entramos.

Nos condujeron a una habitación con suelos y paredes ricamente revestidos de magníficos qalis donde se hallaba el shahinshah, medio sentado medio reclinado sobre un diván de almohadones amontonados, de colores también luminosos y ricas telas. Pero él no iba vestido con tonos alegres: desde el turbante hasta las babuchas, sus atuendos eran de un uniforme marrón pálido. Para los persas, éste es el color del luto, y el sha entonces siempre vestía de marrón pálido para lamentar su perdido imperio. Nos sorprendió bastante, por tratarse de una casa musulmana, ver que una mujer ocupaba otro montón de cojines a su lado, y que en la sala se encontraban otras dos mujeres. Hicimos las pertinentes reverencias acompañadas de salaams, y aún estábamos inclinados cuando mi padre saludó al shahinshah en lengua farsi, y luego levantó sobre sus dos manos la carta del kan Kubilai. El sha la cogió y leyó en voz alta su saludo:

—«Serenísimos, potentísimos, altísimos, nobles, ilustres, honorables, sabios y prudentes emperadores, ilkanes, shas, reyes, señores, príncipes, duques, condes, barones y caballeros, como también magistrados, oficiales, jueces y regentes de todas las buenas ciudades y lugares, sean eclesiásticos o seculares, quienes vean este firman o lo oigan leer…»

Cuando el shahinshah hubo estudiado el documento entero, nos dio la bienvenida,

dirigiéndose a cada uno de nosotros como «mirza Polo». Eso resultaba un poco confuso, pues yo había entendido que mirza era uno de sus nombres. Pero según observé, él utilizaba la palabra como un título honorífico de respeto, equivalente al jeque de los árabes. Y finalmente, me di cuenta de que mirza delante de un nombre significa lo

mismo que micer en Venecia, y cuando se pospone al nombre significa realeza. El nombre del sha en realidad era simplemente Zaman, y su título entero de shahinshah significa sha de todos los shas; y nos presentó a la dama que estaba junto a el como a su primera esposa real o shahryar, con el nombre de Zahd.

Eso fue prácticamente todo lo que consiguió decir ese día, porque en cuanto la shahryar Zahd se introdujo en la conversación demostró ser una efusiva e incansable habladora. Nos dio su bienvenida personal a Persia, a Bagdad y al palacio, interrumpiendo primero a su marido, y luego haciéndole callar; mandó a nuestro guardián acompañante que regresara a la puerta, golpeó un pequeño gong que tenía a su lado para hacer venir a un maggiordomo de palacio, al que según nos dijo llamaban visir; le dio instrucciones para que preparase nuestros aposentos en palacio y nos asignó

nuestros criados. Luego nos presentó a las otras dos mujeres de la sala: una era su madre y la otra la hija mayor de ella y del sha Zaman, y nos informó de que ella misma, Zahd Mirza, era una descendiente directa de la fabulosa Balkis, reina de Sabea, que por supuesto también lo eran su madre y su hija; y nos recordó que la famosa visita de la reina Balkis al Padsha Solaiman estaba citada tanto en los anales del Islam como en los del judaísmo y cristianismo (observación que me permitió reconocer a la reina de Saba y al rey Salomón bíblicos). Luego siguió informándonos de que la propia reina Balkis era una yinniyeh, descendiente de un demonio llamado Eblis, que era el yinni jefe de todos los demonios yinn, y que además…

—Contadnos, mirza Polo —dijo el sha casi desesperadamente a mi padre —, algo de vuestro viaje.

Mi padre obedientemente comenzó un relato de nuestros viajes, pero no había llegado a sacarnos aún de la laguna de Venecia cuando la shahryar Zahd saltó con una descripción lírica de varias piezas de cristal de Murano que había comprado recientemente a un mercader veneciano en el centro de Bagdad, y eso le trajo a la memoria un viejo cuento persa poco conocido sobre un vidriero que en una ocasión fabricó un caballo de vidrio soplado y persuadió a un yinni para que con un hechizo mágico hiciera volar al caballo como un pájaro, y…

El cuento era bastante interesante, pero inverosímil, o sea que trasladé mi atención a las otras dos mujeres de la sala. La presencia misma de mujeres en una reunión de hombres, sin mencionar la incansable garrulería de la shahryar, era prueba de que los persas no ocultan ni secuestran a sus mujeres como la mayoría de los demás

musulmanes. Los ojos de aquellas mujeres podían verse sobre un simple medio velo chador, que además era bastante transparente y no ocultaba la nariz, la boca ni la barbilla. Vestían en la parte superior del cuerpo blusa y chaleco, y en la inferior el voluminoso pai-yamah. Sin embargo, aquellas ropas no eran gruesas ni con abundantes capas como las de las mujeres árabes, sino gasas finas y translúcidas que permitían fácilmente distinguir y apreciar las formas de sus cuerpos.

Sólo eché un vistazo a la envejecida abuela: arrugada, huesuda, jorobada, casi calva, con desdentadas encías que apretaba sobre sus granulosos labios, con ojos enrojecidos y legañosos. Una mirada al vejestorio me bastó. Pero su hija, la shahryar Zahd Mirza, era una mujer excepcionalmente bella, por lo menos cuando no hablaba, y la hija de ella era una muchacha de mi edad, de magnífica belleza y buen talle. Era la princesa heredera o shahzrad, se llamaba Magas, que significa mariposa nocturna, y llevaba como subtítulo el mirza real. He olvidado decir que los persas no son, como los árabes, de tez oscura y fangosa. Aunque todos tienen también el cabello negro azulado y los hombres llevan barbas del mismo color, como la de tío Mafio, su piel es tan clara como la de cualquier veneciano, y muchos no tienen los ojos de color marrón sino más claros. La shahzrad Magas Mirza en ese momento me estaba calibrando con sus ojos verde esmeralda.

—Hablando de caballos —dijo el sha agarrándose a la cola del caballo volador del cuento, antes de que su mujer pudiera recordar alguna otra historia —, vosotros, caballeros, deberíais pensar en cambiar vuestros caballos por camellos antes de abandonar Bagdad. Yendo hacia el oeste hay que atravesar el Dast-e-Kavir, un inmenso y terrible desierto. Los caballos no pueden resistir…

—Los caballos mongoles pudieron —le contradijo agudamente su esposa —. Un mongol va a cualquier parte a caballo, y ninguno cabalgó jamás un camello. Os contaré cómo desprecian y maltratan a los camellos. Cuando estaban sitiando esta ciudad, los mongoles capturaron una manada de camellos, los cargaron con fardos de hierba seca, prendieron fuego al heno e hicieron huir a los pobres animales por nuestras calles. Los camellos, con el fuego quemando ya su piel y sus gibas de grasa corrían en estampida, enloquecidos por la agonía, y era imposible capturarlos. Recorrieron a toda velocidad nuestras calles, de un lado a otro, y prendieron fuego a casi todo Bagdad, antes de que las llamas los consumieran, atacaran sus centros vitales y murieran desplomados.

—Vuestro viaje —nos dijo el sha, cuando la shahryar se detuvo para tomar aliento — puede ser mucho más corto si hacéis parte del camino por mar. Desde aquí podríais dirigiros hacia el sureste, a Basora, o incluso más hacia el golfo, a Hormuz, y comprar pasaje para algún barco que vaya a la India.

—En Hormuz —dijo la shahryar Zahd —cada hombre sólo tiene el pulgar y los dos dedos exteriores de la mano derecha. Y os diré por qué. Esa ciudad portuaria ha conservado durante muchos años su importancia e independencia, debido a que todos

sus ciudadanos se han entrenado siempre como arqueros en su defensa. Cuando los mongoles asediaron Hormuz bajo el mando del ilkan Hulagu, el ilkan hizo un ofrecimiento a los padres de la ciudad. Les dijo que si le prestaban sus arqueros el tiempo necesario para ayudarlos a conquistar Bagdad, dejaría en pie Hormuz, mantendría su independencia y dejaría con vida a sus ciudadanos arqueros. También prometió que permitiría a los hombres volver a Hormuz para defenderla de nuevo. Los padres de la ciudad aceptaron, y sus nombres, aunque a regañadientes, se unieron a Hulagu en el asedio de esta ciudad, lucharon con valor, y finalmente nuestra querida Bagdad fue derrotada.

Tanto ella como el sha suspiraron profundamente.

—Bien —continuó la shahryar —, a Hulagu le impresionó tanto el valor y la destreza de los hombres de Hormuz que, acto seguido, los mandó acostarse con todas las jóvenes mujeres mongoles que acompañan siempre a sus ejércitos. Como veis, Hulagu deseaba incorporar la potencia de la simiente de Hormuz a la descendencia mongol. Tras varias noches de forzosa cohabitación, cuando Hulagu supuso que sus hembras se habían impregnado suficientemente, mantuvo su promesa y liberó a los arqueros para que volvieran a Hormuz. Pero antes de dejarlos partir, amputó a cada hombre los dos dedos que sujetan la cuerda del arco. En efecto, Hulagu cogió el fruto de los árboles y luego los taló. Aquellos hombres mutilados no podían en absoluto defender Hormuz, y por supuesto la ciudad pronto se convirtió, como nuestra querida y derrotada Bagdad, en una posesión del kanato mongol.

—Querida mía —dijo el sha, aturdido —, estos caballeros son emisarios de ese kanato. La carta que me presentaron es un firman del propio gran kan Kubilai. Dudo mucho que les divierta oír relatos sobre… ejem, sobre la mala conducta de los mongoles.

—Oh, no, podéis contar atrocidades con toda libertad, sha Zaman —tronó mi tío sinceramente —. Aún somos venecianos, no mongoles adoptivos, ni apologistas suyos.

—En ese caso podré contaros —prosiguió la shahryar, inclinándose de nuevo con impaciencia —el trato terrorífico que Hulagu dio a nuestro califa al-Mustasim-Billah, el hombre más santo del Islam.

El sha suspiró otra vez y fijó su mirada en un punto lejano de la habitación.

—Como quizá vos ya sabéis, mirza Polo, Bagdad era para el Islam lo que Roma es para la cristiandad. Y el califa de Bagdad era para los musulmanes lo que vuestro Papa es para los cristianos. Así, cuando Hulagu sitió esta ciudad, propuso las condiciones de la rendición al califa Mustasim, no al sha Zaman —dirigió un rápido parpadeo despreciativo a su marido —. Hulagu ofreció levantar el cerco si el califa accedía a ciertas peticiones, entre ellas entregar gran cantidad de oro, pero éste se negó diciendo:

«Nuestro oro alimenta nuestro santo Islam.» Y el sha reinante no se opuso a esta decisión.

—¿Qué podía hacer yo? —preguntó el sha con débil voz, como si fuese un tema ya muy discutido —. El poder espiritual es superior al temporal.

Su mujer continuó implacable:

—Bagdad podía haber resistido a los mongoles y a sus aliados de Hormuz, pero no pudo resistir el hambre impuesta por el asedio. Nuestro pueblo comió todo lo comestible, hasta ratas de ciudad, pero la gente se fue debilitando, muchos murieron y los demás ya no pudieron seguir luchando. Cuando la ciudad inevitablemente cayó, Hulagu encarceló

al califa Mustasim en reclusión solitaria, y le hizo padecer más hambre todavía. Al final, el viejo santo tuvo que suplicar que le dieran de comer. Hulagu con sus propias manos le dio una bandeja llena de monedas de oro, y el califa gimió: «Ningún hombre puede comer oro.» Entonces Hulagu dijo: «Tú lo llamaste alimento cuando yo te lo pedí. ¿No alimentaba vuestra ciudad santa? Reza, entonces, para que te alimente a ti.» Luego fundió el oro y vertió el metal líquido incandescente en la garganta del anciano, matándole de un modo horrible. Mustasim fue el último representante de un califato que había durado más de quinientos años, y ahora Bagdad ya no es ni la capital de Persia ni del Islam.

Movimos la cabeza en un gesto de debida conmiseración, lo cual animó a la shahryar a añadir:

—Un ejemplo de lo bajo que ha caído el shanato: aquí, mi marido, el sha Zaman, que fue en el pasado shahnishah de todo el Imperio persa, actualmente se dedica ¡a cuidar palomas y a recoger cerezas!

—Querida… —dijo el sha.

—Es verdad. Uno de los kanes menores de algún lugar de Oriente, a quien ni siquiera conocemos, tiene afición a las cerezas maduras. También le encantan las palomas, y sus palomas están amaestradas para regresar siempre a casa desde cualquier lugar a donde las lleven. Ahora tenemos varios cientos de esas ratas emplumadas en un palomar situado junto a los establos de palacio, y hay una diminuta bolsa de seda para cada una. Mi marido, el emperador, ha recibido órdenes. El próximo verano, cuando nuestras huertas maduren, tenemos que recoger las cerezas, poner una o dos en cada bolsita, atarlas a las patas de las palomas y dejarlas sueltas. Del mismo modo que el ave ruj lleva por el aire a hombres, leones y princesas, las palomas llevarán nuestras cerezas al ilkan que las espera. Si no pagamos este humillante tributo, sin duda vendrá desbocado desde Oriente y volverá a asolar nuestra ciudad.

—Querida, estoy seguro de que los caballeros están cansados de… su viaje —dijo el

sha, que parecía él mismo bastante fatigado. Tocó el gong para llamar al visir una vez más, y nos dijo —: Desearéis descansar y refrescaros. Hacedme el honor, pues, de cenar con nosotros esta noche.

El visir, un hombre melancólico y de mediana edad llamado Yamsid, nos mostró

nuestros aposentos, tres habitaciones comunicadas por puertas. Todas estaban bien amuebladas, con muchos qali en suelos y paredes, ventanas con taracea de piedra y vidrios incrustados, y mullidas camas con edredones y almohadas. Ya habían trasladado

el equipaje de nuestros caballos hasta allí.

—Y aquí tenéis un criado para cada uno —dijo el visir, presentando a tres esbeltos jóvenes barbilampiños —. Todos ellos son expertos en el arte indio del champna, y lo ejecutarán para vosotros después de visitar el hammam.

—Ah, sí —dijo mi tío Mafio con voz complacida —. No tenemos probado un champú, Nico, desde que atravesamos el Tazhikistán.

Así que nos sometimos de nuevo al lavado y refrigerio de un hammam, elegantemente instalado en esta ocasión, en donde nuestros tres jóvenes criados nos sirvieron de masajistas. Después nos tumbamos desnudos en las camas separadas de nuestras respectivas habitaciones, para proceder al llamado champna (o champú, como lo había pronunciado mi tío). Yo no tenía ni idea de qué podía esperar; me sonaba como un espectáculo de danza. Pero resultó que el criado me restregó, me golpeó y amasó todo mi cuerpo, más enérgicamente que en los masajes de hammam, y no con la intención de expulsar la suciedad del cuerpo sino de ejercitar cada parte de tal manera que uno se sintiera incluso más saludable y vigorizado que después de un baño en el hammam. Mi joven sirviente, Karim, me daba golpes, me pellizcaba y me retorcía; y al principio era doloroso. Pero al cabo de un rato, mis músculos, articulaciones y tendones, entumecidos por el largo trayecto a caballo, comenzaron a destensarse y desatarse bajo ese asalto; y poco a poco fui disfrutándolo, noté cierto alivio y sentí el hormigueo de la vitalidad. Como era de esperar, una parte impertinente comenzó a avivarse indiscretamente, y eso me produjo cierto embarazo. Luego me sorprendió que Karim, con mano evidentemente diestra, comenzara a ejercitar también esa parte.

—Eso puedo hacerlo yo mismo —dije secamente —si lo considero necesario. Se encogió de hombros con delicadeza y respondió:

—Como el mirza mande. Cuando el mirza ordene —y se concentró en partes mías no tan íntimas.

Finalmente cesó el magreo, y yo seguí tumbado dudando entre echarme una siestecita o levantarme de un salto para hacer ejercicios atléticos, y él pidió que le excusara:

—Debo atender al mirza, vuestro tío —me explicó —. Pues un hombre tan grande nos necesitará a nosotros tres para que le hagamos un champna adecuado. Le di mi venia para que se fuera y me abandoné a mi somnolencia. Creo que mi padre también durmió el resto de la tarde, pero tío Mafio debió de someterse a una sesión completa y concienzuda, porque los tres jóvenes justamente salían de su habitación cuando Yamsid vino a vernos vestido para la cena. Nos traía prendas nuevas y aromatizadas con mirra al estilo persa: el ligero pai-yamah, la holgada camisa de ajustados puños, cortos chalecos y bellamente bordados para ponernos encima de la camisa, kamarbands para ceñirnos el talle, zapatos de seda de puntas curvadas hacia arriba, y turbantes en vez de kaffiyahs para la cabeza. Mi padre y mi tío se ataron su turbante con gran habilidad y perfectamente; pero el joven Karim tuvo que enseñarme a atar y plegar el mío. Cuando estuvimos vestidos, todos parecíamos mirzas excepcionalmente guapos, nobles y genuinamente persas.

2

El visir Yamsid nos condujo a un comedor grande, aunque no imponente, iluminado con antorchas y rodeado de criados y ayudantes. Todos eran hombres, y únicamente se sentó con nosotros ante el suntuoso mantel el sha Zaman. Vi con cierto alivio que la poca ortodoxia de palacio no llegaba hasta el punto de dejar que las mujeres se sentaran a comer normalmente con los hombres, violando así la costumbre musulmana. El sha y nosotros cenamos sin ser interrumpidos por la facundia de la shahryar, y él sólo habló

de su esposa una vez:

—La primera esposa, que es de sangre real sabea, nunca se resignó a que ese shanato estuviera anteriormente subordinado al califa ni de que ahora esté subordinado al kanato. La shahryar Zahd, como una yegua árabe de pura sangre, corcovea para no ser enjaezada. Pero, por lo demás, es una excelente consorte, y más tierna que la cola de un cordero bien cebado.

Sus símiles de corral quizá explicaban que ella pareciese ser el gallo de ese corral y él la gallina más picoteada, pero a mi entender no lo excusaban. Sin embargo, el sha resultó una agradable compañía y bebió con nosotros como un cristiano; liberado de su mujer era un buen conversador. Cuando yo comenté que me emocionaba estar siguiendo los mismos caminos que Alejandro el Magno había recorrido, el sha dijo:

—Esos caminos terminaron no lejos de aquí, como vos sabéis, después de que Alejandro regresara de conquistar Cachemira, Sind y el Punjab indio. Sólo a catorce farsajs de aquí están las ruinas de Babilonia en donde Alejandro murió, según se dice, de una fiebre producida al beber en exceso vino de Shiraz.

Agradecí la información al sha, pero en mi fuero interno me preguntaba si alguien podía beber una dosis mortal de aquel líquido pegajoso. Hasta en Venecia había oído a algunos viajeros recordar con entusiasmo el vino de Shiraz, y también se elogiaba

mucho en canciones y fábulas, pero nosotros lo bebimos en aquella misma comida y a mí me pareció que no llegaba a la altura de su reputación. Es un vino de un color naranja poco apetitoso, empalagosamente dulce y espeso como la melaza. Llegué a la conclusión de que para beber cierta cantidad había que estar empeñado en emborracharse.

Sin embargo, los demás componentes de la comida fueron de una exquisitez incalificable. Había pollo cocinado con zumo de granada, cordero lechal adobado y asado a la manera llamada kabab; un sorbete de sabor a rosas enfriado con nieve; un dulce hinchado y tembloroso, como un turrón batido, hecho de fina harina blanca, crema, miel y delicadamente condimentado con aceite de pistacho, llamado bales. Después de la comida nos recostamos en nuestros almohadones y sorbimos un exquisito licor de pétalos de rosa exprimidos, mientras contemplábamos a dos luchadores de la corte, desnudos, relucientes y embadurnados con aceite de almendra, que intentaban doblarse el uno al otro o partirse en dos. Acabaron la demostración ilesos, y después escuchamos a un juglar de corte tocar un instrumento de cuerda llamado al-ud, muy parecido a un laúd, mientras recitaba poemas persas, de los cuales sólo puedo recordar que cada línea terminaba con una especie de chillido de ratón o sollozo lastimero. Cuando terminó el tormento, los mayores me dieron permiso para ir a divertirme solo, si lo prefería. Fue lo que hice y dejé a mi padre y a mi tío discutiendo con el sha sobre las diferentes rutas terrestres y marítimas que podíamos tomar al salir de Bagdad. Me marché de la habitación y caminé por un largo pasillo, con muchas puertas cerradas guardadas por gigantes que llevaban lanzas o sables simsir. Todos lucían el mismo tipo de casco que había visto en las puertas de palacio, pero algunos de aquellos guardias tenían la cara negra como los africanos o marrón como los árabes, lo cual no hacía juego con el pelo de los cascos esculpidos en oro.

Al final del pasillo, encontré un arco sin vigilante que conducía aun jardín exterior, y allí me metí. La luna llena, como una enorme perla refulgente en el negro terciopelo de la noche, iluminaba suavemente los lisos senderos de grava y los exuberantes arriates de flores. Me paseé por allí distraídamente, admirando aquellas flores nuevas para mí, que me resultaban aún más extrañas con el brillo de aquella luz perleante. Después me hallé

ante algo tan insólito Que me asombró: un arriate que, de modo visible y en todo su conjunto, estaba haciendo algo. Me detuve intrigado a contemplar esa cosa que parecía

tener un comportamiento deliberado y tan poco vegetal. El arriate de flores cubría una enorme área circular, dividida a guisa de pastel en doce porciones, y cada segmento estaba densamente cubierto por una variedad distinta de flores plantadas. Todas ellas estaban en el momento de la floración, pero en diez de las porciones las flores habían cerrado sus capullos, como hacen muchas flores de noche. Sin embargo, en un segmento, algunas flores rosa pálido comenzaban a cerrar sus pétalos, y en el

segmento contiguo unas flores blancas de gran tamaño abrían en aquel momento sus capullos derramando en la noche un embriagador perfume.

—Es el gulsa'at —dijo una voz que también parecía perfumada. Me di la vuelta y vi a la joven y linda shahzrad y, algunos pasos detrás suyo, a la anciana abuela. La princesa Magas continuó:

—Gulsa'at significa esfera de flores. En vuestro país tenéis relojes de arena y de agua para saber la hora, ¿no es cierto?

—Sí, shahzrad Magas Mirza —respondí, procurando utilizar su insigne nombre entero.

—Puedes llamarme Magas —dijo con una dulce sonrisa, visible a través de su diáfano chador. Señaló al gulsa'at —. Esta esfera de flores también nos indica las horas, pero no hay que darle la vuelta ni rellenarla nunca. En este arriate redondo, cada especie de flor se abre de modo natural a cierta hora del día o de la noche, y se cierra a otra. Se han seleccionado por la regularidad de sus hábitos, y están plantadas siguiendo una secuencia determinada, y ¡mirad!… anuncian silenciosamente cada una de las doce horas que nosotros contamos de un atardecer a otro.

—Esta esfera es tan bella como vos, princesa Magas —dije osadamente.

—Mi padre, el sha, disfruta midiendo el tiempo —explicó ella —. Aquélla es la masyid de palacio en donde rezamos, pero es también un calendario. En una de las paredes hay unos orificios para que el sol en su giro dirija cada amanecer su luz de un agujero a otro, indicando el día y el mes.

Yo, de un modo parecido, di la vuelta lentamente alrededor de la muchacha hasta situarla entre la luna y yo, para que su luz se filtrara por su transparente vestido y perfilara su delicioso cuerpo. Sin duda, la vieja abuela captó mi intención, porque me sonrió malignamente dejando ver sus peladas encías.

—Y aquello de más allá —continuó la princesa —es el anderun, donde residen todas las demás mujeres y concubinas de mi padre. Tiene más de trescientas, o sea que si quisiera podría estar con una diferente casi cada noche del año. Sin embargo, prefiere a mi madre, la primera esposa, y lo único malo es que ella se pasa la noche hablando. Por eso mi padre sólo se acuesta con alguna de las otras cuando desea tener un sueño tranquilo. Mientras miraba el cuerpo de la shahzrad que la luna me revelaba, sentí que mi propio cuerpo se excitaba tan vivamente como durante la sesión de champna. Me alegré de no llevar las ceñidas calzas venecianas, porque hubieran marcado escandalosamente mis protuberancias. Vestido como iba, con un simple pai-yamah, pensaba que mi erección no era visible. Pero la princesa Magas debió de notarlo no sé cómo, porque para enorme asombro mío dijo:

—Te gustaría llevarme a la cama y hacer zina conmigo, ¿no es cierto?

Yo balbuceé, después tartamudeé, y finalmente conseguí decir:

—Seguramente, no deberíais hablar así, princesa, en presencia de vuestra real abuela. Supongo que es vuestra… —como no sabía la palabra en farsi, lo dije en francés —, vuestro chaperon, ¿no?

La shahrzad hizo un gesto indiferente y dijo:

—La vieja está tan sorda como ese guisa at. No te preocupes y contéstame. Te gustaría meter tu zab en mi mihrab, ¿no?

Yo, tragando saliva, y a punto de atragantarme, respondí:

—¿Cómo podría aspirar a tanto?… porque… una alteza real… Ella asintió con la cabeza y dijo expeditivamente:

—Creo que podemos arreglarlo. No, no me agarres ahora. La abuela puede ver, aunque no pueda oír. Debemos ser discretos. Pediré permiso a mi padre para ser tu guía mientras estés aquí, y te enseñaré las delicias de Bagdad. Puedo ser muy buena guía de esas delicias. Ya lo verás.

Y con esto, se alejó por el jardín bañado por la luz de la luna, dejándome estupefacto y tembloroso, casi vibrando. Cuando regresé tambaleándome a mi habitación, Karim me estaba esperando para ayudarme a que me quitara las extrañas ropas persas; se rió, profirió exclamaciones admirativas y me dijo:

—¡Seguro que ahora el joven mirza dejará que complete el relajante champán! —se echó

aceite de almendra en la mano, y lo hizo como un gran experto; o sea que al poco rato caí lánguidamente dormido.

A la mañana siguiente dormí hasta tarde, igual que mi padre y mi tío, pues su consulta con el sha Zaman se había prolongado hasta bien entrada la noche. Mientras tomábamos el desayuno que los sirvientes trajeron a nuestra estancia, me dijeron que estaban considerando la propuesta del sha de viajar por mar hasta la India. Pero primero tenían que averiguar si era posible. Así que cada uno se trasladaría a un puerto del golfo, mi padre a Hormuz y mi tío a Basora, y verían si, como creía el sha, podían convencer a un capitán mercante árabe para que se prestara a llevar en su nave a unos comerciantes rivales de Venecia.

—Cuando hayamos resuelto la cuestión —dijo mi padre —nos volveremos a reunir aquí, en Bagdad, porque el sha querrá que llevemos de su parte muchos regalos para el gran kan. O sea, Marco, que puedes venir al golfo con uno de nosotros dos, o puedes quedarte aquí a esperarnos.

Pensando en la shahzrad Magas, pero teniendo el acierto de no mencionarla, dije que me quedaría, que así tendría la oportunidad de conocer Bagdad más a fondo. Tío Mafio replicó con un bufido:

—¿Quieres conocerla tan bien como conociste Venecia cuando estábamos de viaje? En verdad, no hay muchos venecianos que lleguen a conocer el Vulcano por dentro. —Y

preguntó a mi padre —: ¿Consideras prudente, Nico, dejar a este malanóso solo en una ciudad extranjera?

—¿Solo? —protesté —. Tengo al criado Karim, y… —de nuevo me abstuve de mencionar a la princesa Magas —y a toda la guardia de palacio.

—Esos son responsables ante el sha, no ante ti ni ante nosotros dijo mi padre —. Si te metieras de nuevo en algún apuro…

Yo, indignado, les recordé que mi último apuro había consistido en salvarlos de ser asesinados mientras dormían, que entonces me habían elogiado, y que por ese motivo seguía aún con ellos, y…

Mi padre me interrumpió severamente con un proverbio:

—Uno ve mejor hacia atrás que hacia adelante. No vamos a ponerte un guardián, hijo mío. Pero creo que sería una buena idea comprar un esclavo que fuese tu criado personal y mirara por tus intereses. Iremos al bazar.

El melancólico visir Yamsid nos acompañó para servirnos de intérprete si nuestro dominio del farsi resultaba insuficiente. Por el camino nos explicó algunas curiosidades que yo veía por primera vez. Por ejemplo, en la calle observé que los hombres no dejaban que sus barbas de color negro azulado encanecieran al envejecer. Vi que todos los hombres tenían la barba de un violento color rosa anaranjado, como el vino de Shiraz. Yamsid explicó que eso se conseguía con un tinte fabricado con las hojas de un arbusto llamado hinna, que las mujeres también utilizaban mucho como cosmético, y

los carreteros para adornar sus caballos. Debería mencionar que los caballos utilizados en Bagdad para arrastrar carruajes y carros no son los magníficos caballos árabes de cabalgadura, sino unos diminutos, no mayores que los perros mastines, y resultan muy bonitos con sus agitadas crines y colas teñidas de ese brillante color rosa anaranjado. Por las calles de Bagdad había personas de muchos otros países. Algunos vestían ropas occidentales y tenían, como nosotros, rostros que serían blancos si no los hubiera oscurecido el sol. Los había con la cara negra, marrón, otros de una especie de tono canela, y muchas caras parecían cueros curtidos. Éstos eran los mongoles de las guarniciones ocupantes, vestidos todos con armadura de cuero barnizado o con mallas metálicas, que caminaban con aire despectivo entre la

multitud de las calles dando zancadas y apartando de en medio a quien se interpusiera en su camino. También había por las calles muchas mujeres con teces de distintos tonos. Las personas vestían ligeros velos, algunas ni siquiera llevaban chador, costumbre bastante inusual en una ciudad musulmana. Pero, incluso en una ciudad liberal como Bagdad, ninguna mujer iba sola; cualquiera que fuese su raza o nacionalidad, siempre iba acompañada por una o varias mujeres o por un acompañante masculino de volumen considerable y rostro barbilampiño.

Me deslumbre tanto el bazar de Bagdad que apenas podía creer que aquella ciudad hubiera sido conquistada, saqueada y sometida a tributo por los mongoles. Debió de recuperarse dignamente de su reciente empobrecimiento, porque era el centro comercial más rico y próspero que había visto hasta entonces; superaba en mucho a todos los mercados de Venecia por la variedad, abundancia y valor de las mercancías en venta. Los mercaderes de telas esperaban con aire orgulloso entre los fardos y rollos de tejidos de seda, lana, pelo de cabra de Ankara, algodón, lino, pelo de camello fino y el camelote más grueso. Había tejidos orientales aún más exóticos, como la muselina de Mosul, el dungri de la India, el bajram de Bujara y el damasquillo de Damasco. Los comerciantes de libros exhibían volúmenes de fina vitela, de pergamino y papel, magníficamente ilustrados con muchos colores y pan de oro. La mayoría de los libros me resultaban incomprensibles, pues eran copias de obras de autores persas como Sadi y Nimazi, y porque, como es lógico, estaban escritos en farsi con la escritura árabe de convulsivos gusanillos. Pero al ver las ilustraciones de uno de ellos, titulado 1skandarnama, pude reconocer que se trataba de una versión persa de mi lectura favorita, El Libro de Alejandro.

En las boticas del bazar se apilaban frascos y ampollas de cosméticos para hombres y mujeres: al-kohl negro, malaquita verde, summaq marrón, hinna rojiza, enjuagues de colirio para dar brillo a los ojos, perfumes de nardo, mirra, incienso y attar de rosas. Había pequeñas bolsitas con un polvo fino casi impalpable que según dijo Yamsid eran semillas de helecho, empleadas para volverse invisibles quienes conocían los encantamientos mágicos que debían acompañarlos. Había un aceite llamado triaca que se obtenía exprimiendo pétalos y vainas de amapola; y según dijo Yamsid, los médicos lo recetaban para aliviar calambres y otros dolores, pero cualquier persona abatida por la vejez o la miseria podía comprarlo y tomárselo como una manera fácil de acabar con una vida insoportable.

El bazar también brillaba, relucía y fulguraba con metales preciosos, gemas y piezas de joyería. Pero de todos los tesoros que allí se vendían, el que más me gustó fue uno muy concreto. Había un mercader que vendía exclusivamente ejemplares de un cierto juego de mesa. En Venecia lo llaman, sin mucha imaginación, el Juego de los Cuadrados, y se juega con piezas baratas talladas en maderas ordinarias. En Persia ese juego se llama la Guerra de los Shas, y las piezas del juego son auténticas obras de arte, valoradas por encima de las posibilidades de cualquiera que no sea un sha auténtico o alguien de

equiparable riqueza. En un típico tablero que ofrecía ese mercader de Bagdad, los cuadrados eran de ébano y marfil alternados, materiales caros ya de por sí. Las piezas de un lado (el sha y su general, los dos elefantes, los dos camellos, los dos guerreros ruji y los ocho soldados de infantería pedayeh) era de oro incrustado con gemas y las otras dieciséis piezas del lado opuesto eran de plata incrustada con gemas. No puedo recordar el precio que pedían por él, pero era desorbitado. Tenía otros juegos de shas de diversos materiales: porcelana, jade, maderas preciosas, cristal puro; y todas las piezas estaban esculpidas tan exquisitamente como si fuesen estatuas en miniatura de monarcas vivientes con sus generales y sus hombres armados.

Vimos comerciantes de ganado, y no tan sólo de caballos, jacas, asnos y camellos, sino también de otros animales. Algunos los conocía sólo de oídas y los vi aquel día por primera vez, como un oso grande y peludo que me recordaba a mi tío Mafio; una especie de delicado ciervo llamado qazel, que la gente compraba para embellecer sus jardines; y un perro salvaje amarillo llamado saqal, que los cazadores podían amaestrar y entrenar para que atacara y matara a un jabalí en plena embestida. (Un cazador persa puede enfrentarse sólo con su cuchillo a un león salvaje, pero le da miedo encontrarse con un puerco salvaje. Si se tiene en cuenta que un musulmán evita incluso hablar de una comida de cerdo, seguramente debe considerar que morir en los colmillos de un jabalí es una muerte horrorosa, más allá de lo imaginable.) También vimos en el mercado de ganado el suturmurq, que significa «pájaro-camello», y que realmente parece un cruce de razas de estas dos criaturas distintas. El pájaro-camello tiene el cuerpo, las plumas y el pico de un ganso gigante, pero su cuello está desplumado y es largo como el de un camello, y sus dos patas son largas y desgarbadas como las cuatro de ese animal, y sus pies aplanados son tan grandes como las pezuñas del camello, y no puede volar más de lo que vuela un camello. Yamsid nos dijo que capturaban y guardaban este animal por la única cosa bonita que podía ofrecer: las ondulantes plumas que crecían en su grupa. También había monos en venta, el mismo tipo de los que a veces los toscos marineros llevan a Venecia, en donde se los llama simiazze: son esos monos tan grandes y feos como los niños etíopes. Yamsid llamó a esos animales nedyis, que significa «indeciblemente sucios», pero no me dijo el porqué de ese nombre ni qué

motivo tendría una persona, aunque fuese un marinero, para comprar un animal semejante.

En el bazar había muchos fardabab, o adivinos. Eran hombres viejos, resecos, con barbas anaranjadas, agachados detrás de bandejas llenas de arena cuidadosamente alisada. El cliente que pagaba una moneda sacudía la bandeja y la arena ondulaba formando unos dibujos que el viejo leía e interpretaba. También había muchos mendigos santos, los derviches, tan andrajosos, roñosos y sucios como los de cualquier ciudad oriental y con el mismo diabólico aspecto. Allí, en Bagdad, tenían una característica adicional: bailaban, brincaban, aullaban, se retorcían y agitaban tan violentamente como un epiléptico en pleno ataque. Supongo que al menos ofrecían cierto entretenimiento a cambio del bakchís que mendigaban. Antes de poder

inspeccionar alguno de los almacenes del bazar nos interrogó un funcionario del mercado, llamado recaudador de contribuciones, y tuvimos que convencerle de que poseíamos los medios tanto para comprar como para pagar la yizya, que es un impuesto que debe cotizar cualquier vendedor o comprador no musulmán. El visir Yamsid, aunque él mismo era un funcionario de la corte, nos dijo, privada y confidencialmente, que el pueblo despreciaba a todos aquellos funcionarios y empleados del gobierno de poca monta, y que los llamaban batlanim, que significa «los vagos». Cuando mi padre sacó delante de un vago de éstos una bolsa blanca de almizcle, cuyo valor era seguramente suficiente para pagar por lo menos un juego de

shas, el recaudador de contribuciones dijo con un gruñido de desconfianza:

—¿Os lo dio un armenio, habéis dicho? Entonces no creo que contenga almizcle de ciervo, sino su hígado troceado. Tendremos que comprobarlo. El vago cogió una aguja, una hebra y un diente de ajo. Enhebró la aguja y con ella atravesó el ajo varias veces, hasta que la hebra hedía fuertemente a ajo. Luego cogió la bolsa de almizcle y la atravesó con el hilo y la aguja una sola vez. Olió y pareció

sorprenderse:

—El olor ha desaparecido, ha quedado totalmente absorbido. En verdad, tenéis un almizcle auténtico. ¿En qué rincón del mundo encontrasteis a un armenio honesto?

A continuación nos dio un firman, un papel que nos autorizaba a comerciar en el bazar de Bagdad.

Yamsid nos condujo a la cuadra de esclavos de un tratante persa que, según dijo, era digno de confianza; nos quedamos entre la multitud formada por otros posibles compradores y simples mirones, mientras el tratante detallaba el linaje, la historia, los atributos y méritos de cada esclavo, y sus fornidos ayudantes los traían hasta el podio,

—Aquí tenemos al eunuco típico —dijo presentando a un negro obeso y reluciente, con un aspecto bastante alegre a pesar de ser esclavo —. Garantizamos su placidez y obediencia, y seguramente nunca se le ha pillado robando más de lo normal. Sería un excelente criado. Pero si buscáis un auténtico amo de llaves, aquí tenemos a un perfecto eunuco —y presentó a un joven blanco, rubio y musculoso, bastante guapo pero con el aire melancólico que podía esperarse de un esclavo —. Estáis invitados a examinar la mercancía.

Mi tío dijo al visir:

—Sé lo que es un eunuco, claro. En nuestro propio país tenemos castróni, muchachos de voz melodiosa castrados para que continúen cantando siempre con la misma dulzura. Pero ¿cómo puede calificarse a una criatura totalmente asexuada de típica y perfecta?

¿Se debe esto a que uno es etíope y el otro ruso?

—No, mirza Polo —dijo Yamsid, y se explicó en francés para que no nos confundiéramos con las palabras farsi, que no conocíamos —. Al eunuco ordinario le quitan los testículos cuando es aún pequeño, para que crezca dócil y obediente y no sea rebelde. Y el sistema es sencillo. Se ata y aprieta un hilo alrededor de las raíces del escroto del niño y en cuestión de semanas esa bolsa se marchita, se vuelve negra y se cae. Esto suele bastar para hacer de él un buen sirviente de utilidad general.

—¿Qué más puede querer un amo? —dijo tío Mafio, no sé si sincera o sarcásticamente.

—Bueno, como amo de llaves se prefiere al eunuco extraordinario. Pues éste debe vivir en el anderun, los aposentos donde residen las mujeres y concubinas de su amo, y vigilarlo. Y estas mujeres, especialmente si no son demasiado solicitadas en el lecho del amo, pueden resultar de lo más emprendedor e inventivo, incluso con carne masculina inerte. Por eso, este tipo de esclavo debe estar desprovisto de todas sus partes; tanto de la vara como de las pelotas. Y esta supresión es una operación seria, que no se efectúa tan fácilmente. Mirad y observad. Están examinando la mercancía. Nosotros miramos. El tratante había ordenado a los dos esclavos que se bajaran los pai-yamahs, y allí estaban en pie con sus horcajaduras expuestas al escrutinio de un viejo judío persa. El negro gordo no tenía pelo ni bolsas ahí abajo, pero tenía un miembro de tamaño respetable, aunque de un repelente color negruzco y púrpura. Me imaginé que si una mujer del anderun estaba tan desesperada por la falta de un hombre, y era tan depravada como para querer que eso estuviera dentro suyo, podría idear algún tipo de tablilla para erguirlo. Pero el joven ruso, bastante más presentable, no tenía siquiera un fláccido apéndice. Enseñaba sólo un largo manojo de pelo rubio en la alcachofa, y por entre el vello sobresalía grotescamente algo parecido al extremo de un palito blanco;

aparte de eso, su ingle era tan lisa como la de una mujer.

—¡Bruto barabáo! —gruñó tío Mafio —. ¿Cómo se hace eso, Yamsid?

El visir dijo tan inexpresivamente como si estuviera leyendo un texto médico:

—Llevan al esclavo a una habitación cargada con el humo de hojas de banj en combustión, le meten en un baño caliente y le dan a beber triaca, todo para amortiguar la sensación dolorosa. El hakim que lleva a cabo la operación coge una larga venda y la enrolla fuertemente comenzando en la punta del pene del esclavo, continuando hacia dentro, hasta la raíz, y envolviendo también las bolsas de los testículos de modo que los órganos formen un único paquete. Luego, con una cuchilla bien puntiaguda y afilada, el hakim corta con un solo y rápido movimiento todo aquel paquete vendado. Inmediatamente aplica sobre la herida un apósito de pasas en polvo, hongo bejín y alumbre. Cuando la hemorragia se detiene introduce una canilla limpia, que quedará

dentro del esclavo para el resto de su vida. El peligro principal de la operación es que el conducto urinario se cierre al cicatrizar. Si al tercer o cuarto día el esclavo no ha evacuado orina suficiente a través de la canilla, su muerte es segura. Y es triste decirlo, pero eso sucede en casi tres de cada cinco casos.

—Capón mal capona! —exclamó mi padre —. Suena horripilante. ¿Habéis presenciado realmente esta operación?

—Sí —dijo Yamsid —. La observé con cierto interés cuando me la hicieron a mí. Yo tenía que haberme dado cuenta de que eso explicaba su invariable aspecto melancólico, y tenía que haberme callado. En vez de eso, solté:

—Pero vos no sois gordo, visir, y tenéis una gran barba.

Yamsid, sin reprender mi impertinencia, contestó:

—A los que sufren la castración en su infancia nunca les crece barba y sus cuerpos se desarrollan con un contorno corpulento y femenino, y a menudo les crecen bastante los pechos. Pero cuando la operación se realiza después de que el esclavo ha pasado la pubertad, éste sigue siendo masculino, al menos en apariencia. Yo era un hombre totalmente desarrollado, con mujer e hijo, cuando los curdos cazadores de esclavos hicieron una incursión en nuestra finca. Los curdos sólo buscaban esclavos robustos para trabajar, o sea que no se llevaron a mi mujer ni a mi niño. Se limitaron a violarlos varias veces a los dos y luego los degollaron.

Sobrevino un horroroso silencio que podía haberse hecho incómodo, pero Yamsid añadió, casi bruscamente:

—Bueno, pero ¿acaso puedo quejarme? Podría haber seguido siendo hasta hoy un simple campesino. Sin embargo, perdí los deseos naturales de un hombre: sembrar, cultivar la tierra y tener descendencia, y quedé libre para cultivar en su lugar el intelecto. Ahora he llegado a ser el visir del shahinshah de Persia, lo cual tiene cierto mérito.

Después de cortar el tema con tanta elegancia, Yamsid llamó al tratante de esclavos y le comunicó nuestras condiciones. El tratante dejó a sus ayudantes vigilando la inspección de los dos esclavos expuestos, y se nos acercó sonriendo y frotándose las manos. Yo pensaba que mi padre querría comprarme una linda esclava, que podía ser algo más que una sirvienta, o por lo menos un joven de mi edad que podría ser un agradable compañero. Pero evidentemente no pidió al tratante lo que yo podía desear sino lo que él quería para mí.

—Un hombre maduro, bien versado en cuestión de viajes, pero que aún sea lo bastante ágil para seguir viajando. Conocedor de las costumbres de Oriente, para que pueda proteger y a la vez instruir a mi hijo. Y… —lanzó al visir una rápida mirada de compasión —que no sea eunuco. Prefiero no contribuir a perpetuar esa práctica.

—Tengo precisamente a ese hombre, messieurs —dijo el tratante, hablando en buen

francés —. Maduro pero no viejo, astuto pero no testarudo, experto pero no inflexible a las órdenes. ¿Y ahora dónde se ha metido? Estaba aquí hace un momento… Le seguimos, pasando por entre su rebaño, o rebaños, diría yo, porque en el corral había un número considerable tanto de esclavos como de pequeños caballitos persas teñidos con hinna que arrastraban sus carros de una ciudad a otra. La cuadra estaba en parte vallada y en parte cercada por aquellos carros cubiertos de lona, en donde el tratante, sus ayudantes y su mercancía viajaban de día y dormían de noche.

—Este hombre es el esclavo ideal para ustedes, messieurs —continuó el tratante mientras seguía mirando alrededor —. Ha pertenecido a numerosos amos, por lo cual ha viajado extensamente y conoce muchas tierras. Habla diversas lenguas y tiene un amplio repertorio de útiles habilidades. Pero ¿dónde está?

Seguimos circulando por entre los esclavos y esclavas que llevaban ligeras cadenas uniendo las argollas de sus tobillos, y por entre los caballos enanos que no estaban encadenados. El tratante parecía ya algo preocupado por no encontrar al esclavo que estaba intentando vender.

—Lo había separado del montón —murmuró —y encadenado a una de mis yeguas para que me la enjaezara…

De pronto le interrumpió un quejido equino, fuerte, penetrante y prolongado. Y un pequeño caballito, con la crin y la cola anaranjadas formando una onda, apareció

volando a través de la cubierta delantera de uno de los carros. Estuvo literalmente volando, por un momento, como el caballito mágico de cristal del cuento de la shahryar Zahd, pues tuvo que saltar del interior del fondo del carro, salvando el banco del conductor antes de llegar al suelo. Mientras daba este gran salto, una cadena atada a su pata trasera recorrió detrás suyo el mismo arco, y en el otro extremo de la cadena un hombre con las piernas por delante atravesó de pronto la cubierta de lona, saliendo disparado como el tapón de una botella. También el hombre voló sobre la parte delantera del carro y chocó contra el suelo con un ruido sordo. El caballito, que intentaba seguir huyendo, arrastró al hombre por el suelo, levantando una considerable nube de polvo antes de que el tratante de esclavos pudiera agarrar las bridas del aterrorizado animal y acabara con esta breve diversión.

La crin naranja del caballito estaba sedosamente peinada, pero tenía la cola naranja toda desmelenada, como también lo estaban las partes bajas del hombre encadenado, que llevaba el pai-yamah por los tobillos. Éste se sentó un momento, tan conmocionado que sólo pudo proferir algunas débiles exclamaciones en varias lenguas. Luego se arregló

precipitadamente la ropa, mientras el tratante se le acercaba, se quedaba ante él, vociferaba imprecaciones y lo levantaba a patadas del suelo. El esclavo tenía

aproximadamente la edad de mi padre, pero su piojosa barba parecía tener sólo dos semanas y no lograba disimular un mentón recesivo. Tenía unos ojos de cerdo brillantes y astutos y una gran nariz carnosa que colgaba sobre unos gruesos labios. No era más alto que yo, pero sí mucho más gordo, con una panza que le colgaba como una nariz. En conjunto, parecía un pájaro-camello.

—Mi yegua recién comprada —gritaba el tratante enfurecido, en farsi, mientras seguía dando patadas al esclavo —. ¡Desgraciado bribón!

—El travieso caballito se puso a pasear, amo —gimió el bribón, protegiéndose la cabeza con los brazos —. Tuve que seguirlo.

—¿El caballo paseando? ¿Y subiendo al interior de un carro? Me quieres engañar a mí

con la misma facilidad con que engañas a los inocentes animales. ¡Maldito degenerado!

—Pero reconoced, por lo menos, mi amo —gimoteó el degenerado —, que vuestra yegua podía haberse marchado más lejos y haberse perdido, y que yo podía haberme ido con ella y escapar.

—¡Bismillah, ojalá lo hubieras hecho! ¡Eres un insulto para la noble institución de la esclavitud!

—Entonces, vendedme, mi amo —lloriqueó el insulto —. Entregadme a algún inocente comprador, y apartadme de vuestra vista.

—Estag farullah! —rezó el tratante mirando al cielo con su más enérgica voz —. Que Alá

perdone mis pecados: pensé que lo había conseguido. Estos caballeros podían haberte comprado, abominación, pero ahora te han pillado en el acto de violar a mi mejor yegua.

—Oh, niego esa acusación, mi amo —dijo la abominación atreviéndose a hablar con aire de justificada indignación —. He conocido yeguas mucho mejores. Sin saber qué decir, el tratante apretó puños y dientes y rugió:

—¡Arrgg!

Yamsid interrumpió este singular coloquio, diciendo con severidad:

—Mirza tratante, yo aseguré a los messieurs que eras un vendedor de mercancía seria, digno de confianza.

—¡Por Alá que lo soy, visir! Yo no vendería, ni siquiera regalaría, esta pústula ambulante. Ahora que conozco su verdadera naturaleza no lo vendería ni a Awwa, la esposa bruja del demonio Sai tan, lo juro. Sinceramente os pido disculpas, messieurs. E

igualmente se disculpará esta criatura. ¿Me oyes? Discúlpate por este desgraciado espectáculo. ¡Humíllate! ¡Habla, Narices!

—¿Narices? —exclamamos todos.

—Es mi nombre, buenos amos —dijo el esclavo sin amago de disculpa —. Tengo otros nombres, pero el más usado es Narices, y por un motivo.

Puso un dedo mugriento en ese borrón que tenía por nariz, empujó la punta hacia arriba y pudimos ver que en vez de dos ventanas tenía una sola y grande. En sí mismo ya era una imagen bastante repulsiva, pero lo era aún más por la profusión de pelo mocoso que salía del orificio.

—Un castigo menor que recibí en una ocasión por un delito aún menor. Pero no tengan prejuicios conmigo por esto, amables amos. Como podéis observar, tengo además una distinguida figura masculina, e incontables virtudes. Era marinero de profesión antes de caer en la esclavitud, y he viajado a todas partes, desde mi nativa Sind hasta las alejadas costas de…

—Gesú, María, Isépo —dijo tío Mafio maravillado —. La lengua de este hombre es tan ágil como su pierna de en medio.

Todos estábamos fascinados y dejamos que Narices siguiera parloteando.

—Aún estaría viajando si no fuera por mi desafortunado encuentro con los cazadores de esclavos. Estaba haciendo el amor a un saal hembra cuando los cazadores de esclavos atacaron; y, sin duda, ustedes caballeros saben con qué fuerza una cierva estrecha el zab del amante con su mihrab, y lo mantiene atrapado. Y no pude correr muy de prisa porque el animal me colgaba delante botando y dando chillidos. O sea que me atraparon, terminó mi carrera de marinero y comenzó la de esclavo. Pero lo digo con toda modestia, rápidamente me convertí en un esclavo sin igual. Habréis notado que ahora estoy hablando en sabir, vuestro idioma comercial de Occidente, y ahora, escuchad, propicios amos, estoy hablando en farsi, el idioma comercial de Oriente. También domino mi nativo sindi, el pashtun, el hindi y el punjabi. Asimismo hablo pasablemente el árabe, y puedo hacerme entender en varios dialectos del turco y…

—¿Y no callas nunca en ninguno de ellos? —preguntó mi padre. Narices continuó, sin prestar atención:

—Y tengo muchas más cualidades y habilidades de las que aún ni he empezado a

hablar. Soy bueno con los caballos, como debéis de haber observado. Me crié entre ellos y…

—Acabas de decir que fuiste marinero —apuntó mi tío.

—Eso fue al hacerme mayor, perspicaz amo. También soy un experto con los camellos. Sé echar la baraja, interpretar horóscopos al estilo árabe, persa o indio. He rechazado ofrecimientos de los más selectos hammams que querían contratar mis servicios como incomparable masajista. Sé teñir los cabellos grises con hinna, o hacer desaparecer arrugas aplicando bálsamo de azogue. Con el único agujero de mi nariz sé tocar la flauta más melodiosamente que cualquier músico con la boca. También utilizando ese orificio de un modo especial…

Mi padre, mi tío y el visir exclamaron cada uno por separado y al unísono:

—Dio me varda!

—Este hombre repugnaría hasta a un gusano.

—¡Echadle, mirza tratante! ¡Es una deshonra para Bagdad! ¡Empaladlo en algún lugar para que se lo coman los buitres!

—Oigo y obedezco, visir —dijo el tratante —. ¿Después, quizá, de que os haya enseñado alguna otra mercancía?

Sé hace tarde —respondió Yamsid, en lugar de calificar debidamente al tratante y a sus ejemplares —. Nos esperan en palacio; vamos, messieurs. Siempre hay un mañana. Y mañana será un día más decente —dijo el tratante mirando vengativamente al esclavo. Y así dejamos el corral de esclavos y el bazar y emprendimos camino a través de las calles y plazas ajardinadas. Casi estábamos de regreso en palacio cuando a tío Mafio se le ocurrió comentar:

—¿Sabéis una cosa? Ese despreciable sinvergüenza de Narices en ningún momento llegó a disculparse.

3

Volvieron nuestros criados a vestirnos con nuestra mejor ropa, y nos reunimos de nuevo con el sha Zaman para la cena y otra vez resultó una comida deliciosa a excepción, otra vez, del vino de Shi-raz. Recuerdo que el plato final consistió en una combinación de Seriyes, que son una especie de cintas de pasta como nuestros fetu-cine, cocinados en crema con almendras y pistachos y diminutos pedazos de hojuelas de oro y plata, tan finos y delicados que se comían junto con los demás dulces. Mientras cenábamos el sha nos dijo que su primera hija real, la shahzrad Magas, había pedido permiso, que él había concedido, para hacerme de acompañante y guía, y mostrarme los monumentos de la ciudad y sus alrededores (por supuesto con la

presencia adicional de una dama de compañía) durante el tiempo que yo estuviera en Bagdad. Mi padre me miró de soslayo, pero dio las gracias al sha por la amabilidad de la princesa y la suya. Después dijo que, como sin duda quedaba en buenas manos, no sería necesario comprar un esclavo para cuidarme. Así que a la mañana siguiente él partiría en dirección sur hacia Hormuz y mi tío hacia Basora. Los vi marchar al amanecer; cada uno se alejó a caballo en compañía de un guarda de palacio asignado por el sha para que fuera su criado y protector durante el viaje. Luego me dirigí al jardín de palacio, en donde me esperaba la shahzrad Magas para ofrecerme la primera sesión turística bajo su tutela, también esta vez discretamente acompañados y vigilados por su abuela. Saludé a Magas con gran formalidad, con el habitual salaam, y no dije nada sobre lo que ella había insinuado darme, ni ella habló de eso durante un rato.

—El alba es un buen momento para visitar la masyid de nuestro palacio —dijo. Luego me acompañó hasta el templo y me ordenó admirar su exterior, que ciertamente era muy bello. La inmensa cúpula estaba recubierta con un mosaico de azulejos azules y plateados, y coronada por una bola dorada, y todo ello brillaba a la luz del sol naciente.

La aguja del minarete era como un elaborado candelabro gigantesco, ricamente engastado, grabado e incrustado con piedras preciosas.

En aquel momento se me ocurrió una teoría que ahora voy a contar: Yo ya sabía que los hombres musulmanes están obligados a mantener a sus mujeres secuestradas, inutilizadas, mudas y envueltas en velos ante los ojos de los demás; pardah es como llaman los persas a este encierro vitalicio de sus mujeres. Yo sabía que, por decreto del profeta Mahoma y del Corán que él escribió, una mujer es simplemente uno de los bienes del hombre, como su espada, sus cabras y sus vestidos, y la mujer solamente se diferencia por ser la única de estas pertenencias con la que de vez en cuando se empareja, pero con el único fin de engendrar hijos, y que éstos sólo tienen valor si son varones como él. La mayoría de los devotos musulmanes, tanto hombres como mujeres, no deben hablar de sus relaciones sexuales, ni siquiera de su convivencia cotidiana; sin embargo, un hombre puede hablar con impúdica franqueza de sus relaciones con otros hombres.

Pero aquella mañana, mientras contemplaba la masyid de palacio, llegué a la conclusión de que las restricciones que el Islam impone a la natural expresión de la sexualidad normal no habían podido ahogar todas sus expresiones. Mirad una mezquita cualquiera y veréis que cada cúpula es una copia del pecho de la mujer, con su pezón erguido en dirección al cielo, y cada minarete una representación del órgano masculino, también alegremente erecto. Puede que me equivoque al establecer estas similitudes, pero no lo creo. El Corán ha decretado desigualdad entre hombres y mujeres. Ha convertido las relaciones naturales entre ellos en algo indecente e imposible de mencionar, y las ha deformado del modo más vergonzoso. Pero los propios templos del Islam declaran valientemente que el profeta estaba equivocado, y

que Alá hizo al hombre y a la mujer para que se unieran y fueran una sola carne. La princesa y yo entramos en la cámara central de la mezquita, maravillosamente alta y amplia, y bellamente decorada aunque sólo con formas, claro, sin pinturas ni estatuas. Las paredes estaban cubiertas con dibujos en mosaico que alternaban el lapislázuli azul con el mármol blanco, y toda la cámara era un espacio de tono azul claro suave y relajante.

Del mismo modo que en los templos musulmanes no hay imágenes, tampoco hay altares, ni sacerdotes, ni músicos o coristas, ni instrumentos ceremoniales, como incensarios, pilas o candelabros. Allí no se hacen misas ni comuniones ni ritos de este tipo, y una congregación musulmana solamente observa una regla ritual: al rezar, se postran todos en dirección a la ciudad santa de La Meca, lugar de nacimiento de su profeta Mahoma. La Meca está situada hacia el sudoeste de Bagdad, por eso la pared más alejada de la mezquita daba a sudoeste y en su centro se hallaba un nicho poco profundo de tamaño algo superior al de un hombre, también cubierto con azulejos azules y blancos.

—Esto es el mihrab —explicó la princesa Magas —. El Islam no tiene sacerdotes, sin embargo a veces algún sabio visitante pronuncia un sermón. Puede ser un imán, cuyos profundos estudios del Corán le han convertido en una autoridad en cuestiones espirituales, o un muftí, que también es un experto en las leyes temporales establecidas por el profeta (la paz y la bendición sean con él). O un hayyi, el que ha realizado el largo hayy o peregrinaje a la santa Meca. Y para dirigir nuestras oraciones, el santo se sitúa allá, en el mihrab.

—Pensé que la palabra mihrab significaba… —me detuve y la princesa me sonrió con picardía.

Estuve a punto de decir que creía que la palabra mihrab se refería a las partes más privadas de una mujer, lo que una muchacha veneciana llamó una vez vulgarmente su pota, y una dama veneciana llamaba más remilgadamente su mona. Pero en ese momento me di cuenta de la forma que tenía ese nicho mihrab en la pared de la mezquita. Estaba formado exactamente como el orificio genital de una mujer: de perfil ligeramente ovalado, se estrechaba en la cúspide hasta cerrarse formando un arco ojival. He estado después en el interior de muchas otras masyid, y en todas ellas ese nicho tiene la misma forma. Creo que eso corroboraba de modo adicional mi teoría sobre la influencia de la sexualidad humana en la arquitectura islámica. Por supuesto no sé, y dudo que ningún musulmán lo sepa, qué acepción de la palabra mihrab vino primero: la eclesiástica o la obscena.

—Y ahí —dijo la princesa Magas señalando hacia arriba —están las ventanas por donde el sol indica el paso de los días.

Así era: había unos orificios cuidadosamente espaciados sobre la periferia superior de la bóveda y el sol naciente mandaba un rayo al lado opuesto del interior de la bóveda,

en donde había unas losas, con escrituras arábigas entrelazadas, incrustadas en sus mosaicos. La princesa leyó en voz alta las palabras sobre las que estaba posado el rayo de luz. Según esa indicación, aquel día era en el cómputo musulmán el tercer día del mes segundo Yumada en el año 670 de la Hiyra de Mahoma o, en el calendario persa, el año 199 de la era Yalali. Entonces la princesa Magas y yo juntos, tras mucho contar entre dientes y con los dedos, hicimos los cálculos necesarios para pasar la fecha al cómputo cristiano.

—Hoy es 20 de septiembre —exclamé —, el día de mi cumpleaños. Ella me felicitó y dijo:

—Vosotros, los cristianos, a veces os hacéis regalos por vuestro cumpleaños, como nosotros, ¿verdad?

—A veces, sí.

—Entonces te haré un regalo esta misma noche, si eres lo bastante valiente para arriesgarte a recibirlo. Te regalaré una noche de zina.

—¿Qué es zina? —pregunté, aunque sospechaba lo que era.

—Es la relación ilícita entre un hombre y una mujer. Es haram, que significa prohibido. Para que recibas el regalo, debo llevarte camuflado a mis aposentos en el anderun de las mujeres de palacio, que también es haram.

—¡Correré cualquier riesgo! —grité entusiasmado, y luego se me ocurrió pensar en otro detalle —. Pero… perdonadme que os pregunte, princesa, pero tengo entendido que a las mujeres musulmanas las privan, no sé de qué modo, del., de su entusiasmo por la zina. Me han dicho que están, bueno, que están circuncidadas, pero no puedo imaginarme cómo.

—Oh, sí, tabzir —dijo como si nada —. Sí, esto en general se les hace a las mujeres de niñas. Pero no se practica a las niñas de sangre real, o a quien pueda convertirse en futura esposa o concubina de una corte real. A mí, por supuesto, no me lo hicieron.

—Me alegro por vos —dije, y lo decía de verdad —. Pero ¿qué les hacen a esas desafortunadas hembras? ¿Qué es tabzir'?

—Te lo voy a enseñar —dijo ella.

Yo me alarmé, creyendo que iba a desnudarse allí mismo, y le hice un gesto de prudencia refiriéndome a la acechante abuela. Pero Magas se limitó a sonreírme y se subió al nicho del predicador, situado en la pared de la masyid, y empezó a decir:

—¿Conoces bien la anatomía de una persona del sexo femenino?

Entonces sabes que aquí —y señaló la parte superior del arco —aproximadamente en la parte frontal de su abertura, su mihrab, la mujer tiene una tierna protuberancia en forma de botoncito. Se le llama zambur.

—¡Ah! —dije, enterándome por fin —. En Venecia se le llama lumaghéta.

Intenté parecer tan clínicamente frío como un médico, pero sé que al hablar me sonrojé.

—La posición exacta del zambur puede variar ligeramente en las mujeres —continuó

Magas en tono clínico y sin sonrojarse —. Y el tamaño puede variar considerablemente. Mi propio zambur es bastante grande, y al excitarse aumenta de tamaño hasta tener la misma longitud que el primer nudillo de mi dedo meñique.

Nada más pensar en ello me excité y se me alargó. Como la abuela estaba presente, agradecí de nuevo llevar esos voluminosos vestidos cubriendo mis partes inferiores. La princesa continuó alegremente:

—O sea que estoy muy solicitada por las demás mujeres del anderun, ya que mi zambur puede servirlas casi tan bien como el zab de un hombre. El juego entre mujeres es halal, que significa permitido, no haram.

Y si antes estaba algo sonrojado, ahora debía de estar totalmente colorado. Si la princesa Magas se dio cuenta, no por ello dejó de hablar:

—Ése es el punto más sensible de toda mujer, la auténtica esencia de su excitación sexual. Si su zambur no se excita la mujer no responderá adecuadamente al abrazo sexual. Y si no disfruta nada con este acto tampoco lo deseará. Sin duda ésa es la razón del tabzir, la circuncisión como lo llamaste tú. En una mujer adulta, mientras no esté

muy excitada, el zambur queda modestamente oculto entre los labios cerrados de su mihrab. Pero el zambur de una niña sobresale de sus pequeños labios infantiles. Un hakim puede fácilmente cortarlo de golpe con unas tijeras.

—¡Dios mío! —exclamé, y mi propia erección quedó instantáneamente fláccida al oír tal atrocidad —. Eso no es una circuncisión. Eso es convertir a una mujer en un eunuco.

—Muy parecido —asintió Magas, como si no fuera algo horrible —. La niña de mayor será

una mujer virtuosamente fría, sin respuesta sexual y que ni tan sólo la deseará. La perfecta esposa musulmana.

—¿Perfecta? Pero ¿qué marido podría querer a una esposa así?

—Un marido musulmán —dijo sencillamente —. Una esposa así nunca cometerá adulterio ni pondrá cuernos a su marido. Es incapaz de imaginarse haciendo zina o cualquier otro acto haram. Tampoco provocará la ira de su marido coqueteando con otro hombre. Si la mujer respeta correctamente pardah, ni siquiera verá a otro hombre hasta que dé a luz a un varón. ¿Te das cuenta? El tabzir no impide su función de maternidad. Puede ser madre, y en eso es superior a un eunuco que nunca puede llegar a ser padre.

—De todos modos, es un terrible destino para una mujer.

—Es el destino decretado por el profeta (que la bendición y la paz sean con él). Sin embargo, yo agradezco que a las de la clase alta se nos exima de todas estas inconveniencias que afectan a la gente corriente. Ahora, hablemos de tu regalo de cumpleaños, joven mitra Marco…

—Ojalá fuese ya de noche —dije mirando un instante al rayo de sol que avanzaba lentamente —. Va a ser el cumpleaños más largo de toda mi vida, esperando a que llegue la noche para hacer zina con vos.

—Oh, ¡conmigo no!

—¿Cómo?

—Bueno, conmigo exactamente no —dijo Magas con una risilla sofocada.

—¿Cómo? —repetí algo enfurecido.

—Me has distraído, Marco, al preguntarme cosas sobre el tabzir, por eso no te he explicado el regalo de cumpleaños que voy a hacerte. Pero antes de explicártelo, debes tener presente que yo soy virgen.

Yo comencé a decir malhumoradamente:

—Pues no habéis estado hablando precisamente como… —pero ella me puso un dedo sobre los labios.

—Es cierto. Yo no soy tabzir, no soy fría y quizá no me consideres totalmente virtuosa porque te estoy invitando a hacer algo haram. También es cierto que yo tengo un magnífico zambur y que me encanta ejercitarlo amorosamente, pero sólo de manera halal, que no afecte a mi virginidad. Además del zambur, tengo todas mis partes, incluyendo el sangar. La membrana virginal no ha sido rota, ni se romperá hasta que contraiga matrimonio con algún príncipe real. No ha de romperse pues de lo contrario ningún príncipe me aceptaría. Tendría suerte si no me decapitaran por dejarme despojar de ella. No, Marco, ni siquiera sueñes en consumar el zina conmigo.

—Me confundís, princesa Magas. Habéis dicho con toda claridad que me llevaríais camuflado a vuestros aposentos…

—Y lo haré. Y me quedaré contigo para ayudarte a hacer zina con mi hermana.

—¿Con vuestra hermana?

—¡Chitón! La vieja abuela está sorda, pero a veces puede leer palabras sueltas por el movimiento de los labios. Ahora cállate y escucha. Mi padre tiene muchas esposas, por lo que yo tengo muchas hermanas. Una de ellas es aficionada a hacer zina. De hecho nunca queda saciada. Y ella será tu regalo de cumpleaños.

—Pero ella también es una princesa real, ¿por qué su virginidad no está igualmente…?

—Te he dicho que estés callado. Sí, es de la realeza, igual que yo, pero hay un motivo por el cual ella no tiene que proteger su virginidad como yo. Lo sabrás todo esta noche. Pero hasta entonces no te diré nada más, y si me molestas con preguntas retiraré el regalo. Ahora, Marco, disfrutemos del día. Mandaré llamar a un cochero para que nos dé una vuelta por la ciudad.

El coche que vino a por nosotros sólo era una carreta sobre dos ruedas altas, tirada por un único caballito persa enano. Su conductor me ayudó a levantar a la abuela, vieja y achacosa, y a sentarla junto a él en la parte delantera, y la princesa y yo nos instalamos en el asiento interior. Mientras la carreta bajaba por los senderos del jardín y atravesaba las puertas de palacio para entrar en Bagdad, Magas dijo que aún no se había tomado nada para desayunar, abrió una bolsa de tela, sacó unas frutas de un amarillo verdoso, mordió una y me ofreció otra.

—Banyan —dijo —. Una especie de higo.

Me estremecí al oír la palabra higo, y rechacé educadamente la fruta sin preocuparme de mencionar mi desgraciada aventura de Acre donde cogí asco a los higos. A Magas pareció molestarle mi negativa y me preguntó por qué.

—¿No sabes —me dijo, acercándose mucho y susurrando para que el cochero no pudiera oírla —que es la fruta prohibida con la que Eva sedujo a Adán?

Yo le contesté, susurrando también:

—Prefiero la seducción sin la fruta. Y hablando de…

—Te dije que no hablaras de eso. Por lo menos hasta esta noche. Varias veces más durante el paseo de esa mañana intenté abordar el tema, pero siempre me ignoraba, y sólo hablaba para llamar mi atención sobre este o aquel punto de interés, y para contarme cosas informativas al respecto.

—Ahora estamos en el bazar, que ya has visitado pero que quizá no reconozcas, tan vacío, desierto y silencioso. Esto se debe a que hoy es yume, viernes, como decís vosotros, el día de descanso que Alá ha señalado, y por eso no hay comercios, no se hacen negocios ni se trabaja. —Y añadió —: Aquel parque lleno de hierba que ves allí es un cementerio, al que llamamos Ciudad de los Callados. —Después señaló —: Aquel edificio es la Casa del Engaño, una institución caritativa fundada por mi padre el sha. En ella están encerradas y vigiladas todas las personas que se vuelven locas, como les sucede a muchas en el calor del verano. Un hakim las examina regularmente y si recuperan la razón las deja libres otra vez.

En los alrededores de la ciudad cruzamos un puente sobre un pequeño arroyo, y me impresionó el color de sus aguas, pues era de un azul tan oscuro que no podía ser simple agua. Luego cruzamos otro arroyo, y era de un color verde muy vivo, impropio del agua. Pero hasta que no cruzamos otro más, en el cual el agua era roja como la sangre, no hice ningún comentario.

La princesa me explicó:

—Las aguas de todos los arroyos de esta zona están coloreadas por los tintes de los fabricantes de qali. ¿Nunca has visto cómo hacen un qali? Pues debes verlo. —Y dio órdenes al cochero.

Yo suponía que regresaríamos a Bagdad, a algún taller de la ciudad, pero la carreta se adentró aún más en el campo y se detuvo junto a una colina que a media altura tenía la pequeña entrada de una cueva. Magas y yo bajamos de la carreta, escalamos la colina y agachamos la cabeza para meternos en aquel agujero.

Tuvimos que andar agachados a través de un túnel corto y oscuro, pero luego llegamos al interior de la colina, dentro de una caverna de roca, alta e inmensa, llena de gente, con el suelo cubierto de bancos, mesas de trabajo y tinajas con tintes. La caverna estuvo oscura hasta que mis ojos lograron acostumbrarse a la media luz que proyectaban las innumerables velas, lámparas y antorchas. Las lámparas estaban colocadas sobre varios muebles, las antorchas a lo largo de las paredes de roca, algunas velas estaban adheridas a la roca por su propio goteo, y otras las llevaban en la mano la multitud de obreros.

—Pensé que hoy era día de descanso —dije a la princesa.

—Para los musulmanes sí —contestó —, pero todos éstos son esclavos cristianos, rusniacos, lezguianos y otros. Se les permite celebrar su sabbath el domingo. Sólo unos cuantos esclavos eran hombres y mujeres adultos, y trabajaban en distintas tareas, como por ejemplo remover sobre el suelo de la caverna el tinte de las tinajas. Todos los demás eran niños y trabajaban flotando en el aire, a una altura considerable. Esto puede sonar como una de las historias mágicas de la shahryar Zhad, pero era cierto. De la alta bóveda de la caverna colgaba un gigantesco peine de cuerdas, centenares de ellas, paralelas y muy unidas; una telaraña vertical tan alta y

ancha como la altura y amplitud de la caverna. Eso sin duda era la trama del qali que, una vez terminado, se extendería sobre el suelo de alguna inmensa sala palaciega o de baile. A gran altura, junto a ese muro que formaba la trama, pendía un enjambre de niños, sostenidos por lazos de cuerda que colgaban de algún lugar aún más alto en las oscuridades del techo.

Los niños y niñas, de corta edad, iban todos desnudos (debido al calor de las capas superiores de aire, según me dijo la princesa Magas), y estaban suspendidos por todo el ancho de la pieza, pero a diferentes niveles, algunos más arriba y otros más abajo. En la parte alta, el qali estaba parcialmente terminado, desde el borde hasta el nivel de la trama en donde trabajaba cada niño; y aunque el desarrollo de la pieza estuviera en una primera fase, pude ver que se trataba de un qali con un dibujo de jardín floral de colorido muy variado y realmente intrincado. Cada niño y niña colgante llevaba sobre su cabeza una vela pegada con cera, y todos estaban muy ocupados, aunque no pude distinguir en qué; parecía que con sus pequeños dedos tiraban del borde inferior del qali que estaba sin terminar.

—Están pasando los hilos de la urdimbre a través de la trama —explicó la princesa Magas —. Cada esclavo sostiene una lanzadera y una madeja de hilo de un solo color. Cada niño teje la trama y la aprieta siguiendo el orden impuesto por el diseño.

—¿Cómo demonios —pregunté yo —puede un niño saber cuándo y dónde debe dar su puntada, ente tantos otros esclavos e hilos, y en una obra tan compleja?

—El maestro de qali canta para ellos —dijo Magas —. Nuestra llegada le ha interrumpido.

Mira, ahora vuelve a empezar.

Era algo maravilloso. El llamado maestro de qali estaba sentado ante una mesa sobre la cual se encontraba extendida una enorme hoja de papel. Estaba listada con incontables cuadritos, sobre los cuales se sobreponía un dibujo del diseño de todo el qali, con indicación de los innumerables colores necesarios. El maestro de qali leía en voz alta a partir de ese diseño, cantando, por ejemplo, según este orden:

—Uno, rojo… trece, azul… cuarenta y cinco, marrón…

Pero lo que cantaba era bastante más complicado que esto. Tenía que oírse casi hasta arriba de todo, cerca del techo de la caverna, y tenían que entenderlo infaliblemente cada niño y niña a quienes iba destinado, y debía tener una cierta cadencia para mantenerlos a todos trabajando rítmicamente. Las palabras se dirigían a un niño esclavo tras otro, dentro del gran conjunto que formaban, indicando a cada uno cuándo debía introducir su lanzadera; pero la música de estas palabras, según fuese en tono alto o bajo, señalaba al esclavo hasta qué punto de la trama debía urdir su hilo y cuándo debía anudarlo. Los esclavos, trabajando de este modo maravilloso, realizaban el qali, hebra por hebra, línea a línea, todo el espacio que faltaba hasta

llegar al suelo de la caverna, y cuando estuviera terminado, su ejecución sería tan perfecta como si lo hubiera pintado un solo artista.

—Un qali así puede costar al final muchos esclavos —dijo la princesa cuando nos volvimos para salir de la caverna —. Los tejedores deben ser lo más jóvenes posible, pues así pesan poco y tienen los dedos ágiles y diminutos. Pero no es fácil enseñar a niños y niñas tan pequeños un trabajo tan exigente. Y además, el calor que hace allí arriba es tan fuerte que a menudo se desmayan, se caen y se matan. O si viven más tiempo, casi con toda seguridad se vuelven ciegos debido a la escasez de luz y a la minuciosidad del trabajo. Y por cada niño que se pierde, hay que entrenar y tener disponible a otro niño esclavo.

—Ahora comprendo —dije —por qué hasta el qali más pequeño es tan valioso.

—Pero imagínate lo que nos costaría —dijo Magas cuando emergimos de nuevo a la luz del sol —si tuviéramos que emplear a personas de verdad.

4

La carreta nos llevó de regreso a la ciudad, la atravesamos y volvimos a entrar por las puertas de palacio. Una o dos veces más intenté sacarle a la princesa alguna pista de lo que sucedería por la noche, pero ella no cedió a mi curiosidad. La princesa no mencionó

nuestro rendez-vous hasta que bajamos de la carreta y ella y su abuela me dejaron para retirarse a sus aposentos.

—Cuando salga la luna —me dijo —. De nuevo en el gulsa'at. Pero antes de eso tuve que sufrir todavía unas horas. Cuando entré en mi habitación, el criado Karim me informó de que se me había concedido el honor de cenar aquella noche con el sha Zaman y su shahryar. Sin duda era un signo de amabilidad por su parte, teniendo en cuenta mi juventud e insignificancia en ausencia de mi padre y mi tío, los embajadores. Pero he de confesar que no aprecié demasiado el honor y me senté con ellos deseando que la comida terminara cuanto antes. Me sentía ligeramente incómodo en presencia de los padres de la chica que me había invitado a hacer zina esa misma noche. (O de la otra chica, con quien tendría que compartir de algún modo la zina. Sabía que el sha tenía que ser el padre, Pero no podía adivinar quién podría ser su madre.) Además estaba salivando literalmente ante la perspectiva de lo que iba a ocurrir, aunque no supiera exactamente qué. Con mis glándulas saliváceas chorreando ya incontrolablemente, apenas podía tragar la exquisita comida, y mucho menos sostener

una conversación. Afortunadamente, gracias a la locuacidad de la shahryar sólo tenía que decir de vez en cuando: «Sí, majestad», «¿De veras?» y «Contadme». Y ella no paraba, nada podía haber detenido su narración; pero creo que no contó demasiadas verdades.

—Así —dijo ella —visitasteis hoy a los fabricantes de qali.

—Sí, majestad.

—Sabed que en los viejos tiempos había qalis mágicos capaces de llevar a un hombre por los aires.

—¿De veras?

—Sí, un hombre podía subirse a un qali y ordenarle que le llevara a algún lugar lejano, a un lugar del mundo muy lejano. Y el qali se ponía a volar pasando sobre montañas, mares y desiertos, trasladándose hasta allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Contadme más.

—Sí, te contaré la historia de un príncipe. Su amada princesa fue raptada por el pájaro gigante ruj, y él se sumió en una gran tristeza. Luego consiguió que un yinni le diera uno de los qalis mágicos… y…

Y por fin la historia se acabó, y por fin se acabó también la cena, y tanta era la impaciencia de mi espera que, como el príncipe del cuento, corrí hacia mi amante princesa.

Ella estaba en la esfera de flores, y por primera vez no iba acompañada de su vieja vigilante. Me cogió de la mano y me llevó por los senderos del jardín y alrededor del palacio hasta un ala cuya existencia yo ignoraba. Sus puertas estaban vigiladas, como todas las demás entradas de palacio, pero la princesa Magas y yo sólo tuvimos que esperar escondidos tras un florido arbusto hasta que los dos guardas giraron la cabeza. Lo hicieron al unísono, casi como si hubieran recibido una orden, y yo me pregunté si Magas los habría sobornado. Luego entramos rápidamente sin ser vistos, o al menos sin que nos preguntaran nada, y me condujo por varios pasillos extrañamente desprovistos de vigilantes, doblamos varias esquinas y al final atravesamos una puerta sin guardianes.

Estábamos en sus aposentos, un lugar tapizado con numerosos y espléndidos qalis, con finas y transparentes cortinas, colgaduras con los muchos colores de los sorbetes, enrolladas en volutas, ondas y lazadas en una deliciosa confusión, pero todas estaban cuidadosamente alejadas de las lámparas que ardían entre ellas. La habitación estaba alfombrada casi de pared a pared con almohadones de colores de sorbete, hasta el punto de no distinguirse apenas los que formaban el diván y los del lecho de la princesa.

—Bien venido a mis aposentos, mirza Marco —dijo ella —. Y a esto. Y desató un único nudo o broche que debía sujetar todas sus ropas, porque todas se deslizaron de golpe hasta el suelo; y la princesa quedó delante mío, bajo la cálida luz de la lámpara, ataviada solamente con su belleza, su provocativa sonrisa, su aparente entrega, y un

solo adorno: una ramita con tres brillantes cerezas rojas sobre el complicado peinado de su negro cabello.

La princesa destacaba vividamente, roja, negra, verde y blanca contra los pálidos tonos de sorbete de la habitación: las rojas cerezas sobre sus negras trenzas, sus verdes ojos y sus largas y oscuras pestañas, sus bermejos labios y su rostro de marfil; sus rojos pezo-nes y los negros rizos de su pubis sobre el marfileño cuerpo. Su sonrisa se ensanchó

cuando vio que recorría su desnudo cuerpo de arriba abajo una y otra vez, para acabar detenido sobre los vivos adornos de su cabello, y murmuró:

—Tan brillantes como los rubíes, ¿verdad? Pero más preciosos que éstos porque las cerezas se marchitarán. A menos que —dijo seductoramente pasando la punta de su roja lengua sobre su rojo labio superior —alguien se las coma.

Y se echó a reír.

Yo jadeaba como si hubiera recorrido todo Bagdad corriendo hasta llegar a esa habitación encantada. Avancé torpemente hacia ella, y ella dejó que me acercara hasta un brazo de distancia, pues allí fue donde su mano me detuvo al chocar mi parte más próxima y sobresaliente.

—Bien —dijo, aprobando lo que había tocado —. Preparado ya y ansioso de zina. Quítate la ropa, Marco, mientras yo me ocupo de las lámparas.

Me desvestí obedientemente, aunque continué fijando sobre ella mis fascinados ojos. Se movía graciosamente por la habitación, apagando una mecha tras otra. Cuando por un momento se paró delante de una de las lámparas, aunque tenía las piernas estrechamente unidas pude ver un diminuto triángulo de luz brillar, como un faro de señales, entre la parte superior de sus muslos y el montículo de su alcachofa; y recordé

que un chico veneciano había dicho hacía tiempo que ésa era la marca de una «mujer cuando es de lo más deseable en la cama». Después de apagar todas las lámparas, volvió

a través de la oscuridad hacia mí.

—Preferiría que hubieras dejado las luces encendidas —dije yo —. Eres bella, Magas, y disfruto mirándote.

—Ah, pero la llama de las lámparas es fatal para las mariposas nocturnas —dijo ella riendo —. Entra suficiente claridad lunar por la ventana para que me veas a mí y no veas nada más. Ahora…

—¡Ahora! —repetí en total y gozoso acuerdo, y me abalancé sobre ella, pero ella me esquivó hábilmente.

—¡Espera, Marco! Olvidas que yo no soy tu regalo de cumpleaños.

—Sí —murmuré entre dientes —, se me había olvidado. Tu hermana, ahora lo recuerdo. Pero ¿por qué te has desnudado tú, Magas, si es ella quien…?

—Dije que te lo explicaría esta noche. Y lo haré si dejas de tocarme. Esta hermana mía, como también es una princesa real, no tuvo que sufrir la mutilación del tabzir de pequeña, porque esperaban que algún día se casaría con alguien de la realeza. O sea que es una mujer completa, con sus órganos enteros, con todas las necesidades, deseos y habilidades de una hembra. Desgraciadamente, la querida niña resultó ser muy fea, terriblemente fea. No puedo decirte hasta qué punto lo es.

—No he visto a nadie así por palacio —dije sorprendido.

—Claro que no. No desea ser vista. Es atrozmente fea, pero de tierno corazón. Por eso siempre está encerrada en sus aposentos, aquí, en el anderun, y no se arriesga a encontrarse siquiera con un niño o un eunuco por no darles un susto mortal.

—More mia! —murmuré —. ¿Cómo es de fea, Magas? ¿Sólo de cara o está deformada?

¿Es jorobada, quizá? ¿Qué tiene?

—jSshsh! Está esperando al otro lado de la puerta y podría oírnos. Yo bajé la voz.

—¿Cómo se llama ese monst… esa chica?

—Princesa Shams, y esto también es una lástima, porque la palabra significa Luz del Sol. Pero no hablemos más de su terrible fealdad. Baste decir que esta pobre hermana hace tiempo que perdió la esperanza de casarse con alguien, ni siquiera de atraer a un amante pasajero. Ningún hombre puede mirarla con luz o tocarla en la oscuridad y seguir teniendo la lanza erguida para hacer zina.

—Che braga! —murmuré, sintiendo un estremecimiento de frío. Si Magas no hubiera estado aún visible, sólo leve pero tentadoramente, mi propia lanza hubiera languidecido en aquel momento.

—Sin embargo, te aseguro que sus partes femeninas son muy normales. Y desea, muy normalmente, que las llenen y satisfagan. Por eso, ella y yo ideamos un plan. Y como yo

amo a mi hermana Shams, participo con ella en ese plan. Cada vez que desde su escondite espía a un hombre que despierta sus ansias, yo le invito aquí y…

—¿Habéis hecho esto otras veces? —balbuceé consternado.

—¡Imbécil infiel, claro que lo hemos hecho! Muchas y muchas veces. Por eso puedo prometerte que disfrutarás, porque muchos otros hombres han disfrutado.

—Dijiste que era un regalo de cumpleaños…

—¿Y desdeñas un regalo sólo porque proviene de un generoso donante de regalos?

Cállate y escucha. Vamos a hacer lo siguiente. Tú te tumbas boca arriba, y yo me echo sobre tu pecho de modo que siempre me estarás viendo. Mientras tú y yo nos acariciamos y retozamos, y lo haremos todo excepto lo último, mi hermana se acercará

sin hacer ruido y se contentará con tu mitad inferior. Nunca verás a Shams ni la tocarás excepto con tu zab, y éste no notará nada repugnante. Mientras tanto, tú me ves y me tocas solamente a mí. Y nos excitaremos los dos, el uno al otro, hasta el delirio, de modo que cuando la zina se haya consumado aquí mismo, nunca sabrás que no es conmigo con quien lo has hecho.

—Esto es grotesco.

—Siempre puedes rechazar el regalo —dijo fríamente. Pero se me acercó hasta que sus pechos me tocaron y no estaban nada fríos —. O puedes hacernos disfrutar a ti y a mí, y al mismo tiempo realizar una buena obra para una pobre criatura condenada siempre a la oscuridad y al anonimato. Bien… ¿qué?, ¿lo rechazas? —Alargó su mano en busca de la respuesta —. ¡Ah, ya sabía que no lo rechazarías! Te tenía por un buen chico. Muy bien, Marco, tumbémonos aquí.

Nos tumbamos. Yo boca arriba según las instrucciones, y Magas estrechó la parte superior de su cuerpo contra mi cintura, de manera que yo no podía ver la parte de más abajo, y comenzamos los preludios de la música. Ella me acariciaba ligeramente con la punta de los dedos la cara, el cabello y el pecho, y yo hacía lo mismo, y cada vez que nos tocábamos y en cualquier punto que nos tocáramos, sentíamos esa especie de estremecimiento que se siente al acariciar rápidamente el pelo de un gato al revés. Pero era imposible que ella me acariciara al revés, ni yo a ella, como pronto descubrí. Sus pezones se irguieron alegremente cuando los toqué, y a pesar de la tenue luz pude ver la dilatación de sus pupilas y al saborear sus labios los noté henchidos de pasión.

—¿Por qué lo llamas hacer música? —preguntó dulcemente en un momento dado —. Es mucho más bello que la música.

—Bueno, claro —dije, después de pensármelo —. Había olvidado la música que tenéis aquí en Persia…

De vez en cuando, Magas alargaba una mano por detrás para acariciar la parte de mi cuerpo que ella tapaba, y yo cada vez sentía un deseo delicioso y urgente de correrme, y ella cada vez retiraba su mano a tiempo, o de lo contrario hubiera enviado mi spruzzo al aire. Ella dejó que con la mano tocara sus partes correspondientes susurrando con voz estremecida:

—Cuidado con los dedos. Sólo el zambur. No dentro, recuerda. Y esa caricia le hizo alcanzar varias veces el paroxismo. Luego se colocó sobre mi pecho, con el cuerpo levantado, los suaves rizos de sus partes inferiores rozaban mi cara, de modo que tenía su mihrab al alcance de mi lengua, y me susurró:

—La lengua no puede romper la membrana sangar. Haz con la lengua todo lo que puedas.

Aunque la princesa no llevaba perfume, esa parte suya estaba fresca y fragante, como helecho o lechuga tierna. Y no había exagerado al hablar de su zambur, parecía como si mi lengua encontrara allí la punta de otra lengua, y me lamiera, rozara y se introdujera en respuesta a la mía. Y eso sumía a Magas en un estado de paroxismo constante, cuya

intensidad crecía y disminuía ligeramente, como el canto sin palabras con que se acompañaba.

Delirio, había dicho Magas, y el delirio llegó. Yo realmente creí, cuando solté mi spruzzo por primera vez, que había sido dentro de su mihrab, aunque éste estaba apretado, cálido y húmedo contra mi boca. Hasta que volví a recobrar la noción de las cosas no me di cuenta de que otra hembra se había sentado a horcajadas sobre la parte inferior de mi cuerpo, y que ésta debía de ser la hermana recluida, Shams. No podía verla, ni lo intenté ni lo deseaba; pero por la ligereza de su peso sobre mi cuerpo pude deducir que la otra princesa debía de ser pequeña y frágil. Separé mi boca del ávido e inquieto montículo de Magas para preguntar:

—¿Tu hermana es mucho más joven que tú?

Magas, como si regresara a regañadientes de muy lejos, interrumpió su éxtasis el tiempo necesario para decir, con un hilo de voz jadeante:

—No… no mucho…

Y volvió a sumirse en la distancia, y yo continué haciéndolo lo mejor que pude para enviarla aún más lejos y más arriba, y varias veces me uní a ella en esa encumbrada exultación, y volví a soltar varios spruzzi más en el desconocido mihrab, sin preocuparme de quién era; pero confiando vagamente, a pesar de todo, en que la joven y fea princesa Luz del Sol estaría disfrutando de mí tanto como yo disfrutaba de ella. La zina tripartita continuó un largo rato. Después de todo, la princesa Magas y yo estábamos en la primavera de nuestra juventud y podíamos mantenernos

excitados el uno al otro hasta renovados florecimientos, y la princesa Shams recogía regocijada (suponía yo) cada uno de mis bouquets. Pero al final incluso la aparentemente insaciable Magas pareció saciada, y sus temblores disminuyeron, y lo mismo le sucedió a mi zab que al final se encogió y se hundió en un fatigado descanso. Por entonces notaba mi miembro bastante irritado y gastado, me dolían las raíces de la lengua, y sentía todo el cuerpo vacío y agotado. Magas y yo nos quedamos un rato tumbados recuperándonos, ella abandonada sobre mi pecho con su cabellera derramada en mi rostro. Las tres cerezas del adorno se habían soltado y desaparecido con las sacudidas hacía rato. Mientras estábamos así, noté un untuoso y húmedo beso sobre la piel de mi vientre, y luego se oyó un breve susurro mientras Shams se retiraba precipitadamente de la habitación, sin ser vista.

Me levanté y me vestí, y la princesa Magas se puso una pequeña y corta túnica que no acababa de cubrir su desnudez y me llevó de nuevo por los pasillos del anderun hasta los jardines. Desde alguno de los minaretes, el primer muecín del día trinaba la llamada a la oración de la hora que precede al amanecer. Sin que ningún guardián me detuviera, encontré el camino a través de los jardines hasta el ala de palacio donde estaban mis aposentos. El criado Karim estaba esperándome diligentemente despierto. Me ayudó a desnudarme antes de acostarme, y profirió algunas reverenciales exclamaciones admirativas cuando vio mi estado de extremo agotamiento.

—O sea que la lanza del joven mirza ha encontrado su blanco —dijo, pero sin preguntar nada más audaz.

Únicamente suspiró un poco, y pareció entristecido porque ya no necesitaría sus pequeños servicios, y luego se fue a su cama.

Mi padre y mi tío estuvieron fuera de Bagdad tres semanas o más. En ese tiempo pasé

casi todos los días acompañado por la shahzrad Magas, con su abuela siguiéndonos los pasos, viendo cosas interesantes, y pasé casi cada noche abandonándome al zina con ambas hermanas reales, Mariposa Nocturna y Luz del Sol.

De día, la princesa y yo fuimos a lugares como la Casa del Engaño, ese edificio que era una combinación de hospital y prisión. Fuimos un viernes, el día festivo, que era cuando

acudían más ciudadanos a pasar el rato allí, y también visitantes extranjeros llegados de cualquier parte, pues era una de las principales diversiones de Bagdad. Iban en familia y en grupos conducidos por guías, y en la entrada el portero entregaba a cada uno una bata larga para cubrirse la ropa. Luego todos se paseaban recorriendo el edificio, y los guías les informaban sobre los diferentes tipos de locuras que presentaba cada preso o presa, y todos nos reíamos de sus payasadas o hacíamos comentarios. Algunas de estas manías eran realmente divertidas, otras muy patéticas, otras graciosamente obscenas, pero algunas eran simples guarrerías. Por ejemplo, a

algunos de los hombres y mujeres trastornados parecía ofenderles nuestra visita, y nos tiraban cuanto caía en sus manos. Pero todos estos presos iban prudentemente desnudos y no tenían nada al alcance de la mano, los únicos proyectiles de que disponían eran sus propios excrementos. A eso se debía la distribución de batas en la portería, y nosotros nos alegramos de llevarlas. A veces de noche, en los aposentos de la princesa, yo mismo me sentía como aprisionado, sujeto a su vigilancia y exhortaciones. Me sentí así por tercera o cuarta vez cuando una noche, al comenzar los actos nocturnos antes de que la hermana entrara sigilosamente, Magas y yo nos habíamos desnudado y comenzábamos a disfrutar de nuestros preludios, ella detuvo sus activas manos para agarrar las mías y me dijo:

—Mi hermana Shams quiere pedirte un favor, Marco.

—Me lo temía. Desea prescindir de tu intermediación y quiere ocupar tu lugar delante —aventuré.

—No, no. Eso jamás lo haría. Tanto ella como yo estamos contentas con este arreglo, excepto en un pequeño detalle.

Yo me limité a gruñir con cautela.

—Ya te dije, Marco, que Luz del Sol ha hecho zina con mucha frecuencia. Con tanta y tan vigorosamente que, bueno, la abertura mihrab de la pobre muchacha se ha agrandado bastante por este desenfreno. Para hablar francamente, está tan abierta ahí abajo como una mujer que hubiera dado a luz a muchos niños. Su placer en nuestra zina aumentaría mucho si tu zab se agrandara en cierto modo con…

—No —dije firmemente, y comencé a moverme como un cangrejo intentando salir de debajo de Magas —. No me someteré a ningún cambio en…

—Espérate —protestó ella —y calla. No te propongo nada de eso.

—No sé lo que tienes en mente ni por qué —dije, moviéndome todavía —. He visto el zab de numerosos orientales y el mío es ya superior. Me niego a cualquier…

—¡Te he dicho que te calles! Tienes un zab admirable, Marco. Casi ni me cabe en la mano. Y estoy segura de que en longitud y circunferencia satisface a Shams. Ella sólo sugiere un refinamiento en la ejecución.

Eso ya era insultante.

—Ninguna mujer se ha quejado nunca de mi modo de hacerlo —grité —. Si ésa es tan fea como dices, creo que no está en condiciones de criticar lo que le dan.

—¡Mira quién critica ahora! —se burló Magas —. ¿Tienes idea de cuántos hombres

sueñan, y lo hacen inútilmente, en acostarse alguna vez con una princesa real? ¿O simplemente en ver una sola vez a una princesa con el rostro descubierto? ¡Y tú aquí tienes a dos acostándose cada noche contigo, totalmente desnudas y complacientes! ¿Pretenderías negarle a una de ellas un pequeño capricho?

—Bueno… —dije sumisamente —. ¿Cuál es ese capricho?

—Hay una manera de incrementar el placer de una mujer que tenga un orificio grande. No se trata de aumentar el zab en sí, sino el… ¿cómo llamas tú a su cabeza?

—En veneciano es la fava, el haba. Me parece que en farsi es la lubya.

—Muy bien. Por supuesto me he dado cuenta de que no estás circuncidado, y eso está bien, porque este refinamiento no puede realizarse con un zab circuncidado. Lo único que tienes que hacer es esto. —Y ella me lo hizo, estrechando con su mano mi zab y empujando hacia arriba la piel de la cápela hasta donde llegaba, y luego un poquito más

—. ¿Ves? Esto ensancha más el bulto de la haba.

—Pero es muy incómodo. Casi duele.

—Sólo un momento, Marco, puedes soportarlo. Hazlo justamente cuando vayas a introducirlo. Shams dice que eso produce en los labios de su mihrab esa primera sensación deliciosa de sentir que los separan. Una especie de violación bien acogida, dice ella. A las mujeres les gusta eso, creo; claro que yo no podré saberlo hasta que no me case.

—Dio me varda! —murmuré.

—Y desde luego no tienes que hacerlo tú, arriesgándote a tocar el feo cuerpo de Shams. Ella hará con su propia mano esa pequeña presión y ensanchamiento. Sólo desea tu permiso.

—¿Y no desea Shams algo más? —pregunté mordazmente —. Para ser un monstruo parece más delicado de la cuenta.

—¡Si te oyeras! —se burló Magas de nuevo —. Estás aquí, en una compañía que cualquier otro hombre envidiaría. Has aprendido de la realeza un truco que la mayoría de los hombres nunca aprenden. Y lo agradecerás, Marco, cuando algún día quieras satisfacer a una mujer con un mihrab grande o dilatado, agradecerás haber aprendido a hacerlo. Y

ella también estará agradecida. Ahora, antes de que Luz del Sol llegue, hazme agradecida a mí una vez o dos, de aquella manera…

5

Como entretenimiento y edificación, algunos días Magas y yo asistíamos a las sesiones del tribunal real de justicia. Lo llamaban simplemente el Daiwan, por su diván con profusión de cojines en donde se sentaban el sha Zaman, el visir Yamsid y varios ancianos muftíes de la ley islámica, y a veces algunos visitantes mongoles emisarios del ilkan Abagha.

Traían ante ellos criminales para ser procesados y ciudadanos que presentaban querellas o solicitaban favores, y el sha, su visir y sus demás funcionarios escuchaban las acusaciones, alegatos o súplicas, deliberaban y luego entregaban sus juicios, soluciones o sentencias.

El Daiwan me pareció instructivo como mero espectador. Pero si hubiera sido un criminal, me hubiera aterrorizado que me llevaran allí. Y si hubiese sido un ciudadano agraviado, el agravio debería ser inmenso para que me atreviera a presentarlo al Daiwan. En la terraza descubierta situada justamente a la salida de la sala, se levantaba un tremendo brasero ardiendo, y encima suyo burbujeaba un caldero gigante de aceite caliente, y junto a él esperaban algunos robustos guardianes de palacio y el verdugo oficial del sha preparados para ponerlo en funcionamiento. La princesa Magas me dijo confidencialmente que su uso estaba aceptado no sólo para todos los malhechores condenados, sino también para todos aquellos ciudadanos que presentaran falsas acusaciones, o querellas malévolas o dieran falso testimonio. Los guardianes de la caldera tenían un aspecto bastante amedrentador, pero la figura del verdugo estaba calculada para inspirar auténtico terror. Iba encapuchado, enmascarado y vestido enteramente de rojo, tan rojo como el fuego del infierno.

Sólo vi a un malhechor sentenciado realmente a morir en la caldera. Yo le habría juzgado menos duramente, pero yo no soy musulmán. Era un rico mercader persa cuyo anderun estaba formado por las cuatro esposas permitidas además de las numerosas concubinas habituales. El delito del que le acusaron se leyó en voz alta: «Jalwat.» Eso

sólo significa «proximidad comprometedora», pero los detalles del procesamiento eran más aclaratorios. Acusaban al mercader de haber hecho zina con dos de sus concubinas al mismo tiempo, mientras sus cuatro esposas y una tercera concubina tenían libertad para mirar; y todas estas circunstancias juntas eran haram bajo la ley musulmana. Al escuchar las acusaciones me sentí decididamente solidario del acusado, pero también claramente incómodo con mi propia persona, puesto que yo casi cada noche hacía zina con dos mujeres que no eran mis esposas. Pero miré de reojo a la princesa Magas y no vi en su cara ni culpabilidad ni aprensión. Poco a poco me fui dando cuenta en aquel proceso de que la ley musulmana no castiga ni el delito

haram más vil a menos que cuatro testigos oculares declaren que ha sido cometido. El mercader, caprichosa, orgullosa o estúpidamente, había dejado que cinco mujeres observaran su proeza, y después, por resentimiento, celos o algún otro motivo femenino, habían presentado contra él la acusación de Jalwat. Y del mismo modo las cinco mujeres pudieron observar cómo se lo llevaban, pateando y gritando, a la terraza y lo arrojaban vivo en el aceite hirviendo. No voy a detenerme hablando de los minutos que siguieron. No todos los castigos decretados por el Daiwan eran tan extraordinarios. Algunos respondían de modo ingenioso a los crímenes cometidos. Un día, llevaron a un panadero ante el tribunal y le acusaron de haber vendido a sus clientes panes de menor peso, y fue sentenciado a que le metieran en su propio horno y le cocieran hasta morir. En otra ocasión, un hombre fue acusado del singular delito de haber pisado un papel mientras andaba por la calle. Su acusador era un muchacho que caminaba detrás de este hombre, recogió el papel y descubrió que el nombre de Alá figuraba entre las palabras escritas en él. El acusado alegó que ese insulto al todopoderoso Alá había sido involuntario; pero otros testigos declararon que el acusado era un blasfemo incorregible. Según dijeron, le habían visto poner a menudo otros libros sobre su ejemplar del Corán, y que a veces incluso sujetaba el Libro Sagrado por debajo de su cintura, y que una vez lo había cogido con su mano izquierda. En consecuencia fue sentenciado a que los guardianes y el verdugo lo pisotearan, como un pedazo de papel, hasta morir. Pero el palacio del sha sólo era un lugar de piadoso terror durante las sesiones del Daiwan. En otras ocasiones religiosas más frecuentes, el palacio se convertía en escenario de galas y festejos. Los persas reconocen unos siete mil profetas antiguos del Islam, y cada uno tiene su día de celebración. En las fechas en que se hace honor a los profetas más importantes, el sha celebra fiestas, invitando generalmente a la realeza y la nobleza de Bagdad, pero a veces deja abiertas las puertas de palacio a todo el mundo. Aunque yo no era de la realeza ni noble, ni siquiera musulmán, era un residente de palacio, y asistí a algunas de esas fiestas. Recuerdo una noche en que se celebró al aire libre en los jardines de palacio la festividad de algún profeta hacía tiempo difunto. Cada invitado, en vez de recibir la habitual pila de almohadones para sentarse o reclinarse, tenía para él solo un gran montón de frescos y fragantes pétalos de rosa. Cada rama de cada árbol estaba punteada con velas adheridas a la corteza, y la luz de éstas se filtraba a través de las hojas proyectando todos los tonos y matices del verde. Cada arriate de flores estaba lleno de candelabros y a la luz de sus velas brillaba a través de la variada multitud de flores con todos los tonos y matices de color. Estas velas eran insuficientes por sí solas para que el jardín brillara y tuviera tantos colores como si fuera de día. Pero además los criados del sha habían recogido con anterioridad hasta la más pequeña tortuga de tierra y mar que podría comprarse en el bazar o que los niños cazaban en el campo, habían colocado una vela sobre el caparazón de cada tortuga, y habían dejado a todos esos miles de animales sueltos paseando por los jardines como puntos de iluminación móviles.

Como de costumbre, sirvieron más cantidad y calidad de comida y bebida que en

cualquier fiesta occidental a la que yo hubiera asistido. En los entretenimientos

figuraban músicos tocando instrumentos, muchos de los cuales yo no había visto ni oído antes, y al son de estas músicas actuaban bailarines y cantantes. Los bailarines recreaban con lanzas, sables y mucho taconeo batallas famosas de guerreros persas del pasado, como Rustam y Sohrab. Las bailarinas apenas movían los pies, pero meneaban sus pechos y vientres de tal manera que hacían rodar los ojos de los espectadores. Los cantantes no interpretaban canciones religiosas (el Islam lo desaprueba), sino de un tipo bastante distinto: me refiero a canciones muy obscenas. También había domadores de osos ágiles y acróbatas, y encantadores de serpientes encapuchadas, llamadas nayhaya; y había fardarbab o adivinadores de la fortuna con sus bandejas de arena y payasos Saujran cómicamente ataviados que hacían cabriolas y recitaban o representaban historietas verdes.

Cuando estuve bastante saturado de araq, el licor de dátil, dejé a un lado mis escrúpulos cristianos contra la adivinación y llamé a un fardarbab, un viejo árabe o judío con una barba fungoide, y le pregunté qué podía ver en mi futuro. Pero él debió de reconocer en mí a un buen cristiano que no creía en sus artes de brujería, porque miró

una sola vez la arena removida y gruñó:

—Ten cuidado con la sed de sangre de la belleza.

Con lo cual no me dijo nada en absoluto sobre mi futuro, aunque recordé haber oído antes, en el pasado, algo parecido a eso. De modo que me reí sarcásticamente del viejo farsante, me levanté y me alejé de él dando tumbos y haciendo piruetas hasta caerme al suelo; entonces apareció Karim y me ayudó a llegar a mi dormitorio. Ésa fue una de las noches en que la princesa Magas, Luz del Sol y yo nos citamos. En otra ocasión, Magas me dijo que me buscara otra cosa para hacer en las noches siguientes, porque ella estaba bajo la maldición de la luna.

—¿Maldición de la luna? —pregunté.

—Sí, la hemorragia femenina —dijo ella con impaciencia.

—¿Y qué es eso? —pregunté, porque realmente nunca había oído hablar de eso con anterioridad.

Sus verdes ojos me dirigieron de soslayo una mirada de divertida incredulidad y dijo afectuosamente:

—Bobo. Como todos los muchachos te imaginas que una mujer bella es algo puro y perfecto; como esa raza de pequeños seres alados llamados peri. Los delicados peri ni siquiera comen y se alimentan de la fragancia de las flores que inhalan, y por eso nunca tienen que orinar o defecar. Del mismo modo, tú crees que una mujer bonita no puede tener ninguna de las imperfecciones o suciedades comunes al resto de la humanidad. Yo me encogí de hombros:

—¿Y es algo malo pensar así?

—Pues no diría yo eso, porque nosotras, las mujeres bonitas, nos aprovechamos a menudo de ese engaño masculino. Pero es un engaño, Marco, y ahora voy a traicionar a mi sexo y a desengañarte. Escucha.

Me contó lo que le sucedía a una niña cuando tenía aproximadamente diez años, al convertirse en mujer, y qué le continuaba sucediendo después, cada luna del año.

—¿De veras? —dije —. No lo sabía. ¿Y les sucede a todas las mujeres?

—Sí, y deben soportar la maldición de la luna hasta que son viejas y están secas en todos los sentidos. La maldición viene acompañada de calambres y dolores de riñones y mal humor. Durante este período, la mujer está taciturna e insoportable; y si es prudente se mantiene alejada de los demás, o drogada hasta quedar estupefacta con teryak o banj, en espera de que pase la maldición.

—Suena terrible.

Magas se rió, pero sin ganas.

—Mucho más terrible es para una mujer si llega la luna y no ha sido maldecida. Porque eso significa que está embarazada y no voy a hablarte de los sudores, filtraciones, disgustos y molestias que vienen después. Ahora me siento taciturna, de mal humor e insoportable, y optaré por recluirme; tú, vete, Marco, sé feliz y disfruta de la libertad de tu cuerpo, como todos los malditos y despreocupados hombres, y déjame con mis miserias de mujer.

A pesar de la descripción de la princesa Magas sobre la debilidad de su sexo, yo no pude, ni entonces ni después, considerar a una mujer bonita como un ser inherentemente defectuoso o imperfecto; o por lo menos, hasta que no demostrara serlo, como hizo en una ocasión dona Ilaria, que perdió por todo ello mi estima. En Oriente, seguía aprendiendo nuevas maneras de apreciar a las mujeres bellas, y aún descubría cosas nuevas en ellas, y no me sentía inclinado a menospreciarlas. Por ejemplo, cuando era más joven, creía que la belleza física de una mujer sólo residía en sus rasgos más fáciles de observar, como su cara, sus pechos, sus piernas y nalgas, y en cosas menos fáciles de observar, como un montículo de la alcachofa, un medallón y mihrab bonitos e incitantes (y accesibles). Pero por aquel entonces, ya había estado con suficientes mujeres para darme cuenta de que había elementos de belleza física más sutiles. Para mencionar sólo uno: yo soy especialmente aficionado a los delicados tendones que recorren desde su ingle la parte interior de los muslos de una mujer cuando se abre de piernas. También llegué a darme cuenta de que incluso en los rasgos comunes a todas las mujeres bonitas hay diferencias distinguibles y por ello excitantes. Toda bella mujer tiene pechos y pezones bonitos, pero hay innumerables variaciones de tamaño, forma, proporción y color, todas ellas hermosas. Una mujer bella tiene un bello mihrab, pero, ¡oh!, qué deliciosas diferencias existen

en su situación avanzada o retrasada, en el tono y profundidad de sus labios exteriores, en su capacidad de cerrarse y apretar como una bolsa, en la posición, tamaño y erectabilidad del zambur. Quizá ahora parezca más lascivo que galante. Pero sólo deseo poner de relieve que nunca pude menospreciar a las mujeres bellas de este mundo, ni lo hice nunca, ni nunca lo haré; ni siquiera en Bagdad, cuando la princesa Magas, a pesar de ser una de las bellezas, hizo cuanto pudo por mostrarme de ellas lo peor. Por ejemplo, un día lo dispuso todo para que pudiese entrar a hurtadillas en el anderun de palacio no para nuestras diversiones nocturnas, sino de tarde, porque yo le había dicho:

—Magas, ¿te acuerdas de ese mercader al que vimos ejecutar porque hacía zina de un modo haram? ¿Es esto lo que suele suceder en un anderun?

Me dirigió una de las miradas de sus verdes ojos, y dijo:

—Ven a verlo por ti mismo.

En esa ocasión, no hay duda de que sobornó a los guardianes y eunucos para que se despistaran, o de lo contrario no me hubiera podido introducir sin ser visto en aquella ala de palacio. Me hizo entrar en un armario empotrado en la pared de un pasillo provisto de dos mirillas taladradas que dejaban ver sendas habitaciones, grandes y voluptuosamente amuebladas. Miré por un agujero y después por otro: en aquel momento las dos habitaciones estaban vacías.

—Son las habitaciones comunales, donde las mujeres pueden reunirse cuando se hartan de estar solas en sus cuartos independientes. Y este armario es uno de los muchos puntos de vigilancia de todo el anderun, a donde el eunuco viene de vez en cuando. Vigila las posibles peleas o luchas entre las mujeres, u otros conflictos, e informa de ello a mi madre, la primera esposa real, que es responsable de mantener el orden. El eunuco no va a estar hoy aquí, y voy a decírselo ahora a las mujeres. Luego espiaremos juntos, y veremos si se aprovechan de la ausencia del vigilante.

Se marchó y cuando volvió nos pusimos de pie, espalda contra espalda en aquel reducido espacio, cada uno con un ojo pegado a una mirilla. Durante un largo rato no sucedió nada. Luego entraron cuatro mujeres en la habitación que yo estaba espiando, y se repartieron por los almohadones del diván. Todas tenían aproximadamente la edad de la shahryar Zahd, y eran igualmente bellas. Una de ellas parecía nativa de Persia, pues tenía la piel marfileña, el cabello negro como la noche y los ojos tan azules como el lapislázuli. A otra la tomé por armenia, pues cada uno de sus pechos tenía exactamente el tamaño de su cabeza. Otra era una negra, etíope o nubia, y como era de esperar, tenía pies como paletas, las pantorrillas largas y delgadas y un trasero como un balcón; aunque por otro lado era bastante linda: un bonito rostro con labios no demasiado protuberantes, un pecho bien formado y largas y finas manos. Y la cuarta mujer tenía la piel tan amarronada y los ojos tan oscuros que debía de ser árabe. Ellas creían que no las vigilaba nadie, y que tenían libertad para hacer lo que

quisieran; sin embargo eso no provocó ningún atentado libertino contra la compostura o la modestia. Lo único extraño era que ninguna llevaba chador, pero todas estaban enteramente vestidas y así siguieron, y no apareció a visitarlas ningún amante furtivo. La mujer negra y la árabe se habían llevado una especie de labor de punto, y se mantenían ocupadas con ese letárgico pasatiempo. La persa estaba sentada con frascos, pinceles y pequeños instrumentos y hacía la manicura esmeradamente a la armenia en pies y manos, y cuando hubo terminado, ambas mujeres comenzaron a colorearse las palmas de las manos y las plantas de los pies con tinte de hinna. Pronto empecé a aburrirme, igual que las cuatro mujeres (las pude ver bostezar, las oí

eructar y olí que se tiraban pedos); y me pregunté por qué habría albergado yo la picante sospecha de que en una casa llena de mujeres tenían lugar orgías babilónicas, por el simple hecho de que todas ellas pertenecían a un solo hombre. Estaba claro que cuando muchas mujeres no tenían otra cosa que hacer que esperar la llamada de su amo, podía decirse al pie de la letra que no tenían nada que hacer. La única posibilidad era repantigarse por la casa, sin más iniciativa o vivacidad que un vegetal, hasta recibir alguna de las infrecuentes llamadas para que ejercitaran sus partes animales. Me hubiera hecho el mismo efecto mirar una hilera de calabazas echándose a perder, o sea que me di la vuelta dentro del armario para decírselo a la princesa. Pero ella estaba sonriendo entre dientes lascivamente, se puso un dedo sobre los labios para que callara y luego señaló su mirilla. Yo me incliné, miré a su través, y apenas supe reprimir una exclamación de sorpresa. La habitación tenía dos ocupantes, uno de ellos femenino, una chica considerablemente más joven que cualquiera de las cuatro de mi habitación, y también mucho más bonita, quizá porque tenía más partes visibles. Se había bajado el pai-yamah y no llevaba nada debajo de esa prenda, e iba desnuda de la cintura hacia abajo. Era también una árabe de piel amarronada, pero su cara estaba ahora sonrosada por el esfuerzo. El ocupante macho era uno de esos monos simiazze de la talla de un niño, tan peludo por todas partes que yo no hubiera reconocido que era macho si no hubiera visto que la chica lo trabajaba fervientemente con una mano para estimular la virilidad del animal. Finalmente lo logró, pero el mono sólo miraba estúpidamente la pequeña y erecta evidencia, y la chica tuvo que enseñarle lo que debía hacer con eso, y dónde. Pero finalmente, también eso se realizó, mientras Magas y yo nos turnábamos mirando por la mirilla.

Cuando la ridícula exhibición hubo terminado, Magas y yo salimos con dificultad de nuestros armarios, en donde hacía ya mucho calor y humedad, y nos fuimos al pasillo para poder hablar sin que nos oyeran las cuatro mujeres que aún estaban en la otra habitación.

—No me extraña que, como me dijo el visir, llamen indeciblemente sucio a ese animal.

—A Yamsid le da envidia —dijo la princesa con indiferencia —. Ese animal puede hacer lo que él no puede.

—Pero no demasiado bien. Tiene el zab más pequeño aún que el de un árabe. En todo caso, creo que una mujer decente debería preferir el dedo de un eunuco al zab de un mono.

—De hecho algunas lo prefieren. Ahora ya sabes por qué mi zambur está tan solicitado. Hay muchas mujeres que entre cada llamada del sha deben esperar una larga y hambrienta temporada. Por eso el profeta (la paz y la bendición sean con él) instituyó

hace tiempo el tabzir, para que las mujeres decentes no se dieran a sus impulsos y buscaran recursos indignos de una esposa.

—Creo que si yo fuera sha preferiría que mis mujeres recurrieran al zambur de las demás que al primer zab que encontraran. Porque ¡imagínate que esa chica árabe queda preñada del mono! ¿Qué especie de cría asquerosa daría a luz? —Esa terrible idea me atrajo a la mente una idea aún más terrible —. Per Cristo! ¡Suponte que tu horrorosa hermana Shams queda preñada de mí! ¿Tendría que casarme con ella?

—No te alarmes, Marco. Aquí todas las mujeres, de la nación que sean, tienen sus propios métodos para prevenir esa posibilidad.

Yo la miré perplejo.

—¿Saben cómo impedir la concepción?

—Hay diferentes niveles de seguridad, pero cualquier cosa es mejor que confiar en la suerte. Una mujer árabe, por ejemplo, antes de hacer zina se mete dentro un tampón de lana empapado con zumo de sauce llorón. Una mujer persa reviste su parte interior con esa delicada membrana blanca que se encuentra bajo la cáscara de la granada.

—¡Qué pecado tan abominable! —exclamé, como buen cristiano —. ¿Y qué es más eficaz?

—Probablemente es preferible el sistema persa, aunque sólo sea porque es más cómodo para ambos participantes. Shams lo usa y apuesto a que no lo has notado.

—No.

—Pero imagínate apretando tu tierna lubya contra ese grueso tampón lanoso que se meten las árabes. Además, yo desconfío de la eficacia de ese método. ¿Qué puede saber una mujer árabe para evitar la concepción? Un árabe, a menos que quiera concebir un niño, sólo hace zina con su mujer por su abertura trasera, como está acostumbrado a hacerlo con los demás hombres y niños, y a que se lo hagan a él. Me sentí aliviado de saber que la princesa Shams no iba a fructificar y multiplicar su fealdad gracias a su preventivo de granada; aunque en realidad debería de haberme sentido inquieto ya que estaba participando en uno de los pecados más aborrecibles y

mortales que puede cometer un cristiano. En algún punto de mis viajes y cuando regresara a casa, a Venecia, me encontraría con algún sacerdote cristiano y me vería obligado a confesarme. El sacerdote, como es lógico, me impondría grandes penitencias por haber fornicado con dos mujeres solteras al mismo tiempo, pero ése era sólo un pecado venial comparado con el otro. Podía adivinar su horror cuando le confesara que, gracias a las malvadas artes de Oriente, había podido copular por puro placer, sin la intención o expectativa cristianas de que resultara del acto progenie alguna. No hace falta decir que seguí disfrutando pecaminosamente. No había ni el más ligero obstáculo que estorbara mi total y completo disfrute, y no me torturaba ningún sentimiento de culpa. Mi deseo natural era que cada consumación de zina se pudiera producir dentro de la princesa Magas, con la cual estaba haciendo el amor, y no dentro de la princesa Shams, a quien no quería y a quien no podía querer. Sin embargo, cuando Magas rechazó severamente mis escasas tentativas en ese sentido, yo tuve la prudencia de dejar de proponerlo. No quise arriesgarme a perder una situación feliz por codiciar otra aún más feliz pero inalcanzable. Lo que hice entonces fue inventarme una historia,

una de aquellas historias que podía haber contado la narradora shahryar Zahd. En el cuento que imaginé Luz del Sol no era la mujer más fea de Persia, sino la belleza más esplendorosa. La hice tan bella que Alá en su sabiduría decretó: «Es inconcebible que la divina belleza y el divino amor de la princesa Shams sirvan sólo para dar placer a un único hombre», y ése era el motivo de que Shams no estuviera casada y de que nunca llegara a casarse. En obediencia al todopoderoso Alá, Shams estaba obligada a dispensar sus favores a todos los pretendientes buenos y dignos de ella, y por eso yo era en aquel momento el favorito. Durante una temporada, sólo utilicé esa historia cuando era necesario. Cada noche, para despertar y mantener mi ardor y hacer zina, me bastaba el amor y la proximidad de la princesa Magas. Pero luego, cuando nuestro juego aumentaba en mi interior la deliciosa presión hasta que ya no podía contenerla, y necesitaba darle salida, entonces daba forma en mi mente a mi inventada, alternativa, imaginaria e irrealmente sublime princesa Luz del Sol, y la convertía en receptáculo de mi amorosa sacudida.

Como ya he dicho, eso me bastó durante algún tiempo. Pero pasado éste, me fui sintiendo víctima de una especie de leve locura: comencé a preguntarme si mi historia no podría aproximarse de algún modo a la verdad. Mi demencia aumentó gradualmente y comencé a sospechar que allí se escondía un gran secreto, y a sospechar que, por las sutiles elaboraciones de mi mente, yo había sido el primero y el único en descubrirlo. Finalmente llegué a trastornarme tanto que comencé a lanzar indirectas a Magas, dándole a entender que realmente quería ver a su invisible hermana. Cuando yo decía esas cosas, Magas parecía preocupada y agitada, y más aún cuando yo audazmente empezaba a mencionar el nombre de su hermana si alguna vez estábamos en presencia de sus padres y de su abuela.

—He tenido el honor de conocer a casi toda la familia real, sus majestades —decía al sha Zaman y a la shahryar Zahd, y luego añadía sin darle importancia —, a

excepción, me parece, de la estimada princesa Shams.

—¿Shams? —decían él o ella cautelosamente, y miraban alrededor de un modo algo furtivo, y entonces Magas se ponía a hablar profusamente para distraernos a todos, mientras me sacaba ruda y casi literalmente a codazos de cualquier habitación en la que estuviéramos.

Sabe Dios adonde me hubiera llevado finalmente ese comportamiento, quizá a la Casa del Engaño; pero entonces mi padre y mi tío regresaron a Bagdad, y llegó el momento de despedirme de mis tres participantes en la tina: Magas, Shams y mi Shams imaginaria.

6

Mi padre y mi tío regresaron juntos, pues se habían encontrado en algún punto del camino, al norte del golfo. Mi tío, nada más poner sus ojos en mí, incluso antes de que hubiéramos intercambiado un saludo, rugió jovialmente:

—Veo que no te has metido en ningún problema, scagarón!

—Creo que de momento no —dije.

Luego me fui a asegurarme. Busqué a la princesa Magas y le comuniqué que nuestras relaciones habían llegado a su fin.

—No puedo seguir pasando las noches fuera sin provocar sospecha.

—Pues muy mal —dijo ella enfurruñada —. Mi hermana no se ha cansado en absoluto de nuestra zina.

—Ni yo tampoco, shahzrad Magas Mirza. Pero la verdad es que me he debilitado mucho. Y ahora debo recuperar fuerzas para proseguir el viaje.

—Sí, pareces algo tenso y ojeroso. Muy bien, te doy permiso para que nos dejes. Nos despediremos formalmente antes de tu partida.

Mi padre, mi tío y yo nos sentamos a hablar con el sha, y ellos le dijeron que habían decidido no seguir la ruta marítima que acortaría nuestro camino hacia Oriente.

—Os agradecemos sinceramente esta sugerencia, sha Zaman —dijo mi padre —, pero hay un viejo proverbio veneciano que dice: Loda el mar e tiente a la tera.

—¿Qué significa? —dijo afablemente el sha.

—Alaba el mar y atente a la tierra. Aplicado de modo más general significa: alaba lo inmenso y peligroso y agárrate a lo pequeño y seguro. Mafio y yo hemos navegado mucho por mares inmensos, pero nunca a bordo de barcos como los de los

comerciantes árabes. Ninguna ruta por tierra podía ser menos segura o más arriesgada.

—Los árabes —dijo mi tío —construyen sus barcos de alta mar con el mismo descuido con que construyen sus barcas fluviales, esas que su majestad suele ver aquí en Bagdad. En ellas todo va atado y pegado con cola de pescado, no hay ni un pedacito de metal en toda su construcción. Y los excrementos de los caballos y cabras cargados en cubierta pasa a las cabinas de pasajeros de abajo. Puede que a los árabes, con su ignorancia, no les importe aventurarse en el mar con esa escuálida y desvencijada cáscara de nuez, pero a nosotros sí.

—Quizá sea esto lo prudente —dijo la shahryar Zahd, que entró en la habitación en aquel momento, a pesar de estar nosotros en una reunión de hombres —. Os contaré un cuento. Nos contó varios, y todos relativos a un tal Simbad el Marino, que había sufrido una serie de desagradables aventuras con un pájaro ruj gigante, con un viejo jeque del Mar, con un pez grande como una isla entera, y no recuerdo con qué más. Pero lo importante de su relato era que todas las aventuras de Simbad se debían a haberse embarcado en navíos árabes, y que cada uno de estos barcos naufragaban en el mar y el superviviente tenía que dejarse llevar por la corriente hasta alguna costa inexplorada.

—Gracias, querida —dijo el sha, cuando su esposa hubo terminado el sexto o séptimo cuento de Simbad. Y antes de que pudiera comenzar otro, dijo a mi padre y a mi tío —: Entonces ¿no habéis sacado provecho alguno de vuestro viaje al golfo?

—Oh, sí —dijo mi padre —. Había muchas cosas interesantes para aprender, ver y traer aquí. Por ejemplo, yo compré en Neyriz este nuevo sable simsir, tan fino y afilado; y su artífice me dijo que estaba hecho con acero de las minas de hierro de su majestad, próximas al lugar. Sus palabras me confundieron y le repliqué: «Seguramente os referís a las minas de acero.» Y él contestó: «No, sacamos hierro de las minas y lo metemos en una especie de ingenioso horno, y el hierro se convierte en acero.» Yo exclamé: «¿Qué?

¿Queréis hacerme creer que si meto un asno en el horno saldrá un caballo?» Y el artífice tuvo que explicarse largo y tendido hasta convencerme. Debo confesar sinceramente, majestad, que yo y todos los europeos hemos creído siempre que el acero era un metal totalmente diferente y muy superior al hierro.

—No —dijo el sha, sonriendo —. El acero no es sino hierro muy refinado en un proceso que vosotros, los europeos, no habéis aprendido aún.

—O sea que allí en Neyriz mejoré mi educación —dijo mi padre —. Mi viaje también me llevó a Shiraz, claro, y a sus extensas viñas y caté todos los vinos famosos de sus viñedos en el lugar donde se producen. También probé… —Se detuvo y miró un momento a la shahryar Zahd —. También hay en Shiraz las más lindas mujeres, y en más cantidad que en cualquier otra ciudad que haya visitado.

—Sí —confirmó la dama —. Yo misma nací allí. Según un proverbio persa si buscas una bella mujer has de ir a Shiraz; y si buscas un muchacho bello a Kashan. Pasaréis por Kashan cuando os dirijáis hacia Oriente.

—¡Ah! —dijo tío Mafio —. Yo, por mi parte, he encontrado algo nuevo en Basora. Un

aceite llamado naft, que no se saca de la aceituna, ni de las nueces, ni del pescado, ni de la grasa, sino que rezuma del propio suelo. Arde con más brillo que los demás aceites y durante más rato, y sin olor asfixiante. Llené varios frascos para alumbrarnos en las noches de nuestro viaje, y quizá también para sorprender a otros, como me pasó a mí, que nunca había visto semejante sustancia.

—En relación a vuestro viaje —dijo el sha —, ya que habéis decidido continuar por tierra, recordad mis advertencias sobre el Dasht-e-Kavir, el Gran Desierto de Sal, que hallaréis yendo hacia Oriente. Esta estación, finales de otoño, es la mejor del año para atravesarlo, pero lo cierto es que no hay ninguna época ideal. Os propuse que llevarais camellos en vuestra caravana y ahora os sugiero que sean cinco. Uno para cada uno de vosotros y vuestras albardas, uno para el camellero y otro para llevar la carga de vuestros paquetes más grandes. El visir os acompañará mañana al bazar y os ayudará a elegirlos; yo los pagaré y aceptaré vuestros caballos a cambio.

—Es muy amable de vuestra parte, majestad —dijo mi padre —, sólo hay un problema, y es que no tenemos camellero.

—Pues si no sois muy duchos en el manejo de esos animales, necesitáis uno. Probablemente puedo ayudaros a obtenerlo, pero primero conseguid los camellos. Así que al día siguiente los tres volvimos al bazar en compañía de Yamsid. El mercado de camellos era una zona cuadrada dispuesta especialmente, y rodeada por un peldaño continuo de piedra. Todos los camellos en venta estaban alineados de pie, con sus patas delanteras puestas sobre esa plataforma, para que parecieran más altos y orgullosos. Ese mercado era mucho más ruidoso que cualquier otra parte del bazar, pues al acostumbrado griterío y a las peleas de vendedores y compradores se sumaban los enfadados bramidos y los lastimeros gruñidos de los camellos cada vez que alguien agarraba sus bozales para que demostraran su agilidad al arrodillarse y levantarse. Yamsid hizo esta y muchas otras pruebas. Pellizcaba las gibas de los camellos, palpaba sus patas de arriba abajo, y miraba en las ventanas de sus narices. Después de examinar a casi todos los animales adultos que estaban aquel día en venta, separó cinco de ellos, un macho y cuatro hembras, y dijo a mi padre:

—Ved si estáis de acuerdo con mi selección, mirza Polo. Notaréis que todos tienen los pies delanteros mucho más grandes que los traseros, señal segura de mayor resistencia. Tampoco tienen lombrices de nariz. Vigilad siempre esta infección, y si alguna vez veis lombrices, rociad bien las narices con pimienta.

Como ni mi padre ni mi tío tenían experiencia en la adquisición de camellos,

aceptaron gustosos la selección del visir. El mercader ordenó a un ayudante que llevara los camellos, amarrados en fila india, a los establos de palacio, y nosotros seguimos a nuestro aire.

En el palacio nos esperaban el sha Zaman y la shahryar en una habitación atiborrada con los regalos que deseaban que lleváramos de su parte al gran kan Kubilai. Había qalis bien enrollados de la mejor calidad, cofrecitos con joyas, fuentes y aguamaniles de oro exquisitamente trabajado y Simsirs de acero de Neyriz en vainas engastadas con gemas; y para las mujeres del gran kan espejos también de acero de Neyriz, cosméticos de al-kohl y de hinna, botas con vino de Shiraz y esquejes de las más preciadas rosas cortadas en los jardines de palacio y cuidadosamente envueltas, y también esquejes de las plantas del banj que no tienen semillas, y de las amapolas, con las que se hace la triaca. El regalo más sorprendente de todos era una tabla pintada por algún artista de la corte con el retrato de un hombre. Era un hombre ceñudo y de aspecto ascético, pero ciego: sus globos oculares eran totalmente blancos. Era el único dibujo de un ser animado que había visto alguna vez en un país musulmán.

El sha dijo:

—Esto es una semblanza del profeta Mahoma (que la paz y la bendición sean con él). En los reinos del gran kan hay muchos musulmanes, y muchos de ellos no tienen idea de cómo era el profeta (que la paz y la bendición sean con él) en vida. Os lo llevaréis para mostrárselo a toda esa gente.

—Perdonad —dijo mi tío, con una vacilación impropia de él —, pensaba que el Islam prohibía los retratos. Y una imagen del propio profeta…

La shahryar Zahd explicó:

—Un retrato no vive hasta que no se le pinten los ojos. Encargaréis a algún artista que los pinte justamente antes de presentar el cuadro al gran kan. Sólo hace falta pintar dos puntos marrones en los globos oculares.

El sha añadió:

—Y el propio cuadro está pintado con tintes mágicos que en unos meses comenzarán a desvanecerse, hasta desaparecer totalmente. Así no puede convertirse en una imagen de adoración, como las que vosotros cristianos reverenciáis, y que están prohibidas porque nuestra religión, más civilizada, no las necesita.

—Este retrato —dijo mi padre —será un regalo único entre todos los regalos que el gran kan haya recibido nunca. Sus majestades han sido más que generosas con este tributo.

—Me hubiera gustado enviarle también algunas vírgenes de Shi-raz, y chicos de

—musitó el sha —, pero ya lo he intentado hacer otras veces, y no sé por qué, pero nunca llegan a su corte. Las vírgenes seguramente son difíciles de transportar.

—Sólo espero que podamos transportar todo esto —dijo mi tío, gesticulando.

—Oh, sí, sin problemas —dijo el visir Yamsid —. Cualquiera de vuestros nuevos camellos cargará fácilmente todo este peso y lo llevará a una marcha de ocho farsajs por día, repostando agua cada tres días si es necesario. Suponiendo, claro, que tengáis un camellero competente.

—Que ahora tendréis —dijo el sha —. Es otro regalo mío, y esta vez para vosotros, caballeros. —Hizo una señal al guardián de la puerta y éste salió —. Un esclavo que yo mismo adquirí recientemente, comprado por uno de mis eunucos de corte.

—La generosidad de su majestad sigue siendo grande y asombrosa —murmuró mi padre.

—Bueno —dijo el sha modestamente —. ¿Qué es entre amigos un esclavo, aunque me haya costado quinientos dinares?

El guardián volvió con el esclavo, quien inmediatamente se echó al suelo dirigiéndonos el salaam y gritando estridentemente:

—¡Alá sea alabado! ¡Nos volvemos a encontrar, buenos amos!

—Sia Budelá! —exclamó tío Mafio —. Si es el reptil que nos negamos a comprar.

—¡El animal Narices! —exclamó el visir —. Decidme, mi señor sha, ¿cómo llegasteis a adquirir esta excreción?

—Creo que el eunuco se enamoró de él —dijo el sha agriamente —. Pero yo no. O sea que es vuestro, caballeros.

—En fin… —dijeron mi padre y mi tío, incómodos y sin deseos de ofender.

—Nunca he conocido a un esclavo más rebelde y odioso —dijo el sha, sin esforzarse nada en elogiar su regalo —. Me maldice y me injuria en media docena de idiomas, de los cuales no entiendo nada excepto que la palabra cerdo aparece en todos ellos.

—También se ha mostrado insolente conmigo —dijo la shahryar —. ¡Imaginad a un esclavo que critica la dulzura de la voz de su dueña!

—El profeta (que la paz y la bendición sean con él) —dijo el animal Narices, como si pensara en voz alta —. El profeta calificó de maldita una casa en donde la voz de una mujer pudiera oírse desde fuera.

La shahryar le lanzó una mirada venenosa, y el sha dijo:

—¿Habéis oído? Bueno, el eunuco que lo compró sin que nadie se lo pidiera ha sido

despedazado por cuatro caballos salvajes. El eunuco carecía de valor, pues había nacido bajo este techo de una de mis esclavas, y no había costado nada. Pero este hijo de perra Saqal cuesta quinientos dinares, y hay que eliminarlo de modo más útil. Vosotros, caballeros, necesitáis un camellero, y él dice que lo es.

—Ciertamente —gritó el hijo de perra Saqal —, crecí, buenos amos, entre camellos y los amo como si fueran mis hermanas…

—Oh, sí —dijo mi tío —. Estoy convencido…

—Contéstame a esto, esclavo —le preguntó Yamsid con un ladrido —. El camello se arrodilla para que lo carguen, gruñe y se queja mucho a cada nuevo peso que le añaden.

¿Cómo se sabe cuándo hay que dejar de cargar?

—Eso es fácil, visir Mirza. Cundo cesa de gruñir significa que habéis puesto ya el último fardo que puede llevar.

Yamsid se encogió de hombros y dijo:

—El esclavo conoce los camellos.

—Bueno… —murmuraron mi padre y mi tío.

El sha declaró terminantemente:

—Lleváoslo con vosotros, caballeros, o si no quedaros a presenciar cómo le meten en la caldera.

—¿La caldera? —preguntó mi padre, que no sabía lo que era.

—Será mejor que nos lo llevemos, padre —dije yo, hablando por primera vez. No lo dije con entusiasmo, pero no hubiera podido contemplar otra ejecución en aceite hirviendo, aunque fuera de aquella abominable sabandija.

—¡Alá os recompensará, joven amo mirzal —gritó la sabandija —. Oh, adorno de perfección, sois tan compasivo como el antiguo derviche Bayazid, quien mientras viajaba halló una hormiga atrapada en las hilas de su ombligo y remontó el camino recorriendo cientos de farsajs hasta su punto de partida para devolver esa hormiga secuestrada a su nido original…

—Cállate —bramó mi tío —. Te llevaremos con nosotros para librar a nuestro amigo

el sha Zaman de tu pestilente presencia. ¡Pero te advierto, podredumbre, que no tendremos contigo compasión alguna!

—Estoy contento —gritó la podredumbre —. Las palabras de vituperio y azote pronunciadas por un sabio son mucho más valiosas que las lisonjas y flores prodigadas por un ignorante, y además…

—Gésu —dijo mi tío, hastiado —. En vez de azotarte en las nalgas, te azotarán en tu incontrolada lengua. Majestad, partiremos mañana al amanecer, y sacaremos a esta peste rápidamente de vuestra proximidad.

Al día siguiente, a primera hora, Karim y nuestros dos criados nos vistieron con buenas y resistentes ropas de viaje, al estilo persa, nos ayudaron a empaquetar nuestras pertenencias personales y nos regalaron una gran canasta de exquisitos manjares, vinos y otras delicias que los cocineros de palacio habían preparado especialmente para que se conservaran bien y nos sirvieran de alimento durante una buena parte del camino. Luego los tres criados se entregaron a una exhibición de arrebatado dolor, como si nosotros fuéramos sus amados amos de toda la vida, y ahora los dejáramos para siempre. Se postraron haciendo salaams, se arrancaron los turbantes y golpeaban el suelo con la cabeza descubierta, y no se detuvieron hasta que mi padre distribuyó backhís entre ellos, tras lo cual nos vieron partir con amplias sonrisas y encomendándonos a la protección de Alá.

En los establos de palacio nos encontramos con que Narices, sin recibir órdenes, ni azotes ni vigilancia alguna, había ensillado nuestros camellos y cargado el camello de los paquetes. Incluso había envuelto y dispuesto cuidadosamente todos los regalos que

el sha mandaba, para evitar que cayeran o se golpearan entre sí, o se ensuciaran con el polvo del camino; y por lo que pudimos comprobar, no había robado ni un solo artículo. Mi tío, en vez de felicitarle, dijo severamente:

—¡Canalla, crees que complaciéndonos ahora y consiguiendo con halagos nuestra indulgencia, luego, cuando regreses a tu pereza natural, la vida te será fácil! Te advierto, Narices, que esperaremos de ti esta misma eficacia y…

El esclavo lo interrumpió, pero en tono amable:

—Un buen amo hace a un buen criado, y logra de él servicio y obediencia en proporción directa al respeto y confianza que le tenga.

—Según todas las informaciones —dijo mi padre —no has servido muy bien a tus últimos amos: el sha, el tratante de esclavos…

—Ah, buen amo, mirza Polo, he estado demasiado tiempo enjaulado en ciudades y casas, y mi espíritu se ha sentido oprimido por el encierro. Alá me hizo un

trotamundos. En cuanto supe que vosotros erais viajeros, dirigí todos mis esfuerzos a que me expulsaran de este palacio para unirme a vuestra caravana.

—Ummm —dijeron mi padre y mi tío escépticos.

—Sabía que haciendo esto me arriesgaba a que me echaran con más rapidez todavía, por ejemplo arrojándome a la caldera de aceite. Pero este joven mirza Marco me salvó de ello, y nunca se arrepentirá. Para vosotros, amos mayores, yo seré el criado obediente, pero para él seré un devoto mentor. Me interpondré entre él y el peligro, como él ha hecho por mí, y le instruiré diligentemente en la sabiduría del camino. Y aquí está el segundo de los extraordinarios maestros que tuve en Bagdad. Yo deseaba sinceramente que hubiera sido una persona tan bella, simpática y deseable como la princesa Magas. No me gustaba demasiado la perspectiva de ser el pupilo de aquel piojoso esclavo, ni la posibilidad de que me contagiara alguna de sus sucias características. Pero no pensaba herirle diciendo en voz alta todo aquello, y simplemente le respondí poniendo cara de condescendiente aceptación.

—Entendedme, yo no pretendo ser una buena persona —dijo Narices, como si hubiera podido captar mis pensamientos —. Soy un hombre de mundo, y no todos mis gustos y costumbres son aceptables en la buena sociedad. Sin duda, tendréis frecuentes ocasiones de reprenderme o de golpearme. Un buen viajero, eso es lo que soy. Y ahora que volveré a andar por los caminos, apreciaréis mi utilidad. Ya lo veréis. Luego, los tres fuimos a despedirnos del sha, la shahryar, su anciana madre y la shahzrad Magas. Todos ellos se habían levantado temprano a este propósito, y se despidieron de nosotros tan afectuosamente como si hubiéramos sido huéspedes reales, en vez de meros portadores del firman del gran kan, a quien tenían que complacer.

—Aquí están los documentos de propiedad de ese esclavo —dijo el sha Zaman entregándolos a mi padre —. Cruzaréis muchas fronteras desde aquí hacia Oriente, y los guardianes fronterizos pueden pediros la identidad de todos los miembros de vuestra caravana. Ahora, buen viaje, amigos míos, y que caminéis siempre bajo la sombra de Alá.

La princesa Magas nos dijo a todos, pero dedicándome a mí una sonrisa especial:

—Que nunca encontréis en el camino a un afriti o a un demonio yinni, sino solamente el dulce y perfecto peri.

La abuela nos dio su mudo adiós con una inclinación de cabeza, pero la shahryar Zahd pronunció una despedida casi tan larga como una de sus historias, terminando con un exagerado:

—Vuestra partida nos deja a todos desolados.

En aquel momento me atreví a decirle:

—Hay alguien aquí en palacio a quien me gustaría comunicar mi saludo personal.

Confieso que aún estaba ligeramente afectado por la historia que me había inventado sobre la princesa Luz del Sol, y por la idea de que casi había descubierto un secreto largo tiempo guardado sobre ella. En cualquier caso, fuera o no una belleza tan sublime como yo me había imaginado, ella había sido mi amante incansable, y por pura educación debía despedirme especialmente de ella.

—¿Le daréis de mi parte mi más cordial saludo, majestad? —dije a la shahryar —. No creo que la princesa Shams sea vuestra hija, pero…

—Sí, claro —dijo la shahryar con una risilla —. Mi hija. Bromeáis, joven mirza Marco, queréis que nos quedemos todos riendo y de buen humor. Sin duda ya sabéis que la shahrpiryar es la única princesa persa llamada Shams.

Yo dije vacilante:

—Nunca había oído antes ese título.

Me sentí confundido al darme cuenta de que la princesa Magas se había retirado a un rincón de la habitación y se tapaba la cara con los colgantes de qali, dejando ver únicamente sus ojos verdes que chispeaban traviesamente, mientras intentaba contenerse y no partirse de risa delante de todos.

—El título de shahrpiryar —dijo su madre —significa la viuda princesa Shams, la venerable matriarca real. —E hizo un gesto —. Mi madre, aquí presente. Mudo de sorpresa, horror y repulsión, miré a la shahrpiryar Shams, la arrugada, calva, moteada, marchita, mohosa, decrépita e incalificable anciana abuela. Ella respondió a mi desorbitada mirada con una sonrisa lasciva y relamida que puso al descubierto sus encías de un gris blanquecino. Luego, como para asegurarse de que me enteraba bien, pasó lentamente la punta de la musgosa lengua por su granuloso labio superior. Creo que podía haberme desmayado allí mismo, pero seguí, no sé cómo, a mi padre y a mi tío hasta el exterior de la sala sin caer inconsciente ni vomitar sobre el suelo de alabastro. Oí sólo vagamente los adioses alegres, risueños y burlones que me dirigía la princesa Magas, porque dentro de mí estaba oyendo otros sonidos burlones: mi ingenua pregunta: «¿Es tu hermana mucho más joven que tú?», y mi imaginado decreto de Alá

sobre «la divina belleza de la princesa Shams» y la interpretación que hizo el fardarbab en la arena: «Ten cuidado con la sed de sangre de la belleza.»

Bueno, este último encuentro con la belleza no me había costado sangre, y creo que nadie se muere de disgusto ni humillación. En todo caso, la experiencia sirvió para mantener mi sangre activa, roja y vigorosa mucho tiempo después, pues cada vez que recordaba aquellas noches en el anderun del palacio de Bagdad, mi sangre se esparcía provocándome un sonrojo irreprimible.

7

El visir, montado a caballo, acompañó nuestra pequeña caravana de camellos durante el isteqbal (el viaje de media jornada que los persas efectúan tradicionalmente como una escolta de cortesía a los huéspedes que se marchan). Durante la cabalgada de esa mañana, Yamsid se fijó varias veces solícitamente en mi aspecto, en mis ojos vidriosos y mi mandíbula caída. Mi padre, mi tío y el esclavo Narices también preguntaron varias veces si me mareaba el ondulante paso de mi camello. Siempre les contestaba con una respuesta evasiva; no podía admitir que estaba aturdido simplemente porque había sabido que durante las últimas tres semanas aproximadamente había estado copulando deleitosamente con una bruja babeante unos sesenta años mayor que yo. Sin embargo, como yo era joven, lo resistía todo. Y después de un tiempo, me convencí

de que allí no había pasado nada realmente grave, excepto quizá para mi estima personal, y probablemente ninguna de las dos princesas difundiría lo sucedido ni me

convertiría en un hazmerreír universal. En el momento en que Yamsid nos dirigió su último salaam aleikum y dio la vuelta con su caballo hacia Bagdad me sentí con fuerzas para mirar de nuevo a mi alrededor y contemplar el país por el que cabalgábamos. Estábamos entonces, y continuamos durante un rato más, en una tierra de placenteros valles verdes que se abrían paso entre colinas de un azul metálico. Eso nos convenía, porque así nos acostumbrábamos a nuestros camellos antes de iniciar la travesía más dura por el desierto.

He de decir que cabalgar un camello no es mucho más difícil que cabalgar un caballo, si uno se acostumbra a la altura mucho mayor de la silla. El camello camina con un paso afectado y tiene un desdeñoso gesto de mofa, exactamente como cierto tipo de hombres. Incluso un jinete novato se adapta fácilmente a este paso, y es más fácil cabalgar con ambas piernas a un lado, como hacen las mujeres cuando montan a caballo, pero con una pierna doblada

encima de la silla. Un camello se frena no con una brida, sino con una cuerda atada a una clavilla de madera permanentemente fija en su morro. El gesto desdeñoso del camello le da un aire de arrogante inteligencia, pero eso es totalmente falso. Uno se da cuenta continuamente de que el camello es de los animales más estúpidos. A un caballo inteligente puede ocurrírsele gastar una broma, fastidiar a su jinete o levantarlo de la silla. El camello nunca podría tener tal ocurrencia, ni siquiera tiene el buen sentido del caballo para vigilar el camino y esquivar peligros evitables. El jinete de un camello debe estar alerta y guiarlo en todo momento, incluso para evitar rocas y hoyos visibles e impedir que se caiga o se rompa una pata.

Seguíamos viajando, como habíamos hecho desde Acre, a través de un paisaje que era tan nuevo para mi padre y mi tío como para mí, porque ellos dos habían cruzado Asia previamente, tanto en dirección a Oriente como al regresar a casa, por una ruta

situada mucho más al norte.

Así que ellos, ante cualquier duda, dejaban que el esclavo Narices nos guiara, pues decía haber recorrido ese camino muchas veces en su vida de vagabundeo. Y

seguramente era cierto, ya que nos conducía con toda seguridad, y no se detenía en las frecuentes ramificaciones del camino, sino que siempre parecía saber qué camino tomar. Precisamente al anochecer de aquel primer día nos condujo a un confortable caravasar. Para recompensar la buena conducta de Narices no le hicimos quedarse en el establo con los camellos, sino que pagamos para que comiera y durmiera en el edificio principal del establecimiento.

Cuando aquella noche nos sentamos alrededor del mantel, mi padre estudió los documentos que el sha nos había dado y dijo:

—Recuerdo haberte oído decir, Narices, que habías tenido otros nombres. Según este documento parece que has servido a cada uno de tus amos anteriores con un nombre distinto. Simbad, Ali-Babar, Ali-ad-Din. Todos estos nombres suenan mejor que Narices, ¿con cuál de ellos prefieres que te llamemos?

—Con ninguno, si no os importa, amo Nicoló. Todos pertenecen a etapas pasadas y olvidadas de mi vida. Simbad, por ejemplo, se refiere a la tierra de Sind en donde nací. Hace mucho tiempo que dejé atrás ese nombre.

Yo dije:

—La shahryar Zahd nos relató algunas aventuras de otro viajero incansable que se hacía llamar Simbad el Marino. ¿Fuiste tú ese viajero?

—Alguien muy parecido a mí, seguramente, porque sin duda era un mentiroso —dijo riéndose del trato que se daba a sí mismo —. Vosotros, caballeros, sois de la República marítima de Venecia, o sea que debéis saber que ningún hombre de mar se hace llamar nunca marino. Siempre marinero, porque marino es una palabra ignorante que usan los

de tierra firme. Si ese Simbad no supo ni ponerse un apodo correcto, es que sus historias son sospechosas.

—Debo inscribir en este papel algún nombre tuyo, declarando que nos perteneces… —insistió mi padre.

—Escribid Narices, buen amo —dijo con indiferencia —. Ése ha sido mi nombre desde el contratiempo que le dio origen. Vosotros, caballeros, puede que no lo creáis, pero yo era un hombre incomparablemente guapo antes de que la mutilación de mi nariz arruinara mi aspecto.

Y se extendió un largo rato sobre lo guapo que había sido cuando aún tenía dos ventanas en la nariz, y sobre cómo le perseguían las mujeres que se enamoraban de su masculina belleza. Dijo que los primeros tiempos de llamarse Simbad encantó a una deliciosa muchacha que arriesgó su vida para salvarle de una isla poblada de malvados hombres con alas. Posteriormente, cuando se le conocía por Ali-Babar, fue capturado por una banda de ladrones que le arrojaron a una tinaja con aceite de sésamo; y su habladora cabeza se hubiera separado del reblandecido pescuezo de no haber sido ayudado por otra bella muchacha, seducida por sus encantos, que le rescató de la tinaja y de los ladrones. Cuando se llamaba Al-ad-Din, había enamorado con su bello aspecto a otra linda muchacha que le salvó de las garras de un afriti enviado por un diabólico hechicero…

En fin, sus relatos eran tan inverosímiles como cualquiera de los que contaba la shahryar Zahd, pero no menos inverosímiles que el recuerdo de su pasada belleza. Nadie podría creérselo. Aunque hubiera tenido las dos ventanas de la nariz, o tres, o ninguna, eso no habría mejorado su aspecto de hombre narigudo, sin mentón, barrigudo como un pájaro-camello Suturmurq, que resultaba aún más cómico por ese rastrojo de barba que le crecía bajo la nariz. Continuó hablando en un tono cada vez más increíble, realzando su supuesto atractivo físico con hazañas demostrativas de su valor, ingenio y fortaleza. Nosotros le escuchábamos con educación, pero sabíamos que toda su rodomontata era, como dijo luego mi padre, «mucho ruido y pocas nueces». Algunos días después, cuando mi tío comparó nuestro avance hacia Oriente con los mapas del Kitab de al-Idrisi, anunció que habíamos llegado a un lugar histórico. Según sus cálculos, estábamos muy cerca del lugar citado en el Libro de Alejandro a donde había llegado, durante la marcha del conquistador a través de Persia, Thalestris, la reina de las Amazonas, con su hueste de guerreras para saludarle y rendirle homenaje. Sólo nos podíamos fiar de la palabra de tío Mafio, ya que en ese lugar no había ningún monumento que conmemorase ese hecho.

En los años siguientes, me han preguntado con frecuencia si alguna vez encontré en mis viajes el País de Amazonia o, como algunos lo llamaban, la Tierra de Femynye. En Persia no, no lo encontré. Más adelante, en los dominios mongoles conocí a muchas mujeres guerreras, pero todas ellas estaban sometidas a sus hombres. También me han preguntado a menudo si, en algún lugar de esas tierras lejanas, conocí al prétre Zuáne, llamado en otras lenguas presbyter Johannes y preste Juan, ese reverendo y poderoso hombre envuelto en mitos, fábulas, leyendas y enigmas.

Durante más de cien años, el mundo occidental ha estado oyendo rumores e informaciones sobre él: era un descendiente directo de los Reyes Magos, los primeros en adorar a Cristo recién nacido, y él era también rey y devoto cristiano, y además rico, poderoso y sabio. Como monarca cristiano de un reino cristiano inmenso, según la leyenda, ha sido una figura de lo más tentador para la imaginación occidental. Tal como está nuestro Occidente, fragmentado en muchas naciones pequeñas, gobernadas por reyes, duques y otros personajes de relativa importancia, que siempre están guerreando entre sí, y con un cristianismo en el que continuamente brotan sectas

nuevas, cismáticas

y antagónicas, es lógico que imaginemos con nostálgica admiración una inmensa comunidad de pueblos, todos pacíficamente unidos bajo un gobernante y supremo pontífice, encarnadas ambas figuras en una sola majestad.

Además, cada vez que los paganos salvajes han llegado en multitudes de Oriente (hunos, tártaros, mongoles, sarracenos y musulmanes) y han asediado nuestro Occidente, hemos esperado fervientemente y rezado para que el prétre Zuáne emerja de su aún más lejano Oriente, aparezca detrás de los invasores con sus legiones de guerreros cristianos, y así los infieles queden atrapados y aplastados entre sus ejércitos y los nuestros. Pero el prétre Zuáne nunca se ha aventurado a salir de sus misteriosos refugios, ni ha ayudado al Occidente cristiano en sus constantes épocas de necesidad, ni siquiera ha demostrado su existencia real. ¿Existe entonces? Y si es así, ¿dónde está?

¿Ejerce realmente su poder sobre un lejano imperio cristiano? Y de ser así, ¿dónde se encuentra este imperio?

Ya he explicado en la crónica de mis viajes publicada anteriormente que el prétre Zuáne existía, en un sentido; y que en este sentido puede existir todavía, pero que no es ni nunca fue un potentado cristiano.

Antes, cuando los mongoles sólo eran tribus aisladas y desorganizadas, llamaban kan a cada jefe tribal. Cuando las muchas tribus se unieron bajo el temible Chinghiz, éste se convirtió en el único monarca oriental que gobernaba sobre un imperio parecido al que, según los rumores, pertenecía al prétre Zuáne. Desde la época de Chinghiz, el kanato mongol ha estado gobernado en parte o en su totalidad por varios de sus descendientes, antes de que su nieto Kubilai se convirtiera en el gran kan, lo extendiera aún más y lo consolidara firmemente. A lo largo de los años, todos esos gobernantes han tenido nombres distintos, pero todos han llevado el título de kan o de gran kan. Os pido ahora que observéis lo fácilmente que pueden confundirse la palabra kan hablada o escrita con Zuáne, Juan o Johannes. Supongamos que tiempo atrás, un viajero cristiano escuchara erróneamente en Oriente este nombre. Naturalmente se acordaría del apóstol santificado del mismo nombre. Y no sería de extrañar que él creyera después haber oído hablar de un sacerdote u obispo llamado como el apóstol. Sólo tenía que mezclar el equívoco con la realidad: la extensión, el poder y la riqueza del kanato mongol. Y cuando regresara a su casa a Occidente, se sentiría impaciente por contar cosas de un imaginario prétre Zuáne que gobernaba un imaginario imperio cristiano. Bien, si estoy en lo cierto, los kanes probablemente inspiraron la leyenda, pero no por ninguna de sus acciones, ni por ser cristianos. Y nunca han poseído ninguno de los fabulosos objetos y dominios atribuidos a este prétre Zuáne: el espejo encantado con el que espía las lejanas acciones de sus enemigos, las medicinas mágicas con las que puede curar cualquier enfermedad mortal, sus guerreros devoradores de hombres que son invencibles porque pueden

alimentarse de los enemigos que aniquilan… y todas esas otras maravillas que tanto recuerdan los cuentos de la shahryar Zahd. No digo con esto que no haya cristianos en Oriente. Los hay y muchos; pueden encontrarse en todas partes individuos aislados, grupos y comunidades enteras de cristianos, desde el levante mediterráneo hasta las más lejanas costas de Kitai, y los hay de todos los colores, blancos, pardos, marrones y negros. Desgraciadamente, todos ellos comulgan con la Iglesia oriental, lo que equivale a decir que son seguidores de las doctrinas del abad cismático del siglo y Nestorio, o sea herejes a nuestros ojos de cristianos de la Iglesia romana. Los nestorianos niegan a la Virgen María el título de Madre de Dios, no permiten ningún crucifijo en sus iglesias, y reverencian como a un santo al despreciado Nestorio. Además practican muchas otras herejías. Sus sacerdotes no son célibes, muchos están casados y todos son simoníacos, pues no administran ningún sacramento si no se les paga con dinero. Los nestorianos sólo coinciden con

nosotros, los auténticos cristianos, en que adoran al mismo Dios Señor, y reconocen a Cristo como a su Hijo.

Al menos esto los hizo más afines a mí, a mi padre y a mi tío que los mucho más numerosos adoradores de Alá, de Buda y de divinidades incluso más extrañas que había por todas partes. Por eso intentamos no detestar demasiado a los nestorianos, aunque discutiéramos sus doctrinas, y ellos solían mostrarse hospitalarios y solícitos con nosotros.

Si el prétre Zuáne hubiera existido realmente no sólo en la imaginación occidental, y si, tal como se rumoreaba, era descendiente de uno de los Reyes Magos, lo hubiéramos sin duda encontrado durante nuestro viaje a través de Persia, ya que es donde vivieron los Magos, y desde Persia siguieron la estrella de la Natividad hacia Belén. Pero según esto, el prétre Zuáne sería nestoriano, porque éstos son los únicos cristianos que existen en aquella zona. Y de hecho, encontramos entre los persas un viejo cristiano con ese nombre, pero que difícilmente podía ser el prétre de la leyenda. Se llamaba Vizan, que es la representación persa del nombre que en otros lugares se representa como Zuáne, Giovanni, Johannes o Juan. Nació en la realeza de Persia, de hecho había nacido para shahzadé o príncipe, pero en su juventud abrazó la Iglesia oriental, que significaba no sólo renunciar al Islam sino a su título, herencia, privilegios, riqueza y derecho de sucesión al shanato. Había abjurado de todo aquello para unirse a una tribu errante de beduinos nestorianos. Ahora, muy anciano ya, era el jefe de la tribu y un reconocido presbítero. Nos dimos cuenta de que era un hombre bueno y sabio, y en conjunto un ser admirable. En estos aspectos coincidía bien con el carácter del fabuloso prétre Zuáne. Pero no reinaba sobre ningún dominio amplio, rico y populoso, sino sobre una tribu desheredada con unas veinte familias de pastores, pobres y sin tierras. Encontramos a este grupo de pastores una noche en que no había ningún caravasar cerca, y ellos nos invitaron a compartir su lugar de acampada en medio de su rebaño; y así pasamos la noche en compañía de su presbítero Vizan.

Mientras él y nosotros tomábamos una sencilla comida alrededor de un pequeño fuego, mi padre y mi tío se enzarzaron en una discusión teológica; ellos desacreditaron y destruyeron hábilmente muchas de las más queridas herejías del viejo beduino. Pero él no parecía desanimado ni dispuesto a descartar los jirones que quedaban de sus creencias. Por el contrario, dirigió alegremente la conversación hacia la corte de Bagdad donde habíamos vivido recientemente, y preguntó por todos sus componentes, que eran lógicamente sus regios parientes. Le dijimos que estaban muy bien, prósperos y felices, aunque comprensiblemente irritados por su sumisión al kanato. El viejo Vizan pareció

satisfecho con las noticias, aunque nada nostálgico de la fácil vida de corte que había abandonado largo tiempo atrás. Sólo cuando a mi tío Mafio se le ocurrió mencionar a la shahrpiryar Shams (cosa que me contrajo las entrañas), suspiró el anciano obispo-pastor de un modo que podía considerarse nostálgico.

—Entonces, ¿la princesa viuda vive aún? —dijo —. Porque… debe de tener casi ochenta años ahora, mi misma edad.

Yo me contraje de nuevo.

Se quedó callado un momento, luego atizó el fuego con un palo, miró pensativamente dentro de su corazón y dijo:

—Sin duda, la shahrpiryar ya no lo parece, y vosotros, buenos hermanos, puede que no deis crédito a mi afirmación, pero esa princesa Luz del Sol fue en su juventud la más bella mujer de Persia, quizá la más hermosa de todos los tiempos. Mi padre y mi tío murmuraron algo sin comprometerse. Yo aún estaba contraído por mi recuerdo demasiado vivido del arrugado y arruinado vejestorio.

—¡Ah, cuando ella, yo y el mundo éramos jóvenes —dijo el viejo Vizan, como si

estuviera soñando —. Yo era aún el shahzade de Tabriz y ella era la shahzrad, la primera hija del sha de Kerman. Los rumores sobre su belleza y encanto me hicieron partir de Tabriz, y también partieron innumerables príncipes de sus lejanas tierras de Sabea y Cachemira, y ninguno quedó decepcionado cuando la vio.

Yo proferí para mis adentros un sonido de burla e incredulidad poco cortés, pero no tan alto que él pudiera oírlo.

—Podría hablaros de los brillantes ojos, los labios bermejos y la gracia de sauce de aquella doncella, pero con eso no podríais ni empezar a imaginaros su retrato. Porque el solo hecho de mirarla podía calentar a un hombre hasta producirle fiebre y refrescarle al mismo tiempo. Ella era como… como un campo de trébol calentado por el sol y luego regado por una fina lluvia. Sí, porque ésa es la cosa de más dulce aroma que Dios puso sobre esta tierra, y cada vez que percibo esa fragancia me acuerdo de la joven y bella princesa Shams.

«¡Comparara una mujer con la planta del trébol! Qué propio de un pastor rústico y poco imaginativo», pensé. Seguramente el ingenio de aquel anciano había quedado embotado o anulado por las décadas que había pasado sin otra compañía que la de grasientas ovejas y nestorianos aún más grasientos.

—No había ni un solo hombre en toda Persia que no se hubiera arriesgado a recibir una paliza de los guardianes del palacio de Kerman sólo por introducirse furtivamente hacia las proximidades de la princesa Luz del Sol y poder verla un instante paseando por su jardín. Para verla descubierta de su velo de chador, un hombre habría entregado la vida. Por la remota esperanza de recibir de ella una sonrisa, un hombre habría entregado su alma inmortal. Y cualquier otra intimidad con ella, hubiera sido una idea inconcebible, incluso para toda la multitud de príncipes ya desesperadamente enamorados de ella. Me quedé mirando fijamente a Vizan, asombrado e incrédulo. La vieja bruja con la que yo había pasado tantas noches desnudo… ¿una visión inalcanzable e inviolable? ¡Era imposible! ¡Absurdo!

—Había tantos pretendientes, y todos ellos estaban tan angustiados por sus anhelos, que el tierno corazón de Shams no pudo o no quiso elegir a ninguno de ellos, arruinando de este modo la vida de todos los demás. Tampoco su padre el sha pudo, durante largo tiempo, elegir por ella. Estaba tan acosado por tantos pretendientes, cada uno le imploraba con más elocuencia que el otro, y cada uno le presionaba con regalos más preciosos… Aquel tumultuoso cortejo continuó literalmente durante años. Cualquier otra doncella se hubiera impacientado al ver que pasaba la flor de su juventud y que aún no se había casado. Pero la belleza de rosa, la gracia de sauce y la dulzura de trébol de Shams continuaban aumentando con el paso del tiempo.

Yo seguía sentado, mirándole fijamente, pero mi escepticismo estaba dejando paso lentamente al asombro. ¿Mi amante había sido todo aquello? ¿Tan exquisitamente deseable para aquel hombre y para otros hombres de aquella lejana época? ¿Tan exquisitamente memorable que aún no había sido olvidada, al menos por él, incluso ahora que se aproximaba el fin de su vida?

Tío Mafio iba a hablar, pero comenzó a toser; y al final carraspeando preguntó:

—¿Cuál fue el resultado de aquel multitudinario cortejo?

—Oh, tenía que llegar finalmente a una conclusión. Su padre el sha, confío yo que con la aprobación de Shams, eligió para ella al shahzade de Shiraz. Él y Shams se casaron, y todo el Imperio persa, excepto los pretendientes rechazados, celebró la boda con alegres festejos. Sin embargo, durante un largo tiempo el matrimonio no dio fruto. Yo sospecho que el novio estaba tan desbordado por su buena fortuna y por la pura belleza de su esposa que tuvo que pasar una larga temporada antes de poder consumar el matrimonio. Cuando el padre del shahzade murió y él le hubo sucedido como sha de Shiraz y Shams

tenía treinta años o más, dio a luz a su único hijo, que sólo fue una niña. También era

bella, por lo que he oído, pero nada comparada con su madre. Fue Zahd, que ahora es shahryar de Bagdad, y creo que tiene una hija ya bastante crecida.

—Sí —dije yo débilmente.

Vizan prosiguió.

—De no haber sido por los acontecimientos que he contado… si la princesa Shams hubiera elegido de otro modo, yo podía aún ser… —Volvió a remover el fuego, pero ahora sólo quedaban ascuas consumiéndose rápidamente —. Bueno, en fin. Me sentí inspirado para retirarme al desierto y buscar. Y busqué, y encontré la verdadera religión, y a estos hermanos errantes, y con ellos una nueva vida. Yo creo que la he vivido bien, y que he sido un buen cristiano. Guardo una pequeña esperanza de ir al cielo… y en el cielo ¿quién sabe?

Su voz parecía fallarle. Ya no dijo nada más, ni siquiera buenas noches, se levantó de entre nosotros y se alejó caminando, llevándose consigo su olor a lana y a estiércol de ovejas; y desapareció en el interior de su pequeña tienda, muy gastada y remendada. No, yo nunca le tomé por el prétre Zuáne de las leyendas.

Cuando mi padre y mi tío se habían retirado para envolverse en sus sábanas, me senté pensativo junto a las ascuas del fuego casi apagado intentando reconciliar en mi mente la vieja y arruinada abuela con la antigua princesa Luz del Sol, de incomparable belleza. Estaba confundido. Si Vizan la pudiera ver ahora, ¿vería a ese feo y gastado vejestorio, o a la gloriosa doncella que había sido? Y yo, ¿debía continuar disgustado porque ella, en su vejez, sin que apenas pudiera reconocerse en aquel cuerpo a una mujer, sintiera aún anhelos femeninos? ¿O debería compadecerme de ella, porque ahora para satisfacerlos tenía que recurrir al engaño, cuando antes pudo haber tenido a cualquier príncipe con sólo indicárselo?

Mirándolo de otro modo, ¿debería de felicitarme y deleitarme sabiendo que había disfrutado de la princesa Luz del Sol, por quien toda una generación había suspirado en vano? Pero al intentar seguir en esta línea, me encontré forzando el tiempo presente en el pasado, y el pasado en el presente; y enfrentándome a preguntas aún más insustanciales como: ¿reside la inmortalidad en la memoria?

Y mi mente era incapaz de luchar con tales profundidades metafísicas. Aún hoy mi mente es incapaz de ello, como la mayoría de las mentes. Pero ahora sé algo que entonces ignoraba. Lo sé por propia experiencia y conocimiento de mí mismo. Un hombre tiene siempre la misma edad en las profundidades de su ser. Sólo envejece su exterior: la envoltura de su cuerpo, y su integumento, que es el mundo entero. Interiormente alcanza una cierta edad, y se queda en ella durante todo el resto de su vida. Supongo que esa perpetua edad interior puede variar en los distintos

individuos. Pero en general, sospecho que queda fijada al iniciar la madurez, cuando la mente ha alcanzado conocimiento y agudeza de adulto, pero aún no se ha encallecido por los hábitos y desilusiones; cuando el cuerpo acaba de crecer del todo y siente el fuego de la vida, pero no siente todavía sus cenizas. El calendario, su espejo y las atenciones de sus menores pueden decirle a un hombre que es viejo. Y por él mismo puede ver que el mundo y todo su entorno ha envejecido, pero secretamente sabe que él es aún un joven de dieciocho o veinte años.

Y lo que digo de un hombre, lo digo porque yo soy un hombre. Probablemente sea aún más cierto en relación a una mujer, la cual debe conservar más celosamente la juventud, la belleza y la vitalidad. Estoy seguro de que no hay en ningún lugar una mujer de edad avanzada que no lleve dentro suyo a una tierna doncella. Creo que la princesa Shams, incluso cuando yo la conocí, podía ver en el espejo sus ojos brillantes, sus labios bermejos y la gracia de sauce que su pretendiente recordaba aún, más de medio siglo

después de separarse de ella, como recordaba la fragancia del trébol después de la lluvia, la cosa de más dulce aroma que Dios puso nunca sobre esta tierra.

EL GRAN DESIERTO DE SAL

Kashan fue la última ciudad que atravesamos en la parte verde y habitable de Persia; al este de esa ciudad empezaba la región deshabitada llamada Dasht-e-Kavir, o Gran Desierto de Sal. El día antes de llegar a esa ciudad el esclavo Narices dijo:

—Observad, amos míos, que el camello de carga ha empezado a cojear. Creo que se ha herido con alguna piedra. Si no lo curamos puede ponernos en apuros cuando entremos en el desierto.

—Tú eres el camellero —dijo mi tío —. ¿Qué nos aconsejas como experto?

—La cura es muy sencilla, amo Mafio. Dejar que el animal descanse unos días. Bastará

con tres.

—Muy bien —respondió mi padre —. Nos alojaremos en Kashan, y sacaremos partido del retraso. Podemos renovar nuestras raciones de viaje. Dar a lavar nuestra ropa, etcétera. Durante el viaje desde Bagdad hasta aquel punto, Narices se había comportado con tanta eficacia y de modo tan sumiso que habíamos olvidado totalmente sus posibles perrerías. Pero pronto, por lo menos yo, tuve motivos para sospechar que el esclavo había causado deliberadamente al camello la pequeña herida para conseguir así unos días de descanso.

La industria más importante de Kashan (y que dio nombre a la ciudad) ha sido durante siglos la fabricación del kasi, o lo que nosotros llamaríamos mosaico, esos azulejos artísticamente vidriados que se utilizan en todo el Islam para decorar las masyids o templos, los palacios y otros edificios importantes. La fabricación del kasi se lleva a cabo en talleres cerrados, pero el segundo artículo de comercio en valor que ofrece Kashan se hizo visible de modo más inmediato a medida que entrábamos en la ciudad: sus bellos niños y jóvenes.

Las muchachas y mujeres que podían verse por las calles, y que se adivinaban a través de sus velos chador, presentaban la gama habitual, desde las vulgares hasta las bonitas, incluyendo a alguna que realmente destacaba de vez en cuando, pero todos los jóvenes tenían una cara, un físico y un aire de sorprendente belleza. Ignoro a qué podía deberse tal cosa. El clima, la comida y el agua de Kashan no diferían de los que habíamos encontrado en otros lugares de Persia, y no pude ver nada extraordinario en los habitantes locales con edad de ser madres y padres. Por lo tanto ignoro por qué motivo sus vástagos de sexo masculino tenían que ser superiores a los niños y jóvenes de otras localidades; pero debía reconocer que lo eran.

Desde luego, yo era un chico y hubiese preferido entrar en la ciudad equivalente a Kashan, Shiraz, que según se dice está igualmente llena de mujeres hermosas. Sin

embargo, incluso mi vista despreocupada tuvo que admirar lo que veía en Kashan. Los niños y jóvenes no iban sucios ni estaban cubiertos de granos, ni de manchas; iban inmaculadamente limpios, con el cabello brillante, los ojos resplandecientes, la tez clara y casi traslúcida. Su actitud no era hosca ni su postura desgarbada; iban erectos y orgullosos, y su mirada era directa. No hablaban entre dientes o chapurreando, sino de modo articulado e inteligente. Todos y cada uno de ellos eran tan guapos y atractivos como chicas, y chicas de alta cuna, bien cuidadas, bien educadas y de buenos modales. Los niños más pequeños eran como los exquisitos cupidos dibujados por los artistas alejandrinos. Los niños mayores eran como los ángeles pintados en los paneles de la basílica de San Marcos. Sinceramente me impresionaron y me dieron una cierta envidia,

pero no reconocí verbalmente el hecho. Al fin y al cabo, yo no me consideraba un ejemplar de mi sexo y de mi edad inferior a ellos. Pero mis tres compañeros exclamaron:

—Non persiani, ma prezioni —dijo con admiración mi tío.

—Un precioso espectáculo, sí —asintió mi padre.

—Auténticas joyas —dijo Narices, mirando ansioso a su alrededor.

—¿Son todos jóvenes eunucos? —preguntó mi tío —. ¿O destinados a serlo?

—Oh no, amo Mafio —respondió Narices —. Tanto pueden dar como tomar, si me entendéis. No sólo no tienen las partes viriles disminuidas, sino que mejoran en sus demás partes inferiores, y resultan más accesibles y acogedores, si me entendéis.

¿Conocéis las palabras fa'il y mafa'ul? Pues al-fa'il significa «el que hace» y al-mafa'ul «aquel a quien hacen».

A estos chicos de Kashan se les cría para que sean guapos y se los enseña a ser obedientes y se los… modifica físicamente, para que hagan de fa'il o de mafa'ul de modo igualmente delicioso.

—Tus palabras los hacen bastante menos angelicales de lo que aparentan —dijo mi padre, con disgusto —. Pero el sha Zaman dijo que sacaba de Kashan a muchachos vírgenes y los distribuía como regalos a otros monarcas.

—Bueno, los vírgenes son otra cosa. No veréis a los chicos vírgenes por la calle, amo Nicoló. Los tienen confinados en un pardah tan estricto como el de las princesas vírgenes. Se los reserva para convertirlos luego en concubinos de estos príncipes y de otros ricos personajes que mantienen no uno sino dos anderun: uno de mujeres y otro de chicos. Los padres de los muchachos vírgenes los mantienen en perpetua indolencia hasta que están maduros para su presentación. Los chicos no hacen más que vivir repantigados en los cojines del diván, mientras se los alimenta forzadamente

con castañas hervidas.

—¿Castañas hervidas? ¿Para qué?

—Esta dieta engorda su carne inmensamente y la deja pálida y tan blanca que se puede marcar con un dedo. Los traficantes de anderun aprecian de modo especial a estos muchachos con aspecto de embutido. Sobre gustos no hay disputa. Yo personalmente prefiero a un chico que sea durante el acto nervudo, sinuoso y atlético, no a un mohíno montón de sebo que…

—Ya hay bastante lujuria aquí —dijo mi padre —. Ahórranos la tuya.

—Como ordenéis, mi amo. Sólo añadiré que los chicos vírgenes son carísimos de comprar, y no pueden alquilarse. Por otra parte observad que incluso los chicos callejeros son guapos. Se pueden comprar baratos y tenerlos siempre o alquilarlos más baratos todavía para un…

—¡Dije que callaras! —le cortó mi padre —. Veamos ahora, ¿dónde buscaremos alojamiento?

—¿Hay por aquí algún caravasar judío? —preguntó mi tío —. Me gustaría cambiar de dieta y comer bien.

Debo explicar esta observación. En las semanas anteriores la mayoría de posadas que habíamos encontrado a lo largo del camino estaban regentadas, como es natural, por musulmanes, pero algunas eran propiedad de cristianos nestorianos. Y la degenerada Iglesia de Oriente observa tantos días de ayuno y de fiesta que cada día hay una u otra celebración. O sea que en estos lugares o nos mataban piadosamente de hambre o nos hartaban piadosamente. Además estábamos en el mes que los musulmanes persas llaman Ramazan. Este nombre dignifica «el mes caliente», pero el calendario islámico sigue la luna, y su Mes Caliente cae cada año en una época distinta y puede coincidir con agosto, con enero o con cualquier otro mes, y aquel año coincidió con el final del otoño. Caiga donde caiga, durante ese mes los musulmanes deben ayunar. En cada uno

de los treinta días del Ramazan, el musulmán, a partir de la hora matutina en que la luz permite distinguir entre un hilo blanco y otro negro, no puede tomar comida ni bebida, ni puede haber relaciones sexuales entre hombre y mujer, hasta que caiga la noche. Por eso durante el día los viajeros no habíamos podido suplicar siquiera que nos dieran una cucharada de agua de pozo en un establecimiento musulmán, en cambio en todos ellos después de la puesta del sol nos atiborraban de comida hasta ahogarnos. O sea que desde hacía tiempo todos sufríamos el mal de la indigestión, y la idea de tío Mafio no era la expresión de un capricho vano.

No hay que decir que los judíos de Oriente raramente se dedican a ocupaciones tales como alquilar camas y dar comida a los forasteros de paso, como tampoco se dedican

a ello en Occidente, sin duda porque es un oficio menos provechoso y más laborioso que prestar dinero y practicar otras formas de usura. Sin embargo nuestro esclavo Narices era una persona con muchos recursos. Después de parlamentar brevemente con unos cuantos transeúntes, nos enteramos de que había una vieja viuda judía cuya casa tenía al lado un establo que no utilizaba. Narices nos llevó allí y resultó ser también un enviado extraordinariamente persuasivo. Salió de la casa informándonos de que la viuda nos permitía meter a nuestros camellos en su establo y acomodarnos a nosotros en el henil situado encima del establo.

—Además —dijo, mientras conducía allí a los animales y empezaba a descargarlos —, puesto que todos los sirvientes de la casa son persas de Kashan y por lo tanto sujetos a las limitaciones del Ramazan, la almauna Ester está dispuesta a preparar vuestras comidas y a servíroslas con sus propias manos. O sea que podréis comer de nuevo en vuestras horas habituales, y me ha asegurado que es buena cocinera. El pago que pide por nuestra estancia es también muy razonable.

Mi tío se quedó francamente boquiabierto ante la gestión del esclavo y dijo impresionado:

—Tú eres musulmán, la cosa que los judíos más desprecian, y nosotros somos cristianos, la siguiente cosa más despreciada por ellos. Y si esto no fuera suficiente para que esta viuda Ester nos echara de su puerta, creo que tú eres la criatura más repulsiva que ella haya visto nunca. ¿Cómo conseguiste que se quedara con nosotros, si puede saberse?

—Sólo soy un sindi y un esclavo, mi amo, pero no soy ignorante ni me falta el espíritu de iniciativa. También sé leer y puedo observar.

—Te felicito. Pero esto no responde a mi pregunta ni disminuye tu fealdad.
Pensativo, Narices se rascó su rala barba.

—Amo Mafio, en los libros sagrados de vuestra religión, de la mía y de la religión de la almauna Ester, encontraréis citada a menudo la palabra belleza, pero nunca la palabra fealdad, no la encontraréis en ninguna de estas escrituras. Quizá nuestros distintos dioses no se ofenden con la fealdad física de los simples mortales, y quizá la almauna Ester es una mujer piadosa. Sin embargo, antes de que se escribieran todos estos libros sagrados, todos teníamos la misma religión, mis antepasados, los de la almauna, quizá

también los vuestros, todos éramos de la antigua religión babilónica que ahora todos detestan por pagana y demoníaca.

—¡Impertinente advenedizo! ¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa? —exclamó mi padre.

—El nombre de la almauna es Ester —dijo Narices —, y también hay damas

cristianas que tienen este nombre, el cual deriva de la diosa demonio Istar. El difunto marido de la almauna se llamaba, según ella me dijo, Mordecai, nombre que proviene del dios demonio Marduk. Pero mucho antes de que existieran estos demonios en Babilonia, vivieron Noé y su hijo Sem, y la almauna y yo somos descendientes de Sem. Sólo las diferencias posteriores de nuestras religiones dividen entre sí a los semitas, y esto no debería haber tenido efectos muy graves. Tanto los musulmanes como los judíos

evitamos ciertos alimentos, los dos pueblos sellamos a nuestros hijos en la fe con la circuncisión, los dos creemos en ángeles celestiales y odiamos al mismo adversario, tanto si le llamamos Satán como Saitán. Los dos reverenciamos la ciudad santa de Jerusalén. Quizá no sabéis que en los primeros tiempos el profeta (la paz y la bendición sean con él) ordenó que los musulmanes, al hacer nuestras devociones, nos inclináramos ante Jerusalén y no ante La Meca. El lenguaje que hablaban originariamente los judíos y el que hablaba el profeta (que la bendición y la paz sean con él) no se distinguían mucho, y…

—Y tanto los musulmanes como los judíos —intervino secamente mi padre —tienen lenguas con goznes en medio que se menean por ambos extremos. Venid, Mafio, Marco, entremos y ofrezcamos nuestros respetos a nuestra anfitriona. Narices, acaba de descargar los animales y luego búscales comida.

La viuda Ester era una mujer pequeña de cabello blanco y rostro dulce, y nos saludó

con mucha amabilidad, como si no fuéramos cristianos. Insistió en que nos sentáramos y bebiéramos su «reconstituyente para viajeros», que resultó ser leche caliente perfumada con cardamomo. La dama la preparó personalmente, porque el sol aún no se había puesto y ninguno de sus sirvientes musulmanes podía siquiera calentar la leche o pulverizar las semillas.

Al parecer la dama judía tenía una lengua con goznes en medio, como había supuesto mi padre, porque nos entretuvo un rato con su conversación. O más bien entretuvo a mi padre y a mi tío, mientras yo miraba a mi alrededor. Era evidente que la casa había sido de categoría y estuvo ricamente provista, pero supuse que después de la muerte de su amo Mordecai había ido decayendo, pues su mobiliario estaba raído. Conservaba un equipo completo de sirvientes, pero tuve la impresión de que continuaban allí, no por sus salarios, sino por fidelidad a su ama Ester, y que sin que ella se enterara trabajaban lavando en la puerta trasera o recurrían a algún subterfugio inocente para alimentarse a sí mismos y también a ella.

Dos o tres de los criados eran tan viejos y poco notables físicamente como la señora, pero tres o cuatro más eran niños y jóvenes de Kashan de suprema hermosura. Y noté

con satisfacción que una criada era una muchacha tan bella como cualquiera de los chicos, una mujer joven con pelo rojo oscuro y un cuerpo voluptuoso. Para pasar el rato mientras la viuda Ester continuaba con su charla, hice el cascamorto a esta

criada, dirigiéndole miradas lánguidas y guiños sugestivos. Y ella cuando su señora no miraba me sonreía alentadoramente.

Al día siguiente, mientras el camello tullido descansaba con los cuatro restantes, los viajeros nos fuimos separadamente a pasear por la ciudad. Mi padre se dirigió a un taller de kasi, para enterarse del sistema de fabricación de estos azulejos, pues lo consideraba una industria útil que podría introducir entre los artesanos de Kitai. Nuestro camellero Narices se fue a comprar algún tipo de ungüento para la pata herida del camello y tío Mafio se fue a buscar un nuevo cargamento de mumum depilador. Resultó que ninguno de los tres encontró lo que buscaba, porque en Kashan nadie trabajaba durante el Ramazan. Yo no tenía ningún encargo que cumplir y me limité a pasear y a observar. Allí, como en todas las restantes ciudades situadas más hacia Oriente, revoloteaban constantemente por el cielo unos grandes cuervos negros, de cola partida. Estas aves, que viven de desechos, trazan primero círculos en el aire y luego se lanzan sobre el suelo a buscarlos. También desde allí hacia Oriente la otra ave predominante en las ciudades dedicaba al parecer todo su tiempo a buscar desechos en el suelo. Esta ave es el mynah, que se pasea agresivamente por todas partes con su pico inferior hinchado como la mandíbula pugnaz de un hombrecito que busca camorra. Y como ya he dicho los habitantes más visibles de Kashan, después de los anteriores, eran los guapos niños

que jugaban por las calles. Acompañaban sus juegos de pelota cantando y entonaban también las canciones de jugar al escondite y del baile del torbellino, lo mismo que los niños venecianos, con la diferencia de que estas canciones eran del tipo maullido de gato. Lo mismo puede decirse de la música que tocaban los músicos callejeros que pedían bakchís. Al parecer el único instrumento que poseían era el changal, que no es otra cosa que la guimbarde o harpa del judío, y la chimta, una especie de tenacillas de cocina hechas de hierro, con lo que su música se convertía en una terrible cacofonía de tañidos y martilleos. En mi opinión los paseantes que les echaban una moneda o dos no lo hacían tanto para agradecerles el entretenimiento como para interrumpirlo, aunque sólo fuera un instante.

Aquella mañana no llegué muy lejos, porque mi paseo me hizo recorrer un círculo por las calles y pronto descubrí que de nuevo me estaba acercando a la casa de la viuda. La bella criada me hizo una señal desde una ventana, como si estuviera allí esperando precisamente a que pasara. Me hizo entrar en la casa y pasar a una habitación provista de un qali y un diván de cojines ligeramente gastados, me confió que su señora estaba ocupada en otra parte y me dijo que su nombre era Sitaré, que significa estrella. Nos sentamos juntos sobre un montón de cojines. Yo ya no era un mozuelo imberbe y sin experiencia, y no me eché sobre ella con avidez juvenil y chapucera. Empecé con palabras dulces y cumplidos halagadores, y me fui acercando a ella gradualmente hasta que mis bigotes hicieron cosquillas a su delicada oreja obligándola a retorcerse y a reír, y sólo entonces levanté el velo de su chador y puse mis labios sobre los suyos y la besé

tiernamente.

—Esto está bien, mirza Marco —dijo —. Pero mejor que no perdáis el tiempo.

—Para mí no es perderlo —le dije —. Disfruto con los preparativos tanto como con el final. Puedo pasarme todo el día…

—Me refiero a que no es necesario que me lo hagáis todo a mí.

—Eres una chica considerada Sitaré, y buena. Pero debo decirte que no soy musulmán. No me abstengo durante el Ramazan.

—Oh, no tiene importancia que seáis un infiel.

—Esto me alegra. Empecemos, pues.

—Muy bien. Deshaced este abrazo y me iré a buscarlo.

—¿Qué?

—Ya os lo dije. No es preciso que continuéis fingiendo conmigo. Él está esperando ya para entrar.

—¿Quién está esperando?

—Mi hermano Aziz.

—¿Para qué diablos queremos a tu hermano con nosotros?

—No con nosotros, con vos. Yo me iré.

La solté, me incorporé y la miré.

—Perdona, Sitaré —dije cautelosamente, no sabiendo la mejor manera de preguntarlo —.

¿Estás quizá, bueno, estás divané?

Divané significa loca.

Ella se sorprendió sinceramente.

—Supuse que os disteis cuenta de que nos parecíamos cuando estuvisteis aquí anoche. Aziz es el chico aquel que se me parece y que tiene el pelo rojo como yo, pero que es mucho más guapo. Su nombre significa Amado. Sin duda fue por esto que me mirabais y me guiñabais el ojo.

Ahora era yo el sorprendido.

—Aunque él fuera tan guapo como un peri, ¿cómo podría guiñarte el ojo a ti, si no eras la persona que yo…?

—Ya os dije que no es preciso aducir ningún pretexto. Aziz también os vio y quedó

inmediatamente prendado, y ya está esperando, y ansioso.

—No me importa que Aziz se quede eternamente varado en el purgatorio —grité

exasperado —. Déjame que te lo explique con la mayor claridad del mundo. En este momento estoy intentando seducirte para que me dejes hacer contigo lo que yo quiera.

—¿Yo? ¿Queréis hacer zina conmigo? ¿Conmigo y no con mi hermano Aziz?

Golpeé brevemente con el puño un inocente cojín, y luego pregunté:

—Dime algo, Sitaré. ¿Se dedican todas las chicas de Persia a malgastar sus energías haciendo de alcahuetas para otras personas?

Ella se lo pensó un momento y dijo:

—¿Todas las chicas de Persia? No lo sé. Pero aquí en Kashan sí se hace a menudo, porque es una costumbre arraigada. Un hombre ve a otro hombre o a un chico, y se enamora de él. Pero no puede cortejarlo directamente, porque esto va en contra de la ley proclamada por el profeta.

—Que la paz y la bendición sean con él —murmuré.

—Sí. O sea que el enamorado corteja a la parienta más próxima del hombre. Si es preciso puede incluso casarse con ella. De este modo tiene una excusa para estar cerca de lo que su corazón desea realmente, quizá el hermano de la mujer, o quizá su hijo si ella es una viuda, o incluso su padre, y tiene todas las oportunidades para hacer tina con él. Como veis, de este modo no se ofende abiertamente el decoro.

—Gésu.

—Por esto supuse que me estabais cortejando a mí. Pero desde luego si no deseáis a mi hermano, no podéis poseerme.

—¿Por qué no? Parecía que te gustaba saber que te quería a ti y no a él.

—Sí, me gusta. Me sorprende y me gusta. Esta preferencia es insólita; es una excentricidad cristiana, si se me permite decirlo. Pero soy virgen, y debo continuar así

en bien de mi hermano. Habéis cruzado ya muchos países musulmanes, y sin duda lo habréis comprendido. Por este motivo las familias tienen guardadas a sus hijas y hermanas en estricto pardah, y preservan celosamente su virtud. Sólo si una chica se mantiene intacta o una viuda casta pueden esperar un buen matrimonio. Por lo menos así son las cosas en Kashan.

—Bueno, lo mismo pasa en el lugar de donde vengo —tuve que admitir.

—Sí, intentaré casarme bien con un hombre bueno que mire por los dos y nos ame a los dos, porque mi hermano Aziz es toda la familia que tengo.

—Espera un momento —dije escandalizado —. Admito que a menudo la castidad de una mujer veneciana es un artículo de trueque, y que con frecuencia sirve para conseguir un buen partido. Pero sólo para el progreso comercial o social de toda su familia. ¿Me dices ahora que aquí las mujeres están dispuestas a proteger y a fomentar el deseo de un hombre por otro? ¿Estarías dispuesta deliberadamente a convertirte en la esposa de un hombre sólo para poder compartirlo con tu hermano?

—Oh, no lo haría con cualquier hombre que se presentara —dijo ella con ligereza —. Deberíais sentiros halagado de que tanto Aziz como yo os hayamos encontrado de nuestro agrado.

—Gésu.

—Uniros con Aziz no os compromete a nada, ya lo veis, porque un hombre no tiene la membrana sangar. Pero si queréis romper la mía tenéis que casaros conmigo y tomarnos a los dos.

—Gésu.

Me levanté del diván.

—¿Os vais? ¿O sea que no me queréis? Pero ¿y con Aziz? ¿No queréis tenerlo ni

siquiera una vez?

—Creo que no, gracias, Sitaré. —Me dirigí lentamente hacia la puerta —. Por desgracia ignoraba las costumbres locales.

—Se quedará muy triste. Sobre todo si debo contarle que me deseabais a mí.

—Entonces no lo hagas —murmuré —. Dile solamente que yo desconocía las costumbres locales.

Y salí de la estancia.

2

Entre la casa y el establo había un pequeño huerto plantado con hierbas para la cocina, y la viuda Ester estaba allí. Llevaba puesta únicamente una zapatilla, su otro pie estaba descalzo y con la zapatilla que se había quitado golpeaba el suelo. Me acerqué con curiosidad y vi que estaba machacando un gran escorpión negro. Cuando quedó hecho papilla, avanzó un paso y dio la vuelta a una piedra; otro escorpión avanzó

perezosamente hacia la luz y ella lo aplastó como al anterior.

—Es el único sistema para acabar con estos repugnantes animales —me dijo —. Los escorpiones merodean de noche y entonces es imposible verlos. Hay que descubrirlos a la luz del día. Esta ciudad está infestada de escorpiones. Ignoro por qué motivo. Mi difunto esposo Mordecai (alav ha-sholom) solía quejarse diciendo que el Señor se equivocó miserablemente enviando simples langostas sobre Egipto, y que podía haber enviado los escorpiones venenosos de Kashan.

—Vuestro marido era sin duda una persona valiente, mina Ester, puesto que criticó al mismo Dios Señor nuestro.

Ella se echó a reír.

—Leed vuestras escrituras, joven. Los judíos han estado censurando y dando consejos a Dios desde Abraham. Podéis leer en el libro del Génesis que Abraham discutió por primera vez con el Señor y luego se puso a regatear con él hasta llegar a un acuerdo. Mi Mordecai era igual de decidido cuando se ponía a cavilar sobre los actos divinos.

—En una ocasión tuve un amigo… un judío llamado Mordecai —le dije.

—¿Teníais un judío amigo?

El tono era de escepticismo, pero no puedo decir si dudaba de que un cristiano pudiera ser amigo de un judío o de que un judío lo fuera de un cristiano.

—Bueno —dije —, era judío cuando le conocí, y se llamaba Mordecai. Pero parece como si continuara encontrándomelo con otros nombres y atuendos. Incluso le vi en uno de mis sueños.

Y le conté estos diversos encuentros y manifestaciones, destinados evidentemente cada uno de ellos a que descubriera «la sed de sangre de la belleza». La viuda me miraba atentamente mientras yo hablaba, y cuando hube terminado dijo con los ojos muy abiertos:

—¡Bar mazel, y sin embargo sois un gentil! Sea cual fuere el mensaje que él intenta comunicaros, os sugiero que le hagáis caso. ¿Sabéis quién es esta persona a la que veis continuamente? Tiene que ser uno de los lamed-vav. Uno de los treinta y seis.

—¿Los treinta y seis qué?

—Tzaddikim. Una especie de… santos, o así los llamaría un cristiano. Según una vieja creencia judía, en el mundo hay siempre treinta y seis hombres de perfecta rectitud, sólo treinta y seis. Nadie sabe quiénes son, y ellos mismos ignoran que son tzaddikim, porque de lo contrario este conocimiento de sí mismos perjudicaría su perfección. Pero ellos van por el mundo haciendo constantemente buenas obras, sin esperar premio ni reconocimiento. Hay quien dice que los tzaddikim son inmortales. Otros dicen que

cuando un tzaddik muere, Dios nombra a otro hombre bueno para este oficio, sin que él sepa el honor que le ha correspondido. Otros afirman que en realidad sólo hay un tzaddik, que puede estar simultáneamente en treinta y seis lugares, si así lo desea. Pero todos los que creen en la leyenda están de acuerdo en que Dios acabaría con este mundo si los lamed-vav dejaran de hacer sus buenas obras. De todos modos no había oído contar nunca que uno de ellos hiciera beneficiario de sus buenos oficios a un gentil.

—El que encontré en Bagdad quizá no era ni judío —repliqué —Era un fardarbab adivino del futuro. Podía haber sido un árabe.

Ella se encogió de hombros.

—Los árabes tienen una leyenda idéntica. Llaman al justo abdal. Sólo Alá conoce la verdadera identidad de cada uno de ellos, y sólo porque ellos existen permite Alá que el mundo continúe existiendo. Ignoro si los árabes tomaron la leyenda de nuestros lamed-vav, o si es una creencia que ellos y nosotros hemos compartido desde mucho tiempo antes, cuando todos éramos hijos de Sem. Pero sea quien fuere vuestro justo, tanto si se trata de un abdal que dispensa sus favores a un infiel como de un tzaddik que lo hace con un gentil, habéis sido muy favorecido y deberíais prestar atención.

—Al parecer sólo me hablan de belleza y de sed de sangre. Pero lo que yo hago, cuando puedo, es precisamente buscar la primera y evitar la segunda. No creo que necesite más consejos sobre este tema.

—Creo que una y otra son como las dos caras de una misma moneda —dijo la viuda, mientras aplastaba con su zapatilla otro escorpión —. Si hay peligro en la belleza, ¿no hay también belleza en el peligro? ¿Si no, por qué los hombres se van de viaje tan contentos?

—¿Yo? Bueno, yo viajo únicamente por curiosidad, mirza Ester.

—¡Sólo por curiosidad! ¿He oído bien? Joven, no lamentéis nunca esa pasión llamada curiosidad. ¿Dónde estaría entonces el peligro si no existiera la curiosidad, o dónde estaría la belleza?

No vi mucha relación entre estas tres cosas, y empecé a preguntarme de nuevo si estaba hablando con una persona algo divané. Ya sabía que los viejos a veces hablan de modo sorprendentemente inconexo, y eso pensé cuando la viuda dijo a continuación:

—¿Puedo repetiros las palabras más tristes que haya oído jamás?

Continuó hablando, como suelen hacer los viejos, sin esperar a que yo dijera sí o no.

—Fueron las últimas palabras de mi marido Mordecai (alav ha-sholom) cuando agonizaba. Estaban presentes el darían y otros miembros de nuestra pequeña congregación, y yo también, como es natural, llorando e intentando hacerlo con una silenciosa dignidad. Mordecai se había despedido de todos, había recitado el Sema Yisrael y se había preparado para la muerte. Tenía los ojos cerrados, las manos juntas y todos creíamos que se nos iba en paz. Pero luego sin abrir los ojos ni dirigirse a nadie en especial habló de nuevo, con voz muy clara y distinta. Y lo que dijo fue lo siguiente… La viuda imitó la postura del moribundo. Cerró los ojos, cruzó las manos sobre su pecho, una de las cuales sostenía todavía su zapatilla sucia, inclinó la cabeza algo hacia atrás y dijo con voz sepulcral:

—Siempre deseé ir allí… y hacer esto… pero nunca lo hice. La vieja se quedó en esta postura; era evidente que esperaba que yo dijera algo. Repetí

las palabras del moribundo «Siempre deseé ir allí… y hacer esto…» y luego pregunté:

—¿Qué quería decir? ¿Ir adonde? ¿Hacer qué cosa?

La viuda abrió los ojos y me amenazó con la zapatilla.

—Esto mismo preguntó el darían cuando hubimos esperado unos momentos para que dijera algo más. Se inclinó sobre la cama y le preguntó: «¿Ir a qué lugar, Mordecai?

¿Hacer qué cosa?» Pero Mordecai no dijo nada más. Había muerto.

Yo hice el único comentario que se me ocurrió:

—Lo siento, mirza Ester.

—También yo. Pero así era él: un hombre que en el último parpadeo de su vida lamentaba algo que había picado alguna vez su curiosidad, y que él por desidia no había conseguido ver o tocar, algo que ya no podía tener.

—¿Era viajante Mordecai?

—No, era mercader de paños, y muy bueno. No viajó nunca más allá de Bagdad o de

Basora. Y quién sabe lo que le hubiera gustado ser y hacer.

—Entonces creéis que murió desgraciado.

—Por lo menos insatisfecho. Ignoro de qué habló al morir, ¡pero cuánto me hubiese gustado que en vida hubiese podido ir donde quería y hacer lo que fuera!

Yo intenté sugerirle delicadamente que ahora esto ya no podía importarle. Ella contestó con firmeza:

—Le importaba cuando podía importarle más. Cuando sabía que había perdido para siempre la oportunidad.

Yo le dije, para animarla un poco:

—Pero quizá si hubiese aprovechado la oportunidad, ahora vos lo sentiríais más. Quizá

era algo… algo no muy recomendable. Me he dado cuenta de que en estos países abundan las tentaciones de pecado. Supongo que en todos los países. Yo mismo en una ocasión tuve que confesarme a un sacerdote por haberme dejado llevar demasiado libremente por mi curiosidad y…

—Confesaos, si es preciso, pero no abjuréis nunca de la curiosidad ni la ignoréis. Esto es lo que intentaba deciros. Si un hombre ha de tener una falta, que sea una falta apasionada, como la curiosidad insaciable. Sería una lástima condenarse por algo de poca monta.

—Confío en no condenarme, mirza Ester —dije piadosamente —, como también confío en que mirza Mordecai no se condenó. Quizá dejó perder esta oportunidad, sea lo que fuere, por pura virtud. Puesto que no podéis saberlo, no es necesario que lo lamentéis…

—No lloro por esto. No toqué este punto para soltar unas lágrimas. Entonces me pregunté por qué lo había tocado. Y ella, como si contestara a mi silenciosa pregunta, dijo:

—Quería que lo supieras. Cuando os llegue el momento final de la muerte quizá hayáis perdido todos los impulsos, sentidos y facultades, pero sin embargo continuaréis poseyendo la pasión de la curiosidad. Es algo que incluso tienen los mercaderes de paños, que quizá tienen incluso los escribientes y otros hombres de oficios aburridos. Es evidente que un viajero la tiene. Y en estos momentos finales lamentaréis, como le sucedió a Mordecai, no lo que habéis hecho en vuestra vida, sino lo que no habéis hecho.

—Mirza Ester —dije protestando —. Una persona no puede vivir siempre con el

miedo de perderse algo. Sé, por ejemplo, que nunca seré Papa, ni sha de Persia, pero espero que este fallo no amargará mi vida. Ni mi hora final en el lecho de muerte.

—No me refiero a cosas inalcanzables. Mordecai murió lamentando algo que había estado a su alcance, dentro de sus posibilidades, al alcance de su mano, y que él dejó

escapar. Imaginaos llorando por los espectáculos, las delicias y las experiencias de que habíais podido disfrutar, pero que os perdisteis, o imaginaos llorando sólo por una pequeña experiencia de éstas, y que lloráis demasiado tarde, cuando todo aquello es ya algo inalcanzable para siempre.

Intenté obedientemente imaginármelo. Y aunque yo era joven, y esta perspectiva tardaría en llegar, o así lo suponía, sentí un ligero escalofrío.

—Imaginaos que vais a la muerte —continuó ella implacablemente —sin haberlo probado

todo en este mundo. Lo bueno, lo malo, incluso lo indiferente. Y sabiendo, en ese momento final, que nadie os privó de hacerlo sino vos mismo, por exceso de precaución, por una elección descuidada o por no haber sido capaz de seguir el impulso de vuestra curiosidad. Decidme, joven, ¿puede haber algo más doloroso al otro lado de la muerte? ¿Incluso la misma condenación?

Al cabo de un momento, cuando conseguí quitarme el escalofrío de encima, dije con toda la animación que pude:

—Bueno, quizá con la ayuda de los treinta y seis de que habéis hablado podré evitar tanto la privación en esta vida como la condena en la próxima.

—Aleichem sholem —dijo, mientras golpeaba con la zapatilla otro escorpión. No acabé de comprender si me deseaba la paz a mí o al escorpión. La viuda se quedó recorriendo el huerto y levantando piedras, y yo, sin nada que hacer, entré en el establo por si alguno de los nuestros había regresado ya de su paseo por la ciudad. Había vuelto uno de ellos, pero no solo, y el espectáculo hizo que me parara en seco y lanzara un grito sofocado.

Allí estaba nuestro esclavo Narices con un forastero, uno de los magníficos jóvenes de Kashan. Quizá mi conversación con la criada Sitaré me había hecho temporalmente inmune al asco, porque no protesté violentamente ni me retiré de la escena. Me quedé

mirando con indiferencia, como los camellos, que se limitaban a mover las patas, a rumiar y a mascar. Los dos hombres iban desnudos; el forastero estaba de cuatro patas en la paja y tenía a nuestro esclavo encorvado sobre su espalda como un camello en celo. Los lascivos sodomitas giraron sus cabezas en plena cópula cuando yo entré, pero se limitaron a sonreírme y continuaron con su indecencia.

La figura del joven era tan agradable de mirar como su cara. Pero el aspecto de Narices era repelente incluso vestido, como ya he dicho. Sólo puedo agregar ahora que su torso panzudo y sus nalgas cubiertas de granos y sus miembros zanquivanos totalmente expuestos formaban un cuadro tal que la mayoría de personas al verlo vomitaría su última comida. Me asombró que un ser tan repulsivo pudiera persuadir a alguien, ni siquiera a alguien un poco menos repulsivo que él, a interpretar el papel de al-mafa'ul mientras él hacía de al-fa'il.

El instrumento fa'il de Narices era invisible para mí, porque lo tenía metido donde lo tenía, pero el órgano del joven era visible debajo de su vientre, y estaba endurecido como un candelóto, lo cual me sorprendió un poco porque ni él ni Narices lo estaban manipulando en absoluto. Y todavía me pareció más sorprendente que al final, cuando él y Narices se pusieron a gemir y a retorcerse juntos, su candelóto lanzara un chorro de spruzzo sobre la paja del suelo sin que nadie lo tocara ni lo acariciara. Cuando hubieron descansado y jadeado brevemente, Narices levantó su cuerpo brillante de sudor de la espalda del chico. Sin echarse encima ni una gota de agua del abrevadero de los camellos, sin siquiera coger algo de paja para limpiar su órgano extraordinariamente diminuto empezó a vestirse mientras tatareaba una alegre cancioncilla. El joven forastero también empezó a vestirse de modo más indolente y lento, como si disfrutara francamente exhibiendo su cuerpo desnudo en circunstancias tan vergonzosas.

Me apoyé en un pequeño tabique y dije a nuestro esclavo, como si hubiésemos pasado todo el rato charlando amistosamente:

—¿Sabes una cosa, Narices? Hay muchos pillos y bribones que protagonizan canciones y cuentos, personajes como Encolpios y Renart el Zorro. Viven una vida de alegre abandono, y lo consiguen gracias a su astuto ingenio, pero resulta que nunca cometen ningún crimen ni ningún pecado. Lo único que hacen son bromas y travesuras. Sólo roban a los ladrones, sus hazañas eróticas no son nunca sórdidas, beben y comen sin

emborracharse nunca ni hacer el tonto, cuando manejan la espada sólo propinan leves cortes. Tienen un aire atractivo, ojos que guiñan alegres y una risa contagiosa, incluso en el patíbulo, porque no los llegan a colgar nunca. En todas sus aventuras, estos bribones aventureros son siempre encantadores y gallardos, inteligentes y divertidos. Estos cuentos te dan ganas de conocer a algún bribón valiente, atrevido y atractivo.

—Y vos acabasteis conociendo a uno —dijo Narices.

Guiñó sus porcinos ojos, sonrió para mostrar sus dientes rotos y adoptó una pose que sin duda creía gallarda.

—Acabé conociendo a uno —repliqué —. Y en ti no hay nada atractivo ni admirable. Si tú

eres el bribón típico, todas las historias son mentira y un bribón es un cerdo. Eres una persona sucia de cuerpo y de hábitos, de aspecto y carácter repugnantes, de inclinaciones cloacales. Te mereces perfectamente aquel caldero de aceite hirviendo del cual conseguí librarte con demasiada indulgencia.

El guapo forastero se echó a reír roncamente al oír esto. Narices respiró con ruido y murmuró:

—Amo Marco, en mi calidad de devoto musulmán debo protestar por haberme comparado a un cerdo.

—Confío que también te resistirías a copular con una cerda —dije —. Pero lo dudo.

—Por favor, joven amo. Estoy cumpliendo devotamente el Ramazan, que prohíbe la relación sexual entre hombres y mujeres. Debo reconocer que incluso en los meses permisibles a veces me cuesta conseguir mujeres, sobre todo porque desfiguraron mi bello rostro con la desgracia de mi nariz.

—Vaya, no exageres —dije —. Siempre hay en algún lugar mujeres desesperadas dispuestas a todo. A lo largo de mi vida, he visto a una mujer esclava copular con un negro y a otra árabe copular con un mono de verdad.

Narices dijo altaneramente:

—Confío que no me imaginaréis capaz de condescender a tener relación con una mujer tan fea como yo. En cambio Yafar, este Yafar, es tan lindo como la mujer más bella. Yo dije con un gruñido:

—Dile a este lindo desgraciado que acabe de vestirse rápidamente y que se vaya, de lo contrario lo daré de comida a los camellos.

El lindo desgraciado me miró furiosamente y luego dirigió una desarmadora mirada de súplica a Narices, quien me insultó inmediatamente con una pregunta impertinente.

—¿Os apetecería probarlo vos mismo, amo Marco? La experiencia podría ampliar vuestros horizontes mentales.

—¡Lo que voy a hacer es ampliar el agujero de tu nariz! —grité sacándome la daga del cinto —. Voy a abrirlo hasta que dé toda la vuelta a tu fea cabeza. ¿Cómo te atreves a hablar así a un amo? ¿Por quién me tomas?

—Os tomo por un joven al que le falta mucho por aprender —dijo —. Ahora sois un viajero, amo Marco, y antes de volver a casa habréis llegado mucho más lejos que ahora y habréis visto y experimentado muchas más cosas. Cuando volváis a casa os burlaréis, y con razón, de los hombres que llaman altas a las montañas y profundos a

los pantanos sin haber escalado nunca una montaña ni sondeado un pantano, hombres que no se han aventurado nunca más allá de sus estrechas callejuelas, y de sus rutinas vulgares y de sus precavidos pasatiempos y de sus vidas pequeñas y encogidas.

—Quizá sí. Pero ¿qué tiene esto que ver con tu puta gallineta?

—Hay otros viajes que pueden llevar a una persona más allá de lo corriente, amo Marco, no por la lejanía de la tierra sino por el mundo de los conocimientos. Considerad esto. Habéis insultado a este joven llamándole puta, cuando de hecho es lo único para lo cual le criaron y le educaron y lo único que le enseñaron a ser.

—Un sodomita, pues, si así lo prefieres: un estado pecaminoso para un cristiano, tanto el pecador como el pecado son aborrecibles.

—Sólo os pido, amo Polo, que hagáis un corto viaje por el mundo de este joven. —Antes de que yo pudiera protestar, dijo —: Yafar, cuéntale al extranjero tu educación. Yafar, que tenía aún en las manos la prenda inferior, me miró inseguro y empezó a decir:

—Oh, joven mirza, reflejo de la luz de Alá…

—Deja esto —le dijo Narices —. Cuéntale únicamente cómo prepararon tu cuerpo para el trato sexual.

—Oh, bendición del mundo —empezó de nuevo Yafar —. Desde los primeros años que guardo memoria, siempre que dormía llevaba metido en mi abertura inferior un golulé, que es un instrumento fabricado de cerámica kasi, una especie de pequeño cono en punta. Después de finalizar mi aseo nocturno, me metían cada vez el golulé, bien engrasado con una droga que estimulaba el desarrollo de mi badam. Mi madre o mi niñera con el tiempo me lo iban metiendo más hondo, y cuando me cupo entero lo cambiaron por uno mayor. De este modo mi abertura fue ensanchándose, pero sin perjudicar el músculo de cierre que lo rodea.

—Gracias por la historia —le dije fríamente, y agregué dirigiéndome a Narices —: Tanto si nace como si se hace, un sodomita continúa siendo una abominación.

—Creo que la historia no ha concluido —dijo Narices —. Viajad un poco más lejos.

—Cuando tenía unos cinco o seis años —continuó Yafar —. Pude prescindir del golulé, y en su lugar animaron a mi hermano mayor, el siguiente en edad, a que hiciera uso de mí

siempre que tuviera deseos de ello y el órgano erecto.

—Adrio de vu! —exclamé con voz entrecortada, convirtiéndose mi asco en compasión —.

¡Qué infancia más horrible!

—Podía haber sido peor —dijo Narices —. Cuando un bandido o un mercader de esclavos captura a un niño, al que no han preparado con tanto cuidado, el capturador lo empala brutalmente con una estaca de tienda para que su abertura se adapte a su uso consiguiente. Pero esto destroza el músculo circundante, y el niño no puede luego contenerse nunca, y excreta de modo incontinente. Además, tampoco puede utilizar luego este músculo para proporcionar contracciones placenteras durante el acto. Continúa, Yafar.

—Cuando me hube acostumbrado a que me utilizara este hermano, el siguiente en edad y mejor equipado colaboró en mi posterior desarrollo. Y cuando mi badam estuvo ya maduro para empezar a disfrutar con el acto, entonces mi padre…

—Adrió de vu! —exclamé de nuevo. Pero ahora la curiosidad superaba ya mi asco y compasión —. ¿Qué quiere decir esto de badam?

Yo no podía entender este detalle, porque la palabra badam significa almendra.

—¿No lo sabéis? —preguntó Narices sorprendido —. Vos tenéis una. Todos los varones tienen una. Lo llamamos almendra debido a su forma y tamaño, pero a veces los médicos lo llaman también el tercer testículo. Está situado detrás de los otros dos, no en la bolsa sino escondido dentro de la ingle. Un dedo o, ejem… cualquier otro objeto metido a suficiente profundidad en el ano se restriega contra esta almendra y la estimula y excita de modo agradable.

—¡Ah! —dije, entendiendo —. Por eso Yafar hace un momento largó un spruzzo sin recibir ninguna caricia ni provocación aparentes.

—Llamamos a esta corrida leche de almendra —dijo Narices remilgadamente. Luego añadió —: Algunas mujeres de talento y experiencia conocen la existencia de esta glándula masculina invisible. Cuando copulan con un hombre le hacen cosquillas de un modo u otro y cuando él eyacula la leche de almendra su placer aumenta

deliciosamente.

Moví la cabeza admirado y dije:

—Tenías razón, Narices. Se pueden aprender nuevas cosas en los viajes. —Metí de nuevo la daga en su vaina —. Perdono tu descaro por lo menos en esta ocasión. Él respondió con aire satisfecho:

—Un buen esclavo antepone la utilidad a la humildad. Y ahora, amo Marco, ¿quizá

deseéis introducir vuestra otra arma en otra vaina? Mirad el magnífico artículo de Yafar…

—Scaragón! —grité —. Puedo tolerar en otros tales costumbres mientras esté en estas regiones, pero no participaré en ellas. Aunque la sodomía no fuera un vil pecado, preferiría el amor de las mujeres.

—¿Amor, señor? —repitió Narices, y Yafar se echó a reír bastamente como antes y uno de los camellos eructó —. Nadie hablaba de amor. El amor entre dos hombres es una cosa totalmente distinta, y creo que sólo nosotros, los guerreros musulmanes de corazón cálido, podemos conocer la más sublime de todas las emociones. Dudo que ningún cristiano de sangre fría que predica la paz sea capaz de este amor. No, mi amo, yo sugería simplemente un acto conveniente de descarga, desahogo y satisfacción. En un acto así, ¿qué diferencia hay entre un sexo y otro?

Yo solté un bufido como un camello arrogante.

—Para ti es fácil decirlo, esclavo, porque no te importa un animal u otro. En cuanto a mí, puedo afirmar con satisfacción que mientras haya mujeres en el mundo no desearé

unirme a ningún hombre. Yo soy un hombre y conozco tanto mi propio cuerpo que el de otro varón no despierta en mí el más mínimo interés. Pero las mujeres… ¡ah, las mujeres! ¡Son magníficas: tan diferentes todas de mí y cada una tan exquisitamente diferente de las demás, que nunca podré valorarlas lo bastante!

—¿Valorarlas, señor? —preguntó Narices con un tono que parecía divertido.

—Sí. —Me detuve un momento y luego dije con la debida solemnidad —: En una ocasión maté a un hombre, Narices, pero no podría nunca matar a una mujer.

—Todavía sois joven.

—Vamos, Yafar —dije al forastero-—. Acaba ya de vestirte y vete antes de que regresen mi padre y mi tío.

—Los vi llegar hace un momento, señor Marco —dijo Narices —. Entraron en la casa con la almauna Ester.

Así que yo también entré, y de nuevo la criada Sitaré me interceptó al abrir la puerta. Yo habría pasado de largo, pero ella me cogió del brazo y murmuró en mi oído:

—No habléis alto.

Yo dije, sin cuchichear:

—No tengo nada que hablar contigo.

—¡Chitón! El ama está en casa, y vuestro padre y vuestro tío están con ella. Procurad

que no os oigan y contestadme. Mi hermano Aziz y yo hemos discutido vuestro tema y…

—Yo no soy un tema —la interrumpí con enojo —. No me gusta que me discutan.

—Oh, por favor, silencio. ¿Sabéis que pasado mañana es el Eid-al-Fitr?

—No. Ni siquiera sé qué es eso.

—Mañana, cuando se ponga el sol, finaliza el Ramazan. En este momento comienza el mes de Sawal, y su primer día es la Fiesta del Desayuno, cuando finalizan para los musulmanes la abstinencia y las restricciones. Mañana por la noche a cualquier hora vos y yo podemos hacer zina lícitamente.

—Excepto que tú eres virgen —le recordé —. Y que has de continuar siéndolo por el bien de tu hermano.

—Esto es lo que discutimos Aziz y yo. Tenemos que pediros un pequeño favor, mirza Marco. Estoy dispuesta; estoy dispuesta y tengo el permiso de mi hermano para hacer zina con vos. Desde luego, también podéis tenerle a él si os apetece.

—Tu oferta se me antoja un pago considerable por un favor pequeño —dije con recelo —. Y tu querido hermano tiene un espíritu realmente fraterno. Estoy muriéndome de impaciencia por conocer a este chulo y afectado bribón.

—Ya le conocéis. Es el mozo de la cocina, con pelo rojo oscuro como el mío, y…

—No le recuerdo.

Pero podía imaginármelo: el mellizo de Yafar, la pareja de Narices en el establo, un hombrachón musculoso y guapo, con el orificio de una mujer, la inteligencia de un camello y la moral de una zorra.

—Cuando digo un pequeño favor —continuó Sitaré —me refiero a un favor pequeño para mí y para Aziz. Para vos será un buen favor, porque os aprovecharéis de él. De hecho ganaréis dinero.

Tenía allí, delante mío, a una muchacha bonita, de cabello castaño, que se me ofrecía ella, me ofrecía su virginidad y además me prometía un beneficio monetario, y si me apetecía podía incluir en el trato a su hermano que era aún más guapo. Como es natural recordé inmediatamente la frase que había oído varias veces: «la sed de sangre de la belleza». Y naturalmente la situación me alertó, pero no tanto que rechazara de plano el ofrecimiento sin antes enterarme de más cosas.

—Continúa —le dije.

—Ahora no. Ahí viene vuestro tío. ¡Silencio!

—Bueno, bueno —dijo con voz estentórea tío Mafio, acercándose a nosotros desde el interior oscuro de la casa —. ¿Juntando fiame, no?

Y su negra barba se abrió con una sonrisa brillante y blanca mientras pasaba entre nosotros y se iba por la puerta del establo.

La frase jugaba con la palabra fiame, porque en Venecia «llamas» puede significar además de fuego personas pelirrojas y amantes en secreto. Supuse que mi tío quería tomarme el pelo refiriéndose jocosamente con la frase a un devaneo entre chico y chica. Cuando no pudo oírnos, Sitaré me dijo:

—Mañana. En la puerta de la cocina, por donde entrasteis antes. A esta misma hora. Y luego desapareció dirigiéndose hacia algún aposento posterior de la casa. Yo me fui hacia la parte delantera, y entré en la habitación de donde procedían las voces de mi padre y de la viuda Ester. Cuando yo entraba, él decía en un tono sordo y serio:

—Sé que os lo ha inspirado vuestro buen corazón. Pero me hubiera gustado que me lo hubieseis pedido primero a mí, y a mí solo.

Luego se dieron cuenta de mi presencia, y cambiaron repentinamente el tema del que habían estado discutiendo en privado.

—Sí, no me arrepiento de habernos detenido aquí estos días —dijo mi padre —. Necesitamos varios artículos que durante este mes sagrado no hubiéramos podido encontrar en el bazar. Mañana, cuando finalice el mes, los compraremos; el camello herido estará ya curado y podremos partir al día siguiente. No sabemos cómo agradeceros la hospitalidad que habéis demostrado durante nuestra estancia.

—Esto me recuerda —dijo ella —que vuestra cena está casi a punto. Os la traeré a vuestros aposentos lo más pronto posible.

Mi padre y yo fuimos juntos al henil, donde encontramos a tío Mafio repasando las páginas de nuestro Kitab. Levantó la vista y dijo:

—Nos costará alcanzar nuestro próximo destino, Mashhad. El camino cruza el desierto por su parte más ancha. Quedaremos resecos y encogidos como un bacalao. —Hizo una

pausa para rascarse vigorosamente la parte inferior de su codo izquierdo —. Me ha picado algún maldito bicho, y me escuece la herida.

—La viuda me ha contado que esta ciudad está infestada de escorpiones —comenté yo. Mi tío me dirigió una mirada despreciativa.

—Si alguna vez te pica uno, asenazzo, sabrás que los escorpiones no pican. No, era una mosquita de forma perfectamente triangular, y tan pequeña que apenas puedo creer el terrible escozor que ha dejado.

La viuda Ester cruzó varias veces el patio llevando los platos de nuestra cena, y los tres comimos sin levantar la mirada del Kitad. Narices comió solo en el establo, debajo, entre los camellos, pero comió de modo casi tan audible como un camello. Intenté no fijarme en sus ruidos y concentrar mi atención en los mapas.

—Tienes razón, Mafio —dijo mi padre —. Tenemos que cruzar la parte más ancha del desierto. Que Dios nos ayude.

—De todos modos es una ruta fácil. Mashhad está un poco al noreste de aquí. En esta estación nos bastará con apuntar cada mañana a la salida del sol.

—Y yo —añadí —verificaré frecuentemente nuestra ruta con el kamál.

—Veo —dijo mi padre —que al-Idrisi no indica ningún pozo ni oasis ni caravasar en este desierto.

—Algo de esto debe de haber. Al fin y al cabo ésta es una ruta comercial. Mashhad es, como Bagdad, una etapa importante en la Ruta de la Seda.

—Y una ciudad tan grande como Kashan, según me dijo la viuda. Y además, está en las montañas frías, a Dios gracias.

—Las montañas realmente frías vienen después de Kashan. Probablemente tendremos que detenernos en algún lugar para invernar.

—Bueno, no podemos aspirar a recorrer el mundo siempre viento en popa.

—Y hasta llegar a Kashgar, en el mismo Kitai, no pasaremos por ningún territorio conocido ni para ti, Nico, ni para mí.

—Lo que está lejos de los ojos, Mafio, está lejos del corazón, y los males del día ya bastan, etcétera. De momento no hagamos planes para después de Mashhad ni nos preocupemos de nada.

3

Pasamos la mayor parte del día siguiente, el último del Ramazan, holgazaneando en la finca de la viuda. Creo que no he dicho todavía que en los países musulmanes el inicio del día no se cuenta a partir del alba, como sería de esperar, ni a partir de medianoche, como en los países civilizados, sino a partir de la puesta del sol. En todo caso en lugar de perder el tiempo en el bazar de Kashan, era mejor esperar, como había indicado mi padre, a que estuviera otra vez bien surtido. Lo único en que

ocuparse de momento era dar de comer y de beber a los camellos y sacar a paletadas sus excrementos del establo. Como es lógico, Narices se encargó de esto, y por indicación de la viuda esparció el estiércol por el huerto. De vez en cuando yo, mi padre o mi tío salíamos para dar un paseo por las calles. Y lo propio hacía Narices cuando quedaba libre de su trabajo, y estoy seguro de que en cada salida consiguió consumar otras relaciones indecentes de las suyas.

Cuando salí a pasear por la ciudad, a última hora de la tarde, vi a un grupo de personas reunidas en un rincón, en la confluencia de dos calles. La mayoría eran jóvenes, varones de buen aspecto y hembras indeterminadas. Pensé primero que se dedicaban a la ocupación favorita de Oriente, que es quedarse en un lugar, mirar y rascarse la ingle, pero oí una voz monótona que procedía del centro del grupo. Me detuve y me uní al

público, y me fui introduciendo gradualmente entre ellos hasta que pude ver el objeto de su atención.

Era un anciano sentado en el suelo con las piernas cruzadas: era un Sa'ir, o poeta, y entretenía a la gente contándoles una historia. De vez en cuando, por lo visto cuando decía una frase especialmente poética o feliz, uno de los espectadores dejaba caer una moneda en el cuenco que el viejo tenía junto a él en el suelo. Mi dominio del farsi no era suficiente para apreciar estos matices, pero me bastaba para seguir el hilo de la historia, y ésta era interesante, así que me quedé allí y escuché. El sa'ir estaba contando cómo nacen los sueños.

En el principio, dijo, entre todos los espíritus que existen, los yinn, los afarit, los peri y otros, había un espíritu llamado Sueño. El Sueño tenía y tiene a su cargo el estado en que se sumergen los seres vivos cuando duermen. Resulta que el Sueño había engendrado un enjambre de hijos, llamados Ensueños, pero en aquel tiempo tan remoto ni el Sueño ni sus hijos se habían imaginado que los Ensueños pudiesen meterse de noche en la cabeza de los hombres. Un buen día, cuando el buen espíritu del Sueño no tenía mucho quehacer, decidió llevarse de vacaciones a la playa a todos sus niños y niñas. Allí los dejó subir a una barquita que encontraron y se los quedó mirando cariñosamente mientras remaban por el mar.

Por desgracia, dijo el viejo poeta, el espíritu Sueño había hecho anteriormente algo que había ofendido a un poderoso espíritu llamado Tormenta, y la Tormenta estaba esperando el momento oportuno para vengarse. Cuando los pequeños hijos del Sueño se hubieron aventurado en el mar, la maligna Tormenta azotó el agua con una furia salvaje, hizo soplar un fuerte viento, y arrastró la frágil barca por todo el océano hasta que chocó

contra los arrecifes rocosos de una isla desierta llamada Aburrimiento y naufragó. Desde aquel día, dijo el sa'ir, todos los niños y niñas del Sueño quedaron abandonados en aquella triste isla.

Y ya sabéis —dijo —lo nerviosos que se ponen los niños cuando han de vivir inactivos en el Aburrimiento. De día los pobres Ensueños han de soportar este monótono exilio lejos del mundo de los vivos. Pero cada noche, al-hamdo-lillah!, el espíritu Tormenta pierde su poder, porque el espíritu Luna, más bueno, es el responsable de la noche. Gracias a ella los hijos del Sueño pueden escapar fácilmente unas horas del Aburrimiento. Y esto es lo que hacen. Abandonan la isla, recorren el mundo y se entretienen entrando en la cabeza de los hombres y mujeres que duermen. A esto se debe —prosiguió el sa'ir —que de noche cualquier durmiente pueda divertirse gracias a un ensueño, o ser instruido, avisado o asustado por él, según que el Ensueño de aquella noche concreta sea un Ensueño niño benéfico o un Ensueño niño juguetón, y según que aquella noche el Ensueño correspondiente esté de buen o de mal humor. Todos los oyentes expresaron ruidosamente su satisfacción cuando el cuento hubo concluido y dejaron caer una generosa lluvia de monedas en el cuenco del viejo. Yo tiré

un Sahi de cobre, porque la historia me había divertido, y no me pareció increíble, como muchos otros mitos orientales más tontos. Me pareció muy lógica la idea del poeta de que existen innumerables niños Ensueño de ambos sexos con temperamentos volubles y ganas de entrometerse en todo. Esta idea podría incluso sugerir una explicación aceptable de algunos fenómenos que ocurren con frecuencia en Occidente, bien atestiguados, pero no explicados hasta ahora. Me refiero a las temidas visitas nocturnas del íncubo que seduce a mujeres castas y del súcubo que seduce a curas castos. Cuando la puesta del sol señaló el fin del Ramazan, fui a la puerta trasera de la casa de la viuda Ester, y Sitaré me hizo entrar en la cocina. Ella y yo éramos sus únicos ocupantes, y ella manifestaba su estado de excitación apenas reprimido: sus ojos despedían destellos y sus manos no paraban de moverse. Seguramente se había vestido

con su mejor ropa, se había puesto al-kohl alrededor de las pestañas y zumo de cerezas en los labios, pero el arrebol de sus mejillas no había salido de ningún frasco de cosméticos.

—Llevas el vestido de la fiesta —le dije.

—Sí, pero también lo llevo para daros gusto. No voy a fingir nada, mirza Marco. Dije que me gustaba saber que yo era el objeto de vuestro ardor, y es verdad. Mirad, he puesto un jergón en aquel rincón. Y he comprobado que el ama y los demás criados van a estar ocupados en otros lugares y que nadie nos interrumpirá. Estoy francamente deseando que nuestra…

—Un momento —dije, pero sin mucha fuerza —. No he aceptado ningún trato. Tu belleza haría la boca agua a cualquier hombre, y lo estoy comprobando yo mismo, pero primero debo saber. ¿Cuál es el favor a cambio del cual estás dispuesta a entregarte?

—Tened paciencia un momento y luego os lo contaré. Me gustaría que contestarais primero a un acertijo.

—¿Es ésta otra costumbre del lugar?

—Sentaos en este banco. Poned las manos a los lados y agarrad el banco para no caer en la tentación de tocarme. Ahora cerrad los ojos. Fuerte. Y mantenedlos cerrados hasta que yo os lo diga.

Me encogí de hombros, hice lo que me había mandado y sentí que se movía un momento por la habitación. Luego me besó en los labios, de un modo tímido, inexperto y femenino, pero muy delicioso, y durante mucho rato. Me excité tanto que casi me mareé. Si no me hubiese agarrado al banco me habría tambaleado de un lado a otro. Esperé que dijera algo. En lugar de esto me besó de nuevo, como si la práctica le diera más placer, y lo hizo durante más tiempo. Hubo otra pausa y yo esperé otro beso, pero ella dijo:

—Abrid los ojos.

Los abrí y sonreí. Estaba de pie delante mío y el rubor de sus mejillas cubría ahora todo su rostro, y sus ojos brillaban y sus labios de rosa reían.

—¿Pudisteis distinguir un beso de otro? —me preguntó.

—¿Distinguirlos? Claro que no —dije galantemente. Luego agregué en el estilo de un poeta persa, o eso creía yo —: ¿Cómo puede un hombre decir de dos perfumes igualmente dulces o de dos fragancias igualmente embriagadoras, que uno es mejor que el otro? Sólo quiere más. ¡Y yo quiero más, más!

—Pues más besos tendréis. ¿Pero de mí? Fui yo quien os besó primero. ¿O los queréis de Aziz, que os besó después?

Al oír esto me tambaleé sobre mi banco. Entonces ella alargó la mano detrás suyo y lo sacó a la vista, y la conmoción que sentí fue todavía más fuerte.

—¡Sólo es un niño!

—Es mi hermano pequeño Aziz.

No era de extrañar que no le hubiese distinguido entre los criados de la casa. Sólo podía tener ocho o nueve años, y era pequeño incluso para su edad. Pero después de verlo una vez era difícil olvidar su presencia. Como todos los niños de la localidad que había visto, Aziz era un cupido alejandrino, pero su belleza superaba incluso el nivel de Kashan, del mismo modo que su hermana era superior a todas las demás chicas de Kashan que había visto. «íncubo o súcubo», pensé locamente. Yo estaba todavía sentado en aquel banco bajo y mis ojos y los suyos estaban al mismo nivel.

No lo negó, pero el niño sí. Aziz se volvió de cara a mí y habló por primera vez. Su voz era como la vocecita musical de un pájaro cantor, pero firme:

—No, mirza Marco. Mi hermana no insiste, ni yo tampoco. ¿Creéis realmente que yo tendría necesidad de esto?

Desconcertado por la pregunta directa, tuve que admitir:

—No. —Pero luego volví a mis principios cristianos y le dije con tono acusador —: Exhibirse es tan reprensible como importunar. Cuando yo tenía tu edad, muchacho, apenas sabía la función normal de mis partes. Dios sabe que nunca las habría expuesto de modo tan consciente, malvado y… vulnerable. ¡Con sólo estar aquí frente a mí, de esta manera, ya eres un pecado!

Aziz puso una cara ofendida, como si le hubiese abofeteado, y arrugó sus delicadas cejas con una expresión de perplejidad.

—Todavía soy muy joven, mirza Marco, y quizá sea ignorante, porque nadie me ha enseñado aún a ser un pecador. Sólo me han enseñado a ser al-fa'il o al-mafa'ul, según lo exija la ocasión.

Yo suspiré. Por desgracia estaba olvidando de nuevo las costumbres locales. Así que por un momento dejé de lado mis principios en favor de la sinceridad y dije:

—Probablemente tanto actuando de activo como de pasivo podrías conseguir que un hombre olvidara que esto es un pecado. Y si para ti no lo es entonces te pido perdón por haberte acusado injustamente.

Me dirigió una sonrisa tan radiante que todo su cuerpecito desnudo pareció brillar en la

habitación, donde empezaba ya a oscurecer.

Luego dije:

—Te pido perdón también, Aziz, por haber pensado otras cosas injustas sobre ti sin haberte conocido. Sin duda alguna eres el niño más bello y fascinador que haya visto nunca, de cualquier sexo, y más atractivo que muchas de las mujeres adultas que he visto. Eres como uno de los niños Ensueño protagonistas de una historia que oí hace poco. Incluso serías una tentación para un cristiano, si tu hermana no estuviera presente. Debes comprender que ante el deseo que ella despierta, a ti te corresponde el segundo lugar.

—Lo entiendo —dijo el niño sonriendo todavía —. Y estoy de acuerdo. Sitaré, que era también una figura de alabastro brillando en la penumbra, me miró con cierto asombro y respiró a fondo como si no pudiese creerlo.

—¿Todavía me deseáis?

—Te deseo mucho. Tanto, que ahora mismo estoy rogando para que esté en mi poder hacer el favor que me pidas.

—Oh, es lo siguiente. —Recogió la ropa que se había quitado y la apretó en un montón contra su cuerpo para que su desnudez no me distrajera —. Os pedimos únicamente que os llevéis a Aziz en vuestra caravana y sólo hasta Mashhad. Yo parpadeé perplejo y pregunté:

—¿Por qué?

—Tú mismo has dicho que no has visto nunca un niño más bello y atractivo. Y Mashhad es un lugar donde convergen muchas rutas comerciales, un lugar de numerosas oportunidades.

—Yo no tengo muchas ganas de ir —dijo Aziz. Su desnudez también me distraía, por lo que cogí su ropa y se la di para que se tapara con ella —. No quiero dejar a mi hermana, que es toda la familia que me queda. Pero ella me ha convencido de que lo mejor que puedo hacer es irme.

—Aquí, en Kashan —continuó diciendo Sitaré —, Aziz es sólo uno de los incontables niños guapos que compiten entre sí para llamar la atención de cualquier proveedor de anderun que pase por el lugar. Él puede esperar a lo más que le escoja uno de ellos y lo envíe como concubino de algún noble, quien quizá resulte una persona mala y viciosa. Pero en Mashhad podríais presentarlo a alguno de los ricos mercaderes viajantes, para que lo apreciara debidamente y lo comprara. Puede empezar viviendo como concubino de ese hombre, pero tendrá oportunidad de viajar, y con el tiempo podría aprender la profesión de su amo, progresar y llegar a ser algo mejor que un simple objeto de juego encerrado en un anderun.

Tenía yo la mente tan ocupada con la idea de jugar que hubiese preferido dejar de hablar y pasar a hacer otras cosas. Sin embargo también en aquel momento me estaba dando cuenta de una verdad que, según creo, no aprecian muchos viajeros. Vagamos por el mundo, nos detenemos brevemente en esa o aquella población, y para nosotros cada una de ellas no es más que un destello de vagas impresiones en una larga serie de destellos semejantes y que se olvidan. Las personas que lo habitan sólo son figuras oscuras que destacan momentáneamente en las nubes de polvo del camino. Los viajeros solemos tener un destino y un objetivo al cual dirigirnos, y cada etapa por el camino no es más que un hito en nuestro avance. Pero en realidad la gente de cada lugar tenía una existencia antes de que nosotros llegáramos, y continuará teniéndola después de partir nosotros, y esta gente tiene sus propias preocupaciones, esperanzas, penas, ambiciones y planes, y su importancia para ellos es tanta que a veces valdría la pena que nosotros las notáramos al pasar. Entonces podríamos aprender hechos interesantes, o disfrutar con risa alegre, o vivir un dulce recuerdo digno de ser atesorado, o incluso a

veces mejorarnos a nosotros mismos. Presté, pues, oído a las palabras tristes y a los rostros encendidos de Sitaré y de Aziz mientras hablaban de sus planes, de sus ambiciones y de sus esperanzas. Y desde entonces en todos mis viajes siempre he intentado ver los lugares por donde he pasado en su totalidad, por pequeños que fueran, y he procurado considerar a sus habitantes más humildes con una mirada poco apresurada.

—Sólo pedimos —dijo la chica —que os llevéis a Aziz hasta Mashhad, y que allí busquéis a algún mercader de caravanas pudiente, de naturaleza bondadosa y otras cualidades…

—Alguien como vos, mirza Marco —sugirió el niño.

—… y que le vendáis a Aziz.

—¿Vender a tu hermano? —exclamé.

—No podéis llevar hasta allí, y abandonar sin más, a un niño pequeño en una ciudad extraña. Nos gustaría que lo dejarais manos del mejor amo posible. Y como ya os dije la transacción os proporcionará un beneficio. Para compensar las molestias de transportarlo y el esfuerzo de encontrar al comprador que le convenga, podéis quedaros con todo el dinero que saquéis por él. Será una buena cantidad por un niño tan valioso.

¿Os parece justo el trato?

—Más que justo —dije —. Quizá convenza a mi padre y a mi tío, pero no puedo prometer nada. Al fin y al cabo sólo soy uno entre tres. Tengo que presentarles la propuesta.

—Esto bastará —dijo Sitaré —. Nuestra ama ha hablado ya con los dos. La mirza Ester también desea que el joven Aziz tenga mejores perspectivas en la vida. Creo que vuestro padre y vuestro tío están ya considerando el tema. O sea que si a vos os gusta llevaros a Aziz vuestra opinión podría tener mucho peso.

—Probablemente la palabra de la viuda tiene más peso que la mía —dije sin mentir —. En tal caso, Sitaré, ¿por qué estabas dispuesta a… —con un gesto indiqué su estado de desnudez —, a llegar a tal extremo para halagarme y convencerme?

—Bueno… —dijo sonriendo. Apartó la ropa que tenía en la mano para que pudiera contemplar sin estorbos su cuerpo —. Esperaba que seríais muy agradable… Dije también sin mentir:

—En todo caso lo sería. Pero debes tener en cuenta otros aspectos. En primer lugar debemos atravesar un desierto peligroso e incómodo. No es lugar adecuado para ninguna persona y menos para un niño. Como todo el mundo sabe el demonio Satán

es más evidente y más poderoso en los desiertos deshabitados. Los santos cristianos van al desierto simplemente para poner a prueba la fuerza de su fe, y me refiero con esto a los cristianos más sublimes y devotos, como san Antonio. Los mortales que no son asnos corren grave peligro en un desierto.

—Quizá sí, pero igualmente van —dijo el joven Aziz, que no se asustaba al parecer ante aquella perspectiva —. Y puesto que yo no soy cristiano, quizá corra menos peligro. Tal vez sirva de alguna protección para todos vosotros.

—Hay otro miembro de la expedición que no es cristiano —dije agriamente —. Y esto es algo que también debería tener en cuenta. Nuestro camellero es un animal, que se une y copula con los animales más viles. Tentar su naturaleza bestial con un niñito deseable y accesible es…

—¡Ah! —dijo Sitaré —. Ésta debió de ser la objeción que planteó vuestro padre. Sabía que la señora estaba preocupada por algo. En este caso Aziz ha de prometer que evitará al animal y vos debéis prometer que vigilaréis a Aziz.

—Estaré siempre a vuestro lado, mirza Marco —declaró el niño —. De día y de noche.

—Quizá, según vuestros principios, Aziz no sea un niño casto —agregó su hermana —. Pero tampoco es promiscuo. Mientras esté con vos sólo será vuestro y no levantará su zab ni sus nalgas ni siquiera sus ojos a otro hombre.

—Sólo seré vuestro, mirza Marco —afirmó Aziz, con un tono que podría haber sido de encantadora inocencia si no hubiese apartado la ropa que tenía en la mano para que yo lo contemplara a placer como había hecho Sitaré.

—¡No, no, no! —exclamé con una cierta agitación —. Aziz, debes prometer que no nos tentarás a ninguno de nosotros. Nuestro esclavo es sólo un animal, pero los otros tres somos cristianos. Debes mantenerte totalmente casto desde aquí hasta Mashhad.

—Si así lo deseáis —dijo con tono alicaído —. Lo juro por las barbas del profeta (que la paz y la bendición sean con él).

Pregunté a Sitaré con escepticismo:

—¿Tiene valor este juramento pronunciado por un niño barbilampiño?

—Desde luego que sí —respondió mirándome con desdén —. Este terrible viaje por el desierto no será muy divertido. A vosotros los cristianos os debe de dar algún placer mórbido negar el placer. Pero no importa. Aziz, puedes vestirte de nuevo.

—Tú también Sitaré —dije, y si su Aziz pareció alicaído, ella me miró estupefacta —. Te aseguro, preciosa muchacha, que lo digo de muy mala gana, pero con la mejor

voluntad del mundo.

—No lo entiendo. Si estáis dispuesto a asumir la responsabilidad de mi hermano, mi virginidad no cuenta nada comparada con su progreso personal. Por lo tanto os la entrego, y lo hago agradecida.

—Y yo con todo mi agradecimiento declino tomarla. Por un motivo que sin duda tú

comprendes, Sitaré. Porque ¿qué será de ti cuando tu hermano se vaya?

—¿Y esto qué importa? Sólo soy una mujer.

—Pero una mujer bellísima. Por lo tanto, una vez colocado Aziz, puedes ofrecerte a ti misma para conseguir una buena posición. Un buen matrimonio, un concubinato o lo que puedas conseguir. Pero sé que una mujer no puede llegar a mucho si no es virgen e intacta. Por lo tanto voy a dejarte así.

Ella y Aziz se me quedaron mirando, y el niño murmuró:

—Verdaderamente los cristianos están divané.

—Algunos, desde luego. Algunos intentan comportarse como debe hacerlo un cristiano. Sitaré me miró con mirada más dulce y dijo con una voz más suave:

—Quizá lo consiguen unos cuantos. —Pero de nuevo apartó provocativamente la ropa que tapaba su bello cuerpo —. ¿Estáis seguro de que renunciáis? ¿Es firme vuestra bondadosa decisión?

Me puse a reír trémulamente.

—No es en absoluto firme, y lo mejor será que me dejes salir rápidamente de aquí. Voy a consultar con mi padre y con mi tío si nos llevamos a Aziz con nosotros. La consulta no fue muy larga porque en aquel mismo instante estaban en el establo hablando sobre aquel tema.

—Es decir, que Marco también está a favor de que nos llevemos al niño —dijo tío Mafio a mi padre —. Con esto tenemos dos votos afirmativos contra un voto indeciso. Mi padre frunció el ceño y enredó sus dedos en su barba.

—Haremos una buena obra —intervine yo.

—¿Cómo podemos negarnos a hacer una buena obra? —preguntó mi tío. Mi padre gruñó un antiguo proverbio:

—Santa Caridad ha muerto y su hija la Clemencia está enferma. Mi tío replicó con otro refrán:

—Deja de creer en los santos y ellos dejarán de hacer milagros. Luego quedaron mirándose el uno al otro, callados, sin encontrar una salida, hasta que yo me atreví a hablar.

—He advertido ya al niño sobre la probabilidad de que le molesten. —Los dos dirigieron

su mirada hacia mí con aire sorprendido —. Ya sabéis —agregué incómodo —las tendencias malignas de Narices.

—Ya, claro —dijo mi padre —. De esto se trata.

Me alegré de que el tema no le preocupara excesivamente, porque no quería ser yo quien le contara la indecencia más reciente de Narices, que podría costar al esclavo una paliza propinada con retraso.

—Le hice prometer a Aziz —dije —que rechazaría cualquier proposición sospechosa. Y

he prometido vigilarle. En cuanto al transporte, el camello del equipaje no está muy cargado, y el niño pesa muy poco. Su hermana propuso que nos quedáramos con el dinero que sacaríamos vendiéndolo. Pero creo que deberíamos limitarnos a restar de la suma el coste de su mantenimiento, y dejar que el niño se quede con el resto. Como una especie de herencia para empezar una nueva vida.

—Eso es —dijo tío Mafio rascándose de nuevo el codo —. El chaval tiene una montura para cabalgar y un guardián que le protegerá. Está pagando su transporte hasta Mashhad y además se ganará una dote. No creo que puedan hacerse más objeciones.

—Si lo tomas tú, Marco, quedará bajo tu responsabilidad —dijo mi padre solemnemente -

. ¿Garantizas que no le pasará nada al niño?

—Sí, padre —respondí, y puse mi mano de modo significativo sobre mi cuchillo de cinto

—. Cualquiera que intente hacerle daño tendrá que pasar antes por mí.

—Ya lo oyes, Mafio.

Me di cuenta de que debía de estar formulando un voto importante, porque mi padre ordenaba a mi tío que fuera testigo.

—Lo oigo, Nico.

Mi padre suspiró, nos miró a los dos alternativamente, mesó un rato más su barba y finalmente dijo:

—En este caso que venga con nosotros. Ve a comunicárselo, Marco, y di a su hermana y a la viuda Ester que preparen el equipaje de Aziz.

De este modo Sitaré y yo aprovechamos la oportunidad para disfrutar de un agitado intercambio de besos y de caricias, y lo último que ella me dijo fue:

—No te olvidaré, mirza Marco. No me olvidaré de ti, ni olvidaré tu bondad para con nosotros, ni tu consideración hacia mi futuro destino. Me gustaría muchísimo premiarte, y con aquello a lo que tú renunciaste tan galantemente. Si vuelves a pasar por este lugar…

Nos dijeron que cruzaríamos el Dasht-e-Kavir en la mejor época del año. No me gustaría tener que atravesarlo en la peor. Lo hicimos a fines de otoño, cuando el sol ya no calentaba infernalmente, pero aquella travesía incluso sin incidentes no es en absoluto un viaje de placer. Hasta entonces había imaginado que un largo viaje por mar era el tipo de viaje más invariable, aburrido, interminable y monótono, por lo menos si una tormenta no lo convertía en una experiencia terrible. Pero un viaje por el desierto es todo lo anterior y además significa pasar sed, rascarse, restregarse, tener el cuello áspero, rasparse, quemarse. La lista de terribles verbos podría continuar indefinidamente, y continúa como un cántico de maldiciones, sin abandonar la mente del viajero del desierto, que avanza penosa e interminablemente de un horizonte sin accidentes, a través de una superficie plana, hacia una línea lejana y también sin accidentes que retrocede continuamente delante suyo.

Cuando salimos de Kashan íbamos de nuevo vestidos para un viaje duro. Ya no llevábamos en la cabeza el bello turbante persa ni las vestiduras suntuosamente bordadas. íbamos otra vez envueltos con el tocado de los árabes, la kaffiyah, que colgaba sin apretar de nuestras cabezas, y llevábamos las capas aba, ese traje menos bonito pero más práctico que no se pega al cuerpo sino que se hincha libremente

permitiendo que el calor y el sudor del cuerpo se disipen y que no deja que se formen pliegues donde pueda acumularse la arena que levanta el viento. Nuestros camellos llevaban colgando por todas partes odres de cuero con buena agua de Kashan y sacos llenos de cordero seco y frutos y el quebradizo pan local. (Tuvimos que esperar a que el bazar se aprovisionara de nuevo después del Ramazan para poder comprar estos alimentos.) También habíamos comprado en Kashan nuevos artículos para el viaje: palos lisos y redondos y trozos de tela ligera con las costuras cosidas formando vainas. Al meter los palos dentro de éstas podíamos transformar rápidamente las telas en tiendas, cada una de un tamaño suficiente para acomodar bien a una persona o en caso de necesidad para acomodar a dos en una intimidad bastante menos confortable. Antes de salir de Kashan advertí a Aziz que no se dejara tentar nunca por Narices dentro de una tienda o en cualquier lugar que nosotros pudiéramos alcanzar con la

vista. En efecto, Narices al ver por primera vez al hiño con nosotros había abierto sus porcinos ojos hasta darles una dimensión casi humana y había dilatado la única ventana de su nariz como si oliera la presa. También aquel primer día Aziz estuvo brevemente desnudo en nuestra compañía y Narices se quedó mirándolo ávidamente, mientras yo ayudaba al niño a quitarse la ropa persa con la que su hermana le había vestido y le enseñaba a ponerse la kaffiyah árabe y el aba. Tuve, pues, que dirigir una severa advertencia a Narices y acaricié significativamente el cuchillo de mi cinto mientras le sermoneaba, y él por su parte hizo promesas insinceras de obedecer y portarse bien. Yo no habría confiado nunca en las promesas de Narices, pero resultó que ni siquiera intentó molestar nunca al niño. Hacía apenas unos días que nos habíamos adentrado en el desierto cuando Narices empezó a sufrir alguna dolorosa y sensible enfermedad en sus partes inferiores. Si, como yo sospechaba, el criado había herido deliberadamente a uno de los camellos para que paráramos en Kashan, otro de los animales se estaba vengando ahora de él. Cada vez que el camello de Narices daba un paso en falso y le sacudía, Narices lanzaba un grito de dolor. Pronto puso en su silla todas las prendas blandas que pudo encontrar en nuestro equipaje. Pero luego cada vez que se apartaba del fuego del campamento para orinar, le oíamos gemir, debatirse y blasfemar con vehemencia.

—Sin duda uno de los chicos de Kashan le ha pegado el scolamento —dijo tío Mafio mofándose —. Le está bien empleado, por falta de virtud… y de discriminación. Yo ni en aquel entonces ni más tarde sufrí nunca esta afección, pero de ello doy las gracias más a mi buena fortuna que a mi virtud o a mi discriminación. Sin embargo, habría mostrado mayor compañerismo con Narices, y no me habría reído tanto de su situación si el hecho de que su zab le diera tantas preocupaciones no le impidiera precisamente pensar en meterlo dentro de mi joven pupilo. El mal del esclavo disminuyó gradualmente y al final desapareció, sin que al parecer la experiencia le afectara mucho, pero entonces se habían producido otros acontecimientos que habían puesto a Aziz fuera del alcance de su lujuria.

Una tienda o un abrigo semejante a una tienda constituyen una absoluta necesidad en el Kasht-e-Kavir, porque una persona no puede simplemente estirarse sobre sus mantas para dormir, pues quedaría cubierto de arena antes de despertar. La mayor parte de este desierto puede compararse al azafate de un echador de suertes, fardarbab, pero de tamaño gigantesco. Es una extensión plana de arena lisa color marrón, una arena tan fina que se escapa de los dedos como el agua. En los intervalos entre vientos esta arena está tan libre de marcas y tan virginal que al pasar por ella un insecto por pequeño que sea, como un ciempiés, una langosta o un escorpión, deja un rastro visible desde lejos. Una persona aburrida por la monotonía del viaje en el desierto podría distraerse siguiendo el rastro ondulante de una única hormiga.

Sin embargo de día era raro el momento en que dejaba de soplar el viento removiendo aquella arena, levantándola en el aire, transportándola y arrojándola luego. Los vientos del Dasht-e-Kavir soplan siempre desde la misma dirección, el suroeste, y así resulta fácil conocer la dirección en que viaja un forastero, aunque uno

se lo encuentre acampado e inmóvil: basta distinguir el blanco de su montura que ha quedado más cubierto de arena flotante. De noche el viento del desierto cesa de soplar y deja caer del aire las partículas más pesadas de arena, pero las más finas se quedan suspendidas en el aire como polvo y se mantienen allí tan densas que llegan a formar una niebla seca. Este polvo apaga todas las estrellas que el cielo pueda contener, y a veces incluso puede oscurecer una luna llena. Esta combinación de oscuridad y niebla puede limitar la visión a la distancia de unas cuantas brazas. Narices nos contó que unos seres llamados karauna se aprovechaban de esta niebla oscura, creada según la leyenda popular persa por los mismos karauna mediante la magia negra, y dentro de ella ejecutaban siniestros planes. En general el peligro más grave de esta niebla es que el polvo en suspensión va cayendo imperceptiblemente desde el aire durante el silencio de la noche y un viajero que no se haya abrigado con una tienda podría ir quedando enterrado de modo silencioso y furtivo, y ahogarse hasta morir en su sueño.

Todavía nos faltaba atravesar la mayor parte de Persia, pero era su parte vacía, quizá la más vacía del mundo entero, y por el camino no nos encontramos a un solo persa ni a muchas cosas más, ni vimos en la arena rastros de animales mayores que un insecto. En otras regiones de Persia, también deshabitadas y no cultivadas por el hombre, los viajeros nos tendríamos que haber puesto en guardia contra grupos de leones cazadores, o contra jaurías de perros Sutur-murq que no vuelan y que según nos dijeron podían reventar las entrañas de un hombre con una patada. Pero en el desierto donde no vive ningún ser vivo no hay que temer nada de esto. Vimos en ocasiones a algún buitre o milano, pero se quedaban en lo alto del cielo ventoso y al pasar no se detenían. Incluso parece que los vegetales eviten este desierto. La única cosa verde que vi crecer era un arbusto bajo con hojas largas de aspecto carnoso.

—Es una euforbia —nos dijo Narices —. Y crece aquí únicamente porque Alá dispuso que sirviera de ayuda al viajero. En la estación del calor, la vaina de la euforbia madura y se rompe proyectando sus semillas. Empiezan a reventar cuando el aire del desierto alcanza exactamente el mismo grado de calor que la sangre humana. Luego las vainas estallan con frecuencia cada vez mayor a medida que el aire se calienta más. De este modo basta que el viajero oiga la fuerza con que estallan las euforbias para que sepa si el aire se pone tan caliente y es tan peligroso que debe detenerse por necesidad y buscar abrigo a la sombra si no quiere morir.

Este esclavo, a pesar de su escuálido cuerpo, de su erotismo sexual y de su carácter detestable, era un experto viajero y nos contó o nos mostró innumerables cosas útiles y de interés. Por ejemplo, en la primera noche que pasamos en el desierto, cuando nos detuvimos para acampar, bajó de su camello y clavó su palo de aguijón en la arena dejándolo inclinado en la dirección hacia la que íbamos.

—Podemos necesitarlo mañana —explicó —. Decidimos dirigirnos hacia el lugar por donde sale el sol. Pero si en aquella hora la arena sopla quizá no tengamos otro medio que el palo para encontrar este punto.

Las traidoras arenas del Kasht-e-Kavir no son la única amenaza para el hombre. Como ya he dicho, este nombre significa Gran Desierto de Sal, y esto tiene su explicación. Grandes extensiones de este desierto no son de arena, sino que están formadas por inmensas superficies de una pasta salada, no tan mojada que pueda llamarse lodo o pantano, y el viento y el sol han secado la pasta convirtiendo la superficie en un pan de sal sólida. A menudo el viajero tiene que atravesar una de estas costras de sal blanca,

brillante, crujiente, temblorosa y cegadora, y debe hacerlo con agilidad. Los cristales de sal son más abrasivos que la arena: incluso las callosas pezuñas de un camello pueden desgastarse rápidamente y quedar tiernas y sangrantes, y si el jinete se ve obligado a desmontar, sus botas pueden acabar igual, y luego sus pies. Además las superficies de sal tienen un grueso variable, y hay algunas zonas que Narices llamaba «tierras temblorosas». A veces el peso de un camello o de una persona puede romper la costra. Entonces el animal o la persona se hunden en la pastosa suciedad que hay debajo. Es imposible salir de esas arenas movedizas de sal sin ayuda ajena, o quedarse metido en ellas y esperar que alguien venga a ayudar. La pasta estira hacia abajo ineluctablemente todo lo que cae sobre ella, lo chupa hasta debajo de su superficie y se cierra luego por encima. Si no hay nadie presente que pueda rescatar al infortunado caído, alguien situado en tierra más firme, éste está condenado. Según Narices, caravanas enteras de personas y animales han desaparecido así sin dejar rastro.

Por ello, cuando llegamos a la primera de estas superficies de sal nos detuvimos a estudiarla respetuosamente aunque su aspecto era tan inocuo como una capa de escarcha caída fuera de temporada sobre el suelo. La costra blanca brillaba ante nosotros y continuaba sin interrupción hasta el horizonte, y se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la mirada.

—Podríamos intentar dar un rodeo —dijo mi padre.

—Los mapas del Kitab no dan detalles de este tipo —intervino mi tío rascándose meditativamente el codo —. No hay manera de saber su extensión ni de imaginar qué

rodeo sería más corto, si hacia el norte o hacia el sur.

—Y si queremos dar un rodeo a todos los obstáculos que encontremos —dijo Narices —nos pasaremos la vida en el desierto.

Yo no dije nada porque ignoraba totalmente el arte de viajar por el desierto y no me avergoncé de dejar la decisión en manos de gente más experta. Los cuatro hicimos sentarse a nuestros camellos y miramos hacia el resplandeciente desierto. Pero el niño Aziz aguijoneó detrás nuestro su camello de carga, lo mandó arrodillarse y desmontó. No nos dimos cuenta de lo que hacía hasta que pasó entre nosotros y se puso a caminar sobre la costra de sal. Giró la cabeza, nos miró desde abajo y sonriendo encantadoramente nos dijo con su vocecita de pájaro:

—Ahora podré pagar la bondad que demostrasteis llevándome con vosotros. Caminaré

delante vuestro y según sienta temblar el suelo bajo mis pies sabré la resistencia de la superficie. Iré por el suelo más firme, y vosotros sólo tendréis que seguirme.

—Te lastimarás los pies —protesté yo.

—No, mirza Marco, porque peso poco. Además me he tomado la libertad de sacar estas placas de los bultos. —Nos enseñó dos de los platos dorados que el sha Zaman había enviado con nosotros —. Me los ataré debajo de las botas como protección adicional.

—Sin embargo tu idea continúa siendo peligrosa —dijo mi tío —. Ha sido un acto de valentía por tu parte ofrecerte voluntario, muchacho, pero hemos jurado que no te pasará nada malo. Mejor que uno de nosotros…

—No, mirza Mafio —respondió Aziz sin inmutarse —. Si por casualidad se rompiera la sal y cayera dentro os sería más fácil sacarme a mí que a una persona mayor.

—Tiene razón, amos —dijo Narices —. El niño sabe lo que dice. Y como veis tiene un corazón dotado de valor y de iniciativa.

Dejamos, pues, que Aziz nos precediera, y nosotros le seguimos a una distancia discreta. La marcha era lenta, porque él avanzaba casi arrastrando los pies, pero de este modo el camino resultaba menos penoso para los camellos. Cruzamos con seguridad aquella tierra temblorosa y antes de que cayera la noche llegamos a una zona de arenas más seguras donde acampar.

Sólo en una ocasión se equivocó Aziz al juzgar la costra de sal. Ésta se rompió con un crac cortante, como si fuera una lámina de cristal, y el niño se hundió hasta la cintura en la pasta. No lanzó una exclamación de terror cuando esto sucedió ni se puso siquiera a lloriquear durante el tiempo que tardó tío Mafio en bajar de su camello, hacer un lazo en la cuerda de su silla, echarlo sobre el niño y estirarlo suavemente por encima del suelo hasta un lugar más firme. Pero Aziz sabía perfectamente que todo ese rato estuvo suspendido precariamente sobre un abismo sin fondo porque su rostro estaba muy pálido y sus ojos azules eran muy grandes cuando todos nos juntamos alrededor suyo con gran solicitud. Tío Mafio abrazó al chaval y le tuvo abrazado murmurando palabras de aliento, mientras mi padre y yo le quitábamos el lodo salado que se secaba rápidamente sobre sus ropas. Cuando le hubimos quitado todo el lodo, el niño había recuperado el ánimo e insistió en que quería precedernos de nuevo, despertando con esto la admiración de todos.

En los días que siguieron, cada vez que llegábamos a una superficie de sal no podíamos hacer otra cosa que imaginar su hipotética extensión o decidir por votación si nos aventurábamos sobre la costra o acampábamos allí, cerca del borde, y

esperábamos hasta la mañana siguiente para reemprender el camino. Siempre cabía la posibilidad de que al caer la noche nos encontráramos todavía en plena tierra temblorosa, y tuviéramos que decidirnos por una de dos alternativas, igualmente desagradables: proseguir la marcha desafiando la oscuridad de la noche y su niebla seca, que podía ser mucho más terrible que un trayecto diurno, o acampar sobre la superficie salada y prescindir del fuego, porque temíamos que al encender un fuego sobre aquella superficie la sal se fundiría y nos precipitaría a nosotros, a nuestros animales y todo el equipaje en las arenas movedizas. Sin duda salimos con bien gracias únicamente a nuestra buena fortuna, o a la bendición de Alá, como habrían dicho nuestros dos musulmanes, y ciertamente no se debió a que nuestras suposiciones estuvieran informadas por sabiduría alguna, pero en cada ocasión acertamos y cuando caía la noche habíamos atravesado ya sin peligro la sal.

O sea que nunca tuvimos necesidad de acampar en frío sobre las terribles tierras temblorosas, pero acampar en cualquier punto de ese desierto, aunque pudiéramos confiar en que la arena no se disolvería bajo nuestros cuerpos, no era una experiencia agradable. La arena, si uno la mira atentamente, no es más que una multitud infinita de piedrecitas diminutas. Las rocas no conservan el calor, y tampoco lo hace la arena. Los días en el desierto eran bastante confortables, incluso cálidos, pero cuando el sol se ponía, las noches eran frías, y la arena bajo nuestras mantas más fría aún. Siempre necesitábamos un fuego para mantenernos en calor hasta que llegaba el momento de arrastrarnos dentro de las tiendas y meternos entre las mantas. Pero muchas noches eran tan frías que dividíamos la fogata en cinco fuegos distintos, bien separados, y dejábamos que calentaran estas parcelas separadas de suelo, y sólo entonces extendíamos las mantas y levantábamos las tiendas encima de los lugares calentados. Incluso así, la arena no conservaba durante mucho tiempo el calor, y por la mañana nos encontrábamos helados y tiesos, y en este estado poco alegre teníamos que levantarnos y enfrentarnos con otro día de desierto triste.

Los fuegos nocturnos de campamento nos daban calor y una cierta ilusión de hogar en medio de aquel desierto vacío, solitario, silencioso y oscuro, pero no nos servían mucho para cocinar. En el Dasht-e-Kavir la madera es inexistente y utilizábamos excrementos secos de animales como combustible. Los animales de innumerables generaciones anteriores que habían cruzado el desierto habían dejado caer suministros fáciles de encontrar, y nuestros propios camellos contribuían con sus depósitos al suministro de futuros viajeros. Sin embargo, nuestros únicos víveres eran algunas variedades de

carnes y frutos secos. Un pedazo de cordero seco y frío puede mejorar su gusto si se remoja y luego se asa sobre el fuego, pero no sobre un fuego de excrementos de camello. Nosotros ya olíamos todos a lo mismo gracias al humo de estos fuegos, pero no podíamos decidirnos a comer algo impregnado del mismo olor. A veces, cuando creíamos que podíamos gastar agua, la calentábamos y remojábamos la comida en ella, pero esto tampoco mejoraba mucho el plato. Cuando se ha llevado mucho tiempo agua en un odre de cuero, empieza a tener el aspecto, olor y gusto del agua

que hay en la vejiga de una persona. Teníamos que bebería para sobrevivir, pero cada vez deseábamos menos cocinar con ella, y preferíamos roer la carne seca y fría. También cada noche dábamos de comer a los camellos: un puñado doble de habas secas para cada uno, y luego una buena ración de agua para que las habas se hincharan en el interior de sus vientres y les dieran la ilusión de una buena cena. No digo que los animales disfrutaran mucho con estas escasas raciones, pero ya se sabe que los camellos no disfrutan con nada. No habrían murmurado ni gruñido menos si les hubiésemos ofrecido un banquete de manjares refinados, y al día siguiente no hubiesen llevado a cabo mejor sus tareas impulsados por la gratitud.

Si estas palabras hacen pensar que tengo a los camellos en poca estima, así es. Creo que en el mundo he cabalgado o me he subido sobre todo tipo de animal de transporte, pero prefiero cualquier otro a un camello. Reconozco que el de dos gibas de las tierras más frías de Oriente es algo más inteligente y tratable que el camello con una giba de los países cálidos. Y esto apoya en cierto modo la idea que algunos tienen que el cerebro de un camello está en su giba, suponiendo que tenga alguno. Cuando la giba ha disminuido por la sed y el hambre, el animal es todavía más hosco, irritable e intratable que un camello bien alimentado, pero no mucho.

Los camellos tenían que descargarse cada noche, como se haría con cualquier animal de caravana, pero no hay ningún otro tan exasperantemente difícil de cargar de nuevo por la mañana. Los camellos gritaban, retrocedían, bramaban y se encabritaban, y cuando estos trucos sólo conseguían exasperarnos sin disuadirnos, escupían contra nosotros. Además por el camino no hay animal más desprovisto del sentido de la dirección o de la propia preservación que el camello. Los nuestros se habrían metido indiferentes, uno tras otro, en todos los agujeros con arenas movedizas de los panes de sal que encontramos si los jinetes o nuestro camellero no nos hubiésemos esforzado en evitarlos. A los camellos también les falta el sentido del equilibrio, más que a cualquier otro animal. Un camello, como una persona, puede levantar y transportar una tercera parte de su propio peso durante un día entero y a considerable distancia. Pero un hombre, que tiene dos piernas, no se balancea tanto como un camello, que tiene cuatro patas. Frecuentemente uno u otro de nuestros camellos resbalaba en la arena, y con mayor frecuencia incluso en la sal, y se caía grotescamente de lado, y era imposible levantarlo de nuevo si no lo descargábamos del todo, lo animábamos a gritos y lo ayudábamos con todas nuestras fuerzas combinadas. Todo lo cual él nos lo agradecía escupiéndonos.

He utilizado la palabra «escupir» porque incluso en Venecia yo había oído a los viajeros de lejanos países contar que los camellos escupían, pero la palabra no es correcta. Hubiese preferido que lo fuera. Lo que en realidad hacían era sacarse de su molleja más profunda una horrible masa de materia regurgitada y escupirla. En el caso de nuestros camellos esta materia era una sustancia compuesta por habas secas comidas, remojadas, hinchadas y gaseosas, luego medio digeridas y medio fermentadas, y finalmente, en el punto máximo de nocividad de la sustancia, removidas con los jugos estomacales, vomitadas, recogidas en la boca del camello,

apuntadas con labios protuberantes y proyectadas con toda la fuerza imaginable contra alguno de nosotros,

preferentemente a los ojos.

Como es de esperar no hay ningún caravasar en todo el Dasht-e-Kavir, pero durante el mes largo que tardamos en cruzarlo tuvimos en dos ocasiones la bendita buena fortuna de llegar a un oasis. El oasis es una fuente que sale del suelo, sólo Dios o Alá sabe por qué. Sus aguas son frescas, no saladas, y a su alrededor ha crecido una zona de vegetación que se extiende por varios zonte. Nunca pude descubrir nada comestible creciendo en estos oasis, pero el mismo verdor de los árboles achaparrados y de los arbustos raquíticos y de la hierba rala constituía un refresco tan agradecido como la fruta o las verduras frescas. En ambas ocasiones tuvimos el placer de detener un momento nuestra jornada antes de continuar. Cogíamos agua de la fuente para bañar nuestros cuerpos cargados de polvo e incrustados de sal, que olían a humo y a excrementos, y sacábamos agua para llenar los depósitos de los vientres de los camellos, y cogíamos agua que hervíamos y pasábamos por el filtro de carbón que mi padre siempre llevaba consigo, para limpiar luego y llenar con ella nuestros odres. Cuando finalizábamos estas tareas nos estirábamos y disfrutábamos de la sensación nueva que suponía descansar bajo una sombra verde.

En nuestra primera etapa en un oasis observé que al llegar todos nos dispersábamos y encontrábamos árboles separados bajo cuya sombra descansar, y que luego montábamos cada uno su tienda a una distancia considerable el uno del otro. Nadie se había peleado en los últimos días, y no teníamos motivos definibles para evitar la compañía de los demás, pero hacía tiempo que estábamos en tal compañía que ahora era agradable cambiar y disfrutar de una cierta intimidad solitaria. Quizá me hubiera preocupado de proteger cerca de mí a Aziz si el esclavo Narices no hubiese estado preocupado por su vergonzosa afección privada e incapaz en mi opinión de molestar al niño. Por lo tanto dejé que Aziz se fuera por su cuenta.

O eso creí. Pero después de haber disfrutado de un día y una noche en el oasis, se me ocurrió la noche siguiente dar un paseo por el bosquecillo. Me imaginé en un jardín medio abierto, quizá en los alrededores del palacio de Bagdad, por donde me había paseado tan a menudo con la princesa Magas. Era bastante fácil imaginarlo porque la noche había traído consigo la niebla seca, impidiéndome ver nada, aparte de los árboles más cercanos. Esa niebla incluso amortiguaba los sonidos, por lo que estuve a punto de chocar con Aziz cuando oí su risa musical y que decía:

—¿Daño? Pero si esto no es malo para mí. Ni para nadie. Hagámoslo ya. Respondió una voz más grave, pero con un murmullo, por lo que sus palabras me resultaron indistinguibles. Estaba a punto de soltar un grito de indignación, de agarrar a Narices y de separarlo a rastras del niño, pero Aziz dijo de nuevo, asombrado:

—Nunca vi nada semejante. Con una funda de piel que lo envuelve… Yo me quedé

donde estaba, estupefacto.

—O que puede echarse atrás a voluntad. —Aziz continuaba asombrado —: Es como si un mihrab privado envolviera siempre tiernamente tu zab.

Narices no poseía un aparato así. Era musulmán y le habían circuncidado como al niño. Empecé a retirarme de aquel lugar, procurando no hacer ruido.

—Debe de dar una sensación maravillosa, incluso sin que nadie te acompañe — continuó

diciendo la voz de pajarito —, mover la funda adelante y atrás como ahora. ¿Puedo hacerlo yo?

La niebla se cerró alrededor de su voz, a medida que yo me alejaba. Pero me quedé

esperándole, despierto y vigilante delante de su tienda hasta que al final regresó. Llegó

como un rayo de luna perdido que saliera de las tinieblas, radiante, porque iba comple-tamente desnudo con su ropa en la mano.

—¡Éstas tenemos! —dije severamente, pero sin levantar la voz —. Juré por mí honor que

no te pasaría nada malo…

—Nada malo me ha pasado, mirza Marco —respondió parpadeando con absoluta inocencia.

—Me juraste por las barbas del profeta que no tentarías a ninguno de nosotros…

—No lo he hecho, mirza Marco —dijo con tono dolido —. Yo iba vestido del todo cuando él topó conmigo casualmente en aquel bosquecito.

—Y que serías totalmente casto.

—Y lo he sido, mirza Marco, desde Kashan hasta aquí. Nadie me ha penetrado, ni yo lo he hecho a nadie. Lo único que hicimos fue besarnos. —Se me acercó y me besó

dulcemente —. Y también esto… —Hizo la demostración y al cabo de un momento insinuó

su pequeña parte en mi mano y me dijo con un susurro —: Nos hicimos esto el uno al otro…

—Basta ya —dije con voz ronca. Le solté y aparté su mano de mí —. Ahora vete a

dormir, Aziz. Mañana partimos con el alba.

Aquella noche no pude dormir sin antes aceptar la excitación que Aziz había despertado en mí y satisfacerme manualmente. Pero mi falta de sueño se debió también en parte a la nueva visión que ahora tenía de mi tío, y a la desilusión que me causaba y al tono de desprecio que ahora teñían mis sentimientos hacia él. No era una decepción corriente descubrir que el aspecto arrojado, brusco, cordial y barbudo de tío Mafio no era más que una máscara, y que debajo se ocultaba un sodomita afectado, astuto y despreciable.

Sabía que tampoco yo era un santo, y me esforzaba en no ser un hipócrita. Podía admitir francamente que también yo era sensible a los encantos del niño Aziz. Pero esto se debía a que lo tenía cerca, al alcance de la mano, donde no había mujer alguna, y a que Aziz era tan guapo y seductor como una mujer. Pero me daba cuenta de que tío Mafio debía de verlo todo de modo distinto; debía de considerar a Aziz como un chico disponible y bello, como un posible compañero de cama.

Recordé hechos anteriores relacionados con otros hombres: masajistas de hammam, por ejemplo, y palabras pronunciadas anteriormente; aquella conversación furtiva entre mi padre y la viuda Ester, por ejemplo. La deducción era inevitable: a tío Mafio le gustaban las personas de su propio sexo. Alguien con estas inclinaciones no constituía una curiosidad en tierras musulmanas, donde casi cada varón parecía igualmente pervertido. Pero sabía muy bien que en nuestro Occidente, más civilizado, la gente se reía de estas personas o se burlaba de ellas o las maldecía. Yo sospechaba que la misma situación debía repetirse en las naciones totalmente incivilizadas que quedaban más hacia Oriente. En todo caso parecía que la depravación de mi tío había causado algún problema en el pasado. Deduje que mi padre había tenido motivos para intentar eliminar la perversión de su hermano, y al parecer el mismo Mafio había intentado sofocar sus tendencias. En tal caso llegué a la conclusión de que mi tío no era totalmente detestable; quizá aún había esperanzas para él.

Muy bien. Yo contribuiría con mis mejores esfuerzos para ayudarle a reformarse y a redimirse. Cuando continuáramos la marcha, no cabalgaría apartado de él en son de reproche, ni evitaría su mirada, ni me negaría a hablar con él. No contaría nada de lo sucedido. No daría a entender que conocía su vergonzoso secreto. Lo que haría sería vigilar de nuevo estrechamente a Aziz, y no permitiría que el niño se moviera de nuevo en libertad aprovechándose de la noche. Sobre todo actuaría de modo cuidadoso y estrictamente paternal si llegábamos a otro oasis. En tales lugares la disciplina y los frenos tendían a relajarse tal como hacíamos con nuestros cansados músculos. Si nos encontrábamos de nuevo con este ambiente de facilidad y abandono relativos mi tío podría encontrar irresistible la tentación: disfrutar de Aziz más a fondo de lo que había

ya probado.

Al día siguiente, cuando emprendimos la marcha en dirección noreste por el desierto sin vegetación, me mostré afable como siempre con todos los componentes de la expedición, incluyendo a tío Mafio, y creo que nadie podría haber discernido mis sentimientos interiores. Sin embargo me alegré de que el esclavo Narices asumiera aquel día el peso de la conversación, posiblemente para distraer su mente de sus propios problemas. Se extendió primero en un tema, luego derivó a otro y yo me limité a cabalgar en silencio sin interrumpir sus divagaciones.

Su facundia se puso en marcha cuando al cargar los camellos encontró a una pequeña serpiente enrollada y dormida en una de las albardas del equipaje. Narices soltó de entrada un chillido, pero luego dijo:

—Sin duda hemos traído al animalito desde Kashan.

Y en lugar de matar a la serpiente la dejó caer sobre la arena y permitió que huyera. Mientras cabalgábamos nos explicó el motivo de su proceder.

—Nosotros los musulmanes no detestamos a las serpientes como vosotros los cristianos. Tampoco las queremos mucho, pero ni las tememos ni las odiamos como vosotros. Según vuestra sagrada Biblia, la serpiente es la encarnación del demonio Satán. Y en vuestras leyendas habéis hinchado a la serpiente convirtiéndola en un monstruo llamado dragón. Todos nuestros monstruos musulmanes toman la forma de personas, como los yinn y los afarit, o de aves, como el ruj gigante, o de combinaciones de animales, como el mardjora. Este monstruo está formado por la cabeza de un hombre, el cuerpo de un león, las espinas de un puercoespín y la cola de un escorpión. Observad que la serpiente no entra en su composición.

—La serpiente ha sido maldita desde el desgraciado asunto del Jardín del Edén —dijo mi padre suavemente —. Es comprensible que los cristianos la teman y es lógico que la odien y que la maten aprovechando cualquier oportunidad.

—Nosotros los musulmanes —dijo Narices —reconocemos lo que hay que reconocer. Fue la serpiente del Edén la que legó el idioma árabe a los árabes. Ideó este lenguaje para hablar con Eva y seducirla, porque como todo el mundo sabe el árabe es el idioma más sutil y persuasivo de todos. Como es lógico cuando Adán y Eva estaban solos hablaban entre sí farsi, porque el persa farsi es el más encantador de los idiomas. Y Gabriel, el ángel vengador, siempre habla turco, porque éste es el más amenazador de todos los idiomas. Sin embargo yo no iba a esto. Estaba hablando de las serpientes y es evidente que la sinuosidad y las curvas de la serpiente inspiraron la escritura de los caracteres, el alfabeto árabe que se utiliza para transcribir el farsi, el turco, el sindi y todos los demás idiomas civilizados.

Mi padre habló de nuevo:

—Nosotros los occidentales hemos llamado siempre a la escritura árabe escritura de gusanitos, y por lo que dices estuvimos a punto de acertar en la descripción.

—La serpiente nos dio otras cosas más, amo Nicoló. Su manera de avanzar por el suelo doblándose y enderezándose inspiró a algunos ingeniosos antepasados nuestros la invención del arco y de la flecha. El arco es delgado y sinuoso, como una serpiente. La flecha es delgada y recta, y tiene una cabeza que mata como una serpiente. Tenemos buenos motivos para honrar a la serpiente, y la honramos. Por ejemplo llamamos al arco iris serpiente celestial, y esto es un cumplido para los dos.

—Interesante —murmuró mi padre con una sonrisa condescendiente.

—En cambio —continuó Narices —, vosotros los cristianos comparáis la serpiente a vuestro zab, y decís que la serpiente del Edén introdujo el placer sexual en el mundo, y que por lo tanto el placer sexual es equivocado, feo y abominable. Nosotros los musulmanes culpamos a quien le corresponde. No a la serpiente inofensiva, sino a Eva y

a todas sus descendientes. Como dice el Corán en la azora cuarta: «La mujer es la fuente de todo el mal de la tierra, y Alá creó este monstruo únicamente para que el hombre sintiera asco de él y se apartara de los terrenales…»

—Ciacche-ciacche! —dijo mi tío.

—¿Perdón, amo?

—Dije ¡tonterías! Sciochezze! Sotise! Bifam istibah!

Narices exclamó escandalizado:

—Amo Mafio, ¿llamáis al Sagrado Libro bifam istibah?

—Vuestro Corán fue escrito por un hombre, y esto no podéis negarlo. También el Talmud y la Biblia fueron escritos por hombres.

—Vamos, Mafio —intervino mi piadoso padre —. Se limitaron a transcribir las palabras de Dios. Y del Salvador.

—Pero eran hombres, hombres sin lugar a dudas, con las mentes de hombres. Todos los profetas, apóstoles y sabios han sido hombres. ¿Y qué clase de hombres escribieron los libros sagrados? ¡Hombres circuncidados!

—Quiero indicar, mi amo —dijo Narices —, que no escribieron con sus…

—En cierto modo hicieron exactamente esto. Todos estos hombres estaban religiosamente mutilados en sus órganos infantiles. Cuando llegaron a la edad adulta su placer sexual quedó disminuido en proporción a la disminución sufrida por sus demás partes. Por este motivo en sus libros sagrados decretaron que el sexo no debía ser para el placer, sino únicamente para la procreación, y que el sexo en todas las

demás ocasiones debía avergonzarnos y hacernos sentir culpables.

—Mi buen amo —insistió Narices —. Sólo nos han quitado el prepucio, no nos han capado ni convertido en eunucos.

—Toda mutilación es una privación —replicó tío Mafio, soltando la rienda de su camello para rascarse el codo —. Los sabios de épocas antiguas, al darse cuenta de que al recortar sus miembros habían amortiguado sus sensaciones y su placer, tuvieron envidia y miedo de que otros pudieran encontrar mayor satisfacción en el sexo. A la desgracia le gusta ir acompañada, entonces compusieron sus escrituras para asegurarse de que no les faltaría compañía. Primero los judíos, luego los cristianos, porque los evangelistas y los demás primeros cristianos sólo eran judíos convertidos, y luego Mahoma y los restantes sabios musulmanes. Todos éstos eran hombres circuncidados y sus disquisiciones sobre el tema del sexo son comparables al canto de un sordo.

Mi padre pareció tan escandalizado como Narices.

—Mafio —le advirtió —, en este desierto abierto estamos terriblemente expuestos a los rayos. Tu crítica es un elemento nuevo en mi experiencia, quizá incluso original, pero te sugiero que lo atemperes con discreción.

Mi tío, sin hacerle caso, continuó:

—Cuando pusieron trabas a la sexualidad humana actuaron como tullidos escribiendo las reglas para un certamen atlético.

—¿Tullidos, mi amo? —preguntó Narices —. Pero ¿cómo podían haber sabido que eran tullidos? Afirmáis que mis sensaciones están amortiguadas. Personalmente carezco de norma exterior con la que medir mi propio disfrute, y por lo tanto me maravilla que alguien Pueda hacerlo. Sólo puedo imaginar una persona capaz de juzgarse así misma a este respecto. Sería una persona que hubiese tenido la correspondiente experiencia, por así decirlo, antes y después. ¿Quizá a vos, amo Mafio, no os circuncidaron hasta llegar a la mitad de vuestra vida adulta?

—¡Insolente infiel! ¡No me lo hicieron nunca!

—¡Ah! Entonces, si exceptuamos a este hombre, me parece que nadie podría decidir la cuestión excepto una mujer. Una mujer que hubiese dado placer a los dos tipos de hombres, al circuncidado y al incircunciso, y que hubiera prestado mucha atención a sus distintos niveles de satisfacción.

Aquello me hizo estremecer. Tanto si Narices hablaba con malicia despreciativa como si lo hacía por puro ingenio, sus palabras acertaban muy de pleno en la verdadera naturaleza de tío Mafio y en su probable experiencia. Miré a mi tío

temiendo que enrojeciera o que se defendiera con una bravata o que rompiera quizá la cara de Narices, confesando así lo que había ocultado tanto tiempo. Pero aguantó la presente insinuación como si no se hubiera dado cuenta de ella y continuó pensando en voz alta:

—Si de mí dependiera, buscaría una religión cuyas escrituras no fueran redactadas por personas con la virilidad mutilada ritualmente.

—Allí donde vamos —dijo mi padre —hay varias religiones de este tipo.

—Como sé muy bien —replicó mi tío —. Por eso me pregunto cómo podemos nosotros, los cristianos, los judíos y los musulmanes llamar bárbaros a los pueblos orientales. Mi padre dijo:

—El hombre que ha viajado puede mirar con una sonrisa de compasión los bastos guijarros que todavía atesora en casa la gente de su pueblo; sí, puede hacerlo porque ha visto rubíes y perlas auténticas en lejanos lugares. No soy teólogo y no puedo decir si esto es válido también para las religiones que venera en casa del viajero la gente de su pueblo. —Y añadió con un tono seco impropio de él —: Lo que si sé es que de momento estamos todavía bajo el cielo de estas religiones que desprecias tan abiertamente, y que somos vulnerables a la reprensión celestial. Si tus blasfemias provocan un torbellino quizá no podamos continuar nuestro viaje. Te recomiendo encarecidamente que cambies de tema.

Narices así lo hizo. Volvió a su tema anterior y nos explicó con increíble detenimiento que cada letra de la escritura árabe de gusanitos está impregnada con una cierta emanación específica de Alá, y que cuando las letras se retuercen hasta formar palabras y éstas se transforman en frases reptilinas, cualquier fragmento de escritura árabe, aunque sea tan mundano como un cartel o el recibo de inquilinato, contiene un poder benéfico que es mayor que la suma de los caracteres por separado, y por lo tanto es un talismán eficaz contra el mal, los yinn, los afarit y el demonio Saitan… etc., etcétera. A lo cual el único que contestó fue uno de nuestros camellos macho. Desplegó su aparato inferior mientras caminaba y regó abundantemente la arena.

5

Al final no nos aniquiló ningún rayo ni ningún torbellino, y no puedo recordar que en aquella jornada ocurriera nada digno de mención dentro de la monotonía marrón del paisaje, hasta que llegamos, como ya he señalado, a un segundo oasis verde y de nuevo acampamos con el propósito de disfrutar allí de dos o incluso de tres días de descanso. Tal como había decidido, en esta ocasión no dejé que Aziz se alejara de mí mientras bebíamos hasta saciarnos agua buena y dábamos de beber a los camellos y llenábamos nuestros odres, y sobre todo mientras bañábamos nuestros cuerpos y lavábamos nuestra ropa, pues durante este intervalo todos nosotros íbamos desnudos por necesidad. Y

cuando nos dispusimos de nuevo a levantar nuestras tiendas privadamente, separadas una de otra, me aseguré de que la suya y la mía estuvieran juntas. Sin embargo todos nos reunimos alrededor del fuego de campamento para cenar. Y

recuerdo como si fuera ayer todos los triviales incidentes de aquella noche. Aziz se sentó al otro lado del fuego, delante mío y de Narices, y primero mi tío se sentó

sociablemente a su lado y luego mi padre se dejó caer pesadamente al otro lado. Mientras roíamos carne ternillosa de cordero, masticábamos queso mohoso y

remojábamos azufaifas encogidas en vasos de agua para ablandarlas, mi tío dirigía de soslayo miradas aviesas al niño, y yo y mi padre los mirábamos a los dos con desconfianza. Narices, que al parecer no se daba cuenta de que en el grupo hubiese tensión alguna, me dijo distraídamente:

—Empezáis a parecer un viajero auténtico, amo Marco.

Se estaba refiriendo a mi reciente barba. En el desierto sería una gran estupidez gastar agua para afeitarse, y no hay hombre capaz de resistir un enjabonado mezclado con arena y sal abrasivas. Mi barba tenía ya una densidad masculina: yo había prescindido entonces del cómodo depilatorio del ungüento de mummum, y había dejado que mi barba creciera y formara una protección para la piel de la cara. Sólo me preocupaba de recortarla para que tuviera una longitud neta y confortable, y desde entonces siempre la he llevado igual.

—Quizá ahora entendáis —continuó Narices —lo misericordioso que fue Alá cuando dio barbas a los hombres, y las negó a las mujeres.

Yo lo pensé un momento, y dije:

—Desde luego es bueno que los hombres tengan barbas, porque así pueden penetrar en las arenas abrasivas del desierto. Pero ¿por qué fue misericordioso cuando las negó a las mujeres?

El camellero levantó las manos y los ojos hacia arriba como si mi ignorancia le consternara. Pero antes de que pudiera replicar, el pequeño Aziz rió y dijo:

—Por favor, ¡deja que se lo cuente! ¡Piensa, mirza Marco! ¿No demostró el Creador mucha consideración? Él no quiso poner barba en un ser incapaz de tenerla bien afeitada o recortada con gusto, porque su barbilla se mueve demasiado. Me eché a reír y lo mismo hicieron mi padre y mi tío; entonces yo agregué:

—Si éste es el motivo, me alegro de que así sea. Yo no podría acercarme a una mujer barbuda. Pero ¿no hubiese sido más prudente por parte del Creador hacer a las hembras menos inclinadas a mover la barbilla?

—Ah —dijo mi padre el proverbialista —. Donde hay cuencos tiene que oírse ruido.

—Mirza Marco, aquí hay otro acertijo para vos —gorjeó Aziz, dando saltos de alegría sobre su asiento. Estaba claro que el niño era un ángel maculado, que en muchos aspectos tenía más mundo que un adulto cristiano, pero en definitiva continuaba siendo un niño. Tenía tantas ganas de hablar que las palabras salieron casi atropellándose de su boca —: En este desierto hay pocos animales. Pero puede encontrarse aquí a uno que une en sí las naturalezas de siete animales distintos. ¿Cuál es, Marco?

Yo arrugué el entrecejo, fingí que rumiaba ferozmente, y luego dije:

—Me rindo.

Aziz emitió una risa triunfal y abrió la boca para hablar. Pero entonces su boca se abrió

más todavía y sus grandes ojos se agrandaron aún más. Lo propio hicieron los ojos y las bocas de mi padre y de mi tío. Narices y yo tuvimos que darnos la vuelta para ver lo que ellos habían visto.

Tres hombres peludos y marrones se habían materializado en la niebla seca de la noche, y nos miraban con ojos puestos como hendiduras en rostros carentes de expresión. Llevaban pieles y cueros, no ropas árabes, y debían de haber cabalgado rápidamente y durante mucho tiempo porque sus cuerpos estaban cubiertos de polvo endurecido por el sudor, y su hedor nos llegaba incluso desde el lugar donde estaban.

—Sain bina —dijo mi tío, quien fue el primero en recuperarse de su sorpresa, mientras se ponía en pie lentamente.

—Mendu, sain bina —respondió uno de los forasteros, con una ligera expresión de sorpresa.

Mi padre también se levantó, y él y tío Mafio hicieron gestos de bienvenida y luego se

pusieron a hablar a los intrusos en un idioma que no entendí. Los hombres peludos sacaron a tres caballos de la niebla que los ocultaba detrás suyo; tiraron de sus riendas y los condujeron a la fuente. Ellos esperaron para beber a que los caballos se hubiesen abrevado.

Narices, Aziz y yo nos levantamos del fuego y cedimos nuestros lugares a los extranjeros. Mi padre y mi tío se sentaron con ellos, sacaron comida de nuestros bultos y se la ofrecieron, y continuaron sentados y charlando mientras los visitantes comían con voracidad. Yo estudié lo mejor que pude a los recién llegados manteniéndome discretamente apartado de la confabulación. Eran de estatura baja,

pero robusta. Sus rostros tenían el color y la textura del cuero bronceado de cabritillo, y dos de ellos llevaban bigotes largos pero delgados; ninguno llevaba barba. Su basto pelo negro tenía una longitud propia de mujeres y estaba trenzado formando numerosas trenzas. Repito que sus ojos eran simples hendiduras, tan estrechas que me preguntaba cómo podían ver a través de ellas. Cada hombre llevaba un arco corto, curvado y recurvado pronunciadamente, colgando de la espalda, con la cuerda atravesada delante del pecho y un carcaj de flechas cortas, y en el cinto llevaban un arma que era o una espada corta o un cuchillo largo.

Entonces comprendí que los hombres eran mongoles, porque en aquella época ya había visto ocasionalmente algún mongol, y aunque aquel país era Persia de nombre, constituía una provincia del kanato mongol. Pero ¿que hacían aquellos tres mongoles merodeando en el desierto? No parecía que fueran bandidos ni que tramaran nada malo contra nosotros, o por lo menos mi padre y mi tío los habían convencido rápidamente de que abandonaran esta idea. ¿Y por qué tenían al parecer tanta prisa? En el desierto interminable, nadie se apresura.

Pero aquellos hombres sólo se quedaron en el oasis el tiempo suficiente para atiborrarse de comida. Y quizá no se habrían quedado ni siquiera este rato si nuestros alimentos, por poco apetitosos que fueran, no les parecieran viandas reales, porque aquellos mongoles no llevaban ninguna ración de viaje excepto tiras de carne atasajada de caballo, que parecían cordones de cuero crudo. Mi padre y mi tío, a juzgar por sus gestos, estaban invitando con cordialidad e incluso con insistencia a los recién llegados para que descansaran un poco, pero los mongoles se limitaron a mover negativamente sus peludas cabezas y a gruñir mientras devoraban cordero, queso y frutas. Luego se pusieron en pie, eructaron agradecidos, cogieron las riendas de sus caballos y montaron de nuevo.

Sus caballos se parecían bastante a los hombres, porque eran extraordinariamente peludos y de aspecto salvaje y casi tan bajos como los caballos teñidos de hinna de Bagdad, pero mucho más robustos y musculosos. Llevaban una costra endurecida de espuma y polvo, señal de que habían cabalgado duramente, pero parecían tan ansiosos como sus jinetes por emprender de nuevo la marcha. Uno de los mongoles dirigió desde la silla a mi padre un largo discurso que tenía un tono de advertencia. Luego los tres hicieron girar las cabezas de sus monturas y salieron a medio galope hacia el suroeste, desapareciendo casi instantáneamente de nuestra vista en las tinieblas neblinosas, y los crujidos y tintineos de sus armas y arneses se esfumaron con idéntica rapidez de nuestros oídos.

—Era una patrulla militar —dijo apresuradamente mi padre, al notar que Narices y Aziz le miraban muy asustados —. Al parecer últimamente algunos bandidos han estado… err, actuando en el desierto y el ilkan Abaha desea entregarlos rápidamente a la justicia. Mafio y yo, preocupados como es lógico por la seguridad de todos, intentamos persuadirlos de que se quedaran y nos protegieran, o incluso de que viajaran un rato en compañía nuestra. Pero prefirieron seguir la pista de los bandidos

y perseguirlos sin

tregua con la esperanza de agotarlos de sed y de hambre.

Narices carraspeó y dijo:

—Excusadme, amo Nicoló. Como es natural yo nunca espío la conversación de un amo, pero me llegó algo de lo que hablasteis. El turco es uno de los idiomas que conozco, y los mongoles hablaban una variante del turco. ¿Puedo preguntar si estos mongoles al hablar de bandidos utilizaron realmente la palabra bandidos?

—No, utilizaron un nombre. Un nombre de tribu, supongo. Karauna. Pero yo supuse que eran…

—¡Ayy, esto fue lo que oí! —gritó Narices —. Y esto es lo que temía haber oído. ¡Que Alá

nos proteja! ¡Los karauna!

Permitidme decir que casi todas las lenguas que pude oír utilizadas desde levante hacia Oriente, por distintas que fueran en otros aspectos, contenían una palabra o elemento de palabra igual en todas ellas, y este elemento era kara. Se pronunciaba de modo variable: kara, jara, qara o k'ra, y en algunos lenguajes kara, y podía tener distintos significados. Kara podía significar negro o podía significar frío o podía significar hierro o podía significar mal o incluso podía significar muerte, o kara podía significar todas estas cosas a la vez. Podía pronunciarse con admiración o desaprobación o injuriosamente, como por ejemplo cuando los mongoles llamaban a su antigua capital apreciativamente Karakoren, que significa Empalizada Negra, o cuando llamaban a una determinada araña, grande y venenosa, karakurt, que significa insecto malo o mortal.

—¡Los karauna! —repitió Narices, casi ahogándose con la palabra —. Los Negros, los Corazones Fríos, los Hombres de Hierro, los Malos Demonios, los Portadores de Muerte. Este nombre, amo Nicoló, no es de ninguna tribu en concreto. Se aplicó a ellos como una maldición. Los karauna son los proscritos de las demás tribus, de los turcos y de los kipchak en el norte, de los baluchi en el sur. Y estos pueblos son bandidos natos; imaginad, pues, lo terrible que ha de ser una persona para que la expulsen de una tribu así. Algunos karauna son incluso antiguos mongoles, y ya sabéis lo odiosos que deben de ser para que los mongoles los declaren proscritos. Los karauna son gente desalmada, son los depredadores más crueles, sanguinarios y temidos de todos estos países. Ay, señores y amos míos, corremos un peligro terrible.

—En este caso, apaguemos el fuego —dijo tío Mafio —. Hay que reconocer, Nico, que nos hemos paseado bastante alegremente por este desierto. Voy a sacar las espadas del equipaje y propongo que esta noche empecemos a turnarnos haciendo guardia. Me ofrecí voluntario para hacer la primera guardia, y pregunté a Narices

cómo reconocería a los karauna si se presentaban.

Él me contestó con cierto sarcasmo:

—Habréis notado que los mongoles se sujetan las chaquetas en el lado derecho. Los turcos, los baluchi y los de su ralea tiran las chaquetas a la izquierda. —Luego este sarcasmo se disolvió en su terror y gritó —: ¡Oh, amo Marco!, si os queda tiempo para verlos antes de que ataquen los reconoceréis sin ninguna duda. Ayy, bismillah, jeli zahmat dadam…! —y rezando a voz en grito llevó a cabo un número asombroso de profundas postraciones de salaam antes de meterse a rastras en su tienda. Cuando todos mis compañeros estuvieron acostados recorrí dos o tres veces el perímetro entero del oasis con la espada simsir en la mano, clavando mis ojos, hasta donde alcanzaban, en la noche espesa, negra y neblinosa. La oscuridad era impenetrable y yo no podía evidentemente vigilar todos los accesos al campamento, por lo que decidí

apostarme delante de mi tienda, al lado de la de Aziz. La noche era una de las más gélidas del viaje y al final me metí dentro de la tienda estirado debajo de las mantas, dejando únicamente que sobresaliera mi cabeza de la lona. O bien Aziz no podía dormir o el ruido que hice al estirarme le despertó porque también él asomó la cabeza y

murmuró:

—Estoy asustado, Marco, y tengo frío. ¿Puedo dormir a tu lado?

—Sí, hace frío —contesté —. Tengo toda la ropa puesta y sin embargo estoy tiritando. Me gustaría coger más mantas, pero prefiero no despertar los camellos. Trae tus mantas, Aziz, y yo cogeré tu tienda y la pondré encima para que nos tape. Si te acuestas cerca de mí y ponemos todas estas telas encima estaremos cómodos.

Esto hicimos. Aziz salió meneándose de la tienda como un tritón desnudo y se metió en la mía. Trabajé rápidamente en la fría noche para sacar los palos de los dobladillos de su tienda, y amontoné la tela encima de él. Me introduje a su lado dejando que sobresaliera únicamente mi cabeza, mis manos y el simsir. Muy pronto dejé de tiritar, pero sentí que mi interior se estremecía de modo distinto, y no de frío, sino por el calor, la proximidad y la suavidad del cuerpo del niño. Se había apretado contra mí en un abrazo muy íntimo, y sospecho que lo hizo deliberadamente. Al cabo de un momento estuve seguro de ello porque soltó el cordón de mi pai-yamah y acurrucó su cuerpo desnudo contra mi desnudo trasero, y luego hizo algo más íntimo todavía. Yo lancé un grito sofocado y oí

que él musitaba:

—¿No te calienta esto todavía más?

Calor no era la palabra más adecuada. Su hermana Sitaré había contado que Aziz era

un especialista en este arte, y era evidente que el niño sabía excitar lo que Narices había llamado «la almendra de dentro», porque mi miembro se puso erecto con tanta rapidez y dureza como una lona de tienda cuando se mete el palo dentro de su dobladillo. No sé

qué hubiese sucedido después. Podía decirse que yo estaba descuidando gravemente mi guardia, pero creo que los karauna se habrían acercado y nos habrían atacado sin ser descubiertos aunque yo hubiese estado más atento. Algo me golpeó la nuca tan fuertemente que la negra noche que me envolvía se hizo más negra todavía, y lo siguiente que pude notar cuando volví en mí fue que me arrastraban dolorosamente por los cabellos a través de la hierba y de la arena.

Me arrastraron hasta el fuego del campamento que alguien encendía, alguien que no era ninguno de nosotros. Los invasores eran hombres en comparación de los cuales los mongoles que nos habían visitado parecían gentileshombres de corte, elegantes y mundanos. Eran siete en total, iban sucios y harapientos, y eran feos, y aunque no sonreían nunca tenían siempre al aire sus dientes quebrados. Cada uno tenía un caballo, pequeño como un caballo mongol, pero huesudo, y con las costillas a la vista y lleno de llagas y pústulas. Observé otra cosa a pesar de mi estado medio inconsciente: no tenían orejas.

Uno de los merodeadores estaba encendiendo el fuego, los demás arrastraban a mis compañeros hacia él, y todos balbuceaban en voz estridente un lenguaje que yo desconocía. Narices parecía ser el único capaz de entenderlo, y aunque también le habían golpeado y lo habían sacado a rastras de la tienda y el terror lo consumía, se tomó la molestia de traducir y de gritar a todos nosotros.

—¡Son los karauna! Tienen un hambre mortal. ¡Dicen que no nos matarán si les damos de comer! ¡Por favor, mis amos, en nombre de Alá, apresuraos y enseñadles la comida!

Los karauna nos echaron a todos al lado del fuego y empezaron a coger frenéticamente agua de la fuente con las manos y a echársela gaznate abajo. Mi padre y mi tío corrieron obedientes a sacar la comida. Yo me quedé echado en el suelo, sacudiendo la cabeza, esforzándome en quitarme de encima el dolor, las tinieblas y el zumbido de su interior. Narices, que intentaba mostrarse adecuadamente ocupado y servicial, y que sin duda estaba muerto de miedo, continuó sin embargo gritando:

—¡Dicen que no nos robarán ni nos matarán a los cuatro! Desde luego mienten, y lo harán, pero esperarán a que los cuatro les hayamos alimentado. Por amor de Alá,

continuemos dándoles comida mientras quede. ¡Los cuatro!

Lo que más me preocupaba era la ruina que tenía dentro de la cabeza, pero supuse confusamente que Narices me estaba pidiendo también a mí que demostrara algo de vida y de actividad. O sea que me puse en pie medio tambaleándome y conseguí

verter algunos albaricoques secos en un vaso de agua para reblandecerlos. Oí que tío Mafio gritaba también.

—¡Tenemos que obedecer, los cuatro!. Pero luego, mientras ellos se atraquen de comida, tenemos que buscar los cuatro una oportunidad para recuperar nuestras espadas y luchar.

Finalmente comprendí el mensaje que él y Narices intentaban comunicarnos. Aziz no estaba entre nosotros. Cuando los karauna nos atacaron vieron cuatro tiendas y sacaron a rastras de ellas a cuatro hombres, y ahora tenían a cuatro cautivos que cumplían obedientes sus órdenes. Esto fue porque yo había desmontado la tienda de Aziz. Cuando me sacaron de la mía, Aziz pudo haber salido también cogido a mí, pero no fue así. Y

debió de entender lo que pasaba, es decir que continuaría escondido, a no ser que… El chico era valiente. Podía intentar alguna salida desesperada… Uno de los karauna nos bramó algo. Una vez satisfecha su sed parecía encantarle vernos convertidos en sus esclavos. Se golpeó el pecho con los puños como un conquistador victorioso y nos dirigió a gritos un largo discurso narrativo, que Narices nos tradujo con un hilo de voz:

—Los mongoles los han perseguido tanto que estaban casi muertos de sed y de hambre. Han abierto varias veces las venas de sus caballos para beber sangre y continuar. Pero los caballos se han debilitado tanto que renunciaron a esto, aunque al final les cortaron las orejas y se las comieron. Ayy, mashallah, che arz konam!… —y finalizó su traducción con otro torrente de plegarias.

La confusión también disminuyó, y los siete karauna dejaron de dar vueltas a la fuente, permitieron que sus maltratados caballos se acercaran a ella, y se fueron al lugar donde habíamos puesto la comida, alrededor del fuego. Con dientes al aire y gruñidos guturales nos indicaron que nos quedáramos de pie a un lado, para no molestarlos. Los cuatro nos retiramos, y los karauna se arrojaron babeando sobre las provisiones, pero en aquel instante estalló una confusión indescriptible. Tres caballos más emergieron de un salto de las tinieblas llevando a tres jinetes que gritaban agitando en el aire sus espadas.

¡La patrulla mongol había regresado! Mejor dicho: los mongoles se habían quedado todo el rato vigilando en algún lugar próximo, y ni yo mismo, el guarda del campamento, había sospechado su presencia. Sabían que éramos un cebo irresistible para los karauna, y se habían limitado a esperar a que los bandidos cayeran en la trampa. Los karauna, aunque fueron sorprendidos de improviso, desmontados y con la atención fija en la comida que tenían delante, ni se rindieron al momento ni cayeron ante las relucientes espadas. Dos o tres de los sucios hombres marrones se tiñeron mágicamente de rojo brillante ante nuestros ojos, al brotar la sangre de las heridas que recibieron de los mongoles. Pero ellos, al igual que los que habían

quedado indemnes, desenvainaron también sus espadas.

Los mongoles que habían irrumpido montados a caballo sólo pudieron asestar estos golpes rápidos antes de que sus monturas los llevaran más allá del escenario. Sin girar sus caballos, se deslizaron de las sillas para continuar la lucha a pie. Pero los karauna se habían apresurado tanto para sentarse a comer que no habían trabado ni atado ni desensillado sus monturas. La tentación de resistir y luchar debió de ser muy grande porque tenían la comida delante suyo y eran siete contra tres. Probablemente el motivo de su fuga fue que estaban débiles por el hambre, y sabían que tres mongoles bien alimentados podían muy bien con ellos; lo cierto es que saltaron a horcajadas sobre sus

tristes caballos, cruzaron sus armas con los mongoles, que ahora estaban en el suelo, espolearon sus caballos y saltaron del círculo de luz en la dirección desde la cual me habían arrastrado.

Los mongoles tuvieron la consideración de pararse el tiempo suficiente para echarnos una ojeada y comprobar que no estábamos heridos visiblemente, luego cogieron sus caballos, montaron de un salto y salieron en persecución de los bandidos. Todo sucedió

en medio de un tumulto tan furioso, desde mi tortazo hasta el retorno repentino de la calma del oasis, que parecía como si una tormenta del desierto, un simún, se hubiera abatido sobre nosotros, nos hubiese hecho un lío a todos y hubiera seguido inmediatamente su curso.

—Gésu… —exhaló mi padre.

—Al-hamdo-lillah… —rezó Narices.

—¿Dónde está el niño, Aziz? —me preguntó tío Mafio.

—Está a salvo —dije en voz alta para que se oyera sobre el tintineo que todavía resonaba en mi cabeza —. Está en mi tienda.

E hice señas hacia el lugar por donde habían marchado los caballos y en donde no se había posado todavía el polvo que ellos habían levantado.

Cuando mi tío se hubo puesto alguna ropa marchó corriendo en aquella dirección. Mi padre vio que yo me restregaba la cabeza, se me acercó, la tocó y dijo que tenía un buen chichón. Ordenó a Narices que pusiera a calentar un cazo de agua. Entonces mi tío llegó corriendo desde las tinieblas y gritando:

—¡Aziz no está! ¡Está su ropa, pero él ha desaparecido!

Mi padre y mi tío dejaron a Narices para que me bañara la cabeza y me vendara un

emplasto de ungüento sobre ella, y fueron en busca del niño. No lo encontraron. Tampoco lo encontramos los demás, Narices y yo, cuando nos juntamos a ellos, a pesar de recorrer una y otra vez metódicamente todo el oasis. Nos reunimos en conferencia e intentamos reconstruir lo sucedido.

—Sin duda salió de la tienda. A pesar de ir desnudo y del frío.

—Sí, debió de pensar que más tarde o más temprano la saquearían.

—Es decir que buscó un lugar más seguro para esconderse.

—Lo más probable es que se acercara sigilosamente a nosotros para ayudarnos.

—En todo caso cuando los karauna huyeron repentinamente él estaba en lugar descubierto.

—Y ellos lo vieron, lo cogieron y se lo llevaron.

—Lo matarán a la primera oportunidad —dijo tío Mafio con voz afligida —. Lo matarán de algún modo bestial, porque sin duda están furiosos pensando que nosotros montamos esta emboscada.

—Quizá no tengan tiempo. Los mongoles les están pisando los talones.

—Los karauna no matarán al niño, sino que lo guardarán como rehén. Como un escudo para defenderse de los mongoles.

—Y si los mongoles no atacan, suponiendo que así sea —dijo mi tío —, imaginad lo que harán los karauna a este niño.

—Mejor que no lloremos hasta que alguien sufra daño —dijo mi padre —. Pero sea cual fuere el resultado, tenemos que estar allí. Narices, quédate aquí. ¡Mafio, Marco, montemos!

Golpeamos con los palos nuestros camellos, y como nunca los habíamos hostigado, los animales se sorprendieron tanto que no pensaron en protestar ni resistir, sino que partieron a galope tendido y lo mantuvieron. A consecuencia de aquel movimiento mi cabeza parecía rebotar contra el extremo superior de mi espina dorsal con una pulsación terriblemente dolorosa, pero no me quejé.

En la arena los camellos corren más que los caballos, o sea que alcanzamos a los mongoles bastante antes del alba. De todos modos también habríamos dado con ellos porque regresaban tranquilamente al oasis. La niebla seca se había abatido ya sobre el suelo y los vimos desde cierta distancia a la luz de las estrellas. Dos de ellos iban a pie conduciendo sus caballos y sosteniendo al tercero en su silla, que se bamboleaba y doblaba sobre ella, porque estaba sin duda malherido. Los dos nos dijeron algo

cuando nos acercamos y movieron las manos en la dirección de donde venían.

—¡Es un milagro! ¡El niño está con vida! —dijo mi padre y fustigó con mayor fuerza su camello.

No nos detuvimos para hablar con los mongoles, sino que proseguimos nuestra marcha hasta que vimos formas negras e inmóviles esparcidas por la arena. Eran los siete karauna y sus caballos, todos muertos, llenos de rajas y de flechazos; algunos hombres estaban separados de sus manos cortadas, que empuñaban todavía las espadas. Pero no nos ocupamos de ellos. Aziz estaba sentado en la arena, en un gran charco formado por la sangre de uno de los caballos caídos, y estaba recostado sobre su silla. Había cubierto su cuerpo desnudo con una manta que debió de sacar de una albarda, y estaba empapado de sangre. Saltamos de nuestros camellos antes de que acabaran de arrodillarse y corrimos hacia él. Tío Mafio, con el rostro cubierto de lágrimas, acarició cariñosamente el cabello del niño y mi padre le puso la mano sobre el hombro y los tres exclamamos llenos de admiración y alivio:

—¡No tienes nada!

—Gracias sean dadas al buen san Zudo de los Imposibles.

—¿Qué te sucedió, querido Aziz?

Él contestó con su vocecita de pájaro más tranquila de lo corriente:

—Me fueron pasando del uno al otro mientras cabalgaban, para que cada uno tuviera su turno sin disminuir la marcha.

—¿Y no te han hecho daño?

—Tengo frío —dijo Aziz con indiferencia.

De hecho estaba temblando violentamente debajo de aquella manta raída. Tío Mafio insistió ansiosamente:

—¿No… no abusaron de ti? ¿Aquí?

Puso una mano sobre la manta, entre los muslos del niño.

—No, no hicieron nada de esto. No les dio tiempo. Y creo que estaban demasiado hambrientos. Y luego los mongoles nos alcanzaron. —Hizo pucheros con pálido rostro como si fuera a llorar —. Tengo tanto frío…

—Sí, sí, muchacho —dijo mi padre —. Pronto te recuperarás con nosotros. Marco, quédate con él y confórtale. Mafio, ayúdame a buscar estiércol para hacer fuego. Me quité el alba y la extendí sobre el niño para darle más calor, sin preocuparme de la

sangre que empezó a empaparlo. Pero él no se arropó con este abrigo. Se quedó donde estaba, recostado en la silla tumbada, con sus piernecitas estiradas ante él y sus manos flojas a ambos lados. Intenté animarle y alegrarle diciendo:

—Todo este rato, Aziz, he estado pensando en el curioso animal que yo tenía que acertar.

Una débil sonrisa se formó brevemente sobre sus labios.

—No supiste cómo contestar a mi acertijo, ¿verdad, Marco?

—Sí, me rendí. Pregúntame otra vez.

—Un ser del desierto… que reúne en sí mismo… las naturalezas de siete animales distintos. —Su voz se hundía de nuevo en la indiferencia —. ¿No puedes adivinarlo todavía?

—No —respondí con el ceño fruncido como antes, y fingiendo que exploraba a fondo mi

mente —. No, me rindo, no puedo.

—Tiene la cabeza de un caballo… —dijo lentamente, como si le costara recordar, o le costara hablar —. Y el cuello de un toro… las alas de un ruj… el vientre de un escorpión… los pies de un camello… los cuernos de una qazel… y las… las grupas… de una serpiente…

Me preocupaba esta insólita falta de vivacidad, pero no podía discernir a qué se debía. A medida que su voz bajaba, sus párpados se cerraban. Yo le apreté el hombro para animarlo y dije:

—Debe de ser un animal muy maravilloso. Pero ¿qué es? Aziz, explícame el acertijo.

¿Qué es?

El niño abrió sus bellos ojos, me miró, sonrió y dijo:

—No es más que la langosta común.

Luego cayó de repente hacia adelante y su rostro chocó con la arena que tenía entre las rodillas, como si pudiera plegarse por la cintura. Se notó un aumento repentino y perceptible del hedor a sangre y a olores corporales y a estiércol de caballo y a excrementos humanos. Horrorizado me puse en pie de un salto y llamé a mi padre y a mi tío. Vinieron corriendo y se quedaron mirando con ojos incrédulos al niño.

—Ninguna persona viva puede doblarse así y caer de plano —exclamó mi tío con horror. Mi padre se arrodilló, cogió una de las muñecas del niño y la sostuvo un

momento, luego nos miró y movió tristemente la cabeza.

—¡El niño ha muerto! ¿Pero de qué? ¿No dijo que no le habían hecho daño? ¿Que sólo se lo fueron pasando mientras cabalgaban?

Yo levanté las manos con un gesto de impotencia:

—Estuvimos charlando. Luego cayó así, hacia adelante. Como un muñeco de serrín que ha perdido todo el serrín.

Mi tío se apartó sollozando y tosiendo. Mi padre cogió delicadamente al niño por los hombros y lo levantó, recostando de nuevo su cabeza inerte contra la silla y con una mano lo sostuvo para que no se cayera mientras con la otra quitaba las ropas empapadas de sangre. Luego mi padre hizo un ruido como de vómito y murmuró repitiendo lo que el niño nos había contado:

—Los karauna estaban hambrientos —y retrocedió con un movimiento de asco, dejando que el cuerpo del niño cayera de nuevo hacia adelante, pero no sin que antes yo también lo viera.

Lo que le había sucedido a Aziz no puedo compararlo a nada excepto a un antiguo cuento griego que me habían contado en cierta ocasión en la escuela sobre un robusto niño de Esparta y un cachorro voraz de zorro que llevaba escondido bajo su túnica. 6

Dejamos los cuerpos de los karauna donde estaban, como carroña para los picos de cualquier buitre que pudiera encontrarlos. Pero nos llevamos el pequeño cuerpo de Aziz, mordido, desventrado y parcialmente devorado, y nos dirigimos de nuevo al oasis. No quisimos dejarle sobre la superficie de arena, ni enterrarlo debajo suyo, porque nada puede enterrarse tan profundamente en la arena que el viento no consiga cubrirlo y descubrirlo continuamente, tan indiferente con cualquier objeto como con el estiércol de camello que dejan las caravanas.

Mientras regresábamos al oasis pasamos por el borde blanco de un pequeño pan de sal y nos detuvimos allí. Llevamos a Aziz sobre la tierra temblorosa, envuelto en mi aba como en un sudario y encontramos un lugar donde pudimos romper la costra brillante, y depositamos a Aziz sobre el lodo movedizo que apareció debajo. Le dijimos nuestro

adiós y le rezamos algunas plegarias durante el tiempo que tardó el pequeño fardo en hundirse y desaparecer de nuestra vista.

—La placa de sal volverá a cerrarse pronto encima suyo —reflexionó mi padre —. Descansará debajo sin que nada lo altere, ni la corrupción, porque las sales impregnarán su cuerpo y lo conservarán.

Mi tío, rascándose distraídamente el codo, dijo con resignación:

—Incluso pudiera ser que esta tierra, como otras que he visto, se levante con el tiempo, se quiebre y rehaga su topografía. Algún futuro viajero quizá lo encuentre dentro de unos siglos y contemple su dulce rostro y se pregunte cómo fue que un ángel del cielo cayera a la Tierra y lo enterraran aquí.

Esta despedida era la mejor que podía pronunciarse para el difunto. Dejamos, pues, a Aziz, montamos de nuevo y continuamos la marcha. Cuando regresamos al oasis Narices llegó corriendo, lleno de pena y preocupación, y luego deshaciéndose en lamentos cuando vio que volvíamos los tres solos. Le contamos, con las menos palabras posibles, cómo habíamos sido privados del miembro más pequeño de nuestro grupo. Él murmuró algunas plegarias musulmanas con aspecto adecuadamente triste y apesadumbrado, y luego nos dirigió una condolencia musulmana típicamente fatalista:

—Que vuestras vidas se alarguen, oh buenos amos, con los días que el niño ha perdido, InSallah.

En aquel entonces el sol se encontraba ya en el punto más alto, y además estábamos cansados y mi cabeza parecía que fuera a estallar de dolor y nos sentíamos incapaces de emprender de nuevo apresuradamente la marcha, o sea que nos preparamos a pasar otra noche en aquel oasis, que ya no era un lugar de felicidad para nosotros. Los tres mongoles nos habían precedido, y Narices continuó dedicándose a lo que estaba haciendo cuando llegamos: ayudar a aquellos hombres a limpiar, untar y vendar sus heridas.

Estas heridas eran numerosas, pero ninguna era muy seria. El hombre que en principio parecía peor herido sólo tuvo los sesos revueltos temporalmente cuando un caballo le dio una patada en la cabeza en la refriega final con los karauna; estaba ya muy recuperado. A pesar de ello los tres hombres tenían numerosas heridas de espada, habían perdido mucha sangre y debían de estar muy debilitados, y nosotros suponíamos que se quedarían unos días en el oasis para recuperarse. Pero ellos nos dijeron que eran mongoles, indestructibles e imparables, y que continuarían su marcha. Mi padre les preguntó adonde se dirigían. Respondieron que no tenían un destino asignado, y que sólo llevaban orden de encontrar, perseguir y destruir a los karauna del Dasht-e-Kavir, y ellos querían continuar con su misión. Mi padre les mostró entonces nuestro pas-separtout firmado por el gran kan Kubilai. Desde luego ninguno de aquellos hombres sabía leer, pero reconocieron fácilmente el sello distintivo del kan de todos los kanes. Quedaron estupefactos de que estuviera en posesión nuestra, como antes, cuando se sorprendieron de que mi padre y mi tío les hablaran en su lengua, y preguntaron si deseábamos darles alguna orden en nombre del gran kan. Mi padre propuso que llevando nosotros ricos presentes para su señor supremo, ellos podían colaborar en su entrega escoltándonos a caballo hasta Mashhad, y aceptaron con gusto. Al día siguiente partimos siete personas hacia el noreste. Los mongoles desdeñaban conversar con un vil camellero, y tío Mafio no parecía dispuesto a hablar con nadie y mi cabeza todavía me dolía cuando vibraba al

hablar, o sea que sólo mi padre y nuestros tres nuevos compañeros hablaron mientras cabalgábamos, y yo ya tuve bastante con cabalgar cerca de ellos y escucharlos, empezando así a aprender un nuevo idioma. Lo primero que aprendí fue que el nombre mongol no denota a una raza o a una nación de gentes, el nombre deriva de la palabra mong, que significa valiente, y aunque los tres

mongoles de nuestra escolta parecían semejantes entre sí a mis ojos poco expertos, en realidad eran tan distintos como si hubiesen sido venecianos, genoveses y písanos. Uno era de la tribu jalkas, otro de los merkit y el otro de los buriat, tribus que según entendí

provenían originalmente de partes muy separadas de los países que el poderoso Chinghiz (jalkas de nacimiento) había unido hacía mucho al empezar a constituir el kanato mongol. Además uno de los hombres era de fe budista, el otro taoísta, religiones de las que yo no sabía nada, y el tercero era, aunque parezca extraño, cristiano nestoriano. Pero al mismo tiempo supe que sea cual fuere el origen tribal de un mongol o su afiliación religiosa o su ocupación militar, nunca se le llama jalka o cristiano o incluso arquero o armero u otra designación semejante. Él se llama siempre mongol, y además orgullosamente: «¡Mongol!», y sólo mongol hay que llamarle, porque serlo supera todo lo que pueda ser por otros conceptos, y el nombre de mongol tiene primacía sobre todos los demás nombres.

Sin embargo mucho antes de que pudiera trabar la más mínima conversación con nuestras tres escoltas, había deducido de su comportamiento algunas de las costumbres y usos curiosos de los mongoles, o quizá dicho con más justeza, algunas de sus bárbaras supersticiones. Cuando estábamos todavía en el oasis, Narices les había propuesto que se lavasen la sangre, el sudor y la porquería acumulados largo tiempo en sus ropas, para quedar frescos y limpios en la próxima fase de su viaje. Ellos rechazaron la propuesta indicando que era imprudente lavar un artículo de ropa cuando uno estaba fuera de casa, porque podía provocar una tempestad. Sin embargo ninguna persona con un poco de sentido común se molestaría si cayera algún tipo de precipitación húmeda en aquel desierto reseco y requemado, por misterioso que fuera su origen. Pero los mongoles, que no temen nada bajo el cielo, se asustan tanto con el trueno y los relámpagos como los niños o las mujeres más apocadas.

Además, mientras estábamos todavía en aquel oasis con agua abundante los tres mongoles nunca se dieron un baño completo y refrescante, aunque Dios sabe cómo lo necesitaban. Se les había formado una corteza tal que casi crujía, y su aroma podría haber ahuyentado a un chacal. Pero lo único que se lavaban era la cabeza y las manos, y esta pequeña ablución la hacían de modo perentorio. Uno de ellos metía una calabaza en la fuente, pero no llegaba a utilizar toda el agua de la calabaza. Chupaba el agua hasta llenarse la boca, la guardaba allí y luego la iba escupiendo en las manos juntas, un pequeño escupitajo cada vez: con el primero se humedecía el pelo, con el siguiente las orejas, y así sucesivamente. Sin duda esto no se debía a ninguna superstición sino al afán de conservación, una costumbre impuesta por un pueblo que

ha de pasar gran parte de su tiempo en una tierra árida. Pero creo que hubieran sido personas más aceptables socialmente si hubiesen dejado de lado estas limitaciones cuando ya no eran necesarias. Otra cosa. Aquellos tres hombres llegaron procedentes del noreste cuando nos encontraron. Ahora avanzábamos todos en aquella misma dirección, ellos también, obligatoriamente, pero insistieron en que cabalgáramos a un lado de su primera pista, a un farsaj de distancia de ella, porque según nos dijeron era de mal agüero volver exactamente por el mismo camino recorrido a la ida.

También nos informaron que era muy funesto que durante la primera noche que acampábamos juntos un miembro de la expedición se sentara con la cabeza inclinada, como de pena, o que apoyara la mejilla o la barbilla en la mano como si estuviera meditando. Esto, según dijeron, podía causar tristeza en todo el grupo. Y mientras lo decían, miraban inquietos a tío Mafio, que estaba sentado precisamente de aquel modo y que desde luego tenía un aire desolado. Mi padre o yo podíamos alegrarlo un momento y conseguir que se mostrara sociable, pero pronto volvía a hundirse en la melancolía. Durante mucho tiempo después de la muerte de Aziz mi tío apenas habló, suspiraba a

menudo y se mostraba afligido y triste. Yo había intentado antes adoptar una actitud tolerante hacia su naturaleza poco masculina, pero ahora me sentía más inclinado a demostrar un desprecio divertido y exasperado. No hay duda de que si un hombre puede encontrar el placer sensual únicamente con personas de su sexo también puede hallar un amor profundo y duradero con alguna de estas personas, y un sentimiento auténtico de este tipo, como los casos más convencionales de verdadero amor, puede apreciarse, admirarse y alabarse. Sin embargo tío Mafio sólo había tenido un único e insignificante encuentro sexual con Aziz, y aparte de esto no había tenido más intimidad con el niño que el resto de nosotros. Todos estábamos afligidos por Aziz, y llorábamos su pérdida. Pero que tío Mafio continuara igual, y que lo hiciera como un hombre llora a una esposa perdida al cabo de muchos años de feliz matrimonio era algo lúgubre, ridículo e impropio. Él continuaba siendo mi tío y yo continuaría tratándole con el debido respeto, pero en mi interior había llegado a la conclusión de que su exterior macizo, corpulento y fuerte no contenía en su interior mucha sustancia.

Nadie podía estar tan triste como yo por la muerte de Aziz, pero me daba cuenta de que mis motivos eran principalmente egoístas, y que no me daban derecho a quejarme en voz alta. Un motivo era que había prometido tanto a Sitaré como a mi padre que guardaría al niño de todo mal, y no lo había cumplido. Por ello no estaba seguro si me sentía más apenado por su muerte o por mi fracaso como guardián. Otro de mis motivos egoístas era que me apenaba que hubiesen arrancado de este mundo a una persona cuya existencia valía la pena conservar. Sí, ya sé que cuando alguien muere, todo el mundo se apena, pero no por ello el motivo es menos egoísta. Nosotros, los supervivientes, nos quedamos sin la persona que acaba de morir. Pero él o ella se queda sin nada, sin las demás personas, sin todas las cosas que vale la pena tener, sin el mundo entero y todo lo que contiene, y se queda privado en un instante, y

una pérdida así merece unos lamentos tan altos, grandes y duraderos que quienes nos quedamos en el mundo somos incapaces de expresarlos.

Aún tenía otro motivo egoísta para lamentar la muerte de Aziz. No podía olvidar el sermón de la viuda Ester: un hombre ha de hacer uso de todo lo que la vida le ofrece para no morir luego echando de menos las oportunidades que desaprovechó. Quizá era una demostración loable de virtud que yo hubiese rechazado el ofrecimiento de Aziz, dejando así sin mancha su castidad. Quizá hubiese sido pecaminoso para mí y reprensible haberlo aceptado, despojando así su castidad. Pero ahora me preguntaba qué

importancia tenía esto puesto que en cualquier caso Aziz se habría ido a su tumba con igual rapidez. Si nos hubiésemos abrazado, el hecho habría supuesto un último placer para él y un placer único para mí: lo que Narices había llamado «viaje más allá de lo corriente», y tanto si el resultado era inocuo como inicuo no habría dejado ningún rastro en la sal movediza que todo se lo traga. Pero yo me había negado y si se presentaba de nuevo una oportunidad semejante en el resto de mi vida no me la ofrecerla ya el bello Aziz. Éste había desaparecido y aquella oportunidad se había pedido y en aquel momento, no en un imaginario y futuro lecho de muerte, en aquel memento me sabía mal haberla perdido.

Pero yo estaba vivo. Y mi tío, mi padre, yo y nuestros compañeros continuamos el viaje, porque esto es lo único que podemos hacer los vivientes para olvidar la muerte, o para desafiarla.

No se nos acercó ningún karauna más, ni ningún otro peligro nos acechó y ni siquiera nos encontramos con otros viajeros durante el resto de nuestra travesía por el desierto. O

nuestra escolta mongol había sido innecesaria o su presencia había desalentado otros ataques. Salimos finalmente de las tierras bajas arenosas, alcanzamos las montañas Binalud, y ascendimos por esta cordillera hasta Mashhad. Era una ciudad bonita y

agradable, algo mayor que Kashan, y sus calles estaban ocupadas por hileras de árboles chinar y moreras.

Mashhad es una de las grandes ciudades sagradas del Islam persa, porque un mártir muy venerado de los antiguos tiempos, el imán Riza, está enterrado en una masyid muy adornada de esta ciudad. La visita piadosa de un musulmán a Mashhad le permite anteponer el prefijo de Meshadi a su nombre, al igual que un peregrinaje a La Meca le da derecho a que le llamen Hayyi. La mayor parte de la población de la ciudad estaba formada por peregrinos de paso, y por ello Mashhad tenía posadas tipo caravasar muy limpias y confortables. Nuestros tres mongoles nos condujeron a una de las mejores, y ellos mismos pasaron allí una noche antes de reanudar sus patrullas en el Dasht-e-Kavir. En este caravasar los mongoles demostraron una más de sus costumbres. Mientras que mi padre, mi tío y yo nos alojamos agradecidos dentro de

la posada, y nuestro camellero Narices se alojó agradecido en el establo con sus animales, los mongoles insistieron en extender sus jergones enrollables al aire libre, en el centro del patio, y ataron sus caballos a estacas que clavaron a su alrededor. El posadero de Mashhad les permitió

esta excentricidad, pero algunos no lo aceptan. Más tarde descubrí que si el posadero ordena a un grupo de mongoles alojarse bajo techado como personas civilizadas, ellos lo hacen a regañadientes, pero no aceptan nunca la cocina del caravasar. Encienden un fuego en medio de su habitación, ponen un trípode encima y se hacen ellos mismos la comida. Al caer la noche no descansan en las camas que les han preparado, sino que despliegan sus alfombras y mantas y duermen en el suelo.

Bueno, entonces también yo podía entender en cierto modo la resistencia de los mongoles a residir bajo un techo fijo. Tanto yo como mi padre y mi tío después de la larga travesía del Gran Desierto de Sal, nos habíamos acostumbrado a los espacios sin límites, a los movimientos sin traba, al silencio infinito y al aire limpio del exterior. Al principio nos entusiasmó el frescor del baño en el hammam y el masaje posterior, y nos gustó que nos cocinaran la cena y que nos la presentaran los criados, pero pronto el ruido, la agitación, el alboroto de la vida bajo techado empezaron a incomodarnos. El aire estaba como estancado y parecía que las paredes nos apretaran demasiado y los demás huéspedes del caravasar se nos antojaron una multitud terriblemente parlanchina. Sobre todo el humo que se metía por todas partes atormentaba a tío Mafio, quien tenía esporádicos ataques de tos. Es decir, que si bien la posada estaba bien equipada y Mashhad era una ciudad estimable, sólo nos quedamos allí el tiempo suficiente para cambiar de nuevo nuestros camellos por caballos y para repostar nuestros equipos y raciones de viaje; luego reanudamos nuestra marcha.

BALJ

Nos dirigimos entonces algo hacia el sur del este, para bordear las Karakum, o Arenas Negras, que es otro desierto situado al este de Mashhad. Escogimos una ruta a través de Karabil, o Meseta Fría, una larga plataforma de tierra más sólida y verde que se extiende como una línea costera entre el océano pelado y seco de las Arenas Negras al norte y los contrafuertes pelados y sin árboles de las Montañas Paropamiso al sur. Nuestro viaje habría sido más corto si hubiésemos atravesado directamente el desierto de Karakum, pero ya estábamos hartos de desiertos. Y el trayecto habría sido más fácil si hubiésemos ido más al sur, a través de los valles del Paropamiso, porque nos habríamos podido alojar allí en aldeas, pueblos e incluso en ciudades de tamaño considerable, como Herat y Maimamna. Pero preferimos seguir el camino de en medio.

Ya nos habíamos acostumbrado a acampar al aire libre, y sin duda esta meseta de Karabil se merece su nombre únicamente si se compara con tierras más bajas y cálidas, porque no era terriblemente fría ni en los primeros días de invierno. Nos limitamos a añadir capas de camisas y de pai-yamas y de abas a medida que las íbamos necesitando,-y encontramos el tiempo bastante tolerable.

La región de Karabil consistía principalmente en monótonas tierras de pasto, pero también habían grupos de árboles: pistacho, azufaifo, sauce y coniferas. Habíamos visto muchas tierras más verdes y más agradables, y veríamos muchas más, pero después de haber padecido el Gran Desierto de Sal, la hierba repetida y gris y el escaso follaje del Karabil fue una delicia para nuestros ojos, y nuestros caballos encontraron forraje abundante. Después de atravesar el desierto sin vida parecía que en aquella meseta pulularan los animales salvajes. Había nidadas de codornices, bandadas de perdices de pata gris y por todas partes las marmotas nos observaban desde sus túneles y nos silbaban con mal humor cuando pasábamos. Había ocas y ánades migratorios que invernaban allí, o que por lo menos pasaban por el lugar: una especie, de oca con plumas barradas en la cabeza y un ánade con un bello plumaje de color rojizo y oro. Había multitudes de lagartos marrones, algunos de ellos inmensos, más largos que mi pierna, que a menudo asustaban a nuestros caballos.

Había rebaños de varios tipos de delicadas qazel, y un asno salvaje, grande y hermoso, llamado en esta región kulan. Cuando los vimos por primera vez mi padre dijo que casi le entraban ganas de detenernos, coger algunos, domesticarlos y llevarlos a Occidente para venderlos, pues se podría lograr un precio muy superior al de las mulas que los nobles y damas adquieren para montar. Verdaderamente el kulan es tan grande como una mula, y tiene la misma cabeza de jarra y la misma cola corta que ella, pero posee una pelambre extraordinariamente rica, de color castaño oscuro, con un vientre pálido, y es un bello animal. Uno nunca se cansa de ver sus rebaños corriendo veloces, retozando y girando al unísono. Pero los nativos de Karabil nos contaron que es imposible domar y montar el kulan, y el único valor que ellos le dan es el de su carne que es comestible. Nosotros, y sobre todo tío Mafio, cazamos mucho

en esta etapa de nuestro viaje, para completar nuestras raciones de viaje. En Mashhad habíamos adquirido un arco al estilo mongol y las correspondientes flechas cortas, y mi tío practicó hasta convertirse en un experto de esta arma. En general procurábamos no meternos con los rebaños de qazel y de kulan, porque temíamos que los siguieran otros cazadores: lobos o leones que también abundan en Karabil. Pero en ocasiones nos arriesgamos a ojear un rebaño y varias veces abatimos una qazel, y en una ocasión un kulan. Casi cada día podíamos contar con una oca, un pato, una codorniz o una perdiz. Esta carne fresca nos habría dado gran placer, a no ser por un hecho.

No recuerdo cuál fue el primer animal que abatimos con una flecha ni quién de nosotros lo cazó. Pero cuando nos dispusimos a trincharlo y a ensartarlo para asarlo sobre el fuego descubrimos que estaba infestado por un tipo de insectos diminutos y ciegos, docenas de ellos vivos y coleando, instalados entre la piel y la carne. Tiramos con asco la pieza y aquella noche nos contentamos con una cena de alimentos secos al estilo del desierto. Pero al día siguiente abatimos otro tipo de caza y también la encontramos infestada con el mismo tipo de insectos. Ignoro qué demonio afecta a todos los seres vivos salvajes de Karabil. Cuando lo preguntamos a los nativos no pudieron darnos respuesta, ni al parecer les importaba la cosa, e incluso expresaron desdén por nuestra delicadeza. Luego toda la caza que nos echamos al talego tenía los mismos parásitos y por lo tanto nos vimos obligados a limpiar la cabeza, a asarla y a comer la carne, pero no enfermamos, y al final consideramos que el hecho carecía de importancia.

Otra cosa que podíamos haber considerado molesta, pero que después del desierto encontramos más bien excitante fue que al atravesar la región de Karabil tuvimos que cruzar tres veces un río. Según recuerdo sus nombres eran Tedzhen, Kushka y Tajta. No eran cursos de agua anchos, pero si fríos, profundos y de corriente rápida, que se precipitaban desde las alturas del Paropamiso hasta las llanuras de Karakum, donde acababan filtrándose en las Arenas Negras y desapareciendo. En la orilla de cada río encontramos un caravasar, y el establecimiento proporcionaba un servicio de transbordo de un tipo que encontré divertido. Por lo que respecta a nuestros caballos nos limitábamos a desensillarlos, descargarlos y dejar que nadaran hasta la otra orilla, cosa que hacían con aplomo. Pero los viajeros éramos transportados, uno a uno y con nuestro equipaje, por un barquero que llevaba un tipo especial de almadía llamada masak. Esta embarcación no era mayor que una bañera y estaba formada por un armazón ligero de madera sostenido por una veintena de odres hinchados de piel de cabra. El masak tenía un aspecto ridículo con todos los muñones de pata de cabra asomando por entre los palos del armazón, pero me contaron que esto tenía su explicación. Estos ríos corren impetuosos y los hombres que remaban tenían escaso control sobre una embarcación tan difícil como ésta, que se balanceaba, daba vueltas y cabeceaba mientras recorría una larga diagonal de una orilla a la otra. Cada travesía tardaba bastante, y durante este tiempo los odres inflados perdían aire, burbujeaban y silbaban. Cuando el masak empezaba a hundirse de modo alarmante en el agua, el barquero dejaba de remar, desataba las patas de cabra, soplaba vigorosamente en los

odres de cuero, uno tras otro hasta que flotaban de nuevo, y luego volvía a atarlos hábilmente. Tengo que corregir mi observación anterior y decir que el sistema de cruce sólo me pareció divertido después de haber alcanzado en cada ocasión la otra orilla y quedar a salvo. Mis sentimientos durante la turbulenta travesía eran de otro tipo: una combinación de mareo, humedad, frío, náusea y perspectivas de muerte inminente por inmersión.

Recuerdo que al llegar al río Kushka otra caravana estaba preparándose para cruzar y nosotros contemplamos la operación y nos preguntamos cómo lo harían, porque el grupo viajaba en varios carros tirados por caballos. Pero esto no amilanó a los barqueros. Desengancharon los caballos y los enviaron nadando a la otra orilla, e hicieron varios viajes de almadía para transportar a los ocupantes y el contenido de los carros. Luego, una vez vaciados éstos, los acercaron al agua hasta que sus cuatro ruedas reposaron cada una en uno de los pequeños masak con aspecto de bañera y el cuarteto se puso a remar a través del río. El espectáculo era notable. El carro se hundía, bailaba y giraba en medio del río y los barqueros para avanzar iban remando alternadamente en sus cuatro esquinas, como Caronte, para mantener los odres inflados y los iban soplando como Eolo.

He de decir que las posadas ribereñas del Karabil proporcionaban mejor transporte para sus huéspedes que forraje. Sólo en un caravasar tuvimos una comida decente, algo realmente único hasta el momento en nuestra experiencia: grandes y sabrosos filetes de un pescado que acababan de sacar del río delante de la puerta. Los filetes eran tan grandes que nos asombraron y pedimos permiso para entrar en la cocina y ver el pescado del que procedían. Se llamaba aiyotr, y era de tamaño superior al de un hombre alto, mayor que tío Mafio, y en lugar de escamas tenía un caparazón de placas óseas y debajo de su largo morro tenía barbos como bigotes. El aiyotr además de proporcionar carne comestible daba unas huevas negras, cada una del tamaño de un aljófar, y también comimos algunas de estas huevas saladas y prensadas formando un plato llamado javyah.

Pero en las demás posadas la comida era terrible, lo cual era inexplicable dada la

abundancia de caza en el país. Al parecer cada posadero creía que debía servir a sus huéspedes del caravasar algo que no hubiesen comido en los últimos tiempos. Puesto que habíamos estado comiendo bocados exquisitos como aves de caza y qazel salvaje, el posadero nos alimentaba con carne de cordero doméstico. Karabil no es país de corderos, y esto significaba que la carne había llegado desde su punto de origen recorriendo probablemente más trecho que nosotros. El cordero había dejado desde hacia tiempo de gustarme, y aquél era seco, salado y duro, y no podíamos aliñarlo con aceite, vinagre ni ningún condimento más, sólo la roja y fuerte pimienta meleghéta; además, la carne iba acompañada invariablemente con judías hervidas en agua azucarada. Tras consumir una cantidad suficiente de estas cenas gaseosas hubiésemos podido servir probablemente de flotadores para las almadías masak y sustituir sus odres de cabra. Pero hay que decir en favor de las posadas del Karabil

que sólo cobraban por sus huéspedes humanos, no por los animales de las caravanas. Esto se debía a que la madera era escasa y los animales pagaban por sí mismos dejando sus excrementos que luego una vez secos servirían de combustible.

La siguiente ciudad de alguna importancia a la que llegamos fue Balj, la cual en épocas pasadas había tenido una importancia realmente grande: fue el lugar de uno de los campamentos principales de Alejandro, un sitio importante de parada para los mercaderes que recorrían en caravana la Ruta de la Seda, una ciudad llena de concurridos bazares, de templos majestuosos y de lujosos caravasares. Pero se había interpuesto en el camino de las primeras oleadas de mongoles que emergieron desbocados de sus fortalezas del este, o sea la primera horda mongol, mandada por el invencible Chinghiz Kan, y en el año 1220 la horda había pasado en estampida sobre Balj aplastando la ciudad como una bota podía haber aplastado un nido de hormigas. De esto había pasado más de medio siglo cuando mi padre, mi tío, nuestro esclavo y yo llegamos a Balj, pero la ciudad apenas se había recuperado de aquel desastre. Balj era una grande y noble ruina, pero no dejaba de ser una ruina. Quizá estaba tan ocupada y activa como antes, pero sus posadas, graneros y almacenes no eran más que construcciones de planchas improvisadas con los ladrillos y maderos que quedaron después del desastre. Su aspecto era aún más sombrío y patético porque se apoyaban entre los muñones de antiguas y esbeltas columnas, entre los restos derrumbados de poderosos muros y bajo los cascarones mellados de cúpulas que habían sido perfectas. Desde luego pocos de los actuales habitantes de Balj eran lo bastante viejos como para haber presenciado personalmente el saqueo de la ciudad por Chinghiz, o para conocerla antes, cuando era famosa en todas partes como Balj Umm-al-Bulud, la «Madre de Ciudades». Pero sus hijos y nietos que eran ahora los propietarios de las posadas, casas de cambio y otros establecimientos, parecían tan desorientados y tristes como si la devastación hubiese ocurrido el día anterior y ante sus propios ojos. Cuando hablaban de los mongoles recitaban una especie de letanía que sin duda todos los habitantes de la ciudad sabían de memoria:

—Amdand u jandand u sojtand u kustand u burband u raftand —que significa: «Llegaron y mataron y quemaron y saquearon y cogieron su botín y se fueron.»

Sin duda se fueron, pero todo aquel país, como muchos otros, debía aún tributo y obediencia al kanato mongol. Era comprensible el lúgubre comportamiento de los habitantes porque tenían todavía una guarnición mongol acampada en las cercanías. Guerreros mongoles armados se paseaban entre las multitudes del bazar, recordándoles que el nieto de Chinghiz, el gran kan Kubilai, apretaba aún su pesada bota sobre la ciudad. Y los magistrados y recaudadores de impuestos que nombraba todavía miraban por encima del hombro a los ciudadanos y los vigilaban en sus puestos del mercado y en sus mesas de cambio.

Podría decir, como ya he hecho antes, y decirlo en verdad, que en todas las tierras al este de la cuenca del río Furat, desde el extremo más occidental de Persia, los viajeros habíamos estado recorriendo posesiones del kanato mongol. Pero si hubiésemos

marcado nuestros mapas de este modo simple, escribiendo sólo «kanato mongol» sobre toda esta gran extensión de mundo, no habría valido la pena conservar nuestros mapas. No nos habrían servido de mucho, ni a nosotros ni a nadie más, si todas sus indicaciones se limitaran a esto. Esperábamos recorrer algún día nuestro camino en sentido inverso, cuando volviésemos a casa, y confiábamos en que los mapas continuarían siendo útiles entonces, para guiar todas las corrientes comerciales que fluyen en uno y otro sentido entre Venecia y Kitai. Por lo tanto casi cada día mi padre y mi tío sacaban nuestro ejemplar del Kitab, y después de deliberar, consultarse y llegar a un acuerdo final escribían sobre los mapas los símbolos correspondientes a montañas y ríos, a pueblos y desiertos y a otros accidentes geográficos.

Esta tarea era ahora más necesaria todavía. El cartógrafo árabe al-Idrisi había sido un guía de confianza en las tierras de Asia situadas desde las orillas de Levante hasta la altura de Balj, más o menos. Como había dicho mi padre hacía tiempo, sin duda el mismo al-Idrisi debió de haber pasado alguna vez por todas estas regiones y debió de verlas con sus propios ojos. Pero desde las cercanías de Balj hacia oriente al-Idrisi debió

de fiarse de informaciones recogidas verbalmente de otros viajeros, gente no muy observadora. Los mapas más orientales del Kitab carecían ostentosamente de accidentes geográficos, y los importantes que indicaban, como ríos y cordilleras, a menudo estaban situados incorrectamente.

—Además a partir de aquí los mapas parecen muy pequeños —dijo mi padre frunciendo el ceño al mirar estas páginas.

—Sí, desde luego —asintió mi tío rascándose y tosiendo —. Hay mucha más tierra de la que indican los mapas entre este punto y el océano oriental.

—Bueno —dijo mi padre —. Tendremos que cartografiar nosotros con mucha mayor asiduidad.

El y tío Mafio podían ponerse normalmente de acuerdo, después de largas discusiones sobre la inscripción de montañas, ríos, ciudades y desiertos, porque estas cosas se podían ver, y se podía juzgar su medida. Lo que requería deliberación, discusión y a veces pura suposición era dibujar cosas invisibles, es decir, las fronteras de las naciones. Esto era exasperantemente difícil, y en parte se debía a que la expansión del kanato mongol se había tragado muchos estados y naciones e incluso razas enteras antes independientes, convirtiendo en una cuestión sin importancia, excepto para el cartógrafo, su antigua localización y sus límites y las líneas que los separaban unos de otros. La tarea habría sido difícil aunque algún nativo de cada nación nos hubiese acompañado para determinar sus límites. Creo que esta tarea sería ya muy difícil en nuestra península italiana, donde no hay dos ciudades estado que puedan ponerse de acuerdo sobre sus mutuos límites de propiedad y autoridad. Pero en Asia central la extensión de las naciones, sus fronteras e incluso sus nombres se

han mantenido en un estado de indeterminación mucho antes de que los mongoles hicieran discutibles estas cuestiones.

Voy a dar un ejemplo. En algún punto de nuestra larga travesía entre Mashhad y Balj habíamos cruzado la línea invisible que en la época de Alejandro señalaba la división entre dos tierras llamadas Arya y Bactria. Esta línea señala ahora, o por lo menos señalaba hasta la llegada de los mongoles, la división entre las tierras de la Persia Mayor y de la India Mayor. Pero supongamos por un momento que el kanato mongol no existiera e intentemos dar una idea de la confusión que ha caracterizado a esta frontera imprecisa a lo largo de su historia.

Puede que en otras épocas la India estuviera habitada en toda su vastedad por el pueblo pequeño y de tez oscura que llamamos ahora indios. Pero hace mucho tiempo las incursiones de pueblos más vigorosos y valientes empujaron a estos indios originales hacia tierras cada vez más limitadas, de modo que actualmente la India hindú está

situada muy lejos de aquí, al sur y al este. Esta India aryana del norte está habitada por los descendientes de estos antiguos invasores, y su religión no es hindú sino musulmana. Cada tribu, por pequeña que sea, se considera a sí misma una nación, se aplica este nombre y afirma que su nación tiene fronteras cartografiables. La mayoría de los nombres acaban aquí en -stan, que significa «tierra de»: Jalyistán, que significa tierra de los Jalyi, y Pajtunistán y Kohistán y Afganistán y Nuristán y muchos nombres más que ya olvidé.

En los viejos tiempos fue en algún lugar de esta región, en la antigua Arya o en la antigua Bactria, donde Alejandro el Magno, durante su marcha de conquista por oriente conoció, se enamoró y tomó como esposa a la princesa Roxana. Nadie puede decir exactamente dónde pasó esto, o de qué tribu era la «familia real» de la que Roxana procedía. Pero hoy en día y por estos parajes todas las tribus locales, los pajtuni, los jalyi, los afghani, los kirghiz y todos los demás afirman que descienden en primer lugar del linaje real que dio origen a Roxana y en segundo lugar de los macedonios del ejército de Alejandro. Quizá estas afirmaciones tengan algo de verdad. La mayoría de personas que se ven en Balj y sus alrededores poseen pelo, piel y ojos negros, como seguramente los tenía Roxana, pero entre ellos hay muchas personas de complexión clara y de ojos azules o grises y de pelo rojizo e incluso rubio. Sin embargo cada tribu afirma que es la única descendiente auténtica, y apoyándose en esto reclama la soberanía absoluta sobre todos los países que actualmente constituyen la Aryana de la India. Esto es en mi opinión un razonamiento ilógico, porque el mismo Alejandro fue un recién llegado en estas tierras, y un merodeador que nadie deseaba, por lo que todos los nativos de esta región, con la posible excepción de la princesa Roxana, deberían sentir hacia Alejandro lo mismo que ahora sienten hacia los mongoles. Lo único de común que encontramos en todos los pueblos de estas regiones fue la religión del Islam, cuya llegada es más posterior aún. Por lo tanto allí seguíamos la costumbre musulmana y

sólo entablábamos conversación con personas de sexo masculino, y esto hizo que tío Mafio expresara sus dudas sobre su linaje. Citó un antiguo pareado veneciano:

La mure xe segura

El pare de ventura.

Es decir, que un padre puede imaginar que sabe, pero sólo la madre puede estar segura de quién engendró a cada uno de sus hijos.

He contado esta página enrevesada y descosida de historia únicamente para indicar su contribución a las demás frustraciones que sufríamos en nuestra calidad de interesados cartógrafos. Cuando mi padre y mi tío se sentaban para decidir las designaciones que debían escribir en las páginas de nuestro mapa, confiando en que el resultado quedaría en buen orden, la discusión podía seguir este curso desordenado:

—Podemos decir de entrada, Mafio, que esta tierra está en la parte del kanato gobernada por el ilkan Kaidu. Pero tenemos que concretar más.

—¿Concretar hasta dónde, Nico? No sabemos el nombre oficial que Kaidu o Kubilai o cualquier otro mongol dan a esta región. Todos los cosmógrafos occidentales la llaman simplemente Aryana india de la Gran India.

—Nunca pusieron el pie aquí. El occidental Alejandro sí lo hizo, y la llamó Bactria.

—Pero la mayor parte del elemento local la llama Pajtunistán.

—En cambio al-Idrisi la tiene marcada como Mazar-i-Sharif.

—Gésu! Sólo ocupa una pulgada del mapa. ¿Vale la pena discutir tanto?

—El ilkan Kaidu no mantendría una guarnición aquí si esta tierra careciera de valor. Y

el gran kan Kubilai quizá quiera comprobar la precisión que hemos dado a nuestros mapas.

—Muy bien —suspiro de exasperación —. Pensemos otra vez qué nombre le damos… 2

Holgazaneamos unos días en Balj, no porque fuera una ciudad atractiva, sino porque tenía montañas elevadas en Oriente, por el camino que debíamos recorrer. Y la nieve se había acumulado ya en el suelo de las tierras bajas, por lo que sabíamos que las monta-ñas eran infranqueables quizá hasta bien entrada la primavera. Debíamos esperar en algún lugar a que pasara el invierno, y decidimos que nuestro caravasar de

Balj era un lugar lo bastante confortable Para quedarnos allí por lo menos una parte del invierno. La comida era buena, abundante y bastante variada, cosa lógica en aquella encrucijada del comercio. Había panes excelentes y varios tipos de pescado, y aunque la carne era de cordero la servían asada a la parrilla en forma de pinchitos sabrosos llamados Saslik. Había gustosos melones de invierno y granadas bien cuidadas, además de todos los frutos secos de costumbre. En aquellas regiones faltaba el qahwah, pero había otra bebida caliente llamada cha hecha con hojas en infusión, casi tan vivificante como el qahwah e igualmente fragante, aunque de un modo distinto y de consistencia mucho menos densa. La verdura básica continuaba formada por las judías y el único acompañante de las comidas era el eterno arroz, pero contribuimos facilitando a la cocina un trocito de una pastilla de azafrán y el arroz tomó gusto y los cocineros se ganaron las alabanzas de todos los huéspedes de aquel caravasar. El azafrán era una novedad y un artículo de tanta demanda en Balj como en otros lugares que habíamos visitado con anterioridad, y nuestros presupuestos nos permitían comprar cómodamente lo que necesitábamos o deseábamos. Mi padre vendía trocitos de pastilla de azafrán y de azafrán en polvo cambiándolos por moneda del reino y si un mercader se esforzaba lo suficiente se dignaba incluso venderle un bulbo o dos o tres, para que el java pudiera empezar a plantar su propia cosecha de azafrán. Por cada bulbo mi padre pedía y obtenía varias gemas de berilo o de lapislázuli, pues aquella tierra es la principal fuente de estas piedras en todo el mundo, y su valor en monedas era realmente muy alto. O sea que nuestra situación era muy desahogada y todavía no habíamos abierto nuestras bolsas de almizcle.

Nos compramos gruesa ropa de invierno, lanas y pieles, confeccionadas en el estilo local. La vestidura principal en esta localidad era el chapón, que podía utilizarse según lo exigiera la necesidad como capa, como manta o como tienda. Si se llevaba como capa, colgaba hasta el suelo alrededor de todo el cuerpo y sus anchas mangas pendían un buen palmo más desde la punta de los dedos. La prenda daba un aspecto incómodo y cómico, pero lo que la gente miraba en un chapón no era que ajustara sino su color, porque el color denotaba la riqueza de quien lo llevaba. Cuanto más claro era, más difícil resultaba mantenerlo limpio, y con mayor frecuencia debía lavarse, y más costaba el lavado, por lo que se deducía que al hombre que lo llevaba le importaba poco su coste, y un chapón de color blanco como la nieve significaba que su portador era tan rico que podía considerarse un gran derrochador. Mi padre, mi tío y yo nos decidimos por un chapón de color dorado intermedio, que indicaba una cierta modestia entre la opulencia y el chapón de color marrón oscuro que compramos para nuestro esclavo

Narices. También nos calzamos con las botas de estilo local, llamadas chamus, que tenían la suela de cuero dura pero flexible, cosida por encima con un cuero suave que llegaba hasta la rodilla, y que se sujetaba con correas atadas alrededor de la pantorrilla. También trocamos nuestras sillas de las tierras bajas; y tuvimos que añadir una buena suma de monedas para comprar sillas nuevas de pomos altos que nos permitirían sentarnos de modo más seguro durante nuestros viajes por las montañas. El tiempo que no dedicábamos a comprar o comerciar en el bazar lo

aprovechábamos para otros menesteres. El esclavo Narices daba de comer, almohazaba y peinaba a nuestros caballos para que estuvieran en perfectas condiciones, y nosotros los Polo conversábamos con otros viajeros de caravanas. Les comunicábamos nuestras observaciones sobre las rutas que conducían al oeste de Balj, y los que habían llegado de Oriente nos hablaban de las rutas y de las condiciones de viaje que dominaban allí. Mi padre escribió con mucho esfuerzo una carta de varias páginas a dona Fiordelisa, contándole nuestros viajes y nuestro avance y asegurándole que estábamos todos bien, y la entregó al jefe de una expedición que partía para occidente, para que la misiva emprendiera su largo camino hacia Venecia. Le dije que quizá una carta entregada al otro lado del Gran Desierto de Sal hubiese tenido más posibilidades de llegar a casa.

—Así lo hice —dijo él —. Entregué una carta a una caravana que partía desde Kashan hacia Occidente.

Le dije también, sin rencor, que podía haber informado del mismo modo a mi madre.

—También lo hice —me informó —. Le escribí una carta cada año, a ella o a Isidoro, pero yo no tenía medios de enterarme de que no llegaban. En aquella época los mongoles estaban todavía conquistando activamente nuevos territorios, no sólo ocupándolos, y la Ruta de la Seda era una ruta postal todavía menos segura que ahora. Por las tardes él y mi tío trabajaban con mucha dedicación, como ya he contado, para poner al día y al lugar nuestros mapas, y yo hice lo mismo con mis cuadernos de viaje ordenando las notas que había tomado hasta entonces.

Mientras lo hacía encontré los nombres de las princesas Mariposa Nocturna y Luz del Sol, de la lejana Bagdad, y me di cuenta de que en todo aquel tiempo no me había acostado con una mujer. Desde luego no necesitaba que nada me lo recordara; me había cansado ya del único sustituto: hacer cada noche, más o menos, una guerra de curas. Pero ya he contado que los mongoles no tienen ninguna religión propia organizada y visible y no se interfieren con las practicadas por los pueblos tributarios; tampoco se interfieren con las leyes que observan estos pueblos. O sea que Balj continuaba siendo del Islam, y seguía observando la saraiyah, la ley del Islam, y todas las residentes de Balj o bien se quedaban en casa encerradas en el pardah o sólo salían a la calle envueltas en su chador e invisibles. Acercarme descaradamente a una de ellas habría supuesto primero correr el riesgo de que fuera una vieja como Luz del Sol y, peor aún, despertar la probable ira de sus hombres o de los imanes y muftíes de la ley islámica. Narices, como era de esperar, había encontrado una de sus habituales salidas perversas (pero legales) para sus instintos animales. En las caravanas que se detenían en Balj los musulmanes que no iban acompañados por su esposa o por su concubina o por dos o tres de ellas, tenían su kuch-i-safari. Este término significa «esposas de viaje», pero en realidad se aplica a chicos que los hombres se llevan de viaje para utilizarlos maritalmente, y no había ninguna prohibición en la saraiyah que impidiera a los forasteros pagar para tener una parte de sus favores. Yo sabía que Narices se había apresurado a hacer precisamente esto porque me había sacado el

dinero necesario. Pero yo no me sentía en absoluto impulsado a emularlo. Había visto a los kuch-i-safari y no había encontrado entre ellos a ninguno que pudiera compararse ni remotamente con el difunto Aziz.

Continué, pues, deseando, y queriendo y apeteciendo, sin encontrar nada que pudiera apetecer. Lo único que podía hacer era mirar fijamente cualquier montón ambulante de ropa que pasaba por las calles e intentar en vano adivinar algún indicio de la clase de mujer que había dentro de aquel fardo. Pero esto ya bastaba para provocar las iras de los habitantes de Balj. Ellos llamaban a estas miradas callejeras «cebo para Eva» y las condenaban como un vicio.

Mientras tanto tío Mafio también se comportaba como un célibe, de modo casi ostentoso. Durante un tiempo supuse que todavía estaba llorando la muerte de Aziz. Pero pronto se vio que se estaba debilitando demasiado, físicamente, para poder dedicarse a las frivolidades. En los últimos tiempos su tos persistente se había convertido en insistente. Ahora le llegaba en forma de ataques tan fuertes que le dejaban muy debilitado, le obligaban a guardar cama y a descansar. Su aspecto era bastante sano, parecía tan robusto como siempre y tenía buen color. Pero cuando empezó a encontrarse terriblemente cansado para dar un simple paseo desde el caravasar al bazar y volver, mi padre y yo hicimos caso omiso de sus protestas y llamamos a un hakim. La palabra hakim significa únicamente «sabio», no necesariamente versado en medicina o calificado profesionalmente o con la necesaria experiencia, y se puede aplicar como título a quien lo merece, por ejemplo al médico de confianza de una corte palaciega, o a quien no lo merece, como el adivino del futuro de un bazar o a un viejo mendigo que recoge y vende hierbas. Nos daba, pues, algo de aprensión la posibilidad de que no encontráramos en estas partes a una persona con la ciencia real de un médego. Habíamos visto a mucha gente en la ciudad con afecciones demasiado evidentes, la mayoría hombres con bocios colgantes, como escrotos o melones, por debajo de sus mandíbulas, y esto no nos inspiraba mucha confianza en las artes médicas de la localidad. Pero el amo de nuestro caravasar nos buscó a un cierto hakim Josro, y pusimos a tío Mafio en sus manos.

Al parecer el hakim sabía lo que se hacía. Tuvo que proceder sólo a un breve examen para comunicar el diagnóstico a mi padre:

—Vuestro hermano está sufriendo el hast nafri. Esto significa uno-de-ocho, y lo llamamos así porque causa la muerte de uno de cada ocho enfermos. Pero incluso los afectados mortalmente a menudo tardan mucho tiempo en fallecer. Los yinni de esta enfermedad no tienen prisa alguna. Vuestro hermano me ha contado que está en este estado desde hace algún tiempo, y que ha empeorado gradualmente.

—Entonces se trata de la tisichezza —dijo mi padre moviendo la cabeza solemnemente —. En el país de donde venimos se le llama también la enfermedad sutil. ¿Puede curarse?

—En siete de cada ocho casos, sí —respondió el hakim Josro bastante alegremente —. Para empezar, necesitaré algunas cosas de la cocina.

Llamó al posadero para que le facilitara huevos, semillas de mijo y harina de cebada. Luego escribió algunas palabras sobre unos trocitos de papel.

—Son versículos poderosos del Corán —dijo, y pegó estos papeles sobre el pecho desnudo de tío Mafio con un poco de yema de huevo mezclada con semilla de mijo —. Los yinni de esta enfermedad parece que tienen una cierta afinidad con las semillas de mijo.

Luego pidió al posadero que le ayudara a salpicar el torso de mi tío con harina y a restregarlo todo, y le ató unas cuantas pieles de cabra alrededor de su cuerpo explicando:

—Esto promueve la transpiración activa de los venenos de los yinni.

—Malevolenza —gruñó mi tío —. Ni siquiera puedo rascarme el codo cuando me pica. Luego empezó a toser. El polvo de harina o el excesivo calor dentro de las pieles de cabra le provocaron un ataque de tos peor que nunca. Tenía los brazos atados por la

envoltura de pieles y no podía golpearse el pecho para aliviarse, ni taparse la boca, y la tos continuó hasta que parecía a punto de ahogarse, y su rostro rubicundo se puso más rojo todavía, y proyectó manchitas de sangre sobre la blanca aba del hakim. Al cabo de un rato de sufrir esta agonía, empalideció y se desmayó, y yo pensé que se había realmente ahogado.

—No, no os alarméis, joven —dijo el hakim Josro —. Éste es el curso que sigue la naturaleza para curar. Los yinni de esta enfermedad no molestan a su víctima cuando no tiene conciencia de que lo hacen. Observad que cuando vuestro tío está desmayado no tose.

—En tal caso sólo le queda morir y quedará curado definitivamente de su tos —observé

escépticamente.

El hakim rió sin ofenderse y dijo:

—No desconfiéis, tampoco. La hast nafri sólo puede detenerse dejando tiempo a la naturaleza, y yo sólo puedo ayudar a la naturaleza. Ved, se está despertando, y el ataque ha pasado ya.

—Gésu! —murmuró débilmente tío Mafio.

—De momento —dijo el hakim —la mejor perspectiva es descanso y transpiración. Ha de guardar cama excepto cuando tenga que ir a la mustarah, cosa que hará con frecuencia, porque también le recetaré un fuerte purgante. Siempre hay yinn escondidos en los intestinos, y no hace ningún mal eliminarlos. De modo que cada vez que el paciente vuelva de la mustaran a la cama, uno de vosotros, puesto que yo no estaré siempre aquí, debe aplicarle una nueva capa de harina de cebada y envolverlo de nuevo con las pieles. Yo vendré de vez en cuando y escribiré nuevos versículos para pegarle al pecho. Mi padre, yo y el esclavo Narices nos turnamos cuidando de tío Mafio. Pero esta obligación no era muy pesada, excepto por tener que escuchar sus continuas quejas sobre su forzosa postración, y al cabo de un tiempo mi padre decidió que quizá

convendría sacar más partido de nuestra estancia en Balj. Dejaría a Mafio a mi cuidado y él y Narices viajarían hasta la capital de estas regiones para presentar sus respetos al gobernador local (cuyo título era sultán) y para darnos a conocer a él como emisarios del gran kan Kubilai. Desde luego el título de capital de aquella ciudad era únicamente nominal y su sultán era como el sha Zaman de Persia un soberano sólo de nombre, subordinado al kanato mongol. Pero el viaje permitiría también a mi padre enriquecer nuestros mapas con más detalles y designaciones modernas. Por ejemplo nuestro Kitab llamaba a aquella ciudad Kofes, y era Nikaia en tiempos de Alejandro, pero en nuestros días y por estos lugares se le llamaba siempre Kabul. Así, pues, mi padre y Narices ensillaron dos de nuestros caballos y se dispusieron a partir. La noche anterior a su marcha, Narices se me acercó sigilosamente. Al parecer había notado mi estado de privación amorosa y de soledad, y quizá quería evitar que me metiera en líos cuando me quedara solo en Balj.

—Señor Marco —me dijo —, hay una cierta casa en esta ciudad. Es la casa de un gebr, y yo creo que vale la pena echarle un vistazo.

—¿Un gebr? —repliqué —. ¿Es algún tipo de animal raro?

—No es del todo raro, pero bestial sí lo es. Un gebr es uno de los persas que no han aceptado nunca la luz del profeta (que la bendición y la paz sean con él). Estas personas continúan venerando a Ormuzd, el antiguo y desacreditado dios del fuego, y llevan a cabo muchas prácticas malvadas.

—Oh —dije, perdiendo interés —. ¿Por qué tengo que visitar la casa de otra religión pagana y bastarda?

—Porque los gebr, que no están sometidos a la ley musulmana, se mofan como era de esperar de toda decencia. Su casa por delante es una tienda que vende artículos de

amianto, pero por detrás es una casa de citas, que el gebr alquila a amantes ilícitos para que tengan sus citas clandestinas. Por las barbas, aquella casa es una verdadera abominación.

—¿Y qué quieres que haga? Ve tú mismo y denúncialo a un muftí.

—Es lo que sin duda debería hacer, porque soy un devoto musulmán, pero no pienso actuar todavía. No pienso hacerlo hasta que vos hayáis verificado la abominación del gebr, amo Marco.

—¿Yo? ¿Y a mí qué diablos me importa?

—¿No sois los cristianos más escrupulosos todavía en lo concerniente a la decencia de los demás?

—Yo no detesto a los amantes —dije con un suspiro de autocompasión —. Los envidio. Me gustaría tener a una para llevarla a la puerta trasera del gebr.

—Bueno, el gebr también comete otra ofensa contra la moral. Si alguien no dispone de una amante adecuada. el gebr tiene instaladas a dos o tres chicas jóvenes y las alquila.

—Humm. Esto está tomando un cariz más pecaminoso. Hiciste bien en comunicarme este hecho, Narices. Si pudieses indicarme dónde está esa casa recompensaría adecuadamente tu vigilancia casi cristiana…

Así pues, al día siguiente, mientras caía la nieve y después de que él y mi padre hubiesen partido hacia el sureste, y tras asegurarme de que tío Mafio estaba bien envuelto en sus pieles de cabra, entré en la tienda que Narices me había mostrado. Había un mostrador con montones de rollos y piezas de alguna tela pesada, y había también sobre el mostrador un cuenco de barro cocido lleno de petróleo que alimentaba una mecha de llama amarilla y brillante, y detrás del mostrador estaba un anciano persa con una barba roja de hinna.

—Mostradme vuestros artículos blandos —pedí, tal como Narices me había dicho.

—La habitación de la izquierda —me indicó el gebr, moviendo su barba en dirección a una cortina de cuentas en la parte posterior de la tienda —. Un dirham.

—Me gustaría un artículo de gran belleza —dije concretando. Él se burló:

—Mostradme a una belleza entre estas rústicas campesinas y os pagaré yo a vos. Dad gracias porque los artículos estén limpios. Un dirham.

—Bueno, con agua basta para apagar el fuego —repliqué.

El hombre me miró irritado como si le hubiese escupido la cara, y entonces comprendí

que no había dicho precisamente lo más discreto ante una persona que al parecer

adoraba el fuego. Dejé rápidamente mi moneda sobre el mostrador y penetré a través de la ruidosa cortina.

La pequeña habitación tenía colgadas por todas partes ramitas de acacia que esparcían un dulce aroma, y su único mueble era un brasero de carbón y un charpai, que es una cama basta constituida por un marco de madera con cuerdas entrelazadas. La chica no tenía una cara más bonita que la única mujer a la cual había pagado también para hacer uso de ella, Malgarita, la chica de la barca. La de la habitación era evidentemente de alguna tribu local porque hablaba el lenguaje pastun dominante allí, y su vocabulario de farsi comercial era lamentablemente escaso. Si me dijo su nombre no lo capté, porque cuando una persona habla pastun parece como si estuviera carraspeando, escupiendo y tosiendo de modo repetido y simultáneo.

Pero como había dicho el gebr, la chica iba bastante más limpia de cuerpo que Malgarita. De hecho se quejó inequívocamente de que yo no iba lo bastante limpio, y con cierta razón. No me había puesto para ir allí mi ropa recién comprada; era demasiado pesada y me costaba mucho meterme y salir de ella. Tenía, pues, la misma ropa que había llevado mientras atravesaba el Gran Desierto de Sal y el Karabil, y me imagino que emitía un pronunciado olor. Desde luego mi ropa estaba tan endurecida por el polvo, el sudor, la porquería y la sal que casi podía tenerse en pie cuando me la quitaba.

La chica la aguantó con la punta de los dedos y el brazo extendido lo más que pudo y dijo «¡sucio-sucio!» y «dahb!» y «bohut purana!» y varios sonidos más en pastun, como gárgaras, indicativos de asco. Luego añadió:

—Envío tuyas, mías juntas, para limpiar.

Ella se quitó rápidamente sus ropas, hizo un fardo con las mías, gritó algo, sin duda para llamar a una criada, y le entregó el bulto Por la puerta. Confieso que mi atención se centró en el primer cuerpo desnudo de mujer que había visto desde Kashan; sin embargo observé que la ropa de la chica era de un material tan basto y grueso, que si bien estaba más limpia que la mía también casi podía tenerse en pie.

El cuerpo de la chica era más atractivo que su cara, porque era delgado pero con un par de pechos increíblemente grandes, redondos y firmes para una figura delgada como la suya. Supongo que éste era uno de los motivos por los cuales la chica había escogido una carrera en la que trataría principalmente con infieles de paso. Los hombres musulmanes se sienten más atraídos por una base de gran tamaño, y no admiran mucho los pechos de la mujer, porque los consideran únicamente como pitones de leche. De todos modos confié que la chica hiciera fortuna en la carrera que había escogido mientras todavía era joven y apetecible. Las mujeres de estas tribus «alejandrinas», mucho antes de llegar a la mediana edad, engordan tanto en el resto de su persona que sus pechos, antes tan espléndidos, se convierten en un elemento más de una serie de porciones carnosas que descienden desde sus múltiples barbillas

hasta los rodetes del abdomen.

Otro motivo por el cual esperaba que la chica hiciera fortuna era que la carrera que había escogido sin duda no le daba placer. Cuando intenté compartir con ella la satisfacción del acto sexual excitándola con caricias en el zambur, descubrí que carecía de él. En la punta superior de su mihrab, donde debería encontrarse la diminuta clave de afinar, no noté la menor protuberancia. Durante un momento pensé que era tabzir, como exige el Islam. En aquel lugar no tenía más que una fisura de tejido blando cicatrizado. Esta falta pudo disminuir mi propio placer en las distintas eyaculaciones, porque cada vez que yo estaba a punto de soltar el spruzzo y que ella gritaba «Ghi, ghi, ghi-ghi»… que significaba «Sí, sí, sí-sí», yo era consciente de que la chica sólo fingía su propio éxtasis, y la cosa me producía tristeza. Pero ¿quién soy yo para calificar de criminales las prácticas religiosas de otros pueblos? Además pronto descubrí que también a mí me faltaba algo importante.

El gebr se acercó a la puerta, la aporreó y gritó:

—¿Qué esperas tener por un solo dirham, eh?

Tuve que admitir que ya había sacado partido de mi dinero, dejé a la chica y me levanté. Ella salió por la puerta, desnuda, para buscar una jofaina de agua y una toalla, y mientras tanto llamó por el pasillo para que le devolvieran la ropa que había dado a lavar. Puso la jofaina de agua perfumada con tamarindo sobre el brasero de la habitación para calentarla, y estaba utilizándola para lavar mis partes cuando se oyó el siguiente golpe en la puerta. Pero la criada entregó únicamente la ropa de la chica, acompañándola con una larga tirada en pastun que debía de ser una explicación. La chica volvió hacia mí con una expresión inescrutable en su rostro y dijo, como si me hiciera una pregunta:

—¿Tus ropas queman?

—Sí, supongo que pueden quemarse. ¿Dónde están?

—No están —respondió, mostrándome con un gesto que sólo tenía las suyas.

—Ah, no te referías a quemarse, sino a secarse. ¿No es así? ¿Las mías no están secas todavía?

—No. Desaparecidas. Tu ropa toda quemada.

—¿Qué significa esto? Dijiste que las lavarían.

—No lavar. Limpiar. No en agua. En fuego.

—¿Pusisteis mi ropa al fuego? ¿Se han quemado?

—Ghi.

—¿También tú adoras el fuego, o te has vuelto divané? ¿Las diste a lavar con fuego en vez de lavarlas con agua? Ola, gebr! ¡Persa! ¡Ola, jefe de putas!

—¡No grites! —me pidió la chica espantada —. Te devuelvo tu dirham.

—¡No puedo llevar un dirham por la ciudad! ¿Qué clase de manicomio es éste? ¿Por qué

me habéis quemado la ropa?

—Espera. Mira.

Agarró un pedazo de carbón sin quemar del brasero y lo pasó por una manga de su túnica para dejar en ella una mancha negra. Luego puso la manga sobre los carbones ardientes.

—Estas divané —exclamé.

Pero la tela no se encendió. Hubo sólo un chispazo cuando la mancha negra se quemó y desapareció. La chica sacó la manga del fuego para demostrarme que había quedado repentinamente limpia, y balbuceó una mezcla de pastun y de farsi de cuyo contenido me fui enterando gradualmente. Aquella tela pesada y misteriosa se lavaba siempre de aquel modo y mi ropa estaba tan acartonada que la tomaron por ropa del mismo material.

—De acuerdo —dije —. Te perdono. Fue una equivocación hecha con los mejores propósitos. Pero continúo sin nada que ponerme. ¿Qué hago ahora?

Me indicó que podía escoger entre dos cosas. Podía presentar una querella al amo gebr, pidiéndole que me proporcionara nueva ropa, lo que costaría a la chica sus ganancias del día y probablemente una paliza. O podía ponerme la ropa que tenía disponible, es decir, ropa suya, y atravesar la ciudad de Balj con un disfraz femenino. Bueno, la cosa estaba clara; tenía que comportarme como un caballero y por lo tanto tenía que pasar por una dama.

Atravesé la tienda lo más de prisa que pude, pero estaba ajustándome todavía mi velo chador cuando el viejo gebr detrás del mostrador enarcó las cejas y exclamó:

—¡Os habéis tomado mis palabras muy en serio! Y ahora queréis enseñarme a una mujer hermosa entre estas rústicas campesinas.

Le lancé un gruñido compuesto por una de las pocas expresiones pastu que conocía.

—Bahi chut! —exclamé enviándole a hacer algo con su hermana. Se rió a carcajadas

y me gritó:

—Lo haría si fuera tan guapa como tú —mientras yo me escabullía entre la nieve que no cesaba de caer.

Tropecé de vez en cuando, porque la nieve espesa y mi chador me impedían ver claramente el suelo, y también porque a menudo pisaba los dobladillos de mi traje, pero aparte de esto llegué al caravasar sin incidentes. Esto me decepcionó un poco porque había recorrido todo el trayecto con los dientes y los puños apretados y en un estado de gran irritación y esperaba que algún patán pusiera cebo a Eva dirigiéndome groseramente la palabra o guiñándome el ojo, para poder así matarlo. Me introduje en la posada por una puerta trasera, sin que nadie me observara, y me apresuré a ponerme ropas mías y me dispuse a tirar las de la chica. Pero luego lo pensé mejor, y corté de su túnica un cuadrado de tela que conservaría como una curiosidad y con el cual desde entonces he asombrado a muchas personas reacias a creer que una tela pudiera resistir la

acción del fuego.

Sin embargo yo había oído hablar de esta sustancia mucho antes de partir de Venecia. Unos curas me habían dicho que el Papa de Roma guardaba entre las más preciadas reliquias de la Iglesia un sudario, un paño que se había utilizado para limpiar la sagrada frente de Jesucristo. Según decían el paño había quedado tan santificado por este uso que ya no podía destruirse. Se podía tirar al fuego, dejarlo allí largo rato y sacarlo milagrosamente entero y sin quemar. También había oído a un distinguido médico rechazar la idea de los curas según la cual fue el santo sudor lo que convirtió al sudario en indestructible. Él decía que la tela debió de tejerse con lana de salamandra, el animal que según Aristóteles vive confortablemente en el fuego.

3

Mi padre y Narices hacía ya cinco o seis semanas que habían partido y tío Mafio sólo requería mis cuidados de modo intermitente, por lo que disponía de mucho tiempo libre. Visité varias veces la casa del gebr persa, procurando en cada ocasión llevar ropa que no tuviera que pasar por la «colada». Y cada vez que pronunciaba la consigna

«Mostradme artículos blandos», el viejo se tronchaba de risa:

—Pero si vos erais el artículo más blando y atractivo que haya pasado nunca por esta tienda —y yo tenía que esperar y aguantar sus risotadas que al final se convertían en risitas hasta que tomaba mi dirham y me indicaba la habitación libre. En una u otra ocasión probé cada uno de los artículos del almacén. Pero las chicas eran musulmanas pajtunis y tabzir, o sea que con ellas sólo conseguía relajarme, sin obtener ninguna satisfacción digna de mención. Podía haber hecho lo mismo con los kuch-i-safari, y a mejor precio. Apenas aprendí unas cuantas palabras de pastun de las

chicas, y lo consideré un lenguaje tan inconexo que no valía la pena aprenderlo. Para poner un ejemplo: el sonido gau si se pronuncia normalmente exhalando el aliento significa vaca, pero el mismo gau pronunciado tomando aire, significa «ternero». Imaginad entonces cómo suena en pastun una frase simple del tipo «La vaca tiene un ternero», y tratad luego de imaginaros manteniendo una conversación de mayor complejidad. Sin embargo cuando salía por la tienda de telas de amianto, me detenía para cambiar cuatro palabras en farsi con el propietario gebr. Él solía dedicarme unas cuantas observaciones más en son de burla sobre el día en que tuve que disfrazarme de mujer, pero también se dignaba contestar a mis preguntas sobre su peculiar religión. Yo le preguntaba porque él era el único devoto de esta antiquísima religión persa al que conocía. Admitió que quedaban ya pocos creyentes, pero aseguraba que en otra época su religión había dominado de modo absoluto, no sólo en Persia sino también al oeste y al este, desde Armenia hasta Bactria. Y lo primero que me dijo fue que no debía llamar gebr a un gebr.

—Esta palabra significa únicamente «no musulmán» y los musulmanes la utilizan despreciativamente. Nosotros preferimos que se nos llame zarduchi, porque somos los seguidores del profeta Zaratustra, el Camello Dorado. Él nos enseñó a adorar al dios Ahura Mazda, cuyo nombre se pronuncia ahora Ormuzd, comiéndose las letras.

—Y esto significa fuego —dije haciéndome el enterado porque Narices me había explicado este detalle.

Él señaló con la cabeza la lámpara brillante que ardía siempre en la tienda.

—No significa fuego —y replicó algo molesto —. Es un error estúpido suponer que adoramos el fuego. Ahura Mazda es el dios de la Luz, y nosotros nos limitamos a mantener un fuego encendido para recordar su benéfica luz que destruye las tinieblas de su adversario Ahriman.

—Ah —dije —. Esto no es muy distinto de nuestro Señor Dios, que también lucha contra el adversario Satán.

—No, no es en absoluto diferente. Vosotros sacasteis a vuestro Dios y a vuestro Satán cristianos de los judíos, y también los musulmanes derivaron de ellos su Alá y su Saitan. Y el Dios y el Demonio de los judíos están francamente imitados de nuestro Ahura Mazda y de nuestro Ahriman. Lo mismo puede decirse de vuestros ángeles divinos y demonios satánicos, copiados de nuestros mensajeros celestiales, los malajim, y de sus equivalentes, los daeva. También vuestro Cielo y vuestro Infierno están copiados de las enseñanzas de Zaratustra sobre la naturaleza de la vida venidera.

—Falso —protesté yo —. No me voy a meter con los judíos o con los musulmanes, pero la verdadera religión no puede haber sido una simple imitación de la de otros… Él me interrumpió:

—Fíjate en la pintura de una deidad o de un ángel o de un santo cristiano. Se los representa siempre con un halo brillante. ¿No es cierto? Es una idea bonita, pero fuimos nosotros quienes la tuvimos primero. Este halo imita la luz de nuestra llama inextinguible, que a su vez significa la luz de Ahura Mazda que brilla siempre sobre sus mensajeros y sus santos.

Esto parecía tan probable que no pude discutírselo, pero desde luego tampoco lo reconocí.

—Por esto los zardhushi hemos sido perseguidos, despreciados, dispersados y enviados al exilio durante siglos —prosiguió él —. Tanto por los musulmanes, como por los judíos y los cristianos. Cuando un pueblo se vanagloria de poseer la única religión auténtica debe fingir que le llegó a través de alguna revelación exclusiva. No le gusta que le recuerden que deriva de un original de otro pueblo.

Aquel día volví al caravasar pensando: «Quizá la Iglesia actúa con prudencia al pedir fe a los cristianos y prohibirles la razón. Cuantas más preguntas hago, y cuantas más respuestas obtengo, menos me parece saber algo cierto.» Mientras caminaba, recogí un puñado de nieve e hice con él una bola. Era redonda y sólida como una certeza. Pero si la miraba desde muy cerca, en realidad su redondez estaba formada por una densa multitud de puntos y de esquinas. Si la sostenía en la mano el tiempo suficiente su solidez se derretía y se convertía en agua. «Éste es el peligro de la curiosidad —pensé —, todas las certezas se fragmentan y se disuelven. Si un hombre tiene la suficiente curiosidad y la suficiente persistencia puede acabar descubriendo que la bola redonda y sólida de la tierra en realidad no lo es. Quizá entonces se sienta menos orgulloso de su facultad de raciocinio, cuando al final no le quede nada sólido donde poner los pies. Pero incluso en este caso ¿no es la verdad un fundamento más sólido que la ilusión?»

No recuerdo si fue ese día u otro cuando al regresar al caravasar me encontré con que mi padre y Narices habían regresado de su viaje. También estaba allí el hakim Josro y los tres estaban reunidos alrededor de la cama de tío Mafio, hablando todos a la vez.

—… No en la ciudad llamada Kabul. El sultán Kutb-ud-Din tiene ahora una capital muy al sureste de aquí, en una ciudad llamada Delhi…

—No me extraña que estuvierais tanto tiempo de viaje —dijo mi tío.

—… Tuvimos que atravesar las grandes montañas, por un paso llamado Jaibar…

—… Luego recorrer el país llamado Panjab…

—O con mayor propiedad Panch Ab —intervino el hakim —, que significa Cinco Ríos.

—… Pero el esfuerzo valía la pena. El sultán, como el sha de Persia, tuvo mucho

interés en enviar regalos de tributo y de fidelidad al gran kan…

—…O sea que ahora tenemos un caballo de más cargado con objetos de oro y telas de Cachemira y rubíes y…

—Pero hay algo más importante —dijo mi padre —. ¿Cómo va nuestro paciente Mafio?

—Está vacío —gruñó éste rascándose el codo —. Por un extremo he escupido todo mi sputum, por el otro he soltado todas las heces y pedos posibles y en medio he sudado hasta la última gota de transpiración. También estoy infernalmente cansado de llevar pegados tantos conjuros de papel y de que me hayan empolvado como un bollo bigné.

—Por lo demás su estado no ha cambiado —dijo el hakim Josro seriamente —. Mis esfuerzos para ayudar a la naturaleza en su curación no han dado mucho fruto. Me alegro de que estéis otra vez reunidos, porque ahora quiero que todos dejéis este lugar y os llevéis al paciente más cerca todavía de la naturaleza. Lleváoslo muy arriba, hacia las altas montañas del este, donde el aire es más claro y puro.

—Pero frío —protestó mi padre —. Tan frío como la caridad. ¿Le hará bien esto?

—El aire frío es el aire más limpio —dijo el hakim —. He determinado este hecho por observaciones minuciosas y estudios profesionales. Demostración: la gente que vive en climas siempre fríos como los rusniacos, tiene la piel de color blanco y limpio; en los climas cálidos, como el de los hindúes de la India, la piel es de un color marrón sucio o negro. Nosotros los patjuni vivimos a medio camino y nuestro color es una especie de moreno. Os pido que os llevéis al paciente, y que lo hagáis pronto, a las alturas frías, limpias y blancas de la montaña.

Cuando el hakim y nosotros ayudamos a tío Mafio a levantarse y a salir de su envoltura de pieles de cabra y a vestirse por primera vez en semanas, nos consternó ver lo delgado que se había quedado.

En su ropa, que de repente le venía holgada, parecía más alto aún que antes, cuando su robusto cuerpo tiraba con fuerza de las costuras. También su rostro era pálido en lugar de rubicundo, y sus miembros temblaban por falta de uso, pero él, según decía, se sentía tremendamente contento de estar de nuevo de pie y andando. Y más tarde, en el comedor del caravasar, mientras cenábamos, se dirigió a los demás huéspedes con una voz tan estentórea como de costumbre interesándose por las últimas noticias sobre los caminos de montaña que llevaban hacia Oriente.

Nos respondieron hombres de varias caravanas comunicándonos la situación actual, y nos dieron muchos buenos consejos sobre el viaje por las montañas. O nosotros confiábamos que los consejos fueran buenos, pero no podíamos estar seguros, porque ningún par de informantes se puso de acuerdo ni siquiera sobre el nombre de aquellas

montañas situadas al este de nosotros.

Un hombre dijo:

—Son el Himalaya, la Morada de las Nieves. Antes de escalarlas comprad un frasco de jugo de adormidera. Si sufrís la ceguera de las nieves, unas cuantas gotas en los ojos aliviarán el dolor.

Otro hombre dijo:

—Son el Karakoram, las Montañas Negras, las Montañas Frías. Y el agua que baja de allí alimentada por la nieve es fría en todas las estaciones del año. No permitáis que vuestros caballos beban de ella. Poned el agua en un cubo y calentadlo primero, si no sufrirán convulsiones.

Y otro dijo:

—Son las montañas llamadas Hindú Kush, las Matadoras de Hindúes. En estos terrenos duros, a veces el caballo se vuelve rebelde e intratable. Si os ocurre esto, basta con que atéis el pelo de la cola del caballo a su lengua, y se calmará al instante. Y otro dijo:

—Estas montañas son el Pai-Mir, que significa el Camino de los Picos. El único forraje que podréis encontrar allí para vuestros caballos es el pequeño arbusto llamado burtsa, de color pizarra y fuerte olor; pero vuestros caballos lo encontrarán por sí solos. También da buena leña para el fuego, porque está por su naturaleza lleno de aceite.

Aunque parezca raro, la burtsa cuanto más verde parece, mejor quema. Y otro dijo:

—Estas montañas son los Juaya, los Amos. Y los Amos impedirán que os perdáis allá

arriba, incluso en las tormentas más fuertes. Recordad que todas las montañas tienen pelada su cara meridional. Si veis árboles o arbustos creciendo sobre ella estáis en la cara norte de la montaña.

Y otro dijo:

—Estas montañas son los Muztagh, los Guardianes. Procurad atravesarlas completamente y salir de ellas antes de que la primavera se convierta en verano, porque entonces empieza a soplar el Bad-i-sad-o-bist, el terrible Viento de Ciento Veinte Días. Y todavía otro hombre dijo:

—Estas montañas son el Trono de Salomón, el Tajt-i-Sulaiman. Si encontráis en sus alturas algún torbellino, podéis estar seguros de que sale de alguna caverna cercana, del antro de uno de los demonios que mandó al exilio el buen rey Salomón. Buscad

esa caverna, tapadla con rocas y el viento cesará.

Hicimos, pues, nuestro equipaje, pagamos nuestra pensión, nos despedimos de las personas que habíamos conocido y nos pusimos de nuevo en marcha, mi padre, mi tío, Narices y yo, cabalgando sobre nuestras cuatro monturas y conduciendo un caballo de carga y dos caballos de carga más con una principesca cantidad de objetos valiosos. Fuimos directamente al este de Balj, a través de pueblos llamados Jolm, Qonduz y Taloqn, que al parecer sólo servían de mercados para los criadores de caballos que habitan aquellos pastizales. En esa región todo el mundo cría caballos y está

continuamente comerciando en los mercados sementales y yeguas de crianza con sus vecinos. Los caballos son de buena estampa, comparables a los árabes, pero la forma de su cabeza no es tan delicada. Cada criador asegura que su ganado desciende de Bucefalas, el corcel de Alejandro. Cada criador afirma que su ganado es el único con esta distinción, lo cual es ridículo, si se tiene en cuenta la cantidad de transacciones. Sin embargo no vi a ningún caballo con la cola de pavo real que llevaba Bucefalas en las ilustraciones del Libro de Alejandro que yo había contemplado tanto en mi juventud. En aquella estación los pastizales estaban cubiertos de nieve, y no pudimos comprobar la disminución de la vegetación a medida que avanzábamos hacia el este. Pero lo notábamos, porque el suelo debajo de la nieve se llenaba de guijarros, luego de rocas y dejamos de ver pueblos, y los caravasares que encontrábamos por la pista eran cada vez menos frecuentes y adecuados. Después de pasar el último pueblo, un puñado de chozas con pilares de piedra que se llamaba Keshem, situado en las colinas que precedían a las montañas, tuvimos que hacer nuestros propios puntos de parada quizá tres noches de cada cuatro. Este modo de vida no era muy idílico, dormir bajo las tiendas y bajo nuestros chapones en la nieve, el frío y el viento, y obligados generalmente a comer para cenar las raciones de viaje secas o saladas.

Habíamos temido que la vida al aire libre sería especialmente dura para tío Mafio. Pero él no se quejó nunca, ni cuando lo hacían los más sanos. Decía que se sentía mejor en aquel aire punzante y frío, tal como había predicho el hakim Josro, su tos había disminuido y en los últimos tiempos no escupía ya sangre. Dejaba que los demás nos encargáramos de las tareas pesadas, pero no quiso que abreviáramos las marchas en consideración a su estado, y cada día se sentaba en su silla o en los tramos más duros caminaba al lado de su caballo, tan infatigable como cualquiera de nosotros. De todos modos no nos apresurábamos, porque sabíamos que tendríamos que detenernos para el resto del invierno cuando llegáramos a la muralla de montañas. En definitiva, después de viajar un tiempo por aquella dura pista comiendo raciones duras, el resto de la expedición estábamos casi tan delgados como tío Mafio, y no deseábamos esforzarnos

nada. Sólo Narices conservaba su barriga, pero ahora parecía un elemento menos integrante de su persona, como si llevara un melón debajo de su ropa. Cuando llegamos al río Ab-e-Pany, lo remontamos por su amplio valle hacia el este, y a partir

de entonces empezamos a subir, alcanzando una altura superior a la del resto del mundo. Cuando se habla de un valle uno piensa normalmente en una depresión en la tierra, pero aquélla tiene muchos farsajs de ancho y su nivel sólo es inferior si se lo compara con las montañas que se levantan a lo lejos a ambos lados de él. Si ese valle estuviera situado en algún otro lugar del mundo no estaría en el mundo, sino a una altura inmensurablemente grande sobre él, entre las nubes, y los ojos mortales no podrían verlo, y sería inalcanzable como el cielo. Pero no es que el valle se parezca en nada al cielo, porque es frío, duro e inhóspito, en absoluto fragante, suave y acogedor. El paisaje se mantenía invariable: un ancho valle de rocas caídas y de arbustos creciendo entre ellas, todo abrigado bajo colchas de nieve; el río de aguas blancas corría en medio, y a lo lejos a ambos lados estaban las montañas blancas y afiladas como colmillos. Allí no cambiaba nunca nada excepto la luz, que iba desde los amaneceres de color de melocotón a los anocheceres de color de rosas encendidas, y en medio, cielos tan azules que eran casi púrpuras excepto cuando el valle se cubría con nubes de lana gris mojada que exprimían de su interior nieve o aguanieve. El suelo no era plano en ningún lugar, estaba formado continuamente por una confusión de rocas, peñascos y taludes que teníamos que superar rodeándolos o salvándolos con cuidado. Pero aparte de estas subidas y bajadas, nuestra continua ascensión era imperceptible para la vista, y podíamos casi imaginar que continuábamos todavía en la llanura. Porque cada noche, cuando nos deteníamos para acampar, las montañas a ambos lados del horizonte parecían igual de altas que la noche anterior. Pero esto se debía a que las montañas aumentaban de altura a medida que ascendíamos por aquel valle inclinado. Era como subir por una escalera cuya barandilla fuera subiendo al mismo tiempo, y si uno no se asomaba no podía ver que más allá todo se estaba quedando cada vez más abajo.

Sin embargo, varios indicios nos confirmaban que estábamos subiendo sin cesar. Uno era el comportamiento de los caballos. Nosotros éramos animales de dos piernas que cuando desmontábamos ocasionalmente para caminar un rato podíamos ignorar físicamente que cada paso que dábamos hacia adelante era un poco más alto, pero los animales con un par de patas detrás y un par delante sabían muy bien que estaban o caminaban siempre por un plano inclinado. Y como los caballos no son tontos, exageraban astutamente su penosa andadura para que pareciera un terrible esfuerzo y no los obligáramos a andar más de prisa.

Otro indicio de la subida era el río que corría a lo largo del valle. Nos habían dicho que el Ab-e-Pany es una de las fuentes del Oxus, el gran río que Alejandro pasó y volvió a pasar, y que en su libro se describe como de inmensa amplitud y curso lento y tranquilo. El Ab-e-Pany que acompañaba nuestra pista no era ancho ni profundo, pero se precipitaba a lo largo del valle como una interminable estampida de caballos blancos que hacían saltar por el aire crines y colas. A veces incluso sonaba más como una estampida que como un río, porque el ruido de sus aguas en cascada se perdía a menudo bajo el rozar, el rechinar y el retumbar de las rocas de tamaño considerable que hacía rodar y chocar a lo largo de su cauce. Un ciego hubiese podido contar que el Ab-e-Pany se estaba precipitando ladera abajo, y para poder adquirir tal impulso el

extremo superior tenía que estar situado a una altura muy superior. Desde luego en la estación invernal el río no podía disminuir ni por un instante su ritmo tumultuoso, porque se habría congelado inmediatamente, y más abajo el Oxus dejaría de existir. Esto era claro, porque cualquier chapoteo, salpicadura y lamedura de agua sobre las orillas rocosas se

convertía instantáneamente en un hilo blanco azulado. A consecuencia de esto caminar cerca del río era más traidor que hacerlo sobre el suelo cubierto de nieve y además las salpicaduras de agua que nos alcanzaban se helaban sobre las piernas y flancos de nuestros caballos y los nuestros propios, por ello siempre que podíamos manteníamos nuestro camino bien alejado del río.

Otra señal de nuestra continua escalada era el perceptible enrarecimiento del aire. Cuando he contado este hecho a personas que no han viajado, a menudo no me han creído e incluso se han burlado. Yo sé tan bien como ellos que el aire carece siempre de peso, y que es impalpable excepto cuando se mueve en forma de viento. Cuando los incrédulos me preguntan cómo es posible que un elemento que carece de todo peso pueda tener todavía menos peso, no sé que responderles; sólo sé que es un hecho cierto. En esas alturas montañosas el aire va perdiendo cada vez más su sustancia, y hay pruebas que lo demuestran.

En primer lugar una persona ha de respirar más profundamente para llenarse los pulmones. Esto no se debe a un jadeo ocasionado por un movimiento rápido o por un fuerte ejercicio; una persona parada tiene que hacer lo mismo. Cuando yo hacía algún esfuerzo, cargar la albarda de un caballo por ejemplo o escalar una roca que bloqueaba el camino, debía respirar tan de prisa, con tanta dureza y tan profundamente que tenía la sensación de que nunca lograría aspirar el aire suficiente para sustentarme. Algunos incrédulos rechazan este hecho como una ilusión provocada por el tedio y el esfuerzo y Dios sabe que tuvimos que luchar mucho con ellos, pero yo continúo afirmando que aquel aire insustancial era un hecho muy real. Aduciré además el hecho de que tío Mafio, quien tenía que respirar profundo como todos nosotros no se veía afligido con tanta frecuencia por la necesidad de toser ni lo hacía de modo tan doloroso. Era evidente que el aire enrarecido de las alturas no apretaba con tanta pesadez sus pulmones y él no necesitaba espirarlo con esfuerzo tan a menudo.

Tengo otra prueba. El fuego y el aire, que carecen de peso, son los más relacionados entre sí de los cuatro elementos; todo el mundo estará de acuerdo en esto. Y en las tierras altas, donde el aire es débil, también lo es el fuego. Quema más azulado y oscuro que amarillo y brillante. Esto no se debía sólo a que quemábamos la leña del arbusto local burtsa; experimenté quemando otras cosas más familiares, como papel, y la llama resultante era también débil y lánguida. Aunque encendiésemos un fuego de campamento bien surtido y con mucha leña, tardábamos más tiempo en asar una pieza de carne o en hervir un cazo de agua que en las tierras bajas. No sólo esto, sino que el agua hirviendo tardaba más de lo acostumbrado en cocer lo que le poníamos

dentro. En aquella estación invernal no había grandes caravanas por el camino, pero en ocasiones nos encontramos con otros grupos de viajeros. La mayoría eran cazadores y tramperos de pieles que se desplazaban de un lugar a otro de las montañas. El invierno era su estación de trabajo y al llegar la estación más clemente de la primavera llevarían a mercar a una de las ciudades de las tierras bajas los cueros y pieles que habían almacenado. Sus peludos y pequeños caballos de carga llevaban un montón de pieles enfardadas de zorro, de lobo, de pardo, de urial, que es una oveja salvaje, y de gordal que es un animal entre una cabra y un qazel Los cazadores y tramperos nos dijeron que el valle que estábamos recorriendo hacia arriba se llamaba el Wakhán, o a veces el Pasillo de Waján, porque tiene a lo largo muchos pasos de montaña que se abren hacia él, como las puertas de un pasillo, y el valle constituye tanto la frontera entre las tierras de más allá como su acceso. Dijeron que hacia el sur los pasos que salían del Pasillo llevaban a tierras llamadas Chitral, Hunza y Cachemira, y por el este conducían a un país llamado To-Bhot y por el norte al país de Tazhikistán.

—¿Ah, Tazhikistán está allí? —preguntó mi padre dirigiendo la mirada hacia el norte —.

En este caso, Mafio, no estamos muy lejos de la ruta que seguimos para volver a casa.

—Cierto —dijo mi tío con tono cansado y aliviado —. Sólo tenemos que pasar a Tazhikistán, luego recorrer una corta distancia hacia el este hasta la ciudad de Kashgar y estaremos de nuevo en el Kitai de Kubilai.

Los cazadores llevaban también sobre sus caballos de carga muchos cuernos de una especie de oveja salvaje llamada artak, y yo que hasta entonces sólo había visto las cornamentas más pequeñas de animales como la qazel, las vacas y las ovejas domésticas, quedé muy impresionado por aquellos cuernos. Su raíz era tan gruesa como mi muslo, y desde allí trazaban apretadas espirales hasta la punta. En la cabeza del animal las puntas quedaban separadas a tanta distancia como la altura de una persona; pero si se pudieran deshacer las espirales y enderezar el cuerno, cada uno de ellos tendría la longitud de una persona. Eran objetos tan magníficos que yo imaginé que los cazadores los cogían y vendían como adornos dignos de admiración. No, me respondieron riendo, aquellos grandes cuernos se cortaban y tallaban para fabricar todo tipo de artículos útiles: cuencos para comer, tazones para beber, estribos de silla e incluso herraduras de caballo. Dijeron que un caballo calzado con esas herraduras de cuerno no resbalaba ni en los caminos más resbaladizos.

(Muchos meses después y a mayor altura en las montañas, cuando vi a algunas de esas ovejas artak vivas y libres en la naturaleza, las juzgué tan espléndidamente bellas que me apenó que las mataran por motivos simplemente utilitarios. Mi padre y mi tío, para los cuales la utilidad significaba comercio y éste lo significaba todo, se rieron como habían hecho los cazadores y me amonestaron Por mi sentimentalismo, y desde entonces llamaron sarcásticamente al artak, la «oveja de Marco».) Mientras íbamos

subiendo el Waján, las montañas a ambos lados continuaban siendo tan majestuosas como siempre, pero ahora, cuando dejaba de nevar lo suficiente para que levantáramos los ojos, a la inmensidad de las montañas, notábamos que se iban acercando. Y las capas de hielo a ambos lados del río Ab-e-Pany eran más gruesas y azules, y se cerraban contra la rápida corriente, limitándola a un cauce más estrecho, como si ilustraran vividamente que el invierno estaba apretando sus garras sobre la tierra.

Día a día las montañas continuaron acercándose a nosotros y finalmente otras se levantaron también delante nuestro, hasta que aquellos titanes nos rodearon por todas partes excepto por detrás. Habíamos llegado al extremo superior de aquel alto valle, y la nevada cesó brevemente, las nubes se abrieron y pudimos ver los picos blancos de las montañas y el cielo frío y azul reflejados magníficamente en un lago tremendamente helado, el Chaqmaqtin. El río Ab-e-Pany cuyo curso habíamos ido siguiendo salía de debajo del hielo en el extremo occidental del lago, y por lo tanto decidimos que el lago era la fuente del río y en definitiva la cabecera del fabuloso Oxus. Siguiendo su costumbre mi padre y mi tío lo marcaron así en el mapa del Kitab correspondiente a esa región, que era muy impreciso. Yo no pude ayudarles mucho a localizar nuestra posición, porque el horizonte era demasiado alto y recortado y no pude utilizar el kamal. Pero cuando el cielo nocturno se aclaró, la altura de la Estrella del Norte me permitió

apreciar que estábamos mucho más al norte que cuando iniciamos nuestra marcha tierra adentro en Suvediye, en la orilla de levante.

En el extremo nororiental del lago Chaqmaqtin había un grupo de casas que se daba el título de ciudad, Buzai Gumbad, pero que en realidad comprendía un único y extenso caravasar de muchos edificios, y a su alrededor una ciudad de tiendas de caravanas con sus corrales acampados para el invierno. Era evidente que cuando el tiempo mejorara, casi toda la población de Buzai Gumbad levantaría el campo y abandonaría el Pasillo de Waján a través de sus varios pasos. El patrón del caravasar era un hombre alegre y

comunicativo llamado Iqbal, que significa Buena Fortuna, y el nombre encajaba muy bien en una persona que había prosperado y que se había enriquecido por ser el propietario de la única parada para caravanas de este trecho de la Ruta de la Seda. Nos dijo que era un wajani y que había nacido en la misma posada. Pero como hijo, nieto y biznieto de anteriores generaciones de patronos de Buzai Gumbad, hablaba también el farsi comercial, y si no conocía personalmente el mundo de más allá de las montañas tenía nociones verbales adecuadas.

Iqbal abrió sus brazos y nos dio la más cordial bienvenida al «alto Pai-Mir, el Camino de los Picos, el Techo del Mundo» y luego nos dijo confidencialmente que estas palabras grandilocuentes no eran una exageración. Estábamos exactamente a un farsaj, o sea a dos millas y media por arriba, en línea recta, de los mares del mundo y

de las ciudades situadas al nivel del mar como Venecia, Acre y Basora. El patrón Iqbal no nos explicó cómo podía conocer con tal exactitud la altura local. Pero suponiendo que estuviera en lo cierto, y al ver que los picos de las montañas que nos rodeaban continuaban siendo tan altas como antes, yo no pondría en duda su afirmación de que habíamos llegado al techo del mundo.

EL TECHO DEL MUNDO

Alquilamos una habitación para los cuatro, incluyendo a Narices, en el edificio principal de la posada, y espacio en un corral exterior para nuestros caballos, y nos preparamos para permanecer en Buzai Gumbad hasta que acabara el invierno. El caravasar no era un lugar muy elegante e Iqbal cobraba caro el mantenimiento de los huéspedes porque todas las pertenencias y la mayor parte de las provisiones tenían que importarse de más allá de las montañas. Pero de hecho el lugar era más confortable de lo normal, considerando las circunstancias de que no había nada más, y de que ni Iqbal ni sus antepasados tuvieron nunca necesidad de ofrecer más que un albergue y una comida rudimentarios.

El edificio principal tenía dos pisos, y era el primer caravasar que yo había visto con esta disposición, siendo el inferior un cómodo establo para el ganado y las ovejas de Iqbal que constituían tanto los ahorros de su vida como la despensa de la posada. El piso superior era para los humanos y estaba rodeado por un cobertizo abierto que tenía fuera de cada dormitorio y un agujero de retrete practicado en el suelo, para que las evacuaciones de los huéspedes cayeran en el patio y fueran aprovechadas por un rebaño de escuálidas gallinas. Al estar los alojamientos situados en el primer piso, encima del establo, disfrutábamos del calor que subía de los animales, aunque lo que no era tan agradable era su olor. De todos modos éste no era tan malo como el nuestro y el de los demás huéspedes, que no se habían lavado desde hacía tiempo, y el de nuestra ropa también muy sucia. El patrón no estaba dispuesto a malgastar el precioso combustible de estiércol seco para instalar un hammam o para calentar el agua y lavar la ropa. Prefería, y los huéspedes también, utilizar el combustible para calentar nuestras camas de noche. Todas las camas de Iqbal eran del tipo llamado en oriente kang: una plataforma hueca de piedras apiladas cubierta con tablas que aguantaban un montón de mantas de pelo de camello. Antes de acostarnos levantábamos las tablas, esparcíamos algo de estiércol seco dentro del kang y poníamos encima unos carbones encendidos. El viajero recién llegado al principio lo hacía torpemente, o bien se helaba toda la noche o prendía fuego a las tablas que tenía debajo. Pero con práctica se aprendía a disponer el fuego de modo que quemara lentamente toda la noche con un calor uniforme y que no

hiciera tanto humo que ahogara a todos los ocupantes de la habitación. En cada una de las estancias de los huéspedes había también una lámpara, hecha a mano por el propio Iqbal, y de un tipo que no vi en parte alguna. Cogía una vejiga de camello, la hinchaba hasta hacer una esfera, luego la pintaba con laca para conservar la forma y hacía un dibujo brillante de muchos colores. La agujereaba para que pudiera ponerse sobre una vela o una lámpara de aceite y este gran globo daba un resplandor de muchos colores y muy radiante.

Las comidas de cada día en la posada tenían la habitual monotonía musulmana: cordero y arroz, arroz y cordero, judías cocidas, grandes redondeles de un pan alisado y duro llamado nan, y para beber cha de color verde que tenía siempre y de modo

inexplicable un ligero gusto a pescado. Pero el buen Iqbal hacía todo lo posible para variar la monotonía siempre que tenía una excusa: en viernes, el sabbat de los musulmanes, y en las diversas festividades musulmanas que caían en invierno. Ignoro qué se celebraba en aquellos días de fiesta, que tenían nombres como Zu-l-Heggeh y Yom Asura, pero en aquellas ocasiones nos servían buey en vez de cordero, y un arroz llamado pilaf de color rojo, amarillo o azul. A veces también nos daban tartas fritas de carne llamadas sarnosa, y una especie de sorbete de nieve perfumado con pistacho o sándalo, y en una ocasión, sólo en una, pero creo sentir todavía su sabor, nos dieron de dulce un budín hecho de jengibre y ajo machacados.

Nada nos impedía comer las varias comidas de otras nacionalidades y religiones, y lo hacíamos con frecuencia. En los edificios menores del caravasar y en las tiendas que lo rodeaban estaban acampadas gentes de muchas caravanas, y estas gentes eran de muchos países, costumbres y lenguajes distintos. Había mercaderes persas y árabes y comerciantes pajtuni de caballos, que como nosotros procedían del oeste, y rusniacos altos y rubios del lejano norte, y tazhik peludos y corpulentos del norte más próximo, bho de rostro plano procedentes de una tierra oriental llamada el Alto Lugar de los Bho, o To-bhot en su idioma, y pequeños hindúes y cholas tamiles de piel oscura del sur de la India, y gente llamada hunzukut y kalash del sur próximo, de ojos grises y pelo rubio, y algunos judíos de origen indeterminado y muchos más. Toda esta comunidad variada convertía a Buzai Gumbad en una pequeña ciudad, por lo menos en invierno, y todos se esforzaban en que fuera una ciudad bien administrada y habitable. De hecho era una ciudad con mayor espíritu comunitario y más acogedora que muchas de las más asentadas y permanentes que yo he visto.

En cualquier hora de comer, cualquier persona podía sentarse ante el fuego de cualquier familia y ser bien recibida, aunque él y los demás no pudiesen hablar un idioma mutuamente inteligible, porque se daba por sentado que el siguiente fuego que él encendería para preparar su comida estaría igualmente abierto a todo recién llegado. Creo que al final de aquel invierno nosotros, los Polo, habíamos probado todos los tipos de comida que se servían en Buzai Gumbad, y al no cocinar nosotros personalmente, habíamos invitado a un número igual de forasteros a comer en el comedor de Iqbal. La comunidad además de ofrecer toda una variedad de experiencias culinarias, algunas deliciosas y memorables, otras memorables por lo malas, proporcionaba también otro tipo de diversiones. Casi cada día se celebraba una festividad para algún grupo, y les encantaba que los demás habitantes del campamento acudieran a verlos y participaran tocando música, cantando, bailando y haciendo deporte. Desde luego no todos los acontecimientos de Buzai Gumbad eran festivos, pero la diversidad de personas conseguía unirnos también en ocasiones más solemnes. Se observaban tantos códigos legales distintos que se había elegido a un hombre de cada color, lengua y religión representados allí para constituir un tribunal y juzgar los casos de ratería, allanamiento y otras perturbaciones de la paz.

He hablado del tribunal de justicia y de las festividades al mismo tiempo porque ambos elementos figuraron en un incidente que me divirtió. Los kalash, una gente

bella pero pendenciera, se peleaban únicamente entre sí, y sin mucha ferocidad; sus riñas solían acabar con grandes carcajadas de los participantes. Eran también de carácter alegre y gracioso, dado a la música; tenían un repertorio inacabable de danzas con nombres como kikli y dhamal, y bailaban casi cada día. Pero una de sus danzas, llamada el luddi, me ha quedado como un recuerdo único de danza.

La vi interpretada primero por un hombre kalash a quien habían llevado ante el variopinto tribunal de Buzai Gumbad y le habían acusado de robar un juego de campanillas de camello de un vecino kalash. Cuando el tribunal le absolvió por falta de pruebas, todo el contingente kalash, incluyendo el acusador, organizó una sesión de música chillona y estruendosa con flautas, tenacillas chimta y tamboriles, y el hombre empezó a bailar una danza luddi llena de saltos y piruetas en la que acabó participando toda su familia. Luego vi que bailaba también esta danza el otro kalash, el hombre que había perdido las campanillas de camello. Cuando el tribunal no consiguió recuperar las campanillas ni encontrar a un culpable a quien castigar, ordenó que cada cabeza de familia del campamento contribuyera con una campanilla para recompensar a la víctima. Esto sólo supuso unas monedas de cobre para cada contribuyente, pero el total probablemente superó el valor de las campanillas hurtadas. Y cuando se entregó el dinero a aquel hombre, todo el contingente kalash, incluyendo al acusado absuelto, interpretó de nuevo una música chillona y estrepitosa de flautas, tenacillas y tamboriles, y aquel hombre se puso a bailar la danza de saltos y cabriolas, y al final toda su familia se unió a ella. Me enteré de que el luddi es una danza kalash que éstos con su espíritu felizmente pendenciero sólo bailan para celebrar una victoria en un pleito. Me gustaría poder introducir algo parecido en la litigiosa Venecia.

En mi opinión aquel tribunal mixto había emitido un sabio veredicto en ese caso, como en la mayoría de los casos, si se tiene en cuenta lo delicado de su labor. Probablemente entre todos los pueblos reunidos en Buzai Gumbad no había dos que estuvieran acostumbrados a obedecer (o a desobedecer) el mismo código legal. La violación en estado de embriaguez parecía ser un acto común de los rusniacos nestorianos, al igual que lo era la actividad sexual sodomita entre los árabes musulmanes, mientras que los paganos e irreligiosos kalash miraban con horror estas costumbres. Los pequeños robos eran un sistema de vida para los hindúes, y los bho lo condonaban porque consideraban que todo lo que no estaba atado y sujeto carecía de propietario, pero los sucios aunque honestos tazhiks condenaban el robo como algo criminal. O sea que los miembros del tribunal tenían que seguir un estrecho camino intermedio, y tratar de administrar una justicia aceptable sin insultar las costumbres tradicionales de ningún grupo. Y no todos los casos que se presentaban al tribunal eran tan triviales como el asunto de las campanillas de camello robadas.

Un caso presentado ante el tribunal antes de que llegáramos los Polo aún se repetía en las conversaciones y se discutía. Un anciano mercader árabe había denunciado que la más joven y linda de sus cuatro esposas le había abandonado y se había refugiado en la tienda de un joven y guapo rusniaco. El ofendido marido no quería que volviese a

su lado, pedía que condenaran a muerte a ella y a su amante. El rusniaco alegó que según la ley de su patria una mujer era una pieza de caza tan libre como un animal del bosque y pertenecía a quien la cogiera. Además dijo que él la amaba realmente. La esposa descarriada, una mujer del pueblo kirghiz, alegó que encontraba repugnante a su marido legal, porque sólo la había penetrado del sucio modo árabe, por la entrada de detrás, y creía que tenía derecho a cambiar de pareja, aunque sólo fuera para cambiar de postura. Pero dijo que además amaba realmente al rusniaco. Pregunté al patrón Iqbal qué

decisión había tomado el tribunal. (Iqbal era uno de los pocos habitantes permanentes de Buzai Gumbad, por lo tanto era un prohombre y como es lógico le elegían para formar parte del nuevo tribunal que se constituía cada invierno.)

Él se encogió de hombros y dijo:

—El matrimonio es matrimonio en cualquier país, y la esposa de un hombre es propiedad suya. Tuvimos que dar la razón al marido cornudo en esto. Le dimos permiso para que matara a su esposa infiel. Pero no para que interviniera en el destino del amante.

—¿Cuál fue su castigo?

—Sólo tuvo que dejar de amarla.

—Pero ella había muerto. ¿De qué le serviría…?

—Decretamos que también debía morir su amor por ella.

—No… no acabo de entenderlo. ¿Cómo pudo conseguirse eso?

—Dejaron el cuerpo sin vida de la mujer desnudo en una ladera. El adúltero convicto fue encadenado y sujeto a una estaca casi a tocar del otro cuerpo. Dejamos allí a los dos.

—¿Para qué él muriera de hambre a su lado?

—Oh, no. Le dimos de comer y de beber y estuvo allí bastante confortablemente hasta que le soltamos. Ahora vuelve a estar en libertad, y todavía vive, pero ha dejado de amarla.

Yo moví negativamente la cabeza.

—Perdonadme, mirza Iqbal, pero no puedo entenderlo.

—Un cadáver sin enterrar no se queda sin más donde está. Va cambiando de día en día. En el primer día se observa alguna decoloración en todas las partes de la piel

donde se ha hecho presión últimamente. En el caso de aquella mujer, algunas manchas alrededor del cuello donde se habían hundido los dedos de su marido al estrangularla. El amante tuvo que quedarse mirando la aparición de estas manchas sobre su carne. Quizá no eran muy horribles. Pero al cabo de un día o dos, el vientre del cadáver empieza a hincharse. Al cabo de poco tiempo más el cadáver empieza a eructar y a expulsar de distintos modos sus presiones internas con cierta mala educación. Finalmente llegan las moscas…

—Gracias. Empiezo a comprender.

—Sí, y tuvo que presenciarlo todo. Con el frío de estas regiones el proceso no es tan rápido, pero la descomposición es inexorable. Y a medida que el cadáver se pudre, los buitres y los milanos descienden y los perros Saqa! salen y se atreven a acercarse, y…

—Sí, sí.

—En diez días más o menos, cuando los restos empezaban a hacerse líquidos, el joven había perdido su amor por ella. O por lo menos eso creemos, porque ya se había vuelto loco. Se marchó con la expedición de rusniacos, atado con una cuerda detrás de los carros. Todavía vive, pero si Alá es misericordioso, quizá no por mucho tiempo. Las caravanas que invernaban en el Techo del Mundo iban cargadas con todo tipo de bienes, y si algunos despertaron mi admiración como sedas y especias, joyas y perlas, pieles y cueros, la mayoría no eran ninguna novedad para mí. Pero de algunos de aquellos artículos no había oído hablar nunca. Por ejemplo una recua de samoyedos llevaba desde el norte lejano fardos de láminas de un artículo que ellos llamaban cristal de Moscovia. Parecía cristal cortado en placas rectangulares, y cada lámina medía más o menos mi brazo cuadrado, pero su transparencia estaba desfigurada por fisuras, ondulaciones y manchas. Me dijeron que no era cristal auténtico, sino un producto de un tipo extraño de roca. Ésta, parecida en cierto modo al amianto que se separa formando fibras, se va pelando como las páginas de un libro y da unas láminas delgadas, frágiles y de una transparencia legañosa. El material era muy inferior al cristal real, como el que se fabrica en Murano, pero el arte de fabricar el cristal es desconocido en la mayor parte

de Oriente, y el cristal de Moscovia era un sustituto bastante adecuado y según los samoyedos su precio en los mercados era alto.

Del otro extremo de la tierra, del lejano sur, una caravana de cholas tamiles transportaba de la India a Balj pesadas bolsas que sólo contenían sal. Me reí de aquellos hombrecitos de piel oscura. No había visto que en Balj faltara la sal, y pensé que era muy estúpido arrastrar por continentes enteros un artículo tan común. Los diminutos y tímidos cholas suplicaron que considerara con indulgencia su obsequiosa explicación: aquello era « sal marina », dijeron. La probé, su gusto no era diferente al de otras sales, y me reí de nuevo. Ellos entonces continuaron explicándose: la sal

marina poseía una cierta cualidad inherente de la que carecían los demás tipos, según afirmaron. Si se utilizaba para aliñar la comida prevenía la enfermedad del bocio, y ellos esperaban que por este motivo la sal marina se vendería en aquella tierra a un precio que compensaría el esfuerzo de transportarla.

—¿Es sal mágica? —pregunté en son de burla, porque yo había visto muchos de aquellos terribles bocios y sabía que para eliminarlos se necesitaba algo más que tomar cada día unos granos de aquella sal.

Me reí de nuevo de la credulidad y tontería de los cholas, ellos me miraron con un aire de adecuada sumisión y yo seguí mi camino.

Los animales de montar y de carga guardados en los corrales de la orilla del lago eran casi tan variados como sus propietarios. Como es lógico había rebaños enteros de caballos y de asnos e incluso unas cuantas mulas, de buen aspecto. Pero los numerosos camellos presentes no eran del tipo que habíamos visto anteriormente y que utilizamos en los desiertos de las tierras bajas. No eran tan altos ni de piernas tan largas, sino de constitución más robusta, y su pelo largo y espeso les daba un aspecto más impresionante todavía. También tenían crines como los caballos, pero les colgaban de debajo, no de encima ni de sus largos cuellos. Sin embargo la principal novedad era que tenían dos gibas en lugar de una, y se podían montar más fácilmente, porque tenían un hueco natural para la silla entre las dos gibas. Me dijeron que estos camellos bactrianos se adaptaban bien a las condiciones invernales y al terreno montañoso, mientras que los camellos árabes de una giba se adaptan al calor, a la sed y a las arenas del desierto. Otro animal nuevo para mí fue el animal de carga del pueblo bho, que ellos llaman yyag y los demás yak. Era un animal macizo con la cabeza de una vaca y la cola de un caballo unidos a un cuerpo cuya forma, tamaño y textura eran propias de un almiar. Un yak puede llegar a la altura del hombro de una persona, pero lleva la cabeza baja, a la altura más o menos de las rodillas de un hombre. Su pelo abundante y basto, negro o gris de manchas oscuras y blancas, le cuelga hasta llegar al suelo, ocultando unos cascos que parecen demasiado delicados para su gran masa, pero estos cascos se asientan de modo asombrosamente preciso y seguro en los estrechos senderos de montaña. El yak gruñe y refunfuña como un cerdo y rechina continuamente sus enormes dientes cuando avanza pesadamente por la montaña.

Luego me enteré de que la carne de yak es tan buena como la del mejor buey, pero ningún pastor de yak en Buzai Gumbad tuvo ocasión de matar a uno de sus animales mientras estuvimos allí. Sin embargo los bho ordeñaban a las hembras de su rebaño, lo cual exige cierto valor dado el tamaño inmenso y la irritabilidad impredecible de estos animales. Esta leche, tan abundante que los bho la regalaban a los demás, era deliciosa, y la mantequilla que elaboraban a partir de ella sería de una exquisitez notable si no llegara siempre acompañada de largos pelos de yak incrustados en su masa. Este animal proporciona otros productos útiles: su pelo basto puede tejerse y construirse con él tiendas tan fuertes que resisten las tempestades de la montaña, y los

pelos de su cola, mucho más finos, sirven para fabricar excelentes mosqueadores.

Entre los animales más pequeños de Buzai Gumbad vi a muchas perdices de pata roja como las que había visto salvajes en otros lugares, y que allí tenían las alas cortadas para que no pudiesen volar. Los niños del campamento jugaban continuamente al escondite con estas aves y yo supuse que las tenían como animales domésticos o para que cazaran insectos, porque todas las tiendas y edificios estaban infestados. Pero pronto supe que las perdices tenían una nueva y peculiar utilidad para las mujeres kalash y hunzukut.

Las mujeres cortaban las patas rojas de estas aves, guardaban la carne para el puchero y quemaban las piernas convirtiéndolas en una ceniza fina que salía del fuego en forma de polvo púrpura, el cual utilizaban como cosmético para pintar y dar realce a sus ojos, como usan el al-kohl las demás mujeres orientales. Las mujeres kalash también se pintaban toda la cara con una crema elaborada con las semillas amarillas de unas flores llamadas bechu, y puedo asegurar que una mujer con toda la cara de color amarillo brillante, excepto un redondel rojo en sus grandes ojos, constituye todo un espectáculo. Sin duda las mujeres pensaban que este afeite las hacía sexualmente atractivas, porque su otro adorno favorito era una cofia o una caperuza y una capa hecha con innumerables conchas pequeñas llamadas cauris y una concha de cauri tiene claramente la forma perfecta de un órgano sexual femenino en miniatura.

En relación a esto me enteré con satisfacción que Buzai Gumbad ofrecía otras posibilidades sexuales aparte de las violaciones de borrachos, la sodomía y el adulterio odiosamente castigado. Fue Narices quien lo descubrió tras estar solo un día o dos en la ciudad, y de nuevo se me acercó como había hecho en Balj, fingiendo que el descubrimiento le disgustaba:

—En esta ocasión es un sucio judío, amo Marco. Ha tomado el pequeño edificio del caravasar situado a mayor distancia del lago. Por la parte de delante pretende ser una tienda de vaciador, donde él pone a punto cuchillos, espadas y herramientas, pero en la parte trasera guarda un conjunto de mujeres de razas y colores variados. Como buen musulmán debería denunciar a esta ave de carroña posada sobre el Techo del Mundo, pero no lo haré si vos no me lo pedís después de haber estudiado con ojos cristalinos ese establecimiento.

Le dije que así lo haría, y a esto me dediqué unos días después, tras haber deshecho el equipaje y habernos instalado definitivamente. En la botica situada en la parte delantera del edificio un hombre estaba sentado con la hoja de una guadaña en la mano e inclinado sobre una rueda de afilar que movía con un pedal. A no ser por el bonete que llevaba me hubiese parecido un oso jers, porque su cara era muy peluda y sus rizos y bigotes parecía que se fundieran con el gran abrigo de piel que llevaba. Observé que el abrigo era de caro karakul, una vestidura elegante para el simple vaciador que pretendía ser. Esperé a que se produjera una pausa en el rechinante zumbido de la rueda y en la lluvia de chispas que saltaba por todas partes.

Luego le dije, como me había indicado Narices:

—Tengo una herramienta especial que quiero aguzar y engrasar. El hombre levantó la cabeza y yo parpadeé. Su cabello, cejas y barba eran como una especie de hongo rojo medio encanecido, sus ojos eran como zarzamoras y su nariz como una hoja de simsir.

—Un dirham —dijo —, o veinte shahis o cien conchas de cauri. Los forasteros que vienen por primera vez tienen que pagar por adelantado.

—No soy un forastero —le dije efusivamente —. ¿No me conocéis?

Él me contestó de forma seca:

—Yo no conozco a nadie. Gracias a esto mi negocio puede sobrevivir en un lugar plagado de leyes contradictorias.

—¡Pero yo soy Marco!

—Aquí uno deja caer su nombre, cuando deja caer sus prendas inferiores. Si algún muftí

entrometido me interroga puedo decirle sin engaño que no conozco ningún nombre excepto el mío propio, que es Shimon.

—¿El tzaddik Shimon? —pregunté descaradamente —. ¿Uno de los lamed-vav? ¿O los treinta y seis juntos?

Me miró con aspecto alarmado o receloso.

—¿Hablas ivrit? ¡Pero tú no eres judío! ¿Qué sabes de los lamed-vav?

—Sólo sé que al parecer siempre me los encuentro —suspiré —Una mujer llamada Ester me enseñó su nombre y me contó lo que hacen.

Él dijo con desagrado:

—No debió de explicártelo muy bien, si confundes a un patrón de burdel con un tzaddik.

—Me dijo que los tzaddikim hacen el bien a los hombres. Y un burdel sirve para lo mismo, creo yo. ¿Bueno… me vais a dar un consejo ahora, como habéis hecho siempre?

—Acabo de hacerlo. Los muftíes de las caravanas a menudo son muy entrometidos. No vayas proclamando tu nombre por ahí.

—Me refiero a la sed de sangre de la belleza.

Dio un ronquido.

—Si a tu edad, joven Sin Nombre, aún no has aprendido los peligros de la belleza, yo no voy a enseñar a un tonto. Ahora, un dirham o su equivalente, o si no, lárgate de aquí. Yo dejé caer la moneda en su mano callosa y dije:

—Quisiera una mujer que no fuera musulmana. O por lo menos que no tuviera las partes tabzir. Además, y si fuera posible, me gustaría poder hablar con ella, para variar.

—Coge la chica domm —gruñó —. No para nunca de hablar. Por esta puerta, segunda habitación a la derecha.

Se inclinó de nuevo con la guadaña sobre la rueda, y el ruido áspero y la lluvia de chispas llenó otra vez la tienda.

Aquel burdel, como el de Balj, consistía en unas cuantas habitaciones, que podrían calificarse mejor de cubículos, abiertas a un pasillo. El de la chica domm tenía un escaso mobiliario: un brasero de estiércol para dar calor y luz, y también humo y olor, y para llevar a cabo la transacción comercial una especie de cama llamada hindora. Es un jergón que en vez de aguantarse sobre patas cuelga de una viga del techo mediante cuatro cuerdas, y contribuye con algunos movimientos propios a los que tienen lugar en su interior.

Yo no había oído nunca la palabra domm y no sabía qué esperar de la chica. La que estaba sentada meciéndose perezosamente en la hindora resultó un ejemplar nuevo en mi experiencia, una chica de un marrón tan oscuro que casi parecía negra. Sin embargo, aparte de esto, su cara y su figura eran bastante agradables. Sus rasgos eran finos, no bastos como los de las etíopes y su cuerpo era pequeño y ligero, pero bien formado. Hablaba varias lenguas, entre ellas el farsi y así pudimos conversar. Me dijo que su nombre era Chiv, que en su idioma materno romm significaba Hoja.

—¿Romm? El judío dijo que eras domm.

—¡No soy domm! —protestó violentamente —. ¡Yo soy romni. Soy una juvel, una joven de los romm!.

Yo no tenía idea de lo que eran los domm o los romm y por lo tanto evité discutir dedicándome al negocio que me había llevado allí. Y pronto descubrí que, aparte de lo que pudiera ser la juvel Chiv, y según dijo su religión era musulmana, era una juvel completa, y no estaba privada, como las musulmanas, de ninguna de sus partes femeninas. Y estas partes, una vez pasada la entrada de color marrón oscuro, eran tan rosadas y bonitas como las de cualquier otra mujer. También pude comprobar que Chiv

no fingía placer sino que disfrutaba del jugueteo tanto como yo. Cuando después le pregunté perezosamente por qué se había dedicado a aquella ocupación, no se inventó

ningún cuento sobre una caída provocada por las penas de la vida, sino que me dijo alegremente:

—De todos modos igual haría zina, o lo que nosotros llamamos surata, porque me gusta. Que te paguen por hacer surata es un premio de más, y esto también me gusta.

¿Rechazarías un sueldo, si te lo ofrecieran, para cobrar cada vez que orinas?

Bueno, pensé, quizá Chiv no era una chica con sentimientos muy románticos, pero era sincera. Le di incluso un dirham que no tendría que compartir con el judío. Y mientras salía a través de la tienda del vaciador tuve la satisfacción de dirigirle una observación sarcástica:

—Estabais equivocado, viejo Shimon. Como ya pude comprobar en otras ocasiones. Esta chica es una romm.

—Romm, domm, esta desgraciada gente toma el nombre que le apetece —dijo sin preocuparse. Pero luego continuó con más animación y amabilidad que antes —: Eran originalmente los dhoma, una de las clases más bajas de todos los jatis hindúes de la India. Los dhoma son intocables, un pueblo odiado y detestado, y por ello abandonan continua y lentamente la India para buscar ocupaciones mejores en otros lugares. Dios sabe cómo, porque los únicos oficios de los que son capaces son bailar, putear, hacer chapuzas y robar. Y disimular. Se aplican el nombre de romm pretendiendo descender de los cesares occidentales. Pero cuando se llaman atzigan pretenden descender del conquistador Alejandro. Y cuando se llaman egipsies, pretenden descender de los antiguos faraones. —Se echó a reír —. Sólo descienden de los puercos dhoma, pero se están abatiendo sobre todos los países de la tierra.

—También vosotros los judíos vivís dispersos por todo el mundo —le dije —. ¿Cómo puede una persona de tu raza despreciar a quienes hacen lo mismo que vosotros?

Me dirigió una penetrante mirada, pero respondió en un tono deliberado como si yo no le hubiese hablado despreciativamente.

—Cierto, los judíos nos adaptamos a las circunstancias de nuestra dispersión por el mundo. Pero los domm hacen algo que nosotros nunca haremos. Buscan la aceptación de los demás adoptando humildemente la religión local dominante. —Rió de nuevo —.

¿Lo ves? Cualquier pueblo despreciado puede encontrar siempre otro más vil al cual despreciar y desdeñar.

Yo respiré fuerte y dije:

—De esto se deduce que también los domm tienen alguien a quien despreciar.

—Ah, claro. A todo el resto de la creación. Para ellos tú, yo y todos los demás somos los gazhi, palabra que únicamente significa «los engañados, las víctimas», los que pueden ser estafados y embaucados.

—Me imagino que una chica guapa, como vuestra Chiv, no necesita engañar a… El sacudió con impaciencia la cabeza.

—Llegaste aquí gimoteando con la historia de que la belleza despertaba tus sospechas.

¿Llevabas algo de valor encima?

—¿Crees que soy burro y que llevo cosas de valor a una casa de putas? Sólo llevaba unas monedas y mi cuchillo de cinto. ¿Dónde está mi cuchillo?

Shimon sonrió compasivamente. Pasé de un salto por su lado, y entré como una furia en la habitación trasera, donde encontré a Chiv contando alegremente un puñado de monedas de poco valor.

—¿Tu cuchillo? Ya lo he vendido. ¿Soy rápida, no? —dijo mientras yo la miraba desde arriba echando chispas —. No esperaba que lo echaras a faltar tan pronto. Lo vendí a un pastor tazhik que acaba de pasar por la puerta trasera, es decir, que el cuchillo ha

volado. Pero no te enfades conmigo. Robaré un cuchillo mejor a otra persona, lo guardaré hasta que vuelvas y te lo daré. Esto lo haré… por la gran estima que te tengo, y por tu guapura, tu generosidad y tus proezas excepcionales en la surata. Como es natural después de tantos elogios se esfumó mi enfado y le dije que procuraría visitarla de nuevo. Sin embargo cuando salí por segunda vez pasé furtivamente al lado de Shimon y de su rueda, más o menos como había salido de otro burdel en otra ocasión, pero entonces vestido con ropa de mujer.

2

Creo que si se lo hubiésemos pedido, Narices nos habría encontrado un pez en un desierto. Cuando mi padre le pidió que buscara un médico para que opinara sobre la aparente mejora de la tisichezza de tío Mafio, Narices no tuvo ninguna dificultad en encontrar a uno, a pesar de que estábamos en el Techo del Mundo. Y el hakim Mimdad, anciano y calvo, nos pareció un doctor competente. Era persa, y este solo hecho ya lo calificaba como hombre civilizado. Viajaba como conservador de la salud de una caravana de mercaderes persas de qali. En su misma conversación general ya dio pruebas de que su conocimiento de la profesión era más que rutinario. Recuerdo que nos dijo:

—Yo, personalmente, prefiero prevenir las enfermedades a curarlas, aunque la prevención no ingrese dinero en mi bolsa. Por ejemplo, digo a todas las madres de este campamento que hiervan la leche que dan a sus hijos. Tanto si es de yak, de camello o de lo que sea, les advierto que hay que hervirla primero en una vasija de hierro. Como todo el mundo sabe los peores yinn y otros tipos de demonios sienten repulsión por el hierro. Y he comprobado con experimentos que hervir la leche libera de la vasija un jugo de hierro que se mezcla con la leche y ahuyenta a cualquier yinn que pudiera estar al acecho para infligir alguna enfermedad al niño.

—Parece razonable —dijo mi padre.

—Soy un gran defensor de los experimentos —continuó el viejo hakim —. Las reglas y recetas aceptadas de la medicina están muy bien, pero he descubierto a menudo, mediante experimentos, nuevas curas que no se explican por las viejas reglas. La sal marina, por ejemplo. Ni el mayor de todos los curadores, el sabio ibn Sina, parece haber notado que existe una diferencia sutil entre la sal marina y la obtenida de los campos de sal del interior. En ninguno de los antiguos tratados se adivina motivo alguno que explique esta diferencia. Pero hay algo en la sal marina que previene y cura la gota y otras inflamaciones tumorosas del cuerpo. Esto me lo han demostrado los experimentos. Yo decidí en mi fuero interno pedir excusas a los pequeños mercaderes de sal chola de quienes me había burlado.

—¡Bueno, dotór Balanzón! —dijo estentóreamente mi tío, aplicándole con malicia el nombre de aquel personaje cómico veneciano —. Dejemos esto y explicadme qué

prescribís para mi maldita tisichezza: sal marina o leche hervida. El hakim procedió, pues, a su examen de diagnóstico, tocando aquí y allí a tío Mafio y haciéndole preguntas. Al cabo de un rato dijo:

—No puedo saber si la tos era muy grave. Pero como vos decís, actualmente no lo es, y no oigo mucha crepitación dentro del pecho. ¿Os duele ahí?

—Sólo de vez en cuando —respondió mi tío —. Y supongo que se explica, después de los ataques de tos que padecí.

—Pero permitidme una suposición —dijo el hakim Mimdad —. Notáis el dolor únicamente en un lugar. Bajo vuestra costilla izquierda.

—Sí, es cierto.

—Además vuestra piel está muy caliente. ¿Es constante esta fiebre?

—Viene y va. Viene, sudo, y se va.

—Abrid la boca, por favor. —Le miró el interior de la boca y luego le levantó los labios para mirar las encías —. Ahora enseñadme las manos. —Las miró del derecho

y del revés

—. ¿Puedo arrancaros un pelo de la cabeza?

Así lo hizo y tío Mafio no se estremeció; el médico estudió el cabello, doblándolo en sus dedos. Luego preguntó:

—¿Sentís la necesidad frecuente de hacer kut?

Mi tío se echó a reír e hizo rodar lascivamente los ojos:

—Siento muchas necesidades, y frecuentemente. ¿Cómo se hace kut?

El hakim adoptó una actitud paciente, como si estuviera tratando con un niño, y se pasó

la mano significativamente por el trasero.

—¡Ah, kut es merda! —bramó mi tío sin dejar de reír —. Sí, tengo que cagar con frecuencia. Desde que el anterior médico me administró su maldito purgante, he sufrido la cagasangue. Me hace trotar continuamente. Pero ¿qué tiene esto que ver con una afección de los pulmones?

—Creo que no tenéis la hast nafri.

—¿No tiene la tisichezza? —preguntó mi padre sorprendido —. Pero estuvo tosiendo sangre continuamente…

—No era de los pulmones —dijo el hakim Mimdad —, sino de las encías, que exudan sangre.

—Bueno —dijo tío Mafio —, no es mala noticia enterarse de que los pulmones no le fallan a uno. Pero veo que sospecháis la existencia de otra enfermedad.

—Os pediré que hagáis aguas en esta pequeña jarra. Os diré más cosas cuando haya inspeccionado los síntomas de diagnóstico en la orina.

—Experimentos —murmuró mi tío.

—Exactamente. Mientras tanto si el posadero Iqbal me trae unas yemas de huevo me gustaría que me dejarais pegar unos cuantos papelitos más con el Corán.

—¿Hacen algún bien?

—No hacen ningún mal. Gran parte de la medicina consiste precisamente en esto: en no hacer daño.

Cuando el hakim se fue con la jarrita de orina, tapándola con una mano para impedir la contaminación, yo también salí del caravasar. Me fui primero a las tiendas de los chola tamiles, les dije unas frases de excusa y les deseé prosperidad a todos, lo cual pareció

ponerles más nerviosos de lo que ya estaban, y luego me dirigí por aquellos vericuetos al establecimiento del judío Shimon.

Pedí de nuevo que engrasaran mi herramienta, pedí de nuevo a Chiv, el patrón me la dio y ella, tal como había prometido, me regaló un nuevo cuchillo, de calidad; y para demostrarle mi gratitud intenté superar mis anteriores proezas en la ejecución de la surata. Luego me detuve un momento al salir y regañé de nuevo al viejo Shimon.

—Desde luego vuestras ideas son terribles. Me contasteis muchas cosas insultantes sobre el pueblo romm, pero ved el espléndido regalo que esta chica me ha hecho a cambio de mi viejo cuchillo.

Se encogió de hombros con indiferencia y dijo:

—Podéis estar contento de que no os lo haya metido entre las costillas. Le enseñé mi cuchillo.

—Nunca vi otro igual. Se parece a una daga ordinaria ¿verdad? Tiene una sola hoja ancha. Pero observad: cuando la clavo en una presa aprieto la empuñadura: así. Y esta hoja ancha se separa en dos que saltan como un resorte y una tercera hoja interior que estaba escondida se proyecta entre ellas para clavarse más profundamente en la presa.

¿No es un maravilloso invento?

—Sí. Ahora recuerdo este cuchillo. Lo afilé no hace mucho. Y os sugiero que si lo guardáis, lo tengáis a mano. Pertenecía a un montañés hunzuk, un hombre muy alto que nos visita en ocasiones. Ignoro su nombre, pero todo el mundo le llama simplemente el Aprietacuchillos, por su habilidad en el manejo del arma, y porque lo utiliza con facilidad cuando su humor… ¿Tenéis que iros ya?

—Mi tío está en cama —dije, mientras salía por la puerta —. No debería haberme ausentado tanto tiempo.

No llegué a saber si era una broma pesada del judío, pero no tropecé con ningún hunzik alto e iracundo entre la tienda de Shimon y el caravasar. Para evitar un enfrentamiento de este tipo, los dos días siguientes permanecí prudentemente cerca del edificio principal de la posada escuchando, en compañía de mi padre o de mi tío, los consejos del posadero Iqbal.

Cuando nosotros alabamos con entusiasmo la buena leche que daban las yaks y nos maravillamos de la bravura de los bho que se atrevían a ordeñar a aquellos

monstruos, Iqbal nos dijo:

—Hay un truco sencillo para ordeñar a una hembra de yak sin peligro. Acercadle una cría para que la lama y la toque con el morro y aguantará tranquila y serena que le quiten la leche.

Pero no todas las noticias que nos llegaron en aquella época fueron bien recibidas. El hakim Mimdad se presentó de nuevo para conferenciar con tío Mafio, y empezó

proponiendo gravemente hacerlo en privado. Estábamos presentes mi padre, Narices y yo, y los tres nos levantamos para salir de la habitación, pero mi tío nos detuvo con un movimiento perentorio de mano:

—No guardo secreto ningún tema que pueda afectar en su momento a mis socios de expedición. Lo que tengáis que decir nos lo podéis decir a todos. El hakim se encogió de hombros.

—En este caso tened la bondad de bajaros el pai-yamah…

Así lo hizo mi tío y el hakim estudió su ingle desnuda y su gran zab:

—Esta falta de pelo, ¿es natural u os afeitáis vos mismo?

—Me lo quito con un ungüento llamado mumum. ¿Por qué?

—Sin el pelo puede observarse fácilmente la decoloración —dijo el hakim, señalando —. Mirad vuestro abdomen. ¿Veis ese tono gris metálico de la piel, aquí?

Mi tío miró y también lo hicimos los demás. Él preguntó:

—¿La ha causado el mumum?

—No —respondió el hakim Mimdad —. Noté esta misma lividez en la piel de las manos. Cuando os quitéis vuestras botas de chamus observaréis la misma lividez en los pies. Estas manifestaciones tienden a confirmar lo que ya sospechaba cuando os hice mi anterior examen y al observar vuestra orina. La he traído aquí en una jarra blanca para que podáis verla vos mismo. Observad el color fumoso que tiene.

—¿Y…? —dijo tío Mafio mientras se subía la ropa —. Quizá aquel día comí pilaf de colores. No lo recuerdo.

El hakim movió negativamente la cabeza de modo lento pero decidido.

—He visto ya demasiados síntomas, como he dicho. Las uñas de vuestros dedos están opacas. Vuestro pelo es quebradizo y se rompe fácilmente. Me falta por ver todavía otro síntoma confirmador, pero vos debéis haberlo observado ya en algún lugar de vuestro cuerpo. Una pequeña pústula gomatosa que no acaba de curarse. Tío Mafio le

miró como si el médico hubiese sido un brujo, y dijo impresionado:

—Una picada de mosca, que tuve en Kashan. Una simple picada, nada más.

—Mostrádmela.

Mi tío se arremangó la manga izquierda. Cerca de su codo había un punto rojo, rabioso y brillante. El hakim se inclinó para estudiarlo.

—Decidme si me equivoco. Cuando la mosca os picó por primera vez, la picada se curó

y se formó una pequeña cicatriz, con toda naturalidad. Pero luego la llaga se abrió de nuevo encima de la cicatriz y curó de nuevo y luego volvió a entrar en erupción, siempre más allá del punto original…

—No os equivocáis —dijo mi tío débilmente —. ¿Qué significa?

—Confirma mi diagnóstico definitivo: que estáis sufriendo la kala-azar. La enfermedad negra, la enfermedad mala. Desde luego procede de la picada de una mosca. Pero ésta es la encarnación de un yinni malvado. Un yinni que toma astutamente la forma de una mosca tan pequeña que nadie imaginaría que pudiese albergar tanto mal.

—Bueno, tampoco es insoportable. Un poco de piel manchada, algo de tos y de fiebre, una pequeña llaga…

—Pero desgraciadamente no se mantendrá mucho tiempo en este nivel. Las manifestaciones se multiplicarán y se agravarán. Vuestro pelo quebradizo se romperá y quedaréis calvo en todas partes. La fiebre provocará emaciación, astenia y cansancio, hasta que ya no podáis moveros. El dolor que sentís bajo la costilla procede de un órgano llamado bazo. Este dolor aumentará y este punto empezará a hincharse terriblemente hacia fuera y se endurecerá y perderá toda función. Mientras tanto la lividez se difundirá por toda la piel y la piel se oscurecerá hasta tornarse negra, y producirá bolsas de gummata y furúnculos y escamaciones, hasta que todo el cuerpo, incluyendo la cara, se parezca a una gran masa de uvas pasas negras. En aquel momento estaréis deseando ardientemente la muerte. Y moriréis, desde luego, cuando os falle la función del bazo. Si no os tratáis de modo inmediato y continuo moriréis con toda seguridad.

—¿Pero hay tratamiento?

—Sí. Éste es. —El hakim Mimdad sacó un saquito de tela —. Este medicamento está

formado principalmente por un metal pulverizado, un triturado de un metal llamado estibio. Es un seguro vencedor de los yinni y una cura segura de la kala-azar. Si

empezáis a tomarlo ahora, en cantidades muy diminutas, y continuáis tomándolo tal como yo os lo prescriba, pronto empezaréis a mejorar. Recuperaréis el peso perdido. Volveréis a tener fuerza. Vuestra salud será de nuevo óptima. Pero este estibio es la única cura.

—¿Bien? Es evidente que sólo se necesita una cura. Acepto con alegría la que me proponéis.

—Lamento deciros que el estibio, aunque detiene la kala-azar, produce por otra parte un efecto físico perjudicial. —Hizo una pausa —. ¿Estáis seguro de que no queréis continuar esta consulta en privado?

Tío Mafio dudó un instante mirándonos a todos, luego se cuadró de hombros y gruñó:

—Sea lo que fuere, decídmelo.

—El estibio es un metal pesado. Cuando se ingiere se deposita, pasando por el estómago, en la zona esplácnica, donde provoca sus efectos beneficiosos y somete a los yinni de la kala-azar. Pero al ser pesado se precipita en la parte inferior del cuerpo, o sea en las bolsas que contienen las bolas viriles.

—O sea que mis pelotas colgarán con mayor peso. Tengo fuerza suficiente para que no se me caigan.

—Supongo que sois un hombre a quien le gusta er… ejercitarlas. Ahora estáis afectado por la enfermedad negra y no hay tiempo que perder. Si no tenéis ninguna amiga en la localidad os recomiendo que visitéis el burdel local administrado por el judío Shimon. Tío Mafio lanzó una carcajada, que quizá yo o mi padre pudimos interpretar mejor que

el hakim Mimdad.

—No veo qué relación hay —dijo —. ¿Por qué tengo que dar este paso?

—Para disfrutar mientras podáis de vuestra capacidad viril. Si yo fuera vos, mirza Mafio, me apresuraría a hacer todo el zina que pudiese. Estáis condenado o bien a quedar desfigurado terriblemente por la kala-azar y al final morir… o si queréis curaros y salvar la vida, tenéis que empezar a tomar inmediatamente el estibio.

—¿Qué significa este si? Claro que deseo curarme.

—Pensadlo. Algunos preferirían morir de la enfermedad negra.

—En el nombre de Dios, ¿por qué? Hablad claro.

—Porque el estibio al depositarse en vuestro escroto, empezará inmediatamente a

ejercer su otro efecto deleterio: petrificar vuestros testículos. Muy pronto quedaréis impotente, y para el resto de vuestros días.

—Gésu.

Nadie dijo nada más. Hubo un terrible silencio en la habitación, y parecía que nadie se atreviese a romperlo. Finalmente tío Mafio habló de nuevo y dijo tristemente:

—Os llamé dotór Balanzón, sin saber hasta qué punto acertaba. Sin saber la broma mordaz que me teníais preparada. Presentarme esta alternativa cómica: morir miserablemente o vivir castrado.

—Ésta es la alternativa. Y la decisión no puede aplazarse mucho.

—¿Seré un eunuco?

—Sí, en efecto.

—¿Sin capacidad?

—Ninguna.

—Pero… quizá… dar mafa'ulbe-vasile al-badam?

—Najer. El badam, el llamado tercer testículo, también se petrifica.

—Ninguna solución entonces. Capón mala capona. Pero… ¿y el deseo?

—Najer. Ni siquiera esto.

—¡Ah, bueno! —Tío Mafio nos sorprendió a todos hablando con la misma jovialidad de siempre —. ¿Por qué no lo dijisteis de entrada? ¿Qué importa que no funcione, si no tengo ningún deseo de hacerle? Imaginaos esto. Sin deseo: es decir, sin necesidad; es decir, sin molestia; es decir, sin complicados epílogos. Debería ser la envidia de cualquier sacerdote a quien hayan tentado alguna vez una mujer o un niño del coro o un súccubo. —Yo pensé que tío Mafio en el fondo no se sentía tan jovial como quería aparentar —. Y en definitiva, tampoco podrían haberse realizado muchos de mis deseos. El más reciente me dejó y desapareció en una tierra temblorosa. En cierto modo es afortunado que este yinni de castración me asaltara sólo a mí y no a una persona de deseos más dignos. —Se echó a reír de nuevo esforzadamente, con aquella jovialidad horriblemente falsa —. Pero escuchadme: ya estoy delirando. Si no tengo cuidado me puedo transformar incluso en un filósofo moral, en el último refugio del eunuquismo. Que Dios no lo quiera. Conviene más huir de un moralista que de un sensualista, no xe vero? Está clarísimo, buen doctor, voy a escoger la vida. Comencemos la medicación… Pero mañana, ¿verdad? —Cogió y se puso su voluminoso abrigo chapón —. Tal como habéis prescrito, mientras me queden deseos

debo derrocharlos. Mientras tenga jugos debo chapotear en ellos, ¿no es así? Por lo tanto ruego que me excusen, caballeros. Ciao.

Y nos dejó dando un vigoroso portazo.

—El paciente se ha enfrentado valerosamente con el hecho —murmuró el hakim.

—Quizá lo decía sinceramente —agregó mi padre en tono especulativo —. El marinero más intrépido después de ver hundirse debajo suyo muchos navíos quizás agradezca quedarse para siempre en una plácida playa.

—¡Confío que no! —dijo Narices inesperadamente. Y luego se apresuró a añadir —: Es solamente mi opinión, buenos amos. Pero ningún marinero debería agradecer quedarse sin mástil. Especialmente una persona de la edad del amo Mafio, que es aproximadamente mi misma edad. Excusad, hakim Mimdad, ¿esta terrible kala-azar puede ser… contagiosa?

—Oh, no. A no ser que también te pique una mosca yinni.

—De todos modos… —dijo Narices inquieto —, uno se siente impulsado a… a tomar precauciones. Si los amos no tienen nada que ordenar, pido también que se me excuse. Y Narices se fue, y poco después también yo me fui. Probablemente el apocado y supersticioso esclavo no se había creído la garantía que le dio el médico. Yo sí la creí, pero con todo…

Cuando se asiste a un fallecimiento, como dije antes, se acaba llorando por la pérdida del difunto, pero en realidad uno se alegra más, aunque lo haga en secreto o inconscientemente, de seguir con vida. Después de haber asistido, por decirlo así, a una muerte parcial o a una muerte por partes, me alegré de poseerlas todavía todas; y como Narices, tenía prisa por comprobar esta posesión. Me fui directamente al establecimiento de Shimon.

No me encontré allí ni con Narices ni con mi tío; probablemente el esclavo había ido a buscar a algún chico accesible de los kuch-i-safari, y posiblemente tío Mafio había hecho lo mismo. Pedí de nuevo al judío la chica de piel marrón oscuro, Chiv, y la poseí

y la poseí tan enérgicamente que ella murmuró en su idioma romm voces entrecortadas de asombrado placer:

—Yilo! Friska! Alo! Alo! Alo!

Y yo sentí tristeza y compasión por todos los eunucos, sodomitas, castróni y por todas las especies de mutilados que no sabrán nunca la delicia que supone conseguir que una mujer cante esta dulce canción.

3

En todas mis posteriores visitas al negocio de Shimon —y fueron bastante frecuentes, una o dos veces a la semana —pedí siempre por Chiv. Estaba muy satisfecho de cómo llevaba a cabo el surata, casi había dejado de notar el color de qahwah de su piel y no tenía ningún interés en probar los demás colores y razas de hembras que el judío tenía en su establo, porque todas eran inferiores a Chiv en rostro y figura. Pero hacer surata no fue mi única diversión durante aquel invierno. Siempre sucedía algo en Buzai Gumbad que tenía interés y novedad para mí. Cuando oía elevarse un ruido que podía ser el de un gato pisado o el de alguien empezando a tocar la música nativa, siempre suponía que era lo segundo, y salía para ver qué tipo de entretenimiento se me ofrecía. Podía encontrarme únicamente con un mirasi o un najhaya malang, pero cabía siempre la posibilidad de que fuera algo que valiera más la pena contemplar. Un mirasi era un cantante, pero de un tipo especial: sólo cantaba historias de familia. Si se lo pedían y se lo pagaban, se sentaba en el suelo ante su sarangi, un instrumento parecido a una viella, tocado con un arco, pero que se dejaba sobre el suelo. El mirasi afinaba las cuerdas de su instrumento y con su acompañamiento de gemidos cantaba los nombres de todos los antepasados del profeta Mahoma o de Alejandro Magno o de cualquier otro personaje histórico. Pero pocos solicitaban este tipo de canción; al parecer todo el mundo se sabía ya de memoria las genealogías de todos los notables consagrados. Lo más corriente era que una familia contratara a un mirasi para que cantara su propia historia. Supongo que a veces hacían el gasto únicamente por el placer de oír el árbol familiar puesto en música, y quizás a veces sólo para impresionar a todos los vecinos que pudieran oírlo. Pero en general, buscaban a un mirasi cuando

negociaban un enlace matrimonial con otra familia, y así la potencia de los pulmones del mirasi proclamaba la estimable herencia que aportaría el chico o chica a punto de desposarse. El cabeza de familia escribía o recitaba esta genealogía entera al mirasi, quien entonces ordenaba todos los nombres por rima y ritmo, o así me lo contaron; yo lo más que captaba era un sonido monótono e interminable, porque el canto y el aserrado del mirasi podía durar horas. Supongo que la cosa exigía un considerable talento, pero después de un rato de oír que «Reza Feruz engendró a Lotf Ali y Lotf Ali engendró a Rahim Yadollah», etcétera, desde Adán hasta el momento presente, no hice ningún esfuerzo para asistir a más representaciones de ésas.

Las actuaciones de un najhaya malang no palidecían tan rápidamente. Un malang es lo mismo que un derviche, un mendigo santo, e incluso allí arriba, en el Techo del Mundo, había mendigos, tanto nativos como de paso. Algunos ofrecían un entretenimiento antes de mendigar bakchís. El malang se sentaba con las piernas cruzadas ante un cesto y tocaba una simple flauta de madera o de barro cocido. La serpiente najhaya levantaba entonces su cabeza del cesto, abría su capuchón y empezaba a balancearse graciosamente, marcando al parecer el paso con la ronca música. La najhaya es una serpiente terriblemente iracunda y venenosa, y todos los malang afirmaban que ellos eran los único; que tenían poder sobre la serpiente, un

poder adquirido por medios ocultos. Por ejemplo, el cesto era de un tipo especial llamado jayur, y sólo lo podía trenzar un hombre. La flauta barata se debía santificar místicamente. La música era una melodía que sólo conocía el iniciado. Pero pronto me di cuenta de que habían quitado los colmillos a las serpientes, y por lo tanto eran inofensivas. También comprobé, puesto que las serpientes carecen de oído, que la najhaya se balanceaba adelante y atrás únicamente para fijar su impotente puntería en la punta meneante de la flauta. El malang podía haber tocado una melodiosa furlana veneciana y conseguir el mismo efecto.

Pero a veces oía una repentina explosión de música, la seguía hasta localizar su origen, y me encontraba con un grupo de guapos kalash cantando en barítono «Dhama dham masta qalandar…», mientras se ponían sus zapatos rojos llamados utzar, que sólo calzaban cuando estaban a punto de lanzarse a una danza de golpes de pies, patadas y redobles que ellos llamaban dhamal. O podía oír el retumbar de los tambores y el salvaje sonido de caramillo que acompañaba una danza más frenética, furiosa y rápida llamada attan, en la cual participaba medio campamento, hombres y mujeres juntos. En una ocasión, oí música propagándose en las tinieblas de la noche y la seguí hasta encontrar un campamento de carros sindis en círculo, y vi que las mujeres sindis ejecutaban una danza exclusivamente femenina, y que cantaban mientras danzaban:

«Sammi meri warra, ma'in wa'ir…» Vi que Narices también miraba sonriendo y marcando el ritmo con los dedos sobre su vientre, porque aquellas mujeres eran de su propia patria. Eran demasiado oscuras de piel para mi gusto, y tendía a crecerles el bigote; pero su baile era bonito, y lo danzaban a la luz de la luna. Me senté al lado de Narices, que estaba sentado y apoyado contra la rueda de uno de los carros cubiertos, y él me tradujo la canción y la danza. Dijo que las mujeres estaban contando una trágica historia de amor, la de la princesa Sammi, que estaba muy enamorada de un joven príncipe llamado Dhola, y cuando crecieron él se fue y la olvidó y no volvió nunca más. Era una historia triste, pero si la princesita sammi al madurar tenía que entrar en carnes y dejarse bigote la actitud del príncipe Dhola no me parecía tan incomprensible. Sin duda, todas las mujeres de la caravana habían sido reclutadas para la danza, porque dentro del carro contra el cual nos apoyábamos Narices y yo un inquieto bebé a quien nadie cuidaba se puso a llorar con fuerza suficiente para ahogar incluso la sonora música sindi. Resistí un rato aquellos lloros confiando en que el niño acabaría

durmiéndose, o ahogándose, pues el resultado me traía sin cuidado. Cuando al cabo de un largo tiempo no pasó nada de esto, murmuré unas palabras de enojo.

—Yo me encargo de que calle, mi amo —dijo Narices, quien se levantó y se metió en el carro.

Los llantos del niño se fueron calmando hasta convertirse en gorjeos y luego en silencio. Agradecido, dediqué toda mi atención a la danza. El niño permaneció

tranquilo, pero Narices se quedó dentro algún tiempo. Cuando al final bajó del carro para sentarse de nuevo a mi lado le di las gracias y le pregunté en broma:

—¿Qué le hiciste? ¿Matarlo y enterrarlo?

Él contestó complacido:

—No, amo, tuve una inspiración momentánea. Encanté al niño dándole a chupar un nuevo y excelente calmante y una leche más cremosa que la de su madre. Tardé un rato en entender lo que había dicho. Luego me aparté horrorizado y exclamé:

—¡Dios mío! ¡Hiciste eso! —Él, sin avergonzarse, pareció algo sorprendido por mi arranque —. Gésu! ¡Ese miserable y pequeño instrumento tuyo ha tenido repugnantes enfermedades y lo has metido dentro de sucios animales y de traseros y… ahora un niño.

¡Y de tu propio pueblo!

Él se encogió de hombros.

—Vos queríais que calmara al niño, amo Marco. Observad que continúa dormido y satisfecho. Y yo tampoco me siento nada mal.

—¡Nada mal! Gésu, María, Isépo, pero tú eres el peor ser humano, el más vil y asqueroso que haya visto nunca.

Se merecía como mínimo que lo apalearan hasta arrancarle la sangre, y seguramente los padres de la criatura le habrían hecho algo peor. Pero en cierto modo yo le había incitado al acto y sin embargo no pegué a mi esclavo. Me limité a regañarle y a insultarle, y le repetí las palabras de Nuestro Señor Jesús, el profeta Isa para Narices, cuando nos mandó tratar tiernamente a nuestros niños «porque de ellos es el reino de Dios».

—Pero yo lo hice tiernamente, mi amo. Y ahora podréis contemplar en paz el resto de las danzas.

—¡No voy a hacerlo! ¡No quiero estar en tu compañía, animal! No podría mirar a los ojos a estas bailarinas sabiendo que una de ellas es la madre de este desgraciado e inocente niño.

Me fui, pues, de allí antes de que concluyera la representación. Por fortuna tales ocasiones no solían echarse a perder con incidentes de este tipo. A veces, al seguir la llamada de la música me encontraba con una confrontación deportiva en vez de una danza. Dos tipos de deporte al aire libre gozaban de popularidad en Buzai Gumbad, y ninguno de los dos podía jugarse en una superficie mucho menor, porque para ambos se necesitaba un número considerable de hombres a caballo cabalgando fuerte.

Uno de los juegos era exclusivo de los hunzukut, porque se había inventado originalmente en su valle nativo de Hunza, situado aproximadamente al sur de aquellas montañas. Los jugadores llevaban en la mano pesados palos parecidos a mazos y con ellos golpeaban un objeto llamado pulu, un nudo redondeado de madera de sauce que rodaba por el suelo como una pelota. Cada equipo estaba formado por seis hunzukut montados, que intentaban dar a ese pulu con sus palos, aunque a menudo golpeaban entusiásticamente a sus oponentes o a sus caballos o a sus propios compañeros de equipo, a fin de introducir el pulu entre la movida defensa de los seis oponentes y hacerlo rodar o volar más allá de una línea vencedora en el extremo del campo. Yo a menudo no podía seguir el desarrollo del juego porque me costaba mucho saber a

qué equipo pertenecía cada jugador. Todos llevaban ropas pesadas de piel y cuero, además del típico sombrero hunzuk, que se parece a un par de gruesos pasteles en equilibrio sobre la cabeza. En realidad el sombrero está formado por un largo tubo de tela basta enrollado por sus dos extremos hasta tocarse cada rollo; y el conjunto resultante se planta sobre la cabeza. Para jugar un partido los seis jugadores de un equipo se ponían sombreros rojos y los otros seis sombreros azules. Pero después de jugar un rato los colores apenas podían distinguirse.

También a menudo el mismo pulu de madera desaparecía de mi vista confundido entre los cuarenta y ocho cascos que golpeaban el suelo, entre la nieve, el fango y el sudor que saltaba por los aires, entre los golpes confusos de mazos y entre jugadores que de vez en cuando se quedaban sin montura y recibían golpes y patadas de todos. Pero los espectadores más experimentados, o sea casi todo el mundo en Buzai Gumbad, tenían una vista más aguda. Cuando veían que el pulu saltaba por encima de la línea vencedora a uno u otro extremo del campo toda la multitud gritaba: «Gol! Go-o-o-ol!», una palabra hunzuk cuyo significado era que un equipo había sumado un punto más para ganar el juego, y simultáneamente una banda de música tocaba tambores y flautas en una celebración cacofónica.

El partido finalizaba cuando un equipo había conseguido lanzar nueve veces el pulu por encima de la línea opuesta de gol. Aquel tropel de doce caballos podía pasarse un día entero tronando arriba y abajo por el campo resbaladizo y traidor, con los jugadores gritando y maldiciendo, los espectadores animándoles a gritos, los palos girando en el aire y chocando, y a menudo haciéndose trizas, el fango removido embadurnando a los jugadores, a los caballos, a los espectadores y a los músicos, y los jinetes cayéndose de sus sillas e intentando correr a un lugar seguro pero siendo abatidos alegremente por sus compañeros; o sea que al final del día, cuando el campo era un simple pantano de barro y Iodo, los caballos no hacían más que resbalar, torcerse las patas y caer. Era un deporte espléndido, y nunca me perdía la ocasión de contemplarlo.

El otro juego era semejante, porque lo jugaban muchos hombres a caballo. Pero en este deporte no importaba el número, y no había equipos; cada jinete jugaba para sí y

contra todos los demás. Se llamaba bous-kashia, y creo que éste es un término tazhik, pero el juego no era patrimonio especial de un pueblo o tribu, y todos los hombres participaban en él en una ocasión u otra. En vez del pulu el objeto central del bous-kashia era el cadáver de una cabra a la que habían cortado la cabeza.

Se tiraba al suelo sin más ceremonia al animal recién matado, entre las piernas de los caballos, y todos los jinetes corrían al lugar y luchaban entre sí, se empujaban y se aporreaban intentando agacharse y coger la cabra del suelo. Quien lo conseguía tenía que lanzarse al galope y atravesar con la cabra una línea en el extremo del campo. Como era de esperar, los demás lo perseguían, tiraban de su trofeo e intentaban que su caballo tropezara o cambiara de dirección, o procuraban echar al jinete de la silla. Y

quien conseguía hacerse con el disputado cadáver se convertía en la presa de todos los demás jinetes. En realidad el juego no pasaba de ser un partido de lucha y agarro jugado a caballo y al galope. Era furioso y excitante, pocos jugadores salían de él en buen estado de salud, y muchos espectadores resultaban atropellados por el tropel de caballos o recibían un golpe de cabra volante y se desmayaban o les llegaba por los aires una pata suelta y sanguinolenta del animal.

Durante aquellos largos meses de invierno pasados en el Techo del Mundo, además de los momentos que dedicaba a los juegos, a las danzas, a estar en la cama hindora con Chiv y a otras diversiones, también pasé momentos menos frívolos conversando con el hakim Mimdad.

Tío Mafio no hablaba nada de su afección ni de los demás problemas que le había

causado. Tomaba el estibio en polvo según lo prescrito, y nosotros podíamos ver que estaba recuperando el peso perdido y volviéndose más fuerte de día en día, pero reprimimos cualquier demostración de curiosidad sobre la época exacta de su conversión en eunuco por obra de la medicina, y él no ofreció ninguna información. Después de aquello ya no volví a verlo más en compañía de un chico o de otra persona de pareja mientras permanecimos en Buzai Gumbad, y no pude decir cuándo desistió

finalmente de tales compañías. Sin embargo, el hakim continuó visitándonos a intervalos regulares para llevar a cabo exámenes de rutina de los progresos de tío Mafio y para aumentar o disminuir en pequeñísimas cantidades el estibio que se tomaba. Después de las sesiones del médico con su paciente, el médico y yo nos sentábamos a menudo juntos y conversábamos, porque descubrí que era un viejo extraordinariamente interesante.

Mimdad, como todos los demás médegos que he conocido, consideraba su práctica médica diaria como una faena monótona y necesaria que le permitía ganarse la vida, y prefería concentrar la mayor parte de sus energías y de sus devociones a sus estudios privados. Como todo médego soñaba con descubrir algo nuevo y

médicamente milagroso, para asombrar al mundo y para que su nombre constara en la galería de deidades médicas al lado de Asclepio, Hipócrates e ibn Sina. Sin embargo la mayoría de doctores que conozco, por lo menos en Venecia, siguen estudios sancionados o por lo menos tolerados por la Madre Iglesia, como la búsqueda de nuevos métodos para expulsar o borrar a los demonios de la enfermedad. En cambio me enteré de que los estudios y experimentos de Mimdad estaban menos en el reino de las artes curativas que en el reino de Hermes Trismegisto, cuyas artes rozan con la brujería. Naturalmente los cristianos tienen prohibido dedicarse a las artes herméticas, porque en su origen y durante mucho tiempo fueron practicadas por paganos como los griegos, los árabes y los alejandrinos. Pero cualquier cristiano ha oído hablar de ellas. Yo, por ejemplo, sabía que los herméticos antiguos y modernos, los adeptos como les gusta llamarse, casi siempre y sin excepción han intentado descubrir uno de los dos secretos arcanos: el elixir de la vida o la piedra de toque universal que cambia los metales viles en oro. Me sorprendió, pues, que el hakim Mimdad se burlara de estos dos objetivos calificándolos de «poco realistas».

Admitió que también él era un adepto de esta arte antigua y oculta. La llamó al-kimia, y dijo que Alá la enseñó por primera vez a los profetas Musa y Haroun, significando Moisés y Aarón, desde los cuales se había transmitido a lo largo de los años a otros famosos experimentadores como el gran sabio árabe Yabir. Y Mimdad admitió que él, como todos los demás adeptos, estaba persiguiendo a una presa esquiva, pero menos grandiosa que la inmortalidad o que la riqueza sin límites. Lo único que deseaba descubrir, o más bien redescubrir, era el «filtro de Maynun y Laila». Un día, cuando el invierno montañés había empezado a perder sus fuerzas y los jefes de las distintas caravanas estaban estudiando el cielo para decidir el momento de partir montaña abajo y dejar el Techo del Mundo, Mimdad me contó la historia de ese notable filtro.

—Maynun era un poeta y Laila una poetisa, y vivieron hace mucho tiempo, en un lejano lugar. Nadie sabe dónde ni cuándo. Aparte de los poemas que han sobrevivido a sus personas, lo único que se sabe de Maynun y de Laila es esto: tenían el poder de cambiar sus formas a voluntad. Podían hacerse más jóvenes o más viejos, más bellos o más feos, y tomar el sexo que quisieran. O bien podían cambiar sus personas enteramente, transformándose en gigantescas aves ruj o en poderosos leones o en terribles mardjora. O si les apetecía algo menos fuerte, podían transformarse en dulces ciervos, en bellos caballos o en delicadas mariposas…

—Un útil poder —dije —. De este modo con su poesía podían describir de modo más

preciso que los demás poetas estas extrañas formas de vida.

—No hay duda —dijo Mimdad —. Pero nunca intentaron aprovecharse monetariamente o hacerse famosos con este poder especial. Sólo lo utilizaron para un deporte, y su deporte favorito era el amor. El acto físico de hacer el amor.

—Dio me varda! ¿Les gustaba hacer el amor con caballos y otros animales? Nuestro

esclavo debe de tener sangre de poeta en las venas.

—No, no, no. Maynun y Laila hacían el amor el uno con el otro. Piénsalo bien, Marco.

¿Qué necesidad tenían de alguien más o de otra cosa?

—Hu-mm… sí —musité.

—Imagínate la variedad de experiencias que tenían a su disposición. Ella podía convertirse en el macho y él en la hembra. O ella podía ser Laila y él montarla en forma de león. O él podía ser Maynun y ella una delicada qazel O los dos podían ser personas totalmente distintas. O los dos podían ser chiquillos delicados, o los dos hombres, o los dos mujer, o uno adulto y el otro un niño. O los dos monstruos de grotesca configuración.

—Gésu…

—Cuando se cansaban de hacer el amor humano, por variado o caprichoso que fuera, podían probar placeres inimaginables que sin duda conocen los animales, las serpientes, los demonios yinn y los bellos peri. Podían ser dos pájaros y hacerlo en pleno vuelo o dos mariposas y hacerlo abrazados dentro de una fragante flor.

—Qué agradable pensamiento.

—O incluso podían tomar la forma de personas hermafroditas, y tanto Maynun como Laila podían ser simultáneamente al-fail y al-mafa'ul el uno del otro. Las posibilidades debieron de ser infinitas, y sin duda las probaron todas, porque durante toda su vida sólo se dedicaron a esta ocupación, excepto cuando estaban momentáneamente saturados y nacían una pausa para escribir un poema o dos.

—¿Y vos confiáis en emularlos?

—¿Yo? Qué va, soy viejo y abandoné hace mucho los deseos sexuales. Además un adepto no ha de practicar la al-kimia para su propio beneficio. Espero que mi filtro y su poder sean accesibles a todos los hombres y mujeres.

—¿Cómo sabéis que ellos empleaban un filtro? Quizás era un hechizo o un poema recitado antes de cada cambio.

—En este caso estoy confundido. No puedo escribir un poema, ni siquiera sé recitar un poema con elocuencia. Por favor, Marco, no me desanimes con tus suposiciones. Yo puedo elaborar un filtro con líquidos, polvos y conjuros.

Me pareció una esperanza muy frágil buscar el poder en un filtro sólo, porque esto era lo único que él podía hacer. Sin embargo le pregunté:

—¿Y bien? ¿Habéis conseguido algún éxito?

—Sí, algún éxito. En mi casa de Mosul. Una de mis esposas murió después de probar uno de mis preparados, pero murió con una sonrisa de felicidad en sus labios. Una variante de este preparado proporcionó a otra de mis esposas un sueño eminentemente vivido. En su sueño empezó a acariciar sus partes privadas, a dar zarpazos e incluso a arañarlas; de esto hace ya muchos años y todavía no ha parado, porque no se ha despertado nunca de aquel sueño. Ahora vive en una habitación con paredes de paño de la Casa del Engaño de Mosul y cada vez que viajo allí para preguntar por su estado, mi colega hakim del lugar me dice que ella continúa practicando esta interminable autoexcitación. Me gustaría saber en qué está soñando.

—Gesu. ¿Llamáis a esto un éxito?

—Todo experimento es un éxito cuando se aprende algo de él. Desde entonces he eliminado las sales metálicas pesadas de mi receta, porque he llegado a la conclusión de

que son estas sales las que provocan el coma profundo o la muerte. Ahora me inclino hacia los postulados de Anaxágoras, y empleo sólo ingredientes orgánicos y homeoméricos. Yohimbino, cantárida, el hongo faloide, cosas así. Ostras pulv., Nux v., Onosm., Pip. nig., Squilla… Ya no hay peligro de que los sujetos no se despierten.

—Me alegra oír esto. ¿Y ahora?

—Bueno, traté a una pareja sin hijos que había perdido toda esperanza de tener una familia. Ahora tienen cuatro o cinco guapos hijos, y creo que no han contado nunca su progenie femenina.

—Esto ya suena como una especie de éxito.

—Sí, un éxito especial. Pero todos los niños son humanos. Y normales. Sin duda se concibieron por el sistema ordinario.

—Ya entiendo.

—Y estos fueron los últimos voluntarios con quienes pude probar el filtro. Creo que el hakim de la Casa del Engaño ha hecho correr rumores por Mosul, violando el juramento médico. O sea que mi principal dificultad no consiste en elaborar nuevas variantes del filtro sino en encontrar a sujetos con quienes probarlos. Soy ya demasiado viejo para probarlo yo, y en todo caso mis dos esposas restantes se negarían a participar en los experimentos. Como podéis entender, lo mejor es probar el filtro con un hombre y una mujer al mismo tiempo. Preferiblemente con una pareja vital y joven de hombre y mujer.

—Sí, es evidente. Un Maynun y una Laila, por así decirlo.

Hubo un largo silencio.

Luego él me preguntó en un tono apagado, tímido, tentativo, esperanzado:

—Marco, ¿por casualidad tenéis acceso a una Laila complaciente?

La belleza del peligro.

4

El Peligro de la belleza.

—Os aconsejo que dejéis vuestro cuchillo aquí fuera —dijo Shimon cuando entré en su tienda —. Esta domm está hoy de muy mal humor. ¿Qué os parece probar a otra de las chicas? El campamento empieza a dispersarse y supongo que vuestro grupo se irá

pronto. Quizás ahora que todo se acaba os gustaría cambiar de pareja. Una chica que no sea la domm.

No, yo quería a Chiv para que hiciera de Laila con mi Maynun. Sin embargo teniendo en cuenta la naturaleza impredecible de aquel juego seguí el consejo del judío y dejé mi cuchillo de muelle en el mostrador. Dejé también un pequeño montón de dirhams, para pagar por todo el rato que estuviera dentro y evitar que me interrumpiera avisándome de que se había terminado mi tiempo. Luego me fui a la habitación de Chiv.

—Tengo algo para ti, chica.

—Yo también tengo algo para ti —dijo. Estaba sentada desnuda en la hindora, y la cama oscilaba ligeramente con sus cuerdas mientras ella se friccionaba con aceite sus redondos pechos de color marrón oscuro y su plano vientre del mismo color, para que brillaran —. O lo tendré dentro de poco.

—¿Otro cuchillo? —pregunté sin interés mientras empezaba a desnudarme.

—No. ¿Has vuelto a perder el tuyo? Parece que sí. No, en esta ocasión es algo que no podrás rechazar tan fácilmente. Voy a tener un niño.

Dejé de moverme y me quedé de pie, inmóvil y probablemente con aspecto estúpido, porque estaba medio saliendo de mi pai-ya-mah y me sostenía como una cigüeña sobre una pierna.

—¿Qué quieres decir con eso de que no podré rechazarlo? ¿Por qué me lo dices a mí?

—¿A quién más tengo que decirlo?

—Por ejemplo a este hunzuk montañés. Para citar sólo a uno de ellos.

—Lo haría, si el autor fuese otro. Pero no lo es.

Por aquel entonces había superado ya el primer sentimiento de asombro y volvía a estar en posesión de mis facultades. Continué desnudándome, pero no tan ansiosamente como antes, y dije con toda lógica:

—He frecuentado esta casa desde hace sólo tres meses, más o menos. ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé. Soy una joven romni. Nosotras, las romni, tenemos sistemas para saber estas cosas.

—En este caso también deberíais saber cómo impedirlas.

—Lo hago. Generalmente introduzco antes un tapón de sal marina humedecida con aceite de avellanas. Si descuidé esta precaución se debió a que me abrumó tu vyadhi, tu deseo impetuoso.

—No me des la culpa, ni me adules, aunque creas que puedes convencerme de una manera u otra. No deseo tener ninguna descendencia de color marrón oscuro.

—¿Sí?

Esto fue todo lo que contestó, pero mientras me miraba sus ojos se contrajeron.

—De todos modos me niego a creerte, Chiv. No veo ningún tipo de cambio en tu cuerpo. Continúa tan bello y delgado como antes.

—Sí, continúa así, y mi ocupación depende de que lo conserve en este estado. Sin que un embarazo lo deforme y lo deje inútil para la surata. ¿Por qué no me crees entonces?

—Creo que te lo estás inventando. Para que me quede contigo. O para que te lleve conmigo cuando me vaya de Buzai Gumbad.

—Eres tan deseable… —dijo en voz baja.

—Por lo menos no soy un inocente. Me sorprende que me consideres tan crédulo y que intentes engañarme con un truco de mujer tan antiguo y corriente.

—Una mujer corriente, ¿no? —dijo en voz baja.

—De todos modos si te has quedado embarazada, una experimentada… una inteligente juvel romni, seguramente sabe cómo librarse.

—Sí, claro. Hay varios sistemas. Únicamente pensé que tenías derecho a decir si querías rechazar al niño o no.

—Entonces, ¿por qué nos peleamos? Estamos de completo acuerdo. Ahora, mientras tanto, tengo algo para ti. Para los dos.

Cuando me hube quitado la última prenda, tiré sobre la hindora un paquete envuelto en papel y un pequeño frasco de barro.

Ella abrió el papel y dijo:

—Es sólo bhang corriente. ¿Qué hay en la botellita?

—Chiv, ¿has oído hablar alguna vez del poeta Maynun y de la poetisa Laila?

Me senté a su lado y le conté lo que el hakim Mindad me había explicado sobre aquellos antiguos amantes y su don de convertirse en muchos tipos distintos de amante. Sin embargo no le repetí lo que me había dicho el hakim cuando me ofrecí voluntario con Chiv para probar esta última versión del filtro. El hakim calló un momento y luego murmuró: «¿Una chica romm? Este pueblo sabe brujerías propias, según dice, y podrían entrar en conflicto con la al-kimia.»

Concluí mi relato con las instrucciones que Mimdad me había dado:

—Compartimos la bebida del frasco. Luego, mientras esperamos que surta efecto, encendemos el hachís. El bhang, como tú le llamas. Inhalamos el humo, y esto nos estimulará, suspenderá nuestras voluntades y nos hará más receptivos a los poderes del

filtro.

Ella sonrió, como si se divirtiera interiormente.

—¿Quieres probar una magia gazho con una romni? Hay un refrán, Marco, sobre un tonto que quiso añadir leña al fuego del diablo.

—Esto no es magia tonta, Es al-kimia, elaborada cuidadosamente por un médico sabio y estudioso.

Se mantuvo la sonrisa en sus labios, pero perdió su tono divertido.

—Dijiste que no veías ningún cambio en mi cuerpo, pero ahora quieres cambiar los cuerpos de los dos. Me reprendiste porque creías que me inventaba algo y ahora quieres que inventemos los dos.

—No hay que inventar nada, esto es un experimento. Mira, no espero que una simple… no espero que tú comprendas la filosofía hermética. Limítate a creer mi palabra de que esto es algo más elevado y fino que cualquier superstición bárbara. Chiv destapó el frasco y olió su interior.

—Este olor marea.

—El hakim dijo que el humo del hachís apagará toda náusea. Y me enumeró todos los ingredientes del filtro. Semilla de helecho, raíz de chob-i-kot, cuerno en polvo, vino de cabra… y otras cosas inocuas, ninguna de las cuales es nociva. Desde luego yo no estaría dispuesto a tragarme esto, ni a pedírtelo a ti, si pudiera hacerme daño.

—Muy bien —dijo, convirtiéndose su sonrisa en una risita algo maligna. Levantó el frasco y tomó un sorbo —. Voy a esparcir el bhang en el brasero. Dejó la mayor parte del filtro para mí:

—Tu cuerpo es más grande que el mío, y quizá sea más difícil de cambiar. Yo me bebí todo el líquido. La pequeña habitación se llenó rápidamente con el humo espeso, azul, empalagoso y dulce del hachís que Chiv tiraba entre los carbones del brasero murmurando mientras tanto algo en un idioma que sin duda era su lengua materna. Me tendí del todo en la hindora y cerré los ojos, para que cuando los abriera y viera en qué me había convertido la sorpresa fuera mayor.

Quizá me hundí en un sueño inducido por la droga del hachís, pero no lo creo. Cuando lo hice por última vez las imágenes del sueño me llegaron mezcladas, ondulantes y confusas. En esta ocasión todos los acontecimientos que siguieron me parecieron muy reales y bien definidos, como si estuvieran sucediendo realmente. Estaba echado con los ojos cerrados, sintiendo sobre todo mi cuerpo desnudo el calor del brasero que Chiv avivaba. Inhalé entonces vigorosamente el dulce humo, y esperé

para notar alguna diferencia en mí mismo. Ignoro qué esperaba concretamente: quizá

que en mis hombros se desplegaran alas de pájaro, de mariposa o de peri; o quizá que mi miembro viril, erecto ya con la emoción, se desarrollara hasta alcanzar el enorme tamaño del de un toro. Pero lo único que noté fue un aumento gradual y desagradable del denso calor de la habitación, y luego sentí la necesidad definida de vaciar mi vejiga. Era más o menos la sensación que se tiene por las mañanas, cuando uno se despierta con el miembro duro como un candelóto, pero saturado únicamente de vulgar orina, lo que impide utilizarlo en ninguna de sus dos funciones normales. En aquel momento a uno no le apetece utilizarlo sexualmente, pero tampoco tiene ganas de eliminar la turgencia orinando, porque con el miembro erecto la orina salta hacia arriba y todo se moja. Éste no era un inicio prometedor de mis expectativas amatorias, por lo que continué

acostado y quieto, con los ojos cerrados confiando en que la sensación desaparecería. No desapareció. Aumentó, y lo mismo pasó con el calor de la habitación hasta que me sentí molesto e incómodo. Luego me pasó por la ingle un dolor repentino, como el que a veces se siente cuando se retiene demasiado tiempo la micción, pero tan intenso y fuerte

que sin proponérmelo solté un breve chorro de orina. Me quedé un rato más echado,

avergonzado de mí mismo y confiando en que Chiv no se habría dado cuenta. Pero entonces recordé que no había notado ninguna salpicadura sobre mi desnudo vientre, como era de esperar si mi órgano erecto hubiese meado en el aire. En cambio sentí una humedad en la parte interior de las piernas. Algo insólito. Una pequeña confusión. Abrí

los ojos. Alrededor mío sólo pude ver la neblina del humo azul; las paredes de la habitación, el brasero, la chica, todo se había hecho invisible. Bajé la mirada para ver a qué se debía el extraño comportamiento de mi candelóto, pero mis pechos me lo impidieron.

¡Pechos! Tenía pechos de mujer, y unos pechos muy bellos: bien formados, erectos, de piel marfileña, con unos pezones tumescentes rodeados por una aureola de color de cervato y de buen tamaño. Todo el conjunto brillaba de sudor y unas gotas bajaban haciendo eses por la separación entre pecho y pecho. ¡El filtro estaba haciendo efecto!

¡Me estaba transformando! Me había embarcado en la más sorprendente expedición jamás emprendida.

Levanté la cabeza para ver cómo conjuntaba mi candelóto con estas nuevas adiciones. Pero tampoco pude distinguirlo, porque me lo impedía un vientre inmenso y redondo, como una montaña de la cual los pechos fueran las estribaciones. Empecé a sudar en serio. Debía ser una experiencia nueva convertirse un rato en mujer: ¿Pero en mujer gorda y obesa? Quizá me había convertido incluso en una mujer deforme, porque mi ombligo que antes era una insignificante depresión, como un hoyuelo, sobresalía ahora como un pequeño faro sobre mi enorme vientre.

No pudiendo ver mi miembro, lo busqué con la mano. Lo único que encontré fue el pelo de mi alcachofa, pero algo más exuberante y ensortijado de lo acostumbrado en mí. Cuando pasé la mano más abajo descubrí, sin gran sorpresa ahora, que mi candelóto había desaparecido, lo mismo que mis pelotas. En su lugar tenía los órganos de una mujer.

No me levanté de un salto ni grité. En definitiva había buscado y esperado un cambio. Si me hubiese transformado en algo parecido a un ruj probablemente me hubiese impresionado y desanimado más. De todos modos confiaba que el cambio no sería permanente. Pero tampoco me sentía muy feliz. Los órganos de una mujer deberían haber ofrecido un aspecto bastante familiar a mi mano investigadora, pero presentaban también una preocupante diferencia. Mis dedos los notaban apretados, duros, calientes y desagradablemente pegajosos a consecuencia de mi micción involuntaria. Al tocarlos no me parecieron aquella bolsa suave, amorosa y acogedora, el mihrab, el leus, la pota, la mona, dentro de la cual había puesto tan a menudo mis dedos y otras cosas. Además, al tocarlos parecía… ¿cómo explicarlo?

Si fuera una mujer y me tocaran mis partes privadas, aunque lo hicieran mis propios

dedos, habría esperado sentir alguna sensación agradable, un cosquilleo íntimo o por lo menos un contacto conocido, viejo y confortable. Pero ahora yo era una mujer y sólo notaba la intromisión de mis dedos, y la única sensación era de molestia, y mi única respuesta interna era una descarga de irritabilidad. Introduje lentamente un dedo en mi interior, pero sin ir muy lejos, porque fue interceptado, y luego la funda suave que rodeaba el dedo lo rechazó, podría casi decir que lo escupió fuera. Había algo dentro de mí. ¿Quizá un tapón de sal marina como precaución? Pero mi investigación despertó en mí más repulsión que curiosidad y no tuve ganas de repetirla. Incluso cuando me toqué

ligeramente con el dedo el zambur, mi lumaghéta, la más tierna de mis nuevas partes, tan sensible como una pestaña a cualquier toque, lo único que sentí fue un aumento de mi mal humor, y ganas de estar solo.

Me pregunté: «¿Cuando alguien acaricia a una mujer ella no experimenta nada mejor

que esto? Seguramente no», me dije. Todavía no había acariciado a una mujer realmente gorda, pero lo dudaba. De todos modos ¿en mi nueva encarnación femenina era yo realmente una mujer gorda? Me senté en la cama para verlo.

Bueno, tenía aún aquel abdomen tan hinchado, y ahora podía ver que lo hacía más feo una decoloración que desfiguraba la piel tensa y marfileña, una línea marrón que se extendía desde mi ombligo protuberante hasta mi alcachofa. Pero el vientre al parecer era lo único gordo que yo tenía. Mis piernas eran bastante delgadas y sin pelos, y habrían sido bonitas, si sus venas no hubiesen sobresalido, visibles y retorcidas, como una red horadada por gusanos debajo de la piel. Mis manos y mis brazos también parecían bastante delgados y suaves, como los de una chica. Pero yo no los notaba suaves, sino nudosos y doloridos. Cuando los miré y flexioné, mis dos manos se contrajeron y me dieron un calambre que me hizo gemir.

El gemido fue lo bastante fuerte para que Chiv me contestara, pero ella no se materializó de entre el humo azul que me rodeaba a pesar de que la llamé varias veces por su nombre. ¿En qué la había transformado el filtro? Supuse, basándome únicamente en el principio de la rotación, que si yo me había vuelto hembra, Chiv se había vuelto varón. Pero el hakitn había dicho que Maynun y Laila a veces se divertían como dos personas del mismo sexo. Y a veces uno de ellos había recurrido a la invisibilidad. De todos modos el objetivo principal del filtro era dar más realce a la actividad sexual de la pareja, y en este punto juzgué que el filtro de prueba había sido un fracaso. Ninguna pareja, ni varón, ni hembra, ni ser invisible podía desear copular con una persona tan grotesca como la que yo era en aquel momento. Sin embargo ¿qué se había hecho de Chiv? La llamé una y otra vez… y luego lancé un grito.

Grité porque había sacudido mi cuerpo otra sensación, una sensación más terrible que dolorosa. Algo se había movido, algo que no era yo, pero que se había movido dentro de mí, dentro de aquella hinchazón monstruosa que era mi vientre. Comprendí que no

era la comida moviéndose en mi estómago, porque aquello había sucedido en algún punto situado debajo del estómago. Y no era comida mal digerida provocando una flatulencia en mi intestino inferior, porque esta sensación ya la conocía de antes. Puede ser bastante desagradable y a veces sobresalta, incluso cuando no es ruidosa y no se nota. Pero aquello era algo diferente, algo que yo no había experimentado nunca. Era una sensación como si me hubiese tragado algún animalito durmiente, lo hubiera digerido hasta llegar al fondo de mis intestinos y de pronto se despertara allí, se estirara y bostezara. « Dios mío —pensé —¿y si intenta salir por la fuerza?»

En aquel momento volvió a moverse y yo grité de nuevo, porque parecía que empezara a hacer exactamente esto. Pero no lo hizo. El movimiento se calmó rápidamente y me avergoncé de haber gritado. Quizá el animal sólo había dado una vuelta ligera en su cómodo encierro como si buscara los puntos débiles de su prisión. Volví a sentir una humedad entre las piernas, y pensé que me había ensuciado otra vez con el susto. Pero cuando alargué la mano y toqué sentí algo más terrible que orina. Levanté la mano para mirarlo y vi que mis dedos estaban unidos por una membrana de una sustancia viscosa que se pegaba formando hilos entre la mano y la ingle, estirándose hasta colgar y romperse lentamente. La sustancia era húmeda, pero no líquida, era un limo gris, como mocos de la nariz pero con venas sanguinolentas. Empecé a maldecir al hakim Mimdad y a su insano filtro. No sólo me había dado un cuerpo feo de mujer, y además con partes femeninas claramente defectuosas, sino que en este cuerpo había algo enfermo que le hacía evacuar por estas partes una sustancia nauseabunda.

Pensé que si mi nueva envoltura estaba enferma o herida era preferible que no corriera el riesgo de levantarla para buscar a Chiv. Era preferible que me quedara acostado donde estaba. Continué llamándola por su nombre, sin ningún resultado. Incluso empecé

a llamar a Shimon, aunque podía imaginarme muy bien las burlas y risas del judío al verme en forma de mujer. Tampoco él acudió y entonces lamenté haberle pagado por adelantado una estancia prolongada. Aunque oyera ruidos o gritos saliendo de la habitación pensaría que estábamos haciendo el amor alborotadamente, y no intervendría.

Permanecí un rato acostado en posición supina y no pasó nada, excepto que la habitación se fue calentando aún más y yo sudé cada vez más y la necesidad de orinar se convirtió también en una necesidad de defecar. Quizá el animalito imaginado en mi interior estaba apretando todo su peso contra la vejiga y los intestinos y los estrujaba de modo intolerable. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar nada, pero conseguí

resistir porque no quería mearme entre las piernas y encima de la cama. Luego se abatió

sobre mí un escalofrío repentino, como si se hubiese abierto la puerta al deshielo exterior. La película de sudor que tenía sobre el cuerpo se congeló, temblaron todos mis miembros, mis dientes se entrechocaron y se me puso la piel de gallina, mientras mis pezones ya prominentes se levantaban como centinelas. No podía cubrirme con nada; aunque la ropa que me había quitado estuviera todavía en el suelo, quedaba fuera del alcance de mis ojos y de mis manos, y no me atreví a levantarme y a buscarla. Pero luego el frío desapareció con idéntica rapidez y la habitación se volvió tan sofocante como antes y empecé a sudar de nuevo y a jadear por falta de aire. Intenté medir mis sentimientos, puesto que no tenía otra cosa que hacer. Eran numerosos y variados. Me sentía algo emocionado: el filtro había surtido efecto, por lo menos en parte. También me sentía intrigado: el filtro tenía que hacer algo más, algo que quizá sería interesante. Pero la mayoría de mis emociones no eran agradables. Me sentía incómodo: tenía calambres en las manos y la necesidad de ir de vientre se estaba haciendo urgente. Sentía asco: de mi mihrab salía todavía un hilo de aquella sustancia purulenta. Sentía indignación por estar en aquella situación, y sentía compasión de mí, por tener que soportarla solo. Me sentía culpable: mi obligación era estar en el caravasar, ayudando a mis compañeros a nacer el equipaje y a prepararnos para seguir el camino, en lugar de satisfacer en aquel lugar mi curiosidad demoníaca. Sentía temor: no sabía realmente qué me podía reservar el filtro, y sentía aprensión: quizá lo que sucediera a continuación no mejoraría lo que ya había sucedido. Luego, en un instante de parálisis, todos los demás sentimientos desaparecieron abolidos, destruidos, por la sensación que se impone sobre todas las demás: el dolor. Era tan lacerante que atravesó mis partes vitales inferiores, y me imaginé que podía oír el sonido acompañante, como la rotura de una tela fuerte, pero el único sonido que llenó el aire fue mi propio grito de agonía. Habría hundido mis garras en aquel vientre traicionero, pero el dolor me dejó tan débil que tuve que agarrarme a los bordes de la oscilante hindora para no caer al suelo.

Cuando uno sufre un ataque insoportable de dolor intenta moverse instintivamente, confiando en que algún movimiento le calme, y el único movimiento que podía yo hacer era encoger las piernas. Esta reacción repentina quebró el control que mantenía sobre mis músculos más íntimos y la orina brotó con una cálida y repentina sensación de humedad, derramándose por mis nalgas. El dolor en lugar de calmarse rápidamente se fue debilitando con lentitud, confundiéndose en una alternancia de calor y frío. Mi cuerpo se estremecía cuando cada nuevo ataque de fiebre era sustituido por un calambre de frío que a su vez daba paso al calor. Estas pulsaciones fueron amortiguándose finalmente, de modo gradual, dejándome empapado en orina y sudor, echado en la hindora, débil, fláccido y jadeante, como si me hubiesen azotado, y al recuperar el habla grité:

—¿Qué me está pasando?

Y entonces comprendí. Mira: sobre este jergón hay una mujer acostada boca arriba, con la mayor parte de su cuerpo plana, pero con las curvas y las formas propias de un cuerpo de mujer, excepto este horrible bulto de su vientre distendido. Está echada con

las piernas separadas y levantadas, exponiendo un mihrab apretado e insensible por la tensión. Hay algo allí abajo, en su interior. Es lo que da bulto a su vientre, y está vivo, y ella ha notado sus movimientos, y ha sufrido los primeros dolores provocados por la cosa que quiere salir, ¿y por dónde saldrá si no lo hace por el canal del mihrab que se abre entre sus piernas? Es evidente que la mujer está en un embarazo avanzado, a punto de dar a luz.

Todo muy bien, esta visión despegada, fría y elevada. Pero yo no era el espectador, yo era aquello. Aquel objeto lastimero que se retorcía lentamente sobre el jergón, con la postura y el aspecto absurdos de una rana puesta cabeza abajo, era yo.

«Gésu, Marta, Isépo», pensé, mientras soltaba una mano del borde de la cama para santiguarme. ¿Cómo pudo el filtro convertirme en dos seres y meter el uno dentro del otro? «¿Debo vivir todo el proceso de dar a luz a esto que tengo dentro, sea lo que fuere? ¿Cuánto tiempo tardará? ¿Qué hay que hacer para ayudarlo a salir?» Además de pensar estas cosas, pensaba cosas menos repetibles sobre el hakim Mimdad, recomendándolo para una eternidad en el infierno. Quizá no era muy prudente aquella reacción, porque si alguna vez había necesitado a un hakim era entonces. Lo más cerca que había estado de un parto fue en una o dos ocasiones en que vi a un niño recién nacido de color azul y púrpura pálido y aspecto desollado arrastrado por las aguas de Venecia, muerto. No había visto ni siquiera parir a una gata callejera. Los niños más enterados de las barcas de Venecia habían discutido ocasionalmente el tema, pero lo único que podía recordar era que hablaban de los «dolores del parto» y en relación a esto no necesitaba instrucción de nadie. También sabía que las mujeres a menudo fallecen a consecuencia del parto. Supongamos que me muriera dentro de aquel cuerpo extraño. Nadie sabría quién era yo. Me enterrarían como a un ser anónimo sin reclamar, una chica, probablemente soltera, que había muerto por obra de su propio bastardo… Pero tenía otras preocupaciones más inmediatas que el destino de mis restos poco gloriosos. El dolor lacerante volvió a repetirse, y su intensidad fue tan desgarradora como antes, pero apreté los dientes y no lancé ningún grito, e incluso traté de examinar el dolor. Parecía originarse a gran profundidad, en mi vientre, en algún punto situado hacia la espina dorsal, para luego abrirse paso por el vientre y llegar finalmente hasta delante. Dispuse entonces de un momento de respiro para recuperarme antes de que el dolor lanzara un nuevo asalto. El dolor no disminuyó en cada oleada sucesiva, pero parecía como si pudiese resistirlo mejor. Intenté medir de algún modo los dolores y los intervalos que los separaban. Cada ataque duraba lo que yo tardaba en contar lentamente hasta treinta o cuarenta, pero cuando intenté contar los intervalos de calma lo hice tan alto que me confundí y perdí la cuenta.

Contribuían a mi confusión otras aflicciones. O la habitación o yo mismo continuaba alternando entre la fiebre y el escalofrío, de modo que me asaba hasta desmayarme o me quedaba congelado y tieso. Mi vientre consiguió añadir la náusea a sus demás problemas; eructé repetidamente y en varias ocasiones tuve que luchar contra el vómito. Continuaba orinando incontroladamente cada vez que el dolor me atacaba, y

sólo mediante una determinada contracción muscular conseguía no evacuar mis intestinos. La orina debía de actuar como un cáustico, porque sentía mis muslos, mi ingle y la parte inferior de mi cuerpo en carne viva, irritada e inflamada. Sufría una sed enloquecedora, probablemente porque había sudado y orinado gran parte de mi humedad interior. Mis manos continuaban contrayéndose con calambres espasmódicos, y lo mismo hacían mis piernas en la incómoda postura en que las había dejado. El contacto de la cama contra

mi espalda era una irritación. En realidad me dolía todo, incluso la boca, que la tenía fija en un rictus tan distorsionado que incluso me dolían los labios. Podía casi agradecer los dolores del parto cuando atravesaban mi vientre lacerándolo: eran tan terribles e intensos que mi mente no podía ocuparse de los otros de menor cuantía. Ya me había resignado a la idea de que el filtro que había bebido no me proporcionaría ningún placer. Ahora, mientras iban pasando horas interminables, intenté resignarme a la idea de soportar lo que el filtro me había proporcionado: sed, náusea, suciedad y sufrimiento general, en el cual se intercalaban ataques intermitentes de dolor intenso; procuraría soportarlo todo hasta que pasara el poder del filtro y yo volviera a mi ser personal, o hasta que me infligiera algún sufrimiento nuevo y diferente. Y esto fue lo que hizo. Cuando los dolores ya no consiguieron extraer de mí más gotas de orina, pensé que mi cuerpo se había vaciado de todos sus fluidos. Pero de repente sentí mi parte inferior inundada por una cantidad de humedad superior a la que había ya echado, una auténtica inundación, como si alguien hubiese vaciado una jarra entre mis piernas. Era caliente como la orina, pero cuando levanté la mano para mirar, pude ver que el charco creciente era incoloro. También me di cuenta de que el agua no salía de mi vejiga, a través del pequeño agujero femenino de orinar, sino del canal del mihrab. Tuve que suponer que aquella suciedad señalaba alguna fase nueva y más complicada del complicadísimo proceso de dar a luz.

Los dolores abdominales llegaban ahora a intervalos más cortos y apenas me daban tiempo de recuperar la respiración después de cada ataque, y de endurecer mi cuerpo antes de que llegara el siguiente. Entonces pensé: «Quizá lo que te hace tanto daño es este esfuerzo de preparación, este encogerse de miedo ante lo inminente. Quizá si me enfrentara valientemente con cada dolor y luchara contra él…» Intenté hacerlo, pero

«luchar» en aquella situación suponía llevar a cabo el mismo impulso muscular necesario para la defecación, y tuvo el mismo resultado. Cuando aquel dolor de especial brutalidad se calmó brevemente, descubrí que había sacado entre mis piernas y depositado sobre la cama una masa considerable de mierda hedionda. Pero de hecho en aquel estadio la cosa me tenía ya sin cuidado. Lo único que pensé fue: «Ya sabías que la vida humana finaliza con mierda, ahora sabes que la vida humana comienza también en mierda.»

«De ellos es el reino de Dios», recordé de repente que había predicado yo al esclavo Narices, no hacía mucho.

—Dejad que los niños vengan a mí —recité mientras reía tristemente. No me reí mucho tiempo. Aunque parezca increíble, las cosas empeoraron todavía más. Los dolores no llegaron ahora en oleadas o pulsos, sino en rápida sucesión, y cada uno duraba más que el anterior, hasta que se transformaron en una única y constante agonía en mi vientre, incesante, creciendo en intensidad hasta que empecé a sollozar, a gemir y a quejarme sin recato, temí que no podría resistirlo y deseé ardientemente la gracia de desmayarme. Si alguien se hubiese inclinado entonces sobre mí y me hubiese dicho:

«Esto no es nada. Todavía puede hacerte más daño, y te lo hará», yo hubiera lanzado otra risotada interrumpiendo incluso mis sollozos. Pero esta persona habría tenido razón.

Sentí que mi mihrab empezaba a abrirse y a dilatarse, como una boca que bosteza, y sus labios continuaron abriéndose más hasta que el orificio debió de convertirse en un círculo entero, como una boca gritando. Y por si esto no fuera tormento suficiente, la redondez entera del círculo parecía pintada con fuego líquido. Puse la mano allí abajo, para tocar desesperadamente el incendio y apagarlo. Pero no sentí ninguna quemazón sino sólo algo que se desmenuzaba. Acerqué de nuevo la mano a mis ojos inundados y vi a través de las lágrimas que los dedos estaban manchados con una sustancia horrible,

de color verde pálido. ¿Cómo podía quemar tanto una cosa así?

Y en aquellos instantes, además del dolor desenfrenado en mi vientre y del fuego abrasador de mis partes podía sentir otras cosas terribles. Podía sentir el sabor del sudor que corría de mi cara a mi boca, y la sangre que brotaba de mis labios heridos por mis propios dientes. Podía oír mis gruñidos, gemidos y boqueadas atroces. Podía oler el hedor de mis desechos corporales evacuados asquerosamente. Podía sentir el ser de mi interior que se movía de nuevo, y que al parecer daba volteretas y patadas y movía los brazos mientras se abría paso pesadamente a través del dolor del vientre hacia el incendio inferior. Al avanzar apretó de modo más intolerable aún mi vejiga y mis intestinos, los cuales, no sé cómo, sacaron unos residuos más de su interior. Y la criatura empezó a salir entre esta última expulsión de orina y de heces. Y, ¡ah Dios mío!, cuando Dios decretó: «Con dolor darás a luz», Dios así lo hizo. Yo había experimentado dolores triviales en épocas anteriores, pero creo que no hay en el mundo dolor como el que sentí entonces. He visto torturas ejecutadas por verdugos expertos, pero creo que no hay hombre tan cruel, ingenioso y hábil en dolores como Dios. El dolor se componía de dos tipos diferentes. Uno era el dolor de la carne de mi mihrab que se rompía por delante y por detrás. Tomad un trozo de piel y desgarradlo, implacable pero lentamente, e imaginad la sensación que experimenta esta piel, y luego imaginad que esta piel es la que tenéis entre las piernas, de la alcachofa al ano. Mientras esto me sucedía a mí y yo gritaba, la cabeza del ser que tenía en mi interior se estaba abriendo camino a través de los huesos que cerraban la abertura, y esto me obligó a bramar entre mis gritos. Los huesos de esta parte están muy pegados; hay

que empujarlos para que se aparten y se separen, y hay que sentir entonces el rechinar de una roca que se abre paso implacablemente a través de una hendedura demasiado estrecha entre las piedras. Ésta fue la sensación que tuve, y lo sentí todo al mismo tiempo: el movimiento y el dolor terribles de mi interior, el crujido y la deformación de todos los huesos entre las piernas, la laceración y el incendio de la piel exterior. Y Dios incluso en esta situación extrema sólo permite gritos y bramidos: no es posible desmayarse para huir de la insoportable agonía.

No me desmayé hasta que la criatura salió de mi interior con una brutal hinchazón final y con un crujido de dolor, como un grito audible, y que la cabeza de color marrón oscuro se levantó entre mis muslos, embadurnada de sangre y de moco, y dijo con la voz de Chiv, maliciosamente:

—Algo que no podrás rechazar tan fácilmente…

Luego pareció que me moría.

5

Cuando volví en mí era yo mismo. Todavía estaba echado en la hindora y desnudo, pero volvía a ser varón, y el cuerpo parecía ser el mío. Tenía la piel cubierta de sudor seco, la boca terriblemente seca y sedienta y la cabeza me dolía intensamente, pero no sentía dolores en otras partes. No había ningún revoltijo de desechos corporales en el jergón: parecía tan limpio como siempre. La habitación estaba casi libre de humo, y vi la ropa que me había quitado en el suelo. Chiv estaba también allí, vestida del todo. Estaba agachada con el papel donde yo había llevado el hachís y envolvía algo pequeño, de color azul pálido y púrpura.

—¿Fue todo un sueño, Chiv? —le pregunté. Ella continuó con lo que estaba haciendo, sin hablarme ni mirarme —. ¿Qué te ha pasado a ti mientras tanto, Chiv? —Ella no contestó —. Imaginé que tenía un niño —le dije mientras descartaba la posibilidad con una risa. Sin respuesta. Dije luego —: Tú estabas aquí. Tú eras el niño.

Al oír esto levantó la cabeza y su rostro tenía una expresión muy parecida a la que vi en mi sueño, o lo que fuera.

—¿Tenía color marrón oscuro? —me preguntó.

—Sí… ¿por qué?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Los hijos de los romm no se vuelven hasta más tarde de color marrón oscuro. Cuando nacen tienen el mismo color que los hijos de las mujeres blancas. Se levantó y se llevó el paquetito. Cuando se abrió la puerta me sorprendió ver brillar la luz del

día. ¿Había pasado allí toda la noche, hasta el día siguiente? Mis compañeros debían de estar muy enojados porque les dejaba todo el trabajo por hacer. Empecé a vestirme apresuradamente. Cuando Chiv volvió a la habitación, sin su hatillo, le dije con toda normalidad:

—A fe mía, no puedo creer que una mujer cuerda desee nunca sufrir este horror. ¿Lo desearías tú, Chiv?

—No.

—¿Entonces yo tenía razón? ¿Sólo lo estabas fingiendo? ¿No estás embarazada de verdad?

—No lo estoy.

Su tono era muy brusco, impropio de una conversación normal.

—No tengas miedo. No estoy enfadado contigo. Estoy contento por ti. Ahora debo volver al caravasar. Ya partimos.

—Sí. Vete.

Lo dijo con un tono que daba por entendido «no vuelvas». Yo no veía ningún motivo para tanta brusquedad. Era yo quien había sufrido todo el proceso, y tenía fundadas sospechas de que ella había contribuido de algún modo ingenioso a abortar el objetivo del filtro.

—Está de mal humor, tal como dijisteis, Shimon —comenté con el judío mientras salía —. Pero supongo que os debo más dinero por todo el rato que estuve dentro.

—¡Qué va! —dijo —. No habéis tardado mucho. En conciencia, tomad, os devuelvo un dirham. Y aquí tenéis vuestro cuchillo de muelle. Shalom.

O sea que aún estábamos en el mismo día, y además sólo habían pasado unas horas de la tarde y todo se debía a que mi parto había parecido mucho más largo. Volví a la posada y encontré a mi padre, a mi tío y a Narices recogiendo todavía nuestras posesiones y haciendo el equipaje, pero sin necesitar mi ayuda de modo inmediato. Bajé

a la orilla del río, donde las lavanderas de Buzai Gumbad guardaban siempre una porción de agua libre de hielo. El agua era tan fría y azul que parecía morder la carne, o sea que mi baño fue superficial: las manos y la cara; luego me quité brevemente la pieza de arriba para echarme unas gotas en el pecho y las axilas. Este pequeño remojón era el primero de todo el invierno; en otra situación me hubiera asqueado mi propio olor, pero todo el mundo olía igual o peor. Por lo menos me sentí algo más limpio al quitarme el sudor que se había secado sobre mi piel, en la habitación de

Chiv. y al diluirse el sudor, lo mismo le sucedió a mi recuerdo de la experiencia. El dolor es así: es un tormento terrible de soportar, pero se olvida fácilmente. Supongo que éste es el único motivo por el cual una mujer, después de haber sufrido entre agonías la salida de un niño, puede todavía imaginarse pasando por otra prueba semejante.

En la víspera de nuestra partida del Techo del Mundo, el hakim Mimdad, cuya propia caravana estaba también a punto de partir, pero en dirección distinta, fue al caravasar para despedirse de todos, y para entregar a tío Mafio la provisión de medicina que debía tomar en el viaje. Luego le conté al hakim, mientras mi padre y mi tío me escuchaban con gran curiosidad, el fracaso de su filtro, o quizá un éxito que superaba todas sus

expectativas. Le expliqué gráficamente lo que había sucedido, y no lo hice con entusiasmo sino con cierto tono de acusación.

—La chica debió de entrometerse en el proceso —dijo él —. Yo ya me lo temía. Pero ningún experimento es un fallo total si se puede aprender algo de él. ¿Aprendisteis algo?

—Sólo que la vida humana empieza y acaba en la mierda, o kut. Sí, aprendí otra cosa: a ir con cuidado cuando ame en el futuro. No quiero condenar nunca a una mujer amada a un destino tan odioso como la maternidad.

—Bien. En este caso aprendisteis algo. ¿Quizá os gustaría probarlo otra vez? Tengo aquí

otro frasco, una ligera variante de la receta. Lleváoslo y probadlo con otra hembra que no sea una bruja romni.

Mi tío murmuró tristemente:

—Ahí tienes a tu dotór Balanzón. A mí me da una poción que me atrofia, y para equilibrar la balanza da un estimulante a una persona demasiado joven y ágil para necesitarlo.

—Lo voy a guardar, Mimdad, como un recuerdo curioso —dije —. La idea es atractiva: probar el amor físico en una multitud de formas. Pero me falta todavía mucho para agotar todas las posibilidades de este cuerpo, y de momento me quedaré en él. Está

claro que cuando hayáis refinado vuestro filtro hasta alcanzar la perfección, la fama del logro resonará en todo el mundo, y entonces quizá me esté hartando de mis propias posibilidades y os busque para probar vuestra poción perfeccionada. De momento os deseo éxito y salaam y hasta la vista.

No llegué a decir ni siquiera esto a Chiv cuando fui a visitar aquella misma noche la casa de Shimon.

—Esta tarde —me dijo con indiferencia —la chica domm me pidió su parte de las ganancias hasta el momento, se dio de baja del establecimiento y se unió a una caravana que partía para Balj. Los domm hacen cosas así. Cuando no cambian de lugar se sienten inquietos. Bueno, os queda el cuchillo de muelle para recordarla.

—Sí. Y para recordar su nombre. Chiv significa hoja de cuchillo.

—Vaya. Y no os clavó ninguna en el cuerpo.

—No estoy muy seguro de esto.

—Todavía están aquí las demás chicas. ¿Queréis pasar con una de ellas esta última noche?

—Creo que no, Shimon. Por lo que he visto son muy poco bonitas.

—En este caso, y según vuestros cálculos, no representan ningún peligro.

—¿Sabéis una cosa? El viejo Mordecai nunca lo dijo, pero quizás esto sea un tanto en contra de las personas feas, no a su favor. Creo que preferiré siempre a las bellas, y que me arriesgaré. Ahora os doy las gracias por vuestros buenos oficios, tzaddik Shimon, y me despido de vos.

—Sakaná aleichem, noséyah.

—Esto me suena algo diferente al habitual «la paz sea contigo».

—Pensé que os gustaría. —Repitió las palabras en ivrit y luego las tradujo al farsi —: Que el peligro os acompañe, viajero.

Había aún mucha nieve alrededor de Buzai Gumbad, pero todo el lago Chaqmaqtin había cambiado gradualmente su capa de hielo blanco azulado por una cubierta multicolor de aves acuáticas: innumerables bandadas de patos, ocas y cisnes que habían llegado volando desde el sur y que continuaban llegando. Sus graznidos de satisfacción eran un continuo clamor, y cada vez que un millar de aves se levantaba repentinamente del agua y ejecutaba un alegre vuelo alrededor de ella se oía un rumor susurrante que crecía como el ruido de una tempestad en un bosque. Las aves variaron agradablemente nuestra dieta, y su llegada había señalado a las caravanas el momento de hacer el

equipaje, de enjaezar y reunir a los animales, de alinear los carros y de partir uno detrás de otro lentamente hacia el horizonte lejano.

Las primeras caravanas que partieron fueron las que iban hacia occidente, hacia Balj o más allá, porque la lenta bajada por el Pasillo de Waján era la ruta más fácil para llegar allí desde el Techo del Mundo, y la primera que se abría con la primavera. Los viajeros que debían dirigirse al norte, al este o al sur esperaron prudentemente un tiempo más, porque para ir hacia cualquiera de estas direcciones era preciso escalar primero las montañas que rodean aquel lugar por tres de sus lados, descender por sus elevados puertos, escalar luego las siguientes montañas y así sucesivamente. Nos dijeron que los pasos de alta montaña situados al norte, al este y al sur de allí no se desprendían nunca completamente de la nieve ni del hielo, ni siquiera en pleno verano. Nosotros, los Polo, que no teníamos experiencia de viajar por estos terrenos y condiciones, habíamos esperado a los demás viajeros prudentes. Quizá hubiésemos dudado más de lo necesario, pero un día nos visitó una delegación de aquellos pequeños y oscuros tamiles chola de los cuales me había reído en una ocasión y a los que había pedido perdón más tarde. Nos dijeron, hablando con muy escaso dominio del farsi comercial, que habían decidido no llevar su cargamento de sal marina a Balj, porque según informes de confianza que habían recibido sacarían un precio mucho mejor en un lugar llamado Murghab, que era una ciudad comercial de Tazhikistán, en la ruta este-oeste que comunica Kitai con Samarkand.

—Samarkand está al noroeste, muy lejos de aquí —comentó tío Mafio.

—Pero Murghab está al norte mismo —dijo uno de los cholas, un hombre pequeño y delgado llamado Talvar —. Está en vuestro camino, oh dos veces nacidos, y cuando lleguéis allí habréis cruzado el trecho peor de las montañas, y la travesía por las montañas desde aquí a Murghab os resultará más fácil si viajáis en caravana con nosotros, y sólo deseamos deciros que seréis bien venidos, porque nos han impresionado mucho los buenos modos de este saudara Marco dos veces nacido, y creemos que seréis agradables compañeros de viaje.

Mi padre y mi tío, e incluso Narices se quedaron algo sorprendidos al ser llamados dos veces nacidos, y al ver que unos extraños alababan mi buena educación. Pero todos estuvimos de acuerdo en aceptar la invitación de los cholas y en expresarles nuestro agradecimiento, y así, pues, nos integramos en su grupo y salimos de Buzai Gumbad montados en nuestros caballos hacia las impresionantes montañas del norte. La nuestra era una caravana pequeña comparada con algunas de las que habíamos visto en el campamento formadas por decenas de personas y centenares de animales. Los cholas sumaban sólo una docena, todos hombres, sin mujeres ni niños, y llevaban sólo media docena de caballos de silla, pequeños y escuálidos, o sea, que cabalgaban y andaban por turnos. En cuanto a vehículos, sólo disponían de tres carros desvencijados, de dos ruedas cada uno, tirados por un pequeño caballo de carga, y en estos carros transportaban sus ropas de cama, provisiones, pienso para los animales, la herrería y otras necesidades de viaje. Habían transportado su sal marina hasta Buzai Gumbad en veinte o treinta asnos, pero los habían cambiado por una docena de yaks, que podían transportar idéntica carga, pero que se adaptaban mejor a aquellas regiones septentrionales.

Los yaks eran animales que sabían abrirse camino. No se preocupaban de la nieve, del frío ni de las incomodidades, asentaban el pie con seguridad incluso cuando iban muy cargados. Los yaks iban en cabeza de nuestra caravana y no sólo descubrían el mejor camino, sino que lo dejaban libre de nieve y lo apisonaban bien para los que seguíamos detrás. Por la noche, cuando acampábamos y estacábamos a los animales alrededor nuestro, los yaks enseñaban a los caballos a patear por entre la nieve para buscar los

arbustos burtsa, pequeños y encogidos, que habían quedado de la última estación de crecimiento.

Supongo que los cholas nos habían invitado a acompañarlos únicamente porque éramos hombres altos, por lo menos en comparación con ellos, y habían supuesto que seríamos buenos luchadores si la caravana topaba con bandidos en el camino de Murghab. No nos encontramos con ninguno, o sea que no fue preciso poner en acción nuestros músculos para esta contingencia, pero resultaron útiles en las frecuentes ocasiones en que un carro volcaba sobre el duro camino, o un caballo caía en una hendedura del suelo, o un yak hacía saltar uno de sus sacos de carga al pasar apretujándose contra una roca También ayudamos a preparar las cenas, pero lo hacíamos más en beneficio propio que por amabilidad.

El sistema que utilizaban los cholas para preparar cualquier plato consistía en empaparlo con una salsa de color gris y consistencia mucoide, compuesta por numerosas especias diferentes, todas picantes, salsa a la cual llamaban kari. El resultado era que al comer cualquier cosa el único gusto que se notaba era el del kari. Esto era indudablemente una bendición cuando el plato estaba formado por un botón insípido de carne salada o seca, o de carne que había avanzado mucho hacia su verde putrefacción. Pero nosotros, que no éramos chola, pronto nos cansamos del gusto repetido del kari y de no saber nunca si la sustancia de debajo era cordero, ave, o incluso heno, pues su gusto habría sido el mismo. Primero pedimos permiso para mejorar la salsa y le añadimos algo de nuestro azafrán, un condimento que los cholas desconocían. Les gustó

mucho el nuevo aroma y el color dorado que daba al kari, y mi padre les dio unos cuantos bulbos de azafrán para que se los llevaran a la India. Cuando empezó a cansarnos incluso la salsa mejorada, Narices, mi padre y yo nos ofrecimos voluntarios para alternar con los chola y preparar nuestras comidas de campamento, y tío Mafio sacó de nuestro equipaje su arco y sus flechas y empezó a suministrarnos caza fresca. Generalmente eran animales pequeños como liebres de nieve y perdices de pata roja, pero en ocasiones cazaba animales mayores, como un goral o un urial, y así preparamos platos sencillos de carne cocida o asada que servíamos felizmente sin salsa. Los chola, dejando de lado su adicción al kari, resultaron buenos compañeros de viaje. De hecho eran tan retraídos, tan poco propensos a tomar la palabra si nadie se dirigía a ellos y tan poco dispuestos a mostrarse entrometidos, que podíamos haber hecho todo el viaje hasta Murghab sin apenas darnos cuenta de su presencia. Su

timidez era comprensible. Aunque los cholas hablaban tamil, no hindi, su religión era hindú y venían de la India, o sea que tenían que aguantar el desprecio y las burlas que todas las demás naciones reservan con tanta justicia para los hindúes. Nuestro esclavo Narices era la única persona no hindú que yo conocía que se había preocupado de aprender el bajo idioma hindi, pero ni siquiera él había aprendido el tamil. Es decir, que ninguno de nosotros podía conversar con estos cholas en su lengua, y su farsi comercial era muy imperfecto. Sin embargo, cuando les dijimos claramente que no les evitaríamos ni nos burlaríamos de ellos, ni nos reiríamos de su habla entrecortada, se mostraron amistosos, casi hasta la adulación, y se preocuparon de contarnos cosas interesantes sobre esta parte del mundo y cosas útiles para nuestro recorrido a través de ella. Éste es el país que la mayoría de occidentales llama la Lejana Tartaria por considerarlo el extremo más oriental de la tierra. Pero el nombre está doblemente equivocado. El mundo se extiende mucho más al este, detrás de esta lejana Tartaria, y la palabra Tartaria está todavía peor aplicada. Los mongoles se llaman tatar en el lenguaje farsi de Persia, el país donde los occidentales oyeron mencionar por primera vez al pueblo mongol. Más tarde, cuando los mongoles llamados tátaros se desbocaron atravesando las fronteras de Europa, y toda Europa tembló de miedo y de odio contra ellos, era

natural quizá que muchos occidentales confundieran la palabra tátaro con el antiguo nombre clásico de las regiones infernales, que era el Tártaro. De este modo los occidentales acabaron hablando de «los tártaros de Tartaria», del mismo modo que se habla de «los demonios del Infierno».

Pero incluso los orientales que deberían haber conocido los nombres correctos de estas tierras, los veteranos de muchos viajes en caravana a través de este país, habían dado nombres diferentes a las montañas por las que estábamos pasando: el Hindú Kush, el Himalaya, el Karakoram, etcétera. Puedo atestiguar que hay suficientes montañas solas y cordilleras enteras y naciones completas de montañas para justificar y apoyar cualquier designación. Sin embargo, preguntamos a nuestros compañeros chola si podían aclararnos este punto, en bien de nuestra cartografía. Cuando les repetimos los diversos nombres que habíamos oído, no se burlaron de quienes nos los habían dicho, porque según afirmaron ningún hombre puede decir exactamente dónde finaliza una cordillera y un nombre, y dónde empieza otro.

Pero para situarnos del modo más preciso posible nos dijeron que en aquel momento nos estábamos dirigiendo hacia el norte a través de las cordilleras llamadas Pai-Mir, que habíamos dejado la cordillera del Hindú Kush hacia el suroeste detrás nuestro y la cordillera del Karakoram hacia el sur, y que la cordillera del Himalaya quedaba muy lejos, hacia el sureste. Los chola nos dijeron que los demás nombres que nos habían dado, los Guardianes, los Amos, el Trono de Salomón, eran probablemente nombres locales aplicados y utilizados únicamente por la gente que vivía entre las varias cordilleras. Mi padre y mi tío marcaron los mapas de nuestro Kitab de acuerdo con esta información. Para mí todas las montañas se parecían mucho: estaban formadas por grandes peñascos, elevadas rocas de bordes cortantes, enormes

precipicios y los escombros amontonados de antiguos corrimientos; todas las rocas habrían sido grises, marrones y negras si no las cubriera una pesada capa de nieve ni las festonearan los carámbanos. En mi opinión, el nombre Himalaya, Morada de las Nieves, podría haber servido para cualquier cordillera concreta de la Lejana Tartaria y para todas ellas. Sin embargo aquél era el paisaje más magnífico que vi en todos mis viajes, a pesar de su soledad y de la falta de colores vivos. Las montañas del Pai-Mir, inmensas, macizas e impresionantes, se alineaban, sucedían y elevaban sin preocuparse de nosotros, seres inquietos y solitarios, insectos insignificantes que avanzábamos lentamente por sus poderosos flancos. Pero ¿cómo puedo retratar con simples palabras de insectos la estremecedora majestad de estas montañas? Basta que diga lo siguiente: la altura y grandeza de los Alpes de Europa es un hecho conocido de toda persona viajera o ilustrada de Occidente. Y que añada lo siguiente: si pudiese existir un mundo hecho enteramente de Alpes, los picos del Pai-Mir serían los Alpes de este mundo. Diré otra cosa más sobre las montañas del Pai-Mir, algo que no he oído contar a ninguno de los viajeros que han vuelto de ellas. Los veteranos de la caravana, que nos habían explicado tantos nombres diferentes de esta región, nos habían prodigado consejos sobre lo que encontraríamos y lo que nos pasaría cuando llegáramos allí. Pero ninguno de ellos habló del aspecto de las montañas que para mí fue más distintivo y memorable. Nos hablaron de los terribles caminos del Pai-Mir y de su clima agotador, y nos explicaron la mejor manera de sobrevivir en estos rigores. Pero estos viajeros nunca mencionaron lo que yo recuerdo más vivamente: el ruido incesante que hacen estas montañas.

No me refiero al sonido del viento, de las tempestades de nieve o de las tormentas de arena que estallan entre ellas, aunque Dios sabe que oí estos sonidos con bastante frecuencia. A menudo luchábamos para avanzar contra un viento tan violento que una persona podía dejarse caer literalmente contra él sin caer al suelo, quedando inclinado hacia adelante sostenido por la fuerza del viento. Y a este ruido ensordecedor habría que añadir el silbido de la nieve levantada por el viento o el sonido áspero del polvo, según que estuviéramos en las alturas donde el invierno ejercía aún su dominio o en las profundas gargantas donde estaba muy avanzada la primavera. No, el ruido que recuerdo muy bien era el sonido de la descomposición de las montañas. Fue una sorpresa para mí que unas montañas tan titánicas pudieran caerse a trozos continuamente, que pudieran romperse, separarse y caer. Cuando oí el sonido por primera vez pensé que el trueno rondaba entre las cimas, y me extrañó porque aquel día no había ni una nube en el cielo puro y azul, y de todos modos no podía imaginar que estallaran truenos con un tiempo tan frío y cristalino. Frené mi montura con las riendas y me quedé callado en la silla, escuchando atentamente.

El sonido empezó como un rugido de tono grave en algún punto situado delante de nosotros, y su intensidad aumentó hasta transformarse en un lejano bramido, después este sonido se sumó al de sus ecos. Otras montañas lo oyeron y lo multiplicaron, como un coro de voces repitiendo una después de otra el tema de un cantor bajo. Las voces jugaron con este tema, lo ampliaron y le añadieron las resonancias de tenores y

barítonos, hasta que el sonido nos llegó de allí arriba y de más allá y de detrás y de todo lo que nos rodeaba. Quedé transfigurado por el tamborileo de las reverberaciones, que fueron amortiguándose, pasando de un trueno a un murmullo, y que se esfumaron. Las voces de la montaña dejaron de cantar muy lentamente una después de otra, y mi oído no pudo discernir el momento en que el sonido se perdió en el silencio. El chola llamado Talvar cabalgaba a mi lado sobre su escuálido caballito y después de mirarme rompió mi encanto diciendo en su lengua tamil:

—Batujatuh —y en farsi —: Jak uftadan.

Todo lo cual significa «avalancha». Yo asentí, como si lo hubiese sabido de entrada y di un golpe con la rodilla al caballo para que continuara.

Ésta fue únicamente la primera de una serie de innumerables ocasiones parecidas; el ruido podía oírse casi a cualquier hora del día o de la noche. A veces procedía de un lugar tan próximo a nuestro camino que apagaba los crujidos y chasquidos de los arneses y los gruñidos y rechinar de dientes de nuestro rebaño de yaks. Y si levantábamos rápidamente la vista, antes de que los ecos confundieran la dirección, podíamos ver levantarse en el cielo detrás de algún risco una capa humeante de polvo o una nube brillante de partículas de nieve, que señalaba el lugar donde se había producido el corrimiento de tierras. Pero cuando me apetecía podía oír el ruido de avalanchas de rocas más lejanas. Bastaba con que me avanzara cabalgando al resto de la caravana o me retrasara detrás de ella; y no tenía que esperar mucho. Podía oír en una dirección u otra el gemido que lanzaba la montaña cuando sentía la pérdida dolorosa de una porción de sí misma, y luego los ecos se superponían desde todas direcciones: las demás montañas se unían al canto funeral.

Las avalanchas eran a veces de nieve y de hielo, como sucede también en los Alpes. Pero indicaban más a menudo la lenta corrupción de las mismas montañas, porque estos Pai-Mir, a pesar de ser infinitamente mayores que los Alpes, son bastante menos sustanciosos. Desde lejos parecen montañas seguras y eternas, pero yo las he visto de cerca. Están formadas por una roca con muchas vetas, resquebrajaduras y fallas, y su misma elevación contribuye a su inestabilidad. Si el viento arranca un simple guijarro de un punto elevado, su caída puede desalojar otros fragmentos y su movimiento deja sueltas otras piedras hasta que todas juntas caen rodando y su avance ladera abajo cada vez más rápido puede derribar rocas grandes y éstas al caer pueden recortar el labio de un vasto acantilado, y este labio al derrumbarse puede agrietar la ladera entera de una montaña. Y así sucesivamente hasta que una masa de rocas, piedras, guijarros, grava,

tierra y polvo, generalmente mezclada con nieve, lodo y hielo, una masa cuyo tamaño es quizás igual al de unos Alpes menores, se precipita por las estrechas gargantas o por los barrancos más estrechos todavía que separan las montañas.

Cualquier ser vivo que se interpone en el camino de una avalancha del Pai-Mir está

condenado. Encontramos muchas pruebas de ello: los huesos, calaveras y espléndidas cornamentas del goral, el urial y la «oveja de Marco», y los huesos, calaveras y pertenencias patéticamente trituradas de hombres, las reliquias de rebaños salvajes muertos hacía tiempo y de caravanas perdidas años ha. Aquellos desgraciados habían oído gemir a las montañas, luego las oyeron gruñir, más tarde bramar y después no sintieron ya nada nunca más. Sólo la fortuna nos salvó del mismo destino, porque no hay camino ni lugar de acampada ni hora del día que quede a salvo de una avalancha. Por suerte no cayó ninguna sobre nosotros, pero en muchas ocasiones encontramos el camino absolutamente borrado, y tuvimos que seguir bordeándolo por fuera. El problema era grande si la avalancha había dejado en nuestro camino una barrera de escombros infranqueable. Pero era mucho más duro cuando el camino, como sucedía a menudo, no era más que una estrecha cornisa cortada en la cara de un precipicio, y una avalancha lo había cortado abriendo un vacío que no podía atravesarse. Entonces teníamos que hacer marcha atrás durante muchos farsaj, y dar luego un cansado rodeo de muchos farsaj hasta volvernos a encarar hacia el norte.

O sea que mi padre, mi tío, Narices y todos nosotros proferíamos maldiciones y los cholas gimoteaban tristemente cada vez que oían el rumor de la caída de rocas, con independencia de la dirección de origen. Pero a mí el sonido siempre me impresionaba y no puedo comprender que para los demás viajeros fuera tan poco importante que no lo citen en sus recuerdos, porque ese ruido significa que estas montañas no durarán siempre. Para desmoronarse necesitarán como es lógico siglos y milenios, y pasarán eras antes de que el Pai-Mir alcance la estatura todavía majestuosa de los Alpes, pero se desmoronarán y se convertirán finalmente en una tierra plana y sin accidentes. Al darme cuenta de esto me pregunté por qué Dios, si sólo quiere que se derrumben, ha puesto esas montañas unas encima de otras y les ha dado una altura tan exagerada. Y me maravillaba también, como me maravillo ahora, lo inmensurables, enormes e indeciblemente altas que debieron de ser esas montañas cuando Dios las hizo en el principio.

Todas las montañas eran de colores invariables y el único cambio que pude observar en su aspecto era el provocado por el clima y por la hora. En los días claros, los altos picos captaban el brillo del alba mientras nosotros estábamos todavía sumergidos en la noche, y conservaban el resplandor del crepúsculo mucho después de haber acampado nosotros, de haber cenado y de habernos acostado entre tinieblas. En los días nublados veíamos una nube blanca atravesar un risco desnudo y marrón, y ocultarlo. Luego, cuando la nube había pasado la cumbre reaparecía pero tan blanca de nieve, como si hubiese arrancado pedazos de nube para envolverse en ellos. Cuando íbamos a gran altura, escalando un camino ascendente, la luz intensa de las alturas jugaba con nuestra visión. En la mayoría de países montañeses hay siempre una ligera neblina que oscurece un poco los objetos lejanos, facilitando así el distinguirlos de los próximos. Pero en el Pai-Mir no hay rastro de neblina, y es imposible calcular la distancia o incluso el tamaño de los objetos más corrientes y familiares. A menudo yo fijaba mis ojos en un pico del horizonte lejano, y luego me asustaba al ver que nuestros yaks de carga se subían a él, porque era un simple

montón de rocas situado a sólo cien pasos de distancia. O descubría la forma pesada de un surragoy, uno de los yaks salvajes de la montaña, plantado como un fragmento de la misma montaña que nos observaba desde el lado mismo del camino, y me preocupaba la posibilidad de que

descarriara a nuestros yaks domesticados y los indujera a huir, pero luego me daba cuenta de que en realidad estaba a un farsaj de distancia, y que nos separaba de él un valle entero.

El aire de las alturas era tan engañoso como la luz. El aire, al igual que en el Waján, que desde allí nos parecía tierra baja, se negaba a sostener con generosidad las llamas de nuestros fuegos de cocina, y los fuegos eran pálidos, azules y tibios, y el agua de nuestras ollas tardaba una eternidad en hervir. En aquellas alturas el aire enrarecido también afectaba de algún modo el mismo calor del sol. La cara de una roca situada al sol era tan caliente que uno no podía apoyarse en ella, pero la cara situada a la sombra era tan fría que no podía tocarse. En ocasiones teníamos que quitarnos nuestros pesados abrigos porque el sol los calentaba de modo insoportable, en cambio ni un cristal de la nieve que nos rodeaba se fundía. El sol encendía los carámbanos con fuegos cegadores de luz e iridiscencias de colores, pero nunca los hacía gotear. Sin embargo esto sólo sucedía con tiempo claro y soleado en las alturas, cuando el invierno dormitaba brevemente. Creo que estas alturas son el lugar donde el viejo invierno se retira triste y solitario mientras todo el mundo le insulta y acoge con alegría las estaciones menos frías. Y aquí mismo, quizá en alguna de las muchas cuevas y cavernas de la montaña, el viejo invierno se refugia para dormitar de vez en cuando. Pero duerme inquieto y se despierta continuamente, bostezando grandes rachas de frío, moviendo largos brazos de viento y peinando de su blanca barba cascadas de nieve. Con mucha frecuencia observé el espectáculo de los picos altos y nevados fundiéndose en una nevada fresca y desvaneciéndose en su blancura; luego desaparecían los riscos más próximos, más tarde los yaks que guiaban nuestra caravana, y después el resto de nosotros y finalmente todo se esfumaba en la blancura excepto la crin de mi caballo azotada por el viento. En algunas de estas tormentas, la nieve era tan espesa y la galerna tan violenta que los jinetes para continuar avanzando teníamos que darnos la vuelta sobre las sillas y cabalgar al revés dejando que nuestras monturas escogieran el camino a seguir y que dieran bordadas como buques de cara al temporal. Íbamos constantemente subiendo y bajando montañas y por lo tanto aquel clima férreo se reblandecía al cabo de unos días, cuando descendíamos a las gargantas, calientes, secas y polvorientas, donde había llegado ya la joven dama primavera, y luego el tiempo se endurecía otra vez alrededor nuestro porque ascendíamos de nuevo a los dominios sometidos todavía al viejo invierno. Es decir, que íbamos alternando: avanzando arriba lentamente entre la nieve, caminando penosamente abajo entre el fango; medio conge-lados por una tormenta de aguanieve arriba, medio sofocados por un torbellino de polvo abajo. Pero a medida que avanzábamos hacia el norte empezamos a ver, en los fondos estrechos de los valles, pequeños rastros de verde viviente: arbustos enanos y hierba rala, luego pequeños y tímidos pedazos de prados, un árbol ocasional sacando hoja, luego grupos de árboles.

Estos fragmentos de verde parecían tan nuevos y extraños entre las alturas blancas de nieve o negras y marrones de aridez que podían haber sido retazos de países lejanos recortados con tijeras y esparcidos inexplicablemente por aquel desierto.

Más al norte, las montañas estaban más separadas, dejando entre sí valles más anchos y verdes, y el terreno era todavía más notable por sus contrastes. Sobre el fondo blando y frío de las montañas brillaban cien verdes diferentes, todos avivados por la luz del sol: voluminosos árboles chinar de color verde oscuro, algarrobos con hojas pálidas de color verde plateado, chopos altos y esbeltos como plumas verdes, álamos temblorosos que hacían parpadear sus hojas del lado verde al lado gris perla. Y debajo de los árboles y entre ellos resplandecían cien colores más: las copas amarillas y brillantes de las flores llamadas turbantes, los rojos y rosas brillantes de las rosas salvajes, el púrpura radiante

de la flor llamada lila. Este arbusto crece alto y las plumas púrpuras de las lilas aparecían más vivaces todavía porque las veíamos siempre desde debajo recortadas sobre la línea intensamente blanca de las nieves, y su perfume, una de las fragancias más deliciosas de todas las flores, era más dulce todavía porque nos llegaba transportado por el viento absolutamente puro y estéril de los campos de nieve. En uno de estos valles encontramos el primer río desde que dejamos el Ab-e-Pany; su nombre era Murghab, y a su lado estaba la ciudad del mismo nombre. Aprovechamos la oportunidad para descansar durante dos noches en el caravasar de la localidad, y para bañarnos y lavar nuestra ropa en el río. Luego nos despedimos de los cholas y continuamos hacia el norte. Me fui con la esperanza de Talvar y sus camaradas ganaran muchas monedas con su sal marina, porque Murghab no tenía mucho que ofrecer. Era un pueblo desharrapado y sus habitantes tazhik sólo se distinguían por su extraordinario parecido a los otros habitantes del lugar, los yaks; tanto hombres como mujeres, pues todos eran peludos, olían mucho, tenían ancha la cabeza y bastos los rasgos de la cara y el torso, y su impasividad y falta de curiosidad eran bovinas. Murghab no ofrecía ningún atractivo para quedarse allí, pero si los cholas se iban del lugar no les quedaría otra cosa mejor que visitar, y deberían emprender el agotador viaje de regreso a través del alto Pai-Mir y de toda la India.

Nuestro viaje a partir de Murghab no fue muy arduo, porque nos habíamos acostumbrado a viajar por aquellas altiplanicies. Además las cordilleras situadas más al norte no eran tan elevadas ni invernales, y sus laderas no eran tan pronunciadas, los puertos no obligaban a pasar tanto tiempo subiendo y bajando y los valles eran anchos, verdes, floridos y agradables. Según los cálculos que hice con nuestro kamal, en aquel momento estábamos mucho más al norte de lo que pudo haber llegado Alejandro dentro del Asia central, y según los mapas del Kitab estábamos en el centro mismo de aquella masa de tierra, la mayor del mundo. Nos asombramos, pues, y nos confundimos enormemente al encontrarnos un día a orillas de un ruar. Las aguas desde la orilla donde pequeñas olas acariciaban los cascos de nuestros caballos se extendían en direc-ción oeste hasta perderse de vista. Desde luego sabíamos que existe en Asia central un gran mar interior, llamado Ghelan o Caspio, pero teníamos

que estar al este, muy al este de aquel mar. Durante un momento sentí pena por nuestros recientes compañeros, los chola, al pensar que habían llevado toda su sal marina hasta una tierra que disponía ya de un mar de sal más que suficiente.

Pero probamos el agua y vimos que era fresca, dulce y clara como el cristal. Se trataba, pues, de un lago, pero no por esto era menos sorprendente encontrar un lago tan grande y profundo situado a la misma altura que los Alpes sobre la mole del mundo. Nuestra ruta hacia el norte nos llevó por su orilla oriental, y tardamos muchos días en recorrerla. En cada uno de estos días aprovechábamos la ocasión para acampar a primera hora de la tarde, bañarnos, caminar por la orilla y disfrutar de aquellas aguas tibias y resplandecientes. No encontramos ningún pueblo a la orilla del lago, pero había las chozas de barro y las cabañas de madera de los leñadores y los carboneros. Nos dijeron que el lago se llamaba Karakul, que significa Vellón Negro, y éste es el nombre de la raza de ovejas domésticas que todos los pastores criaban en la región. Ésta era otra rareza más del lago: tener nombre de animal, aunque debo reconocer que no era un animal corriente. Si se contempla un rebaño de estas ovejas no se entiende que las llamen kara, porque los carneros y ovejas adultas presentan en general tonos variados de gris y de blanco grisáceo, y sólo unos cuantos son negros. La explicación es el valor que tiene la piel de karakul. Esta piel cara, de rizos apretados y espesos, no se obtiene simplemente esquilando un vellón de oveja. Es una piel de cordero: todos los corderos nacen negros, y la piel se obtiene matando y desollando a un cordero antes de

que tenga tres días. Un día después el puro color negro empieza a perder su intensidad y ningún comerciante de pieles lo acepta como karakul.

Al cabo de una semana de viaje hacia el norte del lago llegamos a un río que iba de oeste a este. Los tazhiks del lugar lo llamaban Kek-su, o río del Paso. El nombre era adecuado porque su ancho valle constituía un paso abierto a través de las montañas y lo seguimos contentos hacia oriente y fuimos descendiendo de las tierras altas en las que habíamos pasado tantos meses. Incluso nuestros caballos agradecían aquel camino más cómodo. Las montañas rocosas habían afectado duramente sus vientres y cascos, pero más abajo había hierba abundante para pastar y el suelo bajo sus pies era suave. Era curioso que en cada pueblo o incluso cabaña aislada donde llegábamos, al preguntar mi tío o mi padre el nombre del río, siempre les contestaran «Kek-su». Narices y yo nos extrañamos de que repitieran tanto la pregunta, pero ellos se limitaron a reírse de nuestra perplejidad y no quisieron explicarnos por qué necesitaban tantas confirmaciones de que estábamos siguiendo el río del Paso. Luego un día llegamos al sexto o séptimo de los pueblos del valle y cuando mi padre preguntó a un hombre:

—¿Cómo llaman a este río? —el hombre respondió cortésmente:

—Gezi.

El río era el mismo del día anterior, la tierra tampoco había variado y el hombre tenía el mismo aspecto de yak que cualquier otro tazhik, pero había pronunciado el nombre de modo distinto. Mi padre, desde la silla de su caballo, volvió la cabeza hacia tío Mafio, que cabalgaba algo retrasado y le gritó triunfalmente:

—¡Hemos llegado!

Luego desmontó, recogió un puñado de tierra del camino, de color amarillento, y lo contempló casi con cariño.

—¿Hemos llegado adonde? —le pregunté —. No lo entiendo.

—El nombre del río es el mismo: el Paso —dijo mi padre —. Pero este buen hombre lo ha dicho en el idioma han. Hemos cruzado la frontera de Tazhikistán. Éste es el tramo de la Ruta de la Seda por donde pasamos tu tío y yo cuando nos dirigíamos hacia occidente, de regreso a casa. La ciudad de Kashgar está a unos dos días de camino.

—Estamos, pues, en la provincia de Xinjiang —dijo tío Mafio, que nos había alcanzado con su montura —. Antes era una provincia del imperio Jin. Pero ahora Xinjiang y todo lo que hay al este forma parte del imperio mongol. Sobrino Marco: hemos llegado finalmente al corazón del kanato.

—Estás sobre la tierra amarilla de Kitai —dijo mi padre —, que se extiende desde aquí

hasta el gran océano oriental. Marco, hijo mío, hemos llegado finalmente a los dominios del gran kan Kubilai.

KITAL

Vi que la ciudad de Kashgar tenía un tamaño respetable y que sus posadas, tiendas y residencias estaban sólidamente construidas, no como las chozas de barro que habíamos encontrado en Tazhikistán. Kashgar estaba construida para que durara, porque era la puerta de acceso occidental a Kitai, a través de la cual han de pasar todas las caravanas de la Ruta de la Seda que van y vienen de Occidente. Y comprobamos que ninguna caravana podía pasar sin ser interceptada. Unos farsajs antes de llegar a las murallas de la ciudad un grupo de centinelas mongoles estacionados en un puesto de guardia del camino hicieron seña para que nos detuviéramos. Detrás de su puesto pudimos ver las innumerables tiendas redondas, o yurtus, de un ejército entero que al parecer estaba

acampado en la vía de entrada de Kashagar.

—Mendu, hermanos mayores —dijo uno de los centinelas.

Era un típico guerrero mongol con una corpulencia y fealdad formidables, y de su cuerpo colgaban todo tipo de armas, pero su saludo era bastante amistoso.

—Mendu, saín bina —respondió mi padre.

No pude comprender todas las palabras que intercambiaron, pero más tarde mi padre me repitió la conversación traducida, y me dijo que éste era el saludo habitual cuando dos personas o dos grupos de personas se encontraban en cualquier lugar del país mongol. Era curioso escuchar a un personaje de aspecto tan brutal formular saludos tan corteses, pero el centinela continuó preguntando con gran educación:

—¿De qué parte bajo el cielo venís?

—Venimos de debajo de los cielos del lejano Occidente —contestó mi padre —. Y vos, hermano mayor, ¿dónde erigís vuestro yurtu?

—Ved, mi pobre tienda está ahora entre los bok del ilkan Kaidu, que de momento permanece acampado en este lugar, mientras inspecciona sus dominios. Hermano mayor, ¿sobre qué países habéis proyectado vuestra sombra benéfica mientras veníais hacia aquí?

—Nuestro punto más reciente de partida es el alto Pai-Mir, y hemos bajado por este río del Paso. Invernamos en el estimable lugar llamado Buzai Gumbad, que también figura entre los territorios de vuestro señor Kaidu.

—Ciertamente sus dominios son vastos y numerosos. ¿Acompañó la paz vuestro viaje?

—Hasta ahora hemos viajado con seguridad. Y vos, hermano mayor, ¿estáis en paz?

¿Son fértiles vuestras yeguas y vuestras esposas?

—Todo es próspero y pacífico en nuestros pastos. ¿Hacia dónde continúa vuestra caravana, hermano mayor?

—Pensamos detenernos varios días en Kashgar. ¿Es saludable el lugar?

—Podréis encender allí vuestro fuego con comodidad y tranquilidad, y las ovejas están cebadas y a punto. Sin embargo antes de que continuarais, a este pequeño servidor del ilkan le gustaría conocer vuestro destino último.

—Nos dirigimos hacia el este, hacia la lejana capital de Kanbalik, para ofrecer nuestros respetos a vuestro supremo señor, el gran kan Kubilai. —Mi padre sacó la carta que había llevado consigo tanto tiempo —. ¿Se ha rebajado alguna vez mi hermano mayor a aprender el humilde arte del escribano, la lectura?

—Por desgracia, hermano mayor, no he alcanzado esta alta ciencia —respondió el soldado, cogiendo los documentos —. Pero incluso yo puedo percibir y reconocer el gran sello del kan de todos los kanes. Me siento afligido por haber interrumpido el tranquilo avance de dignatarios tan importantes como vosotros.

—Estáis cumpliendo con vuestro deber, hermano mayor. Si me devolvéis la carta, continuaré mi camino.

Pero el centinela no se la devolvió.

—Mi señor Kaidu no es más que una choza miserable en comparación del alto pabellón de su primo mayor, el gran señor Kubilai. Por este motivo ansiará sin duda el privilegio de ver las palabras escritas de su primo y de leerlas con reverencia. También deseará

con toda seguridad recibir y saludar a los distinguidos emisarios de su señor primo que llegan de Occidente. O sea que si lo permitís, hermano mayor, le mostraré este papel.

—En realidad, hermano mayor —dijo mi padre con cierta impaciencia —, no necesitamos pompa ni ceremonia. Nos bastaría con pasar directamente por Kashgar sin provocar ninguna conmoción.

El centinela no le hizo caso.

—Aquí en Kashgar, las distintas posadas están reservadas para tipos diferentes de

huéspedes. Hay un caravasar para tratantes de caballos, otro para mercaderes de grano…

—Ya lo sabíamos —gruñó tío Mafio —. Pasamos por aquí en otra ocasión.

—En este caso os recomiendo, hermanos mayores, la reservada para los viajeros de paso, la Posada de las Cinco Felicidades. Está en el callejón de la Humanidad Perfumada. Cualquier persona de Kashgar puede indicaros…

—Sabemos dónde está.

—Entonces tened la amabilidad de alojaros allí hasta que el ilkan Kaidu solicite el honor de vuestra presencia en el yurtu del pabellón. —Dio un paso atrás, con la carta aún en la mano, y nos dejó vía libre —. Ahora id en paz, hermanos mayores. Tened buen viaje. Cuando nos hubimos alejado y el centinela no podía oírnos, tío Mafio gruñó:

—Mierda con un pastel encima. ¡Con tantos ejércitos mongoles, caer precisamente en el de Kaidu!

—Sí —dijo mi padre —. Haber atravesado todos estos países sin ningún incidente y ahora tropezar con él en persona.

Mi tío movió la cabeza tristemente y dijo:

—Quizá no pasemos de aquí.

Para explicar por qué mi padre y mi tío expresaron molestia y preocupación debo contar primero otras cosas sobre este país de Kitai al cual acabábamos de llegar. En primer lugar su nombre se pronuncia universalmente en Occidente «Catay» y yo no puedo hacer nada para cambiarlo. Ni siquiera lo intentaré, porque el nombre que se pronuncia correctamente «Kitai» es más bien un nombre arbitrario, aplicado por los mongoles en fecha relativamente reciente, unos cincuenta años antes de mi nacimiento. Este país fue el primero que los mongoles conquistaron en su marcha desbocada por el mundo, y fue allí donde Kubilai decidió instalar su trono, y es el botón de los muchos rayos del vasto imperio de los mongoles, del mismo modo que nuestra Venecia es el centro de poder de las muchas posesiones de nuestra república: Tesalia, Creta, el Véneto en tierra firme y todas las demás. Sin embargo, del mismo modo que los vénetos llegaron originalmente a la laguna veneciana procedentes de algún lugar del norte, también los mongoles llegaron a Kitai desde fuera.

—Los mongoles tienen una leyenda —me explicó mi padre cuando estuvimos todos instalados confortablemente en el caravasar de las Cinco Felicidades de Kashgar y comenzamos a discutir nuestra situación —. Es una leyenda ridícula, pero ellos se la creen. Dicen que una vez, hace mucho, mucho tiempo, una viuda vivía sola y desamparada en un yurtu de las llanuras nevadas. Impulsada por su soledad se hizo amiga de un lobo azul salvaje y al final se aparejó con él y de su apareamiento nacieron los primeros antepasados de los mongoles.

Este inicio legendario de su raza tuvo lugar en un país situado muy al norte de Kitai, un país llamado Sibir. No lo he visitado nunca, ni he deseado hacerlo, porque dicen que es una tierra plana y sin interés, cubierta perpetuamente de nieve y hielo. Quizá en un país tan duro lo natural para las distintas tribus mongoles (una de las cuales se llamaba «los kitai») era luchar entre sí. Pero uno de ellos, un hombre llamado Temuchin, reunió bajo su mando a varias tribus y sometió una por una a las demás hasta que todos los mongoles quedaron bajo sus órdenes y le nombraron kan, que significa Gran Señor, y le dieron un nuevo nombre, Chinghiz, que significa Guerrero Perfecto. Los mongoles, bajo el mando de Chinghiz Kan, abandonaron sus territorios septentrionales y avanzaron hacia el sur, hacia el inmenso país que era entonces el Imperio de Jin. Lo conquistaron y lo llamaron Kitai. No es preciso que describa ahora las demás conquistas de los mongoles en el resto del mundo, porque la historia las conoce perfectamente. Baste decir que Chinghiz y los ilkanes menores y luego sus hijos y nietos extendieron los dominios mongoles por el oeste hasta las orillas del río Dniéper

en la Ucrania polaca y hasta las puertas de Constantinopla en el mar de Mármara, mar que los venecianos consideramos un lago privado como el Adriático.

—Nosotros los venecianos compusimos la palabra «horda» a partir del mongol yurtu —me recordó mi padre —, y llamamos colectivamente a los merodeadores horda mongol. Luego pasó a contarme algo que yo desconocía:

—En Constantinopla oí que les daban un nombre distinto: la horda de oro. Esto se explica porque los ejércitos mongoles que invadieron aquella región procedían del país donde ahora estamos, y ya has visto lo amarillo que es aquí el suelo. Pero los mongoles siempre pintaban sus tiendas del mismo color amarillo de la tierra, para confundirse con ella, y de ahí, de yurtu amarillo, vino horda de oro. Sin embargo, los mongoles que partieron directamente hacia occidente desde su Sibir nativa estaban acostumbrados a colorear sus yurtus de blanco, como las nieves de Sibir. Y los ejércitos que invadieron Ucrania fueron llamados por sus víctimas horda blanca. Supongo que habrá también hordas de otros colores.

Los mongoles tendrían mucho de que enorgullecerse aunque sólo hubiesen conquistado Kitai. Aquel enorme país se extiende desde las montañas de Tazhikistán por el este hasta las orillas del gran océano llamado mar de Kitai, o mar de Jin según otros. Kitai por el norte llega hasta el desierto de Sibir de donde salieron los mongoles. Por el sur, Kitai, en la época en que llegué por primera vez al país, limitaba con el Imperio de Song. Sin embargo, tal como explicaré en su momento, los mongoles conquistaron después este imperio, lo llamaron Manzi y lo integraron en el kanato de Kubilai. Pero incluso en la época de mi llegada, el Imperio mongol era tan inmenso que, como ya he indicado repetidamente, estaba dividido en numerosas provincias, cada una de ellas bajo la soberanía de un ilkan diferente. Estas provincias se habían parcelado sin prestar mucha atención a las antiguas fronteras cartográficas respetadas por los antiguos soberanos destronados. Por ejemplo, el ilkan Abagha era

señor del antiguo Imperio de Persia, pero sus tierras incluían también gran parte de la antigua Armenia Mayor y Anatolia, al oeste de Persia, y por el este incluía la Aryana de la India. El dominio de Abagha limitaba allí con las tierras confiadas a su primo lejano, el ilkan Kaidu, que reinaba sobre la región de Balj, el Pai-Mir, todo Tazhikistán y esta provincia oriental de Kitai, el Xinjiang, donde ahora estábamos alojados mi padre, mi tío y yo. La subida al imperio, al poder y a la riqueza de los mongoles no había disminuido su lamentable inclinación a las luchas intestinas. Luchaban con mucha frecuencia entre sí, como solían hacer cuando eran simples salvajes desharrapados en los desiertos de Sibir, antes de que Chinghiz los unificara y los empujara hacia un destino grandioso. El gran kan Kubilai era nieto de este Chinghiz, y todos los ilkanes de las provincias adyacentes eran también descendientes directos del Guerrero Perfecto. Uno se los imaginaría formando una familia real muy unida. Pero algunos descendían de hijos diferentes de Chinghiz, y se habían distanciado unos de otros, porque durante dos o tres generaciones el árbol genealógico se había ramificado cada vez más, y no todos estaban seguros de haber heredado una porción justa del imperio legado por su común progenitor. Por ejemplo el ilkan Kaidu, de quien estábamos esperando que nos convocara en audiencia, era el nieto del tío de Kubilai, Okkodai. Este Okkodai había sido en su momento el gran kan supremo, el segundo después de Chinghiz y evidentemente su nieto Kaidu estaba ofendido porque el título y el trono habían pasado a una rama diferente de la línea. Como es lógico también pensaba que se merecía una porción mayor del kanato. Además, Kaidu había llevado a cabo varias incursiones en las tierras concedidas a Abagha, lo cual suponía una insubordinación contra el gran kan porque Abagha era sobrino de Kubilai, hijo de su hermano, y su fiel aliado en una familia tan dividida.

—Kaidu no se ha rebelado todavía abiertamente contra Kubilai —dijo mi padre —. Pero además de hostigar al sobrino favorito de Kubilai, ha hecho caso omiso de muchos edictos de la corte, ha usurpado privilegios que no le corresponden y ha desafiado de otras maneras la autoridad del gran kan. Si nos considera amigos de Kubilai debe considerarnos también enemigos suyos.

Narices dijo con tono afligido:

—Pensaba que sólo era un retraso trivial, amo mío. ¿Corremos peligro de nuevo?

Tío Mafio murmuró:

—Como dijo el conejo en la fábula: «Si esto no es un lobo, es un perro enorme.»

—Puede que se quede con todos los regalos que llevamos a Kanbalik —dijo mi padre —. Puede hacerlo por envidia y despecho, y también por pura rapacidad.

—Esto es imposible —intervine yo —. Sin duda sería un acto de lesa-maesta, un desafío a la carta de salvoconducto del gran kan. Y Kubilai supongo que se pondría furioso si llegáramos a su corte con las manos vacías y le explicáramos el motivo.

—Sólo suponiendo que consiguiéramos llegar —dijo lúgubremente mi padre —. Kaidu es actualmente el guardián de este tramo de la Ruta de la Seda. Tiene en sus manos el poder de vida y muerte. Sólo nos queda esperar los acontecimientos. Tuvimos que esperar varios días hasta que se nos convocó para ver al ilkan, pero nadie puso obstáculos a nuestra libertad de movimientos. Pasamos, pues, estos días paseándonos dentro de los muros de Kashgar. Desde hacía tiempo había comprobado que cruzar una frontera entre dos naciones no es como pasar una puerta entre dos jardines diferentes. Incluso en los países lejanos que son tan exóticamente distintos de Venecia, pasar de un país al siguiente no solía dar más sorpresas que pasar por ejemplo del Véneto al ducado de Padua o de Verona. Las primeras personas que había visto en Kitai tenían la misma cara de las que había visto durante meses, y la ciudad de Kashgar podía parecer de entrada una versión mucho mayor y mejor construida de la ciudad comercial tazhik de Murghab. Pero una inspección más detallada me demostró que Kashgar difería en muchos aspectos de todo lo visto anteriormente. La población incluía, además de los ocupantes mongoles asentados en las cercanías, a tazhiks del otro lado de la frontera y gente de orígenes diversos, uzbekos y turcos y muchos otros cuyo nombre desconozco. Los mongoles daban a todos ellos el nombre de uighur, palabra que significa únicamente «aliado», pero cuyo sentido es más amplio. Los varios uighures no eran únicamente aliados de los mongoles, sino que en cierto modo estaban relacionados con ellos por su herencia racial, su lenguaje y sus costumbres. Al fin y al cabo si dejamos de lado algunas variaciones de trajes y adornos, todos parecían mongoles: complexión marrón, ojos como rayas, bastante peludos, huesos grandes, cuerpo corpulento y macizo y rasgos rudos. Pero la población incluía también a personas totalmente distintas, tanto de mí como de los pueblos mongoloides, en aspecto, lenguaje y comportamiento. Me enteré de que estas personas eran los han, los habitantes autóctonos de estas tierras.

La mayoría de ellos tenían rostros más pálidos que el mío, de un tinte delicado y marfileño, como el mejor grado de pergamino, sin apenas pelo en la cara. Sus ojos no quedaban achicados por párpados gruesos y protuberantes como los de los mongoles, pero de todos modos eran tan rasgados que parecían inclinados. Sus cuerpos y miembros eran de huesos finos, delgados y casi frágiles. Cuando uno miraba a un peludo mongol o a uno de sus parientes uighures pensaba inmediatamente «Este hombre vive siempre al aire libre»; en cambio, al mirar a un han, aunque fuera un desgraciado campesino trabajando duramente en su campo lleno de fango y de estiércol, uno se sentía inclinado a pensar: «Este hombre nació y se crió dentro de una casa.» Pero no era preciso mirar mucho; con sólo oírle hablar, incluso un ciego podía entender que un han

era único.

El idioma han no se parece a ninguno de la tierra. Yo no tuve ningún problema para aprender a hablar mongol ni para escribir en su alfabeto, pero con el idioma han nunca superé el nivel de una comprensión rudimentaria. El habla de los mongoles es bronca y dura, como quienes se sirven de ella, pero por lo menos utiliza sonidos no

muy diferentes de los que se oyen en los lenguajes occidentales. En cambio el han es un idioma de sílabas en staccato, que se cantan más que se hablan. Es evidente que la garganta de los han es incapaz de formar todos los sonidos que los demás pueblos emiten. Por ejemplo el sonido de la res imposible para ellos. Mi nombre en su idioma fue siempre Ma-ge. Los han disponen de tan pocos sonidos para entenderse que han de pronunciarlos en tonos diferentes: alto, medio, bajo, ascendente, descendente, para disponer así de una variedad suficiente que permita compilar un vocabulario. La cosa es más o menos así: supongamos que nuestro canto ambrosiano Gloria in excelsis significara «gloria en las alturas» únicamente al cantarlo con sus tradicionales neumas ascendentes y descendentes, y que al cantar las sílabas con diferentes tonalidades el significado cambiara totalmente y fuera por ejemplo «tinieblas en las honduras» o

«deshonor a los más bajos» o incluso «pescado para la fritura». Pero en Kashgar no había ninguna clase de pescado. Nuestro posadero uighur lo explicó casi con orgullo. Dijo que en aquel lugar estábamos a la mayor distancia imaginable de todos los mares del mundo: de los océanos templados situados al este y al oeste, de los mares tropicales del sur, de los mares helados y blancos del norte. Ningún otro lugar del mundo, dijo, como si fuera algo digno de elogio, está situado tan lejos del mar. Tampoco Kashgar tenía pescado de agua dulce, dijo, porque el río del Paso estaba demasiado contaminado por las evacuaciones de la ciudad y no podía alimentar a ningún pez. Yo ya me había dado cuenta de esas evacuaciones porque se componían entre otros de un elemento que no había visto nunca. Todas las ciudades evacuan aguas residuales, basuras y humo, pero el humo de Kashgar era peculiar. Procedía de las piedras que quemaban y fue allí donde vi esto por primera vez. En cierto modo la roca combustible es un fenómeno diametralmente opuesto a la roca que había visto en Balj y que produce la tela incombustible. Muchos de mis compatriotas venecianos que no han viajado, cuando les he hablado de estos dos tipos de piedra se han burlado de ellas considerándolas increíbles. Pero otros venecianos, marineros que comercian con Inglaterra, me han dicho que la roca combustible es bien conocida y se utiliza corrientemente como combustible en aquel país, donde se llama kohle. En las tierras mongoles se llamaba simplemente «la negra», kara, porque éste era su color. Se presenta en estratos extensos un poco por debajo del suelo amarillo, y se puede extraer fácilmente con simples picos y palas, y al ser la roca bastante quebradiza se pueden sacar bloques manejables. Un horno o un brasero lleno de estos bloques se ha de prender primero con un fuego de madera, pero cuando la kara se enciende quema mucho más tiempo que la madera y da más calor, como el aceite de nafta. Es un material abundante que se puede extraer de balde, y su único defecto es el espeso humo que suelta. Cada hogar, cada taller y cada caravasar de Kashgar la utilizaba como combustible y en consecuencia una capa de humo se interponía perpetuamente entre la ciudad y el cielo.

Por lo menos la kara no daba un aroma desagradable a la comida preparada sobre su fuego, como el estiércol de camello o de yak, aunque la comida que nos servían en Kashgar tenía un aroma terriblemente familiar. Había rebaños de cabras y de ovejas,

y grupos de vacas y de yaks domesticados por toda la región, y cerdos y gallinas y patos en todos los patios, pero la carne básica en las Cinco Felicidades continuaba siendo el eterno cordero. Los pueblos uighures, como los mongoles, carecen de religión nacional,

y no pude averiguar si alguna vez tuvieron una. Pero Kashgar, en su calidad de encrucijada comercial, tenía en su población permanente y de paso representantes de casi todas las religiones existentes, y el cordero es el único animal que pueden comer los fieles de todas estas religiones. Y el cha aromático, suave, no embriagador, y por lo tanto intachable desde el punto de vista religioso, era la bebida principal. Kitai introdujo una agradable mejora en nuestras comidas. En vez de arroz nos daban un plato de acompañamiento llamado mian. De hecho no era nada nuevo, pues se trataba únicamente de una pasta parecida a los vermicelli, pero era agradable encontrarse con un viejo conocido. Normalmente se servía hervida al dente, como los vermicelli venecianos, pero a veces llegaba cortada en trocitos y freída formando rizos crujientes. Lo nuevo del plato, por lo menos para mí, era que se servía con dos palitos delgados para comerlo. Me quedé mirando perplejo esta curiosidad, pero mi padre y mi tío se echaron a reír al ver la expresión de mi cara.

—Se llaman kuai-zi —dijo mi padre —. Tenacillas ágiles. Y son más prácticas de lo que parecen. Fíjate, Marco.

Cogió los dos palillos en los dedos de una mano y se puso a recoger con mucha destreza trocitos de carne y madejas de mian. Necesité varios minutos de prueba para aprender a utilizar los palillos o tenacillas ágiles, pero cuando lo conseguí me pareció un sistema mucho más limpio que el de los mongoles; comer con los dedos, y desde luego mucho más eficaz para retorcer los hilos de pasta que nuestras broquetas y cucharas venecianas.

El patrón uighur sonrió con aprobación cuando vio que empezaba a recoger y levantar la pasta con los palillos, y me informó de que las tenacillas ágiles eran una contribución de los han a la comida elegante. Dijo también que los vermicelli mian eran un invento han, pero yo se lo discutí. Le contesté que en todas las mesas de la península italiana hubo pasta de todo tipo desde que un cocinero de una nave romana tuvo fortuitamente la idea de elaborarla. Quizá, le dije, los han habían aprendido el truco durante alguna era cesárea de comercio entre Roma y Kitai.

—Sin duda así fue —contestó el posadero, que era un hombre de impecable cortesía. Debo decir que todas las personas de Kitai, de cualquier raza y condición social, eran excepcionalmente corteses en su trato y comportamiento, cuando no estaban empeñados en alguna actividad sangrienta de peleas, venganza, bandidaje, rebelión o guerra abierta. Y yo creo que esta gentileza era una contribución de los han. El idioma han, como si quisiera compensar sus numerosas deficiencias inherentes, está

lleno de expresiones floridas, de giros adornados y de formalidades intrincadas, y las

maneras de los han son también exquisitamente refinadas. Son un pueblo de una cultura muy antigua y elevada, pero no puedo saber si su lenguaje y sus gracias elegantes impulsaron su civilización o si simplemente son un producto de ella. Sin embargo creo que todas las demás naciones próximas a los han, aunque su cultura sea tristemente inferior, adquirieron de ellos por lo menos las galas exteriores de una civilización avanzada. Yo había visto también en Venecia a la gente imitar a los mejores, por lo menos en apariencia, si no en sustancia. Ningún tendero está más encumbrado que otro tendero, pero el que tiene por clientes a damas de calidad conversará mejor que uno que sólo vende a mujeres de barqueros. Un guerrero mongol puede ser por naturaleza un bárbaro inculto, pero cuando quiere, como comprobamos con el primer centinela que nos detuvo, puede hablar con tanta cortesía como un han cualquiera, y exhibir maneras que no desmerecerían de un salón de baile palaciego.

La influencia han era evidente incluso en esta ruda ciudad fronteriza. Paseé por calles llamadas Benevolencia Florida y Fragancia Cristalizada y en una plaza de mercado llamada Empresa Productiva e Intercambio Justo, vi a torpes soldados mongoles

comprando bellos pájaros cantores enjaulados y cuencos con relucientes pececitos para adornar sus rudos cuarteles militares. Cada tenderete del mercado tenía un cartel, una plancha larga y estrecha colgada verticalmente, y la gente me traducía amablemente las palabras inscritas en el alfabeto mongol o en los caracteres han. Cada cartel además de indicar el producto que vendía la tienda, «Huevos de faisán para elaborar pomada para el pelo» o «Tinte de índigo con olor de especias», añadía unas palabras de consejo: «La indolencia y la charlatanería no favorecen los negocios» o «Antiguos clientes han llevado a la triste necesidad de no conceder créditos» u otras frases del mismo estilo. Pero Kashgar tenía algo gracias a lo cual comprendí inmediatamente que Kitai era diferente de los demás países: la infinita variedad de olores. Es cierto que todas las demás comunidades orientales habían olido lo suyo, pero habían olido principal y terriblemente a orina rancia. Kashgar no estaba libre de este olor acre, pero tenía muchos olores más, y mejores. El más perceptible era el del humo de kara, que no es desagradable, y con él se fundía el olor de innumerables y fragantes inciensos, que la gente quemaba en sus casas y tiendas, además de quemarlo en los lugares de culto. También se percibía a todas horas del día y de la noche el olor de las comidas que se preparaban en las cocinas. A veces el olor era familiar: el aroma simple, bueno, sabroso de unas costillas de cerdo triándose en alguna cocina no musulmana. Pero a menudo no lo era: el olor de una olla repleta de ranas hirviendo o de un perro en estofado desafía toda descripción. Y a veces era un olor interesante y exótico: el de azúcar quemado, por ejemplo, que sentía mientras contemplaba a un vendedor han de dulces derretir azúcares de brillantes colores sobre un brasero para luego, como un brujo, soplar y retorcer este fondant dándole formas delicadas y sedosas: una flor de pétalos rosados y hojas verdes, un hombre marrón sobre un caballo blanco, un dragón con muchas alas multicolores. En el mercado se exponían en cestos hojas de cha, de tipos muy variados, más de los que yo hubiese imaginado, todos aromáticos y sin que dos tipos olieran igual; y jarros de especias

con unos picantes desconocidos para mí; y cestos de flores con formas, colores y perfumes que yo no había visto nunca. Incluso nuestra Posada de las Cinco Felicidades olía diferente de todas las demás que habíamos conocido, y el patrón me explicó el motivo. En el revoque de las paredes habían mezclado pimienta roja meleghéta. Desanimaba a los insectos, dijo, y le creí, porque el lugar estaba notablemente limpio de bichos. Sin embargo, estábamos a principios de verano y no pude verificar su otra afirmación: que la caliente pimienta roja hacía más calientes las habitaciones en invierno.

No vi a ningún comerciante veneciano en la ciudad, ni genovés, ni pisano ni a ningún otro rival comercial nuestro, pero nosotros los Polo no éramos los únicos blancos. O lo que se entiende por hombres blancos; recuerdo que muchos años después un sabio han me preguntó:

—¿Por qué os llaman blancos a los europeos? Vuestro color es más bien rojo ladrillo. De todos modos había unos cuantos blancos más en Kashgar, y su tono rojizo era fácilmente visible entre los colores de los cutis orientales. En mi primer paseo por las calles vi a dos blancos barbudos sumidos en profunda conversación, y uno de los dos era tío Mafio. El otro llevaba el traje de sacerdote nestoriano, y tenía la cabeza plana por detrás, lo que le identificaba como armenio. Me pregunté qué tema de discusión podía haber encontrado mi tío para hablar con un clérigo hereje, pero no me entrometí, me limité a saludarle con la mano al pasar por su lado.

2

En uno de los días de ocio obligado, salí de las murallas de la ciudad para contemplar el

campamento de los mongoles, lo que ellos llaman su bok, practicar algunas palabras mongoles que conocía y aprender otras nuevas.

Las primeras palabras nuevas que aprendí fueron éstas: «Hui! Nohaigan Hori!», y las aprendí a toda prisa, porque significan «Ola! ¡Quitad vuestros perros!» Jaurías de mastines grandes y truculentos merodeaban libremente por todo el bok, y cada yurtu tenía a la entrada dos o tres perros atados con cadenas. Comprendí también que había actuado con prudencia al llevar mi látigo de montar, como hacen siempre los mongoles, para golpear a los canes. Y aprendí rápidamente a dejar el látigo fuera cada vez que entraba en un yurtu, porque entrar con él era un acto de descortesía y ofendería a sus ocupantes humanos, pues podían suponer que no los consideraba mejores que perros. También tuve que observar otras reglas de conducta. Cuando un forastero se acerca a un yurtu ha de pasar primero entre dos de los fuegos de campamento del exterior, para purificarse adecuadamente. Además no se puede pisar nunca el umbral de un yurtu al entrar o salir de él, y no hay que silbar mientras se está en su interior. Aprendí todo esto porque los mongoles tenían muchas ganas de recibirme y de instruirme en sus costumbres y de interrogarme sobre las mías. De

hecho estas ganas rayaban en el ansia. Si el carácter de los mongoles tiene un rasgo que supera la ferocidad que demuestran hacia los forasteros enemigos es la curiosidad con que reciben a los forasteros pacíficos. El sonido más frecuente en su idioma es «uu», que no es una palabra sino un sonido de interrogación.

—Sain bina, sain urkek! ¡Enhorabuena, buen hermano! —me dijo saludándome un grupo de guerreros; y luego me preguntaron inmediatamente —: ¿De qué parte bajo los cielos venís, uu?

—De bajo los cielos de Occidente —respondí, y ellos abrieron las hendiduras de sus ojos, todo lo que éstas permitían, y exclamaron:

—Hui! Aquellos cielos son inmensos, y abrigan a muchos países. ¿En vuestra tierra occidental habitabais bajo un techo, uu, o bajo una tienda, uu?

—En mi ciudad nativa, bajo un techo. Pero he estado mucho tiempo de viaje, viviendo bajo una tienda, cuando no lo hacía bajo el cielo abierto.

—Sain! —gritaron, sonriendo radiantemente —. Todos los hombres son hermanos, ¿no es cierto, uu? Pero los hombres que viven bajo tiendas son hermanos más próximos, tan próximos como mellizos. ¡Bien venido, hermano mellizo!

Se inclinaban para saludarme y me indicaban con gestos que entrara en uno de sus yurtus. El yurtu no se parecía en nada a mi delgada tienda de dormir, excepto en que también era portátil. Su interior tenía una única habitación redonda, pero espaciosa, de seis pasos de diámetro y su parte superior quedaba bien por encima de la cabeza de una persona erguida. Las paredes eran de listones de madera entrelazados, y eran verticales desde el suelo hasta la altura de los hombros, curvándose luego hacia dentro para formar una cúpula. En lo alto del centro había un redondel abierto por donde se escapaba el humo del brasero que calentaba la habitación. La estructura de listones sostenía la cubierta exterior del yurtu, formada por hojas superpuestas de fieltro pesado, pintadas de amarillo con arcilla y sujetas al armazón por cuerdas entrecruzadas. El mobiliario era escaso y simple, pero de buena calidad: alfombras para el suelo y camas de colchones, todo hecho de fieltro brillantemente coloreado. El yurtu era tan sólido, caliente y resistente a la intemperie como cualquier casa, pero podía desmontarse en una hora y envolverse en fardos pequeños y ligeros que podían llevarse sobre una única silla de equipaje.

Los mongoles que me habían saludado y yo entramos en el yurtu a través de una abertura con un faldón, situada en el lado meridional, como en todos los edificios mongoles. Me indicaron que me sentara en la «cama del hombre», situada en la parte

septentrional del yurtu, y en donde este hombre quedaba de cara al sur, la dirección de buen agüero. (Las camas para las mujeres y los niños estaban dispuestas alrededor, en los demás lados menos favorables.) Me hundí en los cojines cubiertos de fieltro y mi anfitrión me puso en las manos un vaso que era un simple cuerno de carnero.

Vertió en este vaso un líquido claro de olor rancio y color blanco azulado que guardaba en un odre.

—Kumis —me dijo que era.

Esperé cortésmente a que todos los hombres tuvieran sus cuernos llenos. Luego hice lo que todos: meter los dedos en el kumis y tirar unas cuantas gotas en todas las direcciones de la brújula. Me explicaron, de modo muy claro para que lo entendiera, que estaban saludando «al fuego» en el sur, «al aire» en el este, «al agua» en el oeste, y «a los muertos» en el norte. Luego todos levantamos nuestros cuernos y bebimos un buen trago, y yo cometí una infracción de la etiqueta. Me enteré de que el kumis era para los mongoles una bebida tan amada y sacrosanta como el qahwah para los árabes. Yo la encontré malísima y dejé imperdonablemente que mi cara reflejara esta opinión. Todos los hombres se miraron compungidos. Uno de ellos dijo con optimismo que con el tiempo aquel sabor acabaría gustándome y otro afirmó que me gustaría todavía más su efecto embriagador. Pero mi anfitrión tomó mi cuerno y se bebió su contenido, llenándolo luego con un líquido de un odre distinto. Me entregó de nuevo el cuerno y me dijo:

—Esto es arki.

El arki olía mejor, pero lo probé con precaución, porque su aspecto era idéntico al kumis. Comprobé con satisfacción que su gusto era mucho mejor, parecido al de un vino de calidad media. Asentí con la cabeza, sonreí y pregunté el origen de aquellas bebidas, porque no había visto viñas por el lugar. Quedé asombrado cuando mi anfitrión me dijo con orgullo:

—Se saca de la buena leche de yeguas sanas.

Los mongoles, aparte de sus armas y armaduras, fabrican dos cosas y sólo dos, y de ello se encargan las mujeres. Yo acababa de conocer ambos productos. Estaba sentado sobre unos cojines cubiertos de fieltro en una tienda cubierta de fieltro y estaba bebiendo un licor hecho con leche de yegua. Creo que las mujeres mongoles no desconocen las artes de hilar y tejer, pero las desprecian por bajas y afeminadas, pues estas mujeres son auténticas amazonas. Las telas tejidas que llevan las compran de otros pueblos. Pero son muy expertas en el arte de batir y entretejer los pelos de los animales para formar fieltros de cualquier peso, desde las pesadas cubiertas de los yurtus hasta telas tan suaves y finas como la franela galesa.

Las mujeres mongoles desdeñan todo tipo de leche, excepto la equina. No dan a sus niños la leche de sus pechos, sino que los alimentan desde la infancia con leche de yegua. Hacen algunas cosas insólitas con este fluido y no me costó mucho superar mi repugnancia y convertirme en un consumidor entusiasta de todos los productos lácteos mongoles. El más extendido es el kumis, una bebida ligeramente embriagadora. Se fabrica colocando leche fresca de yegua en un gran odre de cuero, que las mujeres golpean con palos pesados hasta que se forma mantequilla. Extraen

ésta y dejan fermentar el líquido restante. Este kumis se vuelve picante y fuerte de gusto, con un cierto deje de almendras y si una persona bebe mucho puede emborracharse bastante. Si se golpea el odre más tiempo hasta que se separen la mantequilla y las cuajadas, y se deja que fermente el líquido restante, muy claro, se convierte en el tipo de kumis de gusto más suave y dulce, entero y efervescente, llamado arki. Y una persona puede emborracharse con esta bebida sin tomar mucha cantidad de ella. Las mujeres mongoles además de utilizar la mantequilla extraída de la leche utilizan

ingeniosamente las cuajadas. Las dejan al sol hasta que se secan y forman una torta dura. Desmigajan esta sustancia, llamada grut, y le dan forma de bolitas, que pueden conservarse indefinidamente sin que se pasen. Parte del grut se guarda para el invierno, cuando las yeguas del rebaño no dan leche, y otra parte se guarda en bolsas que los hombres llevan como raciones de emergencia cuando se van de marcha. Basta disolver el grut en agua para conseguir una bebida espesa, rápida y alimenticia. Los encargados de ordeñar las yeguas del rebaño son los hombres; constituye una especie de prerrogativa masculina, prohibida a las mujeres. Pero la elaboración posterior de kumis, arki y grut, y la fabricación de fieltro es trabajo de mujeres. De hecho las mujeres hacen todo el trabajo en un bok mongol.

—Porque la única tarea digna de un hombre es la guerra —me dijo mi anfitrión aquel día

—. Y la única ocupación digna de una mujer es el cuidado de sus hombres. Uu?

Un ejército mongol va a todas partes acompañado por las mujeres de los guerreros y por otras adicionales para los hombres solteros, y por los hijos de todas estas mujeres, y no puede negarse que gracias a esto los hombres raramente tienen que ocuparse de otra cosa que del combate. Una mujer puede montar y desmontar un yurtu sin ayuda, y ocuparse de todo lo necesario para que esté bien provisto, bien mantenido y limpio y en buen estado, y puede mantener a su hombre alimentado y vestido y de humor para la lucha y puede cuidarlo cuando está herido y puede tener preparados sus instrumentos de guerra y también sus caballos. Los niños también trabajan recogiendo estiércol o kara para los fuegos del bok, haciendo de pastores y de guardianes. Se sabe que en las contadas ocasiones en que la batalla ha resultado desfavorable a los mongoles y han debido llamar a sus reservas del campamento, las mujeres han cogido las armas, se han lanzado al combate y se han comportado valientemente.

Lamento decir que las mujeres mongoles no se parecen a las guerreras amazonas de la antigüedad según las retratan los artistas occidentales. Se las podría casi confundir con los varones mongoles, porque tienen el mismo rostro plano, los pómulos anchos, la complexión correosa, los párpados hinchados que convierten sus ojos en rendijas, ojos que cuando son visibles aparecen siempre inflamados y rojos. Las mujeres quizá sean menos corpulentas que los hombres, pero no lo parecen, porque llevan trajes

igualmente abultados. Acostumbran a cabalgar la mayor parte de su vida, como los hombres, y puesto que cabalgan a horcajadas cuando van a pie se les nota la misma andadura caballar, con los pies a rastras, que a los hombres. Las mujeres se diferencian porque no llevan barba ni bigote lacio, como algunos hombres. Los hombres también llevan el pelo largo, trenzado por detrás, y a veces afeitado en la coronilla, como la tonsura de un cura. Las mujeres se recogen el cabello encima de la cabeza de modo complicado y quizá lo hacen una sola vez en la vida porque luego lo barnizan con la savia del árbol wutong y lo dejan así. Encima del cabello sujetan un tocado alto llamado gugu, fabricado con corteza y decorado con trozos de fieltro coloreado y de cintas. Una mujer con su cabello fijo y su gugu puede llegar a ser dos palmos más alta que un hombre, tan enormemente alta que para entrar en un yurtu tiene que agacharse. Mientras conversaba con mis anfitriones la mujer del yurtu entró y salió varias veces y en cada ocasión tuvo que agacharse. Pero la inclinación no era una genuflexión y no hizo ninguna señal más de servilismo. Simplemente se dedicó a sus faenas, a buscar nuevos jarros de kumis y de arki para nosotros, a sacar los vacíos y a preocuparse continuamente por nuestra comodidad. Su marido allí presente la llamaba Nai, que significa únicamente Mujer, pero los demás la llamaban con deferencia Sain Nai. Me interesó comprobar que una Buena Mujer, aunque trabajara como una esclava, no se comportaba ni la trataban como tal. Una mujer mongol no tiene que ocultar su cara tras un chador, ni ocultar toda su persona en pardah ni sufrir ninguna de las humillaciones

que el Islam inflige a las mujeres. Se espera de ella que sea casta, por lo menos después de su matrimonio, pero nadie se escandaliza si utiliza un lenguaje inmodesto o si se ríe con una historia indecente, o si cuenta una ella misma, como hizo esta Sain Nai. Sin que nadie se lo pidiera dejó una comida para nosotros sobre la alfombra de fieltro del centro del yurtu. Y luego, también sin que nadie se lo pidiera, se sentó a comer con nosotros y nadie se lo prohibió, lo que me sorprendió y me encantó tanto como la misma comida. Había servido una especie de versión mongol de la scalda-vivande veneciana: un cuenco de caldo hirviendo, otro más pequeño con una salsa de color marrón rojizo y un plato de tiras de cordero crudo. Nosotros sumergíamos por turnos los trozos de carne en el caldo de escaldar, lo cocíamos a nuestro gusto, lo pasábamos por la salsa picante y luego nos lo comíamos. La Sain Nai hizo igual que los hombres: sumergía sus trozos de carne en el caldo el tiempo suficiente para calentarlos y se los comía casi crudos. Cualquier duda sobre la robustez de las mujeres mongoles, que igualaba a la de sus hombres, desaparecía al ver aquella representante de su sexo desgarrando los grandes pedazos de carne, con las manos, los dientes y los labios llenos de sangre. Una diferencia había: los hombres comían sin hablar, concentrando toda su atención en la comida, en cambio la mujer, en los intervalos en los que dejaba de devorar se mostraba de lo más voluble.

Comprendí que se estaba riendo de la nueva esposa que su marido había adquirido. (No había límite para el número de mujeres que un mongol podía tomar por esposa siempre que pudiese instalarlas en un yurtu separado.) La mujer explicó mordazmente que su marido estaba borracho perdido cuando pidió la mano de esta

última esposa. Todos los hombres presentes rieron, incluyendo el marido. Y todos continuaron con risitas y sonrisas cuando ella pasó revista a las deficiencias de la nueva esposa, evidentemente en términos escabrosos. Y todos rieron a carcajadas y rodaron por la alfombra cuando la Sain Nai concluyó sugiriendo que probablemente la nueva esposa orinaba de pie como un hombre.

Ésta no era la salida más cómica que yo hubiese oído nunca, pero demostraba de modo claro que las mujeres mongoles disfrutaban de una libertad negada a casi el resto de las orientales. Las mongoles se parecen más a las mujeres venecianas, excepto en belleza. Son muy vivaces y alegres, porque saben que son iguales a los hombres y camaradas suyos, y que sólo tienen funciones y responsabilidades diferentes en la vida. Los varones mongoles no se quedan sentados ociosamente mientras sus mujeres trabajan, o por lo menos no lo hacen siempre. Después de comer mis anfitriones se pasearon conmigo por el bok y me enseñaron el trabajo de los hombres encargados de fabricar flechas, armaduras, cuchillos y otras piezas militares. Los flecheros, que habían preparado ya una buena reserva de flechas corrientes, estaban aquel día forjando puntas especiales de flecha con agujeros dispuestos de modo que al volar silbaran y gritaran, aterrorizando así al enemigo, según me contaron. Algunos armeros estaban martilleando estrepitosamente láminas de hierro al rojo para darles forma de petos destinados a hombres y a caballos, y otros estaban haciendo lo mismo, más silenciosamente, con cuirbouilli, cuero pesado que se hierve para reblandecerlo y luego se modela y se seca, con lo que se hace tan duro como el hierro. Los peleteros estaban fabricando cinturones anchos adornados con piedras de colores, que no se llevaban como mera decoración, según me dijeron, sino para protegerlos del trueno y los rayos. Los cuchilleros estaban fabricando malignas simsirs y dagas, sacando filo nuevo a viejas hojas y ajustando hachas de guerra a sus mangos, y uno de ellos estaba forjando una lanza de cuya hoja salía un gancho curioso destinado a tirar al enemigo de su silla, según me contó el hombre que la fabricaba.

—Un enemigo caído se puede atravesar mejor con la lanza —agregó uno de mis guías —.

La tierra ofrece mejor apoyo que el aire para ensartar el arma.

—Sin embargo nosotros desdeñamos los golpes demasiado fáciles —dijo otro —. Cuando el enemigo ha caído de su caballo nos retiramos unos pasos y esperamos a que nos lance un grito de desafío o de rendición.

—Sí, y entonces le atravesamos la boca abierta con la punta de la lanza —intervino otro -

. Es muy difícil acertar este blanco al galope.

Estas observaciones trajeron recuerdos felices a mis anfitriones, y se pusieron a contarme varias historias de las guerras y batallas de su pueblo. Parecía como si

ninguno de estos enfrentamientos hubiese finalizado en una derrota para los mongoles, sino que todo fueran victorias, conquistas y el consiguiente y provechoso saqueo. De las muchas historias que contaron recuerdo dos con especial claridad, porque en ellas los mongoles lucharon no sólo contra otros hombres, sino con el fuego y el hielo. Me contaron que en una ocasión mientras asediaban alguna ciudad de la India, los defensores hindúes, cobardes pero astutos, intentaron derrotarlos enviando contra ellos una tropa a caballo de composición insólita. Los caballos llevaban jinetes de cobre batido en forma de personas, y cada uno de estos caballeros al galope era en realidad un horno móvil porque la cáscara de cobre estaba llena de carbones ardientes y de algodón empapado en aceite y encendido. No se supo nunca si los hindúes pretendían provocar una conflagración entre la horda de los mongoles o simplemente asustarlos. Pero los guerreros encendidos chamuscaron de tal modo sus propias monturas que los caballos muy lógicamente se los quitaron de encima y los mongoles entraron cabalgando sin dificultad en la ciudad y mataron a todos sus defensores, menos incandescentes, y se apropiaron la ciudad.

Los mongoles efectuaron también una campaña contra una tribu salvaje de samoyedos en el lejano y frío norte. Antes de la batalla, los hombres de esa tribu corrieron a un río cercano, se echaron en él y al salir se revolcaron en el polvo de la orilla. Dejaron que esta envoltura se congelara sobre sus cuerpos. Luego repitieron el proceso varias veces hasta que tuvieron una armadura de hielo y barro por todo el cuerpo y se consideraron a salvo de las flechas y las hojas de los mongoles. Quizá esto era cierto, pero la armadura helada los dejó tan gruesos y torpes que no pudieron luchar ni esquivar los golpes, y los mongoles se limitaron a pisotearlos con los cascos de sus corceles. O sea que los demás habían utilizado sin éxito el fuego y el hielo contra ellos, pero los mismos mongoles habían recurrido en ocasiones al agua, y con éxito. Por ejemplo en las tierras de los kazhakos, los mongoles habían sitiado en cierta ocasión una ciudad llamada Kzyl-Orda, que había resistido largo tiempo el asedio. Esta palabra kazhak significa «hombre sin amo», y los guerreros kazhakos, que nosotros en Occidente llamamos cosacos, son casi tan temibles como los mongoles. Pero los sitiadores no se limitaron a rodear la ciudad y a esperar a que se rindieran. Aprovecharon la espera para excavar un nuevo canal desde el cercano río Syr-Daria. Desviaron su cauce, inundaron Kzyl-Orda y ahogaron en la ciudad a todos los habitantes.

—Una inundación es un buen sistema para tomar una ciudad —dijo uno de los hombres —. Es mejor que tirar sobre ella grandes piedras o flechas de fuego. Otro buen sistema es catapultar en su interior cadáveres de enfermos. Esto mata a todos los defensores, pero deja los edificios intactos para los nuevos ocupantes. Lo único malo de estos métodos es que nuestros jefes se quedan sin su diversión favorita: celebrar el banquete de la victoria sobre mesas humanas.

—¿Mesas humanas? —pregunté, pensando que no había oído bien —. Uu?

Me lo explicaron riendo. Las mesas eran tablas pesadas apoyadas sobre las espaldas

inclinadas de hombres arrodillados: los oficiales vencidos de cualquier ejército derrotado. Todos se echaron a reír cordialmente mientras imitaban los gemidos y

sollozos de aquellos hombres hambrientos inclinados bajo el peso de tablas cargadas de tajaderos con montañas de carne y jarros llenos a rebosar de kumis. Y se desternillaron literalmente de risa cuando imitaron los gritos más lamentables todavía de esos hombres-mesa cuando una vez finalizado el festín los mongoles victoriosos subían sobre las tablas para ejecutar sus furiosas danzas de victoria, taconeando y saltando sobre ellas.

Mientras me contaban sus historias de guerra me citaron a varios jefes bajo cuyas órdenes habían servido, y parecía como si todos los jefes hubiesen ostentado una confusa variedad de títulos y rangos. Pero fui adivinando gradualmente que un ejército mongol no es una horda informe sino un modelo de organización. El más fuerte, violento y experimentado en la guerra de cada diez guerreros es nombrado capitán. Hay también un jefe para cada diez capitanes, que tiene a sus órdenes a cien hombres. Y la organización continúa así por múltiplos de diez. Uno de cada diez capitanes-jefe es capitán de bandera, con un millar completo de hombres bajo su enseña. Luego uno de cada diez capitanes de bandera es un sardar que manda sobre diez mil hombres. La palabra «diez mil» es toman, palabra que también significa «cola de yak», por lo que la bandera de un sardar es un penacho de cola de yak colgada de un mástil en lugar de bandera.

Es un sistema de mando de una admirable eficacia, porque cualquier oficial en cualquier nivel, desde un capitán hasta un sardar, sólo necesita consultar con otros nueve oficiales iguales a él para elaborar sus planes, decisiones y disposiciones. Sólo hay un rango superior al sardar. Es el orlok, que significa más o menos comandante en jefe, quien tiene bajo sus órdenes por lo menos a diez sardars con sus tomans formando un tuk de cien mil guerreros, a veces más. Su poder es tan extraordinario que el rango de orlok raramente se da a quien no sea un ilkan reinante de la familia de Chinghiz. El ejército que estaba acampado en aquel bok cerca de Kashgar era una parte de las fuerzas mandadas por el orlok e ilkan Kaidu.

Todo oficial mongol, además de ser un buen jefe en el combate, ha de ser en los demás momentos lo mismo que Moisés para los israelitas en el desierto. Tanto si es capitán de diez hombres como sardar de diez mil, es responsable del movimiento y aprovisiona-miento de sus tropas, de sus esposas y de sus mujeres y niños y de muchos seguidores más, como los viejos veteranos que no tienen ninguna utilidad, pero que tienen derecho a rechazar el retiro y a quedar inactivos en una guarnición. El oficial es también respon-sable de los rebaños de ganado que acompañan a las tropas: los caballos para montar, los animales que dan carne, los yaks, asnos, mulas o camellos para llevar los equipajes. Si contamos sólo los caballos, cada mongol viaja con una recua de corceles de guerra y de yeguas para kumis cuyo número es en promedio de dieciocho. De los varios jefes superiores mencionados por mis anfitriones el único nombre que reconocí fue el del ilkan Kaidu. Les pregunté si

alguna vez los había llevado a la batalla del gran kan Kubilai, a quien confiaba ver en un futuro no muy lejano. Me dijeron que no habían tenido nunca el alto honor de estar bajo su mando directo, pero que habían tenido la suerte de verlo de lejos una o dos veces. Dijeron que tenía gran belleza viril, porte marcial y sabiduría de gobernante, pero que su cualidad más impresionante era su tan temido temperamento.

—Puede ser más violento incluso que nuestro violento ilkan Kaidu —dijo uno de ellos —. Nadie tiene interés en provocar la ira del gran kan Kubilai. Ni el mismo Kaidu.

—Ni los mismos elementos de la tierra y del cielo —intervino De hecho cuando truena, la gente invoca el nombre del gran kan «¡Kubilai!», para que no les hiera el rayo. Dicen que incluso nuestro intrépido Kaidu lo hace.

—Cierto —terció otro —, en la presencia del gran kan Kubilai, el viento no se atreve a

soplar demasiado fuerte, ni la lluvia a caer con más intensidad que una simple llovizna, ni a manchar de barro sus botas. Incluso el agua de su vaso retrocede temerosa ante sus labios.

Comenté que esto podía resultar molesto cuando Kubilai tuviera sed. Aquella observación sobre el hombre más poderoso del mundo era sacrílega, pero nadie se inmutó porque todos estábamos ya muy borrachos. Estábamos sentados otra vez en el yurtu, y mis anfitriones habían servido varios frascos de kumis y yo me había bebido una buena cantidad de arki. Los mongoles no se contentan nunca con un vaso, ni permiten que el huésped tome sólo uno, porque cuando se lo han bebido exclaman:

—¡Un hombre no puede caminar sobre un solo pie! —y sirven otro. Y este segundo pie necesita otro, y el siguiente otro, y así sucesivamente. Los mongoles incluso se encaminan a la muerte bebiendo, por así decirlo. Un guerrero muerto en combate se entierra siempre en el campo de batalla, bajo un montón de piedras, y se le entierra en una posición sedente con el cuerno de beber en la mano a nivel de la cintura. El día había dejado paso a las tinieblas cuando decidí que me convenía más dejar de beber o correr el riesgo de que me enterraran también a mí. Me puse trabajosamente en pie, agradecí a mis anfitriones su hospitalidad, me despedí de todos y ellos me gritaron cordialmente:

—Mendu, sain urkek! ¡Que tengas un buen caballo y una ancha llanura hasta que nos veamos de nuevo!

Yo no iba a caballo, sino a pie, y por ello me tambaleaba ligeramente. Pero esto no provocó comentarios de nadie, y pude dirigirme serpenteando hacia el caravasar de las Cinco Felicidades atravesando el bok, luego la puerta de Kashgar y más tarde las calles perfumadas. Entré de un tumbo en nuestra habitación y me paré de golpe, mirando. Un sacerdote corpulento vestido de negro, con la barba negra, estaba ante

mí. Tardé un momento en reconocer en él a tío Mafio y en mi estado de profunda confusión lo único que pude pensar fue:

« ¡Dios mío! ¿En qué abismo de depravación se ha hundido ahora? Uu?»

3

Me dejé caer sobre un banco y me quedé sonriendo mientras mi tío se arreglaba devotamente la sotana. Mi padre, que parecía furioso, citó un proverbio antiguo:

—El vestido hace al hombre, pero el hábito no hace al monje. Y menos aún a un sacerdote, Mafio. ¿De dónde lo sacaste?

—Se lo compré al padre Boyajian. ¿Le recuerdas de la última vez, Nico, cuando estuvimos aquí?

—Sí. Un armenio vendería incluso la Hostia. ¿Por qué no le hiciste una oferta, a ver qué

pasaba?

—Una hostia sacramental no significaría nada para el ilkan Kaidu, pero este disfraz sí. Su esposa principal, la ilkatun es una cristiana convertida, por lo menos es nestoriana. Confío, pues, que Kaidu respetará este hábito.

—¿Por qué? Tú no lo respetas. Te he oído criticar a la Iglesia con palabras que rayan en la herejía. Y ahora esto. ¡Es una blasfemia!

—La sotana no es en sí un traje litúrgico —protestó tío Mafio. Cualquier persona puede llevarla con tal de que no finja tener derecho a su santidad. Yo no lo finjo. No podría aunque lo quisiera. Recuerda el Deuteronomio. «Un eunuco, cuyos testículos estén rotos, no entrará en la Iglesia del Señor.» Capón mal capona.

—¡Mafio! No intentes justificar tu impiedad compadeciéndote a ti mismo.

—Lo único que digo es que si Kaidu me confunde con un cura, no veo por qué tengo

que corregirle. Boyajian es de la opinión que un cristiano puede emplear cualquier subterfugio en sus tratos con paganos.

—No acepto a un réprobo nestoriano como autoridad en comportamiento cristiano.

—¿Prefieres aceptar los decretos de Kaidu? ¿La confiscación, o algo peor? Mira, Nico. Kaidu tiene la carta de Kubilai; sabe que nos mandó traer sacerdotes a Kitai. Sin sacerdotes no somos más que unos vagabundos que recorren el dominio de Kaidu con una colección muy tentadora de objetos valiosos. No voy a proclamar que soy un cura, pero si Kaidu se imagina que…

—Este cuello blanco no protegió ningún cuello del hacha del verdugo.

—Es mejor que nada. Kaidu puede hacer lo que le apetece con viajeros normales, pero si mata o detiene a un sacerdote las repercusiones alcanzarán la corte de Kubilai. ¿Y

además un sacerdote solicitado por Kubilai? Sabemos que Kaidu es temerario, pero no que sea también suicida. —Tío Mafio se dirigió a mí —: ¿Qué te parece, Marco?

Contempla a tu tío convertido en un reverendo padre. ¿Qué aspecto tengo?

—Maravilloso —dije con la boca pastosa.

—Vaya —murmuró observándome de cerca —. Sí, desde luego convendría que Kaidu estuviera tan borracho como tú.

Empecé a decir que probablemente lo estaría, pero me quedé dormido de golpe en el mismo banco.

A la mañana siguiente mi tío llevaba de nuevo la sotana cuando llegó al comedor del caravasar, y mi padre empezó otra vez a sermonearlo. Narices y yo estábamos presentes, pero no participamos en la disputa. Supongo que aquello para el esclavo musulmán era un tema que carecía totalmente de importancia. Y yo no dije nada porque la cabeza me dolía mucho. Pero tanto la discusión como el desayuno fueron interrumpidos por la llegada de un mensajero mongol procedente del bok. El hombre, vestido con un espléndido uniforme de guerra, entró contoneándose en la posada como un conquistador recién llegado, se acercó directamente a nuestra mesa y sin ningún saludo ni demostración de cortesía nos dijo, en farsi Para asegurarse de que le entendíamos:

—¡Levantaos y venid conmigo, hombres difuntos, porque el ilkan Kaidu quiere oír vuestras últimas palabras!

Narices lanzó un grito, se le atragantó lo que estaba comiendo y empezó a toser mientras sus ojos se dilataban de horror. Mi padre le golpeó la espalda y le dijo:

—No te alarmes, buen esclavo. Ésta es la fórmula habitual que utiliza un señor mongol para llamar a alguien. No significa nada malo.

—O no lo significa necesariamente —corrigió mi tío —. Me alegro de nuevo de haber pensado en el disfraz.

—Demasiado tarde para que te lo quites ahora —murmuró mi padre, porque el mensajero señalaba imperiosamente hacia la puerta —. Espero, Mafio, que atemperarás tu actuación profana con algo de decoro eclesiástico.

Tío Mafio levantó su mano derecha para bendecirnos a los tres, sonrió beatíficamente y dijo con la máxima unción:

—Si non caste, tamen caute.

El gesto de falsa piedad y el juego latino de palabras entre burlón y serio eran tan típicos del divertido y malicioso desafío de mi tío, que yo a pesar de mi estado deplorable tuve que echarme a reír. Era evidente que Mafio Polo tenía algunas lamentables deficiencias como cristiano y como hombre, pero era un buen compañero cuando había que enfrentarse con una situación difícil. El mensajero mongol me miró irritado cuando reí, y repitió su violenta orden, así que todos nos levantamos y salimos del edificio siguiéndole con paso rápido.

Aquel día llovía, lo cual no contribuyó mucho a aligerar mi mal di capo, ni alegró nuestro penoso avance por las calles, ni la salida por las murallas de la ciudad o el paso entre las jaurías de perros del bok mongol que ladraban y aullaban contra nosotros. Apenas pudimos levantar la cabeza para mirar a nuestro alrededor cuando el mensajero gritó:

—¡Alto! —y nos indicó que pasáramos entre los dos fuegos encendidos ante la entrada del yurtu de Kaidu.

No me había acercado a aquel yurtu en mi anterior visita al campamento, y entonces comprendí que aquél era el tipo de yurtu que debió inspirar la palabra occidental «horda». De hecho habría cabido en él una horda entera de tiendas normales de yurtu, porque era un magnífico pabellón. Era casi tan alto y de tanta circunferencia como el caravasar en el cual residíamos; pero el caravasar era un edificio sólidamente construido, mientras que aquel yurtu era todo él de fieltro con una capa amarilla de arcilla sostenido por palos de tienda, estacas y cuerdas de pelo trenzado de caballo. Va-rios mastines rugieron y tiraron de sus cadenas en la entrada meridional, y a ambos lados de esa abertura colgaban paneles de fieltro delicadamente bordados. El yurtu de Kaidu no era un palacio, pero ciertamente dejaba pequeños a los demás del bok. A su lado estaba el carruaje que lo transportaba de un lugar a otro, porque el pabellón de Kaidu se solía trasladar intacto, no se desmontaba ni se empaquetaba. El carro era el mayor vehículo que yo haya visto nunca: una base plana de tablas tan grande como un prado, equilibrado sobre un eje que parecía un tronco de árbol y con ruedas que parecían las de un molino. Después supe que para arrastrarlo se necesitaban veintidós yaks enganchados en dos anchas líneas de once en fondo. (Los animales de tiro tenían que ser yaks o bueyes tranquilos; los caballos o los camellos no habrían trabajado nunca tan cerca unos de otros.)

El mensajero pasó bajo el ala del yurtu para anunciarnos a su señor, emergió de nuevo y con un gesto autoritario nos dijo que entráramos. Cuando pasamos delante

suyo cerró

el paso a Narices, gruñendo:

—¡Los esclavos fuera!

Esto tenía su explicación. Los mongoles se consideran naturalmente superiores a los demás hombres libres del mundo, incluso a reyes y personajes de categoría, por lo tanto una persona considerada inferior por hombres inferiores a ellos no se merece ni el des-precio. El ilkan Kaidu nos observó en silencio mientras cruzábamos el interior del yurtu brillantemente alfombrado y provisto de cojines. Él estaba sentado sobre un montón de pieles con vistosas franjas y manchas que las identificaban como pieles de tigres y de pardos, dispuestas sobre una plataforma que situaba al ilkan por encima de nosotros. Él iba vestido con una armadura de batalla de metales y cueros pulidos, y llevaba sobre la cabeza un sombrero de karakul con orejeras. Sus cejas parecían trozos sueltos de los rizados pelos negros del karakul, y no eran precisamente pequeñas. Debajo de ellas sus ojos en forma de hendedura estaban inyectados en sangre, como si la rabia de vernos los hubiera inflamado. De pie a ambos lados había dos guerreros, tan bellamente enjaezados como el mensajero que nos había llevado allí. Uno aguantaba una lanza erecta, el otro sostenía una especie de dosel sobre la cabeza de Kaidu, y los dos estaban tan rígidos como estatuas.

Los tres nos acercamos lentamente. Enfrente del peludo trono hicimos una ligera y digna inclinación, los tres juntos, como si la hubiésemos ensayado; luego levantamos la vista hacia Kaidu y esperamos que diera la primera indicación de su estado de ánimo ante el encuentro. Él continuó mirándonos unos momentos como miraría a unos gusanos que hubiesen salido arrastrándose de debajo de las alfombras del yurtu. Luego hizo algo repugnante. Carraspeó rascando las profundidades de su garganta y sacó a la boca una

gran flema. Recogió lánguidamente sus miembros, se incorporó sobre el lecho, se acercó al guardia de su derecha, y le apretó con el pulgar la barbilla para que abriera la boca. Luego Kaidu escupió la bola de sustancia que se había sacado de 'a garganta directamente en la boca del guardia y con el pulgar la cerró de nuevo sin que en ningún momento se alterara la expresión o rigidez del guerrero. A continuación Kaidu se sentó

de nuevo lánguidamente y sus ojos que brillaban diabólicamente se posaron de nuevo en nosotros.

Era evidente que la acción estaba destinada a impresionarnos con su poder, arrogancia y poca cordialidad, y creo que habría bastado para acobardarme. Pero por lo menos uno de nosotros, Mafio Polo, no se dejó impresionar. Cuando Kaidu pronunció sus primeras palabras, en el idioma mongol y con voz dura:

—Ahora, intrusos… —no pudo continuar, porque mi tío le interrumpió osadamente

en el mismo idioma:

—En primer lugar, si al ilkan le place, cantaremos un himno de alabanza a Dios por habernos guiado sanos y salvos por tantos países hasta la augusta presencia del señor Kaidu.

Y ante mi asombro y probablemente el de mi padre y el de los mongoles empezó a cantar estentóreamente un viejo himno cristiano:

A solis orbu cardine

et usque terre limitem…

—Al ilkan no le place —mascullό Kaidu entre dientes, cuando mi tío se detuvo un momento para coger aire.

Pero mi padre y yo nos habíamos envalentonado y coreamos los dos versos siguientes: Christwn canamus principem

natum Maria virgine…

—¡Basta! —bramó Kaidu y nuestras voces se fueron callando. El ilkan clavó sus ojos rojos en tío Mafio y dijo —: Sois un sacerdote cristiano.

Lo dijo en tono afirmativo, casi con repugnancia, y mi tío no tuvo que considerarlo como una pregunta, lo cual le habría obligado a desmentirlo. Tío Mafio se limitó a decir:

—Estoy aquí por orden del kan de todos los kanes —y señaló el papel que Kaidu tenía apretado en una mano.

—Hui, si —dijo Kaidu con una sonrisa ácida. Desplegó el documento como si fuera algo sucio que no quisiera tocar —. Por orden de mi estimado primo. Veo que él escribió este ukaz en papel amarillo, como solían hacer los emperadores jin. Kubilai y yo conquistamos este decadente imperio, pero él imita cada vez más sus gastadas costumbres. Vaj! Se ha puesto al nivel de un vulgar kalmuko. Y al parecer Tengri, nuestro viejo dios de la guerra, ya no le sirve de nada, porque necesita importar a femeninos sacerdotes ferenghi.

—Únicamente para ampliar sus conocimientos del mundo, señor Kaidu —dijo mi padre con tono conciliatorio —. No para propagar ninguna nueva…

—¡El único sistema para conocer el mundo —dijo Kaidu salvajemente —escogerlo y retorcerlo! —Su terrible mirada se posó sobre cada uno de nosotros —. ¿Alguien quiere discutirlo, uu?

—Discutir con el señor Kaidu —murmuró mi padre —, sería como atacar piedras con huevos, como dice el refrán.

—Bien, al menos manifestáis una cierta sensatez —dijo de mala gana el ilkan —. Espero que también os daréis cuenta de que este ukaz está fechado hace varios años y a unos siete mil li de distancia de aquí. Y aunque el primo Kubilai no se haya olvidado totalmente de él, yo no estoy en absoluto obligado a cumplirlo. Mi tío murmuró, con un tono más dócil todavía que el de mi padre:

—Está escrito: ¿Tiene acaso el tigre obligación de cumplir la ley?

—Exactamente —gruñó el ilkan —. Si me apetece os puedo considerar como simples intrusos. Intrusos ferenghi que no traen buenas intenciones. Y puedo condenaros a una ejecución sumaria.

—Algunos dicen —murmuró mi padre, con mayor mansedumbre todavía —que los tigres son en realidad los agentes del cielo, encargados de perseguir a quienes han eludido de algún modo su cita asignada con la muerte.

—Sí —dijo el ilkan, como si ya le molestara tanta aceptación y apaciguamiento —. Por otra parte, incluso un tigre puede a veces mostrarse compasivo. Aunque yo deteste tanto a mi primo por haber abandonado su patrimonio mongol, y aunque desprecie profun-damente la degeneración cada vez mayor de su corte, os dejaría partir para que os unierais a su séquito. Podría hacerlo, si me apeteciera.

Mi padre batió palmas, como admirándose de la sabiduría del ilkan y dijo con deleite:

—Sin duda el señor Kaidu recuerda entonces la vieja historia han sobre Ling, la esposa inteligente.

—Desde luego —dijo el ilkan —la tenía presente cuando hablaba —. Se enderezó lo suficiente para sonreír fríamente a mi padre. Éste le devolvió una cálida sonrisa. Hubo un intervalo de silencio —. Sin embargo —continuó diciendo Kaidu —, esta historia circula en muchas variantes. ¿Qué versión oíste, uu, intruso?

Mi padre carraspeó y declamó:

—Ling era la esposa de un hombre rico, demasiado aficionado al vino, que la enviaba continuamente a la bodega a comprar botellas. La señora Ling, que temía por su salud, prolongaba deliberadamente los encargos, o bautizaba el vino, o lo escondía, para evitar que bebiera demasiado. Pero su marido al enterarse se enfadaba y le pegaba. Finalmente, sucedieron dos cosas. La señora Ling dejó de querer a su marido, aunque era rico, y se fijó en lo guapo que era el chico de la bodega, un humilde comerciante. Luego se dedicó a comprar alegremente el vino que su marido le encargaba, e incluso se lo servía, y le animaba a beber más, y al final el marido murió entre convulsiones, totalmente borracho y ella heredó su riqueza, se casó con el chico

de la bodega y los dos vivieron el resto de sus días ricos y felices.

—Sí —dijo el ilkan —. Ésa es la historia correcta. —Hubo otro silencio, más prolongado. Luego Kaidu murmuró, más para sí que para nosotros —. Sí, el borracho causó su propia desgracia y los demás le ayudaron a caer hasta que se pudrió y se hundió, y lo sustituyó

otro mejor. Es una historia legendaria y saludable.

Mi tío dijo con el mismo tono callado:

—También es legendaria la paciencia del tigre cuando persigue su presa. Kaidu se estremeció, como si despertara de un sueño y dijo:

—Un tigre puede ser indulgente, además de paciente. Ya lo he dicho. Por lo tanto permitiré que continuéis en paz. Voy incluso a Proporcionaros una escolta para protegeros de los peligros del camino. Y tú, sacerdote, no me importa que conviertas al primo Kubilai y a toda su corte a tú debilitante religión. Espero que lo hagas. Te deseo éxito.

—Un movimiento de vuestra cabeza —exclamó mi padre —se oye más lejos que un trueno. Habéis hecho una buena obra, señor Kaidu, y sus ecos resonarán largo tiempo.

—Hay algo más —dijo el ilkan, utilizando de nuevo un tono de severidad —. Mi señora

ilkatun, que es cristiana y debe saberlo, me cuenta que los sacerdotes cristianos hacen voto de pobreza y no poseen nada de valor material. Pero me han informado de que vo-sotros viajáis con caballos cargados con grandes tesoros. Mi padre lanzó a mi tío una mirada de disgusto y dijo:

—Sólo unas chucherías, señor Kaidu. No pertenecen a ningún sacerdote, sino que están destinadas a vuestro primo Kubilai. Son muestras de sumisión del sha de Persia y del sultán de la India Aryana.

—El sultán es mi vasallo —replicó Kaidu —. No tiene derecho a dar lo que me pertenece. Y el sha es un vasallo de mi primo el ilkan Abagha, que no es amigo mío. Todo lo que envía es contrabando y puede confiscarse. ¿Me entendéis, uu?

—Pero señor Kaidu, hemos prometido entregar…

—Una promesa rota no es más que un vaso roto. El alfarero puede siempre fabricar otros vasos. No os preocupéis por vuestras promesas, ferenghis. Traed vuestras caballerías mañana a esta misma hora, aquí a mi yurtu, y veamos cuál de vuestras chucherías excita mi fantasía. Quizá os permita guardar unas cuantas. ¿Entendidos,

uu?

—Excelencia…

—Uu! ¿Entendidos?

—Sí, excelencia.

—¡Puesto que entendéis, obedeced!

De repente se puso en pie señalando así el final de la audiencia. Nos inclinamos y salimos del gran yurtu. Luego recogimos a Narices que nos esperaba fuera y emprendimos el camino de regreso entre la lluvia y el barro, en esta ocasión sin compañía, y mi tío dijo a mi padre:

—Creo, Nico, que nuestra actuación conjunta quedó bastante bien. Fue especialmente oportuno que recordaras esa historia de Ling. No la había oído contar nunca.

—Tampoco yo —dijo mi padre secamente —. Pero sin duda los han tienen algún cuento instructivo de este tipo, entre los muchos que han inventado. Yo abrí la boca por primera vez:

—Padre, algo de lo que dijiste me ha inspirado una idea. Os veré luego en la posada. Me separé de ellos y fui a visitar a mis anfitriones mongoles del día anterior. Les pedí

que me presentaran a uno de sus armeros. Me llevaron a una fragua y pregunté al armero si me podía prestar por un día una de las láminas de metal que no había batido aún. Me entregó amablemente una pieza de cobre larga y ancha pero delgada, que se bamboleaba y ondulaba ruidosamente mientras la llevaba al caravasar. Mi padre y mi tío no le prestaron ninguna atención cuando la metí en nuestra habitación y la dejé apoyada contra la pared, porque estaban discutiendo de nuevo.

—Tu sotana tiene toda la culpa —dijo mi padre —. El hecho de que fueras un sacerdote pobre inspiró a Kaidu la idea de empobrecernos a todos.

—Tonterías, Nico —replicó mi tío —. Habría encontrado otra excusa si no se le hubiese ocurrido ésta. Lo que debemos hacer es ofrecerle libremente algunos objetos de nuestro tesoro y confiar en que ignore el resto.

—Bueno… —dijo mi padre, pensando —. Supongamos que le damos nuestras bolsas de almizcle. Por lo menos es algo nuestro, y lo podemos dar.

—¡Vamos, Nico! ¿Dar las bolsas a ese bárbaro sudoroso? El almizcle sirve para fabricar perfumes finos. Podrías regalarle una borla para empolvarse y le serviría lo mismo. Continuaron con este tono, pero yo dejé de escuchar, porque tenía mi propia idea y me fui a explicar a Narices la parte que le correspondía ejecutar. Al día

siguiente, el chubasco se había convertido en una llovizna intermitente, y Narices cargó dos de nuestros tres caballos de carga con los paquetes de objetos preciosos, pues como es natural los teníamos siempre a buen recaudo en. nuestras

habitaciones cuando parábamos en un caravasar. También ató mi lámina metálica a uno de los caballos, y luego los condujo todos al bok mongol. Cuando entramos en el yurtu del ilkan, Narices se quedó fuera para descargar los paquetes, y los guardias de Kaidu empezaron a trasladarlos al interior y a quitar sus envolturas protectoras.

—Hui! —exclamó Kaidu cuando empezó a inspeccionar los diversos objetos —. ¡Estas fuentes doradas son magníficas! ¿Dijisteis que eran un regalo del sha Zaman, uu?

—Sí —contestó mi padre fríamente.

Mi tío añadió con voz melancólica:

—Un niño llamado Aziz se los ató en una ocasión a los pies para cruzar unas arenas movedizas —y se sacó un pañuelo sonándose ruidosamente con él. Se oyó desde el exterior un sonido sordo, rechinante, como un murmullo. El ilkan levantó la mirada sorprendido y preguntó:

—¿Fue un trueno, uu? Creí que sólo caían cuatro gotas…

—Me permito informar al gran señor Kaidu —dijo uno de sus guardias, inclinándose profundamente —que el día es gris y húmedo, pero que no se ven nubes de tormenta.

—Es curioso —murmuró Kaidu dejando los platos dorados. Revolvió entre las muchas cosas que se estaban acumulando en la tienda y al encontrar un collar de rubíes particularmente elegante exclamó de nuevo:

—Hui! —Lo levantó y lo admiró —. La ilkatun os dará las gracias personalmente por esta pieza.

—Las gracias se han de dar al sultán Kutb-ud-Din —dijo mi padre. Yo me soné con mi pañuelo. Desde fuera llegó de nuevo el rumor ondeante del trueno, ahora algo más fuerte. El ilkan se sobresaltó tanto que soltó su collar de rubíes, y su boca se cerró y se abrió silenciosamente, formando una palabra que yo pude leer en sus labios, y luego dijo en voz alta:

—¡Otra vez! Pero ¿un trueno sin nubes de tempestad… uu…?

Cuando una tercera pieza, un fino rollo de tela de Cachemira, atrajo sus codiciosos ojos, apenas le di tiempo de gritar «Hui!» antes de sonarme, el trueno gruñó de nuevo amenazadoramente, él apartó su mano de golpe como si la tela quemara, formó de nuevo con los labios la palabra, y mi padre y mi tío me miraron intrigados.

—Perdonad, señor Kaidu —dije —. Creo que con este tiempo tan malo he pillado un resfriado de cabeza.

—Estáis excusado —dijo bruscamente —. Aha! Y ésta es una de las famosas alfombras persas qali, uu?

Sonada de nariz. Verdadero clamor de trueno. Su mano dio una sacudida, sus labios formaron convulsivamente la palabra y dirigió una mirada temerosa hacia el cielo. Luego nos miró a los tres con sus ojos oblicuos casi redondos y dijo:

—Sólo estaba jugando con vosotros.

—¿Excelencia? —preguntó tío Mafio, cuyos labios habían empezado también a contraerse nerviosamente.

—¡Jugando! ¡Bromeando! ¡Tomándoos el pelo! —dijo Kaidu casi suplicante —. El tigre a veces juega con su presa, cuando no está hambriento. ¡Y yo no estoy hambriento! No estoy hambriento de adquisiciones indignas. Yo soy Kaidu y poseo un sinfín de mous de tierra y un sin fin de lis de la Ruta de la Seda y más ciudades que pelos tengo y más vasallos que guijarros tiene un gobi. ¿Pensabais de veras que me faltaban rubíes y platos dorados y qalis persas, uu? —Fingió una risotada cordial —. ¡Ah, ah, ah, ah! —agachándose incluso y golpeando sus macizas rodillas con sus puños enormes —. Pero os asusté, ¿no es cierto, uu? Pensasteis que iba en serio.

—Sí, realmente nos lo creímos, señor Kaidu —dijo mi tío consiguiendo dominar su propio e incipiente regocijo.

—Y ahora el trueno ha cesado —prosiguió el ilkan, escuchando —. ¡Guardas! Empaquetad todo esto de nuevo y cargadlo en los caballos de estos hermanos mayores.

—Oh, gracias, señor Kaidu —dijo mi padre pero sin apartar de mí sus ojos regocijados.

—Y aquí tenéis la carta con el ukaz de mi primo —dijo el ilkan, apretándola contra la mano de tío Mafio —. Te la devuelvo, cura. Seguid hasta Kubilai con vuestra religión y con estas pobres chucherías. Quizá a él le guste coleccionar baratijas de este tipo, pero a Kaidu no. Kaidu no toma, ¡da! Dos de los mejores guerreros de la guardia personal de mi pabellón os acompañarán al caravasar y cabalgarán con vosotros cuando continuéis vuestro viaje hacia oriente.

Cuando los guardias empezaron a sacar los objetos rechazados me deslicé fuera del yurtu y fui a la parte posterior, donde Narices aguardaba sosteniendo la lámina metálica por un extremo para sacudirla de nuevo cuando oyera sonarme la nariz. Le hice la señal que todo Oriente utiliza para indicar «misión cumplida»: el puño con el pulgar levantado, cogí el trozo de cobre, atravesé el bok para devolverlo al armero y

llegué al yurtu del ilkan cuando estaban cargando los caballos.

Kaidu estaba en la entrada del pabellón saludando con la mano y gritando:

—Que tengáis un buen caballo y una ancha llanura —hasta que no pudimos oírle más. Luego mi tío dijo en veneciano para que no se enteraran los dos mongoles que nos escoltaban conduciendo nuestros caballos y los suyos:

—Realmente, nuestra actuación conjunta ha sido excelente. ¡Tú, Nico, sólo inventaste una buena historia, pero Marco inventó a un dios del trueno!

Luego puso sus brazos sobre mis hombros y los de Narices y nos dio un cordial apretón.

4

En nuestro viaje alrededor del mundo habíamos llegado tan lejos y a países tan poco conocidos, que nuestro Kitab ya no nos servía de nada. Era evidente que el cartógrafo al-Idrisi no se había aventurado nunca por aquellas regiones, y al parecer no había conocido a nadie que lo hubiera hecho y a quien pudiese solicitar información, aunque fuera de segunda mano. Sus mapas redondeaban el borde oriental de Asia de modo demasiado breve y abrupto con el gran océano llamado mar de Kitai. Esto daba la falsa impresión de que Kashgar no estaba a una distancia enorme de nuestro destino: la capital de Kubilai, Kanbalik, situada en realidad tierra adentro, a gran distancia de este océano. Pero tal como me advirtieron mi padre y mi tío y tal como pude comprobar penosamente yo mismo, Kashgar y Kanbalik estaban separadas una de otra por medio continente, medio continente de dimensiones inmensamente superiores a las que al-Idrisi había imaginado. Nosotros, los viajeros, teníamos que recorrer exactamente tanto camino como el que habíamos ya cubierto desde Suvediye, en la orilla levantina del Mediterráneo.

La distancia es la distancia, tanto si se calcula por el número de pasos de una persona como por el número de días a caballo necesarios para cubrirla. Sin embargo, allí en Kitai, cualquier distancia parecía siempre más larga, porque no se contaba en farsajs sino en lis. El farsaj, que comprende aproximadamente dos millas y media occidentales, fue inventado por persas y árabes que siempre han sido grandes viajeros y que están acostumbrados a pensar en grandes unidades de medición. Pero el li, que vale solamente un tercio de milla, fue inventado por los han, que suelen ser gente hogareña. El campesino han probablemente en toda su vida no se aventura a más de unos li de distancia de su pueblo natal. Por lo tanto supongo que para él un tercio de milla es una gran distancia. De todos modos, cuando los Polo salimos de Kashgar yo estaba

acostumbrado a calcular en farsaj y no me impresionó mucho pensar que nos faltaban sólo ochocientos o novecientos farsajs para llegar a Kanbalik. Pero cuando me fui acostumbrando a calcular en li, el número de li que faltaban desde Kashgar hasta

Kanbalik era apabullante: unos seis mil setecientos. Si no había apreciado aún la vastitud del Imperio mongol, desde luego acabé admirándola cuando viví la vastitud de su nación central, Kitai.

Fue preciso ejecutar dos ceremonias antes de salir de Kashgar. Nuestros guardias mongoles de escolta insistieron en que nuestros caballos, que ahora sumaban seis monturas y tres animales de carga, tenían que someterse a un cierto ritual para protegerlos contra los azghun de la ruta. Azghun significa «voces del desierto», y supuse que eran algún tipo de duende que infesta el desierto. Los guerreros llevaron de su bok a un hombre llamado chamán, que para ellos era un sacerdote, pero que nosotros calificaríamos de brujo. El chamán que parecía por sí solo un auténtico trasgo, con los ojos desorbitados y cubierto de pintura, murmuró algunos conjuros, echó unas gotas de sangre sobre las cabezas de los caballos y los dio luego por protegidos. Se ofreció a hacer lo propio con nosotros los infieles, pero nos negamos cortésmente, explicándole que ya teníamos con nosotros a nuestro propio sacerdote.

La otra ceremonia fue saldar nuestra cuenta con el patrón del caravasar, y ésta exigió más tiempo y discusión que la escena de brujería. Mi padre y mi tío no aceptaron de entrada ni pagaron inmediatamente la cuenta del patrón, sino que regatearon por cada partida. Y la cuenta incluía todos los elementos de nuestra estancia: el espacio que habíamos ocupado en la posada y que habían ocupado nuestros animales en el establo, la cantidad de comida consumida por nosotros y de grano ingerido por los caballos, la cantidad de agua que habíamos bebido nosotros y ellos, y las hojas de cha remojadas en nuestra agua, el combustible de kara que se había quemado para nuestra comodidad, la cantidad de luz de candil de que habíamos disfrutado y el aceite necesario para ello. La cuenta lo incluía todo excepto el aire que habíamos respirado. Cuando la discusión subió de tono, intervinieron en ella el cocinero de la posada, o gobernador de la olla, como se titulaba a sí mismo, y el hombre que había servido nuestras comidas, o mayordomo de la mesa, y los dos empezaron a sumar a grandes voces el número de pasos que habían dado y los pesos que habían llevado y la cantidad de eficacia y de sudor y de genio que habían gastado con nosotros…

Pero pronto comprendí que no estaba ante un concurso de latrocinio por parte del patrón y de indignación por parte nuestra. Era simplemente una formalidad esperada, otra costumbre derivada del complicado comportamiento del pueblo han, una ceremonia tan excitante para el acreedor y el deudor que la pueden prolongar discutiendo elocuentemente durante horas, insultándose mutuamente y reconciliándose, rechazando todo acuerdo y proponiendo compromisos hasta que al final se ponen de acuerdo, se paga la cuenta y todos quedan más amigos que antes. Cuando finalmente salimos cabalgando de la posada, el patrón, el gobernador de la olla, el mayordomo de la mesa y todos los demás criados estaban en la puerta saludándonos con la mano y enviándonos el saludo de despedida han: «Man zou», que significa «Dejadnos solamente si es preciso.»

La Ruta de la Seda se bifurca en dos cuando sale de Kashgar por el este. Esto se debe a que al este mismo de la ciudad hay un desierto, un desierto seco, pelado y arrugado, como una llanura cubierta de cacharros amarillos hechos trizas, un desierto tan grande como una nación, y basta su mismo nombre para que todos lo eviten, porque se llama Takla Makan, que significa «si se entra en él, no se sale más». Quien viaja por la Ruta de la Seda puede escoger la rama que rodea por el noreste este desierto o la que lo rodea por el sureste; y esta última fue la que tomamos. La ruta nos condujo por una cadena de

oasis habitables y de pequeñas comunidades campesinas, a un día de distancia aproximadamente una de otra. A nuestra izquierda quedaban siempre las arenas de color león tostado de Takla Makan y a nuestra derecha la cordillera del Kun-Lun con sus cimas cubiertas de nieve, detrás de la cual, al sur, queda la tierra alta de To-Bhot. El camino se mantenía siempre fuera del desierto, recorriendo sus tierras ribereñas de agradable verdor y bien regadas, pero estábamos en pleno verano y tuvimos que soportar el clima del desierto que se colaba hasta allí. Los únicos días realmente tolerables eran cuando el viento soplaba de las montañas nevadas. Normalmente no soplaba el viento, pero los días no eran tranquilos porque la cercanía del desierto ardiente hacía temblar el aire que nos rodeaba. El sol era como un instrumento romo, un martillo de bronce que batía el aire y lo hacía repicar agudamente con el calor. Y

cuando en ocasiones soplaba el viento del desierto, traía el desierto consigo. Entonces el Takla Makan se ponía en pie y levantaba torres móviles de polvo color amarillo pálido, y estas torres se volvían paulatinamente marrones, cada vez más oscuras y pesadas hasta que se derrumbaban sobre nosotros convirtiendo el mediodía en una oscuridad opresiva que heñía con virulencia y se clavaba en la piel como si nos azotara con escobas de ramitas.

Este polvo pardo del leonado Takla Makan es conocido en todas las regiones de Kitai, incluso por personas que no han viajado y que no tienen la menor idea de la existencia del desierto. El polvo susurra por las calles de Kanbalik a miles de li de distancia y empolva las flores de los jardines de Shandu, más lejos todavía, y se deposita sobre las aguas del lago de Hangzhou, aún más lejano, y es maldecido por las limpias amas de casa de todas las ciudades de Kitai por donde pase. Y en una ocasión, cuando navegaba en un buque por el mar de Kitai, no sólo sin tocar tierra, sino incluso sin verla, descubrí

que ese mismo polvo estaba cayendo sobre la cubierta. Un visitante de Kitai podría olvidarse de todo lo que vio y vivió allí, pero toda su vida recordará la sensación del polvo de color pardo claro depositándose sobre su persona, y ya nunca podrá olvidar que en otro tiempo se paseó por esta tierra de color leonado. El buran, como llaman los mongoles a las tormentas de polvo del Takla Makan, produce un efecto curioso que no observé en ninguna tormenta de este tipo en otros desiertos, pero que duró mientras el buran nos estuvo azotando el cuerpo y mucho tiempo después de haber cesado el viento: la tormenta consiguió que nuestros cabellos se pusieran

fantasmagóricamente de punta, y que los pelos de la barba se irguieran como plumas de ave, y que nuestra ropa crepitara como si fuera rígida, de papel, y si por casualidad tocábamos a otra persona veíamos saltar una chispa y notábamos una pequeña sacudida como la que se sien le al restregar fuerte una piel de gato. Además, el paso del buran era como el de una escoba celestial, porque dejaba el aire nocturno inmaculadamente limpio y claro. Las estrellas salían en incontables multitudes,.en número infinitamente superior a! que pude ver en otros lugares, y las más pequeñas eran tan brillantes como gemas, mientras que las estrellas más conocidas eran tan grandes que parecían globos, como lunas pequeñas. Por su parte, la luna auténtica, aunque estuviera en la fase que solemos llamar «nueva», con un frágil creciente alumbrado como una uña, era visible en toda su redondez, y formaba una luna llena de bronce acunada en los brazos plateados de la luna nueva.

Y si en tales noches mirábamos hacia el Takla Makan desde nuestro lugar de acampada o desde nuestro alojamiento, podíamos ver luces más extrañas todavía, luces azules que subían, bajaban y parpadeaban sobre la superficie del desierto, a veces una o dos, a veces bandadas enteras de ellas. Podían haber sido lámparas o velas llevadas por personas en un campamento distante de alguna caravana pero sabíamos que no: eran tan azules que no podían confundirse con llamas o fuegos, además se encendían y apagaban

de modo tan repentino que no podían ser obra humana, y su presencia, como la del buran del día, movía de modo inquieto nuestros cabellos y nuestras barbas. Además, era bien sabido que ningún ser humano viajaba por el Takla Makan o acampaba en él. Ningún ser humano. Por lo menos, no lo haría voluntariamente. Cuando vi las luces por primera vez pregunté a nuestra escolta qué podía ser. El mongol llamado Ussu dijo en voz baja:

—Son las cuentas del cielo, ferenghi.

—Pero ¿qué origen tienen?

El mongol llamado Donduk respondió secamente:

—Calla y escucha, ferenghi.

Eso hice, y aunque estábamos a gran distancia del desierto oí suspiros, gemidos y susurros casi imperceptibles, como si soplara una brisa irregular. Pero no había viento.

—Los azghun, ferenghi —explicó Ussu —. Las cuentas y las voces van siempre juntas.

—Muchos viajeros sin experiencia —añadió Donduk con tono de suficiencia —, han visto las luces y oído los gritos, y pensando que eran otros viajeros en peligro, han salido en su ayuda y las cuentas los han llevado cada vez más lejos, y no han vuelto

nunca. Son los azghun, las voces del desierto, y las cuentas misteriosas del cielo. De ahí viene el nombre del desierto: cuando se entra en él no se sale más.

Ahora me gustaría decir que adiviné la causa de estas manifestaciones o por lo menos que encontré una explicación mejor que la de los duendes malvados, pero no fue así. Yo sabía que los azghun y las luces aparecían únicamente después del paso de una gran masa de arena seca impulsada por el viento. Me pregunté si esta fricción tenía algo en común con la de una piel de gato. Pero en el desierto los granos de arena no podían rozar contra más cosas, sólo podían hacerlo entre sí…

O sea que confundido por este misterio, apliqué mi mente a otro más pequeño, pero más accesible. ¿Por qué motivo Ussu y Donduk, a pesar de conocer nuestros nombres y de poder pronunciarlos con facilidad se dirigían siempre a nosotros, los Polo, llamándonos indiscriminadamente ferenghi? Ussu utilizaba esta palabra con bastante amabilidad; parecía que le gustaba viajar con nosotros porque así escapaba de los aburridos deberes de guarnición en el bok de Kaidu. Pero Donduk pronunciaba la palabra con desdén, como si en este viaje actuara de niñero en beneficio de personas indignas. A mí Ussu me gustaba bastante, y Donduk nada en absoluto, pero ellos iban siempre juntos y tuve que preguntárselo a los dos: ¿por qué nos llamaban ferenghi?

—Porque vos sois ferenghi —respondió Ussu sorprendido, como si le hubiese hecho una pregunta sin sentido.

—Pero también llamáis ferenghi a mi padre. Y a mi tío.

—Los dos son también ferenghi —dijo Ussu.

—En cambio llamáis Narices a Narices. ¿Lo hacéis porque es un esclavo?

—No —dijo Donduk desdeñosamente —. Porque no es ferenghi.

—Hermanos mayores —insistí —. Estoy intentando descubrir qué significa ferenghi.

—Ferenghi significa sólo ferenghi —cortó Donduk mientras levantaba las manos con un gesto de disgusto, lo mismo que yo.

Pero este misterio al final se resolvió: ferenghi era únicamente la pronunciación que ellos daban a franco. Probablemente su pueblo debió de encontrarse ocho siglos antes con los occidentales llamados francos, en la época del Imperio franco, cuando algunos antepasados de los mongoles, llamados entonces búlgaros y xiongnu, o hunos, invadieron Occidente y dieron su nombre a Bulgaria y a Hungría. Al parecer desde entonces los mongoles han llamado ferenghi a todos los occidentales, sea cual fuere su nacionalidad real. Bueno, esto no era más inexacto que llamar mongoles a los mongoles, que en realidad tienen muchos orígenes distintos.

Por ejemplo Ussu y Donduk me contaron el origen de sus primos mongoles, los

kirguises. Este nombre deriva de las palabras mongoles kirkkiz, me dijeron, que significan «cuarenta vírgenes» porque en el pasado remoto estuvieron en algún apartado lugar todas estas vírgenes juntas, por extraño que pueda parecemos a los modernos, y las cuarenta quedaron preñadas por la espuma que el viento transportó desde un lago encantado y del milagroso nacimiento en masa que se produjo a continuación descendieron todas las personas que hoy se llaman kirguises. La historia era interesante, pero me lo pareció más otra cosa que Ussu y Donduk me contaron sobre los kirguises. Vivían en la región de Sibir, perpetuamente helada, muy al norte de Kitai, y se habían visto obligados a inventar dos ingeniosos sistemas para trasladarse por aquellas duras tierras. Ataban a la suela de sus botas trozos de hueso muy pulido y con ellos podían recorrer muy de prisa grandes trechos sobre las aguas heladas. O bien ataban sus botas sobre tablones largos, como duelas de barril, y con ellos podían recorrer a gran velocidad enormes trechos de los desiertos nevados.

La siguiente aldea de campesinos que encontramos por el camino estaba poblada por otra raza de mongoles. Algunas localidades de este tramo de la Ruta de la Seda estaban pobladas por uighures, que son nacionalidades «aliadas» de los mongoles, y otras localidades estaban habitadas por gente han, y Ussu y Donduk no habían hecho ningún comentario especial sobre ellos. Pero cuando llegamos a este pueblo concreto, nos dijeron que la gente del lugar eran mongoles kalmukos, y escupieron el nombre así:

—¡Kalmuko! Vaj!

Este sonido mongol, vaj, servía para expresar el mayor disgusto, y desde luego los kalmukos eran asquerosos. Eran las personas más sucias que haya visto nunca fuera de la India. Diré lo siguiente para describir un único aspecto de su suciedad: no sólo no se lavaban nunca el cuerpo, sino que nunca se quitaban la ropa, ni de día ni de noche. Cuando la ropa exterior de un kalmuko se había gastado tanto que ya no servía, no la tiraban sino que se ponían otra nueva encima, y continuaban llevando capas superpuestas de ropa harapienta hasta que la capa inferior se iba pudriendo y caía por debajo como si se soltara de la horcajadura una especie de caspa repugnante. No intentaré decir cómo olían.

Pero según supe, el nombre kalmuko no es una designación nacional o tribal. Es una palabra mongol que significa uno que se queda o que se instala en un lugar. Todos los mongoles normales son nómadas y sienten un profundo desdén por cualquier persona de su raza que deja de rondar por el mundo y se instala en una residencia fija. En opinión de la mayoría, todo mongol que se convierte en un kalmuko está condenado a la degeneración y a la depravación, y si los kalmukos que vi y olí eran representantes típicos, la mayoría de los mongoles tenía buenos motivos para despreciar a los sedentarios. Entonces recordé que el ilkan Kaidu había hablado despreciativamente del gran kan Kubilai como de alguien «no mejor que un kalmuko». «Vaj —pensé —, si esto resulta cierto daré la vuelta y regresaré directamente a Venecia.»

Sin embargo, aunque comprendía que la palabra mongol era un término demasiado general para designar a una multiplicidad de pueblos, consideré útil utilizarla. Pronto descubrí que los demás habitantes de Kitai, los originales, tampoco eran todos han. Había nacionalidades llamadas vi, hui, naxi, hezhe, miao y Dios sabe cuántas nacionalidades más, cuyas pieles iban del color marfil al bronce. Pero al igual que yo hacía con los mongoles, continué considerando han a todas estas nacionalidades. En primer lugar su lenguaje me sonaba muy parecido. En segundo lugar cada una de estas razas consideraba inferiores a las demás, llamándolas pueblos perro en sus correspondientes idiomas. Además aplicaban a cualquier extranjero, incluyéndome a mí, un nombre menos merecido todavía que el de franco. En han y en cualquier otro de sus

lenguajes y dialectos sonsoneantes cualquier extranjero era un bárbaro. A medida que íbamos avanzando por la Ruta de la Seda, el tráfico se hacía más denso: encontrábamos grupos y expediciones de mercaderes, como nosotros, o de campesinos, pastores y artesanos solos que llevaban sus productos a las ciudades con mercado, también familias y clanes y boks enteros, todos ellos mongoles, que se habían puesto en camino. Recordé que Isidoro Priuli, nuestro contable de la Compagnia Polo, había dicho antes de que yo me fuera de Venecia que la Ruta de la Seda había sido un lugar de paso muy animado desde los días más antiguos y ahora sus palabras me merecían respeto. A lo largo de años, siglos y quizá milenios el tráfico por aquella ruta había desgastado la calzada hasta situarla muy por debajo del nivel de las tierras adyacentes. En algunos lugares la ruta formaba un foso ancho tan profundo que un campesino desde su campo de habichuelas sólo podía ver de la procesión de viajeros la punta del látigo que el conductor de algún carro llevaba erguido. Y en lo hondo de este foso las roderas de los carros estaban tan marcadas que cada carro tenía que seguir por fuerza las mismas roderas. El carretero no tenía que preocuparse de que su vehículo volcara, pero tampoco podía dejarlo a un lado cuando tenía que hacer sus necesidades. Para cambiar de dirección en el camino, por ejemplo para dirigirse hacia algún pueblo situado a un lado de la ruta, el conductor debía continuar la marcha hasta llegar a una desviación con roderas divergentes y dirigir hacia ellas sus ruedas.

Los carros utilizados en esta región de Kitai eran de un tipo especial. Tenían ruedas inmensas con llantas protuberantes, tan altas que a menudo llegaban más arriba del techo del carro, que era de madera o de lona. Quizá tenían que construir de año en año ruedas cada vez mayores para que sus ejes no rozaran el suelo entre las roderas del camino. Cada carro tenía también una especie de toldo que se proyectaba hacia adelante y protegía al conductor de las inclemencias del tiempo, y mediante unos palos este toldo llegaba tan adelante que protegía también muy consideradamente el tiro de caballos, bueyes o asnos que arrastraba el carromato.

Había oído muchas cosas sobre la inteligencia, ingenio y capacidad de inventiva de los habitantes de Kitai, pero entonces empecé a preguntarme si no se habrían exagerado estas cualidades. Es cierto que cada carro tenía un toldo que protegía tanto

a los animales como al conductor, y quizás esto era un invento ingenioso. Pero cada vagón tenía que llevar también varios juegos de ejes de recambio para sus ruedas. Esto se debía a que cada provincia separada de Kitai tenía sus propias ideas sobre la distancia que debían guardar entre sí las ruedas de un carro, y como es lógico los carros locales habían fijado desde hacía tiempo la correspondiente separación de las roderas en el camino. Así, ejemplo, la distancia entre roderas es grande en el tramo de la Ruta de la Seda que pasa por Xinjiang, se estrecha en la ruta que pasa por la provincia de Qinghai, vuelve a ser ancha, pero no tanto, en Henan y así sucesivamente. Un carretero que recorra un trecho considerable de la Ruta de la Seda se ha de detener en cada cambio de rodera, sacar trabajosamente las ruedas y los ejes de su carro, instalar ejes de anchura diferente y montar de nuevo las ruedas.

Cada animal de tiro llevaba un saco colgado debajo de la cola, suspendido mediante una red sujeta a su cuarto trasero para recoger los excrementos en el camino. El motivo no era tener limpio el camino o evitar molestias a los que venían detrás. Habíamos dejado muy atrás la región donde la tierra estaba llena de roca kara combustible, que se podía coger gratuitamente, y cada carretero guardaba cuidadosamente el estiércol de sus animales para encender el fuego de campamento y preparar su cordero, su mian y su cha.

Vimos muchos rebaños de ovejas dirigiéndose al mercado o a sus pastos, y estas ovejas llevaban también apéndices especiales en la parte trasera. Las ovejas eran de la raza de

cola gorda, y esta raza se encuentra en todo oriente, pero yo no había visto nunca animales de cola tan gorda. Las de aquellas ovejas parecían porras y podían pesar diez o doce libras, casi una décima parte del peso total del cuerpo. Representaban una auténtica carga para el animal, pero además las colas se consideraban su parte más sabrosa. Cada oveja llevaba un arnés ligero de cuerda que sostenía una tablilla arrastrándose por el suelo, y sobre esta tablilla descansaba la cola para que no la hiriera o la ensuciara indebidamente el contacto con el suelo. Vimos también muchos rebaños de cerdos, y me pareció que con ellos podían haber dado muestra de mayor inventiva. Los cerdos de Kitai pertenecen a una raza peculiar, porque su cuerpo es largo y su parte trasera se balancea ridículamente. Al ver sus vientres arrastrándose literalmente por el suelo, pensé que los pastores Podían haberles instalado también algo parecido a ruedas en el vientre.

Nuestros escoltas Ussu y Donduk despreciaban a los vehículos de ruedas y a los lentos y pesados rebaños que encontrábamos por el camino. Ellos eran mongoles y creían que los jinetes a caballo tenían reservados derechos especiales. Se quejaron de que el gran kan Kubilai no hubiese cumplido todavía su anterior promesa de arrasar todo obstáculo en las llanuras de Kitai para que los jinetes pudiesen galopar por todo el país, incluso en la noche más cerrada, sin correr nunca el riesgo de que su caballo tropezara. Como es natural los impacientaba que nosotros lleváramos caballos de carga y que avanzáramos a un ritmo tranquilo, en vez de galopar a rienda suelta. O

sea que de vez en cuando buscaban la manera de animar lo que para ellos era un viaje aburrido. En una de nuestras etapas nocturnas, mientras acampábamos al lado del camino en vez de alcanzar el siguiente caravasar, Ussu y Donduk trajeron de un campamento cercano de pastores una de sus ovejas de cola gorda y un queso pastoso de oveja. (Probablemente debería decir que confiscaron esta comida, porque dudo que pagaran nada a los pastores han.) Donduk se sacó el hacha de batalla, cortó el arnés que protegía la cola de la oveja y casi con el mismo movimiento decapitó al animal. Él y Ussu saltaron sobre sus monturas, uno de ellos se inclinó para coger por la gruesa cola el cadáver de la oveja que aún se retorcía y vomitaba sangre y los dos jinetes iniciaron al galope un alegre juego de bous-kashia. Recorrieron estruendosamente varias veces el espacio entre nuestro campamento y el de los pastores, arrancándose sucesivamente de las manos el trofeo animal, tirándolo por el aire, soltándolo con frecuencia y pisándolo. Ignoro quién de los dos ganó el juego, ni cómo decidieron la victoria, pero al final se cansaron y tiraron a nuestros pies aquel objeto sanguinolento y yerto, cubierto de polvo y de hojas muertas.

—La cena de hoy —dijo Ussu —. ¿Ahora está bueno y tierno, uu?

Luego inesperadamente él y Donduk se ofrecieron para desollar, cortar y cocinar el animal. Al parecer a los mongoles no les importa hacer el trabajo de las mujeres cuando éstas faltan. La cena que prepararon fue memorable, pero no por lo buena. Empezaron recuperando la cabeza decapitada de la oveja para espetarla sobre nuestro fuego con el resto del animal. Una oveja entera habría bastado para hartar a varias familias de comilones, pero Ussu, Donduk y Narices consumieron el animal entero, desde el morro a la gorda cola, sin que nosotros, los tres, les ayudáramos mucho. La parte menos apetitosa de ver y de oír fue la consumición de la cabeza. Uno de los gourmands le cortó

una mejilla, otro una oreja, otro un labio y cada uno metía estos horribles fragmentos en un cuenco de jugo de carne con pimienta y luego masticaba, deglutía, babeaba, tragaba, eructaba y pedeaba. Los mongoles consideran de mala educación que las personas hablen mientras comen, o sea que la serie de ruidos amables no varió hasta que pasaron a los huesos y añadieron el sonido de succionar la médula.

Los Polo sólo comimos filetes del lomo de la oveja, que habían quedado bien

aporreados en el bous-kashia y que desde luego eran muy tiernos. Hubiésemos preferido comer sólo esto, pero Ussu y Donduk cortaban más trozos e insistían para que comiéramos el mayor requisito: un pedazo de cola, es decir, una bola de grasa de color blanco amarillento. Estas bolas se estremecían y temblaban repulsivamente en nuestros dedos, pero la cortesía nos impedía rechazarlas, y al final conseguimos que pasaran por nuestras bocas y todavía recuerdo la sensación que produjeron aquellos horribles grumos al bajar viscosos y palpitantes por mi garganta. Después del primer terrible bocado intenté limpiarme el paladar con un buen trago de cha, y casi me ahogué. Descubrí entonces, demasiado, tarde, que Ussu, después de preparar las hojas

de cha con agua hirviendo, no se había detenido en este punto como un cocinero civilizado, sino que había derretido en la bebida trozos de grasa de cordero y de queso de oveja. Supongo que este cha al estilo mongo hubiese podido constituir por sí mismo una comida alimenticia pero debo decir que el resultado era repugnante en extremo. Comimos otras cenas en la Ruta de la Seda cuyo recuerdo es más agradable. En esa región situada tan al interior de Kitai, los posaderos han y uighures de los caravasares no limitaban sus menús a los alimentos permitidos a los musulmanes, y así encontramos una gran diversidad de carnes, incluyendo la de illik, que es un pequeño corzo que ladra como un perro, y carne de un faisán de plumas bellamente doradas, y tajadas de yaks, e incluso carne de osos negros y pardos, que abundan en la región. Cuando acampábamos al aire libre, tío Mafio y los dos mongoles rivalizaban para traer pieza de caza: patos, ocas, conejos y en una ocasión una qazel del desierto pero generalmente buscaban ardillas de tierra, porque estos previsores animalitos proporcionaban el combustible para su propia cocción. Un cazador sabe que si no tiene kara ni madera ni estiércol seco para hacer un fuego, basta con que busque ardillas de tierra y sus madrigueras; estos animales aunque vivan en un desierto pelado, instalan siempre una cúpula de protección contra la intemperie sobre sus agujeros, construida con ramitas y hierbas entrelazadas, secas y a punto de quemar.

Había muchos más animales salvajes en esta región, interesantes no para comer, sino para observar. Había buitres negros con alas tan anchas que para ir de una punta a la otra una persona tenía que dar tres pasos; y una serpiente tan parecida al metal amarillo que yo hubiese jurado que estaba hecha de oro fundido, pero nunca la toqué para comprobarlo, porque me informaron de que su veneno era mortal. Había un animalito llamado yerbo, como un ratón, pero con las patas traseras y la cola tan exageradamente largas, que podía pasearse y saltar erguido; y un felino salvaje de magnífica belleza llamado palang, que en una ocasión vi devorando a un asno salvaje que acababa de cazar, y que era como el pardo de la heráldica, aunque su pelaje no era amarillo sino de color gris plateado con rosetones negros por todo el cuerpo. Los mongoles me enseñaron a coger varias plantas silvestres y a utilizarlas como verduras en nuestras comidas, por ejemplo cebollas silvestres, que van bien con cualquier carne de venado. Había un vegetal que ellos llamaban planta peluda, y cuyo aspecto era exactamente igual al de un manojo de pelos negros de persona. Ni su nombre ni su aspecto eran muy apetitosos, pero una vez hervida y aliñada con un poco de vinagre proporcionaba un delicado condimento picante. Otra rareza era lo que llamaban cordero vegetal; aseguraban que se trataba de un ser mestizo formado por el cruce de animal y planta, y decían que preferían comer esto a comer cordero auténtico. Era bastante sabroso, pero en realidad sólo se trataba del tubérculo lanoso de cierto helecho.

La única novedad realmente deliciosa que encontré en esta fase del viaje fue el maravilloso melón llamado hami. Incluso el sistema seguido para cultivarlo era una novedad. Cuando las parras empezaban a formar los capullos de los frutos, los

horticultores enlosaban todo el campo con pizarra para que las parras descansaran sobre ellas. De este modo los melones no sólo recibían luz solar desde arriba, sino que las losas reflejaban también el calor del sol y el hami maduraba por todas partes. El hami tenía una pulpa de color pálido, blanco verdoso, tan crujiente que se rompía al morderla, y soltaba un jugo de sabor fresco y refrescante, no empalagoso sino dulce y en su punto. El hami tenía un gusto y una fragancia diferentes de los demás frutos y era casi tan bueno si se dejaba secar en hojuelas para confeccionar raciones de viaje, y en mi experiencia ningún otro dulce de huerto lo ha superado nunca. Después de haber viajado durante dos o tres semanas, la Ruta de la Seda torció

abruptamente hacia el norte un cierto trecho, y éste fue el único momento en que tocó el Takla Makan y atravesó muy brevemente el borde más oriental de este desierto, para luego girar de nuevo directamente hacia el este, hacia una población llamada Dunhuang. Este tramo en dirección norte de la ruta nos hizo atravesar un paso que serpenteaba entre unas montañas bajas, en realidad dunas de arena muy altas, llamadas Colinas Llameantes.

Hay una leyenda para cada topónimo en Kitai, y según la leyenda aquellas colinas habían sido en otros tiempos verdes y exuberantes, y estaban cubiertas de árboles, hasta que unos maliciosos gui, o demonios, les prendieron fuego. Un dios mono pasó por allí

y tuvo la bondad de apagar las llamas, pero ya no quedaba nada excepto estos cúmulos montañosos de arena, que continuaban brillando como brasas. Esto dice la leyenda. Yo creo más bien que las Colinas Llameantes se llaman así porque sus arenas tienen una especie de color ocre quemado, y el viento traza en ellas surcos y arrugas en forma de llamas, y brillan perpetuamente detrás de una cortina de aire cálido, y sobre todo al ponerse el sol resplandecen con un color rojo anaranjado realmente ígneo. Pero lo más curioso de esas colinas fue un nido con cuatro huevos que Ussu y Donduk descubrieron entre la arena, en la base de una de las dunas. Yo habría tomado aquellos objetos por piedras grandes, perfectamente ovales y lisas, del tamaño de un melón hami, pero Donduk insistió diciendo:

—Son los huevos abandonados de un ave gigante ruj. Estos nidos pueden encontrarse por todas las Colinas Llameantes.

Cuando cogí uno de los huevos comprendí que eran demasiado ligeros para una piedra de aquel tamaño. Y cuando los examiné vi que su superficie era porosa exactamente como los huevos de gallinas, de patos o de cualquier otra ave. Eran huevos, sí, y mucho mayores que los del pájaro camello, que había visto en los mercados de Persia. Me pregunté qué clase de fortagiona darían si los rompía, los revolvía y los freía para la cena.

—Estas Colinas Llameantes, ferenghi —dijo Ussu —, debieron de ser el lugar de anidado favorito de los ruj en épocas pasadas, ¿no te parece, uu?

—En épocas muy pasadas —sugerí, porque en aquel momento estaba intentando abrir uno de los huevos.

Aunque su peso no era el de una piedra, el huevo había envejecido desde hacía tiempo, y se había petrificado alcanzando la solidez de la piedra. Es decir, que aquellos objetos eran incomestibles e inempollables, y pesaban demasiado para poderme llevar uno de recuerdo. Desde luego eran huevos y de un tamaño tal que sólo los podía haber puesto un ave monstruosa, pero no puedo afirmar que esta ave hubiese sido en verdad un ruj. 5

Dunhuang era una floreciente ciudad comercial, tan grande y populosa como Kashgar, situada en una cuenca arenosa bordeada por precipicios de rocas de color de camello.

Pero mientras las posadas de Kashgar recibían a viajeros musulmanes, las de Dunhuang se ocupaban de satisfacer los gustos y costumbres de los budistas. Esto se debía a que la ciudad había sido fundada unos novecientos años antes, cuando un comerciante de fe budista fue detenido en este tramo de la Ruta de la Seda por bandidos o por voces azghun o por un demonio gui o por lo que sea, y consiguió salvarse milagrosamente de tales garras. Se detuvo allí para dar gracias a Buda: hizo una estatua de esta deidad y la dejó en un nicho de uno de los precipicios. En los nueve siglos que han pasado desde entonces casi todos los viajeros budistas que pasan por la Ruta de la Seda han añadido algún adorno a estas cuevas. Y ahora el nombre de Dunhuang, que de hecho sólo significa Precipicios Amarillos, se traduce a veces por Cuevas de los Mil Budas. La designación es excesivamente modesta. Yo las llamaría Cuevas del Millón de Budas, por lo menos. Porque actualmente hay varios centenares de cuevas abiertas en los precipicios, algunas naturales, otras excavadas a mano, y en ellas hay quizá dos mil estatuas de Buda, grandes y pequeñas, pero en las paredes de las cuevas se han pintado frescos que contienen por lo menos mil veces este número de imágenes de Buda, sin citar las divinidades menores y los dignatarios del séquito de Buda. Pude ver que la mayoría de las imágenes eran masculinas y unas pocas claramente femeninas, pero un buen número eran de sexo indeterminado. Sin embargo, todas las imágenes tenían un rasgo en común: unas orejas terriblemente alargadas, cuyos lóbulos colgaban hasta los hombros.

—Es una creencia general —dijo el viejo vigilante han —que una persona nacida con orejas grandes y lóbulos bien definidos está destinada a una vida afortunada. Puesto que los más afortunados de todos los humanos fueron Buda y sus discípulos, suponemos que sus orejas fueron de este tipo, y así las representamos.

Este anciano ubashi, o monje, me guió gustosamente por unas cuantas cuevas, y utilizó

el idioma farsi para esta ocasión. Le seguí a través de nichos, cavernas y grutas, y en

todas ellas había estatuas de Buda, de pie, recostado, durmiendo tranquilamente o sentado con las piernas cruzadas sobre una flor de loto gigante. El monje me contó que Buda es una antigua palabra india que significa Iluminado, y que el Buda había sido un príncipe de la India antes de su apoteosis. Uno podía pensar ante esto que las estatuas representarían un hombre negro y enano, pero no era así. El budismo se había propagado desde hacía tiempo de la India a otras naciones, y era evidente que cada viajero devoto que pagaba una estatua o una pintura se había imaginado a Buda con su mismo aspecto. Algunas de las imágenes más antiguas representaban ciertamente a personas oscuras y escuálidas, como corresponde a un hindú, pero otras podrían haber pasado por Apolos alejandrinos, o por persas de cara de halcón, o por correosos mongoles, y las más recientes tenían caras sin rasgos definidos, con complexiones céreas, expresiones plácidas y ojos oblicuos y estrechos; es decir, que eran puramente han.

También era evidente que en el pasado habían llegado a menudo a Dunhuang merodeadores musulmanes, porque muchas de las estatuas estaban rotas, despedazadas, revelando su construcción sencilla de gesso moldeado sobre armaduras de caña o de carrizo, o por lo menos estaban cruelmente desfiguradas. Como ya he dicho, los musulmanes detestan cualquier retrato de un ser humano. Si no habían tenido tiempo para destruir completamente una estatua, le habían cortado la cabeza (porque la cabeza es donde reside la vida) o si tenían todavía más prisa, se habían contentado con sacarle los ojos (porque los ojos son la expresión de la vida). Los musulmanes se habían ocupado incluso de rascar y borrar los diminutos ojos de muchos miles de imágenes pintadas en miniatura en las paredes, incluso los de figuras femeninas delicadas y bonitas.

—Y las mujeres —dijo tristemente el anciano monje —no son ni divinidades. —Señaló una figurita de gran vivacidad —. Es una devata, una de las bailarinas celestiales que divierten a las almas benditas que entre vidas moran en el Sukhavati, el País Puro. Y

ésta… —dijo señalando a una chica pintada en pleno vuelo, como una golondrina con un torbellino de faldas y velos —es una apsara, una de las tentadoras celestiales.

—¿Hay tentadoras en el cielo budista? —pregunté, intrigado. Suspiró y dijo:

—Sólo para impedir un exceso de población en el País Puro.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Las apsaras tienen el deber de seducir a los santos de la tierra, para que sus almas se condenen y vayan entre vidas al Terrible País de Naraka, y no al feliz Sukhavati.

—Ah —dije, para demostrar que le entendía —. Una apsara es un súcubo. El budismo presenta otros paralelos con nuestra fe verdadera. Sus fieles no pueden matar, ni mentir, ni tomar lo que no les pertenece, ni comportarse mal sexualmente.

Pero en otros aspectos es una religión muy diferente del cristianismo. Los budistas tampoco pueden beber bebidas embriagadoras, ni comer después del mediodía, ni asistir a diversiones, ni llevar adornos en el cuerpo, ni dormir ni siquiera descansar sobre un colchón confortable. La religión tiene ministerios equivalentes a nuestros monjes, monjas y sacerdotes, llamados buashi, ubashanza y lamas, y Buda les ordenó vivir en la pobreza, al igual que los nuestros, pero pocos cumplen este precepto. Por ejemplo, Buda ordenó a sus seguidores que llevaran sólo «ropa amarilla», o sea simples harapos descoloridos por el moho y la putrefacción. Pero los monjes y monjas budistas obedecen esta instrucción al pie de la letra, no en su espíritu, porque ahora van vestidos con las telas más costosas, teñidas alegremente en tonos que van del amarillo brillante al rojo naranja. Tienen también grandes templos, llamados potkadas, y monasterios, llamados lamasarais, ricamente dotados y provistos. Además, sospecho que cada budista tiene un número de posesiones personales muy superior a las pocas permitidas por Buda: una estera para dormir, tres harapos para vestirse, un cuchillo, una aguja, un cuenco para pedir cada día una frugal comida y un colador de tela para evitar que caigan en el agua que uno bebe insectos incautos, pececitos o renacuajos, y así

evitar tragarlos.

El colador de agua ilustra la primera y más importante regla del budismo: no matar, ni deliberada ni accidentalmente, a ningún ser vivo, por humilde o diminuto que sea. Sin embargo esto no tiene nada en común con el deseo cristiano de ser bueno e ir al cielo después de morir. El budista cree que cuando un hombre bueno muere lo único que consigue es renacer como hombre mejor, más avanzado por el camino de la Iluminación. Y cree que un hombre malo después de morir renace como un ser de grado inferior: animal, ave, pez o insecto. Esto explica que los budistas no deban matar nada. Cada pequeña mota de vida en la Creación es probablemente un alma que está

intentando subir por la escalera de la Iluminación, y un budista no se atreve a aplastar ni a una chinche porque podría ser su difunto abuelo, degradado después de muerto, o su futuro nieto que camina hacia un nuevo nacimiento.

Un cristiano podría admirar la reverencia que el budista demuestra por la vida, por ridícula que sea la lógica en que se basa, pero hay dos resultados inevitables. Uno es que todo hombre, mujer y niño budista es un nido pululante de piojos y pulgas, y comprobé

que estos bichos estaban muy dispuestos a poner en peligro su iluminación emigrando a un infiel cristiano como yo. Además el budista, como es lógico, no puede comer carne animal. Los devotos se limitan a comer arroz hervido y agua, y los más liberales se atreven a tomar como máximo leche, frutas y verduras. Esto es, pues, lo que nos sirvieron en la posada de Dunhuang: para cenar frondas y zarcillos hervidos, cha flojo y

natillas blandas, y para dormir pulgas, garrapatas, chinches y piojos.

—Hubo aquí, en Dunhuang, un lama muy santo —dijo mi monje han con voz reverente —, tan santo que sólo comía arroz crudo sin cocer. Y para aumentar todavía más su humildad llevaba una cadena de hierro sujeta a su delgado vientre. El roce de la herrumbrosa cadena produjo una llaga, y la llaga se pudrió engendrando una cierta cantidad de gusanos. Y si uno de estos gusanos roedores caía por casualidad al suelo el lama lo recogía amorosamente diciéndole: «¿Por qué huyes, querido? ¿No encontraste bastante comida?», y lo depositaba tiernamente en la parte más jugosa de la llaga. Esta instructiva historia quizá no aumentó mi propia humildad, pero disminuyó tanto mi apetito que cuando volví a la posada pude prescindir fácilmente de las pálidas gachas que me sirvieron para cenar. El monje continuó diciendo:

—El lama acabó convirtiéndose en una llaga ambulante, y la llaga le consumió y murió. Todos le admiramos y le envidiamos porque sin duda avanzó mucho por el camino de la iluminación.

—Espero sinceramente que así sea —dije —. Pero ¿qué hay al final de este camino?

¿Llega finalmente al cielo el iluminado?

—El final no es tan vulgar —respondió el ubashi —. Hay que ir avanzando hacia arriba mediante toda una serie de renacimientos y de vidas para acabar liberado de la necesidad de vivir. Para acabar liberado de la esclavitud de las necesidades, deseos, pasiones, dolores y miserias humanas. Todos confiamos alcanzar el Nirvana, que significa «la extinción».

Esto no era una broma. El budista no tiene por objetivo como nosotros merecer para su alma una eternidad de existencia feliz en las mansiones del cielo. El budista sólo aspira a la extinción absoluta, o como dijo el monje «a sumergirse en el Infinito». Él admitió

que su religión prevé la existencia de varios cientos de Países Puros y de Terribles Países infernales, pero son, como nuestro purgatorio o nuestro limbo, simples estaciones intermedias entre los sucesivos renacimientos del alma en su camino hacia el Nirvana. Y cuando el alma llega a este destino final es apagada como la llama de un cirio, para que no disfrute ni sufra más, ni de la tierra ni del cielo ni del infierno ni de nada. Tuve ocasión de reflexionar sobre estas creencias cuando nuestro grupo continuó hacia el este de Dunhuang, durante un día maravillosamente cargado de cosas en que pensar. Salimos de la posada con el alba, cuando todos los pájaros acababan de despertarse y estaban emitiendo sus gorgeos y cantos matinales, tan numerosos y tan fuertes que recordaban el ruido que hace la grasa cuando hierve en una gran sartén. Luego se despertaron las palomas, menos madrugadoras, y murmuraron sus quejas y lamentos discretos, pero había tal cantidad de ellas que sus apagados trinos parecían un rugido. Aquella mañana también salía del patio de la posada una caravana de considerable longitud, y en estas regiones los camellos no

llevaban sus campanillas en un collar alrededor del cuello, sino en las rodillas delanteras. O sea que mientras ellos andaban tintineaban y resonaban como si se alegraran musicalmente de emprender la marcha. Cabalgué durante un rato al lado de uno de los carros de esta caravana, y una de sus grandes ruedas llevaba prendida una ramita de jazmín que había arrastrado en sus radios, y cada vez que esta rueda alta daba una vuelta pasaba las flores delante de mi cara y me enviaba a la nariz su dulce aroma.

La ruta que salía de la cuenca de Dunhuang nos hizo pasar por una hendedura de aquel precipicio acribillado de cuevas, y por allí llegamos a un valle verde lleno de árboles, campos y flores silvestres, el último oasis que veríamos durante un tiempo. Mientras cabalgábamos por este valle vi algo tan bello que todavía su imagen revive en mi memoria. Delante de nosotros, a una cierta distancia, se levantó en la brisa matutina una pluma de humo de color amarillo dorado; todos nos fijamos en ella y nos preguntamos

qué sería. Quizá subía del campamento de una caravana, pero ¿qué podían estar quemando para dar una nube de color tan distintivo? El humo continuó elevándose y arremolinándose, y al final llegamos a su altura y vimos que no era humo. En el lado izquierdo del valle había un prado cubierto totalmente de flores de color amarillo dorado, y todas esas innumerables flores estaban soltando exultantes su polen amarillo dorado para que la brisa lo llevara por encima de la Ruta de la Seda hacia las otras laderas del valle. Pasamos cabalgando por dentro de aquella nube de falso humo y cuando llegamos al otro lado de ella, nosotros y nuestros caballos brillábamos al sol como si nos acabaran de dar un baño de oro puro.

Otra cosa. Saliendo del valle entramos en un paisaje ondulante de dunas de arena, pero la arena ya no tenía color de camello o de león, era de un color gris plateado, oscuro, como un metal en polvo. Narices bajó de su caballo para hacer de cuerpo y descubrió

sorprendido, y para sorpresa mía, que la arena ladraba como un perro ruin en cada paso que daba. La arena no hizo ningún ruido especial cuando Narices la mojó, pero cuando él dio la vuelta para bajar la duna, resbaló y se deslizó desde la cresta y su resbalón fue acompañado por una nota musical fuerte y encantadora, un vibrato, como si hubiese sonado una cuerda del laúd mayor del mundo.

—Masallah! —exclamó Narices espantado al levantarse del suelo. Recorrió corriendo todo el trecho de arena que le faltaba hasta la superficie más firme del camino, antes de detenerse para quitarse el polvo.

Mi padre, mi tío y los dos escoltas se reían a carcajadas. Uno de los mongoles dijo:

—Estas arenas se llaman luiying.

—Las voces del trueno —me tradujo tío Mafio —. Nico y yo las oímos cuando

pasamos la última vez por aquí. También gritan cuando el viento sopla fuerte, y gritan con mayor fuerza en invierno, cuando las arenas están frías.

El hecho era realmente maravilloso. Pero era únicamente un hecho de este mundo, como los cantos de los pájaros al amanecer, las campanillas de los camellos, el jazmín perfumado y las flores silvestres de color dorado tan decididas a florecer que lanzaban despreocupadas sus semillas al viento.

El mundo es bello, pensé, y la vida es buena, tanto si uno está seguro de ir al cielo al final de la vida como temeroso del infierno. Los budistas, que consideraban patéticamente la tierra y su existencia tan fea, miserable y repugnante que su mayor deseo era huir y perderse en el olvido, sólo podían inspirarme compasión. Yo no, yo nunca. Si tuviera que aceptar alguna creencia budista sería la de las continuas reencarnaciones en este mundo, aunque esto supusiera regresar como una humilde paloma o como una ramita de jazmín entre mis encarnaciones humanas. Sí, pensé, si yo pudiese, continuaría viviendo eternamente.

6

El paisaje continuó siendo de color gris, pero este gris se fue haciendo más oscuro a medida que avanzábamos hacia oriente, hasta convertirse en negro auténtico, en cascajos negros y en grava negra moviéndose sobre roca negra, porque habíamos llegado a otro desierto, uno demasiado ancho y extenso para que la Ruta de la Seda pudiera salvarlo con un rodeo. Los mongoles lo llamaban Gobi, y los han Shamo, y ambas palabras significan un desierto con esta composición peculiar: un desierto de donde el viento se ha llevado desde hace tiempo toda la arena, dejando sólo las partículas más pesadas, todas de color negro. El paisaje resultaba algo irreal, porque no parecía constituido por guijarros, piedras y rocas sino de un metal más duro todavía. Cada colina, cada roca y cada risco negro brillaba al sol con un borde brillante y

cortante, como acabado de afilar. Allí sólo crecían briznas incoloras de hierba de camello y algunos manojos de hierba neutra, como finos hilos metálicos. El Gobi recibe también de los viajeros el nombre de Gran Silencio, porque es imposible oír una conversación si no se habla a gritos, ni se oye el choque de las piedras negras que ruedan y se mueven bajo los pies, ni los tristes quejidos de los caballos por sus cascos heridos, ni las protestas y gimoteos de quienes se quejan, como Narices, porque todos estos ruidos quedan apagados por el continuo lamento del viento. Éste sopla incesantemente sobre el desierto de Gobi durante los trescientos sesenta días del año, y a fines de verano, cuando nosotros pasamos, soplaba tan ardiente como un chorro de las puertas abiertas de los terribles hornos que contienen las grandes cocinas de los más bajos fondos del más violento infierno de Satanás.

La siguiente ciudad a donde llegamos, Anxi, debe de ser la localidad más desolada de todo Kitai. Era un simple poblado de tiendas tambaleantes que vendían artículos para

las caravanas y unas cuantas posadas y establos para los viajeros, todo ello de madera sin pintar y de pisa agujereada y erosionada por las partículas que levantaba el viento. Aquel pueblo existía en el borde mismo del terrible Gobi únicamente porque en aquel lugar se juntaban de nuevo las dos ramas de la Ruta de la Seda, la meridional por la cual llegamos nosotros y la otra ruta que había dado la vuelta por el norte del Takla Makan, y en Anxi se fundían ambas en un único camino. Éste sigue su curso sin dividirse más, y después de recorrer un número interminable de li llega a la capital de Kitai, Kanbalik. Como es natural en esta convergencia de caminos había un tráfico más intenso de comerciantes solos y de grupos y familias en caravana. Pero al encontrar una procesión de carros tirados por mulos pregunté a nuestros escoltas:

—¿Qué caravana es ésta? Avanza muy lenta y en silencio.

Todas las ruedas de los carros llevaban atados a las llantas manojos de hierbas y trapos para amortiguar el ruido y las mulas llevaban los cascos metidos en sacos forrados con el mismo objetivo. A pesar de ello la procesión no era absolutamente silenciosa porque las ruedas y los cascos continuaban produciendo un sonido sordo y se oía el continuo crujir de los armazones de madera de los carros y de los arneses de cuero, pero su marcha era más silenciosa que la de la mayoría de caravanas. Además de los han que conducían los carros de mulas, había otros han montados en mulas, flanqueándolos, que pasaron por Anxi acompañando la caravana como una guardia de honor y abriéndose camino por las calles llenas de gente sin utilizar nunca la palabra para pedir paso. Los peatones se apartaron obsequiosamente, dejaron de charlar entre sí y apartaron el rostro como si la procesión fuera de algún importante y encumbrado personaje. Pero en la procesión no vi a nadie aparte de estos conductores y de esta escolta: no había nadie en las varias decenas de carros que pasaron. Todos estaban ocupados por montones de objetos que podían haber sido tiendas enrolladas o alfombras, muchos centenares de fardos largos envueltos en tela y apilados como troncos dentro de los carros. Estos objetos, fueran lo que fuesen, parecían muy viejos y soltaban un olor seco, rancio, y sus envolturas de tela estaban en jirones y se agitaban al viento. Cuando los carros saltaban sobre las calles llenas de hoyos se desprendían escamas y trozos de tela.

—Parecen sudarios pudriéndose —dije.

Ussu replicó con gran sorpresa mía:

—Esto son. —Y añadió en voz baja —: Muéstrales respeto, ferenghi. Date la vuelta y no mires mientras pasan.

No dijo más hasta que hubo pasado la silenciosa caravana. Luego me contó que todos los han tienen el gran deseo de ser enterrados en sus lugares de nacimiento, y quienes les sobreviven hacen todos los esfuerzos precisos para cumplir este deseo. La mayoría de han que tenían posadas y tiendas en los extremos occidentales de la Ruta de la Seda

procedían originalmente del extremo oriental del país, el más poblado, y deseaban que sus restos fueran a descansar allí. Los han que morían en occidente eran enterrados superficialmente, y cuando al cabo de muchos años había muerto un número suficiente, sus familias de oriente organizaban una caravana y la enviaban a occidente. Entonces se desenterraban todos estos cuerpos, se reunían y se transportaban juntos a sus regiones de origen. Esto sucedía quizá una sola vez en cada generación, dijo Ussu, y yo podía considerarme como uno de los pocos ferenghi que había podido ver una caravana de cadáveres.

A todo lo largo de la Ruta de la Seda, desde Kashgar, habíamos ido vadeando los pocos y pequeños ríos que cruzábamos: corrientes pobres que traían un poco de agua de las montañas nevadas del sur y se perdían rápidamente en el desierto del norte. Pero a unas semanas al este de Anxi encontramos un río más caudaloso, que corría hacia oriente como nosotros. Al principio era un río de agua clara que saltaba alegremente, pero cada vez que el camino nos acercaba de nuevo a él, comprobábamos que era más ancho, más profundo, más turbulento y que se volvía de color amarillo pardo por los sedimentos que arrastraba; de ahí el nombre que le dan: Huang, el río Amarillo. Este Huang, que se precipitaba por toda la anchura de Kitai, es uno de los dos grandes sistemas fluviales de aquellas tierras. El otro está muy al sur del primero, es una corriente de agua más grande todavía, llamada Yangzi, que significa simplemente el río Tremendo, y que también atraviesa la tierra de Kitai.

El Yangzi y este Huang —me dijo mi padre instruyéndome —son, después del histórico Nilo, el segundo y tercer río más largo de todo el mundo viajado. Yo podría haber añadido aquí, en broma, que el Huang debe de ser el río más alto de la tierra. Digo con esto, y pocas veces se da crédito a mis palabras, que el río Huang en la mayor parte de su recorrido queda por encima de las tierras que le rodean.

—¿Cómo puede ser esto? —protesta la gente —. Un río no es independiente de la tierra. Si un río va alto por fuerza tiene que inundar la tierra circundante. Pero el río Amarillo no la inunda, excepto en épocas de desastre. Los campesinos, que viven al lado del río desde hace años, generaciones y siglos, han construido diques de tierra para reforzar las orillas. Pero el Huang transporta grandes cantidades de sedimentos y los deposita continuamente en su cauce, de modo que el nivel de su superficie también sube continuamente. O sea que los campesinos han a lo largo de generaciones, siglos y eras se han visto obligados a elevar cada vez más sus diques. Al final el río Amarillo corre entre estas orillas artificiales a un nivel literalmente superior al de la tierra circundante. En algunos lugares si se me hubiese antojado tirarme al río hubiese tenido que subir un dique más alto que un edificio de cuatro pisos.

—Pero estos diques aunque son altos están hechos únicamente de tierra apisonada —dijo mi padre —. Cuando estuvimos aquí por última vez vimos el Huang en un año muy lluvioso llenarse tanto y bajar tan turbulento que rompió estos diques.

—Un río suspendido en el aire y que luego cae —dije pensativo —. Debió de ser un espectáculo digno de verse.

—Fue como ver Venecia y toda la tierra firme del Véneto sumergirse en la laguna, suponiendo que puedas imaginarlo —intervino tío Mafio —. Una inundación de increíble extensión. Pueblos y ciudades enteras se disolvieron. Se ahogaron naciones enteras de gente.

—Esto no sucede cada año, gracias a Dios —dijo mi padre —. Pero sucede tan a menudo que justifica el nombre que se da también al río Amarillo: el Azote de los Hijos de Han. Sin embargo los han mientras el río corre domado le sacan mucho partido. De vez en cuando veía en las orillas las mayores ruedas del mundo. Norias de madera y caña, altas como veinte personas una encima de la otra. A lo largo del borde de la rueda había

multitudes de cangilones que el río llenaba constantemente, levantaba y vertía en los canales de irrigación.

Y en un lugar vi una barca al lado de la orilla que tenía a ambos lados inmensas ruedas de paletas girando. Al verlo pensé que era algún tipo de invento han para sustituir los remos movidos a mano e impulsar la barca. Pero la tan loada inventiva han volvió a desilusionarme, porque comprendí que la nave estaba amarrada a la orilla y que las ruedas de paletas eran movidas por la corriente del río. Las ruedas a su vez movían ejes y radios dentro de la barca para moler grano con unas muelas. O sea que el conjunto era simplemente un molino de agua y su única novedad consistía en que no era estacionario sino que podía desplazarse río arriba y río abajo a los lugares donde hubiese cosecha de grano para moler y convertirlo en harina.

Había innumerables tipos de naves, porque el río Amarillo estaba más concurrido que la Ruta de la Seda. Los han tienen que trasladar sus bienes y sus productos a distancias tan enormes que prefieren utilizar sus vías fluviales en lugar de los medios terrestres de transporte. Es realmente un sistema muy práctico, por mucho que los amos mongoles se rían de la poca atención que los han prestan a los caballos. Un caballo o cualquier animal de carga consume más grano de lo que puede transportar a lo largo de cualquier distancia, en cambio el barquero de río consume muy poca comida para alimentarse y cubrir un li de viaje. Los han tienen, pues, razón cuando respetan y veneran tanto sus ríos; han dado incluso el nombre de río Celestial a lo que los occidentales llamamos Vía Láctea.

En el río Amarillo había muchas pequeñas gabarras llamadas sanban y la tripulación de cada gabarra era una familia entera, para la cual la barca era a la vez el hogar y el medio de transporte y de subsistencia. Los varones de la familia remaban o tiraban del sanban río arriba y lo guiaban río abajo, y además cargaban y descargaban las mercancías. Las hembras se dedicaban al parecer perpetuamente a cocinar y a lavar la ropa. Y entre ellos jugaba una multitud de niños y niñas pequeños todos alegremente

desnudos, si se exceptúa una gran calabaza que cada uno llevaba atada a la cintura para ayudarlos a flotar al caer por la borda, lo que sucedía con regularidad. Había muchas naves mayores impulsadas por velas. Cuando pregunté a nuestra escolta qué nombre tenían, los mongoles respondieron con indiferencia algo así como «chunk». Luego supe que la palabra han correcta era chuan, pero la palabra significa únicamente buque de vela en general; nunca llegué a aprender los treinta y ocho nombres distintos de los treinta y ocho tipos diferentes de «chunk» de río y de mar. De todos modos el más pequeño era tan grande como una coca flamenca, pero de menor calado, y me parecieron todos ridículamente aparatosos, como inmensos zuecos flotantes. Pero luego fui comprendiendo que la forma de un chuan no sigue la de un pez, como la mayoría de naves occidentales, donde se pretende que su rapidez iguale a la del pez. El chuan sigue la forma de un pato, para tener estabilidad en el agua, y pude comprobar que flotaban serenamente sobre los remolinos y los torbellinos más tumultuosos del río Amarillo. El chuan es lento y sólido y quizá por esto se guía con un solo timón, no con dos como nuestras naves, y este timón está situado en medio del casco, a popa, y sólo necesita un timonel. Las velas del chuan también son raras, porque no se abomban al viento, sino que unas tablillas las dividen a intervalos, con lo que parecen más bien alas nervudas de murciélago. Y cuando hay que acortar la vela no las rizan como nosotros sino que las pliegan, tablilla por tablilla, como una griglia de persiana.

Sin embargo, la nave más sorprendente de todas las que vi en aquel río fue un pequeño esquife con remos llamado huban. Era ridículamente asimétrico, porque estaba curvado formando un arco lateral. La góndola veneciana también está construida con algo de

combadura para compensar que el gondolero siempre rema por el lado derecho, pero el arco que forma la quilla de la góndola es tan ligero que apenas se nota. Estos huban estaban tan sesgados como una espada simsir puesta de perfil. También en este caso el motivo era de orden práctico. Un huban siempre va cerca de la orilla, y si el remero mantiene su lado cóncavo o convexo contra la orilla puede salvar más fácilmente las curvas y recodos del río. Como es lógico el remero ha de cambiar continuamente la dirección de la barca, de la popa a la proa, a medida que el río gira a un lado o a otro, y su avance se parece al de un agitado insecto corriendo sobre el agua. Sin embargo, al cabo de pocos días vi algo todavía más extraño, pero en tierra, no en el río. Cerca de un pueblo llamado Zongzhai llegamos a una ruina destartalada y abandonada que debió de ser en otra época un sólido edificio de piedra con dos fuertes torres de vigilancia. Nuestro escolta Ussu me dijo que antiguamente el edificio había sido una fortaleza han de alguna lejana dinastía, y que todavía conservaba su viejo nombre: Puertas de Jade. En realidad la fortaleza no era ninguna puerta y desde luego no estaba construida de jade, pero constituía el extremo oriental de una muralla de gran espesor y de impresionante altura que desde aquel punto seguía la dirección noreste. Esta Gran Muralla, como la llaman los extranjeros, recibe entre los han el nombre más pintoresco de «Boca» de su país. En tiempos pasados los han se consideraban el Pueblo de Dentro de la Boca, refiriéndose a esta Muralla, y todas las demás naciones

situadas al norte y al oeste eran el Pueblo de Fuera de la Boca. Cuando se condenaba al exilio a un criminal o a un traidor se decía que era «escupido fuera de la Boca». Esta muralla se había construido para mantener fuera a todo el mundo excepto a los han, y no hay duda de que es la barrera defensiva más larga y poderosa hecha jamás por manos humanas. Es imposible saber cuántas manos fueron, ni cuánto tiempo trabajaron, pero su construcción debió de consumir las vidas de muchas generaciones de poblaciones enteras de hombres.

Según la tradición la muralla sigue el curso errante trazado por un caballo blanco favorito de cierto emperador Qin, el soberano han que inició su construcción en un tiempo lejano. Pero esta historia me parece dudosa porque ningún caballo habría seguido por voluntad propia una ruta tan difícil a lo largo de las crestas de las montañas, como la que sigue gran parte de la muralla. Desde luego ni nosotros ni nuestros caballos lo hicimos. Las semanas restantes de nuestro viaje casi interminable a través de Kitai nos obligaron a seguir de modo general el curso de esta muralla que parecía también interminable, pero aunque raras veces la perdíamos de vista normalmente podíamos encontrar un camino más bajo y más fácil cuesta abajo de la muralla. La Gran Muralla recorre sinuosamente Kitai, a veces extendiéndose ininterrumpidamente de horizonte a horizonte, pero en otros lugares aprovecha murallas naturales como picos y precipicios, integrándolos en su trayecto, para aparecer de nuevo en las zonas más vulnerables que vienen a continuación. Además no siempre es una única muralla. En una región del este de Kitai descubrimos que había tres murallas paralelas, una detrás de otra, separadas por intervalos de unos cientos de li. La muralla no tiene en todas partes la misma composición. Sus tramos más orientales están construidos con grandes rocas cuadradas, unidas entre sí de modo limpio y firme con mortero, como si en esos lugares se hubiese construido bajo la severa mirada del emperador Qin, y la muralla se ha mantenido hasta el momento sólida y entera; es un baluarte de grandes dimensiones, alto, grueso y fuerte, y su parte superior es tan ancha que puede cabalgar en ella una tropa de caballería en fondo. Tiene troneras a ambos lados de este camino de ronda y voluminosas torres de guardia que a intervalos se levantan a mayor altura. Pero en algunos tramos occidentales, como si los súbditos y esclavos del emperador hubiesen trabajado a la ligera sabiendo que nunca iría a

inspeccionarlos, la muralla era de construcción defectuosa, hecha con piedras y barro unidos chapuceramente formando una estructura ni tan alta ni tan gruesa, y en consecuencia a lo largo de los siglos se había hundido mucho y estaba interrumpida a trechos.

Sin embargo debo decir que la Gran Muralla es algo majestuoso e impresionante, y no me resulta fácil describirla en términos comprensibles para un occidental. Pero lo intentaré del modo siguiente. Si se pudiese transportar intacta la muralla sacándola de Kitai, y si todos sus numerosos segmentos se pusieran uno detrás de otro partiendo de Venecia y dirigiéndose hacia el noroeste por encima del continente europeo, atravesaría los Alpes, pasaría sobre prados, ríos, bosques y todo lo que encontrara y

después de alcanzar el mar del Norte en el puerto flamenco de Brujas, quedaría aún suficiente muralla para recorrer de nuevo en sentido inverso toda esta enorme distancia hasta Venecia, y todavía podría prolongarse la muralla desde Venecia por el oeste hasta la frontera de Francia.

Ante la innegable grandeza de la Gran Muralla, ¿por qué no me hablaron nunca de ella ni mi padre ni mi tío, que la habían visto antes, ni excitaron en mí el deseo de verla? ¿Y

por qué no hablé yo mismo de tal maravilla en el libro anterior que relata mis viajes? La omisión no se debió en este caso al temor de que la gente dejara de creer mis palabras. No mencioné esta muralla porque a pesar de ser un auténtico prodigio la consideré una realización trivial de los han, y como tal continúo considerándola. Me pareció entonces y continúa pareciéndome ahora una prueba más que desmiente el reputado genio de los nativos de Kitai. Por este motivo:

Mientras cabalgábamos a lo largo de la Gran Muralla, dije a Ussu y a Donduk:

—Vosotros los mongoles erais al principio un pueblo de Fuera de la Boca, pero ahora estáis dentro de ella. ¿Costó mucho a vuestros ejércitos romper esta barrera?

Donduk se burló:

—Desde que se construyó la muralla, en épocas anteriores a la historia, ningún invasor ha tenido dificultad alguna en atravesarla. Nosotros los mongoles y nuestros antepasados la hemos atravesado repetidamente a lo largo de los siglos. Incluso un pequeño ferenghi Podría hacerlo.

—¿Cómo es posible? —le pregunté —. ¿Fueron siempre los demás ejércitos más guerreros que los defensores han?

—¿Qué defensores, uu? —preguntó Ussu despreciativamente.

—Me refiero a los centinelas de los parapetos. Sin duda pudieron ver desde lejos a los enemigos cuando se aproximaban. Y debían de tener legiones a punto para repelerlos.

—Sí, esto es cierto.

—Bueno, en este caso, ¿era tan fácil derrotarlos?

—¡Derrotarlos! —dijeron los dos al unísono con sus voces cargadas todavía de desprecio. Ussu explicó la razón de este desdén:

—Nadie tuvo que derrotarlos nunca. Cualquier forastero que deseara cruzar la muralla sólo tenía que sobornar a los centinelas con un poco de plata. Vaj! No hay

muralla más alta o más fuerte o más difícil que los hombres que hay detrás de ella. Y yo comprendí que así era. La Gran Muralla, construida sabe Dios con cuánto derroche de dinero, tiempo, trabajo, sudor, sangre y vidas humanas, no fue nunca para los invasores un freno más efectivo que una simple línea de demarcación trazada sobre un mapa. La Gran Muralla sólo puede aspirar a que la consideren como el monumento a la futilidad más extraordinario del mundo.

Un ejemplo de ello: unas semanas después llegamos finalmente a la ciudad que estas murallas envuelven del modo más seguro, donde los muros son más altos, más gruesos y están mejor conservados. La ciudad situada detrás de la muralla se ha conocido a lo

largo del tiempo por muchos nombres distintos: Richeng, Ji, Yuzhuo, Chongdu y muchos nombres más, y en una época u otra ha sido capital de muchos imperios diferentes de los han: las dinastías Qin, Zhou y Tang, y sin duda otras. Pero ¿de qué le sirvió esta enorme muralla? Hoy en día la ciudad en la cual entramos se llama Kanbalik,

«Ciudad del kan», conmemorando el último invasor que atravesó la Gran Muralla y que conquistó esta tierra, en opinión mía la mayor de todas: el hombre que tomó el título sonoro pero justificado de gran kan, kan de todos los kanes, kan de las naciones, hijo de Tulei y hermano de Mangu Jan, nieto de Chinghiz Kan, el más poderoso de los mongoles, el gran kan Kubilai.

KANBALIK

Cuando entramos en Kanbalik, es decir, cuando en el crepúsculo de un día que se apagaba llegamos a un lugar donde la polvorienta carretera se convertía en una amplia avenida, pavimentada y limpia, que conducía a la ciudad, con gran sorpresa mía nuestra pequeña caravana recibió la bienvenida de un considerable comité de recepción. Nos esperaba en primer lugar una banda de soldados mongoles de a pie que lucían armaduras de paseo de metal muy pulido y cueros engrasados y brillantes. No se interpusieron en nuestro camino como habían hecho los guardias de Kashgar a las órdenes de Kaidu. Presentaron e inclinaron con unánime precisión sus brillantes lanzas para saludarnos y luego formaron un cuadrado alrededor de nuestro grupo y nos acompañaron a lo largo de la avenida, mientras multitudes de habitantes normales de la ciudad hacían una pausa en sus ocupaciones para mirarnos con curiosidad. Esperaban luego para saludarnos unos cuantos caballeros ancianos de aspecto distinguido, unos mongoles, otros han, unos cuantos claramente árabes o persas, que llevaban vestidos largos de colores variados y vivos, y cada uno de ellos tenía detrás un criado que sostenía sobre su cabeza con un palo alto un dosel ribeteado. Los ancianos se pusieron en marcha a ambos lados de nosotros, y los criados apretaron el paso para mantener los doseles sobre ellos, y todos nos sonreían y nos dirigían gestos tranquilos de bienvenida y nos decían en sus diversas lenguas: «Mendu! Yingjie! Salaam!», aunque estas palabras rápidamente quedaron ahogadas por un grupo de músicos que se unieron a la procesión con un concierto inverosímil de cuernos y címbalos que chirriaban y tañían. Mi padre y mi tío sonrieron, movieron la cabeza y se inclinaron sobre sus sillas, como si hubiesen esperado aquella exagerada acogida, pero Narices, Ussu y Donduk parecían tan sorprendidos como yo.

Ussu me dijo por encima del ruido:

—Como es natural han estado vigilando vuestro grupo a lo largo del camino, como se hace con todos los viajeros y los jinetes de posta han mantenido informadas a las autoridades de Kanbalik sobre vuestra llegada. Nadie llega a la ciudad del kan sin que se sepa de antemano.

—Pero —dijo Donduk con un nuevo tono de respeto —, normalmente sólo el wang de la ciudad se ocupa de registrar las llegadas y salidas de los viajeros, Al parecer vosotros, ferenghi —pronunció por primera vez la palabra benignamente —, erais conocidos del mismo palacio y se os esperaba con interés y se decidió tributaros una acogida excepcional. Creo que estos ancianos que nos acompañan son los mismos cortesanos del gran kan.

Yo estaba mirando a ambos lados de la avenida ansioso por hacerme alguna idea del aspecto de la ciudad, pero de repente la vista se oscureció y mi atención se centró en

otra cosa. Se oyó un ruido como un trueno y se vio una luz como un relámpago, no en lo alto del cielo sino terriblemente cerca de nuestras cabezas. Me sobresalté y mi

caballo respingó con tanta violencia que perdí los estribos, frené al animal antes de que se desbocara y lo retuve en una danza nerviosa, mientras el terrible ruido estallaba de nuevo una y otra vez, acompañado siempre por una llamarada de luz. Vi que todos los demás caballos también habían respingado y que mis compañeros estaban ocupados controlándolos. Lo lógico hubiese sido que las personas presentes en la avenida hubiesen corrido a refugiarse, pero todos ellos no sólo conservaron el sosiego sino que parecía que disfrutasen con el tumulto, las luces y la oscuridad. Mi padre, mi tío y los demás mongoles estaban igualmente tranquilos, incluso sonreían contentos mientras tiraban de las riendas de los caballos que corcoveaban. Al parecer los chispazos y la conmoción sólo me trastornaban a mí y a Narices, quien miraba frenéticamente a todas partes con los ojos desorbitados buscando el origen de todo aquello. El origen se encontraba en los tejados de curvos aleros situados a ambos lados de la avenida. De estos tejados se elevaban bolas de brillante luz, como grandes chispas, o quizá como las misteriosas «cuentas del cielo» del desierto, y se inclinaban encima de nuestras cabezas. Cuando llegaban a nuestra vertical estallaban con un sonido atronador y se convertían en constelaciones enteras de chispas, rayas y fragmentos de luz de muchos colores que descendían, disminuían y morían antes de alcanzar el pavimento de la calle, dejando un rastro de humo azul de fuerte olor. Se elevaban tantas de los tejados y estallaban a intervalos tan seguidos que sus fogonazos creaban una claridad casi constante, eliminando la penumbra natural y sus truenos se concertaban dando un estrépito tal que nuestra banda acompañante no podía oírse. Los músicos que avanzaban despreocupados a través de las nubes de humo azul parecía que ejecutasen una silenciosa pantomima con sus instrumentos. La multitud de ciudadanos alineados a ambos lados de la avenida, aunque tampoco se oían, a juzgar por los saltos, los saludos con los brazos y los movimientos de boca, aplaudían entusiasmados cada nueva sacudida y estallido. Quizá también mis ojos se desorbitaban ante la vista de este inexplicable fuego volador. Porque cuando hubimos avanzado un trecho más por la avenida y dejamos atrás el humo y la tempestad de fuegos artificiales, Ussu acercó de nuevo su caballo al mío y me dijo en voz alta para que la oyera por encima de la banda de música y sus estridentes notas:

—Nunca visteis espectáculo semejante, ¿verdad, ferenghi? Es un juguete inventado por la infantil mente de los han. Lo llaman huoshu yinhua, árboles de fuego y flores chispeantes.

Denegué con la cabeza y dije:

—¡Un juguete, desde luego! —pero conseguí sonreír como si también yo hubiese disfrutado con el espectáculo.

Luego volví a mirar a mi alrededor para ver el aspecto que presentaba la fabulosa ciudad de Kanbalik.

Luego hablaré de eso. De momento diré que la ciudad había sufrido, supongo, muchas devastaciones cuando los mongoles la tomaron, unos años antes de nacer yo,

pero desde entonces estaba en continuo proceso de reconstrucción, con todas las casas de nueva planta. Cuando yo llegué después de tantos años todavía se estaban añadiendo edificios y se estaba refinando y embelleciendo la ciudad para que tuviera la magnificencia propia de la capital del mayor imperio del mundo. Durante mucho rato aquella ancha avenida nos condujo en línea recta a nosotros y a nuestra procesión de soldados, ancianos y músicos entre las fachadas de bellos edificios, hasta finalizar ante una impresionante entrada situada de cara al sur en una muralla que era casi tan alta, gruesa y formidable como los tramos mejor construidos de la Gran Muralla en el campo. Pasamos por este portal y entramos en uno de los patios del palacio del gran kan. Pero

la palabra palacio no es lo bastante amplia. Aquello era más que un palacio, era una ciudad de tamaño considerable, situada dentro de la ciudad; pero continuaba siendo un edificio. El patio estaba lleno de carros, carromatos y animales de tiro, de canteros, carpinteros, yeseros, doradores y gente de oficios similares, y de los vehículos de campesinos y comerciantes que llevaban provisiones y artículos de primera necesidad para los habitantes de la ciudad palaciega, y de monturas, coches y palanquines con sus porteadores de otros visitantes que habían llegado por otros negocios procedentes de tierras tanto cercanas como lejanas.

Se avanzó de entre el grupo de cortesanos que nos habían acompañado por la ciudad un han muy anciano y de aspecto frágil, y nos dijo en farsi:

—Voy a llamar a los criados, señores míos.

Se limitó a dar una suave palmada con sus pálidas y apergaminadas manos y no sé

cómo aquella orden imperceptible penetró en la confusión del patio y fue instantáneamente obedecida. Llegaron de algún lugar media docena de mozos de establo, y el anciano les ordenó que se encargaran de nuestras monturas y caballos de carga, y que condujeran también a Ussu, a Donduk y a Narices a sus aposentos en los cuerpos de guardia del palacio. Luego volvió a dar una palmada casi inaudible y de modo igualmente mágico hicieron su aparición tres criadas.

—Estas doncellas os servirán, señores míos —dijo a mi padre, a mi tío y a mí —. Os alojaréis provisionalmente en el pabellón de los huéspedes de honor. Vendré mañana y os conduciré ante el gran kan, que está muy ansioso por saludaros y que sin duda os asignará una residencia más permanente.

Las tres mujeres se inclinaron cuatro veces ante nosotros ejecutando el saludo han, de abyecta humildad, llamado koutou, consistente en una postración tan baja que la frente de quien se inclina debe tocar literalmente el suelo. Luego las mujeres nos hicieron señas sonriendo y nos guiaron por el patio con pasos pequeños y algo saltarines, parecidos curiosamente a los de un pájaro, mientras la multitud se apartaba para dejarnos paso. Recorrimos otra distancia considerable a través de la ciudad palaciega envuelta en el crepúsculo: pasamos por galerías, atravesamos claustros y

patios abiertos, bajamos por corredores y subimos por terrazas, hasta que las mujeres hicieron de nuevo koutou ante el pabellón de los huéspedes. La casa tenía una pared aparentemente sin aberturas, de papel aceitado traslúcido enmarcado en filigranas de madera, pero las mujeres las abrieron fácilmente deslizando a ambos lados dos paneles y con una inclinación nos indicaron que entráramos. Nuestras habitaciones consistían en tres dormitorios y una sala de estar, todo conectado, lujosamente decorado y adornado, con un vistoso brasero ya encendido que quemaba carbón limpio, no estiércol de animal ni fumosos carbones de kara. Una de las mujeres se puso a destapar nuestras camas, auténticas camas altas que lo parecían más aún debido a la cantidad de edredones y de almohadas que tenían; mientras otra ponía a calentar agua en el brasero para nuestros baños y la tercera empezó a traer bandejas de comida ya caliente procedente de alguna invisible cocina.

Primero nos abalanzamos sobre k comida, casi arrancándola de los platos y apuñalándola con nuestros palillos o tenacillas ágiles, porque estábamos hambrientos y la cena era de calidad: trocitos de carne con salsa de ajo, verduras adobadas en mostaza y cocidas con habas gruesas, la familiar pasta mian, unas gachas muy parecidas a nuestra polenta de harina de castañas, un cha perfumado con almendras y de dulce pequeñas manzanas silvestres azucaradas empaladas en ramitas para facilitar comerlas. Luego en nuestras habitaciones separadas nos bañamos todo el cuerpo, o nos bañaron, mejor dicho. Mi padre y mi tío aceptaron al parecer estas ayudas con tanta indiferencia como si aquellas jóvenes mujeres hubiesen sido masajistas varones de un hammam.

Pero yo recibía por primera vez los servicios de una hembra desde los días tan lejanos de Zia Zuliá, y sentí turbación y excitación al mismo tiempo. Para distraerme contemplé a la muchacha en lugar de mirar lo que me hacía. Era una mujer han joven, quizá algo mayor que yo pero en aquel momento aún no sabía calcular la edad de seres tan extraños. Iba mucho mejor vestida que cualquier criada occidental, pero era también mucho más mansa, dócil y solícita que una de ellas. Su cara y sus manos tenían un tinte marfileño, llevaba una mata de azulado cabello negro peinado hacia arriba, cejas apenas perceptibles, no se le veían pestañas y sus ojos permanecían invisibles, porque las aberturas eran muy estrechas y además siempre tenía la mirada recogida. Sus labios eran capullos de rosa, rojos y llenos de rocío, pero la nariz era casi inexistente. (Yo ya empezaba a resignarme a no ver nunca una hermosa nariz al estilo de Verona en estos países.) En aquel momento su marfileño rostro estaba afectado por una mancha en la frente debida a su koutou en el patio. Sin embargo una pequeña imperfección en una mujer puede ser a veces un rasgo muy atractivo. Empecé a tener muchas ganas de ver cómo era el resto de su cuerpo, bajo sus muchas capas de brocado: la estola, la túnica, el vestido, las fajas, los lazos, los volantes y otros elementos.

Estuve tentado de sugerirle que después de limpiarme todo me sirviera de otro modo. Pero no lo hice. No podía hablar su lenguaje y quizá los gestos necesarios de comunicación le habrían parecido más una ofensa que una invitación. Tampoco sabía

lo liberales o estrictas que eran las convenciones locales en relación a estos temas. Decidí

que procedía actuar con prudencia, y cuando mi baño hubo finalizado y ella hubo hecho koutou dejé que se fuera. Era aún temprano, pero había sido un día muy cansado. La fatiga del viaje combinada con la excitación de haber finalmente llegado y la languidez inducida por el baño me sumieron inmediatamente en el sueño. Soñé que desnudaba a la criada han como si fuera una muñeca, capa por capa, y cuando acabé de quitarle la última ropa se convirtió de repente en el otro juguete, aquel espectáculo de estallidos y luces llamado árboles de fuego y flores chispeantes.

Por la mañana las tres mismas mujeres trajeron bandejas de comida que sirvieron sobre nuestros regazos, estando nosotros todavía en la cama, y mientras desayunábamos prepararon agua caliente para darnos otro baño a cada uno. Yo lo resistí sin quejarme, aunque pensé que dos baños completos en el transcurso de un solo día eran excesivos. Luego llegó Narices con unos mozos de establo que llevaban nuestro equipaje. Así, pues, después del baño nos pusimos nuestros trajes mejores y menos gastados. Se trataba de nuestros gallardos vestidos persas: tulbands en la cabeza, bordados chalecos sobre sueltas camisas de apretados puños, kamarbands en la parte media del cuerpo y amplios pai-yamahs metidos en nuestras botas de buen corte. Nuestras tres doncellas se rieron con disimulo y se taparon nerviosamente la boca con la mano como hacen siempre las mujeres han cuando ríen, pero se apresuraron a indicar que reían sólo por la admiración que les causaba nuestra apostura.

Luego llegó nuestro anciano guía han de la noche anterior, presentándose esta vez: Linan, el matemático de la corte, quien nos sacó del pabellón. Entonces en la plena luz de la mañana pude apreciar mejor lo que nos rodeaba, pues pasamos entre arcadas y columnitas y atravesamos cenadores con enrejados de parras y pórticos cubiertos por aleros de rizados bordes y por terrazas que daban a jardines llenos de flores y puentes de altos arcos que salvaban estanques de lotos y pequeños ríos donde nadaban peces dorados. En todos los lugares y pasajes vimos a criados, la mayoría han, hombres y mujeres ricamente ataviados pero que iban presurosos y temerosos a cumplir sus recados, y muchos guardias mongoles con uniformes de gala, rígidos como estatuas, pero con armas en la mano que parecían dispuestos a utilizar, y de vez en cuando vimos

a un noble o a un anciano o a un cortesano pasar por allí, tan digno y vestido tan suntuosamente y de aspecto tan importante como nuestro guía Linan con el cual intercambiaban ceremoniosos movimientos de cabeza al pasar. Todas las galerías sin paredes abiertas al aire tenían balaustradas de intrincadas tallas, pilares exquisitamente esculpidos, campanillas colgadas al viento que tintineaban y borlas de seda que crujían como colas de caballo. Todos los pasillos cerrados donde no entraba el sol se encontraban alumbrados por linternas de cristal teñido de Moscovia, como lunas de suaves colores que brillaban con una encantadora y difusa luz, porque todos

estos pasillos estaban inundados por el humo fragante del incienso. Y todos los pasillos y galerías estaban decorados con objetos de arte verticales: elegantes relojes de sol hechos de mármol; biombos lacados; gongs con figuras e imágenes de leones, caballos, dragones y otros animales que no pude reconocer; grandes urnas de bronce y vasos de porcelana y jade llenos a rebosar de flores recién cortadas. De nuevo atravesamos el patio del portal por donde habíamos entrado la noche anterior, y volvía a estar lleno o continuaba repleto de caballos de silla y asnos de carga y camellos y carros y carromatos y palanquines y gente. Acerté a ver entre esta multitud a dos hombres han que estaban desmontando de sus mulas, y aunque eran únicamente un par de rostros en una multitud innumerable tuve la vaga sensación de haber visto antes a aquellos hombres. El viejo Linan nos guió otro trecho y nos condujo finalmente ante un par de puertas inmensas, encaradas al sur, grabadas, doradas y lacadas con muchos colores, unas puertas de tamaño tan descomunal, tan pesadas y provistas de clavos y tachones de metal que parecían destinadas a impedir el paso de gigantes o a darles paso. Unan se detuvo un momento, apoyó su delgada mano sobre uno de los formidables pomos en forma de dragón forjado y dijo con un susurro de voz:

—Esto es el Cheng, la sala de la justicia, y en este momento el gran kan está

administrando justicia a demandantes, suplicantes y desobedientes. Si tenéis la bondad de esperar hasta que haya concluido, señores Polo, el gran kan os saludará

inmediatamente después.

Aquel débil anciano abrió las enormes puertas, aparentemente sin ningún esfuerzo pues debían de tener unos hábiles contrapesos y goznes bien engrasados, y con una inclinación nos hizo pasar. Nos siguió adentro, cerró la puerta detrás nuestro y se quedó

a nuestro lado para ofrecernos interpretaciones útiles de lo que estaba pasando en la sala.

El Cheng era una habitación enorme, muy alta, tan grande como un patio interior; el techo estaba sostenido por columnas talladas y doradas, las paredes tenían paneles de cuero rojo, pero el suelo estaba vacío de muebles. En el otro extremo había una elevada plataforma y sobre ella una gran butaca parecida a un trono, flanqueada por filas de sillas más bajas y de tapizado menos elegante Todos estos asientos estaban ocupados por dignatarios, y en las sombras de detrás del estrado había otras figuras de pie o moviéndose. Entre nosotros y la plataforma estaba arrodillada una gran multitud de suplicantes, suficiente para llenar la cámara de pared a pared, la mayoría de ellos con basta ropa de campesino, pero otros con atavíos de noble.

A pesar de la distancia que nos separaba conocí al hombre que estaba sentado en el centro del estrado. Le habría conocido aunque fuera vestido pobremente y estuviera apretujado ignominiosamente entre las filas de plebeyos en el suelo de la sala. El kan

Kubilai no necesitaba su elevado trono ni sus ropas de seda enhebradas en oro y guarnecidas con pieles para proclamar su presencia; su soberanía estaba implícita en su erecta postura sobre la silla, como si todavía cabalgara sobre un corcel de guerra; en la fuerza de su nudosa cara y en su enérgica voz, aunque hablaba raramente y lo hacía en tonos bajos. Los hombres sentados en las sillas de ambos lados iban casi tan bien

vestidos como él, pero su actitud demostraba que eran subordinados. Nuestro guía Linan señalándolos discretamente y murmurando en voz baja nos explicó quiénes eran:

—Uno es el funcionario Suoke, que significa la Lengua. Cuatro son escribas secretarios del gran kan, que anotan en rollos las actas del día. Ocho son ministros del gran kan, perteneciendo dos a cada uno de los cuatro grados ascendentes. Detrás del estrado, las personas que corren son relevos de escribanos que van a buscar documentos de los archivos del Cheng, cuando hay que consultar alguno.

El funcionario llamado Lengua del Cheng estaba continuamente ocupado, se inclinaba desde la plataforma para oír al suplicante, luego se volvía para conversar con uno u otro de los ministros. Y estos ocho ministros también estaban continuamente ocupados, consultando con la Lengua, ordenando a los escribanos que les trajeran documentos, estudiando estos papeles y rollos, consultándose unos a los otros y en ocasiones al gran kan. Pero parecía como si los cuatro secretarios sólo en contadas ocasiones se pusiesen en movimiento para escribir algo en sus papeles. Dije que aquello me parecía raro: los señoriales ministros del Cheng trabajaban más que los simples secretarios.

—Sí —dijo el maestro Linan —. Los escribas no han de dejar constancia por escrito de todo, sino únicamente de las palabras que pronuncia el mismo kan Kubilai. Todo lo demás es simple discusión preliminar, porque las palabras del gran kan resumen, destilan y superan todas las demás palabras que aquí se pronuncian. Una sala tan grande, con tanta gente dentro, podía resultar cacofónica y llena de ecos, pero la gente se comportaba de modo silencioso y ordenado, como una congregación de fieles en una iglesia. Sólo se levantaba una persona cada vez para acudir al estrado, y una vez allí hablaba únicamente con el funcionario llamado la Lengua, y lo hacía con un murmullo tan respetuoso y temeroso que nosotros, en el fondo de la sala no podíamos oír nada hasta que la Lengua, finalizadas las deliberaciones, anunciaba la sentencia para que todos lo oyeran.

Linan dijo:

—Durante las sesiones del Cheng nadie se dirige personalmente al kan Kubilai, excepto la Lengua, ni el kan se dirige personalmente a nadie. El suplicante expone su caso a la Lengua, quien recibe este nombre porque domina todas las lenguas del reino. Si este funcionario considera que el caso tiene la suficiente importancia, lo

transmite hacia arriba. En el nivel que sea y después de haber consultado los necesarios precedentes, se sugiere una determinada sentencia sobre el caso a la Lengua, quien la comunica entonces al gran kan. Él puede dar su asentimiento, o introducir ligeros cambios en la sentencia, o contradecirla completamente. Entonces la Lengua pronuncia en voz alta este decreto final para las personas afectadas y para todos los oyentes: las compensaciones que hay que pagar al demandante, o que hay que exigir al acusado, o el castigo que hay que aplicar, o a veces el rechazo de todo el caso, y el caso queda cerrado para siempre.

Me di cuenta de que este Cheng de Kanbalik no era igual al Daiwan de Bagdad, donde cada caso se convertía en un tema de discusión y de acuerdo mutuo entre el sha, su visir y un grupo de oficiosos imanes y muftíes musulmanes. Aquí los casos podían discutirse primero entre los ministros, pero cada veredicto quedaba finalmente a la sola discreción del kan Kubilai, y su sentencia no podía discutirse ni apelarse. También observé que sus veredictos a veces eran ingeniosos o caprichosos, pero que otras eran terribles por su cruel inventiva.

El viejo Linan estaba diciendo en aquel momento:

—El campesino que acaba de presentar su petición al Cheng es un delegado enviado de todo un distrito de campesinos de la provincia de Henan. Comunica que los campos de arroz han sido totalmente devorados por una plaga de langostas. El hambre se ha

abatido sobre el país y las familias de campesinos están muriendo de hambre. El delegado solicita ayuda para el pueblo de Henan y pregunta qué puede hacerse. Fijaos: los ministros han discutido el problema y lo han transmitido al gran kan y ahora la Lengua proclamará su decreto.

La Lengua así lo hizo, con unos gritos en han que no pude entender, pero Linan los tradujo.

—El kan Kubilai dice lo siguiente: las langostas con tanto arroz dentro deben de ser deliciosas. Las familias de Henan tienen permiso del gran kan para comerse las langostas. El kan Kubilai ha hablado.

—Dios mío —murmuró tío Mafio —, el viejo tirano continúa tan absurdamente arrogante como yo lo recordaba.

—Miel en la boca y una daga en el cinto —dijo mi padre con admiración. El segundo caso fue el de un notario provincial llamado Shenning, responsable de las escrituras de transferencias de tierras, de los testamentos y legados y de cosas semejantes. Se le acusaba de haber falsificado los libros de mayor en beneficio propio, y se le había declarado culpable, y la Lengua proclamó la sentencia acordada y Linan nos la tradujo.

—El kan Kubilai dice lo siguiente. Toda tu vida has vivido de palabras, notario Shenning. A partir de ahora comerás palabras. Se te encerrará en una celda solitaria y en cada comida te servirán únicamente trozos de papel con las palabras «carne», «arroz» y

«cha» escritas sobre ellos. El kan Kubilai ha hablado.

—Realmente —dijo mi padre —, tiene una lengua de tijeras. El siguiente y último caso aquella mañana fue el de una mujer sorprendida en adulterio. El caso habría sido demasiado trivial para tratarlo en el Cheng, dijo el viejo Linan, pero la mujer era mongol y esposa de un funcionario mongol del kanato, un tal señor Amursama; por lo tanto su crimen era más atroz que el de una simple han. El ultrajado marido había matado a su amante de una cuchillada en el momento de descubrirlos, explicó Linan, indicando con ello que el bellaco había muerto con una rapidez demasiado misericordiosa y sin los tormentos que merecía. Por ello el marido solicitaba del Cheng que decidiera un destino más saludable para su infiel esposa. La petición del cornudo fue debidamente satisfecha y creo que le satisfizo. Linan tradujo:

—El kan Kubilai dice lo siguiente: la culpable señora Amursama será entregada al acariciador…

—¿El acariciador? —exclamé, y me eché a reír —. Pensaba que le habían sacado de las manos de otro acariciador.

—El acariciador —dijo el anciano fríamente —es el nombre que damos al verdugo de la corte.

—En Venecia le llamamos de forma más realista el carnicero.

—Sucede que en el idioma han la palabra que indica tortura física, dongxing, y el término que indica excitación sexual, dongqing, tienen una pronunciación muy semejante, como podéis comprobar.

—Gésu! —murmuré.

—En resumen —dijo Linan —. Se entregará a la esposa al acariciador, en compañía de su traicionado esposo. El marido, en presencia del acariciador, y si es preciso con su ayuda, arrancará con dientes y uñas el esfínter pudendo de la esposa y con él la estrangulará

hasta que muera. El kan Kubilai ha hablado.

Ni mi padre ni mi tío creyeron necesario comentar este decreto, pero yo sí. Me burlé de él como un experto.

—Vaj! Esto es pura comedia. El gran kan sabe sin duda que estamos presentes. Está

pronunciando estas excéntricas sentencias únicamente para impresionarnos y

confundirnos como hizo el ilkan Kaidu cuando escupió en la boca de su guardia. Mi padre y el matemático Linan me miraron con desdén, y mi tío gruñó:

—¡Joven presuntuoso! ¿Crees realmente que el kan de todos los kanes se preocupa de impresionar a ninguna persona viva? Y menos todavía a unos cuantos desgraciados sin importancia que llegan de algún trivial recoveco situado muy lejos de sus dominios?

No contesté nada, pero tampoco puse cara de arrepentimiento, porque estaba seguro de que mi opinión despreciativa acabaría confirmándose. Pero no fue así. Tío Mafio tenía razón, como es lógico, y yo estaba equivocado, y pronto comprendería qué tontamente había errado al juzgar el temperamento del gran kan.

Pero en aquel momento el Cheng se estaba vaciando. El compacto pelotón de suplicantes se puso humildemente en pie y salió por la puerta por donde nosotros habíamos entrado, y los jueces que presidían el estrado desaparecieron por una puerta situada al fondo de la sala, quedando únicamente en ella el gran kan. Cuando no hubo nadie entre él y nosotros, excepto su anillo de guardias, Linan dijo:

—El gran kan ha hecho un gesto. Acerquémonos..

Siguiendo el ejemplo del matemático, todos nos arrodillamos para hacer koutou, la postración de reverencia al gran kan. Pero antes de que nos hubiésemos doblado lo suficiente para tocar el suelo con la frente, Kubilai dijo con una voz resonante y cordial:

—¡Levantaos! ¡De pie! Viejos amigos, ¡bien venidos otra vez a Kitai!

Habló en mongol, y tampoco después le oí hablar otro idioma, por lo tanto ignoro si conocía el farsi comercial o alguna de las múltiples lenguas utilizadas en su reino, y no oí nunca a nadie dirigirse a él en una lengua distinta de su mongol materno. No abrazó a mi padre ni a mi tío, como hacen los amigos venecianos cuando se encuentran, pero puso sobre el hombro de cada uno su gran mano cargada de anillos.

—Estoy contento de veros de nuevo, hermanos Polo. ¿Cómo os ha ido el viaje, uu? ¿Es éste el primero de mis sacerdotes, uu? ¡Qué joven parece, para ser un sabio clérigo!

—No, excelencia —aclaró mi padre —. Es mi hijo Marco que ahora es también un experimentado viajero. Él, como todos nosotros, se pone al servicio del gran kan.

—En tal caso, sea también bien venido —dijo Kubilai, con un amable gesto de la cabeza en dirección mía —. Pero los sacerdotes, amigo Nicoló, ¿llegarán después que vosotros?

Mi padre y mi tío le explicaron excusándose pero sin humillarse, que no habían conseguido traer a los cien sacerdotes misioneros que había solicitado, ni siquiera a uno solo, porque tuvieron la desgracia de volver a su tierra durante el interregno papal y la consiguiente confusión de la jerarquía eclesiástica. (No hablaron de los dos cobardes frailes predicadores que no habían pasado de Levante.) Mientras ellos se explicaban aproveché la oportunidad para examinar detalladamente al monarca más poderoso de la tierra.

El kan de todos los kanes estaba a punto de cumplir su sesenta aniversario, edad que en Occidente le habría catalogado como un anciano, pero él era un ejemplar de virilidad adulta, sano y fuerte. Llevaba por corona un simple yelmo de oro, una especie de plato de sopa invertido, de cuyas partes posterior y laterales colgaban cogotera y yugulares. El cabello que pude ver debajo era gris, pero todavía espeso. Su grueso bigote y su barba estaban recortados al estilo marinero, y eran más negros que blancos. Sus ojos eran más bien redondos teniendo en cuenta su raza mongol, y brillaban inteligentemente. Su rubicunda tez estaba gastada, pero no arrugada, como si hubiese esculpido su rostro sobre una castaña bien madura. Su nariz era el único rasgo poco hermoso del rostro, pues era corta como la de todos los mongoles, pero también bulbosa y muy rojiza. Su ropa, de espléndidas sedas con gruesos brocados de figuras y dibujos, cubría una robusta figura, pero no sebosa. Llevaba en los pies botas blandas de un cuero especial; me enteré luego de que estaban hechas con la piel de cierto pez que, al parecer,

alivia los dolores de la gota, el único mal de que oí quejarse al gran kan.

—Bueno —dijo cuando hubieron acabado mi padre y mi tío —quizá vuestra Iglesia romana demuestra una astuta sabiduría al guardar celados sus misterios. Yo creía aún que el kan Kubilai era como cualquier otro mortal una persona capaz de adoptar posturas con el único fin de impresionarnos en las sesiones del Cheng, y entonces parecía confirmar esta opinión porque continuó charlando con tanta tranquilidad como una persona normal cuando pasa el rato con sus amigos.

—Sí, quizá vuestra Iglesia actúa correctamente al no enviarnos misioneros. En materia de religión a menudo pienso que nada es mejor que demasiado. Ya tenemos bastante con la plaga de los cristianos nestorianos, entrometidos y vociferantes. Incluso mi vieja madre, la katun viuda Sorghaktani, que se convirtió hace tiempo a esta fe, continúa tan atontada con ella que me larga un discurso misionero cada vez que me ve o que ve a cualquier pagano. Nuestros cortesanos hacen ya esfuerzos desesperados para no toparse con ella en los corredores. Este fanatismo perjudica sus propios objetivos. Por lo tanto creo que vuestra Iglesia cristiana romana conseguirá atraer a más conversos si finge mantenerse apartada del rebaño. Los judíos actúan así, ya lo sabéis, y los pocos paganos que dejan entrar en el judaísmo se sienten halagados y honrados por el hecho.

—Por favor, excelencia —dijo mi padre ansiosamente —. No comparéis nuestra fe

verdadera con la herética secta nestoriana. Ni la igualéis tampoco con el despreciable judaísmo. Si lo deseáis culpadme a mí y a Mafio por habernos equivocado al escoger el momento. Pero os aseguro sinceramente que en cualquier otra época la Iglesia de Roma abre sus brazos para acoger a todos los que desean salvarse. El gran kan preguntó vivamente:

—¿Por qué, uu?

Entonces noté por primera vez uno de los atributos particulares del gran kan, que luego pude comprobar repetidamente. El gran kan podía ser simpático, divagador y locuaz como una vieja, si esto concordaba con su humor y con sus intenciones. Pero cuando quería saber algo, cuando necesitaba una respuesta, cuando buscaba alguna información concreta, podía emerger repentinamente de las nubes de su garrulidad, la suya o la de una habitación entera llena de personas, y lanzarse como un halcón sobre la carnada de un tema.

—¿Por qué? —repitió tío Mafio, sorprendido —. ¿Por qué desea la cristiandad salvar a toda la humanidad?

—Os lo contamos ya hace años, excelencia —dijo mi padre —. La fe que predica el amor y que fue fundada por Jesús, el Cristo y Salvador, es la única esperanza para traer a la tierra la paz perpetua y la abundancia, la tranquilidad del cuerpo, de la mente y del alma y la buena voluntad entre los hombres. Y después de la vida una eternidad feliz en el Regazo de Nuestro Señor.

Yo pensé que mi padre había defendido a la cristiandad como lo habría hecho cualquier clérigo ordenado. Pero el gran kan se limitó a sonreír tristemente y suspiró.

—Yo esperaba que habríais traído a gente sabia, de argumentos persuasivos, buenos hermanos Polo. Os quiero mucho y respeto mucho vuestras convicciones, pero temo que vosotros, al igual que mi viuda madre y que todos los misioneros que he conocido, ofrecéis afirmaciones carentes de base.

Antes de que mi padre o mi tío pudiesen decir nada, Kubilai se lanzó a otra de sus peroratas:

—Recuerdo perfectamente lo que me contasteis sobre Jesús, que vino a la tierra, con Su mensaje y con Su promesa. Esto, según dijisteis, pasó hace más de mil doscientos años. Bueno, también yo he vivido mucho tiempo y he estudiado las historias de épocas pasadas. Al parecer en todas las épocas, religiones de todo tipo han ofrecido promesas

universales de paz, bondad, salud, amor fraterno y completa felicidad y algún tipo de cielo para el más allá. Yo no sé nada sobre el más allá Pero sé que la mayoría de personas en esta tierra, incluyendo a las que rezan y adoran con la fe y la devoción más sinceras, continúan siendo pobres y estando enfermas y siendo desgraciadas y

estando insatisfechas y detestándose a fondo mutuamente, suponiendo que no estén en guerra, que ya es decir.

Mi padre abrió la boca, quizá para comentar la incongruencia de que un mongol deplorara la guerra, pero el gran kan continuó diciendo:

—El pueblo han cuenta la leyenda de un ave llamada jingwei. Desde los inicios del tiempo el jingwei ha llevado guijarros en su pico para llenar el ilimitado mar de Kitai, un mar sin fondo, y convertirlo en tierra sólida, y el jingwei continuará llevando a cabo esta fútil tarea hasta el fin de los tiempos. Supongo que lo mismo hacen las fes, las religiones y las devociones. No podéis negar que vuestra Iglesia cristiana ha estado haciendo de ave jingwei durante doce siglos, prometiendo siempre de modo fútil y fatuo lo que no puede proporcionar nunca.

—¿Nunca, excelencia? —dijo mi padre —. Una cantidad suficiente de guijarros acabará

llenando el mar. Con el tiempo, llenará incluso el mar de Kitai.

—Nunca, amigo Nicoló —replicó el gran kan terminantemente —. Nuestros sabios cosmógrafos han demostrado que en el mundo hay más mares que tierra. No hay suficientes guijarros.

—Los hechos no pueden prevalecer contra la fe, excelencia.

—Ni contra la locura inexorable, me temo. Bien, bien, dejemos ya esto. Sois hombres en quienes pusimos nuestra confianza, y habéis faltado a ella porque no nos habéis traído los sacerdotes que solicité. Sin embargo aquí tenemos una costumbre: no criticar nunca a personas de buena crianza en presencia de los demás. —Se volvió hacia el matemático que había escuchado la conversación con una expresión de cortés aburrimiento —: Maestro Linan, ¿tendréis la bondad de retiraros, uu? Dejadme solo con los maestros Polo para que los castigue por su fracaso.

Aquello me asustó, me irritó y me inquietó ligeramente. Éste era el motivo por el cual quiso que estuviéramos presentes en el Cheng y que observáramos sus caprichosos juicios: para tenernos aterrados y temblorosos antes de dictar sentencia. ¿Habíamos hecho todo aquel cansado viaje únicamente para recibir algún horroroso castigo? Pero Kubilai volvió a sorprenderme. Cuando Linan se hubo marchado, sonrió y dijo:

—Ya está. Los han son conocidos por la rapidez con que propalan cualquier chismorreo, y Linan es un auténtico han. Toda la corte estaba enterada de vuestra misión sacerdotal, y ahora sabrán que nuestra conversación versó únicamente sobre este tema. Pasemos, pues, a lo otro.

Tío Mafio dijo sonriendo:

—Hay muchas otras cosas de que hablar, excelencia. ¿Por dónde empezamos?

—Me han dicho que vuestro camino os puso directamente en manos de mi primo Kaidu, y que durante un tiempo os tuvo en su puño.

—Esto sólo supuso un breve retraso, excelencia —dijo mi padre señalándome a mí —. Este Marco nos ayudó muy ingeniosamente a eludirlo, pero ya os lo contará él mismo en otra ocasión. Kaidu quiso entrar a saco en los regalos que os traíamos de vuestros súbditos, el sha de Persia y el sultán de la Aryana de la India. De no haber sido por Marco vuestro primo os lo podría haber confiscado todo.

El gran kan movió de nuevo la cabeza hacia mí, brevemente, antes de volver a mi padre y a mi tío.

—¿Kaidu no se quedó con nada, uu?

—Con nada, excelencia. Cuando así lo ordenéis, los criados os traerán y os mostrarán la

riqueza de oro, joyas y objetos preciosos que…

—Vaj! —le interrumpió el gran kan. Dejemos la quincalla. ¿Qué me decís de los mapas?

Prometisteis que además de los malditos sacerdotes me traeríais mapas. ¿Los hicisteis, uu? ¿Os los robó Kaidu, uu? Habría preferido que se hubiera quedado con todo y que hubiese dejado esto.

Aquellos frecuentes y rápidos cambios de tema me habían desconcertado, como es natural. El gran kan no sólo no nos castigaba, sino que nos estaba interrogando, y sobre un tema del cual yo no había sospechado nada. Ya resultaba bastante asombroso que una persona despreciara con un vaj un regalo de quincalla que habría bastado para comprar cualquier ducado de Europa. Pero me asombraba más enterarme de que mi padre y mi tío habían estado trabajando todo el tiempo en un proyecto más secreto e importante que la búsqueda de misioneros.

—Los mapas están a salvo, excelencia —dijo mi padre —. En ningún momento se le ocurrió a Kaidu pensar en este tema. Mafio y yo estamos seguros de haber compilado los mejores mapas existentes hasta el momento de las regiones occidentales y centrales de este continente, especialmente las dominadas por el ilkan Kaidu.

—Bien… bien… —murmuró Kubilai —. Los mapas que dibujan los han son insuperables, pero se limitan a sus propias tierras. Los mapas que les capturamos en años anteriores nos ayudaron mucho en la conquista mongol de Kitai, y nos servirán igualmente cuando marchemos hacia el sur contra los song. Pero los han ignoran siempre lo que está más allá de sus propias fronteras, porque lo consideran indigno de

ellos. Si vuestro trabajo está bien hecho dispondré por primera vez de mapas completos de la Ruta de la Seda, hasta los límites más lejanos de mi imperio.

Miró a su alrededor con el rostro radiante de satisfacción y posó sus ojos en mí. Quizá

interpretó mi actitud torpe y sosa como sentimiento de culpabilidad, porque me sonrió

más cordialmente todavía y habló directamente conmigo:

—Prometí, joven Marco, que nunca utilizaría los mapas en ninguna campaña mongol contra el territorio o las posesiones del dogato de Venecia. Luego dirigiéndose a mi padre y a mi tío les dijo:

—Más tarde convocaré una audiencia privada para reunimos y examinar los mapas. Mientras tanto he asignado a cada uno de vosotros una habitación separada y criados, cerca de mi residencia en el palacio principal. —Y añadió como si no hubiese caído en ello —: Vuestro sobrino puede instalarse en la estancia que prefiera. (Es curioso, pero a pesar de la acuidad que demostraba Kubilai en todos los aspectos del conocimiento y de la experiencia humanos, en los años que duró mi trato con él nunca se preocupó de recordar cuál de los Polo mayores era mi padre y cuál mi tío.)

—He ordenado para hoy —continuó diciendo —un banquete de bienvenida, en el cual conoceréis a dos visitantes recién llegados también de Occidente, y todos juntos discutiremos la desagradable cuestión de mi insubordinado primo Kaidu. Linan os está

esperando fuera para escoltaros a vuestras nuevas habitaciones. Los tres iniciamos un koutou y él de nuevo, como haría siempre, ordenó que nos levantáramos antes de habernos postrado a fondo, y dijo:

—Hasta la cena, amigos Polo —y así nos despedimos de él.

2

Como digo, caí entonces en la cuenta de que mi padre y mi tío cuando confeccionaban tan asiduamente sus mapas trabajaban, por lo menos parcialmente, para el kan Kubilai, y ésta es la primera ocasión en que revelo públicamente este hecho. No lo mencioné en la anterior crónica de mis viajes y los suyos, porque en aquella época mi padre aún vivía

y yo no me decidí a imputarle cualquier sospecha de que pudiese haber servido a la horda mongol en perjuicio de nuestro Occidente cristiano. Sin embargo, como todo el mundo sabe, los mongoles no han invadido más Occidente, ni lo han amenazado. Nuestros principales enemigos durante muchos años han continuado siendo los

sarracenos musulmanes, y los mongoles han sido a menudo buenos aliados contra ellos. Y mientras tanto, como habían previsto mi padre y mi tío, Venecia y el resto de Europa se han aprovechado del aumento de comercio con Oriente, comercio que han facilitado mucho las copias de nuestros mapas de la Ruta de la Seda que los Polo trajimos desde allí. Por lo tanto ya no hay necesidad de mantener la ficción algo ridícula de que Nicoló

y Mafio Polo cruzaron y volvieron a cruzar toda la inmensidad de Asia únicamente para llevar consigo un rebaño de curas. Y ni en aquel libro, ni en ninguna ocasión, intenté

celar el hecho de que yo, Marco Polo, me convertí también en agente, viajero y cartógrafo del kan Kubilai. Pero ahora quiero contar cómo empecé a gozar de tal consideración por el gran kan y cómo éste acabó confiándome misiones de tal tipo. Atraje su atención por primera vez en el banquete de bienvenida que se celebró aquella noche. Pero podía haber sucedido, y casi sucedió, que la primera atención de Kubilai hacia mí fuera la orden de entregarme al acariciador, con el cuello dentro de mi esfínter. El banquete se celebró en la sala mayor del edificio del palacio principal, una sala que según dijo con orgullo uno de los camareros podía acomodar a seis mil invitados a la vez. El alto techo se sostenía sobre retorcidos y curvados pilares que parecían de oro macizo incrustado con gemas y jade. En las paredes se alternaban paneles de madera ricamente cincelada y de cuero en relieve, y colgaban de ellas qalis persas y pinturas han en rollos y trofeos mongoles de caza. Entre estos trofeos vi cabezas montadas de leones rugiendo, de leopardos y de artaks con grandes cornamentas (las «ovejas de Marco») y grandes animales con aspecto de oso llamados damao-xiong, cuyas cabezas montadas tenían un sorprendente color, pues eran blancas como la nieve excepto las orejas negras y unas máscaras negras alrededor de los ojos. Los trofeos provenían probablemente de las cacerías del propio gran kan, porque su amor a la caza era proverbial, y pasaba todos los días que podía en el bosque o en los campos. Incluso en aquella sala de banquetes su amor por el más viril de los deportes era evidente, porque los invitados que ocupaban los lugares más cercanos a él eran sus mejores compañeros de caza. En ambos brazos de su asiento en forma de trono estaba posado un halcón cazador con el capuchón puesto, y a cada una de las patas delanteras del asiento tenía encadenado un felino llamado leopardo cazador. Este leopardo se parece a un leopardo normal, pero su tamaño es mucho menor y proporcionalmente tiene las patas mucho más largas. Se diferencia de todos los demás felinos en que no sabe encaramarse a los árboles, y lo hace todavía más porque persigue y abate voluntariamente las piezas obedeciendo las órdenes de su amo. Sin embargo los leopardos cazadores y los halcones estuvieron tranquilos todo el tiempo, aceptando de vez en cuando educadamente las golosinas que Kubilai les daba con sus propios dedos. No había seis mil invitados aquella noche, y la sala, para acomodar a menos personas, estaba dividida con biombos de laca negra, dorada y roja, formando un espacio más íntimo. De todos modos debíamos de ser unas doscientas personas, más un número igual de criados y grupos de músicos y juglares que cambiaban constantemente. Un número tan grande de personas respirando y

sudando y los suculentos aromas que subían de los platos calientes deberían haber comunicado bastante calor a la sala en aquella noche de fines de verano. Pero aunque estábamos rodeados de biombos y todas las puertas exteriores estaban cerradas, una fresca brisa pasaba por la sala misteriosamente. Tardé un cierto tiempo en enterarme de los medios ingeniosos y simples utilizados para crear este frescor. Pero había otros misterios en ese comedor que

atrajeron mis desorbitadas miradas y que me estremecieron de maravilla, aunque nunca consiguiera encontrar una explicación adecuada para ellos.

Por ejemplo en un punto medio equidistante de todas las mesas había un gran árbol artificial, hecho de plata, de cuyas múltiples ramas y ramitas pendían hojas de plata batida que se movían suavemente en la brisa artificial de la sala. Alrededor de la plateada corteza del tronco estaban enrolladas cuatro serpientes de oro. Tenían las colas entrelazadas con las ramas superiores y sus cabezas descendían serpenteando hacia abajo hasta quedar recostadas con la boca abierta, sobre cuatro inmensas vasijas de porcelana. Las vasijas estaban moldeadas en forma de fantásticos leones con la cabeza echada hacia atrás y las bocas bien abiertas. Había otros animales artificiales en la sala: sobre varias mesas, incluyendo a la que estábamos sentados nosotros, los Polo, habían unos pavos reales de tamaño natural hechos de oro con las plumas de la cola finamente articuladas y coloreadas con esmaltes incrustados. Ahora bien, el misterio en relación a estos objetos era el siguiente. Cuando el kan Kubilai pedía bebida, y solamente cuando la pedía él en voz alta, no cuando la pedían los demás, estos varios animales de metales preciosos hacían cosas maravillosas. Diré lo que hacían, aunque apenas espero que se dé

crédito a mis palabras.

—Kumis! —bramaba Kubilai, y una de las serpientes doradas enroscadas en el árbol de plata vertía de repente por su boca un chorro de un líquido nacarado que caía en la boca del vaso en forma de león que tenía debajo. Un criado llevaba el vaso a la mesa del gran kan y le servía la bebida en su copa incrustada con joyas y en las copas de los demás invitados. Éstos probaban la bebida para verificar que era auténtico kumis de leche de yegua y todos batían palmas aplaudiendo esta maravilla, con lo que sucedía inmediatamente otra cosa maravillosa. El pavo real de la mesa, y todos los pavos reales de la sala aplaudían también levantando y batiendo sus alas de oro y levantando y abriendo su espléndida cola.

—Arki! —gritaba luego el gran kan, y se repetía todo el proceso, desde la serpiente escupiendo un líquido al león hasta los pavos reales haciendo la rueda. El licor que servía la tercera serpiente, maotai, fue una novedad para mí: era una bebida amarillenta, de consistencia parecida a un jarabe y de aroma picante. El invitado mongol que tenía a mi lado me advirtió sobre la fuerza de esta bebida, y me hizo una demostración. Cogió una copita de porcelana con licor y la acercó a la llama de una de las velas de la mesa. El maotai se encendió con una llama crepitante y azul, y

quemó

como aceite mineral durante unos buenos cinco minutos antes de consumirse. Me dijeron que el maotai es un brebaje han que se extrae del mijo común, pero es un brebaje insólito: es un combustible que arde tanto en el vientre y en el cerebro como al entrar en contacto con una flama abierta.

—Putao! —gritó por cuarta vez el gran kan al árbol de las serpientes; la palabra putao significa vino de uva.

Pero para consternación de todos los invitados, no pasó nada. La cuarta serpiente continuó colgando del árbol seca y hosca, y nosotros nos quedamos con la boca abierta, casi asustados, preguntándonos qué había fallado. Sin embargo el gran kan permanecía sentado sonriendo con un regocijo secreto y disfrutando de la emoción general, hasta que nos demostró la última magia del aparato, la más mágica. La cuarta serpiente no serviría nada hasta que él no gritara «putao!» seguido de «hong!» o bien de «bai», y según las órdenes recibidas serviría vino tinto (hong) o blanco (bai), ante lo cual los invitados irrumpieron en un diluvio de vivas y de aplausos, y los pavos reales de oro batieron sus alas y abrieron sus colas con tanta violencia que soltaron escamas de plumas doradas.

Entre los invitados al banquete de aquella noche estaban, además de los visitantes a

quienes se daba la bienvenida, los más altos señores, ministros y cortesanos del kanato, más algunas mujeres que supuse eran sus esposas. Los señores presentaban una gran variedad de nacionalidades y de colores: árabes y persas, además de mongoles y de han. Como es natural, las mujeres presentes eran las esposas de los mongoles y han no musulmanes; si los árabes y los persas tenían esposas, a ellas no se les permitía cenar en compañía mixta. Todos los hombres llevaban elegantes ropas de sedas y brocados, algunos llevaban jubones como el gran kan, los demás mongoles y los nativos han, algunos llevaban sus sedas en forma de pai-yamah y tulband persas, y otros las llevaban como aba y kaffiyah árabes.

Pero las mujeres iban ataviadas con más lujo todavía. Todas las damas han habían empolvado sus rostros, ya marfileños, hasta darles una blancura de nieve. Llevaban el cabello negro azulado formando una pila enrollada encima de la cabeza, sujeta por largos prendedores enjoyados llamados cucharas de pelo. Las damas mongoles tenían una tez ligeramente más oscura, una especie de color de cervato, y me interesó mucho ver que estas mujeres, al contrario que sus hermanas nómadas de la llanura no tenían la piel endurecida y basta por la acción del sol y del viento, como un cuero, ni su cuerpo era musculoso y abultado. Sus peinados eran más complicados si cabe que los de las damas han. El cabello, de color negro rojizo y no negro azulado, estaba trenzado formando un marco que bajaba a ambos lados de la cabeza como un ancho creciente, en forma de cuernos de oveja, y estos crecientes estaban festoneados por brillantes pendientes. Además, las damas mongoles, si bien vestían los mismos

jubones simples y flotantes de las mujeres han, llevaban en los hombros unos filetes curiosos, altos, de seda almohadillada, que se mantenían rectos como aletas.

Estaban sentados en la mesa del gran kan miembros de su familia inmediata. A su derecha se alineaban cinco o seis de sus doce hijos legítimos. A su izquierda estaba sentada su esposa primera y principal, la katun Yamuí, luego su anciana madre, la katun viuda Sorghaktani, luego sus otras tres esposas. (Kubilai disponía también de una cohorte considerable y constantemente variable de concubinas, todas más jóvenes que sus esposas. El contingente del momento estaba sentado en mesas separadas. Kubilai tenía de sus concubinas otros veinticinco hijos, y Dios sabe cuántas hijas más legítimas y bastardas, todas nacidas de sus mujeres.)

El comedor estaba dividido de modo que los invitados ocupaban las mesas de la derecha de Kubilai y las invitadas las de la izquierda. La mesa asignada a nosotros, los Polo, era la más cercana al gran kan, situada a una distancia que permitía hablarse, y teníamos en la mesa a un dignatario mongol que charlaba con nosotros, hacía de intérprete en caso de necesidad, nos explicaba los platos que no conocíamos y las bebidas que nos servían, etcétera. Era un hombre bastante joven, exactamente diez años mayor que yo, según nos dijo, y se presentó como Chingkim, agregando que tenía el cargo de wang de Kanbalik, o sea que era el funcionario jefe de la ciudad o magistrado. Este cargo equivale al de alcalde de una ciudad europea, o podestá, en la terminología veneciana, y supuse que a nosotros los Polo nos correspondía únicamente como compañero de mesa un funcionario menor.

El gran kan nos presentó más formalmente a otros señores y ministros sentados en mesas cercanas. No intentaré recordar todos sus nombres, porque había muchas personas de muchos grados diferentes de autoridad, y por ello muchos tenían títulos que yo no había oído en ninguna corte, ni en parte alguna: el maestro de las artes de la tinta negra (en definitiva el poeta de la corte), el maestro de los mastines, halcones y leopardos cazadores (el cazador jefe del gran kan), el maestro de los colores sin huesos (o sea el artista de la corte), el jefe de los secretarios y escribas, el archivista de maravillas y milagros, el registrador de cosas extrañas. Pero voy a mencionar por su

nombre a algunos señores cuya presencia en una corte supuestamente mongol me pareció bastante extraña: por ejemplo, Linan, quien como ya sabíamos era uno de los han supuestamente conquistados, pero que tenía el cargo bastante importante de matemático de la corte.

Resultó que el joven Chingkim tenía el título más alto conferido por Kubilai a cualquiera de sus compañeros mongoles, y Chingkim pretendía ser un simple wang de la ciudad. En cambio el primer ministro del gran kan, que ostentaba en su cargo el título de jingxiang no era ni un conquistador mongol ni un súbdito han. Era un árabe llamado Ajmad-az-Fenaket, y prefería personalmente que le dieran el título árabe correspondiente a su cargo, o sea valí. Ajmad, sea cual fuere la designación

honorífica que recibiera, jingxiang o primer ministro o valí, era el segundo hombre más poderoso de toda la jerarquía mongol, y estaba subordinado únicamente al mismo gran kan, porque también tenía el cargo de vicerregente, es decir, que regía literalmente el imperio cuando Kubilai se iba de caza o de guerra o se dedicaba a otra ocupación semejante, y Ajmad tenía también el cargo de ministro de finanzas, es decir, que controlaba en todo momento las cuentas del imperio.

También me pareció raro que el ministro de la guerra del Imperio mongol, no fuese un mongol sino un caballero han llamado Zhao Mengfu, puesto que la guerra era la actividad en la que los mongoles más sobresalían y con la que más disfrutaban. El astrónomo de la corte era un persa llamado Yamal-ud-Din, nacido en la lejana Isfahan. El médico de la corte era un bizantino, nacido en la todavía más lejana Constantinopla, el hakim Gansui. El personal del palacio incluía a otras personas que no habían asistido al banquete, de orígenes forasteros más sorprendentes aún, y con el tiempo pude conocerlos a todos.

El gran kan nos había prometido que aquella noche los Polo conoceríamos a dos

«visitantes recién llegados también de Occidente», y allí estaban, sentados en una mesa situada a una distancia de la nuestra que permitía conversar con ellos. No eran occidentales, sino han, y al verlos recordé que eran los dos hombres a quienes vi desmontar de sus mulas en el patio del palacio en la noche de nuestra llegada, y no podía quitarme de la cabeza la idea de que los había visto antes en otra ocasión. Las mesas a las que estábamos sentados tenían la superficie incrustada con piedras de color rosado lavanda que yo tomé por piedras preciosas. Y lo eran, según dijo nuestro compañero de mesa Chingkim:

—Amatistas —me dijo —. Los mongoles hemos aprendido mucho de los han. Y los médicos han llegaron a la conclusión de que las mesas de amatista púrpura previenen la embriaguez en las personas que se sientan a beber en ellas. La idea me pareció interesante, pero también debería haberme interesado por saber los borrachos que hubiesen acabado todos sin la influencia benéfica de las amatistas. Kubilai no era el único que bramaba pidiendo kumis, arki, maotai y putai y que ingería grandes cantidades de esos brebajes. Incluso entre los árabes y persas residentes, el único que se mantuvo toda la noche sosegado y sobrio como buen musulmán fue el valí

Ajmad. Y no sólo empinaban el codo los invitados de sexo masculino; también las mongoles trasegaban lo suyo, y sus gritos se hicieron gradualmente más roncos y descarados. Las mujeres han se limitaron al vino, que sólo tomaban de vez en cuando, lo que les permitía conservar sus aires de decencia señorial.

Pero la gente no se emborrachó inmediatamente, todos a la vez. El banquete comenzó

en la hora del gallo, según la denominación de Kitai, y los primeros invitados no se marcharon a tientas de la sala o se hundieron inconscientes bajo las mesas de amatistas hasta bien entrada la hora del tigre, es decir, que la fiesta, la conversación,

las risas y las diversiones duraron desde primeras horas de la noche hasta poco antes del amanecer del

día siguiente, y la borrachera general no se hizo patente del todo hasta la hora décima o undécima de aquella fiesta de doce horas de duración.

—Ónice —me dijo Chingkim señalando el espacio abierto del suelo alrededor del árbol de las serpientes que servían la bebida, donde en aquel momento dos turcos monstruosamente musculosos y sudorosos intentaban desmembrarse el uno al otro para nuestra diversión —. Los médicos han llegaron a la conclusión de que la piedra negra de ónice imparte vigor a las personas que están en contacto con ella. Por eso la pista de lucha libre está pavimentada con ónice para animar a los combatientes. Cuando los dos turcos se hubieron lisiado el uno al otro a satisfacción de la concurrencia, nos deleitamos con un grupo cantor de chicas uzbekas, que llevaban túnicas bordadas en oro de color rojo rubí, verde esmeralda y azul zafiro. Las chicas tenían caras bastante bonitas pero extraordinariamente planas, como si tuvieran los ras-gos pintados sobre la parte delantera de la cabeza. Nos dedicaron a voz en grito incomprensibles e interminables baladas uzbekas, con chillidos que parecían surgir de las ruedas sin engrasar de un carromato desbocado. Luego unos músicos samoyedos ejecutaron piezas de cacofonía similar con un surtido instrumental: tambores de mano, címbalos digitales y flautas semejantes a nuestro fagotto y a nuestra dulzaina. Luego llegaron unos juglares han que eran mucho más divertidos, porque actuaban en silencio y además lo hacían con increíble destreza. Era asombroso contemplar los trucos que podían ejecutar con espadas, lazos de cuerda y antorchas encendidas, y la cantidad de objetos de este tipo que podían mantener volando o rodando o suspendidos en el aire al mismo tiempo. Pero pensé que ya no podía dar crédito a mis ojos cuando los juglares empezaron a tirar al aire y a tirarse los unos a los otros copas llenas de vino ¡sin que se vertiera ni una gota! En los intervalos entre estas actuaciones se paseaba por la sala un tulhulos, que es un juglar mongol que toca una especie de viella de tres cuerdas, como si la serrara y que canta con tristes lamentos crónicas de batallas, victorias y héroes del pasado.

Mientras tanto, todos comíamos. ¡Y cómo comíamos! Lo hacíamos en platos, tazones y fuentes de porcelana delgados como el papel, algunos de colores suaves, marrón y crema, otros azules con manchas de color ciruela. Yo entonces no lo sabía, pero más tarde me dijeron que estas porcelanas, llamadas Chizhuo y Ren, eran obras del arte han, dignas de atesorarse en colecciones, y ni los mismos emperadores han hubiesen soñado emplearlas para el servicio de mesa. Pero del mismo modo que Kubilai se había apropiado estos objetos de arte para el placer de sus invitados, también había adquirido para las cocinas de su palacio a los mejores cocineros de Kitai, y los invitados dedicaban sus mejores alabanzas a ellos más que a la porcelana Chizhuo y Ren. Cuando nos servían un nuevo plato de la cena y lo probábamos toda la sala exclamaba «Hui!» y

«Hao!» en señal de aprobación y el cocinero responsable de ese plato salía de las

cocinas, sonreía y hacía koutou, y nosotros le aplaudíamos repicando nuestras tenacillas ágiles y produciendo una crepitación como la del grillo. Podría señalar aquí que los invitados nos servíamos para comer de tenacillas de marfil intrincadamente esculpidas, pero que las de Kubilai, según me dijo Chingkim estaban fabricadas con los huesos del antebrazo de un gibón, porque tales tenacillas se vuelven negras si tocan comida envenenada.

Nuestro compañero de mesa también nos explicaba cada plato que llegaba a nuestra mesa, porque casi todos eran de origen han y tenían un nombre muy intrigante, pero que no daba ninguna indicación sobre el contenido del plato, y no siempre era yo capaz de determinarlo cuando lo comía y lo aplaudía. Al empezar la fiesta cuando anunciaron que el primer plato se llamaba leche y rosas, no tuve dificultad alguna en entender que se trataba simplemente de uvas blancas y uvas rosadas. (Una comida al estilo han sigue un

curso distinto al nuestro; empieza con frutas y nueces y acaba con una sopa.) Pero cuando me presentaron un plato llamado niños de nieve, Chingkim tuvo que explicarme que estaba confeccionado con cuajada de judías y carne asada de ancas de rana. Y el plato llamado periquito verde de pico rojo con jade ribeteado de oro era una especie de natillas multicolores que contenían las hojas hervidas y pulverizadas de una planta persa llamada aspanaj, crema de hongos y pétalos de varias flores. Cuando los criados me presentaron huevos de cien años, estuve a punto de renunciar a ellos, porque eran simples huevos de gallina y de pato hervidos y duros, pero la clara tenía un horrible color verde, la yema era negra y olían realmente a cien años. Sin embargo Chingkim me aseguró que sólo los habían escabechado durante sesenta días, o sea que los comí y los encontré sabrosos. Había cosas más raras, carne de patas de oso y labios de pescado, y un caldo confeccionado con la saliva que utiliza un cierto pájaro para pegar su nido, y patas de paloma en gelatina, y una masa de una sustancia llamada geba, que es un hongo que crece sobre los tallos de arroz, pero fui valiente y los probé

todos. Había también platos más reconocibles, la pasta mian en numerosas formas y salsas, bolas rellenas y al vapor, la familiar berenjena con una salsa de pescado desconocida.

El banquete, junto con los invitados y la sala donde se celebraba, demostraba ampliamente que los mongoles habían recorrido un largo camino desde la barbarie hasta la civilización, y habían conseguido este cambio principalmente adoptando a fondo la cultura del pueblo han, desde su comida y sus vestidos hasta su hábito de bañarse y su arquitectura. Pero el plato fuerte del banquete, la piatanza di prima portata, era según Chingkim un plato inventado hacía mucho tiempo por los mongoles y que los han habían adoptado alegremente desde hacía poco tiempo. Lo llamaban pato colgado al viento, y Chingkim me contó el complicado proceso de su preparación. Me dijo que un pato llegaba del huevo a la cocina exactamente en cuarenta y ocho días, y luego precisaba cuarenta y ocho horas para su adecuada

preparación. Su breve existencia incluía tres semanas de alimentación forzada (como hacen los estrasburgueses de la Lorena con sus ocas). Cuando el ave estaba bien cebada, se mataba, se desplumaba y se limpiaba, se hinchaba la cavidad interior con aire para distenderla, y se dejaba colgando a la intemperie de cara al viento del sur. «Sólo sirve el viento del sur», puntualizó Chingkim. Luego se vidriaba ahumándolo sobre un fuego donde se quemaba alcanfor. Luego se asaba sobre un fuego ordinario y se untaba con vino, ajo, melazas y una salsa de judías fermentadas. Luego se cortaba y se servía en piezas del tamaño de un bocado, siendo la parte más apreciada las hojuelas de piel negra y crujiente, y se añadían al plato cebollas verdes ligeramente hervidas, castañas de agua y unos vermicelli tipo mian transparentes, y en mi opinión, si algo podía disminuir el resentimiento que sentía el pueblo han por sus conquistadores mongoles, tenía que ser el pato colgado al viento.

Después de un pastel de pétalos de loto azucarados y una sopa clara de melones hami, pusieron en cada mesa el plato final: una gran sopera con arroz blanco hervido. Este plato era puramente simbólico y nadie se sirvió. El arroz es la dieta básica del pueblo han, de hecho en los reinos han meridionales el arroz es casi el único elemento de las comidas del pueblo, y por ello merece un lugar de honor en todas las mesas, incluso en la mesa de un rico. Pero los invitados de un rico no deben comer este arroz, pues insultarían al anfitrión dando por supuesto que los requisitos anteriores habían sido insuficientes.

En este momento, mientras los criados dejaban libres las mesas para proceder a la seria actividad de la bebida, Kubilai, mi padre, mi tío y otras personas más empezaron a conversar. (Como ya he dicho los mongoles no suelen hablar mientras comen y los

demás hombres de la sala habían observado también esta costumbre. Sin embargo el silencio no había impresionado en absoluto a las mujeres mongoles que cacarearon y chillaron durante toda la cena.) Kubilai se dirigió a mi padre y a mi tío:

—Estos dos hombres, Tang y Fu —y señaló a los dos han que yo ya había observado —, han llegado de Occidente casi al mismo tiempo que vosotros. Son espías míos, inteligentes, devotos y que saben pasar desapercibidos. Cuando me enteré de que una caravana han de carros se dirigía a las tierras de mi primo Kaidu para traer los cadáveres de los difuntos han y enterrarlos, ordené a Tang y a Fu que se unieran a la caravana.

« ¡Vaya!», pensé, esto explicaba que yo los recordara, pero no dije nada y Kubilai se dirigió a ellos.

—Contadnos, honorables espías, los secretos que habéis descubierto en la provincia de Xinjiang.

Tang tomó la palabra como si estuviera recitando una lista escrita, pero sin leer nada:

—El ilkan Kaidu es orlok de un bok que comprende un tuk entero, y puede poner instantáneamente en línea de batalla seis tomanes de este tuk. El gran kan no pareció muy impresionado, pero lo tradujo a mi padre y a mi tío:

—Mi primo tiene bajo sus órdenes a un campamento que comprende cien mil guerreros a caballo, de los cuales sesenta mil están siempre a punto para combatir. Me pregunté por qué necesitaba el kan Kubilai a unos espías profesionales para conseguir subrepticiamente una información que yo obtuve simplemente compartiendo una comida en un yurtu.

Fu habló luego:

—Cada guerrero entra en combate con una lanza, una maza, su escudo, por lo menos una espada y una daga, un arco y sesenta flechas. Treinta flechas son ligeras, con cabezas estrechas para tiros de largo alcance. Treinta son pesadas, con cabezas anchas, para utilizarlas a poca distancia.

—De esto también estaba enterado yo, y sabía más: que algunas flechas chillaban y silbaban furiosamente mientras volaban.

Tang tomó de nuevo la palabra:

—Cada guerrero para ser independiente de las provisiones del bok lleva también una pequeña vasija de barro donde cocinar, una pequeña tienda plegable y dos botellas de cuero. Una está llena de kumis, la otra de gruí, y puede subsistir con estos dos alimentos largo tiempo sin debilitarse.

Fu añadió:

—Si consigue un pedazo de carne, no necesita detenerse para prepararla. La mete entre la silla y su montura y mientras cabalga el golpeteo, el calor y el sudor curan la carne y la dejan a punto.

Luego dijo Tang:

—Si un guerrero no tiene otra comida, se alimentará y aplacará su sed bebiendo la sangre del primer enemigo que mate. También puede utilizar la grasa de este cuerpo para engrasar las tachuelas, las armas y la armadura.

Kubilai apretó los labios y se retorció el bigote, con evidente impaciencia, pero los dos han no dijeron nada más. Entonces murmuró con un deje de exasperación:

—Los números y los detalles están muy bien. Pero no habéis contado nada que yo no supiera desde que monté a pelo sobre mi primer caballo cuando tenía cuatro años.

¿Cómo están la moral y el humor del ilkan y de sus tropas, uu?

—No hay necesidad de informarse privadamente sobre esto, excelencia —dijo Tang —. Todo el mundo sabe que los mongoles están siempre a punto para luchar y ansiosos de hacerlo.

—Sí, luchar, pero ¿contra quién, uu? —insistió el gran kan.

—De momento, excelencia —dijo Fu —, el ilkan utiliza sus fuerzas únicamente para destruir a los bandidos de su propia provincia de Xinjiang, y para llevar a cabo pequeñas escaramuzas contra los tazhikos y asegurar así sus fronteras occidentales.

—Hui! —exclamó Kubilai con un arranque —. ¿Pero lo hace simplemente para tener ocupados a sus combatientes, uu? ¿O está poniendo a punto su capacidad y preparándose para empresas más ambiciosas, uu? ¿Quizá un ataque rebelde contra mis fronteras occidentales, uu? ¡Decidme algo!

Tang y Fu sólo pudieron hacer ruidos respetuosos y encogerse de hombros para excusar su ignorancia.

—Excelencia, ¿quién puede examinar lo que hay dentro de la cabeza de un enemigo?

Incluso el mejor espía sólo puede observar lo observable. Los hechos que os hemos comunicado los conseguimos con mucha perseverancia y con mucho cuidado para que fueran correctos y arriesgándonos mucho a que nos descubrieran, en cuyo caso nos hubiesen atado con los miembros extendidos entre cuatro caballos y con el látigo los hubiesen enviado hacia los cuatro horizontes.

Kubilai les dirigió una mirada algo desdeñosa y se volvió hacia mi padre y mi tío.

—Vosotros por lo menos visteis cara a cara a mi primo, amigos Polo. ¿Qué impresión sacasteis, uu?

Tío Mafio dijo pensativamente:

—Desde luego Kaidu ansia conseguir más de lo que tiene. Y desde luego es una persona de temperamento belicoso.

—Al fin y al cabo, pertenece a la misma descendencia familiar que el gran kan —dijo mi padre —. Hay un dicho tan antiguo: una loba no suelta ningún cordero.

—También de todo esto estaba bien enterado —gruñó Kubilai —. ¿No hay nadie que haya percibido algo más aparte de lo totalmente evidente, uu?

Aquel «uu?» no iba dirigido precisamente a mí, pero la pregunta me animó a hablar. Está claro que podía haberle comunicado con más gracia lo que quería decirle. Pero yo albergaba todavía un cierto desdén hacia él por su demostración de cruel arbitrariedad en el Cheng, e imaginaba que había adoptado aquella postura teatral

cuando vio que podíamos escuchar sus duras sentencias. Por lo tanto yo continuaba creyendo equivocadamente que en el fondo el kan Kubilai era sólo una persona corriente. Quizá

también había consumido con demasiada liberalidad las bebidas servidas por el árbol de las serpientes. Sea lo que fuere, tomé la palabra y hablé algo más alto de lo necesario.

—El ilkan Kaidu os llamó decadente, gastado y degenerado, excelencia. Dijo que os habéis puesto al nivel de un vulgar kalmuko.

Todos los presentes me oyeron y sin duda todos sabían lo escuálido y vil que es un kalmuko. Se hizo pues, un instantáneo silencio profundo y aterrado. Todos los hombres dejaron de hablar e incluso el cotorreo de las estridentes mujeres mongoles pareció

ahogarse. Mi padre y mi tío se cubrieron la cara con las manos y el wang Chingkim me miró horrorizado, y los hijos y esposas del gran kan se quedaron con la boca abierta, y Tang y Fu se taparon la boca con mano temblorosa, como si hubiesen reído o eructado inoportunamente, y todos los demás rostros variopintos que veía a mi alrededor empalidecieron uniformemente.

Sólo el rostro del kan Kubilai no empalideció. Se tornó de un asesino color marrón y empezó a contorsionarse mientras formaba palabras de condena y de mando. Ahora me doy cuenta de que si las hubiese pronunciado no las habría retirado nunca y nada habría mitigado mi enorme ofensa ni moderado la sentencia, y los guardias me habrían echado mano y me habrían entregado al acariciador y mi especial ejecución se habría hecho legendaria para siempre en Kitai. Pero el rostro de Kubilai continuó trabajando, pues era evidente que descartaba una retahila de palabras por demasiado suaves y la sustituía por

otras y por otras más condenatorias y esto me dio tiempo para acabar de expresar mi pensamiento.

—Sin embargo, excelencia, cuando truena, el ilkan Kaidu invoca vuestro nombre para protegerse de la ira del cielo. Lo hace silenciosamente, para sí, pero he leído vuestro nombre en sus labios, excelencia, y sus propios guerreros me confiaron este hecho. Si lo dudáis, excelencia, podéis preguntar a los dos guardias personales de Kaidu que nos dio como escolta, los guerreros Ussu y Donduk…

Mi voz se perdió en el terrible silencio que reinaba todavía en la sala. Pude oír el sonido de gotitas de kumis o de putao o de cualquier otro líquido cayendo, plinc, plunc, de un morro de serpiente a una vasija de león. En este silencio privado de respiración, monumental, Kubilai continuó empalándome con sus negros ojos, pero su rostro dejó

lentamente de contorsionarse y quedó inmóvil como una piedra, y el color violento refluyó lentamente de él y al final dijo, con un murmullo, pero que todos los presentes pudieron oír:

—Kaidu invoca mi nombre cuando está asustado. Por el gran dios Tengri, esta simple observación tiene para mí más valor que los seis tomanes de mis mejores, más fuertes y más leales caballeros.

3

Al día siguiente me desperté por la tarde en una cama de las habitaciones de mi padre con un dolor tal de cabeza que casi hubiese preferido que me la cortara el acariciador. Lo último que recordaba claramente del banquete era el bramido que el gran kan lanzó

al wang Chingkim:

—¡Ocúpate de este joven Polo! Asígnale habitaciones separadas para él solo. ¡Y

sirvientes de veintidós quilates!

Esto me pareció bien, pero no era muy lógico que me diera sirvientes inmóviles de metal, aunque fueran de oro casi puro, y supuse por lo tanto que Kubilai en aquel momento estaba tan borracho como yo o como Chingkim o como todos los demás. Sin embargo cuando las dos criadas de mi padre nos hubieron ayudado a levantarnos, a bañarnos y a vestirnos y nos hubieron traído una poción para despejar la cabeza, una bebida picante y aromática pero tan cargada de maotai que no conseguí tragármela, llegó de visita Chingkim, y las criadas de mi padre se postraron ante él haciendo koutou. El wang, que tenía más o menos el mismo aspecto que yo, apartó suavemente con el pie los dos cuerpos postrados y me dijo que estaba allí para llevarme como le habían ordenado a la nueva estancia preparada para mí.

Mientras nos dirigimos a otra puerta del mismo vestíbulo al cual daban las habitaciones de mi padre y de mi tío, di las gracias a Chingkim por su cortesía y añadí tratando de mostrarme cortés incluso con un pequeño funcionario asignado a mi servicio:

—No entiendo por qué el gran kan quiso que os ocuparais de mí. Al fin y al cabo sois el wang de la ciudad, es decir, un funcionario de alguna importancia. Sin duda los invitados del palacio deberían estar a cargo de un mayordomo, y este palacio tiene tantos mayordomos como pulgas un budista.

Chingkim rió, un instante solamente para que no le vibrara la cabeza, y dijo:

—No me importa cumplir de vez en cuando un encargo trivial. Mi padre piensa que un hombre para aprender a mandar a los demás debe aprender primero a obedecer la

más mínima orden.

—Vuestro padre al parecer propende tanto hacia los sabios proverbios como el mío —le dije con tono simpático —. ¿Quién es vuestro padre, Chingkim?

—La persona que me dio la orden. El gran kan Kubilai.

—¡Oh! —dije, mientras él con una inclinación me hacía cruzar la puerta de mis nuevos aposentos —. ¿Uno de los bastardos, no?

Pregunté despreocupadamente, como podría haber hablado al hijo de un dogo o de un Papa, de noble cuna, pero por el lado equivocado de las sábanas. Me había quedado mirando con interés la puerta, porque no era rectangular, al estilo occidental ni apuntada formando un arco al estilo musulmán. Esta puerta y las que separaban mis varias habitaciones recibían diversos nombres como Puerta de la Luna, Puerta del Laúd o Puerta del Jarrón, porque las aberturas tenían contornos que seguían los perfiles de estos objetos.

—Es un apartamento suntuoso —comenté.

Chingkim me estaba contemplando con la misma apreciación que yo concedía a los lujosos elementos de la suite. Dijo sin alzar la voz:

—Marco Polo, tenéis un modo especial de dirigiros a vuestros mayores.

—Oh, vos no sois mucho mayor que yo, Chingkim. Qué bonito: estas ventanas dan a un jardín.

Desde luego yo no me estaba expresando con mucha claridad, pero como ya he dicho tampoco mi cabeza estaba en su mejor momento. Además en el banquete Chingkim no se había sentado en la mesa de cabecera, con los hijos legítimos de Kubilai. Esto me hizo pensar en un detalle.

—Creo que ninguna de las concubinas del gran kan tenía suficiente edad para ser vuestra madre, Chingkim. ¿Cuál de las mujeres de ayer noche era vuestra madre?

—La que estaba sentada más cerca del gran kan. Su nombre es Yamui. No le hice mucho caso, porque mi atención estaba ocupada admirando mi dormitorio. La cama era maravillosamente muelle y tenía una almohada para mí al estilo occidental. Tenía también, al parecer por si invitaba a mi cama a alguna de las damas de la corte, una almohada al estilo han, una especie de pedestal bajo de porcelana, moldeado en forma de una mujer reclinada, que permitía sostener el cuello de una dama sin desordenar su peinado.

Chingkim continuó charlando distraídamente:

—Los hijos de Kubilai que estaban sentados con él anoche eran wangs de provincias y ortoks de ejércitos, o tenían cargos de este tipo.

Para llamar a mis sirvientes había un gong de bronce de una circunferencia tan grande como la rueda de un carro de Kashgar. Pero tenía la forma de un pez de cabeza grande y redonda, compuesto principalmente por una gran boca; su cuerpo se reducía a un muñón de bronce, situado detrás de la gran abertura para aumentar la resonancia.

—Fui nombrado wang de Kanbalik —continuó charlando Chingkim —, porque a Kubilai le gusta tenerme cerca. Y me hizo sentar en vuestra mesa para honrar a vuestro padre y a vuestro tío.

Yo estaba examinando una lámpara realmente maravillosa en mi sala principal. Tenía dos pantallas cilíndricas de papel, una dentro de la otra, ambas provistas con hojas de papel en el interior de sus circunferencias, de modo que por algún sistema el calor de la llama de la lámpara hacía girar lentamente las dos pantallas en direcciones opuestas. Las pantallas tenían pintado un conjunto de puntos y líneas, y eran traslúcidas, de modo que su movimiento y la luz del interior hacían que las pinturas se resolvieran intermiten-temente en una imagen reconocible, y esta imagen se movía. Vi más tarde otras lámparas y linternas de este tipo con escenas diferentes, pero la mía mostraba una y otra vez a una muía levantando los cascos, dando una patada a un hombrecito en el trasero y enviándolo por los aires. Quedé extasiado.

—No soy el hijo mayor de Kubilai, pero soy el único hijo nacido de su esposa principal, la Katun Yamui. O sea que soy el príncipe heredero del kanato y sucesor del trono y del

título de mi padre.

En aquel momento yo estaba ya de rodillas, intentando descubrir la composición de una alfombra extraña muy plana, de color pálido. Después de un examen atento decidí que estaba confeccionada con largas tiras de marfil delgadísimo, entretejidas, y nunca había visto ni oído hablar de una obra de artesanía tan maravillosa como el marfil tejido. Puesto que ya estaba arrodillado cuando las palabras de Chingkim penetraron por fin en mi mente catastróficamente turbia, no me costó deslizarme hacia el suelo hasta quedar postrado y hacer koutou a los pies del siguiente kan de todos los kanes del Imperio mongol, a quien unos momentos antes había llamado bastardo.

—Alteza Real… —empecé a decir pidiendo perdón desde la alfombra de marfil tejido donde había apretado mi dolorida y ahora sudorosa frente.

—Oh, levantaos —dijo el príncipe heredero afablemente —continuemos tratándonos como Marco y Chingkim. Ya habrá tiempo.. suficiente para los títulos cuando mi padre muera, y confío que eso tardará muchos años en producirse. Levantaos y

saludad a vuestras nuevas criadas, Biliktu y Buyantu. Buenas chicas mongoles a quienes seleccioné personalmente para vos.

Las chicas hicieron cuatro veces koutou a Chingkim y luego cuatro veces a los dos y luego cuatro veces a mí solo. Yo murmuré:

—Pensaba que me darían estatuas.

—¿Estatuas? —repitió Chingkim —. Ah, claro. Veintidós quilates: son estas chicas. Este sistema de clasificación es un invento de mi padre. Si queréis pedir que me traigan una copa de poción para despejar la cabeza, nos sentaremos y os explicaré el sistema de los quilates.

Di la orden y pedí cha para mí, y las dos chicas salieron de la habitación inclinándose y andando hacia atrás. Sus nombres y lo poco que había visto de sus caras me hicieron pensar que Buyantu y Biliktu eran hermanas. Tenían más o menos mi edad, y eran mucho más guapas que las demás mujeres mongoles que había visto hasta el momento, desde luego mucho más hermosas que las mujeres de mediana edad asignadas a mi padre y a mi tío. Cuando volvieron con nuestras bebidas, y Chingkim y yo nos sentamos en unos bancos encarados, y las doncellas trajeron abanicos para abanicarnos, pude ver que eran mellizas, idénticas en belleza, y que llevaban vestidos iguales. Pensé que debía pedirles que vistieran diferente, para poder distinguir a una de la otra. ¿Y cuando estuviesen desnudas? También este pensamiento me vino de modo natural, pero lo aparté de mi mente para escuchar al príncipe, quien después de beber un buen trago de su copa empezó de nuevo a hablar.

—Mi padre, como ya sabéis, tiene cuatro esposas. Cada una de ellas le recibe en su yurtu separado y personal, pero…

—¡El yurtu de ella! —le interrumpí.

Él se echó a reír.

—Así le llaman, aunque ningún mongol normal lo reconocería. Habéis de saber que en los viejos tiempos nómadas, un señor mongol tenía a sus esposas repartidas por su territorio, cada una en su yurtu personal, para que cuando él recorriera ese territorio no tuviera que soportar una noche sin esposa. Ahora el llamado yurtu de cada esposa es un espléndido palacio situado dentro de estos jardines, y además es un lugar muy poblado, más parecido a un bok que a un yurtu. Cuatro esposas, cuatro palacios. Mi madre sola dispone de un personal permanente de más de trescientas damas de compañía, ayudantes, médicos, criadas, peluqueras, esclavas, señoras de la guardarropía, astrólogos… Pero creo que empecé hablando de los quilates. Paró un momento para tocarse delicadamente la cabeza con una mano y tomó otro sorbo de su copa antes de continuar:

—Creo que a mi padre a su edad actual le bastarían cuatro esposas en rotación,

aunque sean cuatro esposas bien trabajadas que están entrando ya en años. Pero todas sus tierras vasallas, hasta la lejana Polonia y la Aryana de la India, deben cumplir con la vieja costumbre de enviarle cada año sus mejores doncellas recién llegadas a la edad núbil. Es imposible que las tome a todas como concubinas, o incluso como criadas, pero tampoco puede decepcionar a sus vasallos rechazando de entrada sus regalos, y actualmente ha conseguido por lo menos reducir estas cosechas anuales de chicas a un número más aceptable.

Chingkim vació su copa y la pasó sin mirar por encima de su hombro donde la tomó

Biliktu —o Buyantu —quien desapareció rápidamente.

—Cada año —continuó diciendo —, cuando se entregan las doncellas a los varios ilkanes y wangs de los diversos países y provincias estos hombres examinan a las chicas y las ensayan como si fueran lingotes de oro. Según la calidad de los rasgos faciales de las doncellas, las proporciones y color de su cuerpo, su cabello, su voz, la gracia de sus pasos, etcétera, se le asigna el valor de catorce quilates, o de dieciséis o de dieciocho, según los casos, y así subiendo por la escala. Sólo se envían a Kanbalik a las que superan los dieciséis quilates, y sólo a quienes tras su ensayo demuestran poseer la finura del oro puro y sin mezcla; con veinticuatro quilates tienen alguna esperanza de acercarse al gran kan.

Chingkim no pudo oír la silenciosa llegada de mi doncella, pero levantó la mano y ella llegó a tiempo de poner en sus dedos la copa otra vez llena. Esto no pareció

sorprenderle, como si supiera con toda naturalidad que la copa tenía que estar allí. Bebió

un trago y continuó diciendo:

—Incluso este número bastante reducido de doncellas de veinticuatro quilates ha de vivir primero un tiempo con mujeres mayores en el palacio. Estas mujeres las inspeccionan más a fondo todavía, especialmente en relación a su comportamiento nocturno. ¿Roncan las chicas cuando duermen, o se mueven inquietas en la cama?

¿Tienen los ojos brillantes y el aliento dulce cuando se despiertan por la mañana? Luego mi padre sigue las recomendaciones de las mujeres de edad, toma a unas cuantas chicas como concubinas para el año siguiente y toma a otras como criadas. El resto lo distribuye según su graduación en quilates a sus señores, ministros y favoritos de corte, de acuerdo con su rango. Tenéis que felicitaros, Marco, de que repentinamente vuestro rango sea tan alto que merezcáis dos vírgenes de veintidós quilates. Hizo una pausa y se echó a reír de nuevo:

—No sé exactamente a qué se debe esto, si no es a la propensión que tenéis de insultar a vuestros superiores llamándolos kalmukos y bastardos. Confío en que los demás cortesanos no se pondrán a imitar vuestro modo de hablar esperando emular

así vuestra subida a una posición de favor.

Yo carraspeé y dije:

—Habéis señalado que las chicas provienen de todos los países. ¿Teníais algún motivo especial para escoger a unas mongoles en mi caso?

—He seguido de nuevo las indicaciones de mi padre. Vos habláis ya muy bien nuestra lengua, pero él quiere que alcancéis un dominio impecable. Y es sabido que las conversaciones de almohada son el sistema mejor y más rápido para aprender un idioma. ¿Por qué lo preguntáis? ¿Habríais preferido otra raza de mujer?

—No, no —me apresuré a decir —. Las mongoles son una raza de mujer que todavía no he tenido oportunidad de… bueno, de ensayar. La experiencia me interesa. Me siento honrado, Chingkim.

Él se encogió de hombros.

—Son de veintidós quilates. Casi perfectas. —Tomó un nuevo sorbo de su bebida y luego

se inclinó hacia mí y me dijo seriamente, en farsi para que las chicas no pudiesen enterarse —. Hay muchos señores aquí, Marco, y de más edad, y de rango muy alto, que no han recibido todavía una consideración de parte del kan Kubilai superior a los dieciséis quilates. Os sugiero que lo recordéis. Cualquier comunidad palaciega es un hormiguero infestado de intrigas, planes y conspiraciones, incluso al nivel de pajes y pinches de cocina. A muchos de esta corte les dolerá que un joven como vos no quede relegado a este nivel subterráneo de los pajes y los pinches. Sois un recién llegado y un ferenghi, lo cual bastaría para haceros sospechoso, pero ahora se os ha ascendido de modo repentino e incomprensible. De la noche a la mañana os habéis convertido en un intruso, en un blanco de la envidia y el despecho. Creedme, Marco. Nadie más os haría esta amistosa advertencia, pero yo sí os la hago, porque soy el único que puede. Yo, el segundo después de mi padre, soy la única persona en todo el kanato que no necesita temer su posición ni estar celoso de ella. Todos los demás, sí, y por lo tanto han de consideraros una amenaza. Estad siempre alerta.

—Os creo, Chingkim y os doy las gracias. ¿Podéis sugerirme algún sistema para que no resulte un blanco tan claro?

—Un jinete mongol evita cabalgar siguiendo el perfil de las colinas, y se mantiene siempre algo por debajo de la cresta.

Me quedé sentado considerando aquel consejo. Justamente entonces se oyó un ruido raspeante en la puerta de la sala, y una de las doncellas se deslizó hacia allí para contestar. Me sentía incapaz de determinar exactamente la manera de mantenerme fuera del perfil y continuar siendo un residente de palacio, a no ser, quizá, que me

moviera por allí en una postura permanente de koutou. La doncella volvió a entrar en la habitación.

—Señor Marco, es un visitante que dice llamarse Sindbad, y que pide urgentemente audiencia.

—¿Qué? —pregunté, preocupado por los perfiles —. No conozco a nadie que se llame Sindbad.

Chingkim me miró y arqueó las cejas, como diciendo: «¿Han llegado ya los enemigos?»

Entonces sacudí la cabeza, ésta se puso a funcionar de nuevo, y dije:

—Ah, claro, le conozco. Decidle que entre.

Así lo hizo, y el personaje se precipitó hacia mí, con aspecto desesperado, retorciéndose las manos, con los ojos y su orificio central terriblemente dilatados. Sin hacer koutou ni decir salaam, gimió en farsi:

—Por los siete viajes de mi tocayo, señor Marco, ¡este palacio es un lugar terrible!

Levanté la mano para impedir que soltara indiscreciones como había hecho yo varias veces en poco tiempo, y me dirigí a Chingkim en el mismo idioma:

—Permitid, alteza real, que os presente a mi esclavo Narices.

—¿Narices? —murmuró Chingkim perplejo.

Narices comprendió mi indicación, hizo un perfecto koutou al príncipe, luego a mí, y dijo sumisamente:

—Amo Marco, quisiera pediros un favor.

—Puedes hablar delante del príncipe. Es un amigo. ¿Pero por qué te paseas por el palacio con un nombre fingido?

—Os he buscado por todas partes, mi amo. He utilizado todos mis nombres, uno diferente con cada persona a quien he hablado: pensé que esto era lo prudente, pues temo por mi vida.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Nada, mi amo. ¡Lo juro! Me he portado tan bien desde hace tanto tiempo que el infierno rabia de impaciencia. Soy tan puro como un cordero recién parido. Pero igual lo eran Ussu y Donduk. Os suplico, maestro, que me rescatéis de esta pocilga llamada

cuerpo de guardia. Permitid que me aloje en vuestros aposentos. No os pido ni un jergón. Me echaré en vuestro quicio como un perro guardián. En nombre de todas las ocasiones en que os salvé la vida, amo Marco, salvad ahora la mía.

—¿Qué dices? No recuerdo que me salvaras nunca la vida.

Chingkim puso cara divertida, y Narices de confusión.

—¿No? Quizás salvé a algún otro amo. Bueno, si no lo hice, fue únicamente por falta de oportunidades. Sin embargo, para cuando llegue el temido momento es mejor que me tengáis cerca y…

Yole interrumpí:

—¿Qué ha pasado con Ussu y Donduk?

—Esto es lo que me aterroriza, mi amo. El terrible destino de Ussu y Donduk. Ellos no hicieron nada malo, ¿verdad? Sólo nos escoltaron desde Kashgar hasta aquí, ¿no es cierto? y cumplieron perfectamente con su deber. —Sin esperar respuesta, continuó

barboteando —. Esta mañana llegó un escuadrón de guardias, esposó a Donduk y se lo llevó. Ussu y yo convencidos de que había algún terrible error de por medio, preguntamos por los cuarteles y nos dijeron que estaban interrogando a Donduk. Tras unos momentos de preocupación volvimos a preguntar, y nos dijeron que Donduk había respondido satisfactoriamente a las preguntas, y que por lo tanto lo estaban enterrando.

—Amoredéi! —grité —. ¿Está muerto?

—Confío que sí, mi amo, de lo contrario se habría cometido una equivocación todavía más terrible. Luego, mi amo, al cabo de un rato llegaron otra vez los guardias, esposaron a Ussu y se lo llevaron. Tras otro rato de agonía, pregunté de nuevo sobre el destino de los dos y me dijeron bruscamente que no intentara informarme más sobre cuestiones de tortura. Se habían llevado a Donduk, lo habían matado y lo habían enterrado, y se habían llevado también a Ussu, ¿quién quedaba entonces por torturar si no yo? O sea que huí de los cuarteles, me puse a buscaros y…

—Calla —le dije, mientras dirigía una mirada de interrogación a Chingkim, quien explicó:

—Mi padre tiene mucho interés en saber todo lo posible sobre su primo Kaidu, el primo eternamente inquieto. Vos le indicasteis la otra noche que vuestros escoltas eran miembros de la guardia personal de Kaidu. Sin duda mi padre supone que están bien informados sobre su amo… sobre una posible insurrección planeada por Kaidu. —Se detuvo un momento, miró su copa y dijo —: El encargado de los interrogatorios

es el acariciador.

—¿El acariciador? —murmuró Narices, con perplejidad.

Reflexioné un rato, lo que me provocó el consiguiente dolor de cabeza, y luego le dije a Chingkim:

—No sería muy correcto que me interfiriera en asuntos de mongoles que sólo afectan a mongoles. Pero en cierta medida me siento responsable…

Chingkim apuró su copa y se puso en pie.

—Vayamos a ver al acariciador.

Hubiese preferido con mucho quedarme en mis nuevas habitaciones todo el día, cuidar de mi cabeza y conocer a las mellizas Buyantu y Biliktu, pero me levanté, y Narices nos acompañó.

Andamos mucho a través de pasillos cerrados y de zonas abiertas y de más pasillos. Luego bajamos unas escaleras hasta un lugar subterráneo en donde recorrimos largos talleres llenos de artesanos muy ocupados, almacenes de provisiones, leñeras y bodegas. Llegamos a una serie de habitaciones, alumbradas con antorchas pero vacías, cuyas

paredes de roca estaban húmedas y viscosas y moteadas de hongos, y Chingkim se detuvo para decir en voz baja a Narices, aunque sin duda el consejo iba también dirigido a mí:

—No vuelvas a utilizar la palabra tortura, esclavo. El acariciador es una persona sensible. Estos términos bastos no le gustan, y le ofenden. Aunque una cuestión de importancia le obligue a arrancar los ojos a una persona y a ponerle carbones encendidos en las órbitas, aquello no es nunca una tortura. Llamémoslo interrogatorio, llamémoslo caricias, llamémoslo cosquillas, lo que te apetezca menos tortura, porque si algún día el acariciador tiene que acariciarte es mejor que no recuerde el poco respeto que mostraste por su profesión.

Narices se limitó a tragar saliva ruidosamente, pero yo dije:

—Comprendo. En los calabozos cristianos el sistema se denomina formalmente ejército del interrogatorio extraordinario.

Chingkim nos llevó finalmente a una habitación que podría haber sido el despacho del contable de un próspero establecimiento comercial, a no ser por la luz de las antorchas y por las viscosas paredes de roca. Estaba llena de pupitres de contable con escribanos activamente ocupados en libros de mayor, documentos y las pequeñas rutinas de toda institución bien administrada. Quizá estábamos en un matadero

humano, pero era un matadero ordenado.

—El acariciador y todo su personal son han —me dijo aparte Chingkim —. Realizan este trabajo mucho mejor que nosotros.

Estaba claro que ni el príncipe heredero solicitaba entrar directamente en los dominios del acariciador. Los tres esperamos hasta que un secretario han, el jefe de todos aquellos escribanos, un hombre alto y austeramente privado de expresión se dignó acercarse a nosotros. Él y el príncipe hablaron un rato en idioma han, y luego Chingkim me lo tradujo:

—El hombre llamado Donduk fue interrogado en primer lugar, y adecuadamente, pero se negó a revelar nada de lo que sabía sobre su amo Kaidu. Se le interrogó entonces extraordinariamente, como decís vos, hasta los mismos límites del ingenio del acariciador. Pero se resistió tozudamente y por lo tanto, como señalan las órdenes permanentes de mi padre para estos casos, se le entregó a la Muerte de un Millar. Luego trajeron al sujeto Ussu. También se ha resistido al interrogatorio y al interrogatorio extraordinario y se le aplicará también la Muerte de un Millar. La merecen los dos, desde luego, porque son traidores a su jefe supremo, mi padre. Pero… —añadió con cierto orgullo —son leales a su ilkan, y son testarudos y valientes. Auténticos mongoles.

—¿Por favor, qué es la Muerte de un Millar? —le pregunté —. ¿Un millar de qué?

Chingkim dijo también en voz baja:

—Marco, llamadlo la muerte de un millar de caricias, de un millar de crueldades, de un millar de ternuras, ¿qué importa? Basta con un millar de lo que sea para que una persona muera. El nombre significa únicamente una muerte muy prolongada. Era evidente que quería que yo dejara de lado aquel asunto, pero insistí. Le dije:

—Nunca sentí ningún afecto por Donduk. En cambio Ussu fue para mí un compañero más simpático durante aquel largo camino. Me gustaría saber cómo finaliza su largo camino.

Chingkim dejó traslucir una expresión de disgusto, pero volvió a hablar de nuevo con el secretario. El hombre hizo un gesto de sorpresa y de duda, pero salió de la habitación por una puerta tachonada de hierro.

—Sólo mi padre o yo podemos hacer una cosa así —murmuró Chingkim —. E incluso yo debo ofrecer al acariciador cumplidas felicitaciones y abyectas excusas por interrumpirle en pleno trabajo.

Yo esperaba que el secretario jefe traería a un bruto monstruoso y velludo, ancho de hombros, con los brazos fornidos, las cejas espesas, vestido de negro como el carnicero de Venecia o todo de rojo infierno como el verdugo del Daiwan de Bagdad.

Pero si el secretario jefe era el modelo mismo del secretario, el hombre que volvió con él era la esencia mismo de la profesión de secretario. Tenía el cabello gris, era pálido y frágil, de maneras nerviosas e inquietas, e iba vestido muy elegante con ropa de color malva. Atravesó la habitación delicadamente con pasitos precisos y a pesar de su diminuta nariz han nos miró bastante de haut en has. Era un hombre nacido para oficinista, y yo pensé que no podía ser otra cosa. Pero habló en mongol y dijo:

—Soy Ping, el acariciador. ¿Qué deseáis de mí?

Su voz era seca, con la indignación apenas controlada y poco disimulada que es el lenguaje natural de un secretario interrumpido en su trabajo de oficina.

—Soy Chingkim, el príncipe heredero. Me gustaría, maestro Ping, que explicarais a este honorable invitado mío, cómo se aplica la Muerte de un Millar. Aquel ser sorbió aire por la nariz oficinescamente.

—No estoy acostumbrado a peticiones de naturaleza tan poco delicada, y no las satisfago. Además aquí los únicos invitados honorables son los míos. Quizá Chingkim sentía un respeto reverencial por el cargo del acariciador, pero también él tenía un título, el de príncipe. Además él era mongol y le estaba ofendiendo un simple han. Irguió rígidamente su figura y ladró:

—¡Vos sois un funcionario público y nosotros somos el público! Vos sois un funcionario civil y os mostraréis civilizado. Soy vuestro Príncipe y habéis descuidado arrogantemente hacer koutou. ¡Hacedlo inmediatamente!

El acariciador Ping retrocedió como si le hubiesen arrojado uno de sus carbones ardientes, se echó obediente al suelo e hizo koutou Los demás escribanos miraron pasmados desde sus pupitres oficinescos un espectáculo que quizá ocurría por primera vez. Chingkim se quedó mirando irritado al hombre postrado durante unos momentos antes de ordenarle que se levantara. Cuando lo hizo, Ping se volvió de repente todo conciliación y solicitud, como sucede con los hombres de despacho cuando alguien tiene la temeridad de alzarles la voz. Se dirigió a Chingkim en tono meloso y se manifestó dispuesto, ávido incluso de satisfacer hasta los últimos caprichos del príncipe. Chingkim dijo malhumorado:

—Basta con que contéis al señor Marco, aquí presente, cómo se administra la Muerte de un Millar.

—Con mucho placer —dijo el acariciador.

Se volvió hacia mí con la misma benigna sonrisa que había dedicado a Chingkim y me habló con la misma voz afectada, pero sus ojos me miraron fríos y malévolos como los de una serpiente.

—Señor Marco —empezó diciendo.

En realidad dijo Mage, al modo han, pero acabé acostumbrándome a no oír las erres cuando un han hablaba, por lo que no voy a insistir sobre ello.

—Señor Marco, se llama la Muerte de un Millar porque exige un millar de pequeñas piezas de papel de seda, dobladas y tiradas al azar en un cesto. Cada papel lleva una palabra o dos, no más de tres, indicando alguna parte del cuerpo humano. Ombligo o codo derecho o labio superior o dedo medio del pie izquierdo o lo que sea. Como es lógico, el cuerpo humano no tiene mil partes, o por lo menos no tiene mil partes capaces de experimentar sensaciones, como la punta de un dedo, o partes cuya función pueda cesar, como un riñón. Para ser precisos, según el cómputo tradicional del acariciador sólo hay trescientas treinta y seis partes de este tipo. O sea que casi todos los papeles inscritos lo están en triplicado. Es decir, que trescientas treinta y dos partes del cuerpo

están escritas tres veces en papeles distintos, sumando novecientos noventa y seis papeles. ¿Me seguís, señor Marco?

—Sí, maestro Ping.

—Habréis observado, pues, que hay cuatro partes del cuerpo que no están inscritas por triplicado en los papeles. Estas cuatro partes están escritas sólo una vez en los cuatro papeles que faltan para llegar al millar. Os lo voy a explicar más tarde, si no lo adivináis luego vos mismo. Muy bien, tenemos un millar de papelitos inscritos y doblados. Cada vez que un hombre o una mujer es sentenciado a la Muerte de un Millar, antes de comenzar mis atenciones al sujeto, ordeno a mis ayudantes que mezclen, remuevan y desordenen estos papeles en el cesto. Lo hago principalmente para reducir la probabilidad de que haya repeticiones en las caricias, lo cual perjudicaría innecesariamente al sujeto y resultaría aburrido para mí.

Pensé que en el fondo de su corazón era un oficinista auténtico, con sus recuentos puntillosos y el nombre de sujeto que aplicaba a sus víctimas y su altanera condescendencia hacia el interés que yo demostraba por el tema. Pero no cometí el error de decírselo, sino que respetuosamente comenté:

—Excusad, maestro Ping. Pero ¿qué tiene que ver con la muerte todo esto: escribir papeles, doblarlos y mezclarlos?

—¿La muerte? ¡No tiene nada que ver con la muerte!. —dijo secamente, como si yo hubiese hablado de algo sin importancia. Miró brevemente de reojo al príncipe Chingkim con expresión taimada y dijo —: Cualquier bárbaro chapucero puede matar a un sujeto. Pero para conducir, guiar, instruir, halagar ingeniosamente a un hombre o a una mujer a través de su agonía, ¡ah!, para esto se necesita un acariciador.

—Entiendo —dije —. Continuad, por favor.

—Después de purgar al sujeto y de hacerle evacuar para que no se produzcan

accidentes desagradables, se le ata y se le deja erguido entre dos postes, de modo seguro, pero no incómodo, para que yo pueda aplicar las caricias a su parte frontal, posterior o lateral, según convenga. Mi banco de trabajo tiene trescientos treinta y seis compartimientos, cada uno de ellos pulcramente etiquetado con el nombre de una parte del cuerpo, y en cada uno descansan uno o varios instrumentos exquisitamente diseñados para utilizarlos en esta parte. Según que el lugar del cuerpo correspondiente sea de carne o de tendón, o de músculo, o de membrana, de saco o de cartílago, los instrumentos pueden ser cuchillos de determinadas formas, o leznas, sondas, agujas, pinzas, raspadores. Los instrumentos están siempre afilados y bruñidos, y mis ayudantes están preparados: los secadores de fluidos y los recuperadores de piezas. Comienzo efectuando las tradicionales meditaciones del acariciador. Con ellas me pongo a tono no sólo con los temores del sujeto, que normalmente son manifiestos, sino también con las aprensiones más interiores y con los niveles más profundos de respuesta. El acariciador ingenioso es una persona que puede sentir casi las mismas sensaciones que su sujeto. Según la leyenda, el más perfecto de todos los acariciadores fue hace mucho tiempo una mujer; podía ponerse a tono de modo tan perfecto con el sujeto que gritaba y se retorcía auténticamente y lloraba al unísono con él, e incluso pedía compasión para su misma persona.

—Hablando de mujeres… —dijo Narices, que había permanecido todo el rato detrás mío, casi apretado contra mí para hacerse invisible. Pero su constante y lasciva curiosidad debió de superar sus temores. Habló en farsi al príncipe —. Las mujeres y los hombres son diferentes, príncipe Chingkim. Ya sabéis… distintas partes del cuerpo… unas por aquí, otras por allí. ¿Cómo resuelven estas diferencias las etiquetas y los instrumentos del maestro acariciador?

El acariciador retrocedió un paso y dijo:

—¿Quién… quién es… éste? —con un tono de delicada repulsión como si hubiese pisado un cagajón en la calle y el objeto hubiese tenido la desfachatez de protestar en voz alta.

—Perdonad la impertinencia del esclavo, maestro Ping —dijo con suavidad Chingkim —. Pero la pregunta también se me había ocurrido a mí.

Y la repitió en mongol.

El verdugo suspiró de nuevo oficinescamente.

—Las diferencias entre hombre y mujer en relación a las caricias son puramente superficiales. Si el papel doblado dice «joya roja» se refiere al órgano genital delantero, del cual el varón tiene un representante grande, y la hembra uno pequeño. Si el papel reza «glándula de jade», derecha o izquierda, se refiere al testículo del hombre o la gónada interna de la mujer. Si reza «valle profundo», indica literalmente el útero de la mujer, pero en el caso del hombre puede referirse a su glándula almendrada interna, el llamado tercer testículo.

Narices lanzó involuntariamente un «¡ooh!» de dolor. El acariciador le fulminó con la mirada.

—¿Puedo continuar, ahora? Después de mi meditación, el proceso es el siguiente. Escojo un papel del cesto, al azar, y lo desdoblo, y me indica la parte del sujeto destinada a la primera caricia. Supongamos que dice meñique izquierdo. ¿Me aproximo yo al sujeto, como lo haría un carnicero y le sierro el meñique? No. ¿Además, qué haría si saliera más tarde el papel idéntico? Por todo esto quizá en la primera ocasión me limite a introducir profundamente una aguja debajo de la uña de ese dedo. En la segunda ocasión quizá corte el dedo hasta el hueso en toda su longitud. Sólo en el caso de salir el papel por tercera vez amputaría totalmente el dedo. Como es natural el segundo papel que escoja me llevará a una parte diferente del sujeto, a otra extremidad, o a la nariz, o quizá a la glándula de jade. Sin embargo teniendo en cuenta el triplicado de los papeles y el carácter aleatorio de la elección, puede suceder en ocasiones que la misma parte salga dos veces seguidas, pero esto, tan aburrido, no es frecuente. Y en toda mi carrera sólo en una ocasión tres papeles seguidos señalaban exactamente la misma parte del cuerpo del sujeto. Esto no pasa en general, y aquella fue una ocasión memorable. Más tarde pedí al matemático Linan que me calculara la rareza de aquella coincidencia. Según dijo era una posibilidad entre tres millones. Pasó hace años. Era su pezón izquierdo…

Parecía como si su mente derivara hacia la beatífica contemplación de aquel tiempo pasado. Pero al cabo de un momento volvió de repente a nosotros.

—Quizá empecéis a entender la pericia exigida en las caricias. Uno no se limita a correr de un lado a otro sacando papeles y luego cortando trozos del individuo. No, yo actúo con más calma, con mucha calma entre una operación y la siguiente, porque el sujeto debe disponer de todo el tiempo necesario para apreciar cada uno de los distintos dolores. Y su naturaleza ha de variar, ahora una incisión, luego una punción, después un raspado, una quemadura, una trituración. Además las heridas han de variar en intensidad, para que el sujeto no sólo experimente una agonía general, sino una multitud de dolores separados que pueda diferenciar y localizar. Aquí, arrancar lentamente una muela superior y clavar un clavo en el lugar que ocupaba hincándolo hasta el seno frontal. Allí romper y aplastar la articulación de un codo con un ingenioso tornillo lento que inventé. Más allá insertar por el canal interior de la joya roja del hombre una sonda de metal al rojo vivo, o aplicarla delicada y repetidamente al tierno bulbito situado en la abertura de la joya roja de ella. Y quizá entre ambas operaciones desollar la piel del pecho y dejarla colgando como un delantal.

Yo tragué saliva y pregunté:

—¿Cuánto tiempo dura esto, maestro Ping?

Él se encogió remilgadamente de hombros.

—Hasta que el sujeto perezca. Al fin y al cabo se llama la Muerte de un Millar. Pero

hasta ahora nadie ha muerto de morir, si me explico. Éste es mi mayor arte; prolongar esta muerte y aumentar su atroz dolor. Para decirlo de otro modo: nadie ha muerto de puro dolor. Incluso a mí me asombra a veces la cantidad de dolor que puede resistirse y el tiempo que dura. Además antes de convertirme en acariciador era médico, por lo que nunca causo inadvertidamente una herida mortal, y sé impedir que un sujeto muera prematuramente por pérdida de sangre o por un shock a su constitución. Mis ayudantes secadores saben cortar las hemorragias y si tengo que puncionar un órgano delicado como la vejiga en las primeras fases de la caricia, mis recuperadores saben sustituir los tapones que he sacado.

—Para decirlo, entonces, de otro modo —le pregunté imitando sus propias palabras —.

¿Cuánto tiempo transcurre hasta que el sujeto fallece a causa de estas atenciones?

—Depende principalmente del azar. Depende de los papeles doblados y del orden en que el azar pone estos papeles en mis manos. ¿Creéis en algún dios o en dioses, señor Marco? Entonces hay que suponer que los dioses regulan la probabilidad de que salgan los papeles de acuerdo con la magnitud del crimen del sujeto y la severidad del castigo que merece. El azar, o los dioses, pueden guiar mi mano en cualquier momento hacia uno de los cuatro papeles que he citado anteriormente.

El acariciador arqueó las cejas y yo asentí con la cabeza y dije:

—Creo que sé de qué se trata. Sin duda hay cuatro partes vitales del cuerpo en las cuales una herida causaría una muerte rápida en lugar de una lenta agonía. Él exclamó:

—¡El tinte de añil es más azul que la planta de añil! O lo que es lo mismo: el alumno supera al maestro. —Me sonrió sin desplegar los labios —. Sois un buen estudiante, señor Marco. Seríais un buen… —Como es lógico yo esperaba que dijera acariciador. Pero yo no tenía ningún deseo de ser acariciador, ni bueno ni malo. Me gratificó, pues, perversamente que dijera —: un buen sujeto, porque todas vuestras aprensiones y percepciones se intensificarían gracias a vuestro íntimo conocimiento de las caricias. Sí, hay cuatro puntos, el corazón naturalmente, y también dos puntos de la columna dorsal y dos puntos del cerebro, donde la inserción de una hoja o de un punzón provoca la muerte instantáneamente, y por lo que parece, indoloramente. Por esto cada uno sólo está escrito en un papel, porque cuando uno de ellos llega a mis manos, la caricia ha finalizado. Yo recomiendo al sujeto que rece para que salga pronto. El sujeto siempre reza, al final en voz alta y a veces en voz muy alta, realmente. Parece como si el hecho de mantener esta esperanza, una esperanza desde luego mínima, cuatro casos favorables contra mil, añadiera un cierto refinamiento adicional a sus dolores de agonía.

—Excusad, maestro Ping —intervino Chingkim —, pero todavía no nos habéis dicho cuánto duran las caricias.

—Esto depende de nuevo, mi príncipe. Aparte de los factores incalculables de los dioses y del azar, la duración depende de mí. Si no hay más sujetos esperando su turno y yo no tengo prisa, puedo proceder con calma, y entre la selección de un papel y la del siguiente puede pasar una hora. Si dedico a ello una jornada laboral respetable de diez horas, por ejemplo, y si el azar dicta que debemos recorrer casi todos los mil papeles doblados, la Muerte de un Millar puede durar casi cien días.

—Dio me varda! —grité —. Pero dicen que Donduk ya está muerto. Y os lo entregaron esta mañana.

—Sí, ese mongol. Se fue con una deplorable rapidez. Su constitución se había deteriorado bastante con el interrogatorio preliminar. Pero no hay que preocuparse por esto, señor Marco, aunque os doy las gracias. El hecho no me ha afectado mucho.

Tengo ya a punto al otro mongol para acariciarlo. —Respiró de nuevo a fondo —. De hecho si hay algo de que preocuparse, ha sido la interrupción de mis medicaciones por causa vuestra.

Me dirigí a Chingkim y, hablando en farsi para que nadie nos entendiera, le pregunté:

—¿Vuestro padre decreta realmente estas… estas atroces torturas? ¿Y permite que las lleve a cabo este afectado gozador de los tormentos ajenos?

Narices, a mi lado, empezó a tirar de modo significativo y urgente de mi manga. El acariciador estaba al otro lado y yo no podía ver, como la veía Narices, la mirada penetrante de odio que me dirigió, atravesándome como con una de sus horribles sondas.

Chingkim intentó virilmente dominar la irritación que sentía contra mí. Dijo con los dientes apretados:

—Hermano mayor —éste era el tratamiento formal, aunque el mayor de los dos era él —. Hermano mayor Marco, la Muerte de un Millar se aplica solamente para castigar unos cuantos de los crímenes más graves. Y entre todos los crímenes capitales, el primero es la traición.

Yo estaba revisando rápidamente mi apreciación de su padre. Si Kubilai podía decretar un final tan indecible para dos mongoles como él, para dos buenos guerreros cuyo único crimen había sido la lealtad al Kaidu, un jefe subordinado del propio gran kan, era evidente entonces que yo estaba equivocado cuando supuse que su comportamiento en el Cheng era puro teatro para impresionar a los visitantes. Estaba claro que Kubilai no pretendía que las sentencias dictadas fueran aleccionadoras ni ejemplares. Le importaba un comino que alguien tomara nota de ellas o no. (Yo podía no haberme enterado nunca del terrible destino de Ussu y de Donduk, es decir, que aquello no estaba destinado a impresionar a nuestro grupo.) El gran kan se limitaba a ejercer de modo absoluto su absoluto poder. Criticar sus motivos, o ponerlos en duda

o burlarse de ellos era suicida. Por fortuna sólo lo había hecho en el santuario de mi cabeza, e incluso alabar sus acciones sería inútil, fútil, sin consecuencias. Kubilai haría lo que haría. Bueno, por lo menos para mí aquel episodio había sido ejemplar. A partir de entonces mientras estuviera en los reinos del kan de todos los kanes caminaría sin pisar fuerte y hablaría en voz baja.

Pero en aquel momento, antes de hundirme en la docilidad, intentaría por lo menos cambiar una cosa.

—Ya os dije, Chingkim —continué —, que Donduk no era amigo mío, y de todos modos ya ha desaparecido. Pero Ussu me gustaba y la culpa de que acabara aquí fueron mis poco precavidas palabras, y además todavía vive. ¿Puede hacerse algo para moderar su castigo?

—Un traidor ha de morir con la Muerte de un Millar —dijo Chingkim fríamente. Pero luego cedió un poco y agregó —: Sólo hay una posibilidad: la mejora.

—Ah, estáis enterado de ello, mi príncipe —dijo el acariciador con una sonrisa afectada. Y para sorpresa y horror mío, hablaba perfectamente el farsi —. Ya sabéis cómo proceder para obtener la mejora. Bueno, mi secretario jefe arregla este tipo de transacciones. Si me lo permitís, príncipe Chingkim, señor Marco…

Se fue atravesando de nuevo la habitación con pasos menudos y antes de salir por la puerta tachonada de hierro hizo seña al secretario jefe para que nos atendiera.

—¿Qué hay que hacer ahora? —pregunté a Chingkim.

Él gruñó:

—Un soborno, que se paga ocasionalmente en estas situaciones. Pero que yo nunca he pagado hasta ahora —añadió con disgusto —. Normalmente lo hace la familia del sujeto. A veces se arruinan e hipotecan todas sus vidas futuras para reunir la suma necesaria. El

maestro Ping debe ser uno de los funcionarios más ricos de Kanbalik. Confío que mi padre no se entere nunca de esta locura mía; se reiría y se burlaría de mí. Y ahora, Marco, os sugiero que no me pidáis nunca más un favor así.

El secretario jefe se nos acercó con paso lento y tranquilo y levantó las cejas interrogativamente. Chingkim echó mano de la bolsa que llevaba al cinto y dijo con los típicos circunloquios han:

—Voy a pagar para el sujeto Ussu el peso necesario para equilibrar la balanza y que los cuatro papeles asciendan.

Sacó unas monedas de oro y las deslizó en las manos discretamente tendidas del

secretario.

—¿Qué significa esto, Chingkim? —le pregunté.

—Significa que los cuatro papeles que indican las partes vitales se desplazarán a la parte superior del cesto, donde la mano del acariciador pueda cogerlos más pronto. Ahora vamonos.

—Pero ¿cómo…?

—¡Es todo lo que puede hacerse! —dijo Chingkim entre dientes —. ¡Vamonos ya, Marco!

Narices también tiraba de mí, pero yo insistí:

—¿Cómo podemos estar seguros de que así será? ¿Podemos confiar en que el acariciador haga todo el trabajo necesario, que abra todos los papeles doblados, todos iguales, y los lea uno por uno…?

—No, señor mío —dijo el secretario jefe, hablando por primera vez con tono suave, casi con amabilidad, y en mongol para que le entendiera —. Todos los demás papeles, hasta mil, son de color rojo, el color que significa para los han buena suerte. Sólo estos cuatro papeles son púrpuras, el color han de los funerales. El acariciador siempre sabe por dónde asoman esos cuatro papeles.

4

Durante los días siguientes me dejaron solo. Deshice mi equipaje y me instalé en mis habitaciones privadas, con la ayuda de Narices, pues autoricé al esclavo a trasladarse y a instalar su jergón en uno de mis roperos más espaciosos; empecé también a conocer a las mellizas Biliktu y Buyantu y a reconocer los vericuetos del edificio central del palacio y del resto de los edificios, jardines y patios qUe constituían una ciudad palacio dentro de la ciudad. Pero ya explicaré más tarde cómo pasé mi tiempo en privado, porque también empezó pronto mi tiempo de trabajo.

Un día un mayordomo de palacio pidió que me presentara ante el kan Kubilai y el wang Chingkim. Las habitaciones del gran kan no estaban muy lejos de las mías, y me dirigí

allí con celeridad, aunque no excesiva, porque supuse que se había enterado de nuestra visita a los calabozos y que iba a castigarme a mí y a Chingkim por habernos entrometido en los asuntos del acariciador. Sin embargo, antes de llegar allí pasé por una sucesión de lujosas habitaciones, introducido ante reverencias por una colección de ayudantes, secretarios, guardias armados y bellas mujeres. Al final entré en la habitación de estar más interior del gran kan, y al empezar a ejecutar mi koutou me pidieron que tomara asiento y me ofrecieron una selección de bebidas que traía una

doncella en una bandeja cargada de jarras. Yo escogí una copa de vino de arroz y el gran kan inició la entrevista con bastante amabilidad preguntándome:

—¿Cómo van tus lecciones de idioma, joven Polo?

Procuré no ruborizarme, y murmuré:

—He aprendido muchas palabras nuevas, excelencia, pero no del tipo que podría pronunciar en vuestra augusta presencia.

Chingkim observó secamente:

—Nunca hubiese imaginado, Marco, que para vos existieran palabras imposibles de pronunciar en cualquier circunstancia.

Kubilai se echó a reír:

—Yo tenía la intención de conversar educadamente un rato al estilo han, tocando el tema indirectamente. Pero creo que este rudo mongol prefiere ir directamente al grano.

—Excelencia, he hecho voto personal —dije —, de frenar a partir de ahora mi lengua demasiado rápida y mis opiniones demasiado abruptas.

Kubilai lo pensó un momento y dijo:

—Bueno, sí, podrías actuar con mayor respeto y circunspección al escoger las palabras antes de sacarlas por la boca. Pero tus opiniones continúan interesándome, y precisamente por este motivo deseo que tengas un dominio profundo de nuestro idioma. Marco, mira hacia allí. ¿Sabes qué es eso?

Me señaló un objeto en el centro de la habitación. Era una gigantesca urna de bronce, de unos dos metros y medio de altura y casi la mitad en diámetro. Estaba ricamente grabada y en el exterior tenía pegados ocho esbeltos y elegantes dragones de bronce, con sus colas enrolladas en el borde superior de la urna y sus cabezas abajo, cerca de la base. Cada uno sostenía en sus mandíbulas llenas de dientes una perla inmensa y perfecta. Había ocho sapos de bronce sentados alrededor del pedestal de la urna, uno debajo de cada dragón, con la boca abierta como deseando coger la perla de encima.

—Es una obra de arte impresionante, excelencia —dije —, pero no puedo imaginar para qué sirve.

—Es un aparato de terremotos.

—¿Excelencia?

—Esta tierra de Kitai se ve sacudida de vez en cuando por los terremotos. Cuando

esto ocurre este ingenio me informa inmediatamente. Mi inteligente orfebre de la corte lo diseñó y lo fundió, y sólo él comprende perfectamente su funcionamiento. Aunque el terremoto tenga lugar tan lejos de Kanbalik que ninguno de nosotros pueda notarlo aquí, su efecto es tal que las mandíbulas de uno de los dragones se abren y sueltan su perla en el buche del sapo de debajo. Los temblores de otro tipo no producen ningún efecto. He gateado por el suelo, he saltado y he bailado alrededor de esta urna, y aunque no soy una mariposa, me ignora.

Vi con los ojos de la mente al majestuoso gran kan de todos los kanes dando saltos por la habitación como un chico curioso, con sus ricos trajes flotando al viento, su barba ondeando y su corona de morrión ladeada, y probablemente todos sus ministros mirándole con los ojos desorbitados. Pero recordé mi voto y no sonreí.

—Según sea la perla caída, puedo saber la dirección del lugar donde la tierra tembló —dijo Kubilai —: No puedo saber a qué distancia está, o los efectos devastadores del terremoto, pero puedo enviar una tropa al galope en aquella dirección, y al final recibir información sobre los daños y las bajas sufridas.

—Un aparato milagroso, excelencia.

—Me gustaría que mis informadores humanos fueran tan sucintos y seguros cuando me informan de lo acaecido en mis dominios. Ya oíste a aquellos espías han la noche del banquete recitando a gran velocidad números, objetos y tabulaciones, pero sin decirme nada.

—Los han están enamorados de los números —dijo Chingkim —. Las cinco virtudes constantes. Las cinco grandes relaciones. Las treinta posiciones del acto sexual, los seis modos de penetración y los nueve modos de movimiento. Regulan incluso su cortesía. Tengo entendido que tienen trescientas reglas de ceremonia y tres mil de comportamiento.

—Mientras tanto, Marco —dijo Kubilai —, los otros informadores, mis funcionarios musulmanes, e incluso mongoles, tienden a eliminar de sus informes todos los hechos que en su opinión yo podría considerar inconvenientes o molestos. Tengo que administrar un gran reino, pero no puedo estar personalmente en todas partes. Como dijo en una ocasión un sabio consejero han: podéis conquistar a lomos de caballo, pero para gobernar debéis bajar del caballo. Dependo, pues, en gran medida de los informes que me llegan de lejos, y a menudo éstos contienen todo excepto lo necesario.

—Como aquellos espías —intervino Chingkim —. Enviémoslos a las cocinas para que nos informen sobre la sopa de la cena de hoy y nos explicarán su cantidad, densidad, ingredientes, coloración, aroma y el volumen de vapor que suelta. Lo sabremos todo, excepto si tiene buen sabor o no.

Kubilai asintió.

—Lo que me sorprendió en el banquete, Marco, y mi hijo está de acuerdo conmigo, es que tú tienes un talento especial para discernir el gusto de las cosas. Después de que aquellos espías hablaran interminablemente, tú sólo dijiste cuatro palabras. Desde luego no fueron muy diplomáticas, pero me permitieron saber el gusto de la sopa que se está

cocinando en Xinjiang. Me gustaría verificar este aparente talento tuyo para utilizarlo en el futuro.

—¿Queréis que sea un espía, excelencia? —le pregunté.

—No. Un espía debe fundirse con el elemento local, y un ferenghi no podría hacer casi nada en mis dominios. Además nunca pediría a una persona decente que asumiera el oficio de entrometido y chismoso. No; pienso en otras misiones. Pero para encargarte de ellas debes aprender muchas cosas, aparte de dominar el idioma. No serán cosas fáciles. Exigirán mucho tiempo y esfuerzo.

Me estaba mirando penetrantemente, como queriendo averiguar si la perspectiva de trabajar duro me asustaba, o sea que me animé a contestarle:

—El gran kan me hace ya un gran honor encargándome un difícil trabajo. El honor es mucho mayor, excelencia, si este trabajo difícil va a prepararme para una tarea importante.

—No aceptes mi propuesta demasiado rápidamente. Tengo entendido que tus tíos están preparando algunas empresas comerciales. El trabajo con ellos sería fácil y provechoso, y probablemente más seguro y tranquilo que el que yo pueda encargarte. Por lo tanto te autorizo a continuar asociado con tus tíos, si así lo prefieres.

—Gracias, excelencia. Pero si hubiese dado importancia únicamente a la seguridad y a la tranquilidad no me habría ido de casa.

—Ah, sí. El adagio tiene razón: quien desee subir a las alturas debe dejar muchas cosas detrás suyo.

—También se dice: para un hombre de valor no hay muros en ninguna parte, sólo avenidas —añadió Chingkim.

Decidí en mi fuero interno que preguntaría luego a mi padre si se había empapado aquí, en Kitai, de los proverbios que manaban continuamente de su boca.

—Tengo que decirte lo siguiente, joven Polo —continuó Kubilai —. No voy a pedirte que estudies y descubras cómo funciona este aparato de terremotos, y la tarea ya sería muy difícil; te voy a pedir algo aún más difícil. Quiero que en la medida de tus posibilidades te enteres de cómo funcionan mi corte y mi gobierno, que son infinitamente más intrincados que el interior de esta urna misteriosa.

—Estoy a vuestras órdenes, excelencia.

—Ven aquí.

Me condujo hasta una ventana. Igual que las de mis habitaciones, no era de cristal transparente sino del trémulo y translúcido cristal de Moscovia, montado en un marco

emplomado. Corrió el pestillo, la abrió y dijo:

—Mira allí.

Veíamos desde arriba una considerable extensión de los terrenos del palacio que yo no había visitado aún, porque esta parte se encontraba en construcción y era únicamente una superficie de tierra amarilla con grandes montones de piedras para las paredes, de losas para los pavimentos, carretillas, herramientas, equipos de esclavos sudorosos y…

—Amoredéi! —exclamé —. ¿Qué son estos gigantescos animales? ¿Por qué les han crecido cuernos de modo tan raro?

—Estúpido ferenghi, no son cuernos, son los colmillos de donde se saca el marfil. Este animal se llama gajan en los trópicos meridionales de donde procede. No hay palabra mongol para él.

Chingkim apuntó la palabra farsi «fil», y la entendí.

—¡Elefantes! —murmuré admirado —. ¡Claro! Vi un dibujo en una ocasión, pero sin duda no era muy fiel.

—Dejemos a los gajan —dijo Kubilai —. ¿Ves lo que están amontonando allí?

—Parece una gran montaña de bloques de kara, excelencia.

—Lo es. El arquitecto de la corte me está construyendo allí un gran parque y le he pedido que ponga una colina en su centro. Le he ordenado también que plante mucha hierba encima. ¿Has visto la hierba de mis otros patios?

—Sí, excelencia.

—No notaste nada extraño en ella.

—Temo que no, excelencia. Parecía la misma hierba que hemos visto en nuestro viaje durante innumerables miles de lis.

—Eso es lo extraño: no se trata de una planta decorativa de jardín. Es la hierba sencilla, normal, suave, de las grandes llanuras donde nací y me crié.

—Lo siento, excelencia, pero si tengo que sacar alguna lección de esto…

—Mi primo, el ilkan Kaidu, te dijo que yo había degenerado y que ya no era mongol. En cierto modo tenía razón.

—¡Excelencia!

—En cierto modo. Bajé de mi caballo para gobernar estos dominios. Al hacerlo encontré

muchas cosas admirables del culto pueblo han, y las he adoptado. Intento ser más educado que basto, más diplomático que exigente, más un emperador consagrado que un guerrero invasor. En todos estos apartados he cambiado y ya no soy un mongol como Kaidu. Pero no olvido ni repudio mis orígenes, mis días guerreros, mi sangre mongol. Esta colina lo dice todo.

—Lo siento, excelencia —le dije —. Este ejemplo escapa todavía a mi comprensión. Kubilai se dirigió a su hijo.

—Explícaselo, Chingkim.

—Piensa en esto, Marco. La colina será un parque de placer, con terrazas, paseos, cascadas entre sauces y bellos pabellones situados ingeniosamente en puntos de interés. El conjunto constituirá un adorno del palacio. En ese sentido es muy han, y refleja nuestra admiración por ese arte. Pero será algo más. El arquitecto podía haber construido la colina con la tierra amarilla del lugar, pero mi real padre ordenó que fuera de kara. Probablemente esta roca combustible no se necesitará nunca, pero si alguna vez este palacio es asediado, tendremos una provisión ilimitada de combustible. Pensar esto es propio de un guerrero. Y toda la colina, y el espacio alrededor de las construcciones, los ríos y los parterres de flores estarán sembrados con hierba de las llanuras. Será un recordatorio vivo de nuestro patrimonio mongol.

—¡Ah! —dije —. Ahora lo entiendo todo.

—Los han tienen un proverbio conciso —dijo Kubilai —. Bai wen buru yi jian. Oír contar

algo cien veces no es tan bueno como verlo una sola vez. Tú has visto. Pasemos ahora a otro aspecto del arte de gobernar.

Volvimos a nuestros asientos. La doncella, respondiendo a alguna orden inaudible, se deslizó hasta nosotros y llenó otra vez nuestras copas.

El gran kan tomó de nuevo la palabra:

—Hay ocasiones en las que también yo, como tú, Marco Polo, puedo sentir el gusto de las actitudes de los demás. Has expresado tu deseo de unirte a mi séquito, pero creo que todavía puedo notar en ti un persistente rastro de desaprobación.

—¿Excelencia? —dije, sobresaltado por su franqueza —. ¿Quién soy yo, excelencia, para desaprobar lo que hace el kan de todos los kanes? Incluso mi aprobación sería un acto presuntuoso.

Kubilai continuó:

—Me informaron de tu visita a la caverna del acariciador. —Debí de mirar involuntariamente a mi lado, porque agregó —: Sé que Chingkim estaba contigo, pero no fue él quien me informó. Tengo entendido que te consternó el trato que di a los dos hombres de Kaidu.

—Podía haber esperado, excelencia, que su trato fuese algo menos extremo.

—No se puede domar a un lobo arrancándole un diente.

—Habían sido compañeros míos, excelencia, y no hicieron nada lupino durante el viaje.

—Al llegar aquí fueron albergados acogedoramente con mis propios guardias de palacio. Un soldado mongol no es muy parlanchín, pero ellos dos hicieron muchas y muy penetrantes preguntas a sus compañeros de cuartel. Mis hombres les contestaron evasivamente, para que al volver a su lugar de origen no se llevaran mucha información. Tú sabías que yo había enviado espías a las tierras de Kaidu. ¿Le crees a él incapaz de hacer lo mismo?

—No lo sabía… —contesté sorprendido —. No imaginaba que…

—Como monarca de un imperio muy extenso, tengo que gobernar sobre una gran diversidad de pueblos, y me conviene recordar sus peculiaridades. Los han son pacientes y tortuosos, los persas son leones acostados, todos los demás musulmanes son ovejas rabiosas, los armenios son fanfarrones rastreros, etcétera. Quizá no los trate siempre como debería. Pero a los mongoles los entiendo muy bien. Debo gobernar sobre ellos con mano de hierro, porque al hacerlo gobierno sobre un pueblo de hierro.

—Sí, excelencia —dije débilmente.

—¿Tienes objeciones sobre el trato dado a otras personas?

—Bueno —dije, porque al parecer ya estaba enterado —. Aquel día en el Cheng, pensé que despedisteis de modo algo brusco a aquellos campesinos de Henan muertos de hambre. Él me contestó con idéntica brusquedad:

—Yo no ayudo a quienes tienen problemas y lloriquean pidiendo ayuda. Prefiero recompensar a quienes sobreviven a las dificultades. No vale la pena mantener con vida a una persona si es obligado hacerlo. Cuando sobre un pueblo se abate una calamidad repentina o le asedia largo tiempo la desgracia, sobrevivirán los mejores y más valiosos. El resto puede desaparecer.

—¿Pero estaban pidiendo un favor, excelencia, o sólo una oportunidad justa?

—De acuerdo con mi experiencia, cuando un lechón enano chilla pidiendo una oportunidad justa de alcanzar la teta, en realidad aspira a una ventaja inicial. Piensa en esto.

Lo pensé. Mis pensamientos me llevaron al pasado, a un pasado lejano, cuando yo era un niño y trataba de ayudar a los niños de las barcas. En mi memoria apareció la cara pálida y bella de la pequeña Doris.

—Excelencia —dije —, cuando habláis de hombres y mujeres irreflexivos y quejumbrosos

nadie puede estar en desacuerdo con vos. Pero ¿y los niños hambrientos?

—Si son hijos de los prescindibles, también son prescindibles. Date cuenta de esto, Marco Polo. Los niños son el recurso del mundo que puede renovarse de modo más fácil y barato. Corta un árbol para aprovechar su madera; se necesita casi una vida entera para sustituirlo. Saca kara del suelo para quemarla y desaparecerá para siempre. Pero si se pierde un niño en una época de hambre o en una inundación, ¿qué se necesita para sustituirlo? Un hombre, una mujer y menos de un año de plazo. Si el hombre y la mujer son personas fuertes y capaces que desafiaron el desastre, es probable que el niño de recambio sea mejor. ¿Has matado alguna vez a un hombre, Marco Polo?

Parpadeé y dije:

—Sí, excelencia, lo hice.

—Bien. Un hombre se merece más el espacio que ocupa sobre esta tierra si ha desalojado este espacio para ocuparlo él. Sólo hay una cantidad dada de espacio en esta tierra, sólo una cantidad dada de caza para comer, de hierba para pastar, de kara

para quemar y de madera para construir casas. Antes de que los mongoles conquistaran Kitai había cien millones de personas viviendo aquí, entre los han y sus razas afines. Ahora sólo queda la mitad, según mis consejeros han. Ellos están ansiosos de que su pueblo se multiplique de nuevo y dicen que si aflojo algunas limitaciones que impuse, la población volverá pronto a ser lo que era. Me aseguran que un solo mou de tierra es suficiente para alimentar y mantener a una familia han entera. A lo que yo replico: ¿no estaría mejor alimentada esta familia si dispusiera de dos mou de tierra? ¿O de tres o de cinco? La familia estaría mejor alimentada, sería más sana, probablemente más feliz. Lo triste es que los cincuenta millones de han, más o menos, que perecieron en los años de la conquista eran los mejores: los soldados, los jóvenes, fuerte s y vitales. ¿Debo permitir ahora que sean sustituidos por un procedimiento indiscriminado de freza? No, no lo permitiré. Creo que los anteriores gobernantes de este pueblo sólo tenían interés en contar cabezas y se enorgullecían de gobernar a multitudes pululantes. Yo preferiría enorgullecerme de gobernar un populacho de calidad, no de cantidad.

—Muchos otros gobernantes os lo envidiarían, excelencia —murmuré.

—En cuanto a la manera de gobernarlos, tengo que decirte lo siguiente: me diferencio también de Kaidu en que puedo reconocer algunas limitaciones en nosotros, los mongoles, y algunas superioridades en otras nacionalidades. Los mongoles somos excelentes en la acción, en la ambición, en soñar delirios de sangre y en ejecutar planes grandiosos… y desde luego en las cuestiones militares. O sea que la mayoría de ministros de la administración general son mongoles. Pero los han conocen mejor su país y a sus compatriotas, y por ello he reclutado a muchos han para los ministerios que se ocupan de la administración interior de Kitai. Los han son también increíblemente aptos en cuestiones matemáticas.

—Como la regulación de las treinta posturas sexuales —dijo Chingkim, con una carcajada.

—Sin embargo —continuó Kubilai —, los han me engañarían, como es natural, si los pusiera al frente de las finanzas. O sea que para estos cargos tengo a árabes y a persas musulmanes, que en cuestión de finanzas son casi tan buenos como los han. He permitido que los musulmanes establezcan lo que ellos llaman un ortaq, es decir, una red de agentes musulmanes dispersos por todo Kitai que supervisan los intercambios y el comercio. Saben explotar muy bien los recursos materiales de esta tierra y los talentos de sus habitantes. Es decir, que dejo a los musulmanes que expriman al país y yo me reservo una parte concreta de los beneficios del ortaq. Esto me resulta mucho más fácil que imponer una multitud de impuestos separados sobre productos y transacciones distintas. Vaj! Bastante me cuesta cobrar las tasas simples sobre la tierra y la propiedad

que los han deben pagarme.

—¿No se irritan los nativos por estar bajo la supervisión de extranjeros? —le pregunté.

—Siempre han tenido extranjeros mandándolos, Marco —dijo Chingkim —. Los emperadores han inventaron hace mucho tiempo un sistema admirable. A cada magistrado y a cada recaudador de impuestos, a cada funcionario provincial de cualquier tipo, se le enviaba a servir a un lugar distinto del de su nacimiento, para que no pudiese favorecer a sus parientes en sus deberes, tratos y exacciones. Además sólo se le permitía servir tres años en un cargo y después se le trasladaba a otro lugar. Así no tenía tiempo de hacer amigos, favoritos y compañeros de juerga a quienes favorecer. O

sea que en todas las provincias, ciudades o pueblos, los nativos han estado gobernados siempre por forasteros. Probablemente encuentran a nuestros privados musulmanes sólo algo más forasteros de la cuenta.

Yo dije:

—Aparte de árabes y persas, he visto por el palacio a hombres de otras nacionalidades.

—Sí —dijo el gran kan —. Para los cargos menores de la corte, como maestro de vinos, maestro de fuegos, orfebre, etcétera, nombro simplemente a las personas que cumplen estas funciones con mayor capacidad tanto si son han como musulmanes, ferenghi, judíos o lo que sea.

—Todo esto suena muy razonable y eficiente, excelencia.

—Tú debes comprobar si lo es o no. Para ello explorarás las habitaciones, salas y despachos contables desde las cuales se administra el kanato. He ordenado a Chingkim que te presente a todos los funcionarios y cortesanos de cualquier rango, y él les dirá

que te hablen con plena libertad sobre sus cargos y deberes. Se te pagará un estipendio generoso, y fijaré cada semana una hora para que vengas a informarme. De este modo podré juzgar si aprendes bien, y sobre todo si empiezas a percibir el sabor de las cosas.

—Lo haré lo mejor que pueda, excelencia —dije, y Chingkim y yo hicimos un ligero koutou y salimos de la habitación.

Yo había tomado ya la decisión de asombrar al gran kan en mi primer informe, después de mi primera semana de empleo, y así fue. Cuando me presenté ante él por segunda vez, aproximadamente al cabo de una semana, le dije:

—Os voy a enseñar, excelencia, cómo funciona un aparato de terremotos. Ved, ahí

dentro, colgando del cuello de la urna, hay un pesado péndulo. Está delicadamente suspendido, pero no se mueve por mucho que uno salte o de golpes en esta habitación. Sólo si tiembla la urna entera, es decir, sólo si el enorme peso de este palacio se pone en movimiento, su temblor pondrá aparentemente en movimiento el péndulo. En realidad, el péndulo cuelga seguro y tranquilo, y su ligero desplazamiento aparente es debido al imperceptible temblor de su contenedor. De este modo cuando un terremoto lejano envía un temblor, por ligero que sea, a través de la tierra, del palacio, del suelo de la sala y de la urna, este temblor aplica la presión del péndulo contra una de las delicadas conexiones que aquí veis, ocho en total, y a continuación se abre la mandíbula con goznes de uno de los dragones y el dragón suelta la perla.

—Entiendo. Sí. Muy ingenioso el orfebre real. Y tú también, Marco Polo. Comprendiste que el altivo gran kan no se rebajaría nunca a confesar su ignorancia a un simple orfebre ni a pedirle una explicación. Y tú lo hiciste en mi lugar. Tu percepción del gusto continúa siendo muy buena.

Pero estas palabras complacientes llegaron después. El día que Chingkim y yo salimos de la presencia de su real padre, el príncipe me preguntó alegremente:

—Bueno: ¿qué cortesano alto o bajo os interesaría interrogar primero? —Y cuando solicité audiencia con el orfebre de la corte, dijo —: Curiosa elección. Pero, muy bien: este caballero está a menudo en su ruidosa fragua, un lugar no muy adecuado para

conversar. Daré orden de que nos espere en su taller estudio, más tranquilo. Os llamaré

dentro de una hora.

Fui, pues, a la estancia de mi padre, para contarle mi nueva situación. Le encontré

sentado y abanicado por una de sus sirvientas. Señaló una habitación interior y dijo:

—Tu tío Mafio está allí, encerrado con unos médicos han que conocimos en nuestra anterior estancia. Están examinando su estado físico.

Me senté para compartir el aire del abanico, y le conté todo lo que había hablado en mi conversación con el kan Kubilai. Le pregunté si tenía su permiso paterno para ser de momento cortesano en lugar de comerciante.

—Desde luego —me dijo efusivamente —. Y te felicito por haber ganado la estima del gran kan. Tu nueva situación en lugar de privarnos a mí y a tu tío de tu participación activa, redundará en beneficio nuestro. Es una ilustración muy al caso del viejo proverbio: chi fa per se fa per tre.

—¿Hacer por mí y hacer por los tres? —repetí —. ¿O sea que tú y tío Mafio tenéis pensado quedaros en Kitai?

—Pues sí. Somos comerciantes viajeros, pero hemos viajado bastante, ahora tenemos ganas de empezar a comerciar. Hemos solicitado ya al ministro de finanzas, Achmad, las necesarias licencias y franquicias para tratar con el ortaq de los musulmanes. En esta y en otras cuestiones Mafio y yo podemos beneficiarnos de tu presencia en la corte. Supongo, Marco, que no imaginaste que recorreríamos todo este camino para dar luego media vuelta.

—Pensaba que vuestro principal interés era volver a Venecia con los mapas de la Ruta de la Seda y dedicaros a estimular el comercio general entre oriente y occidente.

—Sí, bueno. Sin embargo creemos que la Compagnia Polo debería explotar primero las ventajas de la Ruta de la Seda antes de abrirla a la competencia. Además debemos dar buen ejemplo, y encender el entusiasmo en Occidente. Por lo tanto nos quedaremos aquí, ganaremos una fortuna estimable, y la enviaremos a casa a medida que se acumule. Con estas riquezas, tu marégna Fiordelisa puede deslumbrar a los comerciantes de espíritu hogareño y estimular su apetito. Luego cuando lleguemos finalmente a casa ofreceremos libremente nuestros mapas y nuestra experiencia y consejo a todos los confratelli de Venecia y Constantinopla.

—Un buen plan, padre. Pero quizá tardaremos mucho tiempo en acumular una fortuna a partir de unos inicios muy pobres. Tú y tío Mafio no tenéis ningún capital comercial aparte de nuestras bolsas de almizcle y del azafrán que nos quede.

—El más afortunado de todos los mercaderes en las leyendas venecianas, el judío Nascimbene, empezó sin más recursos que un gato que recogió de la calle. La fábula cuenta que aterrizó en un reino infestado de ratones y fundó su fortuna alquilando su gato.

—Quizá en Kitai haya muchos ratones, padre, pero también hay muchos gatos. Y creo que una fracción importante de los gatos está constituida por los musulmanes del ortaq. Por lo que parece son gente muy voraz.

—Gracias, Marco. Como dice el refrán, un hombre avisado ya va armado. Pero nosotros no empezamos tan abajo como Nascimbene. Además de nuestro almizcle, Mafio y yo disponemos de la inversión que dejamos en depósito aquí durante nuestra anterior visita.

—¿Sí? No lo sabía.

—La dejamos literalmente depositada: plantada en el suelo. Has de saber que en aquel viaje también trajimos bulbos de azafrán. Kubilai nos concedió amablemente una extensión de tierra cultivable en la provincia de Hebei, donde el clima es benigno, y un cierto número de esclavos y capataces han a quienes enseñamos los

métodos de cultivo. Según los informes ahora tenemos una plantación de azafrán muy extensa y existe ya

una buena cantidad de azafrán prensada en forma de pastillas o secada en forma de polvo. Este artículo es todavía una novedad en todo Oriente, y nosotros tenemos su monopolio, o sea que…

—He sido muy ingenuo al preocuparme por vuestras perspectivas —dije con admiración

—. Que Dios ayude a los gatos musulmanes si se aventuran a atacar a los ratones venecianos.

Mi padre sonrió y soltó otro proverbio:

. —Es mejor ser envidiado que consolado.

—Bruto scherzo! —se oyó en forma de bramido desde la habitación interior, y nuestro coloquio se interrumpió.

Oímos varias voces potentes, entre ellas descollando las de tío Mafio y otros ruidos, de los que parecía deducirse que alguien tiraba muebles y objetos y los aplastaba mientras continuaban llegando las maldiciones que mi tío profería a gritos en veneciano, farsi, mongol y quizá otros idiomas.

—Scarabazze! Badbu qassab! Karakurt!

Tres ancianos caballeros han salieron corriendo por las cortinas de la habitación de la Puerta del Jarrón, como si alguien los persiguiera. Sin dirigirnos la menor salutación a mí ni a mi padre continuaron su rápido avance por la habitación, corriendo para salvar su precioso pellejo, y salieron de la estancia. Tras su veloz desaparición, tío Mafio se abrió paso entre las cortinas vomitando todavía escandalosas blasfemias. Sus ojos llameaban, su barba estaba erizada y tenía la ropa en el estado en que la habían dejado los médicos cuando le examinaban.

—¡Mafio! —exclamó mi padre alarmado —. ¿Qué diablos ha sucedido?

Mi tío, amenazando con el puño a los doctores fugitivos y alternado este movimiento con el gesto vulgar de la figa, continuó bramando epítetos descriptivos y sugestivos:

—Fottuti! Pedarat namard! Che vegna la giandussa! Kalmuk, vaj!

Mi padre y yo cogimos a mi tío y con suavidad lo sentamos, diciéndole:

—¡Mafio! ¡Tío! Ste tranquilo! Por Dios, ¿qué ha sucedido?

Él nos contestó con un ladrido:

—¡No tengo ganas de contarlo!

—¿No quieres hablar? —preguntó mi padre suavemente —. Los ecos que has despertado llegan hasta Skandu.

—Merda! —gruñó mi tío y empezó a ponerse bien la ropa sin abrir la boca.

—Voy a buscar a los doctores y se lo preguntaré —le dije.

—No te preocupes —gruñó tío Mafio—. Será mejor que os lo cuente. —Así lo hizo, y salpicó sus explicaciones con exclamaciones —: ¿Recordáis la enfermedad que pillé?

Dona Lugia!

—Claro —dijo mi padre —. Pero creo que se llamaba kala-azar.

—¿Y recordáis la prescripción de estibio del hakim Mimdad que debía salvarme la vida a costa de mis pelotas? Y que yo seguí, ¡sangue de Bacco!

—Desde luego —dijo otra vez mi padre —. ¿Qué sucede, Mafio? ¿Han descubierto los médicos que estás empeorando?

—¿Empeorando, Nico? ¿Qué cosa peor podría sucederme? ¡No! Los malditos scataroni acaban de informarme, con palabras melosas, que no tenía ninguna necesidad de tomar el maldito estibio. ¡Me han dicho que podía haberme curado el kala-azar simplemente comiendo moho!

—¿Moho?

—Bueno, una especie de moho verde que crece en cubos vacíos y viejos de mijo. Este tratamiento me habría devuelto la salud, dicen ellos, sin desagradables efectos secundarios. ¡No era preciso que se encogieran mis pendenti! ¿No es divertido enterarse

de esto ahora? Porco Dio!

—No, no es muy agradable enterarse ahora.

—¿Cómo se les ha ocurrido contármelo ahora, los malditos scataroni? Cuando ya es demasiado tarde. Mona Merda.

—No actuaron con mucho tacto.

—Los malditos saputéli sólo querían informarme de que son superiores al charlatán de la selva que me castró. ¡Aborto de natural

—Hay un viejo refrán, Mafio. Este mundo es como un par de zapatos que…

—Bruto barabáo! ¡Cállate, Nico!

Mi padre se retiró con rostro afligido a la otra habitación. Le oí recoger y ordenar cosas allí dentro. Tío Mafio permaneció sentado hirviendo y silbando como una olla a fuego lento. Pero finalmente levantó la mirada, me vio y dijo con más calma:

—Lo siento, Marco: he perdido los estribos. Ya sé que en otra ocasión dije que aceptaba con resignación mi estado. Pero ahora me entero de que este estado era innecesario… —Apretó los dientes —. Que me cuelguen si sé lo que es peor: convertirse en un eunuco o enterarse de que era innecesario acabar así.

—Bueno, yo…

—Si me recitas un refrán, te parto la cara.

Me quedé un rato en silencio, pensando la mejor manera de expresarle mi simpatía y al mismo tiempo de sugerirle que su pérdida de facultades quizá no era totalmente deplorable. Aquí, los viriles mongoles no aceptarían con tanta tolerancia sus anteriores tendencias perversas como se aceptaban por ejemplo en los países musulmanes. Si continuaba deseando acariciar a algún hombre o niño, podía suceder muy bien que acabara acariciado por el acariciador. Pero ¿cómo podía decirle esto? Me preparé para esquivar un golpe de su puño todavía apretado, carraspeé y lo intenté:

—Creo, tío Mafio, que cada vez que yo me he visto envuelto en una situación difícil o peligrosa, me ha guiado a ella mi candelóto. No por esto estaría dispuesto voluntariamente a renunciar al candelóto y a los placeres que generalmente me proporciona. Pero creo que si me privaran de él me sería más fácil comportarme como una buena persona.

—¿Crees esto, en serio? —dijo agriamente.

—Bueno, de todos los sacerdotes y monjes que he conocido los más admirables son los que se toman en serio su voto de celibato. Creo que esto se debe a que han encerrado sus sentidos a las distracciones de la carne y se han podido concentrar en la tarea de ser buenos.

—O merda o beretta rossa. ¿Lo crees, verdad, lo crees?

—Sí. Fíjate en san Agustín. En su juventud rezaba: «Señor, hacedme casto, pero todavía no.» Sabía muy bien dónde acechaba el mal. O sea que lo fue todo menos un santo, hasta que finalmente renunció a las tentaciones de…

—Chiava el santo! —rugió tío Mafio, lo más terrible que había dicho hasta el

momento. Al cabo de un momento, que pasó sin abatirse sobre nosotros ningún rayo, dijo con una voz más suave, pero igualmente triste:

—Marco, voy a decirte lo que yo creo. Creo que tus creencias si no son puras hipocresías están totalmente anticuadas. No hay dificultad alguna en ser bueno. Todo hombre y mujer es tan malo como puede o se atreve a serlo. Las personas que tienen fama de buenas (y la tienen solamente porque no hacen el mal) son las menos capaces, las más cohibidas. Las personas menos capaces y más pusilánimes reciben el nombre de santas, y normalmente se dan ellas mismas este nombre. Proclamar: «¡Miradme, soy un santo escrupuloso, que ha renunciado a enfrentarse con hombres y mujeres más valientes!» es más fácil que admitir sinceramente: «Soy incapaz de imponerme en este

mundo malvado y me da miedo incluso intentarlo.» Recuerda esto, Marco, y sé valiente. Estuve un rato intentando encontrar una respuesta adecuada que no sonara a simple beatería. Pero cuando vi que se había calmado y que sólo estaba murmurando entre dientes, me levanté y salí en silencio.

Pobre tío Mafio. Parecía que intentara demostrar, primero que su naturaleza anormal no era una enfermedad, sino una superioridad que un mundo mediocre no quería reconocer, y segundo que podía haber obligado al ciego mundo a reconocer esta superioridad si no se la hubiesen robado prematuramente. Bueno, he conocido a muchas personas que son incapaces de ocultar algún defecto o imperfección grande y que intentan hacer gala de él como si fuera una bendición. He visto a padres de niños deformes y tontos abandonar su nombre de fuentes y llamarlos «cristianos» con la patética pretensión de que el Señor los predestinó para el cielo y los creó deliberadamente incapaces de desenvolverse en la vida. Me pueden dar pena los lisiados, pero no creo que el hecho de bautizar un defecto con un nombre noble lo convierta en un adorno ni en un defecto noble. Me fui a mis habitaciones y encontré al wang Chingkim esperándome ya, y los dos nos fuimos al lejano edificio de palacio que albergaba el estudio del orfebre de la corte.

—Marco Polo, el maestro Pierre Boucher —dijo Chingkim presentándonos, y el orfebre me sonrió cordialmente y me dijo:

—Bon jour, messire Paule.

No recuerdo qué le contesté porque estaba muy sorprendido. Aquel joven, no mayor que yo, era el primer ferenghi real que yo había visto desde que salí de casa; me refiero con esto a un franco auténtico, a un francés.

—En realidad nací en Karakoren, la antigua capital mongol —me dijo, hablando en una mezcla de mongol y de francés medio olvidado, mientras me enseñaba el taller —. Mis padres eran parisienses. Mi padre, Guillaume, era el orfebre de corte del rey Bela de Hungría, y, él y mi madre cayeron prisioneros de los mongoles cuando el ilkan Batu conquistó Buda, la ciudad de Bela. Nos llevaron cautivos al gran kan

Kuyuk de Karakoren. Pero cuando el gran Kan reconoció el talento de mi padre, alors, le nombró

maitre Guillaume y le llevó a la corte, y él y mi madre vivieron felices en aquellas tierras el resto de sus vidas. Lo mismo he hecho yo, que nací aquí, durante el reino del gran kan Mangu.

—Si estás tan bien considerado, Pierre —le dije —, y eres un hombre libre, ¿no podrías renunciar a la corte y volver a Occidente?

—Ah, oui. Pero dudo que pudiese vivir allí tan bien como aquí, porque mi talento es algo inferior al de mi difunto padre. Soy bastante competente en las artes del trabajo del oro y de la plata y en la talla de gemas y la fabricación de joyas, mais voilá tout. Fue mi padre quien construyó la mayoría de los ingeniosos aparatos que pueden verse por el palacio. Cuando no fabrico joyas mi primera responsabilidad consiste en mantener en buen funcionamiento estos aparatos. Gracias a esto, el gran kan Kubilai, como su predecesor, me favorece con privilegios y dádivas espléndidas. Mi situación es confortable, estoy a punto de casarme con una estimable dama mongol de la corte, y estoy muy contento de quedarme aquí.

Pierre explicó a instancias mías el funcionamiento del aparato de terremotos de las habitaciones del gran kan, lo que, como he dicho, me permitió más tarde impresionar a Kubilai. Sin embargo se negó, con buen humor pero con firmeza, a satisfacer mi curiosidad sobre el árbol de las serpientes que servía bebidas en el comedor y sobre los pavos animados.

—Los inventó mi padre, como la urna de terremotos, pero son bastante más complejos. Perdonad mi obstinación, Marco, y príncipe Chingkim —hizo una pequeña reverencia francesa a cada uno de nosotros —, pero mantendré en secreto el funcionamiento de los

aparatos de la sala de banquetes. Me gusta ser el orfebre de la corte, y hay muchos artesanos a quienes les gustaría ocupar mi lugar. Yo sólo soy un extranjero, vous savez, y debo guardar para mí las ventajas de que dispongo. Mientras queden unos cuantos aparatos que sólo yo sepa hacer funcionar, estoy a salvo de los usurpadores.

—Desde luego, maestro Boucher —dijo el príncipe tras sonreír comprensivamente. Yo hice lo mismo y agregué:

—Hablando de la sala de banquetes, me sorprendió otro hecho. La sala estaba llena de gente, pero el aire no se enrarecía nunca, y se mantenía fresco. ¿Era esto obra de otro aparato tuyo, Pierre?

—No —dijo —. Es un sistema muy simple, inventado hace tiempo por los han, y actualmente a cargo del ingeniero de palacio.

—Vamos, Marco —dijo Chingkim —. Podemos hacerle una visita. Su taller está muy cerca.

Dijimos au revoir al orfebre de la corte, continuamos nuestro camino y a continuación fui presentado a un tal maestro Wei. Sólo hablaba han, por lo que Chingkim le repitió

mi pregunta sobre la ventilación de la sala de banquetes, y me tradujo la explicación del ingeniero.

—Un sistema muy sencillo —dijo también —. Es un hecho bien conocido que el aire frío de debajo desplaza siempre el aire caliente de encima. Debajo de todos los edificios del palacio hay sótanos y pasillos que los conectan entre sí, y debajo de cada edificio hay un sótano destinado únicamente a depósito de hielo. Recibimos un suministro continuo de bloques de hielo que cortan y envuelven en paja los esclavos en las montañas perpetuamente frías del norte y que nos traen luego caravanas rápidas. En cualquier momento, abriendo juiciosamente determinadas puertas y pasillos puedo lograr que llegue a cualquier lugar el frescor de los depósitos de hielo o interrumpir la corriente de aire si así lo deseo.

Sin que yo se lo preguntara el maestro Wei pasó a hacer alarde de otros aparatos controlados por él.

—Mediante la acción de una noria diseñada por los han, parte del agua de los decorativos riachuelos de los jardines se desvía y se introduce forzada en depósitos situados bajo los puntos más altos de todos los tejados de los edificios del palacio. El agua puede dejarse caer desde cada depósito siguiendo mis instrucciones para que corra a través de tuberías por encima de las salas de hielo o de los hornos de las cocinas. Luego, una vez enfriada o calentada el agua, puedo distribuirla para crear un clima artificial.

—¿Un clima artificial? —pregunté asombrado.

—En todos los jardines hay pabellones donde pasan el rato señores y damas. Si el día es muy caliente y algún señor o dama desea el refresco de la lluvia, sin que la lluvia caiga, o si algún poeta desea simplemente meditar en un estado de melancolía, sólo tengo que girar una rueda. De los aleros del tejado del pabellón caerá suavemente una cortina de lluvia alrededor del espacio. También en los pabellones del jardín hay algunos asientos que parecen de piedra maciza, pero que están huecos. Haciendo pasar por ellos agua fría en verano o agua caliente en primavera u otoño, puedo conseguir que los asientos resulten más confortables para los augustos traseros que descansan sobre ellos. Cuando se haya construido la nueva colina de Kara, instalaré en los pabellones de aquel jardín aparatos más agradables. El agua de las tuberías accionará conexiones que pondrán en movimiento abanicos refrescantes, y burbujeará a través de flautas de jarrón tocando una música gorgojeante y suave.

Y así fue. Sé que así fue porque en años posteriores pasé muchas tardes de ensueño con Huisheng en aquellos pabellones, y le traduje la bella música en forma de toques suaves

y de caricias dulces… Pero esto sucedió unos años después. Hasta ahora sólo he mencionado unos pocos ejemplos de las novedades y maravillas que encontré en Kitai y en Kanbalik, dentro de los confines del palacio del gran kan, y quizá estos ejemplos sean insuficientes para ilustrar la gran diferencia existente entre Kitai y los demás lugares que yo había conocido. Conviene recordar que el kan Kubilai poseía un imperio que comprendía toda clase de pueblos, comunidades, terrenos y climas. Podía haber instalado su residencia en la antigua capital de los mongoles, Karakoren, situada muy al norte, o en la patria original de los mongoles, Sibir, mucho más al norte aún, o podía haber escogido un lugar en cualquier otra región del continente. Pero él, consideró que la más atrayente de todas sus tierras era Kitai, y lo mismo creo yo, y en realidad es así.

Yo había visto muchos países y ciudades exóticas en mi camino desde Acre a Kitai, pero sus diferencias se debían principalmente a lo que se veía en primer plano. Me refiero a que cuando yo entraba en una nueva ciudad mis ojos se posaban de modo natural en las cosas más próximas. Veía gentes de rostro y comportamiento extraños, que llevaban ropa extraña, y detrás suyo veía edificios de arquitectura poco familiar. Pero por el suelo siempre encontraba perros y gatos iguales a los de otros lugares, y por el aire aves carroñeras, palomas, golondrinas o milanos o lo que fuera, como en cual-quier otra ciudad del mundo. Y alrededor de los barrios extremos de la ciudad se extendía una confusión de colinas, de montañas o de llanura. El campo y su vida salvaje podía a veces de entrada resultar sorprendente, como los poderosos riscos cubiertos de nieve del alto Pai-Mir, y la magnífica «oveja de Marco», pero después de mucho viajar uno encuentra repetición y familiaridad incluso en la mayoría de paisajes, y en su fauna y flora.

En cambio, en casi todas las regiones de Kitai no era el primer plano lo único que tenía interés para un observador, sino que también valía la pena lo que sucedía en el borde de su campo de visión, lo que podía captar con el rabillo del ojos los sonidos que le llegaban desde los límites auditivos y los olores que venían de todas partes. Paseando por las calles de Kanbalik podía fijar mis ojos en cualquier cosa, desde las líneas curvas y pendientes de los tejados hasta las variadas caras y ropas de los paseantes, y a pesar de ello tenía la sensación de que faltaban todavía muchas cosas interesantes por ver. Si mi mirada descendía al nivel de la calle, veía gatos y perros, pero no hubiese podido confundirlos con los animales carroñeros de Suvediye, de Balj o de cualquier otro lugar. La mayoría de los gatos de Kitai eran pequeños y de bellos colores, con el pelaje pardo excepto en las orejas, las patas y la cola, más oscuras, o bien de color gris plateado con estas extremidades casi azul añil, y las colas de esos gatos extrañaban por su brevedad y formaban en la punta un bucle todavía más raro, como un gancho para colgarlos. Algunos de los perros que corrían por la calle parecían diminutos leones, de espesas melenas, con morros achatados y

ojos saltones. Otra raza no se parecía a nada de lo que yo había visto en la tierra, o quizá se parecía a un tronco andante, suponiendo que esto exista. De hecho llamaban a este tipo de perro shupei, o sea «corteza suelta», porque su piel era tan voluminosa y grande que apenas se notaban los rasgos del perro, ni siquiera se notaba su forma; el animal no era más que un grotesco y pesado montón de arrugas. Sin embargo había otra raza de perros que se utilizaba en algo que no sé si contar, porque probablemente nadie me creerá. Eran perros grandes, de rojizo y espeso pelaje, y se llamaban xianggou. Cada uno llevaba un arnés como un potrillo, y andaba con mucho cuidado y dignidad, porque su arnés tenía un mango alto con el cual el perro guiaba a un hombre o a una mujer. La persona que agarraba el mango era ciega: no era un mendigo, sino un hombre o una mujer que iba a sus cosas o al mercado o a pasear. Lo que digo es cierto: el xianggou, o «perro guía», se cría y se entrena para guiar a un amo ciego por su

propia casa, sin tropezar ni chocar, y para guiarlo con la misma confianza por calles llenas de gente y entre el incesante tráfico de carros.

Además de los espectáculos, había los sonidos y olores, que a veces procedían del mismo lugar. En cada esquina había una parada o un carro que vendía comida caliente para los que trabajaban fuera de casa o para los transeúntes ocupados que tienen que comer en la calle. El aroma del pescado o de los trozos de carne friéndose llegaba a la nariz acompañado simultáneamente del crepitar del fogón. O se percibía el ligero olor a ajo del mian cociéndose, acompañado por el chasquido de las lenguas y el ruido de la pasta al pasar del cuenco a la boca acompañada por las tenacillas ágiles. Kanbalik es la ciudad propia del kan y está patrullada continuamente por basureros con escobas y cubos. O sea que en general no se notaban olores ofensivos como los de excrementos humanos, y era más limpia que otras ciudades de Kitai e infinitamente más limpia que cualquiera otra ciudad de Oriente. El olor fundamental de Kanbalik era un aroma mixto de especias y aceite de freír. Este olor cuando yo pasaba por diferentes tiendas y tenderetes de mercado se combinaba con los diversos aromas del jazmín, el cha, el humo de los braseros, el sándalo, los frutos, el incienso y en ocasiones la fragancia del abanico perfumado de una dama que pasaba por mi lado.

La mayoría de los ruidos de la calle se producían incesantemente, de día y de noche: la charla, el chapurreo y el sonsonete de la gente que hablaba continuamente en la calle, el retumbo y martilleo de las ruedas de carro y de carreta, acompañado casi siempre por la tintineante música de las campanillas que muchos carreteros colgaban de los radios de sus ruedas para que se deslizaran por ellas, el golpeteo de los cascos de los caballos y de los yak, el sonido más ligero de los cascos de los asnos, los amortiguados golpes de las anchas y acolchadas patas de los camellos, el crujido de las sandalias de paja de los porteadores que pasaban siempre en carrera precipitada. Esta continua combinación de ruidos estaba puntuada frecuentemente por el gemido de un vendedor de pescado, o el aullido de un vendedor de fruta, o el tuoc-tuoc de un vendedor de volatería que golpeaba su pato hueco de madera, o el bum-bum-bum que

reverberaba por todas las paredes procedente de una de las torres de tambor de la ciudad que daba la alarma anunciando algún lejano incendio. Sólo de vez en cuando disminuían los ruidos de la calle y se convertían en un respetuoso silencio: cuando pasaba al trote una tropa de guardias de palacio. Uno de sus componentes tocaba una fanfarria golpeando una especie de lira formada por varillas de bronce, y los demás balanceando sus barras abrían paso al noble señor que los seguía a caballo o dentro de un palanquín.

A veces podía oírse por encima del ruido callejero, literalmente encima suyo, un melodioso y lejano sonido de flauta. Cuando lo oí por primera vez me sorprendió. Pero luego descubrí que por lo menos un representante de cada bandada de palomas comunes de la ciudad llevaba atado un pequeño pito que silbaba cuando el ave volaba. Además entre las palomas más corrientes había un tipo de abundante plumaje que yo no había visto en ninguna parte. En pleno vuelo se detenía de repente en el aire y como si fuera un funambulista sin cuerda se lanzaba cabeza abajo, trazaba alegremente una perfecta voltereta en el aire, y luego continuaba volando tan tranquilamente como si no hubiese hecho nada maravilloso.

Y si levantaba mis ojos más arriba, por encima de los tejados de la ciudad, podía ver en cualquier día ventoso de otoño bandadas de fengzheng volando. No eran pájaros, aunque algunos tenían forma de ave y estaban pintados con sus colores; otros parecían inmensas mariposas o pequeños dragones. Los fengzheng eran construcciones de palitos ligeros y papel muy delgado a las que se ataba un cordel enrollado en un carrete. Una persona corría con el fengzheng y dejaba que la brisa lo elevara, y luego mediante sutiles tirones de la Punta del cordel que tenía en su mano, podía conseguir que subiera, volara, se

detuviera u ondulara en el aire. (Yo nunca pude dominar este arte.) La altura de su ascensión estaba limitada únicamente por la cantidad de cordel en el carrete y a veces subían tanto que se perdían casi de vista. La gente disfrutaba enzarzándose en batallas de fengzheng. Pegaban a sus cordeles un polvo abrasivo de porcelana o cristal de Moscovia triturados y luego ponían a volar su fengzheng y lo guiaban procurando con su cordel serrar y cortar el de un fengzheng adversario para que éste cayera del cielo dando tumbos. Los conductores y otros espectadores apostaban fuerte sobre el resultado de la batalla. Pero las mujeres y los niños preferían echar a volar sus fengzheng únicamente para pasarlo bien.

De noche no tenía que hacer ningún esfuerzo especial para observar las cosas peculiares que tenían lugar en el cielo de Kitai, pues volente o nolente, siempre alzaba la cabeza de golpe al oír los ruidos que producían. Me refiero a los violentos bums y bangs y a los chisporroteos de los relámpagos y truenos artificiales de los llamados árboles de fuego y flores chispeantes. Como en tantos países orientales, también parecía en Kitai que cada día estuviera marcado por alguna fiesta popular o aniversario de celebración obligada. Pero sólo en Kitai continuaban las festividades por la noche, porque así tenían excusa para enviar volando cielo arriba estos curiosos

fuegos que estallaban en el aire produciendo fuegos más brillantes disolviéndose luego en corpúsculos de fuego multicolor que descendían hasta el suelo. Yo contemplaba estas demostraciones con admiración y temor, que no disminuyeron cuando más tarde descubrí el mecanismo y origen de estas maravillas.

Fuera de las ciudades el variado paisaje de Kitai también difería del de otros países. Ya he descrito unos cuantos terrenos peculiares de Kitai, y voy a hablar de otros cuando llegue su momento. Pero ahora debo decir lo siguiente. Mientras vivía en Kanbalik, cuando deseaba pasar un día en el campo podía encargar un caballo de los establos del palacio y con una cabalgada de una mañana podía ir a contemplar algo imposible de ver en ningún otro paisaje de la tierra. Quizá era una reliquia de absoluta inutilidad y vanagloria, pero la Gran Muralla, esa monstruosa serpiente petrificada en el acto de serpentear de horizonte a horizonte, era a pesar de todo un espectáculo fantástico de ver. No quiero dar a entender que todo lo que había en Kitai o en la capital del kan era bello, fácil, rico y agradable. Eso no me hubiese gustado porque una belleza sin respiro puede ser tan cansada como el magnífico pero monótono paisaje del Pai Mir. Kubilai, por ejemplo, podía haber localizado su capital en una ciudad de clima más templado, pues en el sur había lugares que disfrutaban de una primavera perpetua, y aún más al sur había otros lugares tratados por el sol en un verano perpetuo. Pero cuando los visité

descubrí que la gente que vivía en ellos era también blanda y aburrida. El clima de Kanbalik se parecía mucho al de Venecia: lluvias de primavera, nieves de invierno y en verano un calor a veces opresivo. Sus habitantes no tenían que enfrentarse con la mohosa humedad de Venecia, pero sus casas, ropas y muebles estaban invadidos por el polvo amarillo que el viento llevaba continuamente de los desiertos occidentales. Kanbalik, como las estaciones y el tiempo, era una ciudad siempre cambiante, variada y vigorizadora, pero nunca empalagosa, porque además de estos esplendores y felices novedades que acabo de citar también tenía aspectos oscuros y no tan felices: debajo del magnífico palacio del kan se acurrucaban los calabozos del acariciador. Las lujosas prendas de los nobles y de los cortesanos a veces cubrían a hombres de mezquinas ambiciones y de designios viles. Incluso mis dos bellas doncellas mostraron algunos aspectos de su temperamento no tan hermosos. Y fuera del palacio, en las calles y mercados, no todos los componentes de la multitud eran mercaderes prósperos o compradores opulentos. También había personas pobres y desgraciadas. Recuerdo haber visto un tenderete del mercado que vendía carne a los pobres, y alguien me tradujo su

cartel anunciador: «Gambas del bosque, ciervo de casa, anguilas de la maleza»… pero luego esta misma persona explicó que se trataba únicamente de designaciones de adorno de los han. Las carnes vendidas eran en realidad saltamontes, ratas y tripas de serpiente. 6

Durante muchos meses mis jornadas laborales consistieron en hablar y hacer preguntas respetuosas en orden sucesivo a los muchos ministros, señores,

administradores, contables y cortesanos responsables del perfecto funcionamiento de todo el kanato mongol, de la tierra de Kitai, de la ciudad de Kanbalik y de la corte palaciega. Chingkim me presentó a la mayoría de ellos, pero él tenía su propio trabajo como wang de Kanbalik y nos dejaba para que el otro y yo o los demás personajes organizáramos nuestras reuniones como más nos conviniera. Algunos de aquellos hombres, incluyendo a señores de elevada posición, se mostraron muy acogedores con mis intereses y muy sinceros en las explicaciones de sus cargos. Otros, incluyendo a algunos simples mayordomos de palacio de rango ridículamente bajo, me consideraban como un entrometido espía y hablaban conmigo de mala gana. Pero todos tenían que recibirme, por orden expresa de su gran kan. O sea que no descuidé visitar a nadie y no permití que los interlocutores hostiles se desembarazaran de mí con entrevistas cortas o evasivas. Sin embargo debo admitir que encontré algunos trabajos más interesantes que otros, y por lo tanto pasé más tiempo con algunos que con otros.

Mi coloquio con el matemático de la corte fue especialmente breve. No he tenido nunca mucha cabeza para la aritmética, como podría atestiguar mi viejo maestro fra Varisto. El maestro Linan me recibió amistosamente, pues era el primer cortesano que yo había visto al llegar a Kanbalik, y además estaba orgulloso de sus deberes y ansioso por explicármelos, pero temo que mis mediocres respuestas frenaron bastante su entusiasmo. De hecho a lo más que llegamos fue a enseñarme un nanzhen, un instrumento de navegación marítima al estilo de Kitai.

—Ah, sí —le dije —. La aguja que señala el norte. Los capitanes de barco venecianos también las tienen. Se llaman bussola.

—Nosotros lo llamamos carruaje que va hacia el sur, y supongo que no puede compararse con vuestras toscas versiones occidentales. En Occidente todavía dependéis de un círculo dividido en sólo trescientos sesenta grados. Ésa es una burda aproximación a la verdad, introducida por algunos de vuestros primitivos antepasados que no sabían contar mejor los días del año. Nosotros los han hace tres mil años conocíamos ya la duración real del año solar. Observad que nuestro círculo está dividido según el valor exacto de trescientos sesenta y cinco grados y un cuarto. Miré, y así era. Después de contemplar un rato el círculo me aventuré a decir:

—Es un cómputo perfecto, ciertamente. Es sin duda una división perfecta del círculo. Pero ¿para qué sirve?

—¿Que para qué sirve? —preguntó horrorizado.

—Nuestro anticuado círculo occidental por lo menos puede dividirse fácilmente en cuartos. ¿Cómo puede una persona utilizando vuestro círculo llegar a trazar un ángulo recto?

Linan, con su serenidad algo descompuesta, dijo:

—Marco Polo, honorable huésped, ¿no os dais cuenta del genio encarnado en este círculo? ¿Las observaciones pacientes y los refinados cálculos que contiene? ¿Y qué sublime superioridad demuestra sobre las chapuceras matemáticas de Occidente?

—Sí, lo confieso sin problemas. Yo me limitaba a señalar su carácter poco práctico. Creo que un agrimensor se volvería loco con este círculo. Echaría a perder todos nuestros mapas. Y un constructor no podría levantar nunca una casa con esquinas correctas y habitaciones cuadradas.

El matemático perdió totalmente la serenidad y replicó bruscamente:

—Vosotros, los occidentales, sólo os preocupáis de acumular conocimientos. No os interesa adquirir la sabiduría. ¡Yo os hablo de matemáticas puras y vos me habláis de carpinteros!

Yo le contesté humildemente:

—Soy un hombre ignorante en cuestión de filosofías, maestro Linan, pero he conocido a unos cuantos carpinteros, y si vieran este círculo de Kitai, se reirían.

—¿Se reirían? —gritó Linan con voz ahogada.

Aquella persona normalmente tan juiciosa, distante y desapasionada, se dejó arrastrar a un nivel de indignación bastante interesante. Como yo tampoco carecía totalmente de prudencia me despedí de él y salí respetuosamente de sus aposentos. Bueno, aquélla fue una más de las experiencias que me hicieron dudar de la famosa inventiva de los han. Pero en una entrevista algo parecida que sostuve en el observatorio palaciego de los astrónomos, conseguí defenderme mejor, con seguridad y aplomo. El observatorio era una terraza alta del palacio, sin tejado, atiborrada de inmensos y complejos instrumentos: esferas armilares, relojes de sol, astrolabios y alidadas, todo bellamente fabricado con mármol y bronce. El astrónomo de la corte, Yamal-ud-Din, era persa, porque según me dijo todos aquellos instrumentos se habían inventado y diseñado en remotas edades en su patria, y él era el más indicado para manejarlos. Era jefe de media docena de subastrónomos, y todos ellos eran han, porque según dijo el maestro Yamal los han habían anotado escrupulosamente sus observaciones astronómicas durante más tiempo que cualquier otro pueblo. Yamal-ud-Din y yo conversamos en farsi y él me tradujo los comentarios que hacían sus colegas.

Yo empecé admitiendo francamente:

—Señores míos, la única educación que he recibido en astronomía es el relato bíblico del profeta Josué, quien para prolongar la batalla un día más hizo que el sol se detuviera en su camino a través del cielo.

Yamal me miró extrañado, pero repitió mis palabras a los seis ancianos caballeros han. Me pareció que se excitaban mucho o que se desconcertaban mucho, pues hablaron entre sí y al final me preguntaron, cortésmente:

—¿Detuvo el sol, el tal Josué? Muy interesante. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Oh, hace mucho tiempo —dije —. Cuando los israelitas luchaban contra los amorritas. Varios libros antes del nacimiento de Cristo y del inicio del calendario.

—Esto es realmente interesante —repitieron, después de mantener más consultas entre ellos —. Nuestro registro astronómico, el Shujing, se remonta a más de tres mil quinientos setenta años, y no menciona en absoluto este hecho. Cabría imaginar que un acontecimiento cósmico de esta categoría hubiese provocado algunos comentarios en el hombre de la calle, por no hablar de los astrónomos de la época. ¿Pensáis que el hecho se produjo antes de este período?

Era evidente que aquellos solemnes ancianos intentaban ocultar la consternación que sentían al verme poseedor de mayores conocimientos de astronomía histórica que ellos, por lo que cambié cortésmente de tema.

—Aunque carezco de educación formal en vuestra profesión, señores míos, tengo alguna curiosidad y he observado con frecuencia el cielo, concibiendo a partir de mis observaciones algunas teorías propias.

—¿De veras? —dijo el maestro Carnal, y después de consultar a los demás agregó —: Haced el honor de contárnoslas.

Entonces, con la debida modestia, pero sin rodeos ni equívocos, les conté una de las

conclusiones a las que había llegado: que el Sol y la Luna están más cerca de la Tierra en sus órbitas por la mañana y por la tarde que en las demás horas.

—Es fácil de comprobar, señores —dije —. Basta con que observéis el Sol cuando se levanta y cuando se pone. O mejor aún, observad la salida de la luna llena, que se puede mirar sin que sufran los ojos. Cuando asciende del otro lado de la Tierra es inmensa. Pero a medida que va subiendo disminuye, hasta alcanzar en su cenit una fracción de su tamaño inicial. He observado este fenómeno muchas veces al contemplar la salida de la Luna detrás de la laguna de Venecia. Es evidente que ese cuerpo celestial se aleja de la Tierra a medida que avanza en su órbita. La única explicación alternativa de su disminución es que se encoge a medida que avanza, y esto no puede creerse por absurdo.

—Absurdo, ciertamente —murmuró Yamal-ud-Din.

El y los subastrónomos movieron gravemente la cabeza, al parecer muy impresionados y se oyeron algunos murmullos. Finalmente uno de los sabios decidió

seguramente poner a prueba la extensión de mis conocimientos astronómicos, porque me hizo otra pregunta a través de Yamal:

—¿Qué opinión os merecen, Marco Polo, las manchas solares?

—Ah —dije satisfecho de poder contestar con prontitud —. Una desfiguración muy nociva. Desde luego, algo terrible.

—¿Esto creéis? Nosotros estamos divididos en relación al tema pues no sabemos si en el plan universal de las cosas estas manchas tienen un significado bueno o malo.

—Bueno, yo no lo llamaría precisamente malo. Pero feo sí, desde luego. Durante mucho tiempo pensé equivocadamente que todas las mujeres mongolas eran feas, hasta que vi las de palacio.

Los caballeros pusieron cara de perplejidad y me miraron parpadeando, y el maestro Yamal me preguntó algo confuso:

—¿Qué tiene esto que ver con el tema?

Yo respondí:

—Me di cuenta de que sólo las mongolas nómadas, que pasan toda su vida al aire libre, tienen la cara llena de manchas de sol y curtida como el cuero. Las damas de la corte, en cambio, más civilizadas, son…

—No, no, no —dijo Yamal-ud-Din —. Estamos hablando de manchas en el sol.

—¿Qué? ¿Manchas en el sol?

—Eso es. El polvo del desierto que sopla continuamente por estas regiones es una plaga, pero tiene por lo menos una propiedad útil. En ocasiones tapa el sol lo suficiente para poder mirarlo directamente. En distintas e independientes ocasiones y con la suficiente frecuencia para no poder dudar de lo visto, hemos descubierto que el sol aparece desfigurado, presentando manchas negras y motas en su rostro siempre tan luminoso. Yo sonreí y dije:

—Entiendo —y me puse a reír como sin duda esperaban ellos —. Es un buen chiste. Muy ingenioso, maestro Yamal. Pero, con todos los respetos, creo que ni vos ni yo deberíamos reírnos de esos pobres han.

Puso una cara todavía más desconcertada y asombrada que antes y dijo:

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Os estáis riendo de su vista. Manchas en el sol, ¡ya! Pobre gente, no es culpa suya que estén hechos así. Toda la vida tienen que mirar a través de esos apretados

párpados. No es de extrañar que vean manchas delante de los ojos. De todos modos el chiste es bueno, maestro Yamal —e inclinándome al estilo persa, y riendo todavía, salí de allí. El maestro jardinero y el maestro alfarero de palacio eran caballeros han, y cada uno supervisaba el trabajo de legiones de jóvenes aprendices han. O sea que cuando los

visité pude contemplar de nuevo un espectáculo típicamente han: la inventiva derrochada en asuntos intrascendentes. En Occidente estas ocupaciones se relegan a la servidumbre, que no tiene reparo en ensuciarse las manos, y no a personas inteligentes que podrían emplearse en cosas mejores. Pero el jardinero de palacio y el alfarero de palacio parecían orgullosos de poner su devoción y su inventiva al servicio de los abonos de jardín y del barro de alfarero. Parecían igualmente orgullosos de estar formando una nueva generación de jóvenes que dedicarían su vida de modo semejante a un trabajo vil y desaseado.

El taller del jardinero de palacio era un gran invernadero construido totalmente con panes de cristal de Moscovia. Delante de varias largas mesas sus numerosos aprendices estaban inclinados sobre cajas llenas de pequeños bulbos, como de azafrán, y hacían algo con ellos sirviéndose de diminutos cuchillos.

—Son bulbos del lirio celestial, y se preparan para plantar —explicó el maestro jardinero. (Cuando más tarde los vi florecer, reconocí por sus flores que estos lirios se llaman en Occidente narcisos.) Levantó uno de los secos bulbos y dijo —: Se hacen en el bulbo dos pequeñas incisiones muy precisas para que crezca siguiendo la forma que consideramos más atractiva para esta flor. Del bulbo brotarán dos tallos, separados, uno a cada lado. Pero luego, a medida que cada tallo eche hojas, se irán curvando de nuevo hacia dentro. De este modo las preciosas flores, cuando se abran, se inclinarán unas hacia otras como brazos a punto de abrazarse. Nosotros añadimos a la belleza de la flor la gracia de la línea.

—Un arte notable —murmuré, guardándome la observación de que para mí aquel arte no merecía dar ocupación a tanta gente.

Los talleres del alfarero de palacio, de semejantes dimensiones, estaban situados en los sótanos y se alumbraban con lámparas. Su taller no fabricaba bastos cacharros de mesa, sino obras de arte de la porcelana más fina. Me enseñó las jarras que contenían distintos tipos de arcillas y las vasijas para mezclarlos y las ruedas, hornos, jarras con colores y esmaltes, que según me dijo tenían «una composición absolutamente secreta». Luego me llevó a una mesa donde trabajaban una docena de aprendices. Cada cual tenía un vaso como un capullo de porcelana: eran unos pequeños y elegantes objetos de cuerpo bulboso, alto y estrecho cuello, pero todavía de color de arcilla. Los aprendices los estaban pintando en la fase previa a la cocción.

—¿Por qué tienen todos los chicos los pinceles rotos? —pregunté, pues cada joven manejaba un pincel de pelo fino que formaba un ángulo pronunciado con su largo

mango.

—No están rotos —dijo el maestro alfarero —. Los pinceles tienen una inclinación especial. Estos aprendices están pintando dibujos de flores, de pájaros, de bambúes, de lo que sea, guiándose puramente por el sentimiento, el instinto y el arte, y los pintan en el interior de los jarros. Cuando el artículo esté acabado la decoración resultará invisible excepto si se pone al trasluz, y entonces la porcelana blanca, delgada como un papel, dejará entrever de modo delicado, vaporoso y sutil la pintura de colores. Me condujo a otra mesa y dijo:

—Éstos son los aprendices más recientes y jóvenes, que están empezando a aprender el arte.

—¿Qué arte? —pregunté —. Están jugando con cascarones de huevo.

—-Sí. Desgraciadamente los objetos de porcelana de gran valor a veces se rompen. Estos chicos están aprendiendo a repararlos, pero como es lógico no practican con artículos valiosos. Yo cojo huevos duros, rompo los cascarones y entrego a cada chico los fragmentos mezclados de dos huevos para que separen los fragmentos y reconstruyan los dos huevos. Él debe recomponer cada cascarón con estos diminutos

remaches de bronce que veis aquí. Al aprendiz sólo se le confiará un trabajo con objetos reales de porcelana cuando haya sabido reconstruir un huevo entero, con tanto arte que parezca intacto.

En ningún lugar del mundo he visto tantos casos de personas capaces dedicando sus vidas a empresas de tan poca monta, y tanta inteligencia dedicada a fines triviales, y una habilidad y un trabajo tan enormes gastados en insignificantes actividades. Y no me refiero únicamente a los artesanos de la corte. Vi cosas muy parecidas entre los altos ministros de los niveles más elevados de la administración del kanato. El ministro de Historia por ejemplo era un caballero han de aspecto muy erudito, que dominaba muchos idiomas y que parecía haber aprendido de memoria toda la historia occidental, además de la oriental. Pero su trabajo sólo consistía en ocuparse activamente de cosas sin valor. Cuando le pregunté a qué se dedicaba en aquel momento, se levantó

de su gran pupitre de trabajo, abrió una puerta de su habitación y me mostró una estancia mucho mayor que tenía al lado. Estaba llena de pequeños pupitres muy apretados, y los escribanos, inclinados sobre ellos, trabajaban sin parar, casi tapados por los libros, rollos y legajos acumulados en sus mesas.

El ministro de Historia, que hablaba perfectamente el farsi, me dijo:

—El gran kan Kubilai decretó hace cuatro años que su reino iniciara una dinastía Yuan que abarcara los reinados consiguientes de sus sucesores. El título que escogió, Yuan, significa «la mayor» o «principal». Es decir, que ha de eclipsar a la anterior y

extinguida dinastía Jin, y a la Xia antes de ella, y a todas las demás dinastías que se remontan al inicio de la civilización en estos países. Con este fin yo estoy compilando y mis ayudantes están escribiendo una brillante historia gracias a la cual las futuras generaciones reconocerán la supremacía de la dinastía Yuan.

—Veo que se escribe mucho, ciertamente —dije mirando las inclinadas cabezas y los convulsivos movimientos de los pinceles —. Pero ¿cuánto puede escribirse? Al fin y al cabo la dinastía Yuan sólo tiene cuatro años de vida.

—Oh, anotar los hechos actuales carece de importancia —dijo en tono concluyente —. Lo difícil es volver a escribir toda la historia pasada.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Historia es historia, ministro. La historia es lo que ha pasado.

—Estáis equivocado, Marco Polo. Historia es lo que se recuerda de los hechos acaecidos.

—No veo diferencia alguna —dije —. Si por ejemplo en tal y tal año tuvo lugar una inundación devastadora del río Amarillo es probable que la inundación se recuerde, así

como también la fecha, tanto si se tomaron notas escritas del hecho como si no.

—Ah, pero no se recordarán todas las circunstancias concomitantes. Supongamos que el emperador reinante acudiera rápidamente en ayuda de las víctimas de la inundación y que las rescatara y les buscara tierras seguras, y les diera nuevos campos y las ayudara a recuperar la prosperidad. Si estas circunstancias benefactoras permanecieran registradas en los archivos como parte de la historia de aquel reino, la dinastía Yuan parecería en comparación un régimen de menor benevolencia. Por ello cambiamos la historia ligeramente, y dejamos constancia de que aquel anterior emperador se mostró insensible ante los sufrimientos de su pueblo.

—¿Y los Yuan parecen buenos en comparación? Pero supongamos que Kubilai y sus sucesores demostraran ser realmente insensibles ante tales calamidades, ¿qué sucedería entonces?

—Entonces tenemos que revisar la historia de nuevo y hacer a los anteriores monarcas más duros de corazón. Creo que ahora os estáis dando cuenta de la importancia de mi trabajo y de la diligencia y creatividad que exige. No es una labor para una persona

indolente, o estúpida. Escribir la historia no es anotar simplemente los acontecimientos diarios, como en un cuaderno de bitácora. La historia es un proceso fluido, y la obra de un historiador no acaba nunca.

Yo le dije:

—Los acontecimientos históricos pueden describirse de distintos modos, ¿pero y los acontecimientos actuales? Por ejemplo en el año del Señor mil doscientos setenta y cinco, Marco Polo llegó a Kanbalik. ¿Qué más puede decirse de esta insignificancia?

—Si realmente es una insignificancia —dijo el ministro sonriendo —, hay que mencionarla en la historia. Pero podría resultar más tarde que esta insignificancia tuviera relieve. Por ello yo tomo nota de ella, y espero un tiempo para saber si conviene inscribirla en los archivos como un motivo de satisfacción o de tristeza.

Volvió a su pupitre, abrió una gran carpeta de cuero y pasó revista a los papeles de su interior. Cogió uno de ellos y leyó lo siguiente:

—En la hora de Xu del sexto día del séptimo mes, en el año del Cerdo, el año tres mil novecientos setenta y tres del calendario han, del año cuarto de Yuan, regresaron de la ciudad occidental de Weinisi a la ciudad del kan los dos forasteros, Poluo Niklo y Poluo Mahfyo, trayendo consigo un tercero y más joven Poluo Mage. Queda por ver si este joven hará algún bien a Kanbalik con su presencia —me miró maliciosamente de reojo y adiviné que ya no leía del papel —o si acabará siendo un estorbo, entrometiéndose con los ocupados funcionarios e interrumpiendo sus deberes actuales.

—Me voy —dije riendo —. Sólo una última pregunta, ministro. Si vos podéis escribir una historia nueva en su totalidad, ¿no podría también otra persona reescribir la vuestra?

—Desde luego —dijo —. Y alguien lo hará. —Parecía sorprendido de que hubiese hecho la pregunta —. Cuando la anterior dinastía Jin era nueva, su primer ministro de Historia volvió a escribir todo lo que se había hecho antes, para que el período Jin pareciera la edad de oro de todos los tiempos. Pero las dinastías nacen y desaparecen; la dinastía Jin duró sólo ciento diecinueve años. Podría ser muy bien que la dinastía Yuan y todo mi trabajo aquí —movió el brazo señalando su habitación y la otra, llena de escribas —, dure menos que mi propia vida.

Me fui, pues, resistiendo la tentación de proponer al ministro que dejara de ejercer su erudición y ciencia, y empleara mejor sus músculos ayudando a amontonar los bloques de kara para la nueva colina que se estaba construyendo en los jardines del palacio. Era menos probable que las futuras generaciones desmantelaran aquella colina en lugar de desmantelar el montón de falsedades que estaba amontonando en los archivos de la capital.

Yo estaba ya llegando a la conclusión de que muchos grandes hombres se dedicaban a asuntos de muy poca importancia, pero no la confié inmediatamente al gran kan durante mi audiencia de aquella semana. Sin embargo él mismo empezó a hablar sobre un tema bastante similar. Al parecer había ordenado recientemente que se

hiciera un recuento de los diversos y numerosos santos varones que habitaban por aquel entonces Kitai y el resultado le había disgustado.

—Sacerdotes —gruñó —. Lamas, monjes, nestorianos, malangs imanes, misioneros. Todos pretenden formar congregaciones de fieles sobre las cuales cebarse. No me preocuparía mucho si sólo se dedicaran a predicar sermones y a pasar luego sus cuencos de limosna. Pero cuando se han ganado unos cuantos fieles, ordenan a los ilusos y desgraciados prosélitos que desprecien y detesten a toda persona que prefiera otra fe. Sólo el budismo de entre todas las religiones que se están propagando ahora, se muestra tolerante con las demás. Yo no deseo imponer ni oponerme a ninguna religión, pero estoy pensando seriamente en proclamar un edicto contra los predicadores. En mi ukaz dispondré que el tiempo dedicado ahora por los predicadores a sus pequeños ritos, vociferaciones,

plegarias, evangelismos y meditaciones lo dediquen a aplastar moscas con un mosqueador. ¿Qué opinas, Marco Polo? Sin duda contribuirían con una eficacia incalculablemente mayor a convertir este mundo en un lugar más acogedor.

—Creo, señor, que los predicadores se ocupan principalmente del mundo futuro.

—¿Y bien? Si mejoran este mundo ganarán méritos para el mundo futuro. Kitai está

invadido por moscas pestilentes y por hombres que se proclaman a sí mismos santos. Yo no puedo abolir las moscas con un ukaz. ¿Pero no te parece buena idea destinar a los santos a matar moscas?

—Últimamente, señor, he reflexionado y he visto, efectivamente, que una gran proporción de personas no están bien empleadas.

—La mayoría de las personas están mal empleadas, Marco —dijo Kubilai enfáticamente

—y no realizan trabajos dignos de personas. En mi opinión sólo los guerreros, obreros, exploradores, artesanos, artistas, cocineros y médicos se merecen la estima general, porque hacen cosas, las descubren, las fabrican o las conservan. Todos los demás hombres son basureros y parásitos que dependen de los activos y constructivos. Los funcionarios del gobierno, consejeros, comerciantes, astrólogos, cambistas, agentes, escribanos, llevan a cabo una actividad y la llaman acción. Lo único que hacen es cambiar cosas de lugar, y generalmente cosas que no pesan más que un trozo de papel, o sólo viven para dirigir comentarios, consejos o críticas a los que hacen y fabrican cosas. Se detuvo un momento, frunció el ceño y casi escupió:

—Vaj! ¿Qué soy yo desde que bajé de mi caballo? Ya no levanto ninguna lanza, sólo un sello yin para confirmar mi aprobación o desaprobación. Sinceramente debería incluirme a mí entre los hombres ocupados que no hacen nada. Vaj!

Desde luego en esto estaba totalmente equivocado.

Yo no era ningún experto en monarcas, pero desde hacía mucho tiempo, desde que había leído El Libro de Alejandro, consideraba a este gran conquistador como mi soberano ideal. Desde entonces había conocido a unos cuantos gobernantes reales, vivientes, y me había formado algunas opiniones sobre ellos: Eduardo, ahora rey de Inglaterra, que me había parecido un simple soldado cumpliendo con su deber y jugando a príncipe; el miserable gobernador armenio Hampig; el sha de Persia Zaman, un marido zerbino dominado por sus mujeres que llevaba hábitos reales; y el ilkan Kaidu, que ni siquiera pretendía ser más que un bárbaro señor de la guerra. Sólo el último gobernante a quien había conocido, el gran kan Kubilai, se acercaba algo a mi ideal imaginado.

No era tan bello como el Alejandro retratado en las figuras iluminadas del Libro ni tan joven. El gran kan tenía casi el doble de la edad de Alejandro al morir; pero también gracias a esto tenía un imperio cuyo tamaño era tres veces superior al que conquistó

Alejandro. Y en otros aspectos Kubilai se acercaba más a mi ideal clásico. Yo pronto había aprendido a temer y respetar su poder tiránico y su propensión a los juicios y decisiones repentinos, amplios, incondicionales e irrevocables (todos sus decretos publicados finalizaban así: «¡El gran kan ha hablado; temblad, todos los hombres, y obedeced!»), pero hay que reconocer que este poder ilimitado y el impetuoso ejercicio de este poder son en definitiva atributos normales de un monarca absoluto. Alejandro también los manifestó.

En años posteriores algunos me han llamado «embustero y comediante», negándose a creer que un simple Marco Polo pudiera haber mantenido ni siquiera un remoto contacto con el hombre más poderoso del mundo. Otros me han calificado de «sicofanta servil»

despreciándome como si yo defendiera a un dictador brutal.

Entiendo que sea difícil creer que el alto y poderoso kan de todos los kanes hubiese prestado por un momento su atención a un forastero de poca categoría como yo, y

menos que le hubiese dado su afecto y su confianza. Pero lo cierto es que el gran kan estaba situado tan por encima de todos los demás hombres, que a sus ojos, señores, nobles, plebeyos y quizá incluso esclavos parecían estar al mismo nivel y compartir características indistinguibles. Que se dignara tenerme en cuenta no era más notable que dignarse a prestar atención a sus ministros más cercanos. Además, si se recuerda el origen humilde y distante de los mongoles, Kubilai era tan forastero como yo en las exóticas regiones de Kitai.

En cuanto a mi supuesta actividad de sicofanta, es cierto que no he sufrido personalmente ninguno de sus caprichos y arrebatos. Es cierto que se encariñó

conmigo y que me confió tareas de responsabilidad y que me convirtió en su confidente íntimo. Pero no por ese motivo continúo yo defendiendo y alabando al gran kan, sino porque gracias a mi estrecho trato con él pude ver mejor que otros que ejercía su vasta autoridad tan sabiamente como podía. Incluso cuando actuaba despóticamente lo hacía siempre como medio para alcanzar un fin que consideraba justo, no simplemente oportuno. Al contrario de la filosofía expresada por mi tío Mafio, Kubilai era tan malo como debía y tan bueno como podía.

El gran kan tenía a su alrededor capas, círculos y envolturas de Ministros, consejeros y otros funcionarios, pero no permitió nunca Rué lo apartaran de su reino, de sus súbditos o que desviasen su escrupulosa atención a los detalles del gobierno. Kubilai, como le había visto hacer en el Cheng, podía delegar a los demás algunas cuestiones menores, incluso los aspectos preliminares de algunas gestiones de más monta, pero en todo lo importante tenía siempre la última palabra. Podría compararlo, a él y a su corte, a las flotas de naves que vi por primera vez en el río Amarillo. El gran kan era el chuan, el mayor navío sobre el agua, guiado por un único y firme timón que asía con mano única y firme. Los ministros de su corte eran las gabarras, los sanban, que llevaban y traían cargas del chuan insignia, y que hacían los recados menores en aguas más tranquilas. Un solo ministro, el árabe Achmad, primer ministro, vicerregente y ministro de Finanzas, podía compararse al esquife huban de quilla sesgada, hábilmente diseñada para salvar las curvas, que daba continuamente vueltas sobre su eje y se mantenía siempre en aguas seguras cerca de la orilla. Pero ya hablaré a su debido tiempo de Achmad, ese hombre tan retorcido como un bote huban.

Kubilai, como el fabuloso prétre Zuáne, tenía que regir un conglomerado de naciones diversas y de disparatados pueblos, muchos hostiles entre sí. Kubilai, como Alejandro, intentaba fusionarlos discerniendo las ideas, logros y cualidades más admirables de todas estas variadas culturas para diseminarlos en todas direcciones en bien de sus diferentes pueblos. Desde luego, Kubilai no era un santo como el prétre Zuáne, ni siquiera era cristiano, o devoto de los dioses clásicos, como Alejandro. Kubilai, durante el tiempo que le conocí, no reconoció a ninguna deidad excepto al dios mongol de la guerra Tengri y a algunos ídolos mongoles menores como el dios doméstico Nagatai. Estaba interesado en otras religiones, y en un momento u otro estudió muchas de ellas, esperando encontrar la mejor, que pudiese beneficiar a sus súbditos y servir como una fuerza unificadora más. Mi padre y mi tío le instaron repetidamente a que adoptara el cristianismo, y los enjambres de misioneros nestorianos no cesaron nunca de predicarle su variante herética de cristianismo, y otros hombres defendieron ante él la opresiva religión del Islam, el budismo, idólatra y sin dios, las varias religiones peculiares de los han, incluso el nauseabundo hinduismo de la India.

Pero nadie pudo persuadir al gran kan de que el cristianismo fuera la única fe verdadera, ni nunca encontró otra fe a la cual favorecer. En una ocasión dijo, y no recuerdo si era en un momento de diversión, de exasperación o de disgusto:

—¿Qué diferencia hay entre dioses? Dios es solamente una excusa para lo divino.

Quizá al final se convirtió en lo que un teólogo llamaría pirrónico escéptico, pero tampoco obligó a nadie a seguir su incredulidad. En este aspecto siempre se mantuvo liberal y tolerante, y dejó que cada cual creyera en lo que quisiese y adorara a su gusto. Hay que admitir que la ausencia de todo tipo de religión en Kubilai le dejó carente de guía en dogma y doctrina, libre para adoptar ante las virtudes y vicios más fundamentales la actitud más estricta o más liberal que le apeteciera. De este modo sus nociones de caridad, compasión, amor fraterno y otras cuestiones semejantes a menudo estaban reñidas terriblemente con las de hombres de arraigada ortodoxia. Yo mismo, aunque no soy un dechado de principios cristianos, a menudo estaba en desacuerdo con sus preceptos o me horrorizaba la aplicación que hacía de ellos. A pesar de todo, nada de lo que hizo Kubilai, por mucho que pudiera deplorarlo en su momento, disminuyó mi admiración por él o mi lealtad hacia él, o mi convicción de que el kan Kubilai era el supremo soberano de nuestro tiempo.

7

En días, semanas y meses subsiguientes obtuve audiencia con cada uno de los ministros, consejeros y cortesanos de cuyos despachos he hablado ya en estas páginas, y con muchas otras personas de rango alto o bajo, cuyos títulos quizá no he mencionado todavía: los tres ministros de Agricultura, Pesca y Ganadería, el jefe de la excavación del Gran Canal, el ministro de Caminos y Ríos, el ministro de Naves y Mares, el chamán de la corte, el ministro de Razas Menores, y muchos más. Salí de cada audiencia sabiendo nuevas cosas interesantes, útiles o edificantes, pero no voy a contarlas todas. Salí desconcertado de una de las entrevistas, y lo propio le sucedió al ministro correspondiente. Era un señor mongol llamado Amursama, ministro de Caminos y Ríos, y el desconcierto llegó de la manera más inesperada, mientras él discutía una cuestión realmente prosaica: el servicio postal que estaba organizando en todo Kitai.

—En todas las rutas, tanto mayores como menores, he mandado construir a intervalos de setenta y cinco li casas confortables y las localidades más cercanas tienen la responsabilidad de proveerlas de buenos caballos y adecuados jinetes. Cuando convenga transportar rápidamente un mensaje o un paquete en cualquier dirección, un jinete se encargará de llevarlo a galope tendido de una posta a la siguiente. Allí entregará la misiva a un nuevo jinete que estará ya ensillado y esperando. Éste partirá al galope hasta la posta siguiente y así sucesivamente. De una madrugada a la siguiente una cadena de jinetes pueden transportar una ligera carga a la distancia que una caravana ordinaria tardaría veinte días en cubrir. Además, los bandidos dudarán en atacar a un emisario conocido del kanato, por lo que las entregas serán seguras y de confianza. Más tarde comprobé que eso era cierto, cuando mi padre y tío Mafio empezaron a prosperar en sus empresas comerciales. Normalmente convertían sus ganancias en piedras preciosas que podían transportarse en un paquete pequeño y ligero. Utilizaban las postas de caballos del ministro Amursama y enviaban los

paquetes por todo el trayecto de Kitai a Constantinopla, donde mi tío Marco los depositaba en los confines de la Compagnia Polo.

El ministro continuó diciendo:

—Además ocasionalmente puede ocurrir algo insólito o importante en las regiones donde estoy instalando estas postas: una inundación, una rebelión, o alguna maravilla que convenga comunicar, y por ello también he mandado instalar cada diez li aproximadamente una estación menor para mensajeros a pie. De este modo desde cualquier lugar del reino habrá una distancia de menos de una hora hasta la estación más

próxima, y los mensajeros continuarán por relevos hasta que uno alcance la posta más cercana, donde las noticias puedan transmitirse más lejos y con mayor celeridad. Actualmente estoy organizando el sistema en todo Kitai, pero con el tiempo acabará

funcionando en todo el kanato, y traerá noticias o cargas importantes desde la frontera más lejana, la de Polonia. Este servicio es ya tan eficiente que una marsopa blanca pescada en el lago Dongting, a más de dos mil li de aquí hacia el sur, puede cortarse, empaquetarse en alforjas llenas de hielo y llegar a la cocina del gran kan cuando todavía está fresca.

—¿Un pescado? —pregunté respetuosamente —. ¿Es un pescado una carga importante?

—Éste sólo vive en un lugar, en este lago de Dongting, y no se deja pescar fácilmente, por lo que se reserva para el gran kan. Es un gran manjar de mesa, a pesar de su enorme fealdad. La marsopa blanca es del tamaño de una mujer, tiene una cabeza de pato, un morro como el pico de un pato, y sus ojos sesgados son lamentablemente ciegos. Pero es pez sólo por culpa de un conjuro.

Yo parpadeé y pregunté:

—Uu?

—Sí, cada marsopa desciende de una princesa de lejanos tiempos que se transformó por arte de encantamiento en una marsopa después de ahogarse en ese lago a causa… a causa… de un amor trágico…

Me extrañó que un vigoroso y brusco mongol como todos empezara a balbucear como un escolar. Le miré y vi que su rostro antes de color marrón estaba profundamente ruborizado. Él evitó mi mirada y trató torpemente de cambiar de tema. Luego recordé

quién era él y probablemente enrojecí también yo por simpatía, busqué alguna excusa para finalizar la entrevista y me retiré. Había olvidado totalmente que el ministro

Amursama era el noble que después de descubrir a su esposa en adulterio había recibido la orden de estrangularla con su propio esfínter, Muchos residentes de palacio tenían curiosidad por conocer los detalles horripilantes del cumplimiento de esta orden por parte de Amursama, pero tenían reparos en plantear el tema en su presencia. Sin embargo se decía que el mismo Amursama tropezaba continuamente con hechos que le recordaban el tema, le sumían en un embarazoso silencio y ponían a todos los que le rodeaban en una situación igualmente incómoda.

Bueno, la cosa era comprensible. Lo que no pude comprender era que otro ministro que estaba tratando también conmigo un tema prosaico de pronto se mostrara igualmente desolado y evasivo. Era Bao Neihe, el ministro de Razas Menores. (Como ya he dicho el pueblo han es mayoritario en todas partes, pero en Kitai y en los territorios meridionales que formaban el Imperio Song, hay unas sesenta nacionalidades más.) El ministro Bao me contó de modo prolijo y tedioso que su tarea consistía en asegurar que todos los pueblos minoritarios de Kitai disfrutaran de los mismos derechos que la mayoría han. Fue una de las disquisiciones más aburridas que recuerdo, pero el ministro Bao la pronunció en farsi, pues su cargo le obligaba a ser políglota, y yo no entendía que contarme todo aquello pudiera ponerle tan nervioso hasta el punto de interrumpir continuamente su discurso con «errs», «uhs» y «ejems».

—Incluso los er, conquistadores mongoles son, uh, pocos comparados con nosotros, los han —dijo —. Las ejem, nacionalidades minoritarias son menos numerosas todavía. En las, er, regiones occidentales, por ejemplo, hay los, uh, llamados uighures y los, ejem, uzbekos, kirguises, kazhakos y, er, tazhikos. Aquí en el, uh, norte encontramos también a los, ejem, manchúes, los tunguses, los hezne. Y cuando el, er, kan Kubilai complete su, uh, conquista del, ejem, Imperio Song, absorberá todas las demás, er, nacionalidades que hay allí. Los, uh, naxi y los miao, los puyi, los chuang. También, ejem, el turbulento pueblo yi que puebla la, er, entera provincia de Yunnan y en, uh, el lejano suroeste…

Continuó su discurso en este tono y yo me hubiera puesto a dormir, si mi mente no estuviera ocupada filtrando los «er», «uh» y «ejem». Pero incluso después de hacerlo me pareció el discurso muy seco, sin nada vergonzoso o siniestro que obligara a refugiarse en una masa de excrecencias vocales. No acababa de explicarme por qué el ministro Bao hablaba de modo tan vacilante. Tampoco sabía por qué aquella oratoria coja despertaba de tal modo mis sospechas. Pero así era. Él estaba diciendo algo que yo no debía entender. Estaba seguro de esto. Y resultó que mis sospechas fueron ciertas. Cuando conseguí desprenderme de él aquel día, volví a mis habitaciones y al ropero donde había dejado que Narices instalara su jergón y su aposento. En aquel momento estaba durmiendo, aunque sólo estábamos a media tarde. Le sacudí y le dije:

—Veo que no tienes suficiente trabajo, esclavo chapucero, y he decidido encomendarte una tarea.

En los últimos tiempos la vida de aquel esclavo era realmente bastante indolente. Mi padre y mi tío no le necesitaban para nada y habían dejado sus servicios para mí. Pero las doncellas Buyantu y Biliktu me servían tan bien que yo sólo recurría a Narices cuando necesitaba por ejemplo que me comprara modelos de ropa al estilo de Kitai o que mantuviera mi guardarropía bien provisto y en buen estado o cuando en ocasiones le pedía que cuidara y ensillara un caballo. En los intervalos era más bien raro que Narices se dedicara a moverse por el lugar o a hacer diabluras. Parecía haber cambiado sus antiguos hábitos y su curiosidad natural. Pasaba la mayor parte de su tiempo en aquel cuarto, excepto cuando se aventuraba hasta las cocinas del palacio para buscar comida o cuando yo le invitaba a cenar conmigo en mis habitaciones. No se lo permitía a menudo, porque era evidente que las chicas se sentían repelidas por su aspecto y no les gustaba representar el papel de mongoles sirviendo a un simple esclavo. Se despertó en aquel momento y gruñó:

—¡Bismillah, mi amo! —y bostezó con tanta fuerza que incluso su terrible agujero nasal parecía abrirse más aún.

Yo le dije severamente:

—Aquí estoy yo, ocupado todo el día, mientras mi esclavo dormita. Me han encargado que calibre a los cortesanos del gran kan conversando cara a cara con ellos, pero creo que tú podrías conseguir mejores resultados a espaldas suyas.

—¿Queréis, mi amo, que fisgonee entre sus sirvientes y ayudantes? —murmuró Narices -

. Pero, ¿cómo? Soy un extranjero y un recién llegado, y mi dominio del idioma mongol todavía es imperfecto.

—Hay muchos extranjeros entre el personal doméstico. Prisioneros tomados de todos los países. Las conversaciones de los criados entre bastidores forman sin duda una Babel de lenguas. Y sé muy bien que tu nariz sabe captar muy bien las habladurías y los escándalos.

—Me siento honrado de vuestra confianza, mi amo, pero…

—No te pido nada, te lo ordeno. A partir de ahora pasarás todo tu tiempo libre, del cual dispones en abundancia, mezclándote con los criados y con los demás esclavos.

—Sinceramente, mi amo, debo confesaros que me da miedo pasearme por estas salas. Podría caer en los dominios del acariciador.

—No me busques excusas o te llevaré allí yo mismo. Escúchame. A partir de hoy cada noche nos reuniremos y me repetirás todos los chismorreos que hayas podido oír durante el día.

—¿Sobre cualquier tema? ¿Todo lo que dicen? La mayor parte son tonterías sin importancia.

—Todo. Pero en este momento tengo especial interés en enterarme de todo lo referente al ministro de Razas Menores, el señor han llamado Bao Neihe. Cuando puedas centrar

sutilmente la conversación en este tema, hazlo. Pero sutilmente. Mientras tanto quiero enterarme de todo lo que oigas. Es imposible saber de antemano los comentarios que podrían interesarme.

—Amo Marco, debo formular de entrada una respetuosa objeción. Ya no soy tan guapo como antes, cuando podía seducir incluso a una princesa para que me confiara sus más íntimos…

—¡Basta ya de mentiras estúpidas! Narices: tú y todo el mundo sabe que siempre has sido monstruosamente feo, y que ni siquiera has llegado a tocar el dobladillo de la túnica de una princesa.

Pero él no se dejó amilanar:

—Por otra parte tenéis bajo vuestras órdenes a dos bellas doncellas que podrían emplear fácilmente su hermosura en sacar información de cualquiera. Están mucho mejor equipadas para recibir confidencias…

—Narices —dije con paciencia —. Harás de espía porque yo te lo digo, y no necesito darte más explicaciones. Sin embargo debo decirte sólo una cosa. Aunque al parecer no has pensado en ello, puedo comunicarte que muy probablemente estas dos doncellas están espiando lo que yo hago, siguiendo mis menores movimientos e informando de ellos. Recuerda que fue el hijo del gran kan quien me dio las chicas, obedeciendo órdenes suyas.

Cuando hablaba de ellas a los demás siempre las llamaba «las chicas», porque sus nombres juntos eran demasiado largos y no las llamaba «las criadas» porque para mí

eran algo más que eso, pero tampoco quería darles el nombre de «concubinas» porque me parecía un término ligeramente despreciativo. Sin embargo en privado las llamaba separadamente Buyantu y Biliktu, pues pronto había aprendido a distinguirlas. Cuando iban vestidas eran idénticas, pero yo reconocía ya gestos y expresiones individuales de cada una. Cuando iban desnudas continuaban teniéndolo todo igual, incluso los hoyuelos de las mejillas, los hoyuelos de los codos y unos hoyuelos especialmente atractivos a ambos lados de la base de su columna vertebral, pero a pesar de ello eran más fácilmente identificables. Biliktu tenía una salpicadura de pecas en el abombamiento inferior de su pecho izquierdo y Buyantu una diminuta cicatriz en la parte superior del muslo derecho debido a algún accidente infantil. Tomé nota de estas señales en la primera noche que pasamos juntos, y de otras cosas

también. Las chicas tenían hermosas formas y al no ser musulmanas todas sus partes privadas estaban completas. En general estaban hechas como otras mujeres maduras que yo había conocido, excepto que sus piernas eran algo más cortas y tenían una curva menos pronunciada en la cintura que, por ejemplo, las mujeres venecianas y persas. Pero la diferencia más intrigante en relación a las mujeres de otras razas era su pelo inguinal. Tenían el normal triángulo oscuro en el lugar usual, lo llamaban hanmao,

«estufita», pero no era un mechón ensortijado ni espeso. Por un capricho de la naturaleza, las mujeres mongoles, por lo menos las que he conocido, tienen un blasón excepcionalmente liso; el pelo les queda allí tan aplanado y liso como la pelusa de un gato. Cuando yo en ocasiones anteriores había estado en la cama con una mujer a veces me divertía (y la divertía) enredar mis dedos en su estufita y enrollar sus pelos; con Buyantu y Biliktu me limitaba a pasar la mano por encima de ella y acariciarla como si fuera un gatito (y ellas ronroneaban igual).

En la primera noche que pasé en mis apartamentos privados, las mellizas me indicaron con toda claridad que deseaban que me llevara a la cama a una de ellas. Cuando me bañaron ellas también se desnudaron y se bañaron conmigo, y lavaron con todo cuidado mi dandian y el suyo, nuestros «puntos rosados», nuestras partes privadas. Después de espolvorearme y de espolvorearse con fragantes polvos, se pusieron saltos de cama de

seda tan fina que sus estufitas se transparentaron claramente, y la chica que más tarde identifiqué como Buyantu me preguntó directamente:

—¿Quieres que tengamos hijos de ti, amo Marco?

Yo exclamé involuntariamente:

—¡Dio me varda, no!

Ella no podía entender las palabras, pero sin duda comprendió el significado, porque asintió y dijo:

—Nos hemos procurado semillas de helécho, que son el mejor preventivo de la concepción. Como sabéis, las dos tenemos la categoría de veintidós quilates, y desde luego somos vírgenes. Hemos pasado toda la tarde pensando cuál de las dos tendrá el honor de que nuestro guapo y nuevo amo la haga primero qingdu chukai, la despierte primero a la condición adulta de mujer.

Bien, me gustó que no estuvieran temiendo el acontecimiento como tantas vírgenes. Parecía de hecho que hubiesen estado disputándose, de modo fraterno, la precedencia, porque Buyantu añadió:

—Resulta, amo mío, que yo soy la mayor de las dos.

Biliktu se echó a reír y me dijo:

—Sólo por unos minutos, según nuestra madre. Pero toda la vida la hermana mayor ha reclamado los privilegios correspondientes.

Buyantu se encogió de hombros y dijo:

—Una de las dos tendrá la primera noche, y la otra esperará la segunda. Si no deseáis elegir vos mismo, podemos echarlo a pajitas.

Yo respondí con aire satisfecho:

—No tengo la menor intención de dejar el placer al azar. Ni de discriminar entre dos atracciones tan irresistibles. Las dos seréis las primeras. Buyantu me respondió:

—Somos vírgenes, pero no ignorantes.

—Ayudamos a criar a nuestros hermanos pequeños —dijo Biliktu.

—Y cuando os bañamos comprobamos que vuestro dandian estaba equipado normalmente —dijo Buyantu —. Es más grande que el de los niños, desde luego, pero no está multiplicado.

—Por lo tanto —dijo Biliktu —, sólo podéis estar con una a la vez. ¿Cómo podéis asegurar que las dos tendremos precedencia?

—La cama es muy espaciosa —dije —. Nos metemos los tres en ella y…

—¡Esto sería indecente!

Ambas parecían tan escandalizadas que yo sonreí:

—Vamos, vamos. Es bien sabido que los hombres a veces retozan con más de una mujer a la vez.

—Pero… pero se trata de concubinas de mucha experiencia, que ya han superado la modestia, y que no tienen entre sí una relación embarazosa. Amo Marco, somos hermanas, y éste es nuestro primer jiaogou, y queremos… es decir, no podemos… en presencia una de la otra…

—Os prometo —les dije —que lo encontraréis tan normal como bañaros juntas. Además os prometo que pronto dejaréis de preocuparos por cuestiones de decoro. Y las dos disfrutaréis tanto con el jiaogou que no sabréis cuál ha sido la primera, ni os importará. Dudaron un momento. Buyantu frunció el cejo en un bello gesto de contemplación. Biliktu se mordió meditativamente el labio inferior. Luego se miraron de reojo furtivamente. Cuando sus miradas se cruzaron, enrojecieron tanto que sus transparentes saltos de cama se volvieron rojos hasta la altura del pecho. Luego se

echaron a reír, de modo algo tembloroso, pero no pusieron más objeciones. Buyantu sacó de un cajón una

ampolla de semillas de helecho, y ella y Biliktu se volvieron de espaldas a mí mientras cogían un pellizco de esta fina semilla, casi un polvo, y con un dedo la insertaban en lo hondo de su cuerpo. Luego me dejaron que cogiera a cada una con una mano, que guiara a las dos hasta la invitadora cama y que las continuara guiando luego más allá. Recordé mi experiencia juvenil en Venecia y recurrí a los modos musicales que había aprendido de dona Ilaria y que luego había refinado practicando con la pequeña Doris. Conseguí de este modo que la iniciación de estas vírgenes fuera también para ellas un recuerdo agradable, algo transcurrido no sólo sin muecas de dolor sino con genuina alegría. Al principio cuando yo pasaba de Buyantu a Biliktu y viceversa no tenían los ojos puestos en mí sino que cada una los fijaba en los de la otra, y era evidente que se esforzaban en no dar ninguna respuesta visible ni audible a mis servicios, para que la otra no considerara inmodesta a la una. Pero yo continué trabajándolas delicadamente con los dedos, los labios y la lengua, incluso con mis pestañas y al final cerraron los ojos, cada cual ignoró la presencia de la otra y se entregaron a sus propias sensaciones. Debo indicar que el jiaogou de aquella noche, mi primera actividad de este tipo en Kitai, tuvo un carácter especialmente picante, debido a los fantásticos términos que los han aplican a todas las partes del cuerpo humano. Como ya había tenido ocasión de saber, «joya roja» puede referirse a las partes en general, tanto del hombre como de la mujer. Pero la expresión suele reservarse para el órgano masculino, mientras que el de la mujer es el «loto» y sus labios son sus «pétalos», y lo que yo antes llamaba lumaghéta o zambur es la «mariposa entre los pétalos del loto ». La parte posterior de la mujer es su «luna tranquila» y su delicado valle la «grieta en la luna». Sus pechos son sus «viandas impolutas de jade» y sus pezones son sus «estrellitas». De este modo tocando, acariciando, cosquilleando, probando, mesando, mordisqueando de modo variado y hábil las viandas de jade, las flores, los pétalos, las lunas, las estrellas y las mariposas, conseguí que ambas mellizas alcanzaran de modo maravilloso y simultáneo su primera culminación del jiaogou. Luego, antes de que pudieran darse cuenta de los descarados cantos y movimientos que habían ejecutado para llegar hasta allí y para que no se turbaran mutuamente, hice más cosas para que alcanzaran otra nueva cima. Las chicas estaban aprendiendo rápidamente y ansiaban participar de nuevo en la escalada, o sea que dejé de lado mis propias y urgentes necesidades y me dediqué

enteramente a sus placeres. En ocasiones una de las chicas se paseaba sola por las altas cimas y su hermana la miraba, y miraba mi actuación con una sonrisa maravillada e interrogante. Luego le tocaba a ella, mientras la otra miraba y aprobaba. Cuando las dos chicas se hubieron deslumbrado con las sensaciones que acababan de descubrir y estuvieron encantadas con ellas, y bien humedecidas con sus propias secreciones, las puse simultáneamente en un estado de auténtico frenesí, y mientras se olvidaban de todo excepto de su propio éxtasis, penetré primero en una, luego en la otra, de modo fácil y agradable tanto para mí como para ellas, y continué

entregándome a la una y a la otra, de modo que no recuerdo en qué orden ni en qué melliza hice el primer spruzzo. Después de esta primera tríada, musicalmente perfecta, dejé que las chicas descansaran un rato, jadeando y sudando de felicidad, sonriéndome a mí y sonriéndose la una a la otra. Cuando Biliktu y Buyantu hubieron recuperado el aliento empezaron a bromear en voz alta y a reírse de sus anteriores tonterías sobre la modestia y el decoro. Entonces, libres de toda represión, hicimos muchas cosas más, y con más tranquilidad, de modo que si una chica no participaba activamente podía disfrutar por cuenta ajena mirando y ayudando a los otros dos. Pero no descuidé a ninguna de las dos durante mucho rato. Al fin y al cabo las princesas Magas y Shams me habían enseñado que se puede satisfacer perfectamente a dos mujeres a la vez y satisfacerse uno al mismo tiempo. Desde luego me resultó más agradable hacerlo con estas mellizas mongoles, porque ninguna de ellas

tenía que permanecer invisible durante la actuación. De hecho antes de que hubiese transcurrido la noche ambas habían echado por la borda todo vestigio de gazmoñería, y estaban muy dispuestas a que yo o la otra mirara su dandian más íntimo, y a que sus puntos rosa y el mío hicieran o se les hiciera todo lo imaginable, en cualquier variación que pudiera ocurrírseme.

Es decir, que nuestra primera noche juntos fue un éxito completo y la precursora de muchas otras noches semejantes, a las cuales aplicamos todavía más inventiva y acrobacia. Me sorprendió incluso a mí comprobar el número de combinaciones que pueden ejecutar tres personas en lugar de dos. Las mellizas, que eran en todo tan idénticas, se diferenciaban en una cuestión fisiológica: sus jinggi, sus aflicciones menstruales se alternaban ordenadamente. O sea que durante unos cuantos días cada dos semanas más o menos, yo disfrutaba de un emparejamiento ordinario con una sola mujer, mientras la otra dormía aparte y mohína, llena de celos. Sin embargo, aunque yo era joven y ardiente, tenía determinados límites físicos, y también otras ocupaciones que exigían toda mi fuerza, resistencia, y atención. Al cabo de un par de meses empecé a encontrar bastante debilitador lo que las mellizas llamaban xingyu o «dulces deseos», y lo que yo llamaba apetitos insaciables. Les dije entonces que mi participación no siempre era necesaria, y les hablé del «himno del convento», como lo había llamado dona Ilaria. Cuando Buyantu y Biliktu se enteraron de que una mujer podía manipular sus propios pétalos, estrellas, etc., pusieron la misma cara escandalizada que la primera noche. Cuando les conté lo que en una ocasión me había confiado la princesa Magas, cómo desahogaba y gratificaba a las mujeres abandonadas del anderun del sha Zaman, las mellizas se escandalizaron todavía más y Buyantu exclamó:

—¡Esto sería una indecencia!

Yo contesté suavemente:

—En otra ocasión, también os quejasteis de indecencia, y creo que os equivocasteis.

—Pero, que una mujer lo haga a otra mujer… ¡Un acto de gualil ¡Eso sería realmente indecente!

—Creo que tendrías razón si una de las dos o las dos fuerais viejas o feas. Pero vosotras sois mujeres bellas y deseables. No veo que no podáis vosotras dos encontrar tanto placer como yo encuentro en vosotras.

Las chicas volvieron a mirarse de reojo la una a la otra, y de nuevo se ruborizaron al hacerlo, y luego soltaron una risita, algo descarada, algo culpable. Sin embargo tuve que insistir más tiempo hasta conseguir que se echaran desnudas sobre la cama, sin estar yo en medio, y que me dejaran sentarme a su lado totalmente vestido instruyéndolas y guiándolas en sus movimientos. Estaban tensas y no muy dispuestas a hacerse mutuamente lo que me dejaban hacer a mí sin reparos. Pero cuando les hice repasar el himno de las monjas, nota por nota, por así decirlo, moviendo suavemente los dedos de Buyantu para que acariciaran a Biliktu en ese punto, moviendo suavemente la cabeza de Biliktu para que sus labios se posaran sobre Buyantu en ese otro punto, me di cuenta de que empezaban a excitarse a pesar suyo. Y después de tocar la música un rato bajo mi dirección empezaron a olvidarse de mi presencia. Cuando sus estrellitas parpadearon erectas, las chicas no necesitaron mi ayuda para emplear esas deliciosas caricias de modo efectivo la una con la otra. Cuando el loto de Biliktu empezó a abrir sus pétalos, Buyantu no necesitó a nadie que le enseñara a recoger su rocío. Y cuando sus dos mariposas se levantaron excitadas y movieron las alas las chicas se entrelazaron de modo tan natural y apasionado como si hubiesen sido amantes natas en lugar de hermanas.

Debo confesar que a aquellas alturas yo ya me había excitado también y había olvidado

mis anteriores debilidades, o sea que me quité la ropa y entré en el juego. Esto sucedió a partir de entonces con bastante frecuencia. Si yo llegaba a mi habitación cansado por el trabajo del día, y las mellizas no podían prescindir de su xingyu, les daba permiso para que empezaran por su cuenta, y ellas ponían manos a la obra con alegría. Yo podía entonces volver a la sala de estar, entrar en el cubículo de Narices y sentarme un rato junto a él para oír las habladurías que había captado en sus contactos con los criados. Luego volvía a mi dormitorio, me servía quizás una copa de arki, me sentaba y me ponía cómodo mientras miraba retozar a las chicas. Al cabo de un rato mi fatiga disminuía, se despertaban mis impulsos normales y pedía permiso a las chicas para participar en sus juegos. A veces me hacían esperar maliciosamente hasta haber disfrutado plenamente ellas y haber agotado sus ardores fraternos. Entonces dejaban que me metiera en la cama con ellas, y a veces pretendían maliciosamente hacerme creer que no me necesitaban, que ni me deseaban, que yo era un intruso, y se resistían maliciosamente a abrirme sus puntos rosados.

Al cabo de un tiempo, empezó a suceder que cuando yo volvía a casa me encontraba a las mellizas ya en la cama, haciendo vigorosamente, y a su modo, jiaogou.

Llamaban humorísticamente su modo de copular chuaishouer, un término han que puede traducirse por «meter las manos en las mangas». (Los occidentales diríamos cruzarse de brazos.) Pensé que era una manera ingeniosa de describir el modo femenino de hacer el amor.

Cuando yo quería participar en su juego, sucedía a menudo que Biliktu se declaraba totalmente vacía de satisfacciones y de jugos, pues decía que era menos robusta que su hermana, quizá por ser unos minutos más joven que ella, y pedía permiso para quedarse sentada y admirar lo que Buyantu y yo hacíamos. Y en estas ocasiones Buyantu pretendía convencerme de que me encontraba deficiente a mí y encontraba deficientes mi aparato y mi ejecución comparadas con lo que acababa de disfrutar, y se reía llamándome ganga que significa desmañado. Yo seguía siempre el juego y fingía que su pretendido desdén me hería, y ella se reía con más fuerza y se entregaba a mí con un abandono más apasionado, para demostrarme que todo era una broma. Y si entonces pedía yo a Biliktu, después de haber descansado ella un rato, que viniera a la cama conmigo y con su hermana, ella suspiraba, pero normalmente accedía y hacía una buena demostración en mis brazos.

De este modo durante mucho tiempo las mellizas y yo disfrutados de un cómodo y festivo menage á trois. No me preocupaba que fueran de modo casi seguro espías del gran kan y que probablemente le informaran de todo incluidas nuestras diversiones en la cama, porque no tenía nada que ocultarle. Yo continuaba siendo leal a Kubilai y fiel en su servicio, y no hacía nada que se le debiera comunicar por ser contrario a sus intereses. Mis pequeñas acciones de espionaje, la orden dada a Narices de que husmeara entre los criados del palacio, eran en beneficio del gran kan, o sea que no me preocupé

mucho de ocultarlas a las chicas.

No, en aquella época, sólo una cosa me preocupaba de Buyantu y Biliktu. Incluso cuando los tres estábamos en la palpitante agonía del jiaogou, no podía dejar de recordar que aquellas chicas, según el sistema vigente de clasificación de mujeres, valían sólo veintidós quilates. Algún conventículo de viejas esposas, concubinas y criadas de categoría había descubierto en ellas algún resto de aleación vil. A mí las mellizas me parecían especimenes excelentes de feminidad, y sin duda eran sirvientas incomparables, en la cama y fuera de ella, y no roncaban ni tenían mal aliento. ¿Qué les faltaba, pues, para llegar a la perfección de los veinticuatro quilates? ¿Y por qué me resultaba imposible descubrir esta falta? Sin duda cualquier otro hombre estaría encantado de ocupar mi lugar, y habría apartado alegremente estas reservas tan

exageradas. Pero en esto como en todo mi curiosidad no podría descansar hasta hallar satisfacción.

8

Después de aquella entrevista tan poco informativa en la que el ministro de Razas

Menores se había mostrado tan reservado e inquieto, la siguiente que mantuve, con el ministro de la Guerra, fue abierta y sincera en grado extremo. Yo hubiese imaginado que una persona con un cargo tan importante sería muy diferente, pero el Ministerio de la Guerra presentaba bastantes anomalías. Como ya he dicho el ministro era indudablemente han y no mongol. Además Zhao Mengfu me pareció muy joven para un cargo de tanta categoría.

—Esto es debido a que los mongoles no necesitan un ministro de la Guerra —explicó

alegremente, mientras hacía saltar con una mano una bola de marfil —. Ellos hacen la guerra con toda naturalidad como vos o yo haríamos jiaogou con una mujer, y probablemente ellos hacen mejor la guerra que el jiaogou.

—Probablemente —comenté —. Ministro Zhao le agradecería que me dijera…

—Por favor, hermano mayor —dijo levantando la mano que sostenía la bola de marfil —. No me preguntéis nada de guerras. No puedo deciros absolutamente nada sobre la guerra. Sin embargo, si queréis consejo sobre cómo hacer jiaogou… Le miré a los ojos. Había repetido tres veces aquel término ligeramente indelicado. Él me devolvió plácidamente la mirada, apretando y haciendo girar la bola de marfil en su mano derecha.

—Perdonad mi insistencia —dije —, ministro Zhao, pero el gran kan me ha ordenado que investigue todos…

—Oh, no me importa contaros lo que sea. Sólo quería aclarar que en todo lo referente a la guerra soy un completo ignorante. Estoy mucho mejor informado sobre el jiaogou. Aquélla era la cuarta mención.

—Quizá estoy equivocado —dije yo —. ¿No sois vos el ministro de la Guerra?

Él contestó con la misma alegría:

—Los han llamamos a esto dar un ojo de pez por una perla. Mi título carece de contenido, es un honor con que premian otras funciones que ejerzo. Como dije, los mongoles no necesitan a ningún ministro de la Guerra. ¿Habéis visitado al armero de la guardia palaciega?

—No.

—Hacedlo. Os gustará. El armero es una bella mujer. De hecho es mi esposa: la dama Zhao Guan. La razón de ello es que los mongoles además de no necesitar consejos para hacer la guerra tampoco necesitan consejos sobre armamentos.

—Ministro Zhao, me dejáis muy confundido. Cuando entré estabais dibujando sobre una mesa, en un rollo, y yo supuse que estabais confeccionando un mapa con planos

de batalla, o algo por el estilo.

Se echó a reír y dijo:

—Algo por el estilo, si para vos el jiaogou es una especie de batalla. ¿No veis cómo palpo esta bola de marfil, hermano mayor Marco? Lo hago para conservar ágiles mi mano derecha y mis dedos. ¿Sabéis por qué?

Yo contesté débilmente:

—¿Para conservaros diestro en las caricias del jiaogou?

Esto le produjo una auténtica convulsión de risa. Me senté sintiéndome muy estúpido. Cuando se hubo recuperado, se limpió las lágrimas y dijo:

—Yo soy un artista. Cuando conozcáis a otros artistas comprobaréis que también juegan

con estas pelotitas. Soy un artista, hermano mayor, un maestro de los colores sin hueso, poseedor del cinturón dorado, la máxima condecoración concedida a un artista: más deseable que un título mongol vacío de contenido.

—Sigo sin entender. Hay también un maestro de corte de los colores sin hueso. Él sonrió:

—Sí, el viejo maestro Jian. Realiza bonitas pinturas. Florecillas. Y mi querida esposa es famosa como la señora de la caña Zhugan. Es capaz de pintar únicamente las sombras de esta graciosa caña y lograr que la veáis entera. Pero yo… —se irguió y golpeándose el pecho con su bola de marfil dijo orgullosamente —; Yo soy el maestro del fengshui, que significa «el viento, el agua», es decir que yo pinto lo que no puede aprehenderse. Por eso precisamente gané el cinturón dorado concedido por mis colegas artistas, de edad igual o superior a la mía.

—Me gustaría ver algunas de vuestras obras —le dije cortes-mente.

—Por desgracia actualmente tengo que pintar fengshui en mis horas libres, si las tengo. El kan Kubilai me dio mi belicoso título Para que pudiera instalarme en el palacio y pintar otro tipo de cosas. Ha sido culpa mía. Tuve la imprudencia de revelarle mi otro talento.

Yo intenté volver al tema que me había llevado allí:

—¿No tenéis ninguna relación con la guerra, maestro Zhao? ¿Ni la más mínima?

—Bueno, la mínima posible, sí. Este maldito árabe Achmad probablemente retendría mis sueldos si no fingiera ocuparme de mi cargo. Por lo tanto utilizo por así decirlo

mi poco ágil mano izquierda y tomo notas de las batallas de los mongoles, sus bajas y sus conquistas. Los orloks y sardars me dicen lo que debo escribir, y yo lo pongo por escrito. Nadie mira mis notas. Podría dedicarme perfectamente a escribir poesía. Además pongo banderitas y colas simuladas de yak sobre un gran mapa para llevar cuenta visible de lo que ya han conquistado los mongoles, y de lo que les falta conquistar.

Zhao me contó todo eso con un aburrido tono de voz, muy distinto del de la enfervorizada pasión que había utilizado para hablar de sus pinturas fengshui. Pero luego levantó la cabeza y dijo:

—¿Habéis hablado de mapas? ¿Os interesan los mapas?

—Sí, ministro. He colaborado en la confección de algunos.

—Ninguno como éste, seguro.

Me llevó a otra habitación. Había en ella una gran mesa, casi tan grande como la habitación, cubierta por un lienzo con protuberancias y picos causados por lo que había debajo de él. El ministro dijo:

—¡Mirad! —y estiró el lienzo.

—Cazza beta! —exclamé. Aquello no era un simple mapa, era una obra de arte —. ¿Lo hicisteis vos, ministro Zhao?

—Me gustaría responder afirmativamente, pero no puedo. El artista es desconocido y falleció hace tiempo. Se dice que este modelo esculpido de la tierra celeste se remonta al reino del primer emperador Qin, sea quien fuere. Fue él quien ordenó que se construyera la muralla llamada la Boca, que podéis ver aquí en miniatura. Desde luego podía verla. Podía ver todo Kitai, y también las tierras adyacentes. El mapa era, como dijo Zhao, un modelo, no un dibujo sobre una lámina de papel. Parecía moldeado con gesso o tenacotta, y era plano en los lugares donde la tierra era plana, y se elevaba formando circunvoluciones y sierras donde la tierra se levantaba para formar colinas y montañas, y luego todo el conjunto estaba recubierto de metales preciosos y piedras preciosas, y esmaltes de colores. A un lado estaba el mar de Kitai, de turquesa, con sus costas, sus curvas, sus bahías y sus ensenadas cuidadosamente delineadas, y los

ríos del país, de plata, desembocaban en ese mar. Todas las montañas estaban doradas, las más altas tenían diamantes en sus cimas representando la nieve, y los lagos eran pequeños charcos de zafiros azules. Los bosques estaban hechos con árboles casi individuales de jade verde, las tierras de labor eran de esmalte verde más brillante, y las ciudades mayores estaban hechas con casas casi individuales de alabastro blanco. Por aquel paisaje corría la línea ondulada de la Gran Muralla, o murallas en según qué

lugares, hecha de rubíes. Los desiertos eran resplandecientes llanuras de perlas trituradas. Por encima de todo aquel panorama grande como toda la mesa corrían líneas incrustadas de oro, que parecían serpenteantes cuando ondulaban sobre montañas y me-setas, pero al mirar desde encima mismo de cada una de ellas pude comprobar que las líneas eran rectas y que iban de arriba abajo y de un lado a otro del modelo formando un conjunto superpuesto de cuadrados. Las líneas de oriente a occidente eran evidentemente los paralelos climáticos, y las líneas de norte a sur eran las longitudes, pero no pude descubrir desde qué meridiano medían sus distancias.

—Desde la capital —dijo Zhao, al darse cuenta de mi escrutinio —- En aquella época era Xi'an. —Señaló una diminuta ciudad de alabastro, muy al suroeste de Kanbalik —. Fue allí

donde se encontró este mapa hace unos años.

También observé las adiciones que Zhao había hecho al mapa: banderitas de papel que representaban los estandartes de batalla de los orioles y plumas que representaban las colas de yak de los sardar, delineando así las partes de las tierras representadas que estaban en poder del kan Kubilai y de sus ilkanes y wangs.

—No todo el mapa está dentro del imperio —observé.

—Bueno, lo estará —dijo Zhao con la misma voz aburrida que había utilizado antes. Empezó a señalar —: Todo esto, al sur del río Yangzi, es todavía el Imperio Song, cuya capital está allí, en la bella ciudad costera de Hangzhou. Pero podéis ver la fuerte presión que ejercen nuestros ejércitos mongoles sobre las fronteras del Imperio Song. Todo lo que está al norte del Yangzi era antes el Imperio Jin y ahora es Kitai. Hacia allí, todo occidente está en manos del ilkan Kaidu. Y las tierras altas de To-Bhot, al sur de allí, están gobernadas por el wang Ukuruji, uno de los numerosos hijos de Kubilai. Las únicas batallas que tienen lugar de momento las está librando el orlok Bayan aquí, en el suroeste, en la provincia de Yunnan.

—He oído hablar de ese lugar.

—Un país rico y fértil, pero habitado por el turbulento pueblo yi —dijo Zhao con indiferencia —. Cuando los yi tengan la sensatez de sucumbir ante Bayan y Yunnan caiga en nuestras manos, tendremos las restantes provincias Song tan estrechamente cercadas que también ellas deberán rendirse a nuestras armas. El gran kan ha escogido ya un nuevo nombre para estas tierras. Se llamarán Manzi. El kan Kubilai reinará entonces sobre todo lo que veis en este mapa, y más. Desde Sibir en el helado norte hasta las fronteras de las tierras cálidas y selváticas de Champa en el sur. Desde el mar de Kitai al este hasta mucho más allá de donde alcanza este mapa por occidente.

—Al parecer pensáis que todo esto no bastará para satisfacerlo —dije yo.

—Sé que no bastará. Hace un año ordenó emprender la primera incursión mongol hacia oriente. Sí, su primera expedición mar adentro. Envió una flota de chuan a través del mar de Kitai, hasta las islas llamadas Riben Guo, el Imperio de los enanos. Este primer intento fue rechazado por los enanos, pero es seguro que Kubilai lo intentará de nuevo y con mayor energía. —El ministro permaneció un momento mirando el inmenso y bello modelo cartográfico y luego dijo —: ¿Qué importa lo que conquiste? Cuando caiga Song tendrá en su poder toda la Tierra Celeste que antes era de los han. Parecía tan poco preocupado por la perspectiva que le dije:

—Podéis decirlo con mayor emoción, si os place, ministro. Lo atendería muy bien. Al

fin y al cabo vos sois han.

. —¿Emoción? ¿Por qué? —Se encogió de hombros —. Un ciempiés no cae nunca, incluso cuando muere. Los han disponen tamben de muchos pies y han resistido y resistirán siempre. —Se puso a tapar el modelo con el lienzo —. O si preferís una imagen más viva, hermano mayor: nosotros, como una mujer en jiaogou, nos limitados a envolver y a absorber la lanza que nos penetra.

Yo contesté, y sin ánimo de criticarlo, porque en aquel breve intervalo de tiempo había sacado muy buena impresión del joven artista:

—Ministro Zhao, parece que el tema del jiaogou colorea todos vuestros pensamientos.

—¿Por qué no? Yo soy una puta. —Parecía haber recuperado el buen humor y me condujo de nuevo a la habitación principal —. Por otra parte se dice que una puta es la mujer que menos tolera una violación. Mirad lo que estaba pintando cuando vos llegasteis.

Desplegó el rollo de seda que tenía sobre la tabla de dibujo y yo exclamé de nuevo:

—Porco Dio!

No había visto nunca una pintura semejante. Y lo digo en más de un sentido. Ni en Venecia, donde pueden verse muchas obras de arte, ni en ninguno de los países que había visitado y en algunos de los cuales se encontraban también muchas obras de arte: no había visto nunca una pintura trazada de modo tan exquisito y coloreada como si fuera la vida auténtica captada en toda su amplitud; con tantas luces y sombras que parecía como si mis dedos pudiesen acariciar sus rotundidades e introducirse en sus esquinas; tan sinuosa en sus formas que parecía moverse delante de mis ojos; sin embargo continuaba siendo una pintura, bueno por lo menos estaba allí ejecutada como cualquier otra pintura sobre una superficie plana.

—Observad el parecido —me indicó el maestro Zhao, ronroneando como un docente de San Marcos cuando enseña los santos de mosaico de la basílica —. Sólo un artista

capaz de pintar el impalpable fengshui podría reproducir también de modo tan perfecto carnes tan sustanciales.

De hecho las seis personas representadas en la pintura del maestro Zhao eran reconocibles de modo instantáneo e inconfundible. Había visto a cada una de ellas en aquel mismo palacio, vivas, respirando y moviéndose. Sin embargo ahí estaban todas sobre seda, desde los cabellos de sus cabezas y los tonos de su piel a los intrincados dibujos de brocado de sus ropas y las diminutas chispas de luz que prestaban animación a sus ojos: las seis vivas todavía pero congeladas en sus movimientos, cada persona reducida mágicamente al tamaño de mi mano.

—Observad la composición —dijo el maestro Zhao conservando su buen humor, pero en tono severo —. Todas las curvas, las direcciones del movimiento seducen y guían la mirada hacia el tema principal y lo que está haciendo.

Y allí la pintura se diferenciaba egregiamente de todo lo que había visto hasta entonces. El tema principal a que se refería el maestro Zhao era su señor y el mío. El kan de todos los kanes, Kubilai, sin ningún genero de dudas, aunque la única alusión de la pintura a su reinado era el morrión de oro que llevaba, y no llevaba nada más. Y lo que estaba haciendo en la pintura se lo estaba haciendo a una joven dama echada en una cama con su ropa de brocado desvergonzadamente subida por encima de la cintura. Reconocí a la dama (por su cara, pues era lo único que había visto hasta entonces de ella): era una de las concubinas del Kubilai. Dos concubinas más, también considerablemente desmelenadas en sus atavíos y con sus personas expuestas, estaban representadas asistiendo el coito, mientras que la katun Jamui y otra de las esposas de Kubilai se encontraban de pie a un lado, vestidas completamente y con modestia, pero sin que sus miradas fueran en absoluto de desaprobación.

El maestro Zhao, interpretando todavía el papel de aburrido docente, dijo:

—Esta pintura se titula: «El poderoso ciervo monta a la tercera de sus ansiosas gamas.»

Observad que él ya ha poseído a dos, pues las nacaradas gotitas de jingye están resbalando todavía por el interior de sus muslos, y todavía quedan dos por disfrutar. El título correcto de esta pintura en han sería Huangse Gongchu…

—¿De esta pintura? —pregunté sorprendido —. ¿Habéis hecho otras pinturas de este tipo?

—Bueno, no son idénticas. La última se titulaba Kubilai es el mongol más poderoso porque toma «yin» para aumentar su «yang». Le presentaba de rodillas delante de una chica desnuda, muy joven, lamiendo con su lengua las gotitas de yin nacarado de su loto, mientras ella…

—Porco Dio! —exclamé de nuevo —. ¿Y todavía no os han llevado a rastras al acariciador?

El ministro imitó mi exclamación y dijo de buen humor:

—Porco Dio, confío que no. ¿Por qué suponéis que continúo dedicándome a este puteo artístico? Como decimos los han, es mi bota y mi saco de arroz. El gran kan me honró

con un ministerio teórico únicamente para tener estas pinturas.

—¿Él quiere que se las hagáis?

—A estas alturas debe de tener ya galerías enteras con mis rollos colgados. También hago abanicos. Mi esposa pinta en un abanico un dibujo magnífico de caña zhugan o de flores de peonía y si el abanico se despliega en la dirección normal lo único que aparece es esto. Pero si el abanico se abre coquetamente por el otro lado, puede verse representado en él algún juego erótico.

—Es decir que esto… que éste es el trabajo que ejecutáis principalmente para Kubilai.

—No sólo para Kubilai, maldita sea. Por orden suya estoy a la disposición de los demás como el juglar de un banquete. Mi talento puede ser solicitado por todos mis colegas ministros y cortesanos. No me sorprendería que incluso vos pudieseis hacerlo. Tendré

que preguntarlo.

—Es extraordinario… —dije con admiración —. El ministro de la Guerra del kanato… se pasa el rato pintando viles pinturas…

—¿Viles? —Fingió que mi adjetivo le horrorizaba —. Realmente me insultáis. Si dejamos aparte el tema, son obras que han salido en definitiva de la ágil mano de Zhao Mengfu, el maestro de fengshui con el cinturón dorado.

—Oh, no voy a denigrar la habilidad de la ejecución. Este cuadro es de un valor artístico impecable. Pero…

—Si éste os disgusta —dijo —deberíais ver lo que tuve que pintar para ese degenerado árabe, Achmad. Pero continuad, hermano mayor. ¿Decíais?

—Pero nadie, ni el gran kan, ha poseído nunca una joya roja masculina como la de la pintura. Ciertamente le habéis dado un color rojo muy vivido, pero con un tamaño y unas venas… Parece como si estuviera metiendo a la dama un tronco apenas desbastado.

—Ah sí, el tamaño. Bueno. Desde luego él no posa para estos retratos, pero hay que dejar contento al patrón. El único modelo masculino que utilizo soy yo mismo, con un espejo, para que las articulaciones anatómicas sean correctas. Sin embargo debo confesar que el miembro viril de cualquier han, incluyendo desgraciadamente el mío, apenas se merece un vistazo. Suponiendo que pudiese distinguirse en una pintura de estas dimensiones.

Yo empecé a mostrar mi simpatía, pero él levantó la mano.

—¡Por favor! No digáis nada. Id y mostrad el vuestro, si es preciso, a la armera de la guardia de palacio. Sin duda apreciará el contraste con el de su marido. Pero ya me enseñaron en una ocasión un enorme órgano occidental, y esto me basta. Me asqueó

observar que la maldita joya roja del árabe es calva incluso en reposo.

—Los musulmanes están circuncidados, yo no —dije con orgullo —. No tenía intención de enseñar nada. Pero quizá algún día os gustaría pintar a mis doncellas mellizas, que ejecutan algunos maravillosos… —Me detuve, fruncí el cejo y pregunté —: Maestro Zhao,

¿decíais con eso que el ministro Achmad posa para las pinturas de él que vos creáis?

—Sí —dijo con una mueca de disgusto —. Pero no os las enseñaría nunca, ni a vos ni a nadie, y estoy seguro de que Achmad tampoco lo hará. Una vez terminada la pintura se saca de encima a los demás modelos empleados, los envía a las cuatro esquinas del imperio, para que no puedan murmurar ni quejarse de nada. Pero apuesto que por lejos que vayan nunca podrán olvidarse de él ni de mí, por haber presenciado yo lo que sucedió y por haber dejado constancia permanente de su vergüenza. El anterior buen humor de Zhao se había esfumado completamente, y parecía haber perdido las ganas de hablar, por lo que decidí despedirme. Me retiré a mis aposentos meditando profundamente, y no sobre pinturas eróticas, a pesar de la impresión que habían causado en mí, ni sobre las diversiones secretas del primer ministro Achmad, a pesar del interés que despertaban en mí. No, estuve pensando en dos cosas más que Zhao había mencionado mientras hablaba como ministro de la Guerra: La provincia de Yunnan.

El pueblo yi.

El evasivo ministro de Razas Menores, Bao Neihe, había abordado también brevemente estos temas. Yo quería saber más sobre ellos y sobre él. Pero aquel día no me enteré de nada más. Narices me estaba esperando para contarme su última correría entre la plantilla de sirvientes, pero no pudo decirme nada referente al ministro Bao. Nos sentamos y encargué a Biliktu que trajera a cada uno una copa de buen vino blanco de putao. Luego nos abanicó con un abanico perfumado mientras conversábamos. Narices, demostrando con orgullo lo mucho que había mejorado en los últimos tiempos su dominio del mongol dijo en aquella lengua:

—Os contaré una historia jugosa, amo Marco. Cuando me contaron por primera vez que el armero de la guardia del palacio era una persona voluptuosa y muy promiscua, la cosa no me intrigó mucho. Al fin y al cabo, ¿hay algún soldado que no fornique? Pero resulta que este oficial es una joven mujer, una dama han de cierta categoría. Su puteo es evidentemente notorio, pero nadie la castiga porque su señor marido es tan cobarde que le perdona su comportamiento indecente.

—Quizá tenga cosas más graves de que preocuparse —le dije yo —. Lo mejor será que ni tú ni yo, por compasión, añadamos nuestras voces al coro general Por lo menos no ataquemos a este pobre individuo.

—Como ordenéis, mi amo. Pero no tengo nada que deciros sobre nadie más… aparte de los criados y esclavos, que sin duda no os interesan.

Ciertamente no me interesaban. Pero tuve la sensación de que Narices quería decirme algo más. Le miré especulativamente y luego dije:

—Narices, hace tiempo que te estás comportando de modo extraordinariamente digno. Por lo menos comparado con otras ocasiones. Sólo recuerdo una falta reciente, cuando te sorprendí una noche espiándome con las chicas, y no recuerdo nada semejante desde que nos conocemos. También he observado otras diferencias en ti. Te vistes con la misma elegancia que los demás criados y esclavos del palacio. Y te estás dejando barba. Siempre me había extrañado que consiguieras mantener tu barba como una sucia pelusa de dos semanas. Pero ahora parece una barba respetable, aunque mucho más gris que antes, y tu huidiza barbilla ya no se nota tanto. ¿Por qué te atusas los bigotes? ¿Te estás ocultando de alguien?

—No exactamente, señor. Como decís en este palacio resplandeciente se procura que los esclavos no lo parezcan. Y como decís, sólo intento parecer más respetable. Más

parecido al bello personaje que era antes. —Yo suspiré. Pero él no continuó con su habitual estilo fanfarrón; se limitó a decir —: He espiado recientemente a una persona en el sector de los esclavos. Alguien a quien creo que conocí hace mucho tiempo. Pero no me he decidido a hablar con ella porque antes quiero estar bien seguro. Yo me eché a reír de todo corazón:

—¿No te decides? ¿Tú? ¿Temes que te tomen por un descarado? ¿Y con un esclavo?

Narices se estremeció ligeramente, pero luego se irguió lo más que pudo.

—Los cerdos no son también esclavos, amo Marco. Y los esclavos no lo fuimos siempre. Solía haber algunas distinciones sociales entre algunos de nosotros cuando éramos libres. La única dignidad que podemos ejercer ahora es observar esas pasadas distinciones. Si esta esclava es quien yo me imagino, fue en otra época una dama de alcurnia. Entonces yo era un hombre libre, pero sólo un pastor. Os agradecería, mi amo, que me hicierais el favor de comprobar su identidad antes de que yo me dé a

conocer a ella, para que pueda hacerlo con las formalidades y el respeto necesario. Por un instante me sentí casi avergonzado de mí mismo. Había pedido compasión para el cornudo maestro Zhao, y en cambio me había reído cruelmente de aquel pobre diablo.

¿Estaba yo como él dispuesto a hacer koutou a las distinciones de clase? Pero al instante siguiente recordé que Narices era realmente un desgraciado, un ser de naturaleza repelente que desde que yo lo había conocido sólo había llevado a cabo acciones repugnantes.

—No hagas conmigo el papel de esclavo noble, Narices —le dije secamente —. Tienes una vida mucho mejor de la que mereces. Sin embargo si solo me pides que corrobore la identidad de alguien, lo haré. ¿Qué me pides, y de quién se trata entonces?

—¿Podríais preguntar, mi amo, si los mongoles han hecho alguna ves prisioneros de un reino llamado Capadocia, en Anatolia? Con eso tendré suficiente para saber lo que deseo.

—Anatolia. Eso se encuentra al norte de la ruta que nos llevó desde Levante a Persia. Pero mi padre y mi tío sin duda atravesaron esa región en sus anteriores viajes. Lo preguntaré a ellos y quizá no tenga que preguntar a nadie más.

—Que Alá sonría siempre sobre vos, buen amo.

Le dejé allí para que acabara su vino, aunque Biliktu hizo un ruido de desaprobación al ver que el esclavo continuaba en su presencia. Fui por los corredores del palacio hasta las habitaciones de mi padre. Allí encontré también a mi tío y les dije que tenía algo que preguntar. Pero primero mi padre me informó de que ellos estaban intentando resolver algunos problemas propios.

—Obstáculos interpuestos a nuestras iniciativas comerciales —explicó —. Los musulmanes no parecen muy entusiasmados con nuestra entrada en su ortaq. Están retrasando la concesión de permisos incluso para vender el azafrán que tenemos almacenado. Es evidente que eso refleja algunos celos o alguna malevolencia por parte del ministro de Finanzas, Achmad.

—Tenemos dos opciones —murmuró mi tío —. Sobornar al maldito árabe o presionarle.

¿Pero cómo podemos sobornar a un hombre que tiene ya de todo o que puede conseguirlo todo fácilmente? ¿Cómo podemos influir a un hombre que es el segundo personaje más poderoso del reino?

Pensé que si les contaba las alusiones que había captado sobre la vida privada de Achmad, dispondrían de una buena amenaza para denunciarlo. Pero lo pensé mejor y

no mencioné nada. Mi padre se negaría a rebajarse y a explotar esa táctica, y prohibiría a mi tío hacerlo. Además, yo sospechaba que las noticias indirectas que me habían llegado eran peligrosas incluso para mí, y no quería traspasarles aquel peligro. Sólo hice una ligera sugerencia:

—Quizá podríais emplear, como se suele decir, al demonio que tentó a Lucifer.

—¿A una mujer? —gruñó tío Mafio—. Lo dudo. Parece que los gustos de Achmad están envueltos en mucho misterio, no se sabe si prefiere a mujeres, a hombres, a niños, a ovejas o a otra cosa. En todo caso tiene todo el Imperio a su disposición, aparte de lo que el gran kan se reserva para sí.

—Bueno —dijo mi padre —, si realmente dispone de todo lo que desea, puede aplicarse al caso un viejo proverbio: pedid favores a quien tiene el estómago lleno. Dejemos de pelearnos con los pequeños subordinados del ortaq. Acudamos directamente a Achmad y planteémosle directamente nuestra situación. ¿Qué puede hacernos?

—Por lo poco que sé —gruñó tío Mafio—, ese hombre se reiría de un leproso. Mi padre se encogió de hombros:

—Puede darnos largas, pero al final hará concesiones. Sabe que tenemos buenas relaciones con Kubilai.

—Me gustaría hablar del tema con el gran kan cuando le vea en la próxima ocasión —les dije.

—No, Marco, no te preocupes por eso. No quiero que comprometas tu situación por culpa nuestra. Quizá más tarde, cuando te hayas ganado toda la confianza del Kubilai, y tengamos tal vez necesidad real de tu intercesión. Pero Mafio y yo podemos resolver solos esta situación. ¿Qué querías preguntarnos cuando llegaste?

Yo contesté:

—Cuando vinisteis por primera vez a Kitai, volvisteis a casa pasando por Constantinopla, es decir, que debisteis pasar por las tierras de Anatolia. ¿Estuvisteis en un lugar llamado Capadocia?

—Sí, claro —me respondió mi padre —. Capadocia es un reino de los turcos selyúcidas. Nos detuvimos brevemente en su capital, Erzincan, cuando regresábamos a Venecia. Erzincan está situada exactamente al norte de Suvediye, que ya conoces, Marco, pero a bastante distancia de ella.

—¿Estuvieron alguna vez esos turcos en guerra con los mongoles?

—No en aquel momento —dijo tío Mafio—. Todavía no, por lo que creo. Pero hubo algunos problemas por culpa de los mongoles, porque Capadocia limita con el reino persa del ilkan Abagha. De hecho los problemas empezaron cuando nosotros pasamos por allí. Eso fue hace… ¿cuántos años Nico?: ocho, nueve años…

—¿Y qué sucedió? —pregunté.

—El rey selyúcida Kilily tenía un primer ministro muy ambicioso… —dijo mi padre.

—Igual que Kubilai tiene su valí Achmad —gruñó tío Mafio.

—Y ese ministro se confabuló secretamente con el ilkan Abagha, proponiéndole convertir a los capadocios en vasallos de los mongoles si Abagha le ayudaba a deponer al rey. Y eso fue lo que sucedió.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—El rey fue asesinado con toda la familia real, en el mismo palacio de Erzincan —dijo mi tío —. El pueblo sabía que el culpable era el primer ministro, pero ninguno se atrevió

a denunciarlo, por miedo a que Abagha se aprovechara de cualquier disputa interior y lanzara a los mongoles a saquear el país.

—De modo —concluyó mi padre —, que el ministro puso en el trono como rey a su propio hijo, nombrándose como es lógico a sí mismo regente, y entregó a Abagha los pocos supervivientes de la familia real para que hiciera con ellos lo que quisiera.

—Ya entiendo —dije —. Y probablemente ahora están dispersados por todo el kanato mongol. ¿Sabéis, padre, si había alguna mujer entre esos supervivientes?

—Sí. Es posible que todos los supervivientes fuesen mujeres. El Primer ministro era un hombre práctico. Es probable que matara a todos los descendientes varones del rey para

que no quedara ningún pretendiente legítimo al trono que había conseguido para su hijo. Las mujeres no contaban.

—Casi todas las supervivientes eran primas y parientes de segundo grado —dijo tío Mafio—. Pero por lo menos una de ellas era hija del rey. Se dice que era tan bella que Abagha la hubiese tomado por concubina, pero que le descubrió un defecto. He olvidado cuál. En todo caso la entregó a los mercaderes de esclavos, junto con las demás.

—Tienes razón, Mafio-dijo mi padre —. Había al menos una hija del rey. Su nombre era Mar-Yanah.

Les di las gracias y regresé a mi estancia. Narices, con su astucia habitual se había aprovechado de mi generosidad y Biliktu, de mal humor, continuaba sirviéndole vino y abanicándolo. Yo le increpé exasperado.

—Aquí estás tú, especie de marmota, repachingado como un cortesano, mientras yo corro para cumplir tus encargos. ¿Te parece bien?

Me sonrió medio borracho y preguntó con voz pastosa:

—¿Os habéis informado, mi amo?

—Esa esclava que dices haber reconocido: ¿podía ser una turca selyúcida?

Su sonrisa se evaporó. Se puso en pie de un salto echándose el vino encima y arrancando a Biliktu un grito de protesta. Se quedó casi temblando delante mío y esperó

mis siguientes palabras.

—¿Podría tratarse quizá de una cierta princesa Mar-Yanah?

Narices había bebido mucho, pero de repente recuperó la serenidad, quedando mudo de asombro o de algo parecido, por primera vez en su vida. Permaneció de pie delante mío vibrando y mirándome con los ojos tan abiertos como la ventana de su nariz.

—Mi padre y mi tío me hablaron de esa posibilidad —le dije. Él continuó mirándome pasmado sin abrir la boca hasta que añadí secamente —: Supongo que ésa es la identidad que querías confirmar.

Él murmuró tan bajo que apenas pude oírle:

—Realmente no sabía… si prefería que lo fuera… o si temía esa posibilidad… Luego sin hacer koutou ni salaam ni murmurar unas palabras de agradecimiento por mis esfuerzos dio media vuelta y se dirigió muy lentamente, arrastrando los pies como un anciano, hacia su cubículo.

Dejé de preocuparme por el tema y me fui también a la cama, acompañado únicamente por Buyantu, porque desde hacía unas noches Biliktu estaba indispuesta para aquel servicio.

9

Mi estancia en el palacio ya era bastante larga cuando tuve la oportunidad de entrevistarme con el cortesano cuyas obras me fascinaban más: el artificiero de la corte, responsable de los llamados árboles de fuego y flores chispeantes. Me dijeron que casi continuamente se encontraba viajando por el país, organizando esos espectáculos cuando alguna ciudad u otra celebraba alguna fiesta. Pero un día de invierno, el príncipe Chingkim vino a decirme que el artificiero Shi había regresado a su puesto en el palacio para iniciar los preparativos de la fiesta anual más importante de Kanbalik: la celebración del Año Nuevo, que era inminente, y Chingkim me condujo a su presencia. El maestro Shi disponía de una casita entera para vivir y trabajar, y ese taller estaba situado bastante lejos de los demás edificios del palacio, para la seguridad de todos, según me dijo Chingkim. De hecho el taller estaba situado

al otro lado de la ya construida colina de carbón.

El artificiero estaba inclinado sobre una mesa de trabajo repleta de objetos, y de entrada su ropaje me hizo suponer que era árabe. Pero cuando se volvió para saludarnos comprendí que tenía que ser judío, porque yo había visto ya en otra ocasión aquellos rasgos. Sus ojos de zarzamora me miraron altiva pero cordialmente desde lo alto de una larga y ganchuda nariz como una Simsir, y su cabello y barbas parecían un hongo rizado, gris, pero conservando todavía rastros de rojo.

Chingkim le dijo en mongol:

—Maestro Shi Ixme, desearía presentaros a un invitado de palacio.

—Marco Polo —dijo el artificiero.

—Ah, estabais enterado de su visita.

—Me contaron algo.

—Marco está interesado por vuestro trabajo, y mi real padre quisiera que le contarais algo de él.

—Lo intentaré, príncipe.

Cuando Chingkim se hubo ido, se produjo un breve silencio durante el cual el artificiero y yo nos miramos fijamente. Al final él dijo:

—¿Por qué estáis tan interesado en los árboles de fuego, Marco Polo?

—Son bellos —respondí simplemente.

—La belleza del peligro. ¿Os atrae?

—Sabéis que siempre me ha atraído —respondí. Y esperé.

—Pero también hay peligro en la belleza. ¿No os repele esta perspectiva?

—¡Aja! —cacareé —. Supongo que ahora me diréis que vuestro nombre en realidad no es Mordecai.

—No os iba a contar nada. Excepto mi trabajo con fuegos bellos pero peligrosos. ¿Qué

os gustaría saber, Marco Polo?

—¿De dónde sacasteis un nombre así, Shi Ixme?

—Esto no tiene nada que ver con mi trabajo. Sin embargo… —Se encogió de hombros —. Cuando los judíos llegaron aquí por primera vez les dieron siete apellidos han para que se los repartieran. Shi es uno de esos siete apellidos, y originalmente era Yitzhak. En ivrit mi nombre completo es Shemuel ibn-Yitzhak.

—¿Cuándo llegasteis a Kitai? —le pregunté esperando que dijera que había llegado un poco antes que yo.

—Nací aquí, en la ciudad de Kaifeng, donde se instalaron mis antepasados unos siglos antes.

—No lo creo.

Emitió un ronquido como había hecho Mordecai tan frecuentemente al oír mis comentarios:

—Leed el Viejo Testamento de vuestra Biblia. Capítulo cuarenta y nueve de Isaías, donde el profeta prevé la reunión final de todos los judíos: «He aquí que vienen ellos de lejos, éstos del septentrión y del mar, aquéllos de la Tierra de Sinim.» Esta tierra de Kitai se llama todavía en ivrit Sina. Es decir, que en la época de Isaías, hace más de mil ochocientos años ya había judíos aquí.

—¿Por qué tuvieron que venir aquí los judíos?

—Probablemente porque en los demás lugares no los querían —respondió secamente —. O

quizá porque pensaron que los han era una de las tribus perdidas que habían salido de Israel.

—Vamos, maestro Shi. Los han comen cerdo y siempre lo han comido. Él se encogió nuevamente de hombros:

—Sin embargo tienen cosas en común con los judíos. Sacrifican a sus animales de modo ceremonial, casi kaser, excepto que no quitan los tendones terephah. Y son más

estrictos todavía que los judíos en su forma de vestir, porque nunca llevan ropa con mezcla de fibras animales y vegetales.

Yo me mantuve en mis trece:

—Los han no podían haber sido nunca una tribu perdida. No hay la menor semejanza física entre ellos y los judíos.

El maestro Shi rió y dijo:

—Sin embargo ahora los judíos y los han se parecen. No os dejéis engañar por mi

aspecto: se debe únicamente a que la familia Shi no contrajo aquí muchos matrimonios cruzados. La mayoría de los siete apellidos sí los contrajeron. De modo que Kitai está

lleno de judíos de piel marfileña y ojos sesgados. Sólo se los reconoce a veces por sus narices o si es un hombre por su gid. —Se rió de nuevo y luego agregó más seriamente —: También podéis reconocer a un judío porque donde quiera que vaya continúa observando la religión de sus padres. Todavía se pone de cara a Jerusalén para rezar. También donde quiera que vaya conserva la memoria de las viejas leyendas judías…

—Como los Lamed-var —le interrumpí —. Y los tzaddikim.

—…y donde quiera que vaya continúa compartiendo con los demás judíos todo lo que recuerda del pasado y las cosas nuevas de valor que aprendió por el camino.

—Por eso estabais enterado de mi existencia. Desde que Mordecai escapó del Vulcano la voz se ha ido corriendo…

No dio a entender que hubiera oído nada de lo que dije, sino que continuó hablando:

—Afortunadamente, los mongoles no discriminan entre las razas inferiores. De modo que yo a pesar de ser un judío, soy artificiero de la Corte del kan Kubilai, quien respeta mi arte y a quien no preocupa que mi apellido sea uno de los siete.

—Debéis de estar muy orgulloso, maestro Shi —le dije —. Me gustaría saber cómo llegasteis a escoger esta extraordinaria profesión, y cómo conseguisteis tanto éxito en ella. Siempre había pensado que los judíos eran prestamistas y prenderos, no artistas, ni gente interesada por el éxito.

Soltó de nuevo un bufido:

—¿Quién os ha dicho que el prestamismo sea poco artístico o que una casa de prendas tenga poco éxito?

No pude responder nada, y él al parecer no esperaba ninguna respuesta, o sea que le pregunté:

—¿Cómo inventasteis el árbol de fuego?

—No lo inventé. El secreto de su fabricación lo descubrió un han, y de eso hace mucho tiempo. Mi contribución ha consistido en hacer más fácil la aplicación del secreto.

—¿Y cuál es el secreto, maestro Shi?

—Se llama huoyao, el polvo de fuego. —Nos acercamos a una mesa de trabajo y de una de las muchas jarras y frascos que contenía sacó un pellizco de un polvo gris oscuro —. Observad lo que sucede si dejo esta pizca de huoyao en este plato de porcelana y lo toco con fuego… así.

Cogió una varita encendida de incienso y aplicó la punta al polvo. Tuve un sobresalto cuando el huoyao se inflamó con un ruido rápido, colérico y silbante y produjo una llamarada breve e intensa que dejó una nubecilla de humo azul cuyo olor acre yo ya conocía.

—Esencialmente —dijo el artificiero —, este polvo lo único que hace es quemarse con una rapidez superior a la de cualquier otra sustancia. Pero si se mete muy apretado en un recipiente, la combustión rompe éste produciendo UH fuerte ruido y gran cantidad de luz. Si se añaden al huoyao básico otros polvos, sales metálicas de uno u otro tipo, la combustión presenta colores diferentes.

—Pero ¿por qué vuela? —le pregunté —. Además, a veces explota dando una serie de

colores distintos.

—Para conseguir este efecto se empaqueta el huoyao dentro de un tubo de papel como éste, con una pequeña abertura en su extremo. —Me enseñó uno de aquellos tubos de papel rígido. Era como una vela grande y hueca, con un agujero en lugar de mecha —. Si entra una chispa en este agujero el polvo se enciende y la llamarada intensa que brota de esta abertura, en el extremo inferior, impulsa todo el tubo hacia adelante o hacia arriba si el tubo apunta en esa dirección.

—Ya lo vi —dije —. Pero ¿por qué lo hace?

—Vamos, Polo —me reprendió —. Tenemos aquí uno de los primeros principios de la filosofía natural. Todo huye del fuego.

—Claro —dije —.Claro.

—Este es el fuego más intenso que existe y por lo tanto el recipiente huye de él con la mayor energía posible. Y la violencia del retroceso lleva el tubo a una gran distancia o a una gran altura.

Yo agregué para demostrarle que entendía su explicación:

—Pero el tubo tiene el fuego en sus mismas entrañas, y por fuerza ha de llevarse el fuego consigo.

—Exactamente. Y se lleva consigo algo más que el fuego, porque antes he atado otros tubos alrededor del que huye. Cuando el primero se ha consumido, y yo puedo

decidir el tiempo que tardará, enciende los otros tubos. Según de qué tipo sean, los demás tubos explotan en aquel instante esparciendo fuego de un color u otro, o bien huyen siguiendo el mismo curso para explotar al cabo de un rato. Puedo combinar en un aparato varios tubos voladores y explosivos y fabricar un árbol de fuego que brote hacia arriba a cualquier altura y que luego estalle produciendo un dibujo de flores chispeantes con muchos colores distintos. Flores de melocotón, de amapola, lirios de tigre, cualquier flor que desee hacer florecer en el cielo.

—Es ingenioso —dije —. Fantástico. Pero el ingrediente principal, el huoyao, ¿de qué

elementos mágicos se compone?

—Fue un hombre realmente ingenioso quien lo compuso por primera vez —explicó el artificiero —. Pero los elementos constituyentes son los más simples imaginables. —Cogió

pizcas de polvo de tres jarras distintas y las depositó sobre la mesa: un polvo era negro otro amarillo, el tercero blanco —. Tanhua, liu y tongbian. Probadlos y deberéis reconocerlos.

Lamí la punta de un dedo, cogí con él unos cuantos granos del fino polvo negro y toqué

mi lengua; entonces dije sorprendido:

—No es más que carbón vegetal. —Después de probar el polvo amarillo dije —: Sólo azufre común. —Y en relación al polvo blanco comenté pensativamente —: Hum. Salado, amargo, casi avinagrado. Pero ¿qué…?

El maestro Shi sonrió y dijo:

—La orina cristalizada de un chico virgen.

—Vaj! —gruñí y me restregué la manga sobre la boca.

—Tongbian, la piedra de otoño, como lo llaman los han —dijo el artificiero disfrutando maliciosamente con mi confusión —. Los brujos, hechiceros y practicantes de la al-kimia lo consideran un elemento precioso. Lo emplean en medicinas, filtros amorosos y cosas semejantes. Toman la orina de un chico no mayor de doce años, la filtran a través de ceniza de madera y dejan que se solidifique en forma de cristales. Como veis, es bastante difícil de conseguir, y sólo llega en pequeñas cantidades. Pero la receta original del polvo de fuego lo especificaba así: carbón, azufre y la piedra de otoño, y esta receta se transmitió sin cambiar a lo largo de las generaciones. El carbón y el azufre han sido siempre abundantes, pero no el tercer ingrediente. O sea que antes de mi época se

fabricaban muy pocas cantidades de polvo de fuego.

—¿Inventasteis algún sistema para disponer en abundancia de chicos vírgenes?

Hizo un ronquido al estilo de Mordecai:

—A veces resulta beneficioso proceder de una familia humilde. Cuando probé por primera vez el elemento, como acabáis de hacer vos, descubrí que era una sustancia diferente y mucho menos exquisita. Mi padre era vendedor ambulante de pescado, y para que los filetes de pescado barato tuvieran un color rosado más delicioso los impregnaba en una salmuera de una sal vil llamada salitre. La piedra de otoño no es más que eso: salitre. Ignoro por qué motivo tiene que estar presente en la orina de los chicos, ni me importa, porque no necesito chicos para fabricarla. Kitai está bien provisto de lagos salados y en sus bordes hay abundancia de costras que contienen salitre. O sea que muchos siglos después de que algún genio han de la al-kimia compusiera por primera vez el polvo de fuego, yo, el simple hijo, muy inquisitivo, de un judío vendedor ambulante de pescado, un han Shi, fui el primero en fabricarlo en grandes cantidades consiguiendo así que los hombres de todas partes puedan disfrutar del glorioso espectáculo de sus árboles de fuego y sus chispeantes flores.

—Maestro Shi —dije con cierta vacilación —, cuando admiré por primera vez la belleza de estas obras, al mismo tiempo se me ocurrió la idea de dedicarlas a usos de mayor rendimiento. Tuve esta idea cuando mi caballo se encabritó y retrocedió ante el despliegue de los árboles de fuego. ¿No podrían utilizarse como armas de guerra estos aparatos vuestros? ¿Para romper una carga de caballería, por ejemplo?

El maestro volvió a lanzar un ronquido:

—Buena idea, sí, pero lleva un retraso de unos sesenta años. En el año de mi nacimiento, vamos a ver, esto sería según vuestro cómputo cristiano el mil doscientos catorce, mi ciudad natal de Kaifeng fue asediada por los mongoles del kan Chinghiz. Su caballería se asustó y se dispersó ante unas bolas de fuego que llegaron volando en medio de ella con estelas de chispas, silbidos y estallidos. No hay que decir que eso no detuvo mucho tiempo a los mongoles, y que al final conquistaron la ciudad, pero esta valiente defensa inventada por el artificiero de Kaifeng se hizo legendaria. Y como ya os dije nosotros los judíos recordamos muy bien las leyendas. Yo crecí fascinado por el tema, y al final me convertí en artificiero. Ésa fue la primera utilización guerrera que se recuerda del polvo de fuego y tuvo lugar en Kaifeng.

—¿La primera? —repetí —. ¿O sea que luego se ha utilizado más veces?

—Nuestro kan Kubilai no es un guerrero que pueda ignorar ningún aparato bélico prometedor —dijo el maestro Shi —. También yo estoy interesado en ensayar nuevas aplicaciones de mi arte, pero además el kan me ha encargado que investigue personalmente todo posible uso del huoyao en los proyectiles de guerra. Y he conseguido algunos éxitos parciales.

—Me gustaría conocerlos —le dije.

El artificiero no parecía muy dispuesto a contarme más. Me miró por debajo de sus cejas fungoides y dijo:

—Los han tienen una historia. Trata sobre el maestro arquero Yi que venció durante toda su vida a todos los enemigos, hasta que enseñó sus habilidades a un discípulo ansioso de aprender, y éste acabó matándolo.

—No deseo apropiarme de ninguna de vuestras ideas —dije —. Y os comunicaré

libremente todas las que se me ocurran. Os podrían ser de alguna utilidad.

—El peligro de la belleza —murmuró —. Bien, ¿conocéis la nuez grande y peluda llamada nuez índica?

Me pregunté qué relación podía tener y le respondí:

—He comido su carne en algunos platos confeccionados aquí.

—Yo he cogido nueces índicas vaciadas, he metido en su interior huoyao bien prensado y he insertado mechas que comuniquen al polvo una chispa transcurrido un intervalo adecuado de tiempo. He hecho lo mismo con los entrenudos de la robusta caña zhugan. Un nombre o una simple catapulta puede proyectar estos objetos dentro de las defensas enemigas y si funcionan correctamente liberan su energía con una fuerza explosiva tan grande que una sola nuez o caña podría hundir esta casa entera.

—Maravilloso —dije.

—Cuando funciona. También he utilizado con otro fin cañas mayores de zhugan. Si inserto uno de mis aparatos volantes en una caña larga y vacía antes de encender la mecha, un guerrero puede ^Puntar literalmente el proyectil como una flecha y enviarlo volando a su objetivo, en línea más o menos recta.

—Ingenioso —dije.

—Cuando funciona. He fabricado también proyectiles mezclando el huoyao con aceite mineral, con polvo de kara, incluso con estiércol de campo. Cuando se disparan sobre las defensas de un enemigo esparcen un fuego casi inextinguible, o un humo denso maloliente y asfixiante.

—Fantástico —dije.

—Cuando funcionan. Por desgracia el huoyao tiene un defecto que lo hace totalmente inútil para el uso militar. Como habéis visto, sus tres elementos componentes son polvos finamente molidos. Pero cada uno de estos polvos tiene una densidad o peso

inherente distintos. Y por apretados que estén estos tres componentes en un recipiente, se van separando gradualmente uno de otro. El menor movimiento o vibración del recipiente provoca la descombinación del salitre, más pesado, que se desliza hacia el fondo y el huoyao acaba inerte e impotente. Por lo tanto resulta imposible fabricar, almacenar y suministrar cualquiera de mis inventos. Bastan los movimientos dentro del almacén, y más los de fuera de él, para dejarlo absolutamente inútil.

—Entiendo —dije, compartiendo su tono de profundo desengaño —. ¿Por eso estáis continuamente de viaje, maestro Shi?

—Sí. Para organizar una exhibición de árboles de fuego en cualquier ciudad, debo desplazarme hasta allí y hacerlo todo sobre el terreno. Me llevo un cargamento de tubos de papel, mechas y barriles de cada uno de los polvos constituyentes, y no cuesta mucho luego mezclar el huoyao y cargar los distintos aparatos. Eso es, claro, lo que hizo el artificiero de Kaifeng cuando se puso cerco a mi ciudad. Pero ¿podéis imaginaros todo eso en época de guerra, en el campo de batalla en pleno combate? Cada compañía de guerreros debería disponer de su propio artificiero, y éste debería tener a mano todos sus suministros y equipo y ser inhumanamente rápido y hábil. No, Marco Polo, temo que el huoyao será para siempre un bonito juguete. Al parecer no hay esperanza de aplicarlo militarmente, excepto quizá en la situación ocasional de una ciudad asediada.

—¡Qué lástima! —murmuré —. ¿Pero el único problema es la tendencia de los polvos a separarse?

—Éste es el único problema —dijo con recalcada ironía —, del mismo modo que la falta de alas es lo único que impide volar a un hombre.

—Sólo la separación… —dije para mí, varias veces, hasta que di un chasquido con los dedos y exclamé —: ¡Ya lo tengo!

—¿Lo tenéis ya?

—El polvo se dispersa, pero el fango no, y la arcilla endurecida tampoco. ¿Supongamos que humedecierais el huoyao para formar un fango? ¿O que lo cocierais para convertirlo en un sólido?

—Imbécil —dijo, pero en tono divertido —. Si se humedece el polvo ya no se inflama. Y si lo ponéis al fuego para que se cueza puede estallaros en la cara.

—Oh —exclamé, desinflándome.

—Os lo dije, en esta bella materia hay peligro.

—Yo no temo mucho el peligro, maestro Shi —repliqué, mientras continuaba

rumiando el problema —. Sé que estáis muy ocupado preparando las celebraciones de Año Nuevo, o sea que no deseo molestaros con mi compañía. Pero mientras vos hacéis otras cosas me gustaría que me dejarais algunas jarras de huoyao para poder especular sobre maneras y sistemas…

—Bevakashá! Con esto no se puede jugar.

—Tendré mucho cuidado, maestro Shi. Quemaré como máximo una pizca de polvo. Estudiaré sus propiedades e intentare encontrar una solución al problema de la separación de los componentes.

—Jakma! Como si yo y todos los demás artificieros no hubiésemos dedicado nuestras vidas a ello, desde que se compuso por primera vez el polvo de fuego. Y vos, que no habíais visto nunca tal sustancia, me proponéis ahora que juegue como hizo el maestro arquero Yi.

Entonces le dije persuasivamente:

—Lo mismo podría haber dicho el artificiero de Kaifeng. —Hubo un breve silencio y añadí —: Tampoco el inquisitivo hijo de un vendedor ambulante de pescado merecía la confianza necesaria que le permitiera aportar una nueva idea al arte. Hubo un silencio más largo. Luego el maestro Shi suspiró y dijo, evidentemente a su deidad:

—Señor, estoy comprometido, confío que lo entendáis. Este Marco Polo sin duda hizo en alguna ocasión una buena obra, y el proverbio nos dice que un mitzva se merece otro mitzva.

Sacó de debajo de la mesa de trabajo dos cestos de caña de trenzado muy espeso y me los tiró a los brazos:

—Ahí los tenéis, estimable loco. En cada cesto hay cincuenta liang de huoyao. Haced lo que os plazca y l'chaim a vos. Confío que la siguiente noticia que me llegue de Marco Polo sea su resonante salida de este mundo.

Llevé mis cestos a mi apartamento con la intención de empezar inmediatamente mis ensayos de al-kimia. Pero Narices me estaba esperando y le pregunté si me traía alguna información.

—Muy poco, mi amo. Sólo un pequeño cotilleo salaz sobre el astrólogo de la corte, si os interesa. Parece que es un eunuco, y que desde hace cincuenta años conserva sus partes en salmuera en una jarra al lado de la cama. Quiere que las entierren con él, para llegar entero al otro mundo.

—¿Es esto todo? —le dije, con ganas de ponerme a trabajar.

—En todas partes se están preparando para el Año Nuevo. Han echado paja seca en

todos los patios por si se acerca algún espíritu maligno gui, para que se asuste con el ruido de sus propias pisadas. Las mujeres están preparando el pudín de Ocho Ingredientes, que es una golosina de fiesta, y los hombres están fabricando muchas linternas para engalanar las festividades y los niños están haciendo molinillos de papel. Se dice que algunas familias gastan en esta ocasión sus ahorros de todo el año. Pero no todo el mundo está contento, muchos han se suicidan.

—¿Por qué motivo?

—Existe la costumbre de saldar todas las deudas importantes en esta estación. Los acreedores pasan de puerta en puerta y muchos deudores desesperados se ahorcan para salvar la cara, como dicen los han, por la vergüenza que les da no poder pagar. Mientras tanto los mongoles que no se preocupan mucho por la cara, embadurnan con melaza las de sus dioses de la cocina.

—¿Qué?

—Tienen la extraña creencia de que el ídolo que guardan sobre el fogón de la cocina, el dios doméstico Nagatai, asciende al cielo en esta época para informar al gran dios Tengri sobre su comportamiento del año. Dan melaza a Nagatai con la extraña idea de que sus labios quedan así sellados y no puede contar nada perjudicial.

—Extraño, sí —dije yo. Biliktu entró entonces en la habitación y cogió mis cestos. Le indiqué que los dejara sobre la mesa —. ¿Algo más, Narices?

El esclavo se retorció las manos:

—Sólo que me he enamorado.

—¿Oh? —dije sumido en mis propios sentimientos —. ¿De qué?

—Amo, no os riáis de mí. De una mujer, ¿de qué más podría ser?

—¿De qué más? Que yo sepa copulaste anteriormente con un poney de Bagdad, un joven de Kashan, un bebé Sindi de sexo indeterminado…

Se retorció las manos un rato más.

—Por favor, mi amo, no se lo digáis.

—¿Decírselo a quién?

—A la princesa Mar-Yanah.

—Ah, sí. Aquélla. O sea que ahora has fijado tu mirada en una princesa, ¿no? Bueno, admiro la amplia variedad de tus deseos. Y no le contaré nada. ¿Qué interés podría tener yo en decirle nada?

—Porque voy a pediros un favor, amo Marco. Os pido que le habléis en nombre mío. Que le habléis de mis virtudes y de mi rectitud.

—¿Tú, recto? ¿Virtuoso? Por Dios, ni siquiera estaba seguro de que fueras humano.

—Por favor, mi amo. Sabed que hay ciertas reglas de palacio en relación al matrimonio entre esclavos…

—¡Matrimonio! —exclamé —. ¿Estás pensando en casarte?

—Es cierto, como dice el profeta, que todas las mujeres son piedras —dijo meditativamente —. Pero algunas son piedras de molino que cuelgan de mi cuello y otras son piedras preciosas que aureolan mi corazón.

—Narices —le dije lo más suavemente que pude —. Esta mujer puede haberse hundido en el mundo, pero sin llegar… —me detuve pues no podía decir «tan bajo como tú». Empecé

de nuevo —: Quizá ahora sea una esclava, pero antes era una princesa, y dijiste que en aquella época tú sólo eras un pastor. Además tengo entendido que es una mujer bella, o que lo era.

—Lo es —dijo, y añadió débilmente —. También yo lo era… antes. Exasperado al ver que persistía en ese viejo cuento, le dije:

—¿La has visto últimamente? Mírate a ti mismo. Estás aquí con tan poca gracia como un ave camello, con la panza colgando, los ojos de cerdo, metiéndote el dedo en el único agujero de tu nariz. Dime la verdad: ¿desde que la espiaste y la reconociste te has dado a conocer a esa princesa Mar-Yanah? ¿Te reconoció ella? ¿Huyó asqueada o sólo se echó a reír?

—No —dijo inclinando la cabeza —. No me he presentado. Sólo la he venerado desde lejos. Confiaba en que primero le diríais algo, para prepararla… para despertar en ella el deseo de conocerme…

Al oír esto fui yo quien se echó a reír:

—¡Sólo nos faltaba eso! No he oído nunca mayor descaro. Me pides que haga de alcahuete entre un esclavo y otro. ¿Qué debo decirle, Narices? —Puse una voz meliflua, como si hablara a una princesa —: Tengo entendido, alteza, que vuestro galante adorador no sufre en este momento ninguna enfermedad vergonzosa en sus partes amatorias. —Luego añadí severamente —: ¿Qué podría decirle sin mentir gravemente, sin poner en

peligro mi alma inmortal? ¿Qué podría decir yo para mover en tu favor no ya una antigua princesa, sino a una hembra cualquiera, y lograr que mirara favorablemente a

una criatura de tu ralea?

Narices con una dignidad absurda en un ser como él dijo:

—Si el amo tuviera la bondad de escucharme un poco le contaría algunos detalles de esta historia.

—Cuenta, pues. Pero ligero, porque tengo que hacer.

—Empezó hace veinte años en la capital de Capadocia, Erzincan. Ella era ciertamente una princesa turca, la hija del rey Kiliy, y yo no era más que un pastor de caballos del rey. Ni él ni ella lo sabían, probablemente, porque yo era solamente uno de los muchos mozos de establo que veían cuando pedían una montura o un vehículo. Pero yo la veía, y entonces como ahora la veneré mudamente desde lejos. Como es lógico nada hubiese sucedido. Excepto que Alá hizo que ella y yo cayéramos en poder de unos bandidos árabes…

—Por favor, Narices, ¡no! —le supliqué —. No me vengas con otra historia de tu heroísmo. Por hoy ya he reído bastante.

—No me detendré en el episodio del secuestro. Baste decir que la princesa tuvo motivos para verme, y que me miró con ojos apasionados. Pero cuando conseguimos escapar de los árabes y volver a Erzincan, su padre me premió con un cargo más alto a su servicio y me envió al campo a considerable distancia del palacio.

—Esto —murmuré —, me lo creo.

—Y por desgracia caí de nuevo en manos de merodeadores. Mercaderes turcos de esclavos en esta ocasión. Se me llevaron y no volví a ver Capadocia ni a la princesa. Intenté recoger todos los rumores relativos a aquella parte del mundo, y nunca oí que se casara, por lo que guardaba todavía un pequeño motivo de esperanza. Pero luego me enteré de la matanza masiva de esta familia real selyúcida y supuse que había muerto con los demás. Si yo hubiese estado todavía en el palacio cuando esto sucedió, quizás hubiese podido…

—Por favor, Narices.

—Sí, mi amo. Bueno, si Mar-Yanah había muerto, ya no me importaba mi destino. Yo era un esclavo, la forma de vida más baja, y por lo tanto sería la forma de vida más baja. Soporté todo tipo de humillaciones, sin importarme. Provoqué las humillaciones. Empecé incluso a humillarme yo mismo. Me revolqué en la humillación. Quería ser lo peor del mundo, porque había perdido lo mejor. Me convertí en un desgraciado, en un ser degradado y despreciable. No me importó perder mi belleza, mi respeto personal y el respeto de los demás. No me hubiese importado incluso perder mis partes vítales, pero por motivos que ignoro, ninguno de mis numerosos amos pensó nunca en convertirme en un eunuco. Continuaba siendo

un hombre, pero ya no tenía esperanzas de amor, y me abandoné a la lujuria. Tomé cualquier persona o cualquier cosa accesible a un esclavo, y la mayoría son cosas viles. Así era cuando vos me encontrasteis, amo Marco, y así

continué siendo.

—Hasta ahora —dije —. Permíteme que acabe yo, Narices. Ahora aquel amor tanto tiempo perdido ha vuelto a entrar en tu vida. ¿Vas a cambiar ahora?

Él me sorprendió diciendo:

—No. No mi amo, demasiados hombres han dicho esto con demasiada frecuencia. Sólo un imbécil puede creer tal cosa. Voy a decir únicamente que sólo deseo cambiar para volver atrás. Para volver a lo que era antes de ser… este Narices. Me quedé mucho rato mirándole, y me lo pensé mucho antes de hablar.

—Sólo un amo malvado negaría a un hombre la posibilidad de conseguir esto, y yo no soy malvado. De hecho debería estar interesado en ver cómo eras antes. —También tenía

un cierto interés en ver a la persona sucia y gastada a la que había entregado su corazón. Después de ocho o nueve años de esclavitud entre los mongoles tenía que ser por fuerza una piltrafa aunque antes hubiese sido otra cosa —. Muy bien. Deseas que avise a esa Mar-Yanah de que su héroe de otros tiempos todavía existe. Puedo hacerlo. ¿Cómo debo proceder?

—Comunicaré únicamente a la residencia de los esclavos que el amo Marco desea hablar con ella. Y entonces si vuestra compasiva generosidad pudiese inspirarnos…

—No voy a contarle mentiras sobre ti, Narices. Te prometo únicamente pasar por alto las verdades más asquerosas, si puedo.

—Es todo lo que podía pediros. Que Alá os bendiga siempre…

—Ahora tengo otras cosas en que pensar. No la hagas venir hasta que hayan finalizado las celebraciones de Año Nuevo.

Cuando hubo salido, me senté para contemplar el huoyao. De vez en cuando metía los dedos en el polvo, y luego sacudía uno de los cestos para ver con qué facilidad los granos blancos de salitre se separaban de los negros de carbón y del amarillo azufre y desaparecían. Aquel día, y muchos días después porque tuve que dar preferencia a otras cosas, no me ocupé más del polvo de fuego.

Aquella noche, cuando fui a la cama y sólo vino Buyantu, gruñí:

—¿Qué le pasa a Biliktu?, ¿qué indisposición tiene hoy? La vi hace sólo unas horas

en estas habitaciones, y parecía en perfecto estado. Hace quizá más de un mes desde que durmió en esta cama conmigo o con nosotros. ¿Me está evitando? ¿La he enojado en algo?

Buyantu se limitó a contestarme provocándome:

—¿La echas de menos? ¿No te basto yo? Al fin y al cabo mi hermana y yo somos idénticas. Abrázame y mira. —Se acurrucó en mis brazos —. Eso. No puedes quejarte ahora de que te falta lo que tienes a tu lado. Pero si lo deseas puedes fingir que yo soy Biliktu y te desafío a que me digas en qué punto no lo soy. Tenía razón. Cuando en la oscuridad imaginé que ella era su hermana podía haberlo sido perfectamente, y no podía quejarme de que me privaban de ella. 10

En Venecia no hacemos mucho caso de la llegada de un nuevo año. Es simplemente el primer día de marzo, en el cual iniciamos el calendario del año siguiente, y no hay motivo para celebrarlo a no ser que coincida con el día de Carnevale. Pero en Kitai cada Año Nuevo se consideraba algo portentoso que debía recibirse apropiadamente. De este modo la excusa de las fiestas consumía un mes entero, saltando del año viejo al año nuevo. Todo el calendario de Kitai dependía de la luna, como nuestras fiestas móviles cristianas, y el Primer Día de la Primera Luna puede caer en cualquier fecha entre mediados de enero y mediados de febrero. Las festividades comenzaban la séptima noche de la Doceava Luna del año viejo, cuando las familias se reunían para comer el tradicional pastel de Ocho Ingredientes y luego intercambiaban regalos entre ellos y sus vecinos, amigos y parientes.

A partir de aquel momento parecía como si cada día y cada noche tuviesen que celebrar algo. Por ejemplo el día veintitrés de la Doceava Luna todo el mundo gritaba «bon viazo» al dios de la cocina, Nagatai, quien ascendía ostensiblemente al cielo para presentar su informe sobre la casa que controlaba. Se supone que ese dios no regresaba a su puesto en el hogar hasta la víspera de Año Nuevo, y todos aprovechaban su ausencia para entregarse al libertinaje de comida, bebida, juego y otras cosas que no se atreverían a hacer o que les daría vergüenza hacer bajo la mirada de Nagatai.

El día final del año viejo era el más frenético de toda esta temporada, porque era el último día hábil para cobrar las deudas y saldar las cuentas. Las calles vecinas a las casas de empeños estaban atestadas de gente que por unos miserables qian dejaban en depósito sus joyas, sus muebles e incluso la ropa que llevaban puesta. Todas las demás calles estaban atestadas igualmente y en pleno torbellino por el paso de los acreedores que iban en busca de sus deudores y por las carreras de los deudores que buscaban desesperadamente algún medio para pagar a los primeros o escapar de ellos. Se oían muchos gritos y los insultos y los golpes volaban por doquier, e incluso, como me había dicho Narices, algún deudor se autoinmolaba al sentirse incapaz de continuar viviendo con la cabeza alta, o con la cara, como dicen los han.

Cuando llegó la noche de este último día del viejo año y empezó la víspera del Primer Día de la Primera Luna, empezaron también las exhibiciones nocturnas de los árboles de fuego y de las flores chispeantes del maestro Shi, de maravillosa variedad, acompañadas por desfiles, bailes en la calle, ruidos tumultuosos y música de campanas, gongs y trompetas. Cuando llegó el alba del día de Año Nuevo, las interminables festividades quedaron atemperadas por una única demostración formal de abstinencia cuaresmal, pues era el único día del año en que todo el mundo tenía prohibido comer carne. Y

durante los cinco días siguientes nadie podía tirar nada. Si un pinche se atrevía a tirar el agua sucia de la cocina se arriesgaba a tirar la buena fortuna de la familia durante todo el año siguiente. Después de estas dos demostraciones de austeridad, las fiestas continuaron incesantemente hasta alcanzar el quinceavo día de la Luna Nueva. El pueblo bajo colgaba nuevas imágenes de sus viejos dioses, pegándolas ceremoniosamente sobre las viejas y gastadas imágenes que estuvieron colgadas durante el año anterior en las puertas y Paredes de sus casas. Las familias que podían permitírselo pagaban a un escriba para que les compusiera un «dístico de primavera»

que también se pegaba en algún lugar. Las calles estaban llenas perpetuamente de acróbatas, máscaras, gente con zancos, cuentistas, luchadores, juglares, manipuladores de aros, comedores de fuego, astrólogos, adivinos, vendedores ambulantes de toda clase de comida y bebida, incluso «leones danzantes», consistentes en dos hombres extraordinariamente ágiles metidos en un traje de yeso dorado y de tela roja que ejecutaban contorsiones casi increíbles, y muy poco leoninas. Los sacerdotes han de todas las religiones presidían en sus respectivos templos de modo bastante irreligioso juegos públicos de azar. Participaban multitud de jugadores, y supongo que los acreedores derrochaban allí sus recientes ganancias, mientras que los deudores intentaban recuperar sus pérdidas; la mayoría estaban borrachos, las apuestas eran altas y grande la poca pericia de los jugadores, es decir, que los beneficios del juego mantenían todos los templos y a sus sacerdotes durante todo el año. Uno de los juegos consistía simplemente en la familiar tirada de dados. Otro, llamado majiang, se jugaba con pequeñas fichas de hueso. Otro, con tarjetas de papel rígido llamadas zhipai. (Yo mismo me dejé seducir por las complicaciones del zhipai y aprendí a jugar todos los juegos, porque hay un número incontable de pasatiempos que se pueden jugar con una baraja de setenta y ocho cartas divididas en órdenes de corazones, campanas, hojas y bellotas, y subdivididas en cartas de puntas, cotas y emblemas. Pero cuando volví a Venecia llevé una baraja y desde entonces las cartas se han admirado y copiado mucho y han recibido el nombre de tarocchi, por lo que todo el mundo las conoce y no es preciso que hable más sobre el zhipai.)

La temporada de fiestas concluyó con la Fiesta de las Linternas, el día quince de la Primera Luna. Los festejos continuaban todavía en las calles de Kanbalik pero aquella noche cada familia rivalizaba presentando linternas de ejecución maravillosa. Todas exhibían sus creaciones de papel, seda, cuerno transparente o cristal de Moscovia, en

forma de bolas, cubos, abanicos, pequeños templos, iluminados siempre con bujías o candelas en su interior.

Hacia medianoche se paseaba por las calles un maravilloso dragón. Tenía más de cuarenta pasos de longitud y estaba fabricado de seda sostenida por costillas de caña perfiladas por candelas pegadas, y lo llevaban unos cincuenta hombres, de los cuales sólo se veían los pies bailando, revestidos con zapatos que imitaban grandes garras. La cabeza del dragón era de yeso y madera dorada y esmaltada, con ojos llameantes dorados y azules, cuernos de plata, una barba de seda verde bajo su barbilla, una lengua roja y aterciopelada que pendía de su terrible boca. La cabeza sola era tan grande y pesada que se necesitaban cuatro hombres para llevarla y atacar con ella entre saltos a la gente de la calle chasqueando las mandíbulas. El dragón enfilaba una calle tras otra, haciendo cabriolas, ondulando y encorvándose de modo muy realista. Y finalmente, cuando el último juerguista se iba ya a la cama o caía al suelo inconsciente en plena calle, el dragón se metía cansado en su madriguera y el Nuevo Año quedaba oficialmente inaugurado.

Los ciudadanos de Kanbalik habían disfrutado de un mes entero liberados de sus ocupaciones más corrientes. Pero el trabajo de los funcionarios, como el de los campesinos, no se interrumpe porque el calendario declare una fiesta. Los cortesanos de palacio y los ministros del gobierno continuaron trabajando durante toda la estación festiva, aparte de algunas salidas ocasionales para contemplar las diversiones del pueblo. Yo continué visitándolos a uno tras otro, y cada semana tenía audiencia con el kan Kubilai, para que pudiera juzgar los progresos de mi educación. En cada visita trataba de impresionarle o de asombrarle con las noticias que le traía. A veces, como es lógico, no tenía nada que decirle aparte de tonterías como:

—¿Sabíais, excelencia, que el astrólogo de la corte, un eunuco, guarda su aparato cercenado en una jarra?

A lo que él replicó con cierta aspereza:

—Sí, se rumorea que al hacer sus predicciones el viejo chalado consulta esos pepinos con más frecuencia que las estrellas.

Pero normalmente hablábamos sobre temas de más importancia. En una de las reuniones celebradas después de las fiestas de Año Nuevo, y después de haberme dedicado durante una semana a entrevistar a los ocho jueces del Cheng, tuve la osadía de discutir con el gran kan las leyes y estatutos que rigen sus dominios. El marco de esa conversación fue tan interesante como su contenido, porque la celebramos al aire libre y en circunstancias singulares.

El arquitecto de la corte, sus esclavos y sus elefantes habían acabado ya de construir la colina de carbón, y la habían cubierto de turba blanda, y el maestro jardinero y sus hombres habían plantado en ella prados, flores, árboles y arbustos. No había florecido nada todavía, y la colina estaba muy pelada. Pero se habían construido ya muchos

complementos arquitectónicos de estilo han, que daban bastante color a la colina. El gran kan y el príncipe Chingkim estaban inspeccionando aquel día las últimas obras y me invitaron a acompañarlos. El último adorno de la colina era un pabellón redondo de unos diez pasos de diámetro, un edificio lleno de curvas: tejado colgante, retorcidos pilares, balaustradas de filigranas y ni una sola línea recta. Estaba cercado por una terraza pavimentada de anchura igual al diámetro del pabellón, y la terraza a su vez estaba cercada por un sólido muro alto como dos personas, cuya superficie entera interior y exterior era un mosaico de gemas, esmaltes, dorados y tesserae de jade y de porcelana.

El pabellón era ya muy notable a la vista, pero tenía un rasgo que sólo captaba el oído. No sé si el arquitecto de la corte lo había planeado así, o si el resultado era meramente

fortuito. Dos o más personas podían situarse en cualquier lugar dentro de este muro circundante, separados por cualquier distancia, y aunque hablaran en un murmullo podían oírse perfectamente. El lugar se conoció más tarde como el Pabellón del Eco, pero creo que el gran kan, el príncipe y yo fuimos los primeros en divertirnos con esta propiedad peculiar. Conversamos situándonos en tres puntos equidistantes dentro del muro, a unos ochenta pies de distancia el uno del otro, sin que ninguno pudiera ver a nadie porque la curva del pabellón interceptaba la vista directa, pero los tres hablamos en tono normal y conversamos con tanta facilidad como si nos hubiésemos sentado en una mesa al aire libre.

—Los jueces del Cheng me leyeron el actual código legal de Kitai excelencia —dije —. Creo que algunas leyes son severas. Recuerdo una según la cual si se comete un crimen, el magistrado de la prefectura ha de descubrir y castigar al culpable, de lo contrario él mismo sufrirá el castigo que la ley reserva para este crimen.

—¿Qué tiene esto de severo? —preguntó la voz de Kubilai. Sólo garantiza que ningún magistrado eludirá sus responsabilidades.

—¿Pero no existe la posibilidad, excelencia, de que se castigue a menudo a una persona inocente, sólo porque alguien ha de ser castigado?

—¿Y qué? —dijo la voz de Chingkim —. El crimen ha quedado reparado y todo el pueblo sabe que pasará igual con cualquier otro crimen. Así la ley tiende a que todo el mundo evite cometer crímenes.

—Pero he observado —dije —que el pueblo han, si se le deja tranquilo, confía con razón que su tradicional cortesía guiará su comportamiento en todo momento, desde los asuntos cotidianos hasta los de mayor gravedad. Hablemos por ejemplo de la cortesía en el trato. Si un cartero tuviera la poca delicadeza de pedir una dirección a un peatón sin descender antes cortésmente de su carruaje, seguro que éste le indicaría una dirección equivocada, suponiendo que no le echara en cara su mal comportamiento.

—Ah, ¿pero le reformaría esto tan bien como unos buenos latigazos? —preguntó la voz de Kubilai.

—No necesita que le reformen, excelencia, porque, de entrada, él ya no haría una cosa tan poco educada. Tomemos otro ejemplo: la simple honestidad. Si una persona que anda por la calle descubre un objeto perdido por alguien, no se lo apropiará, sino que montará guardia a su lado. Pasará su turno de vigilancia a quien llegue después y éste al siguiente. Todos vigilarán diligentemente este objeto hasta que su propietario vuelva para buscarlo.

—Estás hablando ahora de casualidades —dijo la voz del gran kan —. Empezaste con crímenes y leyes.

—Muy bien, excelencia, consideremos un agravio concreto. Si una persona es agraviada por alguien no se va corriendo al magistrado y le pide que imponga al otro una reparación. Los han tienen un proverbio: advertir al muerto para que evite condenarse y advertir al viviente para que evite el tribunal. Si un han provoca su propia desgracia se quitará la vida para expiarlo, como he visto con frecuencia durante el pasado Año Nuevo. Si otro hombre le ofende gravemente y su conciencia no resuelve pronto la cuestión, la víctima se ahorcará delante de la puerta del culpable. Los han piensan que la desgracia traspasada al transgresor es mucho peor que cualquier venganza que la víctima pudiera infligirle.

Kubilai preguntó secamente:

—¿Crees que este hecho proporciona mucha satisfacción al muerto? ¿Llamas a esto una reparación?

—Me han dicho, excelencia, que el malhechor sólo puede quitar la mancha de esta vergüenza ofreciendo una restitución a la familia superviviente del ahorcado.

—Así es según el código legal del kanato, Marco. Pero si a alguien hay que ahorcar es a él. Puedes considerarlo severo, pero no veo que sea injusto.

—Excelencia, en una ocasión dije que cualquier otro monarca del mundo podía admiraros y envidiaros por la calidad de vuestros súbditos en general. Pero me pregunto: ¿qué opinión tiene de vos vuestro mismo pueblo? No podríais ganaros mejor su afecto y fidelidad si vuestras normas no fueran tan estrictas.

—Define esto —dijo secamente —: No tan estrictas.

—Excelencia, considerad mi patria, la República de Venecia. Sigue el modelo de las repúblicas clásicas de Roma y de Grecia. En una república, el ciudadano tiene la libertad de ser un individuo, de dar forma a su propio destino. Cierto que en Venecia hay esclavos y niveles de clase. Pero en teoría un hombre fuerte puede elevarse por encima de su clase. Puede escapar por sí solo de la pobreza y la miseria y alcanzar la

prosperidad y el bienestar.

La tranquila voz de Chingkim dijo:

—¿Sucede esto con frecuencia en Venecia?

—Bueno —dije —. Recuerdo a una o dos personas que se aprovecharon de su belleza y se casaron por encima de su clase.

—¿Llamas a esto fortaleza? Aquí lo llamaríamos concubinato.

—Es que ahora de repente no puedo recordar otros casos. Pero…

—¿Hubo casos de este tipo en Roma o Grecia? —dijo Kubilai. Vuestras historias occidentales dejan constancia de estos casos.

—Sinceramente, excelencia, no puedo decirlo, porque no soy entendido en historia. Chingkim habló de nuevo:

—¿Crees que esto podría suceder, Marco? ¿Que todos los hombres podrían y querrían hacerse iguales, libres y ricos si dispusieran de libertad para ello?

—¿Por qué no, príncipe? Algunos de nuestros mejores filósofos así lo han creído.

—Una persona creerá lo que sea mientras no tenga que pagar nada —dijo la voz de Kubilai —. Éste es otro proverbio han, Marco, yo sé qué pasa cuando se deja libre a la gente, y no me he enterado leyendo libros de historia. Lo sé porque los dejé libres yo mismo.

Pasaron algunos momentos. Luego Chingkim dijo con tono divertido:

—Marco ha quedado mudo de estupor. Pero así es, Marco. Vi a mi real padre emplear esta táctica en una ocasión para conquistar una provincia en la tierra de To-Bhot. La provincia resistió nuestros ataques frontales, por lo que el gran kan anunció

simplemente al pueblo Bho: «Quedáis libres de vuestros antiguos gobernantes, tiranos y opresores. Yo, que soy un monarca liberal, os doy licencia para que asumáis en el mundo el lugar correcto que merecéis.» ¿Y sabes qué sucedió?

—Confío, mi príncipe, que esto los hiciera felices.

Kubilai soltó una carcajada que resonó a lo largo de la pared como una caldera de hierro golpeada con un mazo. Dijo:

—Lo que sucede, Marco Polo, es lo siguiente. Di a un pobre que tiene permiso para robar al rico que ha envidiado desde hace tanto tiempo. ¿Saldrá de su casa para saquear la casa dorada de algún señor? No, se apoderará del cerdo de su vecino

campesino. Di a un esclavo que por fin es libre e igual a los demás hombres. Quizá su primera demostración de igualdad consista en asesinar a su antiguo amo, pero lo segundo que hace es… comprarse un esclavo. Di a una tropa de soldados reclutados a la fuerza para cumplir su servicio militar que pueden desertar libremente y volver a casa. ¿Se dedicarán mientras desertan a asesinar a los grandes generales que los reclutaron? No, degollarán a su compañero que fue ascendido a sargento de la tropa. Di a todos los oprimidos que tienen permiso para rebelarse contra sus más brutales opresores.

¿Marcharán en formación contra su tirano el wang o el ilkan? No, formarán una turba y despedazarán al prestamista del pueblo.

Hubo otro silencio. No se me ocurrió ningún comentario más y al final Chingkim habló

de nuevo:

—El truco dio resultado en To-Bhot, Marco. Toda la provincia se hundió en el caos, nos apoderamos de ella fácilmente, y mi hermano Ukuruji es ahora el wang de To-Bhot. Como es lógico, nada ha cambiado para el pueblo de To-Bhot en relación a las clases, los privilegios, la prosperidad y la libertad. La vida continúa como antes. Todavía no se me ocurría ningún comentario, porque era evidente que el gran kan y el príncipe no estaban hablando de unos rústicos ignorantes del atrasado país de To-Bhot. La opinión que tenían del vulgo se aplicaba al de todas partes y no era muy favorable, pero yo carecía de argumentos para refutar sus palabras. Es decir, que los tres dejamos nuestras posiciones alrededor del Pabellón del Eco, entramos de nuevo en el palacio, bebimos juntos mao-tai y charlamos sobre otros temas. Ya no volví a sugerir más mo-deraciones en el código legal de los mongoles, y hasta hoy los decretos publicados en todo el kanato concluyen como antes con las palabras: «¡El gran kan ha hablado: temblad, todos, y obedeced!»

Kubilai no hizo nunca ningún comentario sobre el orden de mis visitas a los varios ministros, aunque podía haber imaginado que yo empezaría con el más alto de todos: el primer ministro Achmad-az-Fenaket de quien he hablado ya tan a menudo. Pero yo hubiera preferido prescindir totalmente del árabe, especialmente después de haber recibido noticias desagradables sobre él. De hecho no le pedí nunca audiencia y fue Achmad quien al final forzó la entrevista. Me envió un criado con un malhumorado mensaje, pidiéndome que apareciera ante él y recogiera mi salario de sus propias manos, en su calidad de ministro de Finanzas. Supongo que se molestó al ver que el dinero se iba acumulando y que yo no aprovechaba las fiestas de Año Nuevo para saldar esta cuenta. Desde que el gran kan me había tomado a su servicio no me había preocupado de preguntar quién debía pagarme, ni incluso qué cantidad se me pagaría, porque hasta el momento no había necesitado ni un simple bagatino, o qian, como se llamaba la unidad monetaria más pequeña de Kitai. Tenía una casa elegante, comía bien y me daban todo lo que necesitaba; además no podía imaginarme en qué gastaría

dinero si dispusiese de él.

Antes de obedecer la orden de Achmad fui a preguntar a mi padre si las empresas de la Compagnia Polo continuaban con problemas burocráticos y en caso afirmativo si deseaba que abordara el tema con el obstructivo árabe. No encontré a mi padre en su estancia y fui a la de mi tío. Estaba reclinado en un sofá y una de sus sirvientes le afeitaba.

—¿Qué significa esto, tío Mafio? —exclamé —. ¡Te estás quitando tu barba de viajero!

¿Por qué?

Él me respondió a través de la espuma:

—Nosotros tendremos que tratar principalmente con mercaderes han, y los han desprecian los pelos y los consideran signo propio de los bárbaros. Todos los árabes del ortaq llevan barba, he pensado que Nico y yo podríamos disfrutar de algunas ventajas si uno de los dos se presenta bien afeitado. Además, y para ser franco, hería mi vanidad que la barba de mi hermano mayor conservara su color natural y que la mía fuera tan gris como la de Narices.

Supuse que mi tío conservaba su horcajadura libre de pelos y le dije con cierta mordacidad:

—Muchos han se afeitan también la cabeza. ¿Vas a hacer tú lo mismo?

—Y muchos se dejan crecer el pelo y lo llevan tan largo como una mujer —dijo

afablemente —. Yo podría hacer lo mismo. ¿Viniste aquí únicamente para criticar mi tocado?

—No, pero creo que ya tengo la respuesta a lo que iba a preguntarte. Si dices que tendrás que tratar con mercaderes, entiendo que tú y papá habéis resuelto ya vuestras diferencias con el árabe malo, Achmad.

—Sí, y de modo muy agradable. Nos ha concedido todos los permisos necesarios. No hables en este tono del primer ministro, Marco. Al final no ha resultado ser tan… tan malo.

—Me alegra enterarme —dije, pero sin convencerme mucho —. Tengo que ir a verle ahora mismo.

Tío Mafio dejó su postura yacente y se incorporó:

—¿Te pidió que fueras a verle… por algún motivo?

—No. Debo ir a recoger una cierta cantidad de dinero que no sé cómo gastar.

—Ah —dijo mi tío recostándose de nuevo —. Dáselo a Nico para que lo invierta en la Compagnia. No podrías hacer inversión mejor.

Después de dudar un momento le dije:

—Creo, tío, que estás de mucho mejor humor que cuando hablamos por última vez, en privado.

—E cussi? Vuelvo a los negocios.

—Me refería a… bueno, a cosas materiales.

—Ah, mi famoso estado —dijo secamente —. Preferirías verme hundido y envuelto en la melancolía.

—En absoluto, tío. Me encanta comprobar que en cierto modo has hecho las paces contigo mismo.

—Esto es bueno, sobrino —dijo con una voz más amable —. Y ciertamente así ha sido. He descubierto que una persona a quien ya no pueden dar placer puede obtener un placer considerable dando el placer.

—Aunque no os entiendo bien, esto me alegra. , —Quizá no lo creas —dijo casi tímidamente —. Pero se me antojó hacer experimentos y descubrí que podía incluso dar placer a esta persona que me está afeitando. Sí, no te sobresaltes, a una mujer. Y ella a su vez me enseñó algunas artes femeninas de dar placer. —De repente pareció que su mismo aire de embarazo le embarazase, y soltó una gran carcajada para quitárselo de encima —. Quizá me espera una nueva carrera. Gracias por preguntar, Marco, pero ahórrame estos sonrojos. Si Achmad te espera, lo mejor es que vayas a verlo. Cuando entré en el sanctum lujosamente amueblado del primer ministro, vicerregente, ministro de Finanzas, éste no se levantó ni me saludó. Al contrario del kan de todos los kanes, el árabe esperaba que le hiciera koutou, esperó hasta que lo hice, y cuando me levanté de nuevo no me ofreció asiento. El valí Achmad tenía el aspecto de cualquier árabe: nariz de halcón, negra y espesa barba, complexión oscura y granulosa, pero iba más limpio que la mayoría de los árabes que yo había visto en las tierras árabes, pues había adoptado la costumbre de Kitai de bañarse frecuentemente. Además tenía los ojos más fríos que yo haya visto nunca en un árabe o en cualquier oriental. Los ojos marrones son normalmente tan calientes como el qahwah, pero los suyos se parecían más a astillas de la piedra de ágata de Muja. Llevaba un aba y una kafiyah árabes, pero no de algodón ligero, sino de sedas coloreadas como un arco iris.

—Vuestro sueldo, Folo —dijo descortésmente, y empujó hacia mí sobre la mesa no una bolsa de dinero, sino un montón desordenado de billetes de papel. Los recogí y

los examiné. Los billetes eran todos iguales: fabricados con papel de morera oscuro y resistente, decorados a ambos lados con complejos dibujos y con una multitud de palabras, tanto en caracteres han como en el alfabeto mongol, todo ello

escrito con tinta negra, pero con una gran e intrincada marca de sello en tinta roja impresa encima. No le di las gracias. Aquel hombre me había desagradado de modo instantáneo e instintivo y podía sospechar cualquier superchería por parte suya. Entonces le dije:

—Excusadme, valí Achmad, ¿se me paga en pagheri?

—Lo ignoro —dijo lánguidamente —. ¿Qué significa esa palabra?

—Pagheri son papeles que prometen devolver un préstamo, o pagar en el futuro algún compromiso. Son una comodidad comercial en Venecia.

—Supongo entonces que también podéis llamar pagheri a esto, porque también son una comodidad: son la moneda legal de este reino. Tomamos el sistema de los han, que lo llaman «moneda volante». Cada uno de los papeles que tenéis en la mano vale un liang de plata.

Empujé el montoncito hacia él por encima de la mesa.

—Entonces, si el valí no se opone, preferiría llevarme la plata.

—Esto es el equivalente —contestó secamente —. Con tal cantidad de plata vuestra bolsa se arrastraría por el suelo. Lo bueno de la moneda volante es que puede cambiarse o transportarse sin peso ni bulto grandes sumas, incluso inmensas sumas. O pueden esconderse en el colchón, si sois avaro. Además cuando se paga una compra el mercader no tiene que pesar cada vez la moneda ni verificar la pureza del metal.

—¿Queréis decir —continué yo sin convencerme —, que podría ir al mercado, comprar un cuenco de mían para comer y el vendedor aceptaría en pago uno de estos papeles?

—Bismillah! Os daría la parada entera por un papel. Y probablemente os daría también su esposa y sus hijos. Os he dicho ya que cada papel vale un liang. Un liang es mil qian, y con un qian podríais comprar veinte o treinta cuencos de mían. Si necesitáis cambio pequeño: tomad —sacó de un cajón varios paquetes de papeles de menor tamaño —.

¿Cómo lo queréis? ¿Billetes de medio liang? ¿De cien qian? ¿Qué queréis?

—¿Se fabrica moneda volante de todos los valores? —le pregunté asombrado —. ¿Y la gente la acepta como dinero real?

—¡Es dinero real, infiel! ¿No sabéis leer? Estas palabras en el papel atestiguan su realidad. Proclaman su valor nominal, y contienen las firmas de los numerosos funcionarios, tesoreros y secretarios del tesoro imperial. Mi propio nombre figura también entre los demás. Y encima de todo se ha estampado en tinta roja un yin mucho mayor: el gran sello del propio Kubilai. Esto garantiza que en cualquier momento el papel puede cambiarse por su valor nominal en plata auténtica de los almacenes del tesoro. O sea que este papel es tan real como la plata que representa.

—Pero ¿qué pasaría —insistí —si un día alguien quisiera redimir uno de esos papeles y no lo aceptaran…?

Achmad dijo secamente:

—Si llega un momento en que el yin del gran kan no merece ningún respeto, tendréis que preocuparos de cosas más urgentes que de vuestro sueldo. A todos nos pasará lo mismo.

Mientras examinaba la moneda volante pensé en voz alta:

—Sin embargo creo que el tesoro tendría menos problemas si se limitara a entregar trozos de plata. Porque si circulan por todo el reino estos papelitos y si cada funcionario ha de escribir su nombre en cada uno de ellos…

—No escribimos nuestros nombres una y otra vez —dijo Achinad, con un tono que empezaba a notarse muy molesto —. Lo escribimos sólo una vez y a partir de esta firma el maestro fabricante de yins de palacio, hace un yin, que es una palabra escrita al revés como un sello grabado, que puede entintarse y estamparse sobre papel innumerables veces. Supongo que incluso vuestra poco civilizada Venecia conoce los sellos.

—Sí, valí Achmad.

—Muy bien. Para fabricar una pieza de moneda se disponen todos los yin separados correspondientes a palabras, caracteres y letras y se juntan formando una pieza del tamaño adecuado. Esta pieza se entinta repetidamente y los papeles se aprietan contra ella uno por uno. Es un proceso que los han llaman zishuju, más o menos «escritura reunida».

Yo asentí, y dije:

—Nuestros monjes occidentales a menudo cortan un bloque de madera y cincelan en ella la letra mayúscula inicial de un manuscrito, y con él imprimen varias páginas, que luego los frailes iluminadores colorean y tratan en sus estilos individuales, antes de pasar a escribir el resto de la página a mano.

Achmad movió negativamente la cabeza:

—En la escritura reunida la impresión no se limita a la letra inicial, y no hay que hacer nada a mano. Se moldean en terracota muchos yin idénticos con cada carácter del lenguaje han, y ahora también hay yins de cada letra del alfabeto mongol, con lo que este zishuju puede combinar un número cualquiera de yins para formar un número cualquiera de palabras. De este modo pueden componerse páginas enteras de escritura, y estas páginas pueden combinarse para formar libros enteros. Con la zishuju se pueden producir libros en grandes cantidades, siendo todas las copias iguales y el resultado mucho más rápido y perfecto que si un escriba los escribiera a mano. Si se hicieran yins del alfabeto arábigo y del alfabeto romano, podrían producir libros en cualquier lenguaje conocido, de modo igualmente fácil, abundante y barato.

—¿Estáis seguro? —murmuré —. Creo, valí, que este invento es más admirable incluso que el de la moneda volante.

—Tenéis razón, Folo. Me di cuenta de ello cuando vi por primera vez uno de los libros de escritura reunida. Tuve la intención de enviar algunos especialistas han hacia occidente para que enseñaran la fabricación de la zishuju a mis compatriotas de Arabia. Pero afortunadamente me enteré a tiempo de que las piezas del zishuju se entintan con cepillos hechos con cerdas de cerdo. Por lo tanto sería impensable proponer el proceso a las naciones del santo Islam.

—Sí, lo entiendo. Bueno, os agradezco, Achmad, tanto la instrucción como el sueldo —y me puse a meter los papeles en mi bolsa del cinto.

—Permitid —dijo tranquilamente —que os ofrezca dos pequeñas instrucciones más. Hay algunos lugares donde no se puede gastar la moneda volante. Por ejemplo el acariciador sólo acepta sobornos de oro macizo. Pero creo que ya estáis enterado de esto. Procuré que mi rostro no cambiara de expresión y elevé mis ojos de la bolsa a su gélida mirada de ágata. Me pregunté cuántas cosas más sabía de mi vida, y él me informó

amablemente:

—No soñaría siquiera en proponeros desobedecer al gran kan. Él os pidió que investigarais. Pero os sugiero que limitéis vuestras investigaciones a los pisos de arriba del palacio. No abajo, en las mazmorras del maestro Ping. Ni en los aposentos de los criados.

Sabía por lo tanto que yo había puesto una oreja debajo de las escaleras. ¿Pero sabía el porqué? Sabía que yo estaba interesado en el Ministerio de Razas Menores, y suponiendo que lo supiera, ¿por qué le importaba? ¿O quizá temía que me enterara de algo perjudicial para el primer ministro? Mantuve el rostro inexpresivo y esperé.

—Las mazmorras subterráneas son lugares poco sanos —continuó él, con tanta indiferencia como si me diera consejos sobre la humedad y el reuma —. Pero las torturas pueden llevarse a cabo también sobre la tierra, y son torturas mucho peores

que las del acariciador.

En esto yo no estaba de acuerdo:

—Estoy seguro de que nada puede ser peor que la Muerte de un Millar. Quizá, valí

Achmad, no sabéis que…

—Lo sé. Pero incluso el acariciador sabe infligir una muerte peor que ésa. Y yo conozco varias más. —Sonrió, o lo hicieron sus labios porque sus ojos continuaron siendo como piedra —. Vosotros los cristianos pensáis que el infierno es la tortura más terrible que puede existir, y vuestra Biblia dice que el infierno consiste en dolor. «Serán arrojados a un infierno de fuego, donde sus gusanos no morirán y el fuego no se extinguirá». Esto dijo el dulce Jesús, en Cafarnaúm, a sus discípulos. Yo os aconsejo, como Jesús, que no tonteéis con el infierno, Marco Folo y que no os dejéis seducir por las tentaciones que podrían conduciros a él. Pero voy a deciros algo sobre el infierno que vuestra Biblia cristiana no dice. El infierno no es necesariamente un fuego inextinguible ni un gusano que roe, ni un dolor físico de tipo concreto. El infierno tampoco tiene que ser necesariamente un lugar. El infierno es simplemente lo que hace más daño, sea lo que sea.

11

Salí de las habitaciones del primer ministro y me fui directamente a las mías con la intención de ordenar a Narices que suspendiera sus actividades de espionaje, por lo menos hasta que pudiera meditar más seriamente sobre las advertencias y amenazas del valí. Pero Narices no estaba allí; había otro esclavo. Biliktu y Buyantu me esperaban en el vestíbulo con sus cejas altaneramente arqueadas para informarme de que una esclava, una extranjera, se había presentado y había pedido permiso para esperar a que yo llegara. Las mellizas, que no eran propiedad mía ni de nadie, se mostraban siempre desdeñosas con sus inferiores, pero parecía que esa visita las molestara más que de costumbre. Sentí curiosidad por conocer lo que había provocado esta reacción y pasé a la sala principal. Había una mujer sentada en un banco. Cuando entré, se echó al suelo y ejecutó un grácil koutou, quedándose arrodillada hasta que le mandé levantarse. Se puso en pie, yo la miré y mis ojos se quedaron clavados en ella llenos de admiración. Los esclavos del palacio, cuando sus recados los obligaban a salir de sus bodegas, cocinas o establos y a pasearse entre sus superiores, iban siempre bien vestidos, para honrar así a sus amos, o sea que no fue el bello traje de la mujer lo que me sorprendió. Lo que me asombró es que lo llevaba como si ella se mereciera lo mejor, como si estuviera acostumbrada a lo mejor, y supiera que ningún atavío por rico que fuera podía eclipsar su propio resplandor.

No era una muchacha: seguramente tenía la misma edad que Narices o que mi tío Mafio. Pero en su rostro no había arrugas, y los años sólo habían añadido dignidad a su belleza. Si de sus ojos había desaparecido el centelleo cambiante de un riachuelo, había ocupado su lugar una profundidad y una placidez dignas de un lago de

montaña. En su cabello había algunas hebras de plata, pero el color era en general de un cálido negro rojizo, y no lo tenía lacio como el cabello de Kitai, sino que era un montón de rizos. Tenía la figura erguida, y por lo que podía distinguirse a través de la ropa de brocado se conservaba firme y con bellas formas.

Ella, al ver que sólo la saludaba con la boca abierta, dijo, con una voz aterciopelada:

—Sois, me imagino, el amo del esclavo Ali Babar.

—¿Quién? —pregunté atontado —. Ah, sí, claro, Ali Babar me pertenece. Para disimular mi momentánea confusión, murmuré una excusa y fui a echar una ojeada a la jarra donde tenía guardado mi polvo inflamante. ¡Aquélla era, pues, la princesa turca Mar-Yanah!

—Lo siento. ¿Qué puede decirse en un caso así? Sin duda fue terrible.

—No tanto. —Sacudió como una yegua briosa los rizos de su negra crin —. Yo había aprendido a fingir. Fingí que cada hombre era mi bello, valiente Ali Babar. Y ahora confío que Alá me entregará por fin mi propia recompensa. Si vos, amo Marco, no me hubieseis convocado, yo misma os habría pedido audiencia para que ayudarais a reunir nuestras vidas. ¿Diréis a Ali que deseo ser suya de nuevo, y que espero que se nos permita casarnos?

Tosí de nuevo, sin saber qué responder:

—Ejem… princesa Mar-Yanah…

—Esclava Mar-Yanah —me corrigió —. Para los esclavos hay reglas de matrimonio más estrictas incluso que para los reyes.

—Mar-Yanah, os aseguro que el hombre que recordáis con tanto cariño os recuerda igual. Pero cree que todavía no le habéis reconocido. Realmente me asombra que pudierais hacerlo.

Ella sonrió de nuevo.

—Es decir, que le veis como le ven mis compañeros esclavos. Por lo que dicen, ha cambiado mucho.

—¿Por lo que dicen…? ¿O sea que no le habéis visto todavía?

—Desde luego, le he visto. Pero ignoro qué aspecto tiene. Todavía veo en él al campeón que hace veinte años luchó para salvarme de mis secuestradores árabes, y que aquella noche hizo tiernamente el amor conmigo. Es joven, y tan recto y esbelto como la letra alif, y virilmente bello. Más o menos como vos, amo Marco.

—Gracias —contesté, pero débilmente, porque continuaba confundido. ¿No había notado ella todavía el feo rasgo que le había merecido el nombre de Narices? Luego añadí —: No tengo ningún deseo de que una encantadora dama pierda sus encantadoras imaginaciones, pero…

—Amo Marco, ninguna mujer puede desilusionarse mucho en relación al hombre que ama realmente. —Dejó la taza, se me acercó y alargó la mano tímidamente para tocarme la cara —. Tengo casi los años suficientes para ser vuestra madre. ¿Puedo deciros un pensamiento de madre?

—Hacedlo, por favor.

—También vos sois bello, y joven, y pronto un día una mujer os amará de verdad. Tanto si Alá os concede que podáis vivir juntos toda vuestra vida, como si os exige, como nos exigió a Ali Babar y a mí, que no podáis reuniros hasta transcurrido mucho tiempo desde vuestro primer encuentro, vos envejeceréis y ella también. No puedo predecir si os transformaréis en una persona débil y encorvada, o gruesa o calva o fea, pero nada importará. Puedo deciros esto con certeza: ella os verá siempre como os vio cuando os conocisteis. Hasta el fin de vuestros días, o de sus días.

—Alteza —le dije, y con convicción, porque si alguna mujer merecía un título así, era ella —. Quiera Dios que encuentre a una mujer de corazón y ojos tan amorosos como los vuestros. Pero debo señalar en conciencia que un hombre puede cambiar en aspectos que no pueden percibirse.

—¿Quizá os creéis en la obligación de informarme de que Ali Babar no se ha mantenido irreprochable durante todos estos años. ¿Que no ha sido una persona firme, ni fiel, ni admirable, ni incluso masculina? Sé que ha sido un esclavo y sé que de los esclavos se espera un comportamiento inferior al de las personas.

—Sí, claro —murmuré —. Él dijo más o menos lo mismo. Dijo que intentó convertirse en lo peor del mundo, porque había perdido a lo mejor.

Ella meditó mis palabras y dijo pensativamente:

—Aparte de lo que él y yo hayamos sido, le será más fácil a él ver las marcas dejadas en

mí, que a mí ver las suyas.

Fui yo quien la corregí entonces:

—Esto es totalmente falso. Lo menos que puede decirse de vos es que habéis sobrevivido bellamente. Cuando oí hablar por primera vez de Mar-Yanah me imaginé a una triste ruina de persona, pero ahora veo todavía a una princesa. Ella movió negativamente la cabeza:

—Yo era doncella cuando Ali Babar me conoció, y estaba entera. Es decir, que aunque había nacido musulmana mi sangre era real y en la infancia no me habían quitado mi bizir. Podía enorgullecerme entonces de mi cuerpo, y Ali pudo gozar con él. Pero desde entonces me he convertido en el juguete de medio ejército mongol, y luego de un número igual de hombres, y algunos hombres maltratan sus juguetes. —Apartó otra vez sus ojos de mí, pero continuó diciendo —: Vos y yo hemos hablado francamente; y así lo haré ahora. Mi meme está rodeado de cicatrices de dentelladas. Mi bizir está estirado y fláccido. Mi góbek está flojo y sus labios sueltos. He abortado tres veces y ahora ya no puedo concebir.

Tuve que conjeturar el significado de las palabras turcas que había utilizado, pero era imposible confundirse sobre la sinceridad de sus palabras finales.

—Si Ali Babar puede amar lo que queda de mí, amo Marco, ¿creéis que no puedo amar yo lo que queda de él?

—Alteza —dije de nuevo y otra vez sinceramente, aunque con la voz algo ahogada —, me siento confuso y avergonzado, pero he aprendido algo. Si Ali Babar puede merecer una mujer como vos, es más hombre de lo que yo había imaginado. Y yo sería menos hombre si no me esforzara en facilitar vuestra boda. Quisiera iniciar inmediatamente los trámites. Decidme: ¿cuáles son las normas de palacio en relación a los matrimonios entre esclavos?

—Los propietarios de ambas partes han de conceder su permiso, y han de ponerse de acuerdo respecto al lugar de residencia de la pareja. Eso es todo, pero no todos los amos son tan indulgentes como vos.

—¿Quién es vuestro amo? Mandaré un mensaje solicitando audiencia. Su voz vaciló un poco:

—Mi amo, siento decirlo, tiene poco control sobre su familia. Tendréis que hablar con su esposa.

—Extraña familia —observé —. Pero esto no tiene que complicar nada. ¿Quién es ella?

—La dama Zhao Guan. Es una de las artistas de la corte, pero su título es armero de la guardia de palacio.

—Ah, sí. He oído hablar de ella.

—Es… —Mar-Yanah se detuvo un momento para escoger cuidadosamente sus palabras —. Es una mujer de fuerte voluntad. La dama Zhao quiere que sus esclavos sean totalmente suyos y que estén disponibles a todas horas.

—Yo no soy exactamente una persona débil —dije —. Y he prometido que vuestros

veinticuatro años de separación acabarán ahora y aquí. Cuando estén resueltos los trámites, haré que vos y vuestro héroe volváis a reuniros. Hasta entonces…

—Que Alá os bendiga, buen amo y amigo Marco —dijo con una sonrisa tan brillante como las lágrimas de sus ojos.

Llamé a Buyantu y a Biliktu para que acompañaran a la visita a la puerta. Lo hicieron de mala gana, con frentes arrugadas y labios contraídos, por lo que cuando volvieron me dirigí a ellas en tono severo.

—Vuestra actitud de superioridad no es muy cortés y no os favorece mucho, queridas. Sé que vuestro valor es únicamente de veintidós quilates. La dama que habéis acompañado de tan mala gana vale según mi propia estimación veinticuatro quilates

enteros. Ahora, Buyantu, ve a presentar mis respetos a la dama Zhao Guan y dile que Marco Polo solicita hora para visitarla.

Cuando Buyantu se hubo ido y Biliktu se hubo marchado enfadada a otra habitación para esconder su mal humor fui a echar un vistazo más tranquilo a mi jarra llena de huoyao pastoso. Era evidente que los cincuenta liang de polvo de fuego se habían echado totalmente a perder. Dejé a un lado aquella jarra, cogí el cesto restante y contemplé su contenido. Al cabo de un rato empecé a recoger muy cuidadosamente algunos granos de salitre de la mezcla. Cuando tuve más o menos una docena de puntitos blancos, humedecí ligeramente la punta del mango de marfil de un abanico. Recogí el salitre con la punta del mango y sin intención fija lo acerqué a la llama de una vela cercana. Los granos se fundieron instantáneamente formando un vidriado sobre el marfil. Aquello me dio que pensar. El artificiero tenía razón cuando me habló del huoyao humedecido, y me había aconsejado que no intentara cocerlo. Pero supongamos que pusiera un pote de huoyao sobre un fuego bajo, no muy caliente, para que el salitre de su interior se fundiera y aglomerara el conjunto… Mis meditaciones se interrumpieron con el regreso de Buyantu, quien me informó de que la dama Zhao podía recibirme en aquel mismo momento.

Allí fui y me presenté:

—Marco Polo, señora mía —haciendo luego un adecuado koutou.

—Mi señor marido me ha hablado de vos —dijo, mientras me daba venia para levantarme con un juguetón golpecito de su desnudo pie.

Tenía las manos ocupadas jugando con una bola de marfil, igual que su marido, para conservar flexibles los dedos.

Cuando me levanté, agregó:

—Me preguntaba cuándo os dignaríais visitar a este íntimo miembro de la corte. —

Su voz era tan musical como campanillas al viento, pero parecía como si en la producción de esta música no interviniese mucho el factor humano —. ¿Queréis discutir mi cargo, o mi trabajo auténtico? ¿O los pasatiempos que intercalo?

Dijo esto último con una impúdica sonrisa. Era evidente que doña Zhao me consideraba enterado, como todo el mundo, de su glotonería por los hombres. Debo confesar que sentí brevemente la tentación de incorporarme a su alacena de bocados. Tenía más o menos mi edad, y su belleza me hubiese atraído si no hubiese llevado las cejas totalmente depiladas y sus delicados rasgos recubiertos con un polvo blanco como la muerte. Yo tenía curiosidad como siempre por descubrir lo que se ocultaba debajo de las ricas ropas de seda, sobre todo en este caso porque aún no me había acostado con una mujer de raza han. Pero reprimí mi curiosidad y dije:

—De momento, ninguno de estos temas señora, si bien os parece. Tengo otra…

—Ah, uno de los tímidos —dijo, cambiando su sonrisa impúdica por una sonrisa afectada

—. Empecemos, pues, hablando de vuestros pasatiempos favoritos.

—Quizá en otra ocasión, doña Zhao. Quisiera hablar hoy de una esclava vuestra llamada Mar-Yanah.

—Aiya! —exclamó, que es el equivalente han de «vaj!». Se irguió repentinamente sobre su sofá frunciendo el cejo, y no es muy agradable mirar un cejo fruncido cuando no hay cejas en medio. Preguntó secamente —: ¿Pensáis que esa turca es mucho más atractiva que yo?

—En absoluto, señora —dije mintiendo —. Soy de noble cuna en mi tierra nativa, y ni aquí

ni en ningún lugar estaría dispuesto a admirar a una mujer que no fuera de tan perfecta ascendencia como vos.

Preferí no citar el hecho de que ella era sólo noble mientras que Mar-Yanah tenía sangre real.

Pero mi frase pareció ablandarla:

—Bien dicho. —Se recostó de nuevo voluptuosamente —. Pero yo he descubierto que a veces un soldado mugriento y sudoroso puede resultar atractivo… Alargó la palabra como invitando un comentario mío, pero yo no quería dejarme arrastrar a un concurso de experiencias perversas. Por lo tanto intenté continuar:

—En relación a la esclava…

—La esclava, la esclava… —suspiró ella. Hizo pucheros, tiró al aire su bola de marfil y la recogió petulantemente —. Hace un instante estabais hablando con propiedad, como corresponde a un galante que visita a una dama. Pero preferís hablar de esclavas. Recordé que con los han cualquier negocio se ha de abordar dando rodeos, después de un largo intercambio de trivialidades. O sea que dije con galantería:

—Preferiría con mucho hablar de mi señora Zhao y de su incomparable belleza.

—Así es mejor.

—Me sorprende un poco que el maestro Zhao teniendo al alcance de su mano un modelo tan excelente no haya pintado cuadros de vos.

—Lo hizo —dijo con una sonrisa de satisfacción.

—Siento que no me enseñara ninguno.

—Si pudiera hacerlo no querría, y no puede. Están en posesión de los diversos señores que aparecen retratados en las mismas pinturas. Y tampoco es probable que estos señores las enseñen.

No necesité dar muchas vueltas a esta observación para entender su significado. De momento me reservé mi juicio sobre el maestro Zhao, tanto si sentía simpatía por su situación como si me molestaba su hábil complicidad con ella, pero estaba claro que aquella joven dama no me gustaba mucho y que ya tenía ganas de abandonar su compañía. Dejé, pues, de andarme con rodeos.

—Ruego a mi dama que perdone mi insistencia sobre el tema de la esclava, pero intento enderezar un entuerto de larga duración. Pido a la dama Zhao que dé su permiso para el matrimonio de su esclava Mar-Yanah.

—Aiya! —exclamó de nuevo y en voz alta —. ¡La vieja marrana está embarazada!

—No, no.

Ella continuó, sin oír mis palabras, mientras sus cejas inexistentes se retorcían.

—¡Pero esto no os obliga a nada! Ningún hombre se casa con una esclava sólo por haberla fecundado.

—¡Yo no lo hice!

—La molestia es ligera y se elimina con facilidad. La llamaré y le patearé el vientre. No os preocupéis más.

—No estoy preocupado por…

—Sin embargo todo esto son especulaciones. —Su lengüecita roja asomó por la boca y lamió sus pequeños y rojos labios —. Todos los médicos declararon estéril a esta mujer. Sin duda sois excepcionalmente potente.

—Señora Zhao, ¡la mujer no está encinta y no soy yo quien quiere casarse con ella!

—¿Qué?

Por primera vez su rostro quedó sin expresión.

—Es un esclavo mío que desde hace mucho tiempo ha estado enamorado de vuestra Mar-Yanah. Sólo os pido que os pongáis de acuerdo conmigo y les permitáis casarse y vivir juntos.

Se me quedó mirando. Desde que yo había entrado la joven dama había ido asumiendo una expresión tras otra: de invitación, de timidez, de petulancia, y ahora comprendí por qué mantenía sus rasgos continuamente en movimiento. Sin ninguna contorsión consciente aquel rostro blanco era tan vacuo como una hoja de papel en blanco. Me

pregunté si el resto de su cuerpo era tan poco excitante como el rostro. ¿Eran todas las mujeres han hojas en blanco que sólo asumían apariencia humana esporádicamente?

Casi le agradecí que pusiera una expresión de disgusto y dijera:

—Esta mujer turca es mi peinadora y la encargada de ponerme cosméticos. Ni mi señor marido puede modificar su horario. No veo por qué motivo debo compartirla con un marido suyo.

—¿En este caso quizá podríais venderla? Yo podría pagaros una suma que os permitiría comprar una sustituía excelente.

—¿Queréis insultarme? ¿Suponéis que no puedo permitirme regalar una esclava si me apetece?

Se levantó de un salto del diván, movió rápidamente sus pies desnudos y agitando como una estela tras suyo sus ropas, cintas, borlas y polvos perfumados abandonó la habitación. Me quedé allí preguntándome si me había despedido sumariamente o si iba a buscar un guardia para arrestarme. La chica era tan mutable y exasperante como su rostro inconstante. En el transcurso de una breve conversación había conseguido llamarme en rápida sucesión descarado, presuntuoso, salaz, entrometido, apocado y finalmente ofensivo. No me extrañaba que una mujer así precisara de un suministro continuo de amantes; probablemente los iba olvidando uno por uno a medida que salían de su cama.

Pero volvió a entrar con paso vivo en la habitación, sin acompañantes, y me tiró un trozo de papel. Lo cogí al vuelo antes de que cayera al suelo. No pude leer las palabras mongoles escritas sobre el papel, pero ella me explicó su contenido diciendo desdeñosamente:

—El título de propiedad de la esclava Mar-Yanah. Os la doy. La turca es vuestra para que hagáis con ella lo que os plazca. —Su rostro, de acuerdo con su carácter inconstante, pasó del desprecio a una sonrisa seductora —. Y yo también. Haced lo que os plazca, para agradecerme adecuadamente este gesto.

Quizá me hubiera visto obligado a ello, y probablemente hubiese tenido el valor de hacerlo si me lo hubiera ordenado antes. Pero ella me había entregado el papel incautamente, sin ponerle antes precio. Lo doblé, lo metí en mi bolsa, me incliné y le dije con todas las fiorituras que pude:

—Desde luego vuestro humilde suplicante da las gracias fervorosamente a la señora Zhao Guan. Y estoy seguro que los viles esclavos igualmente honrarán y bendecirán vuestro nombre cuando los informe de vuestra generosa bondad, lo cual voy a hacer inmediatamente. Por lo tanto, noble dama, hasta que volvamos a vernos…

—¿Qué? —chilló como un carrillón de viento roto en mil pedazos —. ¿Seréis capaz de dar la vuelta y marcharos?

Tenía ganas de decirle que no, que me iría corriendo si la acción no fuera poco digna. Sin embargo le había hablado de mi noble cuna y mantuve mi actitud cortés: me incliné

repetidamente y fui retrocediendo de cara a ella hasta la puerta murmurando cosas como

«muy benévola» y «eterna gratitud».

Su rostro de papel era ahora un palimpsesto con la incredulidad, el escándalo y la irritación grabados en él, todo a ¡a vez. Tenía en la mano la bola de marfil como si fuera a tirármela.

—Muchos hombres han lamentado que los rechazara —dijo amenazadoramente, con los dientes apretados —. Vos seréis el primero en lamentar haberos ido sin mi permiso. Mis reverencias me habían llevado ya al pasillo, pero la oí gritar unas cuantas palabras cuando di la vuelta para huir a mis habitaciones.

—¡Os lo prometo! ¡Lo lamentaréis! ¡Os arrepentiréis de esto!

Debo decir que al huir de los propuestos abrazos de doña Zhao no lo hice por un

repentino ataque de rectitud ni preocupado por la sensibilidad de su marido, o por el

temor a posibles consecuencias comprometedoras. Las consecuencias más probables vendrían por no haber utilizado adecuadamente a la dama. No, no se debió a nada de esto, ni fue tampoco la repugnancia general que me inspiraba. Para ser sincero, lo que más me repelió fueron sus pies. Debo aclarar este punto, porque muchas otras mujeres tenían el mismo tipo de pie.

Se llamaba a estos pies «puntos de loto», y los zapatos increíblemente pequeños con que se calzaban se llamaban «copas de loto». Sólo más tarde me enteré de que doña Zhao, aparte de las demás inmodestias que pude reconocer fácilmente, había superado en su lascivia los límites de cualquier ramera solamente por dejarme ver desnudos sus pies, sin sus copas de loto. Los han consideran que los puntos de loto de una mujer son sus partes más íntimas, y que éstas deben guardarse cubiertas más cuidadosamente que las partes rosadas que la mujer tiene entre las piernas.

Al parecer hace muchos años hubo en la corte han una bailarina que podía bailar de puntillas, y esta postura, el hecho de poder mantenerse en equilibrio casi sobre unos puntos, excitaba a todos los hombres que la veían bailar. A partir de entonces las demás mujeres intentaron envidiosamente emular aquella seductora de fábula. Seguramente las bailarinas contemporáneas suyas intentaron varios sistemas para disminuir el tamaño ya femenino de sus pies, y sin mucho éxito, porque las mujeres de épocas posteriores dieron un paso más. Cuando yo llegué a Kanbalik había ya muchas mujeres han cuyas madres les habían comprimido los pies desde la infancia. Ellas que habían crecido lisiadas, transmitían luego a los pies de sus hijas esta cruel tradición. La madre procedía del modo siguiente: cogía el pie de su hija niña, lo doblaba hacia abajo para que los dedos quedaran lo más cerca posible del talón y lo ataba en esta postura hasta que quedara fijo y pudiera luego doblarlo más fuerte y volver a atarlo. Cuando la chica alcanzaba la pubertad podía llevar unas copas de loto que literalmente tenían un tamaño igual al de copas de beber. Estos pies desnudos parecían las garras de un pajarito que acabara de soltarse de una rama delgada. Una mujer con puntos de loto tenía que caminar con pasos menudos y precarios, y raramente andaba, porque los han y otros pueblos consideraban este modo de andar como un gesto lo más provocador posible. Bastaba con pronunciar ciertas palabras como pies o dedos de pie o puntos de loto o caminar, referidas a una mujer o en presencia de una mujer decente, para causar tanta sorpresa y tantos gritos de indignación como si alguien gritara «pota!» en un salón veneciano.

Estoy de acuerdo en que la mutilación del loto infligida a una mujer han era menos cruel que la práctica musulmana de extirpar la mariposa de pétalos del loto situado a más altura del cuerpo. Sin embargo la visión de estos pies me producía asco, aunque estuviesen modestamente cubiertos, porque los zapatos de copa de loto se parecían a las vainas de cuero con que algunos mendigos cubren los muñones de sus amputaciones. La repugnancia que me inspiraban los puntos de loto me convirtió en una especie de bicho raro entre los han. Todos los hombres han a quienes conocí pensaban que yo era algo raro, quizá un impotente, o un depravado, cuando veían que apartaba mis ojos de una mujer con puntos de loto. Ellos me confesaban francamente

que la visión fugaz de las extremidades inferiores de una mujer los excitaba como podía excitarme a mí ver un instante sus senos. Confesaban orgullosamente que sus pequeños órganos viriles se ponían literalmente tiesos cuando oían una palabra inmencionable como «pies», o cuando dejaban que sus mentes imaginaran estas partes no revelables de una persona de sexo femenino.

En todo caso aquella tarde doña Zhao había enfriado tanto mis ardores naturales que cuando Buyantu me desnudó a la hora de ir a la cama y se insinuó con algunas caricias

sugestivas le pedí que me excusara. O sea que ella y Biliktu se quedaron echadas en la cama mientras yo bebía arki y miraba a las dos chicas desnudas jugar la una con la otra y con un suyang. El suyang era una especie de seta originaria de Kitai, con la forma exacta de un órgano masculino, incluso con una retícula de venas a su alrededor, pero algo más pequeño en longitud y grosor. Buyantu la metió y la sacó suavemente de su hermana varias veces, provocando la emisión de los jugos yin de Biliktu; el suyang absorbió de algún modo estos jugos, aumentó de tamaño y se endureció. Cuando hubo alcanzado un tamaño realmente prodigioso, las mellizas se lo pasaron en grande utilizando entre sí este falocripto de modo variado e ingenioso. El espectáculo debería haberme excitado a mí tanto como los pies excitaban a un han, pero me limité a sonreírles con aire condescendiente y cuando hubieron agotado sus fuerzas me eché a dormir entre sus cuerpos cálidos y húmedos.

12

Fatigadas, las mellizas dormían todavía la mañana siguiente cuando me levanté de entre ellas y salí de la cama. Narices no se había presentado la noche anterior, y no estaba en su jergón cuando fui a verlo. Me había quedado de momento sin ningún criado, o sea que aticé las brasas del brasero en la sala principal y me preparé una taza de cha para desayunar. Mientras lo bebía pensé que podía intentar el experimento que había iniciado el día anterior. Puse suficiente carbón en el brasero para que quedara encendido, pero con una llama muy baja. Luego busqué por mis habitaciones hasta encontrar una vasija de gres con tapa, vertí en ella el resto de mis cincuenta liang de polvo inflamante, tapé

bien la vasija y la puse en el brasero. En aquel momento entró Narices, con aspecto bastante ojeroso y arrugado, pero contento.

—Amo Marco —dijo —, he estado en vela toda la noche. Algunos criados y mozos de establo organizaron anoche en las cuadras un juego de cartas zhipai con apuestas, que todavía sigue. Durante varias horas observé el juego hasta entender sus reglas. Luego aposté algo de plata, y también gané. Pero cuando recogí mis ganancias quedé

consternado al ver que sólo había ganado este fajo de papeles sucios, y me fui de allí

disgustado, porque aquellas personas sólo jugaban con vales sin valor.

—Eres un burro —le dije —. ¿No has visto todavía dinero volante? Por lo que veo aquí

tienes el equivalente a un mes de sueldo mío. Tenías que haber continuado, si la suerte te favorecía tanto. —El me miró sin entender y yo agregué —: Te lo explicaré después. Mientras tanto me alegra ver que uno de nosotros puede malgastar su tiempo con frivolidades. El esclavo hace el papel de pródigo mientras el amo trabaja yendo de un lado a otro para cumplir los encargos de su esclavo. Ayer me visitó tu princesa Mar-Yanah y…

—¡Oh, mi amo! —exclamó cambiando de color como si fuera un adolescente y yo me estuviera riendo de su primer amor.

—Más tarde hablaremos de esto. Sólo te digo que tus ganancias con el juego deberían servir para que tú y ella pudieseis instalaros juntos.

—¡Oh, mi amo! Al-hamdo-lillah az ihifat-i-shoma!

—¡Luego, luego! De momento debo ordenarte que dejes tus actividades de espionaje. Me han llegado manifestaciones de desagrado por parte de un señor a quien creo que no debemos contrariar.

—Como mandéis, mi amo. Pero quizá haya conseguido ya una pequeña información que podría interesaros. Esto fue lo que me obligó a pasar toda la noche en vela lejos de los aposentos de mi amo, no la frivolidad sino la entrega a la voluntad de mi amo. —Puso cara de sacrificio y rectitud —. Los hombres charlan como mujeres cuando se ponen a

jugar a cartas. Y estos hombres, para que todos entendiéramos, hablaron en mongol. Cuando uno de ellos se refirió casualmente al ministro Bao Neihe pensé que debía quedarme. Mi amo me había ordenado que no hiciera preguntas directas, o sea que sólo podía escuchar. Y mi devota paciencia me tuvo allí toda la noche, sin cerrar los ojos ni un instante, sin emborracharme nunca, sin ni siquiera salir un momento para hacer pis, sin…

—No es preciso que insistas sobre el tema, Narices. Acepto que mientras jugabas estabas trabajando. Ve al grano.

—No sé si es importante, mi amo, pero el ministro de Razas Menores es también de una raza menor.

Yo parpadeé:

—¿Qué dices?

—Es evidente que aquí se le toma por han, pero en realidad pertenece al pueblo yi de

la provincia de Yunnan.

—¿Quién te dijo esto? ¿En qué se basa esta información?

—Como decía, el juego tuvo lugar en los establos. Ayer trajeron del sur una caballeriza y sus mozos están sin ocupación hasta que los despachen en otra caravana. Varios de ellos son nativos de Yunnan y uno dijo en un aparte que había visto de lejos al ministro Bao, aquí, en palacio. Más tarde otro dijo que sí, que también él le había reconocido, pues el ministro había sido en otros tiempos un pequeño magistrado de alguna pequeña prefectura de Yunnan. Y más tarde otro dijo: «Sí, pero no le traicionemos. Si Bao ha escapado del terruño y prospera ahora en la gran capital pasando por han, dejemos que disfrute de su fortuna.» Así hablaron, amo Marco, y no con falsedad sino sinceramente, por lo que a mí me pareció.

—Sí —murmuré.

Estaba recordando: el ministro Bao se había referido realmente a «nosotros los han»

como si él formara parte de aquel pueblo, y había hablado de «los turbulentos yi» como si también él considerara desagradable aquel pueblo. «Bueno —pensé —, quizá el primer ministro Achmad me ha ordenado demasiado tarde que abandone mis investigaciones encubiertas.» Pero si él tenía que enfadarse por haber descubierto yo ese único secreto, debía arriesgarme a que se enfadara todavía más.

Las mellizas se habían despertado, quizá al oír nuestras voces, y Buyantu entró en la sala principal, con un desaliño bastante apetecible. Le dije:

—Ve directamente a las habitaciones del kan Kubilai, presenta a sus ayudantes los cumplidos de Marco Polo y pregunta si pueden arreglarme una audiencia con el gran kan por una cuestión de cierta urgencia.

Ella hizo el movimiento de volver al dormitorio para arreglarse mejor el traje y el pelo, pero yo le dije:

—Lo urgente, Buyantu, es urgente. Ve tal como estás y apresure, —Luego dije a Narices

—: Tú ve a tu armario y recupera las horas de sueño perdidas. Discutiremos los otros asuntos cuando vuelva.

«Suponiendo que vuelva», pensé, mientras estaba en mi dormitorio para ponerme mi traje de corte más formal. Era perfectamente posible que al gran kan, como al valí

Achmad, no le gustara que yo me dedicara a husmear secretos, y podía expresar su desaprobación de algún modo violento que no fuera precisamente de mí agrado. Biliktu estaba haciendo en aquel momento la cama, una cama en el colmo del

desorden, y me sonrió maliciosamente cuando encontró entre las sábanas el falocripto suyang, ahora tan pequeño y encogido como lo hubiera estado cualquier órgano real después de tanto ejercicio. Al verlo decidí aprovechar la oportunidad para llevar a cabo algunos ejercicios personales semejantes, pues ignoraba si aquélla iba a ser mi última

oportunidad durante algún tiempo. Yo estaba ya desnudo, y agarré suavemente a Biliktu para desnudarla.

Ella tuvo un pequeño sobresalto. Al fin y al cabo había pasado mucho tiempo desde que ella y yo nos habíamos dado aquella satisfacción. Se resistió un poco y murmuró:

—No creo que deba, amo Marco.

—Ven —le dije cordialmente —. Es imposible que estés indispuesta. Si utilizaste esto… —dije señalando con un gesto de la cabeza el abandonado suyang —, también puedes utilizar uno auténtico.

Y lo utilizó, sin más protestas que algún gimoteo ocasional, y una tendencia a separarse de mis caricias y ataques como para impedir que penetrara demasiado profundamente en ella. Supuse que estaba todavía cansada, o quizá algo dolida de la noche anterior, y su demostración femenina de reluctancia no impidió que yo disfrutara. De hecho mi placer quizá fue más intenso que el de los últimos tiempos porque me veía dentro de Biliktu y no de su hermana melliza.

Había acabado, del modo más delicioso, pero conservaba todavía mi joya roja dentro de Biliktu, disfrutando con las últimas contracciones cada vez más débiles de los músculos de sus pétalos de loto, cuando una voz dijo secamente:

—El gran kan os recibirá cuando lleguéis.

Era Buyantu, de pie ante la cama, mirándonos a mí y a su hermana con ojos furiosos. Biliktu lanzó otro gemido que era casi un aullido de terror, se soltó de mis brazos y saltó

de la cama. Buyantu dio media vuelta y salió bruscamente de la habitación. Yo también me levanté y me vestí, cuidando mucho de mi aspecto. Biliktu se vistió al mismo tiempo, pero más lentamente, como para asegurarse de que yo sería el primero en enfrentarse con Buyantu.

La hermana estaba de pie en la sala principal, con los brazos cruzados y apretados dentro de las mangas y una expresión borrascosa en su rostro, como una maestra a punto de castigar a un alumno malo. Abrió la boca, pero yo levanté una mano magistral para detenerla.

—No me había dado cuenta hasta ahora —le dije —. Estás demostrando celos, Buyantu, y creo que esta actitud es muy egoísta Es evidente que desde hace meses me has ido alejando gradualmente de Biliktu. Supongo que debería sentirme halagado de que quieras tenerme sólo para ti. Pero en realidad debo quejarme. Estos celos tan poco fraternos podrían perturbar la paz que ha reinado hasta ahora en nuestro pequeño domicilio, y tú debes simplemente resignarte a compartir con tu hermana mi afecto y atenciones.

—¿Celosa? —gritó —. ¡Sí, estoy celosa! Y te arrepentirás de haberte aprovechado tan sórdidamente de mi ausencia. Te arrepentirás de este holgorio rápido y furtivo. Pero

¿crees que estoy celosa de ti? ¡Desde luego te pavoneas como un ciego estúpido!

Me estremecí de asombro, porque nunca en mi vida se me había dirigido un criado en aquel tono. Pensé que Buyantu había perdido la cabeza. Pero al instante siguiente mi sorpresa fue mayor, porque ella continuó con idéntica furia:

—¿Celosa de ti, ferenghi cabrón y engreído? ¡Lo que deseo es su amor, y lo quiero sólo para mí!

Biliktu entró apresuradamente en la habitación y poniendo la mano sobre el brazo de su hermana gritó:

—¡Lo tienes, Buyantu, sabes muy bien que lo tienes!

Buyantu quitó bruscamente la mano:

—No es esto lo que he visto.

—Siento que lo hayas visto. Y siento más haberlo hecho —dijo Biliktu dirigiéndome una mirada de odio que me dejó atónito —. Me cogió desprevenida. No pude resistir.

—Has de aprender a decir no.

—Lo haré. Diré no. Te lo prometo.

—Somos mellizas. No debería interponerse nada entre nosotras.

—Nada se interpondrá, amor mío, no volverá a pasar.

—Recuerda que tú eres mi pequeña.

—¡Oh, sí! ¡Lo soy! ¡Lo soy! Y tú eres mía.

Se echaron una en brazos de la otra con lágrimas de amante corriendo por sus mejillas. Yo me había quedado delante suyo, atontado, moviéndome como un péndulo, finalmente carraspeé y dije:

—Bueno…

Biliktu me dirigió entre lágrimas una mirada de pena y reproche.

—Bueno… pues… ahora el gran kan me está esperando, chicas. Buyantu me dirigió una mirada asesina.

—Cuando vuelva podremos… bueno, me gustaría oír alguna sugerencia… o sea algún arreglo para… —renuncié a continuar por este camino y dije —: Por favor, queridas, esperad que vuelva; y si podéis dejar de meteros mano, tengo un trabajito para vosotras.

¿Veis esta vasija sobre el brasero?

Las dos volvieron la cabeza y miraron con indiferencia el objeto. La vasija estaba ya muy caliente y levanté la tapa cogiéndola con una punta de mi ropa. Su contenido emitía una delgada y malhumorada columna de humo, pero todavía no daba señal de querer fundirse. Volví a tapar cuidadosamente la vasija y les dije:

—Mantened el fuego encendido, pero un luego muy bajo.

Deshicieron su abrazo, se acercaron obedientes al brasero, y Biliktu puso unos pedacitos de carbón sobre las brasas.

—Gracias —dije —. No necesita más cuidados. No os alejéis del brasero y conservad el fuego a este nivel. Y cuando yo vuelva…

Pero ya no me hacían caso y se estaban de nuevo mirando apasionadamente a los ojos, o sea que me fui.

Kubilai me recibió en su sala del aparato de terremotos, sin nadie presente, y me saludó

cordial pero no efusivamente. Sabía que tenía algo que decirle y estaba dispuesto a oírme inmediatamente. Sin embargo yo no quería soltar de golpe la información que había traído, y empecé con circunspección.

—Excelencia, no quiero por ignorancia dar un peso o una impetuosidad indebidos a mis pequeños servicios. Creo que os traigo noticias de cierto valor, pero no puedo valorarlas adecuadamente sin aumentar algo mis pequeños conocimientos actuales sobre la disposición que el gran kan da a sus ejércitos y la naturaleza de sus objetivos. Kubilai no se ofendió con mi presunción ni me dijo que fuera a informarme con sus subordinados.

—Como cualquier conquistador, mi deber ahora es conservar lo que he ganado. Hace quince años, cuando fui elegido kan de todos los kanes de los mongoles, mi propio hermano Arikbugha puso en entredicho mi ascenso, y tuve que destituirle. Más recientemente en varias ocasiones he tenido que ahogar ambiciones semejantes de mi primo Kaidu. —Hizo con la mano el gesto de apartar tales nimiedades —. Las plantas efímeras conspiran continuamente para derribar el cedro. Son pequeñas molestias pero me obligan a mantener parte de mis tropas apostadas en todas las fronteras de Kitai.

—¿Puedo preguntar, excelencia, sobre las tropas que están en campaña, no en sus guarniciones?

El me ofreció otro resumen, igualmente sucinto:

—Si quiero conservar seguro este país de Kitai que gané a los Jin, debo poseer también las tierras meridionales de los Song. El mejor sistema para conquistarlas es rodeándolas,

y apoderándome primero de la provincia de Yunnan. Éste es el único lugar donde mis ejércitos están actualmente en campaña activa, bajo la dirección de mi buen orlok Bayan.

Para no impugnar la capacidad de su orlok Bayan escogí con cuidado las siguientes palabras.

—Tengo entendido que se dedica a esto desde hace algún tiempo. ¿Es posible, excelencia, que la conquista de Yunnan le resulte más difícil de lo esperado?

Kubilai me miró con ojos prietos:

—No está a punto de ser derrotado, si te refieres a esto. Pero tampoco le resulta fácil la victoria. Tuvo que avanzar hasta allí desde la tierra de To-Bhot, es decir, que tuvo que bajar a Yunnan a través de los contrafuertes de las montañas Hangduan. Nuestros ejércitos de caballería están más adaptados y acostumbrados a luchar sobre llanuras planas. El pueblo yi de Yunnan conoce todos los recovecos de estas montañas y lucha de modo móvil y astuto; no se enfrenta nunca directamente con nosotros, sino que dispara desde ocas y árboles para luego huir y esconderse en otro lugar. Es como aplastar mosquitos con un capazo de ladrillos. Sí, puedes decir sin equivocarte que a Bayan no le resulta fácil la conquista.

—He oído calificar a los yi de turbulentos —dije yo.

—También este adjetivo es acertado. Desde sus seguros refugios nos desafían a gritos. Es evidente que creen que pueden resistir hasta que nosotros nos vayamos. Pero están equivocados.

—Pero cuanto más tiempo resistan, más muertos habrá por ambos bandos y la misma tierra se empobrecerá y su conquista tendrá menos interés.

—Por desgracia también esto es cierto.

—Si se les pudiera quitar esta ilusión de invencibilidad, excelencia, ¿no sería la conquista más fácil? ¿Con menos muertos y menos destrucción de la provincia?

—Sí. ¿Conoces algún sistema para disolver esta fantasía?

—No estoy seguro, excelencia. Permitid que lo exprese así. ¿Suponéis que los yi se ven alentados en su resistencia porque saben que tienen a un amigo en la corte?

La mirada del gran kan se transformó en la de un leopardo cazador al acecho. Pero no rugió como un leopardo, sino que habló con la suavidad de una paloma:

—Marco Polo, dejemos de dar vueltas alrededor del tema, como si fuéramos dos han regateando en el mercado. Dime quién es.

—Tengo información, excelencia, al parecer segura, de que el ministro de Razas Menores, Bao Neihe, aunque aparenta ser han en realidad es un yi de Yunnan. Kubilai se quedó sentado pensativamente, aunque las llamas de sus ojos no se apagaron, y al cabo de un rato gruñó para sí:

—Vaj! ¿Quién puede distinguir a estas alimañas de ojos oblicuos? Todos son igual de pérfidos.

Pensé que lo mejor era añadir:

—Ésta es la única información de que dispongo, excelencia, y no acuso de nada al ministro Bao. No tengo pruebas de que haya espiado en favor de los yi, ni de que se haya comunicado con ellos de ningún modo.

—Basta con que aparente ser lo que no es. Has hecho bien, Marco Polo. Voy a llamar a Bao para interrogarle, y quizá más tarde tenga motivos para hablar de nuevo contigo. Cuando salí de la estancia del gran kan un mayordomo de palacio me esperaba en el pasillo para comunicarme que el primer ministro Achmad quería que le visitara inmediatamente. Me dirigí a sus aposentos, sin ningún entusiasmo, pensando: «¿Cómo puede haberse enterado tan de prisa?»

El árabe me recibió en una habitación decorada con una única y enorme pieza que

supongo podía considerarse como una escultura realizada por la naturaleza. Era una gran roca, tan alta como dos hombres y de circunferencia cuatro veces mayor. Aquella pieza tremenda, que era de lava solidificada, parecía hecha de llamas petrificadas, y estaba llena de giros y convoluciones grises, de agujeros y pequeños túneles. En algún punto de su base había un cuenco de incienso y un humo azul y perfumado subía y se enroscaba por las sinuosidades de la escultura, salía por unos agujeros y entraba en otros, como si todo el conjunto se estuviera retorciendo sometido a un tormento lento e incesante.

—Me habéis desobedecido y desafiado —dijo Achmad inmediatamente, sin saludos ni preparaciones —. Continuasteis escuchando hasta que oísteis algo que perjudicaba a un alto ministro de esta corte.

Yo le contesté:

—La información me llegó antes de poder retirar la oreja. —No ofrecí más excusas ni atenuantes, sino que añadí valientemente —: Pensé que me había llegado sólo a mí.

—Lo que se habla en el camino se oye en la hierba —dijo con indiferencia —. Un viejo proverbio han.

Con idéntico atrevimiento, repliqué:

—Ha de haber alguien que escuche en la hierba. Durante todo este tiempo había supuesto que mis doncellas informaban sobre mí al kan Kubilai o al príncipe Chingkim, y la cosa me parecía razonable. Pero en realidad siempre han sido vuestras espías, ¿no es cierto?

No sé si se habría preocupado de mentir o de desmentirlo, o si se hubiese preocupado incluso de confirmar el hecho, porque en aquel momento hubo una ligera interrupción. Una mujer procedente de una habitación vecina empezó a pasar por las cortinas de las puertas, pero al darse cuenta de que Achmad tenía visita, volvió a salir bruscamente. Lo único que percibí de ella fue que era una mujer de estatura exageradamente alta y que iba elegantemente vestida. Su conducta demostraba que no quería que yo la viera, por lo que supuse que era la esposa o concubina de alguien ocupada en alguna aventura ilícita. Pero yo no recordaba haber visto ninguna mujer tan alta y robusta en el palacio. Pensé

que el pintor maestro Zhao cuando habló de los gustos depravados del árabe no había concretado los objetos de sus deseos. ¿Tenía el valí Achmad un interés especial por mujeres más altas que la mayoría de hombres? No lo pregunté y él no dio ninguna importancia a la interrupción, sino que dijo:

—El mayordomo os encontró en las habitaciones del gran kan, supongo por lo tanto que ya le habéis comunicado vuestra información.

—Sí, valí, así lo he hecho. Kubilai está llamando al ministro Bao para interrogarle.

—Un interrogatorio infructuoso —dijo el árabe —. Parece ser que el ministro ha partido apresuradamente con destino desconocido. Si vuestro descaro llega al punto de acusarme de haberle facilitado la fuga, puedo sugeriros que Bao probablemente reconoció a los mismos visitantes del sur que le reconocieron a él, y cuya indiscreta conversación captó vuestra oreja.

Yo dije con toda sinceridad.

—Mi descaro no llega al suicidio, valí Achmad. No os acusaría de nada. Sólo diré que el gran kan pareció agradecer la información que le di. O sea que si consideráis el hecho una desobediencia contra vos, y la castigáis, supongo que el gran kan se extrañaría de ello.

—¡Impertinente lechón de una madre puerca! ¿Me desafiáis a que os castigue amenazándome con el enojo del gran kan?

No contesté nada. Sus negros ojos de ágata se volvieron todavía más pétreos y continuó

diciendo:

—Meteos esto en la cabeza, Folo. Mi destino depende del kanato, del cual soy primer ministro y vicerregente. Si hiciera algo para minar el kanato no sólo sería traidor, sino imbécil. Tengo tanto interés como Kubilai en tomar Yunnan y luego el Imperio Song y luego todo el resto del mundo, si somos capaces de hacerlo y si Ala lo permite. No os censuro por haber descubierto antes que yo que los intereses del kanato podían haber peligrado por culpa de ese impostor yi. Pero meteos también esto en la cabeza. Yo soy el primer ministro. No toleraré desobediencia ni deslealtad ni desafíos por parte de mis inferiores. Especialmente por parte de un hombre más joven que ha llegado de fuera sin experiencia sobre este país, que es un despreciable cristiano y un advenedizo en el rango de la corte, y por si esto fuera poco un insolente escalador, presuntuoso y ambicioso. Yo empecé a replicar coléricamente:

—Aquí no soy más advenedizo que… —pero él levantó imperiosamente la mano.

—No voy a destruiros completamente por esta demostración de desobediencia, porque no me ha perjudicado. Pero os prometo, Folo, que la lamentaréis tanto que no tendréis ganas de repetirla. Antes me limité a explicaros cómo era el infierno. Creo que necesitáis una demostración. —Luego, pensando quizá que su visitante femenino podía oírle, bajó la voz —: Os haré esta demostración cuando lo crea conveniente. Y manteneos bien alejado de mí.

Me fui, pero sin alejarme mucho, por si el gran kan me necesitaba de nuevo. Salí fuera, atravesé los jardines del palacio y subí por la Colina de Kara hasta el Pabellón de los Ecos, para que las claras brisas soplaran por mi atiborrada mente. Recorrí el paseo por dentro de la pared de mosaico, ordenando mentalmente las numerosas preocupaciones que me habían dado recientemente los demás o que yo había asumido personalmente: Yunnan y el yi, Narices y su dama perdida y encontrada de nuevo, las mellizas Buyantu y Biliktu, que ahora habían demostrado ser más que hermanas entre sí y menos fieles conmigo…

Luego, como si no tuviera bastantes cosas de qué preocuparme, una nueva se añadió a las anteriores. Una voz murmuró en mi oído, en idioma mongol:

—No os giréis. No os mováis. No miréis.

Quedé inmóvil donde estaba, esperando en el instante siguiente sentir una puñalada o el filo de una espada. Pero sólo me llegó otra vez la voz:

—Tiembla, ferenghi. Teme la llegada de lo que mereciste. Pero no ahora, porque esperar y temer y no saber forman parte del castigo.

Comprendí en aquel momento que la voz no estaba al lado de mi oído. Di la vuelta, miré a mi alrededor y no vi a nadie. Entonces pregunte secamente:

—¿Qué he merecido? ¿Qué queréis de mí?

—Sólo que me esperes —murmuro la voz.

—¿Quién? Y ¿cuándo?

La voz murmuró sólo cinco palabras más, cinco palabras cortas y simples, pero cargadas de un peso más terrible que la amenaza más declarada, y luego no volvió a hablar. Dijo sólo de modo claro y terminante:

—Espérame cuando menos me esperes.

13

Esperé algo más y cuando nada oí, hice una pregunta o dos, pero sin obtener respuesta. Eché a correr alrededor de la terraza hacia mi derecha hasta volver a la Puerta de la Luna, sin ver tampoco a nadie. El muro sólo tenía aquella entrada, y por lo tanto me detuve allí y miré hacia abajo por la Colina de Kara. Aquel día varios señores y damas estaban también tomando el aire paseando solos o en parejas por los niveles inferiores

de la colina. Cualquiera de ellos podía ser la persona que me había hablado sin que pudiera verla: podía haber corrido hasta allí y luego moderar el paso. O el propietario del murmullo podía haber tomado otro camino. El camino enlosado que partía de la Puerta de la Luna descendía un corto trecho antes de bifurcarse en dos, y uno de los caminos daba la vuelta al pabellón por detrás, descendiendo por la ladera trasera de la colina. O la persona podía estar aún dentro del muro conmigo y podía fácilmente dejar el pabellón interpuesto entre los dos, por rápido que corriera yo o por cautelosamente que avanzara por el paseo. Era inútil buscar más; me quedé en la entrada y medité. La voz podía ser tanto de un hombre como de una mujer, y pertenecer a varias personas que podían desear mi mal. Entre la misma hora del día anterior y la de aquel día tres personas me habían anunciado que «lamentaría» una u otra de mis acciones: el gélido Achmad, la enfurecida Buyantu y la ofendida señora Zhao. También podía suponer que el fugitivo ministro Bao había dejado de ser amigo mío, y que estaba aún en los confines del palacio. Y si tenía que contar a todas las personas de palacio a quienes había ofendido desde mi llegada tendría que incluir también al maestro Ping, el acariciador. Todos estos personajes hablaban mongol, como la voz que había murmurado en mis oídos.

Había incluso otras posibilidades. La dama gigantesca escondida en los aposentos de

Achmad podía imaginarse que yo la había reconocido, y tenerlo en cuenta. O la dama Zhao podía haber contado a su marido algún embuste sobre mi visita, y él podía en este momento estar tan enfadado conmigo como ella. Yo había repetido chismes ofensivos sobre el eunuco astrólogo de la corte, y los eunucos como es sabido son muy resentidos. Además había comentado en una ocasión con Kubilai que en mi opinión la mayoría de sus ministros estaban mal empleados y este comentario podía haber llegado a oídos suyos, y cada uno de ellos podía estar mortalmente ofendido por mi presunción. Mi mirada recorría una y otra vez los tejados curvados de los distintos edificios del palacio, como si quisiera atravesar sus tejas amarillas e identificar a mi atacante, cuando de repente vi una gran nube de humo subir como una erupción del edificio principal. El humo era tan abundante que no podía proceder de un brasero o de un horno de cocina, y había aparecido de modo demasiado repentino para ser un incendio de una habitación o cosa parecida. Aquel humo negro mientras se iba expandiendo parecía hervir y llevar mezclados en su interior fragmentos del edificio y del tejado. Una tracción de instante después me llegó el sonido correspondiente: un trueno tan fuerte y violento que agitó

literalmente mi cabello y los pliegues sueltos de mi ropa. Vi que las demás personas que estaban en la colina también se tambaleaban por efecto del sonido, daban la vuelta para mirar y echaban a correr ladera abajo hacia la escena.

No tuve que acercarme mucho para comprender que la erupción había salido de mis propios aposentos. De hecho la sala principal de mi estancia tenía los muros y el techo reventados, había quedado abierta al cielo y los pocos elementos de su interior que no se habían desintegrado directamente estaban ardiendo. El humo negro de la explosión inicial, todavía muy denso y revolviéndose e hirviendo lentamente, se estaba desplazando ahora sobre la ciudad, el humo menor del incendio de la habitación era tan espeso que la mayoría de espectadores se mantenían a una respetuosa distancia. Sólo unos cuantos criados del palacio entraban y salían corriendo entre el humo llevando baldes de agua y echándola sobre los ardientes restos. Uno de ellos soltó su balde cuando me vio y vino corriendo hacia mí, o más bien tambaleándose. Estaba tan negro de humo y con la ropa tan chamuscada que tardé un instante en reconocer a Narices.

—¡Oh, mi amo! ¡No os acerquéis más! ¡Es una destrucción terrible!

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté, aunque ya suponía la respuesta.

—Lo ignoro, mi amo. Yo estaba durmiendo en mi armario cuando de repente,

bismillah!, y me encontré despierto y debatiéndome aquí, sobre la hierba de este patio del jardín, con la ropa encendida y fragmentos de mobiliario lloviendo a mi alrededor.

—¡Las chicas! —exclamé —. ¿Qué les ha sucedido?

—Masallah, mi amo, están muertas, y del modo más horrible. Si no fue obra de un

yinni vengativo, sufrimos el ataque de un dragón con aliento de fuego.

—No lo creo así —dije tristemente.

—Entonces sin duda fue un ruj que desgarra locamente a sus víctimas con el pico y las garras, porque las chicas no están solamente muertas, sino que ya no existen, por lo menos como chicas separadas. No son más que una salpicadura sobre las paredes que quedan en pie. Trozos de carne y manchas de sangre. Mellizas fueron en vida y emparejadas han entrado en la muerte. Serán inseparables para siempre, porque ningún maestro funerario podrá separar los fragmentos y decir quién es quién.

—Bruto barabáo —murmuré horrorizado —. Pero no fue ningún ruj ni yinni ni dragón.

¡Ay de mí!, fui yo quien lo hice.

—Y pensar, mi amo, que en una ocasión me dijisteis que no podríais matar nunca a una mujer.

—¡Esclavo insensible! —grité —. ¡No lo hice deliberadamente!

—Ah, bueno, todavía sois joven. Mientras tanto agradezcamos que las que murieron no guardaran consigo en casa un perro, un gato o un mono, porque estarían entremezclados con ellas en la otra vida.

Tragué saliva, mareado. Tanto si era culpa mía como obra de Dios, había sufrido la pérdida terrible de dos mujeres jóvenes y encantadoras. Pero debía pensar que ya las había perdido antes, y de modo muy real. Una de ellas o las dos me habían estado traicionando con el hostil Achmad, y yo había sospechado que Buyantu podía ser también la voz murmuradora del Pabellón del Eco. Ahora era evidente que ella no pudo haber sido. Pero en aquel momento di un nuevo salto cuando otra voz murmuró a mi oído:

—Lamentable mamzar, ¿qué habéis hecho?

Me giré. Era el artificiero de la corte, quien sin duda había llegado corriendo al reconocer el ruido distintivo de su propio producto.

—Estaba intentando un experimento en al-kimia, maestro Shi —contesté compungido —. Dije a las chicas que mantuvieran el fuego muy bajo, pero sin duda debieron…

—Os advertí que el polvo de fuego no es para jugar —gruñó él entre dientes.

—Nadie puede contarle nada a Marco Polo —dijo el príncipe Chingkim quien en su calidad de wang de Kanbalik había acudido al parecer para comprobar qué tipo de

desgracia se había abatido sobre su ciudad. Añadió secamente —: Marco Polo ha de verlo todo personalmente.

—Preferiría no haber visto esto —murmuré.

—Entonces no miréis, mi amo —dijo Narices —. Porque aquí llega el maestro funerario de la corte y sus ayudantes, para recoger los restos mortales. El fuego se había amortiguado y sólo se veían pequeñas columnas de humo y se oían silbidos ocasionales de vapor. Los espectadores y los criados con sus baldes abandonaron el lugar, porque, como es natural, la gente prefería alejarse de los funcionarios encargados de preparar los funerales. Yo me quedé, por respeto hacia las difuntas, y lo propio hizo Narices, para acompañarme, y también Chingkim, en su calidad de wang, para que todo se hiciera correctamente, y lo mismo hizo el maestro Shi, impulsado por el deseo profesional de examinar los destrozos y tomar notas que le sirvieran para sus futuros trabajos.

El maestro de funerales y sus ayudantes, todos vestidos de color púrpura, demostraban a las claras el desagrado que les causaba aquel trabajo, aunque sin duda estaban

acostumbrados a ver la muerte en muchas formas. Echaron un vistazo por el lugar, luego se fueron y volvieron con unos recipientes de cuero negro, unas espátulas de madera y unos lampazos de tela. Con estos objetos y con expresiones de repulsión recorrieron mi habitación y la zona exterior del jardín, rascando, fregando y depositando los resultados en los recipientes. Cuando hubieron cumplido su misión nosotros cuatro entramos y examinamos las ruinas, pero sólo superficialmente porque el olor era terrible. Era un hedor compuesto de humo, carbonilla, carne asada y, aunque no sea galante decirlo de las jóvenes bellezas fallecidas, el hedor de excrementos, porque aquella mañana yo no había dado tiempo a las chicas para hacer su aseo.

—Para que el huoyao produjera toda esta destrucción —dijo el artificiero mientras rebuscábamos lóbregamente por la sala principal —tuvo que estar muy apretado y confinado cuando entró en ignición.

—Estaba dentro de una vasija de gres bien tapada, maestro Shi dije yo —. Creo que no podía entrar en ella ninguna chispa.

—Bastaba con que la vasija se calentara mucho —dijo mirándome con irritación —. ¿Y

una vasija de gres? De mayor potencial explosivo que una nuez india o que una caña pesada de zhugan y si las mujeres estaban en aquel momento cerca de la vasija… Yo me alejé porque no quería oír más comentarios sobre las pobres muchachas. En un rincón descubrí con gran sorpresa un objeto intacto en aquella habitación destruida. Era sólo un jarro de porcelana, pero estaba entero, intacto, excepto el borde algo

desportillado. Cuando miré su interior entendí por qué había sobrevivido. Era la vasija en la que había vertido la primera medida de huoyao, que luego había mezclado con agua. El polvo se había secado formando una masa sólida que llenaba casi todo el jarro y le permitía resistir golpes.

—Mirad esto, maestro Shi —dije enseñándole el jarro —. El huoyao puede conservar además de destruir.

—O sea que primero intentasteis humedecerlo —comentó mirando la vasija —. Podía haberos advertido que se secaría y solidificaría formando una masa inútil. En realidad creo que os lo dije. Ayn davar, pero el príncipe tiene razón: nadie puede deciros nada… Yo había dejado de escuchar, y me aparté nuevamente de él, porque un nebuloso recuerdo estaba tomando forma en mi mente. Me llevé la vasija al jardín, cogí una de las piedras encaladas que bordeaban un parterre y la utilicé como martillo para romper la porcelana. Cuando hubieron caído todos los fragmentos tuve una masa pesada y gris, en forma de vaso, del polvo solidificado. Lo que había recordado en aquel momento era la fabricación de un alimento que los mongoles llamaban grut. Recordaba que las mujeres mongoles de las llanuras extendían la cuajada de leche al sol y dejaban que se endureciera hasta tener una masa dura, luego la deshacían en forma de bolas de grut que se conservaban indefinidamente sin echarse a perder, de modo que quien quisiera podía preparar con ellas una comida de emergencia. Cogí de nuevo mi piedra y golpeé la masa de huoyao hasta que saltaron unas cuantas bolitas, parecidas en tamaño y aspecto a excrementos de ratón. Las miré, luego volví al artificiero y le dije sin muchas esperanzas.

—Maestro Shi, mirad esto y decidme si me he equivocado…

—Probablemente —dijo con un ronquido de desprecio —. Son cagarrutas de ratón.

—Son bolitas sacadas de aquella masa de huoyao. Creo que estas bolitas conservan en firme suspensión las proporciones correctas de los tres polvos separados. Y puesto que están secas se inflamarán como si…

—Yom mejayeh! —exclamó con voz ronca, creo que en idioma ivrit. Recogió de mi mano aquellas bolitas con mucha lentitud y delicadeza, se inclinó para estudiarlas atentamente y exclamó de nuevo, ahora, según entendí, en idioma han, varias

palabras más como «haojiahuo», que es una expresión de asombro, y «jiaohao», que es una expresión de satisfacción, y «chanruan», que es un término utilizado habitualmente para alabar a una mujer hermosa.

De repente se puso a correr por la habitación en ruinas hasta que encontró una astilla de madera todavía en ascuas. Sopló sobre ella para que diera fuego y salió corriendo al jardín. Chingkim y yo le seguimos mientras el príncipe decía:

—¿Qué pasa ahora? —y —: ¡Otra vez, no! —cuando el artificiero tocó las bolitas con

el ascua y éstas se encendieron con una llama brillante y un silbido, como si conservaran su forma original de polvo fino.

—Yom mejaveh! —exclamó de nuevo el maestro Shi y luego se volvió hacia mí y con los ojos muy abiertos murmuró —: Bar mazel! —luego se dirigió al príncipe Chingkim y dijo en han —: Mu bu jian jie.

—Un viejo proverbio —me dijo Chingkim —. El ojo no puede ver sus propias pestañas. Creo que habéis descubierto algo nuevo en relación al polvo de fuego, nuevo incluso para el experimentado artificiero.

—Es sólo una idea que se me acaba de ocurrir —dije modestamente. El maestro Shi se me quedó mirando con los ojos abiertos como platos, sacudiendo la cabeza y murmurando palabras como «jajem» y «jalutz». Luego se dirigió de nuevo a Chingkim:

—Príncipe, no se si teníais intención de procesar a este imprudente ferenghi por los daños y las muertes que ha causado. Pero la Mishna nos cuenta que un mal nacido que piensa se merece más consideración que un gran sacerdote que predica rutinariamente. Os confieso que este joven aquí presente ha conseguido algo de más valor que acabar con unas cuantas criadas o con unos fragmentos de palacio.

—Ignoro qué es la mishna, maestro Shi —gruño el príncipe —, pero transmitiré vuestro juicio a mi real padre. —Luego se volvió hacia mí —. Voy a llevaros a su presencia. Me había enviado a buscaros cuando oí el trueno que acompaño vuestro… éxito. Me alegro de no tener que llevaros en una cuchara. Seguidme.

—Marco —dijo el gran kan sin preámbulos —. Debo enviar un mensajero al orlok Bayan de Yunnan para informarle de los últimos acontecimientos de palacio, y creo que te has ganado el honor de ser este mensajero. Están escribiendo ya la carta con el mensaje. En ella le informo sobre el ministro Bao y le sugiero algunas de las medidas que Bayan puede tomar ahora, una vez que los vi han quedado privados de su secreto aliado entre nosotros. Entrega la carta a Bayan, luego ponte a su servicio hasta que la guerra haya finalizado y así tendrás el honor de informarme de que Yunnan ha caído por fin en nuestras manos.

—¿Me estáis enviando a la guerra, excelencia? —pregunté no sabiendo si tenía muchas ganas de ir —. No he tenido ninguna experiencia militar.

—En ese caso debes tenerla. Cada hombre necesita haber vivido por lo menos una guerra durante su vida, de lo contrario ¿cómo puede decir que ha saboreado todas las experiencias que la vida ofrece?

—No estaba pensando en la vida, excelencia, sino más bien en la muerte. —Y me eché a reír pero sin mucha convicción. . —Todo hombre muere —dijo Kubilai, algo fríamente —. Y por lo menos algunas muertes son menos ignominiosas que otras.

¿Preferirías morir como un escribano, encogiéndote y marchitándote dentro del osuario de una vejez tranquila?

—No tengo miedo, excelencia. Pero ¿y si la guerra dura mucho tiempo? ¿O si no se gana nunca?

Él contestó con mayor frialdad todavía:

—Es mejor combatir por una causa perdida que confesar luego a tus nietos que no has

combatido nunca. Vaj!

El príncipe Chingkim tomó la palabra:

—Debo aseguraros, mi real padre, que este Marco Polo no esquivará nunca ningún enfrentamiento imaginable. Sin embargo en este momento está algo afectado por una calamidad reciente.

Luego contó a Kubilai la devastación accidental, subrayando la palabra accidental, de mi servidumbre.

—Ah, o sea que te has quedado sin criadas y sin los servicios de las mujeres —dijo el gran kan con simpatía —. Bueno, el viaje hacia Yunnan será tan rápido que no necesitarás criadas, y por las noches estarás tan cansado que sólo tendrás ganas de dormir. Cuando llegues allí participarás como es lógico en el pillaje y las violaciones. Toma esclavas que te sirvan, toma mujeres a tu servicio. Compórtate como un hombre de sangre mongol.

—Sí, excelencia —dije sumisamente.

Se recostó hacia atrás y suspiró como echando a faltar los buenos tiempos pasados, y murmuró recordando:

—Se cuenta que mi estimado abuelo Chinghiz nació sujetando en su diminuto puño un coágulo de sangre, y que el chamán le predijo entonces una carrera sanguinaria. Luego cumplió esa profecía. Y todavía recuerdo que a nosotros, sus nietos, nos contaba:

«Chicos, no puede haber mayor placer para un hombre que matar a sus enemigos, y luego cubierto de sangre y oliendo a ella violar a sus castas esposas y a sus hijas vírgenes. No hay sensación más deliciosa que largar tu jingye dentro de una mujer o de una niña que llora, se debate, te odia y te maldice.» Así habló Chinghiz Kan, el inmortal de los mongoles.

—Lo tendré presente, excelencia.

Se inclinó de nuevo hacia adelante y dijo:

—Como es lógico tendrás que resolver algunas cosas antes de partir. Pero hazlo lo más rápidamente posible. Ya he enviado jinetes de avanzadilla para preparar el camino. Si durante el trayecto puedes prepararme en borrador mapas de esta ruta, como tú y tus tíos hicisteis en la Ruta de la Seda, te lo agradeceré y la recompensa que recibirás será

valiosa. Si además en tus viajes atrapas al fugitivo ministro Bao, te doy permiso para que lo mates y el premio será también de consideración. Ahora vete y prepárate para el viaje. Cuando estés a punto tendrás a tu disposición caballos rápidos y una escolta de confianza.

«Bueno —pensé mientras iba a mis habitaciones —, esto por lo menos me pondrá fuera del alcance de mis adversarios de la corte: el valí Achmad, doña Zhao, el acariciador Ping, y el susurrador, quienquiera que sea. Mejor morir al aire libre en el campo de batalla que en manos de alguien acechando en una habitación.»

El arquitecto de la corte estaba en mi estancia, tomando medidas, mascullando palabras y dando bruscas órdenes a un equipo de obreros que empezaban a sustituir las paredes y el techo pulverizados. Por suerte yo guardaba la mayoría de mis posesiones personales y objetos de valor en mi dormitorio, que no había sido afectado. Narices estaba allí, quemando incienso para limpiar el aire. Le ordené que me preparara ropa de viaje e hiciera un equipaje ligero con los demás objetos necesarios. Luego recogí todas las notas diarias que había escrito y acumulado desde mi partida de Venecia y las llevé a las habitaciones de mi padre.

Me miró algo sorprendido cuando deposité el montón sobre una mesa que había a un lado, porque era un conjunto poco impresionante de papeles garabateados, arrugados y enmohecidos de todos los tamaños.

—Te agradeceré, padre, que los envíes a tío Marco cuando mandes algún cargamento de

bienes por las postas de caballos de la Ruta de la Seda y que le digas que los envíe a Venecia para que los guarde marégna Fiordelisa. Las notas pueden interesar a algún futuro cosmógrafo si puede descifrarlas y ordenarlas. Tenía la intención de hacerlo yo mismo, algún día, pero me envían a una misión de la que quizá no vuelva.

—¿Sí? ¿Qué misión?

Se lo conté con dramático pesimismo, pero quedé asombrado cuando él dijo:

—Te envidio, porque haces algo que yo no hice nunca. Deberías agradecer la oportunidad que Kubilai te ofrece. Da novelo tuto xe belo. No hay muchos blancos que hayan visto a los mongoles haciendo la guerra y que vivan para recordarlo.

—Sólo deseo que así sea —dije —. Pero la supervivencia no es mi única consideración. Hay otras cosas que preferiría hacer. Y estoy seguro de que podría estar haciendo cosas más provechosas.

—Vamos, Marco. Cuando el hambre aprieta no hay pan malo.

—¿Estás sugiriendo, padre, que debería gustarme perder el tiempo en una guerra?

Él me respondió reprobadoramente:

—Es cierto que te educaste para el comercio, y que procedes de una familia de mercaderes. Pero no tienes que mirarlo todo con ojos de mercader y preguntarte siempre: «¿Para qué sirve esto? ¿Qué vale aquello?» Deja esta mugrienta filosofía para los comerciantes que no han salido nunca de sus tiendas. Tú te has aventurado hasta el extremo más lejano del mundo. Sería una lástima que volvieras a casa cargado sólo de beneficios, sin por lo menos un poco de poesía.

—Esto me recuerda que ayer hice un negocio. ¿Puedes dejarme una criada para un recado?

La envié para que recogiera de los aposentos de los esclavos a la mujer turca llamada Mar-Yanah, antes propiedad de la dama Zhao Guan.

—¿Mar-Yanah? —repitió mi padre, mientras la criada se iba —. ¿Y turca…?

—Sí, el nombre te suena —dije —. Hemos hablado de ella anteriormente. Y le conté toda la historia, de la cual él sólo había oído, hacía mucho tiempo, un episodio inicial.

—¡Qué red maravillosamente intrincada! —exclamó —. ¡Y al final se ha desenredado!

Dios no paga siempre sus deudas únicamente los domingos.

Luego, como me había sucedido a mí, sus ojos se dilataron cuando la encantadora mujer entró sonriendo en mi habitación, y yo la presenté.

—La ama Zhao no parecía muy contenta —me dijo tímidamente —, pero me ha comunicado que ahora soy propiedad vuestra amo Marco.

—Sólo por unos momentos —repliqué, sacándome de la bolsa el papel con el título de propiedad y entregándoselo —. Ahora sois de nuevo señora vuestra, tal como debía ser, y no os oiré llamar amo a nadie más.

Con una temblorosa mano recogió el papel y con la otra apartó unas lágrimas de sus largas pestañas, en silencio, como si no encontrara palabras adecuadas.

—Ahora —continué diciendo —estoy seguro de que la princesa Mar-Yanah de

Capadocia podría escoger al hombre que quisiera de esta corte o de cualquier otra. Pero si vuestra alteza tiene todavía puesto el corazón en Nari… en Ali Babar, os espera en mis habitaciones al fondo de la sala.

Ella empezó a arrodillarse para hacerme koutou, pero la cogí de las manos, la levanté, la dirigí hacia la puerta y le dije:

—Id a él —y ella se fue.

Mi padre la siguió aprobadoramente con la mirada y luego me preguntó:

—¿No quieres llevarte a Narices contigo a Yunnan?

—No. Él ha esperado veinte años o más a esta mujer. Lo mejor es que se casen lo antes

posible. ¿Te ocuparás de eso, padre?

—Sí. Y como regalo de bodas entregaré a Narices su propio certificado de propiedad. Quiero decir a Ali Babar. Supongo que debemos acostumbrarnos a tratarlo con mayor respeto, porque va a ser un hombre libre y consorte de una princesa.

—Antes de que sea totalmente libre, quiero ir a mi habitación y comprobar si mi equipaje está a punto. O sea que me despido ahora, padre, por si no puedo veros ni a ti ni a tío Mafio antes de irme.

—Hasta la vista Marco, y permite que rectifique lo que he dicho antes. Estaba equivocado. Quizá no seas nunca un buen comerciante. Acabas de regalar una esclava valiosa sin recibir nada a cambio.

—Pero padre, ¡la conseguí gratis!

—¿Qué mejor sistema para sacar un beneficio neto? Sin embargo no lo has querido así. Ni siquiera le diste la libertad con fanfarria, discursos y nobles gesticulaciones, dejando que besara y babeara tus manos, mientras un público numeroso aplaudía tu liberalidad y un escriba del palacio tomaba notas para la posteridad.

Yo no entendí el sentido de sus palabras y le contesté algo exasperado:

—Voy a citar uno de tus adagios, padre: en un momento enciendes antorchas y al momento siguiente estás contando cabos de velas.

—Es muy poco comercial regalar cosas y es pésimo negocio hacerlo sin que nadie te alabe. Es evidente que desconoces el valor de las cosas, excepto quizá el valor de uno o dos seres humanos. Desespero de que llegues a ser mercader. Pero tengo esperanzas de que seas poeta. Buen viaje, Marco, hijo mío, y vuelve sano y salvo. Volví a ver

otra vez a Mar-Yanah. En la mañana siguiente ella y Narices —ahora Ali —acudieron a desearme «salaam aleikum» antes de mi partida y a darme de nuevo las gracias por haber ayudado a reunirlos. Se levantaron temprano, para verme antes de mi partida, y era evidente que habían dejado un lecho compartido porque han despeinados y con ojos soñolientos. Pero también sonreían con alegría y cuando intentaron describir para mí su extática reunión, se vieron absurdamente incapaces de articular nada.

—Era casi como si… —empezó a decir él.

—No, era como si… —dijo ella.

—Sí; en realidad era como si… —dijo él —, todos los veinte años desde que nos conocimos por última vez… era como si estos años, bueno…

—Vamos, vamos —dije riendo ante aquellas inconexas frases —. No solíais ser ninguno de los dos cuentistas tan ineptos en el pasado.

Mar-Yanah también se echó a reír y finalmente dijo lo que pensaba decir:

—Los veinte años de separación podían no haber existido.

—¡Todavía me cree guapo! —exclamó Narices —. Y ella es más bella que nunca.

—Estamos tan alocados como dos adolescentes en su primer amor —dijo ella.

—Esto me hace feliz —les dije. Los dos tenían quizá cuarenta y cinco años y yo no podía apartar de mi cabeza la idea de que el enamoramiento entre personas de edad tal que podrían ser mis padres era un asunto raro y ridículo, sin embargo añadí —: Os deseo la felicidad eterna, jóvenes amantes.

Fui entonces a presentarme al gran kan para recoger la carta del orlok Bayan. Vi que ya tenía visitantes: el artificiero de la corte, a quien yo había visto el mismo día anterior, el astrónomo de la corte y el orfebre de la corte, a quienes no había visto desde hacía bastante tiempo. Los tres parecían tener los ojos curiosamente inyectados en sangre, pero estos mismos ojos rojos brillaban con algo que podía ser entusiasmo.

—Estos caballeros de la corte quieren que lleves también a Yunnan algo suyo —dijo Kubilai.

—He pasado en vela toda la noche, Marco —dijo el artificiero Shi —. Después de que vos

inventasteis un sistema para hacer transportable el polvo de fuego todos estamos ansiosos porque se utilice en el combate. He pasado la noche humedeciendo grandes cantidades de polvo, secándolo en tortas y pulverizándolas para sacar bolitas.

—Et voilá, yo he fabricado nuevos recipientes para contenerlas —-dijo el orfebre Boucher, mostrándome una brillante bola de latón, del tamaño de su cabeza —. El maestro Shi nos contó que destruisteis medio palacio con una sola vasija de gres.

—No fue medio palacio —protesté —. Sólo fue…

—¿Químporte? —dijo con impaciencia —. Si una vasija provista de una simple tapa pudo hacer esto, hemos calculado que confinando el polvo a mayor presión la potencia debería triplicarse. Decidirnos utilizar el latón.

—Y yo mediante comparaciones con los orbes planetarios —dijo el astrónomo Yamal-ud-Din —, calculé que lo mejor sería un recipiente globular. Puede lanzarse a mano o con una catapulta del modo más preciso y a la mayor distancia, e incluso puede echarse rodando en medio del enemigo, y su forma, insallah!, dispersará del modo más efectivo sus fuerzas destructoras en todas las direcciones.

—O sea que yo fabriqué bolas de este tipo, seccionadas en dos hemisferios —dijo el maestro Boucher —. El maestro Shi las llenó con bolitas de huoyao y luego yo las soldé. Sólo su fuerza interna puede ahora romperlas y abrirlas. Pero cuando lo haga, les diables sont déchatnés!

—Vos y el orlok Bayan —dijo el maestro Shi —seréis los primeros en utilizar de modo práctico el huoyao en el campo de batalla. Hemos fabricado una docena de bolas. Lleváoslas y que Bayan las utilice como crea conveniente, pues deberían de funcionar sin ningún fallo.

—Eso parece —dije —. Pero ¿cómo han de encenderlas los guerreros?

—¿Veis esta cuerda que asoma como una mecha? La introdujimos antes de soldar entre sí las mitades. En realidad es un algodón enrollado alrededor de un núcleo del mismo huoyao. Basta una chispa, por ejemplo una varita encendida de incienso, para que después de contar hasta diez la chispa alcance la carga del interior.

—¿O sea que no pueden estallar accidentalmente? No me gustaría devastar algún inocente caravasar antes de llegar allí.

—No hay que temer nada —dijo el maestro Shi —. Procurad sólo que ninguna mujer juegue con ellas. —Luego añadió secamente —: No es en balde que la oración matutina de acción de gracias de mi pueblo contiene las palabras: «Bendito seas Señor Dios nuestro, que no me has hecho mujer.»

—¿En serio? —preguntó el maestro Yamal interesado —. Nuestro Corán dice de modo semejante en la cuarta sura: «Los hombres son superiores a las mujeres por las cualidades que Alá ha impartido a los hombres por encima de ellas.»

Pensé que aquellos ancianos estaban algo mareados por falta de sueño pues no se

explicaba que iniciasen en aquel momento una discusión sobre los deméritos de las mujeres. Decidí, pues, interrumpirla y dije:

—Me llevaré gustosamente todas estas cosas, si el kan Kubilai así lo ordena. El gran kan hizo un gesto de asentimiento y los tres cortesanos se apresuraron a cargar la docena de bolas en los caballos de mi caravana. Cuando hubieron partido, Kubilai me dijo:

—Aquí está la carta a Bayan, sellada y encadenada para que la lleves de modo seguro colgada del cuello, debajo de la ropa. Aquí están también tus credenciales en papel amarillo, como los que llevan tus tíos. Pero no creo que necesites mostrarlas a menudo, porque te entrego también este paizi, más visible. Basta con que lo lleves en el pecho o colgando de la silla del caballo para que al verlo cualquier habitante de este reino te haga koutou y te ofrezca todo tipo de hospitalidad y de servicios.

El paizi era una tablilla o placa de la anchura de mi mano y casi tan larga como mi antebrazo, fabricada en marfil, con .un anillo de plata en su interior para colgarla y con una inscripción incrustada en oro en el alfabeto mongol ordenando a toda persona que me recibiera y me obedeciera, so pena de incurrir en la ira del gran kan.

—Además —continuó diciendo Kubilai —quizá debas firmar recibos de gastos, o mensajes u otros documentos, por lo tanto ordené al maestro de yins de la corte que grabara este yin personal para ti.

Era un pequeño bloque de piedra lisa de color gris suave recorrido por venas de color rojo sangre, de una pulgada cuadrada y una longitud de un dedo, redondeado en los extremos para poder cogerlo cómodamente con la mano. El extremo cuadrado tenía complicadas incisiones, y Kubilai me enseñó a estampar ese extremo sobre un paño entintado y luego sobre el papel donde debía dejar mi firma. Yo no habría podido reconocer nunca la impresión que dejaba, reconocerla como mía, claro, pero me impresionó agradablemente, y comenté con admiración la finura del trabajo.

—Es un buen yin, y durará siempre —dijo el gran kan —. Le ordené al maestro de yins, Liu Shendao, que lo fabricara con el mármol que los han llaman piedra de sangre de pollo. En cuanto a la finura del grabado, este maestro Liu es tan experto que puede inscribir una oración entera sobre un cabello.

Dejé, pues, Kanbalik y partí hacia Yunnan, llevando además de mi equipaje compuesto por mi ropa y otros objetos de necesidad, las doce bolas de latón con el polvo de fuego, la carta sellada para el orlok Bayan, mis propias credenciales, y la placa paizi de confirmación, junto con mi personalísimo yin, que me permitía, si así lo deseaba, dejar mi nombre estampado por todo Kitai. Éste es el aspecto que presenta mi nombre en caracteres han, porque todavía hoy conservo la pequeña piedra yin: Cuando partí para la guerra ignoraba cuánto tiempo duraría ésta. Pero, como había dicho el kan Kubilai, mi yin podía durar eternamente, y lo mismo podía suceder con mi nombre.

TO-BHOT

1

El camino desde Kanbalik hasta el centro de operaciones del orlok Bayan era largo, había casi tantos li como desde Kanbalik a Kashgar, Pero mis dos escoltas y yo cabalgábamos ligeros y veloces. Sólo llevábamos el equipaje esencial de viaje —ni comida, ni utensilios para cocinar, ni mantas —y los objetos más pesados, las bolas de latón cargadas con huoyao, iban repartidas entre nuestros tres caballos suplementarios. También éstos eran corceles veloces, no lo habituales y pesados animales de carga; de modo que nuestros seis caballos podían mantener el ritmo de las marchas de guerra de los mongoles, alternando el medio galope con el paso. Cuando un caballo comenzaba a mostrar signos de debilidad, no teníamos más que detenernos en la posta de caballos más próxima de la Ruta del Ministro, y pedir seis caballos frescos. Cuando Kubilai dijo que ya había enviado una avanzadilla de jinetes para «preparar el camino», yo no supe a qué se refería. Pero luego me enteré de que era una medida que se tomaba siempre que el gran kan o cualquiera de sus emisarios importantes realizaban un largo viaje por lugares apartados. Estos jinetes anunciaban la inminente llegada de los viajeros, y se suponía que el wang de cada provincia, el prefecto de cada prefectura, y hasta los ancianos del pueblo más insignificante se prepararían para el paso de los

viajeros. De modo que siempre había lechos confortables esperando en los mejores alojamientos que podían ofrecernos, buenas cocinas esperando preparar las mejores comidas disponibles, e incluso se excavaban nuevos pozos si era necesario suministrar agua potable en regiones áridas. Todo esto nos permitía viajar con el más ligero de los equipajes. También cada noche nos proporcionaban mujeres para nuestro disfrute, pero como también había dicho Kubilai, yo estaba demasiado fatigado y dolorido para hacer uso de ellas. En vez de eso, pasaba el corto intervalo de cada noche entre la mesa y la cama, garabateando sobre el papel los detalles y los accidentes geográficos que había observado durante el viaje de ese día.

Cabalgamos desde Kanbalik trazando un arco hacia el sudoeste, y no puedo recordar cuántas aldeas, pueblos y ciudades atravesamos o dónde pasamos la noche; pero sólo dos localidades eran de tamaño considerable. Una era Xi'an, y Zhao, el ministro de la guerra, me la había señalado en su gran mapa diciéndome que había sido la capital del primer emperador de aquellas tierras. Desde entonces Xi'an había decaído considerablemente con el paso de los siglos, y aunque aún era una encrucijada activa y próspera, no poseía ninguno de los refinamientos de una capital imperial. La otra gran ciudad era Chengdu, situada en la llamada Tierra Roja, porque allí la tierra no era amarilla como en la mayor parte de Kitai. Chengdu era la capital de la provincia llamada Sichuan, y su wang habitaba en un palacio que era una ciudad dentro de otra, y era casi tan grande como el de Kanbalik. El wang Mangalai, otro de los hijos de Kubilai, se hubiera alegrado de tenerme largo tiempo como su honrado huésped, y yo estuve realmente tentado de quedarme a descansar allí por lo menos unos días. Pero,

consciente de mi misión, le presenté mis excusas, y por supuesto Mangalai las aceptó; de modo que sólo pasé una noche en su compañía.

Desde Chengdu, mi escolta y yo marchamos directamente hacia el oeste —internándonos en la montañosa zona fronteriza donde se confunden la provincia Kitai de Sichuan, la provincia Song de Yunnan, y el país de To-Bhot —y tuvimos que reducir la marcha cuando comenzamos una larga subida que pronto se convirtió en una dura escalada. Las montañas no eran tan elevadas y terribles como, por ejemplo, el Pai-Mir de la Alta Tartaria y no estaban nevadas. Y según me dijeron, ni siquiera en el crudo invierno las cubría la nieve durante mucho tiempo, excepto las cimas. Pero aquellas montañas, aunque menos altas que otras que yo había visto, tenían una configuración mucho más vertical. A excepción de las ondulaciones boscosas, eran básicamente monstruosos bloques erguidos y separados por estrechas gargantas profundas y oscuras. Pero por lo menos eran montañas sólidas, y no tuvimos que esquivar ninguna avalancha, ni siquiera oí resonar ninguna por aquellos parajes. Los habitantes del país lo llamaban la Tierra de los Cuatro Ríos, y esos arroyos recibían el nombre local de N'mai, Nu, Lankang y Jinsha. Pero según decían los nativos, esos cursos de agua, tras brotar de las montañas se ensanchaban y aumentaban en profundidad hasta convertirse en los cuatro mayores ríos de esa parte del mundo, mejor conocidos por los nombres que recibían río abajo: Irawadi, Sal-win, Me-kong y Yangzi. Los tres primeros al dejar atrás la provincia de Yunnan corrían hacia el sur o hacia el sudeste introduciéndose en las tierras tropicales denominadas Champa. El cuarto se convertiría en aquel Yangzi del que ya he hablado antes —el río Tremendo —, que fluye en dirección oeste directamente hacia el mar de Kitai.

Pero los lugares por donde mi escolta y yo atravesamos estos ríos se encontraban situados muy arriba, mucho antes de que se convirtieran en sólo cuatro: eran tierras altas donde los ríos emergían como una multitud de arroyos tributarios. Había tantos que no todos tenían nombre, pero ninguno era insignificante por este motivo. Cada uno de estos arroyos era una corriente rápida y espumeante de agua que, a lo largo del tiempo, había

abierto su propio canal por entre las montañas, y cada canal era una garganta cortada a pico que parecía abierta por el golpe de la cimitarra de algún yinni gigante. El único camino para recorrer y atravesar aquellas hendiduras en precipicio era el que la gente del lugar llamaba orgullosamente Ruta de los Pilares.

Llamarlo ruta era una auténtica exageración, pero sí era cierto que se sostenía sobre pilares o más exactamente sobre troncos introducidos y calzados en agujeros y grietas de las paredes del precipicio, con tablones de madera tendidos a su través, y capas de tierra y paja apiladas encima. Podía haberse llamado con más propiedad Camino de Plataformas, o aún mejor Camino Ciego porque yo lo recorrí en su mayor parte con los ojos cerrados, confiando en el pie firme y en la imperturbabilidad de mi caballo, y esperando que estuviera herrado con las herraduras antideslizantes hechas con cuerno de la «oveja de Marco». Abrir los ojos, mirar hacia arriba, hacia abajo, hacia

adelante, hacia atrás o a los lados, todo me mareaba por igual. Tanto si echaba un vistazo hacia arriba como hacia abajo veía el mismo espectáculo: dos paredes de roca gris convergiendo en la distancia y convirtiéndose en una estrecha grieta, brillante y bordeada de verde; hacia arriba estaba el cielo entre dos franjas de árboles, y hacia abajo el agua, que parecía un arroyo con musgo por los lados, pero que en realidad era un torrente de agua entre dos fajas de bosque. Hacia adelante o hacia atrás estaba la vertiginosa visión de la plataforma que sostenía la Ruta de los Pilares, con un aspecto tan frágil que parecía incapaz de sostener su propio peso, y menos el de un caballo con su jinete, o el de toda una fila de caballos. Si miraba hacia un lado vería el precipicio que rozaba mi estribo y amenazaba con darme un súbito empujón. Mirando hacia el otro lado podría ver el precipicio más lejano, pero parecía tan cerca que tenía ganas de alargar la mano y tocarlo; sin embargo, por poco que me inclinara podía perder el equilibrio y caerme para siempre.

Sólo una cosa me resultó más vertiginosa que recorrer la Ruta de los Pilares por el borde del precipicio, y fue ir cruzando el barranco de un lado a otro por encima de los Puentes Cojos, como los llamaban sin exagerar los montañeses del lugar. Estaban construidos con tablones y gruesas cuerdas de tiras trenzadas de caña, y se balanceaban mecidos por el viento que soplaba incesantemente a través de las montañas, y se balanceaban aún más cuando un hombre ponía el pie encima, y todavía más cuando éste llevaba un caballo detrás; y creo que en esta travesía hasta los caballos cerraron los ojos. Aunque la avanzadilla de jinetes enviada por Kubilai había conseguido que todos los habitantes de la montaña esperaran nuestra llegada, y aunque recibimos la mejor hospitalidad que aquellas gentes pudieron ofrecernos, el resultado no fue exactamente regio. Sólo de vez en cuando llegábamos a un lugar llano de la montaña, y suficientemente habitable para albergar a un poblado mísero formado por cabañas de leñadores. Era más frecuente que pasáramos la noche en alguno de los nichos del precipicio, donde la carretera se ensanchaba lo suficiente para que los viajeros que iban en direcciones opuestas pudieran cruzarse. En estos lugares solía esperarnos apostado un grupo de rudos hombres que habían montado una tienda de pelo de yak para que durmiéramos en ella, y traído algo de carne o matado alguna oveja o cabra montesa para cocinarla sobre un fuego de campaña al aire libre.

Recuerdo bien la primera vez que nos detuvimos en uno de estos lugares, cuando el día comenzaba a oscurecer. Los tres montañeses que nos esperaban nos rindieron sus salutaciones y sus koutou y, como no podíamos conversar pues no sabían el mongol, y hablaban una lengua que ni siquiera era el han, se pusieron inmediatamente a preparar nuestra cena. Hicieron un buen fuego, espetaron varias chuletas de ciervo almizclero y las pusieron encima, y colgaron una cacerola para calentar agua. Observé que habían hecho el fuego con ramas, o sea que para recogerlas debieron de trabajar mucho

subiendo y bajando por las abruptas paredes del barranco. Pero también había un pequeño montón de trozos de caña zhugan en el suelo, junto al fuego. Cuando la

comida estuvo preparada, ya era totalmente de noche; y mientras dos de ellos nos servían, el otro echó al fuego uno de aquellos pedacitos de caña.

La carne de ciervo era mejor que la habitual dieta montañesa de cordero o cabra, pero el acompañamiento fue horrible. Me dieron la carne sin cortar y debí sujetar el pedazo con la mano y desgarrarlo con los dientes. El único utensilio que me proporcionaron fue un tazón plano de madera, donde uno de los sirvientes vertió cha verde caliente. Pero no había tomado más que un par de sorbos, cuando el otro sirviente me quitó

respetuosamente el tazón para añadirle algo. Tenía en la mano una fuente con mantequilla de yak, cubierta toda ella de pelos, hilos y polvo del camino, que conservaba las marcas de los dedos de quienes se habían servido antes, y con sus uñas negras sacó un trozo de mantequilla rascando la fuente, y lo echó dentro de mi cha para que se derritiera. La sucia mantequilla de yak ya era bastante repelente, pero encima el sirviente abrió un saco de tela mugrienta y metió en mi tazón de cha algo que parecía serrín.

—Tsampa —dijo.

Yo me quedé mirando aquella porquería con disgusto y sorpresa, sin tocarla, pero él me hizo una demostración de lo que tenía que hacer con eso. Metió sus sucios dedos dentro de mi tazón y removió el serrín y la mantequilla hasta que se formó primero una pasta, y luego un espeso grumo, al absorber todo el cha que quedaba en el tazón. Y antes de que yo pudiera hacer algún movimiento para evitarlo, pellizcó un trozo de aquella masa tibia y sucia y me la embutió en la boca.

—Tsampa —repitió, y masticaba y tragaba como enseñándome a hacerlo. Entonces me di cuenta —separando el sabor amargo del cha verde y el rancio de la mantequilla de yak —que lo que parecía serrín era en realidad harina de cebada. No sé si yo me hubiera tragado voluntariamente aquel grumo, pero en aquel momento me llevé

un susto tal que lo hice sin más. El fuego de campamento soltó un repentino y tremendo

¡bang!, lanzando a la oscuridad una constelación de chispas; y yo me tragué mi tsampa de golpe y me puse en pie de un salto, igual que mis dos escoltas, mientras el eco del ruido se repetía y reverberaba en todas las montañas de alrededor. En ese instante me pasaron dos pensamientos por la cabeza. Uno de ellos la terrible posibilidad de que alguna de las bolas de latón cargadas hubiera ido a parar al fuego. El otro fue el recuerdo de unas palabras que había escuchado una vez: «Espérame cuando menos me esperes.»

Pero los montañeses se rieron de nuestra sorpresa e intentaron calmarnos y explicarnos con gestos lo que había sucedido. Cogieron uno de los pedazos de zhugan, señalaron al fuego, dieron unos saltos, descubrieron sus dientes y gruñeron.

Fueron bastante explícitos. Las montañas estaban llenas de tigres y lobos. Para protegerse de ellos utilizaban el sistema de arrojar de vez en cuando un entrenudo de zhugan al fuego de campamento. El calor hacía hervir los jugos internos hasta que el vapor reventaba la caña —de modo parecido a una descarga del polvo de fuego —, produciendo aquel enorme ruido. No dudé que eso mantendría a los depredadores a raya, porque a mí me había hecho tragar la horrorosa sustancia llamada tsampa.

A partir de entonces, conseguí comerme la tsampa, nunca con gusto, pero por lo menos sin sentir violenta repugnancia. El cuerpo de un hombre necesita otros alimentos aparte de carne y cha, y la cebada era el único vegetal cultivado que crecía en aquellas tierras altas. El tsampa era, por lo menos, barato, fácil de transportar y alimenticio, y si se le añadía azúcar, sal, vinagre o la salsa de judías fermentadas, podía resultar algo más apetitoso. Nunca me aficioné tanto a él como los nativos, quienes después de hacer la

pasta a la hora de comer, se guardaban bolas de esa sustancia en la ropa y llevaban la tsampa puesta toda la noche y durante el día siguiente, salándose así con su sudor, y si necesitaban un tentempié pellizcaban un pedacito.

También me familiaricé más con la caña de zhugan. En Kanbalik la había conocido sólo como un gracioso tema floral en pintores como doña Zhao y el maestro de los colores sin huesos. Pero en estas regiones era un elemento tan importante de la vida que seguramente los habitantes del lugar no podían haber existido sin él. El zhugan crece salvaje en todas las tierras bajas desde la región fronteriza entre Sichuan y Yunnan, llegando por el sur hasta los trópicos de Champa, en donde recibe varios nombres en las diferentes lenguas: banwu, mambu y otros; y en todas partes se utiliza con muchos otros fines aparte del de asustar a los tigres.

El zhugan podría parecer un carrizo o caña vulgar, al menos cuando es joven y sólo tiene el grosor de un dedo, con la diferencia de que en toda su longitud tiene nudos o nudillos a intervalos, exactamente como un dedo. Estos nudos marcan pequeñas paredes en el interior de la caña, que interceptan su longitud tubular formando compartimentos separados. Para algunos usos —como arrojarlos al fuego para que estallen, por ejemplo —sirve un simple entrenudo de caña que tenga las paredes intactas en cada extremo. Para otros fines, se taladran las paredes interiores para convertir la caña en un tubo largo. Cuando el diámetro del zhugan no es mayor que un dedo, se corta fácilmente con un cuchillo. Cuando crece —y una simple caña puede hacerse tan alta y gruesa como un árbol —resulta laborioso serrarla, pues es casi tan rígida como el hierro. Pero el zhugan es una bella planta, tanto grande como pequeña: la parte de la caña es de color dorado, los brotes de los nudos son blancos con delicadas hojas verdes en los extremos. Una inmensa mata de zhugan, todo oro y verde reflejando el sol en sus frondas, es un tema digno de un pintor.

En una de las pocas tierras bajas que atravesamos en aquella región nos encontramos un pueblecito totalmente construido y amueblado con zhugan, y que dependía

enteramente de esta planta. El pueblo, llamado Jiejie, se asentaba en un amplio valle a través del cual corría uno de los innumerables ríos de ese país, y el fondo entero del valle estaba cubierto de espesos bosquecillos de zhugan, y parecía como si también Jiejie hubiera crecido allí. Todas sus casas estaban hechas de caña dorada. Sus paredes estaban formadas por tallos del grosor de un brazo, colocados verticalmente lado con lado y atados entre sí; las estacas y columnas eran trozos más gruesos de zhugan que sostenían tejados de segmentos de caña cortada, dispuestos boca arriba y boca abajo como si fueran tejas curvas. Dentro de cada casa todo el mobiliario de mesas, lechos y esterillas para el suelo estaba tejido con tiras finas de corteza de zhugan, y lo mismo otros objetos, cajas, jaulas de pájaros y canastos.

El río estaba flanqueado por extensos pantanos, y Jiejie quedaba a varios li de distancia de él, pero sus habitantes habían llevado el agua del río, salvando esta distancia mediante una tubería hecha con cañas del grosor de una cintura y unidas por los extremos. En la plaza del pueblo el agua del río se vertía en una artesa hecha con un zhugan partido del tamaño de un tronco. Los niños y niñas del pueblo llevaban el agua desde esta artesa hasta sus casas, construidas de caña, en cubos, ollas y botellas, fabricados con entrenudos de zhugan de diferentes tamaños. En las casas, las mujeres utilizaban astillas de caña como agujas y alfileres, y sus fibras desenmarañadas como hilo. Los hombres hacían sus arcos y flechas de caza con trozos de caña, y llevaban las flechas en un carcaj que no era más que un gran entrenudo de zhugan. Utilizaban como mástiles de sus barcas de pesca tallos de caña del tamaño de un árbol, y las velas, que eran tiras de zhugan tejidas en forma de rejilla, las amarraban al mástil con cuerdas de fibra de zhugan trenzadas. Probablemente el jefe de la aldea tenía poca cosa que

escribir; en todo caso lo hacía con una pluma de caña cortada en un extremo, y sobre un papel fabricado con la pulpa que se obtiene raspando las blandas paredes interiores de la caña. Luego guardaba sus rollos escritos en un entrenudo de zhugan del tamaño de un jarrón.

La cena que tomamos mi escolta y yo aquella noche en Jiejie fue servida en tazones que eran grandes entrenudos de zhugan partidos por la mitad, y las ágiles tenacillas eran palitos delgados de zhugan. La comida, además de pescado de río recién cogido con una red de fibra de zhugan y asado a la parrilla sobre un fuego de brasas de zhugan, incluía sabrosos brotes pasados por agua de zhugan tierno, y algunos de estos mismos brotes aliñados como condimento, y otros azucarados como un dulce. Ninguno de nosotros estaba enfermo o herido, pero de haberlo estado probablemente nos habrían medicado con tangzhu, un líquido que llena los entrenudos huecos del zhugan cuando éste madura, y que tiene muchos usos medicinales.

Todas estas cosas sobre el zhugan me las enseñó el anciano jefe de Jiejie, un tal Wu. Era el único habitante de la aldea que hablaba mongol, y aquella noche nos quedamos los dos hablando hasta bastante tarde; mientras mis dos escoltas, aburridos de escucharnos, se retiraron, uno detrás de otro, a sus dormitorios asignados.

Finalmente, una joven mujer interrumpió mi velada con el anciano Wu entrando en la habitación de paredes de caña, donde estábamos sentados sobre divanes de caña, y emitiendo un ruido que parecía un gemido quejumbroso.

—Pregunta si pensáis acostaros o no —dijo Wu —. Ésta es la primera hembra de Jiejie, elegida por todas las demás para que vuestra noche aquí sea memorable, y está ansiosa por empezar.

—Muy hospitalario de su parte —dije, y la miré con detenimiento. La gente en esta Tierra de los Cuatro Ríos, tanto los hombres como las mujeres, vestían trajes bastos e informes: una especie de casquete en la cabeza, telas, ropas y chales formando capas desde los hombros hasta los pies, botas toscas con las puntas vueltas hacia arriba. Todas las prendas estaban confeccionadas con anchas franjas de dos colores distintos, y todo el pueblo llevaba los mismos dos colores. Los de cada aldea eran distintos, así un «forastero» del Pueblo vecino podía ser reconocido instantáneamente por el camino. Los colores eran siempre oscuros y sombríos (en Jiejie eran marrón y gris) para que no destacara la suciedad profundamente incrustada. En los pueblos de la montaña, esta vestimenta permitía a la gente confundirse con el paisaje, lo cual quizá sea útil para cazar o esconderse. Pero en Jiejie, contra un fondo de dorados y verdes brillantes, los colores del vestido destacaban de manera detonante. Los hombres y las mujeres iban vestidos de modo indistinguible tampoco se diferenciaban por tener vello en la cara, sus rasgos estaban poco marcados en ambos casos y su tez era marrón rojiza Por eso necesitaban mostrar algo que indicara su sexo, supongo que incluso en beneficio propio. De modo que las tiras de la ropa de mujer iban de arriba abajo, y las de la ropa de hombre de un lado a otro. Un auténtico forastero, como yo, no notaba inmediatamente esta sutil diferencia en el vestido, y sólo podía distinguirlos cuando se quitaban sus casquetes. Entonces podía verse a los hombres con la cabeza afeitada y un aro de oro o plata en la oreja izquierda. Las mujeres llevaban el cabello trenzado en una multitud de trencitas finas y erizadas; para ser preciso ciento ocho trenzas exactamente, el número de libros del Kandjur, las escrituras budistas, pues toda aquella gente es budista.

Aquel día mi viaje no había sido excesivamente agotador, y la belleza de esa aldea construida de caña me había relajado y descansado, por lo que me sentía dispuesto a satisfacer mi curiosidad y descubrir qué otras pruebas de feminidad podían esconderse bajo los vestidos sin gracia de esa muchacha. Observé que llevaba un adorno, un collar

del que pendía una orla de tintineantes monedas de plata. Supuse que también sumarían ciento ocho y pregunté al anciano Wu:

—Cuando la llamasteis la primera hembra de la aldea, ¿os referíais a su riqueza o a su piedad?

—A ninguna de las dos cosas —respondió —. Las monedas atestiguan sus encantos

femeninos y su atractivo.

—¿De veras? —dije, y miré fijamente a la muchacha.

El collar era bastante atractivo, pero no pude ver en qué la hacía a ella más deseable.

—En esta tierra, nuestras muchachas compiten a cuál de ellas se acuesta con más hombres, tanto con los de nuestra aldea, como con los hombres de otras aldeas, o con viajeros casuales, o con hombres de las caravanas que pasan por aquí; y a cada hombre le piden una moneda en prenda de su unión. La chica que consigue más monedas es la que ha atraído y satisfecho a más hombres, y ocupa un lugar preeminente entre las demás mujeres.

—Querréis decir que queda marcada como proscrita.

—Quiero decir que ocupa un lugar preeminente. Cuando finalmente está preparada para casarse y establecerse, entonces puede elegir al marido que quiera. Todo joven elegible se disputa su mano.

—Su mano debe de ser sin duda la parte menos usada de su persona —dije, ligeramente escandalizado —. En los países civilizados, un hombre se casa con una virgen, y así sabe que le pertenece sólo a él.

—Eso es todo lo que puede saberse de una virgen —replicó el anciano Wu, con un respingo despreciativo —. Un hombre que esposa a una virgen se arriesga a quedarse con un pescado menos caliente que el que comisteis en la cena. Un hombre que esposa a una de nuestras mujeres obtiene credenciales de su atractivo, de su experiencia y talentos. También obtiene, y eso también cuenta, una buena dote de monedas. Y esta joven dama está de lo más ansiosa por añadir la vuestra a su collar, pues no ha tenido nunca una moneda de un ferenghi.

A mí no me repugnaba acostarme con mujeres que ya no eran vírgenes, incluso podía haber sido instructivo yacer con alguien que traía credenciales al encuentro. Pero la muchacha era lamentablemente ordinaria, y además, no me gustaba demasiado ser considerado uno más del collar. De modo que farfullé alguna excusa alegando que estaba de peregrinaje cumpliendo un voto de la religión ferenghi. De todos modos, le di una moneda como recompensa por mi desprecio a sus bien atestiguados encantos y me escapé a mi cama. El armazón de ésta estaba tejido con cintas de zhugan, y era muy cómodo, pero crujió toda la noche y sólo me tenía a mí encima. Creo que habría despertado a la aldea entera si me hubiera aprovechado de la primera hembra de Jiejie. Decidí entonces que la caña de zhugan, a pesar de su maravillosa utilidad, no era ideal para todos los propósitos humanos.

2

Mis escoltas y yo cabalgábamos atravesando una sucesión de montañas, gargantas y

valles; unas veces por las adustas alturas de la Ruta de los Pilares, otras por las brillantes tierras bajas del zhugan. El paisaje no cambió excesivamente, pero nos dimos cuenta de que habíamos llegado a la Alta Tierra de To-Bhot cuando la gente con que nos cruzábamos comenzó a saludarnos descubriéndose la cabeza, rascándose la oreja derecha, frotándose la cadera izquierda y sacándonos la lengua. Esos absurdos gestos significan que quien saluda no pretende pensar, escuchar, hacer ni decir nada malo, y era el saludo característico de los pueblos llamados drok y bho. En realidad los dos eran

un mismo pueblo, pero a los nómadas se les llamaba drok y a los sedentarios, bho. Los drok, pastores y cazadores, vivían como los mongoles habitantes de las llanuras, y podrían confundirse con ellos a no ser por el tipo de tiendas, que eran negras en vez de amarillas y que no se apoyaban en un entramado interior como el yurtu. La tienda de los drok tenía las paredes sujetas al suelo con estaquillas, y la punta superior estaba suspendida de largas cuerdas que pasaban por unos palos altos, apuntalados a cierta distancia que luego se sujetaban al suelo con estaquillas clavadas más allá. La tienda tenía el aspecto de una araña karakurt negra, acurrucada entre sus delgadas patas de rodillas altas.

Los bho, campesinos y comerciantes, a pesar de haberse establecido en comunidades, vivían más incómodamente aún que los drok nómadas. Sus pueblos y aldeas estaban guarecidos dentro de altas cavidades de los despeñaderos, lo que los obligaba a apilar las casas unas encima las otras. Esto contradecía la idea que yo tenía de la religión budista según la cual la cabeza es la residencia del alma, de modo que una madre ni siquiera puede acariciar la cabeza de su Propio hijo. Sin embargo, los bho vivían allí de tal manera que todo "mundo vertía los residuos, basuras y excrementos sobre la parcela y el tejado de su vecino, e incluso encima de su cabello. Según supe después, esta costumbre de construir lo más alto posible se remontaba a un tiempo muy lejano, a una época en que los adoraban a un dios llamado Amnyi Manchen, o «El Gran Viejo Pavo Real». Imaginaban que este dios habitaba en las cimas más altas y por eso todo el mundo intentaba vivir cerca de él.

Pero ahora todos los bho eran budistas, y en el punto más elevado de cada pueblo había un lamasarai, al que sus habitantes llamaban el Pota-lá (Lá significa monte, y Pota era el nombre de Buda pronunciado por los bho). No voy a hacer ningún juego de palabras obsceno en relación al indecoroso significado que tiene «pota» en lengua veneciana. No hay ninguna necesidad de inventar historias jocosas sobre los bho y su religión. El Pota-lá era el edificio más encumbrado y populoso de cada población, y el resultado era que los sacerdotes y monjes, llamados aquí lamas y trapas, excretaban copiosamente sobre toda su congregación de laicos situada algo más abajo. Llegué a la conclusión de que el budismo, en su modalidad de potaísmo en To-Bhot, estaba lamentablemente envilecido por las más extrañas locuras.

Un pueblo bho puede parecer encantador visto desde lejos, es decir, a través de los campos de enormes amapolas azules y amarillas, únicas en To-Bhot, y del «pelo de

Pota», que son los sauces llorones cuyas ramas cuelgan cargadas de flores amarillas, y del claro cielo azul salpicado con el rosa y el negro de los jilgueros y los cuervos. Todos los pueblos enclavados en las paredes de los precipicios eran un revoltijo vertical de casas color de roca, que sólo se distinguían del precipicio por el humo que salía de sus ventanucos de formas curiosas, más anchas de arriba que de abajo. Ese enjambre de casas estaba coronado por el Pota-lá, aún más confuso, todo él torretas y tejados dorados, pasarelas y escaleras exteriores, penachos de varios colores que ondeaban con la brisa, y trapas vestidos de oscuro paseando apaciblemente por las terrazas. Pero cuando nos acercamos más lo que desde lejos nos había parecido bello, sereno e incluso de aspecto beatífico, resultaba feo, aletargado y asqueroso. Las pintorescas ventanitas de las viviendas ocupaban únicamente los pisos superiores para quedar por encima de la nauseabunda suciedad y del hedor de las calles. Al principio, el populacho parecía consistir solamente en cabras errantes, aves de corral y mastines amarillos al acecho; y los callejones escalonados, estrechos e intrincados tenían una capa espesa de excrementos, que supusimos pertenecían a estos animales. Pero luego comenzamos a encontrarnos a gente, y ojalá nos hubiéramos dado por satisfechos con ver sólo animales, más limpios; pues cuando la gente nos sacaba la

lengua para saludarnos descubríamos que esta parte de su cuerpo era lo único que no estaba incrustado de porquería. Llevaban ropas grises y mugrientas como los habitantes de las tierras bajas; y no pude distinguir si los hombres y las mujeres vestían diferentes modelos de gris y suciedad. Había muy pocos hombres, y una gran cantidad de mujeres; pero pude diferenciar los sexos porque los hombres se tomaban la molestia de abrir sus largos vestidos cuando orinaban en la calle; las mujeres simplemente se ponían de cuclillas y no llevaban nada bajo sus ropas exteriores, o al menos eso espero. A veces un montón de excrementos más grande de lo normal se agitaba débilmente en medio de la calle, y yo descubría que se trataba de un ser humano echado en el suelo esperando la muerte, generalmente un hombre o una mujer muy viejos.

Mis escoltas mongoles me contaron que en otra época los bho se deshacían de sus ancianos comiéndose los cadáveres. Se apoyaban en la teoría de que los muertos no podían desear un lugar de descanso mejor que los intestinos de sus propios parientes; y esta costumbre sólo se interrumpió al convertirse el potaísmo en religión dominante, porque Pota-Buda había desaprobado comer carne. La única reliquia de esta antigua costumbre era que las familias conservaban aún los cráneos de sus muertos y los usaban como tazones para beber o como pequeños tambores, así los difuntos podían seguir participando en las celebraciones festivas y musicales.

Los bho empleaban entonces otros cuatro sistemas de sepultura. Quemaban a los muertos en las cimas de las montañas, o los dejaban allí para las aves, o los tiraban a los ríos y pantanos de donde sacaban el agua para beber, o bien cortaban los cadáveres en trozos y los daban a los perros. Este último era el sistema preferido, porque evitaba la putrefacción de la carne, y mientras la antigua carne no hubiera desaparecido, el alma que la habitaba quedaba abandonada en una especie de

purgatorio, un intermedio entre la muerte de aquí y la reencarnación en algún otro lugar. Los cuerpos de los pobres se arrojaban directamente a las jaurías de perros callejeros, pero los de los ricos se llevaban a lamasarais especiales que mantenían perreras de mastines santificados. Estas costumbres explicaban sin duda la enorme abundancia de buitres, cuervos, urracas y perros carroñeros que había en Bho; pero también traía consigo más muertes humanas de las estrictamente necesarias. La gran cantidad de perros facilitaba en sumo grado la aparición de la locura canina, y los perros, en sus ataques, mordían tanto a personas como a otros seres. Morían más bho a causa de la infección canina que a causa de todas las viles enfermedades engendradas por su propia suciedad. A menudo, el montón tirado en la calle no sólo se agitaba débilmente, sino que también se debatía, se contorsionaba y aullaba como un perro por la horrible agonía mortal que produce esa rabia canina.

Yo no tenía ningunas ganas de que me mordiesen, y además iba de camino hacia la guerra, o sea que me hice con un arco y unas flechas y empecé a afinar mi puntería y mi brazo disparando a cada perro suelto que veía a mi alcance. Esto me valió miradas de desaprobación, tanto de los potaístas religiosos como de los laicos, quienes preferían que las personas murieran sin motivos a que mataran por buenos motivos. Sin embargo, yo llevaba la placa del gran kan, y por lo tanto nadie se atrevió a hacerme nada, aparte de fruncir el ceño y murmurar; y me convertí en un experto, tanto con las flechas de punta ancha como con las de punta estrecha. Espero haber logrado alguna pequeña mejora en esa desgraciada tierra, aunque lo dudo. No creo que nadie o nada pudiera hacerlo.

Mis escoltas y yo, al llegar a cualquier población bho, subíamos lo antes posible al Pota-lá situado en la cima, en donde siempre nos trataban como visitantes de honor, y nos ofrecían los mejores aposentos. Esto significaba que nadie excretaba encima nuestro, aunque esto no hubiera podido empeorar el repugnante estado de habitaciones,

camas, comida y compañía. Antes de partir de Kitai, había oído a un caballero han citar un refrán desdeñoso sobre este pueblo: los tres productos nacionales de To-Bhot eran los lamas, las mujeres y los perros; y ahora lo comprendía. Saltaba a la vista que el número desproporcionado de mujeres en el pueblo colina abajo se debía a que al menos un tercio de sus hombres habían tomado las sagradas órdenes y residían en algún lamasarai. Después de haber visto a las mujeres bho, no podía desaprobar excesivamente la huida de sus hombres, pero pienso que podían haber escapado para encontrar otra existencia mejor que un embalsamamiento en vida. Al entrar en el patio de un Pota-Lá, lo primero que nos daba la bienvenida eran los gruñidos y bramidos de los salvajes mastines amarillos de To-Bhot, que en esos lugares por lo menos estaban atados con cadenas a las paredes. A lo largo de éstas había también, hasta en el más pequeño orificio, varitas de incienso o ramitas de enebro, pero el perfume que emanaban no conseguía disimular la miasma general producida por el fuego de excrementos de yak, la mantequilla de yak podrida y la religiosidad sin lavar. Después de encontrarnos con los ruidos y el hedor, veíamos a una serie de

monjes y a unos cuantos sacerdotes avanzando lenta y majestuosamente hacia nosotros, llevando cada uno sobre las palmas el khala, el pañuelo de seda azul pálido con que todo bho de clase alta saluda (en vez de con la lengua) a un igual o a un superior. Me dieron el tratamiento de kungö, que significa «alteza»: y yo me dirigí a cada lama con el tratamiento correcto de kundün, «presencia», y a cada trapa con el de rimpoche,

«tesoro»; aunque me parecía una broma pronunciar mentiras tan honoríficas. No me pareció que ninguno de ellos fuera nada digno de atesorar. Al principio sus ropas parecían de sedantes colores eclesiásticos, pero de cerca podíamos ver su color rojo brillante original, y si ahora eran oscuras sólo se debía a la suciedad acumulada a lo largo de los años. Sus caras, manos y rapadas cabezas estaban manchadas por una savia marrón con la que embadurnaban sus diversas enfermedades cutáneas. La mantequilla de yak que empapaba todas sus comidas hacía relucir sus barbillas y labios. En cuanto a la comida de los lamasarais, lo más frecuente era que nos sirvieran dietas vegetarianas, potaístas como es lógico: tsampas, ortigas hervidas, helechos, y el tallo extraño, fibroso, viscoso y de color rosa brillante de una planta que me era desconocida. Imagino que aquellos santos varones lo comían solamente porque teñía la orina de color de rosa durante varios días, y sin duda este líquido inspiraba reverencia a la gente que vivía más abajo del lamasarai. Pero los bho aplicaban el principio potaísta de no comer carne con una peculiar selectividad. No degollaban aves de corral ni ganado, pero permitían la matanza de faisanes y antílopes de caza. De modo que a veces los lamas y los trapas nos ofrecían carne de venado, como una excusa para poder saborear también ellos la carne. No me estoy burlando injustamente de sus hipócritas austeridades. En una ocasión me presentaron a un lama al que llamaron el «más santo entre los santos»

porque subsistía sin «tomar absolutamente ningún alimento excepto un par de tazones de cha al día». Por pura curiosidad y escepticismo estuve vigilando a aquel lama, y finalmente le pillé preparándose el tazón de su comida. Lo que ponía en remojo no eran hojas de cha sino tiras de carne seca parecidas al cha.

Nuestras comidas, aunque a veces consistieran en lujos no potaístas, nunca eran muy elegantes. Al ser huéspedes de honor, siempre nos sentaban a cenar en el «salón de canto» del Pota-lá, así teníamos durante la comida el entretenimiento de varias docenas de trapas cantando lastimeramente mientras golpeaban tambores hechos con cráneos y hacían sonar huesos de plegaria. Sobre la mesa del banquete había una serie de escupideras dispuestas entre las fuentes para servir y los tazones para comer, y los santos varones las utilizaban hasta que se desbordaban. Por toda la oscura sala se erguían estatuas de Pota, de sus numerosos discípulos diosecillos y de sus numerosos

enemigos y adversarios. Todos ellos eran visibles a pesar de la penumbra, pues relucían gracias a la capa de mantequilla de yak que los cubría. Así como nosotros los cristianos encendemos una velita a un santo o le dejamos una taoléta, los bho tenían la costumbre de embadurnar a sus ídolos con mantequilla de yak, y las espesas capas

antiguas apestaban a rancia putrefacción. No sé si Pota y las demás imágenes estaban agradecidas por esa ofrenda, pero puedo afirmar que los bichos del lugar sí lo estaban. Aunque la sala estuviera llena de comensales ruidosos y de cantores, podía oír los chirridos y crujidos de ratas, ratones, aparte de cucarachas, ciempiés y Dios sabe qué

cosas más, que corrían buscando comida arriba y abajo de las estatuas. Lo más nauseabundo de todo era el lugar donde nos sentábamos siempre con nuestros comensales anfitriones, que yo al principio tomé por una tarima baja construida sobre el nivel del suelo. La notaba bastante esponjosa debajo mío, así que un día lo investigué

furtivamente para ver de qué estaba hecho, y descubrí que estábamos sentados encima de un montón de restos de comida compactos, los detritos de las comidas que durante décadas o quizá siglos los santos varones habían babeado o dejado caer allí

despreocupadamente.

Cuando sus bocas no estaban masticando ni ocupadas de otro modo, los santos varones cantaban casi continuamente, en coro y a pleno pulmón, o en solitario y en voz baja. Uno de los cantos decía así: «Lha so so, khi ho ho», que significa más o menos: «Venid dioses, marchad demonios.» Otro más corto decía: «Lha gyelo», significando: «Los dioses son victoriosos.» Pero el canto que oí con mayor frecuencia, interminablemente y en todo To-Bhot decía así: «Om mani pémé hum.» El sonido inicial y final siempre se entonaba alargando la sílaba, es decir «O-o-o-o-m» y «Hu-u-u-u-m», y correspondía a una especie de «amén». Las otras dos palabras significaban literalmente «la joya en el loto», en el mismo sentido en que se utilizan estos términos en el vocabulario sexual han. Dicho de otro modo, los santos varones estaban cantando: «Amén, el órgano masculino está dentro del femenino. Amén.»

Ahora bien, una de las religiones han que prevalecen en Kitai, llamada Tao, «el camino», tiene una desvergonzada relación con el sexo. En taoísmo, la esencia masculina se llama yang y la femenina yin; y todo lo que hay en el universo, ya sea material, intangible, espiritual o de otra índole, se considera perteneciente al yang o al yin; es decir, totalmente discreto y opuesto (como lo son los hombres y las mujeres) o complementario e imprescindible entre sí (como lo son los hombres y las mujeres). De modo que las cosas activas se llaman yang, y las pasivas se llaman yin. El calor y el frío los cielos y la tierra, el sol y la luna, la luz y las tinieblas, el fuego y el agua, todo esto es yang y yin respectivamente, o inextricablemente yang-yin, como cualquier persona puede reconocer. En el nivel más fundamental de la conducta humana, cuando un hombre copula con una mujer y absorbe su yin femenino por medio de su yang masculino, no se tiñe de afeminación en ningún sentido, sino que se convierte en un hombre más completo, más fuerte, más activo, más consciente, más valioso. Y del mismo modo, la mujer se hace más mujer al acoger en su yin el yang

masculino. El Tao, partiendo de estas bases elementales, sigue ascendiendo hasta alturas y abstracciones metafísicas a cuya comprensión no puedo aspirar.

Quizá tiempos atrás, un taoísta han viajó a To-Bhot cuando los nativos aún adoraban al Viejo Pavo Real, e intentó explicarles amablemente su simpática religión. Los bho probablemente comprendieron sin dificultad el acto universal de introducir el órgano masculino en el femenino —o la joya dentro del loto, como lo habría expresado aquel han —, o maní dentro de pémé, dicho en su lengua. Pero esos patanes debieron de hacerse un lío con los significados más elevados de yang y yin, o sea que todo lo que lograron retener del Tao fue aquel ridículo canto de «Om mani pémé hum». Sin embargo, ni

siquiera los bho podían haber construido toda una religión sobre una oración que no tenía otro significado más sublime que «Amén, mételo en ella. Amén.» De modo que cuando más adelante fueron adoptando el budismo de la India, debieron de adaptar el canto para que encajara en esta religión. Lo único que tuvieron que hacer fue interpretar que la «joya» se refería a Buda o Pota, ya que se le representa a menudo sentado en meditación sobre una gran flor de loto. Interpretado de este modo, el canto viene a decir algo así: «Amén, Pota está en su sitio, Amén.» Después, sin duda, otros lamas posteriores decidieron adornar el sencillo canto con aspectos más profundos; como suelen hacer quienes se autoproclaman sabios que siempre complican con sus comentarios e interpretaciones no solicitados hasta la fe más pura. Decretaron que la palabra maní (joya, órganos genitales masculinos, Pota) significaría en lo sucesivo «los medios»; y que la palabra pémé (loto, órganos femeninos, .sitio de Pota) se referiría en lo sucesivo al Nirvana. Y de este modo, el canto se convirtió en una oración, en la cual el fiel suplicaba a los medios que le hicieran llegar al olvido del Nirvana, el fin más ele-vado de la existencia para los potaístas. «Amén. Aniquílame. Amén.»

Lo cierto es que el potaísmo ya no tenía ninguna conexión loable con las relaciones sexuales entre mujeres y hombres, porque al menos uno de cada tres varones bho, en la pubertad o incluso antes, huían de la perspectiva de tener que mantener relaciones sexuales con una hembra bho, y tomaban los rojos hábitos de la religión. Por lo que pude ver, ese voto de celibato era el único requisito necesario para la entrada en un Pota-lá y la eventual elevación por los niveles ascendentes del monacato y del sacerdocio. Los chabis o novicios, no recibían ningún tipo de educación secular o instrucción de seminario, y entre los lamas más ancianos y de mayor gradación sólo encontré a tres o cuatro que pudieran leer o escribir por lo menos el «om mani pémé

hum», por no hablar de los ciento ocho libros de las escrituras Kandjur, ni mencionar los doscientos veinticinco libros Tengyur de comentarios sobre el Kandjur. De todos modos, al hablar del celibato de los santos varones, debería haber especificado correctamente que se trataba de celibato en relación a las mujeres. Muchos de los lamas y trapas hacían escandalosa ostentación de sus tendencias amorosas hacia los otros miembros de la comunidad, para que no cupiera duda de que habían renunciado

al sórdido y ordinario sexo normal.

El potaísmo, fuera cual fuese su desarrollo, era una religión que sólo exigía cantidades puras de devoción, sin ninguna calidad. Con esto quiero decir que quien persiguiera el olvido, simplemente tenía que repetir «Om mani pémé hum» suficientes veces durante toda su vida; y confiar en que eso le llevaría al Nirvana cuando muriera; ni siquiera debía pronunciar las palabras por sí mismo, ni repetirlas de un modo que requiriese su voluntad. He hablado de los molinillos de plegaria; estaban en todos los rincones de los lamasarais, en cada una de las cosas, y hasta se encontraban instalados en medio del campo. Eran cilindros en forma de tambor cuyo interior guardaba rollos de papel con el canto del mani escrito en ellos. Bastaba con que una persona hiciera rodar el cilindro con la mano para que esas «repeticiones» de la plegaria contaran a su favor. A veces el fiel lo montaba como si fuera un molino de agua, para que una corriente de río o cascada los mantuviera girando y rezando continuamente. También podía enarbolarse una bandera con la oración inscrita, o toda una hilera de banderas —era mucho más frecuente ver esto en To-Bhot que cuerdas con la colada puesta a secar —y cada vez que el viento las agitaba el fiel obtenía una oración en su propio beneficio. Otro sistema era pasar la mano por toda una fila de paletillas de cordero suspendidas —cada hueso llevaba inscrito el mani —para que sonaran como campanillas agitadas por el viento y rezaran por él mientras el sonido duraba.

Una vez me acerqué a un trapa que estaba agachado junto a un riachuelo, arrojando y

recogiendo del agua una teja atada a una cuerda. Me dijo que había estado haciendo aquello durante toda su vida adulta, y que continuaría haciéndolo hasta que muriera.

—¿Haciendo qué? —le pregunté, pensando que quizá intentaba, de alguna idiota manera bho, emular a san Pedro como pescador de almas.

El monje me enseñó su teja; llevaba grabada la oración mani en forma de un sello yin. Me explicó que estaba «imprimiendo» la oración en el agua que corría, estampándola una y otra vez; y que con cada «impresión» invisible su piedad aumentaba. En otra ocasión en el patio de un Pota-lá vi estallar una violenta pelea entre dos trapas, porque uno de ellos había hecho girar un Colino de plegarias y luego, al volver la vista atrás mientras seguía caminando, vio que un monje hermano detenía el molino y lo hacía girar en sentido contrario para que rezara por él.

En la cima de uno de los mayores pueblos que atravesamos en nuestro camino, había un lamasarai especialmente grande, y tuve el atrevimiento de pedir audiencia a su venerable gran lama, asqueroso y embadurnado de savia.

—Presencia —me dirigí al viejo abad —. Apenas he podido observar en ningún Pota-lá

actividad eclesiástica alguna. Aparte de hacer girar los molinillos y de agitar los

huesos de plegarias, ¿cuáles son exactamente vuestros deberes religiosos?

Con una voz que parecía el susurro de hojas lejanas dijo:

—Me siento en mi celda, alteza, hijo mío; o a veces en una cueva recóndita o en una montaña solitaria y medito.

—¿Sobre qué meditáis, presencia?

—En la única vez que puse mis ojos sobre Kian-gan Kundün.

—¿Y eso qué es?

—La presencia soberana, el más santo entre los lamas, una encarnación real de Pota. Habita en Lha-Sha, la Ciudad de los Dioses, lejos, muy lejos de aquí, y allí sus habitantes están edificando para él un Pota-lá digno de que él lo ocupe. Llevan ya más de seiscientos años construyéndolo, pero esperan tenerlo terminado en sólo cuatrocientos o quinientos años más. El santísimo estará contento de honrarlo con su soberana presencia, pues cuando esté finalmente acabado será un palacio de gran magnificencia.

—¿Queréis decir, presencia, que este Kian-gan Kundün ha permanecido vivo y a la espera durante seiscientos años? ¿Y que aún seguirá estando vivo cuando el palacio se termine de construir?

—Desde luego, alteza, hijo mío. Por supuesto vos, como sois ch'hipa —no creyente —puede que no lo veáis así. Su integumento corporal muere periódicamente, y entonces los lamas deben buscar por todo el país hasta encontrar al niño en el que su alma ha transmigrado. Por eso la presencia soberana cambia de aspecto físico de una vida a otra. Pero nosotros, los nang-pa —los creyentes —sabemos que siempre es el mismo lama santísimo, y Pota reencarnado.

Me pareció algo injusto que Pota, después de haber creado el Nirvana y haberlo recomendado a sus devotos, nunca consiguiera descansar allí en el estado de inconciencia, y tuviera que continuar volviendo a Lha-Sha, una ciudad seguramente tan terrible como cualquier otra de To-Bhot. Pero me abstuve de hacer esta observación, y amablemente continué la conversación:

—Así que hicisteis ese largo viaje a Lha-Sha, y visteis al más santo de los lamas…

—Sí, alteza, hijo mío; y ese acontecimiento ha ocupado mis meditaciones, contemplaciones y devociones desde entonces. Quizá no lo creáis, pero el santísimo abrió sus cansados y legañosos ojos, y me miró —dijo esbozando una arrugada sonrisa de extasiada reminiscencia —. Creo que si el santísimo no hubiera sido entonces tan anciano ni hubiera estado tan cerca de su próxima transmigración, casi podría haber reunido las

fuerzas necesarias para hablarme.

—¿De modo que vos y él simplemente os mirasteis? ¿Y eso os ha proporcionado materia para meditar desde entonces?

—Sí, desde entonces. Precisamente una mirada legañosa del santísimo fue el inicio de mi sabiduría. Esto sucedió hace cuarenta y ocho años.

—¿Y durante casi medio siglo, presencia, no habéis hecho otra cosa que contemplar aquel acontecimiento aislado y fugaz?

—Un hombre que ha sido bendecido con la iniciación a la sabiduría está obligado a hacerla madurar sin distraerse. Yo he renunciado a todos los demás intereses y objetivos. No interrumpo mi meditación ni siquiera para comer —sus arrugas y manchas se contrajeron e una mirada de martirio feliz —. Subsisto sólo con un tazón de té flojo de vez en cuando.

—He oído hablar de estas prodigiosas abstinencias, presencia. Sin embargo, supongo que compartís con los lamas de grado inferior los frutos de vuestras meditaciones para instruirlos.

—¡Ay, no; joven alteza! —Sus arrugas se replegaron en una mirada sorprendida y algo ofendida —. La sabiduría no puede enseñarse, debe aprenderse. El aprendizaje que los demás lleven a cabo es cosa suya. Ahora, y me perdonaréis que así os lo diga, esta breve audiencia con vos ha constituido la distracción más larga en mi vida de meditaciones… Así que hice mis saludos y reverencias, me marché y salí a buscar a un lama con menos pústulas y de rango menos elevado, y le pregunté qué hacía él cuando no fabricaba oraciones con un molino.

—Medito, alteza —dijo —. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿Sobre qué meditáis, presencia?

—Fijo mi visión mental en el gran lama, pues él visitó en una ocasión Lha-Sha y contempló el rostro del Kian-gan Kundün. Y a partir de aquello adquirió gran santidad.

—¿Y meditando en él esperáis recibir vos también santidad?

—¡Ay, no! La santidad no puede perseguirse, sólo se otorga. Sin embargo, puedo esperar extraer cierta sabiduría de esas meditaciones.

—Y esa sabiduría, ¿a quién la comunicaréis? ¿A los lamas más jóvenes que vos? ¿A los trapas?

—¡Pero, alteza! ¡Nunca debe dirigirse la mirada hacia abajo, solamente hacia arriba!

¿Qué es, si no, la sabiduría? Ahora, si me excusáis…

Así que me marché y me encontré con un trapa recién aceptado en la categoría de monje después de un largo noviciado como chabi, y le pregunté qué contemplaba mientras esperaba la elevación al sacerdocio.

—¡Cómo! Por supuesto contemplo la santidad de mis mayores y de mis superiores, alteza. Ellos son los receptáculos que contienen toda la sabiduría de todas las épocas.

—Pero si nunca os enseñan nada, tesoro, ¿de dónde sacáis ese conocimiento? Todos decís estar ansiosos por llegar a él, pero ¿cuál es su origen?

—¿El conocimiento? —dijo con desprecio altanero —. Sólo las criaturas mundanas, como los han, se preocupan por el conocimiento. Nosotros deseamos adquirir sabiduría.

«Interesante», pensé. La misma observación desdeñosa habían hecho sobre mí en una ocasión, y precisamente fue un han. Sin embargo yo no estaba dispuesto a creer, ni entonces ni ahora, que el estado inerte y letárgico representara el logro más sublime a que Puede aspirar la humanidad. En mi opinión, el silencio no es siempre prueba de inteligencia, y el silencio no es siempre indicativo de una mente en funcionamiento. La mayoría de los vegetales están Quietos y callados. En mi opinión, la meditación no produce de modo infalible ideas profundas. He visto buitres meditar sobre un vientre lleno, y no hacer luego nada más profundo que regurgitar. En mi opinión, las frases

oscuras y mal articuladas no son siempre indicativas de una sabiduría tan sublimemente mística que solamente los sabios pueden captar. Las monsergas de los santos varones potaístas estaban mal articuladas y eran oscuras, pero también lo eran los ladridos de los chuchos de sus lamasarais.

Seguí caminando y me encontré a un chabi, la forma de vida más baja en un Pota-lá, y le pregunté cómo ocupaba su tiempo.

—Me admitieron aquí de aprendiz, como ayudante de limpieza —me dijo —. Pero evidentemente paso la mayor parte del tiempo meditando en mi mantra.

—¿Y qué es eso, muchacho?

—Varias sílabas sacadas del Kandjur, de las escrituras santas, que me han asignado para mi contemplación. Cuando haya meditado en ese mantra el tiempo suficiente (varios años, quizá), y éste haya ampliado mi mente lo necesario, puede que entonces me con-sidere preparado para alcanzar el nivel de trapa, y comience a contemplar fragmentos mayores del Kandjur.

—¿Y no se te ha ocurrido nunca, muchacho, dedicar realmente tu tiempo a limpiar

esta pocilga, y a estudiar sistemas para limpiarla mejor?

Me miró como si el mordisco de un perro me hubiera contagiado la rabia.

—¿En lugar de mi mantra, alteza? ¿Para qué? Limpiar es la más ínfima de las ocupaciones, y quien quiera ascender debe mirar hacia arriba, no hacia abajo. Con un bufido dije:

—Vuestro gran lama no hace más que sentarse en el suelo y contemplar al más santo de los lamas, mientras sus lamas inferiores no hacen más que sentarse a contemplarle a él. Los trapas no hacen otra cosa que sentarse a contemplar a los lamas. Estoy convencido de que el primer aprendiz que realmente aprendiera a limpiar podría derrocar el régimen. Convertirse en el maestro de este Pota-lá, luego en el Papa del potaísmo, y finalmente en el wang de todo To-Bhot.

—Algún perro os habrá contagiado la rabia, alteza —dijo alarmado —. Iré corriendo a buscar a uno de nuestros médicos, al auscultador del pulso o al olfateador de orina, para que se ocupen de vuestro mal.

Bueno, dejemos ya a los santos varones. La influencia del potaísmo sobre la población seglar de To-Bhot era casi igual de edificante. Los hombres habían aprendido a poner en movimiento cualquier molinillo de plegarias que encontraran, y las mujeres habían aprendido a recogerse el cabello en ciento ocho trencitas; y tanto hombres como mujeres tomaban siempre la precaución, al pasar por un edificio santo, de caminar por la izquierda del edificio, para que éste quedara siempre a su mano derecha. Yo no sé

exactamente el motivo, sólo sé que había un dicho: «Cuidado con los demonios de la izquierda», y que por los campos encontramos muchos muros de piedra y montones de piedras amontonadas que tenían algún significado religioso oculto, y la carretera siempre se dividía rodeándolo por cada lado para que un viajero, en cualquier dirección que viniese, pudiera dejar la santidad del lugar a su derecha. Cada atardecer, todos los hombres, mujeres y niños de cualquier población dejaban sus ocupaciones cotidianas, si es que las tenían, y se sentaban agachados en las calles de la ciudad o en los tejados de sus casas, mientras los lamas y los trapas del Pota-lá situado sobre sus cabezas dirigían sus rezos, cantando una y otra vez el llamamiento vespertino al olvido: «Om mani pémé hum.» Aquello podría haberme impresionado, pues al fin y al cabo era un ejemplo de solidaridad popular y de desenfadada religiosidad —en contraste con Venecia, por ejemplo, en donde mis refinados compatriotas se ruborizaban incluso de hacer la señal de la cruz en cualquier reunión más pública que un oficio religioso —; pero yo no podía admirar la devoción de un pueblo hacia una religión que no le hacía ningún bien, ni a él ni a nadie.

Es de suponer que esta religión los preparaba para el olvido del Nirvana, pero los hacía ser tan flemáticos en esta vida, tan inconscientes del mundo que los rodeaba que yo no podía imaginarme cómo iban a reconocer el otro olvido cuando llegaran a

él. La ma-yoría de las religiones, creo yo, inspiran a sus seguidores cierta actividad e iniciativa. Incluso los detestables hinduistas se mueven algunas veces, aunque sólo sea para degollarse los unos a los otros. Pero los potaístas no tienen la iniciativa necesaria para matar a un perro rabioso, ni se molestan en sacárselo de en medio cuando ataca. Por lo que yo pude ver, los bho manifiestan una única ambición: interrumpir su letargo constitucional el tiempo estrictamente necesario para avanzar en el camino hacia un estado de coma absoluto y eterno.

Citaré sólo un ejemplo de la apatía de los bho. En un país en donde tantos hombres se habían retirado al celibato, y donde en consecuencia había una abundancia de mujeres, lo lógico sería que los hombres normales disfrutaran de un paraíso, escogiendo las mujeres de su gusto y tomando a cuantas les apetecieran. Pero no era así. Eran las hembras las que escogían y coleccionaban. Las mujeres seguían una costumbre que ya había encontrado anteriormente: se apareaban de modo casual antes del matrimonio con tantos viajeros como les fuera posible, y exigían a cada uno una moneda de recuerdo, de modo que a la edad del matrimonio la hembra cargada con más monedas era la esposa más deseable. Pero ésta no se limitaba a tomar por esposo al hombre más atractivo del pueblo; se quedaba con varios. En lugar de que cada hombre fuera el sha de un anderun entero de esposas y de concubinas, cada mujer casadera poseía un anderun entero de hombres, y las legiones de sus hermanas menos agraciadas estaban condenadas a la soltería.

Podría decirse que esto demostraba, al menos, una cierta iniciativa por parte de unas cuantas mujeres. Pero era bastante escasa, porque ¿entre qué tipo de hombres atractivos podía una mujer elegir sus consortes?

Todos los hombres con la ambición y la energía necesarias para ir cuesta arriba, habían hecho exactamente eso, y habían desaparecido en el interior del Pota-lá. De los restantes, los únicos con cierta hombría y con medios para ganarse la vida eran general-mente los encargados de sacar adelante una granja, un rebaño, o un oficio de una familia bien situada. Y eso era lo que hacía una mujer Que podía elegir a sus hombres: no se emparentaba con una de estas "mejores familias», sino que se casaba con toda la familia, es decir, con sus miembros masculinos. Esto llevaba a complejas uniones. Conocí a una mujer que se había casado con dos hermanos y con un hijo de cada uno de ellos, y con todos tenía descendencia. Otra mujer se había casado con tres hermanos, mientras que la hija que tuvo con uno de ellos se había casado con los otros dos, y además con otro hombre que había conseguido fuera de la casa. No tengo ni idea de cómo se sabía en esas uniones enmarañadas y endogámicas de quién era cada hijo, y sospecho que a ninguno de ellos les preocupaba saberlo. He sacado la conclusión de que las atroces costumbres maritales del pueblo bho contribuían a su general debilitamiento mental, a su parodia potaísta de la religión budista, a su continua y poco vital fidelidad a ella, y a su irrisoria creencia de que el potaísmo representaba la acumulación de «toda la sabiduría de todas las épocas». Llegué a esta conclusión cuando, mucho más tarde, hablé sobre los bho con unos distinguidos médi-cos han. Me dijeron que generaciones de estrecha endogamia, habituales en las

comunidades de montaña, e inevitables en estas comunidades fanáticamente ligadas por la religión, acababan produciendo un pueblo aletargado físicamente y de cerebro disminuido. Si esto es cierto, y estoy convencido de que lo es, entonces el potaísmo representa la acumulación en To-Bhot de toda la imbecilidad de todas las épocas.

3

—Vuestro real padre Kubilai se honra en gobernar pueblos de calidad —dije al wang Ukuruji —. ¿Por qué se preocupó, entonces, de conquistar y anexionar esta miserable tierra de Tho-Bhot?

—Por su oro —respondió Ukuruji sin gran entusiasmo —. En casi cualquier lecho de río o de riachuelo de este país puede separarse polvo de oro en la gamella. Podríamos sacar mucho más oro, claro, si consiguiera que los miserables bho excavaran y extrajeran el material. Pero sus malditos lamas los han convencido de que las pepitas de oro y los filones son las raíces del metal. Y no hay que molestarlos, o de lo contrario no producirán el polvo de oro, que es su polen. —Se rió y agitó tristemente la cabeza —. Vaj!

—Una prueba más de la inteligencia bho —dije —. Puede que la tierra valga algo, pero la gente desde luego no. ¿Por qué Kubilai condena a su propio hijo a gobernarla?

—Alguien tiene que hacerlo —contestó encogiéndose de hombros resignadamente —. Los lamas probablemente os dirían que yo debí de cometer algún crimen atroz en alguna existencia anterior para merecer que me nombraran gobernador de los drok y de los bho. Puede que tengan razón.

—Quizá vuestro padre os dé a gobernar Yunnan en lugar, o además, de To-Bhot.

—Eso es lo que espero de todo corazón —dijo —. Por eso he trasladado mi corte desde la capital a este centro militar, para estar cerca de la franja bélica de Yunnan y esperar aquí

los resultados de la guerra.

Era en esta ciudad, Batang, un centro de mercado en una encrucijada comercial, donde mi escolta y yo terminamos nuestro largo viaje desde Kanbalik, y donde encontramos al wang Ukuruji que, avisado por una avanzadilla de nuestros jinetes, esperaba nuestra llegada. Batang estaba en To-Bhot, pero era la ciudad más grande existente en las proximidades a la frontera entre Yunnan y el Imperio Song. Es decir, que éste era el lugar que el orlok Bayan había elegido para establecer su cuartel general, y desde donde dirigía o enviaba hacia el sur repetidas incursiones contra el pueblo yi. Los habitantes bho no habían sido evacuados de Batang, pero los mongoles que ocupaban la ciudad, las afueras y el valle circundante casi los superaban en número: cinco tomanes de tropas con sus mujeres, el orlok y su

numeroso estado mayor, y el wang y sus cortesanos.

—Estoy ansioso por marcharme y preparado para trasladarme inmediatamente —continuó diciendo Ukuruji —si Bayan consigue tomar Yunnan y si mi padre me permite ir allí. Como es lógico al principio el pueblo yi se mostrará hostil a un señor mongol, pero prefiero estar entre enemigos rabiosos que entre los tarados bho.

—Habéis hablado de vuestra capital, wang. Supongo que os referís a la ciudad de Lha-Sha.

—No, ¿por qué?

—Me habían dicho que allí habita el más santo de los lamas, la presencia soberana. Y yo creía que era la capital de esta nación.

Él se rió:

—Sí, en Lha-Sha está el más santo de los lamas. Hay otro lama más santo que ninguno en un lugar llamado Dri-Kung, y otro en Pak-Dup, y otro en Tsal, y en otros lugares más. Vaj! Debéis comprender que no hay un único potaísmo, sino innumerables sectas rivales, ninguna más admirada o abominada que las demás, y todas reconocen como cabeza a un santísimo lama distinto. Por conveniencias, yo reconozco al santísimo lama llamado Phags-pa, cuyo lamasarai está en la ciudad de Shigat-Se, de modo que allí es donde he situado la capital. El venerable Phags-pa y yo, al menos nominalmente, somos cogobernadores del país, él en lo espiritual y yo en lo temporal. Es un viejo y despreciable farsante, pero no es peor que cualquiera de los demás lamas santísimos, me

imagino.

—Y Shigat-Se, ¿es una ciudad tan hermosa como según he oído es Lha-Sha? —pregunté.

—Probablemente Shigat-Se es un estercolero —gruñó —. Y Lha-Sha sin duda también.

—En fin —dije lo más alegremente que pude —, debéis estar agradecido de residir en este bello paraje durante una temporada.

Batang estaba situada en la orilla oriental del río Jinsha, que en aquel punto era un arroyo de aguas claras saltando por el centro de una amplia llanura; pero corriente abajo, en Yunnan, recogía el agua de otros afluentes y se ensanchaba para convertirse finalmente en el gran río Yangzi. EÍ valle de Ba-Tang en esta estación veraniega era verde, azul y con brillantes toques de otros colores. El azul era el cielo, alto y barrido por el viento. El dorado era el color de los campos de cebada de los bho y de los bosquecillos de zhugan y de nicontables tiendas amarillas, los yurtu del bok mongol.

Pero más allá de los campos cultivados y de las zonas de acampada, el valle postraba los ricos verdes del bosque —olmos, enebros, pinos —salpicados por los colores de rosas silvestres, campánulas, anémonas, aguileñas, lirios y sobre todo por el esplendor matutino de cada matiz que envolvía cada árbol y cada arbusto. En un lugar así cualquier ciudad hubiera resultado tan inoportuna como una llaga en un bello rostro. Pero Batang, al poder extenderse por todo el valle, había dispuesto sus edificios unos al lado de los otros, y no apilados entre sí ni apretados, y el río se llevaba casi todos los desperdicios, de modo que no era tan fea ni sucia como la mayoría de las demás ciudades bho. Los habitantes iban incluso mejor vestidos que los demás bho. En todo caso, la gente de clase alta podía reconocerse por sus ropas y vestidos de color granate, bellamente guarnecidos con pieles de nutria, de leopardo y tigre; y las ciento ocho trenzas del pelo de una mujer de clase alta estaban adornadas con conchas de kaurí, pedacitos de turquesa e incluso coral de algún mar lejano.

—¿Podría ser que los bho de esta ciudad fueran superiores a los de otros lugares de To-Bhot? —pregunté esperanzadamente —. Al menos parecen tener costumbres distintas. Cuando entré a caballo en la ciudad los habitantes estaban conmemorando su fiesta de Año Nuevo. En todos los demás lugares, el año comienza a mediados de invierno.

—También aquí. Y no existen bhos superiores, ni aquí ni en ningún sitio. No os engañéis.

—Pero no puedo haberme engañado sobre la celebración, wang. Había un desfile (con dragones, linternas y todo lo demás) dedicado claramente a festejar el año nuevo. Escuchad, desde aquí podéis oír los gongs y los tambores.

El wang y yo estábamos sentados bebiendo cuernos de arki en ana terraza de su palacio provisional, situado río arriba desde Batang.

—Sí, los oigo perfectamente. ¡Qué cabezas de chorlito! —dijo con un gesto despreciativo

—. Es una fiesta de Año Nuevo, pero no da la bienvenida a un nuevo año. Ha habido en el pueblo una epidemia: un simple brote de diarrea, una enfermedad de los intestinos bastante corriente en el verano; pero ningún potaísta puede creer que algo suceda normalmente. Los lamas del lugar, en su sabiduría, decidieron que la diarrea se debía a la acción de ciertos demonios, y han decretado una celebración de Año Nuevo para que los demonios piensen que se han equivocado de estación y se marchen llevándose consigo su enfermedad veraniega.

—Tenéis razón —dije con un suspiro —. Encontrar a un bho con sentido común debe de ser tan improbable como encontrar un cuervo blanco.

—Sin embargo, como los lamas están furiosos conmigo quizá también pretenden con esta celebración empujar a los demonios intestinales río arriba hacia aquí, y

arrastrarme con ellos fuera de este Pota-lá.

Ukuruji se había apropiado del lamasarai de la ciudad y lo utilizaba como palacio

provisional; había desahuciado prácticamente a toda su población de lamas y trapas, y se había quedado sólo con los novicios chabi como sirvientes y cortesanos. Los santos varones, me dijo, saliendo de su estupor por una vez en su vida, se habían marchado amenazando con los puños e invocando todas las maldiciones que Pota podía infligir. Pero el wang y su corte estaban instalados cómodamente desde hacía varios meses. A mi llegada me había cedido toda una serie de habitaciones y, como mis escoltas mongoles deseaban unirse a nuestra avanzadilla de jinetes, y a sus demás compañeros en el bok del orlok, también me había asignado un séquito de chabis. Ukuruji continuó:

—De todos modos, debemos estar agradecidos por este Año Nuevo fuera de temporada. Sólo en esa fiesta los bho limpian sus casas, lavan la ropa o se bañan. O sea que este año los bho de Batang se han lavado dos veces.

—Entonces no me extraña que la ciudad y sus habitantes me hayan parecido algo fuera de lo corriente —murmuré —. En fin, como vos dijisteis, seamos agradecidos. Y dejadme que os elogie, wang Ukuruji, por haber sido quizá el primer hombre que ha enseñado a este pueblo algo más útil que la religión. Realmente habéis conseguido que transformaran este Pota-lá. Yo me he alojado en ¡amasarais por todo To-Bhot, pero encontrar una sala de cantos limpia, o simplemente encontrarla, es toda una revelación. Miré desde la terraza al interior de la sala de cantos. Ya no era una lóbrega caverna cubierta de capas de mantequilla de yak y de antiguos restos de comida; la habían abierto para que entrara el sol, la habían limpiado a fuerza de restregar, habían sacado las imágenes incrustadas, y ahora quedaba visible un suelo con bellas losas de mármol. Un criado chabi, a las órdenes de Ukuruji, acababa de esparcir sebo de vela por el suelo y ahora lo pulía arrastrando por la sala los pies calzados con gorros de pelo de oveja.

—Además —dijo el wang —, en cuanto estas gentes se lavaron y sus caras empezaron a distinguirse, pude escoger algunas hembras de buen aspecto. Incluso yo, que no soy bho, creo que casi se merecen todas las monedas que llevan. ¿Qué os parece si os mando esta noche dos o tres para que seleccionéis vos mismo?

Como yo no acepté inmediatamente, dijo:

—No creo que prefiráis a una de esas mujeres del bok que parecen odres correosos y dilatados.

Luego pensó y añadió delicadamente:

—Entre los chabis hay dos o tres bellos muchachos.

—Gracias, wang —dije —, prefiero a las mujeres. Pero me gusta ser la primera moneda de una mujer, por decirlo así, y no la última. Aquí en To-Bhot eso significaría acostarse con una mujer fea y poco deseable. De modo que, agradeciéndolo mucho, declinaré el ofrecimiento y me mantendré en castidad hasta llegar quizá más al sur, a Yunnan, en donde espero que las mujeres yi sean más de mi gusto.

—Yo estoy esperando lo mismo —dijo —. Bien, el viejo Bayan debe regresar cualquier día de éstos de su última incursión hacia el sur. Podréis presentarle entonces la misiva de mi real padre, y estaré muy agradecido si en ella se ordena que me dirija hacia el sur con los ejércitos. De modo que hasta que nos reunamos todos, disponed libremente de las comodidades que este lugar ofrece.

Aquel joven y hospitalario wang sin duda se fue directamente a buscarme una mujer que no hubiera concedido aún sus favores, pero que cuando lo hiciera mereciese una moneda, ya que cuando me retiré a mis habitaciones aquella noche, mis chabis hicieron entrar orgullosamente a dos personitas. Tenían rostros sonrientes sin embadurnar y vestían trajes limpios de color granate, guarnecidos con pieles. Al igual que todos los bho, estas personitas no llevaban ropa interior, como observé cuando los chabis tiraron de sus trajes para mostrarme que eran hembras. Los chabis también hicieron gestos y

ruidos para informarme del nombre de las niñas —Ryang y Odcho —y aún hicieron más gestos para indicar que iban a ser mis compañeras de cama. Yo no sabía hablar el idioma de los chabis y de las niñas, pero conseguí, también con gestos, conocer su edad. Odcho tenía diez años y Ryang nueve.

No pude evitar soltar una carcajada, aunque eso pareció sorprender a los chabis y ofender a las niñas. Estaba claro que en To-Bhot para encontrar una virgen pasablemente guapa había que rebuscar entre las muy niñas. Lo encontré divertido, pero también frustraba en cierto modo mi curiosidad por los detalles pertinentes. Las mujeres, a esa tierna edad, no tienen formas y están casi desprovistas de características sexuales. Ryang y Odcho no mostraban indicios del aspecto que tendrían o de cómo se comportarían de mayores. O sea que no puedo jactarme de haber disfrutado nunca a una mujer bho auténtica, ni de haber examinado a ninguna desnuda; de modo que soy incapaz de presentar un informe —como había intentado hacer diligentemente con las mujeres de otras razas —sobre los atributos físicos o características corporales intere-santes, o las excentricidades copulativas a destacar en las hembras adultas de los bho. La única peculiaridad que observé en las dos niñas fue que cada una de ellas tenía una decoloración, como una mancha de nacimiento, en la parte baja de la espalda, justamente sobre la hendedura de las nalgas. Era una mancha purpúrea sobre la piel cremosa, del tamaño de un platillo, algo más oscura en Ryang que tenía nueve años que en la otra niña, mayor. Como las niñas no eran hermanas me sorprendió esa coincidencia, y un día le pregunté a Ukuruji si todas las mujeres bho tenían esa mancha.

—Todos los niños, varones y hembras —dijo —. Y no sólo los bho y los drok. También los han, los yi e incluso los mongoles nacen con ella. ¿Vuestros bebés ferenghi no?

—No, nunca he visto nada parecido. Ni tampoco entre persas, armenios, árabes semitas, judíos…

—¿De verdad? Los mongoles la llamamos la «mota del ciervo» porque lentamente se desvanece y desaparece, como las manchas de un cervatillo, cuando el niño crece. A los diez u once años generalmente ya se ha ido. Otra diferencia más entre nosotros y vosotros, los occidentales, ¿eh? Aunque me imagino que de poca importancia. Algunos días después el orlok Bayan regresó de su expedición a la cabeza de varios miles de guerreros montados a caballo. La columna parecía fatigada por el viaje, pero no demasiado diezmada por el combate, pues sólo traían varias docenas de caballos con las sillas vacías. Cuando Bayan se hubo cambiado de ropa en su pabellón yurtu del bok, se dirigió al palacio del Pota-lá acompañado de algunos de sus sardars y de otros oficiales, para rendir sus respetos al wang y conocerme a mí. Los tres nos sentamos en la terraza alrededor de una mesa, los oficiales inferiores se sentaron alejados a cierta distancia, y los chabis nos sirvieron a todos ofreciéndonos cuernos y cráneos de kumis y de arki, y algunos brebajes nativos bho elaborados con cebada.

—Como de costumbre los yi se escaparon cobardemente —gruñó Bayan, informándonos de su incursión —. Se esconden, atacan camuflados y huyen. Yo perseguiría a esos malditos fugitivos hasta la misma jungla de Champna, pero eso es lo que ellos están esperando: que exponga mis flancos y rebase mis líneas de suministros. El caso es que un jinete me trajo la noticia de que un mensajero del gran kan venía de camino hacia aquí, de modo que suspendí la operación y di media vuelta. Si los bastardos yi creen que nos han repelido, no me preocupa: los atacaré salvajemente la próxima vez. Espero, mensajero Polo, que traigáis algún buen consejo de Kubilai sobre cómo debo actuar. Le alargué la carta, y los demás nos quedamos sentados en silencio mientras él rasgaba sus sellos yin de cera, la desdoblaba y la leía. Bayan era un hombre bien entrado en la cincuentena, robusto, atezado, marcado de cicatrices y de aspecto feroz como cualquier otro guerrero mongol, pero también tenía la dentadura más espantosa que yo había visto

jamás en una boca humana. Miré cómo batía los dientes mientras examinaba la carta, y durante un rato me fascinó más su boca que las palabras que salían de ella. Después de observarle detenidamente, me di cuenta de que los dientes no eran suyos; es decir, eran postizos, hechos de porcelana dura. Se los habían hecho a medida —me contó

más tarde —después de perder todos los suyos cuando un enemigo samoyedo le dio en la boca con una maza de hierro. Con el tiempo, vi a otros mongoles y a otros han llevar dientes postizos —los médicos han especializados en su fabricación los llamaban jinchi —, pero los de Bayan eran los primeros que veía y los peores, pues sin duda se los había encargado a un médico que no le apreciaba demasiado. Parecían

tan pesados y graníticos como mojones de camino, y estaban sujetos entre sí y se sostenían en su sitio mediante una compleja, llamativa y reluciente rejilla de oro. El propio Bayan me dijo que le resultaban dolorosos e incómodos, y que sólo se los colocaba entre las encías cuando tenía que reunirse con algún dignatario, cuando comía o cuando deseaba seducir a una mujer con su belleza. Yo no di mi opinión, pero me pareció que su jinchi repugnaría necesariamente a cualquier dignatario ante el cual se pusiera a mascar y a cualquier sirviente que le atendiera en la mesa; y prefería ni pensar el efecto que producirían en una mujer.

—Bueno, Bayan —estaba diciendo Ukuruji ansiosamente —¿ordena mi padre que os siga a Yunnan?

—No dice que no lo hagáis —respondió Bayan diplomáticamente. Alargó el documento al wang para que lo leyera él mismo. Luego el orlok se volvió

hacia mí:

—Muy bien. Como propone Kubilai ordenaré que se lea una proclama destinada a los yi para que sepan que ya no tienen un amigo secreto en la corte de Kanbalik. ¿Se supone que esto les hará rendirse en el acto? Yo creo que lucharán con más fuerza, con una rabia desmesurada.

—No lo sé, orlok —dije yo.

—¿Y por qué propone Kubilai que haga lo mismo que he intentado evitar y que penetre en Yunnan hasta que mis flancos y mi retaguardia sean vulnerables?

—Realmente no lo sé, orlok. El gran kan no me confió sus ideas estratégicas o tácticas.

—Humm. Bueno, al menos algo debéis saber sobre eso que sigue Polo. Incluye una postdata… diciendo que me habéis traído una nueva arma.

—Sí, orlok. Es un invento con el cual la guerra podría continuar sin necesidad de que mueran tantos soldados.

—Los soldados están para morir —dijo categóricamente —¿Cuál es ese invento?

—Un sistema para emplear en el combate los polvos llamados huoyao. Bayan entró en erupción, como si él mismo fuera polvo ardiente:

—Vaj! ¿Otra vez con eso? —Sus fantasmales dientes rechinaron y bramó algo que a mí

me pareció una blasfemia terrible —. ¡Por la hedionda y vieja silla de montar del sudoroso dios Tengri! Cada año que pasa, otro inventor lunático propone sustituir el

frío acero por el humo caliente. Y todavía no ha servido de nada.

—Puede que esta vez sirva, orlok —dije —. Es un tipo de huoyao totalmente nuevo. Hice señas a un chabi y le ordené que fuese corriendo a mis habitaciones a buscar una de las bolas de latón.

Mientras esperábamos, Ukuruji terminó de leer la carta y dijo:

—Creo, Bayan, que he comprendido la intención de la propuesta táctica de mi real padre. Hasta ahora, vuestras tropas no han logrado terminar con los yi en una batalla decisiva porque éstos continuamente desaparecen de delante vuestro y huyen a sus refugios de montaña. Pero si vuestras columnas continuaran hacia adelante, de modo que los yi vieran la oportunidad de rodearos totalmente, entonces tendrían que ir saliendo poco a poco de sus escondites y congregarse masivamente en vuestros flancos y en la retaguardia.

El orlok parecía preocupado y exasperado al mismo tiempo por esta explicación, pero por respeto al rango le dejó continuar.

—Así que por primera vez tendréis a todos los enemigos yi reunidos y desguarnecidos, lejos de sus madrigueras, y ocupados en el combate cuerpo a cuerpo. ¿Qué os parece?

—Si mi wang me permite —dijo el orlok —. Todo esto es probablemente muy cierto. Pero mi wang ha mencionado también el otro atroz defecto de esta táctica. Yo quedaría totalmente rodeado. Si puedo establecer un paralelismo diré que la mejor manera de apagar un fuego no es dejándose caer encima de él con el trasero al aire.

—Humm —dijo Ukuruji —. Bien… supongamos que arriesgáis sólo una parte de vuestras tropas y que dejáis a las demás en reserva… para lanzarlas al ataque cuando los yi se hayan reunido tras las primeras columnas…

—Wang Ukuruji —dijo el orlok pacientemente —. Los yi son tramposos y esquivos, pero no estúpidos. Saben cuántos hombres y caballos tengo a mi disposición, e incluso probablemente saben cuántas mujeres tengo para el uso de los guerreros. No caerían en una trampa así a menos que pudieran ver y contar que todas mis fuerzas estaban reunidas. Y entonces ¿quién habría caído en la trampa?

—Humm —murmuró Ukuruji de nuevo, y se sumió en un pensativo silencio. El chabi volvió con la bola de latón, y yo expliqué al orlok todos los incidentes de su invención, y que el artífice Shi había visto en aquel artilugio un nuevo potencial de utilidad bélica. Cuando hube terminado de hablar, el orlok apretó los dientes algo más y me dirigió casi la misma mirada que había merecido el consejo táctico del wang.

—A ver si os he entendido correctamente, Polo —dijo —. Me habéis traído doce de

esas elegantes chucherías, ¿no? Ahora, corregidme si me equivoco. Según vuestra experiencia podéis asegurar que cada una de las doce bolas destruirá de modo efectivo a dos personas, suponiendo que ambas estén cerca cuando se enciende, y que ambas vayan desarmadas y sean delicadas, incautas y confiadas mujeres.

—Bueno, es cierto, coincide que los dos casos que mencioné eran mujeres, pero… —balbucí.

—Doce bolas. Cada una capaz de matar a dos indefensas mujeres. Mientras tanto, en los lejanos valles del sur, hay unos cincuenta mil hombres yi, guerreros leales revestidos con armaduras de cuero tan duras que pueden doblar una espada. No puedo confiar que se agrupen justamente cuando yo les arroje la bola. Incluso si lo hicieran, dejadme pensar, cincuenta mil menos, hummm, veinticuatro… quedan, hummm… Yo tosí, luego carraspeé y dije:

—En mi camino hacia aquí, a lo largo de la Ruta de los Pilares, me asaltó la idea de utilizar las bolas de otro modo y no lanzándolas simplemente entre el enemigo. Noté

que las montañas de estos entornos no tienen demasiada tendencia a producir desprendimientos de roca ni corrimientos de tierra, como sucede en el Pai-Mir, por ejemplo, y que estos montañeses sin duda ignoran la existencia de este tipo de incidentes.

Bayan, para variar, no ronzó esta vez sus dientes, sino que me miró fijamente.

—Tenéis razón. Estas montañas son verdaderamente sólidas. ¿Y qué?

—Pues que si las bolas de latón se introdujeran en grietas estrechas en las altas cimas, tanto en las crestas como sobre el valle, y todas se hicieran estallar en el mismo momento oportuno, desencadenarían una enorme avalancha. Ésta bajaría estruendosamente por ambas laderas, llenaría completamente el valle, y trituraría y sepultaría toda cosa viva que hubiera en él. Para un pueblo que durante tanto tiempo se ha sentido seguro entre estas montañas, incluso cobijado y protegido por ellas, sería un

inmenso cataclismo, inesperado e ineludible. La avalancha los aplastaría como el talón de la bota de Dios. Por supuesto, como ha dicho el wang, sería necesario disponerlo todo de manera que todos los enemigos estuvieran congregados en ese único valle…

—¡Huí! Eso es —exclamó Ukuruji —. Primero, Bayan, mandáis heraldos con esa proclama que mi real padre ha propuesto. Luego, corno si con eso os hubiera dado orden para un asalto a gran escala, enviáis todas vuestras fuerzas al valle más adecuado, después de haber sembrado las laderas de sus montañas con las bolas de huoyao. Los yi pensarán que habéis perdido la razón, pero se aprovecharán de ello. Irán saliendo de sus escondrijos y se reunirán, se agruparán y prepararán el asalto de

vuestros flancos y retaguardia Y entonces…

—¡Honorable wang! —gimió el orlok casi suplicante —. ¡En ese caso yo tendría que haber perdido la razón! No basta con que exponga a mis cinco romanes enteros, medio tule, a que el enemigo los rodee. ¡Ahora deseáis que condene también a mis cincuenta mil hombres a una devastadora avalancha! ¿Qué sacaríamos con aniquilar a los guerreros yi y con tener a todo Yunnan postrado ante nosotros, si nos quedamos sin nuestras propias tropas vivas para invadirlos y someterlos?

—Humm —volvió a decir Urukuji —. Bueno, al menos nuestras tropas estarían esperando la avalancha…

El orlok se abstuvo incluso de honrar aquello con un comentario. En ese momento uno de los sirvientes chabis salió del Pota-lá hacia la terraza trayendo una bota de cuero de arki para llenar otra vez nuestras copas de cráneo. Bayan, Ukuruji y yo estábamos sentados con los ojos pensativamente fijos en la mesa, cuando mi mirada captó encima de ella las brillantes mangas granates de aquel joven bho que servía el licor. Mis ojos entonces, siguiendo ociosamente esos movimientos del color, captaron la mirada igualmente ociosa de Ukuruji, y vi encenderse en sus ojos una luz, y creo que las man-gas granates inspiraron en nosotros dos la misma descabellada idea y en el mismo instante, pero yo preferí que él la expresara. Se inclinó apresuradamente hacia Bayan y dijo:

—Imaginad que no arriesgamos nuestros propios hombres como cebo para la trampa. Imaginad que enviamos a los inútiles y sacrificables bho…

YUNNAN

Había que actuar en seguida, o si no habría sido casi imposible guardar un secreto tan estricto. De modo que actuamos rápidamente.

Lo primero fue apostar piquetes en los alrededores del valle de Batang, en guardia permanente día y noche para detener a cualquier explorador yi que entrara a hurtadillas en la zona, o a cualquier espía yi que estuviera ya infiltrado y que escapara furtivamente con noticias de nuestros preparativos.

He visto rebaños de animales dirigiéndose de buena gana al matadero conducidos por un cabrón Judas, pero los bho no necesitaron siquiera que nadie los engatusara ni estimulara. Ukuruji se limitó a esbozar nuestro plan a los lamas que había expulsado del Pota-lá. Aquellos santos varones, egoístas y sin corazón, estaban dispuestos a hacer lo que fuera para que el wang y su corte se marcharan del lamasarai y ellos pudieran volver a ocuparlo; y los bho harían todo lo que sus santos varones les dijeran. De modo que los lamas dieron órdenes al pueblo de Batang de obedecer todo cuanto los oficiales mongoles les mandaran y de ir a donde quisieran enviarlos, y no mostraron

preocupación paternal alguna por sus seguidores potaístas ni sentimiento hacia sus compañeros, ni lealtad hacia su propio país, ni repugnancia a ayudar a sus jefes mongoles; no manifestaron siquiera remordimientos o escrúpulos. Y los estúpidos bho obedecieron.

Los guerreros de Bayan comenzaron inmediatamente por acorralar en la ciudad y en los alrededores a todo bho físicamente capacitado: hombres, mujeres, muchachos y niñas de tamaño suficiente; los equiparon con armas y armaduras mongolas de desecho, les dieron a montar caballos viejos y los formaron en columnas que completaron con animales de carga, carruajes para transportar las yurtu, la bandera de orlok de Bayan, las colas de yak de sus sardars, y otros colgantes y pendones apropiados. Aparte de los lamas, trapas y chabis, solamente se libraron los más viejos, los más jóvenes y los más frágiles, y algunos otros. Ukuruji hizo una amable excepción con las mujeres escogidas que había reservado para su disfrute y el de sus cortesanos, y yo también mandé a Ryang y a Odcho a sus casas, cada una con un collar de monedas que las ayudaría a pro-seguir su carrera de apareamiento con vistas al matrimonio. Mientras tanto, Bayan mandó hacia el sur heraldos con banderas blancas de tregua que vociferaban por todas partes, en idioma yi, algo así: «¡Vuestro espía traidor en la capital de Kitai ha sido descubierto y aniquilado! ¡No os quedan ya esperanzas de resistir el asedio! Declaramos, pues, anexionada al kanato esta provincia de Yunnan. ¡Tenéis que arrojar las armas y dar la bienvenida a los conquistadores cuando lleguen! ¡El kan Kubilai ha hablado! ¡Temblad, hombres, y obedeced!» Por supuesto, no esperábamos que los yi temblaran ni que obedecieran. Simplemente confiábamos en que estos heraldos cabalgando arrogantemente por los valles los confundirían y entretendrían lo suficiente y no se darían cuenta de que otros

hombres pasaban furtivamente por las cimas de las montañas: los ingenieros buscando los lugares estratégicos para esconder las bolas de latón, y ocultarse luego, cerca de ellas, preparados para encender la mecha a una señal mía.

Por si acaso los yi tenían vigías de excelente alcance visual apostados detrás de los piquetes mongoles que rodeaban Batang, el campamento entero se levantó, las tiendas yurtu se plegaron y todos los suministros, carruajes y animales que no acompañaban a la fingida invasión se escondieron en otro lugar. Los miles de mongoles, hombres y mujeres, se metieron en los edificios evacuados de la ciudad. Pero no se pusieron los raídos y sucios trajes civiles de los bho. Los mongoles, igual que yo, Ukuruji y sus cortesanos, siguieron vestidos con trajes de campaña, con armaduras y arreos, preparados para seguir a las columnas condenadas cuando nos enteráramos de que la trampa había surtido efecto.

En estas columnas de mongoles fingidos que servirían de señuelo fue preciso enviar algunos mongoles auténticos, pero Bayan sólo tuvo que pedir voluntarios y los consiguió. Aquellos hombres sabían que se entregaban a un acto suicida, pero eran guerreros que habían vencido a la muerte tantas veces que creían firmemente Que su largo servicio a las órdenes del orlok los había dotado de algún poder para vencerla siempre. Los pocos que sobrevivieran a esta última y peligrosa misión se alegrarían simplemente de que Bayan hubiera demostrado una vez más su indestructibilidad, y los muertos no se lo reprocharían. Así que un puñado de hombres se puso al frente del simulado ejército invasor tocando instrumentos musicales con los himnos mongoles de guerra y músicas de marcha (que los bho, por más buena voluntad que hubieran puesto, no hubieran sabido tocar) y con esa música marcaban a los miles que seguían detrás un ritmo alternado de medio galope, paso, medio galope. En la cola del ejército cabalgaba otra tropa de mongoles auténticos para evitar que las columnas se rezagaran y también para enviarnos correos cuando los yi —como nosotros esperábamos —comenzaran a

congregarse para su asalto.

Los bho sabían muy bien que estaban pasando por mongoles, y sus lamas les habían ordenado hacerlo con entusiasmo —aunque dudo que los lamas les hubieran dicho que probablemente era la última cosa que harían en su vida —y participaron en el simulacro con gran animación. Cuando supieron que una banda de músicos militares los dirigiría, algunos preguntaron a Bayan y a Ukuruji:

—Señores, ¿tendremos que recitar y cantar como hacen los mongoles de verdad en las marchas? ¿Qué vamos a cantar? Sólo nos sabemos el «om mani pémé hum».

—Cualquier cosa menos eso —dijo el orlok —. Dejadme pensar. La capital de Yunnan se llama Yunnan Fu. Podéis caminar gritando: «Marchamos a tomar Yunnan Fu.»

—¿Yunnan Pu? —preguntaron.

—No —dijo Ukuruji riendo —. Será mejor que no gritéis ni cantéis nada. —Entonces le explicó a Bayan —: Los bho no pueden pronunciar los sonidos y y f. Vale más que no les hagamos vociferar nada, porque los yi podrían reconocer este defecto. —Se detuvo, asaltado por una nueva idea —. Sin embargo, podríamos ordenarles que hicieran otra cosa. Decid a los de delante que hagan pasar la columna siempre por la derecha de cada edificio sagrado, como las paredes de mani, o las pilas de piedra ch'horten, para que queden siempre a mano izquierda.

Los bho profirieron ante esto un débil gemido de protesta, pues era un insulto a los monumentos dedicados a Pota, pero sus lamas intervinieron rápidamente y les ordenaron obedecer, incluso se tomaron la molestia de pronunciar una hipócrita oración dándoles dispensa especial por insultar en esta ocasión al todopoderoso Pota. Los preparativos sólo duraron pocos días, mientras los heraldos y los ingenieros seguían su avance, y las columnas cuando estuvieron finalmente formadas abandonaron la ciudad una bella mañana en que el sol brillaba radiantemente. Debo decir que a pesar de ser un ejército de pacotilla, producían un ruido y una imagen magníficos al salir de Batang. Delante dirigía la marcha la banda de mongoles con una música marcial extraña, que excitaba los ánimos. Los trompetas tocaban sus grandes instrumentos de cobre, las karachala, nombre que podría traducirse por «cuernos infernales». Los tambores llevaban enormes timbales de cobre y piel como ollas colgando a cada lado de la ensilladura, y hacían maravillosas piruetas agitando sus manos y cruzando y descruzando los brazos mientras marcaban el atronador redoble de la marcha. Los cimbalistas golpeaban inmensas placas de latón que irradiaban una ráfaga de luz solar con cada aturdidor sonido metálico. Los campanilleros golpeaban una especie de scampanio: tubos de metal de distintos tamaños dispuestos dentro de un marco en forma de lira. Entre los ruidos más altos y estrepitosos podía oírse la dulce música de cuerda de laúdes fabricados especialmente con mástiles cortos para tocar cabalgando. La música continuó y fue disminuyendo gradualmente al fundirse con el sonido de los miles de cascos que repicaban detrás, y el pesado retumbar de las ruedas de los vagones, y el crujido y tintineo de armaduras y arneses. Por una vez en su vida, los bho no resultaban patéticos o despreciables, sino tan orgullosos, disciplinados y decididos como si realmente fueran a la guerra, y por iniciativa propia. Los jinetes cabalgaban rígidamente erguidos en sus sillas y miraban severamente hacia adelante, pero ejecutaron una muy respetable vista a la derecha cuando pasaron ante el orlok Bayan y sus sardars que presidían el desfile. Como observó el wang Ukuruji, aquellos hombres y mujeres de reclamo parecían genuinos guerreros mongoles. Los habían convencido incluso de que cabalgaran utilizando los estribos largos mongoles, que permitían a un arquero al galope levantarse para apuntar mejor con las flechas, en vez de los estribos cortos y estrechos que obligaban a elevar las rodillas, y que los bho, los drok, los han y los yi preferían.

Cuando hubo desaparecido río abajo la última fila de la última columna y su retaguardia de auténticos mongoles, los que quedamos sólo teníamos que esperar y mientras lo hacíamos, persuadir a los posibles vigías con vista de lince que nos

espiaban desde fuera, que Batang era una ciudad bho normal y sucia, ocupada en sus asuntos normales y sucios. Durante el día nuestra gente recorría en tropel las zonas del mercado y al atardecer se reunían en los tejados, como si estuvieran rezando. No sé si realmente nos estaban espiando, pero en tal caso los yi situados al sur no pudieron descubrir nuestra estratagema pues todo funcionó exactamente como lo habíamos planeado, al menos hasta cierto punto.

Una semana después de la partida, uno de los mongoles de la retaguardia vino al galope para informar de que el ejército fingido había entrado ya en Yunnan y que seguía avanzando, y que al parecer los yi se habían creído la farsa. Dijo que los exploradores habían visto que los francotiradores, aislados y esparcidos por las montañas, y los grupos de avanzadilla comenzaban a reunirse y a descender por las laderas como riachuelos afluentes convergiendo hasta formar un río. Esperamos un poco más, y al cabo de varios días llegó otro jinete al galope para informarnos de que los yi estaban concentrando sus fuerzas inconfundiblemente en la parte posterior y en las dos retaguardias de nuestro ejército fingido; de hecho, el mensajero había tenido que dar una gran vuelta para rodear los grupos de yi y salir de Yunnan con esta información. De modo que ahora comenzó a cabalgar el ejército auténtico, y aunque se movía con la mayor discreción posible, sin música de marcha, debió de ser un espectáculo realmente magnífico. Medio tuk entero surgió del fondo del valle de Batang como una fuerza elemental de la naturaleza en movimiento. Los cincuenta mil soldados se dividieron en tomanes de diez mil, conducidos cada uno por un sardar, y divididos a su vez en banderas de mil bajo los capitanes, y éstos en centurias bajo los jefes, y todos ellos cabalgaban en anchas filas de diez por diez en fondo; y cada cien soldados cabalgaban distanciados del grupo anterior para no asfixiarse con el polvo que levantaban los de delante. Digo que la partida debió de ser un espectáculo magnífico, porque no la vi desfilar delante mío. Yo cabalgaba muy en vanguardia, en compañía de Bayan, Ukuruji, y de algunos altos oficiales. El orlok tenía que ir, por supuesto, en primer lugar, y Ukuruji estaba en la vanguardia porque deseaba estarlo, y yo estaba allí porque Bayan me lo había ordenado. Me había dado un estandarte especial, inmenso, de brillante seda amarilla, que tenía que desplegar en el momento preciso como señal para la avalancha. Cualquier soldado hubiera podido dar la señal, pero Bayan insistió en que las bolas eran

«mías», y su utilización corría bajo mi responsabilidad.

Cabalgamos a medio galope y nos situamos a muchos li de distancia del tuk, siguiendo el río Jinsha y el ancho y pisoteado camino que había ido dejando como pista el ejército ficticio. Tras varios días de duras cabalgadas y de acampadas en plan espartano, el orlok dijo soltando un gruñido:

—Estamos cruzando en este punto la frontera con la provincia de Yunnan. Algunos días después, nos interceptó un centinela mongol, uno de los hombres de la retaguardia del ejército enviado para esperarnos, nos sacó del camino del río y nos condujo hacia un lado de la línea de marcha rodeando una colina. Al otro lado, al caer

la tarde, nos encontramos con ocho mongoles más de la retaguardia que habían montado allí un campamento sin encender fuego. El capitán de la guardia nos invitó

respetuosamente a descabalgar y a compartir con ellos sus raciones frías de carne seca y bolas de tsampa.

—Pero primero de todo, orlok —dijo —, quizá deseéis escalar la cima de esta colina y echar una ojeada desde allí. Tendréis así una perspectiva de este valle del Jinsha, y creo que reconoceréis haber llegado en el momento oportuno.

El capitán nos abrió paso mientras Bayan, Ukuruji y yo escalábamos a pie. Subimos con bastante lentitud, pues estábamos entumecidos después de la larga cabalgada. Al llegar casi a la cima, nuestro guía nos hizo señales para que nos agacháramos y continuáramos a rastras, y finalmente asomamos la cabeza cautelosamente por encima del césped de la cresta. Pudimos ver que habían hecho bien en detenernos. Si hubiéramos seguido el camino del río y el rastro del ejército un par de horas más, habríamos llegado al otro lado de esta colina y hubiéramos entrado en el largo y estrecho valle que se abría ante nosotros ahora, en donde estaba acampado nuestro ejército de comparsas. Los bho, tal como se les había instruido, se comportaban más como una fuerza de ocupación que como verdaderos invasores. No habían montado las tiendas, pero aquella tarde habían acampado tan tranquilamente como si los vi les hubieran invitado personalmente a Yunnan y fueran allí bien acogidos: habían encendido muchos fuegos de campamento y antorchas que centelleaban por todo el valle crepuscular, y sólo habían apostado negligentemente unos cuantos guardianes alrededor del perímetro del campamento; además hacían mucho ruido y movimiento.

—Nos habríamos metido directamente en el campamento —dijo Ukuruji.

—No, mi wang, esto no habría sucedido —dijo nuestro guía —. Y os sugiero respetuosamente que bajéis la voz —. El capitán se explicó, hablando él mismo en voz baja —: Los yi están en grandes cantidades escondidos en la parte inferior de esta colina, y en las laderas del otro lado, de hecho están en todas partes entre nosotros y ese campamento, e incluso más allá. Si hubierais llegado directamente hasta su retaguardia os habrían atrapado. El enemigo está concentrado formando una gran herradura, alrededor de este extremo y a ambos lados del valle donde acampa el ejército de reclamo. No podéis ver a los yi porque, igual que nosotros, no han encendido fuegos y están escondidos en todos los lugares disponibles.

—¿Han hecho lo mismo cada noche que el ejército ha estado acampado? —preguntó

Bayan.

—Sí, mi orlok, y su número ha aumentado día a día. Pero yo creo que el campamento de esta noche será el último que haga ese ejército fingido. Quizá esté equivocado. Pero según mis cálculos, hoy ha sido el primer día que el enemigo no ha aumentado el número de sus soldados. Creo que todos los guerreros de esta zona de Yunnan

están ahora congregados en el valle: un cuerpo de unos cincuenta mil hombres, aproximadamente igual al nuestro. Y si yo estuviera al mando de los yi, consideraría este estrecho desfiladero como el lugar perfecto para realizar un asalto decisivo sobre un invasor que parece singularmente despreocupado. Ya he dicho que puedo estar equivocado. Pero mi instinto me dice que los yi atacarán mañana al amanecer.

—Un buen informe, capitán Toba. —Creo que Bayan sabía de memoria el nombre de todos los hombres de su medio tuk —. Y yo me inclino a compartir vuestra intuición.

¿Qué hay de los ingenieros? ¿Tenéis alguna idea de su situación?

—Por desgracia no, mi orlok. Resultaría imposible comunicarse con ellos sin revelar su paradero al enemigo. Yo supongo y confío que habrán seguido el mismo ritmo que nosotros por las crestas de las montañas, colocando y preparando cada día de nuevo sus armas secretas.

—Confiemos en que al menos lo hayan hecho hoy —dijo Bayan. Levantó un poco la cabeza para poder estudiar una por una las montañas del valle. Y yo hice lo mismo. Si el orlok insistía en considerarme responsable de las armas secretas, me interesaba que las cosas salieran como yo esperaba. De ser así, iban a morir unos cincuenta mil bho y aproximadamente el mismo número de yi. Francamente era una responsabilidad considerable para un no combatiente, y para un cristiano. Pero eso significaría que iba a ganar la guerra el bando que yo había elegido, y la victoria

demostraría que Dios estaba también de nuestro bando, y aquello calmaría cualquier escrúpulo cristiano que pudiera sentir ante esa enorme matanza. Si las bolas de latón no funcionaban como estaba garantizado, los bho morirían igualmente, pero los yi no. La guerra tendría que continuar y eso podría causarme ciertos remordimientos: haber matado inútilmente a tanta gente, aunque se tratara de bhos. Pero debo confesar que lo que más me preocupaba era satisfacer mi curiosidad. Quería ver si las bolas de huoyao funcionaban, y si lo hacían bien. Realmente, me decía a mí

mismo, en aquellas montañas podía localizar una docena de puntos estratégicos donde yo habría colocado las cargas si me hubiera tocado hacerlo. Eran afloramientos de roca pelada, como castillos de cruzados asomando sus torres entre altos bosques, y mostraban grietas y hendeduras entrecruzadas debidas al tiempo y a la acción del clima, que si de repente se resquebrajaran aún más pondrían en movimiento grandes bloques de piedra que al caer arrastrarían otros fragmentos de la montaña. Bayan dio un gruñido de mando y nos deslizamos ladera abajo por donde habíamos venido. Al llegar al pie de la montaña dio órdenes a los hombres que esperaban:

—El ejército auténtico debe de estar a unos cuarenta o cincuenta li detrás nuestro, a punto de detenerse para pasar la noche. Seis de vosotros partiréis ahora mismo a caballo hacia allí. Cada diez li uno de vosotros se quedará a un lado del camino y esperará hasta mañana para que su caballo esté fresco. El sexto jinete deberá llegar allí antes de que amanezca. Decid a los sardars que no comiencen la marcha todavía.

Decidles que se queden donde están, para que desde aquí no se vea el polvo de la marcha, y echen a perder todos nuestros planes. Si mañana todo sale como hemos previsto, el capitán Toba partirá al galope hasta alcanzar el primer relevo y os iréis pasando mi mensaje hasta llegar al tuk. En mi mensaje ordenaré a los sardars que vengan con todo el ejército a galope tendido para acabar con los restos del enemigo que hayan quedado vivos en este valle. Si las cosas van mal aquí, bueno… enviaré al capitán Toba con órdenes distintas. Ahora, ¡poneos en marcha!

Los seis hombres partieron llevando sus caballos por las riendas hasta un lugar donde pudieran montar sin que el enemigo los oyera. Bayan se dirigió entonces a nosotros:

—Comamos algo y durmamos un poco. Deberemos vigilar desde la cima de la colina antes del amanecer.

2

Y allí nos quedamos: el orlok Bayan y sus oficiales acompañantes, el wang Ukuruji, yo mismo, el capitán Toba y sus dos soldados restantes. Cada uno de ellos llevaba una espada, un arco y un carcaj de flechas, y Bayan, listo para el combate, no para el desfile, iba sin sus dientes. Yo, como tenía que manejar el aparatoso estandarte, no llevaba más armas que mi cuchillo al cinto. Nos tumbamos en la hierba y miramos cómo se iba haciendo visible lentamente la escena que teníamos delante. Tendrían que pasar aún muchas horas hasta que el sol apareciera sobre la cima de las montañas, pero el sol al salir iluminó el cielo azul, limpio de nubes, con una luz que fue reflejándose poco a poco en la oscura hondonada del valle, absorbiendo la niebla que subía del río. Al principio ése fue el único movimiento que pudimos ver, una luminiscencia lechosa flotando sobre el negro. Pero después el valle cobró forma y color: azul neblinoso en los perfiles de la montaña, verde oscuro en los bosques, verde más pálido en la hierba y en la maleza de los claros, plateado reluciente en el río a medida que la niebla opaca se evaporaba. Con la forma y el color surgió también el movimiento: la manada de caballos comenzó a desperezarse y a moverse lentamente de un lado a otro, y pudimos oír algún distante relincho ocasional. Después, las mujeres del bok comenzaron a salir

de sus mantas y a trajinar de aquí para allá, avivando los fuegos cubiertos durante la noche y poniendo agua a calentar para preparar cha —oíamos el lejano sonido metálico de las cazuelas —antes de despertar a los hombres.

Por entonces los yi ya habían observado repetidas veces el despertar del campamento, y conocían bien su rutina. Así que eligieron este momento para el asalto: había suficiente luz para distinguir su objetivo con claridad, pero sólo estaban levantadas las mujeres, y los hombres dormían aún. No sé cómo dieron los yi la señal para el ataque: no vi ondear ningún estandarte, ni oí sonar ninguna trompeta. Pero los guerreros yi se pusieron en movimiento todos en el mismo instante y todos juntos, con una precisión admirable. En ese momento, nosotros, los observadores, estábamos

contemplando el bok situado en el valle al fondo de una ladera vacía, como si estuviéramos en lo alto de un anfiteatro vacío, mirando por encima de las gradas sin público un cuadro teatral en un lejano escenario. Al momento siguiente, nuestra panorámica quedó interrumpida, pues la ladera ya no estaba vacía: era como si de todas las gradas del anfiteatro hubiera brotado mágica y silenciosamente un público multitudinario, fila tras fila. Más abajo en la colina surgió de entre la hierba, la maleza y los arbustos una vegetación más alta y erguida: eran hombres con armaduras de cuero, cada uno con un arco tensado y con la flecha ya apuntando en la cuerda. Todo sucedió tan bruscamente que me pareció que algunos de ellos habían surgido justamente delante de mis narices; imaginaba que podía oler a los seis o siete que tenía más cerca; y creo que no fui el único de los que estábamos escondidos que reprimió un impulso para incorporarse también de un salto. Pero me limité a abrir más los ojos y a mover la cabeza para mirar a todos lados y ver a aquella audiencia amenazadora hacerse visible repentinamente en todo el anfiteatro del valle, levantándose por miles dispuestos en filas e hileras en forma de herradura. Los que estaban más cerca de mí parecían de tamaño natural, los que estaban más abajo parecían muñecos, y los que estaban en las laderas más lejanas del valle insectos; y todas aque-llas filas iban emplumadas, orladas y perfiladas con flechas dirigidas a un punto central que era el cuadro escénico del campamento.

Todo eso había ocurrido casi en silencio, y mucho más de prisa de lo que se tarda en contarlo. Lo que sucedió acto seguido, el primer sonido que profirieron los yi, no fue un concertante y ululante grito de batalla, como habría hecho un ejército mongol. El sonido no era otra cosa que el misterioso, sigiloso y ligeramente silbeante ruido de todas las flechas lanzadas a la vez, millares de ellas produciendo juntas una especie de rugido aleteante, como un viento que susurrara a través del valle, pero fragmentado y duplicado, creando un ruido solapado, una especie de pss, pss, pss, pss, cada vez que los yi sacaban, con gran rapidez pero ya no simultáneamente, nuevas flechas de sus carcajs

—mientras la primera aún estaba volando —, las tensaban y las soltaban, y al mismo tiempo corrían por la abrupta pendiente hacia el bok. Las flechas se elevaban hacia el cielo y oscurecían brevemente su azul, porque su tamaño iba disminuyendo y pasaba de palitos distinguibles a ramitas a astillas a mondadientes a pelillos, y luego se arqueaban perezosamente para convertirse en una tenue y sombreada neblina que lloviznaba sobre el campamento, y que no parecía más terrible que un tamborileo gris de lluvia matutina. Nosotros, los observadores, que estábamos situados detrás de los arqueros y cerca de ellos, habíamos visto y oído aquel primer movimiento del ataque. Pero sus blancos, las mujeres y caballos que ya se habían levantado y los hombres que aún dormían en el bok, probablemente no notaron nada hasta que millares de flechas empezaron a llover entre ellos, a su alrededor y encima de ellos mismos. En aquel punto de su vuelo ya no se trataba de una simple neblina o pelusilla, sino de flechas de punta afilada, pesadas y que se movían con rapidez en su larga caída; y seguro que muchas cayeron sobre la carne y llegaron al hueso.

Y ya entonces las filas de yi más cercanas al campamento estaban entrando en sus márgenes sin proferir aún gritos de alerta, indiferentes a las flechas de sus propios compañeros que continuaban cayendo, y sus espadas y lanzas empezaron a brillar, a clavarse y a cortar. Desde donde nosotros estábamos, continuamente veíamos brotar de nuestra ladera y de todos los rincones de la montaña más y más guerreros yi, como si la vegetación del valle floreciera incesantemente dando una y otra vez flores oscuras que eran los arqueros levantados y luego se desprendiera de ellas y las dejara caer ladera abajo hacia el bok, para dar a continuación nuevas flores. Ahora también se oía ruido, más fuerte que el sonido del viento y lluvia producido por las flechas: eran los gritos de alarma, indignación, miedo y dolor de la gente del campamento. Cuando ese ruido comenzó, ya no fue preciso aprovecharse de la sorpresa, y los yi empezaron a lanzar gritos de batalla mientras corrían y convergían sobre su objetivo, permitiéndose ahora, al final, los alaridos que estimulan el valor y la ferocidad de un guerrero y aterrorizan al enemigo, o al menos esto es lo que él espera.

Cuando abajo en el valle todo era griterío y confusión, Bayan dijo:

—Creo que ahora es el momento, Marco Polo. Todos los yi están corriendo hacia el bok, ya no salen más y no veo que hayan mantenido reservas fuera de la zona de combate.

—¿Ahora? —dije yo —. ¿Estáis seguro, orlok? Se me va a ver mucho aquí de pie agitando una bandera. Los yi pueden sospechar algo y detenerse, suponiendo que no me abatan inmediatamente con una flecha.

—No temáis —dijo —. Ningún guerrero cuando avanza mira hacia atrás. Levantaos aquí. Así que me puse de pie gateando, esperando sentir en cualquier momento una resonante punzada en mi coraza de cuero; y apresuradamente desplegué la seda de mi lanza. Como no sentí ningún golpe, agarré la lanza con ambas manos, alcé el estandarte lo más alto que pude y comencé a ondearlo de izquierda a derecha y en sentido contrario; el amarillo brillaba radiante con la luz matutina y la seda chasqueaba alegremente. No podía limitarme a ondearla una o dos veces y luego tirarme al suelo de nuevo, dando por supuesto que ya la habían visto desde lejos. Tenía que quedarme allí hasta saber que desde la distancia los ingenieros habían visto la señal y actuaban en consecuencia. Yo calculaba mentalmente:

« ¿Cuánto tardarán aún? Sin duda están mirando ya hacia aquí. Sí probablemente saben que teníamos que llegar por aquí, por detrás del enemigo. O sea que los ingenieros desde sus escondites están mirando en esta dirección; están escudriñando este extremo del valle, esperando ver un punto amarillo en movimiento entre todo el verdor de la montaña. Hui! Alalá! Eviva! Ahora ven un diminuto estandarte ondeando en la distancia. Dejan corriendo sus puntos de observación y se vuelven a donde habían ocultado antes las bolas de latón. Para esto necesitarán unos momentos. ¡Muy bien!

Ahora cogen las varitas encendidas de incienso y las soplan, suponiendo que se hayan preocupado de tenerlas a punto y encendidas. ¡Quizá no lo han hecho! Y ahora están todavía con el pedernal, el acero y la yesca… Esperemos unos momentos más, por si acaso; pero el estandarte empieza ya a pesarme. Bien, ahora ya tienen la yesca encendida y empiezan a quemar un montón de hojas secas o lo que sea. Ahora cada uno tiene una ramita o varita de incienso encendida y las llevan hacia las bolas de latón. Ahora prenden fuego a las mechas. Ahora las mechas comienzan a arder y a chisporrotear, y los ingenieros se levantan de un salto y se alejan a toda prisa hasta una distancia segura…»

Les deseé buena suerte y un refugio muy lejano y seguro, porque yo mismo me estaba sintiendo terriblemente expuesto, visible y vulnerable. Y me parecía que desde hacía una eternidad ostentaba mi bandera, mi bravata y mi persona, y que los yi tenían que estar ciegos para no haberme localizado. Ahora —¿cuánto tiempo había dicho el

artificiero? —había que contar lentamente hasta diez después de encender las mechas. Yo conté diez lentos movimientos ondeantes de mi gran estandarte amarillo… No pasó nada.

Caro Gésu. Algo estaba fallando. ¿Podía ser que los ingenieros se hubieran confundido? Se me cansaban los brazos de agitar la bandera y comenzaba a sudar profusamente, aunque el sol estaba aún detrás de las montañas, y la mañana no se había calentado todavía. ¿Podía ser que los ingenieros esperaran ver mi señal para colocar las bolas? ¿Por qué había confiado esta empresa, y ahora mi propia vida, a una docena de lerdos oficiales mongoles? ¿Tenía que quedarme allí agitando cada vez más débilmente la bandera durante una o dos eternidades más, mientras los ingenieros hacían con toda calma lo que tenían que haber hecho ya? ¿Y cuánto tiempo iba a pasar antes de que comenzaran lánguidamente a registrar los bolsillos de su cinturón en busca de pedernal y acero? Y durante todo ese tiempo… ¿tendría que estarme yo allí, azotando aquella bandera amarilla, extremadamente provocativa? Bayan quizá estaba convencido de que ningún guerrero mira nunca hacia atrás voluntariamente, pero bastaba con que alguno de aquellos yi tropezara y cayera o le golpearan y le tiraran al suelo para que volviera la cabeza en esta dirección. Difícilmente podría dejar de ver entonces un espectáculo tan poco corriente en un campo de batalla como el que yo ofrecía. Gritaría a sus compañeros guerreros, y éstos vendrían a toda velocidad hacia mí, arrojando flechas por el camino…

El paisaje verde comenzaba a enturbiarse por el sudor que me corría por los ojos, pero vi un breve parpadeo amarillo en el extremo de mi visión. Maledetto! El estandarte estaba bajando demasiado tenía que mantenerlo más alto. Pero luego, donde había visto el parpadeo amarillo se dibujaba ahora una humareda azul sobre el verde. Oí un coreado Hui! procedente de mis compañeros que aún estaban tumbados en la hierba, y luego se pusieron de un salto junto a mí gritando Hui! una y otra vez. Yo dejé caer la bandera y su palo, y me quedé de pie jadeando, sudando y mirando las

ráfagas amarillas y las humaredas azules de las bolas de huoyao que hacían lo que les tocaba hacer. Todo el centro del valle en donde ahora los yi y los bho disfrazados de mongoles se entremezclaban íntimamente, estaba cubierto por la nube de polvo que levantaba su feroz confusión. Pero los destellos y humaredas quedaban por encima de esa bóveda de polvo, sin que los oscureciera. Estaban en donde yo los habría puesto, chispeando y echando humo de aquellas grietas que se abrían en las afloraciones rocosas parecidas a castillos. No se encendieron todos a la vez, sino que iban estallando solos y por parejas, sucediéndose de lo alto de una montaña a otra. Me alegró que los ingenieros los hubieran colocado donde yo lo habría hecho, y me alegró contar hasta doce igniciones; cada una de las bolas había actuado como estaba previsto, pero me decepcionó su aparente insignificancia. Eran diminutas ráfagas de fuego que se extinguían en seguida y que sólo dejaban leves penachos de humo azul. El sonido que produjeron llegó mucho más tarde, y aunque fue lo bastante alto para oírse por encima del clamor de gritos y refriegas que tenían lugar en el valle, no era el mismo bramido atronador que había oído cuando se derrumbó mi habitación en palacio. Estos ruidos de encendido eran sólo secos palmetazos —como los que hubiera producido uno de aquellos guerreros yi al golpear con la hoja de su espada el flanco de un caballo —, uno o dos palmetazos, y luego varios juntos en una crepitación sostenida, y al final unos cuantos separados de nuevo. Y después no pasó nada más, excepto que la furiosa pero fútil batalla continuaba como antes abajo en el valle, en donde ninguno de los combatientes parecían haberse dado cuenta de nuestra actuación en las alturas. El orlok se dio la vuelta y me dirigió una mirada fulminante. Yo le miré arqueando las cejas en un gesto de perplejidad. Pero de pronto todos los demás comenzaron a murmurar Hui! en tono maravillado, y todos

señalaban con el dedo, y la mayoría en direcciones distintas. Bayan y yo miramos primero hacia donde indicaba uno, luego hacia donde señalaba el otro, y después el otro. Allí, en lo alto, la grieta resquebrajada de una roca en forma de muro se estaba ensanchando perceptiblemente. Por allá, en lo alto, dos grandes losas de roca unidas hasta entonces se estaban separando poco a poco. Más allá, en lo alto, un pináculo de roca como el torreón de un castillo se tambaleaba y se venía abajo, quebrándose al mismo tiempo en rocas separadas que se dispersaban, y todo eso lo hacían tan lentamente como si tuviera lugar bajo el agua.

Si realmente aquellas montañas nunca habían sufrido antes una avalancha, entonces, precisamente por no haberlo hecho nunca, quizá estaban preparadas y a punto. Creo que hubiéramos cumplido nuestro objetivo con sólo tres o cuatro bolas de latón alojadas cada lado del valle: habíamos colocado seis a cada lado y todas habían cumplido su cometido. Y aunque el comienzo de la actuación fuera insignificante, la conclusión fue espectacular. Quizá lo describa mejor así: imaginemos que aquellos altos peñascos fueran unas cuantas protuberancias expuestas en los espinazos de las montañas, y supongamos que nuestras cargas fueron martillazos que quebraron los huesos. A medida que los espinazos se desmoronaban, su cubierta de tierra empezaba a pelarse en uno y otro lugar, como el pellejo de un animal que se desuella a trozos. Y a medida que el pellejo se arrugaba y se plegaba, los bosques empezaban a

desprenderse de él, como la piel de un camello en verano, que pierde su pelo desagradablemente a mechones y a retazos.

En cuanto se produjo el primer desprendimiento de roca, nosotros, los observadores, pudimos sentir cómo temblaba la colina a nuestros pies, a pesar de que estábamos a muchos li de distancia de la avalancha más próxima. El suelo del valle seguramente también se estremecía en ese momento, pero los dos ejércitos enfrascados en la batalla aún no se habían dado cuenta: o si notaban algo no hay duda de que cada hombre y cada mujer creyó que sólo se trataba de su propio temblor de temor y rabia. Recuerdo que yo pensaba: «Así es como nosotros, mortales, ignoraremos a los primeros temblores de Armagedón, proseguiremos nuestras pequeñas luchas triviales, miserables y rencorosas cuando ya Dios esté desencadenando la inimaginable devastación que acabará con el mundo y con todo.»

Pero ahí mismo la devastación se ensañaba con un buen pedazo del mundo. Las rocas que se precipitaban arrastraban tras de sí otras, y al rodar y deslizarse, escarbaban grandes franjas y zontes enteros de tierra y luego, rocas y tierra juntas arrasaban la vegetación de las laderas; los árboles se venían abajo, chocaban entre sí, amontonándose, sobreponiéndose y astillándose, y luego la superficie de cada montaña y todo lo que crecía en ella o lo que había dentro —peñascos, rocas, piedras, terrones, tierra suelta, fragmentos de turba aplastada del tamaño de un prado, árboles, arbustos, flores, incluso probablemente las criaturas del bosque cogidas de imprevisto —, todo se vino abajo, hacia el interior del valle, en una docena o más de avalanchas separadas, y el ruido que produjeron, retrasado hasta ahora por la distancia, finalmente comenzó a bombardear nuestros oídos. Fue un murmullo que creció hasta convertirse en un gruñido, que siguió creciendo hasta convertirse en un rugido, y luego en un estruendo; pero un estruendo como aquél yo no lo había oído nunca, ni siquiera en las inestables altitudes del Pai-Mir, en donde los ruidos solían ser altos, pero nunca duraban más de varios minutos. Este estruendo continuó aumentando de volumen, creó ecos, reunió y absorbió los ecos y rugió aún con más fuerza, como si nunca fuera a alcanzar su volumen máximo. Ahora la colina en donde estábamos nosotros comenzó a temblar como un flan; el ruido hubiera bastado para sacudirla, casi no podíamos Mantenernos en pie, y todos los árboles cercanos crujían y dejaban caer montones de hojas; y de todas

partes salían pájaros, chirriando y graznando, y el mismo aire que nos rodeaba parecía temblar.

El retumbo de las diversas avalanchas habría ahogado el ruido de la batalla en el valle, pero habían cesado ya el griterío, los clamores guerreros y el tintineo de las hojas de las espadas al chocar Aquellos desgraciados finalmente se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo, al igual que las manadas de caballos del campamento; y personas y caballos huían corriendo de un lado a otro Yo mismo me sentía en un estado de cierta agitación, y por eso no pude discernir demasiado bien lo que hacía la gente individualmente. Veía a miles de personas y caballos corriendo,

como una multitud tremenda y desordenada, como una masa indistinta, igual que las masas borrosas de paisaje que se despeñaban por las montañas circundantes. Por el modo en que se movían podía haber pensado que el suelo del valle entero se inclinaba hacia adelante y hacia atrás, echando a las personas de un lado para otro. Excepto los que ya habían caído en el combate, que estaban tumbados e inmóviles o moviéndose sólo débilmente, las personas y caballos parecieron vislumbrar primero, y todos al mismo tiempo, la destrucción que se les venía encima desde las laderas occidentales, y todos ellos corrieron como un solo bloque alejándose de allí para descubrir entonces la otra calamidad que se precipitaba sobre ellos en picado por las laderas orientales, y todos en bloque se lanzaron hacia atrás de nuevo en dirección al centro del valle, excepto unos cuantos que saltaron al río como si estuvieran huyendo de un incendio forestal, y pudieran encontrar la salvación en el frescor del agua. Pude ver por lo menos que dos o tres docenas de personas corrían directamente desde el centro del valle hacia nosotros, y probablemente otros se dispersaron en dirección contraria. Pero las avalanchas avanzaban más de prisa que cualquier simple humano.

Y llegaron abajo. Los borrones de marrón y verde en rápido descenso contenían bosques enteros con árboles de gran tamaño e innumerables pedruscos, grandes como casas; sin embargo, desde donde yo estaba parecían cascadas de gachas de tsampa sucias, arenosas y aterronadas, vertidas por los lados de una gigantesca sopera para llenar su fondo, y las altas nubes de polvo que levantaban por el camino parecían el vapor que salía de esas gachas de tsampa. Cuando las diferentes avalanchas llegaron a las faldas inferiores de las montañas, se fundieron en cada lado formando dos terribles avalanchas que entraron rugiendo en el valle, una desde el este y otra desde el oeste, para encontrarse en el centro. El roce con el suelo plano del valle debió de frenar algo su marcha, pero no lo suficiente para que yo pudiera captarlo, y cuando se unieron, la cara frontal de cada catarata aún era tan alta como una pared de tres pisos. Y cuando esto sucedió me acordé de una ocasión en que vi a dos grandes carneros de montaña, en la época de celo, galopar uno hacia el otro, y entrechocar sus grandes cabezas y cuernos, con una sacudida que me hizo temblar los dientes.

Yo esperaba oír un retumbar que me hiciera temblar los dientes cuando las dos monstruosas avalanchas se encontraran de frente, pero el estrépito general al llegar a su punto culminante produjo un ruido parecido a un beso de potencia cósmica. El río Jinsha a su paso por este valle corría por su margen oriental. De modo que la avalancha que bajaba por el este empujó el agua de un largo tramo de este río mientras lo recorría a toda velocidad, y al proseguir su avance debió de mezclar esta agua con los materiales que ella arrastraba, convirtiendo su parte frontal en un muro de lodo pegajoso. Cuando las dos masas desbocadas se encontraron, produjeron un ruidoso, chasqueante y húmedo

¡slurp!, como si las avalanchas quedaran cimentadas allí para ser a partir de entonces el nuevo y más elevado fondo del valle. Y en el instante de su colisión, el sol comenzó a asomar por detrás de las montañas de oriente; pero el cielo estaba cubierto con una capa tan espesa de polvo que su disco se veía descolorido. El sol apareció tan

repentinamente, con un color tan metálico y con un contorno tan impreciso como si se tratara de un címbalo lanzado a lo alto para festejar el final de toda la conmoción en el valle. Y mientras la estela de escombros continuaba descendiendo precipitadamente desde las alturas por las faldas de las montañas, el ruido comenzó a debilitarse, no de golpe, sino con el fragor desentonado, oscilante y desvaneciente propio de un címbalo cuando su resonancia se detiene hasta quedar en silencio.

En el repentino silencio —que no era un silencio absoluto, pues de las alturas todavía continuaban cayendo y despeñándose ruidosamente muchos pedruscos, y aún crujían y resbalaban algunos árboles, y todavía se deslizaban cuesta abajo pedazos de turba, y otros objetos inidentificables seguían precipitándose en la lejanía —las primeras palabras que oí fueron del orlok:

—Partid, capitán Toba. Id a buscar a nuestro ejército.

El capitán se marchó por donde nosotros habíamos llegado. Bayan se sacó

parsimoniosamente de un bolsillo el reluciente y voluminoso aparato de porcelana y oro que eran sus dientes, se lo metió en la boca, y lo hizo rechinar varias veces hasta encajar sus mandíbulas en el aparato. Ahora parecía un verdadero orlok, preparado para su desfile triunfal, y comenzó a bajar resueltamente por la colina en la dirección que teníamos delante. Cuando su figura empezó a difuminarse tras la nube de polvo, el resto de nosotros le seguimos. Yo no sabía por qué hacíamos aquello, si no era para recrearnos jactanciosamente en la totalidad de nuestra insólita victoria. Pero no había nada que ver, o quizá realmente no quedaba nada en aquel denso y sofocante paño mortuorio. Cuando tan sólo habíamos llegado al pie de la colina, ya había perdido de vista a mis compañeros y sólo oía la voz apagada de Bayan, en algún lugar a mi derecha diciéndole a alguien:

—Las tropas se llevarán una decepción cuando lleguen. No podrán recoger ningún botín del campo de batalla.

La enorme nube de polvo que desencadenó la avalancha cuando las dos masas chocaron, había oscurecido totalmente nuestra visión del valle y su devastación definitiva. O sea que no puedo decir que presenciara realmente la aniquilación de un centenar de miles de personas. Ni tampoco, entre todo aquel ruido, había oído sus últimos gritos desesperados, ni la rotura de sus miembros. Pero ahora habían desaparecido junto con todos los caballos, armas, pertenencias personales y demás arreos. El valle había adquirido una nueva superficie, y las personas se habían borrado del mapa como si no hubieran sido más grandes ni más valiosas que las rastreras hormigas o cucarachas que habitaban el antiguo suelo.

Recordé los huesos y cráneos blanqueados que había visto tirados por el Pai-Mir, los restos de manadas de animales y de caravanas que habían topado con otras avalanchas. Allí ni siquiera quedarían aquellos rastros. Si alguno de los bho de Batang a los que habíamos dispensado de la marcha —las pequeñas Odcho y Ryang

por ejemplo —viajaban hasta allí para visitar el lugar en el que fue vista por última vez la población de su ciudad, nunca encontrarían el cráneo de su padre o de su hermano para labrar en él un recuerdo sentimental, como un tazón para beber o un tambor festivo. Quizá en un siglo lejano algún campesino yi labrando aquel valle desenterrara con sus arados el fragmento de uno de los cadáveres sepultados a menor profundidad. Pero hasta entonces… Se me ocurrió que de todos los hombres y mujeres que habían corrido tan frenéticamente de un lado a otro, y de los que se habían arrojado patéticamente al río, y de los que yacían ya heridos, inconscientes o muertos, los únicos afortunados habían sido los insensibles. Los demás habían tenido que soportar, al menos en un terrible momento final, la certeza de que iban a ser aplastados como insectos, o aún peor, enterrados vivos. Quizá algunos de ellos no habían quedado triturados, sino que estaban

todavía conscientes, atrapados bajo el suelo entre oscuros, estrechos, pequeños y retorcidos surcos, túneles y bolsitas de aire que persistirían hasta que el enorme peso de tierra, rocas y escombros terminara de moverse y se asentara en su nueva posición. El valle tardaría aún bastante en acomodarse a su nueva topografía. Me di cuenta de ello porque mientras avanzaba a tientas, tosiendo y estornudando en medio de la nube de polvo seco, me encontré con que estaba chapoteando en un agua fangosa que antes no estaba allí. El río Jinsha estaba escarbando y sondeando la barrera que había impedido tan bruscamente el paso de su corriente, y se veía obligado a extenderse por los lados, por encima de sus anteriores orillas. Sin duda, en mi pesado caminar por la oscuridad, había torcido hacia la izquierda, hacia el este. No quise seguir introduciéndome en las aguas que crecían, giré hacia la derecha mojándome las botas y resbalando en el barro reciente, y me dirigí al encuentro de los demás. De repente una forma humana surgió de las tinieblas delante de mí y yo le llamé en idioma mongol, cometiendo así un grave error.

Nunca tuve la oportunidad de investigar cómo había sobrevivido a la catástrofe, si fue uno de los que habían atravesado el valle a lo largo en vez de recorrerlo de arriba a abajo, o si la avalancha lo había levantado de modo simple e inexplicable en vez de aplastarlo. Seguramente no me lo hubiera podido decir, pues sin duda ni él mismo sabía cómo se había salvado. Parece que hasta en los peores desastres siempre hay al menos unos cuantos supervivientes —quizá también quedarán algunos después de Armagedón —y en aquella ocasión descubriríamos que de los cien mil casi un centenar habían quedado vivos. La mitad de éstos eran yi, y aproximadamente la mitad de los yi estaban aún en buen estado y podían andar; y al menos dos de ellos iban todavía armados, rebosantes de rabia y deseosos de inmediata venganza, y yo tuve la desgracia de encontrarme con uno de ellos.

Quizá había creído que era el único yi con vida, y seguramente le había sorprendido encontrarse con otra forma humana en medio de la nube de polvo, pero al hablarle yo en mongol le di ventaja. Yo no sabía qué era, pero instantáneamente supe que se trataba de un enemigo, uno de los enemigos que acababa de perder a su ejército, a sus compañeros de armas, probablemente a sus amigos íntimos, y quizá incluso a sus

hermanos. Con la respuesta instintiva de una avispa irritada, me asestó una estocada. De no haber sido por el fango reciente sobre el que nos sosteníamos, hubiera muerto en aquel instante. No pude esquivar conscientemente el repentino golpe, pero mi involuntario retroceso me hizo resbalar en el barro, y caí al suelo en el momento en que su espada pasaba silbando por donde yo acababa de estar.

Aún no sabía quién o qué me había atacado —algo cruzó por mi mente: «Espérame cuando menos me esperes» —, pero evidentemente se trataba de un ataque. Rodé hacia atrás apartándome de sus pies y agarré la única arma que llevaba, mi cuchillo de cinto, e intenté levantarme, pero sólo conseguí sostenerme sobre una rodilla antes de que él volviera a embestir. Ambos éramos tan sólo figuras indistintas en la nube de polvo, y su posición era tan resbaladiza como la mía, de modo que tampoco me acertó con su segundo golpe. Ese revés le acercó tanto a mí que pude saltar contra él con la punta de mi cuchillo, pero resbalé de nuevo en el fango y no le alcancé. Tengo algo que decir sobre el combate cuerpo a cuerpo. Yo antes había visto en Kanbalik el imponente mapa del ministro de la Guerra con sus banderitas y sus colas de yak indicando la posición de los ejércitos. También otras veces había observado a los oficiales de alto rango urdiendo tácticas de batalla y siguiendo el desarrollo del combate frente a un tablero con piezas rectangulares de distintos tamaños y colores. Con estos ejercicios, las batallas parecían algo limpio y ordenado, y quizá incluso de resultados predecibles para un oficial remoto, o para un observador no participante. En Venecia,

había visto cuadros y tapices representando famosas victorias de mi patria en tierra y en mar: aquí nuestra flota o caballería, allí la de ellos; los combatientes siempre estaban mirándose el uno al otro de frente, lanzando flechas o dirigiendo lanzas con precisión y seguridad, e incluso con una tranquila mirada de ecuanimidad. Quien contemplara uno de estos cuadros pensaría que una batalla era algo tan ordenado, elegante y metódico como un Juego de Cuadrados, o de Shahi, jugado sobre un tablero plano en una sala confortable y bien iluminada.

No creo que ninguna batalla haya sido nunca así, y sé que el combate cuerpo a cuerpo no lo es. Es una turbulenta, sucia y desesperada confusión, generalmente sobre un terreno accidentado y con un tiempo infame, un hombre contra otro, ambos olvidando a causa de la rabia y el terror todo cuanto les habían enseñado sobre cómo luchar. Supongo que todos los hombres han aprendido las reglas de la esgrima y el manejo del cuchillo: haz esto y aquello para parar el golpe del adversario, muévete de este modo para cogerle desprevenido, ejecuta estas fintas para dejar al descubierto los puntos flacos de su defensa y los resquicios de su armadura. Quizá estas reglas son válidas cuando dos maestros luchan mano a mano en una gara di scherma, o cuando dos duelistas se enfrentaban educadamente en una amable pradera. Pero la cosa cambia mucho cuando uno está luchando a brazo partido con su adversario en un charco fangoso envuelto en una densa nube, cuando ambos van sucios y sudorosos, cuando tienen los ojos tan llenos de polvo y tan llorosos que apenas pueden ver. No intentaré describir nuestra lucha paso a paso. No recuerdo la secuencia. Lo único que

sé es que fueron unos momentos llenos de gruñidos, jadeos, revolcones, unos momentos de debatirse desesperadamente que parecieron muy largos; y mientras yo procuraba acercarme a él para hincarle el cuchillo, él intentaba mantenerse a la distancia necesaria para golpearme con su espada. Ambos llevábamos armadura de cuero cubriéndonos todo el cuerpo, pero eran distintas, de modo que cada uno tenía una ventaja determinada sobre el otro. Mi coraza era de cuero flexible, lo cual me permitía moverme libremente y esquivarle bien. La suya era de un cuirbouilli tan rígido que formaba a su alrededor una especie de tonel y le impedía moverse con agilidad, pero resultaba una eficaz barrera contra mi cuchillo corto de hoja ancha. Cuando al final, más por casualidad que por habilidad, le golpeé en el pecho clavándole la hoja de mi cuchillo, me di cuenta de que había penetrado la coraza y se había quedado allí clavada, pero que sólo podía haberle pinchado ligeramente el tórax. Así que en aquel momento me tuvo a su merced, con mi cuchillo atrapado en su cuero y yo agarrando todavía el mango, mientras él podía manejar su espada libremente.

En ese momento se echó a reír burlona y triunfalmente antes de asestar el golpe, y ése fue su fallo. Mi cuchillo era el que me había regalado hacía tiempo una chica romm, cuyo nombre significaba hoja de cuchillo. Apreté el mango como ella me había indicado, y sentí las anchas cuchillas separarse con un chirrido, y supe que la tercera hoja, interior y más fina, se había disparado de entre las otras dos, porque a mi enemigo casi se le saltaron los ojos con una sorpresa de incredulidad. Soltó una boqueada ronca, y se le quedó la boca abierta; su mano echada hacia atrás dejó caer la espada, mientras él vomitaba sangre encima mío; luego se alejó de mí tambaleándose y cayó al suelo. Saqué de un tirón mi cuchillo de su cuerpo, lo limpié, lo volví a cerrar y me incorporé

pensando: «Ya es el segundo hombre que mato en mi vida; eso sin contar a las gemelas de Kanbalik.» ¿Debía atribuirme también el mérito de la entera victoria, y sumar en mi cuenta de víctimas cien mil cuatro personas? El kan Kubilai tendría que estar orgulloso de mí, porque yo solo había dejado libre un espacio amplio en la superpoblada tierra. 3

Cuando hube localizado a mis compañeros y me hube reunido con ellos, vi que también se habían encontrado con un enemigo vengador en la niebla, pero ellos no habían salido tan bien parados como yo. Estaban agrupados en torno a dos figuras extendidas en el suelo, y cuando yo me acerqué, Bayan se volvió rápidamente con la espada en la mano.

—¡Ah, Polo! —dijo tranquilizándose al reconocerme, aunque yo debía de estar empapado de sangre —. Parece que también os habéis encontrado con alguno, pero lo habéis despachado, ¿no? Buen muchacho. El de aquí estaba loco de furia. —Apuntó la hoja de su espada hacia una de las figuras yacentes, un guerrero yi, bastante destrozado, y sin duda alguna muerto —. Tuvimos que matarlo entre tres, no sin que antes tocara a uno de nosotros.

Señaló hacia la otra figura y yo exclamé:

—¡Qué tragedia! ¡Ukuruji herido!

El joven wang estaba tumbado con el rostro contorsionado por el dolor, agarrándose con las dos manos el cuello. Yo grité:

—¡Parece que se está estrangulando! —y me incliné para separarle las manos y examinar la herida de su garganta.

Pero cuando levanté las manos cerradas, su cabeza siguió el movimiento de las manos. Estaba completamente separada del cuerpo. Yo proferí un gruñido y retrocedí, luego me quedé levantado mirándole tristemente, y murmuré:

—¡Qué terrible! Ukuruji era una buena persona.

—Era un mongol —dijo uno de los oficiales —. Después de matar, morir es lo que mejor hacen los mongoles. No hay nada que lamentar.

—No —reconocí —. Él estaba impaciente por ayudar a conquistar Yunnan, y así lo hizo.

—Desgraciadamente no podrá gobernarla —dijo el orlok —. Pero lo último que vio fue nuestra total victoria. Y no es ése un mal momento para morir.

—Entonces, ¿consideráis que Yunnan está ya en nuestras manos? —pregunté.

—Bueno, habrá que luchar en otros valles más, y tomar ciudades y pueblos. No hemos aniquilado hasta el último enemigo, pero los yi se desmoralizarán con esta aplastante derrota, y ofrecerán una resistencia simbólica. Sí, puedo afirmar con seguridad que Yunnan está ya en nuestras manos. Esto significa que pronto estaremos aporreando la puerta trasera de los Song, y que el imperio entero caerá muy pronto. Ése es el mensaje que llevaréis a Kubilai a vuestro regreso.

—Hubiera preferido llevarle buenas noticias sin mezclarlas con las malas. Esto le ha costado un hijo.

—Kubilai tiene muchos otros hijos —dijo uno de los oficiales —. Puede que incluso os adopte a vos, ferenghi, después de lo que habéis hecho por él aquí. El polvo se está

posando, mirad lo que habéis conseguido con vuestros ingeniosos aparatos de latón. Todos dejamos de contemplar el cuerpo de Ukuruji y nos giramos para mirar abajo hacia el valle. El polvo finalmente se estaba separando del aire y se estaba depositando como una especie de mortaja, suave, blanda, envejecida y amarillenta sobre el paisaje atormentado y derruido. Las laderas de cada lado, que aquella misma mañana habían estado densamente arboladas, ahora sólo tenían árboles y vegetación

en los márgenes de sus heridas abiertas: los grandes barrancos excavados y las gargantas de cruda tierra marrón y de roca recién arrancada. Las montañas, con el escaso follaje que quedaba, parecían matronas desnudas y violadas, que estuvieran apretando contra sus cuerpos los restos de sus vestidos. Abajo en el valle, algunas pocas personas vivas se abrían camino Por entre los últimos jirones de niebla de polvo a través del revoltijo de escombros, rocas, troncos de árboles y raíces arrancadas. Al parecer nos habían espiado, reunidos en ese extremo libre del valle, y decidieron que aquél era el lugar para reagruparse.

Continuaron subiendo lenta y fatigosamente el resto del día, solos y en pequeños grupos. La mayoría de ellos, como ya he dicho, eran bho y yi supervivientes de la devastación, que no tenían ni idea de cómo habían logrado sobrevivir; algunos estaban heridos o mutilados, pero otros habían quedado totalmente ilesos. La mayoría de los yi, incluso los que no estaban heridos, habían perdido del todo la voluntad de luchar, y se acercaban a nosotros con la resignación propia de los prisioneros de guerra. Algunos de ellos hubieran podido venir corriendo, echando espuma, y blandiendo el acero, como ya habían hecho dos de ellos, pero lo hacían custodiados por guerreros mongoles que los habían desarmado por el camino. Eran los mongoles voluntarios que habían acompañado al ejército de pacotilla como músicos y retaguardia. Estuvieron en los límites más lejanos del campamento, y conociendo de antemano nuestros planes, fueron quienes tuvieron más posibilidades de apartarse corriendo del camino de las avalanchas. Sólo eran unos veinte o cuarenta hombres, pero hacían mucho ruido, felicitándonos a vivas voces por el éxito de nuestra estratagema, y felicitándose a sí mismos por haber escapado de ella.

Pero quienes más felicitaciones merecían —y yo quise dar a cada uno de ellos un fraternal abrazo —eran los ingenieros mongoles. Fueron los últimos supervivientes que se unieron a nosotros, pues tuvieron que hacer todo el camino de bajada por las destruidas laderas de las montañas. Llegaron con un aire de orgullo justificado por lo que habían hecho, pero también bastante aturdidos, algunos porque habían estado cerca del lugar de la explosión cuando estallaron los artefactos pero otros al ver las extraordinarias consecuencias de las explosiones. Pero yo les dije a cada uno de ellos sinceramente:

—Seguro que yo mismo no las hubiera colocado mejor —y tomé nota de sus nombres para elogiarlos personalmente ante el gran kan.

Debo decir, sin embargo, que sólo recogí once nombres. Habían subido a las montañas doce hombres, y doce bolas habían hecho lo que esperábamos que hicieran, pero nunca supimos qué había pasado con el ingeniero que no regresó.

Cuando el capitán Toba volvió acompañando a la vanguardia del auténtico ejército mongol, era ya media noche, pero yo aún estaba despierto a esas horas y me alegré de verlos. Parte de la sangre que me había acartonado la ropa era mía, y aún seguía sangrando en algunos puntos, pues no había salido totalmente ileso de mi

enfrentamiento privado con el yi. Aquel guerrero me había hecho algunos cortes en las manos y antebrazos que apenas noté en el momento, pero que ahora me dolían bastante. Lo primero que hicieron los soldados del ejército fue levantar una pequeña yurtu como enfermería, y Bayan ordenó que yo fuera el primer herido que atendieran los chamanes, es decir, los médicos-sacerdotes-hechiceros.

Me limpiaron las heridas, las untaron con bálsamos vegetales y las vendaron; y eso ya hubiera bastado. Pero luego tuvieron que buscar algún hechizo para adivinar si yo había recibido heridas internas invisibles. El jefe chamán levantó delante de mí un puñado de hierbas secas a las que llamó el chutgur o «demonio de las fiebres», y leyó en voz alta párrafos de un libro de conjuros, mientras todos los médicos subordinados hacían un ruido infernal con campanillas, tambores y trompas de cuerno de oveja. Luego el chamán jefe arrojó el hueso de una paletilla de oveja al brasero que ardía en el centro de la tienda y cuando se hubo chamuscado todo, lo retiró y lo observó de cerca para leer las grietas que el calor había abierto en él. Finalmente decidió que yo estaba interiormente intacto, lo cual se lo podía haber dicho yo mismo con mucho menos teatro, y me permitió abandonar el hospital.

La siguiente víctima que llevaron fue el wang Ukuruji para coserlo de nuevo y dejarlo presentable al día siguiente en su funeral.

Fuera del yurtu, la oscuridad de la noche había sido reemplazada en gran medida por la luz de enormes y numerosos fuegos de campamento. A su alrededor los soldados ejecutaban sus danzas de victoria, zapateando, brincando, dando porrazos, gritando

«Ha!» y «HUÍ!» y regando generosamente a todos los espectadores con arki y kumi de las copas que sostenían mientras bailaban. En seguida estuvieron todos bastante borrachos.

Me encontré a Bayan y a un par de sardars recién llegados, todavía sobrios, que me esperaban para ofrecerme un regalo. Me contaron que mientras el ejército se dirigía hacia el sur desde Batang, su avanzada de exploradores había rastreado de modo rutinario cada ciudad, pueblo y edificio aislado para hacer salir a todos los sospechosos que pudieran ser soldados yi camuflados de civiles siguiendo a las filas mongoles como espías o causantes de daños materiales. Y al registrar un caravasar en un camino secundario, se encontraron a un hombre que no pudo dar satisfactoria cuenta de quién era. Me lo traían con la intención de ofrecerme un gran premio, pero no me pareció tal cosa. No era más que otro sucio y maloliente trapa bho con la cabeza rapada y la cara embadurnada con aquel mejunje marrón medicinal.

—No, no es un bho —dijo uno de los sardars —. Le hicimos una pregunta citando el nombre de la ciudad Yunnan Fu, para que tuviera que repetir en la respuesta el nombre, y dijo fu, no Yunnan Pu. Además, declara llamarse Gom-bo, pero llevaba dentro de su taparrabos este sello yin.

El sardar me alargó el sello de piedra, y yo lo examiné debidamente, pero para mí

tanto podía decir Gom-bo como Marco Polo. Pregunté qué ponía.

—Bao —dijo el sardar —. Bao Nei-ho.

—¡Ah! El ministro de las Razas Menores. —Ahora que sabía quién era pude reconocerle a pesar del disfraz —. Recuerdo que en otra ocasión, ministro Bao, tuvisteis dificultad en hablar claro.

Se encogió simplemente de hombros y no contestó.

Yo dije al sardar:

—El kan Kubilai ordenó que si encontraba a este hombre, debía matarlo. ¿Querrá alguno de los presentes hacerlo por mí? Yo ya he matado bastante por hoy. Me guardaré este yin para presentarle al gran kan una prueba de que su orden fue obedecida. —El sardar saludó y comenzó a llevarse al prisionero —. Un momento —dije y me dirigí de nuevo a Bao —: Volviendo a lo de hablar: ¿tuvisteis alguna vez ocasión de susurrar las palabras

«Espérame cuando menos me esperes»?

Él lo negó, como hubiera hecho probablemente en todo caso pero su expresión de auténtica sorpresa y de incomprensión me convencieron de que no había sido él quien me susurró aquello en el Pabellón del Eco. Muy bien, uno detrás de otro, y mi lista de sospechosos iba disminuyendo: la sirviente Buyantu, ahora ese ministro Bao… Pero al día siguiente me encontré con que Bao aún estaba vivo. El bok entero se levantó

tarde y a la mayoría les dolía la cabeza, pero todos se pusieron inmediatamente a preparar la sepultura de Ukuruji. Sólo los chamanes, que habían dejado a punto el objeto principal del funeral, parecían desentenderse de los preparativos. Estaban sentados aparte, formando un grupo con el ministro Bao entre ellos, y parecía que le estuvieran sirviendo solícitamente el desayuno. Fui a buscar al orlok Bayan y le pregunté enfadado por qué aún no habían ejecutado a Bao.

—Le están matando —respondió Bayan —, y de un modo especialmente horrible. Morirá

cuando la tumba esté cavada.

Aún algo malhumorado pregunté:

—¿Qué tiene de horrible darle de comer hasta que muera?

—Los chamanes no le están dando de comer, Polo. Están dándole mercurio a

cucharadas.

—¿Mercurio?

—El mercurio mata después de calambres terriblemente dolorosos, pero es también un embalsamador muy eficaz. Cuando esté muerto, se conservará; el color y la frescura de la vida permanecerán. Mirad el cadáver del wang, que los chamanes llenaron también de mercurio. Ukuruji parece tan saludable y sonrosado como un robusto bebé, y conservará este aspecto durante toda la eternidad.

—Si vos lo decís, orlok… Pero entonces ¿por qué conceder los mismos ritos funerarios al traidor Bao?

—Un wang debe ir a la tumba asistido por sirvientes para la otra vida. También mataremos y sepultaremos con él a todos los yi que se salvaron del desastre de ayer, y a un par de mujeres bho supervivientes, también para su disfrute en la otra vida. Quizá

sean más guapas en la otra vida, nunca se sabe. Pero a Bao le concedemos especial atención. ¿Qué mejor sirviente podría llevarse Ukuruji a la muerte que un ex ministro del kanato?

Cuando los chamanes consideraron que la hora era propicia, los soldados marcharon alrededor del catafalco sobre el que yacía Ukuruji, algunos a pie y otros a caballo, con loable energía y precisión, y con abundante música marcial y lúgubres cantos; y los chamanes encendieron numerosos fuegos creando humos de colores y recitaron sus ridículos conjuros. Todas estas demostraciones presentaban un cariz bastante funerario, pero hubo algunos detalles de la ceremonia que tuvieron que explicármelos. Los soldados habían cavado una cueva en el suelo para Ukuruji, justamente en el borde de los escombros de la avalancha. Bayan me dijo que habían elegido aquel lugar porque pasaría desapercibido a los posibles ladrones de sepulturas.

—Al final levantaremos encima un adecuado y grandioso monumento. Pero mientras estamos ocupados en la guerra, algún yi podría deslizarse hasta este valle. Si no halla el lugar de descanso de Ukuruji, no podrá saquear sus bienes, mutilar el cadáver o profanar la tumba utilizándola como retrete.

El cuerpo de Ukuruji fue depositado reverencialmente en la sepultura, y a su alrededor se colocaron los cadáveres más recientes de los prisioneros yi acabados de degollar, y el de las dos desgraciadas hembras bho, y al lado de Ukuruji se colocó el cuerpo del ministro de Razas Menores. Bao se había contorsionado tanto en su agonía que los actos tuvieron que retrasarse un poco para que los chamanes pudieran enderezarlo decentemente después de romperle numerosos huesos. Luego el destacamento de soldados enterradores pusieron una rejilla entre los cuerpos y la entrada de la cueva, y comenzaron a fijar en ella arcos y flechas. Bayan me explicó:

—Es un invento del orfebre de corte de Kubilai, Boucher. Nosotros, los militares, no

siempre desdeñamos a los inventores. Mirad, las flechas están apuntando hacia la entrada, los arcos están tensados y la rejilla los mantiene en esa posición pero mediante un delicado dispositivo de palancas. Si los ladrones de sepulturas encontraran alguna vez el lugar y lo excavaran, al abrir la tumba harían saltar las palancas y se encontrarían con una mortífera cortina de flechas.

Los sepultureros cerraron la entrada con tierra y rocas tan deliberadamente desordenadas que la tumba no se distinguía de los escombros más cercanos, ante lo cual pregunté:

—Si os esforzáis tanto en esconder la tumba, ¿cómo la encontraréis cuando llegue el momento de construir el monumento?

Bayan simplemente miró hacia un lado y yo miré también allí. Unos cuantos soldados traían por las riendas a una yegua de sus manadas, acompañada de cerca por su potrillo lactante. Algunos sujetaron las riendas, mientras los otros separaban a rastras al potrillo

de su madre y lo llevaban al lugar de la sepultura. La yegua se encabritó y comenzó a corcovar y a gemir, y más frenéticamente aún cuando los hombres que sujetaban al potrillo alzaron un hacha de combate y le partieron la cabeza. Se llevaron a la yegua pateando y relinchando, mientras los enterradores esparcían tierra sobre el nuevo cadáver y Bayan dijo:

—Aquí lo tenéis. Cuando volvamos a este lugar, aunque hayan pasado dos, tres o cinco años, sólo tenemos que dejar a esa misma yegua suelta y nos llevará hasta el lugar exacto. —Se detuvo, batió pensativamente sus grandes dientes y dijo —: Bueno, Polo; aunque os merecéis mucho honor por esta victoria, habéis hecho un trabajo tan perfecto que no nos ha quedado nada por saquear, y eso me parece deplorable. Sin embargo, si no os importa continuar con nosotros, pronto asaltaremos la ciudad de Yunnan Fu y os prometo que estaréis entre los altos oficiales, y podréis elegir la mejor parte del botín. Yunnan Fu es una gran ciudad, y respetablemente rica, me han dicho, y las mujeres yi no son nada repulsivas. ¿Qué decís a esto?

—Es un ofrecimiento generoso, orlok, y tentador, y me siento honrado por vuestra atenta consideración. Pero creo que haré mejor en resistir la tentación y volver corriendo a dar al gran kan todas las noticias, buenas y malas, de lo que ha ocurrido aquí. Con vuestro permiso, saldré mañana cuando vos marchéis hacia el sur.

—Ya me lo imaginaba. Os consideraba un hombre cumplidor. Por eso había dictado ya a un escriba militar una carta para que la llevéis a Kubilai. Está adecuadamente sellada para que la lea solamente él, pero no os oculto que en ella os alabo mucho y sugiero que merecéis otros elogios además del mío. Ahora iré a destacar dos jinetes de avanzadilla para que partan inmediatamente y comiencen a preparar el camino. Y cuando salgáis mañana, os proporcionaré dos escoltas y los mejores caballos. De modo que eso fue todo lo que conseguí ver de Yunnan, y ésa fue mi única experiencia

de guerra en tierra, y no me llevé ningún botín y no tuve oportunidad de formarme ninguna opinión sobre las mujeres yi. Pero quienes habían observado mi breve carrera militar —los supervivientes de ella, por lo menos —coincidieron en que salí

airoso. Y además, había cabalgado con la horda mongol, y esto era algo digno de contar a mis nietos, si alguna vez los tenía. Así que regresé a Kanbalik, considerándome un experto veterano.

SHANGDU

Emprendimos de nuevo un largo camino y mi escolta y yo cabalgamos sin parar. Pero cuando estábamos a unos doscientos li al sudoeste de Kanbalik, encontramos a nuestros jinetes de avanzadilla que esperaban en una encrucijada para detenernos. Habían llegado ya a Kanbalik y habían dado media vuelta para informarnos de que el kan Kubilai no estaba en aquel momento en su residencia de la ciudad. Había salido a disfrutar de la estación de caza, y ahora residía en su palacio campestre de Shangdu, adonde nos conducirían. Con ellos esperaba otro hombre que iba ricamente ataviado, vestido al estilo árabe, y que yo al principio confundí con algún cortesano musulmán de barba gris a quien no conocía. Esperó a que los jinetes me comunicaran su mensaje, y luego se dirigió a mí con gran efusión:

—¡Marco, antiguo amo! ¡Soy yo!

—Narices —exclamé, sorprendido de que me alegrara verlo —• Bueno, quería decir Ali Babar. ¡Qué bien volver a verte! Pero ¿qué haces aquí, tan lejos de las comodidades de la ciudad?

—He venido a vuestro encuentro. Cuando estos hombres trajeron la noticia de vuestro inminente regreso me uní a ellos. Tengo una misiva para vos, y me pareció una buena excusa para tomarme unas vacaciones y alejarme durante un tiempo del trabajo y de las preocupaciones. También pensé que así podríais utilizar los servicios de vuestro antiguo esclavo.

—Muy amable por tu parte. Pero vente conmigo, pasaremos las vacaciones juntos. Los mongoles, dos jinetes de avanzadilla y mis dos escoltas, siguieron su camino, y Ali y yo cabalgamos juntos detrás de ellos. Nos dirigimos más al norte que antes, porque Shangdu está en lo alto de las montañas Damaqing, a considerable distancia de Kanbalik, directamente hacia el norte. Ali rebuscó bajo su aba bordada y sacó un documento doblado y sellado, con mi nombre escrito en letras romanas y también en letras árabes y mongoles, y en caracteres han.

—Alguien quería asegurarse de que lo recibiera —murmuré —. ¿De quién es?

—No lo sé, mi ex amo.

—Ahora los dos somos hombres libres, Ali. Puedes llamarme Marco.

—Como queráis, Marco. La dama que me dio ese documento iba totalmente cubierta de velos, y se me acercó en privado y de noche. Como ella no dijo palabra, tampoco yo lo hice, y pensé que probablemente sería, ejem, alguna amiga secreta y quizá la mujer de algún otro. Ahora soy mucho más discreto y menos curioso de lo que tal vez solía ser antes.

—Sin embargo tienes la misma imaginación desbocada que antes. Yo no mantenía en la corte ninguna intriga de ese tipo. Pero gracias, de todos modos. —Me guardé el documento para leerlo aquella noche —. Y ahora, ¿qué es de ti, viejo compañero? ¡Qué

buen aspecto tienes!

—Sí —dijo pavoneándose un poco —. Mi buena esposa Mar-Yanah insiste en que me vista y me comporte como el rico propietario y patrón que soy ahora.

—¿De verdad? ¿Propietario de qué? ¿Patrón de quién?

—¿Recordáis, Marco, la ciudad llamada Kashan, en Persia?

—¡Ah, sí! La ciudad de los bellos muchachos. Pero no creo que Mar-Yanah te haya permitido abrir un burdel masculino.

El suspiró, torció el gesto y dijo:

—Kashan también es famoso por sus peculiares azulejos kasi que quizá recordáis.

—Sí. Me acuerdo de que mi padre se interesó en su fabricación.

—Eso mismo. Vuestro padre pensó que en Kitai podría haber mercado para ese producto. Y tenía razón. Él y vuestro tío Mafio pusieron el capital para instalar un taller, enseñaron el arte del kasi a unos cuantos artesanos, y nos dejaron a Mar-Yanah y a mí al frente de todo el negocio. Ella diseña los dibujos del kasi y yo vendo fuera el producto. Lo hemos hecho muy bien, si se me permite decirlo. Los azulejos kasi están muy solicitados para adornar las casas de los ricos. Incluso después de pagar la parte de beneficios correspondientes a vuestro padre y a vuestro tío, Mar-Yanah y yo nos hemos hecho bastante ricos. Aún estamos aprendiendo el negocio, tanto ella y yo como nuestros artesanos, pero mientras tanto vamos ganando dinero. Hemos prosperado tanto que me puedo permitir unas vacaciones y hacer con vos este pequeño viaje. Siguió charlando durante el resto del día, relatándome hasta el último detalle del negocio de fabricación y venta de azulejos, pero no todo lo que contaba me pareció

totalmente interesante, y de vez en cuando me daba otras noticias de Kanbalik. Él y su bella Mar-Yanah eran muy felices. No había visto a mi padre desde hacía algún tiempo, el viejo Polo había estado fuera de viaje en alguna aventura mercantil, pero a mi tío sí lo había visto recientemente por un lado y otro de la ciudad. La bella Mar-Yanah era más bella que nunca. El valí Achmad se ocupaba de la vicerregencia y llevaba las riendas del

gobierno en ausencia del kan. La bella Mar-Yanah estaba tan enamorada de Ali Babar como él de ella. Muchos cortesanos habían acompañado a Kubilai a Shangdu para la

cacería otoñal, entre ellos algunos de mis conocidos: el wang Chingkim, el artificiero Shi, y el orfebre Boucher. La bella Mar-Yanah coincidía con Ali en que el tiempo que habían pasado hasta entonces había sido, a pesar de haber llegado tarde, la mejor época de sus vidas, y que valió la pena haber esperado toda la vida hasta conseguirlo… Aquella noche nos instalamos en un confortable caravasar han a la sombra de la Gran Muralla, y después de bañarme y de cenar, me senté en mi habitación para abrir la misiva que Ali me había entregado. No tardé mucho en leerla, aunque tenía que deletrear letra por letra, pues aún no dominaba demasiado bien el alfabeto mongol; había una única línea que se traducía así: «Espérame cuando menos me esperes.» Las palabras no habían perdido su fuerza, pero a mí ya empezaba a cansarme más su repetición que a inquietarme su amenaza. Me dirigí a la habitación de Ali y le pregunté:

—Dime una cosa, si la mujer que te dio esto para mí hubiera sido doña Zhao Kuan, la hubieras reconocido a pesar de los velos, ¿verdad?

—Sí, claro, y no lo era. Y eso me hace recordar que doña Zhao ha muerto. Se lo oí hace tan sólo un par de días a un correo que hacía a caballo el camino de postas. Sucedió

después de que yo dejara Kanbalik. Fue un desafortunado accidente. Según dijo el correo, se cree que la dama salió de sus habitaciones persiguiendo a algún amante que la había ofendido, y al correr detrás de él, ya sabéis que tenía pies de loto, tropezó en la escalera y cayó de cabeza.

—Vaya, lo lamento —dije, aunque en realidad no era así. Uno menos en mi lista de susurrantes sospechosos —. ¿Y qué hay de la carta, Ali? ¿Quizá te la entregó una dama muy alta?

Estaba pensando en la extraordinaria hembra que había visto fugazmente en las habitaciones del vicerregente Achmad.

Ali meditó un momento y dijo:

—Quizá era más alta que yo, pero hay mucha gente que lo es. No, yo no diría que fuese especialmente alta.

—Me dijiste que no te habló. Eso hace pensar que la hubieras podido reconocer por la voz, ¿no?

Se encogió de hombros y respondió:

—¿Qué queréis que os diga? Como ella no habló, yo tampoco. ¿Trae malas noticias la carta, Marco? ¿O algún otro motivo de preocupación?

—Podría responder mejor si supiera de quién procede.

—Lo único que puedo deciros es que vuestros jinetes de avanzadilla llegaron a la ciudad hace varios días proclamando vuestra inminente llegada, y…

—Espera un momento. ¿Anunciaron algo más?

—Pues en realidad no. Cuando la gente les preguntó cómo iba la guerra en Yunnan, no dijeron nada, sólo que vos traíais el comunicado oficial, pero sus aires triunfales ya indicaban que llegaríais anunciando alguna victoria mongola. En todo caso, fue la noche de aquel día cuando la dama del velo me entregó esa misiva para vos. Por eso, cuando al día siguiente los dos jinetes volvieron a marcharse para salir a vuestro encuentro, yo, con la bendición de Mar-Yanah, me fui con ellos.

No pudo añadir nada más, y a mí realmente no se me ocurría qué hembra podía alimentar rencor contra mí, una vez muertas la dama Zhao y las mellizas Buyanty y Biliktu. Si la mujer del velo había actuado como intermediaria de otra persona, no tenía ni idea de quién podía ser. Así que no hablé más del tema, rompí la fastidiosa carta, continuamos nuestro viaje y llegamos a Shangdu sin que nos sucediera nada terrible, ni esperado ni inesperado.

Shangdu era sólo uno de los cuatro o cinco palacios secundarios que el gran kan mantenía fuera de Kanbalik, pero el más suntuoso. En las montañas Damaqing tenía a su disposición un extenso parque de caza, surtido con todo tipo de venados y equipado con expertos cazadores, guardabosques y ojeadores que vivían allí durante todo el año en poblados de los alrededores del parque. En el centro de éste se elevaba un palacio de mármol bastante grande, con los habituales comedores, salas de reunión, de juegos y los alojamientos de la corte, además de amplias habitaciones para un número cualquiera de miembros de la familia real, cortesanos y huéspedes, y para todos los numerosos sirvientes y esclavos necesarios, y para todos los músicos y saltimbanquis que llevaran consigo para animar las veladas. Cada habitación, incluido el más pequeño dormitorio, estaba decorado con pinturas murales realizadas por el maestro Zhao y otros artistas de la corte, representando escenas de persecuciones, correrías y caza, todas ellas de maravillosa ejecución. En el exterior del palacio principal había grandes cuadras para los animales de montar y de carga, para elefantes, caballos y muías; lugares especialmente acondicionados para los gavilanes y halcones del kan, y perreras para sus perros y leopardos cazadores. Todos estos edificios estaban tan bellamente construidos y adornados, y tan inmaculadamente limpios como el propio palacio. El gran kan tenía también en Shangdu una especie de palacio transportable. Era como un enorme pabellón yurtu, en realidad tan grande que no podía construirse de tela o fieltro. Estaba hecho principalmente de caña de zhugan y de hojas de palma, y se sostenía sobre columnas de madera pintadas, doradas y talladas en forma de dragón, que se mantenían unidas mediante una ingeniosa red de cordones de seda. Y a pesar de su gran tamaño podía desmontarse, transportarse y volverse a montar con tanta facilidad como un yurtu. Así que continuamente lo llevaban de un lado a otro, trasladándolo por el parque de Shangdu y por los campos adyacentes a los lugares que el gran kan y su comitiva

elegían para cazar aquel día: había un grupo de elefantes reservado para la tarea de transportar sus piezas.

Kubilai siempre salía a cazar majestuosamente. Él y sus huéspedes partían del palacio de mármol formando un numeroso, colorido y radiante séquito. A veces el kan cabalgaba uno de sus «corceles dragón», los caballos blancos como la leche criados en Persia especialmente para él; a veces iba en una casita llamada hauda, faciéndose sobre los altos lomos de un elefante; y otras veces en un carro de dos ruedas lujosamente adornado, tirado por caballos o elefantes. Cuando iba montado a caballo, siempre llevaba uno de sus esbeltos leopardos cazadores, elegantemente ataviado, sobre las cruces del caballo, delante de su silla, y el animal desaparecía cada vez que alguna presa surgía en su camino. El leopardo echaba a correr tras de cualquier cosa que se moviese, y siempre devolvía obedientemente su caza a la cabalgata, pero como solía destrozar mucho las presas, los cazadores las metían en una bolsa separada y después las despedazaban para alimentar a las aves en las jaulas de palacio. Cuando Kubilai salía de caza en su carro o en una handa, llevaba siempre dos o más halcones, blancos como la leche, posados sobre el borde, y los soltaba cuando avistaba alguna presa menor corriendo o volando.

Detrás del carro del gran kan, de su corcel o de su elefante iba la cabalgata de acompañantes; todos los caballeros, damas y huéspedes distinguidos montados con un lujo apenas inferior al del propio kan, y según la caza perseguida aquel día, todos llevaban halcones encapuchados sobre sus puños enguantados, o iban acompañados de criados que cargaban con sus lanzas y arcos, o que llevaban en traílla sus perros de caza. A la cabeza de la cabalgata tenían que ir los numerosos ojeadores que habían salido más temprano y que formaban tres lados de un enorme cuadrado para comenzar a levantar la caza en el momento oportuno —ciervos, nutrias, venados, jabalíes, o lo que fuera —y

empujarla hacia el cuarto lado del cuadrado, en dirección a los cazadores que se acercaban.

Si la cabalgata de Kubilai atravesaba alguno de los poblados próximos al parque o pasaba junto a él, todas las mujeres y niños de las familias del lugar salían de las casas vitoreando. También mantenían fuegos de bienvenida siempre encendidos para arrojar a las llamas especias e incienso si el kan llegaba por aquel camino, y perfumar así el aire por donde pasaba el gran kan. Al mediodía, la partida de caza se retiraba al palacio de zhugan, instalado siempre en un lugar cómodo, para comer, beber, escuchar música suave y echarse una siestecita antes de volver por la tarde al campo. Y cuando la caza del día terminaba, según lo cansados que estuvieran todos o lo lejos que se hallaran del palacio principal, o bien regresaban hasta allí o bien se quedaban a pasar la noche en el palacio de zhugan, en donde había numerosas habitaciones y confortables camas. Yo, Ali y nuestros cuatro mongoles llegamos a Shangdu a media mañana. Un mayordomo nos indicó dónde encontraríamos el palacio transportable del gran kan y llegamos allí al mediodía, cuando toda la partida estaba repantigada

comiendo. Algunas personas me reconocieron y me saludaron, entre ellas Kubilai. Le presenté a Ali Babar llamándole «un ciudadano de Kanbalik, excelencia, uno de vuestros ricos príncipes mercaderes», y Kubilai lo acogió cordial-mente, pues no había visto nunca a Ali en mi compañía en los días en que era el humilde esclavo Narices. Entonces comencé a decir:

—Os traigo de Yunnan buenas y malas noticias, excelencia… Pero él alzó la mano para detenerme.

—Nada —dijo con firmeza —, nada es tan importante que merezca interrumpir una buena cacería. Guardad vuestras noticias hasta que regresemos esta tarde al palacio de Shangdu. Y ahora, ¿tenéis hambre?

Dio una palmada y ordenó a un criado que trajera comida.

—¿Estáis cansados? ¿Preferís volver al palacio antes que nosotros y descansar allí

mientras esperáis, o preferís tirar una lanza con nosotros? Hemos levantado algunos admirables jabalíes, grandes y fieros.

—Os lo agradezco, excelencia. Me gustaría unirme a la cacería, pero tengo poca experiencia con la lanza. ¿Es posible matar al jabalí con arco y flechas?

—Cualquier cosa puede matarse con lo que sea, incluso con las manos desnudas; y quizá

tengáis que utilizarlas también para rematar a un jabalí. —Se dio la vuelta y gritó —: ¡Hui!

Mahawat, prepara un elefante para Marco Polo.

Era la primera vez que yo montaba en elefante, y fue de lo más agradable, mucho más que montar un camello, y muy diferente de montar a caballo. La hauda estaba construida, como una cesta, con tiras de zhugan entretejidas, llevaba un pequeño banco en el que me sentaba junto al guía, tenía lados altos para protegernos del roce de las ramas, y encima un dosel de tejado, pero estaba abierto por delante para que el mahawat pudiera guiar al elefante azuzándolo con un palo, y yo pudiera lanzar mis flechas. Al principio sentía un poco de vértigo por la gran altura que me separaba del suelo, pero en seguida me acostumbré. Y cuando el animal empezó a caminar por el parque, no me di cuenta inmediatamente de que andaba más de prisa que un caballo o un camello. E

igualmente, cuando llegó el momento de cazar un veloz jabalí, tardé un rato en comprender que el elefante, a pesar de su enorme volumen, corría tan rápido como un caballo al galope.

El mahawat estaba muy orgulloso de sus importantes funciones y se jactaba de ellas, y esto me resultó muy instructivo. Sólo las hembras del elefante, me dijo, se utilizaban como animales de trabajo. Los machos no se podían amaestrar fácilmente, y sólo se conservaban unos cuantos en las manadas domésticas para acompañar a las hembras. Todos los elefantes llevaban grandes y toscos cencerros, objetos de madera tallada que

sonaban con un ruido hueco y profundo en vez de metálico. El mahawat me dijo que si alguna vez oía una campana de toque metálico, era mejor que echara a correr, porque las campanas metálicas sólo las colgaban en los elefantes que se habían portado mal y ya no eran de confianza; dicho de otro modo, en los elefantes que más se parecían a las personas: generalmente hembras enloquecidas, como lo estaría cualquier madre humana, por haber perdido a su cachorro, o un macho que se había vuelto gruñón, mezquino e irascible con la edad, como cualquier hombre viejo. Un elefante, dijo el mahawat, era más inteligente que un perro, más obediente que un caballo y más hábil con su trompa y sus colmillos que un mono con sus patas, y se le podía enseñar a hacer muchas cosas útiles y divertidas. En los bosques madereros, dos elefantes podían manejar una sierra para cortar un árbol, y luego Podían recogerlo y amontonar los gigantescos troncos, o arrastrarlos hasta un camino forestal, bajo la supervisión de un único leñador humano que seleccionaba los troncos que se debían cortar. Como animal de carga, el elefante era incomparable a cualquier otro; era capaz de llevar tanto peso como tres poderosos bueyes, y trasladarlo a una distancia de treinta o cuarenta li en un día normal de trabajo, o a más de cincuenta li en caso de emergencia. Al elefante no le asustaba el agua, como le pasa al camello, porque es un buen nadador, mientras que el camello es incapaz de nadar.

No sé si un elefante hubiera podido cruzar un camino tan precario como la Ruta del Pilar, pero en todo caso aquel animal nos llevaba con rapidez y seguridad a través de los diferentes terrenos de Damaqing. Mi elefanta no era sino una más de la cabalgata, la del kan y varias más iban delante mío, por eso mi mahawat no tuvo que guiar demasiado. Pero cuando quería que la elefanta girara, no tenía más que tocar una u otra de aquellas orejas del tamaño de una puerta. Cuando pasábamos entre árboles, el animal, sin que se lo pidieran, utilizaba su trompa para apartar cualquier rama que estorbara, e incluso rompía las ramitas más flexibles para asegurarse de que al volver atrás no golpearían a los jinetes. A veces pasaba entre árboles que parecían estar demasiado próximos para permitir el paso, y lo hacía tan sinuosa y suavemente que ni siquiera arañaba las cinchas que sostenían nuestra hauda sobre sus hombros. Cuando llegábamos a la húmeda y arcillosa orilla de un pequeño riachuelo, la elefanta, casi tan juguetona como un niño, juntaba sus cuatro patas que parecían troncos, y se deslizaba por la pendiente hasta el borde del agua. En aquel lugar del río habían sido colocadas unas piedras para permitir el paso. Antes de aventurarse a pisar una de ellas, la elefanta probaba cuidadosamente si cada una resistía su peso, y sondeaba con su trompa la profundidad del agua de alrededor. Luego, si parecía satisfecha pasaba a una de las piedras, y de aquélla a la siguiente, sin dudar nunca, pero pisando con tanta delicadeza y precisión como un hombre gordo que hubiera bebido una copa de más.

La característica desagradable del elefante es común a todas las criaturas, pero el tamaño de este animal la amplifica a un nivel prodigioso. Quiero decir que la elefanta que yo montaba pedeaba terriblemente y con gran frecuencia. Otros animales también lo hacen —los camellos, los caballos, incluso los seres humanos, bien lo sabemos —, pero ningún otro creado por Dios lo hace de modo tan pestilente y estrepitoso como el elefante, y eso producía una miasma nociva casi tan visible como audible. Yo, con un heroico esfuerzo, fingía no darme cuenta de aquellas faltas de urbanidad. Pero de lo que me quejé débilmente fue de otra costumbre del animal: la elefanta echó hacia atrás su trompa varias veces por encima de su cabeza y me estornudó en la cara, con tanta fuerza que me sacudió del asiento, y con tanta humedad que pronto quedé totalmente empapado. Cuando expresé mi irritación por los estornudos, el mahawat dijo arrogantemente:

—Los elefantes no estornudan. La hembra simplemente está soplando para quitarse

vuestro aroma de encima.

—Gésu! —murmuré yo —. ¿Le está molestando mi olor?

—Es sólo porque sois un forastero, y no está acostumbrada a vos. Cuando acabe conociéndoos, aceptará vuestro olor y moderará su comportamiento.

—Me alegra saberlo.

Así que seguimos adelante, entretenidos, balanceándonos rítmicamente sobre la alta hauda, y el mahawat me contó otras cosas. Hacia el sur, en las junglas de Champa, dijo, de allí donde procedían los elefantes, había cosas tales como elefantes blancos.

—No blancos del todo, claro, como los caballos y los halcones del gran kan, que son blancos como la nieve. Pero de un gris más pálido que el normal. Y como hay pocos ejemplares, igual que los albinos entre las personas, se consideran sagrados. Y a menudo se utilizan como venganza contra un enemigo.

—¿Sagrados e instrumentos de venganza? —repetí yo —. No lo entiendo. Y me lo explicó. Cuando se cazaba a un elefante blanco, se debía regalarlo al rey del lugar, porque sólo un rey podía permitirse mantenerlo. Ese elefante, por ser sagrado, no podía destinarse al trabajo, sino que había que mimarlo dándole un buen establo, personas que lo cuidaran con dedicación y una dieta principesca; y su única función era la de marchar en las procesiones religiosas, ocasiones en las que había que engalanarlo con paños entretejidos de oro, cadenas enjoyadas, chucherías y demás. Era un gasto costoso, incluso para un rey. Sin embargo, dijo el mahawat, imaginad que el rey se disgusta con alguno de sus señores, o teme su rivalidad, o simplemente le coge manía…

—En los viejos tiempos —dijo —un rey le hubiera enviado dulces envenenados para que el destinatario muriera al probarlos, o una bella esclava con sus partes rosadas

envenenadas para que el noble muriera después de acostarse con ella. Pero actualmente estos trucos están demasiado vistos. Hoy en día al rey le basta con enviar al noble un elefante blanco. Un regalo sagrado no puede rechazarse. Tampoco puede sacársele provecho. Pero debe correr con los ruinosos gastos de mantenerlo con el tren de vida adecuado, así que pronto cae en la bancarrota y se arruina, suponiendo que espere tanto. La mayoría se suicidan nada más recibir al elefante blanco. Yo me negué a creerme tal historia y acusé al mahawat de haberla inventado. Pero luego me dijo otra cosa increíble: que él podía calcular la altura de un elefante sin siquiera verlo, y cuando al final de aquella jornada descabalgamos de nuestros elefantes, me demostró esa habilidad y hasta yo pude hacerlo. Me vi, pues, obligado a creerme esto y dejé de burlarme de su historia sobre el elefante blanco. En todo caso, la medición se lleva a cabo así: uno encuentra el rastro de un elefante, escoge la huella de una de sus pezuñas delanteras y mide su circunferencia. Todo el mundo sabe que una mujer bien proporcionada tiene una cintura que mide exactamente dos veces la circunferencia de su cuello, y éste dos veces la circunferencia de su muñeca. Asimismo, la altura del elefante hasta su cruz es exactamente el doble de su pezuña delantera. Cuando oímos los gritos y golpes de los ojeadores delante nuestro, extraje una flecha y tensé mi arco. Y cuando una forma negra y erizada se abrió paso entre la espesura con un ronquido y entrechocó sus colmillos amarillos como si quisiera desafiar los de mi elefanta, solté la flecha. Dio de pleno en el jabalí; pude oír el tuoc del golpe y ver la nubecilla de polvo que se levantó de su pelambrera. Creo que habría caído al suelo inmediatamente si hubiese escogido una de las flechas pesadas, de cabeza ancha. Pero yo quería de entrada disparar desde lejos y por ello había utilizado una flecha de cabeza estrecha y de largo alcance. Se clavó profundamente en el cuerpo del jabalí, pero sólo conseguí que el animal diera la vuelta y huyera.

Mi elefanta, sin esperar órdenes, salió corriendo en su persecución y siguió tan de cerca sus piruetas y quiebros como si fuera un podenco entrenado en la caza del jabalí,

mientras el mahawat y yo saltábamos de un lado a otro dentro de la hauda. Era imposible preparar otra flecha y mucho menos dispararla confiando en dar en el blanco. Pero el jabalí herido pronto comprendió que estaba huyendo hacia la línea de ojeadores. Frenó resbalando desmañadamente en el lecho seco de un torrente, dio la vuelta al verse acorralado, bajó su larga cabeza y nos miró con sus rojos ojos parpadeando furiosamente detrás de cuatro colmillos que se curvaban hacia arriba. Mi elefanta frenó, resbalando también en el fango, espectáculo sin duda divertido si hubiese podido contemplarlo desde otro lugar. Pero el mahawat y yo nos precipitamos por la parte delantera y abierta de la hauda y caímos sobre la gran cabezota de la elefanta, y hubiésemos continuado en nuestra caída de no habernos agarrado el uno al otro y a las grandes orejas del animal y a las correas que sujetaban la hauda y a cualquier otra cosa que encontramos.

Cuando la elefanta levantó de nuevo su trompa por encima de su cabeza deseé

confusamente que hubiese pensado hacer algo mejor que estornudar, y resultó que sí lo había pensado. Dobló la trompa alrededor de mi cintura, me levantó por encima de su cabeza como si mi peso no fuera superior al de una hoja seca, me volteó en el aire y me depositó de pie… entre ella y el jabalí que roncaba furiosamente hundiendo las pezuñas en el suelo. Ignoro si la maliciosa intención de la elefanta era que yo, el forastero de nuevo olor, detuviera personalmente la carga del jabalí, o si la habían entrenado así para que el cazador pudiera disparar por segunda vez a su presa. Pero si pensaba haberme ayudado en algo se equivocaba, porque me había depositado en el suelo sin arco ni flechas, que se habían quedado arriba, en la hauda. Estuve a punto de girarme para ver si los ojitos del animal entre la piel arrugada brillaban de malicia o tenían una solemne expresión de preocupación, pues los ojos de un elefante son tan expresivos como los de una mujer, pero no me atreví a dar la espalda al jabalí herido. Desde donde yo estaba parecía mayor que un cerdo criado en granja y de un salvajismo inexpresivamente mayor. Tenía su negro morro cerca del suelo, tenía encima cuatro malignos colmillos curvándose hacia arriba y hacia fuera, tenía encima de ellos los ojos rojos e inflamados y las orejas peludas estremeciéndose, y detrás de todo estaba el lomo poderoso y negro contrayéndose para dar el salto. Yo agarré mi cuchillo del cinto, lo saqué, lo proyecté hacia adelante y me tiré de cabeza contra el jabalí en el mismo momento en que éste cargaba contra mí. Si hubiese esperado un instante más, habría errado el movimiento. Caí encima del largo morro y de la jibosa espalda del jabalí, pero el animal no pudo levantar sus colmillos y clavarlos en mi ingle porque murió

instantáneamente. Mi cuchillo penetró la piel y se hundió en la carne. Al clavarlo apreté

la empuñadura de modo que las tres hojas se clavaron al mismo tiempo. El salto agónico del jabalí me arrastró un trecho, luego sus natas se doblegaron y los dos caímos al suelo amontonados.

Me puse en pie rápidamente, temiendo que el animal tuviera fuerza para una última convulsión. Cuando vi que permanecía inmóvil sangrando, arranqué mi cuchillo y luego la flecha, y los limpié en las cerdas negras, que parecían púas. Al cerrar mi seguro cuchillo de resorte y envainarlo de nuevo envié mentalmente una nueva acción de gracias a un lugar distante en el espacio y en el tiempo. Luego di la vuelta y dirigí una mirada no tan agradecida a la elefanta y al mahawat. Él estaba sentado en las alturas mirando con temor y quizá con una cierta admiración. Pero la elefanta se limitaba a balancearse suavemente sobre sus patas, mientras su ojo me miraba con una compostura satisfecha y femenina, como diciendo: «Claro. Hiciste lo que yo esperaba», sin duda el mismo breve comentario que la princesa liberada dirigió a San Zorzi cuando éste hubo matado al dragón.

2

Cuando hubimos regresado al palacio de Shangdu, Kubilai se me llevó de paseo por

los jardines mientras esperábamos que los cocineros prepararan una cena con los jabalíes: mi trofeo y varios más cazados por otros participantes en la cacería, quienes habían aca-bado con ellos desde distancias más normales y seguras. La tarde se estaba desvaneciendo en el crepúsculo cuando el gran kan y yo nos detuvimos en un puente invertido para contemplar un lago artificial de un cierto tamaño. Una pequeña cascada alimentaba aquel lago y el puente estaba construido enfrente de ella, no pasando por encima sino con la forma de una letra U: las escaleras bajaban de una orilla y subían a la otra, y desde el centro del puente teníamos delante el pie espumante de la pequeña cascada.

Admiré un rato el espectáculo y luego me di la vuelta para contemplar el lago mientras Kubilai leía la carta del orlok Bayan que yo le había entregado para que la leyera con la última luz del crepúsculo. Era una tarde de otoño, hermosa y tranquila. Había nubes rojas en lo alto del cielo, encima del lago, y a continuación quedaba un trozo de cielo despejado y azul como el hielo, entre las nubes y los negros perfiles de las copas de los árboles de la orilla lejana del lago, tan planos que parecían recortados en papel negro y pegados allí. El lago, liso como un espejo, reflejaba únicamente los negros árboles y el azul claro del cielo bajo, y sólo lo rompió el paso de unos cuantos patos de adorno chapoteando por el centro. El surco que dejaron en el agua reflejó las nubes más altas de la puesta, y a cada pato seguía una estela larga y llameante que cortaba la superficie gélida y azul.

—O sea que Ukuruji ha muerto —dijo Kubilai suspirando y doblando el papel —. Pero hemos logrado una gran victoria y todo Yunnan capitulará pronto. —Ni el kan ni yo podíamos saberlo, pero en aquel momento los yi habían depuesto ya sus armas y otro mensajero cabalgaba al galope desde Yunnan Fu para traernos la noticia —. Bayan dice que tú, Marco, puedes darme más detalles. ¿Murió bien mi hijo?

Le conté el como, el dónde y el cuándo de todo: la utilización de los bho como un ejército sacrificable de pacotilla, la loable eficacia de las bolas de latón, la disminución de la batalla y su transformación en dos escaramuzas finales, de hombre contra hombre, en una de las cuales yo había sobrevivido, mientras en la otra Ukuruji sucumbió, y concluí explicando la captura y ejecución del traidor Bao Neihe. Hubiese querido enseñarle el sello yin del ministro Bao, pero mientras hablaba me di cuenta de que lo había dejado en mis alforjas, que estaban en aquel momento en mi habitación de palacio, o sea que no lo mencioné y como es lógico el gran kan no me pidió pruebas. Luego dije, quizá algo tristemente:

—Debo pedir disculpas, excelencia, por no haber seguido los nobles preceptos de vuestro abuelo Chinghiz.

—Uu?

—Me marché inmediatamente de Yunnan, excelencia, para traeros las noticias. Es decir, que no tuve oportunidad de violar a ninguna casta esposa o hija de yi. Él sonrió

y dijo:

—Ah, bueno. Siento que tuvieras que renunciar a las bellas mujeres yi. Pero cuando hayamos conquistado el imperio Song, quizá tengas ocasión de viajar a la provincia de Fujian. Según se dice las hembras del pueblo min de Fujian son tan extraordinariamente bellas que los padres no envían a sus hijas fuera de casa ni para buscar agua o cortar leña, por miedo de que las secuestren los cazadores de esclavos o los buscadores de concubinas imperiales.

—En este caso, esperaré conocer a una chica min.

—Mientras tanto parece que tus proezas en otros aspectos de la guerra habrían llenado de satisfacción al kan guerrero Chinghiz. —Señaló con un gesto la carta —. Bayan te atribuye gran parte de la victoria de Yunnan. Está claro que le impresionaste. Incluso me propone descaradamente consolarme de la pérdida de Ukuruji nombrándote hijo honorario mío.

—Esto me halaga. Pero por favor, pensad que el orlok escribió esto entusiasmado por la victoria. Estoy seguro de que no quiso faltar al respeto que os debe.

—Y tengo todavía abundancia de hijos —dijo el kan, como recordándoselo a sí mismo, no a mí —. Sobre mi hijo Chingkim puse hace tiempo el manto de príncipe heredero. Además, y tú, Marco, todavía no lo sabes, la joven esposa de Chingkim, Kukachin, ha dado a luz recientemente a un hijo, mi primer nieto, es decir, que queda asegurada la sucesión continua de nuestro linaje. Le han dado el nombre de Temur. —Continuó

hablando como si se hubiese olvidado de mi presencia —. Ukuriji deseaba mucho convertirse en wang de Yunnan. Lástima que haya muerto. Habría sido un buen virrey de una provincia recién conquistada. Ahora pienso que… concederé este título de wang a su hermanastro Hukoji… —Luego se dirigió repentinamente a mí —. La propuesta de Bayan de que introduzca a un ferenghi en la dinastía real mongol es impensable. Sin embargo, estoy de acuerdo con él en que no debería ignorarse una sangre tan buena como la tuya. Podría infundirse provechosamente en la nobleza mongol inferior. Al fin y al cabo hay un precedente. Mi difunto hermano, el ilkan Hulagu de Persia, al conquistar aquel imperio quedó tan impresionado por el valor de los adversarios de jíormuz que los utilizó como sementales de todas las hembras que seguían su campamento, y creo que el resultado valió la pena.

—Sí, excelencia, me enteré de esto durante mi estancia en Persia.

—Bien. Tú no tienes esposa, ya estoy enterado. ¿Actualmente estás ligado o comprometido con otra mujer o con otras mujeres?

—Bueno… yo no, excelencia —contesté, temiendo repentinamente que pensara casarme con alguna dama soltera mongol o con una princesa menor elegida por él. Yo

no tenía ningunas ganas de casarme y desde luego menos con una gata nel saco.

—Y si dejaste de aprovecharte de las mujeres vi, estarás ahora ansiase por dar salida a tus ardores.

—Bueno… sí, excelencia. Pero yo mismo puedo buscarme…

Me hizo callar con un gesto y movió la cabeza con aire decidido.

—Muy bien. Poco antes de que trasladara la corte desde Kanbalik, llegó el cargamento anual de doncellas de regalo. Me traje a Shangdu unas cuarenta a las que todavía no he montado. Entre ellas hay una docena de finas chicas mongoles. Quizá no lleguen al nivel min de belleza, pero todas son de veinticuatro quilates, como podrás ver. Te las enviaré a tus habitaciones, una cada noche, con órdenes de que no utilicen semillas de helechos para que queden fácilmente preñadas. Haznos el favor, a mí y al kanato mongol, de servirte de ellas.

—¿Una docena, excelencia? —pregunté con cierta incredulidad.

—No me vengas ahora con pegas. La última orden que te di fue que partieras para la guerra. La orden de ir a la cama, y con una serie de vírgenes mongoles de primera calidad, se ha de obedecer con más prontitud, ¿no es cierto?

—Desde luego, excelencia.

—Que así sea, pues. Y espero obtener una buena cosecha de sanos híbridos mongol-ferenghi. Ahora, Marco, volvamos al palacio. Hay que informar a Chingkim de la muerte de su hermanastro, para que en su calidad de wang de Kanbalik pueda ordenar que la ciudad se adorne con colgaduras púrpuras de duelo. Mientras tanto el artificiero y el orfebre están muy impacientes por saber exactamente cómo utilizaste su invento de

bolas de latón. Vamos.

El comedor de palacio de Shangdu era una sala imponente con rollos de pintura y trofeos de caza disecados colgando de las paredes, pero lo dominaba todo una escultura de fino jade verde. Era una pieza única y maciza de jade que debía de pesar cinco toneladas, y Dios sabe cuál era su valor en oro o en moneda volante. Estaba esculpida a semejanza de una montaña, muy parecida a una de las montañas que yo había ayudado a destruir en Yunnan, completa con precipicios, hendeduras, bosques de árboles y caminos abruptos y retorcidos como la Ruta de los Pilares, por los cuales subían cansinamente pequeñas esculturas de campesinos, porteadores y carros de caballos. La carne de jabalí era muy gustosa, y la comí sentado a la mesa alta con el kan, el príncipe Chingkim, el orfebre Boucher y el artificiero Shi. Expresé a Chingkim mi pésame por el fallecimiento de su hermano y mi felicitación por el nacimiento de su hijo. Los otros dos cortesanos se dedicaron altivamente a

interrogarme a fondo sobre el buen funcionamiento de las bolas de huoyao, a alabarme profusamente y a alabarse ellos mismos por haber inventado algo tan importante, un invento que todo el mundo imitaría y que persistiría a lo largo de las edades, cambiando el rostro de la guerra y haciendo famosos para siempre los nombres de Shi, de Polo y de Boucher.

—¿No os avergüenza, maestro Shi? —le reprendí —. Vos mismo dijisteis que el polvo de fuego fue inventado por algún desconocido han.

—Peu de chose! —gritó Boucher —. No era más que un juguete hasta que un astuto veneciano, un judío renegado y un brillante joven francés descubrieron todo su potencial.

—Ganbei! —exclamó el viejo Shi —. L'Schaim! —repitió, mientras brindaba con un vasito de maotai, que luego apuró de un sorbo.

Boucher le emuló y yo tomé sólo un pequeño sorbo del mío. Mis inmortales compañeros podían emborracharse si así les apetecía, yo me reservaba, porque sin duda más tarde necesitaría estar en posesión de todas mis facultades. Unos músicos uighures tocaron durante la cena, por suerte no muy alto, y después nos entretuvieron unos juglares y unos funámbulos. Más tarde una compañía interpretó una obra que a pesar de sus elementos extraños encontré familiar. Un narrador han recitaba la historia pasando del sonsonete a los gemidos y a los gritos, y declamaba además [as conversaciones correspondientes, mientras sus compañeros movían los hilos de las marionetas que representaban los distintos papeles. No entendí ni jota, pero lo encontré

todo perfectamente comprensible, porque los personajes han, el marido viejo y traicionado, el médico cómico, el villano burlón, el sabio estúpido, la doncella abandonada, el héroe valiente y otros, se parecían enormemente a los de cualquier espectáculo veneciano de títeres: nuestro aturdido Pantaleone, el inepto médico dotar Balanzón, el pillo Pulcinella, el estúpido abogado dotór da Nulla, la coqueta Colombina, el atrevido Trovatore, etc. Pero al parecer a Kubilai no le gustó mucho el espectáculo, porque dijo gruñendo a los de su lado:

—¿Por qué utilizar títeres para representar a personas? ¿Por qué no utilizar a personas para representar a personas?

Y en años posteriores, obedientemente, todas las compañías hicieron exactamente esto: prescindieron del narrador y de las marionetas y presentaron a actores humanos que hablaban y representaban su papel en la historia.

La mayor parte de la corte estaba aún divirtiéndose ruidosamente cuando me retiré a mis habitaciones. Pero era evidente que Kubilai había dado instrucciones un rato antes, porque me había metido ya en la cama y no había apagado todavía la lámpara del lado de mi cama cuando oí un golpecito en mi puerta y entró una mujer joven

llevando una especie de cajita blanca.

—Sain bina, saín nai —dije cortésmente, pero ella no me respondió, y cuando le dio la luz de la lámpara vi que no era mongol, sino han o de una de las razas emparentadas. Evidentemente se trataba de una de las criadas que preparaban la llegada de su señora, porque vi en seguida que el objeto blanco era un simple incensario. Deseé que la señora fuera tan bella y exquisitamente delicada como la criada. Dejó el quemador de incienso cerca de mi cama: era una caja de porcelana con tapa, en forma de joyero, realzada con dibujos intrincados en relieve. Luego tomó mi lámpara, sonriendo tímidamente para pedirme permiso, y cuando asentí con la cabeza, se sirvió de la llama de la lámpara para encender una varilla de incienso, levantó la tapa del incensario y puso cuidadosamente el incienso dentro. Observé que éste era zanxijang púrpura, el incienso más fino, compuesto por hierbas aromáticas, almizcle y polvo de oro; este incienso difunde por la habitación no un olor pesado, picante y cerrado sino el aroma de los campos estivales. La criada se sentó en el suelo al lado de mi cama, dócil y silenciosa, esperando con los ojos discretamente bajados a que el fragante y tranquilizador perfume invadiera la habitación Pero a mí no me calmó del todo; me sentía casi tan nervioso como si fuera un novio de verdad. Traté, pues, de conversar un poquito con la doncella, pero o bien la habían enseñado a mostrarse imperturbable o desconocía por completo el mongol, porque ni siquiera levantó la mirada. Finalmente se oyó otro golpecito en la puerta y su dama entró orgullosamente. Me alegró comprobar que era bella, excepcionalmente bella para una mongol, aunque no tan delicada y fina y de rasgos de porcelana como su criada.

—Buen encuentro, buena mujer —dije de nuevo en mongol —. Y la recién llegada contestó con un murmullo:

—Sain bina, sain urkek.

—¡Vamos! No me llames hermano —dije con una risa trémula.

—Es el saludo normal.

—Bueno, por lo menos procura no tratarme como a un hermano. Continuamos charlando de modo muy ligero, sin duda, casi inane, mientras la doncella la ayudaba a desembarazarse de sus considerables galas nupciales. Yo me presenté y ella soltó una especie de catarata verbal contándome que se llamaba Setsen, que pertenecía a la tribu mongol llamada Kerait, y que era cristiana nestoriana, pues todos los keraits se habían convertido de golpe por obra de un antiguo obispo nestoriano itinerante, y ella no había salido nunca de su ignoto pueblo en las remotas regiones septentrionales de Tannu-Tuva, un país de cazadores de pieles, hasta que la seleccionaron para el concubinato y la transportaron a un centro comercial llamado Urga, donde, para su sorpresa y alegría, el wang provincial le había dado la calificación de veinticuatro quilates y la había enviado hacia el sur, a Kanbalik. Dijo también que nunca había visto a un ferenghi, y que le excusara su descaro, pero ¿el color pálido de mi cabello

y de mi barba era natural o se había vuelto gris con la edad? Expliqué a Setsen que mi edad no era mucho mayor que la suya y que aún estaba muy lejos de la senilidad, como podía haber deducido ella misma por la excitación creciente que se apoderaba de mí mientras miraba cómo se desvestía. Le prometí darle más pruebas de mi vigor juvenil, cuando la criada hubiese salido de la habitación. Sin embargo la chica, después de depositar a su dama desnuda a mi lado se sentó de nuevo en el suelo al lado de la cama como si estuviese dispuesta a quedarse, y ni siquiera apagó la luz. O sea que la conversación que mantuvimos después Setsen y yo fue peor que inane, fue ridícula.

—Ya puedes despedir a tu criada —le dije.

—La lon-gya no es una criada. Es una esclava —respondió ella

—Lo que sea. Ya puedes despedirla.

—Tiene orden de atender a mi qingdu chukai, a mi desfloración.

—Yo anulo la orden.

—No podéis, señor Marco. Es mi ayudante.

—Igual me da, Setsen, aunque fuera tu obispo nestoriano. Prefiero que ayude desde fuera.

—No puedo enviarla fuera, ni vos tampoco. Está aquí por orden del alcahuete de la Corte y de la dama matrona de las concubinas.

—Yo estoy por encima de matronas y alcahuetes. Estoy aquí por orden del kan de todos los kanes.

Setsen pareció ofendida.

—Pensaba que estabais aquí porque teníais ganas de estar.

—Bueno, esto por supuesto —dije, inmediatamente arrepentido —. Pero lo que no esperaba es que hubiera público aplaudiendo mis proezas.

—No aplaudirá. Es una lon-gya. No dirá nada.

—Perdizión. Me importa un comino que cante un inno imeneo, sólo deseo que lo haga fuera.

—¿Qué es esto?

—Un himno nupcial. Un himno de himeneo. Celebra… bueno, celebra la rotura de… es decir, la desfloración.

—Pero ella está aquí precisamente por esto, señor Marco.

—Para cantar.

—No, no, como testigo. Se irá cuando vos… cuando ella vea la mancha en la sábana. Se irá a informar a la dama matrona de que todo es como debía ser. ¿Entendéis?

—El protocolo, sí. Vaj!

Miré a la chica que parecía ocupada estudiando las circunvoluciones blancas del incensario, sin prestar la menor atención a nuestra disputa. Me alegré de no ser un novio auténtico, porque las circunstancias me habrían impedido estar a la altura de mi anterior bravata. Sin embargo, puesto que era únicamente una especie de novio suplente y que ni la novia ni su doncella consideraban embarazosa la situación, ¿por qué iba a sentirme yo cohibido? Procedí, pues, a proporcionar la prueba que estaba esperando la esclava, y Setsen colaboró amable aunque inexpertamente a ello, y durante estos esfuerzos la esclava, por lo que pude ver, nos prestó tanta atención como si nos hubiésemos quedado igual de inertes que su incensario. Pero al cabo de un rato Setsen se inclinó fuera de la cama, sacudió por un hombro a la muchacha y ésta se levantó, ayudó a desenredar la ropa de cama y las dos encontraron la manchita roja. La esclava asintió con la cabeza, nos sonrió brillantemente, se inclinó, apagó de un soplo la lámpara, salió de la habitación y nos dejó para que ejecutáramos solos las consumaciones no obligatorias que se nos antojaran.

Setsen me dejó por la mañana, y yo me reuní con el kan y sus cortesanos para cazar durante todo el día con halcones. Incluso Ali Babar me acompañó, después de asegurarle yo que la caza con halcón no comportaba para el cazador tantos riesgos como otras especialidades más duras, por ejemplo, la caza del jabalí. Levantamos muchas piezas aquel día y el resultado fue bueno. La aguda vista del halcón le permite ver, vigilar, abatirse y cazar incluso a la luz del crepúsculo, y por ello toda la compañía pernoctó en el palacio de campo de zhugan. Regresamos a Shangdu al día siguiente, con abundancia de aves y liebres para las ollas de la cocina, y aquella noche, después de una buena cena de caza, recibí a la segunda contribución de Kubilai a la mejora de la raza mongol.

Sin embargo, también vino precedida por una esclava con un incensario blanco de porcelana en las manos, y cuando descubrí que era la misma bella esclava del día anterior, traté de comunicarle el desconcierto que sentía por obligarla a asistir a dos noches nupciales. Pero ella se limitó a sonreír de forma encantadora y o no pudo o no quiso entenderme. Por ello cuando la doncella mongol llegó y se presentó con el nombre de Jehol le dije:

—Perdona mi poco viril agitación, Jehol, pero me parece más que inquietante que la misma monitora supervise dos veces mis actos nocturnos.

—No os preocupéis por la lon-gya —dijo Jehol con indiferencia —. No es más que una esclava del vil pueblo min de la provincia de Fujian.

—¿De veras? —pregunté interesado por la información —. ¿Min auténtica? Sin embargo no me gusta que nadie compare mis sucesivas actuaciones, su grado de energía, de estupración o de eficacia o de lo que sea.

Jehol se limitó a reír y dijo:

—No hará ninguna comparación, ni aquí ni en el departamento de las concubinas. Es incapaz de hacer nada así.

En aquel momento Jehol se había desnudado tanto, con ayuda de la esclava, que apartó

mi mente de otros temas. Dije, pues:

—Bueno, si a ti no te preocupa, supongo que tampoco yo debo preocuparme —y la noche siguió un curso igual a la anterior.

Pero cuando llegó la noche de la siguiente doncella mongol, cuyo nombre era Yesukai, y ésta entró precedida por aquella misma esclava min y su mismo incensario, planteé de nuevo las mismas objeciones. Yesukai se encogió de hombros y dijo:

—En el palacio de Kanbalik teníamos muchas criadas y esclavas. Pero cuando la dama matrona nos trajo a Shangdu para pasar la temporada llegamos con sólo unas cuantas domésticas, y esta esclava es la única lon-gya del grupo. Si nosotras, las chicas, tenemos que contentarnos con ella, vos también tenéis que acostumbraros.

—Quizá ella sea admirablemente reticente en relación a lo que pasa en esta habitación —gruñí —. Pero ya ha dejado de preocuparme que pueda hablar o no indiscretamente. Lo que temo es que después de unas cuantas noches como ésta empiece a reír.

—No puede reír —dijo Cheren, que fue la siguiente doncella mongol en visitarme —. Como tampoco puede hablar ni oír. La esclava es una lon-gya. ¿No conocéis esta palabra? Significa sordomuda.

—¿En serio —murmuré, mirando a la esclava con más compasión que antes —. No me extraña que no haya contestado nunca cuando me he quejado de ella. Durante todo este tiempo he supuesto que lon-gya era su nombre.

—Si alguna vez tuvo un nombre, no puede decirnos cuál es —comentó Toghon, la siguiente doncella mongol —. En el departamento de las concubinas la llamamos Huisheng. Pero sólo lo hacemos por malicia femenina, cuando nos burlamos de ella.

—Huisheng —repetí —. ¿Qué malicia hay en ello? Me parece un nombre muy melifluo.

—Es un nombre muy impropio, porque significa Eco —dijo Dev-let, la siguiente doncella mongol —. Pero no importa. Ni lo oye ni responde a él.

—Un Eco sin sonido —dije, y sonreí —. Quizá sea un nombre impropio, pero es una paradoja agradable. Huisheng, Huisheng…

A Ayuka, la séptima u octava de las doncellas mongoles le pregunté:

—Cuéntame, ¿busca deliberadamente tu dama matrona a esclavas sordomudas para la tarea de supervisar las noches nupciales?

—No las busca. Las hace así desde su infancia: que sean incapaces de escuchar a escondidas y de chismorrear. No pueden emitir un sonido de sorpresa o de desaprobación si ven cosas extrañas en el dormitorio, ni luego contar las cosas perversas que han presenciado. Si alguna vez se portan mal y hay que pegarles no pueden gritar.

—Bruto barabáo! ¿Las hace así? ¿Cómo?

—En realidad la dama matrona encarga a un médico chamán que lleve a cabo la

operación enmudecedora —dijo Merghus, que era la octava o novena doncella mongol —. Mete un espetón al rojo por cada oreja y por el cuello hasta la garganta. No sé cómo se hace exactamente, pero miradla bien: veréis una diminuta cicatriz en su garganta. Miré, y así era. Pero vi más cuando puse los ojos en Huisheng, porque Kubilai estaba en lo cierto al decir que las muchachas min eran de una belleza insuperable. Por lo menos aquélla lo era. Por ser una esclava no llevaba la cara empolvada de blanco como las demás mujeres nativas de estos países, ni el complicado y rígido peinado de las señoras mongoles. Su piel de color melocotón pálido era la suya propia, y su cabello formaba simples ondas suaves sobre la cabeza. La pequeña cicatriz en forma decreciente de su cuello era su única tara, lo que no podía decirse de las nobles doncellas a las que servía. La mayoría de ellas habían crecido al aire libre, en duras condiciones de vida, entre caballos y otros animales, y tenían muchas muescas, hoyos y abrasiones que estropeaban incluso las zonas más íntimas de su carne.

En aquel momento Huisheng estaba sentada en la postura más graciosa y atractiva que pueda adoptar una mujer inconscientemente. Estaba prendiendo una flor en su suave cabello negro sin saber que alguien la miraba. Su mano izquierda sostenía la flor rosada sobre su oreja izquierda y se ayudaba con la mano derecha arqueada sobre la cabeza. Esta disposición particular de la cabeza, las manos, los brazos y la parte superior del torso convierte a cualquier mujer, vestida o desnuda, en un poema de curvas y ángulos suaves: la cara vuelta un poco hacia abajo y a un lado, los brazos

enmarcándola en una composición armoniosa, la línea del cuello fluyendo suavemente hacia el pecho, los senos dulcemente levantados por los brazos en alto. En esta postura incluso una mujer vieja parece joven, una mujer gorda parece flexible, una mujer escuálida parece esbelta, y una mujer bella no es nunca más bella que entonces.

Noté también que Huisheng tenía delante de cada oreja una pelusa negra muy fina que le crecía hasta la línea de la mandíbula, y otra pelusa plumosa que crecía bajando por la nuca hasta el cuello del vestido. Eran detalles encantadores, y me hicieron pensar en la posibilidad de que las mujeres min fueran excepcionalmente peludas en sus partes privadas. Podría señalar que las doncellas mongoles tenían todas en sus partes más privadas las peculiares «estufitas» mongoles de pelo liso y plano como trocitos de piel de gato. Pero si me he mostrado desacostumbradamente reticente sobre sus encantos o sobre las noches que pasé retozando con ellas, no se debe a un ataque repentino de modestia o de reserva por parte mía; se debe únicamente a que no recuerdo muy bien aquellas chicas. Incluso he olvidado si me visitó una docena exacta u once muchachas o trece u otro número cualquiera.

Desde luego eran bellas, agradables, competentes, satisfactorias, pero eran esto y nada más. Sólo las recuerdo como una sucesión de incidentes fugaces, uno diferente cada noche. Mi conciencia estaba más impresionada por la pequeña, discreta, silenciosa Eco, y no sólo porque estaba presente cada noche, sino porque superaba en mucho a todas las doncellas mongoles juntas. De no haber sido por la distracción de su influencia, probablemente no habría olvidado tan fácilmente a las demás. En definitiva eran la crema de la femineidad mongol, de veinticuatro quilates de calidad, adaptadas perfecta y eminentemente a su función de compañeras de cama. Pero incluso mientras disfrutaba del espectáculo que me ofrecía la esclava lon-gya al desnudarlas, no podía dejar de observar su excesivo e innecesario tamaño al lado de la diminuta y delicada Huisheng, y lo bastas que eran su tez y su fisonomía, al lado de su piel de melocotón y de sus rasgos exquisitos. Incluso sus senos, que en otras circunstancias habría adorado como bellamente voluptuosos, me parecieron demasiado agresivos y mamíferos comparados con la esbeltez y fragilidad casi infantiles del cuerpo de Huisheng. Debo declarar sinceramente que tampoco las doncellas mongoles debieron de

considerarme su ideal, y no debieron de sentir excesiva alegría por juntarse conmigo. Habían sido reclutadas, después de superar un riguroso sistema de selección, para meterse en la cama del kan de todos los kanes. Kubilai era un anciano, y quizá no era el sueño de una mujer joven, pero era el gran kan. Sin duda sufrieron un considerable desengaño cuando se vieron asignadas a un extranjero, a un ferenghi, a un don nadie, pero sin duda aún fue peor que les ordenaran no tomar la precaución de las semillas de helecho antes de acostarse conmigo. Probablemente su fecundidad era de veinticuatro quilates, es decir, que tenían que esperar quedar embarazadas y dar a luz no a un noble mongol descendiente del linaje de Chinghiz sino a bastardos mestizos, que el resto de la población de Kitai trataría necesariamente con poco afecto, o

incluso despreciaría. Yo tenía mis dudas sobre si Kubilai estuvo acertado al ordenar estas uniones entre sus concubinas y yo. No es que me sintiera ni superior ni inferior a ellas, porque sabía que ellas y yo y todas las demás personas del mundo pertenecíamos a una única raza humana. Me habían enseñado esto desde mis primeros años, y en mis viajes había observado amplias pruebas que lo confirmaban. (Dos pequeños ejemplos: en todas partes todos los hombres, con excepción quizá de los santos y de los eremitas, están siempre dispuestos a emborracharse; en todas partes todas las mujeres cuando corren lo hacen como si tuvieran las rodillas cojas.) Es evidente que todas las personas descienden de los mismos Adán y Eva originales, pero también está muy claro que la progenie ha divergido ampliamente en las generaciones transcurridas desde la expulsión del Edén.

Kubilai me llamaba ferenghi, y no quería ofenderme, pero el calificativo me incluía en una masa equívocamente indiferenciada. Yo sabía que los venecianos éramos muy distintos de los eslavos, de los sicilianos y de las demás nacionalidades occidentales. No podía percibir tanta variedad entre las numerosas tribus mongoles, pero sabía que cada persona estaba orgullosa de la suya, la consideraba la primera raza de mongoles y afirmaba al mismo tiempo que todos los mongoles formaban la primera sección de la humanidad.

En mis viajes no siempre concebía afecto por cada nuevo pueblo que conocía, pero los encontré todos interesantes, y el interés residía en sus diferencias. Distintos colores de piel, diferentes costumbres, comidas, lenguajes, supersticiones, diversiones, incluso deficiencias, ignorancias y estupideces interesantes por su variedad. Poco después de la temporada pasada en Shangdu visitaría la ciudad de Hangzhou y vería que era una ciudad repleta de canales, como Venecia. Pero Hangzhou no se parecía a Venecia en todo lo demás, y eran las diferencias, no las semejanzas, lo que convertían al lugar en algo encantador. También Venecia continúa siendo encantadora y querida por mí, pero dejaría de serlo si no fuera algo único. En mi opinión, un mundo lleno de ciudades, lugares y paisajes iguales sería insoportablemente aburrido, y pienso lo mismo en relación a los pueblos del mundo. Si todos ellos, blancos, de color melocotón, marrones, negros o de cualquier otro color se mezclaran dando un tono indiferenciado, todas las demás diferencias tajantes y duras se difuminarían y desaparecerían. Se puede caminar sin temor por un desierto de arena tostada, porque no hay fisuras ni abismos, pero también carece de cimas elevadas que valga la pena contemplar. Comprendí que mi contribución a la fusión de las líneas de sangre ferenghi y mongol sería despreciable. Además me oponía a que pueblos tan distintos se fundieran deliberadamente siguiendo órdenes y no por un encuentro casual, y perdieran así un grado de variedad, y por lo tanto de interés.

Primero me sentí atraído por Huisheng debido en parte a sus diferencias con las demás mujeres que había conocido hasta entonces. Ver a aquella esclava min entre sus amas mongoles era como ver una ramita de flores de melocotón, rosadas y marfileñas, en un

jarrón de crisantemos peludos y punzantes, de color de bronce y de cobre. Sin embargo Huisheng no sólo era bella comparándola con quienes lo eran menos. Era atractiva por sí, como lo es una flor de melocotón, y habría destacado en un huerto entero de melocotones floridos formados por sus bellas hermanas min. Había motivos para ello. Huisheng vivía en un mundo perpetuamente silencioso, y sus ojos estaban llenos de sueños incluso cuando estaba bien despierta. Sin embargo, la privación del habla y del oído no era un obstáculo total, ni algo que los demás notaran mucho. Yo mismo, antes de que me lo contaran, no había notado que fuera sordomuda, porque ella había desarrollado una viveza en sus expresiones faciales y un vocabulario de pequeños gestos que le permitían comunicar sus pensamientos y sentimientos sin ningún sonido, pero de modo inequívoco. Con el tiempo aprendí a leer con un vistazo todos los movimientos infinitesimales de sus ojos color de qahwah, de sus labios rojos como el vino, de sus cejas de pluma, de sus hoyuelos centelleantes, de sus manos de sauce y de sus dedos de fronda. Pero esto fue más tarde.

Me había sentido cautivado por Huisheng en las peores circunstancias posibles, mientras ella veía que me divertía de forma desvergonzada con su docena aproximadamente de amas mongoles. O sea, que no me atreví a iniciar ningún tipo de cortejo con ella porque corría el riesgo de que me rechazara burlonamente; tenía que dejar pasar algún tiempo, y esperar que se difuminara el recuerdo de aquellas circunstancias. Decidí, por lo tanto, esperar un intervalo prudente de tiempo antes de iniciar cualquier sondeo. Mientras tanto procuraría distanciarla algo de aquellas concubinas sin separarla mucho de mí. Para conseguirlo necesitaba la ayuda del propio gran kan.

Cuando estuve seguro de que no quedaba ninguna doncella mongol por servir, y cuando supe que Kubilai estaba de buen humor, pues acababa de llegar un mensajero anunciándole que Yunnan era suyo y que Bayan estaba avanzando hacia el corazón del imperio song, le pedí audiencia y él me recibió cordialmente. Le comuniqué que había cumplido mi servicio con las doncellas y le agradecí que me hubiera proporcionado la oportunidad de dejar un rastro mío en la posteridad de Kitai. Luego añadí:

—Creo, excelencia, que después de haber disfrutado de esta orgía de placeres sin freno, podría mantenerme firme como una roca en mi carrera de soltero. O sea creo que he alcanzado una edad y una madurez en la que debería dejar de despilfarrar pródigamente mis ardores, dejar la persecución de la potra como lo llamamos en Venecia, o la metida del cucharón, como decís por aquí. Creo que me convendría buscar una conyugalidad más estable, quizá con una concubina especialmente favorecida, y pido vuestro permiso, excelencia, para…

—¡Hui! —exclamó con una sonrisa de satisfacción —. ¿Os cautivó una de esas damiselas de veinticuatro quilates?

—Oh, todas me cautivaron, excelencia, no hay que decirlo. Sin embargo quisiera

guardar para mí a la esclava que las servía.

Se recostó en su asiento y dijo gruñendo con bastante menos satisfacción:

—Uu?

—Es una chica min y…

—¡Aja! —gritó, volviendo a sonreír con placer —. No digas más. Entiendo que quedaras encantado.

—… y quisiera pediros permiso, excelencia, para comprar la libertad de esa esclava, porque está al servicio de vuestra dama matrona de concubinas. Su nombre es Huisheng.

Hizo un gesto con la mano y dijo:

—Te entregaré su título de propiedad cuando regresemos a Kanbalik. Luego será tu

criada, o esclava, o consorte, lo que tú y ella decidáis. Es el regalo que te hago por la ayuda que me prestaste para adquirir Manzi.

—Os doy las gracias, excelencia, muy sinceramente. Y Huisheng os lo agradecerá

también. ¿Volvemos pronto a Kanbalik?

—Mañana partiremos de Shangdu. Tu compañero Ali Babar ya está informado. Probablemente en este momento está en tus habitaciones haciendo tu equipaje.

—¿Es una marcha repentina, excelencia? ¿Ha sucedido algo?

Sonrió con mayor satisfacción que nunca.

—¿No me has oído mencionar la adquisición de Manzi? Acaba de llegar un mensajero de la capital con la noticia.

—¡Song ha caído! —exclamé boquiabierto.

—El primer ministro Achmad ha enviado el mensaje. Una compañía de heraldos han ha cabalgado hasta Kanbalik para anunciar la inminente llegada de la emperadora viuda de los Song, Xichi. Llegará personalmente para rendir este imperio y entregar el Yin imperial y su propia persona real. Achmad podría recibirla, como es lógico, en su calidad de vicerregente, pero prefiero hacerlo yo.

—Desde luego, excelencia, es un acontecimiento que marca época. El derribo de los Song y la creación de toda una nueva nación Manzi para el kanato. Él suspiró confortablemente.

—De todos modos, la estación fría se nos echa encima y aquí la caza ya no será tan agradable. Nos vamos, pues, y tomaremos a una emperatriz por trofeo.

—Ignoraba que el imperio Song estuviera gobernado por una mujer.

—No es más que la regente, la madre del emperador que murió hace unos años, y que murió joven dejando únicamente a hijos en edad infantil. La vieja Xichi debía reinar hasta que su primer nieto tuviera edad de subir al trono. Cosa que ahora no podrá hacer. Vete ya, Marco, y prepárate para cabalgar. Regreso a Kanbalik a gobernar un kanato de mayor extensión y a empezar a echar raíces. Que los dioses nos concedan sabiduría a los dos.

Corrí hasta mi habitación y entré gritando:

—¡Tengo noticias importantes!

Ali Babar me había ayudado a recoger los objetos de viaje que había llevado conmigo a Shangdu, y unas cuantas cosas que había adquirido durante mi estancia allí, por ejemplo los colmillos de mi primer jabalí para guardarlos de recuerdo, y lo estaba metiendo todo en las alforjas.

—Ya nos hemos enterado —dijo sin mucho entusiasmo —. El kanato es mayor y más extenso que nunca.

—¡Tengo noticias más extraordinarias! ¡Acabo de conocer a la mujer de mi vida!

—Dejadme pensar quién pueda ser. Últimamente ha desfilado una auténtica procesión por vuestra habitación.

—¡No te lo puedes imaginad —exclamé alegremente y empecé a alabar las gracias de Huisheng. Pero luego me contuve porque Ali no participaba de mi alegría —. Pareces extrañamente triste, viejo compañero. ¿Te ha ocurrido algo malo?

—El jinete de Kanbalik trajo otras noticias, no tan alegres… —dijo con un hilo de voz. Le miré con mayor atención. Si hubiese tenido una barbilla debajo de aquella barba gris le hubiera temblado.

—¿Qué otras noticias?

—El mensajero dijo que al salir de la ciudad le detuvo uno de mis artesanos de kasi y le pidió que me informara de que Mar-Yanah había desaparecido.

—¿Qué? ¿Tu buena esposa Mar-Yanah? ¿Desaparecida? ¿Cómo?

—No tengo ni idea. El hombre del taller dijo que hace un tiempo, hace ahora un mes o

más, dos guardias de palacio llegaron al taller de kasi. Mar-Yanah habló con ellos y desde entonces no se la ha visto ni oído nada de ella. A consecuencia de esto los obreros están algo confusos e inquietos. Mi hombre sólo le dijo esto al mensajero.

—¿Guardias de palacio? Entonces debió de tratarse de algún asunto oficial. Iré de nuevo a ver a Kubilai y le preguntaré…

—Kubilai dice que no sabe nada de este asunto. Como es lógico fui yo primero a preguntar. Fue entonces cuando me ordenó que hiciera tu equipaje. Y puesto que salimos inmediatamente para Kanbalik no he puesto el grito en el cielo. Supongo que cuando lleguemos allí nos enteraremos de lo sucedido…

—Es todo muy raro —murmuré.

No dije más, pero en mi mente apareció de modo repentino y sin que yo lo pidiera el mensaje que Ali había traído: «Espérame cuando menos me esperes.» No se lo había enseñado a Ali ni le había explicado su contenido. No había considerado necesario preocuparle con mis problemas, o con algo que creía que sólo me afectaba a mí, es decir, que había roto la misiva y la había tirado. Ahora hubiese preferido no haberlo hecho. Como ya he dicho me costaba bastante descifrar la escritura mongol. ¿Podía haberme equivocado al leerla? ¿Quizá decía en esta ocasión algo ligeramente distinto, por ejemplo: «Espérame donde menos me esperes»? ¿Habían utilizado como intermediario a Ali Babar no sólo para amenazarme y alarmarme de nuevo, sino también para sacarlo a él de la ciudad mientras hacían algún trabajo sucio?

La persona que me deseaba mal debía de saber que cuando yo estaba ausente de la ciudad sólo era vulnerable a través de los demás, de las pocas personas que quedaban allí y que me eran queridas. En realidad, sólo tres personas. Mi padre y mi tío eran dos de ellas. Pero se trataba de hombres adultos y fuertes, y si alguien les hacía daño tendría que responder ante un gran kan encolerizado. Sin embargo la tercera persona era la buena, bella y dulce Mar-Yanah, pero era sólo una débil mujer, y una insignificante ex esclava, apreciada únicamente por mí y por mi anterior esclavo. Recordé con dolor las palabras de ella: «Me quedó mi vida, pero no mucho más…», y lo que dijo luego tristemente: « Si Ali Babar puede amar lo que queda de mí…»

¿Había secuestrado a esta mujer sin tacha mi enemigo desconocido, el ser oculto y al acecho que murmuraba amenazas, y lo había hecho sin otro motivo que por hacerme daño? En caso afirmativo el enemigo era alguien vil y repugnante, pero había escogido inteligentemente a la víctima sustituía. Yo había ayudado a rescatar a la caída princesa Mar-Yanah de una vida de abusos y degradación, y la había ayudado a alcanzar por fin un puerto seguro y feliz. Recordé que ella había dicho: «Los veinte años pasados podían no haber existido nunca…» Si ahora por mi culpa tenía que sufrir otro tipo de males, el golpe sería para mí duro.

Bueno, lo sabríamos al llegar a Kanbalik. Y sentía una intensa aprensión: para poder encontrar a la desaparecida Mar-Yanah, debíamos primero encontrar a la mujer del

velo que le había entregado a Ali la misiva para mí. Pero de momento no le dije nada sobre el tema: ya estaba él bastante preocupado. También dejé de alabar a mi recién descubierta Huisheng, para respetar la preocupación que le embargaba por su propia amante, perdida antes durante tanto tiempo y ahora de nuevo.

—Marco, ¿no podríamos cabalgar adelantándonos a este lento cortejo? —me preguntó

ansiosamente cuando nosotros y toda la corte de Shangdu se encontraba en camino desde hacía ya dos o tres días —. Tú y yo podríamos llegar a Kanbalik mucho antes si pudiésemos espolear a nuestros caballos.

Desde luego, tenía razón. El gran kan viajaba con mucha ceremonia y sin ninguna prisa, manteniendo todo el séquito a un ritmo majestuoso de marcha. No le hubiese parecido digno viajar de otro modo, sobre todo considerando que se trataba de una

especie de procesión triunfal. Todo su pueblo en ciudades y aldeas a lo largo del recorrido, informado de la feliz conclusión de la guerra contra los song, estaba ansioso por concentrarse al margen del camino para vitorearlo, aclamarlo y echarle flores cuando pasara.

Kubilai iba en un vehículo majestuoso, una especie de trono con dosel adornado con joyas y dorados, tirado por cuatro inmensos elefantes también muy enjaezados. Seguían al carruaje de Kubilai otros vehículos que llevaban a varias esposas suyas y a muchas más mujeres que le pertenecían, entre ellas a las doncellas que me había prestado, criadas, esclavas, etcétera. Dispuestos de modo variado delante, detrás y al lado de los carruajes el príncipe Chingkim y todos los demás cortesanos cabalgaban sobre caballos lujosamente enjaezados. Detrás de los carruajes iban los carros cargados de equipajes, equipos y armas de caza, trofeos de la temporada y provisiones de viaje como vinos, kumis y carnes; un carro estaba ocupado por una banda de músicos y sus instrumentos que tocaban para nosotros en las etapas nocturnas. Una tropa de guerreros mongoles cabalgaba a un día de distancia precediéndonos para anunciar con trompetas nuestra llegada a cada población, de modo que sus habitantes pudiesen prepararse y encender sus fuegos de incienso o si llegábamos con el crepúsculo encender sus árboles de fuego y sus flores chispeantes (recurriendo a los depósitos que había dejado el artificiero Shi al pasar por cada punto en el viaje de ida), y otra tropa de caballería nos seguía detrás, para recuperar los carros con ruedas rotas o los caballos heridos que se hubiesen separado de la comitiva. Además el gran kan, como era normal en esta estación, tenía dos o tres pares de halcones posados en los laterales de su carruaje, y toda la procesión debía detenerse cuando levantábamos alguna pieza que él deseaba cazar con los halcones.

—Sí, podríamos adelantar si viajáramos solos —contesté a su petición —. Pero creo que no debemos hacerlo. En primer lugar parecería una falta de respeto para el gran kan, y podemos necesitar que continúe dispensándonos su cálida amistad. En segundo

lugar, si permanecemos con la procesión quien tenga noticias de Mar-Yanah no tendrá dificultad en encontrarnos y comunicárnoslas.

Esto era muy cierto, aunque no confié a Ali todos mis razonamientos en relación a este tema. Estaba convencido de que Mar-Yanah había sido secuestrada por mi enemigo murmurador. Yo ignoraba quién era y no creía que sirviese de nada cabalgar furiosamente hasta la ciudad sólo para correr desesperados de un lado a otro al llegar allí. Era más lógico suponer que el murmurador me estaría vigilando, y que me vería más pronto si llegaba con toda la pompa y abiertamente, y así podría entregar más pronto su siguiente mensaje, o su petición de rescate para devolver a Mar-Yanah, o cualquier otra amenaza insultante. Ésta era nuestra mejor esperanza para entrar en contacto con él, o por lo menos con su correo velado, y eventualmente con Mar-Yanah. Mi permanencia con el séquito del gran kan me permitía también vigilar protectoramente a Huisheng, pero esto no había influido en mi decisión de no apresurar la marcha. Huisheng aún viajaba en compañía de sus amas mongoles, y no estaba enterada del interés que yo sentía por ella ni de las disposiciones que había tomado en relación a su futuro. En ocasiones le dedicaba algunas pequeñas atenciones, sólo para que no me olvidara; ayudarla a bajar del vehículo de las concubinas cuando nos deteníamos en algún caravasar o en alguna mansión campestre de un funcionario provincial, darle un vaso de agua de la fuente de un patio de posada, formar un ramillete con flores que nos habían tirado desde un pueblo y entregárselo con una inclinación galante, tonterías así. Quería que me tuviese en buen concepto, pero ahora tenía más motivos que antes para no forzar mi oferta personal.

Es más, había decidido esperar a que pasara un intervalo prudente de tiempo; ahora tenía que esperar. Posiblemente mi enemigo murmurador sabía ya dónde estaba yo y qué hacía. No podía arriesgarme a que este enemigo se enterara de que sentía un afecto especial por Huisheng. Si su malicia le había aconsejado atacarme a través de una amiga tan querida como Mar-Yanah, sólo Dios sabía lo que podría hacer a una persona que imaginase realmente querida por mí. Pero me resultaba difícil apartar mis ojos de ella y dejar de hacerle pequeños servicios que ella me pagaba con una sonrisa de sus hoyuelos. Todo hubiera resultado más fácil para mí si Ali y yo hubiésemos cabalgado avanzándonos a los demás, como él quería. Pero en bien suyo y de Mar-Yanah permanecí junto al séquito de Kubilai procurando no permanecer siempre al lado de Huisheng.

DE NUEVO KANBALIK

Además del destacamento de caballería que nos llevaba un día de ventaja, otros jinetes partían continuamente al galope hacia Kan-balik o llegaban al galope hasta nosotros con la aparente misión de tener al gran kan informado de lo que sucedía en la ciudad. Ali-Babar interrogaba ansiosamente a cada correo, pero ninguno pudo darle noticias sobre su desaparecida esposa. En realidad la única misión de los jinetes era seguir los pasos de la emperatriz viuda de los Song, que también se acercaba a la ciudad. Gracias a esto Kubilai pudo fijar nuestro avance de modo que nuestra procesión enfilaba la gran avenida central de Kanbalik el mismo día y a la misma hora en que la de la emperatriz entraba por el sur.

Todo el populacho de la ciudad, y probablemente el de la provincia entera en un radio de centenares de li, se había congregado a ambos lados de la avenida, taponando las bocacalles, colgando de las ventanas y agarrándose de los aleros de las casas para saludar al triunfante gran kan con gritos de aprobación, agitando banderas y blandiendo gallardetes mientras en el aire florecían y estallaban los árboles de fuego y las flores chispeantes, y se oía la incesante y atronadora fanfarria de trompetas, gongs, tambores y campanas. La gente continuó demostrando el mismo entusiasmo cuando la procesión de la emperatriz Song, de esplendor poco inferior al nuestro, llegó por la avenida y se detuvo respetuosamente al encontrarse con la nuestra. La multitud atenuó algo su griterío cuando el gran kan descendió caballerosamente de su carruaje-trono y avanzó

para coger la mano de la vieja emperatriz. La ayudó delicadamente a bajar de su carruaje a la calle y la envolvió en un abrazo fraterno de bienvenida, ante el cual la gente bramó y vociferó gritos auténticamente ensordecedores que se confundieron con el ruido y la música.

Cuando el kan y la emperatriz hubieron subido al carruaje-trono, hubo unos momentos de confusión durante los cuales los contingentes de ambas comitivas giraron y se fundieron para emprender luego todos juntos la marcha hasta el palacio donde empezarían las ceremonias de la rendición formal, que durarían muchos días: conferencias y discusiones, redacción, corrección y firma de documentos, entrega a Kubilai del gran sello de estado de los Song o Yin Imperial, lectura pública de las proclamas, bailes y banquetes asociando la celebración de la victoria con las condolencias por la derrota. (La esposa principal de Kubilai, la katun Jamui, se sintió

tan condolida que fijó una generosa pensión para la emperatriz depuesta y aceptó que ella y sus dos nietos pudiesen pasar el resto de sus días en un retiro religioso, la anciana en un convento budista de monjas, los muchachos en un lamasarai.) Retuve mi caballo para mantenerme en la retaguardia de la procesión, la parte menos

congestionada durante el trayecto hacia el palacio, e indiqué a Ali que hiciera lo mismo. Cuando tuve oportunidad frené mi montura para quedar al lado de la suya y

me acerqué

a él de modo que pudiera oírme a pesar del tumulto general sin tener yo que gritar:

—¿Entiendes ahora por qué quise llegar con el gran kan? La ciudad entera está

congregada aquí, incluyendo las personas que saben dónde está Mar-Yanah, y que por lo tanto saben que nosotros estamos también aquí.

—Parece lógico —dijo él —. Pero de momento nadie ha tirado de mi estribo ofreciéndome información.

—Creo que ya sé dónde lo harán —le contesté —. Acompáñame hasta el patio del palacio y después cuando hayamos desmontado haz como si nos separáramos, porque estoy seguro de que nos vigilan. Éste será nuestro plan.

Y le di determinadas instrucciones.

La desordenada procesión continuó abriéndose paso a empujones y codazos a través de la apretada multitud de espectadores y amigos, tan lentamente que anochecía ya cuando alcanzamos por fin el palacio, y Ali y yo entramos en el patio de los establos como habíamos hecho en nuestra primera llegada a Kanbalik, en un crepúsculo de creciente oscuridad. En el patio había un torbellino de personas, animales, ruido y confusión; si alguien nos vigilaba podía hacerlo perfectamente.

Sin embargo, cuando desmontamos y entregamos nuestros caballos a los mozos de establo nos despedimos de modo bien visible y nos separamos en direcciones opuestas. Caminé lo más erguido y visible que pude, me acerqué a un abrevadero y me eché agua por mi polvorienta cara. Cuando me erguí de nuevo miré a mi alrededor e hice muecas de desagrado por la confusión del momento. Empecé a moverme decididamente a través del gentío hacia el portal más cercano de palacio, luego me detuve, hice gestos flagrantes de repugnancia, sin duda inútiles, y de nuevo me abrí paso entre la multitud para situarme en un lugar solitario y apartado. Manteniendo distancias con todas las personas que encontraba fui caminando lentamente por paseos descubiertos y jardines, crucé riachuelos por encima de puentes, atravesé terrazas y alcancé un parque más nuevo al otro lado del palacio. Me mantuve siempre al descubierto, lejos de tejados y árboles, para que quien quisiera pudiera verme y seguirme. En la zona más alejada de palacio había menos personas, pero todavía encontraba a funcionarios menores que pasaban atareados con encargos de la corte, o a criados y esclavos que corrían para cumplir sus recados, porque la llegada del gran kan había causado como es lógico un gran revuelo.

Sin embargo cuando llegué a la colina de Kara y empecé a subir distraídamente el camino como si quisiera escapar del gentío de debajo, conseguí realmente quedarme solo. No había ni un alma. Fui subiendo hasta el Pabellón del Eco y recorrí primero todo el perímetro exterior para que mi supuesto perseguidor tuviera oportunidad de

meterse dentro del muro. Finalmente, como si no prestara la menor atención al lugar ni a lo que hacía, atravesé el muro por la Puerta de la Luna y enfilé el paseo interior. Cuando hube alcanzado el punto más alejado de la Puerta de la Luna, y el pabellón quedó situado exactamente entre la Puerta y yo, me apoyé contra el muro ornamentado y contemplé

las estrellas que despuntaban una por una en el cielo de color ciruela sobre el tejado de espinazo de dragón del pabellón. Había llegado hasta allí caminando con toda tranquilidad desde el patio de entrada, pero el corazón me latía como si hubiese corrido, y temí que sus golpes se oyeran por toda la curva del pabellón. Pero este temor duró

poco. La voz llegó como había llegado la otra vez: un murmullo en idioma mongol, bajo, sibilante, de sexo inidentificable, pero tan claro como si la boca estuviera a mi lado, y la voz murmuró las palabras que yo esperaba:

—Espérame cuando menos me esperes.

Yo bramé inmediatamente:

—¡Ahora, Narices! —olvidando en mi excitación su nuevo nombre y su nueva posición. Lo mismo le sucedió a el, porque me respondió a gritos:

—¡Ya le tengo, amo Marro!

Luego oí los gruñidos y boqueadas de una pelea, tan claramente como si se estuviera desarrollando a mis pies, y sin embargo tuve que dar la vuelta entera al pabellón hasta encontrar a dos personas rodando y luchando en el mismo umbral de la Puerta de la Luna. Una de ellas era Ali Babar. No pude reconocer a la otra; parecía una masa informe de ropa y pañuelos. Pero la agarré, la arranqué de las manos de Ali y la tuve sujeta mientras Ali se ponía en pie. Él señaló jadeando a la figura y dijo:

—Mi amo, no es un hombre, es la mujer del velo.

Entonces me di cuenta de que no estaba agarrando un cuerpo grande y musculoso, pero no aflojé mi presa. La retuve con fuerza mientras se retorcía ferozmente y Ali alargaba la mano y arrancaba los velos de su cara.

—¿Bien? —pregunté con un gruñido —. ¿Quién es esta perra?

Lo único que yo podía ver de la mujer era la parte posterior de su pelo oscuro, pero detrás veía también la cara de Ali, y sus ojos se redondeaban y la ventana de su nariz se iba dilatando mientras un terror casi cómico se pintaba en sus rasgos.

—Masallah! —dijo con un grito de asombro —. ¡Mi amo, es la muerta rediviva! Es vuestra antigua criada: ¡Buyantu!

Al oír la exclamación con su nombre, ella cesó de debatirse y quedó medio desplomada, resignada y silenciosa. Yo aflojé algo mi presa y le di la vuelta para estudiar sus rasgos en la luz residual del anochecer. No tenía aspecto de muerta, pero su rostro era mucho más duro y frío de lo que yo recordaba, con la piel más tensa, y en su cabello negro había mucha plata y sus ojos eran dos ranuras desafiantes. Ali continuaba contemplándola con miedosa consternación, y mi voz no era del todo firme cuando dije:

—Cuéntanoslo todo, Buyantu. Me alegro de que estés todavía entre los vivos, pero ¿qué

milagro te permitió sobrevivir? ¿Es posible que Biliktu viva también? Alguien murió en aquel accidente dentro de mis habitaciones. ¿Y qué estabas haciendo aquí murmurando palabras en el Pabellón del Eco?

—Por favor, Marco —dijo Ali con voz más temblorosa que la mía —. Primero lo primero.

¿Dónde está Mar-Yanah?

—¡No voy a hablar con un esclavo vil! —contestó Buyantu secamente.

—Ya no es un esclavo —le dije —. Es un hombre libre que ha perdido a su esposa. Ella también es libre, por lo tanto quien la haya secuestrado puede ser ejecutado por este delito.

—Prefiero no creer nada de lo que dices. Y no voy a hablar con un esclavo.

—Entonces habla conmigo. Es mejor que te desahogues, Buyantu. No puedo prometer el perdón por un crimen, pero si nos lo cuentas todo y si recuperamos sana y salva a Mar-Yanah el castigo puede ser algo más clemente que una ejecución.

—¡Escupo sobre tu perdón y tu clemencia! —exclamó ella violentamente —. No se puede ejecutar a los muertos. Y yo morí en aquel accidente.

Los ojos y la nariz de Ali se dilataron de nuevo y dio un paso atrás. Yo casi lo hice también, porque sus palabras sonaban terriblemente sinceras. Pero me mantuve firme, la agarré de nuevo, la sacudí y le dije amenazadoramente:

—¡Habla!

Ella se limitó a repetir tozudamente:

—No voy a hablar delante de un esclavo.

Podía haberla sacudido hasta que lo hiciera, pero quizá hubiese necesitado toda la

noche. Me volví hacia Ali y le propuse:

—Quizá todo resulte más rápido si te vas un momento, y la rapidez puede ser vital. —Tal vez Ali aceptó esta razón o quizá prefirió alejarse de una persona que al parecer había vuelto de entre los muertos. Lo cierto es que movió afirmativamente la cabeza, y yo añadí —: Espérame en mis habitaciones. Asegúrate de que conservo todavía estas habitaciones y de que son habitables. Iré a buscarte cuando sepa algo útil. Confía en mí. Cuando se hubo alejado, colina abajo, y ya no pudo oírnos dije a Buyantu:

—Habla. ¿Está a salvo Mar-Yanah? ¿Está viva?

—Ni lo sé ni me preocupa. Los muertos no nos preocupamos por nada. Ni por los vivos ni por los muertos.

—No tengo tiempo para escuchar tus filosofías. Cuéntame solamente qué pasó. Ella se encogió de hombros y dijo con voz cargada de resentimiento:

—Aquel día… —no tuve que preguntar nada para saber a cuál se refería —. Aquel día empecé a odiarte por primera vez, y continué odiándote y todavía te odio. Pero aquel día también morí. Los cuerpos muertos se enfrían, y supongo que también se enfría el odio abrasador. En todo caso no me importa ahora que conozcas mi odio ni que sepas cómo lo manifesté. No puede cambiar nada.

Se detuvo un momento y yo insistí:

—Sé que me estabas espiando por cuenta del valí Achmad. Empieza con esto.

—Aquel día… me enviaste a pedir audiencia al gran kan. Cuando volví te encontré a ti y a mi… a ti y a Biliktu en la cama juntos. Aquello me enfureció, y allí mismo, te mostré

algo de mi irritación. Me dejaste luego con Biliktu para que vigilara un fuego de brasero debajo de cierta vasija. No nos dijiste que fuera peligroso, ni yo sospeché nada. Aún estaba rabiosa y quería hacerte daño, o sea que dejé a Biliktu con el brasero y fui a ver al ministro Achmad, quien desde hacía tiempo me pagaba para que le informara sobre ti. Aunque ya conocía este hecho debí de hacer un sonido de desagrado, porque ella gritó:

—¡No hagas ese ruido! No finjas que mi acción va en contra de tus elevados principios. Tú también utilizaste a un espía. Aquel esclavo. —Movió la mano en la dirección de Ali

—. Y le pagaste haciendo de alcahuete en favor suyo. Le pagaste con la esclava Mar-Yanah.

—Dejemos esto. Continúa.

Se detuvo un momento para poner en orden sus pensamientos.

—Fui a ver al ministro Achmad, porque tenía muchas cosas que contarle. Aquella misma mañana te había oído hablar con tu esclavo del ministro Bao, un yi que se hacía pasar por han. También aquella mañana prometiste a tu esclavo que se casaría con Mar-Yanah. Conté todo esto al ministro Achmad. Le dije que en aquel momento estabas acusando al ministro Bao ante el kan Kubilai. El ministro Achmad escribió inmediatamente un mensaje y lo hizo mandar al ministro Bao.

—Aja —murmuré —. Y Bao consiguió escapar a tiempo.

—Luego el ministro Achmad envió a otro mayordomo para que te buscara a la salida de tu audiencia con el gran kan. Me ordenó mientras tanto que esperara. Cuando llegaste yo estaba escondida en sus habitaciones privadas.

—Y no estabas sola —la interrumpí —. Había alguien más allí dentro. ¿Quién era ella?

—¿Ella? —preguntó Buyantu, como sorprendida.

Luego me miró astutamente entre las rendijas de sus ojos.

—La mujer alta. Sé que estaba allí porque estuvo a punto de entrar en la habitación donde el árabe y yo estábamos hablando.

—Ah… sí… la mujer alta. Una mujer excepcionalmente robusta. Supuse que sería algún nuevo capricho del ministro Achmad. Quizá estás enterado de que Achmad es algo raro. Si aquella persona tenía nombre de mujer, no lo pregunté, e ignoro cuál es. Estuvimos sentadas una al lado de otra, mirándonos de reojo, hasta que te fuiste. ¿Te interesa mucho conocer la identidad de aquella mujer alta?

—Quizá no. Supongo que no todo el mundo estaba implicado en aquellos tortuosos planes. Continúa, Buyantu.

—Cuando te fuiste, el ministro Achmad me llamó y me llevó a la ventana. Me enseñó el Pabellón del Eco, en lo alto de la Colina de Kara, por donde tú subías en aquel momento. Me ordenó que corriera detrás tuyo sin que me vieras y que murmurara las palabras que oíste. Aunque ignoraba de qué se trataba, me gustó lanzar contra ti amenazas secretas, porque te odiaba. ¡Te odiaba!

Aquellas palabras rabiosas la ahogaron, y se detuvo. No pude evitar sentir algo de

compasión por ella, y le dije:

—Y unos minutos después tuviste más razones todavía para odiarme. Ella asintió tristemente y tragó saliva, pero pudo hablar de nuevo:

—Estaba acercándome a tus habitaciones cuando todo reventó ante mis ojos con un ruido terrible, entre llamas y humo. Biliktu murió entonces, y lo mismo me sucedió a mí: todo murió excepto mi cuerpo. Ella había sido desde siempre mi hermana, mi melliza, y siempre nos habíamos querido. Mi furia hubiese sido suficiente si sólo hubiese perdido a mi hermana melliza. Pero fuiste tú quien nos hizo algo más que hermanas. Tu nos hiciste amantes. Y luego tú destruiste a mi amada. ¡Tú!

Esta última palabra estalló con una lluvia de saliva. Me abstuve por prudencia de replicar y ella prosiguió diciendo:

—Me hubiese gustado matarte en aquel momento. Pero estaban sucediendo demasiadas cosas, había demasiada gente por allí. Y luego partiste repentinamente de viaje. Me quedé sola. Me quede sola como nadie en el mundo. La única persona a quien amaba estaba muerta, y todos los demás creían que yo también había muerto. No había trabajo para mí, no tenía a nadie a quien responder, ningún lugar donde se me esperara. Me sentí totalmente muerta. Todavía ahora me siento muerta.

Volvió a callar hoscamente, y yo dije entonces:

—Pero el árabe te encontró un empleo.

—El sabía que yo no estaba en la habitación con Biliktu. Era la única persona que lo sabía. Nadie más sospechaba mi existencia. Me dijo que podía encontrar una ocupación para una mujer invisible como yo, pero durante mucho tiempo no fue así. Me pagó mi salario y viví sola en una habitación de la ciudad, sentada todo el día mirando las paredes. —Suspiró profundamente —. ¿Cuánto tiempo ha durado?

—Mucho —dije con simpatía —. Ha durado mucho tiempo.

—Luego un día me mandó llamar. Me dijo que ibas a regresar y que debíamos preparar una sorpresa adecuada para darte la bienvenida. Escribió dos papeles y me ordenó que me envolviera en velos, para que fuera una mujer más invisible todavía, y que los entregara. Uno era para ti. Si lo has visto sabes que no está firmado. El otro lo firmó, pero no con su propio yin y lo entregué algo más tarde al capitán de la Guardia de Palacio. Era una orden para arrestar a Mar-Yanah y llevarla al acariciador.

—Amoredéi! —exclamé horrorizado —. Pero… pero… los guardias no arrestan a nadie ni el acariciador castiga a nadie sólo por obedecer el capricho de una persona. ¿De qué se acusó a Mar-Yanah? ¿Qué decía el papel? ¿Y con qué lo firmó el vil valí sino con su propio nombre?

Mientras Buyantu estuvo contando hechos su voz tenía una cierta energía, aunque sólo fuera la de una serpiente venenosa que se satisface con sus malignas hazañas. Pero cuando empecé a pedirle detalles, la energía desapareció y su voz se volvió pesada y sin vida. Respondió lo siguiente:

—Cuando el kan no está en la corte, el ministro Achmad es el vicerregente. Tiene

acceso a todos los yin oficiales. Supongo que puede utilizar el que le plazca y firmar con él cualquier documento. Utilizó el yin del armero de la Guardia de Palacio, que era la dama Zhao Guan, antigua propietaria de la esclava Mar-Yanah. La orden acusaba a la esclava de ser una fugitiva y de pasar por mujer libre. Los guardianes no pondrían en duda la palabra escrita de su propio armero, y el acariciador no interroga a nadie excepto a sus víctimas.

Yo continué balbuceando lleno de consternación y sorpresa:

—Pero… pero…, incluso doña Zhao… que no es un modelo de virtud, incluso ella rechazaría una acusación ilícita formulada en su nombre.

Buyantu contestó a esto:

—Doña Zhao murió poco después.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

—Probablemente no se enteró del abuso de su yin oficial. En todo caso no detuvo el proceso, y ahora ya no puede hacerlo.

—No. ¡Qué conveniente todo para el árabe! Cuenta, Buyantu. ¿Te dijo alguna vez por qué motivo se preocupaba tanto por mí, comprometiendo al mismo tiempo a tanta gente, o eliminándola?

—Sólo me dijo: «El infierno es lo que duele más»; no sé si esto tiene algún sentido para ti. Para mí no lo tiene. Lo repitió esta tarde cuando me ordenó que te siguiera y que murmurara una vez más esta amenaza.

Yo dije entre dientes:

—Creo que ha llegado el momento de ampliar el ámbito de este infierno. —Luego una idea me heló la sangre, y exclame —: ¡Tiempo! ¿Cuánto tiempo? Buyantu, rápido, dime:

¿qué castigo debía infligir el acariciador a Mar-Yanah por su supuesto crimen?

Ella contestó con indiferencia:

—¿Un esclavo que intenta pasar por ser libre? No sé exactamente, pero…

—Si no es muy severo, todavía hay esperanza —añadí en un susurro.

—…pero el ministro Achmad dijo que un crimen así equivale a una traición contra el estado.

—¡Dios mío! —gemí —. ¡La traición se castiga con la Muerte de un Millar! ¿Cuánto… cuánto tiempo hace de la detención de Mar-Yanah?

—Déjame pensar —dijo lánguidamente —. Fue después de que tu esclavo partiera para reunirse contigo y entregarte el mensaje anónimo. Esto fue hace… unos dos meses… dos meses y medio…

—Sesenta días… setenta y cinco días… —intenté calcular, aunque mi mente estaba hirviendo —. El acariciador dijo una vez que si tenía tiempo y ganas podía prolongar este castigo hasta casi un centenar de días. Y tener a una mujer bella en sus garras sin duda le ha de inspirar al máximo. Quizá todavía estemos a tiempo. Tengo que apresurarme.

—¡Espera! —dijo Buyantu tirando de mi manga. Su voz recobró un poco de vida, aunque esto no concordara mucho con sus palabras —. No te vayas antes de matarme.

—No voy a matarte, Buyantu.

—¡Tienes que hacerlo! Estoy muerta desde hace mucho tiempo. Mátame ahora, para que pueda descansar por fin.

—No lo haré.

—Nadie te castigará, porque podrías justificar tu acción. Pero ni siquiera te acusarán de nada, porque vas a matar a una mujer invisible, a una mujer inexistente, cuya muerte ya fue certificada. Hazlo ya. Debes de sentir la misma rabia que sentí yo cuando mataste a mi amor. He estado trabajando mucho tiempo para hacerte daño y ahora he enviado a tu señora amiga al acariciador. Tienes motivo suficiente para matarme.

—Tengo más motivos para dejarte viva y para que purgues tu culpa. Tú serás la prueba

de la participación de Achmad en esta sucia historia. No queda tiempo para más explicaciones. Tengo que apresurarme. Pero te necesito, Buyantu. ¿Me esperarás aquí

hasta que vuelva? Iré lo más rápido que pueda.

Ella contestó con apatía:

—Si no puedo descansaren mi tumba, ¿qué importa donde esté?

—Limítate a esperarme. Intenta imaginar que me debes por lo menos esto. ¿Lo harás?

Buyantu suspiró y se sentó pesadamente, con la espalda vuelta a la curva interior de la Puerta de la Luna.

—¿Qué importa? Te esperaré.

Bajé por la colina a grandes zancadas, preguntándome si tenía que enfrentarme primero con Achmad, el instigador, o con el acariciador, el ejecutor. Lo mejor era correr primero hacia el acariciador y confiar en que podría suspender su trabajo. Pero ¿estaría trabajando tan entrada la noche? Mientras me deslizaba por los túneles subterráneos hacia sus habitaciones cavernosas, toqué a tientas mi bolsa intentando contar el dinero al tacto. La mayoría de las piezas eran de papel, pero había algunas monedas de buen oro. Quizá a aquellas alturas el acariciador se estaba aburriendo de aquel placer y se le podría sobornar con facilidad. Resultó al final que el funcionario estaba todavía trabajando y que respondió con sorprendente facilidad a mi petición, pero no por aburrimiento ni por avaricia.

Tuve que gritar mucho y aporrear la mesa y amenazar con el puño al austero y frío jefe de la sala de secretarios, pero al final cedió y salió para interrumpir a su amo. El acariciador apareció con pasos menudos por la puerta tachonada de hierro, limpiándose cuidadosamente las manos en un paño de seda. Contuve las ganas de estrangularle allí y en aquel momento, y volteé mi bolsa sobre la mesa que nos separaba, vertí todo su contenido y le dije jadeante:

—Maestro Ping, tenéis un sujeto llamado Mar-Yanah. Acabo de enterarme de que fue injustamente condenada y entregada a vos. ¿Está todavía viva? ¿Puedo solicitar que se interrumpa provisionalmente el proceso debido?

Sus ojos centellearon clavados en mí.

—Tengo un mandato para ejecutarla —dijo —. ¿Traéis un documento revocándolo?

—No, pero lo traeré.

—Ah, en este caso, cuando lo traigáis…

—Sólo os pido que suspendáis las actuaciones hasta que lo traiga. Suponiendo, claro, que viva todavía. ¿Vive?

—Claro que sí —dijo altaneramente —. No soy un carnicero. Se puso incluso a reír sacudiendo la cabeza como si yo hubiese dudado estúpidamente de su habilidad profesional.

—Entonces concededme el honor, maestro Ping, de aceptar esta muestra de agradecimiento —dije señalando el montoncito de dinero esparcido por la mesa —.

¿Compensará esto vuestra bondad?

Él se limitó a emitir un gruñido de indiferencia, pero empezó rápidamente a sacar las monedas de oro del montón de dinero sin que al parecer mirara lo que hacía. Me fijé por primera vez en que sus dedos tenían uñas increíblemente largas y curvas, como garras. Yo le dije ansiosamente:

—Tengo entendido que la mujer fue condenada a la Muerte de un Millar. El acariciador dejó de lado despreciativamente el papel moneda, metió las monedas en su faltriquera y contestó:

—No.

—¿No? —repetí yo esperanzado.

—El mandato especificaba la Muerte Mas Allá de un Millar.

Quede de momento aturdido, pero temí pedir más detalles y le dije:

—Bueno, ¿supongo que esto puede aplazarse un momento, hasta que pueda traer una orden de revocación del gran kan?

—Puede aplazarse —respondió, quizá con demasiada facilidad —. Suponiendo que estéis seguro de que lo deseáis. Tened en cuenta esto, señor Marco… ¿os llamáis así? Creo que os recuerdo. Procuro ser honesto en mis transacciones, señor Marco. No vendo mi mercancía sin enseñarla. Lo mejor sería que entrarais y echarais un vistazo a lo que estáis comprando. Si me lo pedís os reembolsaré esta suma, como muestra de aprecio. Dio media vuelta y atravesó la habitación con pasos menudos hasta la puerta tachonada de hierro, la abrió para que yo pasara, y le seguí hasta la habitación interior: ¡Dios mío!

Hubiese preferido no hacerlo.

La prisa desesperada que me embargaba por rescatar a Mar-Yanah no me había dado tiempo para considerar algunas cosas. Era lógico que por el solo hecho de ser una mujer bella hubiese inspirado al acariciador las torturas más infernales, prolongadas con la mayor crueldad durante el mayor tiempo posible. Pero había otra cosa. La orden de ejecución le habría informado de que Mar-Yanah era la esposa de un tal Ali Babar, y el maestro Ping no habría tardado mucho en enterarse de que Ali era el antiguo esclavo que había visitado aquellas mismas habitaciones, y que había disgustado tanto al acariciador. (Cuando le vio había preguntado con la mayor repulsión: «¿Quién… es… éste?») Y Ping habría recordado que aquel esclavo era mi esclavo, y que yo había sido un visitante todavía más inoportuno. (Yo, sin saber que

él entendía el farsi, le había llamado «individuo afectado que disfruta con los dolores de los demás».) Él tenía, pues, todas las razones posibles para extremar al máximo sus atenciones al sujeto condenado, que era la esposa del vil esclavo de Marco Polo, quien en una ocasión le había insultado con tanta desfachatez. Y ahora tenía delante suyo a ese mismo Marco Polo, suplicando abyectamente, pidiendo un favor y encogiéndose de terror. El acariciador no sólo estaba dispuesto a mostrarme el resultado de su pericia, sino que estaba diabólicamente ansioso y orgulloso por hacerme comprender que una parte importante de este resultado se debía a mi propia y estúpida impertinencia.

En la habitación interior de paredes de piedra, alumbrada con antorchas, manchada de sangre, y con un olor nauseabundo, el maestro Ping y yo quedamos uno al lado del otro mirando al objeto central de aquel espacio, una cosa roja, brillante, que goteaba e incluso humeaba ligeramente. O más bien yo lo miraba mientras él me miraba de reojo, recreándose y esperando mi comentario. Durante un rato no dije nada. No podría haber dicho nada, porque tragaba saliva repetidamente para evitar que él oyera mis movimientos de náusea o que me viera vomitar. Entonces, probablemente para provocarme, se puso a explicar con pedantería la escena que teníamos delante.

—Supongo que observaréis que las caricias han seguido su curso desde hace algún tiempo. Mirad el cesto y veréis que quedan relativamente pocos papeles para sacar y abrir. Solo quedan estos ochenta y siete papeles, porque hoy he llegado al papel novecientos treinta. Quizá no lo creáis, pero este único papel me ha tenido ocupado toda la tarde, trabajando hasta las últimas horas. Esto se explica porque cuando lo abrí

contenía la tercera directiva referente a la «joya roja» del sujeto, y era algo difícil de encontrar entre todo este revoltijo de carne que queda entre los dos muñones de los muslos, y como es lógico ya me había dedicado a esa parte en dos ocasiones anteriores. Necesité, pues, de toda mi habilidad y concentración para… Al fin conseguí recuperar las fuerzas para interrumpirle y repliqué secamente:

—Me dijisteis antes que esto era Mar-Yanah y que aún vivía. Esto no es ella y es imposible que viva.

—Sí, lo es y lo es, sí. Además todavía puede continuar viviendo con tratamientos y

cuidados adecuados, suponiendo que alguien tenga tan poca consideración que desee conservarla. Acercaos, señor Marco, y comprobadlo vos mismo. Lo hice. Aquello estaba vivo y era Mar-Yanah. En lo alto de la cosa, donde debía de estar la cabeza, colgaba de lo que sin duda había sido el cuero cabelludo una única trenza de pelo no arrancada todavía de raíz, y era larga, era pelo de mujer, y aún podía distinguirse su color negro rojizo, y era pelo rizado, el de Mar-Yanah. Además la cosa hizo un ruido. No podía haberme visto, pero pudo haber oído oscuramente mi voz a través de la abertura restante donde antes hubo una oreja y quizá incluso pudo haber reconocido

mi voz. El ruido era un sonido balbuceante y barboteante, pero parecía que dijera débilmente:

—¿Marco?

Me dirigí al acariciador con un tono de voz controlado y frío, del cual no me habría creído nunca capaz y le dije como si conversáramos normalmente:

—Maestro Ping, en una ocasión me explicasteis con todo detalle la Muerte de un Millar, y me parece que corresponde a esto. Sin embargo acabáis de aplicar a esto otro nombre.

¿En qué consiste la diferencia?

—La diferencia es trivial. No puede esperarse que la notéis. Como sabéis, la Muerte de un Millar consiste en ir reduciendo gradualmente al sujeto, extirpándole trozos, recortando, agujereando, reventando, etcétera, mediante un proceso prolongado con intervalos de descanso durante los cuales el sujeto toma comida y bebida para seguir viviendo. La Muerte Más Allá de un Millar es más o menos la misma cosa y sólo difiere en que se dan de comer al sujeto únicamente trozos de su mismo cuerpo. Y para beber, sólo se le dan… ¿qué estáis haciendo?

Yo había desenvainado mi cuchillo de cinto y lo había hundido en la masa rojiza y reluciente en donde supuse que estaban los restos del pecho de Mar-Yanah, y di a la empuñadura el apretón adicional que disparaba las tres hojas y las clavaba firmemente. Confié que de este modo la cosa que tenía delante quedaría más muerta que antes, pero sólo quedó desplomada algo más desmañadamente, y ya no emitió más ruidos. En aquel instante recordé que hacía mucho tiempo había asegurado al marido de Mar-Yanah que no mataría nunca conscientemente a una mujer, y recordé que él había comentado con indiferencia: «Todavía sois joven.»

El maestro Ping quedó mudo de estupor, y me miró con ojos furiosos rechinando de dientes. Pero yo alargué fríamente la mano y le arranqué el paño de seda con que había limpiado sus manos. Lo utilicé para limpiar mi cuchillo y lo tiré bruscamente en su dirección mientras cerraba el cuchillo y lo metía de nuevo en la vaina de mi cinto. El me dirigió una mirada de desprecio y odio y dijo:

—Habéis echado a perder los toques finales más refinados que faltaban. Y os iba a conceder el privilegio de asistir. ¡Qué lástima! —Cambió la expresión de desprecio por una sonrisa burlona —. De todos modos fue un impulso comprensible por parte, claro, de un lego y de un bárbaro. Y al fin y al cabo habíais pagado por ella. —No he pagado por ella, maestro Ping —le dije y apartándole a un lado salí de allí. 2

Tenía prisa por volver con Buyantu, porque no quería que mi ausencia la pusiera nerviosa, y además prefería esperar lo más posible para comunicar a Ali Babar la triste noticia. Pero no podía dejarle retorciéndose de manos en el purgatorio de la

ignorancia, así que volví a mis antiguas habitaciones en donde él me esperaba. Ali, con una falsa demostración de alegría, hizo un gesto majestuoso y dijo:

—Todo está restaurado, amueblado y decorado de nuevo. Pero al parecer nadie pensó en

asignaros nuevas criadas. Es decir, que voy a quedarme esta noche por si necesitáis… —La voz le falló —. Oh, Marco, parece que estáis afectado. ¿Es lo que yo temo?

—Desgraciadamente, sí, viejo camarada, está muerta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró:

—Tanha… hamisé…

—No sé cómo contarlo de modo fácil. Lo siento. Pero se ha liberado ya de la cautividad y del dolor. —Era mejor, por lo menos de momento, que pensara que su muerte había sido fácil —. En otra ocasión te explicaré la manera y el motivo de su muerte, porque fue un asesinato, un asesinato innecesario. La mataron únicamente para hacernos daño, a ti y a mí, y tú y yo vamos a vengarla. Pero esta noche, Ali, no me preguntes nada ni te quedes aquí. Sin duda quieres irte y llorar esta perdida solo, y yo tengo mucho que hacer, tengo que poner en marcha nuestra venganza.

Di media vuelta y me fui bruscamente, porque si me hubiese preguntado algo no habría podido mentirle. Pero lo poco que le había dicho había aumentado mi furia y mi sed de sangre, o sea que en lugar de ir directamente a ver a Buyantu en el Pabellón del Eco, me dirigí primero a las habitaciones del ministro Achmad.

Me cerraron el paso sus centinelas y criados. Decían que el valí había estado ocupadísimo todo el día con los preparativos para el regreso del gran kan y el recibimiento de la emperatriz viuda, que estaba muy fatigado, se había ido ya a la cama y que ellos no se atrevían a anunciar una visita. Pero yo grité con furia:

—¡No me anunciéis! Dejadme pasar.

Y lo hice tan ferozmente que se apartaron de mi paso murmurando con miedo:

—A vuestra cuenta y riesgo corre, maestro Polo —y yo, sin que nadie me anunciara y sin ninguna demostración de cortesía, abrí de golpe la puerta de los aposentos privados del árabe.

Entonces recordé inmediatamente las palabras de Buyantu sobre las «excéntricas fantasías» de Achmad y expresiones similares del artista maestro Zhao formuladas mucho antes. Cuando irrumpí en el dormitorio, sorprendí allí a una mujer muy alta, que desapareció rápidamente por otra puerta. La vi sólo de refilón, vestida voluptuosamente con una ropa transparente y ondulante del color de la flor llamada

lila. Tuve que suponer que era la misma mujer alta y robusta que había visto antes en sus habitaciones. Aquel capricho concreto de Achmad había durado por lo visto bastante tiempo; pero luego el tema dejó de interesarme. Me enfrenté con el hombre, que yacía en la gran cama con sábanas de color lila, recostado sobre almohadas del mismo color. Él me miró

con calma, sin que sus ojos de piedra negra temblaran ante la tormenta que debieron de ver en mi rostro.

—Supongo que estáis cómodo —dije entre dientes —. Disfrutando de vuestra vida de cerdo, porque no durará mucho.

—No es muy cortés llamar cerdo a un musulmán, siendo vos consumidor de cerdo. Además os estáis dirigiendo al primer ministro de este reino. Cuidado con lo que hacéis.

—Me estoy dirigiendo a un hombre caído en desgracia, depuesto y muerto.

—No, no —dijo con una sonrisa poco agradable —. Podéis ser el actual gran favorito de Kubilai, Folo, invitado incluso a compartir sus concubinas, según creo, pero él no amputará nunca su buena mano derecha.

Consideré un momento sus palabras y contesté:

—Sabed que yo no me habría considerado nunca un personaje muy importante en Kitai, y desde luego no me habría considerado rival vuestro ni amenaza contra vos, si no lo hubierais expresado ahora con tanta claridad. Y ahora mencionáis a las doncellas mongoles que tuve en mis brazos. ¿Os molesta que vos nunca hayáis tenido ninguna?

¿O que no pudierais nunca tener ninguna? ¿Fue éste el último corrosivo que afecto

vuestro sentido común?

—Haramzadé! ¿Vos importante? ¿Un rival? ¿Una amenaza? Me basta con tocar el gong que tengo al lado de la cama para que mis hombres os troceen en un instante. Y mañana por la mañana sólo tendría que explicar a Kubilai que me habíais hablado tal como lo estáis haciendo ahora. Él no le daría la menor importancia ni haría el menor comentario, y vuestra existencia se olvidaría tan fácilmente como su final.

—¿Por qué no lo hacéis, entonces? ¿Por qué no lo habéis hecho todavía? Dijisteis que me haríais lamentar haber desafiado vuestras órdenes expresas: ¿por qué hacérmelo lamentar poco a poco? ¿Por qué os limitáis a amenazarme furtiva e indolentemente, y destruís al mismo tiempo a la gente inocente que me rodea?

—Me divierte hacerlo así. El infierno es lo que duele más, y yo puedo hacer lo que

me place.

—¿Podéis? Quizá habéis podido hasta ahora. Pero esto se ha acabado.

—Oh, creo que no. Para mi próxima diversión puedo hacer públicas algunas pinturas que el maestro Zhao ejecutó para mí. El nombre de Folo se convertirá en el hazmerreír de todo el kanato. El ridículo es lo que más duele. —Antes de que pudiera preguntarle de qué hablaba, pasó a otro tema —. ¿Sabéis realmente, Marco Folo, quién es este valí a quien pretendéis desafiar? Hace muchos años empecé como consejero de la princesa Jamui de la tribu Kungurat de los mongoles. Cuando el kan Kubilai la convirtió en su primera esposa y ella pasó a ser la katun Jamui, la acompañé a esta corte. Desde entonces he servido a Kubilai y al kanato, en muchos cargos. Asumí últimamente, y de esto hace muchos años, el segundo cargo en importancia del reino. ¿Creéis de veras que podéis derribar un edificio de cimientos tan sólidos?

Volví a pensar un momento y dije:

—Quizá os sorprenda, valí, pero os creo. Creo que os habéis entregado totalmente a vuestro servicio. Probablemente no sabré nunca por qué motivo, en una etapa tan tardía habéis permitido que unos celos indignos os corrompan induciéndoos a la malversación.

—Esto lo decís vos. En toda mi carrera no he hecho nada deshonesto.

—¿Nada deshonesto? ¿Paso lista? No creo que conspirarais para dar un cargo ministerial a un yi llamado Bao. No creo que estuvierais enterado de su presencia subversiva. Pero es seguro que colaborasteis en su fuga cuando se supo la verdad. Yo llamo a esto traición. Habéis empleado injustamente el yin de otro cortesano para vuestros objetivos privados, y yo llamo a esto abuso del cargo, o algo peor. Habéis asesinado del modo más inicuo a la dama Zhao y a Mar-Yanah, la primera una noble, la segunda un súbdito valioso del kan, sin otro motivo que hacerme daño a mí. ¿Decís que no habéis hecho nada deshonesto?

—La culpa se ha de probar —dijo con una voz tan pétrea como sus ojos —. La culpa es una palabra abstracta que no tiene existencia independiente. La culpa, como el mal, sólo depende de los juicios de otra persona. Si una persona hace algo y nadie dice que aquello sea deshonesto, no es culpable de nada.

—Lo sois, árabe. Sois culpable de muchas acciones. Y así serán juzgadas.

—Por ejemplo, un asesinato… —continuó él, como si no le hubiese interrumpido —. Me habéis acusado de asesinato. Sin embargo si una mujer llamada Mar-Yanah está

realmente muerta, y por culpa de alguien, hay un testigo honroso de sus últimas horas. Este testigo puede declarar que el valí Achmad no puso nunca los ojos sobre

esa mujer, y menos puso unas manos asesinas sobre ella. Este testigo puede declarar que la mujer Mar-Yanah murió a consecuencia de una puñalada asestada por un tal Marco Folo. —Me dirigió una mirada de astucia y burlón buen humor —. ¡Vaya, Marco Folo, qué cara ponéis! ¿Es una mirada de asombro, de culpa o de vergüenza por haber sido descubierto? ¿Suponíais que estuve metido en la cama toda la noche? Me he movido y

he arreglado vuestros destrozos. Hasta ahora mismo no he podido conceder un momento de reposo a mi cansada persona, y de repente os presentáis vos para molestarme todavía más.

Pero su sarcasmo no hizo mella en mí. Me limité a mover negativamente la cabeza y a decir:

—Confesaré libremente la puñalada, cuando se nos juzgue en la Sala de la Justicia.

—Esto no llegará nunca al Cheng. Acabo de deciros que un delito ha de probarse. Pero antes hay que acusar al delincuente. ¿Podríais vos llevar a cabo una acción tan imprudente e inútil? ¿Os atreveríais realmente a formular un cargo contra el primer ministro del kanato? ¿La palabra de un ferenghi advenedizo contra la reputación ¿el cortesano más antiguo y de mayor rango de la corte?

—No será únicamente mi palabra.

—No hay nadie más que pueda declarar contra mí.

—Está Buyantu, mi antigua doncella.

—¿Queréis de veras que esto salga a la luz? ¿Sería prudente? También ella murió por culpa vuestra. Toda la corte lo sabe, y lo sabrán igualmente todos los jueces del Cheng.

—Vos sabéis que hay más, maldito seáis. Ella ha hablado conmigo esta misma noche y me lo ha contado todo. Me está esperando en la Colina de Kara.

—No hay nadie en la Colina de Kara.

—En esto estáis equivocado —dije —. Buyantu está allí.

Y quizá incluso sonreí con satisfacción al decirlo.

—No hay nadie en la Colina de Kara. Id vos mismo a verlo. Es cierto que esta tarde envié una criada allí. No recuerdo su nombre, y ahora no puedo ni recordar qué encargo le di. Pero al ver que al cabo de un rato no volvía, fui a buscarla. Hacerlo personalmente fue una muestra de consideración por parte mía, pero Alá nos ordena tratar con consideración a nuestros inferiores. Si la hubiese encontrado, ella misma

podría haberme contado que habíais ido corriendo a visitar al acariciador. Sin embargo lamento informaros de que no la encontré. Ni vos la encontraréis. Id a comprobarlo.

—¡Monstruo asesino! ¿Habéis matado a otra…?

—Si la hubiese encontrado —continuó implacablemente —ella podría haberme explicado que os negasteis a concederle exactamente esta consideración. Pero Alá nos ordena actuar más consideradamente que vosotros, cristianos sin corazón. Es decir que…

—Dio me vardal

Él dejó el tono burlón y continuó secamente:

—Empieza a cansarme este juego. Añadiré sólo unas palabras. Preveo que si empezáis a declarar en público que habéis oído voces incorpóreas en el Pabellón del Eco provocaréis bastantes dudas, especialmente si aseguráis que oísteis la voz de una persona que todo el mundo sabe difunta desde hace tiempo, de una persona fallecida en una desgracia de la que vos fuisteis causante. La interpretación más caritativa de vuestros balbuceos será que el dolor y la culpa debidos al incidente os han trastocado tristemente la razón. Todo lo que podáis añadir en vuestro barboteo, como ciertas acu-saciones contra cortesanos importantes y estimados, merecerá idéntica acogida. Yo sólo podía mirarle impotente y lleno de rabia.

—Bueno —continuó —, al fin y al cabo vuestro lamentable mal podría redundar en bien de todos. En el civilizado Islam, tenemos instituciones llamadas Casas del Engaño, donde confinamos de modo seguro a las personas poseídas por el demonio de la locura. Desde hace tiempo he intentado convencer a Kubilai para que funde las mismas instituciones en este país, pero él asegura tozudamente que estos demonios no infestan sus regiones, más sanas. Vuestra mente y vuestra conducta claramente perturbadas podrían convencerle de lo contrario. En tal caso ordenaría que se iniciara la construcción de la

primera Casa del Engaño de Kitai, y ya podéis imaginar la identidad de su primer ocupante.

—¡Sois… sois…!

Hubiese podido echarme sobre él saltando por encima de la cama de color lila, pero él alargaba una mano hacia el gong que tenía a un lado.

—He dicho ya que podéis ir personalmente a investigar y convenceros de que no hay nadie en la Colina de Kara, nadie que pueda confirmar vuestra imaginación demente. Os propongo que vayáis allí. Allí o a otro lugar. ¡Pero idos!

¿Qué otra cosa podía hacer sino irme? Me fui, desanimado y triste, y escalé sin esperanzas la Colina de Kara hasta el Pabellón del Eco, sabiendo que no encontraría a nadie, como aseguraba el árabe, y efectivamente no había nadie, ni el menor rastro de que Buyantu hubiese estado allí, o de que hubiera sido algo más aparte de una mujer muerta. Bajé de nuevo la colina arrastrando los pies, más abatido y desmoralizado todavía, «con mis gaitas metidas en su saco», como dice el viejo refrán veneciano, y como dice mi padre.

El pensamiento sardónico de mi padre me hizo recordar su existencia, y puesto que no tenía otro destino, me fui acercando a sus habitaciones para anunciarle mi regreso. Quizá tendría un buen consejo que darme. Pero una de sus doncellas contestó la leve llamada que hice al portal, y me comunicó que el maestro Polo estaba fuera de la ciudad, y no le pregunté si aún estaba fuera o si había salido de nuevo. Avancé, pues, resignadamente por el corredor hacia la estancia de tío Mafio. La doncella me dijo que efectivamente el maestro Polo estaba en la ciudad, pero que no siempre pernoctaba en sus habitaciones y que en ocasiones para no molestar innecesariamente a sus servidores entraba y salía por una puerta trasera que había mandado abrir en el muro posterior de la estancia.

—Es decir, que de noche no sé nunca si está en su dormitorio o no —dijo con una sonrisa ligeramente triste —. Y no quisiera entrometerme en lo que hace. Recordé que en una ocasión tío Mafio dijo que había «dado placer» a esta criada, y que aquello me había alegrado. Quizá había sido solamente una breve incursión en el campo de la sexualidad normal, que luego había encontrado insatisfactorio y había abandonado, y por esto ella parecía algo triste y no quería «entrometerse» en sus asuntos.

—Pero vos sois familiar suyo, no un intruso —dijo haciéndome pasar con una inclinación

—. Podéis entrar y comprobarlo vos mismo.

Pasé por sus habitaciones hasta llegar al dormitorio y-lo encontré oscuro y con la cama vacía. Mi tío no estaba allí. Pensé irónicamente que mi regreso no había inspirado precisamente abrazos ni gritos de alegría. No los había inspirado a nadie. Guiándome por la luz que llegaba de la lámpara situada en la habitación principal empecé a buscar a tientas un trozo de papel y algo con que escribir una nota informándole por lo menos de que había regresado. Cuando busqué a ciegas en el cajón de un armario, mis uñas se deslizaron sobre unos artículos de tela curiosamente delicados y delgados. Impulsado por la sorpresa los saqué y los miré al trasluz; no parecían prendas sólidas de hombre, ni mucho menos. Fui a la sala principal, cogí una lámpara y las estudié de nuevo. Desde luego eran camisas de mujer, pero de gran talla. Pensé: «¿Dios mío, se está divirtiendo ahora mi tío con alguna giganta?» ¿Explicaba esto la tristeza de la doncella? ¿La había rechazado por algo grotesco y perverso? Bueno, por lo menos era una mujer… Pero no lo era. Bajé la ropa para

doblarla de nuevo y vi delante mío a tío Mafio, quien evidentemente acababa de entrar deslizándose por su nueva puerta trasera. Parecía sorprendido, embarazado e irritado, pero no fue esto lo que noté primero. Vi inmediatamente que su rostro sin barba estaba cubierto de polvo blanco, incluso las

cejas y los labios, y que sus ojos estaban oscurecidos y alargados por una aplicación de al-kohl que perfilaba los párpados y los extendía, tenía pintada una boquita de rosa haciendo pucheros en el lugar que debía ocupar su ancha boca, llevaba el cabello cuidadosamente prendido con agujas, y todo él iba vestido con ropa de gasa, pañuelos sutiles y cintas ondeantes del color de la flor llamada lila.

—Gésu… —murmuré cuando mi asombro y mi horror iniciales dejaron paso a la comprensión, o al mínimo de comprensión que necesitaba y que superaba mis deseos.

¿Por qué no había caído yo en la cuenta mucho antes? Muchas personas me habían hablado ya de los «gustos excéntricos» del valí Achmad, y desde hacía tiempo estaba enterado de los desesperados esfuerzos de mi tío que, como un hombre arrastrado por una marea descendente, intentaba agarrarse a un punto tras otro de anclaje. Aquella misma noche Buyantu me había mirado sorprendida cuando al hablarle yo de la «mujer alta» de Achmad, me había comentado evasivamente: «Suponiendo que esta persona tenga nombre de mujer…» Ella estaba al corriente, y con astucia femenina había decidido reservarse aquella información para traficar con ella más tarde. El árabe me había amenazado directamente: «Haré públicas algunas pinturas…», y yo tenía que haber recordado entonces el tipo de pinturas que el maestro Zhao se veía obligado a pintar en privado. «El nombre mismo de Polo se convertirá en un hazmerreír…»

—Gésu, tío Mafio… —murmuré, con compasión, asco y desencanto. El no dijo nada, pero tuvo la delicadeza de poner cara de vergüenza y no de irritación por haber sido descubierto. Yo moví lentamente la cabeza a derecha e izquierda y consideré varios comentarios posibles hasta que al final dije:

—En cierta ocasión, tío, me diste un sermón muy convincente sobre los usos provechosos del mal. Dijiste que sólo la persona mala y atrevida triunfa en este mundo.

¿Has seguido tus propios consejos, tío Mafio? ¿Es éste —señalé con un gesto su escuálido disfraz, su aspecto de total degradación —, es éste el triunfo que conseguiste?

—Marco —dijo a la defensiva y con voz apagada —. Hay muchos tipos de amor. No todos son bonitos. Pero no hay que despreciar ningún tipo de amor.

—¡Amor! —dije como si fuera una palabra indecente.

—Deseo, lascivia… último recurso… llámalo como quieras —respondió crudamente

—. Achmad y yo tenemos la misma edad. Y los dos nos sentimos rechazados por los demás… nos sentimos extranjeros… raros…

—Aberrantes, diría yo. Y creo que los dos tenéis edad suficiente para doblegar vuestros impulsos más urgentes.

—¡Quieres decir retirarnos al rincón de la chimenea! —replicó violentamente, irritado de nuevo —. Sentarnos allí quietos y descomponernos. Tragar nuestro potaje y cuidar nuestro reumatismo. ¿Crees tú que por ser joven tienes el monopolio de la pasión y el deseo? ¿Me encuentras decrépito?

—¡Te encuentro indecente! —grité a mi vez. Él se acobardó y se cubrió con las manos su rostro horrible —. Por lo menos el árabe no exhibe sus perversiones con gasas y cintas. Si lo hiciera me reiría de él. Haciéndolo tú, tengo que llorar. También él estuvo a punto de llorar. Por lo menos empezó a respirar de forma ruidosa. Se sentó pesadamente sobre un banco y gimió:

—Si tú tienes la suerte de disfrutar de los banquetes del amor, no te rías de quienes nos vemos obligados a contentarnos con lo que tiran de la mesa y con sus sobras.

—De nuevo el amor, ¿verdad? —dije con una carcajada de burla —. Bueno, tío, admito que soy la persona menos calificada para sermonear sobre la moralidad y la decencia en la cama. Pero ¿no tienes sentido de la discriminación? Sin duda sabes lo vil y malvado que es este Achmad fuera de la cama.

—Sí, lo sé, lo sé. —Juntó las manos como una mujer angustiada y se retorció

femeninamente. El espectáculo era patético. Y era horrible oírle gimotear como una mujer excitada, incapaz de pensar coherentemente —. Achmad no es el mejor de los hombres. Es caprichoso. Tiene un temperamento terrible. Es impredecible. No siempre su comportamiento es admirable, ni público ni privado. Sí, me doy cuenta de esto.

—¿Y no has hecho nada?

—¿Consigue la esposa de un borracho que deje de beber? ¿Qué puedo hacer yo?

—Podrías haber dejado de hacer lo que has estado haciendo, sea lo que fuere.

—¿Qué? ¿Amarle? ¿Puede la esposa de un borracho dejar de amarlo sólo porque es borracho?

—Puede negarle sus abrazos. O lo que sea que… no importa. Es mejor que no me expliques nada. No quiero ni siquiera imaginármelo.

—Marco, sé razonable —gimió —. ¿Dejarías tú a una amante, a una mujer amorosa,

solamente porque los demás la encuentran indigna de tu amor?

—Per Dio, confío que lo haría, tío, si entre sus caracteres indignos estuviera la tendencia a asesinar a sangre fría.

No pareció oír esto o lo apartó de su consideración.

—Dejemos todo lo demás de lado, sobrino: Achmad es el primer ministro, y es ministro de Finanzas, o sea el jefe del ortaq mercantil, y nuestro éxito como comerciantes en Kitai ha dependido de su permiso.

—¿Para lograr este permiso fue preciso que te acercaras a él arrastrándote como un gusano? ¿Humillándote y envileciéndote? ¿Disfrazándote como la puta más alta y menos bella del mundo? ¿Teniendo que deslizarte por pasillos y puertas traseras vestido de modo tan ridículo? Tío, no voy a excusar la depravación en nombre de los negocios.

—¡No, no! —exclamó retorciéndose una vez más —. ¡Oh, para mí fue mucho más que esto! Lo juro, aunque no puedo esperar que me comprendas.

—Sacro, no lo comprendo. Si sólo se tratara de un experimento casual, por curiosidad, lo entendería, porque también yo he hecho cosas semejantes. Pero sé que has persistido mucho tiempo con esta locura. ¿Cómo es posible?

—Él lo quiso así. Y al cabo de un tiempo incluso la degradación se hace habitual.

—¿No has sentido nunca el deseo, por mínimo que fuera, de romper con este hábito?

—Él no me ha dejado.

—¡No te ha dejadol ¡Oh, tío!

—Es un… un hombre malvado, quizá… pero dominante.

—También lo eras tú antes. Caro Gésu! ¡Qué bajo has caído! Sin embargo antes dijiste que éste era un asunto de negocios. Debo saber la verdad: ¿está enterado mi padre de todo esto? ¿De este enredo?

—No. No de éste. No del de ahora. Nadie lo sabe, excepto tú. Y me gustaría que te lo quitaras de la cabeza.

—Puedes estar seguro de que así lo haré —contesté mordazmente —cuando muera. Supongo que sabes que Achmad quiere acabar conmigo. ¿Estuviste enterado de esto todo el tiempo?

—No, no lo sabía, Marco. También esto te lo juro.

Luego mi tío, al estilo femenino, como las mujeres que quieren llevar cualquier conversación por caminos donde puedan correr sin obstáculos, impedimentos o contradicción, empezó a charlar con más elocuencia.

—Acabo de enterarme, sí, porque esta noche cuando entraste en la habitación, al salir de ella me quedé escuchando detrás de la puerta. Sólo en otra ocasión me quedé en sus habitaciones mientras tú y él conversabais y procuré comportarme correctamente y no escuchar nada. Él nunca me reveló la animosidad que sentía contra ti, ni las maniobras clandestinas que estaba llevando a cabo para perjudicarte. Oh, yo sabía, y lo confieso,

que no era amigo tuyo. A menudo hacía comentarios despectivos acerca de «este incordio de sobrino tuyo»; a veces se refería en broma a «este bonito sobrino tuyo», y a veces cuando estábamos los dos en la intimidad hablaba de «este provocador sobrino tuyo». Y hace poco, cuando un mensajero de Shangdu le informó confidencialmente que Kubilai había premiado tus servicios de guerra permitiéndote hacer de semental con una colección de yeguas mongoles, Achmad empezó a llamarte «nuestro descarriado sobrino guerrero» y «nuestro rebelde y voluptuoso sobrino». Y recientemente, en nuestros momentos más íntimos, cuando estábamos… cuando él estaba… bueno, lo hacía con una dureza y profundidad desacostumbradas, como si quisiera hacerme daño, y decía casi gimiendo: «¡Tómate ésta, sobrino, y ésta¡»

Y al correrse, casi gritaba…

Se detuvo, porque yo me había tapado las orejas con las manos. Los sonidos pueden producir náuseas, como las cosas vistas. Y yo me sentía casi tan mareado de asco como me había sentido antes al mirar la carne desollada y sin miembros que había sido Mar-Yanah

—Pero no —dijo, cuando le escuché de nuevo —. Hasta esta noche no he sabido lo mucho que te odiaba. Ahora sé que esta pasión le ha impulsado a cometer muchos actos terribles y que continúa todavía intentando desacreditarte y destruirte. Desde luego, yo sabía que era un hombre apasionado… —Y la náusea se apoderó otra vez de mí, porque él se puso de nuevo a gimotear y dijo entre sollozos —: Pero amenazarte con servirse incluso de mí… de las pinturas de nosotros dos…

Yo le increpé duramente:

—¿Entonces qué? Ha pasado ya algún tiempo desde que oíste estas amenazas. ¿Qué has estado haciendo desde entonces? Confío que si te has quedado haciéndole compañía ha sido para matar a ese hijo de una perra saqal.

—¿Matar mi… matar al primer ministro del kanato? Vamos, vamos, Marco. Tú has tenido las mismas oportunidades que yo, y más motivos, pero no lo has hecho.

¿Prefieres que en lugar tuyo lo haga tu pobre y viejo tío, y condenarlo así a las caricias del acariciador?

—Adrio de vu! Sé que has matado en otras ocasiones, y sin tantos remilgos femeninos. Por lo menos en este caso habrías tenido más posibilidades que yo de escapar sin que te descubrieran. Supongo que Achmad tiene una puerta trasera por donde entrar sin ser visto, como haces tú.

—Piensa, Marco, que él, aparte de todo es el primer ministro de este reino. ¿Imaginas el revuelo y los gritos? ¿Crees que quien lo mate puede escapar sin ser descubierto?

¿Cuánto tiempo tardaría en saberse mi participación, no sólo como asesino, sino… sino como otra cosa más?

—¡Ahí está! Has estado a punto de decirlo. Lo que te da miedo no es el asesinato, sino el castigo que lleva consigo. Bueno, a mí no me da miedo matar ni morir. Te prometo lo siguiente: voy a cazar a Achmad antes de que él me cace a mí. Puedes decírselo así

cuando vuelvas a abrazarte con él.

—Marco, te lo ruego, como se lo rogué a él: ¡piénsalo! Por lo menos él te contó la verdad. No hay ni un solo testigo ni la menor prueba que permita acusarlo, y su palabra tendrá más peso que la tuya. Si intentas enfrentarte con él perderás con toda seguridad.

—Y si no lo hago, también pierdo. O sea que lo único que falta por considerar y lo único que te preocupa es si tú vas a perder a tu amante contra natura. Quienquiera que esté con él está contra mí. Tú y yo somos de la misma sangre, Mafio Polo, pero si tú puedes olvidarlo, también puedo yo.

—Marco, Marco. Discutamos esto como hombres racionales.

—¿Hombres?

La voz se me quebró al pronunciar esta palabra, se me quebró de puro cansancio, confusión y pena. En presencia de mi tío me había acostumbrado a sentirme más o menos como el chico que era cuando empezamos los dos nuestro viaje. Ahora, de repente, en presencia de aquel travestí me sentí mucho mayor que él, y mucho más fuerte. Pero no estaba seguro de que mi fortaleza fuera suficiente para resistir aquel nuevo conflicto de sentimientos, que se añadía a todas las demás emociones de aquel día, y temí que acabara derrumbándome y que empezara a llorar y a gimotear. Para evitarlo levanté la voz y grité de nuevo:

—¿Hombres? ¡Aquí! —Agarré de su mesita de noche un reluciente espejo de mano, de bronce —. ¡Mírate en el espejo, hombre! —y lo arrojé a su regazo de matrona

cubierta de sedas —. No voy a conversar más con una mona pintarrajeada. Si quieres hablar de nuevo conmigo, que sea mañana, y ven con la cara limpia. Ahora me voy a acostar. Éste ha sido el día más duro de toda mi vida.

Desde luego había sido el día más duro, pero aún no había finalizado. Me fui dando traspiés a mis habitaciones como una liebre perseguida y herida que corre a su madriguera sintiendo las fauces de los perros que se cierran detrás suyo a un paso de distancia. Las habitaciones estaban oscuras y vacías, pero no las confundí con una madriguera segura. El valí Achmad podía saber muy bien que estaba solo y sin servicio, incluso podía haber ordenado a los mayordomos de palacio que así lo dispusieran y decidí pasarme la noche sentado, despierto y vestido. En todo caso estaba tan agotado que no podía desvestirme, pero también tan soñoliento que me pregunté si podría vencer el sueño.

Apenas había caído derrengado sobre un banco cuando me desperté con los ojos muy abiertos, como una liebre acosada, al sentir que mi puerta se abría lentamente y que una tenue luz entraba a su través. Tenía ya la mano sobre mi cuchillo cuando vi que sólo era una criada inofensiva sin armas. Las criadas normalmente tosían o hacían algún sonido anunciador antes de entrar en una habitación, pero ésta no lo había hecho porque no podía. Era Huisheng, Eco silencioso. Los mayordomos de palacio podían haberse descuidado de asignarme servicio, pero el kan Kubilai no se descuidaba ni olvidaba nunca nada. A pesar de todas las preocupaciones del día, había recordado la última promesa que me había hecho. Huisheng entró llevando una vela en una mano, y acunando con el otro brazo el incensario de porcelana blanca, quizá temiendo que sin él no la reconocería.

Lo depositó sobre una mesa y atravesó la habitación hacia mí, sonriendo. El incensario estaba ya cargado con incienso zanxirang, de la mejor calidad, y ella llevaba consigo la fragancia de su humo, el aroma de los campos de trébol calentados por el sol y rociados luego por una lluvia suave. Inmediatamente me sentí feliz, refrescado y animado, y después siempre asociaría inseparablemente aquel aroma con Huisheng. Ahora, muchos años después, la simple imagen de Huisheng me recuerda el incienso, y el aroma de un campo fragante me la recuerda.

Se sacó del corpiño un papel doblado, me lo entregó y acercó la lámpara para que pudiera leerlo. La dulce visión de ella y el dulce aroma del trébol me habían calmado tanto y me habían dado tanto vigor que abrí el papel sin dudas ni aprensiones. Llevaba una espesura de caracteres han escritos con tinta negra, incomprensibles para mí, pero reconocí el gran sello de Kubilai estampado en rojo sobre gran parte del escrito. Huisheng levantó un meñique de marfil y señaló una o dos palabras golpeándose luego el pecho. Esto lo entendí, su nombre estaba en el papel, y asentí; señaló luego otro punto del papel y reconocí el carácter: era el mismo que figuraba en mi yin personal, y ella me dio un golpecito tímido al pecho. El papel era el título de propiedad de la esclava Huisheng y el kan Kubilai había traspasado este título a Marco Polo. Yo asentí

vigorosamente, Huisheng sonrió y yo solté una carcajada, el único sonido alegre que había salido de mí desde hacía mucho tiempo, y la apreté contra mí en un abrazo que no era apasionado ni incluso amoroso, sino simplemente alegre. Ella dejó que yo abrazara su pequeño cuerpo, e incluso me abrazó a su vez con su brazo libre, porque estábamos celebrando el acontecimiento de nuestra primera comunicación. Me senté de nuevo y la senté a mi lado, y continué abrazándola estrechamente como al principio, lo que probablemente le causó gran incomodidad y perplejidad, pero no se movió nunca en señal de protesta, y así pasamos aquella larga noche, que no me pareció

larga.

3

Tenía muchas ganas de establecer mi siguiente comunicación con Huisheng, en realidad de hacerle un regalo, pero esto me obligaba a esperar la luz del día para poder ver lo que hacía. Pero cuando la primera luz del alba brilló sobre los cristales traslúcidos, ella se había quedado profundamente dormida en mis brazos. Continué, pues, quieto, sujetándola, y aproveché la oportunidad para mirarla de cerca con admiración y afecto.

Yo sabía que Huisheng era bastante más joven que yo, pero no pude saber nunca cuántos años le llevaba, porque ni ella misma sabía su edad exacta. Tampoco pude adivinar si se debía a su juventud o a su raza, o simplemente a su perfección personal, que su rostro no se aflojara y cediera como el de otras mujeres que había visto. Sus mejillas y labios, la línea de la mandíbula, todo se mantenía firme y compuesto. Y su tez de melocotón pálido, vista de cerca era la más clara y de textura más fina que yo viera nunca, incluso superior a la de una estatua de mármol pulido. La piel era tan clara que en las sienes y debajo de cada oreja podía distinguir el delicado rastro azul de las venas que corrían debajo, brillando a través de la piel como las porcelanas delgadísimas del maestro alfarero que mostraban los dibujos pintados en su interior cuando se miraban al trasluz.

Descubrí otra cosa aprovechando aquella oportunidad de examinar sus rasgos tan de cerca. Yo había creído anteriormente que todos los hombres y mujeres de estas naciones tenían ojos estrechos como rendijas, ojos sesgados los había llamado Kubilai, desprovistos de pestañas, inexpresivos e inescrutables. Pero ahora podía ver que esta apariencia se debía únicamente a la presencia de una diminuta esquina adicional en el interior de los párpados superiores, y sólo se notaba mirándola a distancia. Desde cerca pude comprobar que los ojos de Huisheng estaban equipados maravillosamente con abanicos perfectos de pestañas negras, perfectamente finas y largas y graciosamente curvadas.

Y cuando la luz cada vez más fuerte del día que entraba en la habitación la despertó y ella abrió los ojos, pude ver que por lo menos eran más grandes y más brillantes que

los de la mayoría de mujeres occidentales. Eran de un color pardo oscuro y denso, de qahwah, pero con resplandores castaños en su interior, y el blanco que rodeaba la pupila era de un color tan puro que tenía casi un lustre azulado. Cuando los ojos de Huisheng se abrieron rebosaban claramente de sueños incompletos, como los de cualquier persona que se despierta, pero cuando reconocieron el mundo real, el de la luz del día, sus ojos se volvieron vivos y empezaron a expresar su estado de ánimo, sus pensamientos y sus emociones. Sólo se diferenciaban de los ojos de las mujeres occidentales en que no podían leerse tan fácilmente; no eran inescrutables, pero quien los mirara tenía que poner más atención e interesarse por descubrir el mensaje que contenían. Lo que tienen por decir los ojos de una occidental normalmente lo dicen a cualquiera que mire. Lo que

había en los ojos de Huisheng sólo era discernible para una persona, como yo, que realmente deseara saberlo y que se tomara la molestia de mirar en sus profundidades y descubrirlo.

Cuando ella se despertó, la mañana estaba ya entrada y trajo un pequeño ruido de llamada en mi puerta exterior. Huisheng no pudo oírlo, y yo fui a abrir la puerta, con ciertas precauciones porque todavía me daban aprensión las posibles visitas. Pero sólo había una pareja de doncellas mongoles. Hicieron koutou y pidieron perdón por no haberse presentado antes a mi servicio, explicando que el mayordomo jefe de palacio se había dado cuenta con retraso de que yo no tenía criados. Habían acudido para preguntarme qué comería para desayunar. Se lo dije, y les dije que llevaran cantidad suficiente para dos, y así lo hicieron. Al revés que a mis anteriores criadas, las mellizas, al parecer a estas doncellas no les importaba servir a una esclava, además de servirme a mí. O quizá pensaron que Huisheng era una concubina de visita, o posiblemente una mujer de sangre noble; su belleza y su porte tenían la nobleza suficiente para ello. En todo caso las doncellas nos sirvieron a los dos sin protestar y se mantuvieron solícitamente cerca de nosotros mientras comíamos.

Cuando hubimos acabado hice gestos a Huisheng. (Lo hice muy torpemente, con amplias e innecesarias fiorituras, pero con el tiempo ella y yo perfeccionamos tanto nuestro lenguaje de signos, y lo afinamos tanto, que podíamos conseguir que el otro comprendiera mensajes complejos y sutiles, y con movimientos tan ligeros que las personas que nos rodeaban raramente los notaban, y se maravillaban mucho de que pudiéramos «conversar» en silencio.) En aquella ocasión quise decirle que se fuera y llevara a mis habitaciones, si así lo deseaba, todo su guardarropa y sus pertenencias personales. Moví las manos desmañadamente por mi ropa, la señalé a ella, señalé mis armarios, etcétera. Una persona menos perspicaz podía imaginar que le ordenaba irse y ponerse un traje masculino de estilo persa como el que yo llevaba siempre. Pero ella sonrió y asintió indicando que entendía, y yo envié a las dos doncellas con ella para que la ayudaran a traerse sus cosas.

Cuando se hubieron ido saqué el papel que Huisheng me había dado: la escritura formal de posesión de ella, entregada por Kubilai. Este era el regalo que yo quería

hacerle: a saber, ella misma. Firmaría el papel y se lo entregaría, manumitiéndola así y dándole la posición de mujer libre, no perteneciente a nadie, no sometida a nadie. Tenía varios motivos para hacerlo y para hacerlo inmediatamente. En primer lugar si existía una gran probabilidad de que el árabe me condenara pronto a la caverna del acariciador o a la celda de una Casa del Engaño, tendría que huir o abrirme paso luchando, o que caer en la lucha, y no quería que Huisheng estuviera implicada de ningún modo conmigo. Pero si conseguía vivir y conservar mi libertad y mi posición de cortesano, confiaba en tomar posesión finalmente de Huisheng mediante una relación diferente a la de amo-esclavo. Si así tenía que ser, que fuera entregándose a sí misma, y sólo podría entregarse si disponía de plena libertad para hacerlo.

Saqué de mi dormitorio el equipaje que había llevado conmigo y lo extendí por el suelo buscando el pequeño sello yin de piedra de color sangre de pollito para depositar mi firma sobre el papel. Cuando lo encontré, hallé también la credencial de papel amarillo y la gran placa paizi que Kubilai me había entregado para mi misión de Yunnan. Pensé

que probablemente debería devolverle aquellos objetos. Y esto me recordó otra cosa que había traído para él: el papel con los nombres de los ingenieros de Bayan que habían colocado las balas de bronce y a quienes había prometido recomendar nominalmente al gran kan. También encontré este papel, y éste a su vez me hizo recordar muchos otros momentos memorables de mis anteriores viajes.

Era muy posible que no tuviera otra oportunidad de repasar mi pasado, porque quizá no

podía esperar un futuro para mí. Me puse a rebuscar entre mis antiguos equipajes y alforjas de otros viajes y saqué los objetos y los contemplé con cariño. Había entregado a mi padre todas mis notas y mapas parciales para que los preservara, pero me quedaban unas cuantas cosas más, que se remontaban al kamal de madera con su cordel que me había entregado un hombre llamado Arpad en Suvediye para calcular mis desplazamientos hacia el norte y hacia el sur… y una espada simsir, bastante oxidada ya, que había sacado del almacén de un viejo llamado Belleza de la Luna de la Fe, y… Se oyó otro golpecito en la puerta, y en esta ocasión era Mafio. No me alegró mucho verle, pero al menos iba vestido de hombre, o sea que le hice entrar. Habló con su ruda voz de siempre como si el cambio de ropa hubiera restaurado parte de su hombría, e incluso pareció haberse envalentonado lo suficiente para fanfarronear. Después de dirigirme un rápido «Bondi», empezó una atenga:

—Me he pasado toda la noche en vela, neodo Marco, pensando en nuestra situación, en nuestras varias situaciones, y he venido directamente aquí sin tiempo siquiera para tomar mi desayuno, pues quiero comunicarte que…

—¡No! —le interrumpí secamente —. Ha pasado con creces la época de llamarme sobrinito, y no vas a comunicarme nada. También yo he pasado toda la noche en vela

pensando en lo que podía hacer, aunque todavía no he decidido exactamente qué camino seguir. Por lo tanto, si tienes alguna idea nueva, estoy dispuesto a oírla. Pero no aceptaré

que me comuniques instrucciones ni ultimátums.

Él se puso inmediatamente a suplicar:

—Adasio, adasio.

Levantó las manos para aplacarme y bajó los hombros como si le estuvieran azotando. Casi me supo mal que mi fuerte réplica consiguiera acobardarle tan rápidamente, y continué con menos dureza:

—Si todavía no has desayunado aquí tienes un puchero de cha caliente.

—Gracias —dijo con docilidad. Se sentó, se sirvió una taza y tomó de nuevo la palabra —: He venido, únicamente, Marco, para decirte, bueno, para sugerirte, que no emprendas ninguna acción drástica hasta que yo pueda hablar de nuevo con el valí Achmad. En realidad yo no tenía ningún plan, ni drástico ni de otro tipo, o sea que me encogí de hombros y me senté de nuevo en el suelo para ponerme a inspeccionar de nuevo mis recuerdos. Él continuó diciendo:

—Como intenté explicarte anoche, he pedido ya a Achmad que acepte una tregua entre vosotros dos. Desde luego, no voy a excusar ninguna de las atrocidades que ha cometido. Pero, tal como le comenté, al cometer estos actos te ha dejado sin testigos, y por lo tanto no ha de temer que te pongas a calumniarle públicamente. Además, como también le dije, ya te ha castigado lo suficiente por haberle irritado de entrada. —Mafio tomó un sorbo de cha y luego se inclinó hacia adelante para ver lo que yo hacía —. Cazza beta! Las reliquias de nuestros viajes. Había olvidado algunas de estas cosas. El kamal de Arpad. Y allí una jarra con el ungüento de mumum para afeitar. Y aquel frasco ¿no es un recuerdo del hakim charlatán, Mimdad? Y un paquete de cartas del juego zhipai. Ola, Marco, tú y yo y Nico fuimos en otro tiempo un trío despreocupado de viajeros, ¿no es cierto? —Se recostó de nuevo en su asiento —. Así, pues, mi argumento es éste. Si Achmad no tiene ya motivos para continuar su campaña contra ti, y si tú estás sin armas contra él, una declaración de tregua entre los dos podría…

—Significar que nada se opone a tu cómoda aventura con tu señorial amante — repliqué

con desprecio —. Dolce far niente. Esto es lo único que te preocupa.

—No es cierto. Y en caso de necesidad estoy dispuesto a demostrar mi interés por… por todos los afectados. Pero aunque deplores este resultado secundario, hay muchas razones más en favor de una tregua. Nadie sale perjudicado y todos se benefician.

—No veo que beneficie mucho a Mar-Yanah, ni a Buyantu ni a doña Zhao, las tres asesinadas. Achmad las mató, y ninguna de las tres le había hecho nada ni le había perjudicado, y Mar-Yanah era amiga mía.

—¿Beneficiaría algo a los muertos? —gritó —. ¡No puedes hacer nada por devolverles la vida!

—Yo estoy vivo todavía, y debo vivir con mi conciencia. Acabas de recordar los tiempos en que éramos tres viajeros despreocupados, olvidando que durante la mayor parte de nuestros viajes fuimos cuatro. Narices formaba parte de nuestro grupo. Y más tarde, con el nombre de Ali Babar, fue el marido devoto de Mar-Yanah, y la ha perdido por culpa mía. Quizá tu conciencia sea infinitamente flexible, pero yo no podré mirar más a la cara a Ali hasta que vengue a Mar-Yanah.

—Pero ¿cómo? Achmad es demasiado poderoso…

—No es más que un ser humano. También él puede morir. Te digo sinceramente que no sé cómo lo haré, pero te juro que mataré al valí Achmad-az-Fenaket.

—Morirás si lo haces.

—Entonces también yo moriré.

—¿Y qué pasará conmigo? ¿Y con Nicoló? ¿Y con la Compagnia…?

—Si quieres hablarme de nuevo de los negocios… —empecé a decir, pero me ahogué al hablar.

—Por favor, Marco. Haz sólo lo que acabo de decirte. No te comprometas precipitadamente a nada hasta que yo haya hablado de nuevo con Achmad. Iré en seguida a discutir con él. Quizá ofrezca un paliativo a tu ira. Algo que tú estarías dispuesto a aceptar. Una nueva esposa para Ali, quizá.

—Gésu —dije, con el asco más profundo que hubiera sentido hasta entonces —. Vete, gusano. Ve a arrastrarte ante él. Ve a hacer con él todo lo sórdido que soléis hacer. Hazle delirar de amor para que te prometa cualquier cosa…

—Sí, esto está a mi alcance —dijo ansiosamente —. Crees que haces una broma cruel al proponerlo, pero esto está a mi alcance.

—Disfruta, pues, y hazlo, porque probablemente será la última vez. Achmad morirá en mis manos, y tan pronto como pueda.

—Creo que lo dices en serio.

—Sí. ¿Cómo explicártelo para que lo entiendas? No me importa lo que me cueste, ni

lo que te cueste a ti o a la Compagnia o al kanato o al mismo kan Kubilai. Sólo procuraré

proteger de las repercusiones de mi acto a mi inocente padre, es decir, que debo hacerlo antes de que vuelva. Y lo haré. Achmad morirá, y por obra mía. Al final debió de convencerse porque sólo preguntó apagadamente:

—¿No puedo decir nada para disuadirte? ¿No puedo hacer nada?

De nuevo me encogí de hombros.

—Si vas a verlo ahora, podrías matarlo tú mismo.

—Yo le amo.

—Mátalo con amor.

—Creo que ahora sin él ya no podría vivir.

—Entonces muere con él. ¿Debo decírtelo claramente, a ti que fuiste mi tío, mi compañero, mi aliado fiel? Entonces te lo digo: ¡el amigo de mi enemigo es también mi enemigo!

Ni siquiera le vi salir de la habitación, porque Huisheng y las dos doncellas llegaron en aquel momento y estuve un ratito ocupado mostrándoles el lugar donde podían guardar su pequeño surtido de trajes y pertenencias. Luego, durante otro momento conseguí

olvidarme por completo del maligno Achmad y de mi tristemente degradado tío Mafio y de todas las preocupaciones que pesaban sobre mí y de todos los peligros que me

acechaban fuera de aquel lugar y de aquel momento, y lo conseguí porque estuve felizmente ocupado entregando a Huisheng la escritura de su libertad. Le indiqué que se sentara en una mesa sobre la cual estaban los pinceles, el apoyo para el brazo y el bloque de tinta que los han utilizan para escribir. Desplegué el papelito y lo puse delante de ella. Humedecí el bloque para hacer tinta y deposité un poco sobre la superficie grabada de mi yin, luego lo apreté firmemente sobre un espacio blanco del papel y le enseñé la marca. Ella la miró y luego me miró a mí mientras sus deliciosos ojos intentaban entender el sentido de estas acciones. Yo la señalé a ella, a la marca del papel, a mí mismo y luego hice el gesto de despedir, el papel ya no me pertenece, tú ya no me perteneces y empujé el papel hacia ella.

Una gran luz se encendió en su rostro. Imitó mis gestos de despedida, me miró

interrogativamente y yo asentí con fuerza. Ella cogió el papel mientras me miraba e

hizo el gesto de romperlo, pero sin completar la acción, y yo asentí con mayor fuerza todavía, para convencerla: «Tienes razón, el título de propiedad de la esclava deja de existir, eres una mujer libre.» Sus ojos se llenaron de lágrimas, se levantó, soltó el papel, lo dejó caer revoloteando al suelo, y me dirigió una última mirada interrogativa: « ¿No hay error posible?» Yo hice un gesto amplio y decisivo indicando: «El mundo es tuyo, eres libre de marcharte.» Siguió luego un instante petrificado, durante el cual contuve la respiración mientras los dos permanecíamos de pie sin hacer otra cosa que mirarnos, y este instante pareció interminable. Ella no tenía más que recoger sus cosas y despedirse; yo no podía detenerla. Pero luego aquel instante petrificado se fracturó. Hizo dos gestos que yo pude entender, o esto imaginé: tender una mano hacia su corazón, la otra hacia sus labios y luego extenderlas hacia mí. Yo sonreí inciertamente y luego solté una carcajada de felicidad, porque ella lanzó contra mí su pequeño cuerpo y nos abrazamos como habíamos hecho la noche anterior, no de forma apasionada ni amorosa, sino alegremente.

Di las gracias silenciosamente al kan Kubilai y le bendecí por haberme entregado aquel sello yin. Acababa de utilizarlo por primera vez, y con aquel acto conseguía poner en mis brazos a una encantadora muchacha. Era realmente increíble, pensé, el poder de una simple impresión de una simple piedra grabada sobre un trozo de papel… Y luego, de repente, solté a Huisheng, me separé de ella y me tiré al suelo. Mientras caía pude ver con el rabillo del ojo la expresión sorprendida de su carita, pero no tenía tiempo para dar explicaciones ni pedir disculpas por mi rudeza. Una idea se había apoderado de mí, una idea terrible, y quizá lunática, pero que me cautivaba enormemente. Pudo haber sido el contacto refrescante con Huisheng lo que había estimulado mi mente al respecto. En caso afirmativo se lo agradecería después. En aquel momento tumbado en el suelo ignoré el gran asombro que probablemente sentía ella y empecé a remover ansiosamente el montón desordenado de objetos que había sacado de mis bultos. Encontré la placa paizi que había decidido devolver a Kubilai y la lista con los nombres de los ingenieros que deseaba entregarle y… ¡sí!, ¡allí estaba! El sello yin grabado con el nombre de Bao Neihe, que había tomado del ministro de Razas Menores poco antes de su ejecución y que había guardado desde entonces. Lo recogí, lo miré

alegremente, me puse en pie con el objeto en la mano y creo que canté una estrofa de alguna canción y que bailé unos cuantos compases. Me detuve cuando vi que Huisheng y mis dos nuevas criadas me estaban mirando con sorpresa e incertidumbre. Una de las doncellas señaló hacia la puerta y dijo indecisa:

—Amo Marco, un visitante pide veros.

Me calmé inmediatamente porque era Ali Babar. Me avergonzó que me hubiese visto haciendo cabriolas, como si yo tuviera el corazón alegre mientras él vivía triste y afligido. Pero podía haber sido peor; me habría sentido más culpable si hubiese entrado

mientras abrazaba a Huisheng. Avancé hacia él, le apreté la mano y lo acerqué hacia mí

murmurando palabras de saludo, de condolencia y de amistad. Su aspecto era terrible. Tenía los ojos enrojecidos de llorar, su gran nariz parecía hundirse más que de costumbre y se retorcía continuamente las manos, sin lograr que dejaran de temblar.

—¡Marco! —dijo con voz trémula —. Acabo de ver al maestro de funerales de la Corte, para contemplar por última vez a mi querida Mar-Yanah. Pero según él entre las personas fallecidas que guarda no hay ninguna con este nombre. Tenía que haberlo previsto, y haber impedido que fuera allí, y haberle ahorrado el desconcierto de tal anuncio. Yo sabía que los criminales ejecutados no iban a parar al maestro de funerales; el mismo acariciador los despachaba, sin sacramentos ni ceremonias. Pero no hablé de esto y sólo dije para calmarle:

—Sin duda se debe a la confusión causada por el regreso de la corte desde Shangdu.

—Confusión —murmuró Ali —. Mi confusión es grande.

—Déjalo todo en mis manos, viejo amigo. Yo lo arreglaré. Estaba a punto de hacerlo. Voy a emprender varias gestiones sobre este asunto.

—Un momento, Marco. Dijisteis que me lo contaríais todo… el cómo, el porqué de su muerte…

—Lo haré, Ali. Tan pronto como vuelva de este recado. Es urgente, pero no tardaré

mucho. Descansa aquí y deja que estas damas te atiendan. —Y dije a las doncellas —: Preparadle un baño caliente. Frotadle con bálsamos. Traedle comida y bebida. Todo tipo de bebida y sin límite de cantidad. —Iba a salir, pero entonces recordé algo más y ordené

del modo más estricto —: Que nadie entre en estas habitaciones hasta que yo regrese. Me fui, casi corriendo, a visitar al ministro de la Guerra, el artista maestro Zhao, y por fortuna lo encontré en aquella hora temprana del día no ocupado todavía ni en la guerra ni en el arte. Empecé diciendo que me había enterado del accidente que había costado la vida de su señora y que lo lamentaba.

—¿Por qué? —preguntó lánguidamente —. ¿Formabais vos parte de su establo de sementales?

—No. Estoy simplemente observando las buenas costumbres.

—Os lo agradezco. Es más de lo que ella hizo en vida. Pero me imagino que no habéis venido a visitarme sólo por esto.

—No —dije de nuevo —. Y si vos preferís la franqueza, también la prefiero yo. ¿Sabéis que doña Zhao no murió accidentalmente? ¿Que el accidente fue obra del primer ministro Achmad?

—Debo agradecérselo. Es más de lo que nunca ha hecho por mí. ¿Tenéis alguna idea de los motivos que le impulsaron tan repentinamente a poner orden en mi pequeña familia?

—No lo hizo por esto, maestro Zhao. Sólo actuó en interés propio —A continuación conté cómo Achmad había utilizado el yin oficial de doña Zhao para eliminar a Mar-Yanah, y los varios acontecimientos que precedieron y siguieron al hecho. No mencioné

a Mafio Polo, pero concluí diciendo —: Achmad ha amenazado también con hacer públicas ciertas pinturas que vos ejecutasteis. Pensé que esto podría disgustaros.

—Sería algo embarazoso, desde luego —murmuró, todavía con languidez, pero una mirada penetrante me demostró que sabía a qué pinturas me refería, y que también serían embarazosas para la familia Polo —. Entiendo que desearíais interrumpir la carrera de destrucción que ha emprendido de modo repentino y precipitado el jingxiang Achmad.

—Sí, y creo que sabéis cómo. Se me ocurrió que si él pudo utilizar la firma de otro para objetivos encubiertos, también podría yo. Y resulta que también yo tengo en mis manos el yin de otro cortesano.

Le entregué la piedra, y no tuve que decirle a quién pertenecía, porque él pudo leer el

nombre inscrito en ella:

—Bao Neihe. El impostor ex ministro de Razas Menores. —Me miró y sonrió —. ¿Estáis proponiendo lo que creo que proponéis?

—El ministro Bao está muerto. Nadie sabe realmente por qué se insinuó en esta corte, o si alguna vez utilizó realmente ese cargo para subvertir al kanato. Pero si de repente se descubriera una carta o comunicado con su firma referente a alguna intención nefasta, por ejemplo, una conspiración para difamar de algún modo al kan o favorecer al primer ministro, bueno, en este caso Bao no estaría en condiciones de negar nada, y Achmad podría tener dificultades para refutar la acusación.

Zhao exclamó encantado:

—¡Por mis antepasados, Polo, estáis demostrando vos mismo ciertos talentos ministeriales!

—Un talento que no poseo es la capacidad de escribir en caracteres han. Vos sí. Podía

haber pedido el favor a otros, pero supuse que vos no seríais amigo del árabe Achmad.

—Bueno, si lo que decís es cierto, él me quitó un peso de encima. Pero todavía estoy soportando otros pesos que me impuso. Tenéis razón: colaboraría alegremente en deponer a ese hijo de tortuga. Sin embargo os habéis olvidado un detalle. Estáis proponiendo una conspiración auténtica. Si fracasa, vos y yo tendremos cita rápida con el acariciador. Si triunfa es peor, porque vos y yo estaremos para siempre en manos el uno del otro.

—Maestro Zhao, mi único deseo es vengarme del árabe. Si puedo hacerle daño, por poco que sea, no me importará perder la cabeza, mañana o dentro de unos años. Por el simple hecho de proponeros esta acción me he puesto ya en vuestras manos. No puedo ofreceros otra garantía de mi buena fe.

—Es suficiente —dijo con decisión mientras se levantaba de su mesa de trabajo —. En todo caso se trata de una broma tan extraordinaria que no podría negar mi colaboración. Venid. —Me condujo a la habitación contigua y con un gesto quitó el paño que cubría el enorme mapa de mesa —. Vamos a ver. El ministro Bao era un yi de Yunnan, provincia que en aquel entonces estaba asediada… —Nos quedamos de pie mirando Yunnan que ahora estaba punteada con las banderas de Bayan —. Supongamos que el ministro Bao estuviera tratando de ayudar a su provincia nativa… y que el ministro Achmad confiara en destronar al kan Kubilai… Necesitamos algo para enlazar estas dos ambiciones… un tercer componente… ¡Ya lo tengo! ¡Kaidu!

—Pero el ilkan Kaidu gobierna muy lejos de aquí, al noroeste —dije con ciertas dudas señalando la provincia de Xinjiang —. ¿No queda a demasiada distancia para participar en la conspiración?

—Por favor, Polo —me reprendió, pero de muy buen humor —. Al cometer el pecado de la mentira estoy incurriendo en la ira de mis venerados antepasados y vos ponéis en peligro vuestra alma inmortal. ¿Queréis ir al infierno sólo por una débil y pusilánime mentira? ¿No tenéis sentido del arte? ¿No os atraen las grandes concepciones?

¡Intentemos colar una mentira retumbante y cometamos un pecado que escandalice a todos los dioses!

—Por lo menos debería ser una mentira plausible.

—Kubilai está dispuesto a creérselo todo de su bárbaro primo Kaidu. Le inspira repulsión. Y sabe que Kaidu es temerario y que su voracidad le puede impulsar a participar en los planes más absurdos.

—Esto es muy cierto.

—La cosa está hecha. Voy a confeccionar una misiva en la que el ministro Bao discuta privadamente con el jingxiang Achmad su mutua, secreta y culpable conspiración con el ilkan Kaidu. Éstos son los rasgos principales del cuadro. Dejad los detalles de su

composición a un artista maestro.

—Con mucho gusto —dije —. Dios sabe que pintáis cuadros convincentes.

—Vamos a ver. ¿Cómo conseguisteis apoderaros de este documento tan volátil?

—Fui uno de los últimos que vieron vivo al ministro Bao. Debí descubrirlo mientras le registraba. Igual que descubrí su yin.

—Vos no encontrasteis ningún yin. Olvidadlo completamente.

—Muy bien.

—Sólo encontrasteis en su poder un papel viejo y arrugado. Yo lo convertiré en una carta que Bao escribió aquí en Kanbalik a Achmad, pero que no pudo llegar a entregarle porque se vio obligado a huir. Y fue lo bastante tonto para llevársela consigo. Sí. La arrugaré y la ensuciaré un poco. ¿Cuándo queréis tenerla?

—Debía haberla entregado al kan cuando llegué a Shangdu.

—No os preocupéis. Era imposible que reconocierais su importancia. Acabáis de encontrarla ahora mientras deshacíais vuestro equipaje. Entregadla a Kubilai diciéndole con toda ingenuidad: « ¡Ah, por cierto, excelencia…!» Esta misma informalidad aumentará su verosimilitud. Pero cuanto antes mejor. Permitid que ponga manos a la obra.

Se sentó de nuevo ante su mesa y empezó activamente a sacar papeles, pinceles y bloques de tinta roja y negra y otros accesorios de su arte, mientras decía:

—Acudisteis al hombre perfecto para vuestra conspiración, Polo, aunque me apostaría mucho dinero a que ni siquiera sabéis por qué. Sin duda para vos dos páginas cualesquiera de caracteres han son iguales, e ignoráis que ningún escriba puede imitar la escritura de otro. Ahora debo esforzarme en recordar la escritura de Bao y practicarla hasta que pueda imitarla con fluidez. Pero no tardaré mucho en conseguirlo. Idos y dejadme trabajar. Os entregaré el papel tan pronto como pueda. Mientras me dirigía hacia la puerta añadió en una voz que combinaba la alegría con la lástima:

—¿Sabéis otra cosa? Éste puede ser el esfuerzo que corone toda mi carrera, la obra maestra de mi entera vida. —Y mientras yo salía dijo todavía con bastante satisfacción —:

¿Por qué no concebisteis una obra que pudiese firmar con mi nombre, Zhao Mengfu?

Maldito seáis, Marco Polo.

4

—Si todo va bien —dije a Ali —, pronto echarán al árabe al acariciador. Y si lo deseas, pediré permiso para que estés presente y ayudes al acariciador a imponer a Achmad la Muerte de un Millar.

—Me gustaría ayudar a matarlo —murmuró Ali —. ¿Pero ayudar al odioso acariciador?

Habéis dicho que fue él quien se encargó de destrozar a Mar-Yanah.

—Es cierto, y Dios sabe que es un personaje terriblemente odioso. Pero en este caso estaba cumpliendo las órdenes del árabe.

Había regresado yo a mis aposentos y vi que se habían cumplido mis previsiones y que las doncellas habían servido a Ali Babar licor en cantidad suficiente para adormecer su sensibilidad. De este modo, si bien en varias ocasiones mientras le explicaba todas las circunstancias que rodearon la muerte de Mar-Yanah se quedó boquiabierto de horror, o se puso a gemir de dolor y a gritar de pena, conseguí que no se golpeara el rostro ni gritara exageradamente como hace la mayoría de musulmanes que considera ésta la única forma correcta de duelo. Como es lógico no entré en detalles describiéndole en qué estado encontré los últimos restos de Mar-Yanah, ni sus últimos minutos de vida.

—Sí —dijo Ali, tras un largo y pensativo silencio —. Si conseguís el permiso, Marco, me

gustaría presenciar la ejecución del árabe. Sin Mar-Yanah no me queda ningún deseo que satisfacer ni ningún proyecto que realizar. Si se me concede este deseo, quedaré

satisfecho.

—Lo procuraré, si todo sale bien. Tú quédate aquí y pide a Alá que todo salga bien. Mientras decía esto bajé de mi asiento y me puse de rodillas sobre el suelo para recoger y separar el montón de recuerdos. Mientras recogía los diversos objetos, el kamal de Arpad, el paquete de cartas de zhipai, etcétera, tuve la curiosa sensación de que había desaparecido algo. Me detuve y me pregunté qué podía ser. No eché de menos el yin del ministro Bao, porque me lo había llevado conmigo. Pero faltaba algo que tenía que estar allí cuando vacié primero mis alforjas. De repente lo recordé.

—Ali —le pregunté —. ¿Has cogido algo de aquí mientras yo estaba fuera?

—No, nada —dijo, como si ni siquiera hubiese visto los objetos que cubrían el suelo, lo cual era lógico en su estado de aturdimiento y preocupación. Lo pregunté a las dos doncellas mongoles, quienes negaron haber tocado nada. Fui a buscar a Huisheng que estaba en el dormitorio guardando cuidadosamente sus escasas pertenencias en armarios y cajones. Esto me hizo sonreír: significaba que tenía intención de quedarse y no por breve tiempo. La cogí de la mano, la llevé a la habitación principal e hice gestos de interrogación. Sin duda me entendió porque contestó moviendo negativamente su linda cabeza.

O sea que sólo Mafio podía haberlo cogido. Lo que faltaba era el pequeño frasco de barro ante el cual había exclamado: «¿No es esto un recuerdo del hakim charlatán, Mimdad?

Eso era. Era el filtro de amor que el hakim me había entregado en el Techo del Mundo, la poderosa poción supuestamente utilizada por el antiguo poeta Maynun y su poetisa Laila para intensificar sus actos de amor. Mafio sabía exactamente de qué se trataba, y sabía que era algo impredecible y peligroso, porque me había oído quejarme a Mimdad después de mi horrible experiencia con el brebaje, y había visto que no mostré mucho entusiasmo cuando el hakim me dio una segunda dosis para que me la llevara. Ahora me había robado aquel frasco. ¿Para qué podía quererlo?

De repente me llegaron como un fogonazo otras palabras que había pronunciado aquella mañana: «Si es necesario estoy dispuesto a demostrar mi amor…» Y cuando yo me mofé de él diciéndole: « ¡Vete y haz delirar de amor al árabe!», él contestó: «Esto puedo nacerlo.»

«Dio le varda! ¡Tengo que apresurarme a encontrarle y detenerle!», pensé. Dios sabe que tenía muchas razones para sentirme desilusionado y disgustado con Mafio Polo, y para que no me importara un bagatín lo que pudiera sucederle; sin embargo… era sangre de mi sangre. Y cualquier acto de autosacrificio que pudiera llevar a cabo ahora para compadecerse de sí mismo o glorificarse era fútil e innecesario, porque yo había preparado ya una trampa para el maldito árabe Achmad. Me incorporé, pues, de un salto, obligando de nuevo a Huisheng a mirarme con cierta sorpresa. Pero sólo llegué

hasta la puerta porque allí estaba el maestro Zhao sonriendo y feliz:

—Está hecho —dijo —. Y cuando lo enseñéis a Kubilai, vuestra venganza quedará

cumplida.

Miró detrás mío, vio a los demás en la habitación y tiró de mi manga para que lo siguiera al corredor donde no pudieran oírme. Se sacó de algún escondrijo de su ropa un papel doblado, arrugado y manchado que realmente parecía haber sufrido un duro viaje desde Kanbalik a Yunnan ida y vuelta. Lo abrí y vi unos dibujos que me parecieron, como todos los documentos han, un jardín por donde se hubiese paseado

repetidamente una bandada de pollitos.

—¿Qué dice?

—Todo lo necesario. No perdamos tiempo con una traducción. He corrido para hacerlo y también vos debéis correr. El kan se está dirigiendo ahora a la Sala de Justicia, donde debe inaugurar las sesiones del Cheng. Se han acumulado muchas cuestiones legales que esperan su juicio. Él se interesa concienzudamente por estos temas, hasta el punto de haber aplazado la ceremonia de rendición de los Song. Pero si no le cogéis antes de que se reúna el Cheng quedará ocupado con este trabajo y luego con las negociaciones con la emperatriz Song. Pueden pasar días antes de que volváis a verlo, y mientras tanto Achmad puede haber trabajado activamente en detrimento vuestro. Id rápidamente.

—En el momento en que haga esto no estoy poniendo solamente el destino de Achmad en vuestras manos, sino también el mío, maestro Zhao, y de modo irrevocable.

—Y también el mío queda en las vuestras. Id, pues.

Allí fui, después de pasar corriendo por mi habitación para recoger las demás cosas que debía entregar al gran kan. Y le alcancé precisamente cuando él y los jueces menores y la Lengua estaban tomando asiento sobre el estrado del Cheng. Me indicó amablemente que me acercara al estrado y cuando le entregué los objetos que había traído dijo:

—No corría prisa alguna que devolvieras estas cosas, Marco.

—Las había guardado ya más tiempo del debido, excelencia. Aquí está la placa paizi de marfil, y vuestra credencial en papel amarillo, y un papel que llevaba consigo el ex ministro Bao en el momento de su captura, y esta nota mía con la lista de los ingenieros que colocaron con tanta eficacia las bolas de huoyao. Apunté sus nombres con letras romanas, excelencia, y quizá queráis escucharlos mientras los leo. Confío que podré

pronunciarlos correctamente, y que podréis comprenderlos, porque quizá deseáis recompensar a estos hombres con alguna demostración de…

—Lee, lee —dijo con indulgencia.

Lo hice mientras él dejaba distraídamente a un lado la placa y la carta que me había entregado para el viaje y abría distraídamente el papel que el maestro Zhao había contrahecho y le echaba un vistazo. Cuando vio que estaba escrito en han lo pasó

despreocupadamente a la Lengua de muchas lenguas y continuó escuchándome. Yo intentaba dificultosamente entender mi lista de garabatos poco leíbles, y recitaba en

voz alta:

—Un hombre llamado Gegen, de la tribu Kurai… un hombre llamado Jassak, de la tribu Merkit… un hombre llamado Berdibeg, también de los Merkit… —cuando de repente la Lengua se puso en pie de un salto y a pesar de su dominio de tantos lenguajes profirió

un grito que era totalmente inarticulado.

—Vaj! —exclamó el gran kan —. ¿Qué mal os ha atacado?

—¡Excelencia! —gritó la Lengua excitado y asombrado —. ¡Este papel… contiene un asunto de la máxima importancia! ¡Debe pasar por delante de todo! Este papel… que ha traído este hombre.

—¿Marco? —Kubilai se volvió hacia mí —. ¿Dijiste que lo tenía el ex ministro Bao? —Cuando repetí que así era, él se volvió de nuevo hacia la Lengua —: ¿Y bien?

—Quizá, excelencia, prefiráis… —dijo la Lengua mirándome significativamente a mí, a los demás jueces y a los guardias —. Quizá Prefiráis despejar la sala antes de divulgar su contenido.

—Divulgadlo —gruñó el kan —, y luego decidiré si hay que despejar la sala.

—Como ordenéis, excelencia. Bueno, si así lo queréis puedo haceros una traducción al pie de la letra. Pero baste decir por ahora que se trata de una carta firmada con el yin de Bao Neihe. Insinúa, o implica, o no, revela francamente una traidora conspiración entre vuestro primo el ilkan Kaidu y… y uno de vuestros ministros de más confianza.

—¿De veras? —dijo Kubilai gélidamente —. Entonces creo que lo mejor es que nadie salga de esta sala. Continuad, Lengua.

—En resumen, excelencia, parece ser que el ministro Bao, que según todos sabemos ahora era un impostor yi, confiaba en evitar la total devastación de su provincia nativa, Yunnan. Parece ser que Bao había persuadido al ilkan Kaidu, o quizá le había sobornado, porque se habla de dinero, para que marchara hacia el sur y lanzara sus tropas contra vuestra retaguardia que estaba entonces invadiendo Yunnan. Esto habría sido un acto de rebelión y de guerra civil, y se esperaba que vos mismo partiríais en campaña. En ausencia vuestra y aprovechando la confusión, el… el vicerregente Achmad se proclamaría a sí mismo gran kan…

Todos los jueces del Cheng allí reunidos gritaron «Vaj» y «¡Qué vergüenza!» y «Aiya!»

y otras expresiones de horror.

—… después de lo cual —continuó la Lengua —, Yunnan proclamaría su rendición y su fidelidad al nuevo gran kan Achmad, a cambio de una paz fácil. Al parecer se acordó

también que los yi se unirían a Kaidu y atacarían a los Song, para ayudarlo a conquistar este imperio. Y una vez esto conseguido, Achmad y Kaidu se dividirían entre sí el kanato y lo gobernarían.

Hubo más exclamaciones de «Vaj!» y «Aiya!». Kubilai no había hecho aún ningún comentario, pero su rostro era como un buran, la negra tormenta de arena que se levanta sobre el desierto. Mientras la Lengua esperaba alguna orden, los ministros empezaron a pasarse la carta.

—¿Es ésta la letra de Bao? —preguntó uno.

—Sí —dijo otro —. Siempre utilizaba la escritura de hierba, no los caracteres formales y rectos.

—Mirad aquí ¿no veis? —intervino otro —. Para escribir dinero, utilizó el carácter de la concha de kaurí, que es la moneda que utilizan los yi.

Otro preguntó:

—¿Y la firma?

—Parece auténtica suya.

—¡Que venga el maestro de Yins!

—Nadie debe abandonar esta sala.

Pero Kubilai oyó la propuesta y asintió, y un guardia salió corriendo. Mientras tanto, los ministros discutían y protestaban con un ruido confuso de voces, y oí a uno que decía solemnemente:

—Es tan terrible que no puede creerse.

—Hay un precedente —dijo otro —. Recordad que hace unos años el kanato adquirió la tierra de Capadocia con una treta semejante. Un primer ministro, de los turcos selyúcidas, también de confianza, pidió la ayuda encubierta de nuestro ilkan Abagha de Persia para que le ayudara a derribar al legítimo rey Kilij. Y cuando hubo llevado a cabo su traición, el advenedizo alió Capadocia con nuestro kanato.

—Sí —observó otro —. Pero por suerte las circunstancias eran diferentes. Abagha conspiró

no para su propio engrandecimiento sino en bien del gran kan Kubilai y de todo el

kanato.

—Aquí llega el maestro de Yins.

El viejo maestro Yiu llegó trabajosamente hasta el Cheng empujado por el guardia. Le enseñaron el papel y después de echarle un breve vistazo con los ojos entornados dictaminó:

—No puedo confundir mi propia obra, señores. Éste es indudablemente el yin que grabé

para el ministro de Razas Menores, Bao Neihe.

—¡Lo veis! ¡Era cierto! ¡Ya no cabe duda alguna! —se oyó a diversas voces, y todos dirigieron la vista a Kubilai.

El gran kan inhaló un gran soplo de aire, suspiró echándolo lentamente fuera, y luego

dijo con una voz de condena:

—¡Guardias! —Éstos se pusieron rígidos y firmes, y golpearon al unísono el suelo con sus lanzas —. Id a solicitar la presencia en esta sala del primer ministro Achmad-az-Fenaket. Ellos golpearon de nuevo el suelo con sus lanzas, dieron media vuelta para salir, pero Kubilai los detuvo un instante y se volvió hacia mí.

—Marco Polo, parece que de nuevo has prestado un servicio a nuestro kanato, aunque ahora inadvertidamente. —Las palabras eran bastante laudatorias, pero a juzgar por la expresión de su rostro parecía como si yo hubiese introducido en la sala arrastrándolo en mis botas alguna porquería de perro —. Podrías encargarte tú mismo de llevarlo a su conclusión. Ve con los guardias y comunica al primer ministro mi orden formal:

«Levántate y ven, hombre muerto, porque Kubilai, el kan de todos los kanes, quiere oír tus últimas palabras.»

Salí, pues, como se me ordenaba. Pero el gran kan no me había ordenado que volviera al Cheng en compañía del árabe y resultó que no volví. Yo y mi grupo de guardias llegamos a las habitaciones de Achmad y encontramos las puertas exteriores sin guardia y abiertas de par en par. Entramos y encontramos reunidos a los centinelas y a todos los criados en actitud de escuchar con ansia y de retorcerse indecisamente las manos delante de la puerta cerrada del dormitorio. Los criados cuando nos vieron llegar nos saludaron con un clamor y dieron gracias a Tengri y alabaron a Alá por nuestra aparición, y necesitamos un rato para que se calmaran y nos explicaran de modo coherente lo que estaba sucediendo.

Nos contaron que el valí Achmad había permanecido todo el día en su dormitorio.

Esto no era nada raro, dijeron, porque a menudo se llevaba consigo trabajo para la noche y después de despertarse y de desayunar despachaba asuntos confortablemente acostado. Pero aquel día habían empezado a oírse desde el interior del dormitorio unos ruidos extraordinarios, y una doncella después de unos momentos de comprensible vacilación había llamado a la puerta preguntando si todo iba bien. Le había contestado una voz que sin duda era la del valí, pero que con un tono anormalmente alto y nervioso ordenó:

«Dejadme tranquilo.» Luego los sonidos inexplicables habían continuado: risitas que se convertían en carcajadas desenfrenadas, chillidos y gemidos que aumentaban pasando a quejidos y llantos, carcajadas de nuevo, y así sucesivamente. Los oyentes, que eran ya toda la servidumbre de Achmad pegada a la puerta, no podían decidir si los ruidos expresaban placer o dolor. A medida que pasaban las horas habían llamado con frecuencia a su amo y habían golpeado la puerta e intentado abrir y mirar dentro. Pero la puerta estaba bien cerrada, y ellos estaban ya debatiendo la conveniencia de forzarla cuando por fortuna habíamos llegado nosotros y les habíamos ahorrado la decisión.

—Escuchad vosotros mismos —nos dijeron, y yo y el cabo de la guardia apretamos el oído contra los paneles.

Al cabo de un rato, el cabo me dijo extrañado:

—Nunca había oído nada semejante.

Yo sí, pero de esto hacía mucho tiempo. En el anderun del palacio de Bagdad, había espiado a través de un agujero a una joven residenta seducir a un feo y peludo mono simiazza. Los sonidos que ahora oía a través de esta puerta se parecían mucho a los sonidos que había oído entonces: las palabras de amor y de ánimo que murmuraba la chica, el galimatías de perplejidad que emitía el mono, sus gruñidos y gemidos de consumación, mezclados con pequeños hipidos y chillidos de dolor, porque el mono mientras la satisfacía torpemente también infligía torpemente muchos pequeños mordiscos y arañazos.

No dije nada de esto al cabo y me limité a ordenar:

—Propongo que vuestros hombres aparten de aquí a todos estos criados y que los devuelvan a sus habitaciones. Tenemos que arrestar al ministro Achmad, pero no es preciso que le humillemos delante de la servidumbre. Que los guardias queden también fuera. Los dos bastamos.

—¿Entramos entonces? —preguntó el cabo mientras se cumplían mis órdenes —. ¿Aunque se encuentre indispuesto?

—Entremos. Aparte de lo que pueda estar sucediendo aquí dentro, el gran kan quiere tener a este hombre y lo quiere ahora. Sí, forcemos la puerta. Yo había ordenado que

se fueran los espectadores preocupado no por los sentimientos de Achmad, sino por los míos propios, pues esperaba encontrar muy visible a mi tío allí

dentro. Se me quitó un gran peso de encima cuando no lo vi, y el árabe no estaba en condiciones de preocuparse por una humillación.

Yacía desnudo en la cama, y su cuerpo marrón, escuálido y sudoroso, se revolcaba en un mar de sus propias secreciones. Las sabanas eran entonces de seda color verde pálido, pero muy viscosas y con manchas blancas y rosadas, porque al parecer las últimas eyaculaciones de Achmad, después de muchas anteriores, estaban teñidas de sangre. Emitía aún sonidos confusos, pero con voz apagada, porque tenía en la boca uno de los falocriptos del hongo su-yang, tan hinchado por la humedad que le deformaba los labios y las mejillas. Otro órgano artificial sobresalía por su parte trasera, pero estaba fabricado de fino jade verde. Por delante su órgano auténtico era invisible porque estaba metido dentro de algo parecido a un sombrero militar mongol de pieles para el invierno, y con ambas manos lo estaba sacudiendo frenéticamente adelante y atrás para restregarse. Sus ojos de ágata estaban bien abiertos, pero su carácter pétreo se había difuminado, como si estuvieran cubiertos de musgo y si algo veían no nos veían a nosotros.

Hice un gesto a los guardias. Un par de ellos se inclinaron sobre el árabe y empezaron a tirar y sacar los varios aparatos que tenía encima y dentro. Cuando le sacaron el suyang que chupaba con la boca sus gimoteos aumentaron de intensidad, pero continuaron siendo ruidos ininteligibles. Cuando le arrancaron el cilindro de jade gimió lascivamente y su cuerpo experimentó una breve convulsión. Cuando le quitaron aquella cosa peluda continuó moviendo débilmente las manos, aunque no le quedaba mucho que menear allí

abajo, porque la fricción lo había dejado en carne viva, ensangrentado y diminuto. El cabo de la guardia dio varias vueltas al objeto en forma de sombrero estudiándolo con curiosidad y yo observé que era peludo sólo por una parte, pero luego aparté mis ojos cuando empezó a gotear de él una cantidad de sustancia blanca y viscosa teñida de sangre.

—¡Por Tengri! —gruñó para sí el cabo —. ¿Labios? —Luego lo tiró y preguntó con asco —:

¿Sabéis qué es esto?

—No —dije —. Ni quiero saberlo. Poned en pie a este ser. Echadle agua fría. Secadlo. Ponedle alguna ropa encima.

Mientras le hacían todo esto Achmad pareció reanimarse algo. Al principio no se sostenía en pie y los guardias que lo cuidaban tenían que aguantarle. Luego tras varias duchas de agua fría empezó a convertir sus gemidos en palabras comprensibles, aunque eran inconexas.

—Los dos éramos hijos del rocío… —dijo como si repitiera una poesía que sólo él podía oír —. Encajábamos bien…

—Vamos, calla ya -ordenó el canoso soldado que le estaba quitando el sudor y la porquería.

—Luego yo crecí, pero ella se quedó pequeña… con diminutas aberturas… y lloró…

—Calla —gruñó el otro correoso veterano que trataba de ponerle una aba.

—Luego ella se convirtió en un ciervo… y yo en una gama… y me tocó llorara mí…

—¡Te han dicho que te calles! —le increpó el cabo.

—Dejadle hablar; quizá se le despeje la cabeza —dije con indulgencia—. Va a necesitarlo.

—Luego fuimos mariposas… y nos abrazamos dentro de una flor tragante… —Sus ojos que giraban en sus órbitas se detuvieron un momento en mí y dijo con voz clara —:

¡Folo! —Pero la dureza pétrea de sus ojos estaba todavía cubierta de musgo, al igual que sus demás facultades, porque añadió con voz muy baja —: Convertir este nombre en el hazmerreír…

Podéis probarlo —dije con indiferencia —. Se me ha ordenado que os diga lo siguiente:

«Ve con estos guardias, hombre muerto, porque Kubilai el kan de todos los kanes quiere oír tus últimas palabras.» Hice otro gesto y dije —: Lleváoslo. Había dejado que Achmad continuara farfullando para que los guardias no captaran otro sonido que yo había oído en aquella habitación: una especie de débil sonido, pero persistente y musical. Cuando los guardias salieron con el prisionero, me quedé para investigar su origen. No procedía de ningún lugar de la habitación, ni de detrás de sus dos puertas, sino de detrás de una de las paredes. Escuché atentamente, localicé el punto de origen en un qali persa especialmente chillón que colgaba enfrente de la cama y lo levanté. La pared de detrás parecía maciza, pero me bastó empujar para que una sección del panel girara hacia dentro, como una puerta, y se abriera hacia un negro pasadizo de piedra. En seguida pude entender qué provocaba aquel sonido. Era extraño oírlo en un corredor secreto del palacio mongol de Kanbalik, porque alguien estaba cantando una canción veneciana. Y era una canción extraordinariamente fuera de lugar en aquellas circunstancias, pues se trataba de una sencilla canción alabando la virtud, algo que no encajaba nada con el valí Achmad ni con su entorno ni con nada referente a él. Mafio Polo cantaba con voz trémula y baja:

La virtú me da grazia anca se moho

Vechio ti fussi e te da nobil forme…

Busqué en el dormitorio una lámpara para alumbrarme, me introduje en las tinieblas y cerré la puerta secreta detrás mío, confiando en que el qali caería y la taparía. Encontré

a Mafio sentado en el suelo frío y húmedo, a poca distancia de la puerta. Iba disfrazado de nuevo con su horrible traje de «mujer alta», esta vez todo verde pálido, y parecía incluso más aturdido y perturbado que el árabe. Pero por lo menos no estaba manchado ni tenía señales de sangre o de otros fluidos corporales. Era evidente que el papel interpretado por él en la orgía del filtro amoroso, suponiendo que hubiese interpretado alguno, no había sido muy activo. No pareció reconocerme, pero no ofreció resistencia cuando le cogí por el brazo, le puse en píe y empecé a conducirle a lo largo del pasadizo. Se limitó a continuar canturreando:

La virtú te fa helo anca deforme,

La virtú te fa vivo anca sepolto.

No había estado nunca en aquel pasillo secreto, pero conocía lo suficiente el palacio para tener una idea general del lugar hacia el cual nos conducían las vueltas y recodos del camino. Durante todo el trayecto Mafio continuó cantando con un murmullo de voz las excelencias de la virtud. Pasamos delante de muchas puertas cerradas en el muro, pero transcurrió mucho rato antes de que yo escogiera una y la abriera ligeramente para espiar hacia fuera.

Daba a un jardincito situado no muy lejos del ala del palacio donde nos alojábamos.

Intenté hacer callar a Mafio mientras lo sacaba fuera, pero sin resultado. Estaba viviendo en otro mundo, y no se habría enterado aunque lo hubiese arrastrado por el estanque de lotos del jardín. Sin embargo, por suerte no topamos con nadie y creo que nadie nos vio mientras recorríamos apresuradamente el camino que faltaba hasta sus habitaciones. Pero allí, tuve que entrarle por la puerta habitual, puesto que no sabía cuál era su puerta trasera, y nos encontramos con la misma criada que me había hecho pasar la noche anterior. Me sorprendió algo, pero me satisfizo mucho que no hiciera demostración alguna de sorpresa o de horror al ver a su amo y amante de un día disfrazado tan grotescamente. Puso únicamente una expresión de tristeza y de lástima mientras él canturreaba:

La virtü é un cavedál che sempre é rico,

Che no patisse mai rüzene o taño…

—Tu amo está enfermo —dije a la mujer, pues fue la única explicación que se me ocurrió, y además era bien cierta.

—Yo le cuidaré —dijo ella con tranquila compasión —. No os preocupéis.

… Che sempre cresse e no sepol robarlo,

E mai no rende el possessór mendico.

Me alegré de dejarlo en sus manos. Y ahora puedo decir que Mafio permaneció durante mucho tiempo bajo sus tiernos y solícitos cuidados, porque nunca recuperó la razón. El día había sido bastante arduo, y el anterior había sido aún peor, y entre los dos había pasado una noche en vela. Me arrastré, pues, hasta mis habitaciones para descansar y disfrutar de los cuidados de mis criadas y de la bella Huisheng, y para hacer compañía a Ali Babar, quien bebió hasta caer inconsciente de su propia desgracia. No vi nunca más a Achmad. Le acusaron, procesaron, juzgaron, condenaron y sentenciaron todo junto aquel mismo día, y lo voy a contar con idéntica rapidez. No deseo demorarme en este tema, porque resultó que a pesar de imponer mi venganza tuve que sufrir una pérdida más.

En todo el tiempo que ha pasado desde entonces no he sentido nunca el menor remordimiento por haber acabado con Achmad-az-Fenaket mediante una carta falsificada, ni por haberlo implicado en un delito que no había cometido. Los otros delitos y vicios en que había caído bastaban ya. De hecho la carta falsa podía haber fracasado fácilmente de no haber sido por la naturaleza auténticamente pervertida del árabe, que le había impulsado a tomar el filtro amoroso con Mafio. Este experimento alucinatorio había dejado huera su astuta mente, había embotado su agudo ingenio y había trabado su lengua viperina. Quizá la experiencia le había dejado menos debilitado que a mi tío, por lo menos el árabe me había reconocido brevemente después del accidente y Mafio no, Mafio no me reconoció nunca más, y quizá Achmad se habría recuperado al cabo de un tiempo, pero no dispuso de él.

Cuando le arrastraron aquel día ante el encolerizado kan y le confrontaron con la prueba realmente endeble de su «traición» no le hubiera costado mucho salir del atolladero. Le habría bastado invocar los privilegios de su cargo y pedir un aplazamiento del Cheng hasta que pudiera enviarse una embajada al ilkan Kaidu, el otro supuesto miembro del triunvirato de conspiradores. Kubilai y los jueces no hubiesen podido negarse a esperar y a oír las noticias que podía enviar Kaidu. Pero Achmad no pidió esto ni pidió nada, según los presentes. Dijeron que no estaba en absoluto preparado para defenderse, y no se dieron cuenta de que en realidad era incapaz de

hacerlo. Dijeron que el acusado se limitó a farfullar, a delirar y a retorcerse, dando la inconfundible impresión de un criminal culpable atormentado por su culpa, por la acusación y por el temor al castigo. Los jueces del Cheng reunidos en sesión allí mismo decidieron seguidamente en contra suyo y Kubilai, todavía irritado, no revocó su sentencia. Achmad fue declarado culpable de traición, y el castigo por este crimen fue la Muerte de un Millar.

Todo el asunto había estallado tan repentinamente como una tormenta de verano, pero constituyó el escándalo más serio y espectacular que pudiera recordar el cortesano más anciano. La gente no hablaba de otra cosa, y todo el mundo estaba ansioso por oír o contar cualquier mínimo detalle de las noticias o rumores que corrían, y quien tuviese alguna jugosa noticia que impartir se convertía en el centro de una multitud. La mayor celebridad recayó en el acariciador, a quien habían entregado el más ilustre sujeto de su carrera, y el maestro Ping se deleitó con esta fama. Dejó de lado su habitual y tenebroso aire de secreto y se jactó abiertamente de estar almacenando en su calabozo subterráneo provisiones para cien días. Despachó luego a todos sus ayudantes y secretarios, enviándolos de vacaciones, incluso a sus enjuagadores y recuperadores, para prestar así

a su distinguido sujeto una atención exclusiva y no compartida por nadie. Fui a visitar a Kubilai. Por aquel entonces se había calmado algo y se había resignado a la defección y pérdida de su primer ministro, y ya no me miraba como los antiguos reyes miraban a quienes les traían malas noticias. Le conté, sin entrar en innecesarios detalles, que Achmad había sido responsable del asesinato inexcusable de la inocente esposa de Ali Babar. Pedí al gran kan permiso para que Ali presenciara la ejecución del ejecutador de su esposa y lo obtuve. Como es lógico el acariciador Ping quedó

horrorizado cuando se enteró, pero no pudo revocar el permiso, y no se atrevió ni siquiera a quejarse en voz alta, para que una investigación más profunda no revelara su participación activa en el asesinato de Mar-Yanah.

O sea que en la fecha fijada fui con Ali a la caverna subterránea y le pedí que se mantuviera firme y viril mientras presenciaba la reducción a trozos de nuestro mutuo enemigo. Ali estaba pálido, pues era un hombre que no soportaba los espectáculos sangrientos, pero parecía decidido, incluso mientras me dirigía unos salaams y adioses tan solemnes que parecía como si le hubieran destinado a él mismo a la Muerte de un Millar. Luego él y el maestro Ping, que todavía murmuraba maldiciones contra aquel intruso inoportuno, pasaron por la puerta tachonada de hierro y entraron en el lugar donde Achmad estaba ya colgado esperando, y la puerta se cerró tras ellos. Salí de allí

con un único pesar: que el árabe, por lo que habían contado aún estaba entumecido y desorientado. Si era cierto lo que el mismo Achmad me había dicho, que el infierno es lo que más duele, lamenté que él no pudiera sentir el dolor tan intensamente como yo deseaba.

El acariciador había comunicado que sus caricias podían ocuparle cien días enteros, y como es lógico todo el mundo esperaba que así fuera. Es decir, que sus secretarios y ayudantes no volvieron a congregarse en su sala exterior y a esperar la salida triunfante de su amo hasta haber transcurrido todo ese intervalo de tiempo. Cuando hubieron pasado varios días más, empezaron a inquietarse, pero no se atrevieron a entrar sin permiso. Pero cuando yo envié a una de mis criadas preguntando por Ali

Babar, el secretario jefe cogió ánimos y se decidió a entreabrir la puerta tachonada de hierro. El hedor que salió del interior, un hedor de osario, le obligó a retroceder mareado. No salió

nada más de la sala interior, y nadie pudo echar ni siquiera un vistazo sin desmayarse. Tuvieron que llamar al ingeniero de palacio y pedirle que dirigiera sus brisas artificiales a través de los túneles subterráneos. Cuando el aire de las salas volvió a ser un poco respirable, el secretario jefe del acariciador se aventuró a entrar, y salió luego aturdido

para informar de lo que había visto.

Había tres cuerpos muertos, o los constituyentes y restos de tres cuerpos. El del ex valí

Achmad estaba hecho jirones, y era evidente que había sufrido por lo menos una Muerte de Novecientos Noventa y Nueve. Por lo que pude deducir, Ali Babar había presenciado el entero proceso de disolución, y luego había agarrado y atado al acariciador, pasando a reproducir en su sacrosanta e inviolable persona todo el proceso de las caricias. Sin embargo, el secretario jefe explicó que no había superado una Muerte de Quizá Cien o Doscientos. Se supone que Ali había enfermado por efecto de las miasmas de la descomposición de Achmad y por la acumulación de sangre, carnada y excrementos y no había podido llegar hasta el final. Había dejado al maestro Ping parcialmente despedazado y colgando para que muriera tranquilamente, había cogido uno de los cuchillos más largos y se lo había hundido en el pecho.

Es decir, que Ali Babar, Narices, Sindbad, Ali-ad-Din, de quien me había burlado todo el tiempo que le había conocido, llamándole cobarde y fanfarrón, al final de todo había seguido el único impulso loable de su vida, su amor por Mar-Yanah, y había llevado a cabo algo eminentemente valiente y apreciable. Se había vengado de las dos personas que la mataron, el instigador y el autor material y luego había tomado su propia vida, para que no se pudiera acusar del hecho a nadie más (en este caso a mí). La población de palacio, la ciudad de Kanbalik, y probablemente todo Kitai, por no decir todo el Imperio mongol estaba todavía vibrando y estremeciéndose con el escándalo de la abrupta caída de Achmad. El nuevo escándalo acaecido en los subterráneos proporcionó más alimento a las habladurías y sirvió para que Kubilai me considerara de nuevo con severa exasperación. Pero esta última noticia contenía una revelación tan macabra, casi tan ridícula, que incluso divirtió al gran kan y le distrajo de toda posible inclinación a las represalias. Resultó que cuando los ayudantes del acariciador recogieron y recompusieron su cadáver para enterrarlo decentemente descubrieron que aquel hombre tuvo toda su vida Pies de loto, pies atados desde su infancia, vendados y deformados hasta convertirse en auténticos puntos delicados, como los de una noble han. El estado de ánimo que esto despertó, incluso en Kubilai, fue menos de irritación: « ¿Quién ha de pagar ahora por este atropello?», que de especulación y casi de risa, pues la gente se preguntaba: « ¿Qué terrible tipo de madre

debió de ser la del maestro Ping?»

Debo decir que mi propio estado de ánimo era menos frívolo. Había impuesto mi venganza, pero a costa de un viejo compañero, y me sentía muy melancólico. Esta depresión no se aliviaba cuando iba a las habitaciones de Mafio, como hacía casi cada día, para visitar lo que había quedado de él. Su devota criada lo tenía limpio y bien vestido (con ropa correcta de hombre) y le recortaba la barba gris, que había vuelto a crecer. Parecía estar bien alimentado y de bastante buena salud, y hubiera podido confundirse con el cordial y jactancioso tío Mafio de antes, pero sus ojos estaban más vacíos y cantaba de nuevo con un sonsonete su letanía a la virtud: La virtü é un cavedál che sempre é rico,

Che no patisse mai rüzene o tarlo…

Le estaba contemplando taciturnamente y desde luego muy desmoralizado cuando llegó

de forma inesperada otro visitante, que había regresado finalmente de su última expedición comercial alrededor del país. Ni siquiera cuando él había llegado por primera vez a Venecia, siendo yo chico, me había dado tanta alegría ver a mi suave, amable, aburrido, benigno, soso y anciano padre.

Nos precipitamos el uno en brazos del otro, nos dimos el abrazzo veneciano y nos

quedamos en pie mientras él contemplaba tristemente a su hermano. Durante su viaje, por el camino, se había ido enterando grosso modo de todos los acontecimientos que se desarrollaban lejos de él: el fin de la guerra de Yunnan, mi retorno a la corte, la rendición de los Song, la muerte de Achmad y del maestro Ping, el suicidio de su antiguo esclavo Narices, la infortunada indisposición del ferenghi Polo, su hermano. Le conté ahora los pormenores de lo sucedido que sólo yo podía conocer, omitiendo únicamente los detalles más viles. Cuando hube terminado miró de nuevo a Mafio, movió la cabeza negativamente pero con cariño, con pena, con dolor, y murmuró:

—Tato, tato… —la manera cariñosa y diminutiva de decir «Hermano, hermano.»

—..Belo anca deforme —cantó en voz baja Mafio, como si respondiera —. Vivo anca sepolto…

Nicoló Polo movió de nuevo tristemente la cabeza. Pero cuando se volvió hacia mí y puso su mano sobre mis cansados hombros, con un ademán de camarada, agradecí quizá

por primera vez que recurriera a uno de sus proverbios para darme ánimos:

—Ah, Marco, sto mondo xe fato tondo.

Lo cual viene a decir que pase lo que pase, bueno o malo, motivo de alegría o de tristeza, «el mundo continuará siendo redondo».

MANZI

La tempestad del escándalo fue amainando gradualmente. La corte de Kanbalik, como un navío escorado peligrosamente, se fue enderezando poco a poco y estabilizó su rumbo. Tengo entendido que Kubilai no intentó nunca pasar cuentas con su primo Kaidu por su supuesta intervención en los recientes atropellos. Kaidu quedaba muy lejos, en occidente, y se había disipado ya el peligro de su posible participación. Es decir, que el gran kan se contentó con dejar las cosas en su lugar, y dedicó sus energías a limpiar la porquería acumulada en su propio umbral. Empezó prudentemente dividiendo los tres cargos distintos del difunto Achmad entre tres hombres diferentes. A la responsabilidad de su hijo Chingkim como wang de la ciudad añadió la de actuar de vicerregente en las ausencias del gran kan. Promovió a mi antiguo compañero de guerra Bayan al rango de primer ministro, pero éste prefería quedarse en el campo como orlok en activo y en definitiva este cargo acabó gravitando sobre el príncipe Chingkim. Kubilai quizá hubiera deseado que otro árabe reemplazara a Achmad como ministro de Finanzas, o que lo hiciera un persa o un turco o un bizantino, porque tenía en muy buena opinión las capacidades financieras de los musulmanes, y porque este Ministerio había estado controlado por el onaq musulmán de mercaderes y comerciantes. Sin embargo, la liquidación de los bienes del difunto Achmad produjo otra revelación que amargó para siempre las relaciones del gran kan con los musulmanes. Regía la norma en Kitai, como en Venecia y en todas partes, que el Estado confiscara los bienes de los traidores. Se descubrió así que los bienes del árabe consistían en grandes riquezas de las que se había apropiado fraudulentamente, con desfalcos o abusos de poder, durante su carrera oficial. (Otros bienes suyos, como su colección de pinturas, no salieron nunca a la luz.)

La evidencia irrefutable de la larga duplicidad de Achmad irritó tanto a Kubilai, confirmando sus primeras impresiones, que nombró ministro de Finanzas a un anciano erudito han, conocido mío, el matemático de la corte Linan. Kubilai empezó a detestar tanto a los musulmanes que proclamó nuevas leyes limitando severamente la libertad de los musulmanes de Kitai, reduciendo la extensión de sus actividades mercantiles,

prohibiéndoles practicar la usura como antes, y rebajando sus exorbitantes beneficios. Obligó también a los musulmanes a renunciar públicamente al texto de su sagrado Corán que les permite estafar, engañar y matar a quienes no pertenezcan al Islam. Aprobó asimismo una ley que obligaba a los musulmanes a comer cerdo, si se lo servía un anfitrión o posadero. Creo que esta ley no se obedeció nunca mucho, ni se aplicó de modo muy estricto. Y sé que las demás leyes envenenaron las ideas de muchos musulmanes, ricos y poderosos, residentes en Kanbalik. Lo sé porque los oí murmurar imprecaciones, no contra Kubilai, sino contra nosotros los «infieles Polo»

considerándonos culpables de incitarle a perseguir a los musulmanes. Desde que yo había regresado de Yunnan a Kanbalik, no me había parecido la ciudad un lugar muy hospitalario ni agradable. Ahora el gran kan, ocupado con tantas cosas, como el

nombramiento de un wang y de magistrados y prefectos en la recién adquirida Manzi, no me asignaba ningún trabajo para él, y la Compagnia Polo no tenía tampoco necesidad de mí. El nombramiento de nuestro antiguo conocido Linan como ministro de Finanzas no había provocado ninguna interferencia con las actividades comerciales de mi padre. En todo caso la supresión de los negocios musulmanes había supuesto un aumento de los suyos, pero él podía muy bien dirigirlos todos personalmente. En aquel momento estaba ocupado cogiendo las riendas de las iniciativas que Mafio había dirigido, y formando a nuevos inspectores para los talleres de kasi que habían fundado Ali Babar y Mar-Yanah. Es decir, que yo no tenía nada que hacer, y se me ocurrió que si abandonaba Kanbalik un tiempo quizás aliviaría algo las inquietudes y rencores locales todavía latentes. Fui a ver al gran kan y le pregunté si tenía alguna misión exterior a la que yo pudiera dedicarme.

Estudió un momento el tema y luego dijo con un tono de divertida malicia:

—Sí, la tengo, y te agradezco que te hayas presentado voluntario. Song se ha convertido ya en Manzi y forma parte de nuestro kanato, pero todavía no ha entregado fondos al tesoro. Nuestro antiguo ministro de Finanzas habría ya tirado la red de su ortaq sobre todo el país, y estaría en estos momentos recibiendo ricos tributos. Puesto que él ya no existe, y ya que tú contribuíste a su desaparición, considero muy lógico que te ofrezcas voluntario para ocupar su lugar. Irás a la capital de Manzi, Hangzhou, e introducirás algún sistema de cobro de tasas que satisfaga nuestro tesoro imperial y que no deje demasiado descontenta a la población de Manzi.

Esta misión superaba con creces a la que yo hubiera querido para mí. Le dije:

—Excelencia, no sé nada sobre tasas…

—Entonces dale otro nombre a la cosa. El antiguo ministro de Finanzas lo llamó tarifa sobre transacciones comerciales. Tú lo puedes llamar impuesto o exacción, o benevolencia involuntaria, como quieras. No te pido que extraigas la última gota de sangre de las venas de estos súbditos recién anexionados. Pero espero que todas las familias de todas las provincias de Manzi paguen una cantidad respetable como tributo.

—¿Cuántas cabezas hay allí, excelencia? —Incluso me arrepentía de haber pedido audiencia —. ¿Qué cantidad consideráis respetable?

Él replicó secamente:

—Supongo que podrás contar tú mismo las cabezas cuando llegues allí. En cuanto a la cantidad muy pronto te comunicaré si es o no de mi agrado. Ahora no te quedes aquí

mirándome y dando boqueadas como un pez. Me pediste una misión. Te acabo de

confiar una. Todos los documentos necesarios de nombramiento y autoridad estarán listos cuando estés a punto de partir.

Partí hacia Manzi sin más entusiasmo que cuando lo hice para combatir en Yunnan. Entonces no podía saber que iba a vivir los años más felices y satisfactorios de toda mi vida. En Manzi, como antes en Yunnan, cumpliría a la perfección la misión que se me

había encomendado, y me ganaría de nuevo el aplauso del kan Kubilai, y me haría rico de modo estrictamente legal, por derecho propio, por obra mía y no simplemente como socio de la Compagnia Polo, y me confiarían otras misiones, y también las llevaría a término.

Pero cuando digo «yo» debería decir «Huisheng y yo», porque Eco Silencioso era ahora mi compañera de viaje, mi buena consejera y mi firme camarada, y si no la hubiese tenido a mi lado no habría podido hacer lo que hice en aquellos años. La Santa Biblia nos cuenta que Dios Nuestro Señor dijo: «No es bueno que el hombre esté solo: vamos a hacerle una ayuda proporcionada a él.» Bueno, ni siquiera Adán y Eva eran totalmente iguales, lo cual yo, después de tantas generaciones no he dejado nunca de agradecer a Dios, y Huisheng y yo éramos físicamente diferentes de muchas maneras más. Pero ningún hombre hubiese podido pedir una ayuda mejor que ella, y debo reconocer sinceramente que muchas de nuestras diferencias se debían a que ella era superior a mí: por su temperamento tranquilo, por su corazón tierno, por una sabiduría que era algo más profundo que la simple inteligencia. Aunque Huisheng hubiera continuado como esclava y se hubiese limitado a servirme, o aunque se hubiera convertido en mi concubina y se hubiese limitado a satisfacerme, habría sido una adición valiosa e importante a mi vida, y un adorno para ella, y una delicia. Era alguien bello a quien mirar, alguien delicioso a quien amar, alguien alegre y brioso con quien estar. Por increíble que parezca su conversación era un placer digno de disfrutarse. Como me había dicho en cierta ocasión el príncipe Chingkim las charlas de almohada son el mejor sistema para aprender un idioma, y esto era igualmente cierto para un lenguaje de signos y gestos, y sin duda nuestra amorosa intimidad en la almohada hizo más rápido el mutuo aprendizaje de este idioma inventado e hizo su uso más elocuente. Cuando nos acostumbramos a este método de comunicación, descubrí

que la conversación con Huisheng rebosaba de rico significado y de sentido común y de matices de ingenio real. En definitiva Huisheng era demasiado brillante y tenía demasiado talento para quedar relegada a alguna de las posiciones subordinadas adecuadas para la mayoría de mujeres, las posiciones que les gusta ocupar y donde su utilidad es mayor.

La privación del sonido había hecho extraordinariamente agudos los demás sentidos de Huisheng. Ella podía ver, sentir, oler o detectar de algún modo cosas que me habrían pasado totalmente por alto y que ella me hacía notar, de modo que yo

percibía más cosas que nunca. Para poner un ejemplo muy trivial, en ocasiones cuando paseábamos ella podía salir corriendo de mi lado hacia un ribazo distante donde para mí sólo había hierbajos. Al llegar allí se arrodillaba, arrancaba algo que parecía una hierba vulgar, me lo traía y me enseñaba una flor que aún no se había abierto y que ella guardaba y cuidaba hasta que la ramita florecía y se tornaba bella.

En una ocasión, en los primeros días, cuando estábamos todavía inventando nuestro lenguaje, pasábamos la tarde en uno de los pabellones entre jardines a los que el ingeniero de palacio había llevado tan milagrosamente agua capaz de tocar flautas de cerámica debajo de los aleros. Con dificultad conseguí explicar a Huisheng el funcionamiento de aquello, aunque supuse que ella no tenía la menor idea de lo que era la música, y moví las manos siguiendo el ritmo de aquellos gorgoteos rumorosos. Ella asintió con alegría y supuse que estaba fingiendo que me entendía, para darme gusto. Pero luego me cogió una mano, la aplicó a una de las columnas laterales esculpidas y la sostuvo contra ella haciéndome señales para que me quedara quieto, muy quieto. Así lo hice, con perplejidad, pero cariñosamente divertido, y al cabo de un rato descubrí con enorme sorpresa que estaba captando exactamente las mismas leves vibraciones de la flauta de cerámica de arriba que pasaban por la madera y se hacían perceptibles al tacto.

Mi Eco Silencioso me había enseñado un eco realmente callado. Ella podía apreciar los ritmos de aquella música inaudible, podía incluso disfrutar con ellos quizás mejor de lo que yo disfrutaba con mi oído, gracias a la delicadeza de sus manos y de su piel. Estas extraordinarias facultades suyas tuvieron un valor incalculable para mí en mis viajes, en mi trabajo y en mi trato con los demás. Esto fue especialmente importante en Manzi, donde se me trató con una desconfianza natural por ser un emisario de los conquistadores y donde tuve que negociar con antiguos señores llenos de resentimiento y con codiciosos jefes de mercaderes y con subordinados hostiles. Huisheng no sólo podía descubrir una flor invisible para los demás sino que a menudo podía discernir los pensamientos, sentimientos, motivos e intenciones inexpresados de una persona. También me los podía revelar, a veces en privado, a veces mientras esa misma persona estaba sentada hablando conmigo, y en muchas ocasiones esto me daba una notable ventaja sobre los demás. Pero en más ocasiones todavía el simple hecho de tenerla a mi lado me daba una ventaja. Los hombres de Manzi, tanto nobles como villanos, no estaban acostumbrados a ver a mujeres sentadas participando en conferencias masculinas. Si la mía hubiese sido una mujer ordinaria, vulgar, voluble, estridente, me habrían desdeñado considerándome un bárbaro grosero o un capón dominado por sus gallinas. Pero Huisheng era un adorno en cualquier reunión, un adorno tan encantador y atractivo (y tan felizmente silencioso) que todo el mundo se comportaba del modo más cortés posible, hacía posturas e incluso cabriolas para lograr su admiración, y sé

concretamente que en muchas ocasiones los demás accedían a mis peticiones o aceptaban mis instrucciones o me daban un trato mejor simplemente para ganarse una mirada de aprobación de Huisheng.

Ella viajaba conmigo y adoptó un ropaje que le permitía cabalgar a horcajadas sobre un caballo y siempre iba a mi lado. Era mi buena compañera, mi confidente leal y mi esposa en todos los aspectos excepto en el título. Yo hubiese estado dispuesto en cualquier momento a «romper el plato», como llaman los mongoles al casamiento, porque su ceremonia matrimonial oficiada por un sacerdote chamán culmina en la rotura ceremonial de una pieza de porcelana fina. Pero Huisheng, diferenciándose también en esto de la mayoría de mujeres, no daba ninguna importancia a la tradición, a la formalidad, a la superstición o al ritual. Ella y yo formulamos los votos que se nos antojaron y lo hicimos en privado; esto nos bastó y ella prefirió evitar los anuncios públicos y las inútiles exhibiciones.

Kubilai en cierta ocasión me dio este consejo cuando toqué el tema:

—Marco, no rompas el plato. Mientras no hayas tomado todavía a una primera esposa, todas las personas con las que tengas que tratar asuntos comerciales, negociar un tratado o lo que sea se mostrarán flexibles y conciliadores. Procurarán que les tengas en buen concepto y no pondrán obstáculos a tu buena fortuna, porque alimentarán la secreta esperanza de convertir a su hija o a su sobrina en tu primera esposa y madre de tu principal heredero.

Este consejo hubiese bastado para que me apresurara a romper un plato con Huisheng, porque yo despreciaba totalmente la posibilidad de ordenar mi vida de acuerdo con los dictados de los «buenos negocios». Pero Huisheng señaló, con cierto énfasis, que si ella fuera esposa se vería obligada a aceptar algunas tradiciones, por lo menos las referentes a la subordinación de la mujer, y ya no podría cabalgar alegremente a mi lado, sino que debería viajar en un palanquín cerrado, suponiendo que pudiera desplazarse alguna vez, y ya no podría ayudarme en mis conferencias de trabajo con otros hombres, y la tradición le prohibiría…

—¡Basta, basta! —dije riendo al ver su agitación.

Cogí sus dedos y detuve su movimiento y le prometí que por nada del mundo me

casaría con ella.

Nos quedamos, pues, como simples amantes, lo que quizá sea el mejor tipo de matrimonio posible. Yo no la trataba como a una esposa, como a una inferior, sino que le concedía plena igualdad conmigo y ella insistía en que los demás hicieran lo mismo con ella. (Quizá esto no fuera tan liberal por parte mía como suena, puesto que yo reconocía perfectamente sus muchos puntos de superioridad, y quizá otras personas perspicaces se daban cuenta de lo mismo.) Pero la trataba como a una esposa, una esposa muy noble, regalándole joyas, jade y marfil, y la ropa más rica y adecuada, y le di como montura personal una magnífica yegua blanca perteneciente a los «caballos dragones» del propio kan. Sólo le impuse una regla marital: que no enmascararía nunca su belleza con cosméticos, a la moda de Kanbalik. Ella la cumplió y su tez de flor de melocotón no quedó nunca cubierta con polvo de arroz,

sus labios de vino de rosas no quedaron descoloridos ni repintados con tintes chillones, ni se depiló nunca sus delicadas cejas. Gracias a esto se convirtió en una mujer fuera de la moda, y ante su belleza radiante todas las demás mujeres maldecían la moda y su esclavitud a los dictados de la moda. Dejé que Huisheng se peinara como le apeteciera, porque no hacía nunca con su cabello nada que no me gustara, y le compré peines enjoyados y agujas para el cabello.

Con el tiempo llegó a poseer un tesoro de joyas, oro, jade y otros objetos digno de una katun, pero siempre apreció un único objeto por encima de los demás. También yo lo apreciaba realmente, aunque a menudo fingía despreciarlo y le pedía que lo tirara. Era algo que yo no le había dado; era una de las pertenencias, patéticamente escasas, que había traído consigo cuando vino a mí: aquel incensario vulgar y poco elegante de porcelana blanca. Lo llevaba siempre consigo a dondequiera que fuéramos, y en cualquier lugar, en un palacio, un caravasar, un yurtu o acampando al aire libre Huisheng se ocupaba siempre de que el dulce aroma del trébol caliente después de una lluvia suave se convirtiera en el acompañamiento de nuestras noches. Nuestras noches…

Siempre fuimos amantes, nunca hombre y mujer casados. Sin embargo voy a invocar el carácter privado del tálamo matrimonial y rehusaré dar detalles sobre lo que ella y yo hacíamos allí. Me he expresado sin reservas cuando he recordado otras relaciones íntimas que mantuve, pero prefiero dejar en privado algunas cosas entre Huisheng y yo. Voy a hacer sólo algunas observaciones generales referentes a la anatomía. Esto no violará la esfera privada de Huisheng ni le haría sonrojarse porque ella afirmaba a menudo que no se distinguía físicamente de las demás hembras min, y que estas mujeres no diferían de las han ni de cualquier otra raza nativa de Kitai o de Manzi. En esto disiento de ella. El mismo kan Kubilai había observado en una ocasión que las mujeres min superaban en belleza a todas las demás, y Huisheng sobresalía entre las mismas min. Pero cuando ella repetía con gestos modestos y humildes que sus rasgos y su figura eran simplemente ordinarios yo no objetaba nada, porque la mujer más bella es la que no se da cuenta de que lo es.

Y Huisheng era bella por todas partes. Esto bastaría para describirla adecuadamente, pero debo dar algunos detalles para corregir ideas equivocadas que yo mismo había tenido con anterioridad. He mencionado ya la fina pelusilla que le crecía delante de las orejas y en la nuca, y dije entonces que imaginé la posibilidad de que tuviera abundancia de pelo en otras partes de su cuerpo. Me habría equivocado totalmente si hubiese esperado esto. Huisheng no tenía nada de pelo en las piernas ni en los brazos, ni debajo de los brazos, ni incluso en su alcachofa. Estaba tan limpia en este lugar, tan lisa y sedosa como lo había estado la niña Doris de mi juventud. Esto no me importó en absoluto, porque a un órgano tan accesible se le pueden dedicar atenciones íntimas

imposibles con uno peludo, pero le hice algunas preguntas al respecto. ¿Esta ausencia de pelo era cosa suya, o quizá utilizaba algún mumum para conseguirla? Ella contestó

que ninguna mujer min (ni han, ni yi ni de otras razas semejantes) tenía pelo en el cuerpo, o si lo tenía era un rastro imperceptible.

Todo su cuerpo era igualmente infantil. Sus caderas eran estrechas y sus pequeñas nalgas cabían en mis dos manos. Sus pechos también eran pequeños, pero de forma perfecta y bien separados. Yo desde hace tiempo tenía el convencimiento de que las mujeres con grandes pezones y con un considerable halo oscuro a su alrededor eran mucho más sensibles sexualmente que las mujeres con pezones pequeños y pálidos. Los pezones de Huisheng eran diminutos si se comparaban con los de otras mujeres, pero no lo eran si se comparaban con sus pechos, que eran como tazas de porcelana. No eran ni oscuros ni pálidos, sino brillantes, tan rosados como sus labios. Y no indicaban falta de sensibilidad, porque los pechos de Huisheng, al contrario de los de mujeres más grandes que sólo respondían cuando les hacían cosquillas en la punta, tenían una maravillosa sensibilidad en todo el hemisferio. Bastaba con que yo los acariciara en algún lugar para que sus «estrellitas» asomaran tan frescamente como si fueran pequeñas lenguas. Lo mismo pasaba abajo. Quizá debido a la falta de pelo su bajo vientre y los muslos adyacentes eran sensibles en todas partes. Bastaba acariciarlos en algún punto para que por su rajita modesta de doncella emergiera lentamente la bella y rosada «mariposa entre los pétalos», y lo hacía de modo más apreciable y encantador porque no quedaba oculta por ninguna pilosidad.

Nunca supe, y evité preguntarlo, si Huisheng había sido virgen cuando vino por primera vez a mí. Un motivo de esta ignorancia es que ella era casi perpetuamente virginal, como voy a explicar ahora mismo. Otro motivo es que, según me contó, las mujeres de estas razas no llegan nunca al matrimonio con el himen intacto. Están acostumbradas desde la infancia a bañarse, y no sólo por fuera sino también por dentro, utilizando fluidos delicados fabricados con zumos de flores. Su refinamiento superaba en mucho al de las damas venecianas más civilizadas, finas y de gran alcurnia (por lo menos hasta que yo ordenara a las mujeres de mi propia familia veneciana adoptar esta costumbre). Un resultado de una limpieza tan escrupulosa era que el himen de las niñas se iba dilatando de modo gradual e indoloro, se replegaba y desaparecía. De este modo la chica llegaba al tálamo nupcial sin temor a la primera penetración y sin sufrir ningún dolor cuando ésta tenía lugar. Y a consecuencia de ello estas razas de Kitai y de Manzi no daban importancia como otros pueblos al certificado de desfloración consistente en una sábana manchada.

Al hablar de otros pueblos permítaseme observar que los hombres de los países musulmanes guardan como un tesoro una cierta creencia. Creen que cuando mueren y van al cielo, que llaman Djen-net, retozarán durante toda la eternidad con anderuns enteros de mujeres celestiales llamadas haura, las cuales entre sus muchos talentos tienen la habilidad de renovar continuamente su virginidad. Los hombres budistas piensan lo mismo de las mujeres devatas con quienes disfrutarán en su celeste tierra pura entre cada vida. Ignoro si existen estas hembras sobrenaturales en el más allá, pero puedo testificar que las mujeres min poseían en esta tierra la maravillosa cualidad de que sus partes no se volvían nunca flojas ni fláccidas. O por lo menos

Huisheng tenía esta cualidad.

Su abertura no sólo era pequeña e infantil por fuera, como un hoyuelo de lo más tímido y encantador, sino también por dentro emocionantemente prieta y capaz de estrechar. Y

sin embargo también era madura, en el sentido de que era delicadamente musculosa en toda su longitud interior, e impartía no un apretón constante, sino una sensación ondeante y repetitiva que avanzaba de un extremo al otro. Aparte de los demás efectos

deliciosos debidos a su pequeñez, cada vez que entraba en Huisheng era como entrar por primera vez. Ella era haura y devala: perpetuamente virginal. Me di cuenta de algunos de sus únicos caracteres anatómicos en la primera noche que nos acostamos juntos, e incluso antes de copular. Debo decir también en relación a esta primera cópula que no se produjo porque yo tomara a Huisheng sino porque ella se entregó a mí. Yo había mantenido de modo resuelto mi decisión de no pedirle ni apresurar nada, y me había dedicado a cortejarla con toda la galantería y florituras de un trovatore que demuestra su afecto a una dama situada muy por encima de su humilde nivel social. Durante aquel tiempo ignoré a todas las demás mujeres y todo tipo de distracción, y pasé todo el tiempo posible con Huisheng o cerca de ella, y ella se alojó

en mis habitaciones, pero los dos dormimos siempre separados. Ignoro qué atracción o atención ganó finalmente su consentimiento, pero sé cuándo sucedió. Fue el día que pasamos en el pabellón de las flautas de cerámica, cuando me enseñó a percibir la música con el tacto y no sólo con el oído. Y aquella noche, trajo por primera vez a mis habitaciones el incensario y lo alumbró al lado de mi cama, y se metió en ella conmigo y, para decirlo de este modo, me dejó de nuevo palpar la música además de oírla, de verla y de gustarla (y de olerla también a través de aquel dulce aroma del incienso, como trébol caliente después de una lluvia suave).

Hubo también otro olor y otro gusto perceptible cuando hice el amor con Huisheng. Aquella primera noche, antes de comenzar, me preguntó tímidamente si deseaba tener hijos. Sí, realmente hubiese deseado tenerlos de una persona tan preciosa como ella, pero por el hecho de ser ella tan preciosa para mí, no deseé someterla a los horrores del parto y contesté claramente que no. Aquello la dejó algo abatida, pero inmediatamente tomó precauciones contra la eventualidad. Se levantó y cogió un limón muy pequeño, lo peló hasta lo blanco y lo cortó por la mitad. Yo expresé ciertas dudas de que algo tan simple y corriente como un limón pudiese conseguir algo tan difícil como impedir la concepción. Ella sonrió para calmarme y me enseñó cómo proceder. Me entregó el trozo de limón y me pidió que lo aplicara yo mismo. (De hecho a partir de entonces dejó que lo hiciera yo todas las noches que dormimos juntos.) Se recostó y abrió las piernas descubriendo la bolsita arrugada de color de melocotón que tenía allí debajo; yo separé

suavemente su rajita y metí dentro un trozo de limón. Entonces me di cuenta por primera vez de lo muy pequeña y virginalmente prieta que era, pues se iba ajustando a mi mismo dedo mientras yo empujaba cuidadosa y trémulamente el limón por el cálido canal hasta la firme y lisa protuberancia de su matriz, que el limón acabó cubriendo con ansia y amor.

Cuando retiré la mano, Huisheng sonrió de nuevo, quizá al ver mi rostro sonrojado o al verme sin aliento, y quizá confundió mi excitación por una muestra de preocupación, pues se apresuró a asegurarme que la caperuza de limón era un preventivo de accidentes seguro y cierto. Según dijo se podía demostrar que era superior a cualquier otro sistema, como las semillas de helecho de las mujeres mongoles, o la inserción de una pepita puntiaguda de sal de roca practicada por las bho, o el absurdo sistema de las mujeres hindúes que soplan humo de madera en su interior o el sistema de las mujeres de Champa que obligan a sus hombres a atarse sobre el órgano un sombrerito de caparazón de tortuga. Nunca había oído hablar sobre la mayoría de estos métodos, y no puedo hacer comentarios sobre su utilidad. Pero más tarde tuve pruebas de la eficacia del limón a este respecto. Y también descubrí aquella misma noche que era un método mucho más agradable que la mayoría de los otros, porque daba un aroma y un gusto fresco, ácido y brillante a las partes impecablemente limpias y fragantes de Huisheng y a sus emanaciones y esencias…

Y esto es todo. Ya he dicho que no me detendría en los detalles de nuestros placeres de

cama.

2

Cuando partimos para Hangzhou nuestra caravana estaba formada por cuatro caballos y diez o veinte asnos. Uno de los caballos era la briosa yegua blanca de Huisheng; los otros tres, no tan hermosos, eran para mí y para dos escoltas mongoles armados. Los asnos llevaban todo nuestro equipaje, a un escriba han (que escribiría e interpretaría para mí), a una de mis doncellas mongoles (que nos acompañaba para servir a Huisheng) y a dos indeterminados esclavos para las tareas de acampada y otros trabajos duros.

Del cuerno de mi silla pendía otra de las placas de marfil inscritas en oro de Kubilai, pero no abrí las credenciales que me había entregado hasta que estuvimos de camino. Como es lógico estaban escritas en han, para uso de los funcionarios de Manzi a quienes tendría que mostrarla, y por lo tanto ordené a mi escriba que me explicara su contenido. Me dijo, con un tono de cierta admiración, que me habían nombrado agente del tesoro imperial y me habían concedido el rango de guan, o sea, que tendrían que obedecerme todos los magistrados, prefectos y otros funcionarios del gobierno, todos ellos excepto el wang, señor máximo. El escriba añadió a modo de

información:

—Amo Polo, quiero decir guan Polo, tendréis derecho a llevar el botón de coral. Lo dijo como si fuera el mayor honor de todos, pero hasta más tarde no comprendí su significado.

Fue un trayecto fácil, tranquilo, agradable y generalmente llano hacia el sur partiendo de Kanbalik y atravesando la provincia de Zhili, la Gran Llanura de Kitai, una vasta tierra de labranza que se extiende de horizonte a horizonte, pero que está absurdamente dividida y vallada formando minúsculas fincas familiares de sólo un mou o dos de extensión. No había dos familias vecinas de campesinos que se hubiesen puesto de acuerdo sobre la cosecha ideal para aquella tierra y estación, y por lo tanto una parcela era de trigo, la siguiente de mijo, la otra de trébol o de hortalizas o de otra cosa. O sea que aquella nación entera de verdura era en realidad un tablero moteado con todos los matices, colores y tonos del verde. Después del Zhili vino la provincia de Shandong, y las tierras de labor dejaron paso a arboledas de moreras, cuyas hojas alimentan a los gusanos de seda. Procede de Shandong la tela de seda pesada, áspera y muy buscada llamada también shandong.

Observé una cosa en todos los caminos principales de aquella región meridional de Kitai: estaban provistos a intervalos de carteles informativos. Yo no podía leer la escritura han, pero mi escriba me lo traducía. Una columna erigida al lado del camino tenía por ejemplo dos tablas, una señalando en cada dirección, y diciendo la primera:

«Hacia el norte, a Gairi, diecinueve li», y la otra: «Hacia el sur a Zhenning, veintiocho li.» De este modo el viajero sabía siempre dónde estaba, y adonde iba, y de dónde venía (por si lo había olvidado). Los carteles eran especialmente útiles en las encrucijadas donde podía leerse todo un montón de tablas con las listas de todas las ciudades y pueblos existentes en cualquier dirección a partir de allí. Tomé nota de este invento han tan útil, pensando que podría recomendar su adopción en el resto del kanato, o incluso en toda Europa, donde estas cosas eran desconocidas.

Durante la mayor parte de nuestro camino hacia el sur a través de Kitai, cabalgábamos siempre al lado mismo del Gran Canal o teniéndolo a la vista. Este canal tenía un tráfico intenso y si nos alejábamos algo podíamos ver un extraño espectáculo: barcas y navíos que al parecer surcaban campos de cereales y navegaban entre los árboles frutales. La inspiración o la necesidad de construir aquel canal provino de los cambios continuos

que experimentaba el curso del Huang o río Amarillo. A lo largo de la historia escrita, el tramo oriental del río había saltado de un extremo a otro del país como la punta de un látigo, aunque desde luego no tan rápidamente. En uno u otro siglo había desembocado en el mar de Kitai muy al norte de la península de Shandong, a sólo un par de centenares de li del sur de Kanbalik. Unos siglos después, su inmenso y serpenteante lecho se había desplazado por el mapa como una culebra llevando sus

aguas al mar, muy al sur de la península de Shandong, a más de mil li de distancia de su anterior desembocadura. Para entender el hecho imaginemos un río que corriera por Francia y que en una época vaciara sus aguas en la Bahía de Vizcaya, en el puerto inglés de Burdeos, y que más tarde se retorciera por toda la amplitud de Europa y acabara desembocando en el Mediterráneo, en la República de Marsella. Y en otros momentos de la historia, el río Amarillo se había abierto camino hacia el mar de Kítai en varios puntos intermedios entre estos dos extremos del norte y del sur. La inconstancia del río había dejado aislados por las tierras que solía atravesar muchos ríos de menor importancia, lagos y lagunas. Algunas de las anteriores dinastías reinantes aprovecharon astutamente este hecho y excavaron un canal para conectar entre sí y aprovechar las aguas existentes, creando una vía navegable que corre aproximadamente de norte a sur por tierra firme, lejos del mar. Creo que hasta hace poco no era más que un canal inconexo y fragmentario, que unía solamente dos o tres poblaciones en cada tramo. Pero Kubilai, o más bien su jefe de excavación del Gran Canal, había reclutado ejércitos de trabajadores, había abierto más cauces y dragado o mejorado los existentes. El canal era, pues, ancho, profundo y permanente, sus orillas estaban bien niveladas y pavimentadas con losas, y disponía de compuertas y aparatos de arrastre para poder cruzar terrenos altos. El canal permitía a embarcaciones de todo tamaño, desde botes sanban hasta navíos chuan de alta mar, recorrer a vela, o remando o remolcados todo el trayecto desde Kanbalik hasta la frontera meridional de Kitai, donde el delta del otro gran río, el Yangzi, desemboca en abanico en el mar de Kitai. El reino de Kubilai se ha extendido ahora al sur del Yangzi, y en consecuencia están prolongando el Gran Canal hasta la capital Manzi, Hangzhou, El Gran Canal era un logro de los tiempos modernos casi tan extraordinario, espectacular y sorprendente como la antigua Gran Muralla, y mucho más útil a la humanidad.

Cuando nuestra pequeña expedición pasó en barca el Yangzi, el río Tremendo, pareció

que estuviéramos cruzando un mar de color marrón, tan ancho que apenas podíamos distinguir la línea de un marrón más oscuro que marcaba al otro lado la orilla de Manzi. Me costó recordar que aquél era el mismo río que una pedrada mía había podido atravesarlo, muy al oeste, río arriba, en Yunnan y To-Bhot, donde recibe el nombre de Jinsha.

Hasta entonces habíamos atravesado un país habitado principalmente por han, pero que durante muchos años había estado sometido al dominio mongol. Pero ahora entrábamos en lo que hasta hacía muy poco había sido el Imperio Song, y nos encontrábamos entre gente han cuyos estilos de vida no habían quedado en absoluto influidos o desplazados por la sociedad mongol, más robusta y vigorosa. Desde luego había patrullas mongoles que recorrían el país para mantener el orden y cada centro de población tenía un nuevo jefe, que en general era han, pero que había sido importado desde Kitai e instalado por los mongoles. Pero éstos no habían tenido tiempo de introducir ningún cambio en las formas anteriores del país. Además el

Imperio Song se había rendido y convertido en Manzi sin lucha alguna, de modo que el país no había combatido y no estaba asolado ni saqueado. Era una tierra pacífica, próspera y agradable de contemplar. Por lo tanto después de desembarcar en la orilla de Manzi empecé a interesarme todavía más por todo lo que nos rodeaba, y quise ver cómo eran los han en su estado natural, por decirlo

así.

El aspecto más notable de todos era su increíble ingenio. En el pasado yo había tendido a denigrar esta cualidad suya, tan loada, porque a menudo había visto que sus inventos y descubrimientos eran muy poco prácticos, como por ejemplo su círculo dividido en trescientos sesenta y cinco segmentos y un cuarto. Pero me impresionó más la inteligencia de los han en Manzi, y la mejor demostración de ella me la dio un próspero terrateniente que me guió por sus propiedades, en las afueras de la ciudad de Suzhou. Me acompañaba el escriba, quien traducía para mí.

—Una gran finca —dijo nuestro anfitrión, moviendo en círculo los brazos. Quizá lo era en un país donde el campesino poseía en promedio un miserable mou o dos de tierra. Pero se habría considerado ridículamente pequeña en cualquier otro lugar, por ejemplo en el Véneto donde las propiedades se miden en extensiones de zonte. Lo único que podía ver allí era una parcela apenas suficiente para contener la propia chabola del propietario, de una habitación, que era su «casa de campo», pues ya tenía una mansión de categoría en Suzhou, y un atiborrado huerto al lado de la chabola, un emparrado lleno de uva, unas desvencijadas pocilgas, un estanque de tamaño no superior al menor de los estanques de un jardín de palacio en Kanbalik, y una pequeña arboleda, que estaba formada, según deduje al ver sus ramas retorcidas como puños, por simples moreras.

—Kankan! ¡Mirad! ¡Mi huerto, mis pocilgas, mi viña y mi piscifactoría! —dijo orgullosamente como si describiera una entera prefectura, fértil y próspera —. Produzco seda, cerdos, el pescado zujin y vino de uva, cuatro elementos básicos para una vida feliz.

Convení en que lo eran, pero comenté que no veía allí mucho espacio para producir una cantidad provechosa de estos elementos, y que además me extrañaba mucho ver aquel cuarteto de cosechas juntas.

—Las cuatro se apoyan y se incrementan mutuamente —dijo algo sorprendido —. Así no se precisa mucho terreno para producir una cosecha abundante. Habéis visto mi casa de la ciudad, guan Polo, y por lo tanto sabéis que soy rico. Mi riqueza proviene ínte-gramente de esta finca. No pude contradecirle, por lo tanto le pregunté cortésmente que me explicara sus métodos agrícolas, pues debían de ser magistrales. Empezó contándome que en el diminuto huerto cultivaba rábanos.

Esto me sonó tan vulgar que murmuré:

—No me habíais hablado de este elemento básico de una vida feliz.

—No, no, no son para la mesa, guan, ni para el mercado. Los rábanos son únicamente para la uva. Si se guardan las uvas en un pote de raíces de rábano, se conservan frescas, dulces y deliciosas durante meses si es preciso.

Continuó. La parte superior de los rábanos, las hojas verdes, las daba de comida a los cerdos. Las pocilgas estaban situadas más arriba del huerto de moreras y los excrementos de los cerdos bajaban colina abajo por unos surcos revestidos de tejas fertilizando los árboles. Las hojas estivales y verdes de los árboles alimentaban a los gusanos de seda, y en otoño cuando las hojas se volvían marrones, servían también de comida para los cerdos. Mientras tanto los excrementos de los gusanos de seda eran la comida favorita de los peces zujin, y los excrementos de éstos enriquecían el fondo del estanque, cuyos sedimentos se dragaban de vez en cuando para alimentar la viña. De este modo, kankan! ecco! Mirad!, en aquel universo en miniatura cada ser vivo era interdependiente, y prosperaba gracias a ello y le hacía rico a él.

—¡Ingenioso! —exclamé, sinceramente convencido.

Los han de Manzi eran inteligentes también en otros extremos menos espectaculares, y

no sólo lo eran las clases superiores, sino las gentes más humildes. Cuando un campesino han calculaba la hora del día echando un vistazo a la altura del sol, desde luego no hacía nada que no pudiera hacer cualquier campesino del Véneto. Sin embargo, en casa, la esposa del campesino podía saber dentro de su cabaña exactamente la hora de empezar a preparar la cena de su marido: le bastaba echar un vistazo a los ojos del gato de la familia y apreciar el grado de dilatación de sus pupilas causado por la luz menguante. También la gente del pueblo era diligente, frugal e increíblemente paciente. Ningún campesino compraba una horca, por ejemplo. Buscaba una rama de árbol que terminara en tres ramitas flexibles, las ataba en paralelo y esperaba años hasta que se convertían en ramas sólidas; cortaba luego la rama principal y conseguía así una herramienta que le serviría a él y probablemente a sus nietos. Me impresionó mucho la ambición y perseverancia de un muchacho campesino que conocí. La mayoría de campesinos han eran analfabetos y no les importaba continuar así, pero aquel chico había aprendido a leer, no sé cómo, estaba decidido a superar su pobreza y había pedido prestados libros para estudiar. No podía descuidar el trabajo del campo, porque él era el único sostén de sus ancianos padres, y cuando conducía su buey para labrar el campo ataba un libro a los cuernos del animal y leía. Y de noche, leía alumbrándose con la luz de los gusanos de luz que recogía de los surcos del campo durante el día, pues la familia no podía permitirse siquiera comprar grasa para la lámpara de aceite.

No voy a decir que todos los han de Manzi eran la encarnación de virtudes, talentos y atributos no menos valiosos. Conocí algunos ejemplos detonantes de fatuidad e

incluso de locura. Una noche llegamos a un poblado en el que tenía lugar algún tipo de fiesta religiosa. Había música, cantos, bailes y hogueras encendidas por todas partes, y con frecuencia quebraban la noche los truenos y explosiones de los árboles de fuego y de las flores chispeantes. El centro de toda la celebración era una mesa montada en la plaza del pueblo. En ella se amontonaban las ofrendas a los dioses: muestras de los mejores productos locales del campo, frascos de putao y de maotai, cuerpos de cochinillos y de corderos sacrificados, finas viandas cocinadas, jarros de flores bellamente dispuestos. Había un hueco en el centro de esta abundancia: habían practicado un agujero en medio de la mesa, y de vez en cuando un habitante del pueblo se arrastraba debajo de ella, metía la cabeza por el agujero, se quedaba un rato en esta postura y luego salía para dejar paso a otro. Cuando pregunté extrañado qué sentido tenía todo aquello, mi escriba hizo averiguaciones y me informó:

—Los dioses miran hacia abajo y ven los sacrificios amontonados para ellos. Entre las ofrendas ven las cabezas. Cada aldeano se va con la confianza de que los dioses le han visto ya muerto y borrarán su nombre de la lista de mortales locales que han de sufrir desgracias, penas y la muerte.

Podía haberme echado a reír. Pero se me ocurrió que si aquella gente se comportaba ingenuamente, por lo menos lo hacía de forma ingeniosa. Después de pasar algún tiempo en Manzi y de admirar innumerables ejemplos de la inteligencia han, y de deplorar un número igual de ejemplos de estupidez, llegué a una conclusión. Los han poseían una inteligencia, una laboriosidad y una imaginación prodigiosas. Este extremo constituía su fallo principal: que a menudo echaban a perder sus dones en el cumplimiento fanático de sus creencias religiosas, creencias claramente estúpidas. Si los han no se hubiesen preocupado tanto por sus nociones de lo divino, y se hubieran dedicado a buscar «la sabiduría en lugar del conocimiento» (como me dijo en cierta ocasión uno de ellos), creo que esas personas, como pueblo, podrían haber llevado a cabo grandes cosas. Si no se hubiesen quedado perpetuamente postrados en adoración, posición que invitaba a que pasara sobre sus cuerpos una serie continua de dinastías

opresoras, podrían haberse convertido ya en los dominadores de todo el mundo. El chico de quien he hablado, cuya iniciativa y tenacidad me pareció tan admirable, perdió algo de mi consideración cuando hablamos más y me dijo a través de mi escriba:

—Mi pasión por la lectura y mi deseo de aprender podría apenar a mis ancianos padres. Podrían calificar mi ambición de arrogancia excesiva, pero…

—¿Por qué iban a pensar esto?

—Nosotros seguimos los preceptos de Kong Fuzi, y una de sus enseñanzas es que una persona de baja cuna no debería aspirar a superar la posición prescrita para él en esta vida. Pero iba a decir que mis padres no se oponen, porque mis lecturas me dan

oportunidad también de manifestar mi piedad filial, y otro de los preceptos es que debemos honrar a los padres por encima de todo. O sea que cada noche soy el primero de los tres en retirarme porque quiero estar con mis libros y con mis luciérnagas. Entonces me tiendo en mi jergón y me obligo a permanecer totalmente inmóvil mientras leo, para que todos los mosquitos de la casa puedan chupar tranquilamente mi sangre. Yo parpadeé y dije:

—No lo entiendo.

—Cuando mis ancianos padres estiran sus viejos cuerpos sobre sus jergones, los mosquitos están saciados y hartos y no les molestan. Sí, mis padres lo cuentan a menudo con orgullo a nuestros vecinos, y todos me consideran un ejemplo para sus hijos. Yo le dije con incredulidad:

—Es algo maravilloso: ¿estos viejos tontos están orgullosos de que te dejes comer vivo, y no lo están de que te esfuerces por mejorar?

—Bueno, hacer lo primero es obedecer a los preceptos, mientras que lo otro…

—Vaj! —exclamé, le di la espalda y me aparté de él.

Un padre tan apático que era incapaz de aplastar sus propios mosquitos no merecía en mi opinión que le dedicaran muchos honores, ni que le prestaran atención, ni creo que valiera la pena conservarlo. Como cristiano creo que debemos demostrar devoción a nuestro padre y a nuestra madre, pero no pienso que el mandamiento obligue a demostrar una filialidad abyecta que excluya todo lo demás. En caso afirmativo, ningún hijo dispondría nunca de tiempo ni de oportunidad para producir un hijo que le honrara a él.

Este Kong Fuzi, o Kong el Maestro, de quien había hablado aquel muchacho, era un antiguo filósofo han, el originador de una de las tres religiones principales de este pueblo. Las tres fes estaban fragmentadas en numerosas sectas contradictorias y antagonistas, y las tres en la práctica popular estaban muy entremezcladas y entreveradas con rastros de muchos cultos menores, la adoración de dioses y diosas, de demonios, de espíritus de la naturaleza, y antiguas supersticiones, pero en general las religiones eran tres: el budismo, el Tao y los preceptos de Kong Fuzi. Ya he hablado del budismo, que promete a las personas la salvación de los rigores de este mundo mediante una serie de renacimientos continuos y ascendentes hasta la nada del Nirvana. También he mencionado el Tao, el Camino por el cual una persona podría armonizar su vida y vivir felizmente con todas las cosas buenas que el mundo le ofrece. Los preceptos no se ocupan tanto del mundo de aquí ni del de más allá como de todo-lo-que-fue. Para decirlo de forma simple, un practicante del budismo mira hacia el vacío hueco del futuro; un seguidor del Tao se esfuerza por disfrutar del presente lleno de vida y de acontecer; pero un devoto de los preceptos se ocupa principalmente del pasado, de los viejos, de los muertos.

Kong Fuzi predicó el respeto por la tradición, y sus preceptos llegaron a convertirse en esta misma tradición. Ordenó que los hermanos pequeños reverenciaran a los hermanos mayores, que una esposa reverenciara a su marido, y que todos reverenciaran a los

padres, y ellos a los ancianos o jefes de la comunidad, etc. El resultado fue que el mayor honor recaía, no en el mejor, sino en el más viejo. Un nombre que se había enfrentado heroicamente con fuerzas terribles, para conseguir alguna gran victoria o para alcanzar alguna eminencia notable, se consideraba menos digno que alguna especie de vegetal humano que no había hecho más que quedarse sentado sin hacer nada y que había existido y sobrevivido hasta alcanzar una edad venerable. Todo el respeto que deberían merecer los hombres excelentes recaía sobre la ancianidad vegetal. Para mí esto no era razonable. Yo había conocido a demasiados viejos imbéciles, no sólo en Manzi, y sabía que la edad no confiere de modo inevitable sabiduría, dignidad, autoridad o valor. Los años por sí solos no dan este resultado; los años han de haber contenido experiencia, educación, resultados y un trabajo constante; y los años de la mayoría de las personas no han sido así.

Peor todavía. Si un abuelo viviente se merecía la veneración, en tal caso, su padre y su abuelo, aunque hubieran muerto y desaparecido, eran aún más viejos, no xe vero?, y tenían que venerarse todavía más. O por lo menos así interpretaban los preceptos sus devotos, y estos preceptos habían impregnado la conciencia de todos los han, incluyendo a quienes profesaban la fe del budismo o del Tao o del Tengri de los mongoles o la versión nestoriana del cristianismo o alguna de las religiones menores. Había una actitud general de: «¿Quién sabe? Quizá no sirve de nada, pero tampoco perjudica, quemar un poco de incienso para la deidad del vecino, por absurda que me parezca.» Incluso las personas que más se aproximan a la racionalidad, los han convertidos a la cristiandad nestoriana, que no harían nunca koutou al ídolo absurdamente gordo del prójimo ni a los huesos divinizados de un chamán ni a los palitos que un taoísta utiliza para dar consejos, ni a nada, incluso ellos consideran que no es perjudicial y que quizá es beneficioso hacer koutou a sus propios antepasados. Una persona puede ser pobre en bienes materiales, pero incluso el desgraciado más miserable tiene naciones enteras de antepasados. Hacer las debidas reverencias a todos ellos mantiene perpetuamente agachadas a todas las personas vivientes del pueblo han, si no desde el punto de vista físico, ciertamente en su concepto de la vida. La palabra mianzi significa en han literalmente «cara», la cara que tenemos en la parte delantera de la cabeza. Pero los han raramente dejan que sus rostros expresen a través de su superficie sus propios sentimientos, y la palabra acabó refiriéndose a los sentimientos presentes detrás de estas caras. Insultar a una persona, humillarla o ganarla en una competición era hacerle «perder la cara». Y la vulnerabilidad de esta cara de los sentimientos persistió más allá de la tumba y se perpetuó en la eternidad. Si un hijo no se atrevía a comportarse de modo que avergonzara o entristeciera las caras de los sentimientos de sus antecesores vivientes, mucho más reprensible era herir las desencarnadas caras de los sentimientos de los difuntos. De este modo los han ordenaron sus vidas como si todas las generaciones de sus antepasados los

estuvieran observando, escrutando y juzgando. Podría haber sido una superstición útil si hubiese estimulado a todos los hombres a llevar a cabo hazañas que merecieran el aplauso de sus antepasados. Pero no fue así. Sólo consiguió que trataran de evitar ansiosamente la desaprobación de sus ancestros. Una vida dedicada por entero a evitar el error rara vez logra algo excepcionalmente bueno, o no logra nada.

Vaj.

3

La ciudad llamada Suzhou por la cual pasamos de camino hacia el sur, era encantadora, y casi nos supo mal dejarla. Pero cuando alcanzamos nuestro punto de destino,

Hangzhou, comprobamos que era un lugar todavía más bello y gracioso. Hay un proverbio en verso, conocido incluso por los han de lejanas regiones que no han visitado ninguna de estas dos ciudades:

Shangye Tian tang.

Zhe ye Su, Hang

Que podría traducirse así:

Tenemos el cielo lejos, yo y tú.

Pero en la tierra tenemos Hang y Su.

Como ya he dicho Hangzhou se parecía a Venecia en un aspecto: estaba rodeada por todas partes de agua y atravesada por vías fluviales. Era una ciudad ribereña del río y del mar, pero no era un puerto marítimo. Estaba situada en la orilla septentrional de un río llamado Fuchun, que aquí se ensanchaba, perdía profundidad y se abría en abanico, formando al este de la ciudad muchos canales separados que atravesaban un vasto, extenso y plano delta de arena y guijarros. Este delta vacío se extendía a través de unos doscientos li desde Hangzhou hasta el borde generalmente distante del mar de Kitai. (Pronto explicaré qué significa esta aclaración de «generalmente»). Ninguna nave de altura podía cruzar aquel inmenso bajío arenoso y por ello Hangzhou carecía de instalaciones portuarias, excepto los pocos muelles necesarios para servir a los botes pequeños y no muy numerosos que se dirigían al interior del país desde la ciudad. Todas las avenidas principales de Hangzhou eran canales que corrían desde el río a la ciudad, la atravesaban y la rodeaban. En algunos lugares estos canales se ensanchaban y formaban lagos anchos, serenos y lisos como un espejo, y en aquellas islas había parques públicos, llenos de flores, aves, pabellones y banderas. Las calles menos importantes estaban bien adoquinadas, y eran anchas, pero tortuosas y retorcidas, y saltaban sobre los canales mediante puentes ornamentados de altos arcos, en número superior al que yo pudiera contar. Desde cualquier recodo de

cualquier calle o canal se disfrutaba de la vista de una de las numerosas puertas de la ciudad, altas y muy trabajadas, o se veía una tumultuosa plaza de mercado, o el edificio de un palacio o de un templo, de hasta diez o doce pisos de altura con los típicos aleros han retorcidos proyectándose hacia fuera en cada uno de los pisos.

El arquitecto de la corte en Kanbalik me había dicho en una ocasión que las ciudades han carecían de calles rectas porque el pueblo bajo creía estúpidamente que los demonios sólo podían avanzar en línea recta, y los han creían estúpidamente que poniendo recodos en todas sus calles podían prevenirse contra los demonios. Pero esto era absurdo. En realidad las calles de una ciudad han, tanto las adoquinadas como las más fluviales de Hangzhou, estaban trazadas emulando deliberadamente el estilo de la escritura han. La plaza del mercado de la ciudad, o cada una de las plazas en una ciudad como Hangzhou que contaba con tantas, era un cuadrado de lados rectos, pero todas las calles adyacentes tenían dobleces, curvas y sinuosidades, suaves o abruptas, imitando los trazos de pincel de una palabra han escrita. Mi propio yin personal, con mi firma, podría haber sido muy bien el plano de una ciudad han rodeada de murallas. Hangzhou, como corresponde a una capital, era una ciudad muy civilizada y refinada, y manifestaba muchos rasgos de buen gusto. En cada calle había a intervalos vasijas altas donde los vecinos o tenderos ponían flores para satisfacción de los paseantes. En aquella estación todos los jarros estaban rebosantes de crisantemos resplandecientes y deslumbrantes. Aprovecho para decir que esta flor era el símbolo nacional de Manzi,

reproducido en todos los carteles, documentos oficiales y escritos semejantes, y se reverenciaba porque los elementos exuberantes de su flor recuerdan el sol y sus rayos. También a lo largo de las calles había a intervalos postes con cajas y una inscripción que decía, según mi escriba: «Receptáculo para depositar respetuosamente el papel sagrado.» Me explicó que la denominación se refería a cualquier trozo de papel escrito. La basura corriente se barría y se recogía, pero la palabra escrita tenía tan alta consideración que todos estos papeles se llevaban a un templo especial y se quemaban ritualmente.

Pero Hangzhou era también bastante voluptuosa y alegre en otros aspectos, como corresponde a una ciudad comercial próspera. Parecía como si todas las personas de la calle, excepto los recién llegados como nosotros, cubiertos con el polvo del camino, fueran lujosamente vestidos con sedas y terciopelos e hicieran sonar sus joyas al andar. Los admiradores de Hangzhou llamaban a la ciudad un Cielo en la Tierra, pero los habitantes de otras ciudades decían envidiosamente que era «el Crisol del Dinero». También vi paseándose tranquilamente por las calles a plena luz del día a muchas de aquellas chicas de alquiler que los han llaman «flores silvestres». Había muchas tiendas de vino y de cha abiertas a la calle, con nombres como Pura Delicia, Fuente del Refresco y Jardín de Djennet (ésta última frecuentada por los residentes y visitantes musulmanes), y según mi escriba algunas de estas tiendas servían realmente vino y cha, pero el negocio principal de todas eran las flores silvestres. Supongo que los nombres de las calles y puntos de interés de Hangzhou estaban a

medio camino entre lo elegante y lo voluptuoso. Muchos eran bellos y poéticos: una isla con parque se llamaba el Pabellón Desde Donde las Garzas Parten al Amanecer. Algunos nombres parecía que recordaran alguna leyenda local: un templo era la Casa Santa Que Nació Aquí a Través del Cielo. Algunos eran tersamente descriptivos: un canal llamado Tinta para Beber no era negro, sino claro y limpio. El canal estaba bordeado de escuelas, y cuando un han habla de beber tinta se refiere a los estudios escolásticos. Algunos nombres eran más ricamente descriptivos: la calle de las Flores Adornadas con Plumas de Aves de Colores era una callejuela llena de tiendas donde se fabricaban sombreros. Y algunos nombres eran simplemente inmanejables: la calle principal que llevaba desde la ciudad al interior del país tenía el título de Avenida Pavimentada que Recorre un Largo Camino Entre Árboles Gigantes y Riachuelos que Caen en Cascadas y Llega al Final a un Antiguo Templo Budista en la Cima de una Colina.

Hangzhou también se parecía a Venecia porque no permitía la entrada de animales grandes en el centro de la ciudad. Los jinetes que llegan a Venecia procedentes de Mestre en la tierra firme deben dejar su caballo atado en un campo situado en el lado noroccidental de la isla y tomar una góndola para recorrer el resto del camino. Nosotros cuando llegamos a Hangzhou dejamos nuestras monturas y nuestros asnos de carga en un caravasar de las afueras y continuamos tranquilamente a pie (el mejor sistema para examinar el lugar) recorriendo las calles y pasando por muchos puentes, mientras nuestros esclavos llevaban el equipaje que necesitábamos. Cuando llegamos al inmenso palacio del wang, incluso tuvimos que dejar fuera nuestras botas y zapatos. El mayordomo que nos recibió en el portal principal nos advirtió que ésta era la costumbre han, y nos proporcionó zapatillas blandas para andar por el interior. El wang de Hangzhou, recientemente nombrado, era otro de los hijos de Kubilai, Agayachi, algo mayor que yo. Un jinete de avanzadilla le había informado de nuestra llegada, y nos recibió muy efusivamente:

—Sain bina, sain urkek.

Y saludó también a Huisheng llamándola respetuosamente «sain nai».

Cuando ella y yo nos hubimos bañado y cambiado nuestra ropa por un atavío más presentable, y nos sentamos con Agayachi para asistir a un banquete de bienvenida, él me sentó a su derecha y a Huisheng a su izquierda, no en una mesa separada para mujeres. Pocas personas se habían fijado mucho en Huisheng cuando era una esclava, porque si bien en aquel tiempo su belleza no era menor, e iba vestida de acuerdo con el alto nivel de todas las esclavas de la corte, ella había cultivado la discreción propia de los esclavos. Ahora, en su calidad de consorte mía, vestía tan ricamente como cualquier mujer noble, pero la gente se fijaba en ella, con aprobación y admiración, porque dejaba brillar su radiante personalidad.

La comida que servían en Manzi era opulenta y deliciosa, pero algo diferente de la que era popular en Kitai. Los han por algún motivo no hacían caso de la leche ni los

productos lácteos, que tanto gustaban a sus vecinos mongoles y bho. Es decir, que no teníamos mantequilla ni quesos ni kumis ni arki, pero había novedades suficientes que compensaban esta ausencia. Cuando los criados llenaron mi plato con algo llamado pollo maotai pensé que me emborracharía con su carne, pero el pollo no era espirituoso sino deliciosamente delicado. El mayordomo del comedor me dijo que no cocinaban el ave con aquel fuerte licor, sino que lo mataban con él. Explicó que después de administrar a un pollo una bebida de maotai se desmayaba como una persona, quedaba con todos los músculos relajados, y moría con toda felicidad por lo que luego se cocía muy tiernamente.

Sirvieron un plato ácido y salado de col cortada a trozos y fermentada hasta reblandecerse, que yo alabé, siendo esto motivo de risa de los demás, pues mis compañeros de mesa me informaron de que en realidad era comida de campesinos, inventada hacía muchos años como un alimento barato y de fácil transporte para los trabajadores que construían la Gran Muralla. En cambio no era probable que hubiese estado al alcance de muchos campesinos otro plato con un nombre de raíz auténticamente campesina: arroz del mendigo. Según el mayordomo le dieron este nombre porque en su origen era una simple mezcla de restos e ingredientes sueltos de la cocina. Sin embargo, en aquella mesa palaciega era el risotto más rico y variado que haya existido nunca. El arroz servía sólo de matriz para todo tipo de marisco, trozos de cerdo y de buey, hierbas, brotes de habichuela, retoños de zhugan y otras delicias vegetales, con todo el conjunto teñido de amarillo… con pétalos de gardenia, no con azafrán; nuestra Compagnia no había empezado aún a vender en Manzi. Había crujientes rollos de primavera hechos de batido de huevo relleno de espigas de trébol al vapor, y el pececito dorado zujin, frito entero y comido de golpe, y pasta mián preparada de varias maneras, y cubos dulces de pasta de guisante enfriada. La mesa estaba también repleta de bandejas con los manjares propios de la localidad, y procuré

probarlos todos, comiendo primero y preguntando después su identidad, para que sus nombres no me quitaran las ganas. Había lenguas de pato en miel, dados de carne de serpiente y de mono con salsas suculentas, babosas de mar ahumadas, huevos de paloma cocidos con una especie de pasta plateada, que eran en realidad tendones de aletas de tiburones. Como dulces había grandes y fragantes membrillos, peras doradas del tamaño de un huevo de ruj, los incomparables melones hami, y un pastel plumoso hecho, según dijo el mayordomo, de «burbujas de nieve y flores de albaricoque». Para beber había vino de gaoliang, de color de ámbar, y vino de rosas con el mismo color de los labios de Huisheng, y la variedad de cha más apreciada en Manzi, que se llamaba Cha del Trueno Precioso.

Después de concluir la cena con la sopa, un caldo claro hecho con ciruelas de dátil, y cuando su autor hubo salido de la cocina para que todos le aplaudiéramos, nos fuimos a otra sala para discutir allí mi misión. Formábamos un grupo de más o menos una docena

de personas, el wang y su equipo de ministros menores, todos ellos han, aunque sólo unos cuantos eran gente del país, de la anterior administración Song; la mayoría procedían de Kitai y por lo tanto podían conversar en mongol. Todos ellos, incluyendo a Aga-yachi, llevaban la ropa han que llegaba hasta el suelo, de líneas rectas pero elegantemente bordada, con mangas amplias para introducir en ella las manos y llevar cosas. El primer tema tratado rué mi traje: el wang me dijo que fuera vestido como me apeteciera, y en aquel momento yo llevaba como solía hacer desde hacía mucho tiempo el atuendo persa formado por un sencillo tulband, una blusa con puños ajustados, y una capa para el exterior, pero el wang propuso que en las reuniones oficiales cambiara el tulband por el mismo sombrero han que llevaban él y sus ministros. Era un objeto cilíndrico y poco profundo como una caja de píldoras, con un botón encima, y el botón era la única indicación de rango entre los presentes. Supe que había nueve rangos de ministros, pero todos iban tan bien vestidos y tenían un aspecto tan distinguido que sólo podían distinguirse por la discreta insignia de los botones. El botón del sombrero de Agayachi era un único rubí. Tenía tal tamaño que valía una fortuna, y demostraba que era el rango más elevado posible en aquel lugar, el de wang, pero era una insignia mucho menos visible por ejemplo que el brillante morrión de oro de Kubilai o la scufieta del dogo de Venecia. Yo podía llevar un sombrero con un botón de coral, que indicaba el rango siguiente, el de guan, y Agayachi ya tenía preparado para mí un sombrero de este tipo. Los demás ministros llevaban botones diversos de rango descendente: zafiro, turquesa, cristal, concha blanca, etcétera, pero necesité algún tiempo para poder distinguirlos de un vistazo. Deshice mi tulband y coloqué la caja de píldoras sobre mi cabeza y todos dijeron que me había convertido en la imagen misma de un guan, todos excepto un anciano caballero han que gruñó:

—Deberíais estar más gordo.

Pregunté por qué, y Agayachi contestó riendo:

—Existe la creencia en Manzi de que los niños, los perros y los funcionarios deben ser gordos, se supone de lo contrario que tienen mal genio. Pero no os preocupéis, Marco. Dicen también que un funcionario gordo hace la sisa al tesoro y acepta sobornos. Siempre se critica a los funcionarios, tanto si son gordos como delgados, feos o guapos. Pero el mismo anciano gruñó de nuevo:

—Además, guan Polo, deberíais teñir de negro vuestro pelo. Pregunté de nuevo el motivo, porque el suyo era gris y empolvado. El me contestó:

—Todo Manzi odia y teme a los gui, a los malos demonios, y todo Manzi cree que éstos tienen el pelo rojizo, como vos.

El wang soltó de nuevo una carcajada:

—La culpa de esto la tenemos nosotros, los mongoles. Mi tatarabuelo Chinghiz tenía un orlok llamado Subatai que llevó a cabo muchas depredaciones en esta parte del

mundo, y los han odiaron mucho a este general mongol, que tenía el pelo de color rojo claro. Ignoro el posible aspecto de los gui en épocas anteriores, pero desde la época de Subatai, todos se han parecido a él.

Otro de los presentes sonrió y dijo:

—Conservad vuestro pelo y vuestra barba de gui, guan Marco. Teniendo en cuenta la misión que os ha traído aquí, quizá convenga que os teman y que os odien. —Hablaba bastante bien el mongol, pero era evidente que se trataba de un idioma que acababa de aprender —. Como ha indicado el wang, todos los funcionarios son criticados. Ya podéis imaginar que el funcionario más detestado de todos es el recaudador de impuestos. Y

creo que podéis imaginar la fama que tendrá un recaudador de impuestos extranjero que los cobra para el gobierno que ha conquistado el país. Os propongo que hagáis correr la voz de que sois un auténtico demonio gui.

Le miré divertido. Era un han gordo, de rostro agradable y mediana edad, que llevaba en el sombrero un botón de oro labrado, lo que le identificaba como funcionario de séptimo rango.

—El magistrado Feng Weini —dijo Agayachi presentándomelo —. Nacido en Hangzhou, jurista eminente y persona muy estimada por el pueblo por su imparcialidad e inteligencia. Tenemos la suerte de que ha aceptado conservar el mismo cargo de magistrado que ejercía bajo los Song. Y personalmente, Marco, me alegra de que haya aceptado serviros de ayudante y consejero mientras estéis asignado a esta corte.

—También a mí me alegra mucho, magistrado Feng —le dije mientras los dos ejecutábamos la inclinación tranquila, con las manos juntas, que equivale a un koutou entre hombres de rango casi igual —. Os agradeceré todo tipo de ayuda. He emprendido esta misión de recaudación de impuestos en Manzi ignorando sólo dos cosas. Lo ignoro todo sobre Manzi, y lo ignoro todo sobre la recaudación de impuestos.

—¡Bien! —gruñó el canoso personaje gruñón, alabándome de mala gana —. Bueno, la franqueza y el no darse importancia son por lo menos dos cualidades nuevas y refrescantes en un recaudador de impuestos. Sin embargo dudo que esto os ayude en vuestra misión.

—No —dijo el magistrado Feng —. No os ayudarán, lo mismo que si engordarais o tiñerais de negro vuestro pelo, guan Polo. Yo también seré franco. No veo ningún sistema que os permita recaudar impuestos en Manzi para el kanato, a no ser que vayáis vos mismo pidiendo de puerta en puerta o que dispongáis de un ejército entero de personas que lo hagan por vos. Y un ejército, aunque cobre un sueldo de miseria, costará más de lo que llegue a recaudar.

—En todo caso —dijo Agayachi —no dispongo de un ejército de hombres para delegároslo. Pero os he proporcionado, a vos y a vuestra señora, una casa elegante en un buen barrio de la ciudad, con una buena servidumbre. Cuando estéis dispuestos mis mayordomos os llevarán allí.

Le di las gracias y luego dije a mi nuevo ayudante:

—Si no puedo aprender inmediatamente mi trabajo, quizá pueda aprender a conocer el terreno donde me muevo. ¿Queréis acompañarnos a nuestra casa, magistrado Feng, y enseñarnos por el camino algo de Hangzhou?

—Con mucho gusto —dijo —. Y os enseñaré primero la vista más espectacular de nuestra ciudad. Tenemos la fase de la luna y… sí… ésta es precisamente la hora en que hace su aparición el haixiao. Salgamos en seguida.

No había ningún reloj de arena en la habitación, ni siquiera un gato, por lo que no entendí que pudiera saber la hora con tanta precisión, ni entendí qué relación tenía la hora con la contemplación de un haixiao, ni sabía en definitiva qué era un haixiao. Pero Huisheng y yo dimos las buenas noches al wang y a su estado mayor, y los tres, seguidos por nuestro pequeño grupo de escribas y esclavos, salimos de palacio con el magistrado Feng.

—Tomaremos la barca para ir a vuestra residencia —dijo —. Hay una falúa real esperando en la orilla del canal que da al palacio. Pero primero paseemos por este camino, siguiendo la orilla del río.

Era una noche magnífica, fragante, iluminada suavemente por una luna llena, por lo tanto la visión era buena. Salimos del palacio Y enfilamos una calle paralela al río. Tenía a este lado una balaustrada que llegaba a la cintura, construida en su mayor parte con unas piedras de forma curiosa. Eran circulares, cada una tenía un Agujero en el centro, y por el borde eran tan grandes como mis dos brazos formando círculo y tan gruesas como mi cintura. Me parecieron demasiado pequeñas para ser piedras de molino y demasiado pesadas para ser ruedas. Sea cual fuere su anterior destino, las habían

retirado para instalarlas allí, las habían puesto de canto, borde contra borde, y habían llenado los espacios intermedios con piedras más pequeñas convirtiendo la balaustrada en un muro sólido y plano por su parte superior. Me asomé y vi que el parapeto caía verticalmente por el otro lado como un muro de piedra, y que la distancia a la superficie del río debajo era como la altura de una casa de dos pisos.

—Me imagino que el río crece considerablemente en época de inundaciones —dije.

—No —replicó Feng —. La ciudad en este lado está construida a gran altura sobre el agua para dejar espacio al haixiao. Fijad la vista allí abajo, hacia oriente, hacia el océano. O sea que él, yo y Huisheng nos apoyamos sobre el parapeto y miramos

hacia el mar, a través de la llanura plana, que había formado la arena del delta, iluminada por la luna, que se extendía sin ningún accidente visible hasta el horizonte negro. Como es lógico el océano era invisible: estaba a unos doscientos li detrás de aquel bajío. O ésta era la distancia habitual. Porque entonces empecé a oír desde aquella gran distancia una especie de murmullo, como el sonido de un ejército mongol a caballo galopando hacia nosotros, Huisheng tiró de mi manga, lo que me sorprendió, porque ella no podía haber oído nada. Pero me señaló a su otra mano que descansaba sobre el parapeto y me miró

interrogativamente. Comprendí que Huisheng estaba sintiendo de nuevo el sonido. Pensé que por lejos que estuviera el fenómeno tenía que ser un verdadero trueno para poder poner en vibración un muro de piedra. Sólo pude encogerme de hombros, sin poder dar ninguna explicación. Era evidente que Feng estaba esperando lo que se nos acercaba en aquel momento, y sin temor.

Él señaló de nuevo y vi que una línea brillante y plateada rompía repentinamente la oscuridad del horizonte. Antes de que pudiera preguntar de qué se trataba se había acercado tanto que pude distinguirla con detalle: era una línea de espuma marina que brillaba a la luz de la luna y se nos acercaba atravesando el desierto de arena tan rápidamente como una línea de jinetes a la carga vestidos con armaduras de plata. Detrás suyo estaba todo el peso del mar de Kitai. Como ya he dicho el bajío tenía forma de abanico con una anchura de un centenar de li al borde del océano, pero allí, en la boca del río era muy estrecho. O sea que el mar invasor entraba en el delta como una lámina agitada de agua y espuma, pero a medid1, que llegaba se iba estrechando rápidamente, se comprimía, se amontonaba y su color oscuro se removía y se volvía blanco. El haixiao sucedió tan rápidamente que no tuve tiempo siquiera de lanzar una exclamación de asombro. Un muro de agua tan ancho como el delta y tan alto como una casa avanzó desencadenado contra nosotros. Su aspecto, aparte del brillo de la espuma, era semejante al de la avalancha que había atravesado y destruido el valle de Yunnan, y retumbaba también de modo muy parecido.

Miré al río que teníamos debajo. El río, como un animalito que al salir de su madriguera se encuentra con un perro rabioso con el morro cubierto de espuma, corría hacia atrás, retrocediendo, tratando de evacuar la boca de su madriguera invadida y de retirarse hacia las montañas de donde había venido. En el momento siguiente, aquel rugiente muro de agua pasó ante nosotros, debajo mismo del nivel del parapeto, con una mezcla confusa y tumultuosa de espuma, y nos alcanzaron algunas salpicaduras. El espectáculo me había dejado paralizado, pero yo por lo menos había visto antes agua de mar; creo que Huisheng no la había visto nunca y me volví hacia ella por si se había asustado. No estaba asustada. Tenía los ojos brillantes, sonreía y en su cabello relucía con la luna un rocío de ópalo. Supongo que cuando una persona vive en un mundo sin sonido, es más emocionante que para el resto de nosotros ver espectáculos maravillosos, especialmente si son tan espléndidos que llegan incluso a sentirse. Yo mismo había sentido temblar bajo aquel impacto la balaustrada de piedra que teníamos al lado y la noche entera que nos rodeaba. El mar

continuó pasando delante nuestro, subiendo río

arriba, retumbando, silbando y crepitando, su parte blanca y brillante empezó a llenarse de venas verdes y negruzcas y finalmente lo verdinegro predominó hasta convertirse todo en un mar agitado y sin espuma que ocupaba toda la anchura del río que teníamos debajo.

Cuando mi voz pudo oírse pregunté a Feng:

—En nombre de todos los dioses, ¿qué es esto?

—Los recién llegados suelen impresionarse cuando lo ven —dijo, como si fuese obra suya —. Es el haixiao, la ola de marea.

—¡De marea! —exclamé —. ¡Imposible! Las mareas van y vienen con dignidad y decoro.

—El haixiao no siempre es tan espectacular —reconoció él —. Sólo cuando la estación, la luna y la hora del día o de la noche coinciden de modo adecuado. En tales ocasiones, como acabáis de ver, el mar llega a través de estas arenas a la velocidad de un caballo al galope, recorriendo doscientos li en menos tiempo del que tarda un hombre en comer tranquilamente su cena. Los barqueros del río aprendieron en épocas remotas a aprovecharse del fenómeno. Zarpan de aquí en el momento exacto, y el haixiao se los lleva río arriba a centenares de li de distancia, sin tener que dar un golpe de remo. Yo dije cortésmente:

—Perdonad mis dudas, magistrado Feng. Pero yo también nací en una ciudad marítima, y he visto mareas toda mi vida. Las mareas desplazan el mar hacia arriba y hacia abajo quizá la distancia de un brazo. Pero esto fue una montaña de mar. Él respondió cortésmente:

—Perdonad que os contradiga, guan Polo. Pero me imagino que vuestra ciudad natal está situada a la orilla de un mar pequeño.

Yo dije altaneramente:

—Nunca pensé que fuera pequeño. Pero desde luego hay otros mayores. Detrás de las Columnas de Hércules hay el ilimitado mar Océano Atlántico.

—Ah, bueno. También éste es un gran mar. Detrás de esta costa hay islas. Muchas islas. Al norte del este, por ejemplo, las islas llamadas Riben Guo, que componen el imperio de los Enanos. Pero si os alejáis lo suficiente hacia oriente, las islas escasean, se dispersan y van quedando atrás. Y el mar de Kitai continúa más allá. Continúa ininterrumpidamente.

—Como nuestro mar Océano —murmuré —. Ningún marinero lo ha cruzado, ni sabe

dónde acaba, ni lo que hay allí, ni si tiene fin.

—Bueno, éste sí acaba —dijo Feng tranquilamente —. O por lo menos hay constancia de que alguien lo cruzó. Actualmente Hangz-hou está separada del océano por este delta de doscientos li. Pero ¿veis estas piedras? —Señaló los redondeles que formaban el núcleo de la balaustrada —. Son anclas de grandes navíos oceánicos, y contrapesos de los extremos de las botavaras de estos navíos. O lo fueron en su tiempo.

—Es decir, que en otras épocas Hangzhou fue un puerto de mar —dije —. Y debió de ser un puerto activo. Pero de esto hace mucho tiempo a juzgar por la extensión de delta que ha quedado cubierta de sedimentos.

—Sí. Hace casi ochocientos años. En los archivos de la ciudad hay un diario escrito por un cierto Huizhen, un trapa budista, fechado según nuestro cómputo en el año tres mil cien, más o menos. Cuenta que iba a bordo de un chuan de altura que tuvo la desgracia de apartarse de la costa impulsado por el taifeng, la gran tormenta. Continuó navegando hacia oriente y al final tocó tierra en algún punto situado al otro lado. Según la estimación del trapa, la distancia hasta allí era de más de veintiún mil li. Por el camino sólo había agua, y para volver tuvo que recorrer veintiún mil li más. Sin embargo lo consiguió, pues el diario existe.

—Huí! ¡Veintiún mil li! Es una distancia igual a la que existe entre aquí y Venecia por

tierra firme. —Me vino una idea y era terriblemente seductora —. ¡Si a esta distancia hay tierra hacia oriente, al otro lado del mar, tiene que ser mi propio continente de Europa!

¡Y este continente de Kitai y Manzi tiene que ser la otra orilla de nuestro mar Océano!

Decidme, magistrado: ¿habló el monje sobre alguna ciudad al otro lado del mar?

¿Lisboa? ¿Burdeos?

—No, no habló de ciudades. Llamó a aquella tierra Fusang, que sólo significa Lugar Donde Llegamos a la Deriva. Dijo que los nativos se parecían más a los mongoles o a los bho que a los han, pero que eran más bárbaros todavía, y hablaban en un idioma poco refinado.

—Debió de ser Iberia… o Marruecos… —dije pensativo —. Los dos países estaban llenos de moros musulmanes incluso en aquellas épocas tan lejanas, creo. ¿Dijo algo más el monje sobre aquel lugar?

—Muy poco. Los nativos se mostraron hostiles, o sea que los marineros corrieron

muchos peligros y dificultades para reavituallar el chuan de comida y agua. Zarparon de nuevo apresuradamente para volver a occidente. La única cosa que al parecer impresionó a Huizheng fue la vegetación. Dijo que los árboles de Fusang eran muy raros: no eran de madera con ramas llenas de hojas, sino de carne verde y espinas dañinas. —Feng puso una cara de incredulidad divertida —. Esto significa poco. Creo que todos los hombres santos tienden a ver carne y espinas por todas partes.

—Hum. Ignoro qué tipo de árboles crecen en Iberia o en Marruecos —murmuré, incapaz de cortar mis especulaciones —. Pero es asombroso imaginar siquiera la posibilidad, la pura posibilidad, de navegar desde aquí hasta mi patria.

—Es mejor que no lo intentéis —dijo Feng bruscamente —. No hay muchos hombres que después de Huizheng se hayan encontrado con un taifeng en mar abierto y hayan podido contarlo. Esta tempestad sopla a menudo entre aquí y las islas del Riben Guo. El kan Kubilai ha intentado ya en dos ocasiones invadir y conquistar ese imperio, enviando flotas de chuan llenas de guerreros. En la primera tentativa envió un número demasiado reducido, y los enanos los rechazaron. En la última ocasión, envió centenares de navíos y casi un tuk entero de hombres. Pero apareció el taifeng, se cebó en la flota y la invasión también fracasó. Tengo entendido que los enanos, agradecidos a la tempestad han bautizado al taifeng kamikaze, que en su burdo lenguaje significa Viento Divino.

—Sin embargo —dije rumiando todavía —, si la tempestad sólo se desencadena entre esta costa y Riben Guo, cuando Kubilai consiga conquistar estas islas, se podría navegar de modo seguro hacia oriente desde allí…

Pero Kubilai no envió ninguna expedición más contra ellos, ni conquistó nunca aquellas islas, y yo no las visité, ni me adentré más hacia oriente. Navegué varias veces por el mar de Kitai, pero nunca perdí de vista durante mucho tiempo la tierra firme. O

sea que ignoro si la lejana Fusang era, como sospecho, la ribera occidental de nuestra conocida Europa, o si era otra tierra nueva todavía por descubrir. Lamento no haber podido satisfacer en este caso mi curiosidad. Me hubiese gustado mucho llegar hasta allí

y visitar aquel lugar, pero no lo hice nunca.

Huisheng, yo, el magistrado Feng y nuestros sirvientes bajamos los peldaños del muelle del palacio, subimos a un sampán de madera de teca intrincadamente labrada, y nos sentamos bajo un dosel de seda tensada tan adornado y con bordes tan curvos como los de cualquier tejado han. Una docena de remeros, desnudos de cintura para arriba y con sus cuerpos tan aceitados que brillaban bajo la luz de la luna, nos llevaron por un canal serpenteante hasta nuestra nueva residencia, y por el camino Feng señaló varias cosas dignas de verse. Dijo:

—Esta calle corta que veis saliendo por vuestra izquierda es la de las Brisas Suaves y de los Aires Acariciantes. En otras palabras, es la calle de los fabricantes de abanicos. Los

abanicos de Hangzhou son famosos en todo el país, pues fue aquí donde se inventó el abanico plegable, y algunos tienen hasta cincuenta varillas, y todos están pintados con pinturas exquisitas, a menudo descaradas. Casi un centenar de familias de la ciudad trabajan desde hace generaciones en la fabricación de abanicos, de padre a hijo y de hijo a nieto.

Y también dijo:

—Este edificio a nuestra derecha es el mayor de la ciudad. Sólo tiene ocho pisos de altura, o sea que no es el más alto de todos, pero se extiende de una calle a la siguiente en una dirección, y de un canal al siguiente en la otra. Es el mercado cubierto permanente de Hangzhou, y creo que es el único existente en Manzi. En sus salas, más de cien, se exponen para su venta mercancías preciosas o frágiles que no podrían permanecer al aire libre en los mercados abiertos, como muebles, obras de arte, bienes perecederos, niños esclavos y cosas parecidas.

Y dijo además:

—Aquí, donde el canal se ensancha tanto, está el llamado Lago del Oeste, Xi Hu. ¿Veis aquella isla en el centro, tan iluminada? Incluso a estas horas hay barcazas y sampanes atracados alrededor suyo. Algunos visitantes quizá estén en los templos de la isla, pero la mayoría se están divirtiendo. ¿No oís la música? Las posadas permanecen abiertas toda la noche, distribuyendo comida, bebida y alegría. Algunas posadas están abiertas a todos, otras las alquilan familias ricas para sus fiestas privadas, sus bodas y sus banquetes.

Y agregó luego:

—Fijaos que esta calle que sale a nuestra derecha tiene faroles de seda roja colgando de las puertas, señalando así que es la calle de los burdeles. Hangzhou regula a sus prostitutas de modo muy estricto: las clasifica en gremios separados, desde las grandes cortesanas hasta las mujeres más arrastradas que trabajan en los botes de río, y las examina periódicamente para comprobar su buena salud y su limpieza. Hasta aquel momento me había limitado a emitir murmullos de afirmación y apreciación ante las observaciones de Feng, pero cuando tocó el tema de la prostitución, dije:

—Vi al llegar que había bastantes prostitutas paseándose incluso por las calles a la luz del día, algo que no había observado en ninguna otra ciudad. Parece que Hangzhou las trata con mucha tolerancia.

—Ahem. Las que visteis a la luz del día eran sin duda prostitutas de sexo masculino. Es un gremio separado, pero que también está controlado por un estatuto. Si alguna

vez os aborda una puta, y os apetece hacer uso de ella, examinad primero sus brazaletes. Si uno de ellos es de cobre, no es una hembra, por femenino que pueda ser su atuendo. La ciudad obliga a llevar este brazalete de cobre, para impedir que los hombres putas, pobres, pretendan ser lo que no son.

Entonces recordé sin mucho placer que yo era el sobrino de uno de aquellos desgraciados y dije quizá algo maliciosamente:

—Parece que Hangzhou es muy tolerante en muchos temas, y que vos también lo sois. Él se limitó a responder afablemente:

—Yo soy del Tao. Cada uno de nosotros sigue su propio camino. Un amante masculino de su propio sexo sólo es por elección propia lo que un eunuco es involuntariamente. Ambos constituyen un reproche vivo a sus antepasados, porque no continúan su linaje, por lo tanto no es preciso que yo los critique más. Allí, a vuestra derecha, aquella alta torre del tambor señala el centro de la ciudad, y es nuestro edificio más alto. De día y noche hay allí un cuerpo de vigilancia que toca el tambor para dar la alarma cuando estalla algún incendio. Y Hangzhou no se fía de los paseantes y de los voluntarios para

apagar los incendios. Hay un millar de hombres empleados y pagados exclusivamente para llevar a cabo este cometido.

La falúa nos depositó eventualmente en el muelle de nuestra casa, como si hubiésemos estado en Venecia, y la casa era realmente un palazzo. Había un centinela de guardia a cada lado del portal principal, cada hombre estaba firme con una lanza terminada en una hoja de hacha además de una punta, y los dos guardias eran los han más altos que hubiese visto nunca.

—Sí, son ejemplares buenos y robustos —dijo Feng, cuando los admiré —. Yo diría que cada uno de ellos mide fácilmente dieciséis manos de altura.

—Creo que estáis equivocado. Yo tengo una talla de diecisiete manos, y ellos son media cabeza más altos que yo. —Y agregué bromeando —. Si sois tan inepto para contar, me extraña que podáis ser la persona más indicada para llevar a cabo el trabajo aritmético de la recaudación de impuestos.

—Oh, estoy eminentemente indicado para este trabajo —dijo con tono igualmente jocoso

—porque conozco los métodos han de contar. La altura de una persona se calcula normalmente hasta la coronilla, pero la de un soldado se mide solamente hasta los hombros.

—Cazza beta! ¿Por qué?

—Para poderlos asignar por parejas al transporte con palos. Son soldados de a pie, no de caballería, y por lo tanto transportan su propio equipo. Pero además se da por sentado que un soldado bueno y obediente no necesita una mente ni una cabeza que la contenga. Moví mi propia cabeza con asombro y admiración, y pedí excusas al magistrado por haber dudado, incluso levemente, de sus conocimientos. Luego, cuando hubimos cambiado de nuevo nuestros zapatos por zapatillas, nos acompañó, a mí y a Huisheng, a inspeccionar la casa. Los criados en cada habitación caían postrados para hacer koutou en honor nuestro, y él nos iba señalando las varias instalaciones dispuestas para nuestra comodidad y placer. La casa incluso disponía de jardín propio, con un estanque de lotos en el centro y un árbol en flor sobre él. La grava de los caminos que serpenteaban por el jardín no sólo estaba rastrillada cuidadosamente sino que formaba dibujos graciosos. En especial me gustó uno de los adornos: una escultura de un gran león sentado que guar-daba la puerta entre la casa y el jardín. Estaba esculpido en un único e inmenso bloque de piedra, pero estaba ejecutado con tanto arte que el animal sostenía con la boca medio abierta una bola de piedra. Metiendo un dedo se podía hacer rodar la bola hacia adelante y hacia atrás, pero no se podía extraer fuera de los dientes del león. Creo que impresioné ligeramente al magistrado Feng con mi percepción del arte cuando al admirar los rollos pintados de las paredes de nuestro dormitorio, observé que las pinturas de paisaje que veía estaban ejecutadas de modo distinto que las de los artistas de Kitai. Me miró de reojo y dijo:

—Estáis en lo cierto, guan. Los artistas del norte imaginan todas las montañas parecidas a los picos duros y abruptos de su cordillera Tian Shan. Nuestros artistas de Song, perdón, de Manzi, conocen mejor las montañas de nuestro sur, suaves, fértiles y redondeadas como pechos de mujer.

Se despidió declarándose dispuesto a acudir de nuevo cuando yo le convocara, cuando yo creyera conveniente iniciar nuestro trabajo. Luego Huisheng y yo nos paseamos solos por la nueva residencia, devolviendo a sus habitaciones a un criado tras otro, y familiarizándonos con el lugar. Nos sentamos un rato en el jardín iluminado por la luna, mientras yo informaba con gestos a Huisheng de los detalles de todos los acontecimientos y comentarios del día que ella no podía haber comprendido por sí sola. Concluí con la impresión general que había sacado: nadie parecía tener muchas esperanzas en el éxito de mi misión como recaudador de impuestos. Ella asentía con la

cabeza indicando que comprendía cada una de mis explicaciones, y con el tacto habitual de una esposa han, no hizo ningún comentario sobre mi aptitud para el trabajo ni mis perspectivas en él. Sólo formuló una pregunta.

—¿Serás feliz aquí, Marco?

Sentí una ola de cariño hacia ella comparable a un auténtico haixiao y respondí con gestos:

—¡Soy feliz… aquí! —dejando bien claro que me refería «contigo». Nos tomamos una semana de vacaciones, aproximadamente, para adaptarnos a nuestro nuevo ambiente, y aprendí rápidamente a dejar bajo la supervisión de Huisheng los detalles multitudinarios de la casa. Ella, como había hecho antes con la doncella mongol que nos acompañó, estableció fácilmente algún modo imperceptible de comunicación con los nuevos sirvientes han, y consiguió que obedecieran de modo inmediato cualquier capricho suyo y que normalmente lo hicieran a la perfección. Yo no era un amo tan bueno como ella. En primer lugar no podía hablar más que ella en idioma han. Pero además me había acostumbrado durante tiempo a tener sirvientes mongoles, o sirvientes educados por mongoles, y los de Manzi eran diferentes. Podría recitar un catálogo entero de diferencias, pero sólo mencionaré dos. Una se debía a la reverencia que sienten los han por la antigüedad: a un sirviente no se le podía despedir ni retirar nunca por el solo hecho de que se hubiera hecho viejo o vieja, inútil, senil, aunque estuviera inmovilizado. Y a medida que los criados envejecían se volvían maniáticos, astutos y descarados, pero tampoco se les podía despedir por esto, ni siquiera pegar. Una de nuestras criadas era una vieja cuyo único deber consistía en hacer nuestro dormitorio cada mañana después de levantarnos. Cuando sentía el olor de limón en mí o en Huisheng o en las sábanas, se echaba a cacarear y a relinchar del modo más abominable y yo tenía que apretar los dientes y aguantarme. La otra diferencia estaba relacionada con el tiempo atmosférico, por extraño que pueda parecer. Los mongoles eran indiferentes al tiempo; cumplían sus cometidos con sol, lluvia, nieve, probablemente lo harían en el caos de un taifeng, si llegaban a encontrarse con alguno. Y Dios sabe que yo después de tantos viajes era tan insensible al frío, al calor o a la humedad como cualquier mongol. Pero los han de Manzi, a pesar de su devoción por bañarse a la primera oportunidad, tenían una aversión a la lluvia digna de un gato. Cuando llovía, no se cumplía nada que obligara a salir fuera de casa, y esto no era válido únicamente para los criados; todo el mundo actuaba igual. Los ministros de Agayachi solían residir en el mismo palacio que él, pero los que vivían en otros lugares se quedaban en casa cuando llovía. Los mercados de las plazas en los días de lluvia se vaciaban tanto de compradores como de vendedores. Lo propio sucedía en el gran mercado cubierto, a pesar de estar protegido contra la intemperie, porque la gente tenía que desafiar a la lluvia para llegar hasta allí. Yo salía como siempre, pero tenía que hacerlo a pie. Era imposible encontrar un palanquín, incluso un bote de canales. Los barqueros se pasaban toda la vida sobre el agua, y la mayor parte del tiempo empapados, pero no estaban dispuestos a salir y a mojarse con el agua que caía del cielo. Incluso las prostitutas masculinas dejaban de exhibirse por las calles. También mi llamado ayudante, el magistrado Feng, estaba aquejado de la misma excentricidad. Se negaba a atravesar la ciudad para ir a mi casa en los días de lluvia, y ni siquiera se preocupaba de asistir a las sesiones judiciales previstas en el Cheng. «¿Por qué moverse? No habrá ningún litigante.» Feng expresó su simpatía por la preocupación que me inspiraba la cantidad de días lluviosos malgastados, y comentó con cierto humor esta peculiaridad suya y de sus paisanos, pero nunca intentó curarse de ella. En una ocasión, cuando no le había visto el pelo durante una semana entera de lluvia, y me quejaba preguntando con indignación:

—¿Cómo puedo yo cumplir nada, si sólo tengo un único ayudante para el buen tiempo?

—él se sentó, tomó papel, pinceles y un bloque de tinta y me escribió un carácter han.

—Significa «acción urgente no ejecutada todavía» —me informó —. Pero ved: está

compuesto de dos elementos. Éste dice «parada» y este otro «por la lluvia». Es evidente que un rasgo incorporado en nuestra escritura ha de estar profundamente arraigado en nuestras almas.

Sin embargo cuando hacía buen tiempo nos sentábamos en mi jardín y manteníamos largas conversaciones sobre mi misión y sobre su propia tarea de magistrado. Me interesaba conocer algo de las leyes y costumbres locales, pero a medida que me las explicaba comprendí que en su práctica judicial se fiaba más de las supersticiones de su pueblo y de sus propios y arbitrarios caprichos.

—Tengo por ejemplo mi campana que puede distinguir un ladrón de un hombre honrado. Supongamos que se ha robado algo, y que tengo una larga lista de sospechosos. Ordeno a cada uno de ellos que pase la mano a través de una cortina y que toque la campana escondida, que se pondrá a sonar cuando sienta la mano del ladrón.

—¿Y lo hace? —pregunté escépticamente.

—Claro que no. Pero está espolvoreada con polvo de tinta. A continuación examino las manos de los sospechosos. La persona con las manos limpias es el ladrón, porque temió

tocar la campana.

—Ingenioso —murmuré, palabra que tuve que pronunciar a menudo en Manzi.

—Oh, los juicios son bastante fáciles. Lo que exige ingenio son las sentencias y las penas. Supongamos que condeno a ese ladrón a llevar el yugo en el patio de la prisión. Es un collar pesado de madera, parecido a las anclas de piedra, que se cierra alrededor del cuello, y el condenado debe permanecer sentado en el patio de la Prisión con el collar puesto para que los transeúntes se mofen de él. Supongamos que en mi sentencia digo que su delito merece este sufrimiento molesto y humillador pongamos durante dos meses. Sin embargo sé muy bien que él o su familia sobornarán a los carceleros y que ellos sólo le pondrán el yugo cuando sepan que pasaré por el patio entrando y saliendo. Por lo tanto, para asegurar que su castigo sea el adecuado, le condeno a llevar el yugo seis meses.

—¿Tenéis —dije indecisamente —, tenéis a un acariciador para los crímenes más graves?

—Desde luego, y uno muy bueno —respondió alegremente —. Mi propio hijo, que está

preparándose para estudiar leyes, es actualmente aprendiz de nuestro acariciador. El maestro enseña su oficio al joven Feng desde hace semanas y le tiene batiendo unas natillas.

—¿Qué?

—Hay un castigo llamado chouda, que consiste en pegar al criminal con una caña de zhugan dividida en su extremo en un azote de muchas lenguas. Se trata de infligir el dolor más terrible y de reventar todos los órganos internos sin causar ninguna mutilación visible. Por lo tanto antes de que el joven Feng pueda aplicar el chouda a un ser humano debe aprender a pulverizar unas natillas sin romper su superficie.

—Gésu! Quería decir, qué interesante.

—Bueno, hay castigos más apreciados por las multitudes que acuden a presenciarlos, y otros menos, desde luego. Dependen de la gravedad del crimen. Como marcar la cara a fuego, encerrar al criminal en una jaula, arrodillarlo sobre cadenas de eslabones aguzados, darle la medicina que proporciona la vejez instantánea. A las mujeres les gusta especialmente presenciar la aplicación de este último castigo a otras mujeres. Otro castigo que ellas presencian con gusto es colgar a una adúltera cabeza abajo y meter dentro de ella, hasta llenarla, aceite hirviendo o plomo fundido. También hay los castigos con nombres que se explican por sí solos: el Lecho de Novios, la Serpiente

Cariñosa, el Mono que Chupa y deja Seco el Melocotón. Debo decir modestamente que yo mismo inventé un nuevo castigo bastante interesante.

—¿En qué consiste?

—Lo aplicamos a un incendiario que había reducido a cenizas la casa de un enemigo. No consiguió atrapar a su enemigo, que había partido de viaje, pero quemó vivos a la esposa y a los hijos. Decreté que le aplicaran un castigo digno del crimen. Ordené al acariciador que le atiborrara la nariz y la boca con polvo huoyao y que dejara bien cerradas las aberturas con cera. Luego, antes de que pudiera ahogarse o quedar estrangulado, el acariciador prendió fuego a las mechas y su cabeza saltó en pedazos.

—Puesto que estamos tratando el tema de los castigos adecuados, Weini —dije utilizando informalmente como ya hacíamos su nombre de pila —, ¿qué castigo imagináis que nos infligirá el gran kan por negligencia en nuestro cargo? Nuestras estrategias para la imposición de tasas no han avanzado mucho. No creo que Kubilai acepte como excusa el mal tiempo.

—Marco, ¿por qué cansarnos elaborando planes que no pueden llevarse a la práctica?

—replicó indolentemente —. Precisamente hoy no está lloviendo. Quedémonos aquí

sentados disfrutando del sol, la brisa, y el espectáculo tranquilo de vuestra encantadora señora recogiendo flores en el jardín.

—Weini —insistí yo —. Esta ciudad es rica. Tiene el único mercado bajo tejado que haya visto nunca, y diez mercados más en plazas descubiertas. Todos ellos muy animados, excepto cuando llueve, claro. Pabellones de placer en las islas del lago. Familias prósperas de fabricantes de abanicos. Burdeles florecientes. Ninguno de ellos paga todavía un solo qian al tesoro del nuevo gobierno. Y si Hangzhou es tan rica, ¿cómo debe ser el resto de Manzi? ¿Pedís que me quede sentado sin que nadie en toda la nación pague nunca una capitación, ni una tributación, ni una tasa comercial, ni…?

—Sólo puedo repetiros, Marco, lo que ya os hemos dicho tantas veces el wang y yo: que todos los archivos fiscales del régimen Song desaparecieron con este régimen. Quizá la vieja emperatriz ordenó su destrucción por malicia femenina. Lo más probable es que sus súbditos invadieran las salas de documentos y los archivos del Cheng cuando ella partió hacia Kanbalik para entregar su corona, y que destruyeran los archivos. Es comprensible. Sucede en todos los lugares recién conquistados, antes de que los conquistadores tomen posesión de ellos, porque así…

—Ya, ya. Acepto que esto sea cierto. Pero no me interesa saber qué pagaba la gente a los funcionarios fiscales de los antiguos Song. ¿Qué me importa a mí una colección de viejos libros de mayor?

—Pues sin ellos… mirad. —Se inclinó hacia adelante y puso tres dedos delante de mi cara

—. Tenéis tres posibles alternativas. O bien pasáis vos personalmente por todas las paradas de los mercados, por todas las posadas de cada isla, por todos los cubículos con putas en activo…

—Lo cual es imposible.

—… o bien disponéis de un ejército de hombres para llevar a cabo esta tarea.

—Lo cual vos juzgáis impracticable.

—Sí. Pero imaginemos teóricamente que os presentáis en una parada de mercado donde un hombre vende cordero. Le pedís la parte que corresponde al kan del valor de aquel cordero. Él replica: «Pero guan, yo no soy el propietario de esta parada. Hablad con el amo que está allí.» Os acercáis a aquel hombre y él os dice: «Sí, yo soy quien manda aquí, pero sólo administro la parada para su amo, que vive retirado en Suzhou.»

—Me negaría a creer a ninguno de los dos.

—¿Pero qué podéis hacer? ¿Exprimir dinero de uno solo de los dos? ¿De ambos? Sólo conseguiríais sacarles una miseria. Y quizá os perderíais al propietario auténtico, a la

persona que quizá suministra todos los corderos de Manzi, y que realmente vive lujosamente fuera de vuestro alcance, en Suzhou. Además, ¿podéis repetir el mismo proceso en todas las paradas cada vez que tengáis que recaudarlas tasas?

—Vaj! ¡Nunca saldría del primer mercado!

—Pero si tuvierais los viejos libros, sabríais quién tiene obligación de pagar y dónde encontrarlo y qué cantidad pagó en la última ocasión. La única solución es la tercera, la única práctica: compilad nuevos archivos. Antes de poneros a pedir, necesitáis una lista de todos los negocios activos, tiendas, casas de putas, propiedades y Parcelas de tierra. Y

los nombres de todos sus propietarios y amos y cabezas de familia. Y una estimación del valor de sus posesiones y del montante de sus beneficios anuales y…

—Gramo mi! ¡Esto ocuparía mi vida entera, Weini, y mientras tanto no recaudaría nada!

—Bueno, ahí está. —Se recostó de nuevo indolentemente —. Disfrutad del día y de la visión tranquilizadora de Huisheng. Salvad vuestra conciencia con esta consideración. La dinastía Song antes de su reciente caída había durado trescientos veinte años. Dispuso de todo este tiempo para recoger y codificar sus archivos y hacer prácticos sus métodos de tasación. No podéis esperar conseguir de la noche a la mañana el mismo resultado.

—No, yo no puedo. Pero el kan Kubilai puede esperar precisamente esto. ¿Y yo qué

hago?

—Nada, puesto que todo lo que hicierais sería fútil. Oís el cuco en aquel árbol: «Cu-cu… cu-cu…» A los han nos gusta imaginar que el cuco canta «bu-ru gu-i», que significa:

«¿Por qué no volvemos a casa?»

—Gracias, Weini. Confío en volver a casa algún día. Confío en recorrer todo el camino de vuelta. Pero no volveré, como decimos los venecianos, con las gaitas metidas en el saco.

Hubo un intervalo de pacífico silencio, interrumpido solamente por el consejo

reiterado del cuco. Al final Feng tomó de nuevo la palabra:

—Sois feliz, aquí en Hangzhou.

—Excepcionalmente feliz.

—Entonces sed feliz. Tratad de ver vuestra situación desde este ángulo. Puede transcurrir un tiempo largo y agradable antes de que el gran kan llegue a recordar que os envió aquí. Cuando lo recuerde aún podréis esquivar su inquisición durante una temporada larga y agradable. Cuando exija finalmente las cuentas, puede aceptar la explicación que le deis de vuestro fallo. Si no la acepta puede o no condenaros a muerte. Si así lo hace, vuestras preocupaciones habrán finalizado del todo. Si no lo hace, y se limita a destrozaros con la caña chouda, bueno, podéis pasar el resto de vuestra vida viviendo como un mendigo tullido. Los tenderos del mercado serán buenos con vos y os dejarán ocupar un puesto de mendigo en la plaza, porque nunca los atosigasteis ni los perseguisteis con los impuestos, ¿entendéis?

Yo contesté con bastante tristeza:

—El wang os llamó jurista eminente, Weini. ¿Es ésta una muestra de vuestra jurisprudencia?

—No, Marco. Esto es el Tao.

Al cabo de un rato, cuando se hubo marchado a su domicilio, me dije de nuevo:

—¿Qué puedo hacer?

Lo dije una vez más en el jardín, pero ahora teníamos el fresco de la tarde, el cuco había seguido su propio consejo y también se había ido a casa, y yo estaba sentado con Huisheng después de la cena. Le había contado todo lo que Feng y yo habíamos hablado sobre mi situación, y le pedí consejo.

Ella se quedó pensativa un rato; luego dijo con señas: «Espera», se levantó y se fue a la

cocina de la casa. Volvió con un saco de habichuelas secas y me indicó que debía sentarme con ella en el suelo junto a un parterre de flores. En un trozo pelado de tierra trazó con su delgado índice la figura de un cuadrado. Luego trazó una línea por el centro de la figura y otra a su través, dividiendo el cuadrado en cuatro cuadrados más pequeños. Dentro de uno de ellos dibujó una única línea pequeña, en el siguiente dos líneas, en el otro tres y en el último una especie de garabato, luego me miró. Reconocí

las marcas de los numerales han, asentí y dije:

—Cuatro casillas numeradas uno, dos, tres y cuatro.

Mientras yo me preguntaba qué tendría esto que ver con mis actuales problemas, urgentes y frustrantes, Huisheng cogió una habichuela del saquito, me la enseñó y la puso en la casilla número tres. Luego, sin mirar, metió la mano en el saquito, cogió un puñado cualquiera de habichuelas, esparciéndolas luego al lado del cuadrado. Con un movimiento muy rápido sacó de este conjunto cuatro habichuelas, y cuatro más, empujándolas luego a un lado, y continuó separando de cuatro en cuatro las habichuelas del montón. Cuando hubo apartado de cuatro en cuatro todas las habichuelas posibles, sobraron dos. Las señaló con el dedo, señaló la casilla vacía número dos que había dibujado en el suelo, recogió la habichuela del cuadrado número tres, la añadió a las que tenía aún y sonriéndome maliciosamente hizo un gesto que significaba «qué lástima».

—Entiendo —dije —. Aposté por la casilla número tres, pero ganó la número dos y perdí

mi habichuela. Estoy consternado.

Metió de nuevo todas las habichuelas en el saquito, sacó una, y la colocó en nombre mío en otra casilla, ahora en la número cuatro. Hizo el gesto de meter de nuevo la mano en el saco pero se detuvo y me indicó que lo hiciera yo. Estaba claro: el juego era totalmente justo, porque el puñado de habichuelas para contar se cogía al azar. Saqué un buen puñado del saco y las esparcí a su lado. Ella las fue separando rápidamente, de cuatro en cuatro, y esta vez resultó que el total era divisible por cuatro. Al final no quedó ninguna suelta.

—¡Aja! —dije —. Esto significa que mi número cuatro gana. ¿Qué me llevo?

Ella levantó cuatro dedos; señaló mi apuesta, añadió tres habichuelas más y empujó las cuatro hacia mí.

—Si pierdo, pierdo mi habichuela. Si mi casilla sale ganadora, recupero cuadriplicada mi habichuela. —Puse cara de condescendencia —. Es un juego simple e infantil, no más complicado que el viejo juego marinero de la venturina. Pero si deseas que juguemos un rato, pues muy bien, querida, juguemos. Supongo que estás tratando de explicarme algo más y no un simple ejercicio de aburrimiento.

Ella me dio una provisión suficiente de habichuelas y me indicó que podía arriesgar tantas como quisiera y en las casillas que yo eligiera. Amontoné, pues, diez en cada uno de ellos, en los cuatro cuadrados, para ver qué pasaría. Ella me dirigió una mirada de impaciencia, y sin siquiera hurgar en el saco para determinar el número vencedor, me entregó cuarenta habichuelas del saco y luego recogió las cuarenta que había en el suelo. Comprendí entonces que con esta táctica de juego, sólo conseguiría quedar empatado. Empecé, pues, a probar otras variantes: dejar un cuadrado vacío, amontonar cantidades diferentes de habichuelas en los demás cuadrados, etcétera. El

juego se convirtió en un rompecabezas en términos aritméticos. A veces ganaba un puñado entero de habichuelas, y Huisheng se quedaba con unas pocas. A veces el favor de la fortuna pasaba al otro lado: yo aumentaba fuertemente sus provisiones y disminuía las mías.

Me di cuenta de que si una persona se ponía a jugar seriamente a este juego, podía acabar siendo, con una jugada afortunada, mucho más rico en habichuelas, suponiendo que recogiera sus ganancias, se fuera y resistiera la tentación de probar de nuevo. Pero

siempre cabía la esperanza, especialmente si uno iba en cabeza, de mejorar las ganancias. También podía imaginar que si un jugador competía con otros tres, y además con el banquero que tenía el saco de habichuelas el juego podía resultar absorbente, desafiante, tentador. Pero según la estimación que hice de las probabilidades de juego, el banquero se enriquecía siempre, y si un jugador ganaba se enriquecía principalmente a costa de los otros tres.

Pedí a Huisheng con un gesto que me prestara atención. Ella levantó los ojos del tablero de juego y yo me señalé a mí, al juego y a la bolsa de dinero, indicando:

—Si una persona jugara por dinero y no por habichuelas, el deporte podría salirle caro.

—Ella sonrió con ojos danzarines y asintió enfáticamente, con lo que quería decirme:

«Esto es lo que trataba de hacerte comprender.» Y con un movimiento circular del brazo señaló a todo Hangzhou, o quizá a todo Manzi, y al completar el movimiento señaló la habitación de la casa que yo y mi escriba utilizábamos como lugar de trabajo. Me quedé mirando su rostro interesado y brillante y luego bajé los ojos al suelo:

—¿Estás proponiendo esto como sustituto de la recaudación de impuestos?

Ella asintió enfáticamente: «Sí», y extendió las manos: «¿Por qué no?»

¡Qué ridícula idea!, fue lo primero que pensé, pero luego reflexioné. Había visto a los han arriesgar su dinero con las cartas de zhipai, con las fichas de majiang, incluso con los fengzheng, aquellos juguetes volantes, y había visto que lo arriesgaban ávida, febril, locamente. ¿Era posible que aquel juego tan sencillo los sedujera y los arrastrara a la locura? ¿Y esto con la banca en mis manos, o más bien en manos del tesoro imperial?

—Ben trovato! —murmuré.

Lo había dicho el mismo gran kan: ¡benevolencia involuntaria! Me puse en pie de un salto, levanté a Huisheng del parterre florido y la abracé entusiasmado.

—Quizá acabas de proporcionarme ayuda y salvación. Cuéntame: ¿aprendiste de niña este juego?

Sí, de niña. Hacía ya algunos años, después de que una banda de merodeadores mongoles incendiara su pueblo, matara a todos los adultos, y se llevara esclavos a ella y a los demás niños. La eligieron para criarla como lon-gya de concubinas, y un chamán efectuó los cortes que la dejaron callada a ella y dejaron en silencio todo su mundo. La anciana que había cuidado de ella en su convalecencia le había enseñado cariñosamente aquel juego, porque podía jugarse sin pronunciar ni oír ninguna palabra. Huisheng calculaba que en aquel momento tenía unos seis años de edad. Yo la abracé con más fuerza.

5

Al cabo de tres años, todos me consideraban el hombre más rico de Manzi. En realidad no lo era, porque enviaba escrupulosa y puntillosamente todos mis beneficios al tesoro imperial de Kanbalik, mediante mensajeros mongoles de confianza acompañados por guardias bien armados. A lo largo de los años transportaron una fortuna en papel moneda y en monedas de metal, y me imagino que continúan haciéndolo. Huisheng y yo habíamos decidido conjuntamente el nombre del juego: Hua Dou Yinhang, que significa más o menos «Romped la Banca de las Habichuelas», y fue un éxito desde el principio. El magistrado Feng, incrédulo de entrada, pronto quedó

encantado con la idea y convocó una sesión especial de su Cheng únicamente para poner el sello de la legalidad sobre mi empresa y para proporcionarme patentes y títulos, que llevan siempre el crisantemo de Manzi estampado en relieve, de modo que nadie pudiese copiar la idea y competir con mi juego. El wang Agayachi al principio expresó

sus dudas sobre la decencia de mi iniciativa:

—¿Ha visto alguien que un gobierno patrocine un juego de azar?

Pero pronto empezó a alabar el juego y a mí, y a declarar que yo había convertido Manzi en el territorio más lucrativo de todos los conquistados por el kanato. Yo respondía a cada espaldarazo con modestia y sinceridad:

—No fue obra mía sino de mi inteligente e ingeniosa señora. Yo sólo cosecho. Huisheng es la jardinera de la varita de oro.

Ella y yo iniciamos la empresa con una inversión tan trivial y escasa que hubiese avergonzado a un pescadero montando una pobre parada en el mercado. Nuestro equipo estaba formado únicamente por una mesa y un paño. Huisheng buscó un paño de color bermellón brillante, el color han de la buena suerte, y bordó sobre él en negro el cuadrado cuarteado, y en oro los cuatro números en el interior de las casillas,

y enviamos a todos nuestros sirvientes a recorrer las calles, los canales y la orilla del río gritando:

—¡Venid, venid todos, almas venturosas! ¡Apostad un qian y ganad un liang! ¡Venid y Romped la Banca de las Habichuelas! ¡Convertid vuestros sueños en realidad, y vuestros antepasados levantarán asombrados las manos! ¡La fortuna veloz os espera en el establecimiento de Polo y de Eco! ¡Venid todos y cada uno!

Y vinieron. Quizá algunos sólo lo hicieron para poder echarme un vistazo a mí, el ferenghi de pelo de demonio. Quizá otros llegaron impulsados por una avaricia real, por la esperanza de ganar fácilmente una fortuna, pero la mayoría parecía simplemente que venían llenos de curiosidad deseando ver lo que ofrecíamos, y algunos no hicieron más que desviarse de su camino hacia otros lugares. Pero vinieron. Algunos bromearon y se burlaron exclamando:

—¡Es un juego de niños!

Pero todos jugaron por lo menos una partida. Algunos echaban su qian o sus dos qian sobre el paño rojo enfrente de Huisheng como si sólo satisfacieran el capricho de una niña guapa, pero todos esperaban para ver si ganaban o perdían. Y aunque entonces muchos se limitaron a reír con buen humor y a salir del jardín, otros se sintieron intrigados y jugaron de nuevo. Y de nuevo. Y como sólo podían jugar cuatro personas a la vez, hubo leves conatos de pelea y de empujones, y los que no pudieron jugar se quedaron para mirar fascinados el juego. Y al final del día, cuando declaramos cerrado el juego, nuestros sirvientes tuvieron que acompañar fuera del jardín a una considerable multitud de personas. Algunos jugadores se fueron con más dinero del que habían traído consigo y se fueron contentos por haber descubierto «una caja fuerte sin guardián», e hicieron votos para volver y saquearla de nuevo. Y algunos se fueron con la bolsa algo más ligera que antes de entrar, y se fueron censurándose a sí mismos por haber perdido en un «deporte tan poco serio» e hicieron votos para volver y vengarse de la mesa de la Banca de las Habichuelas.

O sea que aquella noche Huisheng bordó otro paño, y nuestros sirvientes casi se herniaron trasladando otra mesa de piedra al jardín. Y al día siguiente en lugar de quedarme de pie guardando el orden mientras Huisheng hacía de banquero, me senté en la otra mesa. Yo no jugaba tan rápido como ella y no recogí tanto dinero, pero los dos trabajamos duro todo el día y acabamos la jornada de juego agotados. La mayoría de los ganadores del día anterior habían vuelto, y los perdedores también, y más personas además de ellos, personas que se habían enterado de este nuevo e insólito establecimiento en Hangzhou.

Bueno, no es preciso que continúe. No tuvimos que enviar más a nuestros criados para que anunciaran en público «¡Venid todos!». La casa de Polo y Eco se había convertido de la noche a la mañana en un establecimiento fijo y popular. Enseñamos a los criados, a los más inteligentes, a hacer de banqueros, y así Huisheng y yo

pudimos descansar de

vez en cuando. Poco tiempo después Huisheng tuvo que confeccionar más manteles de juego negros, dorados y rojos y compramos todas las mesas de piedra que tenía en existencia un picapedrero vecino, e instalamos en ellas a los sirvientes como banqueros permanentes. Por raro que parezca, la vieja criada que se divertía tanto al oler el limón resultó uno de los mejores aprendices de banquero, tan rápida y precisa como la misma Huisheng.

Creo que yo no me había dado cuenta plenamente del enorme triunfo conseguido por nuestra empresa hasta que un día el cielo dejó caer unas gotas sin que nadie abandonara corriendo el jardín. Al contrario, llegaron todavía más clientes desafiando la lluvia, y continuaron jugando todo el día, insensibles al remojón. Ningún han hubiese soportado la lluvia en otras circunstancias, ni para visitar a la más legendaria cortesana de Hangzhou. Cuando descubrí que habíamos inventado una diversión más compulsiva que el sexo, me di un paseo por la ciudad y alquilé otros jardines abandonados y solares vacíos, y di instrucciones a nuestro vecino picapedrero para que empezara a labrar urgentemente más mesas para nosotros.

Nuestros clientes procedían de todos los niveles de la sociedad de Hangzhou: ricos nobles retirados del viejo régimen, mercaderes prósperos y de aspecto aceitoso, comerciantes de rostro preocupado, porteros y porteadores de palanquín de cara famélica, pescadores que olían mal y barqueros sudorosos. Eran de raza han o mongol, unos cuantos eran musulmanes e incluso algunas personas me parecieron judíos nativos. Los pocos jugadores excitados y nerviosos que de entrada parecían mujeres resultó que llevaban brazaletes de cobre. No recuerdo que visitara nunca nuestro establecimiento una mujer auténtica, y si lo hacía era para mirarnos con aire divertido y distante, como solían hacer los visitantes de las Casas del Engaño. Simplemente, las mujeres han no tenían el instinto del juego, pero apostar era para los hombres una pasión más fuerte que beber en exceso o ejercitar sus diminutos órganos masculinos. Los hombres de las clases inferiores, que llegaban confiando desesperadamente en mejorar su suerte en la vida, solían apostar únicamente las pequeñas monedas de qian con un agujero en el centro que eran la moneda de los pobres. Los hombres de las clases medias arriesgaban normalmente moneda volante, pero de valor nominal reducido (y a menudo en billetes arrugados y viejos). La gente rica que llegaba pensando que podría Romper la Banca de las Habichuelas con un fuerte asedio o un largo desgaste, depositaba tranquilamente grandes fajos de billetes grandes de moneda volante. Pero todos, tanto si apostaban un único qian, como si apostaban un montón de liang, tenían idéntica posibilidad de ganar cuando el banquero iba separando de cuatro en cuatro las habichuelas para revelar el número de la casilla vencedora. Nunca me preocupé de calcular cuál era exactamente la posibilidad de que alguien sacara una fortuna. Lo único que sé es que volvían a casa más ricos un número de clientes aproximadamente igual al de los que volvían más pobres; lo único que hacían era intercambiar su propio dinero, y una porción apreciable de este dinero se quedaba en nuestra Banca de las Habichuelas. Mi escriba

y yo pasábamos gran parte de la noche clasificando el papel moneda en fajos del mismo valor nominal y enfilando las monedas pequeñas para formar sartas de cientos y madejas de miles.

Como es lógico, al final el negocio creció demasiado y se complicó tanto que ni yo ni Huisheng pudimos ocuparnos personalmente de él. Después de fundar muchas Bancas de las Habichuelas en Hangzhou, hicimos lo mismo en Suzhou, y luego en otras ciudades, y al cabo de unos años no había ni un pueblo de Manzi por pequeño que fuera que no dispusiera de un establecimiento funcionando. Colocamos como banqueros a hombres y mujeres de confianza probada, y mi ayudante Feng contribuyó al buen orden instalando en cada establecimiento un funcionario jurado de la ley como supervisor

general y auditor de cuentas. Ascendí a mi escriba al cargo de director de toda esta gran operación, y ya no tuve que ocuparme más del negocio. Me limité a llevar las cuentas de los recibos procedentes de toda la nación, pagar los gastos con parte de esta cantidad, y enviar el considerable remanente, un remanente muy considerable, a Kanbalik. No me quedé con parte alguna de los beneficios. En Hangzhou, como en Kanbalik, Huisheng y yo teníamos una residencia elegante y multitud de criados, y comíamos opulentamente. Todo esto nos lo proporcionaba el wang Agayachi, o más bien su gobierno, que vivía de las rentas imperiales y que por lo tanto estaba mantenido en gran parte por nuestras Bancas de las Habichuelas. Si deseaba satisfacer algún lujo o locura adicional mío o de Huisheng, tenía los ingresos de la Compagnia Polo de mi padre, que continuaba prosperando y que enviaba ahora azafrán y otros artículos para su venta en Manzi. O sea que de los ingresos de las Bancas de las Habichuelas deducía regularmente sólo lo necesario para pagar los alquileres y el mantenimiento de los jardines y edificios de las bancas, los sueldos de los banqueros, supervisores y correos, y los costes de equipo, costes éstos ridículamente reducidos (poca cosa más aparte de mesas, manteles y cantidad de habichuelas secas). Lo que cada mes iba a parar al tesoro era, como he dicho, una fortuna. Y como también he dicho, probablemente el río no se ha interrumpido.

Kubilai me había advertido que no exprimiera hasta la última gota de sangre de las venas de sus súbditos de Manzi. Podría parecer que yo estaba contraviniendo sus órdenes y haciendo precisamente eso. Pero no era cierto. La mayoría de jugadores aventuraban en nuestras Bancas de Habichuelas el dinero que ya habían ganado y guardado y que podían permitirse arriesgar. Si lo perdían, esto les impulsaba a trabajar más y a ganar más dinero. Incluso los que se empobrecían imprudentemente en nuestras mesas no se hundían sin más en inactividad desesperanzada o en la mendicidad como habría sucedido si hubiesen perdido todos sus bienes por culpa de un recaudador de impuestos. La Banca de las Habichuelas ofrecía siempre la esperanza de recuperar todas las pérdidas, en cambio un recaudador de impuestos no permite recuperar nunca nada, de modo que incluso las personas totalmente arruinadas tenían motivos para trabajar y escalar de nuevo el camino desde la nada a una prosperidad que les permitiera volver a nuestras mesas. Tengo la satisfacción de

afirmar que nuestro sistema no obligaba a nadie, como sucedía con los antiguos sistemas fiscales, a recurrir al expediente desesperado de pedir un préstamo en términos de usura y caer así en las terribles garras de una deuda profunda. Pero esto no fue obra mía, se debió a las limitaciones que el gran kan impuso a los musulmanes; simplemente ya no había usureros que pudiesen prestar dinero. En definitiva, y por lo que pude ver, nuestras Bancas de las Habichuelas no sólo no exprimieron la sangre de Manzi sino que dieron al país un nuevo impulso y nuevas iniciativas y productividad. Beneficiaron a todos los afectados, desde el kanato en su conjunto hasta la entera población trabajadora (no hay que olvidar que muchas personas encontraron en nuestras bancas empleo permanente), y hasta el campesino más pobre del rincón más apartado de Manzi, que por lo menos pudo aspirar a algo ante el reclamo de una fortuna fácil.

Kubilai me había amenazado con comunicarme rápidamente si mi actuación como agente del tesoro en Hangzhou no le satisfacía. Desde luego no tuvo nunca motivo para adoptar esta decisión. Muy al contrario, acabó enviando a su dignatario de mayor rango, el príncipe heredero y vicerregente Chingkim, para comunicarme su cordial enhorabuena y felicitación por la labor excepcional que estaba llevando a cabo.

—Por lo menos esto me dijo que os comunicara —me contó Chingkim con su tono vagamente irónico —. En realidad creo que mi real padre quería que espiara un poco y procurara averiguar si estáis o no al frente de una banda de forajidos que saquea todo el

país.

—No hay necesidad de saquear nada —dije con satisfacción —. ¿Por qué preocuparse de robar lo que la misma gente desea entregarme?

—Sí, vuestra actuación ha sido un éxito. El ministro de Finanzas Linan me ha explicado que Manzi está contribuyendo al kanato con más riquezas incluso que la Persia de mi primo Abagha. Por cierto, hablando de familia, Kukachin y los niños os envían recuerdos, a vos y a Huisheng. Y lo propio hace vuestro estimable padre Nicoló. Me dijo que el estado de vuestro tío Mafio ha mejorado tanto que ha aprendido varias canciones nuevas de la dama que lo cuida.

Chingkim, en lugar de alojarse en el palacio de su hermanastro Agayachi, nos hizo, a mí y a Huisheng, el gran honor de instalarse con nosotros durante su visita. Habíamos delegado desde hacía tiempo la dirección de las Bancas de las Habichuelas a nuestros subordinados, y disponíamos de tiempo ilimitado para el ocio, es decir, que pudimos dedicar todo nuestro tiempo y atención a cuidar de nuestro huésped real. Aquel día, nosotros tres, sin criados que nos sirvieran, estábamos disfrutando de una merienda en el campo, pues Huisheng había preparado con sus propias manos un cesto con comida y bebidas. Habíamos sacado los caballos del caravasar donde nos los

guardaban y habíamos salido de Hangzhou por la Avenida Pavimentada que Serpentea Largamente entre Árboles Gigantescos, etcétera, y cuando estuvimos bien lejos de la ciudad pusimos un mantel en el suelo y comimos bajo aquellos árboles, mientras Chingkim me contaba otros sucesos acaecidos en varios lugares del mundo.

—Ahora estamos en guerra con Champa —me informó con tanta tranquilidad como diría alguien que no fuese mongol: «Estamos construyendo un estanque en el jardín trasero.»

—Esto supuse —dije —. He visto a los soldados marchando hacia el sur, y a transportes de hombres y de caballos bajando por el Gran Canal. Supongo que vuestro real padre se ha replanteado la expansión por oriente hacia Riben Guo y ha decidido hacerlo por el Sur.

—En realidad la cosa fue bastante fortuita —dijo —. El pueblo yi de Yunnan ha aceptado nuestra soberanía. Pero en Yunnan hay una raza minoritaria, un pueblo llamado shan, que no ha querido que los gobernáramos y ha emigrado multitudinariamente hacia el sur, entrando en Champa. Mi hermanastro Hukoji, el wang de Yunnan, envió una embajada a Champa proponiendo al rey de Ava que nos devolviera a nosotros, sus señores, amistosamente, estos refugiados. Sin embargo no habían advertido a nuestros embajadores que ante el rey Ava todo el mundo tenía que quitarse los zapatos; ellos no lo hicieron, el rey se sintió ofendido, y ordenó a sus guardias: «¡Quitadles los pies!»

Como es lógico mutilar a nuestros embajadores fue un insulto contra nosotros, y un buen motivo para que el kanato declarara la guerra a Ava. Vuestro viejo amigo Bayan está de nuevo en campaña.

—¿Ava? —pregunté —. ¿Es otro nombre de Champa?

—No exactamente. Champa se aplica a todo aquel país tropical, una tierra llena de jungla, elefantes, tigres, calor y humedad. El pueblo que lo habita está compuesto por diez o veinte razas distintas, ¿quién sabe? Casi cada una dispone de su propio y diminuto reino, y cada uno tiene varios nombres según sea quien lo pronuncie. Ava, por ejemplo, se conoce también como Myama, Birmania y Mian. El pueblo shan al huir de nuestro Yunnan buscó refugio en un reino fundado hace tiempo por antiguos emigrantes shan en Champa. Se le conoce por distintos nombres como Sayam, Muang Thai, y Sukhotai. Hay otros reinos por allí, Annam, Cham, Layas, Khmer, Kambuja, y quizá

muchos más. —Luego agregó displicentemente —: Mientras conquistamos Ava, quizá nos quedemos también con dos o tres reinos más.

Yo comenté, como un auténtico mercader:

—Nos ahorraríamos el precio exorbitante que exigen por sus especias, su madera, sus

elefantes y sus rubíes.

—Mi intención era continuar hacia el sur a partir de aquí y seguir la ruta de campaña de Bayan para estudiar personalmente esos países tropicales. Pero no me veo con fuerzas para emprender un viaje tan riguroso. Me quedaré descansando aquí un tiempo con vos y con Huisheng, y luego regresaré a Kitai. —Suspiró y agregó con cierta melancolía —: Lamento no poder ir. Mi real padre está envejeciendo, y no puede faltar mucho para que yo deba sucederle como gran kan. Me gustaría haber viajado más antes de instalarme permanentemente en Kanbalik.

Este aire de cansancio y resignación no era habitual en el príncipe Chingkim, y observé

que realmente parecía cansado y agotado. Poco después, cuando él y yo entramos un poco en el bosque para hacer aguas menores en privado, observé otra cosa, y lo comenté

sin darle importancia:

—Sin duda en alguna posada del camino comisteis aquella verdura roja y viscosa llamada daihuang. No creo que lo hicierais en nuestra mesa, porque a mí no me gusta.

—A mí tampoco —dijo —. Tampoco he caído recientemente de un caballo, lo que podría explicar esta meada de color rosa. Pero me pasa desde hace algún tiempo. El médico de la corte ha estado tratando este desarreglo, al estilo han, es decir, clavándome agujas en los pies y quemando montoncitos de pelusa de moxa arriba y abajo de mi espinazo. Yo le repito continuamente al viejo hakim Gansui que ni meo con los pies ni… —Se detuvo y miró hacia los árboles —. Escuchad, Marco. Un cuco. ¿Sabéis qué canta el cuco según los han?

Chingkim volvió a casa, como aconsejaba el cuco, pero no sin haber disfrutado antes de nuestra compañía durante un mes aproximadamente y del ambiente de descanso de Hangzhou. Me alegré de que dispusiera de este mes de placeres simples, lejos de las preocupaciones de su cargo y del estado, porque cuando volvió a casa volvió a un lugar mucho más distante que Kanbalik. Al cabo de poco tiempo llegaron a Hangzhou correos al galope, con caballos enjaezados de púrpura y blanco, para anunciar al wang Agayachi que debía adornar su ciudad con estos colores de duelo han y mongol, porque su hermano Chingkim había regresado a casa sólo para morir.

Sucedió que en nuestra ciudad apenas había finalizado el periodo de duelo por el príncipe heredero, y estaban a punto de quitar los crespones de colores cuando llegaron de nuevo correos con la orden de dejarlos colgados. Ahora el duelo era por el ilkan Abagha de Persia, quien también había fallecido, y no en batalla sino también de alguna enfermedad. La pérdida de un sobrino no fue como es lógico una tragedia tan terrible para Kubilai como la pérdida de su hijo Chingkim, y no provocó en todas partes los mismos murmullos y especulaciones sobre la futura sucesión. Abagha

había dejado a un hijo ya adulto, Arghun, quien asumió inmediatamente el ilkanato de Persia, casándose incluso con una de las esposas persas de su difunto padre, para asegurar mejor sus pretensiones al trono. Pero Temur, el hijo de Chingkim y siguiente heredero de todo el Imperio mongol, era todavía menor de edad. Kubilai estaba entrado en años, como Chingkim había comentado. El pueblo temía que si moría pronto el kanato podría verse dividido y convulsionado por la intervención de pretendientes distintos de Temur: los numerosos tíos, primos y otros parientes ansiosos por expulsarlo y apoderarse del kanato.

Pero de momento no sufrimos nada peor que el dolor por la prematura desaparición de Chingkim. Kubilai no dejó que su pena distrajera su atención de los asuntos de estado, y yo no dejé que la mía se interfiriera con el envío regular del tributo de Manzi al tesoro. Kubilai continuó su guerra contra Ava, e incluso amplió la misión del orlok Bayan, como había predicho Chingkim, ordenándole que se apoderara también de las naciones vecinas de Champa que pudiesen estar maduras para la conquista.

Me inquietaba saber que pasaban tantas cosas en el mundo exterior, mientras yo me consumía en el lujo de Hangzhou. Mi inquietud era irracional, desde luego. Pensemos en todo lo que yo tenía. Era un personaje muy estimado en Hangzhou. Ya nadie miraba de reojo mi pelo color de gui cuando me paseaba por la calle. Tenía muchos amigos, vivía muy confortablemente y estaba feliz y contento con mi amada y amorosa consorte. Huisheng y yo podíamos haber vivido felices siempre más, como se dice de los amantes en las páginas finales de un román courtois, tan felices como entonces. Yo poseía todo lo que podía desear un hombre racional. Todas esas cosas tan preciosas eran mías en aquel punto culminante, en aquella cresta de mi vida recortada sobre el horizonte. Además yo ya no era un mozuelo temerario como antes, ante el cual sólo se extendía un mañana sin fin. Había dejado muchos ayeres detrás mío. Ya tenía más de treinta años de edad y a veces descubría un pelo gris entre mis cabellos color de demonio, y podía haber decidido juiciosamente que la cuesta descendente de mi vida fuera un camino dulce y suave.

Sin embargo me sentía inquieto y la inquietud se convirtió inexorablemente en insatisfacción conmigo mismo. Sí, había cumplido bien en Manzi, pero ¿debía alumbrarme el resto de mis días con el brillo reflejado de este éxito? Cuando se ha logrado algo grande su simple perpetuación ya no lo es tanto. En mi caso, sólo necesitaba estampar mi firma yin sobre papeles de recepción y despacho, y enviar mis correos a Kanbalik una vez al mes. Mi trabajo no era mejor que el de un maestro de postas en una de las estaciones de relevo de caballos. Decidí que había disfrutado durante demasiado tiempo del tener; deseaba que me faltara algo. Me horrorizaba la visión de mí mismo envejeciendo en Hangzhou, como un vegetal patriarca han, sin tener nada de que enorgullecerme aparte de mi supervivencia hasta la vejez.

—«Tú nunca envejecerás, Marco» me dijo Huisheng cuando abordé el tema. La expresión de su rostro al afirmar esto era de cariñosa diversión, pero también de

sinceridad.

«Viejo o no —le dije —.Creo que hemos vivido demasiado tiempo en el lujo de Hangzhou. Vayámonos a otro sitio.»

Ella estuvo de acuerdo:

«Vayamos a otro sitio.»

«¿Adonde te gustaría ir, querida?»

«Adonde quiera que vayas», contestó sencillamente.

2

Mi siguiente correo hacia el norte llevó al gran kan un mensaje mío pidiendo respetuosamente que me relevara de mi misión, cumplida desde hacía mucho tiempo, de mi título de guan y de mi botón de coral en el sombrero; que me diera permiso para volver a Kanbalik, donde podría moverme buscando alguna nueva aventura en que ocuparme. El correo trajo de vuelta el amable consentimiento de Kubilai, y Huisheng y yo no necesitamos mucho tiempo para preparar nuestra marcha de Hangzhou. Todos nuestros sirvientes y esclavos nativos lloraron, se retorcieron y se echaron al suelo en frecuentes koutous, pero mitigamos su aflicción regalándoles muchas cosas que habíamos decidido no llevar con nosotros. Hice otros ricos regalos de despedida al wang Agayachi y a mi ayudante Feng Weini, a mi escriba director y a otras personalidades que habían sido amigos nuestros.

—El cuco llama —dijeron todos tristemente, uno detrás de otro, mientras brindaban por nosotros con sus vasos de vino en los innumerables banquetes y bailes de despedida celebrados en nuestro honor.

Nuestros esclavos empaquetaron en fardos y cajas nuestras pertenencias personales, nuestra ropa y los numerosos objetos adquiridos en Hangzhou que nos llevábamos con nosotros: muebles, rollos pintados, porcelanas, marfiles, jades, joyas, etc. Nos llevamos también a la doncella mongol que habíamos traído de Kanbalik y a la yegua blanca de Huisheng (ahora con algo de plata alrededor del morro) y subimos a una barcaza del canal de considerables dimensiones. Huisheng no quiso que empaquetaran y guardaran en la bodega una de nuestras posesiones: su incensario de porcelana blanca, que ella misma se encargó de llevar consigo.

Durante nuestra estancia en Hangzhou el Gran Canal quedó completado llegando hasta la orilla de la ciudad. Pero nosotros ya habíamos cubierto la ruta del canal cuando nos dirigimos hacia el sur, y decidimos tomar un camino de vuelta muy diferente. La bar-caza nos llevó únicamente hasta el puerto de Zhenjiang, donde el Gran Canal cruza el río Yangzi. Allí, por primera vez tanto para mí como para Huisheng, abordamos un gigantesco chuan de alta mar, navegamos hacia el mar por

el río Tremendo, entramos en el infinito mar de Kitai y subimos hacia el norte bordeando la costa. Comparado con aquel chuan el buen navío Doge Anafesío, la galeazza con la que crucé

el Mediterráneo, parecía una góndola o un sampán. No puedo nombrar el chuan por su nombre, porque carecía de él para que los armadores rivales no pudieran maldecirlo y persuadir a los dioses que enviaran vientos contrarios u otros infortunios El chitan tenía cinco mástiles, cada uno como un árbol, y de ellos pendían velas tan grandes como las plazas de mercado de algunas poblaciones, fabricadas con tiras de caña zhugan, y empleadas como ya he contado. El tamaño del casco, en forma de pato, estaba en consonancia con unas obras muertas que rascaban el cielo. Sobre la cubierta y en los alojamientos de los pasajeros de debajo había más de cien camarotes, en cada uno de los cuales cabían confortablemente seis personas. Es decir, que el navío podía transportar a más de seiscientos pasajeros además de una tripulación que totalizaba perfectamente cuatrocientos hombres, de varias razas y lenguajes. (En este viaje corto sólo llevaba unos cuantos pasajeros. Aparte de Huisheng, yo y la doncella, había algunos mercaderes viajantes, unos funcionarios del gobierno de menor categoría, y unos cuantos capitanes desocupados de otros buques que entre viaje y viaje se habían embarcado para disfrutar de unas vacaciones de marinero.) Las bodegas del chuan llevaban una gran variedad de bienes, al parecer suficientes para aprovisionar a una ciudad. Yo diría, para dar una simple idea de la capacidad de las bodegas, que el buque podía transportar hasta dos mil toneles venecianos.

He dicho «bodegas» deliberadamente en lugar de bodega, porque los chuan estaban construidos ingeniosamente con el interior del casco dividido por mamparas que formaban numerosos compartimientos de un extremo al otro del buque. Todos los compartimientos estaban alquitranados y eran impermeables: si el chuan chocaba contra un arrecife o se abría un agujero debajo de la línea de flotación, sólo se inundaba el compartimiento afectado, los otros se mantenían secos y el barco continuaba flotando. Sin embargo un arrecife capaz de agujerear aquel chuan hubiese tenido que ser muy cortante y sólido. Todo su casco tenía un triple forro de planchas, en realidad estaba construido tres veces, y cada caparazón envolvía al anterior. El capitán han, que hablaba mongol, me mostró con orgullo la disposición de las planchas del forro: el casco interior tenía las planchas verticales, de la quilla a la cubierta, el siguiente tenía las planchas formando un ángulo diagonal con la vertical y el casco más exterior estaba dispuesto en filas horizontales de la proa a la popa.

—Sólido como una roca —dijo con satisfacción golpeando con un puño una mampara y produciendo un sonido parecido al de una roca golpeada con un martillo —. Buena madera de teca, procedente de Champa, y sostenida con buenas puntas de hierro.

—En la parte de Occidente de donde procedo no hay madera de teca —dije, casi pidiendo perdón —. Nuestros constructores navales trabajan con roble. Pero también

utilizamos puntas de hierro.

—¡Estúpidos constructores de buques ferenghU —bramó con una gran carcajada —.

¿Todavía no se han dado cuenta de que la madera de roble exuda un ácido que corroe el hierro? En cambio la teca contiene un aceite esencial que conserva el hierro. Acababan de ofrecerme otro ejemplo del ingenio de los artesanos orientales que dejaba chico a mi Occidente natal. Con cierto despecho confié en encontrar un ejemplo de estupidez oriental que equilibrara la balanza; supuse que descubriría uno antes de acabar el viaje, y pensé que lo tenía cuando un día, ya bien lejos de la segura costa, topamos con una gran tempestad, bastante peligrosa. Hubo viento, lluvia y relámpagos, el mar se encrespó, los mástiles y vergas del buque se entrelazaron con el chisporroteo azul del fuego de San Telmo, y oí al capitán gritar a su tripulación en varios idiomas.

—Preparad el chuan para el sacrificio.

Parecía una rendición innecesaria y escandalosamente prematura, porque el enorme casco del chuan apenas se mecía en la tempestad. Yo sólo era un «marinero de agua dulce», como dicen burlonamente los marineros auténticos en Venecia, pero pensé que para capear el peligro bastaba con acortar algo las velas. Desde luego aquella tormenta no se merecía el temido nombre de taifeng. Sin embargo, ya era lo bastante marinero para saber que no podía dar consejos al capitán ni demostrar ningún desprecio por su agitación, al parecer exagerada.

Me alegré de no haberlo hecho. Pues mientras me disponía tristemente a bajar y a preparar a mis mujeres para que abandonaran el buque, me encontré con dos marineros que subían alegremente por la escalera de cámara, sin ningún miedo, llevando con cuidado un buque hecho enteramente de papel, un buque de juguete, una copia en miniatura del nuestro.

—El chuan para el sacrificio —me dijo el capitán, imperturbablemente mientras lo echaba por la borda —. Engañará a los dioses del mar. Cuando lo vean disolverse en el agua, pensarán que han hundido nuestro buque real y dejarán que la tempestad se calme en vez de aumentar su gravedad.

Era un nuevo recordatorio de que los han incluso cuando hacían algo estúpido era de forma ingeniosa. No sé si el sacrificio del barco de papel tuvo algún efecto, pero la tempestad se calmó pronto, y unos días después desembarcamos en Qinhuangdao, la ciudad costera más cercana a Kanbalik. Desde allí continuamos por tierra seguidos por una pequeña caravana de carros que transportaba nuestros bienes. Como es natural, cuando llegamos al palacio, Huisheng y yo fuimos primero a hacer koutou al gran kan. Observé que en sus cámaras reales al parecer todos los mayordomos y criadas mayores que estaban antes a su servicio habían sido sustituidos por media docena de jóvenes pajes. Todos tenían la misma edad, todos eran guapos y tenían el cabello y los ojos insólitamente claros, como los miembros de aquella tribu de

Aryana en India que afirmaban descender de los soldados de Alejandro. Me pregunté

vagamente si Kubilai en su vejez estaba desarrollando un afecto perverso hacia los chicos guapos, pero luego olvidé el tema. El gran kan nos saludó muy cordialmente y ambos nos dimos mutuamente el pésame por la pérdida él de su hijo y yo de mi amigo Chingkim. Luego dijo:

—Debo felicitarte de nuevo, Marco, por el espléndido éxito de tu misión en Manzi. Supongo que no te quedaste ni un solo qian del tributo en todos estos años. No, creo que no. Fue culpa mía. Antes de que te fueras olvidé decirte que un recaudador de impuestos normalmente no cobra sueldo, y se mantiene reteniendo una veintava parte de lo que recauda. Es un estímulo para que trabaje diligentemente. Sin embargo no puedo

quejarme de la diligencia que has demostrado en tu labor. Por lo tanto, si quieres visitar al ministro Linan verás que durante todo este tiempo ha ido separando la parte que te corresponde, una respetable suma total.

—¿Respetable? —balbuceé —.Excelencia, ¡tiene que ser una fortuna! No puedo aceptarlo. Yo no trabajaba para sacar beneficios, sino para mi señor gran kan.

—Entonces con mayor motivo te lo mereces. —Yo abrí la boca de nuevo, pero él dijo severamente —: No quiero que se hable más del tema. Sin embargo, si te interesa demostrar tu gratitud, podrías aceptar un nuevo cargo.

—El que sea, excelencia —dije, con la boca todavía abierta por la magnitud de la sorpresa.

—Mi hijo y amigo tuyo, Chingkim, tenía grandes deseos de ver las junglas de Champa, pero no consiguió llegar hasta allí. Tengo mensajes para el orlok Bayan, que guerrea actualmente en el país de Ava. Se trata de comunicaciones rutinarias, no urgentes, pero darán pie a que realices el viaje que Chingkim no pudo efectuar. El que fueras en su lugar podría ser un consuelo para su espíritu. ¿Irás?

—Sin dudas ni retrasos, excelencia. ¿Puedo hacer algo más por vos en aquellas tierras?

¿Matar dragones? ¿Rescatar a princesas cautivas?

Lo decía sólo medio en broma, porque el gran kan acababa de convertirme en un hombre rico.

Sonrió con aprecio, pero con cierta tristeza:

—Tráeme algún pequeño recuerdo. El recuerdo que un hijo cariñoso hubiese traído a su anciano padre.

Le prometí que buscaría algo único, nunca visto en Kanbalik, y Huisheng y yo nos despedimos de él. Fuimos a saludar primero a mi padre, quien nos abrazó a los dos y dejó caer unas lágrimas de alegría hasta que las detuve contándole el gran favor que acababa de hacerme Kubilai.

—Mefé! —exclamó —. ¡Esto no es un hueso duro de roer! Siempre me había considerado un buen hombre de negocios, pero te juro, Marco, que podrías vender luz del sol en agosto, como dicen por Rialto.

—Todo fue obra de Huisheng —le aseguré, apretándola cariñosamente contra mí.

—Bueno… —dijo mi padre, pensativo —. Esto… junto con lo que la Compagnia ha enviado ya a casa a través de la Ruta de la Seda… Marco, quizá sea hora de que pensemos también nosotros en volver a casa.

—¿Qué? —exclamé sorprendido —. Pero padre, tú siempre repetías otro refrán. Hay un tipo de persona para la cual todo el mundo es su casa. Mientras continuemos prosperando aquí…

—Mejor un huevo hoy que una gallina mañana.

—Pero nuestras perspectivas todavía son buenas. Gozamos aún de la estima del gran kan. El imperio está en su momento más rico, está maduro para que lo explotemos. Tío Mafio está bien cuidado, y…

—Mafio ha vuelto de nuevo a los cuatro años, o sea que no le importa donde esté. Pero yo me acerco a los sesenta, y Kubilai tiene por lo menos diez años más.

—Tú estás muy lejos de la senilidad, padre. Es cierto que el gran kan muestra sus años, y un cierto desespero, pero ¿qué importa?

—¿Has pensado cuál sería nuestra posición si él muriera repentinamente? El simple hecho de que él nos tenga afecto hace que otros sientan resentimiento hacia nosotros. Ahora es un resentimiento furtivo, pero probablemente se manifestará cuando su mano protectora desaparezca. Incluso los conejos bailan en el funeral de un león. Además se producirá un resurgimiento de las facciones musulmanas que él suprimió, y éstas no nos quieren en absoluto. No es preciso que mencione la probabilidad de desórdenes más

graves: si estallara una guerra de sucesión los levantamientos podrían alcanzar hasta Levante. Cada vez estoy más contento de haber enviado durante todos estos años nuestros beneficios a Occidente, a tío Marco de Constantinopla. Haré lo mismo con tu nueva fortuna Sin embargo todo lo que hayamos acumulado aquí quedará secuestrado cuando se produzca la muerte de Kubilai.

—¿Podemos preocuparnos por esto, si llega a suceder, teniendo en cuenta todas las

riquezas que hemos sacado ya de Kitai y de Manzi?

Negó con la cabeza sombríamente:

—¿De qué nos sirve tener nuestra fortuna esperándonos en Occidente, si quedamos encallados aquí? ¿O si morimos aquí? Supongamos que entre todos los aspirantes a la sucesión del kanato, el vencedor fuera Kaidu.

—Realmente correríamos peligro —dije —. Pero ¿tenemos que abandonar el buque ahora mismo, cuando no se ve todavía ninguna nube en el cielo?

Me di cuenta con humor que en presencia de mi padre empezaba a hablar como él, con parábolas y metáforas.

—El paso más duro es cruzar el umbral —dijo —. Sin embargo si no estás decidido porque te preocupa el destino de tu dulce señora, supongo que no estás imaginando que sugiero abandonarla. Sacro, ¡no! Como es lógico tienes que llevarla contigo. Quizá durante una temporada sea una curiosidad en Venecia, pero todos la querrán. Da novelo xe tuto helo. No serás el primero que vuelve a casa con una esposa extranjera. Recuerdo un capitán de navio, uno de los Doria, que llevó a su casa una esposa turca cuando se retiró del mar. Era alta como un campanile, y…

—Yo me llevo a Huisheng a todas partes —dije, dirigiendo a ella una sonrisa —. Sin ella estaría perdido. Me la llevaré ahora a Champa. Ni siquiera nos detendremos para deshacer los paquetes con los objetos que trajimos de Manzi. Y mi intención siempre había sido llevarla a Venecia cuando regresáramos. Pero, padre, ¿supongo que no estás recomendando que nos marchemos sigilosamente hoy mismo?

—¡Oh, no! Sólo que hagamos planes. Que estemos a punto para partir. Que vigilemos con un ojo la sartén y con el otro al gato. De todos modos necesitaré algún tiempo para cerrar o traspasar los talleres de kasi, y para no dejar ningún cabo suelto.

—Creo que tenemos mucho tiempo por delante. Kubilai parece viejo, pero no moribundo. Si como sospecho tiene la vivacidad suficiente para jugar con muchachos no creo que caiga muerto tan repentinamente como Chingkim. Déjame que cumpla con la última misión que me ha encargado, y cuando yo vuelva…

—Nadie, Marco, puede predecir el día.

Estuve a punto de replicarle secamente. Pero era imposible que me exasperara con él, o que compartiera su pesimismo, o que se me pegaran sus aprensiones. Acababa de convertirme en un hombre rico, y en un hombre feliz, y estaba a punto de emprender un viaje a un nuevo país, teniendo a mi lado a mi compañera más querida. Me limité a apoyar mi mano sobre el hombro de mi padre y a decirle, no con resignación, sino con auténtica alegría:

—¡Dejemos que llegue este día! Sto mondo xe fato tondo!

CHAMPA

De nuevo partía de viaje para encontrarme con el orlok Bayan, y aunque en esta ocasión él estaba mucho más lejos, yo no tenía necesidad alguna de apresurarme. De nuevo me ocupé de que Huisheng y yo dispusiéramos para el viaje de ayudantes y suministros: su doncella mongol, dos esclavos para las tareas necesarias de acampada,

escoltas mongoles de protección, y una recua de animales de carga. También me encargué de fijar la marcha de cada día, para que el viaje no fuera arduo. Conseguimos con frecuencia monturas frescas en las postas de caballos, y cada noche llegábamos a algún caravasar decente o a alguna población importante o incluso a algún palacio provincial. En total teníamos que cubrir unos siete mil li de todo tipo de terreno: llanuras, tierras de labranza y montañas; pero lo hicimos lentamente y con calma en un trayecto de más de cinco mil li conseguimos dormir confortablemente cada noche. Salimos desde Kanbalik en dirección al suroeste y por lo tanto seguimos más o menos la misma ruta que yo había tomado para dirigirme a Yunnan deteniéndonos en muchos de los mismos lugares en los que yo había pernoctado, las ciudades de Xian y Chengdu, por ejemplo, y sólo después de Chengdu entramos en un territorio que no había visto antes.

Desde Chengdu no fue preciso como antes girar al oeste, hacia las altiplanicies de To-Bhot. Continuamos en dirección suroeste, directamente hacia la provincia de Yunnan y su capital, Yunnanfu, la última gran ciudad de nuestra ruta, donde el wang Hukoji nos recibió y nos hospedó regiamente. Yo tenía una razón para interesarme tanto por Yunnanfu, pero no se la expliqué a Huisheng. Cuando estuve por primera vez en aquellas regiones, me fui al finalizar mi misión en la guerra de Yunnan antes de que Bayan sitiara la capital, y no aproveché su invitación para participar en el grupo privilegiado de saqueadores y violadores de vanguardia. Ahora miraba todo lo que tenía a mi alrededor con un interés especial, para saber lo que me había perdido al renunciar a esa oportunidad de «comportarme como un mongol nato», y observé que desde luego las mujeres yi eran bellas, como me habían dicho. Sin duda me lo hubiese pasado bien divirtiéndome con las «esposas castas y las hijas vírgenes» de Yunnanfu, y desde luego hubiera creído que estaba disfrutando de las mujeres más hermosas de todo Oriente. Pero luego había tenido la gran fortuna de descubrir a Huisheng, y ahora las mujeres yi me parecían bastante inferiores, y mucho menos deseables que ella, y no me sentí

privado de nada por no haber poseído a ninguna de ellas.

Continuamos a partir de Yunnanfu hacia el suroeste, y emprendimos la Ruta del Tributo, llamada así desde tiempos antiguos. Según me contaron, este nombre se debía a que desde la lejana antigüedad todas las naciones de Champa habían sido en alguna época u otra estados vasallos de las poderosas dinastías han del norte, los Song y sus predecesores, y este camino había quedado allanado y cómodo gracias a

las patas de los elefantes que llevaban en caravana a aquellos amos el tributo de Champa, desde arroz a rubíes, desde esclavas a monos exóticos.

Cuando hubimos atravesado las últimas montañas de Yunnan, la Ruta del Tributo nos llevó al interior de la nación de Ava, a una llanura fluvial y a un lugar llamado Bhamo, que no era más que una cadena de fortalezas de construcción bastante primitiva. Al parecer no eran muy efectivas, porque los invasores de Bayan habían dominado fácilmente las tropas que las defendían, habían tomado Bhamo y continuado hacia el sur. Nos recibió un capitán, comandante de los pocos mongoles que habían quedado de guarnición en aquel lugar, y nos informó de que la guerra ya había concluido, que el rey de Áva estaba escondido en algún lugar, y que Bayan celebraba en aquel momento su victoria en la capital, Pagan, situada a gran distancia río abajo. El capitán nos dijo que el modo más confortable y rápido de llegar allí era utilizar una barcaza fluvial, y nos dio una, con tripulación mongol y un soldado de caballería mongol, un escriba llamado Yissun que conocía el lenguaje mian del país.

Dejamos a nuestros ayudantes en Bhamo, y Huisheng, su doncella y yo emprendimos el lento viaje, río abajo para cubrir los últimos mil li, más o menos, de nuestra misión. Este río era el Ira-wadi, que había comenzado su carrera como un alocado torrente en N'mai,

en el País de los Cuatro Ríos, en las alturas de To-Bhot. Pero su curso en este país bajo y llano era tan ancho como el Yangzi y corría tranquilamente hacia el sur formando grandes meandros. Transportaba tantos sedimentos, quizá procedentes del mismo To-Bhot, que sus aguas eran casi viscosas como una cola diluida, y desagradablemente tibias. El color de su inmensa vastitud, iluminada por el sol, era de un moreno enfermizo, que se volvía marrón en la sombra profunda de ambos extremos proyectada por un bosque casi ininterrumpido de árboles gigantes que sobresalían por encima de las distantes orillas.

La amplitud enorme y la longitud sin fin del río Irawadi debían de parecer a las innumerables aves que volaban sobre él como un intersticio insignificante contorsionándose a través de la vegetación que cubría el país. Ava estaba cubierto casi enteramente por lo que nosotros llamaríamos jungla y que los nativos llamaban Dong Nat, o Bosque de los Demonios. Supuse que los nat locales eran similares a los gui del norte: demonios con varios grados de maldad, desde la diablura hasta la auténtica malicia, normalmente invisibles, pero capaces de asumir cualquier forma, incluyendo la humana. Me imaginé que los nat raramente recurrían a la corporeidad, porque en la densa espesura de aquella jungla Dong apenas había espacio para ellos. Detrás de las fangosas orillas no podía verse la tierra, sólo una profusión de helechos, lianas, hierbas, arbustos en flor y bosquecillos de caña de zhugan. Por encima de esta confusión se elevaban los árboles, en filas superpuestas, empujándose y abriéndose camino hacia arriba. En sus cimas, el follaje de las copas se fundía en el aire, formando un auténtico tejado sobre toda la tierra, una cubierta tan espesa que impedía el paso tanto de la lluvia como de la luz del sol. Sólo parecía dejar paso a los

animales que vivían allí arriba, pues las copas de los árboles crujían y se estremecían continuamente por el ir y venir de aves alegres y por los saltos y balanceos de monos habladores.

Cada noche, cuando nuestra barcaza se dirigía a tierra para acampar y no encontrábamos un claro con un pueblo mian construido de cañas, Yissun y los barqueros tenían que salir blandiendo cada uno un cuchillo ancho y pesado llamado dah y dejar libre un espacio suficiente para extender nuestras camas enrolladas y hacer fuego. Yo tenía siempre la impresión de que al día siguiente bastaría alcanzar la siguiente curva río abajo para que la jungla, exuberante, codiciosa y ardiente, se cerrara de nuevo sobre el pequeño hoyuelo que habíamos practicado en ella. Esto no es tan exagerado como parece. Siempre que acampábamos cerca de un bosquecillo de cañas zhugan podíamos oírlo crujir, aunque no soplara viento; era el sonido que producía al crecer.

Yissun me contó que a veces estas cañas muy duras y de crecimiento rápido rozaban contra un árbol de la jungla de madera blanda, y el calor de la fricción desencadenaba un incendio, que a pesar del estado permanentemente húmedo y pegajoso de la vegetación podía extenderse y propagarse durante centenares de li en todas direcciones. Sólo los que conseguían alcanzar el río sobrevivían al terrible incendio, y probablemente acababan siendo víctimas de los ghariyal que convergían siempre sobre cualquier escena de desastre. El ghariyal era una tremenda y horrible serpiente de río que según creo está relacionada con la familia del dragón. Tenía un cuerpo nudoso tan grande como un tonel, ojos como platos, protuberantes, mandíbulas y cola de dragón, pero sin alas. Los ghariyal estaban en todas partes por las orillas del río, normalmente acechando inmóviles en el fango como troncos con ojos resplandecientes, pero no nos molestaron nunca. Era evidente que se alimentaban principalmente de los monos que en sus monerías caían frecuentemente al río, chillando.

Tampoco nos molestó ningún otro animal de la jungla, aunque Yissun y los habitantes de los poblados mian que encontrábamos por el camino nos advirtieron de que en el Dong Nat habitaban cosas peores que el nat y el ghariyal. Cincuenta especies diferentes de serpientes venenosas, dijeron, y tigres, leopardos, perros salvajes, jabalíes, elefantes y el buey salvaje llamado seladang. Yo comenté frívolamente que no me importaría encontrarme con un buey salvaje, pues en mi opinión el tipo doméstico que veía en los poblados me parecía ya de suficiente maldad. Era tan grande como un yak, de un color gris azulado, con cuernos planos que se levantaban formando un creciente dirigido hacia atrás, por encima de la cerviz. Como a la serpiente ghariyal, le gustaba revolcarse en una poza fangosa y quedarse al acecho con sólo el morro y los ojos sobresaliendo de la superficie, y cuando el gran animal salía pesadamente del fango, se oía un ruido como una explosión de huoyao.

—Este animal es sólo el karbau —dijo Yissun con indiferencia —. No es más

peligroso que una vaca. Un niño pequeño puede conducirlo. Pero un seladang tiene una altura en la cruz superior a la de vuestra cabeza, e incluso los tigres y los elefantes lo evitan cuando se pasea por la jungla.

Siempre podíamos saber con anticipación que nos acercábamos a un pueblo de la orilla del río, porque sobre él se cernía continuamente una especie de nube de color negro herrumbroso. Esta era en realidad un dosel de cuervos, llamados por los mian «hierbajos con alas» que proclamaban roncamente su alegría por la rica basura del pueblo. Cada poblado además de tener los cuervos por encima y la bazofia por debajo poseía una pareja o dos de bueyes de tiro karbau, unas cuantas escuálidas gallinas de plumas negras que corrían por el fango, una gran cantidad de cerdos, de cuerpo largo y colgante en su mitad, que escarbaban en la porquería, y un número increíble de niños desnudos que se parecían mucho a cerditos. Cada poblado tenía también una pareja o dos de elefantas domesticadas. Esto se explicaba porque el único oficio y actividad de los mian de la jungla era la extracción de madera y otros productos forestales de la jungla, y los elefantes llevaban a cabo la mayor parte del trabajo.

No todos los árboles de la jungla eran feos e inútiles, como los que se apretujaban en los manglares de la orilla del río, o bellos e inútiles como los llamados cola de pavo, que formaban una masa maciza de flores llameantes. Algunos proporcionaban frutos y nueces comestibles, de otros colgaban lianas de pimienta, y los árboles llamados chaulmugra daban una savia que es la única medicina conocida para la lepra. Otros proporcionaban buena madera dura: el abnus negro, el kinam moteado, la saka dorada que se conoce con el nombre de teca cuando la madera ha curado y se ha vuelto de un marrón rico y moteado. Ahora podría decir que la madera de teca tiene un aspecto mucho más hermoso en forma de cubiertas y planchas de buque que en su estado natural. Los árboles de teca eran altos y tan rectos como las líneas de un libro de mayor, pero tenían la corteza deslustrada y gris, unas pocas y escuálidas ramas y un follaje escaso y mal puesto.

También podría comentar que los mian no constituían ningún adorno del paisaje. Eran feos, achaparrados y culibajos; la mayoría de los hombres medía dos palmos menos que yo, y las mujeres un palmo menos que ellos. Como ya he dicho en sus labores cotidianas los hombres dejaban que los elefantes hicieran la mayor parte del trabajo, y en todo lo demás se comportaban de modo descuidado y ocioso, mientras que las mujeres eran dejadas y apáticas. En el clima tropical de Ava no tenían necesidad real de vestirse, pero podían haber inventado algún traje más gracioso que el suyo. Ambos sexos llevaban sombreros de fibra entretejida en forma de grandes hongos, pero iban desnudos de la cintura para arriba y de las rodillas para abajo, y se enrollaban una tela sucia alrededor de las caderas como una falda. Las mujeres, indiferentes a sus tetas aleteantes, llevaban un artículo más por motivos de modestia. Era una faja larga cuyos extremos cargados de cuentas colgaban por delante y por detrás, tapando así sus partes privadas cuando se

ponían en cuclillas, que era su postura acostumbrada. Ambos sexos se ponían mangos

de tela en las pantorrillas cuando tenían que vadear un río, como protección contra las sanguijuelas. Pero siempre iban desnudos, y sus pies tenían callos tan duros que resistían cualquier elemento irritante. Recuerdo que en toda aquella región sólo vi a dos hombres que tuvieran zapatos. Los llevaban colgando del cuello con un bramante, para no estropear un artículo tan raro.

Los hombres mian ya eran bastante feos cuando estaban de pie, pero habían inventado un sistema para aumentar esta impresión. Se embadurnaban la piel con pinturas y dibujos de colores. Más que pintura era un colorante picado sobre y dentro de la piel, que ya no podía eliminarse nunca más. Con una astilla puntiaguda de zhugan se aplicaba hollín de aceite de sésamo quemado. El hollín era negro, pero una vez depositado bajo la piel se transparentaba en forma de puntos y líneas azules. Gente considerada artista en este oficio se desplazaba de pueblo en pueblo y era bien venida en todas partes, porque un mian se creería afeminado si no se decoraba como una alfombra qali. El punteado se iniciaba en la adolescencia, dejando tiempo para descansar entre cada sesión, muy dolorosa, y continuaba hasta que el hombre exhibía un enrejado de dibujos azules desde las rodillas hasta la cintura. Luego, si era una persona realmente vanidosa y podía permitirse posteriores actuaciones del artista, se hacía ejecutar entre los dibujos azules otros con algún tipo de pigmento rojo, y todos lo tenían por una persona realmente hermosa.

Esta fealdad estaba reservada a los varones, pero ellos compartían generosamente con las hembras otro carácter más: el repugnante hábito de masticar constantemente. Creo que los mian de la jungla llevaban a cabo sus trabajos forestales únicamente para poder comprar otro producto de la jungla, un producto masticable que no podían plantar y que tenían que importar. Era la nuez de un árbol llamado areca, que crecía únicamente en las regiones costeras. Los mian compraban estas nueces, las hervían, las cortaban a tiras y las dejaban secar al sol hasta ennegrecer. Cuando les apetecía, es decir, continuamente, tomaban una tira de nuez de areca, le ponían un poco de cal, la enrollaban con la hoja de una liana llamada betel, se metían el taco en la boca y lo masticaban, o más bien masticaban a lo largo de todo el día una sucesión constante de tacos. Masticar era para los mian como rumiar para las vacas: su única diversión, su único placer, la única actividad que emprendían que no era absolutamente necesaria para su existencia. Un pueblo lleno de hombres, mujeres y niños mian no era nada atractivo. Y no lo mejoraba verlos a todos moviendo sus mandíbulas arriba y abajo y de un lado a otro. Tampoco éste era su grado máximo de deliberado ensuciamiento personal. Masticar un taco de areca y betel tenía otro efecto: la saliva se volvía de color rojo brillante. Los niños mian empezaban a masticar cuando los destetaban y con el tiempo sus encías y labios se volvían rojos como llagas abiertas, sus dientes negros y ondulados como corteza de teca. Si los mian consideraban hermosos a los hombres que complicaban todavía más sus colores corporales, ya terribles de por sí, también consideraban bella a la mujer que aplicaba una capa de laca de corteza de teca a sus dientes y les daba un color negro profundo. Cuando una belleza mian me dirigió por primera vez una sonrisa formada exclusivamente por negro de betún y rojo de úlcera, retrocedí tambaleándome de repulsión. Cuando me hube recuperado,

pregunté a Yissun el motivo de aquella horrible deformación. Él lo preguntó a la mujer y me transmitió su altanera respuesta.

—¡Pues qué! ¡Los dientes blancos son sólo para los perros y los monos!

Hablando de blancura, yo hubiese esperado que aquella gente demostrara algo de sorpresa o incluso de temor ante mi aparición, pues seguramente era el primer hombre blanco que había llegado a la nación ava. Sin embargo me recibieron sin emoción. Yo podía haber sido perfectamente uno de los nat menos temibles, y un nat bastante inepto,

que había decidido presentarse con un disfraz de cuerpo humano incoloro y deficiente. Pero los mian tampoco demostraron ningún resentimiento, temor ni odio contra Yissun y nuestros barqueros, aunque sabían muy bien que los mongoles habían conquistado recientemente su país. Cuando hablé de su actitud indiferente, se encogieron de hombros y repitieron una especie de proverbio campesino mian, o eso me pareció, que Yissun me tradujo:

—Cuando el karbau lucha, lo que queda aplastado es la hierba. Y cuando les pregunté si estaban consternados porque su rey había huido y se había escondido, volvieron a encogerse de hombros y repitieron una invocación campesina tradicional:

—Líbranos de los cinco males —que luego enumeraron —: Inundaciones, incendios, ladrones, enemigos y reyes.

Cuando pedí a uno de los jefes del poblado de aspecto algo más inteligente que los bueyes karbau del lugar, que me informara sobre la historia del pueblo mian, Yissun me tradujo lo siguiente:

—¡Amé, U Polo! Nuestro gran pueblo tuvo en otros tiempos una espléndida historia y una gloriosa tradición. Todo quedó escrito en libros, con nuestro poético idioma mian. Pero hubo una gran hambruna, y la gente hirvió los libros, les puso salsa y se los comió, y ahora no podemos recordar nada de nuestra historia y no sabemos nada de la escritura. No dijo más, ni tampoco puedo yo dar más explicaciones, excepto que «amé!» era la exclamación favorita de los mian, palabrota y blasfemia a la vez (aunque sólo significaba «madre»), y que «U Polo» era el tratamiento respetuoso que me daban. Mi título era «U» y el de Huisheng era «Dau», y ésta era su manera de decir messere e madona Polo. En cuanto a la historia de «poner salsa a los libros y comérselos», por lo menos puedo confirmar lo siguiente: los mian tenían una salsa que era su comida favorita, utilizada con tanta frecuencia como la exclamación «amé!». Era un condimento líquido hediondo, repugnante, absolutamente nauseabundo, que exprimían del pescado fermentado. La salsa se llamaba nuoc-mam, y la ponían sobre el arroz, el cerdo, el pollo, la verdura, sobre todo lo que comían. El nuoc-mam daba a todos los alimentos su mismo y horrible gusto, y los mian estaban dispuestos a comerse cualquier cosa horrible si antes la cubrían de nuoc-mam, por lo tanto no dudo ni un instante que pudieran haber puesto salsa a todos sus archivos

históricos y comérselos luego. Una tarde llegamos a un poblado cuyos habitantes, de modo muy poco natural, no se mostraban flemáticos y ociosos, sino que saltaban por todas partes presas de gran excitación. Todos eran mujeres y niños, o sea que ordené a Yissun que se informara de lo sucedido y preguntara dónde se habían ido los hombres.

—Dicen que los hombres han cazado un badak-gajah, un unicornio, y que pronto van a traerlo aquí.

Bueno, esta noticia me excitó incluso a mí. La fama de los unicornios había llegado hasta la misma Venecia. Alguna gente creía en su existencia, y otros los consideraban seres míticos, pero todos comulgaban con cariño y admiración con la idea del unicornio. En Kitai y Manzi había conocido a muchos hombres, normalmente muy entrados en años, que ingerían una medicina elaborada con el «cuerno de unicornio» triturado, capaz de aumentar la virilidad. La medicina era escasa, sólo disponible en raras ocasiones e increíblemente cara, lo cual constituía una cierta prueba de que los unicornios existían realmente y de que eran tan raros como las leyendas decían. Por otra parte las leyendas contaban lo mismo en Venecia que en Kitai, y las pinturas trazadas por los artistas representaban al unicornio como un animal bello, gracioso, parecido a un caballo o a un ciervo, con un único cuerno dorado, largo, agudo, retorcido, que le salía de la frente. Yo dudaba de que aquel unicornio ava fuera el

mismo. En primer lugar era difícil imaginar que una criatura de ensueño como aquélla viviese en aquellas junglas de pesadilla y se dejara cazar por los zoquetes mian. En segundo lugar el nombre local, badak-gajah, significaba únicamente «un animal grande como un elefante» y esto no le pegaba mucho.

—Pregúntales, Yissun, si cazan al unicornio exponiendo a una doncella virgen para seducirlo y capturarlo.

Lo preguntó y pude ver las miradas de incomprensión que suscitó mi pregunta, y varias mujeres murmuraron «amé!», o sea que no me sorprendió la respuesta negativa que me trajo el intérprete: no, no habían tenido ocasión de probar ese método.

—Ah —dije —. ¿Los unicornios son tan raros que no habéis tenido ocasión de hacerlo?

—Aquí lo raras son las vírgenes.

—Bueno, veamos cómo cazan al animal. ¿Puede alguien conducirnos al lugar de su captura?

Un niño desnudo se puso a correr delante de nosotros, casi con energía, y nos condujo a Huisheng, a Yissun y a mí a un llano fangoso cerca del río. Un gran montón de desperdicios estaba quemando de modo sorprendente en el mismo centro del llano, y todos los hombres del poblado, despojados de su habitual letargo, estaban bailando

realmente alrededor del fuego. No había signo alguno de unicornio ni de ningún otro animal, cazado o por cazar. Yissun preguntó por qué y volvió con la información.

—El badak-gajah, como el buey karbau y la serpiente ghariyal duerme preferentemente en la frialdad del fango. Estos hombres a primeras horas de la mañana encontraron a uno dormido aquí mismo con sólo el cuerno y las ventanas de la nariz visibles sobre la superficie. Lo cazaron del modo habitual. Se acercaron sigilosamente, amontonaron sobre el lugar cañas, juncos y hierba seca, y les prendieron fuego. El animal se despertó, como es lógico, pero no pudo desprenderse del fango antes de que el fuego empezara a endurecerlo, y el humo pronto dejó al unicornio inconsciente.

—¡Qué modo más terrible de tratar a un animal protagonista de tantas preciosas leyendas! —exclamé —. Luego lo hicieron cautivo, supongo. ¿Dónde está?

—No está cautivo. Está allí mismo. En el fango, debajo del fuego. Cociéndose.

—¿Qué? —grité —. ¿Están cociendo al unicornio?

—Esta gente es budista, y su religión les prohíbe cazar y matar animales salvajes; pero no les pasará cuentas si el animal muere asfixiado y luego se cuece por sí solo. De este modo pueden comérselo sin cometer ningún sacrilegio.

—¿Comerse un unicornio? ¡No puedo imaginar peor sacrilegio!

Cuando el sacrilegio hubo concluido, y la parte central de la extensión fangosa quedó cocida y dura como una pieza de alfarería, los mian rompieron la parte exterior y apareció el animal cocido. Comprendí entonces que no era un unicornio, o por lo menos no era el de la leyenda. Lo único que tenía en común con las historias y las pinturas era su único cuerno. Pero no le crecía desde la frente, le crecía desde un morro largo y feo. El resto del animal era igual de feo, y si bien no alcanzaba en absoluto el tamaño de un elefante, por lo menos era tan grande como un karbau. No se parecía ni a un caballo, ni a un ciervo, ni a mi imagen de un unicornio, ni a nada de lo que yo hubiese visto nunca. Tenía una piel correosa compuesta de placas y de pliegues, como una armadura cuirbouilli. Sus pies tenían una forma vagamente elefantina, pero sus orejas se limitaban a unos pequeños penachos, y el largo morro tenía un labio superior colgante, pero sin trompa.

Todo el animal había quedado cocido al negro por el sistema del fango, y no puedo decir cuál era su color original. Pero su cuerno único no había sido nunca dorado. De hecho, cuando los mian lo aserraron y lo separaron de la enorme cabezota del animal, pude ver que no estaba hecho realmente de sustancia córnea, ni de marfil, como un colmillo. Parecía únicamente un conjunto compacto de pelos largos transformado al crecer en una masa dura y pesada que terminaba en un punto romo. Pero los mian me

aseguraron, muy contentos de su buena fortuna, que esta pieza era la fuente real del

«cuerno de unicornio», la medicina estimuladora de la virilidad, y que les darían una buena paga por ella, lo que supongo significaba cambiar el cuerno por una gran partida de nueces de areca.

Su jefe tomó posesión del precioso cuerno, y los demás se dispusieron a desollar al animal quitándole la pesada piel, a trocear el cuerpo y a llevar al poblado las humeantes porciones. Uno de los hombres entregó un trozo de carne a cada uno de nosotros, a Huisheng, a Yissun y a mí, sacados directamente del horno por así decirlo, y todos la encontramos sabrosa, aunque algo fibrosa. Pensábamos compartir la cena de los mian, pero cuando volvimos al poblado descubrimos que hasta el último bocado de carne de unicornio estaba impregnado con la hedionda salsa de nuoc-mam. Renunciamos, pues, a participar y aquella noche comimos unos pescados que nuestros barqueros habían sacado del río.

Los mian se proclamaban budistas, pero el único comportamiento remotamente religioso que pudimos observar durante mucho tiempo fue su preocupación, temerosa e inquieta, por los demonios nat que les rodeaban. Los mian llamaban a sus niños «gu-sano» y «cerdo», sea cual fuere su nombre, para que los nat los consideraran seres que no merecían atención. Había abundancia de aceite, disponible localmente, como el de pescado, de sésamo e incluso aceite de nafta que rezumaba de algunos lugares en el suelo de la jungla, pero los mian no engrasaban nunca los arneses de sus elefantes, ni sus carros, ni las ruedas de sus carretillas. Decían que los chirridos mantenían alejados a los nal. Cuando en un pueblo vi que las mujeres tenían que ir a buscar el agua de una fuente distante, les sugerí que construyeran una conducción con caña de zhu-gan cortada por la mitad para que el agua pudiera alcanzar el centro del pueblo. «Amé!»

gritaron los aldeanos; esto acercaría peligrosamente a los «nat acústicos» residentes en la fuente hasta las viviendas de los hombres. Cuando los mian vieron por primera vez que Huisheng encendía su incensario en nuestro campamento a la hora de acostarse, murmuraron «amé!» y nos comunicaron a través de Yissun que ellos no utilizaban nunca inciensos ni perfumes (como si no se notara), porque temían que los aromas dulces atrajeran a los nat.

Sin embargo, cuando nuestro grupo bajó por el Irawadi y entró en zonas más pobladas, empezamos a encontrar en muchos pueblos templos construidos con ladrillos de fango. Se llamaban p'hra y eran circulares, parecidos a una gran campanilla con la boca aplicada al suelo y su mango elevándose como un campanario en el aire. En cada p'hra vivía un lama budista, llamado allí pongyi. Todos los pongyi llevaban la cabeza afeitada, iban vestidos de amarillo, desaprobaban este mundo, la vida de sus compañeros mian y la vida en general, y se mostraban hoscos e impacientes por salir de Ava y entrar en el Nirvana. Pero conocí a uno que por lo menos era lo bastante social para conversar con Yissun y conmigo. Este pongyi

resultó tan culto que incluso sabía escribir, y me enseñó

cómo se escribía en mian. No pudo añadir nada a lo que me habían contado: que la historia antigua de los mian había finalizado en su estómago, pero sabía que la escritura existía en Ava desde hacía menos de doscientos años, fecha en la que el rey de la nación, Kyansitha, había inventado por sí solo el alfabeto.

—El buen rey tuvo cuidado de que ninguna de las letras tuviera una forma angulosa —nos explicó, y las dibujó luego con el dedo sobre el patio polvoriento de su p'hra —. Nuestro pueblo sólo dispone de hojas para escribir, y sólo tiene palos para rascarlas, y los caracteres angulosos podrían romper las hojas. Como veis, todas las letras son redondeadas y el palo corre con facilidad.

—Cazza beta! —exclamé —. ¡Incluso el lenguaje es perezoso!

Hasta entonces había atribuido la lasitud del pueblo mian y su dejadez al clima de Ava, que era realmente opresivo y enervante. Pero el cordial pongyi nos ofreció de modo voluntario la verdad auténtica, asombrosa y terrible sobre los mian. Según dijo habían tomado este nombre cuando llegaron por primera vez a Champa y se asentaron en el país que ahora constituía la nación ava, y esto había sucedido, dijo, hacía sólo unos cuatrocientos años.

—¿De dónde eran originarios? —le pregunté —. ¿De dónde procedían?

—De To-Bhot —contestó.

Bueno, aquello lo explicaba todo sobre los mian. En realidad no eran más que un resto sobrante y desplazado de los desgraciados bho de To-Bhot. Y si los bho eran gente letárgica tanto intelectual como físicamente en el aire puro y estimulante de sus mesetas nativas, no era de extrañar que en las tierras bajas, cálidas y debilitadoras, hubiesen degenerado todavía más, reduciendo su único esfuerzo voluntario a masticar como bueyes y su blasfemia más osada a un « ¡madre!», o que incluso la escritura de sus reyes fuera fláccida.

Debo decir, para ser caritativo, que no puede esperarse realmente mucha ambición ni vitalidad en un pueblo que vive bajo un clima tropical en medio de la jungla. Este pueblo necesitará de toda su voluntad sólo para sobrevivir. Yo mismo no me considero un haragán, pero en Ava me sentía siempre privado de fuerza y de voluntad, e incluso mi Huisheng, normalmente tan activa y viva, empezó a moverse lánguidamente. Yo había conocido el calor en otros lugares, pero nunca uno tan húmedo, pesado y opresivo como el que sentí en Ava. Era como si hubiesen empapado una sábana en agua caliente, me la hubiesen echado por encima de la cabeza y me obligaran no sólo a llevarla sino a respirar a su través, o a intentarlo.

Aquel clima de cloaca era de por sí tormento suficiente, pero además alimentaba otros males, siendo el principal de ellos los animales de la jungla. Durante el día,

nuestra barcaza iba río abajo acompañada por una nube espesa de mosquitos. Podíamos alargar el brazo y cogerlos a puñados, y su zumbido combinado era tan fuerte como los ronquidos de las serpientes ghariyal en las orillas fangosas, y sus picadas tan continúas que al final, por suerte, inducían a una especie de sorda indiferencia. Cuando alguno de nuestros hombres se metía en los bajos del río para atrancar la barcaza y pernoctar, salía del agua con las piernas y ropa llenas de tiras negras y rojas, siendo las tiras blancas, sanguijuelas largas, viscosas y tenaces que se habían agarrado a su cuerpo a través de la tela misma y chupaban tan ávidamente que les salían por la boca vetas de sangre. Luego en tierra podían atacarnos enormes hormigas rojas o tábanos agresivos, y la picada de estos insectos era tan dolorosa que según nos contaron podía excitar incluso a los elefantes y obligarles a emprender una huida desbocada. La noche no aportaba mucho descanso, porque todo el suelo estaba infestado por una raza diminuta de pulgas que apenas podían verse, que nunca podían cazarse y cuya picada levantaba una enorme ampolla. El humo del incienso de Huisheng nos ofrecía alguna protección contra los insectos voladores nocturnos, y nos tenía sin cuidado que atrajera a una multitud de nat. Ignoro si se debía al calor, a la humedad, a los insectos o a todas estas miserias juntas, pero mucha gente de aquella jungla padecía enfermedades que al parecer no desembocan nunca en la muerte ni en la curación. (El pueblo de Yunnan llamaba al conjunto de Champa «el Valle de la Fiebre».) Dos de nuestros robustos barqueros mongoles cayeron víctimas de una de estas enfermedades, o quizá de varias, y Yissun y yo tuvimos que relevarlos. Las encías de los dos hombres sangraron y se pusieron tan rojas como las de los masticadores y rumiantes mian, y les cayó gran parte del pelo. La piel empezó a pudrirse debajo de los brazos y entre las piernas, volviéndose verde y

desmenuzable, como queso echado a perder. Alguna especie de hongo les atacó los dedos de manos y pies, de modo que las uñas se reblandecieron, se humedecieron, les dolían y sangraban a menudo.

Yissun y yo pedimos a un jefe de poblado mian que nos diera un consejo basado en su propia experiencia, y él nos propuso que friccionáramos pimienta en las llagas. Cuando protesté diciendo que esto les causaría terribles dolores, dijo:

—Amé, desde luego, U Polo. Pero todavía hará más daño al nat de la enfermedad, y quizá el demonio huya.

Nuestros mongoles soportaron bastante estoicamente este tratamiento, pero también el nat lo soportó y los hombres continuaron enfermos y postrados durante todo el trayecto río abajo. Por lo menos, tanto ellos como los demás no contrajimos otra dolencia de la jungla que también me explicaron. Numerosos hombres mian nos confiaron tristemente que habían sido atacados por ella y que siempre la sufrirían. La llamaban koro, y describieron su terrible efecto: un encogimiento repentino, dramático e irreversible del órgano viril, una retracción de este órgano dentro del cuerpo. No pedí más detalles pero no pude dejar de imaginar una posible relación entre este koro de la jungla y el kala-azar transmitido por una mosca que había

iniciado la patética disolución de mi tío Mafio.

Yissun, Huisheng, su doncella mongol y yo nos turnamos durante un tiempo cuidando de nuestros dos enfermos. Nuestra experiencia y las observaciones llevadas a cabo hasta aquel momento parecían indicar que las enfermedades de la jungla afectaban úni-camente al sexo masculino, y Yissun y yo no nos preocupábamos mucho de nosotros mismos. Pero cuando la doncella empezó a mostrar síntomas de la enfermedad ordené a Huisheng que dejara de cuidarla, que se confinara al extremo más alejado de la barcaza, y que de noche durmiera bien separada de nosotros. Mientras tanto todos nuestros esfuerzos no consiguieron mejorar el estado de los dos hombres. Estaban todavía enfermos, fláccidos y descarnados cuando llegamos finalmente a Pagan, y tuvieron que llevarlos a tierra y ponerlos al cuidado de los chamanes médicos de su ejército. No sé

cómo acabaron, pero por lo menos habían sobrevivido y consiguieron llegar hasta allí. La doncella de Huisheng, no.

Al principio su afección parecía idéntica a la de los hombres, pero la había molestado y debilitado mucho más. Supongo que al ser una mujer se sintió de modo natural más asustada y molesta cuando empezó a pudrirse por sus extremidades, debajo de los brazos y entre las piernas. Sin embargo también empezó a quejarse de picazones en todo el cuerpo, cosa que no había afectado a los hombres. Las sentía incluso dentro, y nosotros pensamos que estaba ya delirando. Pero Yissun y yo la desvestimos con cuidado y descubrimos pegados a su piel en diversos lugares una especie de granos de arroz. Cuando intentamos extraerlos descubrimos que los granos eran sólo los extremos que sobresalían, las cabezas o las colas, imposible decirlo, de gusanos largos y delgados que habían excavado profundos agujeros en su carne. Tiramos de ellos y fueron saliendo reluctantemente, y continuaron saliendo palmos enteros de las cosas, como si estuviéramos devanando un hilo de telaraña del pezón hilador del cuerpo de una araña. La pobre mujer lloraba, gritaba y se retorcía débilmente durante casi todo el tiempo que duró esta operación. Cada gusano no era más grueso que un cordel, pero su longitud alcanzaba fácilmente la de mi pierna, era de color blanco verdoso, viscoso al tacto, difícil de agarrar y resistente a la tracción, y había muchos gusanos, e incluso el endurecido mongol Yissun y yo no pudimos dejar de vomitar violentamente mientras efectuábamos mano a mano la extracción de los gusanos y los echábamos por la borda. Cuando finalizamos la mujer ya no se retorcía: estaba inmóvil y muerta. Quizá los gusanos estaban enmadejados alrededor de sus órganos interiores y al estirarlos

habíamos desordenado esas partes y la habíamos matado. Pero me inclino a pensar que murió por el puro horror de aquella experiencia. En todo caso decidimos evitarle más miserias, pues habíamos oído contar que las prácticas funerarias de los mian eran bárbaras; remamos hasta un lugar desierto de la orilla y la enterramos profundamente, fuera del alcance de los gha-riyales y de otros depredadores de la jungla. 2

Me alegró ver de nuevo al orlok Bayan. Me alegró incluso volver a ver su dentadura. Su horrible brillo de porcelana y oro era bastante más acogedor que los dientes retorcidos y negros de los mian que habíamos visto durante todo el trayecto Irawadi abajo. Bayan era algo más viejo que mi padre y desde nuestra anterior campaña juntos había perdido algo de pelo y engordado de cintura, pero era todavía tan correoso y flexible como su vieja armadura. En aquel momento también estaba ligeramente borracho.

—¡Por Tengri, Marco, te presentas acompañado de mucha belleza, no como antes! —me dijo a gritos, con los ojos clavados en Huisheng que estaba a mi lado. Cuando la presenté, ella le sonrió algo nerviosamente, porque si bien Bayan estaba sobre el trono del rey de Ava, en la sala del trono del palacio de Pagan, su aspecto no era muy regio. Estaba medio echado y repantigado sobre el trono, sostenía una copa enjoyada, Y tenía los ojos fuertemente inyectados en sangre.

—Encontré la bodega del rey —dijo —. No kumis, ni arkis, sino algo llamado choum-choum. Hecho de arroz, me dijeron, pero creo que en realidad está fabricado con terremotos y avalanchas. ¡Hui, Marco! ¿Recuerdas nuestra avalancha? Toma, bebe un poco.

Chascó los dedos y un criado descalzo y con el pecho desnudo se apresuró a llenarme una copa.

—¿Qué pasó con el rey? —le pregunté.

—Renunció a su trono, al respeto de su pueblo, a su nombre y a su vida —dijo Bayan, lamiéndose los labios —. Era, hasta que huyó, el rey Narashinha-pati. Ahora todos sus antiguos súbditos le llaman despreciativamente Tayok-pyemin, que significa el Rey que Huyó. Nosotros en comparación con él casi les gustamos. El rey huyó hacia Occidente cuando nos acercamos a Pagan, y llegó hasta Akyab, la ciudad portuaria de la bahía de Bengala. Pensamos que tomaría un barco y huiría, pero no hizo más que quedarse en la ciudad, comiendo y pidiendo cada vez más comida. Comió hasta reventar. Una manera extraña de matarse.

—Muy propia de un mian —dije con asco.

—Sí, cierto. Pero él no era mian. La familia real era de raza bengalí, originaria de la India. Por esto pensamos que huiría allí. En todo caso, Ava está ya en nuestras manos, y yo soy el wang en funciones de Ava hasta que Kubilai envíe a su hijo o a alguien que me sustituya permanentemente. Si ves al gran kan antes que yo, dile que envíe a alguien de sangre helada para que pueda resistir este clima infernal. Y que se apresure. Mis sardars están combatiendo ahora al este, en Muang Thai, y quiero irme con ellos. Nos dieron, a Huisheng y a mí, una gran estancia en el palacio junto con algunos de los antiguos servidores de la antigua familia real, excepcionalmente obsequiosos. Pedí a Yissun que ocupara uno de los muchos dormitorios y que se quedara cerca para hacer de intérprete. Huisheng, que se había quedado sin doncella

personal, escogió una nueva doncella de la servidumbre que nos habían asignado, una chica de diecisiete años, de la raza llamada a veces shan y a veces thai. Su nombre era Arun, o Amanecer, y era casi tan bella de rostro como su nueva ama.

La doncella ayudó a Huisheng y a mí a bañarnos juntos varias veces en nuestra sala de baños, que era tan grande y estaba tan bien equipada como un hammam persa, y cuando nos sentimos limpios y libres de las suciedades de la jungla ayudó a vestirnos. Para mí

solo había una pieza de brocado de seda que debía enrollar a mi alrededor como una falda. El vestido de Huisheng era más o menos lo mismo, pero le llegaba más arriba y le cubría los pechos. Arun, sin timidez, abrió y enrolló varias veces su única pieza de ropa, no para demostrarnos que no llevaba nada más, sino para enseñarnos cómo debíamos colocar nuestra ropa sin que se cayera. Yo aproveché la ocasión para admirar el cuerpo de la chica, que era tan blanco como su nombre. Huisheng me miró enfadada cuando se dio cuenta, yo sonreí y Arun también lo hizo tapándose la boca. No nos dieron zapatos, ni siquiera zapatillas; todo el mundo en palacio iba descalzo, excepto Bayan quien conservaba sus pesadas botas, y más tarde sólo me puse las botas para salir fuera. Arun nos trajo otro elemento de nuestro tocado: pendientes para los dos. Pero nuestras orejas no tenían los correspondientes agujeros y no pudimos ponérnoslos. Cuando Huisheng se hubo arreglado el cabello adecuadamente con ayuda de Arun y se hubo prendido unas flores en él, bajamos de Hueverías escaleras, y fuimos al comedor del palacio, donde Bayan había organizado una fiesta de bienvenida en honor nuestro. No estábamos muy acostumbrados a comer al mediodía, la hora de la celebración, pero yo tenía ganas de consumir algo decente después de las duras raciones del viaje, y quedé

algo decepcionado cuando vi que nos servían carne negra y arroz púrpura.

—Por Tengri —dije gruñendo a Bayan —. Sabía que los mian se ennegrecían los dientes, pero no me había fijado que su comida fuera también de color negro para conjuntar con su dentadura.

—Comed, Marco —dijo con complacencia —. La carne es de pollo, y los pollos de Ava no sólo tienen el plumaje negro, sino también la piel negra, la carne negra, todo negro excepto los huevos. No os importe el aspecto del ave, está cocida con leche de nuez índica, y es deliciosa. El arroz no es más que arroz, pero en este país crece con colores chillones: índigo, amarillo, rojo brillante. Hoy toca púrpura. Es bueno. Comed. Bebed. Y con su propia mano sirvió a Huisheng un vaso alto de licor de arroz. Comimos, y el banquete fue excelente. En aquel país no había, ni siquiera en el palacio de Bayan, nada parecido a las tenacillas ágiles ni a cualquier instrumento de mesa. Se comía con los dedos, como habría comido de todos modos Bayan, quien estaba sentado tomando alternativamente puñados de comida de colores y grandes tragos de choum-choum. Huisheng y yo tomamos sólo sorbitos, porque era muy fuerte. Conté a Bayan nuestras aventuras en el Irawadi y el considerable desprecio

que me habían inspirado los habitantes de Ava.

—En la llanura del río, sólo visteis a los mal nacidos mian —dijo Bayan —. Pero quizá ni ellos mismos os habrían inspirado tanta repulsión si hubieseis pasado por las regiones montañosas y hubierais visto a los verdaderos aborígenes de estas tierras. Los padaung, por ejemplo. A sus hembras les ponen de niñas un anillo de bronce alrededor del cuello, luego otro anillo encima del primero, y otro y otro, hasta que al llegar a la edad adulta su cuello, embutido dentro de los anillos, es tan largo como el de un camello. O el pueblo moi. Sus mujeres se abren agujeros en los lóbulos de las orejas y colocan entre ellos ornamentos cada vez mayores, hasta que los lóbulos quedan tan distendidos que parecen argollas y pueden sostener un plato. Vi a una mujer moi con lóbulos tales que tenía que pasar los brazos a su través para apartarlos del camino. Supuse que Bayan estaba barboteando como los borrachos, pero le escuché

respetuosamente. Y más tarde cuando vi ejemplares reales de estas tribus bárbaras en las calles de la misma Pagan comprendí que había contado la pura verdad.

—Todos éstos son campesinos —continuó diciendo —. Los habitantes de las ciudades

constituyen una mezcla de mejor calidad. Algunos son aborígenes de paso y mian, y unos cuantos inmigrantes indios, pero la mayoría pertenece al pueblo llamado myama, más civilizado y culto. Desde hace tiempo este pueblo constituye la nobleza y las clases superiores de los ava, y es muy superior a todos los demás. Los myama han tenido incluso el buen sentido de no coger a sus vecinos inferiores como sirvientes o esclavos. Para ello han emprendido siempre campañas bélicas y han cogido a los shan, a los shan o a los thai, si así lo preferís, porque son mucho más hermosos, limpios e inteligentes que las razas locales minoritarias.

—Sí, acabo de conocer a una thai —dije, y puesto que Huisheng podía oírme ni protestar, añadí —: Una chica thai realmente magnífica.

—Vine a Ava por culpa de ellos —dijo Bayan. Yo ya lo sabía pero no le interrumpí —. Son un pueblo valioso. Un pueblo que vale la pena conservar. Y últimamente un número excesivo de ellos ha abandonado nuestros dominios y ha huido a la nación que llaman Muang Thai, el País de los Libres. El kanato quiere que continúen siendo shan y que no se conviertan en thai. Es decir, no quiere que sean libres, sino que permanezcan siendo súbditos del kanato.

—Comprendo el punto de vista del kanato —dije —. Pero si hay realmente un país entero lleno de gente tan hermosa, yo preferiría que este país continuara existiendo.

—Bueno, puede continuar existiendo con tal de que sea nuestro. Me conformé con tomar la capital, un lugar llamado Chiang-Rai, y aceptar la rendición de su rey, y no pienso asolar el resto del país. Quiero que sea una fuente permanente de los mejores

esclavos, para servir y adornar el resto del kanato. Hui! Pero basta ya de política. —Apartó con el brazo su plato todavía lleno, se lamió abyectamente los labios y dijo —: Aquí viene el dulce que corona nuestra comida. Eldurian.

Fue otra dudosa sorpresa. El dulce parecía un melón con una corteza armada de pinchos, pero cuando el mayordomo de mesa lo cortó, vi que tenía en su interior grandes semillas, como huevos de gallina, y el olor que brotó de allí casi me tiró de la mesa.

—Sí, sí —dijo Bayan con tozudez —. No es preciso que os quejéis: estoy ya enterado del hedor. Pero esto es un durian.

—¿La palabra significa carroña? Porque huele igual.

—Es el fruto del árbol durian. Tiene el olor más repelente de cualquier fruto, y el gusto más cautivador. Ignorad el hedor y comed.

Huisheng y yo nos miramos, y ella parecía tan afligida como lo parecía probablemente yo. Pero el varón ha de demostrar valor ante su hembra. Cogí una rebanada de aquel fruto de color de crema y procurando no inhalar le di un mordisco. Bayan tenía otra vez razón. El durian tenía un gusto distinto a todo lo que había comido hasta entonces y a todo lo que comí después. Todavía puedo sentir su sabor, pero ¿cómo describirlo? Era como natillas de crema y mantequilla con sabor a almendras, pero este gusto iba acompañado por indicios de otros sabores, muy inesperados: vino, queso e incluso chalotes. No era dulce ni jugoso, como un melón hami, ni un refresco ácido como un sorbete, pero compartía estas cualidades y si uno podía soportar y superar su olor a podrido, el durian era una novedad muy deliciosa.

—Muchas personas se convierten en fanáticas del durian —dijo Bayan. Sin duda él era una de ellas, porque se estaba dando un atracón, y hablaba con la boca llena —. Odian el horrible clima de Champa, pero se quedan sólo por el durian, porque no crece en ninguna parte excepto en este rincón del mundo. —De nuevo estaba en lo cierto. Tanto Huisheng como yo nos convertiríamos en ardientes partidarios de aquella fruta —. Y es más que refrescante y más que deliciosa. Incita y excita otros apetitos. Hay un refrán en Ava: cuando el durian cae las faldas se levantan.

Esto era también correcto, como Huisheng y yo comprobaríamos después. Cuando todos nos hubimos saciado del fruto, Bayan se recostó en su asiento, se limpió

la boca con la manga y dijo:

—Bien. Me gusta teneros aquí, Marco, sobre todo cuando llegáis tan bellamente acompañado. —Alargó el brazo para tocar la mano de Huisheng —. Pero ¿cuánto tiempo vais a quedaros? ¿Qué planes tenéis?

—No tengo ninguno —respondí —. Porque ya os he entregado las misivas del gran

kan. Pero prometí a Kubilai que le llevaría un recuerdo de esta nueva provincia suya. Algo único y propio de este lugar.

—Hum —dijo Bayan reflexionando —. De momento lo único que se me ocurre es un cesto de durianes, pero se echarían a perder por el camino. Bien, el día está ya declinando y el fresco invita a dar un paseo. Coged a vuestra buena señora y a vuestro intérprete y daos una vuelta por Pagan. Si algo excita vuestra fantasía, vuestro es. Le di las gracias por la generosa oferta. Al levantarnos Huisheng y yo para salir, añadió:

—Cuando anochezca volved al palacio. Los myama son grandes aficionados a las representaciones, y muy hábiles, y una compañía de comediantes ha estado representando cada noche para mí en la sala del trono una obra muy interesante. No entiendo ni jota, claro, pero puedo aseguraros que no son historias triviales. Estamos ya en la octava noche, y los actores están muy excitados porque llegarán a las escenas cruciales de la obra dentro de dos o tres noches.

Cuando Yissun se unió a nosotros iba acompañado por el pongyi jefe de palacio, con su ropa amarilla. Aquel anciano caballero tuvo la bondad de pasear con nosotros y hablando a través de Yissun explicó muchas cosas que no hubiésemos comprendido, y yo pude transmitir sus explicaciones a Huisheng. El pongyi empezó dirigiendo nuestra atención al exterior del mismo palacio. Era una aglomeración de edificios de dos y tres pisos, casi de igual extensión y magnificencia que el palacio de Kanbalik. Estaba construido más o menos según el estilo han de arquitectura, pero yo diría que mostraba una esencia muy refinada del estilo han. Las paredes, columnas, dinteles y elementos parecidos estaban labrados, esculpidos, retorcidos y afiligranados como los de los han, pero con más delicadeza. Me recordaron los encajes de reticella de Burano, en Venecia. Y las líneas de los tejados en espinazo de dragón en lugar de curvarse hacia arriba con una curva suave, se levantaban de modo más agudo apuntando hacia el cielo. El pongyi puso la mano sobre un muro exterior finamente acabado y me preguntó si podía decirle de qué estaba hecho. Yo dije asombrado:

—Parece hecho de una única y enorme pieza de piedra. Una pieza del tamaño de una peña.

—No —tradujo Yissun —. El muro es de ladrillo; está formado por una multitud de ladrillos separados, pero hoy en día nadie sabe cómo se construyó. Se levantó hace mucho tiempo, en la época de los artesanos cham, quienes tenían un proceso secreto que les permitía cocer de algún modo los ladrillos después de colocar las hileras y conseguir así el efecto de una cara de piedra lisa e ininterrumpida.

Luego nos llevo a un patio interior con jardín, y nos pregunto si podíamos decir qué

representaba. Era cuadrado, tan grande como una plaza de mercado, y bordeado con parterres de flores, pero en su interior tenía un prado de césped bien cuidado. Debería especificar que el prado estaba formado por dos variedades diferentes de hierba, una de color verde pálido, la otra muy oscura, y las dos variedades estaban plantadas en

cuadrados alternos más pequeños formando una especie de tablero. Lo único que pude aventurar fue:

—Es de adorno. ¿Qué más puede representar?

—Es también útil, U Polo —dijo el pongyi —. El Rey Que Huyó era un gran aficionado al juego llamado Min Tranh. Min en nuestro idioma significa rey, Tranj significa guerra, y…

—¡Claro! —exclamé —. Es lo mismo que la Guerra del Shahi. O sea que forma un inmenso tablero para jugar al aire libre. Sin duda el rey disponía de piezas de juego de su misma talla.

—Las tenía: súbditos y esclavos. Para los juegos de cada día, él mismo representaba a uno de los min y un cortesano favorito era su contrincante. Los esclavos se ponían las máscaras y trajes de las otras piezas: el general de cada bando, los dos elefantes de cada bando, jinetes, guerreros y peones. Luego los dos min dirigían el juego y cada pieza perdida se perdía al pie de la letra. Amé! La sacaban del tablero y la decapitaban: allí, entre las flores.

—Porco Dio —murmuré.

—Sin embargo si el min, me refiero al rey real, se enfadaba con algún cortesano o con más de uno, los obligaba a ponerse los trajes de los peones de primera fila. En cierto modo era un trato más misericordioso que ordenar pura y simplemente su decapitación, pues les quedaba alguna esperanza de sobrevivir al juego y de conservar sus cabezas. Pero es triste decir que en tales ocasiones el rey-jugaba sin ningún cuidado y no era corriente que los parterres floridos, amé!, dejaran de regarse abundantemente con sangre.

Pasamos el resto de la tarde paseando entre los templos ph'ra de Pagan, aquellos edificios circulares construidos como enormes campanitas. Creo que un explorador realmente devoto podría pasar su vida entera vagando entre los templos, sin acabar nunca de verlos todos. La ciudad podía haber sido el taller de alguna deidad budista encargada de la construcción de aquellos templos de formas extrañas, porque sus mangos campanario formaban un auténtico bosque que sobresalía por encima de la llanura del río y se extendía por una distancia de unos veinticinco li arriba y abajo del río lrawadi, adentrándose por la llanura seis o siete li a ambos lados del río. Nuestro guía pongyi nos contó orgulloso que había más de mil trescientos p'hra, cada uno atiborrado de imágenes, y todos rodeados por una veintena o más de monumentos menores, estatuas de ídolos y columnas esculpidas que él llamaba thupo.

—Prueba —dijo —de la gran santidad de esta ciudad y de la Piedad de todos sus habitantes, pasados y presentes, que construyeron estos edificios. Los ricos financian su erección y los pobres consiguen trabajo pagado en las obras, y ambas clases pueden ganarse un mérito eterno. O sea que aquí en Pagan es imposible mover una

mano o un pie sin tocar algún objeto sagrado.

Pero no pude dejar de observar que sólo una tercera parte de los edificios y monumentos parecían en buen estado, y que el resto presentaba variados aspectos de decrepitud. Cuando llegó el breve crepúsculo tropical y las campanas de los templos repicaron por toda la llanura llamando a los fieles de Pagan, éstos se dirigieron a los pocos p'hra que estaban en buen estado, mientras que los muchos templos hundidos o medio derrumbados salieron aleteando largas procesiones de murciélagos como penachos de humo negro sobre el cielo púrpura. Comenté que al parecer la piedad local no incluía la preservación de lo sagrado.

—Bueno, U Polo —dijo el viejo pongyi, con un toque de aspereza en la voz —. De hecho nuestra religión confiere un gran mérito a quienes construyen monumentos sagrados, y poco a quienes los reparan. Y aunque un noble o un mercader ricos quisieran malgastar sus méritos en una actividad de este tipo, los pobres no estarían dispuestos a hacer el trabajo. Como es lógico preferirían construir un thupo, aunque fuera pequeño, que reparar un gran p'hra.

—Entiendo —dije secamente —. Una religión con un concepto claro de los negocios. Cuando la noche se precipitó sobre nosotros emprendimos el intrincado camino de regreso al palacio. Habíamos seguido el consejo de Bayan y hecho nuestro paseo en la hora más fresca del día, fresca para lo acostumbrado en Ava. Sin embargo Huisheng y yo nos sentimos bastante sudorosos y llenos de polvo cuando volvimos a casa, y decidimos no responder a la invitación que nos hizo Bayan de acompañarle en la sesión nocturna de la interminable obra de teatro que estaban representando para él. Fuimos directamente a nuestra estancia y ordenamos a la doncella thai, Arun, que nos preparara otro baño; cuando la inmensa bañera de teca estuvo llena de agua, perfumada con hierba de miada y endulzada con azúcar de gomuti, nos quitamos los dos nuestras sedas y nos metimos juntos en el baño.

La doncella, mientras agarraba los paños para lavar, los ungüentos y las pequeñas vasijas con jabón de aceite de palma, me señaló con el dedo, sonrió y dijo:

—Kublau —luego sonrió de nuevo, señaló a Huisheng y dijo —: Saongam. Más tarde preguntando a otros que hablaban thai me enteré de que me había llamado

«guapo» y a Huisheng «radiante belleza». Pero en aquel momento sólo pude arquear las cejas y lo mismo hizo Huisheng, porque Arun se quitó su propia ropa enrollada y se dis-puso a meterse en el agua caliente con nosotros. Al ver la doncella que intercambiábamos miradas algo sorprendidas y perplejas, se detuvo y ejecutó una elaborada pantomima de explicación. Sin duda hubiese sido incomprensible para la mayoría de extranjeros, pero Huisheng y yo éramos expertos en el lenguaje de los gestos y conseguimos comprender que la chica estaba excusándose por no haberse desnudado con nosotros durante nuestro baño anterior. Nos explicó que en aquella ocasión íbamos simplemente «demasiado sucios» y que no nos pudo atender desnuda,

como debía. Si le perdonábamos aquel anterior fallo de participación, ahora nos atendería del modo adecuado. Mientras decía esto se deslizó dentro de la bañera, con su equipo de baño, y empezó a enjabonar el cuerpo de Huisheng. Otras criadas nos habían atendido a menudo en el baño y como es lógico a menudo me habían bañado a mí criados de mi propio sexo, pero aquélla era la primera ocasión en que una criada se bañaba con nosotros. Bueno, otras tierras, otras costumbres, o sea que nos limitamos a intercambiar una mirada ligeramente divertida. ¿Qué mal había en ello?

Desde luego la participación de Arun no tenía nada de desagradable, muy al contrario, en mi opinión, porque era una persona hermosa, y no me importaba en absoluto estar en compañía de dos mujeres bellas y desnudas de razas diferentes. Arun era una muchacha, pero tenía más o menos la misma talla que Huisheng, ya una mujer, y su figura era muy similar, algo infantil, con pechos como capullos, nalgas pequeñas y bien delineadas, et-cétera. Se diferenciaba principalmente en que su piel tenía un color más amarillo cremoso, el color de la carne de durian y sus «pequeñas estrellas» tenían color de cervato y no de rosa, y sólo presentaba un amago de pelo corporal, justamente a lo largo de la línea donde se unían los labios de sus partes rosadas. Puesto que Huisheng no podía hablar, y que a mí no se me ocurría nada pertinente que decir, los dos estábamos callados, y yo me quedé sentado empapándome en el agua perfumada, mientras, al otro extremo de la bañera, Arun limpiaba a Huisheng y charlaba al mismo tiempo alegremente. Supongo que aún no se había dado cuenta de que Huisheng era sordomuda, porque era evidente que Arun estaba aprovechando la oportunidad para enseñarnos unos rudimentos de su propio lenguaje. Tocaba a Huisheng en un lugar, luego en otro dejando pequeñas huellas de jabón, y pronunciaba las palabras thai correspondientes a estas partes del cuerpo; luego se tocaba a sí misma en los mismos lugares y repetía las palabras.

La mano de Huisheng era mu, y cada dedo niumu, al igual que las partes

correspondientes de Arun. La fina pierna de Huisheng era khaa, y su esbelto pie tau, y cada dedo del pie, como una perla, era niutau, y lo mismo en Arun. Huisheng sonreía tolerantemente mientras la chica le tocaba el pom, el kiu y el jamo, su pelo, cejas y nariz, y soltó una risa silenciosa de apreciación cuando Arun tocó sus labios, baá, y luego hizo pucheros con los suyos como si fuera a besar diciendo «jup». Pero los ojos de Huisheng se abrieron algo más cuando la chica le tocó los pechos y los pezones dejando en ellos marcas de jabón y los identificó llamándolos nom y kuanom. Y luego Huisheng enrojeció bellamente porque sus estrellitas parpadearon y se levantaron erectas a través de las burbujas, como si se alegraran de tener un nuevo nombre, kuanom. Arun al verlo rió también en voz alta y en demostración de simpatía jugó con sus propios kuanom hasta que alcanzaron la prominencia de los de Huisheng. Luego señaló la diferencia entre sus cuerpos que ya había notado. Indicó que tenía muy poco pelo allí, pelo que recibía el nombre de moé, mientras que Huisheng no tenía ninguno. Sin embargo, agregó, tenían una cosa en común allí abajo, y se tocó primero sus partes rosadas y luego las de Huisheng persistiendo ligeramente en el toque, y dijo en voz baja «hü». Huisheng dio un pequeño salto que

hizo ondular el agua de la bañera, me miró interrogativamente y luego miró de nuevo a la chica, que respondió a su mirada con una sonrisa abiertamente provocadora y desafiante. Arun se movió en el agua para ponerse cara a mí, como si solicitara mi aprobación para su descaro, señaló mi correspondiente órgano y dijo riendo: «kue».

Creo que el comportamiento desenvuelto e irreprensible de Arun había divertido a Huisheng sin ofenderla. Quizá al sentir aquel toque final que era una caricia franca, sintió sólo un poco de aprensión por su poder. Pero ahora se puso de parte de la chica y me señaló alegremente con el dedo, llegando mi turno de sonrojarme, porque los anteriores acontecimientos habían excitado vigorosamente mi kue y estaban en flagrante evidencia. Quise cubrirlo avergonzado con un paño de lavarse, pero Arun me lo impidió

y se apoderó de mí con una mano jabonosa, repitiendo «kue», mientras con la otra mano bajo el agua continuaba acariciando la parte correspondiente de Huisheng y decía de nuevo «hii». Huisheng continuó riendo silenciosamente, sin importarle nada, como si la situación empezara a darle placer. Luego Arun soltó brevemente a los dos, dijo alegremente «aukan!» y dio una palmada con las dos manos para indicarnos lo que estaba sugiriendo.

Huisheng y yo no habíamos tenido ocasión de disfrutar el uno del otro durante nuestro viaje de Bhamo a Pagan, ni las circunstancias nos lo hicieron desear mucho. Ahora estábamos más que preparados para recuperar este tiempo perdido, pero no hubiésemos soñado nunca con pedir la ayuda de nadie para hacerlo. No habíamos necesitado antes ninguna ayuda, ni tampoco la necesitábamos entonces, pero decidimos aceptarla y disfrutarla. Quizá lo hicimos simplemente porque Arun se mostraba tan vivaz y deseosa de ayudarnos, o quizá porque estábamos en un país nuevo y exótico, y queríamos aceptar las nuevas experiencias que nos ofrecía. O quizá el durian y sus supuestas propiedades hicieron algún efecto.

Dije que no hablaría de ninguna de las actividades privadas entre Huisheng y yo, y tampoco ahora voy a tocar el tema. Sólo señalaré que aquella noche no nos comportamos exactamente como yo y las mellizas mongoles nos habíamos comportado mucho tiempo antes. En esta ocasión, la chica adicional actuó principalmente como casamentera muy activa, e instructora y manipuladora de nuestras varias partes, enseñándonos unas cuantas cosas que sin duda eran métodos aceptados entre su gente pero nuevos para nosotros. Entonces pensé que no era extraño el nombre de thai apli-cado a su pueblo, que significa Libre. Sin embargo, Huisheng o yo, y normalmente los dos a la vez, disponíamos siempre de alguna parte no ocupada con la cual podíamos dar

también placer a Arun, y sin duda a ella le gustaba, porque con frecuencia ronroneaba o exclamaba «aukan!, aukan!» y «saongam!» y «chan pom rak kun!» que significa «os amo a los dos» y «chakati pasad!» de cuyo significado no voy a hablar. Hicimos aukan ana y otra vez, los tres, la mayoría de las noches que Huisheng y yo pasamos

en el palacio de Pagan, y a menudo lo hicimos también en otros días, cuando el calor apretaba demasiado y no podíamos hacer nada útil al aire libre. Pero recuerdo sobre todo aquella primera noche, y recuerdo también todas las palabras thai que Arun me enseñó, y no por lo que hicimos, sino porque tiempo después tuve ocasión de recordar una cosa que aquella noche me había pasado por alto. 3

Unos días después Yissun me dijo que acababa de descubrir los establos reales del antiguo rey de Ava, a una cierta distancia de palacio y me preguntó si quería visitarlos. A primeras horas de la mañana siguiente, antes de que el calor del día apretara, él, Huis-heng y yo nos dirigimos allí en palanquines transportados por esclavos. El mayordomo de los establos y sus ayudantes estaban orgullosos de sus pupilos kuda y gajah, los caballos y elefantes reales, les tenían cariño y estaban ansiosos por enseñárnoslos. Huisheng conocía ya los caballos y nos limitamos a admirar los mejores corceles kuda mientras pasábamos por sus suntuosas residencias, pero nos detuvimos más tiempo en el patio que contenía los establos de los gajah, porque Huisheng no había tenido todavía ocasión de acercarse a ningún elefante.

Era evidente que los grandes elefantes no habían trabajado mucho desde que el rey había huido montado en una de sus hermanas, y los mozos de establo asintieron con placer, cuando a través de Yissun les pregunté si podíamos montar en un gajah.

—Éste —indicaron mientras sacaban a un enorme ejemplar —. Podéis disfrutar del raro honor de montar en un elefante sagrado blanco.

Estaba espléndidamente enjaezado con manto de seda y cofia enjoyada, arneses con perlas y hauda de teca ricamente labrada y dorada, pero como ya me habían contado hacía tiempo, el elefante blanco no era todo blanco. Tenía sobre su piel arrugada y de color gris pálido algunas zonas de color vagamente parecido al de la carne humana, pero el mayordomo y los mahawats nos contaron que el apelativo «blanco» ni siquiera se refería a esto: «blanco» aplicado a elefantes sólo significaba «especial, distinto, superior». Señalaron algunos rasgos de aquel ejemplar que permitían a una persona conocedora de elefantes situarlo muy por encima de la clase ordinaria.

—Observad —dijeron —la bella curvatura hacia adelante de sus patas delanteras, y la inclinación pronunciada que presenta su grupa por detrás, y la gran papada que le cuelga del pecho. Pero la demostración inconfundible de que es un animal digno de recibir el trato de un sagrado elefante blanco la tenéis aquí —nos dijeron llevándonos a contemplar la cola del animal.

Aquel animal, además de tener el habitual penacho cerdoso de pelos en la punta de la cola, tenía también una franja de pelos a ambos lados del apéndice. Quise demostrar mi experiencia y facilidad de trato con aquellos animales, exhibiéndome como suelen hacer los hombres ante su pareja, y dije a Huisheng que se apartara y que mirara. Pedí a uno de los mahawat su gancho ankus y di un golpe con él al elefante en el lugar adecuado de su trompa: él la dobló obedientemente formando un estribo, la bajó, puse

el pie encima y la trompa me levantó hasta la nuca del animal. Debajo Huisheng bailaba y aplaudía con admiración, como una niña excitada, y Yissun exclamaba más tranquilamente: «Hui!, hui!» El mayordomo y los mahawats vieron que trataba bien al elefante sagrado, y moviendo las manos indicaron que lo podía llevar sin

vigilancia. Hice una seña a Huisheng, ordené al elefante que hiciera con la trompa otro estribo y ella fue izada a bordo conmigo mientras manifestaba con bellos movimientos una ansiedad fingida. La ayudé a entrar en la hauda, hice dar la vuelta al elefante tocándole una oreja con el ankus, y luego golpeé el punto de marcha recta sobre su nombro. Partimos con paso rápido y agradable balanceo para dar un paseo más allá de los innumerables p'hra de la ribera, siguiendo las avenidas bordeadas con árboles banyan de la orilla del Irawadi, a cierta distancia de la ciudad. Cuando el elefante empezó a hacer ruidos de aspiración con la nariz, supuse que estaba oliendo a los ghariyals que tomaban el sol en los bajíos del río, o quizá a un tigre que acechaba entre la serpenteante espesura de los banyanes. No me apetecía poner en peligro a ningún elefante blanco sagrado, además el día se estaba calentando, o sea que di la vuelta al animal y nos dirigimos a los establos, cubriendo los li finales con una emocionante y desbocada carrera. Mientras ayudaba a Huisheng a descender de la hauda di las gracias efusivamente a los cuidadores y pedí a Yissun que les tradujera todas mis palabras. Huisheng dio las gracias en silencio, pero con gracia consumada, haciendo a cada uno de los hombres el wai, el gesto de unir las palmas y acercarlas al rostro con una ligera inclinación de la cabeza, gesto que le había enseñado Arun. Mientras volvíamos al palacio, Yissun y yo discutimos la posibilidad de que le llevara un elefante blanco a Kanbalik, como el regalo excepcional que yo había prometido al gran kan. Estuvimos de acuerdo en que era un recuerdo característico de las tierras de Champa, raro incluso en el país. Pero luego pensé que la tarea de trasladar a un elefante a través de siete mil li de terreno difícil era mejor dejarla para héroes como Aníbal de Cartago, o sea que abandoné fácilmente la idea cuando Yissun observó:

—Francamente, hermano mayor Marco, yo sería incapaz de distinguir a un elefante blanco de cualquier otro, y dudo que el kan Kubilai pudiera hacerlo; además él tiene ya muchos elefantes.

Sólo era mediodía; pero Huisheng y yo volvimos a nuestra estancia y ordenamos a Arun que nos preparara un baño para quitarnos el olor a elefante. (En realidad no es un olor nada desagradable; imaginad el aroma de un buen saco de cuero lleno de heno dulce.) La doncella se dispuso a llenar la bañera de teca con alegría y presteza, y se desnudó al mismo tiempo que nosotros. Pero cuando Huisheng y yo estábamos ya en el agua, y Arun estaba sentada en el borde de la bañera a punto de deslizarse entre nosotros, la detuve un momento. Sólo quería hacer una pequeña broma, porque cada uno se comportaba ya con toda libertad y comodidad en presencia de los otros dos, e incluso habíamos empezado a comunicarnos con alguna facilidad. Separé suavemente las rodillas de la chica, alargué la mano entre sus piernas y con la punta de un dedo recorrí ligeramente el rastro de pelo suave que bordeaba el cierre de sus partes rosadas, mientras le hacía notar a Huisheng.

—Mira, la cola del elefante blanco sagrado.

Huisheng se disolvió en una carcajada silenciosa, y Arun se miró allí abajo bastante preocupada intentando descubrir qué problema tenía su cuerpo. Pero cuando, con bastante más dificultad, le hube traducido la broma, Arun también estalló en una carcajada de aprobación. Probablemente fue el primer caso de la historia humana, y quizá el último, de una mujer aceptando con buen humor que se la comparara con un elefante. Entonces Arun, en vez de llamarme U Marco como antes, empezó a llamarme U Saathvan Gajah. Al final me dijo que aquello significaba «U Elefante de Sesenta Años», y lo acepté de buen humor, porque según me explicó era el mayor cumplido posible. Dijo que en Champa un elefante macho de sesenta años representaba el punto culminante de fuerza, virilidad y poderes masculinos.

Unas noches después, Arun nos trajo algunos objetos para enseñarlos: les llamó «mata

ling», que significa «cascabeles del amor», y añadió con una sonrisa maliciosa «aukan», por lo que supuse que quería introducir aquellos objetos en nuestras diversiones nocturnas. Nos enseñó un puñado de mata ling, y me parecieron cascabeles de camello, cada uno del tamaño de una nuez, fabricados con una buena aleación de oro. Huisheng y yo tomamos uno, y al sacudirlo oímos sonar o tintinear suavemente alguna bolita de su interior. Sin embargo aquellos objetos no tenían aberturas que permitieran sujetarlas a la ropa ni a los arneses de los camellos ni a nada semejante, y no pudiendo descubrir su utilidad nos quedamos mirando a Arun, desconcertados, esperando más explicaciones. Necesitamos bastante tiempo, con muchas repeticiones y numerosas dudas por resolver. Pero finalmente Arun explicó, gracias a pronunciar varias veces la palabra «kue» con varios gestos, que los mata ling estaban destinadas a implantarse bajo la piel del órgano masculino. Cuando llegué a entender esto me puse a reír porque pensé que bromeaba. Pero luego me di cuenta de que la chica hablaba en serio, y emití varias expresiones de indignación, consternación y horror. Huisheng hizo gestos para que callara y me calmara y dejara que Arun continuara con su explicación. Así lo hizo, y creo que de todas las curiosidades que encontré en mis viajes los mata ling fueron sin duda las más sorprendentes.

Arun dijo que los inventó una myama reina de Ava, hacía mucho tiempo, cuyo marido y rey había desarrollado la lamentable inclinación de preferir la compañía de los chicos. La reina hizo construir varios mata ling de latón, abrió luego secretamente la piel del kue del rey, sin que Arun nos explicara cómo, puso algunas campanitas dentro y cosió

de nuevo. A partir de entonces el rey ya no pudo penetrar los pequeños orificios de los niños con su órgano tan aumentado, y tuvo que conformarse con el receptáculo hii de su reina, más acogedor. Las demás mujeres de Ava se enteraron de esto, sin que Arun nos explicara tampoco cómo, y persuadieron a sus hombres para que siguieran

el ejemplo real. Con lo cual tanto los hombres como las mujeres de Ava descubrieron no sólo que estaban a la moda, sino que habían aumentado infinitamente sus placeres mutuos, porque los hombres tenían una circunferencia prodigiosamente superior a la de antes, y las vibraciones de los mata ling Proporcionaban una sensación nueva e inefable a la pareja en el acto del aukan.

Según dijo Arun los mata ling se continuaban fabricando en Ava sólo en Ava, y los fabricaban algunas viejas que sabían implantarlos de modo seguro y sin dolor en los lugares más efectivos del kue. Los hombres que podían permitirse un cascabel, se hacían implantar por lo menos uno, y los más pudientes acababan llevando un kue que valía más y pesaba más que el dinero de su bolsa. Nos dijo Arun que un anterior amo suyo, un myama, tenía el kue como una porra de madera llena de nudos, incluso en reposo, y cuando se empinaba: «Amé!» Agregó que los cascabeles del amor habían experimentado algunas mejoras en los siglos transcurridos desde su invención por la reina. En primer lugar los médicos de Ava habían decretado que se fabricaran de oro incorruptible y no de latón, para que no provocaran infecciones debajo de la delicada piel del kue. Además, las viejas fabricantes de cascabeles habían inventado un uso nuevo y muy picante para los mata ling.

Arun nos lo demostró. Algunos de aquellos pequeños objetos eran sólo cascabeles o sonajas, como habíamos visto, y las bolas de su interior sólo vibraban cuando se sacudían. Sin embargo Arun nos enseñó otro tipo que también permanecía inerte cuando estaba sobre la mesa. Pero luego nos puso uno de estos cascabeles en la palma de la mano y cerró los dedos a su alrededor. Huisheng y yo tuvimos un sobresalto de asombro cuando al cabo de un momento el calor de nuestras manos pareció conferir vida a los pequeños objetos de oro, como si fueran huevos a punto de abrirse, y empezaron por sí

solos a estremecerse y retorcerse.

Este nuevo y superior tipo de mata ling, dijo Arun, contenía algún ser o sustancia inmortal, cuya identidad las viejas no habían querido revelar nunca, que normalmente dormía tranquilo en su pequeño caparazón de oro debajo de la piel del kue del hombre. Pero cuando el hombre metía su kue en el hit de una mujer, el durmiente secreto se despertaba, empezaba a moverse, y según afirmó ella solemnemente el hombre y la mujer podían quedarse juntos e inmóviles, totalmente quietos, y gracias a la acción de este activo cascabel del amor, podían disfrutar de todas las sensaciones: la excitación creciente y el estallido final de placer en la consumación. En otras palabras podían hacer ukan, una y otra vez, sin hacer personalmente ningún esfuerzo. Cuando Arun hubo concluido, jadeando casi por los esfuerzos que le había costado la explicación, me di cuenta de que ella y Huisheng se habían quedado mirándome especulativamente. Yo dije en voz bien alta «¡No!», y lo repetí varias veces y en diferentes idiomas, incluyendo el de los gestos enfáticos. La idea de utilizar los mata ling en el aukan era intrigante, pero yo no estaba dispuesto a deslizarme por la puerta trasera de un callejón apartado de Pagan y permitir que una bruja harapienta se

entrometiera con mi persona, y dejé esto tan claro como pude. Huisheng y Arun fingieron mirarme decepcionadas y distantes, pero en realidad se estaban aguantando la risa que les causaba la vehemencia de mi negativa. Luego se miraron un instante, como preguntándose «¿Quién de nosotras debe hablar?», y Arun asintió ligeramente con la cabeza como diciendo que Huisheng se podía comunicar más fácilmente conmigo. Huisheng me explicó que la única función de los mata ling era ponerlos dentro del hit femenino junto con el kue masculino, no necesariamente formando parte de él. ¿Me importaría probar el experimento, preguntó con gran delicadeza (y no poco regocijo), haciendo únicamente lo que hacíamos de costumbre, pero permitiendo que ella y Arun introdujeran dentro suyo los cascabeles del amor?

Bueno, como es lógico no podía objetar nada contra esto, y antes de que pasara la noche sentí ya un gran cariño y entusiasmo por los mata ling, y lo propio les pasó a Huisheng y a Arun. Pero de nuevo voy a correr sobre este punto la cortina de la intimidad. Sólo voy a decir que consideré un valioso invento los cascabeles del amor y que Huisheng y Arun estuvieron de acuerdo conmigo, hasta el punto que me vino de modo natural la idea de escoger estos objetos como el «regalo excepcional» para Kubilai. Pero no acabé de tomar una decisión definitiva al respecto. No era fácil acercarse al kan de todos los kanes, al soberano más poderoso del mundo entero, que era además un anciano y digno caballero, y proponerle que aceptara introducir ciertas

«mejoras» en su venerable órgano…

No, realmente no se me ocurría ninguna manera de presentar el regalo de los mata ling sin que causara una afrenta inmediata, o una reacción de resentimiento y quizá de indignación. Sin embargo al siguiente día se me quitó un peso de encima cuando me dieron una idea muy atractiva, que adopté inmediatamente. Una cosa única es algo de un solo tipo, y por lo tanto es imposible que algo sea «más único» que otra cosa. Pero si el fruto del dudan era único a su manera, y lo mismo era un elefante blanco, y también eran únicos los cascabeles del amor, o mata ling, esta nueva idea era única entre las cosas únicas.

Quien metió la idea en mi cabeza fue el anciano pongyi de palacio. Él, yo, Huisheng y Yissun estábamos paseando de nuevo por Pagan, mientras él se extendía en alabanzas sobre el panorama que contemplábamos. Aquel día nos condujo al p'hra más grande, más sagrado y de más estima de todo Ava. No sólo contenía una de aquellas construcciones en forma de campanita, sino que era un templo enorme, bello y realmente magnífico, blanco y deslumbrador, como un edificio hecho de espuma, si es posible imaginar un montón de espuma tan grande como la basílica de San Marcos,

intrincadamente esculpido y techado con oro. Se llamaba Ananda, palabra que significa

«Felicidad Infinita», que había sido también el nombre de uno de los discípulos de

Buda en vida suya. El pongyi contó, mientras nos mostraba el interior del templo, que Ananda había sido el discípulo más amado de Buda, como Juan lo fue de Jesús.

—Eso era el relicario del diente de Buda —dijo el pongyi, mientras pasábamos delante de una arquilla de oro sobre un pie de marfil —. Y aquí está la estatua de la deidad danzante Nataraji. La escultura estaba ejecutada con tanta perfección que se puso a bailar, y cuando un dios baila la tierra se estremece. Nuestra ciudad quedó casi destruida por el temblor, hasta que la imagen danzante perdió un dedo en sus evoluciones, se calmó y volvió a ser una estatua. A partir de entonces todas las imágenes religiosas se ejecutan con un único defecto deliberado. Será tan trivial que nadie lo notará, pero está allí, por si acaso.

—Excusad, reverendo pongyi —le interrumpí —. ¿Dijisteis al pasar que aquella arquilla contenía el diente de Buda?

—Lo contenía, sí —respondió tristemente.

—¿Un diente auténtico? ¿Del mismo Buda? ¿Un diente conservado durante diecisiete siglos?

—Sí —dijo, y abrió la arquilla para enseñarnos el lugar donde descansaba —. Nos lo trajo un pongyi peregrino de la isla de Sriha-lam, hace unos doscientos años, para la consagración de este templo de Ananda. Era nuestra reliquia más preciada. Huisheng expresó sorpresa ante el gran tamaño del lugar donde había reposado el diente, y con señas me dijo que el diente debió de tener tal tamaño que ocupó toda la cabeza de Buda. Transmitió a Yissun esta observación más bien irreverente y él la tradujo al pongyi.

—Amé, sí, un diente poderoso —dijo el viejo caballero —. ¿Por qué no? Buda era un hombre poderoso. En esta misma isla de Sri-halam puede verse todavía la huella que dejó su pie en una roca. A partir del tamaño de su pie se ha calculado que la talla de Buda era de nueve antebrazos.

—Amé! —exclamé —. Esto son cuarenta manos. Trece pies y medio. Buda debió de pertenecer a la raza de Goliat.

—Esperamos que en su próxima vuelta a la tierra, dentro de siete u ocho mil años, tenga ochenta antebrazos de altura.

—Sus devotos debieron de reconocerle sin problemas, al contrario que nosotros con Jesús —dije —. Pero ¿qué le pasó al diente sagrado?

El pongyi respiró ruidosamente y dijo:

—El Rey que Huyó lo robó cuando se fue, y desapareció con él. Un sacrilegio execrable. Nadie sabe por qué lo hizo. Tenía que huir a la India, y allí ya no se venera

a Buda.

—Pero el rey sólo llegó hasta Akyab y murió en ese lugar —murmuré yo —. Por lo tanto el diente tiene que estar todavía entre sus efectos.

El pongyi se encogió de hombros con una resignación esperanzada y pasó a enseñarnos otros admirables tesoros de Ananda. Pero yo tenía ya mi idea, y cuando pude hacerlo cortésmente, di por terminada nuestra visita del día, agradecí al pongyi sus amables atenciones y regresé apresuradamente al palacio con Huisheng y Yissun, contándoles por el camino mi intención. En el palacio solicité inmediatamente audiencia con el wang Bayan y volví a explicarla.

—Si puedo recuperar el diente, éste será mi regalo para Kubilai. Aunque Buda no sea un dios de su devoción, el diente de un dios es un recuerdo digno de él, algo que ningún otro monarca ha poseído jamás. Incluso en la cristiandad, donde existen varias reliquias, como fragmentos de la Vera Cruz, los Santos Clavos, el Santo Sudario, no queda nada del Corpus Christi excepto algunas gotas de su Preciosísima Sangre. El gran kan sin

duda se sentirá muy contento y orgulloso de poseer el auténtico diente de Buda.

—Suponiendo que podáis recuperarlo —dijo Bayan —. Yo no conseguí recuperar ninguno de mis dientes, de lo contrario no tendría que llevar en la boca este aparato de tortura.

¿Qué pensáis hacer para buscarlo?

—Con vuestro permiso, wang Bayan, me dirigiré desde aquí al puerto de Akyab, y examinaré el lugar donde falleció el antiguo rey, examinaré sus pertenencias, interrogaré a los miembros supervivientes de su familia. El diente ha de estar en algún lugar. Mientras tanto me gustaría que Huisheng se quedara aquí, bajo vuestra protección. He visto que viajar por estas tierras es arduo, y no quiero someterla a más peligros hasta que estemos a punto para volver a Kanbalik. Estará bien cuidada por sus doncellas y por sus demás sirvientas, si vos permitís que se quede viviendo aquí. También me gustaría pediros otro favor para mí: conservar todavía a Yissun como intérprete. Sólo le necesito a él y a un caballo para cada uno. Quiero cabalgar sin equipaje para poder hacerlo rápidamente.

—Sabíais que no es preciso pedirme ningún permiso, Marco, porque lleváis la placa paizi del gran kan, y ésta es toda la autoridad que precisáis. Pero os agradezco la cortesía que habéis demostrado al hacerlo, y desde luego tenéis mi permiso, y mi promesa de que protegeré a vuestra señora de todo mal, y mis mejores deseos para el éxito de vuestra empresa. —Concluyó con el tradicional saludo de cortesía mongol —: Os deseo un buen caballo y una ancha llanura hasta que volvamos a vernos. 4

Mi empresa no resultó tan fácil, ni de éxito tan inmediato, aunque en general tuve

buena suerte y disfruté de las necesarias ayudas. Para empezar me recibió el sardar que Bayan había puesto al mando de las fuerzas de ocupación de la escuálida ciudad marinera de Akyab, un tal Shaibani. Me recibió cordialmente, casi ansiosamente, en la casa que había requisado para su residencia. Era la mejor de Akyab, lo cual no es decir mucho.

—Sain bina —dijo —. Es bueno saludaros, hermano mayor Marco Polo. Veo que lleváis el paizi del gran kan.

—Sai bina, sardar Shaibani. Sí, llego en misión para nuestro señor Kubilai. Yissun cogió nuestros caballos y dando la vuelta a la casa los condujo hasta los establos situados en su mitad trasera. Shaibani y yo entramos en la mitad delantera, y sus ayudantes dispusieron un almuerzo para nosotros. Mientras comíamos, le conté que estaba siguiendo la pista del antiguo rey de Ava, Narasinha-pati, y el motivo de ello, y que quería examinar los efectos restantes del fugitivo y hablar con los miembros que aún vivían de su séquito.

—Será tal como lo deseáis —dijo el sardar —. Me da gran alegría veros llevar el paizi, porque os da también la necesaria autoridad para resolver una molesta disputa que ha estallado en Akyab. Es una cuestión que ha provocado muchas discusiones y que ha dividido a los ciudadanos en facciones opuestas. Estaban tan ocupados con esta tontería local que apenas prestaron atención a la entrada de nuestras tropas. Y hasta que no se resuelva no conseguiré imponer orden en la administración. Mis hombres se pasan todo el tiempo reprimiendo las luchas callejeras. Estoy, pues, muy contento de que hayáis llegado.

—Bueno —dije algo desconcertado —. Haré todo lo que pueda. Pero el asunto referente al difunto rey ha de tener prioridad.

—Este primer asunto se refiere también al difunto rey —respondió, y añadió con un gruñido —: Que los gusanos se ceben en sus malditos restos. La disputa se centra

precisamente en los efectos y supervivientes que vos queréis revisar, o en todo caso afecta a sus restos. ¿Puedo explicarme?

—Me gustaría que lo hicierais.

—Akyab es una ciudad desgraciada y siniestra. Parecéis una persona sensible y me imagino que os iréis tan pronto como podáis. Mi destino está aquí y por lo tanto yo debo quedarme, y trataré de convertir el lugar en un nuevo territorio útil al kanato. Ahora bien, dejando a un lado lo desgraciado del lugar, se trata de un puerto de mar, y en esto se parece a todos los puertos. O sea que tiene dos industrias que justifican su existencia y alimentan a sus ciudadanos. Una es el aprovisionamiento de las instalaciones portuarias: muelles, veleros, almacenes, etcétera. La otra se ocupa, como en toda ciudad portuaria, de satisfacer los apetitos de las tripulaciones de los buques que atracan aquí. O sea que hay casas de putas, tabernas y casas de juegos de

azar. Pero la mayor parte del comercio se lleva a cabo con la India, al otro lado de la bahía de Bengala que veis allí, o sea que la mayoría de los marineros visitantes son miserables hindúes. Su estómago no resiste las bebidas fuertes y no tienen mucho vigor entre piernas, es decir que dedican todo su tiempo de estancia aquí a los juegos de azar. O sea que las casas de putas y las tabernas del lugar son pocas, pequeñas y pobres, y vaj!, las putas y las bebidas son malísimas. Pero Akyab tiene varias salas de juego, que son los establecimientos más prósperos de esta ciudad, y sus propietarios son los ciudadanos más importantes.

—Todo esto es muy interesante, sardar, pero no acabo de…

—Permitid que continúe, hermano mayor. Lo entenderéis. La cobarde acción de este Rey Que Huyó no le granjeó precisamente el amor de sus antiguos súbditos. Ni de nadie. Me han informado de que salió de Pagan con una considerable caravana de elefantes, animales de carga, esposas, hijos, cortesanos, sirvientes y esclavos, cargada con todos los tesoros que pudo llevarse. Pero cada noche, por el camino, la caravana fue disminuyendo de longitud. Sus cortesanos aprovechando la oscuridad se dieron a la fuga con gran parte del tesoro pillado. Los sirvientes se iban con lo que podían agarrar. Los esclavos huían hacia la libertad. Incluso las esposas del rey, entre ellas su primera esposa, la reina, cogieron a sus hijos, los príncipes, y se esfumaron. Probablemente con la intención de cambiar de nombre y con la esperanza de comenzar una vida nueva y sin tacha.

—Casi me da pena el pobre y cobarde rey.

—Mientras tanto el rey fugitivo, para poder pagar por el camino comidas y camas tuvo que entregar grandes sumas a los jefes de poblado, a los posaderos y a todo el mundo, porque todos le recibían con poco afecto, hostilmente y con ganas de aprovecharse. Me han contado que llegó a Akyab casi pobre y abandonado, con sólo una de sus esposas menores y más jóvenes, con unos cuantos sirvientes viejos y leales y con una bolsa no muy pesada. Tampoco esta ciudad le recibió muy hospitalariamente. Consiguió

encontrar alojamiento para él y el resto de sus bienes y de su séquito en una posada, delante del mar. Pero si quería sobrevivir tenía que continuar viaje y cruzar la bahía hasta la India, es decir, tenía que pagar su pasaje y el de su puñado de acompañantes. Naturalmente cualquier capitán de buque exige siempre un fuerte precio para transportar a un fugitivo, sobre todo a un fugitivo tan desesperado como él, un rey que se ha dado a la fuga y que tiene a los mongoles conquistadores pisándole los talones. No sé qué

precio le pidieron, pero era más de lo que tenía.

Yo asentí con la cabeza y dije:

—Es decir, que intentó multiplicar lo poco que tenía. Recurrió a las casas de juego

del lugar.

—Sí, y como es bien sabido, la mala suerte persigue a los desafortunados. El rey jugó a

los dados y en cuestión de pocos días perdió todo lo que poseía: oro, joyas, ropas, pertenencias. Entre ellas supongo que perdió también el diente sagrado que estáis buscando, hermano mayor. Sus pérdidas fueron muy grandes y variadas. Su corona, sus viejos servidores, la reliquia de que habláis, sus ropas reales. Imposible saber cuáles fueron a parar a manos de residentes en Akyab y cuáles a marineros que luego zarparon de aquí.

—Vaj! —dije con tristeza.

—Al final el rey de Ava quedó reducido a su propia persona, y a la ropa que llevaba puesta en esta sala de juegos, y a la esposa que le esperaba abandonada en sus alojamientos delante del mar. Y aquel último y desesperado día de juego, el rey apostó

su propia persona. Ofreció convertirse en esclavo del ganador, si perdía. No sé quién aceptó la apuesta, ni cuánta riqueza ofreció a cambio de ganara un rey.

—Pero como es evidente, el rey perdió.

—Es evidente. En la sala de juego todos le despreciaban a pesar de haberlos enriquecido en no escasa medida, y entonces le despreciaron todavía más. Sin duda fruncieron los labios, cuando aquel hombre desolado dijo: «Mirad. Tengo una propiedad más aparte de mí. Tengo a una bella esposa bengalí. Sin mí, ella queda en la miseria. Lo mejor sería que le tocara en suerte un amo que la cuidara. Quiero apostar a mi esposa, doña Tofaa Devata, con una última tirada de dados.» Aceptaron la apuesta, echaron los dados, y perdió.

—Bien, éste fue el final —dije —. Todo perdido. También yo he tenido en esto mala suerte. Pero ¿dónde está el motivo de disputa?

—Tened paciencia, hermano mayor. El rey pidió un último favor. Pidió que antes de entregarse como esclavo le permitieran comunicar personalmente las tristes noticias a su señora. Incluso los jugadores son hombres de una cierta compasión. Le dejaron ir solo a la posada delante del mar. Y tuvo el honor suficiente para contar sin rodeos lo que había hecho a doña Tofaa, y le ordenó que se presentara a su nuevo amo en la sala de juegos. Ella se puso en marcha obediente, y el rey se sentó para comer su última cena como hombre libre. Se atracó de comida y bebida, ante la admiración del posadero, y continuó

pidiendo más comida y bebida. Y finalmente se volvió de color púrpura, sufrió un ataque de apoplejía y murió.

—Esto me contaron. ¿Qué pasó entonces? No veo que haya nada que discutir. El hombre que lo ganó continuaba siendo su propietario, con independencia de su estado.

—Tened un poco más de paciencia. Doña Tofaa se presentó como había ordenado su marido, en la sala de juegos. Dicen que los ojos del ganador se encendieron cuando vieron la categoría de la esclava que había ganado. Doña Tofaa es una mujer joven, una adquisición bastante reciente del rey. No es una reina con título, ni madre de un heredero, por lo tanto no constituye en absoluto una propiedad valiosa por su carácter real innato. Los cánones de belleza de esta ciudad no son los míos, pero algunos hombres la consideran guapa, y además astuta, y debo convenir que esto último es cierto. Porque cuando el nuevo amo de Tofaa alargó la mano para coger la suya, ella la retiró y se reservó un momento para dirigirse a todos los presentes en la sala. Sólo pronunció una frase, sólo formuló una pregunta: «¿Antes de que mi marido me apostara a mí, se había apostado a sí mismo y había perdido?»

Shaibani finalmente quedó callado. Esperé un momento y luego pregunté:

—¿Y bien?

—Bueno, ésta es la cuestión. Aquí se inició la disputa. Desde entonces la pregunta de doña Tofaa ha sonado y resonado por toda esta ciudad mal nacida, y no hay dos ciudadanos que puedan ponerse de acuerdo sobre la respuesta justa, y un magistrado discute con el siguiente e incluso los hermanos se enfrentan con sus hermanos y se pelean por las calles. Yo y mis tropas entramos no mucho después de lo que acabo de describir, y todos los litigantes pidieron a gritos que resolviéramos la disputa. Me es imposible: francamente estoy harto de ella y dispuesto a prender fuego a toda esta sucia ciudad, si vos no la resolvéis.

—¿Qué hay que resolver, sardar? —pregunté pacientemente —. Habéis dicho ya que el rey apostó su propia persona y la perdió antes de poner en juego a su esposa. Por lo tanto ambos están perdidos. Tanto si están muertos como si están vivos, tanto si les apetece como si no, pertenecen a los ganadores.

—¿Les pertenecen? ¿O más bien les pertenece ella, puesto que él ya ha pasado por su pira funeraria? Os corresponde a vos decidirlo, pero debéis prestar oído a todos los argumentos. Tengo detenida a la dama, esperando la resolución del caso. La tengo en una habitación de la planta superior. Puedo ordenar que la traigan y hacer venir también a todos los hombres que jugaban en la sala aquel día. Si aceptáis constituir un Cheng de un solo miembro, la ocasión os permitirá también investigar fácilmente el paradero del diente que buscáis.

—Tenéis razón. Muy bien, traedlos aquí. Y por favor, que venga Yissun, mi intérprete, para traducirlo todo.

Doña Tofaa Devata, cuyo nombre significaba Don de los Dioses, tampoco según mis cánones era bella. Tenía más o menos la edad de Huisheng, pero su cuerpo era lo bastante amplio para hacer dos Huishengs. Shaibani la había llamado bengalí, y evidentemente el rey de Ava la había importado del estado indio de Bengala, porque era típicamente hindú: piel de color marrón aceitoso, casi negro, con un semicírculo auténticamente negro debajo de cada ojo. Al principio pensé que se había puesto demasiado al-kohl, el cosmético para oscurecer los párpados, pero luego vi que casi todos los hindúes, tanto hombres como mujeres, poseían de modo natural esta decoloración poco agraciada en cada bolsa ocular. Doña Tofaa llevaba también una pintura roja como un sarampión sobre la frente, entre los ojos, y un agujero en una ventana de la nariz donde probablemente había llevado prendida una chuchería antes de que su marido se la jugara a los dados. Llevaba un traje que parecía consistir (y realmente consistía, como luego supe) en una única pieza de tela arrollada varias veces alrededor de su ancho cuerpo de modo que quedaban al descubierto sus brazos, un hombro y un rodete de carne untuosa de color marrón oscuro alrededor de la cintura. No era una desnudez parcial muy seductora, y la ropa era una tela chillona de muchos colores brillantes e hilos metálicos. Además la dama y su atavío ofrecían la impresión general de haber sufrido pocos lavados, pero atribuí esto galantemente a los duros tiempos que había sufrido últimamente. Yo podía encontrarla poco atractiva, pero no quería que este prejuicio afectara en nada mi sentencia.

En todo caso los demás litigantes, testigos, y consejeros presentes en la sala principal del sardar eran mucho menos atractivos. Pertenecían a varias razas mian, hindú, algunos eran aborígenes ava, quizá incluso algunos eran de la clase superior de los myama, pero no había ningún ejemplar escogido. Eran la pandilla habitual de vagos que se dedican a esquilmar a los marineros en las callejas portuarias de cualquier ciudad junto al mar. Casi volví a sentir pena por el pusilánime Rey Que Huyó, quien cayó de su trono para acabar entre compañía tan ruin como aquélla. Pero tampoco quería yo que el hecho de encontrar tan poco agradables a todos los participantes constituyera un prejuicio sobre el caso en disputa.

Me informaron sobre una norma legal vigente en aquellas regiones: el testimonio de una mujer tenía mucha menos consideración que el de un hombre. Hice, pues, una señal para que los hombres empezaran a hablar primero, y Yissun tradujo lo que dijo un feo personaje quien después de dar un paso al frente, declaró:

—Señor juez, el difunto rey puso en juego su libertad, yo hice una oferta que él aceptó y los dados rodaron a favor mío. Gané su persona, pero él más tarde me estafó dejándome sin ganancias cuando…

—Basta —dije —. Aquí sólo nos ocupamos de lo sucedido en la sala de juegos. Que hable ahora el hombre que jugó a continuación contra el rey.

Se adelantó un hombre, más feo todavía, y declaró:

—Señor juez, el rey dijo que tenía una última propiedad por ofrecer: esta mujer aquí

presente. Acepté la apuesta y los dados rodaron en favor mío. Desde entonces se ha discutido mucho y tontamente sobre…

—No nos ocupemos del después —lo interrumpí —. Continuemos con el orden de los acontecimientos. Creo, doña Tofaa Devata, que luego os presentasteis en la sala. Ella dio un pesado paso al frente, revelando que iba descalza y con los tobillos sucios, como los habitantes menos regios del puerto presentes en la habitación. Cuando empezó

a hablar, Yissun se inclinó hacia mí y murmuró:

—Marco, perdonad, pero no hablo ninguno de estos lenguajes indios.

—No importa —dije —. Éste lo entiendo yo.

Y era cierto pues ella no hablaba ninguna lengua india, sino el farsi de las rutas comerciales. Dijo:

—Sí, es cierto, me presenté en la sala…

Yo la interrumpí:

—Observemos el protocolo. Debéis dirigiros a mí como señor juez. Ella reprimió una demostración clara de rencor por recibir órdenes de un ferenghi de piel pálida y sin título. Pero se contentó con soltar un bufido regio, y empezó de nuevo.

—Me presenté en la sala, señor juez, y pregunté a los jugadores: «¿Antes de que mi querido marido apostara mi persona, se había apostado a sí mismo y había perdido?»

Porque si lo había hecho, comprenderéis señor que ya era esclavo, y según la ley los esclavos no pueden poseer propiedades. Por lo tanto él no podía poner en juego mi persona, pues yo no era suya, ni debo entregarme al ganador, y… Yo la detuve de nuevo, pero sólo para preguntarle:

—¿Cómo es que habláis farsi, señora?

—Pertenezco a la nobleza de Bengala, señor —dijo muy tiesa mirándome como si yo hubiese expresado algunas dudas al respecto —. Procedo de una noble familia mercantil de tenderos brahmanes. Soy una dama y como es lógico no me he rebajado nunca a aprender el oficio de vendedor, a leer ni a escribir. Pero hablo la lengua comercial de los farsi, aparte de mi bengalí nativo, y también la mayoría de las demás lenguas importantes de la Gran India: hindi, tamil, telugu…

—Gracias, señora Tofaa. Continuemos.

Había pasado tanto tiempo en las lejanas partes orientales del kanato, que me había olvidado de lo mucho que dominaba en el resto del mundo el farsi comercial. Pero era evidente que la mayoría de hombres en la habitación también conocían aquel idioma, porque trabajaban siempre con los marineros que pasaban por el puerto. En efecto, varios de ellos tomaron inmediatamente la palabra, con un clamor vociferante, aunque lo que pretendían decir era en definitiva lo siguiente:

—La mujer cavila y engaña. El marido tiene derecho legal a apostar a cualquiera de sus esposas en un juego de azar, del mismo modo que tiene derecho a venderla o a poner su cuerpo en alquiler o a divorciarse definitivamente de ella. Y otros, también a gritos, dijeron lo que aquí resumo:

—¡No! La mujer está en lo cierto. El marido se había entregado, por lo tanto había perdido todos sus derechos maritales. En aquel momento era un esclavo que aventuraba ilegalmente una propiedad que no era suya.

Levanté una mano de magistrado, la habitación calló y apoyé la barbilla sobre la mano en una postura de profunda meditación. En realidad no meditaba nada. No me consideraba en absoluto un Salomón de la jurisprudencia, ni un Draco ni un kan Kubilai de decisiones impulsivas. Pero me había pasado la infancia leyendo a Alejandro, y recordaba muy bien cómo deshizo el inextricable nudo gordiano. Sin embargo por lo menos fingiría que meditaba el caso. Mientras lo hacía, pregunté despreocupadamente a la mujer:

—Señora Tofaa, he llegado aquí buscando algo que llevaba vuestro difunto marido: el diente de Buda que cogió del templo de Ananda. ¿Estabais enterada de esto?

—Sí, señor juez. También se lo jugó, lamento decirlo. Pero puedo puntualizar que lo hizo antes de jugárseme a mí, o sea que para él yo valía más que una reliquia sagrada.

—Es evidente. ¿Sabéis quién ganó el diente?

—Sí, señor. El capitán de un bote chola dedicado a la pesca de perlas. Se lo llevó muy contento porque traería buena suerte a sus buceadores. Este barco zarpó hace varias semanas.

—¿Sabéis hacia dónde zarpó?

—Sí, señor juez. Las perlas sólo se encuentran en dos lugares. Alrededor de la isla de Srihalam y a lo largo de la costa de Chola-mandal en la Gran India. El capitán era de raza chola y sin duda regresó a esta costa de la región mandal de la tierra firme habitada por los cholas.

Los hombres de la habitación estaban murmurando y mascullando porque sin duda consideraban irrelevante aquella conversación, y el sardar Shaibani me dirigió una mirada suplicante. Yo los ignoré y dije a la mujer:

—Entonces debo suponer que el diente está en Chola mandal. Si estáis dispuesta a acompañarme allí como intérprete os ayudaré luego a regresar a vuestra mansión familiar de Bengala, vuestra patria.

Al oír esto los murmullos de los hombres alcanzaron un tono de auténtica rebelión. Tampoco la propuesta fue del agrado de doña Tofaa. Echó la cabeza hacia atrás, para poder mirarme desde la punta de la nariz, y dijo gélidamente:

—Me gustaría recordaros, señor juez, que mi posición no me permite aceptar empleos serviles. Soy noble de nacimiento, y viuda de un rey, y…

—Y esclava de aquel feo bruto —la interrumpí con firmeza —, si yo me inclino a su favor en este proceso.

Tuvo que tragarse su ampulosidad, tuvo literalmente que tragar saliva, y pasó de repente de la arrogancia al servilismo:

—Mi señor juez es un hombre tan dominante como mi querido y difunto marido. ¿Cómo podría una simple y frágil mujer joven resistir a un hombre tan majestuoso? Desde luego, señor, estoy dispuesta a acompañaros y a trabajar por vos. A ser vuestra esclava. Lo era todo menos frágil, y no me hizo gracia que me comparara al Rey Que Huyó. Pero me dirigí a Yissun y le dije:

—Mi decisión está tomada. Hazla pública a todos los presentes. La discusión se centra en la precedencia de las apuestas del difunto rey. Por lo tanto carece de importancia. Cuando el rey Narasinha-pati abdicó de su trono en Patán, cedió todos sus derechos, propiedades y pertenencias al nuevo gobernante, el rey Bayan. Todo lo que el difunto rey se gastó o malgastó o perdió aquí en Akyab era y continúa siendo propiedad legal del wang, representado aquí por el sardar Shaibani.

Cuando tradujeron esto, todos los presentes en la habitación incluyendo a Shaibani y Tofaa, quedaron con la boca abierta manifestando asombro y varios grados de pena, alivio y admiración. Yo continué:

—Todos los hombres de esta habitación saldrán acompañados Por una patrulla armada,

regresarán a su residencia o establecimiento comercial, y entregarán todos los tesoros saqueados. Cualquier vecino de Akyab que se niegue a cumplir la orden, o a quien después se le encuentren ocultos objetos de esta procedencia será ejecutado sumariamente. El emisario del kan de todos los kanes ha hablado. Temblad, todos los hombres, y obedeced.

Mientras los guardias sacaban y custodiaban a los hombres, que gemían y se lamentaban, doña Tofaa se echó de cara al suelo y quedó totalmente postrada ante mí, en el abyecto equivalente hindú de los saludos más tranquilos salaam o koutou, y

Shaibani se me quedó mirando con una especie de admiración, diciendo:

—Hermano mayor Marco Polo, sois un auténtico mongol. Y habéis avergonzado a este mongol por no haber pensado por sí mismo este golpe maestro.

—Podéis compensar el fallo —dije amablemente —. Buscad un navío y una tripulación de confianza para llevarme a mí y a mi nueva intérprete al otro lado de la bahía de Bengala.

—Luego me dirigí a Yissun —: No voy a arrastrarte hasta allí, Yissun, porque quedarías tan mudo como yo. Por lo tanto te relevo de tus deberes. Puedes presentarte de nuevo a Bayan o a tu antiguo comandante en Bhamo. Lamento quedarme sin tu ayuda, porque has sido un buen y firme compañero.

—Soy yo quien lamenta que os vayáis, Marco —dijo mientras sacudía tristemente la cabeza —. Estar de servicio en Ava ya es un destino bastante terrible. ¿Pero en la India…?

INDIA

Apenas había zarpado nuestro navío del muelle de Akyab cuando oí que Tofaa Devata me llamaba remilgadamente:

—Marco-wallah —y acto seguido empezó a establecer las normas de buena conducta para nuestro viaje conjunto.

Puesto que yo ya no era un señor juez, le había dado permiso para que se dirigiera a mí

con menos formalidad, y me contó que el sufijo hindú -wállah denotaba respeto y amistad a la vez. No le había dado permiso para sermonearme, pero la escuché

educadamente y hasta logré no reírme.

—Marco-wallah, debéis comprender que sería para ambos un grave pecado acostarnos juntos; y ante los ojos de los hombres y de los dioses sería algo terriblemente malvado. No, no pongáis esta cara de pena. Dejadme que os lo explique, y así os dolerán menos vuestros anhelos no correspondidos. Vuestra decisión judicial resolvió esa disputa allá

en Akyab, pero sin considerar los méritos de los argumentos en contra, por lo tanto esos argumentos deben aún tenerse en cuenta en nuestra relación. Por un lado, si mi querido marido difunto era todavía mi marido al morir, aún soy sati, a menos de que me case; o sea que cometeríais el peor de los pecados si os acostarais conmigo. Si, por ejemplo, allí

en la India nos sorprendieran en el acto de surata, os sentenciarían a hacer surata con una estatua de bronce llena de fuego y al rojo vivo representando a una mujer, hasta morir horriblemente chamuscado y encogido. Y luego, después de muerto, tendríais que habitar en el infierno llamado Kala, y sufrir sus fuegos y tormentos durante tantos años como poros hay en mi cuerpo. Por otro lado, si ahora soy técnicamente la esclava de ese ser de Akyab que me ganó a los dados, al acostaros conmigo, con su esclava, también os convertiríais legalmente en su esclavo. En cualquier caso, yo soy de la jad de los brahmanes, la más elevada de las cuatro divisiones, o jati, de la humanidad hindú, y vos no sois de ninguna jad, y por tanto sois inferior. De modo que al acostarnos,

desafiaríamos y profanaríamos el sagrado orden de las jad, y en castigo nos arrojarían a los perros amaestrados para devorar a tales herejes. Aunque quisierais violarme, arriesgándoos valientemente a sufrir esa muerte pavorosa, a mí también me considerarían profanadora y me someterían al mismo castigo horripilante. Si llegara a saberse en la India que metisteis vuestra linga en mi yoni, tanto si yo la introduje activamente como si me limité a abrirme pasivamente, ambos estaríamos en terrible

peligro y deshonra. Por supuesto yo no soy una kanya, una verde, inmadura e insípida virgen. Soy una viuda de cierta experiencia, por no decir talento y habilidad, y mi yoni es amplio, cálido y bien lubricado, por tanto no habría prueba física de nuestro pecado. Y quizá estos bárbaros marinos no se darían cuenta de lo que nosotros, personas civilizadas, podríamos estar haciendo en privado. O sea que probablemente en mi patria nunca se sabría que vos y yo nos habíamos deleitado en extásica surata aquí fuera, en las apacibles aguas del océano, bajo la luna acariciadora. Pero tenemos que dejarlo nada más tocar mi tierra natal, pues todos los hindúes son muy aficionados a husmear el mínimo tufillo de escándalo y en seguida ponen el grito en el cielo, insultan salazmente, exigen dinero para guardar silencio, aunque luego chismorrean y lo cuentan todo. Tofaa se había quedado sin aliento o había agotado los mil y un aspectos del tema, o sea que dije amablemente:

—Gracias por tus útiles instrucciones, Tofaa, y tranquilízate. Me atendré a las normas sociales.

—¡Oh!

—Te sugiero una única cosa.

—¡Ahí

—No llames a la tripulación marinos. Llámalos marineros u hombres de mar. El sardar Shaibani se había preocupado bastante por encontrarnos un buen barco, no un mugriento dinghi de cabotaje construido por hindúes, sino un sólido qurqur árabe de vela latina, un navío mercante que podía atravesar directamente la vasta bahía de Bengala en vez de tener que rodear su circunferencia. La tripulación estaba compuesta totalmente de unos cuantos hombres muy negros, nervudos, extraordinariamente pequeños, de una raza llamada malayu, pero el capitán era un árabe genuino, un experto lobo de mar. Conducía su barco hacia Hormuz, al lejano oeste en Persia, Pero cobrando había aceptado llevarnos a Tofaa y a mí hasta el Cholamandal. Era una travesía de unos tres mil li por mar abierto, sin tierra a la vista, la mitad del viaje más largo que había hecho yo hasta entonces: el de Venecia a Acre. Antes de partir el capitán nos advirtió de que la bahía podía devorar el barco. Solamente era transitable entre los meses de septiembre y marzo —nosotros la estábamos cruzando en octubre —porque sólo en esa temporada había vientos favorables, y el clima no era mortalmente cálido. Sin embargo, durante esa temporada, cuando la bahía se había dado ya un gran atracón de barcos que surcaban su superficie desde Levante a Poniente, a menudo desencadenaba un taifeng, una tormenta que los hacía zozobrar, los hundía, y se los tragaba a todos. Pero nosotros no encontramos tormentas, y el tiempo fue muy bueno excepto por las noches cuando una densa niebla oscurecía la luna y las estrellas, y nos envolvía en una lana húmeda y gris. Eso no entorpeció el ritmo del qurqur, porque el capitán podía guiarse por la aguja de su bussola, pero para los negros de la tripulación que dormían medio desnudos en cubierta debía de resultar terriblemente incómodo, ya que la niebla se

concentraba en el cordaje y goteaba constantemente transformada en un rocío frío y húmedo. Sin embargo, nosotros dos, los pasajeros, teníamos un camarote independiente en el que estábamos bastante cómodos y calientes, y además nos daban comida suficiente aunque no fueran exactamente banquetes; tampoco la tripulación nos atacó ni nos robó, ni siquiera nos molestó. El capitán musulmán, como es natural, despreciaba a

los hindúes más que a los mismos cristianos, se mantenía alejado de nuestra compañía y tenía a los marineros siempre ocupados, de manera que Tofaa y yo podíamos dedicarnos a nuestras propias diversiones. El hecho de que no tuviéramos ninguna, aparte de mirar distraídamente a los peces voladores que pasaban rozando las olas y a los delfines que retozaban entre ellas, no desanimaba a Tofaa, quien seguía platicando sobre las diversiones a las que no debíamos sucumbir.

—Mi estricta pero sabia religión, Marco-wallah, sostiene que hay más de un aspecto pecaminoso en acostarnos juntos. O sea que vos, pobre hombre frustrado, no sólo debéis apartar de vuestra mente la dulce surata. Además de la surata (la auténtica consumación física) hay otros ocho aspectos más. El menos grave de todos ellos es tan real y culpable como el abrazo de surata más apasionado, caluroso, sudoroso y agradable. El primero es smarana, o sea pensar en hacer surata. Luego viene kirtana, que es hablar sobre ello. Me refiero a hablar con un confidente, como vos podríais contarle al capitán el deseo apenas controlable que sentís hacia mí. Después keli, que es coquetear con el hombre o la mujer que uno quiere. Luego está prekshana, que significa espiar secretamente el kaksha de él o de ella (las partes inmencionables), por ejemplo lo que vos soléis hacer cuando yo me estoy bañando en el barreño detrás de la cubierta de popa. Luego está

guyabhashana, que es conversar sobre el tema, como vos y yo estamos haciendo tan arriesgadamente en este momento. Luego está samkalpa, que es la intención de hacer surata. Luego adyavasaya, que es decidirse a hacerlo. Luego está kriyanishpati, que es… bueno… hacerlo. Lo que nosotros no debemos hacer.

—Gracias por explicarme todas estas cosas, Tofaa. Me esforzare en reprimir incluso el malvado smarana.

—¡Oh!

Ella tenía razón al decir que yo espiaba frecuentemente su inmencionable kaksha, si era así como se llamaba, pero difícilmente lo hubiera podido evitar. El barreño que usábamos los pasajeros para bañarnos estaba, como ella había dicho, en la cubierta superior de popa. Lo único que Tofaa tenía que hacer como medida de intimidad mientras frotaba con la esponja sus partes bajas, era agacharse de cara a popa. Pero ella siempre parecía situarse mirando a proa, y hasta los temerosos malayu de la tripulación recordaban que en ese preciso momento tenían algo que hacer en la parte media del barco, desde donde podían mirar furtivamente hacia arriba cuando ella

abría las telas de su sari y separaba sus gruesos muslos y echaba agua del barreño a su horcajadura bien abierta y desvestida. Tenía allí una pelusa tan negra y espesa como la de las cabezas de aquellos negros, y quizá a ellos les inspiraba una lujuriosa smarana, pero a mí no. De todos modos, aunque en sí misma fuera repelente, al menos escondía lo que había dentro. Lo único que yo conocí de aquella parte era lo que Tofaa insistía en contarme.

—Por si acaso, Marco-wallah, os enamoráis de alguna bailarina nach cuando lleguemos a Chola, y desearais tener con ella una conversación tan coqueta y maliciosa como las que tenéis conmigo, os enseñaré las palabras que debéis decirle. Prestad atención. Vuestro órgano se llama litiga, y el de ella yoni. Cuando esa chica nach excite en vos un deseo salvaje, eso se llamará vyadhi, y vuestra tinga entonces se pondrá sthanu «el palo erguido». Si la chica corresponde a vuestro deseo su yoni abrirá sus labios para que entréis en su zanja. Esta palabra sólo significa «concha», pero espero que vuestra chica nach sea algo mejor que una concha. Mi propia zanja, por ejemplo, es más bien como una garganta, siempre hambrienta, casi famélica, y arroja saliva impaciente. No, no Marco-wallah, no me supliquéis que os deje sentir con vuestro dedo trémulo su vehemencia por estrechar y absorber. No, no. Somos personas civilizadas, es bueno que podamos estar juntos como ahora, mirando al mar y conversando amistosamente, sin vernos obligados a rodar por el suelo y a revolearnos haciendo surata sobre cubierta o

en vuestro camarote o en el mío. Sí, está bien que podamos mantener firmes las riendas de nuestras naturalezas animales, aun cuando hablemos con tanta franqueza y tan provocativamente, como lo hacemos ahora, sobre vuestro ardiente linga y mi anhelante yoni.

—Me gusta —dije pensativo.

—¿Os gusta?

—Me gustan las palabras. Linga suena vigoroso y erecto. Yoni suena suave y húmedo. Debo reconocer que nosotros, en Occidente, no damos a estas cosas nombres tan bellamente expresivos. Yo soy una especie de coleccionista de idiomas, sabes. No de una manera erudita, sólo para mi propio uso y provecho. Me gusta que me enseñes todos esos nombres nuevos y exóticos.

—¡Oh! ¡Sólo las palabras!

Pero yo no podía soportarla demasiado rato seguido. O sea que me marché y busqué al solitario capitán árabe y le pregunté qué sabía de los buscadores de perlas de Cholamandal, y si los encontraríamos a lo largo de la costa.

—Sí —dijo con un bufido —. Según las despreciables supersticiones de los hindúes, las ostras (los reptiles, como ellos las llaman) suben a la superficie del mar en abril, cuando las lluvias comienzan a caer, y cada reptil abre su concha y atrapa una gota de

lluvia. Después vuelve a posarse en el fondo del mar y allí lentamente endurece la gota de lluvia hasta convertirla en una perla. Eso dura hasta octubre, de modo que es ahora cuando los buceadores descienden. Llegaréis justamente cuando estén recogiendo los reptiles y las gotas de lluvia solidificadas.

—Curiosa superstición —dije —. Toda persona educada sabe que las perlas se forman alrededor de granos de arena. De hecho, en Manzi los han puede que pronto no tengan que sumergirse para buscar perlas marinas, pues recientemente han aprendido a culti-varlas en mejillones de río, introduciendo en cada molusco un grano de arena.

—Contad eso a los hindúes, si podéis —gruñó el capitán —. Tienen cerebros de moluscos. A bordo de un barco, era imposible evitar a Tofaa mucho tiempo. La siguiente vez que me encontró vagando junto a la borda me acorraló inclinando su considerable mole mientras proseguía mi educación sobre temas hindúes.

—También deberíais aprender, Marco-wallah, a mirar con ojos conocedores a las bailarinas nach y a comparar su belleza, para enamoraros sólo de la más bella. Podríais hacerlo mejor comparándolas mentalmente con lo que habéis visto de mí; pues yo cumplo con todos los cánones de belleza en una mujer hindú, que son los siguientes: las tres y las cinco, cinco, cinco. Lo cual significa en su debido orden que una mujer debería tener tres cosas profundas: su voz, su entendimiento y su ombligo. Ahora bien, yo no soy, por supuesto, tan habladora como la mayoría, chicas atolondradas que no han alcanzado aún la dignidad y la reserva; pero las veces que he hablado estoy segura de que habéis observado que mi voz no es chillona y de que mis palabras están llenas de un profundo entendimiento femenino. Respecto a mi ombligo… —Bajó la cinturilla de su sari y de ahí salió una protuberancia de carne marrón oscuro —. Mirad. Podríais esconder vuestro corazón en este profundo ombligo, ¿no es cierto? —extrajo con los dedos una vieja y enmarañada pelusa que ya se había escondido allí y continuó diciendo —: Luego hay cinco cosas que deben ser finas y delicadas: la piel de una mujer, su cabello, sus dedos de la mano, los del pie y sus articulaciones. Seguro que en mí no podéis hallar ningún fallo por ninguno de estos atributos. Luego están las cinco cosas que deben tener un saludable y brillante color rosa: las palmas de las manos, las plantas de los pies, la lengua, las uñas y el rabillo de los ojos. —Entonces realizó ante mí toda una demostración atlética: sacó la lengua, flexionó los talones, exhibió las palmas, tiró de las hollinosas bolsas que rodeaban sus ojos para mostrarme los puntitos rojos de los

rabillos, y cogió cada uno de sus mugrientos pies para enseñarme sus plantas, curtidas pero bastante más limpias.

—Finalmente hay cinco cosas que deben tener una curvatura pronunciada: los ojos de una mujer, su nariz, sus orejas, su cuello y sus pechos. Ya habéis visto y admirado en mí

todas estas partes excepto mis senos. Miradme ahora —Se desató la parte superior de su sari y desnudó unos pechos en forma de almohada de color marrón oscuro, y abajo, en algún lugar de la cubierta, un malayu profirió una especie de angustiado relincho —. Están en efecto muy arqueados y juntos el uno al otro, como abubillas anidadas; no hay espacio entre ellos. Son los pechos hindúes ideales. Si introducís una hoja de papel en esa estrecha hendedura, se quedará allí. Y respecto a meter en ella vuestra linga, bueno, ni siquiera se considera, pero imaginad la sensación que produciría en vuestro miembro este estrecho, blando y cálido envoltorio. Y fijaos en los pezones, son como pulgares, y sus halos como platillos, y negros como la noche sobre la piel dorada de color cervato. Cuando examinéis a vuestra chica nach, Marco-wallah, mirad detenidamente sus pezones y dadles un húmedo lametazo, porque muchas mujeres tratan de engañar oscureciéndolos con al-kohl. Yo no. Estas exquisitas aréolas son naturales, y me las dio Vishnu el Preservador. Y no fue casual que mis nobles padres me llamaran Don de los Dioses. Yo florecí a los ocho años, y a los diez era una mujer, y a los doce una mujer casada. Ah, mirad cómo se dilatan los pezones, se debaten y se yerguen, aunque sólo los toque vuestra devoradora mirada. Imaginaos cómo deben reaccionar cuando realmente los toquen y acaricien. Pero no, no, Marco-wallah, ni soñéis en tocarlos.

—Muy bien.

Se cubrió de nuevo con bastante desgana, y los numerosos malayu que se habían congregado detrás de las camaretas más cercanas y de otros objetos se dispersaron y volvieron a sus tareas.

—No enumeraré —dijo Tofaa fríamente —los requisitos hindúes de belleza masculina, Marco-wallah, puesto que vos, por desgracia, no los cumplís. Ni siquiera sois guapo. Las cejas de un hombre guapo se unen sobre el puente de su nariz, y su nariz es larga y colgante. La nariz de mi querido marido difunto era tan larga como su pedigrí real. Pero como digo, no pasaré lista a vuestras deficiencias. No sería propio de una dama.

—Por favor, Tofaa, comportaos como una dama.

Tofaa quizá era una belleza para los cánones hindúes (en realidad lo era, como me dijeron a menudo después llenos de admiración algunos hindúes que envidiaban abiertamente mi compañía), pero no creo que ningún otro pueblo la hubiese considerado aceptable, aparte tal vez de los mien o de los bho. A pesar de sus abluciones diarias, muy visibles y presenciadas, Tofaa nunca quedaba limpia del todo. Llevaba siempre aquel sarampión en la frente, claro, y una escamilla gris alrededor de los tobillos y una cuajada de un gris más oscuro entre los dedos de los pies. Ahora bien, no puedo decir que el resto de su cuerpo, desde el sarampión a la cuajada, estuviera realmente incrustado en suciedad, al estilo de los mien y de los bho; sólo digo que siempre se veía sucio.

En Pagan, Huisheng siempre había ido descalza al estilo de los Ava, y Arun lo había hecho toda su vida, e incluso después de patearse todo un día las polvorientas calles de la ciudad, sus pies siempre estaban, incluso antes del baño, limpios y dulces, invitando a que los besaran. Yo sinceramente no podía entender cómo se las arreglaba Tofaa para tener siempre sus pies tan sucios, especialmente allí, en el mar, donde no había nada que los ensuciara aparte de brisas frescas y brillante rocío. Probablemente aquella mugre tenía algo que ver con el aceite de nuez indio con el que cubría toda su piel visible después de cada lavado diario. Su querido difunto marido le había dejado muy pocas pertenencias personales, apenas un frasco de cuero con el aceite de nuez, y una bolsa de

piel que contenía unas cuantas astillas de madera. Yo, su patrón, le había comprado, por propia iniciativa, un nuevo vestuario de telas de sari y otros artículos necesarios. Pero ella creyó que las bolsas de cuero eran imprescindibles también y se las llevó consigo. Ya me había dado cuenta de que el aceite de nuez indio servía para que ella brillara de aquel modo grasiento y poco atractivo. Pero no tenía ni idea del posible uso de las astillas de madera; hasta que un día, al ver que a la hora de comer no había salido de su camarote, llamé a su puerta y me dijo que entrara.

Estaba agachada en su impúdica posición de baño, y de cara a mí, pero su pilosidad quedaba escondida por un pucherito de cerámica que apretaba contra su horcajadura. Antes de que yo pudiera disculparme y volver a salir del camarote, ella tranquilamente separó de su cuerpo el puchero. Era exactamente como una tetera, y el pitorro salió de entre sus pelos resbalando pegajosamente por las secreciones. Eso hubiera bastado para sorprenderme, pero aún me sorprendió más que del pitorro estuviera saliendo humo azul. Sin duda Tofaa había metido en el puchero algunas de aquellas astillas de madera, las había encendido y se había hincado dentro el pitorro humeante. Yo había visto antes a otras mujeres hacerse cosas, y con una variedad de objetos, pero nunca con humo, y así se lo dije.

—Las mujeres decentes no se hacen cosas —dijo ella en tono reprobador —, para eso están los hombres. No, Marco-wallah, la delicadeza del interior de una persona es más deseable que cualquier simple apariencia exterior de limpieza. La aplicación de humo de madera de nim es una antigua y pulcra práctica nuestra, de las refinadas mujeres hindúes, y yo lo hago en atención a vos, aunque apenas lo apreciéis. Para mí, francamente, había poco que apreciar en aquella situación: una hembra rolliza, grasienta, de color marrón oscuro agachada en el suelo del camarote con las piernas desvergonzadamente separadas, mientras el humo azul atrapado en su interior rezumaba indolentemente de entre su espeso pelaje. Yo podía haberle comentado que un cierto cuidado en su exterior aumentaría las posibilidades de atraer a alguien más cerca de su interior, pero callé caballerosamente.

—El humo de madera de nim es un preventivo contra los embarazos no deseados — continuó diciendo —. También da fragancia y sabor a mis partes, a mi kaksha, por si alguien mete allí su hocico o lo mordisquea. Por eso lo hago. Tomo esta precaución

de administrarme el humo de la madera de nim cada día por si alguna vez vuestras pasiones animales os dominaran, Marco-wallah, y me agarrarais contra mi voluntad, a pesar de mis súplicas, y os abalanzarais sobre mí sin darme tiempo a prepararme, e introdujerais a la fuerza vuestro rígido sthanu en mis castas pero débiles defensas.

—Tofaa. Me gustaría que lo dejaras.

—¿Queréis que lo deje? —Sus ojos se dilataron, y lo mismo debió de sucederle a su yoni, porque una voluminosa humareda azul salió repentinamente de allí dentro. —¿Queréis que tenga hijos vuestros?

—Gésu. Quiero que cese esta eterna preocupación por los asuntos de debajo de la cintura. Te contraté para que fueras mi intérprete, y tiemblo con sólo imaginar las palabras que puedas decir en nombre mío. Pero en este momento, Tofaa, el mar está

rociando y salando nuestro arroz y nuestra carne de cabra. Ven, pero ponte algo en tu otro extremo.

Entonces yo realmente creía que al elegir a una mujer hindú como traductora en la India había elegido, desgraciadamente, a un ejemplar muy poco agraciado, sin mucho seso, y patético. No lograba comprender cómo se había convertido en la consorte de un rey, pero ahora simpatizaba más que nunca con aquel hombre, y pensaba que ya entendía mejor por qué había sacrificado un reino y su propia vida. Pero aquí sólo he mencionado algunos de los atributos poco atractivos de Tofaa, sólo unos cuantos, y he

dado algunos ejemplos de su fatua garrulidad, sólo unos pocos, para de este modo hacerla visible y audible en todo su horror. Si hago esto es porque al llegar a la India descubrí aterrorizado que Tofaa no era una anomalía. Era una hembra hindú adulta puramente típica y normal. De entre una multitud de mujeres hindúes, por muy variadas que fuesen las clases o jati, yo difícilmente podía haber distinguido a Tofaa. Y lo que es peor, descubrí que las mujeres eran inconmensurablemente superiores a los hombres hindúes.

A lo largo de mis viajes había conocido muchas otras razas y naciones antes de visitar las de la India. Había llegado a la conclusión de que los restos mien de los bho de To-Bhot tenían que ser las razas más ínfimas de la humanidad, pero me había equivocado. Si los mien representaban el nivel del suelo en relación a los hombres, los hindúes eran sus galerías de lombrices. En alguno de esos países en los que había vivido o que había visitado anteriormente, no pude evitar ver que algunos pueblos despreciaban o detestaban a otros: por sus idiomas distintos, por su menor refinamiento, o su inferior clase social o sus peculiares sistemas de vida, o por la religión que elegían. Pero en la India no pude evitar ver que todo el mundo despreciaba y detestaba a todos los demás y por todas estas razones.

Intentaré ser lo más justo posible. He de decir que desde el principio cometía un

pequeño error al considerar a todos los indios hindúes. Tofaa me informó de que

«hindú» era sólo una variante del nombre «indio» especialmente aplicada a los indios que practicaban la religión hindú del Sanatana Dharma, o del Deber Eterno. Estos indios preferían darse el altisonante nombre de «brahmanistas», en honor a Brahma, el Creador, el principal de los tres dioses (los otros dos eran Vishnu, el Preservador, y Siva, el Destructor) que presidían una innumerable multitud de dioses. Otros hindúes habían elegido a algún dios menor de entre esta multitud: Varuna, Krishna, Hanuman, o cualquier otro, tenían más devoción por aquel dios elegido y por tanto se consideraban superiores al común de los hindúes. Gran parte de la población había adoptado la religión hindú que se filtraba desde el norte y el oeste, y muy pocos indios practicaban aún el budismo. Esa religión, después de originarse en la India y difundirse fuera del país, casi se había extinguido en su propia tierra, posiblemente porque imponía la limpieza. Otros indios tenían otras religiones, sectas o cultos: Jaina, Sikh, Yoga, Zarduchi. Sin embargo, el pueblo indio, en toda su numerosísima diversidad, confusión y sobreposición de fes, mantenía una sagrada característica común: los partidarios de cada religión despreciaban y detestaban a los partidarios de todas las demás. A los indios tampoco les gustaba mucho que se les agrupara bajo el nombre de

«indios». Eran una burbujeante y heterogénea caldera de razas distintas, o eso decían. Estaban los cholas, aryanes, sindis, bhils, bengalíes, y no sé cuántos más. Los indios de color marrón más claro se llamaban a sí mismos blancos, y decían que sus antepasados tenían pelo rubio y ojos claros y procedían de algún lejano lugar hacia el norte. Si eso alguna vez fue cierto, desde entonces se habían producido tantos cruces que a lo largo de los siglos, los tonos marrones más oscuros y negros de las razas del sur habían predo-minado como si echamos barro en la leche, y ahora en todos los indios sólo había tonos y matices de marrón fangoso. Ninguno de ellos podía enorgullecerse de su color, y las insignificantes diferencias de tono servían sólo como un elemento más de su mutuo desprecio. Los de color marrón más claro se burlaban de los marrones más oscuros, y éstos de los incontestablemente negros.

Además, según su raza, tribu, linaje familiar, lugar de origen y de residencia habitual, los indios hablaban ciento setenta y nueve lenguas distintas, apenas comprensibles entre sí, y los hablantes de cada una de ellas consideraban que la suya era la lengua verdadera y santa (aunque pocos se preocupaban siquiera de aprender a leerla y a escribirla, en

caso de que tuviera realmente escritura o caracteres o alfabeto con que escribir, cosa poco frecuente), y los hablantes de cada lengua verdadera despreciaban y vilipendiaban a quienes hablaban una falsa lengua, es decir, cualquiera de las ciento setenta y ocho restantes.

Todos los indios, cualquiera que fuese su raza, religión, tribu o lengua, se sometían sin resistencia alguna a un orden social impuesto por los brahmanistas. Era el orden

de las jatis, que dividía a las personas en cuatro rígidas clases con un enorme resto de descartados. Fueron los sacerdotes brahmanes quienes hace mucho tiempo inventaron las jati, y naturalmente eran sus propios descendientes quienes ahora constituían la clase superior, llamada de los brahmanes. Después estaban los descendientes de antiguos guerreros, muy antiguos, pensé, ya que no vi a ningún hombre que pudiera dar la imagen aproximada de un guerrero. Luego los descendientes de antiguos comerciantes, y finalmente los descendientes de antiguos y humildes artesanos. Éstos constituían la casta inferior, pero estaban también los descartados, los paraiyar, los «intocables», que no podían aspirar a jati alguna. Un hombre o una mujer nacido en cualquiera de las jati no podía unirse a una persona nacida en otra superior, y por supuesto no quería hacerlo con alguna de una jati inferior. Los matrimonios, las alianzas, y las transacciones comerciales se realizaban sólo entre jatis del mismo nivel; de este modo las clases se perpetuaban eternamente, y era tan imposible subir a un nivel superior como alcanzar las nubes. Mientras tanto, los paraiyar no se atrevían siquiera a proyectar su profanadora sombra sobre alguien perteneciente a una jati.

Nadie en la India, a excepción, supongo, de un hindú de la clase de los brahmanes, estaba satisfecho con la jati en que le había tocado nacer. Todas las personas que conocí

de alguna jati inferior tenían mucho interés en contarme que sus antepasados habían pertenecido, tiempo atrás, a una clase mucho más noble, y que la influencia, la astucia o la brujería de algún enemigo los había degradado inmerecidamente. Sin embargo, todos se enorgullecían de pertenecer a un orden superior al de cualquier otro, aunque sólo fuese de los viles paraiyar. Y cualquiera de éstos podía siempre señalar burlonamente a algún paraiyar aún más miserable e inferior que él. Lo más despreciable del orden de las jati no era que existiera, y que hubiera existido durante siglos, sino que todos los que vivían atrapados en sus redes, no sólo los hindúes sino hasta la última alma de la India, permitieran voluntariamente su continuidad. Cualquier otra persona, con una mínima chispa de valentía, de sentido común y de respeto hacia sí mismo, las hubiera abolido hacía tiempo, o hubiera muerto en el intento. Los hindúes no lo habían intentado nunca, y no observé síntoma alguno de que fueran a hacerlo.

No es imposible que incluso pueblos tan degenerados como los bho y los mien se hayan perfeccionado en estos últimos años desde que yo estuve por última vez entre ellos, y se hayan convertido, ellos y su país, en algo medianamente decente. Pero, por los informes sobre la India que he recibido de otros viajeros en estos últimos años, allí no ha cambiado nada. Todavía hoy, si a un hindú le molesta pertenecer a una de las heces de la humanidad, para sentirse mejor sólo tiene que buscar a su alrededor otro hindú al cual se considere superior, y eso ya le satisface.

Para mí hubiera sido farragoso tratar de identificar a cada persona que conocí en la India según todos sus títulos de raza, religión, jati y lengua (uno de ellos podía ser simultáneamente chola, jainista, brahmán, y hablar en tamil); en cualquier caso, el

conjunto de la población estaba sometido al orden hindú de las jatis, por lo cual yo seguí considerándolos indiscriminadamente a todos ellos hindúes, y los seguí llamando a todos hindúes, y aún lo hago. Si a la quisquillosa doña Tofaa le parecía un nombre impropio y despectivo, a mí no me lo parecía ni me preocupaba. Podían ocurrírseme numerosos epítetos más adecuados y mucho peores.

2

Cholamandal era la costa más terrible y poco seductora que había visto hasta entonces desde un navio. En toda su longitud, el mar y la tierra se fundían de modo simple e indistinto y formaban llanuras costeras que sólo eran marismas llenas de cañas, de malas hierbas y de miasmas, producto de una multitud de riachuelos y arroyos que llegaban perezosamente desde el lejano interior de la India. La fusión de tierra y agua era tan paulatina que los navíos se veían obligados a echar anclas a unos tres o cuatro li dentro de la bahía, donde hubiera suficiente calado para la quilla. Tocamos tierra en un pueblecito llamado Kuddalore, donde encontramos una abigarrada flota de barcos de pesca y de pescadores de perlas ya anclados y unos cuantos botes que transportaban sus tripulaciones y cargas de un lado a otro desde el punto de anclaje hasta el pueblecito casi invisible del interior, atravesando las fangosas llanuras. Nuestro capitán maniobraba hábilmente su qurqur entre la flota mientras Tofaa, inclinada sobre la barandilla, miraba con atención a los hindúes que iban a bordo de estos navíos, y de vez en cuando les hacía preguntas a voz en grito.

—Ninguno de éstos es el barco perlero que estaba en Akyab —me informó finalmente.

—Bueno —dijo el capitán, dirigiéndose también a mí —, esta costa perlera de Cholamandal tiene sus buenos trescientos farsajs de norte a sur, o si preferís, más de dos mil li. Supongo que no vais a proponerme que cruce de arriba a abajo toda su longitud.

—No —dijo Tofaa —. Creo, Marco-wallah, que deberíamos ir hacia el interior hasta la capital chola más próxima que es Kumba-konam. Todas las perlas son de propiedad real, y al final todas van a parar al raja; quizá él pueda indicarnos más fácilmente dónde se encuentra el pescador que buscamos.

—Muy bien —le dije, y dirigiéndome al capitán añadí —: Si llamáis a un bote para que nos acerque a la costa, os dejaríamos aquí, agradeciéndoos mucho la buena travesía que hemos tenido. Salam aleikum.

Atravesamos el agua salobre de la bahía en un bote impulsado por remos por un escuálido hombrecito negro, quien luego nos condujo a través de las fétidas marismas hacia la alejada Kuddalore empujando su bote con una pértiga. Entonces pregunté a Tofaa:

—¿Qué es un raja? ¿Un rey, un wang, o qué es?

—Un rey —respondió ella —. Dos o trescientos años atrás, reinó el rey mejor, más fiero y más sabio que ha habido nunca en el reino Chola, y se llamaba rey Rajaraja, el Grande. Por eso, desde entonces, como tributo a él y con la esperanza de emularle, los gobernantes de Chola, y también de la mayoría de las demás naciones indias, han adoptado su nombre como título de majestad.

Desde luego no era una apropiación infrecuente, ni siquiera en nuestro mundo occidental. César había sido originalmente un apellido romano, pero se convirtió en el título de un cargo de poder, y en la forma de Kaiser continúa siéndolo para los gobernantes del más reciente sacro imperio romano, y con la forma de Zar lo utilizan los insignificantes gobernantes de las numerosas y triviales naciones eslavas. Pero pronto descubriría que a los monarcas hindúes no les bastó con apropiarse el nombre del antiguo Raja, eso en sí mismo no era suficientemente pretencioso, y tuvieron que elabo-rarlo y adornarlo para aparentar aún más realeza y majestad. Tofaa continuó:

—Este reino chola antiguamente era inmenso, poderoso y unificado. Pero el último gran raja murió algunos años atrás, y desde entonces ha sido fragmentado en numerosos

mándalas, los cholas, los chera y los pandya, cuyos rajas menores se pelean por poseer todo el país.

—¡Que les aproveche! —refunfuñé mientras desembarcábamos en el muelle de Kuddalore.

Me parecía como si estuviéramos entrando en algún pueblecito mien desde el río Irawadi. No es preciso que describa más Kuddalore.

Había en ese muelle un grupo de hombres farfullando y gesticulando mientras formaban corro alrededor de un gran objeto mojado, extendido sobre los tablones. Me acerqué a mirarlo y vi que sin duda era la presa de algún pescador. Era un pescado muerto, o al menos hedía como un pescado, aunque haría mejor en llamarlo criatura marina, pues era más grande que yo, y no se parecía a nada de lo que yo había visto hasta entonces. La mitad inferior de su cuerpo era decididamente la de un pez, y terminaba en una cola de pescado como un creciente. Pero no tenía aletas ni escamas ni agallas. Estaba cubierto por una piel curtida, como la de delfín, y la parte superior del cuerpo era muy curiosa. En lugar de las aletas tenía una especie de muñones como brazos que terminaban en apéndices parecidos a patas palmeadas. Lo más notable es que tenía en su tórax dos inmensos pero inconfundibles pechos, muy parecidos a los de Tofaa, y su cabeza recordaba ligeramente a la de una vaca muy fea.

—En nombre de Dios, ¿qué es esto? —pregunté —. Si no fuera tan asqueroso y horrible casi creería que es una sirena.

—No es más que un pez —dijo Tofaa —. Nosotros le llamamos duyong.

—Entonces, ¿por qué tanta agitación por un simple pez?

—Algunos de estos hombres pertenecen a la tripulación del barco que lo arponeó y lo trajo hasta aquí. Los demás son pescadores que quieren comprar porciones para luego venderlas. Aquel que va bien vestido es el juez del pueblo. Está pidiendo juramento y declaraciones.

—¿Para qué?

—Ocurre lo mismo cada vez que pescan uno. Antes de perderlo, los pescadores deben jurar que ninguno de ellos hizo surata con el duyong de camino a la costa.

—Quieres decir… ¿copular sexualmente con eso? ¿Con un pez?

—Lo hacen siempre, aunque después juren que no lo hicieron. —Se encogió de hombros y sonrió con indulgencia —. Los hombres, ya se sabe.

En muchas ocasiones posteriores tendría motivos para lamentar mi inclusión en el género que comprendía también a los machos hindúes, pero ésta fue la primera vez. Me puse a caminar trazando un amplio círculo alrededor del duyong y de los hombres, y luego continué por la calle principal de Kuddalore. Todas las rollizas mujeres del pueblo vestían el sari enrollado que cubría adecuadamente la mayor parte de su suciedad corporal, excepto donde quedaba visible el rollo carnoso del vientre. Los hombres, escuálidos, aunque tenían menos que enseñar, lo mostraban también, pues no llevaban más que un tulband descuidadamente enrollado y un pañal suelto, grande y holgado llamado dhoti. Los niños no llevaban nada más que aquel sarampión pintado en la frente.

—¿Hay aquí algún caravasar —pregunté a Tofaa —o como quiera que lo llaméis, en donde podamos alojarnos mientras nos preparamos para seguir el viaje?

—Dak bangla —dijo ella —. Casa de descanso del viajero. Preguntaré. Tofaa extendió la mano bruscamente, agarró el brazo de un pasajero y le espetó una pregunta. Él no se lo tomó a mal, como habría hecho un hombre en cualquier otro país si una mujer cualquiera se le acercara tan descaradamente. En vez de eso, casi se asustó

y al responder habló en tono sumiso. Tofaa dijo algo que sonaba como una especie de acusación, y él contestó aún más débilmente. La conversación continuó en este tono,

ella casi gritando, él finalmente casi lloriqueando. Yo los contemplaba admirado y por fin Tofaa me explicó el resultado.

—No hay dak bangla en Kuddalore. Vienen muy pocos forasteros, y menos aún tienen interés en pasar siquiera una noche. Es típico de los humildes chola. En mi Bengala natal nos hubieran recibido con más hospitalidad. No obstante, este

desgraciado se ofrece a alojarnos en su propia casa.

—Bueno, eso es bastante hospitalario, ¿no? —dije yo.

—Pide que le sigamos hasta allí y que esperemos un momento hasta que él haya entrado. Entonces tenemos que llamar a la puerta y él abrirá y nosotros le pediremos cama y comida, y él nos lo negará groseramente.

—No entiendo nada.

—Es la costumbre. Ya veréis.

Volvió a hablar con el hombre, y éste se marchó con una especie de trote ansioso. Nosotros le seguimos, abriéndonos paso entre los cerdos, las aves, los niños, los excrementos y otros desperdicios de la calle. Al ver dónde tenían que vivir los residentes de Kuddalore (las casas no eran más sólidas y elegantes que una cabaña mien de la jungla de Ava), agradecí bastante que no hubiese un dak bangla para nosotros, puesto que cualquier lugar reservado sólo para los pasajeros habría sido una auténtica pocilga. La residencia de nuestro anfitrión no era mucho mejor que una pocilga construida con ladrillos de barro y cubierta con excrementos de vaca, como com-probamos cuando nos detuvimos fuera y él desapareció en su oscuro interior. Después de una breve espera, como nos había dicho, Tofaa y yo subimos hasta la chabola y ella golpeó la desvencijada puerta. Lo que sucedió a partir de entonces, lo cuento tal como Tofaa me lo tradujo después.

En el quicio de la puerta apareció el mismo hombre y echó la cabeza hacia atrás para dirigir su nariz hacia nosotros. Esta vez Tofaa se dirigió a él con un murmullo servil.

—¿Qué? ¿Forasteros? —voceó tan fuerte que se le hubiera podido oír desde el muelle de la bahía —. ¿Peregrinos de paso? ¡No, aquí por supuesto que no! A mí no me importa, señora, que usted sea de la jati de los brahmanes! Yo no doy cobijo al primero que llama a mi puerta, y no voy a permitir que mi mujer…

No sólo se interrumpió a medio bramido, sino que desapareció totalmente arrinconado detrás de la puerta que se abría, y empujado a un lado por un carnoso brazo marrón oscuro. Una carnosa mujer de color marrón oscuro apareció en su lugar, nos sonrió y nos dijo con una dulzura almibarada:

—Sois viajeros, ¿no? ¿Y buscáis cama y comida? Bien, entrad, entrad. No hagáis caso a este gusano de marido. Le gusta hacerse el gran señor, pero sólo cuando habla. Pasad, pasad.

Así que Tofaa y yo arrastramos nuestros equipajes hasta el interior de la casa, y allí nos enseñaron el dormitorio donde debíamos dejarlo. La habitación, rebozada con boñigas de vaca, estaba totalmente ocupada por cuatro camas, parecidas a las hindora que había encontrado en otros lugares, pero no tan buenas. La hindora era un jergón

colgado con cuerdas del techo, pero este tipo, llamado pa-lang, era una especie de tubo de tela rajado, como un saco abierto longitudinalmente, anudado por cada extremo a las paredes y que oscilaba libremente. Dos de los palangs sostenían un enjambre de chiquillos desnudos de color marrón oscuro, pero la mujer los echó de ahí con tan poca delicadeza como había echado a su marido, y dio por sentado que Tofaa y yo dormiríamos allí en la misma habitación que ellos dos.

Regresamos a la otra de las dos habitaciones de la cabaña y la mujer sacó a los niños también de allí y los echó a la calle mientras nos preparaba una comida. Cuando nos alargó a cada uno una tabla de madera, reconocí de qué comida se trataba, o mejor

dicho, reconocí que era prácticamente la misma salsa de kari más bien mucosa que había tomado, hacía mucho tiempo, en las montañas de Pai-Mir. Kari era el único nombre nativo que podía recordar de aquel lejano viaje en compañía de otros hombres de raza chola. Por lo que yo recordaba, aquellos hombres de color marrón oscuro habían demostrado al menos un poquito más de hombría que mi actual anfitrión. Sin embargo, no iban acompañados de mujeres chola.

El hombre de la casa y yo, como no podíamos conversar, nos pusimos de cuclillas uno al lado de otro a comer nuestro poco apetitoso plato y a dirigirnos de vez en cuando educados gestos con la cabeza. Yo debía de parecer un zerbino tan aplastado y maltratado como él, pues los dos sin decir nada mordisqueábamos nuestra comida como ratoncitos, mientras las dos mujeres charlaban y vociferaban intercambiando comentarios, según me informó Tofaa después, sobre la utilidad general de los hombres.

—Es bien cierto —comentaba la mujer de la casa —que un hombre es sólo un hombre cuando está rebosante de ira, cuando no soporta sumisamente la humillación. Pero, ¿hay algo más despreciablemente lastimoso —dijo agitando su tabla de comida para señalar a su marido —que un hombre débil indignado?

—Es bien cierto —intervino Tofaa —que un charco pequeño se llena fácilmente, como las patas delanteras de un ratón, y del mismo modo a un hombre insignificante se le satisface fácilmente.

—Yo estuve primero casada con un hermano de éste —dijo la mujer —. Cuando enviudé, cuando los compañeros de mi marido lo trajeron a casa muerto (lo aplastó en la propia cubierta, según dijeron, un duyong recién pescado que aún se debatía) debí de haberme comportado como una auténtica sati y haberme arrojado yo misma a la pira funeraria. Pero era aún joven y sin hijos, así que el sadhu del pueblo insistió en que me casara con este hermano de mi marido y tuviera hijos para continuar el linaje de la familia. ¡Ah, en fin, aún era joven!

—Es bien cierto que una mujer nunca envejece de cintura hacia abajo —observó Tofaa con una risita salaz.

—Sí, es cierto —dijo la mujer con una risita lúbrica —. También es cierto que no pueden meterse demasiados troncos en un fuego, ni en una mujer demasiados sthanu. Los dos se rieron lascivamente durante un rato. Luego Tofaa dijo agitando su tabla para señalar a los niños congregados en el quicio de la puerta:

—Al menos es fértil.

—También lo es un conejo —refunfuñó la mujer —. Es bien cierto también que un hombre cuya vida y hechos no destacan entre los de sus compañeros, no hace más que sumarse al montón.

Finalmente empecé a cansarme de aparentar sumisamente que compartía el silencio amedrentado de mi anfitrión. En un intento por comunicarme con él un poco, le señalé

mi tabla de madera aún llena de comida, me relamí los labios sin ninguna sinceridad, como si el mejunje me hubiera gustado y luego hice gestos preguntándole qué carne había debajo del kari. Él me entendió y me dijo lo que era, y me di cuenta de que ya sabía una palabra más del idioma nativo:

—Duyong.

Me levanté y salí de la cabaña para inhalar profundamente el aire de la tarde. Apestaba a humo, a pescado, a basura, a pescado, a gente sin lavar, a pescado, a niños nauseabundos, pero al menos me sirvió de algo. Seguí paseando por las calles de Kuddalore, por las dos únicas que había, hasta bien entrada la noche, y regresé a la cabaña donde encontré a todos los niños dormidos en el suelo de la primera habitación entre los restos de nuestras tablas de comida, y a todos los adultos dormidos, totalmente vestidos, en sus palangs. Con cierta dificultad al primer intento me metí en el mío, lo

encontré más cómodo de lo que me había parecido y me quedé dormido. Pero me despertaron a una hora oscura aún unos ruidos de forcejeo y comprendí que el hombre se había subido al palang de la mujer y que le estaba haciendo surata ruidosamente, aunque ella seguía regañándole y susurrándole cosas. Tofaa se había despertado y también lo había oído y luego me contó lo que la esposa había estado diciendo:

—Tú sólo eres el hermano de mi difunto marido, recuérdalo, aun después de todos estos años. Tal como el sadhu ordenó te está prohibido disfrutar mientras realizas tus funciones generadoras. Nada de pasión, ¿me oyes? ¡No debes disfrutar…!

Ahora estaba a punto de pensar que por fin había encontrado la auténtica patria de las amazonas, y el origen de todas sus leyendas. Una de las leyendas era que conservaban sólo a algunos hombres más bien residuales para que las fecundaran cuando fuera necesario crear más amazonas.

Al día siguiente nuestro anfitrión preguntó amablemente a sus vecinos y encontró a uno que iba en su carreta de bueyes hasta el próximo pueblo del interior, y que podía llevarnos a Tofaa y a mí. Agradecimos a nuestro anfitrión y a su esposa su hospitalidad, y di al hombre un poco de plata en pago a nuestro alojamiento, pero su esposa se lo arrebató rápidamente. Tofaa y yo nos sentamos sobre la parte trasera de la carreta y ésta se puso en marcha dando sacudidas y avanzó pesadamente por la marisma plana y feculenta. Para pasar el rato, le pregunté qué había querido decir aquella mujer al referirse al sati.

—Es una vieja costumbre nuestra —dijo Tofaa —. Sati significa esposa fiel. Cuando un hombre muere, si su viuda es una auténtica sati se arrojará ella misma a la pira consumiéndose y muriendo también.

—Ah, ya —dije pensativamente.

Quizá me había equivocado al considerar a las mujeres hindúes dominantes amazonas, sin cualidades matrimoniales.

—No es una idea totalmente grotesca. En cierto sentido es casi atractivo que una esposa fiel acompañe a su querido marido al otro mundo, deseando estar juntos para siempre.

—Bueno, no es exactamente así —dijo Tofaa —. Es bien cierto que la mayor esperanza de una mujer es morir antes que su marido. Esto se debe a que el destino de una viuda es inimaginable. Su marido probablemente es un inútil, pero ¿qué hace sin él? Hay multitud de hembras madurando constantemente y alcanzando la edad matrimonial, los once o doce años, y ¿qué posibilidades de volverse a casar tiene una viuda usada, gastada y que ya no es joven? Si queda sola en el mundo, indefensa, y sin apoyo, se convierte en un objeto inútil, menospreciado, y denigrado. Nuestro término viuda significa literalmente mujer muerta que espera morir. Así que, como veis, igual le da saltar al fuego y acabar con todo eso.

Tras esta explicación, la costumbre perdía algo de su aspecto elevado y poético, pero comenté que a pesar de todo hacía falta valor y que no carecía de cierta dignidad y orgullo.

—Bueno, de hecho —dijo Tofaa —la costumbre surgió porque algunas esposas planeaban volverse a casar, habían elegido ya a su próximo marido y se dedicaban a envenenar a sus cónyuges. La práctica del sacrificio sati fue impuesta por los gobernantes y las jerarquías religiosas, para impedir esos frecuentes asesinatos de maridos. Se dictó una ley según la cual si un hombre moría por cualquier motivo y en la causa de su muerte no se demostraba la inocencia de su mujer ésta debía arrojarse a la pira, y si ella no lo hacía tenían que arrojarla los familiares del difunto. De este modo las esposas se lo pensaron dos veces antes de envenenar a los maridos, e incluso se preocupaban de mantener vivos a sus hombres, cuando caían enfermos o envejecían.

Decidí que me había equivocado. Aquélla no era la patria de las amazonas, era la patria

de las arpías.

Y esta última opinión no se vio modificada por lo que nos pasó luego. Llegamos al pueblo de Panruti mucho después del crepúsculo y nos encontramos con que allí

tampoco había ningún dak bangla. Tofaa volvió a detener un hombre por la calle, y vivimos la misma comedia que el día anterior. El hombre se fue hacia su casa, nosotros le seguimos, nos negó a voces la entrada e inmediatamente lo apartó de en medio una hembra tempestuosa. La única diferencia en este caso consistía en que el gallo dominado era muy joven y la gallina abusona no lo era.

Cuando quise agradecer a la mujer su invitación, me salió como una especie de tartamudeo que Tofaa tradujo:

—Os agradecemos a vos y a vuestro… ejem… ¿marido?… ¿hijo?

—Era mi hijo —dijo la mujer —. Ahora es mi marido. —Yo debí de quedar boquiabierto o con los ojos desorbitados, porque ella continuó explicando —: Cuando su padre murió, él era nuestro único hijo, y estaba a punto de cumplir la edad de heredar esta casa y todo lo que hay en ella; yo entonces me hubiera convertido en una mujer muerta que espera morir. Así que soborné al sadhu del lugar para que me casara con el chico; él era demasiado joven e ignorante para oponerse, y de este modo conservé mi parte correspondiente en la propiedad. Desgraciadamente tiene poco de marido. Hasta el momento, sólo ha engendrado en mí estas tres niñas: mis hijas, sus hermanas —y señaló

a unas mocosas de mandíbula caída y aspecto idiotizado sentadas por allí formando montón —. Si ellas son la única descendencia que tengo, sus eventuales maridos heredarán después. A menos que entregue las chicas a las devanasi, las putas del templo. O quizá, como su mentalidad por desgracia es deficiente, podría donarlas a la Santa Orden de los Mendigos Lisiados. Pero puede que sean demasiado imbéciles para hacer bien de mendigos. En todo caso, como es natural, estoy preocupada, y naturalmente cada noche intento con todas mis fuerzas hacer otro hijo, para que la propiedad de la familia quede en nuestro linaje. —Puso apresuradamente delante de nosotros varias tablas de madera con comida condimentada con kari —. Por lo tanto, si no os importa, comeremos todos de prisa para que él y yo podamos subir a nuestro palang.

Y de nuevo aquella noche tuve que oír los húmedos ruidos del surata producidos en nuestra misma habitación, acompañados esta vez por apremiantes susurros, que Tofaa me repitió a la mañana siguiente:

—¡Más fuerte, hijo! ¡Debes esforzarte más!

Me pregunté si la avariciosa mujer planeaba casarse después con su nieto, pero realmente no me importaba y no se lo pregunté. Ni me preocupé por comentarle a Tofaa que todo lo que ella me había contado durante nuestro viaje sobre el interés de la religión hindú por el pecado, la censura y los horrendos castigos que aplicaba, parecía tener un efecto poco edificante en la moralidad general hindú. Nuestro destino, la capital llamada Kumbakonam, no estaba terriblemente lejos de donde habíamos desembarcado en la costa, pero ningún campesino hindú tenía un animal de montar para vendernos y muy pocos estaban dispuestos a llevarnos cobrando hasta el próximo pueblo o ciudad de la carretera, o lo más probable es que sus mujeres no les dejaran; así que Tofaa y yo tuvimos que proseguir cubriendo etapas de una lentitud exasperante, eso si encontrábamos en nuestro camino algún carretero o boyero. Montamos en traqueteantes carros de bueyes, nos arrastraron sobre mazos de piedra, cabalgamos sobre la grupa de burros de carga, nos tumbamos sobre los agudos espinazos de los bueyes, una o dos veces montamos caballos ensillados de verdad, y muchas veces tuvimos que echarnos a andar, con lo cual generalmente teníamos que dormir entre setos junto al camino. Eso no me resultaba demasiado pesado si no fuera

porque todas esas noches Tofaa, entre sonrisitas, pretendía que yo la llevaba a acostarnos en medio del campo sólo para violarla, y cuando yo no hacía tal cosa, se pasaba media noche quejándose de la descortesía con que yo trataba a una dama de noble nacimiento, a doña Don de los Dioses.

El nombre del último pueblo remoto que encontramos por el camino era mayor que el total de su población —Jayamkondacho-lapuram —y además sólo fue notable por algo que sucedió mientras nosotros estábamos allí y que contribuyó a disminuir su población aún más. Tofaa y yo estábamos otra vez sentados en cuclillas en una cabaña de boñigas de vaca cenando alguna misteriosa sustancia camuflada bajo el kari, cuando de pronto se oyó un retumbar parecido al sonido de un trueno lejano. Nuestros anfitriones se pusieron inmediatamente de pie, chillaron al unísono «aswamheda» y salieron corriendo de la casa, apartando de en medio a patadas a varios de sus hijitos acostados por el suelo.

—¿Qué es aswamheda? —pregunté a Tofaa.

—No tengo ni idea. La palabra sólo significa escapar.

—Quizá debamos imitar a nuestros anfitriones y escapar también. Así que Tofaa y yo pasamos por encima de los niños y salimos a la única calle del pueblo. El retumbo estaba ahora más cerca, y yo pensé que podía ser una manada de animales avanzando al galope desde el sur. Todos los jayamkondacholapuramenses huían del ruido formando una multitud aterrorizada y precipitada que pisoteaba descuidadamente a las numerosas personas que tropezaban y caían al suelo, todas muy jóvenes o muy ancianas. Algunos de los habitantes más ágiles se encaramaban a los árboles o a los tejados de paja de sus casas.

Vi al primero de la manada llegar galopando por el extremo sur de la calle y comprobé

que eran caballos. Ahora bien, yo conozco a esos animales y sé que no son las criaturas más inteligentes del reino animal, pero también sé que tienen más sentido común que los hindúes. Aunque se trate de una manada que corre con los ojos distorsionados y echando espuma por la boca, no pasará sobre un ser humano caído en su camino. Cualquier caballo saltará por encima, o se desviará bruscamente o si es preciso realizará

un salto mortal de volteador para no pisar a un hombre o a una mujer caídos. O sea que me limité a arrojarme al suelo boca abajo y arrastré a Tofaa conmigo, aunque ella chillaba mortalmente aterrorizada. Me quedé quieto y la mantuve a ella en esa posición y, tal como esperaba, la enfurecida manada se apartó alrededor nuestro y pasó tronando por cada lado. Los caballos también se preocuparon de evitar los cuerpos inertes de los ancianos y niños hindúes aplastados ya por sus propios parientes, amigos, vecinos. Cuando el último de los caballos desapareció por el otro extremo de la carretera en dirección norte, el polvo comenzó a posarse y los habitantes empezaron a bajar gateando de tejados y árboles y a regresar lentamente desde los lugares a donde habían huido. Acto seguido comenzó a oírse un concierto de aullidos y gritos de dolor, mientras levantaban a sus muertos aplastados y agitaban sus puños cerrados al cielo, y lanzaban imprecaciones al destructor dios Siva por haberse llevado tan cruelmente a tantos inocentes y enfermos.

Tofaa y yo regresamos a nuestra comida, y finalmente nuestros anfitriones volvieron también y contaron sus niños. No habían perdido ninguno, y sólo habían pisoteado a unos cuantos, pero estaban tan afligidos y consternados como el resto del pueblo. Y

aquella noche, ella y él, después de que todos nos hubiéramos ido a la cama, ni siquiera hicieron surata ante nosotros; y sobre el aswamheda sólo pudieron decirnos que era un fenómeno que tenía lugar aproximadamente una vez al año, y que se debía a la intervención del cruel raja de Kumbakonam.

—Lo mejor que podíais hacer, viajeros, es no ir a esa ciudad —dijo la mujer de la casa —.

¿Por qué no os instaláis aquí, en la tranquila, civilizada y acogedora Jayamkondacholapuram? Aquí hay mucho lugar para vosotros ahora que Siva ha destruido a tantos de los nuestros. ¿Por qué persistís en ir a Kumbakonam, a la llamada Ciudad Negra?

Dije que teníamos cosas que hacer allí y pregunté por qué la llamaban así.

—Porque negro es el raja de Kumbakonam, y negra es su gente, y negros sus perros, y negras las paredes, y negras las aguas, y negros los dioses, y negros los corazones de los habitantes de Kumbakonam.

3

Tofaa y yo, sin que la advertencia hiciera mella en nosotros, seguimos hacia el sur, cruzamos finalmente una cloaca en activo, dignificada con el nombre de río Kolerun, y al otro lado de ésta se encontraba Kumbakonam.

La ciudad era mucho mayor que todas las demás poblaciones por donde habíamos pasado, y sus calles eran más inmundas y estaban rodeadas de acequias más profundas llenas de orines estancados, y tenía una mayor variedad de basura pudriéndose al calor del sol, y había más leprosos golpeando sus bastones de aviso, y más cadáveres de perros muertos y de mendigos descomponiéndose a la vista de todos, y los olores a kari, a grasa de cocina, a sudor y a pies sin lavar eran más rancios. Pero la ciudad realmente no era más negra de color, ni su superficie estaba cubierta con capas de suciedad más espesas que cualquier otra población menor que hubiéramos visto antes, y los habitantes no eran más oscuros de piel y las capas de mugre que se acumulaban sobre ellos no eran más espesas. Había muchísima más gente, desde luego, de la que habíamos visto en otros lugares anteriores, y como cualquier ciudad, Kumbakonam había atraído a muchos tipos excéntricos que probablemente habían dejado sus pueblos natales en busca de mayores oportunidades. Por ejemplo, entre las multitudes de la calle vi a bastantes personas que vestían llamativos saris femeninos, pero que en la cabeza llevaban desaliñados tulbands propios de los hombres.

—Éstos son los ardhanari —dijo Tofaa —. ¿Cómo los llamáis vos? Andróginos, hermafroditas. Como podéis ver tienen pechos como las mujeres. Pero no podéis ver, hasta que no paguéis por el privilegio, que tienen órganos bajos masculinos y femeninos.

—Ya, ya. Siempre imaginé que eran seres míticos. Pero no me sorprendería que de existir en algún sitio tuviera que ser aquí.

—Nosotros, como somos un pueblo muy civilizado —dijo Tofaa —, dejamos que los ardhanari se paseen libremente por las calles, y exhiban abiertamente su oficio, y se vistan con tanta elegancia como las mujeres. La ley sólo les exige que lleven también el tocado masculino.

—Para no engañar a los incautos, ¿no?

—Exactamente. Un hombre que busca una mujer normal, puede alquilar una puta devanasi del templo. Pero los ardhanari, aunque no están garantizados en ningún templo, están mucho más ocupados que las devanasi, ya que pueden servir tanto a mujeres como a hombres. Me han dicho que pueden incluso hacer las dos cosas a la vez.

—Y aquel otro hombre de más allá —pregunté señalando —. ¿Está ofreciendo también en venta sus partes?

Si eso era lo que hacía, podía haberlas vendido al peso. Las llevaba delante suyo dentro de una enorme cesta que sostenía con ambas manos. Aunque las partes estaban aún unidas a su cuerpo, no hubieran podido caber en su pañal dhoti. Su saco testicular ocu-paba completamente la cesta, y estaba curtido, arrugado y veteado como el pellejo de un

elefante, y los testículos que había dentro debían de tener cada uno el doble del tamaño de una cabeza humana. Sólo ver el espectáculo, mis propias partes me empezaron a doler por compasión y repugnancia.

—Mirad debajo de su dhoti —dijo Tofaa —y veréis que sus piernas también tienen el grosor y la piel de un elefante. Pero no os compadezcáis de él, Marco-wallah. No es más que un paraiyar afligido por la Vergüenza de Santomé; Santomé es el nombre que damos nosotros al santo cristiano que vosotros llamáis Tomás. La explicación fue aún más sorprendente que el espectáculo del lastimoso hombre elefante. Dije con incredulidad:

—¿Y qué sabe esta ignorante tierra de santo Tomás?

—Está enterrado en algún lugar cercano a aquí, o eso dicen. Fue el primer misionero cristiano que visitó la India, pero no fue bien recibido porque trató de ayudar a los viles y descastados paraiyar, lo cual disgustó y ofendió a la buena gente de las jati. Así que pagaron a la propia congregación de paraiyars convertidos para que asesinaran a Santomé, y…

—¿Su propia congregación? ¿Y lo hicieron?

—Los paraiyar hacen cualquier cosa por un poco de calderilla. Sólo sirven para trabajos sucios. Sin embargo, Santomé debió de haber sido un santo de grandes poderes, aunque pagano. Los hombres que lo asesinaron y sus descendientes paraiyar han sido mal-decidos desde entonces con la Vergüenza de Santomé. Avanzamos hacia el centro de la ciudad, en donde se encontraba el palacio del raja. Para llegar hasta él teníamos que atravesar una espaciosa plaza de mercado, tan atiborrada como cualquier mercado, pero no de comercios aquel día. Se estaba celebrando una especie de fiesta, así que la atravesamos con calma para que yo pudiera ver cómo festejaban los hindúes un acontecimiento alegre. Parecía que lo hicieran más por obligación que por alegría, pensé yo, pues no pude ver por ninguna parte una cara animada o sonriente. Las caras, aparte de llevar más sarampión ornamental de la cuenta pintado sobre la frente, estaban untadas con algo que parecía barro, pero que olía peor.

—Boñigas del ganado sagrado —dijo Tofaa —. Primero se lavan la cara con los orines de las vacas, y luego ponen las boñigas sobre sus ojos, mejillas y pechos.

—¿Por qué? —pregunté y me abstuve de cualquier otro comentario.

—Este festival es en honor a Krishna, el dios de muchas queridas y amantes. Krishna

de muchacho era un simple pastor de vacas, y fue en el establo donde empezó a seducir a las pastoras del lugar y a las esposas de sus compañeros pastores. Así, este festival, además de ser una alegre celebración del fogoso acto del amor, también tiene su aspecto de solemnidad al rendir homenaje a las sagradas vacas de Krishna. Esa música que están tocando los músicos, ¿la oís?

—Oigo algo, pero no sabía que fuera música.

Los músicos estaban agrupados alrededor de una plataforma en medio de la plaza, arrancando ruidos de una diversidad de instrumentos: flautas de caña, tambores, caramillos de madera y objetos de cuerda. Entre todo aquel conjunto de chirridos estridentes, tañidos y graznidos, las únicas notas sensiblemente melodiosas procedían de un único instrumento, una especie de laúd con un cuello muy largo, un cuerpo de calabaza y tres cuerdas metálicas, que se tocaban con un plectro montado en el dedo índice. El auditorio de hindúes formaba alrededor de ellos una masa sudorosa que parecía indiferente y poco conmovida por la música, como si apenas pudiera soportarla, es decir, más o menos igual que yo.

—Eso que tocan los músicos —dijo Tofaa —es el kudakuttu, la danza del lecherón de Krishna, está basada en una antigua canción que las pastoras cantaban a sus vacas mientras las ordeñaban.

—Ah, sí. Si me hubieras dado tiempo, probablemente hubiera adivinado algo de eso.

—Aquí llega una encantadora muchacha nach. Quedémonos a mirar cómo baila la danza del lecherón de Krishna.

Una mujer gruesa y de color marrón oscuro, encantadora quizá para los cánones que Tofaa me había recitado con anterioridad, y adecuadamente tetuda para aquella ocasión en que se adoraba a una vaca, subió trabajosamente a la plataforma con una gran vasija de barro simbolizando, imaginé, el lecherón de Krishna, y comenzó a entrenarse realizando con él diversas posturas, trató de pasárselo del codo de un brazo al del otro, se lo puso encima de la cabeza varias veces, y de vez en cuando golpeaba el suelo con sus anchos pies, sin duda para desalojar de hormigas la plataforma. Tofaa me dijo confidencialmente:

—Los adoradores de Krishna son los más animados y alegres de todas las sectas hinduistas. Muchos los condenan porque prefieren la diversión a la gravedad, y la animación a la meditación, y afirman que el disfrute de la vida les da la felicidad, y la felicidad les da serenidad, y la serenidad sabiduría, y que todo en conjunto crea la totalidad del alma. Eso es lo que comunica la danza del lecherón de la chica nach.

—Me gustaría verla. ¿Cuándo empieza?

—¿Qué queréis decir? ¡La estáis viendo!

—Me refiero a la danza.

—Esa es la danza.

Tofaa y yo continuamos a través de la plaza, ella parecía irritada, pero yo no escarmentaba. Pasamos entre la multitud de celebrantes desconsolados y en estado casi inanimado, hasta llegar a las puertas de palacio. Yo llevaba la placa de marfil de Kubilai colgada del pecho, y Tofaa explicó a los dos centinelas de la puerta lo que representaba. Iban vestidos con dhotis de aspecto poco militar y sostenían indolentemente sus lanzas formando ángulos dispares; se encogieron de hombros como si estuvieran poco dispues-tos tanto a invitarnos a pasar como a tomarse la molestia de echarnos. Atravesamos un polvoriento patio y entramos en un palacio que al menos estaba regiamente construido de piedra, no con el barro y las boñigas que formaban la mayor parte de Kumbakonam. Nos recibió un mayordomo, quizá de cierta categoría pues llevaba un dhoti limpio, y pareció impresionarle mi paizi y la explicación de Tofaa. Cayó de bruces y luego salió

arrastrándose como un cangrejo, y Tofaa dijo que debíamos seguirle. Así lo hicimos y nos encontramos en la sala del trono. Para describir la riqueza y magnificencia de aquella sala, diré solamente que las cuatro patas del trono se levantaban sobre soperas llenas de aceite para evitar que las serpientes kaja del lugar treparan hasta el asiento y para evitar que las hormigas blancas royeran y derrumbaran todo el montaje. El mayordomo nos indicó que esperáramos, y se escabulló por otra puerta.

—¿Por qué anda ese hombre arrastrándose sobre su vientre? —pregunté a Tofaa.

—Se muestra respetuoso en presencia de sus superiores. Nosotros también debemos hacerlo cuando el raja aparezca. No es preciso caer al suelo, pero sí procurar que nuestra cabeza nunca esté más elevada que la suya. Os daré un codazo en el momento ade-cuado. En aquel momento aparecieron media docena de hombres, se formaron en filas y nos miraron impasibles. Eran personas tan difíciles de describir como cualquiera de los celebrantes que estaban en la plaza, pero iban vistosamente ataviados con dhotis de hilos dorados y hasta llevaban bellas chaquetillas cubriendo sus torsos, y tulbands impecablemente enrollados. Por primera vez en la India imaginé que estaba ante personas de clase superior, probablemente el séquito de ministros del raja, así que comencé un discurso para que Tofaa lo tradujera, dirigiéndome a ellos como «Mis señores» y presentándome.

—Chitón —dijo Tofaa, tirándome de la manga —. Ésos sólo son los aclamadores y vitoreadores del raja.

Antes de que yo pudiera preguntar qué significaba aquello, se produjo un nuevo revuelo alrededor de la puerta, y el raja avanzó ceremoniosamente a la cabeza de otro grupo de cortesanos. Instantáneamente, los seis aclamadores y vitoreadores bramaron, y aunque no pueda creerse, bramaron al unísono:

—Salve su alteza el MaharajadhirajRaj RajeshwarNarenara Kami Shriomani SawaiJai Maharaja Sri Ganga Muazzam SinghjiJah Ba-hadur!

Después hice que Tofaa me repitiera todo eso, lentamente y con exactitud, para poder escribirlo, no sólo porque el título era tan maravillosamente ostentoso sino también porque era un título ridículo para un hindú pequeño, negro, viejo, calvo, barrigudo y aceitoso.

Esto pareció sorprender por un momento incluso a Tofaa. Pero me dio un golpecito con el codo y se arrodilló, y como no era una mujer baja, descubrió que incluso arrodillada era aún algo más alta que el pequeño raja, así que se inclinó aún más, hasta quedar abyectamente en cuclillas y comenzó a decir con voz entrecortada:

—Alteza… Maharajadhiraj… Raj…

—Con alteza basta —dijo generosamente.

Los aclamantes y vitoreadores rugieron:

—¡Su alteza es el verdadero guardián del mundo!

El raja hizo un afable y modesto gesto para que callaran. No volvieron a bramar durante un rato, pero tampoco quedaron totalmente en silencio. Cada vez que el pequeño raja hacía algo, ellos comentaban en un murmullo, pero también en cierto modo al unísono, cosas como «¡Mirad: su alteza se sienta sobre el trono de su dominio!» Y: «¡Mirad qué graciosamente cubre su alteza con una mano su bostezo…!»

—¿Y quién es éste? —preguntó el pequeño raja a Tofaa, dirigiéndome una mirada muy altiva, porque yo no me había arrodillado ni siquiera inclinado.

—Explícale —dije en farsi —que me llamo Marco Polo, el insignificante y desconocido. La mirada altiva del pequeño raja mostró disgusto y dijo, también en farsi:

—Uno blanco como nosotros, ¿eh? Pero de piel blanca. Si sois un misionero cristiano,

¡marchaos!

—Su alteza ordena al vil cristiano que se marche… —murmuraron los aclamantes y vitoreantes.

—Soy cristiano, alteza, pero… —dije.

—Entonces, marchaos, para que no sufráis el destino de vuestro antiguo predecesor

Santomé. Tuvo el horrible descaro de venir aquí predicando que debíamos adorar a un carpintero cuyos discípulos eran todos pescadores. Repugnante. Los carpinteros y los pescadores pertenecen a la jati más baja, suponiendo que no sean simples paraiyar.

—Su alteza está justa y legítimamente disgustado.

—Vengo ciertamente a cumplir una misión, alteza, pero no a predicar. —De momento decidí contemporizar —. Principalmente deseo conocer algo de vuestra gran nación y —me costó un cierto esfuerzo, pero finalmente mentí —y admirarla. Señalé con la mano las ventanas de donde llegaba la lúgubre música y los hoscos murmullos del así llamado festival.

—¡Ah, y habéis visto a mi pueblo divirtiéndose! —exclamó el pequeño raja, con un aire menos petulante —. Sí, procuramos que el pueblo esté feliz y contento. ¿Os gustó la estimulante fiesta de Krishna, Polo-wallah?

Yo intenté con un gran esfuerzo pensar en algo agradable de la ceremonia.

—Me agradó mucho… la música, alteza. En especial un instrumento… una especie de laúd de cuello largo…

—¿Eso me decís? —gritó; parecía inexplicablemente complacido.

—¡Su alteza está regiamente complacido!

—Ése es un instrumento totalmente nuevo —continuó diciendo con entusiasmo —. Se llama sitar; lo ha inventado el maestro músico de mi propia corte. Al parecer yo había, de un modo totalmente fortuito, fundido cualquier hielo que comenzara a formarse entre nosotros. Tofaa me dirigió una mirada admirativa mientras el pequeño raja balbucía con entusiasmo:

—Debéis conocer al inventor del instrumento, Polo-wallah. ¿Puedo llamaros Marco-wallah? Sí, cenaremos juntos y ordenaré al maestro músico que venga también. Es un placer acoger a un huésped tan perspicaz, con tan buen gusto. Aclamantes, mandad que preparen el comedor.

Los seis hombres salieron al trote por un pasillo, bramando la orden, pero todavía al unísono e incluso marcando el paso. Yo hice un gesto discreto a Tofaa, ella me entendió

y preguntó tímidamente al pequeño raja:

—Alteza, ¿podríamos lavarnos el polvo del camino antes de honrarnos a compartir vuestra mesa?

—Oh, sí, por supuesto. Perdonadme, deliciosa dama, pero ante vuestros encantos cualquier hombre se distraería y olvidaría estas trivialidades. Ah, Marco-wallah, de nuevo demostráis vuestro buen gusto. También veo en esto que habéis admirado nuestro país y a nuestra gente, pues habéis tomado por esposa a una dama de entre los nuestros.

—Yo me quedé boquiabierto; él añadió astutamente —: Pero habéis elegido la más bella, y a nosotros, pobres nativos, nos habéis dejado sin nada.

Intenté corregir inmediatamente aquella confusión, pero él se dirigió hacia donde estaba el mayordomo, aún tumbado boca abajo, le dio una patada y le dijo con un gruñido:

—¡Bastardo desgraciado! ¡Nunca nacerás por segunda vez! ¿Por qué no condujiste inmediatamente a estos eminentes huéspedes a unos aposentos dignos y les diste todo lo necesario? ¡Hazlo ahora mismo! ¡Prepara para ellos la estancia nupcial! ¡Asígnales criados! ¡Y luego llévalos al banquete y a las diversiones!

Cuando vi que la estancia nupcial tenía camas separadas pensé que no sería necesario solicitar otros aposentos. Y cuando una serie de robustas mujeres de piel oscura entraron a rastras una bañera y la llenaron, no tuve inconveniente en que Tofaa y yo compartiéra-mos el mismo cuarto de baño. Me tomé la prerrogativa masculina de bañarme primero, luego me quedé a vigilar las abluciones de Tofaa y a dar instrucciones a las criadas para que Tofaa, por una vez, quedara bien lavada, provocando sin embargo entre ellas una cierta incredulidad por la meticulosidad de mis órdenes. Cuando nos pusimos los mejores trajes que llevábamos y bajamos al comedor, hasta sus desnudos pies estaban limpios.

Antes de iniciar cualquier conversación intrascendente quise dejar bien sentado ante el pequeño raja y todos los demás presentes lo siguiente:

—Doña Tofaa Devata no es mi esposa, alteza.

Esto sonó algo brusco y poco halagador para la dama, de modo que para conservar la estimación que el raja sentía hacia ella añadí:

—Es una de las viudas nobles del difunto rey de Ava.

—Viuda, ¿eh? —dijo con un gruñido el pequeño raja, como si instantáneamente hubiera perdido todo interés por ella.

Yo continué:

—Doña Don de los Dioses aceptó muy amablemente acompañarme en mi viaje a través de vuestra bella tierra e interpretar para mí el ingenio y la sabiduría de las muchas personas distinguidas que hemos encontrado a lo largo del camino.

El raja volvió a decir gruñendo:

—Compañera, ¿eh? Bueno, cada uno tiene sus costumbres. Un hindú sensible y de buen gusto, al salir de viaje, no se lleva a una hembra hindú, sino a un muchacho hindú, pues su temperamento no es tan semejante al de una serpiente kaja, y su orificio no es como el de una vaca.

Para cambiar de tema, me dirigí al cuarto miembro de nuestra mesa, un hombre de mi misma edad, barbudo como yo y que bajo la barba parecía tener la piel más bronceada que negra:

—Vos debéis de ser el músico inventor, supongo, maestro.

—Maestro músico Amir Jusru —dijo el pequeño raja con aires de propiedad —. Maestro de melodías, y también de danzas, y de poesía. Es un excelente compositor de los licenciosos poemas gha-zal. Un honor para mi corte.

—La corte de su alteza es una corte bendita —canturrearon los aclamantes y vitoreadores, puestos de pie contra la pared —, y más bendita sobre todo por la presencia de su alteza —mientras el maestro músico se limitaba a sonreír sin darse importancia.

—Nunca había visto un instrumento musical con cuerdas metálicas —dije, y Tofaa, ahora sumisa y dócil, traducía mientras yo hablaba —: De hecho nunca había pensado que los hindúes inventaran cosas tan buenas y útiles.

—Vosotros, occidentales —dijo el pequeño raja malhumorado —, siempre buscáis hacer el bien. Nosotros, los hindúes, pretendemos ser buenos. Una actitud ante la vida infinitamente superior.

—Sin embargo, ese nuevo sitar hindú es un acto de bondad —dije —. Os felicito, alteza, y a vos, maestro Jusru.

—Hay que decir, sin embargo, que yo no soy hindú —intervino en farsi el maestro músico con cierta ironía —. Soy persa de nacimiento. El hombre que di al sitar procede del farsi, como quizá hayáis observado. Si-tar: tres-cuerdas. Una cuerda de alambre de acero y dos de latón.

Al pequeño raja pareció enfurecerle aún más que me hubiera enterado de que el sitar no era un invento hindú. Yo quería ponerle de nuevo de buen humor, pero comenzaba a preguntarme si habría algún tema que pudiera discutir con él sin rebajar descarada o su-tilmente a los hindúes. Un poco a la desesperada me puse a elogiar la comida que nos habían servido. Era una especie de carne de venado, inundada como era habitual en salsa de kari, pero éste al menos tenía un color amarillo ligeramente dorado y su sabor tenía cierta intensidad, debido sólo a la cúrcuma, que es un sucedáneo inferior del azafrán.

—Ésta es carne del ciervo de cuatro cuernos —dijo el pequeño raja cuando yo alabé el plato —. Un manjar que reservamos para los huéspedes predilectos.

—Me siento honrado —dije —. Pero yo pensaba que vuestra religión prohibía la caza de animales salvajes. Sin duda estaba mal informado.

—No, no, estabais informado correctamente —dijo el pequeño raja —. Pero nuestra religión también nos ordena que seamos listos —me guiñó un ojo descaradamente —. De modo que di órdenes a todos los habitantes de Kumbakonam de que cogieran agua sagrada de los templos, fueran a los bosques, esparcieran el agua sagrada por aquellos lugares, diciendo en voz alta que todos los animales del bosque serían en lo sucesivo sacrificio para los dioses. Eso nos da perfecto derecho a cazarlos, porque cada animal muerto es una ofrenda tácita, y por supuesto nuestros cazadores siempre regalan una pierna u otra pieza a los sadhu del templo, para que no decidan inoportunamente que estamos malinterpretando un texto sagrado.

Yo suspiré. Realmente era imposible encontrar un tema inocuo. Si él no denigraba explícita o implícitamente a los hindúes los obligaba a contradecirse a sí mismos. Pero

lo volví a intentar:

—¿Cazan a caballo los cazadores de vuestra alteza? Lo pregunto porque quizá se han escapado de vuestros establos reales algunos caballos. Doña Tofaa y yo nos encontramos con una manada que corría suelta al otro lado del río.

—Ah, encontrasteis mi aswamheda —gritó —; ahora parecía más jovial otra vez —. La aswamheda es otra de mis astucias. Un raja rival gobierna la provincia que hay detrás del río Kolerun. Así que cada año ordeno a mis pastores que azoten deliberadamente una manada de caballos y los envíen desbocados hacia allí. Si el raja toma a mal la intrusión y se queda con los caballos, tengo una excusa para declararle la guerra, invadir sus tierras y apropiármelas. Sin embargo, si los acorrala y me los devuelve, lo que ha hecho cada año hasta ahora, me declara así su sumisión, y todo el mundo sabe que yo soy su superior.

Cuando la cena terminó pensé que si aquel pequeño raja era el superior, me alegraba de no haber conocido al otro. Porque éste marcó el final del banquete inclinándose a un lado, levantando una pequeña nalga y tirándose una pedorrera racheada, audible y olo-rosa.

—¡Su alteza pedorrea\ —rugieron los aclamantes y vitoreadores, horrorizándome aún más de lo que ya estaba —. ¡La comida era buena, el manjar aceptable, y la digestión de su alteza es magnífica: sus intestinos son un ejemplo para todos nosotros!

Yo realmente no tenía grandes esperanzas en que aquel mono afectado pudiera serme de alguna ayuda en mi búsqueda. A pesar de todo, cuando nos sentamos a la mesa y

bebimos té tibio en tazas muy enjoyadas pero ligeramente deformes, expliqué al pequeño raja y al maestro Jusru los acontecimientos que me habían llevado hasta allí, y el objeto de mi búsqueda, y acabé diciendo:

—Creo, alteza, que un buscador de perlas, súbdito vuestro, fue el hombre que adquirió el diente de Buda esperando que le proporcionaría buena suerte en su pesca de perlas. El pequeño raja, como ya me podía imaginar, respondió aprovechando mi relato para reflexionar sobre sí mismo, sobre el hinduismo y los hindúes en general.

—Me siento consternado —murmuró —. Vos dais a entender, Marco-wallah, que uno de mis súbditos atribuyó poderes sobrenaturales a ese fragmento de un dios extraño. Sí, me duele que podáis creer que un hindú tenga tan poca fe en su leal religión, la religión de sus padres, la religión de su benévolo raja.

Yo dije para aplacarle:

—Sin duda, el nuevo poseedor del diente ha comprendido ya su error, y no considera que el objeto sea en absoluto mágico, y ahora está arrepentido de haberlo adquirido. Como buen hindú probablemente lo arroje al mar, a menos que tarde cierto tiempo en decidirse y tenga aún algunas dudas. O sea que probablemente lo entregaría con gusto a cambio de una recompensa adecuada.

—Desde luego que lo entregará —dijo bruscamente el pequeño raja —. Haré pública una proclama pidiendo que se presente y lo entregue, y que se entregue él mismo al karavat. Yo no sabía qué era un karavat, pero evidentemente el maestro Jusru sí lo sabía, porque comentó amablemente:

—No es probable, alteza, que de este modo consigáis que nadie acuda rápidamente con el objeto.

—Por favor, alteza —dije —no hagáis pública ninguna exigencia o amenaza, sino una persuasiva solicitud y el ofrecimiento de mi recompensa.

El pequeño raja refunfuñó un rato, pero luego dijo:

—Todos saben que siempre cumplo mi palabra de raja; si ofrezco una recompensa, será

pagada. —Me miró de reojo —. ¿Vos la pagaréis?

—Por supuesto, alteza, y muy generosamente.

—Muy bien. Y después yo cumpliré mi palabra, que ya he dado. El karavat. Yo no sabía si debía protestar en favor de un incauto pescador-de perlas. En todo caso antes de que pudiera hacerlo, el pequeño raja llamó a su mayordomo y le dio rápidas órdenes. Éste salió precipitadamente de la sala, y el raja se dirigió de nuevo a mí.

—La proclama se hará pública inmediatamente en todo lo largo y ancho de mi reino:

«Quien traiga el diente pagano recibirá una generosa recompensa.» Esto dará resultado, os lo prometo, pues todos los habitantes de mi país son hindúes honestos, responsables y devotos. Pero quizá lleve cierto tiempo, porque los pescadores de perlas están siempre navegando de un lado a otro, entre sus pueblos costeros y los bancos de los reptiles.

—Lo comprendo, alteza.

—Seréis mi huésped, y vuestra hembra también, hasta que recuperemos la reliquia.

—Muy agradecido, alteza.

—Ahora, dejemos a un lado todos los asuntos aburridos y las preocupaciones serias —dijo, agitando sus manitas como si se sacudiera algo de encima —y dejemos que la risa y la alegría reinen también aquí como en la plaza de ahí fuera. ¡Aclamantes, traed las diversiones!

Ésta fue la primera diversión: un anciano muy sucio, de color marrón oscuro, con un dhoti tan raído que casi resultaba indecente, entró en la habitación arrastrándose patéticamente y cayó postrado ante el pequeño raja. El maestro Jusru me dijo en voz baja amablemente:

—Eso es lo que llamamos en Persia un derviche, un mendigo santo, aquí se le llama naga. Actuará para ganarse su mendrugo de pan y algunas monedas de cobre. El viejo mendigo se dirigió hacia un espacio vacío de la habitación, dio un grito ronco y un muchacho igualmente harapiento y sucio entró llevando un rollo de algo que parecían telas y cuerdas. Cuando desenrollaron el hatillo resultó ser una cama palang tipo columpio, con sus dos cuerdas que terminaban en copitas de latón. El muchacho se tumbó en el palang extendido sobre el suelo. El anciano se arrodilló e introdujo las dos copitas de latón en sus globos oculares y las cubrió tirando hacia abajo de sus negros y arrugados párpados.

Muy lentamente se puso en pie elevando desde el suelo al muchacho metido en el palang; no utilizó las manos ni los pies, ni otra cosa que no fueran sus globos oculares, y luego estuvo columpiando al muchacho de un lado a otro hasta que el pequeño raja tuvo ganas de aplaudir. Jusru, Tofaa y yo aplaudimos también educadamente y los hombres arrojamos al viejo mendigo varias monedas.

Luego apareció en el comedor una gorda y rolliza chica nach de color marrón oscuro, que danzó para nosotros, casi con tanta apatía como la mujer que había visto bailando en la fiesta de Krishna. Su único acompañamiento musical era el tintineo de una columna de brazaletes de oro que llevaba desde la muñeca hasta el hombro, sólo en un brazo, y no llevaba absolutamente nada más. A mí aquello no me fascinaba, podía haber sido la propia Tofaa pateando con sus familiares pies sucios y ondeando su

familiar y peludo kaksha; pero el pequeño raja se reía sofocadamente, daba bufidos y babeaba; y cuando la mujer se retiró aplaudió furiosamente.

Luego el mendicante andrajoso, sucio y viejo regresó. Mientras se frotaba los ojos que aún estaban hinchados y enrojecidos después de su demostración con el palang, hizo un breve parlamento ante el raja quien se volvió hacia mí y me dijo:

—El naga dice que es un yogui, Marco-wallah. Los seguidores de la secta yoga son expertos en muchas artes extrañas y secretas. Ya lo veréis. Si, como sospecho, realmente albergáis la creencia de que nosotros los hindúes estamos atrasados y carecemos de aptitudes, en seguida tendréis que convenceros de lo contrario, pues vais a presenciar un prodigio que sólo un hindú podría mostraros. —Llamó al mendigo que

estaba a la espera —. ¿Qué milagro del yoga nos mostraréis, oh yogui? ¿Pasaréis un mes enterrado bajo tierra y os levantaréis con vida? ¿Conseguiréis que una cuerda se mantenga erguida y treparéis por ella hasta desaparecer en los cielos? ¿Cortaréis en pedazos a vuestro ayudante y luego lo volveréis a unir? ¿Al menos levitaréis para nosotros, oh yogui?

El decrépito viejo comenzó a hacer gestos y a hablar con una voz débil y chirriante, pero que sonaba muy seria, como si estuviera declarando algo trascendental. El pequeño raja y el maestro Jusru se inclinaron hacia adelante para escuchar atentamente, o sea que ahora era Tofaa quien me explicaba lo que estaba pasando. Parecía satisfecha de hacerlo, pues dijo:

—Será un prodigio que quizá deseéis observar con atención, Marco-wallah. El yogui dice que ha descubierto una manera nueva y revolucionaria de hacer surala con una mujer. En lugar de que su Hnga derrame su jugo en el momento climático, como acostumbra a hacer un hombre, su miembro da un gran sorbo inhalador hacia dentro. De este modo ingiere la fuerza vital de la mujer sin perder ninguna de la suya propia. Dice que su descubrimiento no sólo proporciona una sensación fantástica y nueva: su práctica continua puede acumular en un hombre tal cantidad de fuerza vital que le permita vivir para siempre. ¿No os gustaría aprender esta habilidad, Marco-wallah?

—Bueno —dije —, parece una interesante y original variación.

—¡Sí! Mostrádnoslo, oh yogui! —le dijo el pequeño raja —. Mostradnos esto en seguida. Aclamantes, volved a traer a la chica nach. Ya está desvestida y preparada para su uso. Los seis hombres salieron trotando y marcando el paso. Pero el yogui levantó la mano con ademán prudente y declamó algo más:

—Dice que no se atreve a hacerlo con una valiosa bailarina —tradujo Tofaa —porque todas las mujeres se marchitan un poco cuando su linga realiza la absorción en su interior. En su lugar, pide un yoni para hacer con él la demostración. Los seis aclamantes volvieron a entrar al trote, trayendo a la muchacha desnuda, pero a otra

orden del pequeño raja salieron de nuevo.

—¿Cómo pueden traer al yogui un yoni sin una mujer unida a él? —pregunté.

—Un yoni de piedra —me aclaró Tofaa —. Alrededor de cada templo podéis ver columnas de piedra representando esculturas de linga, y simbolizando al dios Siva, y también piedras yoni con un agujero abierto simbolizando a su consorte, la diosa Parvati. Los seis hombres regresaron, uno de ellos llevaba una piedra en forma de ruedecita con una obertura ovalada practicada en ella, vagamente parecida a un yoni de mujer, pues incluso tenía el pelo del kaksha tallado alrededor.

El yogui hizo una serie de gestos preparatorios y pronunció algo que sonaba a solemnes conjuros; luego se abrió los harapos de su dhoti y sacó desvergonzadamente su linga, que era como una ramita de corteza negra. Siguieron más conjuros y gestos de demostración, «así es como se hace, caballeros», y metió su fláccido órgano en el agujero yoni de la piedra. Luego, sosteniendo la pesada piedra contra su horcajadura, hizo señas a la muchacha nach que estaba también de pie mirando para que se acercara, y le ordenó que cogiera su linga con los dedos y la pusiera en erección. La chica no retrocedió ni se quejó, pero no pareció gustarle la idea. Sin embargo agarró

lo que sobresalía por el otro extremo de la piedra y comenzó a trabajarlo, como si estuviera ordeñando una vaca. Sus propias ubres rebotaban y todos sus brazaletes tintineaban rítmicamente con el movimiento. El viejo mendicante canturreaba algo destinado al yoni y a la mano de la muchacha que tiraba de su órgano. Estrechó sus ojos enrojecidos con intensa concentración y riachuelos de sudor empezaron a correr sobre la suciedad de su cara. Después de un rato, su linga creció lo suficiente para sobresalir un poco por el otro lado de la piedra, e incluso pudimos ver su bulbosa cabeza marrón

asomar lentamente entre el friccionante puño de la chica nach. Finalmente, el yogui le dijo algo, ella soltó su miembro y se alejó.

Seguramente el viejo mendigo la detuvo justamente antes de que le hiciera llegar al spruzzo. Ahora la piedra sólo se mantenía unida a él por la rigidez de su órgano. Él miró

a la estaquilla y a la argolla que la oprimía, lo mismo hizo la chica nach, ahora ligeramente jadeante, y lo mismo hicimos nosotros desde la mesa, y los aclamantes colocados frente a la pared, y todos los sirvientes del comedor. La linga del yogui había alcanzado un tamaño respetable, teniendo en cuenta su edad, su escualidez y la debilidad del indigente. Sin embargo, la parte que sobresalía del estrecho yoni de piedra, sujeto firmemente contra su horcajadura, parecía algo forzada e inflamada. El yogui siguió gesticulando, pero de modo bastante precipitado y somero, y cantó toda una sarta de conjuros, pero con una voz bastante ahogada. Por lo que pudimos ver, no pasó nada. Miró a todos los presentes como si estuviera algo avergonzado, y echó una mirada de auténtico odio a la chica nach que ahora estaba canturreando con

indiferencia y mirándose las uñas, como diciendo: «¿Ves? Tenías que haberme utilizado a mí.» El yogui siguió gritando a su linga y al yoni prestado, como si los estuviera maldiciendo, e hizo algunos gestos más violentos, entre ellos agitar el puño. Tampoco ahora pasó nada, excepto que el yogui sudó más profusamente y un claro tono purpúreo comenzó a cubrir el color marrón de su órgano fuertemente constreñido. La chica nach soltó una risita audible, el maestro músico se sonrió divertido y el pequeño raja comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—¿Y ahora? —dije a Tofaa aparte.

—Parece que el yogui tiene ciertas dificultades —susurró ella. Realmente las tenía. En aquel momento estaba bailando en su sitio, más vigorosamente de como lo había hecho la bailarina profesional, y sus ojos estaban más protuberantes y enrojecidos que después de columpiar el palang, y sus vociferaciones ya no eran conjuros, sino gritos de dolor que hasta yo reconocía como tales. Su andrajoso ayudante fue corriendo y tiró de la piedra que le aprisionaba, ante lo cual su amo dio un terrorífico chillido. Los seis aclamantes también se lanzaron en su ayuda, y se produjo una confusión de manos en aquel purpúreo centro de atención, hasta que el agónico yogui se apartó tambaleando y gimiendo y se derrumbó, retorciéndose y golpeando el suelo con los puños.

—Lleváoslo —ordenó el pequeño raja, con voz de asco —. Llevaos al viejo impostor a la cocina. Y ponedle algo de grasa.

Sacaron al yogui de la habitación, no sin problemas, pues se contorsionaba como un pez atrapado en el anzuelo y barritaba como un elefante alanceado. La diversión parecía haberse acabado. Los cuatro sentados a la mesa, en un silencio mutuamente emba-razoso, escuchábamos los agudos gritos que iban disminuyendo progresivamente a través de los pasillos. Yo fui el primero en hablar. Naturalmente, no comenté que acababa de reafirmar una vez más mi opinión sobre la tontería y futilidad hindúes. Por el contrario, dije, como si quisiera excusarlo:

—Eso les sucede siempre, alteza, a todos los animales inferiores. Todo el mundo ha visto a un perro y a una perra quedar unidos hasta que el opresivo yoni de la perra se relaja y la hinchada linga del perro se encoge.

—Puede que el yogui tarde cierto tiempo —dijo el maestro Jusru, aún en tono divertido —. El yoni de piedra no se relajará y sin eso la hinchazón de su linga no disminuirá.

—¡Bah! —exclamó el pequeño raja, furioso y exasperado —. Debí haberle pedido que levitara, no que probara algo nuevo. Vayámonos a la cama.

Salió de la habitación pisando con fuerza, sin que ningún aclamante estuviera presente para felicitarle, a él y al mundo, por la gracia de sus andares.

4

—Tengo vuestro diente de Buda, Marco-wallah.

Ésa fue la primera cosa que me dijo el pequeño raja nada más encontrarnos al día siguiente, y lo dijo con casi tanta alegría como podía haberme dicho: «Tengo un dolor de muelas criminal.»

—¿Ya, alteza? Pero eso es maravilloso. Dijisteis que quizá tardaríais un tiempo en encontrarlo.

—Eso pensaba —replicó malhumorado.

Comprendí su rencoroso comportamiento cuando me inclinó sobre una cesta para que mirara su interior. Estaba llena de dientes hasta la mitad, la mayoría eran amarillentos, musgosos y cariados, algunos aún tenían sangre en la raíz, y otros no podían identificarse ni siquiera como humanos: eran colmillos de perro y de cerdo.

—Hay más de doscientos —dijo con acritud el pequeño raja —. Y la gente sigue llegando con más dientes de todos los puntos del horizonte. Hombres y mujeres, incluso santos mendigos naga, hasta un sadhu del templo. ¡Ggrrr! Podéis regalar un diente de Buda no solamente a vuestro raja, el gran kan, sino a cada budista que conozcáis. Procuré no reírme, pues su rabia estaba justificada. Él había presumido de la honestidad de su pueblo, de su devoción a la fe hindú, y allí aparecían en manadas a confesar que poseían una reliquia de la desacreditada religión budista, además de indicar con ello que mentían. Sin que mi expresión se alterara pregunté:

—¿Se supone que he de pagar una recompensa a cada uno de éstos?

—No —dijo haciendo rechinar sus propios dientes —. Eso lo estoy haciendo yo. Los malditos réprobos entran por la puerta delantera, entregan su diente falso al mayordomo y se les saca por la puerta trasera al patio de atrás donde el verdugo de la corte los está

recompensando con ferviente entusiasmo.

—¡Alteza! —exclamé.

—Oh, no les concedo el karavat —se apresuró a asegurarme —. Eso está reservado para hombres que han cometido crímenes de cierta importancia. Eso llevaría además cierto tiempo, y nunca daríamos fin a esta procesión.

—¡Adrío de mí! Desde aquí oigo a esos desgraciados gritar.

—No, no podéis oírlos —refunfuñó —porque los están despachando muy silenciosamente. El verdugo les ata un aro de alambre a la garganta y tira de él. Estáis

oyendo al otro impostor, a ese degenerado y viejo yogui que sigue aullando en la cocina. Nadie ha podido aún liberarlo de su opresor yoni de roca. Lo hemos intentado lubricándole la linga con grasas de cocina, reblandeciéndola con aceite de sésamo, encogiéndola con agua hirviendo, relajándola por diferentes medios naturales: surata con la chica nach, caricias bucales de su pequeño ayudante; y nada funciona. Quizá tengamos que romper el sagrado yoni de piedra; y ni me atrevo a imaginar la venganza que nos infligirá la diosa Parvati.

—Bueno. El yogui no me inspira mucha simpatía. Pero esos que traen dientes, alteza, realmente sólo han intentado cometer un delito trivial, y con bastante ingenuidad. Estos dientes que trajeron no me engañan a mí, y mucho menos a un budista.

—Eso es lo que más deploro: la imbecilidad de mi pueblo. ¡Que avergüencen a su raja e insulten a su religión, y con mañas tan estúpidas! Son incapaces siquiera de un crimen decente. Morir es demasiado leve para ellos. Se reencarnarán inmediatamente en alguna forma inferior, ¡si es que las hay!

Yo creía francamente que una reducción en el número de hindúes forzosamente mejoraría el planeta, pero no quería que el pequeño raja se diera cuenta después de los

estragos que había causado en su reino, se arrepintiera, y me considerara quizá culpable de ellos. Dije:

—Alteza, como huésped vuestro solicito que se perdone a los imbéciles supervivientes, y que no se admita a ningún donante más para que no pueda cometer perjuro. Al fin y al cabo, eso se debe a una aparente omisión en la proclama de vuestra alteza.

—¿Mía? ¿Una omisión mía? ¿Estáis insinuando que he cometido un error? ¿Que un brahmán y un Maharajadhiraj Raj puede cometer un fallo?

—Creo que fue sólo un descuido comprensible. Como evidentemente vuestra alteza sabe que Buda era un hombre que medía nueve antebrazos y que cualquiera de sus dientes debió de tener el tamaño de una copa, sin duda supuso que todo vuestro pueblo probablemente también lo sabía.

—Ummm, tenéis razón, Marco-wallah. Yo di por sentado que mis súbditos recordarían ese detalle. Nueve antebrazos, ¿eh?

—Quizá si rectificarais la proclama, alteza…

—Ummm. Sí, haré pública otra. Y perdonaré misericordiosamente a los imbéciles que ya hayan venido. Un buen brahmán no mata a seres vivos, aunque sean infames, si no es imprescindible u oportuno.

Llamó a su mayordomo, le dio instrucciones para la nueva proclama y también le ordenó poner fin a la procesión hacia el patio trasero. Cuando volvió adonde yo estaba, había recuperado bastante su buen humor.

—Muy bien. Ya está hecho. Un buen anfitrión brahmán satisface los deseos de su huésped. ¡Pero basta de asuntos aburridos y de preocupaciones serias! Vos sois mi huésped y no os estáis divirtiendo.

—¡Pero claro que sí, alteza, constantemente!

—¡Venid! Admiraréis mi zenana.

Yo casi esperaba que abriera de golpe su pañal dhoti y expusiera algo grosero, pero no, simplemente se levantó, me cogió del brazo y me llevó hacia una alejada ala de palacio. Mientras me escoltaba a través de una sucesión de salas suntuosamente amuebladas, habitadas por hembras de diferentes edades y variados tonos de marrón, me di cuenta que zenana debía de ser la palabra local para designar el anderun: las habitaciones de sus esposas y concubinas. Las mujeres maduras no me parecieron más atractivas que Tofaa o las bailarinas nach, y la mayoría estaban rodeadas de enjambres de chiquillos de todos los tamaños. Pero algunas de las consortes del Pequeño raja eran casi niñas, y aún no estaban entradas en carnes, ni tenían miradas de buitre, ni voz de cuervo, y aunque de piel oscura algunas eran delicadas y bellas.

—Francamente estoy un poco sorprendido de que vuestra alteza tenga tantas esposas —comenté al pequeño raja —. Por vuestra manifiesta aversión a doña Tofaa, casi había supuesto…

—Bueno, si hubiera sido vuestra esposa, como pensé al principio, os habría ofrecido concubinas y bailarinas nach para distraeros mientras yo seducía a la dama para hacer surata. Pero, ¿una viuda? ¿Qué hombre desea copular con una cáscara de desecho, con una mujer muerta que espera morir, cuando pueden poseerse tantas esposas aún jugosas, de uno mismo y de los demás, y también tantas vírgenes recién florecidas?

—Sí, comprendo, vuestra alteza es un hombre viril.

—¡Aha! Me tomasteis por un gand-mara, ¿no?, que ama a los hombres y odia a las mujeres. ¡Qué vergüenza, Marco-wallah! Reconozco que, como cualquier hombre sensible, para una larga compañía prefiero un muchacho callado, sumiso y bien educado. Pero uno tiene sus deberes y obligaciones. Un raja se supone que ha de mantener un abundante zenana, y así lo hago. Y las sirvo debidamente en rotación regular, incluso a las más jóvenes en cuanto han tenido su primer flujo.

—¿Se casan con vos, alteza, antes de su primera menstruación?

—Claro, y no sólo mis esposas, Marco-wallah. Todas las niñas en la India. Los padres están ansiosos de que su hija se case y se marche antes de ser mujer, y antes de

que su virginidad pueda sufrir cualquier accidente, pues eso la dejaría inútil para el matrimonio. Y aún hay otro motivo: cada vez que una hija tiene su flujo, sus padres cometen el horroroso crimen de dejar morir un embrión que podría prolongar el linaje familiar. Se dice que si una niña está por casar a los doce años, sus antepasados en el otro mundo se beben tristemente la sangre que derrama cada mes.

—Bien dicho, sí.

—En fin, volvamos al tema de mis esposas. Ellas disfrutan de todos los derechos tradicionales de esposa, pero éstos no incluyen ningún derecho de realeza, como sucede en monarquías más débiles y menos civilizadas. Las mujeres no participan en mi corte ni en mi gobierno. Como bien se dice, ¿qué hombre prestará atención a los cacareos de una gallina? Ésta de aquí, por ejemplo, es mi primera esposa y mi maharani titular, pero ella nunca aspirará a sentarse en un trono.

Me incliné educadamente ante la mujer y dije:

—Alteza.

Ella se limitó a dirigirme la misma mirada de aburrido desprecio que había dirigido a su marido, el raja. Procuré seguir siendo educado, señalé al enjambre de color marrón oscuro que tenía a su alrededor y añadí:

—Vuestra alteza tiene hermosos príncipes y princesitas.

Ella siguió sin decir nada, pero el pequeño raja refunfuñó:

—No son príncipes y princesas. Mejor que no se le suban los humos a la cabeza.

—¿El linaje familiar no es de primogenitura patrilineal? —pregunté con cierta perplejidad.

—Mi querido Marco-wallah, ¿cómo sé yo si alguno de estos mocosos es mío?

—Bueno, eh, realmente… —murmuré, turbado por haber mencionado el tema justamente delante de la mujer y de su progenie.

—No os preocupéis, Marco-wallah. La maharani sabe que no estoy insultándola a ella en concreto. Yo no sé si he engendrado alguno de los hijos de mis mujeres. No puedo saberlo. Vos tampoco podréis saberlo si algún día os casáis y tenéis hijos. Es un hecho de la vida.

Fue saludando con la mano a otras varias mujeres por cuyas habitaciones pasábamos y repitió:

—Es un hecho de la vida. Ningún hombre puede nunca saber, con certeza, si es padre

del hijo de su esposa. Ni siquiera de una mujer aparentemente amorosa y fiel. Ni siquiera de una mujer tan fea que hasta un paraiyar la evitaría. Ni siquiera de una mujer tullida que no pueda ni salir de casa. Una mujer siempre puede encontrar una forma de hacerlo, un amante y un sitio oscuro.

—Pero seguramente, alteza, os casáis con las más jóvenes antes de que puedan ser fecundadas.

—Ni siquiera eso se sabe. Yo no puedo estar siempre presente en el instante en que menstrúan por primera vez. Se dice que basta que una mujer vea a hurtadillas a su padre, a su hermano o a su hijo para que su yoni se humedezca.

—Pero debéis legar vuestro trono a alguien, alteza. ¿A quién, entonces, si no es a vuestro supuesto hijo o hija?

—Al primogénito de mi hermana, como hacen todos los rajas. Todos los linajes reales en la India descienden a través de las hermanas. Comprendedlo, mi hermana tiene indiscutiblemente mi propia sangre, aunque nuestra real madre fuera promiscuamente infiel a nuestro real padre, y aunque mi hermana y yo fuéramos engendrados por

diferentes amantes: de todos modos salimos del mismo útero.

—Comprendo. Y entonces, ¿no importa quién engendra al primogénito de vuestra hermana?

—Claro que importa; confío haber sido yo. Tomé a mi hermana mayor como una de mis esposas, la quinta o la sexta, no recuerdo bien, y creo que ha parido siete hijos supuestamente míos. Pero el hijo mayor, aunque no sea hijo mío, al menos es mi sobrino, y la sangre real permanece intacta e inviolada. Y él será aquí el próximo raja. Salimos del zenana bastante cerca de la zona de palacio en donde estaba la cocina, y aún pudimos oír desde ahí gemidos, lloriqueos y ruido de tirones. El pequeño raja me pidió si podía entretenerme yo solo un rato, pues él tenía algunos asuntos reales que atender.

—Volved al zenana, si queréis —me sugirió —. Aunque yo me preocupo por casarme sólo con mujeres de mi propia raza blanca, ellas siguen pariendo niños con la piel de un decepcionante tono oscuro. Una rociada de vuestra simiente podría aclarar la raza, Marco-wallah.

Para no ser descortés, murmuré algo sobre un voto de castidad que estaba cumpliendo, y dije que buscaría otra cosa en que ocuparme. Contemplé al pequeño raja marchar contoneándose, y le compadecí bastante. Era un soberano muy especia), que tenía poder de vida y muerte sobre su pueblo, y también era el diminuto gallo de un corral entero de gallinas, y en el fondo era infinitamente más pobre y más débil y menos feliz que yo, un simple viajero, con una única mujer a quien amar y proteger y conservar para el resto de mi vida, pero esa mujer era Huisheng.

Eso me hizo pensar que ahora podía ya prescindir de mi acompañante temporal. Fui a buscar a Tofaa, a quien había dejado roncando estentóreamente cuando salí de nuestras habitaciones aquella mañana. La encontré en una terraza de palacio, mirando melancólicamente el melancólico festejo de Krishna que seguía celebrándose en la plaza de abajo.

Me dijo inmediatamente, en tono acusador:

—¡Oléis a pachulí, Marco-wallah! Habéis estado acostándoos con mujeres perfumadas. Y eso, ay de mí, después de comportaros conmigo sin tacha y con una admirable caballerosidad durante todo este tiempo.

Ignoré sus palabras y dije:

—Vengo a decirte, Tofaa, que puedes abandonar tu servil cargo de intérprete cuando gustes, y…

—Lo sabía. He sido demasiado seria y recatada. Ahora os ha seducido alguna desvergonzada y atrevida puta de palacio. ¡Ah, los hombres!

Continué ignorando sus palabras:

—Y tal como te prometí, me ocuparé de que tengas un buen viaje de regreso a tu patria.

—Estáis deseando libraros de mí. Mi virtuosa castidad es un reproche a vuestro desenfreno.

—Estaba pensando en ti, mujer desagradecida. No tengo nada más que hacer que esperar aquí hasta que se descubra el auténtico diente de Buda y me lo entreguen. Mientras tanto, si necesito que me traduzcan cualquier cosa, tanto el raja como el maestro músico dominan el farsi.

Sorbió ruidosamente y se limpió la nariz con su brazo desnudo.

—No tengo prisa en volver a Bengala, Marco-wallah. Allí sólo seria una viuda. Además, el raja y el maestro músico estarán ocupados en sus cosas. No tendrán tiempo de sacaros a pasear y enseñaros los espléndidos espectáculos de Kumbakonam, como puedo hacer yo. Me he informado y los he escogido para que podáis disfrutar de ellos. Así que no la obligué a marcharse. Por el contrario aquel día y los siguientes dejé que

me llevara de paseo y me mostrara los espléndidos espectáculos de la ciudad.

—Allá, Marco-wallah, veis al santo varón Kyavana. Es el habitante más santo de Kumbakonam. Hace muchos años decidió quedarse quieto, como el tocón de un

árbol, para mayor gloria de Brahma, y aún sigue así. Ahí lo tenéis.

—Veo a tres ancianas mujeres, Tofaa, pero a ningún hombre. ¿Dónde está?

—Ahí.

—¿Ahí? Eso no es más que un enorme hormiguero de termitas con un perro meándose encima.

—No, eso es el santo varón Kyavana. Se está tan quieto que las termitas lo aprovecharon como armazón para su hormiguero de arcilla-Cada año crece más. Pero eso es él.

—Bueno, pues si está metido ahí dentro, seguramente estará muerto.

—¿Quién sabe? ¿Y eso qué importa? Cuando estaba vivo estaba tan inmóvil como ahora. Es un gran santo. Los peregrinos vienen de todas partes para admirarlo, y los padres muestran a sus hijos ese ejemplo de elevada piedad.

—Este hombre no hizo nada más que estarse quieto. Tan quieto que nadie podía decir si estaba vivo o si ahora está muerto. ¿Y a eso se le llama santidad? ¿Es ése un ejemplo para admirar, o para emular?

—Bajad la voz, Marco-wallah, pues Kyavana podría dirigir contra vos su gran poder santo, como hizo con las tres niñas.

—¿Qué tres niñas? ¿Qué hizo?

—¿Veis ese santuario que está un poco más allá del hormiguero?

—Veo una choza de barro con tres viejas brujas echadas en el quicio rascándose.

—Ése es el santuario. Ésas son las niñas. Una tiene dieciséis, la otra diecisiete, y…

—Tofaa, el sol calienta mucho aquí. Quizá deberíamos regresar a palacio para que te tumbaras un rato.

—Estoy enseñándoos las cosas dignas de verse, Marco-wallah. Cuando estas chicas tenían unos once o doce años, fueron tan irreverentes como vos, quisieron hacer una travesura y vinieron aquí, se levantaron los vestidos y revelaron sus pubescentes encantos al santo varón Kyavana para que al menos una de sus partes perdiera la inmovilidad. Ya veis lo que sucedió. Instantáneamente se convirtieron en viejas, arrugadas, canas y ojerosas, tal como ahora las veis. La ciudad les construyó este santuario para que vivieran en él los pocos años que les quedaban. El milagro se ha hecho famoso en toda la India.

Yo me reí y pregunté:

—¿Hay alguna prueba de esta absurda historia?

—Claro que sí. Por un poco de calderilla, las chicas os enseñarán su kaksha, sus partes, frescas y jóvenes antes, y que envejecieron tan repentinamente, y se agriaron y se volvieron pestilentes. Mirad, ya se están quitando los harapos para que podáis…

—Dio me varda! —exclamé dejando de reír —. Échales estas monedas y vamonos ya. Aceptaré el milagro como artículo de fe.

—Aquí —dijo Tofaa otro día —vemos un tipo de templo especial. Un templo que cuenta historias. ¿Veis las esculturas con maravillosos detalles que cubren todo su exterior?

Ilustran muchas de las formas en que un hombre y una mujer pueden hacer surata. O un hombre y varias mujeres.

—¿Y estás sugiriéndome que esto es sagrado?

—Muy sagrado. Cuando una niña está a punto de casarse se supone que no sabe nada sobre la consumación del matrimonio, porque aún es una niña. Así que sus padres la traen aquí, y la dejan con el sabio y bondadoso sadhu. Éste pasea a la niña por el exterior del templo señalando esta y aquella escultura y explicándoselas amablemente para que así no se aterrorice ante cualquier cosa que su marido haga la noche de bodas.

Aquí llega el buen sadhu. Dadle algunas monedas, Marco-wallah, y nos llevará a dar una vuelta, y yo repetiré en farsi lo que nos dice.

Para mí el sacerdote era otro hindú más, negro, sucio y descarnado que sólo llevaba un dhoti y un lulband tan mugriento como era habitual. Creo que nunca le habría preguntado ni la dirección de una calle; y con toda seguridad nunca habría confiado a sus atenciones a una niña pequeña y aprensiva a punto de casarse. Estoy convencido de que le habría repelido más ese individuo que todo lo que pudiera pasar en su noche de bodas.

Pero quizá no. Según las esculturas del templo, en su noche de bodas podían sucederle algunas cosas asombrosas. Mientras el sadhu iba señalando esculturas, sonriendo impúdicamente y frotándose las manos, vi representaciones de actos que no habría imaginado hasta no estar yo muy entrado en años y en experiencia. Los hombres y mujeres de piedra estaban unidos en todas las posiciones, combinaciones y contorsiones concebibles, y en varias otras formas que, ni siquiera a mi edad de entonces, se me hubiera ocurrido probar En tierra cristiana, casi cualquiera de los actos esculpidos allí

habrían obligado a acudir inmediatamente a un confesor, aunque los realizasen un hombre y una mujer casados legítimamente. Y si ese sacerdote escuchase una

descripción y explicación detallada del acto, se marcharía tambaleando a pedir perdón a un confesor superior.

—De acuerdo, Tofaa, acepto que a una niña apenas salida de la infancia se le exija someterse al acto natural del surata con su nuevo marido —dije —. Pero, ¿me estás diciendo ahora que se le exige también conocer todas estas desenfrenadas variaciones?

—Bueno, si las conoce será mejor esposa. Pero en todo caso, debe estar preparada para cualquier capricho que su marido pueda manifestar. Ella es una niña, de acuerdo, pero él puede ser un hombre maduro, vigoroso y experimentado. O incluso un hombre muy viejo que se ha hartado hace tiempo del acto natural, y que exige novedades. Yo, que me había dejado llevar toda mi vida por mi insaciable curiosidad, y que me había visto en algunas curiosas situaciones, no era quién para señalar con dedo acusador o ridiculizante las costumbres privadas de cualquier otra persona o pueblo. Así que me limité a seguir alrededor del templo al sadhu que sonreía con satisfacción mientras gesticulaba y farfullaba, y no protesté sorprendido ni escandalizado mientras Tofaa explicaba:

—Éste es el adharottara, el acto boca abajo… éste el viparita surata, el acto perverso… De hecho yo estaba contemplando las esculturas desde un punto de vista distinto y valorando un aspecto diferente de ellas.

Las tallas quizá horrorizarían a un espectador remilgado, pero ni siquiera los más críticos podían negar que era un arte magnífico, ejecutado bella e intrincadamente. Los actos representados de forma tan explícita eran indecentes, Dios lo sabe, incluso obscenos, pero los hombres y mujeres que participaban en ellos sonreían felices y mostraban actitudes fogosas y animadas. Estaban disfrutando. Así que las esculturas expresaban tanto una gran técnica artística como una maravillosa energía vital. Esto no coincidía para nada con el tipo de hindú que yo conocía: inepto en todos sus actos, haciéndolo todo a regañadientes y sin alegría, y haciendo siempre el mínimo. Un ejemplo de su atraso: en contraste con los han, cuyos historiadores han estado registrando puntualmente durante miles de años hasta el último acontecimiento ocurrido en sus dominios, los hindúes no tienen ni un solo libro escrito que relate ningún episodio de su historia. Sólo tienen algunas colecciones «sagradas» de leyendas increíbles, increíbles porque en ellas todos los hindúes son feroces como tigres e ingeniosos, y todas las hindúes dulces como ángeles y encantadoras. Otro ejemplo: los vestidos hindúes llamados sari y dhoti eran sólo vendajes de tela; pues aunque en otros

sitios, incluso los pueblos más primitivos, habían inventado hacía tiempo la aguja y el arte de coser, los hindúes aún no habían aprendido a utilizar la aguja y no tenían palabra para designar al «sastre» en ninguna de sus múltiples lenguas. Yo me preguntaba cómo un pueblo que hasta desconocía la costura podía haber imaginado y dado forma a aquellas delicadas e ingeniosas esculturas del templo. ¿Cómo pudo un

pueblo tan perezoso, furtivo y triste retratar así hombres y mujeres alegres y ágiles, ingeniosos y hábiles, animados y despreocupados?

Seguro que no fueron ellos. Pensé que aquellas tierras debieron de estar habitadas, antes de que los hindúes llegaran, por alguna otra raza muy distinta, una raza con talento y energía. Dios sabe adonde se marchó ese pueblo superior, pero dejaron algunos objetos, como aquel espléndido templo tallado, y nada más. No habían dejado rastro de sí mismos en los posteriores y usurpadores hindúes. Eso era deplorable, pero poco sorprendente. ¿Habría aceptado un pueblo así cruzarse con los hindúes?

—Mirad aquí, Marco-wallah —dijo Tofaa aleccionadoramente —, esta pareja tallada está

entrelazada en lo que se llama la postura kaja, que recibe este nombre por la serpiente encapuchada que conocéis.

Ciertamente parecía bastante serpentina, y era una postura nueva para mí. El hombre estaba sentado en el borde de una cama. La mujer yacía sobre y contra él, cabeza abajo, su torso quedaba entre las piernas del hombre, sus manos en el suelo, sus piernas alrededor de su cintura, las manos del hombre sujetaban acariciadoramente sus nalgas, y es de suponer que la linga estaba dentro de su yoni (invertido).

—Una posición muy útil —recitó el sadhu mientras Tofaa traducía —. Imaginemos, por ejemplo, que deseáis hacer surata con una mujer jorobada. Como seguramente sabéis, no podéis tumbar a una mujer jorobada sobre una cama en la habitual posición supina, pues se balancearía u oscilaría sobre su joroba de modo inoportuno.

—Gésu!

—Sin duda os gustaría probar la postura kaja, Marco-wallah, dijo Tofaa —, pero por favor, no me ofendáis a mí pidiéndome que lo haga con vos. No, no. Pero el sadhu dice que tiene, dentro del templo, una mujer devadasi sumamente capaz y sumamente jorobada, quien por un poquitín de plata…

—Te lo agradezco, Tofaa, y dale también las gracias al sadhu. Pero esto también me lo tomaré como artículo de fe.

5

—Tengo tu diente de Buda, Marco-wallah —dijo el pequeño raja —. Celebro el final feliz de tu búsqueda.

Habían pasado unos tres meses desde que me anunciara aquello por primera vez, y durante ese tiempo nadie había llevado a palacio ningún otro diente, ni pequeño ni grande. Yo había contenido mi impaciencia imaginando que un pescador de perlas era

una presa huidiza. Pero estaba contento de tener por fin el objeto verdadero. Por entonces ya estaba harto de la India y de los hindúes, y el pequeño raja había comenzado también a poner de manifiesto que no se echaría a llorar ruidosamente cuando yo me marchara. No parecía exactamente cansado de mi visita, más bien empezaba a encontrarla sospechosa. Por lo visto, su pequeña mente había concebido la idea de que yo quizá estaba utilizando la búsqueda de mi diente para enmascarar una auténtica misión de espionaje sobre el terreno local, preparándolo para una invasión mongol. Bueno, yo sabía que los mongoles no se habrían quedado con aquella lúgubre tierra ni aunque alguien la hubiera donado libremente a su kanato; pero por educación no podía decir eso al pequeño raja. Lo mejor sería que aplacase sus sospechas

limitándome a coger el diente y a marcharme, y eso fue lo que hice.

—Es un diente magnífico, realmente —dije con admiración.

Estaba seguro de que no era una falsificación. Era una muela amarillenta, bastante oblonga de delante hacia atrás, la superficie trituradora era mayor que mi mano, y sus raíces casi tan largas como mi antebrazo, y pesaba casi tanto como una piedra de las mismas medidas.

—¿Lo trajo el propio pescador de perlas? —pregunté —. ¿Está aquí todavía? He de darle su recompensa.

—¡Ah, el pescador de perlas! —dijo el pequeño raja —. El mayordomo acompañó al buen hombre a la cocina para darle de comer. Si queréis que le entregue yo la recompensa, Marco-wallah, me ocuparé de que la reciba. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando dejé caer en su mano media docena de monedas de oro —. Ach-chaa, ¿tanto?

Sonreí y dije:

—Es lo que se merece, alteza —y yo añadí que me sentía en deuda con el pescador, no sólo por el diente, sino también por poder salir de aquel lugar.

—Excesivamente generoso, pero se la daré —dijo el pequeño raja —. Y ordenaré al mayordomo que os busque una bonita caja para guardar en ella la reliquia.

—También quisiera pediros, alteza, un par de caballos para mí y mi intérprete, para que podamos cabalgar hasta la costa y embarcarnos allí.

—Los tendréis a primera hora de la mañana, y también dos leales guardas de mi palacio como escolta.

Me fui corriendo a empaquetarlo todo para la salida, y le dije a Tofaa que hiciese lo mismo; ella obedeció aunque sin mucho entusiasmo. Estábamos aún en ello cuando el

maestro músico se detuvo en nuestras habitaciones para despedirse. Intercambiamos saludos, buenos deseos y salaam aleikum, y cuando su ojo acertó a posarse en los objetos esparcidos sobre mi cama para empaquetar, comentó:

—Veo que os lleváis un diente de elefante como recuerdo de vuestra estancia.

—¡Qué! —El maestro músico estaba refiriéndose al diente de Buda. Le reí la broma y dije —: Pero venga, maestro Jusru. No podéis engañarme. Un colmillo de elefante es más alto que yo, y yo probablemente no podría ni levantarlo.

—Un colmillo, sí. Pero, ¿creéis que un elefante mastica su forraje con sus colmillos?

Para eso tiene amplias hileras de muelas. Como ésta. Nunca habéis mirado la boca de un elefante por dentro, ya veo.

—No, nunca —murmuré haciendo rechinar silenciosamente mis propias muelas. Esperé hasta que hubo pronunciado su último salaam y nos dejó; entonces estallé:

—A caválo dona no se ghe varda in boca! Che le vegna la casangue!

—¿Qué estáis gritando, Marco-wallah? —preguntó Tofaa.

—Que un cólico sangriento se lleve a ese maldito raja —dije enfurecido —. Este verdugo estaba preocupado por mi larga presencia aquí, y como evidentemente ya no esperaba que nadie viniese con otro diente de Buda, real o falso, se buscó uno por su cuenta. ¡Y

se quedó con mi recompensa! Ven, Tofaa, ¡vamos a insultarle a la cara!

Bajamos las escaleras y nos encontramos al mayordomo principal; solicité audiencia con el pequeño raja, pero el hombre contestó excusándose:

—El raja ha salido montado en su palanquín a pasearse por la ciudad y a conceder a sus súbditos el privilegio de verle, admirarle y aclamarle. Eso mismo le estaba explicando a este inoportuno visitante que insiste en que ha venido desde lejos para ver al raja. Mientras Tofaa traducía eso, yo eché una impaciente mirada al visitante, otro hindú

más con dhoti: pero entonces mi vista captó el objeto que llevaba, y en el mismo momento Tofaa gritó con gran excitación:

—¡Es él, Marco-wallah! ¡Es el auténtico pescador de perlas, lo recuerdo de Akyab!

Y ciertamente el hombre llevaba un diente. Era otro diente inmenso y bastante similar a mi última adquisición, con la diferencia de que estaba metido en una malla de tracería de oro, como una piedra engastada en una joya, y toda su superficie tenía una

inconfundible pátina de gran antigüedad. Tofaa y el hombre hablaron atropelladamente, luego ella se volvió hacia mí.

—¡Es realmente él, Marco-wallah! El que apostó con mi difunto y querido marido en la sala de juego de Akyab. Y ésta es la reliquia que ganó a los dados aquel día.

—¿Cuántas ganó? —dije todavía escéptico —. Porque ya me ha entregado una. Después de una nueva conversación atropellada, Tofaa se volvió para decirme:

—No sabe nada de los demás. Acaba de llegar en este momento; ha recorrido a pie todo el camino desde la costa. Este diente es el único que ha tenido nunca, y le entristece desprenderse de él porque en la pasada temporada hizo aumentar mucho su pesca. Pero ha hecho caso con obediencia de la proclama de su raja.

—¡Qué feliz coincidencia! —exclamé —. Éste parece el día de los dientes —y añadí, al oír revuelo en el patio exterior —. Ahora regresa el raja, justo a tiempo para recibir al único hindú honesto de su reino.

El pequeño raja entró contoneándose, seguido por su adulador séquito de cortesanos, lisonjeadores y otros lameculos. Se detuvo algo sorprendido al ver a nuestro grupo esperando en la sala de entrada. Tofaa, el mayordomo y el pescador se tiraron al suelo para quedar por debajo de la cabeza del raja, pero antes de que ninguno de ellos pudiera hablar, yo me dirigí al pequeño raja en farsi, y dije suave como una seda:

—Parece, alteza, que el buen pescador de perlas quedó tan contento con la recompensa del primer diente, y con la comida que le ofrecisteis, que ha traído otro. El pequeño raja pareció sorprendido y desconcertado por un momento, pero en seguida comprendió la situación, y se dio cuenta de que yo había descubierto su embuste. Por supuesto, no reaccionó con culpabilidad o vergüenza, sino sólo con indignación; lanzó

una mirada venenosa al inocente pescador y añadió otra mentira descarada:

—Este codicioso desgraciado sólo trata de aprovecharse de vos, Marco-wallah.

—Quizá sí, alteza —dije simulando que me estaba creyendo su farsa —. Pero aceptaré

también gustosamente esta nueva reliquia. Además, así puedo llevarle este regalo a mi gran kan Kubilai, y el otro dejarlo como regalo de despedida para vuestra graciosa majestad. Vuestra majestad se lo merece. Sólo queda el asunto de la recompensa que ya he pagado. ¿Le doy al pescador una cantidad igual por esta nueva entrega?

—No —respondió con frialdad el pequeño raja —. Ya habéis pagado muy generosamente. Convenceré a este hombre para que se conforme con eso. Creedme, le convenceré. Dio órdenes al mayordomo para que se llevara al hombre a la cocina

para darle de comer, otra comida, se le olvidó añadir, y salió hacia sus aposentos dando enfurecidos y ruidosos pasos. Tofaa y yo regresamos a los nuestros para terminar de preparar el equipaje. Envolví cuidadosamente el nuevo diente, engastado en oro para transportarlo sin peligro, pero dejé el otro a disposición del pequeño raja, para que hiciera con él lo que quisiera.

Nunca volví a ver aquel hombrecito. Quizá no se atrevió a dar la cara, comprendiendo que al irme de Kumbakonam había descendido todavía más mi opinión sobre él que ya no era muy alta; ahora sabía que él no sólo era una afectada parodia de un soberano, sino también un dador de regalos falsos, un estafador de su propio pueblo, un malversador de las justas recompensas de los demás, y lo peor de todo, un hombre incapaz siquiera de admitir un error, una equivocación o un fallo. En todo caso, no se despidió de nosotros ni siquiera se levantó de la cama para decirnos adiós cuando al alba iniciamos nuestra marcha.

Tofaa y yo estábamos de pie en el patio trasero mientras los dos escoltas que nos habían

asignado ensillaban nuestros caballos y sujetaban nuestro equipaje con las cinchas, cuando vi a otros dos hombres salir por una puerta trasera de palacio. En la penumbra matutina, no pude ver quiénes eran, pero uno de ellos se sentó en el suelo mientras el otro se situaba a su lado. Nuestros escoltas interrumpieron su trabajo y murmuraron inquietos algo que Tofaa me tradujo:

—Ésos son el verdugo de la corte y un prisionero condenado. Debe de ser culpable de algún crimen importante, porque le van a conceder el karavat. Con curiosidad me acerqué un poco más a ellos, pero no demasiado para no interferirme. El karavat, pude ver finalmente, era una espada con una hoja especial que carecía de mango y estaba formada simplemente por un acero afilado de forma creciente, como una luna nueva. Cada una de sus puntas terminaba en una cadena corta, y cada cadena acababa en una especie de estribo metálico. El condenado, sin prisa pero tampoco con reluctancia, se colocó la hoja en forma de luna en la parte posterior del cuello, con las cadenas colgando por delante y encima de sus hombros. Luego dobló las rodillas y levantó los pies hasta meter uno en cada estribo. Después de un brevísimo momento para respirar profundamente apoyó el cuello contra el filo e impulsó ambos pies hacia delante. El karavat separó la cabeza del cuerpo, con gran nitidez, por su propia acción y sin ninguna ayuda.

Me acerqué aún más, y mientras el verdugo apartaba el cuerpo del karavat, miré hacia la cabeza que aún seguía abriendo y cerrando ojos y boca de un modo sorprendido. Era el pescador de perlas que había traído el auténtico diente de Buda, el único hindú

emprendedor y honrado que había conocido en la India. El pequeño raja le había recompensado, como dijo que haría.

Mientras cabalgábamos por el camino, pensé que por fin había visto algo que los

hindúes podían considerar propiamente suyo. No tenían nada más. Hacía mucho tiempo que habían renegado de Buda, su compatriota, y lo habían abandonado a tierras extranjeras. El escaso esplendor que podían mostrar con jactancia a los visitantes, había sido obra, en mi opinión, de una raza diferente y ya desaparecida. En mi opinión, también las costumbres de los hindúes, su moral, su orden social y sus hábitos personales se los habían enseñado los monos. Incluso su instrumento musical característico, el sitar, era la aportación de un extranjero. Si el karavat era un invento genuino de los hindúes, ése debía de ser el único, y yo estaba dispuesto a reconocer que este invento, una indolente manera de hacer que los condenados se mataran a sí mismos, era el más elevado logro de su raza.

Podíamos haber cabalgado directamente hacia el este, desde Kumbakonam en dirección a la costa de Cholamandal hasta el pueblo más cercano donde encontráramos algún navío que cruzase la bahía. Pero Tofaa propuso, y yo estuve de acuerdo, que sería mejor volver por donde habíamos venido, hasta llegar a Kuddalore, pues sabíamos por experiencia que allí hacían escala numerosos navíos. Fue lo mejor que podíamos haber hecho, porque cuando llegamos y Tofaa comenzó a pedir un barco que nos pudiera llevar a bordo, los marineros del lugar le dijeron que había un barco que nos estaba ya esperando. Eso me dejó perplejo, pero sólo un momento, pues la noticia de nuestra presencia allí circuló por Kuddalore rápidamente, y un hombre que no era hindú vino corriendo y gritó: «Saín bina!»

Con gran sorpresa vi que era Yissun, mi antiguo intérprete a quien había visto por última vez cuando partía de Akyab para volver a Pagan atravesando Ava. Nos dimos amistosos puñetazos y nos saludamos a gritos, pero yo le interrumpí en seguida para preguntar:

—¿Qué estás haciendo en este lugar perdido?

—El wang Bayan me envió a buscaros, Marco, hermano mayor. Y como Bayan dijo

«Tráelo en seguida», el sardar Shaibani esta vez no sólo contrató un barco, sino que lo lleva él mismo con toda su tripulación, y ha metido a bordo guerreros mongoles para que apremien a los marineros. Estábamos seguros de que llegaríais por tierra a Kuddalore, así que vinimos hacia aquí. Pero francamente ya me estaba preguntando dónde buscaros. Los estúpidos habitantes de este lugar me dijeron que habíais ido hacia el interior, pero sólo hasta el próximo pueblo, Panrati, y que de eso hacía muchos meses; yo sabía que forzosamente habíais llegado más lejos. O sea que es una bendición que nos hayamos encontrado por casualidad. Venid, zarparemos inmediatamente hacia Ava.

—Pero ¿por qué? —pregunté. Aquello me preocupaba: el torrente de palabras de Yissun parecía destinado a decírmelo todo menos el porqué —. ¿Qué necesita de mí Bayan, y con tanta prisa? ¿Hay guerra? ¿Insurrección? ¿Qué pasa?

—Siento deciros que no, Marco, que no es nada tan natural y normal como eso.

Parece que vuestra buena mujer Huisheng se encuentra enferma. Lo más que puedo deciros es…

—Ahora no —dije insistentemente, sintiendo en aquel día tan caluroso un escalofrío glacial —. Ya me lo contarás a bordo. Como tú mismo has dicho, ¡zarpemos de una vez!

Yissun tenía un bote y un barquero hindúes esperando a su servicio, y salimos inmediatamente hacia el barco anclado, otro qurqur fuerte y sólido, esta vez capitaneado por un persa y tripulado por un surtido de razas y colores. Estaban dispuestos a atravesar rápidamente la bahía, ya que era el mes de marzo y los vientos pronto amainarían y el calor se recrudecería, y caerían lluvias torrenciales. Llevamos a Tofaa con nosotros, pues su destino era Chittagong, y ese importante puerto de Bengala estaba en la misma ribera oriental de la bahía que Akyab, y no mucho más arriba de aquella costa, o sea que el barco podía llevarla fácilmente después de dejarnos a Yissun y a mí. Cuando el qurqur hubo levado anclas y estaba ya en camino, Yissun, Tofaa y yo nos pusimos en la barandilla de popa, él y yo mirando con agradecimiento cómo la India desaparecía detrás nuestro, y él me dijo respecto a Huisheng:

—Cuando vuestra dama descubrió que estaba embarazada…

—¿Embarazada? —grité con consternación.

Yissun se encogió de hombros:

—Yo sólo repito lo que me han dicho. Me dijeron que ella estaba muy contenta, y al mismo tiempo preocupada porque quizá vos no lo aprobaríais.

—¡Dios mío! ¿No se habrá lastimado al intentar expulsarlo?

—No, no. Creo, Marco, que doña Huisheng no haría nada sin vuestro consentimiento. No, no hizo nada de eso, y creo que ni siquiera sabía que podría tener complicaciones.

—¡Ya basta de preámbulos! ¿Qué está pasando?

—Cuando salí de Pagan nada, nada que pudiera verse. Me pareció que la dama estaba en perfecto estado, radiante con la espera y más bella incluso que antes. No había ningún mal visible. Se trata, creo yo, de algo que no pueda verse. Al principio de todo, cuando ella confió a su doncella que estaba preñada, a Arun, la recordáis, ¿no?, la sirvienta se las apañó para acercarse al wang Bayan e informarle de todo porque ella, Arun, tenía sus temores. Pensad, Marco, que sólo os estoy comunicando lo que según Bayan le contó la sirviente, y que yo no soy chamán ni médico, y que apenas sé nada del funcionamiento interno de las mujeres, y…

—Acaba de una vez, Yissun —le supliqué.

—La chica Arun dijo a Bayan que en su opinión doña Huisheng no está físicamente bien adaptada para dar a luz. Tiene algo que ver con la forma de la cintura pélvica, sea lo que sea eso. Perdonad que mencione detalles íntimos de anatomía, Marco, pero sólo os estoy informando. Sin duda, la sirviente Arun, que es la ayudante de cámara de vuestra

señora, conoce bien su cintura pélvica.

—También yo —dije —. Y nunca noté nada raro en ella.

En aquel momento Tofaa se puso a hablar con su tono de sabelotodo y preguntó:

—Marco-wallah, ¿es vuestra dama extremadamente obesa?

—¡Insolente! ¡No es nada obesa!

—Sólo lo preguntaba. Éste es el caso de dificultad más corriente. Bien, entonces, decidme una cosa, ¿tiene quizá vuestra dama el montículo del amor, ya sabéis, la almohadita delantera en donde crece el pelo, deliciosamente protuberante?

Yo dije fríamente:

—Para tu información, las mujeres de su raza no tienen marañas de sudorosos pelos ahí. Pero ahora que lo mencionas, diría que sí, que esa zona frontal de mi dama es un poquitín más prominente de lo que he visto en otras mujeres.

—Ah, bien, ya está. Una mujer con esa conformación es sublimemente suave, profunda y envolvente en el acto del surata, como vos sin duda sabéis bien; pero eso puede dificultar el parto. Indica que sus huesos pélvicos están formados de modo que la abertura de su cintura pélvica tiene forma de corazón y no ovalada. Seguramente su criada reconoció esta distorsión, y eso la preocupó. Pero lo más probable, Marco-wallah, es que vuestra dama lo supiera ya: su madre debió de decírselo o su niñera, cuando se hizo mujer, y llegó el momento de aconsejarla de mujer a mujer.

—No —dije reflexionando —, no pudo habérselo dicho. La madre de Huisheng murió en su infancia, y ella… pues… después no recibió consejos, y no tuvo confidentes. Pero eso no importa. ¿Qué consejo le hubiera dado?

—Que nunca tuviera hijos —dijo Tofaa sin rodeos.

—¿Por qué? ¿Qué importa eso: la conformación pélvica? ¿Corre mucho peligro?

—No, mientras esté embarazada no. No tendrá dificultad en llevar al niño durante los nueve meses, si está sana. Probablemente sea un embarazo sin complicaciones, y una

mujer embarazada siempre es una mujer feliz. El problema se presenta en el momento del parto.

—¿Qué problema?

Tofaa alejó su mirada de mí:

—La parte más difícil es la salida de la cabeza del niño. Esta cabeza es ovalada, igual que la abertura pélvica normal. Aunque con esfuerzos y dolores, al final sale. Pero si este paso está constreñido, como en el caso de una pelvis en forma de corazón…

—¿Entonces?

No me contestó directamente:

—Imaginad que estáis sacando grano de un saco de cuello estrecho, y que un ratón se mete entre el grano y obstruye el cuello. Pero el saco hay que vaciarlo, de modo que lo apretáis, lo retorcéis y estrujáis. Algo tiene que ceder.

—Reventará el ratón, o el cuello quedará destrozado.

—O quizá todo el saco.

—¡Dios mío, que sea el ratón! —gemí. Luego me dirigí bruscamente a Yissun y le pregunté —: ¿Qué están haciendo por ella?

—Todo lo posible, hermano mayor. El wang Bayan no olvida que os prometió velar por su seguridad. Todos los médicos de la corte de Ava la están asistiendo, pero Bayan no tuvo suficiente con su ayuda. Envió correos al galope hacia Kanbalik para informar al gran kan de la situación. Y el kan Kubilai envió a su médico personal, el hakim Gansui. Es un hombre de edad, y llegó casi muerto después de haber recorrido todo el camino hasta Pagan, pero preferirá estar muerto si le sucede a doña Huisheng cualquier cosa. Bueno, pensé, después de que Yussun y Tofaa se hubieron marchado y me hubieron dejado meditar triste y solo, yo no podía culpar ni a Bayan ni a Gansui ni a nadie de lo

que pudiera pasar. Era yo quien había expuesto a Huisheng a aquel riesgo. Debió de suceder aquella primera noche en que ella, yo y Arun retozamos juntos, con tanta excitación que descuidé lo que era mi responsabilidad y mi placer: la colocación nocturna del medio limón preventivo. Intenté calcular cuándo había sido. Justo después de nuestra llegada a Pagan, ¿cuánto tiempo hacía ya? ¡Gésu, al menos ocho meses y quizá casi nueve! Huisheng debía de estar ahora casi fuera de cuentas. No era de extrañar que Bayan tuviera tanto interés en que me encontraran y me llevaran junto a ella.

Yo tenía aún más interés que él. Si mi querida Huisheng sufría la menor dificultad, yo

quería estar a su lado. Ahora ella estaba en el peor momento y mi alejamiento era imperdonable. Por eso aquella travesía de la bahía de Bengala me estaba resultando desesperante, mucho más lenta y más larga que la primera singladura de rumbo opuesto. Sin duda, no me comporté como un pasajero muy agradable para el capitán y la tripulación, ni tampoco debían de encontrarme muy agradable mis dos compañeros de pasaje.

Me paseaba inquieto e impaciente por cubierta, dando órdenes y gritando, maldecía a los marineros cada vez que no extendían hasta la punta del mástil el último palmo de vela, maldecía la impasible inmensidad de la bahía, maldecía el clima cada vez que en el cielo aparecía la más pequeña nube, y maldecía el insensible paso del tiempo: allí

fuera pasaba tan lentamente mientras en otro lugar precipitaba a Huisheng al momento decisivo. Y sobre todo me maldecía a mí mismo, porque si había en el mundo un hombre conocedor del peligro al que exponía a una mujer dejándola embarazada, ése era yo. Cuando aquella vez en el Techo del Mundo, bajo los efectos del filtro del amor, me había convertido durante breves momentos en una mujer en los dolores del parto, bien fuese fantasía o realidad, tanto si una droga provocó la ilusión en mi mente, como si una droga provocó la transformación en mi cuerpo, yo había experimentado claramente cada momento terrorífico, cada hora y cada eternidad del proceso del nacimiento. Lo conocía mejor que cualquier hombre, mejor incluso que un médico por muchos nacimientos que hubiera presenciado. Yo sabía que no había en ello nada hermoso, ni dulce, ni feliz, como nos querían hacer creer todos los mitos sobre la dulce maternidad. Sabía que era un paso sucio, nauseabundo, humillante, una terrible tortura. Yo había visto al acariciador hacer cosas viles a los sujetos humanos, pero ni siquiera él podía hacerles algo de dentro hacia fuera. El parto era más terrible y el sujeto no podía hacer más que chillar y chillar hasta que el tormento acababa en la agonizante expulsión final.

Pero la pobre Huisheng no podía siquiera chillar.

¿Y si la cosa insistente, rabiosa y desgarradora que llevaba dentro no pudiera salir nunca…?

Yo era el culpable. Había descuidado, sólo en una ocasión, tomar las precauciones adecuadas. Pero realmente había sido más negligente y más culpable que eso; ya que después de mi propia y horrorosa experiencia del parto me había dicho a mí mismo:

«Nunca someteré a una mujer que ame a este destino.» Así que si realmente hubiera amado a Huisheng nunca hubiese debido acostarme con ella, y nunca la hubiera expuesto ni siquiera remotamente a ese riesgo. Era duro arrepentirse de todos los amorosos momentos que pasamos ella y yo unidos en el acto del amor, pero ahora me arrepentía; pues ni siquiera con precauciones había total seguridad y ella había estado expuesta continuamente a este peligro. Me juré a mí mismo y a Dios que si Huisheng

sobrevivía nunca volvería a acostarme con ella. La amaba demasiado, y tendríamos que encontrar otros sistemas para demostrarnos mutuamente nuestro amor. Tomada esta amarga decisión, quise enterrar mi angustia en recuerdos más felices, pero

su propia dulzura me los hicieron también amargos. Recordaba la última vez que la había visto, cuando Yissun y yo partimos de Pagan. Huisheng no podía haber oído mis palabras de despedida ni respondido a ellas: «Adiós, querida mía.» Pero ella me había oído con su corazón y me había hablado también con su mirada: «Vuelve, querido.» Me acordaba de que ella, sin poder escuchar nunca música, la sentía con frecuencia, la veía y la percibía de otras formas. También ella creaba música, aunque no pudiera hacerlo personalmente: conocí a otras personas, incluso a secos criados ocupados en tareas desagradables, que a menudo tarareaban o cantaban felices sólo porque Huisheng estaba en la habitación. Recuerdo una ocasión, un día de verano en que mientras paseábamos al aire libre se desencadenó una repentina tormenta; todos los mongoles que iban con nosotros se pusieron a temblar y a invocar en voz baja el nombre protector de su gran kan. Pero Huisheng simplemente sonreía ante el espectáculo de los relámpagos, sin miedo a su ruido amenazador; para ella una tormenta no era más que una bella panorámica. Y recuerdo con qué frecuencia en nuestros paseos juntos Huisheng corría a coger una flor que mis sentidos, completos pero menos finos, no habían sabido ver. De todos modos, yo no era totalmente insensible a la belleza. Cuando en estas ocasiones ella echaba a correr para buscar algo, no podía por menos que sonreír al verla correr desgarbadamente y con las rodillas juntas, como hacen las mujeres; pero era una sonrisa cariñosa, y cada vez que ella corría mi corazón iba rodando detrás… Después de una o dos eternidades, el viaje terminó. En cuanto vimos asomar Akyab por el horizonte, hice preparar mi equipaje, me despedí de Tofaa y le di las gracias, y Yissun y yo pudimos saltar de la cubierta al muelle incluso antes de que tendieran la pasarela del barco. Saludamos al sardar Shaibani con un simple gesto y montamos de un salto sobre los caballos que él había llevado hasta la bahía y los espoleamos. Cuando avistaron nuestro barco en la distancia, Shaibani envió sin duda un correo de avanzadilla cabalgando a toda prisa hacia Pagan, porque cuando Yissun y yo llegamos al palacio de Pagan, después de haber recorrido velozmente los cuatrocientos li de distancia, ya nos estaban esperando. El wang Bayan no nos esperaba para darnos la bienvenida; al parecer se consideraba demasiado rudo para esa delicada tarea. En su lugar había encargado al viejo hakim Gansui y a la pequeña Arun que nos recibieran. Descabalgué

temblando, tanto por la palpitación interior como por el esfuerzo muscular del largo camino al galope. Arun vino corriendo para cogerme las manos, y Gansui se me acercó

con más sosiego. No hacía falta que hablaran. Vi en sus caras, en la gravedad del médico y en el llanto de la doncella, que había llegado demasiado tarde.

—Todo lo que pudo hacerse se hizo —dijo el hakim cuando, a instancia suya, me hube tomado una vigorizante copa del fuerte licor choum-choum —. Cuando llegué

aquí, a Pagan, el estado de la dama era avanzado, pero podía haberla hecho abortar fácilmente y con garantía. Ella no me dejó. Por lo que pude comprender, gracias a la ayuda de esta sirvienta, vuestra dama Huisheng insistía en que no le correspondía a ella tomar esta decisión.

—Debíais haberla obligado —dije con voz ronca.

—Tampoco a mí me correspondía tomar tal decisión.

Se abstuvo amablemente de decir que era yo quien debía haber tomado aquella decisión. Y yo me limité a asentir.

Él continuó diciendo:

—No me quedaba otra alternativa que esperar el parto; y de hecho aún tenía alguna esperanza. Yo no soy uno de esos médicos han que en vez de tocar a sus enfermas, les piden que señalen modestamente sobre una figurita de marfil los puntos donde les duele. Yo insistí en realizar un examen completo. Según decís, hasta hace poco no supisteis que la cavidad pélvica de vuestra dama era estrecha. Yo observé que sus diámetros

oblicuos quedaban reducidos por la intrusión anterior de la columna sacra, y que la extremidad púbica era más apuntada que redondeada, lo cual daba a la cavidad una forma trirradial en lugar de ovalada. Esto generalmente no es ningún obstáculo para una mujer, para caminar, montar a caballo, o lo que sea, hasta que intenta ser madre.

—Ella no lo sabía —dije.

—Creo que conseguí informarla y advertirle sobre las posibles consecuencias. Pero ella era terca, o decidida, o valiente. Y lo cierto es que no podía decirle que el nacimiento era imposible, que debía ser interrumpido. A lo largo de mi vida he asistido a varias concubinas africanas, y todas las mujeres de razas negras tienen la abertura pélvica más estrecha, y a pesar de todo tienen hijos. La cabeza de un niño al nacer es muy moldeable y flexible, así que aún tenía esperanzas de que este niño pudiera salir sin demasiados problemas. Desgraciadamente no pudo.

Se detuvo para elegir sus palabras cuidadosamente:

—Después de las primeras fases del parto se vio claramente que el feto estaba inextricablemente encallado. Y al llegar ese momento, la decisión la toma el médico. Insensibilicé a la dama con aceite de triaca. El feto fue cortado y extraído. Era un varón totalmente formado, con un desarrollo aparentemente normal. Pero los órganos y los vasos internos de la madre ya habían sufrido esfuerzos excesivos, y se habían producido hemorragias en puntos donde es imposible detenerlas. Doña Huisheng nunca despertó

del coma de la triaca. Fue una muerte fácil y sin dolor.

Deseé que se hubiese detenido sin pronunciar las últimas palabras. Aunque su intención fuera compasiva, eran una rotunda mentira. Yo había visto demasiadas muertes para creer que pueda haber alguna «fácil». ¿Fue ésta «sin dolor»? Yo sabía, mejor que él, qué

significaban «las primeras fases del parto». Antes de que le permitiera misericordiosamente olvidarse de todo, y desmenuzara al bebé y arrancara el trozo de carne, Huisheng había soportado horas de dolor iguales a la misma eternidad del infierno. Pero sólo dije con voz apagada:

—Hicisteis lo que pudisteis hacer, hakim Gansui. Os estoy agradecido. ¿Puedo verla ahora?

—Amigo Marco, ella murió hace cuatro días. Con este clima… Bueno, la ceremonia fue sencilla y digna, no como las barbaridades locales. Una pira al atardecer con el wang Bayan y toda la corte manifestando su dolor.

O sea que ni siquiera la vería una última vez. Era duro, pero quizá era mejor así. Podría recordarla, no como una Eco inmóvil y silenciosa para siempre, sino como ella había sido, vital y vibrante, como la vi por última vez.

Cumplí mecánicamente las formalidades de saludar a Bayan, escuché sus rudas condolencias, y le dije que me volvería a marchar, en cuanto hubiera decansado, para llevarle la reliquia de Buda a Kubilai. Luego fui con Arun a las habitaciones donde Huisheng y yo habíamos vivido juntos últimamente, y en donde ella había muerto. Arun vació armarios y cajones para ayudarme a hacer el equipaje, aunque yo sólo escogí

algunos recuerdos para llevarme. Dije a la muchacha que podía quedarse con las ropas y otros objetos femeninos que Huisheng ya no iba a utilizar más. Pero Arun insistía en enseñarme cada una de las cosas pidiéndome permiso cada vez. Eso podía haberme resultado innecesariamente doloroso, pero en realidad las ropas, las joyas y los tocados no significaban nada para mí si Huisheng no los llevaba.

Me había propuesto no llorar, al menos hasta que no llegara a algún lugar solitario de camino hacia el norte donde podría hacerlo retirado. Me costó cierto esfuerzo, lo confieso, impedir que mis lágrimas corrieran, no arrojarme sobre la cama vacía que habíamos compartido, no estrechar contra mí sus inútiles ropas. Pero me dije a mí

mismo: «Lo soportaré como un impasible mongol; no, mejor como un mercader de

mentalidad práctica.»

Sí, mejor ser como un mercader, que es un hombre acostumbrado a la transitoriedad

de las cosas. Un mercader puede comerciar con tesoros, y puede alegrarse cuando cae en sus manos uno excepcional, pero él sabe que lo tendrá sólo un tiempo antes de que vaya a parar a otras manos, o si no ¿para qué está un mercader? Quizá le entristezca ver que el tesoro se va, pero si es un mercader como debe, será más rico por haber tenido aquello, aunque fuera brevemente. Y yo lo era, lo era. Aunque Huisheng se hubiera alejado ya de mí, había enriquecido mi vida incalculablemente, y me había dejado con un cúmulo de recuerdos que no tenían precio, y quizá hasta el haberla conocido me había convertido en un hombre mejor. Sí, me había beneficiado. Esa manera tan práctica de enfocar mi aflicción me ayudó a contener más fácilmente mi dolor. Me felicitaba a mí mismo por mi pétrea serenidad.

Pero en aquel momento Arun me preguntó:

—¿Os llevaréis esto?

Lo que me estaba mostrando era el incensario de porcelana blanca. Y el hombre de piedra se derrumbó.

A CASA

Mi padre me recibió primero con alegría, y luego compartió mi dolor cuando le dije por qué había regresado a Kanbalik sin Huisheng. Comenzó a decirme en tono pesimista que la vida era esto y aquello, pero yo interrumpí su sermón.

—Veo que ya no somos los últimos occidentales llegados a Kitai —dije, pues había un extranjero sentado con mi padre en sus aposentos.

Era un hombre blanco, un poco mayor que yo, y su vestimenta, gastada por el viaje, le identificaba como clérigo de la orden franciscana.

—Sí —respondió mi padre sonriente —. Por fin un auténtico sacerdote cristiano llega a Kitai. Y es casi un compatriota nuestro, Marco, de la Camagna. Es el pare Zuáne…

—Padre Giovanni —dijo el sacerdote, corrigiendo malhumorado la pronunciación veneciana de mi padre —. De Montecorvino, cerca de Salerno.

—Al igual que nosotros, ha estado unos tres años de viaje. Y recorriendo casi nuestra misma ruta.

—A partir de Constantinopla —dijo el sacerdote —. Bajé hasta la India, donde fundé una misión, y luego subí pasando por la Alta Tartaria.

—Estoy seguro de que seréis bien acogido aquí, pare Zuáne

—dije cortésmente —. Si aún no habéis sido presentado al gran kan, a mí pronto me recibirá en audiencia, y…

—El kan Kubilai me ha recibido ya, y muy cordialmente.

—Quizá si se lo pides, Marco —dijo mi padre —, el pare Zuáne querrá decir unas palabras en memoria de nuestra querida difunta Huisheng.

Desde luego, yo no se lo habría pedido, pero el sacerdote dijo fríamente:

—Creo que la difunta no era cristiana; y que la unión no se hizo según el sacramento. Ante esto le di la espalda y dije bruscamente:

—Padre, si estas tierras, antes remotas, desconocidas y bárbaras, están atrayendo ahora a civilizados arribistas como éste, el gran kan no se sentirá demasiado desamparado cuando los pocos pioneros emprendamos el regreso. Estoy dispuesto a marchar cuando tú digas.

—Eso era lo que esperaba —dijo, inclinando la cabeza —. He estado convirtiendo todas las

posesiones de la Compagnia en bienes muebles y en moneda. Una gran parte ya va camino de Occidente en caballos de postas por la Ruta de la Seda. Y el resto está todo empaquetado. Sólo hemos de decidir la forma de viajar y la ruta que tomaremos; y por supuesto obtener el consentimiento del gran kan.

Fui, pues, a pedirlo. Primero ofrecí a Kubilai la reliquia de Buda que traía conmigo, al verla expresó placer, manifestó cierto temor reverencial y me lo agradeció mucho. Después le presenté una carta que Bayan me había entregado para él; esperé mientras la leía y luego dije:

—También traigo conmigo, excelencia, a vuestro médico personal, el hakim Gansui, y os estoy eternamente agradecido por haberle enviado a cuidar de mi difunta esposa.

—¿Vuestra difunta señora? Gansui no la debió cuidar con mucha eficacia. Siento mucho oíros decir eso. Gansui siempre ha atendido bastante bien mi continua dolencia de gota y mis más recientes achaques de la vejez y lamentaría perderlo. Pero ¿debe ser ejecutado por esta triste negligencia?

—No por orden mía, excelencia. Estoy convencido de que hizo cuanto pudo. Y

ejecutándole no resucitaríamos a mi señora ni a mi hijo nonato.

—Recibe mi condolencia, Marco. Una dama encantadora, amada y amante, es desde luego irreemplazable. Pero, ¿los hijos? —hizo un amplio y casual gesto con la mano, y yo pensé que se estaba refiriendo a su considerable carnada de descendientes. Pero me llevé un susto cuando dijo —: Ya tienes aquí esta media docena. Y creo que además tres o cuatro hijas.

Por primera vez comprendí quiénes eran aquellos pequeños pajes que habían sustituido a los anteriores y viejos mayordomos del gran kan. Me quedé atónito.

—Son muchachos muy guapos —continuó diciendo —. Una gran mejora en el conjunto visual de mi sala del trono. Así los visitantes pueden posar sus ojos en estos atractivos jóvenes y no en la vieja carroza sentada en el trono.

Miré a los pajes que había a mi alrededor. Uno o dos estaban al alcance del oído y probablemente habían escuchado esa sorprendente revelación, sorprendente para mí en todo caso, y me dirigieron tímidas y respetuosas sonrisas. Ahora sabían de dónde habían sacado el tono de piel, los cabellos y los ojos más claros que los de un mongol, e incluso imaginé que podía ver en ellos un cierto parecido conmigo. Sin embargo, eran extraños para mí. No fueron concebidos con amor y probablemente yo no hubiera reconocido a sus madres si me cruzaba con ellos por un pasillo de palacio.

—Mi único hijo murió al nacer, excelencia —dije —. La pérdida de él y de su madre han amargado mi alma y mi corazón. Por este motivo pido la venia de su excelencia el gran kan para entregar mi informe de esta última misión y después solicitar un

favor. Me miró detenidamente durante un rato, y los surcos y arrugas erosionados por la edad en su correoso rostro parecieron ahondarse visiblemente, pero sólo dijo:

—Informa.

Lo hice con bastante brevedad, pues realmente no tenía otra misión que la de observar. Así que le comuniqué mis impresiones de lo que había observado: que la India era un país totalmente indigno de que él lo conquistara o le prestara la menor atención; que las tierras de Champa ofrecían los mismos recursos: elefantes, especias, maderas, esclavos, piedras preciosas, y todo ello mucho más a mano.

—Por supuesto, Ava también es ya vuestro. Sin embargo he de haceros una observación, excelencia. Al igual que Ava probablemente las demás naciones de Champa sean fáciles de conquistar, pero pienso que mantenerlas será difícil. Vuestros mongoles son hombres del norte, acostumbrados a respirar libremente. En aquellos calores y humedades tropicales, ninguna guarnición mongol puede resistir mucho tiempo sin caer víctima de las fiebres, las enfermedades y la indolencia ambiental. Propongo, excelencia, que en

lugar de una ocupación real os limitéis a colocar en la administración de Champa nativos sumisos y fuerzas supervisoras.

Asintió y volvió a coger la carta que yo había traído de Bayan:

—El rey Rama Khamhaeng de Muong Thai está proponiendo ya un acuerdo de este tipo, como alternativa a vuestra exigencia de su rendición incondicional. Ofrece toda la producción de las minas de estaño de su país como tributo constante. Creo que aceptaré

estas condiciones, y conservaré Muong Thai como nación teóricamente independiente. Me alegró oír aquello, pues había tomado verdadero afecto al pueblo thai. Mejor que continuaran con su Tierra de los Libres.

Kubilai siguió diciendo:

—Te agradezco tu informe, Marco. Lo has hecho bien, como siempre. Y yo sería un gobernante desagradecido si me negara a concederte cualquier favor. Dime lo que quieres.

Él sabía lo que iba a pedirle. Sin embargo no quise pedírselo llana y bruscamente:

«Dadme venia para abandonaros»; así que empecé a explicarme a la manera han, con circunloquios:

—Hace mucho tiempo, excelencia, yo dije en una ocasión: «Nunca podría matar a una mujer.» Y cuando yo dije eso, un esclavo mío, un hombre más sabio de lo que yo

pensaba, dijo: «Aún sois joven.» Yo, en aquel momento, no podía creerlo, pero recientemente he sido la causa de la muerte de la mujer más querida para mí en todo el mundo. Y ya no soy joven. Soy un hombre de mediana edad, bien entrado en la cuarta década. Esa muerte me ha hecho mucho daño y, como un elefante herido, quisiera marcharme cojeando al retiro de mi tierra natal, para recuperarme allí de mi herida o consumirme a causa de ella. Solicito vuestro permiso, excelencia, y espero que también vuestra bendición, para que mi padre y mi tío y yo salgamos de vuestra corte. Si yo ya no soy joven, ellos ya son viejos, y también ellos deberían morir en su casa.

—Y yo soy todavía más viejo —dijo Kubilai con un suspiro —, mis manos han dado más vueltas desplegando y enrollando el rollo donde está representada mi vida. Y a cada vuelta de las varas del rollo aparece un cuadro con menos amigos a mi lado. Algún día, Marco, envidiarás a la dama que has perdido. Ella murió en el verano de su vida, sin haber visto cómo todo lo que estaba verde y florecido a su alrededor se volvía marrón y caduco y se iba volando como las hojas del otoño. —Se estremeció, como si sintiera ya las ráfagas del invierno —. Lamentaré ver partir a mis amigos los Polo, pero pagaría mal la compañía y el largo servicio prestado por tu familia si pidiera con lágrimas que os quedarais. ¿Habéis hecho ya los preparativos del viaje?

—Por supuesto que no, excelencia. No sin obtener antes vuestro permiso.

—Lo tenéis, claro. Pero ahora me gustaría pediros un favor. Una última misión que podéis llevar a cabo por el camino y que os facilitará el viaje.

—Sólo tenéis que ordenar, excelencia.

—Quisiera pediros que tú, Nicoló y Mafio entregarais un cargamento valioso y delicado a mi sobrino Arghun en Persia. Cuando Arghun sucedió en el trono al anterior ilkan tomó una esposa persa como gesto político frente a sus súbditos. Él, indudablemente, tiene también otras mujeres, pero ahora desea tener como primera esposa e ilkanatun a una mujer de pura sangre y crianza mongola. Me envió mensajeros pidiéndome que le consiguiera una novia de estas características, y yo he elegido a una dama llamada Kukachin.

—¿La viuda de vuestro hijo Chingkim, excelencia?

—No, no. Se llama igual, pero no tiene relación alguna, y tú no la conoces. Es una joven doncella traída directamente de las llanuras, de una tribu llamada Bayaut. Le he proporcionado una dote considerable, el habitual y rico ajuar nupcial, y un cortejo de sirvientes y doncellas, y ya está preparada para emprender el viaje a Persia y encontrarse con su prometido esposo. Sin embargo, enviarla por tierra significaría obligarla a cruzar los territorios del ilkan Kaidu. Ese miserable primo mío está tan rebelde como siempre, y ya sabes la enemistad que ha manifestado en todo momento hacia sus primos que gobiernan el ilkanato de Persia. No voy a arriesgarme a que

Kaidu capture a doña Kukachin cuando pase por sus dominios y se quede con ella; para pedir a Arghun un rescate, o bien para disfrutar con el resentimiento que su acción provocaría.

—¿Deseáis que la escoltemos a través de este peligroso territorio?

—No, preferiría que lo evitara del todo. Mi idea es que haga el trayecto por mar. Sin embargo, todos los capitanes de mis barcos son han, y vaj!, los marineros han me decepcionaron tanto durante nuestros intentos de invadir Riben Guo que no me atrevo a confiarles esta misión. Pero tú y tus tíos sois también gente de mar. Estáis familiarizados con el mar abierto y con el manejo de los navíos.

—Es cierto, excelencia, pero en realidad no hemos pilotado nunca ninguno.

—Oh, eso lo saben hacer bien los han. Sólo os pediría que tomarais el mando, y que vigilaseis de cerca a los capitanes han para que no huyan con la dama, ni la vendan a los piratas ni la pierdan por el camino. Y que vigiléis bien el rumbo para que no se lleven la flota más allá de los confines del mundo.

—Sí, podríamos ocuparnos de esto perfectamente, excelencia.

—Seguiréis llevando mi paizi y tendréis autoridad incuestionable e ilimitada, tanto en el mar como en cualquier desembarco que debáis hacer. De este modo podréis viajar cómodamente de aquí a Persia, con buenos alojamientos a bordo, buena comida y buenos criados durante todo el trayecto. El viaje resultará especialmente fácil para el inválido Mafio y las ayudantes que lo cuidan. En Persia os recibirá una comitiva enviada para recoger a doña Kukachin, y os conducirán confortablemente hasta donde Arghum tenga instalada actualmente su capital. Seguramente él se ocupará de proporcionaros un buen medio de transporte a partir de allí. Ésa es, pues, mi misión, Marco. ¿Quieres discutirlo con tus tíos para decidir si os haréis cargo de ella?

—¡Por favor, excelencia! Estoy convencido de que puedo hablar ya en nombre de todos. No sólo nos sentimos honrados de llevarlo a cabo y estamos ansiosos de hacerlo, sino que seguimos en deuda con vos por facilitarnos el viaje de este modo. Así que mientras la flota nupcial se preparaba y aprovisionaba, mi padre resolvió los asuntos de nuestra compañía que quedaban pendientes, y yo me ocupé de resolver algunos asuntos míos. Dicté a los escribas de la corte de Kubilai una carta para que fuera incluida en el próximo envío oficial del gran kan al wang Bayan en Ava. Mandé saludos y recuerdos a mi viejo amigo y me despedí afectuosamente de él; y luego, aprovechando que la nación de Muong Thai no sería invadida y conservaría su libertad, le pedí un favor personal, le pedí que se ocupara de conceder la libertad a la pequeña sirvienta Aran de Pagan, y de enviarla a salvo al país de los suyos. Después cogí un lote de bellos rubíes, la parte que me correspondía de las últimas ganancias en Kitai de la Compagnia Polo convertidas por mi padre en bienes muebles para llevarlas a casa, y me lo llevé, pero sólo hasta las habitaciones del ministro de

Finanzas, Linan. Él era el primer cortesano de Kanbalik a quien había conocido, y fue el primero de quien me despedía ahora en persona. Le entregué el lote de gemas, y le pedí

que utilizara su valor para dejar un legado a los pequeños pajes del gran kan cuando cada uno de ellos se hiciera mayor; así tendrían un apoyo para iniciar su vida adulta. Continué luego por palacio despidiéndome de otras personas, algunas de mis visitas eran de cortesía: a los dignatarios como el hakim Gansui y la katum Janui, la anciana primera esposa de Kubilai. Otras visitas fueron menos formales, pero también breves: al astrónomo de la corte y al arquitecto de corte. Y realicé una de las visitas al ingeniero de

palacio, Wei, únicamente para agradecerle que hubiese construido el pabellón del jardín donde Huisheng disfrutó de la gorjeante música de los caños de agua. Y otra de las visitas, esta vez al ministro de la Historia, fue sólo para decirle:

—Ahora podéis escribir en vuestros archivos otra trivialidad. En el Año del Dragón, según el cómputo han el año tres mil novecientos noventa, el forastero Poluo Make dejó

finalmente la ciudad del kan para regresar a su nativa Wei-ni-si. Él sonrió al recordar la conversación que sostuvimos tanto tiempo atrás, y dijo:

—¿Debo consignar que Kanbalik mejoró gracias a su presencia aquí?

—Eso ha de decirlo Kanbalik, ministro.

—No, eso debe decirlo la historia. Pero aquí, mirad. —Cogió un pincel, humedeció su bloque de tinta y escribió sobre un papel ya atiborrado de escritos, una línea de caracteres verticales. Entre ellos reconocí el carácter que había en mi sello yin —. Aquí

queda apuntada la trivialidad. Cuando volváis dentro de cien años, Polo, o de mil años, podéis comprobar si esta trivialidad aún se recuerda.

Otras de mis visitas de despedida fueron más afectuosas y prolongadas. Tres de ellas, al artificiero de la corte, Shi Ixme, al orfebre de la corte, Pierre Boucher, y especialmente mi visita al ministro de la Guerra, Zhao Mengfu, artista de corte y compañero conspirador en una ocasión, se prolongaron cada una hasta bien entrada la noche, y terminaron sólo cuando ya estábamos demasiado borrachos para seguir bebiendo. Cuando tuvimos noticia de que los navíos estaban preparados y esperándonos en el puerto de Quanzhou, mi padre y yo condujimos a tío Mafio a las habitaciones del gran kan para que nos presentara a la dama que debíamos custodiar. Kubilai nos presentó

primero a los tres enviados que habían ido a pedir su mano para el ükan Arghum, se

llamaban Uladai, Koja y Apushka, y después nos presentó a doña Kukachin que era una chica de diecisiete años, una de las más agraciadas hembras mongolas que yo había visto, vestida con bellas ropas pensadas para deslumhrar a toda Persia. Pero la joven dama no era altiva ni dominante, como podría esperarse de una noble que iba a convertirse en la ilkatun, y que encabezaba un cortejo de casi seiscientas personas, contando a todos sus sirvientes, doncellas, futuros cortesanos y soldados de escolta. Kukachin era franca y natural y de agradables modales, como correspondía a una chica ascendida tan repentinamente desde una tribu de las llanuras, donde probablemente su corte consistía sólo en una manada de caballos.

—Hermanos mayores Polo —nos dijo —, me pongo bajo la tutela de tan renombrados viajeros con la más absoluta seguridad y confianza.

Ella, los nobles principales que la acompañaban, los tres enviados de Persia, nosotros tres los Polo, y la mayor parte de la corte de Kanbalik nos sentamos junto a Kubilai para celebrar un banquete de despedida en la misma inmensa sala donde habíamos disfrutado de nuestro banquete de bienvenida hacía ya tanto tiempo. Fue una fiesta suntuosa, agradable incluso para tío Mafio, a quien dio de comer su fiel y constante sirvienta que continuaría con nosotros hasta Persia. La noche estuvo amenizada con muchas y variadas diversiones (tío Mafio en un momento dado se levantó para cantar al gran kan un verso o dos de su trillada canción sobre la virtud) y todo el mundo se emborrachó

sobremanera con los licores que el árbol con la serpiente de oro y plata aún suministraba por encargo. Antes de quedar totalmente inconscientes, mi padre, Kubilai y yo nos despedimos: el proceso fue tan largo, emotivo, lleno de abrazos, brindis y discursos exagerados como una boda veneciana.

Pero Kubilai también consiguió tener un pequeño coloquio privado conmigo:

—Aunque yo haya conocido a tus tíos antes, Marco, a ti te he conocido mejor, y lamentaré tu partida. Huí!, recuerdo que las primeras palabras que me dirigiste fueron insultantes. —Se reía al recordarlo —. No fue un acto muy prudente, pero fuiste valiente e

hiciste bien en hablar de aquella manera. A partir de entonces, me he fiado mucho de tus palabras, y quedarme sin ellas será una triste pérdida. Espero que puedas volver otra vez. Yo no estaré ya para recibirte. Pero me harías aún un gran servicio si ofrecieras tu amistad y tu ayuda a mi nieto Temur con la misma dedicación y lealtad que me has mostrado a mí.

Posó una pesada mano sobre mi hombro.

—Será siempre mi mayor motivo de orgullo, excelencia, y la única pretensión de haber vivido una vida útil, el haber servido en una ocasión y durante una temporada al kan de todos los kanes.

—¿Quién sabe? —dijo jovialmente —. Quizá el kan Kubilai sea recordado solamente porque tuvo por buen consejero a un hombre llamado Marco Polo. —Me dio una amistosa sacudida de hombros —. Vaj! Basta de sentimentalismos. ¡Bebamos y emborrachémonos! Y ahora —continuó diciendo mientras alzaba por mí una copa alta y enjoyada rebosante de arki —. Te deseo un buen caballo y una ancha llanura, buen amigo.

—Buen amigo —me atreví a repetir, alzando mi copa —os deseo un buen caballo y una ancha llanura.

Y a la mañana siguiente, con la cabeza espesa y el corazón no demasiado alegre, emprendimos nuestra marcha. Sacar de Kanbalik aquella multitudinaria caravana constituyó un problema táctico de casi tanta magnitud como la movilización del tuk de guerreros del orlok Bayan por el valle de Batang, y esta vez el tropel estaba formado principalmente por civiles, no entrenados en la disciplina militar. Así que el primer día no llegamos más allá del siguiente pueblo en dirección al sur, en donde nos recibieron con aclamaciones, flores, incienso y ráfagas de árboles de fuego. Tampoco avanzamos mucho más en los días sucesivos, porque lógicamente hasta el más pequeño pueblo y ciudad querían manifestar su entusiasmo. La caravana era inmensa: mi padre, y yo y los tres enviados, la mayoría de los sirvientes y todas las tropas de escolta íbamos montados a caballo; doña Kukachin y sus mujeres y mi tío Mafio iban en palanquines portados por caballos; una serie de nobles de Kanbalik montaban haudas de elefantes, y además llevábamos todos los animales de carga y los arrieros necesarios para el equipaje de seiscientas personas. Aunque nuestra comitiva se había acostumbrado a formar y a comenzar la marcha cada mañana, la procesión que formábamos ocupaba a veces todo el trayecto entre el pueblo en donde habíamos pasado la noche y el siguiente. Nuestro destino final, el puerto de Quanzhou, estaba situado mucho más al sur que los lugares que yo había visitado en Manzi, mucho más al sur que Hangzhou, mi antigua ciudad de residencia, así que el viaje duró desmesuradamente. Pero fue agradable, porque a cambio, la columna no era de soldados que iban a la guerra, y a todas partes donde llegábamos éramos bien recibidos.

2

Al final llegamos a Quanzhou; allí algunos de nuestros soldados de escolta, algunos nobles y la caravana de cargamento regresaron hacia Kanbalik, y el resto de nosotros subimos en fila a bordo de los grandes navíos chuan, y a la siguiente marea entramos en el mar de Kitai. La procesión que formábamos por mar era aún más imponente que nuestro desfile por tierra, pues Kubilai nos había proporcionado una flota entera: catorce sólidos navíos de cuatro mástiles, cada uno de ellos tripulado por unos doscientos marineros. Repartimos a nuestro grupo entre ellos; mi padre, mi tío, el enviado Ula-dai y yo íbamos a bordo del mismo barco llevando con nosotros a doña Kukachin y a la mayoría de sus mujeres. Los navíos chuan eran buenos y resistentes, construidos con

triple tablaje, nuestros camarotes estaban lujosamente amueblados, y creo que cada uno de los pasajeros teníamos cuatro o cinco criados del séquito de la dama que se ocupaban de nosotros, aparte de los mayordomos, los cocineros, y los mozos de camarote que también velaban por nuestra comodidad. El gran kan había prometido buenos alojamientos, buen servicio y buena comida, y sólo daré un ejemplo para ilustrar cómo respondían los barcos a aquella promesa. En cada uno de los catorce navíos había un marino destacado para una única tarea durante todo el viaje: estaba siempre agitando y removiendo el agua de un aljibe del tamaño de un estanque de lotos que había en cubierta, donde nadaban peces de agua dulce destinados a nuestra mesa. Mi padre y yo teníamos poco que hacer en el gobierno o supervisión de la nota. Los capitanes de los catorce navíos habían quedado bastante sorprendidos e impresionados cuando vieron que subían a bordo con aire regio hombres blancos llevando las tablas paizi colgadas sobre el pecho, o sea que cumplían todas sus obligaciones con loable diligencia y prontitud. Para asegurarme de que la flota no se desviaba de su ruta, me quedaba de vez en cuando de noche en cubierta oteando el horizonte con el kamal que había llevado conmigo desde Suvediye. Aunque aquel pequeño marco de madera solamente me decía que seguíamos rumbo hacia el sur constantemente, siempre lograba que el capitán de nuestro barco viniese corriendo a asegurarme que nos manteníamos inflexiblemente en la ruta fijada.

Los pasajeros únicamente podíamos quejarnos por la lentitud de nuestro avance, pero esto se debía a la devoción con que nuestros capitanes cumplían sus obligaciones y aseguraban nuestra comodidad. El gran kan había elegido especialmente los pesados navíos chuan para garantizar a doña Kukachin un viaje seguro y tranquilo, y la propia estabilidad de esos grandes barcos los hacía muy lentos, y la necesidad de que los catorce navegaran juntos imponía aún mayor lentitud. Además, cada vez que el tiempo parecía mínimamente amenazador, los capitanes iban a refugiarse a alguna cala. En vez de tomar rumbo directo hacia el sur a través de mar abierto, la flota seguía hacia el oeste el arco de la línea costera, mucho más largo. Además, aunque los barcos estuviesen abundantemente aprovisionados con comida y otros suministros para dos años enteros de navegación, no podían transportar agua potable para más de un mes, y teníamos que reponerla cargando agua a intervalos, y estas paradas resultaban aún más largas que las de los refugios ocasionales. Solamente el hecho de anclar una flota tan numerosa de barcos tan enormes ocupaba casi todo un día. Luego había que transportar a remos los barriles dentro de los botes de cada barco y eso llevaba tres o cuatro días más, y levar anclas y zarpar de nuevo aún otro día más. De modo que cada parada para aprovisionarnos de agua nos costaba aproximadamente una semana de retraso. Recuerdo que después de dejar Quanhzou nos detuvimos a por agua en una gran isla de Manzi llamada Hainan, luego en un pueblo portuario de la costa de Annam, en Champa, llamado Gaidinthanh, y en una isla tan grande como un continente, llamada Kalimantan. En total, la etapa de nuestro viaje hacia el sur por la costa de Asia duró tres meses, antes de que pudiéramos girar hacia el oeste en dirección a Persia.

—He estado observando, hermano mayor Marco —dijo doña Kukachin, acercándose

a mí

una noche en cubierta —, que a veces subís aquí y manipuláis un pequeño aparato de madera. ¿Se trata de algún instrumento ferenghi de navegación?

Fui a buscarlo y le expliqué su función.

—Quizá sea un aparato desconocido para mi prometido esposo —dijo —, y yo podría ganar gran estima a sus ojos sí se lo descubriera. ¿Querréis enseñarme a utilizarlo?

—Con mucho gusto, señora mía. Debéis sostenerlo con el brazo extendido, así, en dirección a la estrella del Norte.

De pronto me detuve aterrorizado.

—¿Qué sucede?

—¡La estrella del Norte ha desaparecido!

Era cierto. Aquella estrella últimamente había estado cada noche más baja, muy cerca del horizonte. Pero yo no la había buscado durante varias noches, y ahora me horroricé

al ver que había desaparecido totalmente de vista. La estrella que yo había podido contemplar casi cada noche de mi vida, el faro constante que a través de la historia había guiado a todos los viajeros por tierra y mar, se había esfumado totalmente del cielo. Era espantoso ver que la única cosa fija, constante e inmutable del universo desaparecía. Realmente podíamos estar navegando más allá de los confines del mundo y caer en un abismo desconocido.

Francamente confieso que eso me hizo sentirme incómodo. Pero por la confianza que Kukachin tenía puesta en mí, traté de disimular mi inquietud mientras llamaba al capitán del barco. Calmando mi voz todo lo posible, le pregunté qué había sucedido con la estrella y cómo podríamos mantener un rumbo o conocer su posición sin ese punto fijo de referencia.

—Ahora estamos bajo la protuberancia que forma la cintura del mundo —dijo —. Y desde aquí la estrella es simplemente invisible. Debemos contar con otras referencias. Envió a un mozo de camarotes corriendo al puente del barco para que le trajese una carta de navegación, y la desenrolló delante mío y de Kukachin. No era una representación de las costas locales y de sus accidentes, sino del cielo nocturno: no había más que puntos pintados de diferentes tamaños representando estrellas de diferente luminosidad. El capitán señaló hacia arriba indicando las cuatro estrellas más brillantes del cielo, que parecían dibujar los brazos de una cruz cristiana, y luego señaló

los cuatro puntos sobre el papel. Me di cuenta de que aquel mapa era una exacta representación de aquellos cielos desconocidos, y el capitán me aseguró que con eso le bastaba para guiarse.

—Este mapa parece tan útil como vuestro kamal, hermano mayor —me dijo Kukachin, y luego dirigiéndose al capitán añadió —: ¿Haréis una copia para mí, quiero decir para mi regio esposo, por si alguna vez desea emprender una campaña hacia el sur de Persia?

El capitán, con gran amabilidad, ordenó copiarlo inmediatamente a un escriba, y yo ya no expresé más dudas sobre la perdida estrella del Norte. Sin embargo, me seguí

sintiendo un poco incómodo en aquellos mares tropicales, porque incluso el sol se comportaba allí de manera extraña.

Lo que yo siempre había considerado una «puesta del sol» allí podía llamarse más bien una «caída», pues el sol no bajaba tranquilamente por el cielo cada tarde para posarse con suavidad bajo el mar, sino que se zambullía de modo directo y rápido. Nunca podía admirarse un flamante cielo crepuscular, ni un ocaso gradual que suavizara el paso del día a la noche. En un momento dado había una brillante luz diurna, y en un abrir y cerrar de ojos, era ya negra noche. En todas partes, desde Venecia a Kanbalik, yo me había acostumbrado a días largos y a noches cortas en verano, y a lo contrario en invierno. Pero en todos los meses que duró nuestra travesía por los mares tropicales nunca pude notar alargamientos estacionales del día o de la noche. Y el capitán ratificó

esta impresión, pues me dijo que la diferencia entre los días más largos del año y los más cortos en los trópicos era de sólo tres cuartas partes de la hora de un reloj de arena. Tres meses después de salir de Quanzhou llegamos a nuestro destino más austral, en el archipiélago de las islas de las Especias, en donde debíamos virar rumbo hacia el este. Pero antes, como necesitábamos reponer agua otra vez, atracamos en una de las islas llamada Java la Mayor. Desde el momento en que la vimos asomar en el horizonte hasta que llegamos a ella, después de medio día más, los pasajeros estuvimos comentando entre nosotros que aquél debía de ser un lugar muy acogedor. El aire era cálido y estaba

tan cargado con el espeso aroma de las especias que casi nos mareó, y la isla era un tapiz de verdes brillantes y de colores de flores, y en todo su contorno el color del mar era de un reluciente, translúcido y suave verde lechoso, como el jade. Desgraciadamente, la primera impresión de que habíamos encontrado una isla paradisíaca apenas duró.

Nuestra flota fondeó en la desembocadura de un río llamado Jakarta, a poca distancia de la costa, en un puerto llamado Tanjung Priok, y mi padre y yo bajamos a tierra con los botes que transportaban barriles de agua. Descubrimos que el llamado puerto de mar era sólo un pueblecito con casas de caña de zhugan construido sobre altos

pilares, porque todo el suelo era un cenagal. Los edificios mayores de la población eran unas plataformas de caña largas, con tejados de palmas trenzadas pero sin paredes, llenos de sacos de especias apilados (nueces, cortezas, vainas y polvos) que esperaban el paso del siguiente navío mercante. Por lo que pudimos ver la isla, más allá del pueblo, no era más que densa jungla creciendo sobre otros cenagales. Los almacenes de especias despedían un aroma que superaba el olor miasmático de la jungla, y el hedor común a todos los pueblos tropicales. Pero nos enteramos de que sólo por cortesía se integraba también a esta isla, Java la Mayor, en el archipiélago de las Especias, pues allí no crecía nada más valioso que la pimienta, y las mejores especias (nuez moscada, clavo, macis, sándalo y otras) crecían en islas más remotas del archipiélago, y se guardaban en aquel lugar simplemente porque era más accesible a las rutas marítimas. También descubrimos en seguida que Java no tenía un clima paradisíaco, pues nada más llegar a la orilla un violento chubasco nos caló hasta los huesos. Un día de cada tres caían lluvias en la isla, nos dijeron, y generalmente en forma de tempestades que, esto no tuvieron que decírnoslo, eran una lograda imitación del fin del mundo. Confío que después de nuestra partida, Java disfrutara de una inhabitual temporada de buen tiempo, porque el que nos tocó a nosotros fue malísimo. La primera tormenta se prolongó día y noche durante semanas; los truenos y relámpagos se tomaban un descanso de vez en cuando, pero la lluvia caía incesantemente y la soportamos anclados en la desembocadura del río.

Nuestros capitanes tenían intención de dirigirse desde allí hacia el este a través de un estrecho paso llamado el estrecho de Sunda, que separa Java la Mayor de la siguiente isla occidental, Java la Menor, también llamada Sumatera. Dijeron que aquel estrecho facilitaba el trayecto hacia la India, pero también nos informaron de que sólo podía cruzarse con el mar en calma y con una visibilidad perfecta. Así que nuestra flota se quedó en la desembocadura del río Jakarta, en donde los chaparrones eran tan continuos y densos que ni siquiera podíamos vislumbrar Java a su través. Pero sabíamos que la isla seguía estando allí porque cada amanecer nos despertaban los alaridos y silbidos de los monos gibones desde las copas de los árboles de la jungla. No era realmente un lugar incómodo para quedar aislados: nuestros barqueros nos traían de la costa cerdo fresco, aves de corral, frutas y verduras para aumentar nuestras provisiones de ahumados y salados, y teníamos gran cantidad de especias para dar más sabor a nuestras comidas. Sin embargo, la espera resultó terriblemente pesada.

Si alguna vez me hartaba de no ver más que el agua del puerto dando saltos para encontrarse con la de la lluvia, me acercaba hasta la orilla; pero el panorama no era mucho mejor allí. Los habitantes de Java eran bastante bien parecidos: pequeños, bien proporcionados, y con la piel de color dorado, y las mujeres, al igual que los hombres, iban desnudas hasta la cintura. Pero toda la población de Java, fuera cual fuese la religión que profesara antes, había sido convertida al hinduismo hacía mucho tiempo por los indios, sus principales compradores de especias. Inevitablemente, los habitantes de Java habían adoptado todo lo que al parecer acompaña a la religión hindú, es decir, la

suciedad, la apatía y las censurables costumbres personales. Así que aquel pueblo no me resultó más atractivo que cualquier otro pueblo hindú, ni Java más atractiva que la India. Algunos miembros de nuestro grupo quisieron mitigar su aburrimiento de otras formas, y acabaron lamentándolo. A todos los tripulantes han de nuestra flota, como a los marineros de todas las razas y nacionalidades, les aterrorizaba mortalmente meterse en el agua. Pero la gente de Java se sentía en el agua como en su casa. Los pescadores de Java, aunque el mar estuviese agitado, podían surcarlo con una embarcación llamada prau, tan pequeña y poco firme que se la hubiesen tragado las olas si no la hubiera mantenido en equilibrio un tronco sujeto paralelamente a cierta distancia de la barca con largas vergas de caña. Y hasta las mujeres y niños de Java se alejaban nadando a gran distancia de la costa, en medio de temibles oleajes. En vista de lo cual, unos cuantos de nuestros pasajeros mongoles y algunas mujeres atrevidas, todos ellos nacidos tierra adentro y que por tanto no sentían respeto por las grandes extensiones de agua, decidieron imitar a las gentes de Java y retozar en aquel mar cálido. Aunque el aire del ambiente, cargado de chaparrones de lluvia, estaba casi tan mojado como el mar, los mongoles se desvistieron hasta quedar con el mínimo de ropa, y se dejaron caer al agua para chapotear alrededor del barco. Mientras se sujetaban a las múltiples escaleras de cuerda que colgaban por las bordas, no corrían gran peligro. Pero muchos se envalentonaron y quisieron nadar libremente, y de cada diez que desaparecieron tras la cortina de lluvia, sólo regresarían unos siete. Nunca supimos lo que pasó con los desaparecidos, pero las bajas continuaron. Eso no impidió que otros se aventuraran también, y al final debimos de perder al menos veinte hombres y dos mujeres del séquito de Kukachin.

Supimos lo que les pasó a dos de nuestras víctimas. Uno de los hombres que había estado nadando, volvió al barco mascullando «vajs!», y maldiciendo y sacudiéndose gotas de sangre de una mano. Mientras el médico han del barco le curaba y le vendaba, el hombre contó que había puesto las manos sobre una piedra donde había un pez pegado, un pez moteado con algas que parecía exactamente una roca, y este pez le había picado con sus espinas dorsales. Fue todo lo que dijo, después gritó «vaj, vaj, vajvajvaj!», entró en un paroxismo demencial, se retorció debatiéndose de un lado a otro de cubierta y sacando espuma por la boca, y cuando finalmente cayó desplomado como un saco, descubrimos que estaba muerto.

Un pescador de Java, que acababa de traer su pesca para vendémosla, contempló el espectáculo sin ninguna emoción y luego dijo, traducido por un han de la tripulación:

—Ese hombre seguramente ha tocado un pez piedra. Es el animal más venenoso de todos los mares. Si alguien lo toca sufre una agonía tan terrible que antes de morir se vuelve loco. Si esto le vuelve a ocurrir a otra persona, hay que abrir un durian maduro y aplicarlo sobre la herida. Es el único remedio.

Yo sabía que el durian tenía muchas cualidades dignas de elogio, había estado comiéndolo con voracidad desde que supe que aquí crecían profusamente, pero nunca hubiera sospechado que el fruto tuviera propiedades medicinales. Sin embargo, poco

después, una de las peluqueras de Kukachin fue también a nadar y volvió llorando por el dolor que le producía una picadura de espina en el brazo, y el médico probó entonces el remedio del durian. Ante la alegre sorpresa de todos, dio resultado. La muchacha no sufrió más que una hinchazón dolorosa en el brazo. El médico lo anotó cuidadosamente en su inventario de materia médica, diciendo con cierto asombro:

—Imagino que la pulpa del durian digiere de algún modo el veneno del pez piedra antes de que pueda producir efectos calamitosos.

También presenciamos lo que sucedió con la pérdida de otros dos miembros del grupo. Las lluvias habían cesado finalmente y el sol había aparecido; nuestros capitanes

estaban todos en sus cubiertas, examinando el cielo y esperando ver si el buen tiempo se aguantaría hasta que pudiéramos levar anclas y zarpar, y mientras tanto murmuraban conjuros han para que así fuera. El mar de color verde jade de Java aquel día se veía tan bello que casi tuve tentaciones de meterme en él; parecía una lámina tranquila con escamas de relucientes cristalitos de luz. Pero tentó a otros dos hombres, a Koja y a Apushka, dos de los tres enviados del ilkan Arghun. Se desafiaron el uno al otro a una carrera de natación hasta un lejano arrecife, se tiraron al agua desde la borda del chuan y se alejaron levantando la espuma con cada brazada, y todos nosotros nos reunimos en la barandilla para animarlos.

En aquel momento bajaron barriendo el cielo unos cuantos albatros. Los pájaros, imaginé yo, se habían visto obligados a interrumpir su pesca por el largo período de lluvias, ahora estaban impacientes por rebuscar entre la basura de nuestro barco y encontrar algo de carne fresca. Comenzaron a echarse en picado sobre los dos nadadores, golpeando con sus largos picos ganchudos las partes de los hombres que asomaban por encima del agua, es decir, sus cabezas. Koja y Apushka dejaron de nadar, intentaron apartar a la bandada de pájaros y mantenerse por encima del agua al mismo tiempo. Pudimos oírlos gritar, luego maldecir, luego chillar y vimos la sangre que corría por sus rostros. Y cuando los albatros les arrancaron los ojos a los dos, los hombres se sumergieron desesperados bajo el agua. Trataron de salir a la superficie para respirar una o dos veces, pero los pájaros los estaban esperando. Y al final los dos hombres prefirieron simplemente morir ahogados que ser desgarrados a pedazos. Pero desde luego, en cuanto sus cuerpos flotaron inertes e hinchados sobre la superficie, los albatros se cebaron en ellos, y los pelaron e hicieron trizas durante todo el resto de aquel día.

Era triste que Apushka y Koja, habiendo superado los incontables peligros del viaje por tierra desde Persia a Kitai, y después los del largo recorrido por mar hasta allí, murieran tan bruscamente y de una manera tan poco digna de un mongol. Todos nosotros, en especial Kukachin, lamentamos mucho aquella pérdida. No se nos ocurrió considerarla una premonición de alguna pérdida futura y quizá más dolorosa; ni siquiera mi padre murmuró «los males siempre vienen de tres en tres»; sin

embargo, tal como se desarrollaron los acontecimientos, podíamos muy bien haber visto en el accidente un presagio.

Después de dos días más de tiempo claro y despejado, nuestros capitanes decidieron confiar en que duraría. Las tripulaciones se situaron en los inmensos mangos de los remos, y sacaron remando lentamente nuestros pesados barcos de la desembocadura del río hacia mar abierto, se izaron las vastas velas de tiras, el viento volvió a empujarnos, y viramos hacia Occidente en dirección a casa. Pero cuando hubimos rodeado un alto promontorio y viramos de nuevo hacia el sur entrando en un canal tan estrecho que podíamos ver la otra costa lejana al otro lado, un vigía desde lo alto de un mástil del barco delantero se puso a dar voces. No gritó una de las usuales y bruscas frases marineras, como «¡Barco a la vista!» o «¡Arrecifes a proa!»; porque sin duda no había una frase aceptada y abreviada para lo que vio. Sólo gritó dirigiéndose a los de abajo con voz de sorpresa: «¡Mirad cómo hierve el mar!»

Todos los que estábamos en cubierta fuimos a mirar por la borda, y eso era exactamente lo que parecía estar haciendo el estrecho de la Sonda: hervir y burbujear, como un puchero lleno de agua puesto sobre el brasero para preparar el cha. Y luego, justamente en medio de la flota, el mar se levantó formando una giba, se abrió como la boca de un monstruo y exhaló una gran ráfaga de vapor. El penacho continuó brotando hacia arriba durante varios minutos, y el vapor se dispersó entre los barcos. Nosotros, los pasajeros, habíamos estado profiriendo exclamaciones de diversa índole, pero

cuando la nube de vapor nos envolvió comenzamos a toser y a escupir, por culpa del sofocante hedor a huevos podridos. Y cuando el vapor hubo pasado por encima nuestro, sobre nuestra piel y nuestras ropas se había esparcido un fino polvillo amarillo. Restregué el polvo de mis escocidos ojos y al lamer el que se depositó sobre mis labios, sentí el distintivo sabor rancio del azufre.

Los capitanes gritaban órdenes a sus tripulantes, se produjo un gran revuelo de carreras arriba y abajo y desplazamiento de vergas, y todos nuestros barcos dieron media vuelta y huyeron por donde habían venido. Cuando el pedazo de mar hirviente y eructante quedó a salvo detrás nuestro, el capitán de nuestro navío me dijo excusándose:

—Más allá, en el mismo estrecho, acecha el anillo negro de montañas marinas llamado Pulau Krakatau. Aquellos picos son en realidad las cimas de volcanes submarinos, y se sabe que entran en erupción con devastadoras consecuencias. Provocan olas tan altas como montañas, olas que recorren el estrecho de un extremo a otro, arrasando a todo ser viviente. No puedo saber si esta ebullición del agua presagia una erupción, pero no podemos arriesgarnos a atravesarlo.

Así que la flota tuvo que volver sobre su camino a través del mar de Java, y luego virar en dirección norte hasta el estrecho de Malaca entre Java la Menor, o Sumatera,

y la tierra de los malayu. Era ésta una extensión de agua de tres mil li de longitud y tan ancha que yo la hubiera tomado por un mar, de no haber sido porque las circunstancias nos obligaron a cruzarlo repetidamente de un lado a otro, y me enteré bien de que a ambos márgenes había extensas tierras, y llegué a conocerlas bastante mejor de lo que hubiera deseado. Sucedió que el tiempo empeoró de nuevo y continuó amenazándonos y hostigándonos constantemente desde la pantanosa orilla oriental del estrecho, la orilla de los malayu, para volver de nuevo al otro lado, obligándonos a refugiarnos en bahías o en calas de una ribera u otra, y a repostar agua y alimentos frescos en pequeños y mise-rables villorrios de caña demasiado insignificantes para merecer nombre, aunque todos lo tuviesen: Muntok, Singapura, Melaka y muchos otros que ya he olvidado. Tardamos cinco meses enteros en superar todos los obstáculos del estrecho de Malaca. En el extremo norte había mar abierto y allí podíamos haber virado hacia occidente, pero nuestros capitanes continuaron en dirección noroeste, navegando en prudentes y cortas etapas de una isla a la siguiente por una larga hilera de islas llamadas archipiélago de Necuveram y Angamanam, utilizándolas como pasaderas. Finalmente llegamos a la isla que según ellos era la más extrema de las Angamanam, y allí

anclamos a poca distancia de la costa y pasamos el tiempo suficiente para rellenar todos nuestros aljibes de agua y hacernos con todas las frutas y verduras que pudimos conseguir diplomáticamente de sus poco hospitalarios nativos. Eran éstos los seres humanos más bajos que he visto nunca, y los más feos. Tanto hombres como mujeres se paseaban totalmente desnudos, pero la visión de una hembra angamanam no habría despertado la menor lujuria ni siquiera en un marinero cansado de navegar. Tanto los hombres como las mujeres eran achaparrados y fornidos, con enormes y protuberantes mandíbulas, y tenían la piel más negra y lustrosa que la de cualquier africano. Podía haber posado fácilmente mi barbilla sobre la cabeza del más alto de ellos, pero nunca hubiera hecho tal cosa, porque el cabello era su característica más repelente: no eran más que mechones dispersos de pelusa rojiza. Cabría esperar que unas personas tan grotescamente feas intentaran compensarlo cultivando un carácter agradable, pero los angamanam eran sin excepción hoscos y ceñudos. Eso se debía, según me dijo un marinero han, a que estaban decepcionados y enojados de que no hubieran encallado uno o dos de los navíos de nuestra flota en los arrecifes coralíferos de la isla, pues la única ocupación de aquel pueblo, su única religión y regocijo era saquear barcos embarrancados, degollar a sus tripulantes y comérselos

ceremoniosamente.

—¿Comérselos? ¿Por qué? —pregunté —. No creo que a los habitantes de una isla tropical, con todas las provisiones que ofrece el mar y la jungla, les falte comida.

—No se comen a los marineros de los barcos naufragados para alimentarse. Ellos creen que ingerir un navegante aventurero los hace ser tan intrépidos y audaces como lo era éste.

Pero nosotros éramos demasiados e íbamos muy bien armados para que los enanos negros intentaran agredirnos. Nuestro único problema era convencerles para que nos cedieran su agua y sus verduras, ya que aquella gente no tenía interés en el oro ni en ningún otro tipo de recompensa monetaria. Sin embargo, al igual que otros pueblos desesperadamente feos, eran muy vanidosos. Así que repartiendo entre ellos pedazos de baratijas, cintas y otros perifollos con los que pudieron adornar sus indecibles personas, conseguimos lo que necesitábamos y zarpamos de nuevo.

A partir de entonces, nuestra flota atravesó sin incidentes la bahía de Bengala en dirección oeste, y es el único mar en el extranjero que he cruzado ya tres veces, y agradecería no tenerlo que hacer de nuevo. Esta travesía nos llevó algo más hacia el sur que mis dos anteriores, pero la panorámica era la misma: una extensión infinita de agua azul celeste con escotillas blancas de espuma abriéndose y cerrándose aquí y allí, como si las sirenas estuvieran lanzando furtivas miradas al mundo de arriba, y bancos de delfines retozando alrededor de nuestros cascos. Se precipitaban a bordo tantos peces voladores que nuestros cocineros, que ya habían agotado desde hacía tiempo el pescado fresco de nuestros aljibes, los recogían de vez en cuando de cubierta y nos los cocinaban.

Doña Kukachin preguntaba con humor:

—Si los habitantes de Angamanam se vuelven más valientes al comerse a personas valientes, ¿nos permitirán estas comidas a nosotros volar como estos peces?

—Es más probable que nos contagien su olor —gruñó la doncella que atendía su sala de baño.

Estaba disgustada porque, en esta larga travesía por la bahía, los capitanes nos habían ordenado bañarnos sólo con agua de mar subida a cubos, para no desperdiciar agua fresca. El agua salada limpia bastante, pero deja una maldita sensación de aspereza e incomodidad.

3

Al llegar a la orilla occidental de la gran bahía recalamos en la isla de Srihalam. No se hallaba muy al sur de la costa del Cholamandal en la India, donde yo había pasado anteriormente una temporada, y los isleños eran físicamente muy parecidos a los cholas; los habitantes de sus costas, al igual que los cholas, se dedicaban principalmente al comercio y pesca de perlas. Pero las similitudes no iban más allá. Los isleños de Srihalam se habían convertido a la religión de Buda; de ahí que fueran muy superiores a sus primos hindúes de la península en cuanto a moral, costumbres, vivacidad y atractivo personal. La isla era un lugar encantador, tranquilo, exuberante y de clima generalmente benévolo. A menudo he observado que los lugares más bellos reciben una gran diversidad de nombres: tal es el caso del Jardín del Edén, que también se llama Paraíso, Arcadia, Elíseo, y hasta los musulmanes le dan un nombre, Djennet. Del mismo modo, Srihalam ha recibido nombres diferentes de los distintos

pueblos que la han admirado. Los antiguos griegos y romanos la llamaron Taprobane, que significa Estanque de Lotos, los primeros marineros moros la llamaron Tenerisim, o Isla de las Delicias, y actualmente los navegantes árabes la llaman Serendib, o sea una

pronunciación defectuosa del nombre que los propios isleños dan al lugar, Srihalam. Este nombre, Lugar de las Gemas, está a su vez traducido a otras lenguas: Ilanare en el idioma de los cholas de la península, Lanka en el de otros hindúes, Bao Difang en el de nuestros capitanes han.

Tomamos puerto en Srihalam por necesidad, para aprovisionarnos de agua y de otros suministros; sin embargo, tanto nuestros capitanes y su tripulación, como Kukachin, su séquito, mi padre y yo no tuvimos el menor inconveniente en pasar allí una temporadita. Mi padre incluso hizo de comerciante (el propio nombre, Lugar de las Gemas, es tan descriptivo como poético), y compró algunos zafiros de una calidad que no habíamos visto en ningún otro lugar, incluyendo algunas inmensas piedras de un azul intenso con rayos estelares fulgurando en sus profundidades. Yo no emprendí ningún negocio y me limité a vagar de un lado a otro para contemplar sus panoramas. Había algunas ciudades antiguas, deshabitadas y abandonadas a la jungla, pero que aún mostraban una belleza arquitectónica y ornamental que me obligaron a preguntarme si aquellas gentes de Srihalam eran los restos de la admirable raza que había habitado la India antes que los hindúes, y que había construido los templos que ahora los hindúes pretendían atribuirse. El capitán de nuestro barco y yo, felices de poder estirar las piernas después de tanto tiempo a bordo, pasamos un par de días escalando el camino hasta un santuario situado en la cima de una montaña donde, como me había contado una vez un pongy en Ava, Buda había dejado impresa la huella de su pie. He de decir que los budistas la consideraban la huella de Buda, los peregrinos hindúes afirmaban que era la marca de su propio dios Siva, los peregrinos musulmanes insistían en que fue obra de Adán, algunos visitantes cristianos conjeturaban que probablemente la dejó san Tommaso o padre Zuáne, y mi acompañante han dijo que en su opinión la había impreso allí Pangu, el antecesor han de toda la humanidad. Yo no soy budista, pero me inclino a pensar que aquella muesca de forma oblonga practicada allí en la roca, casi tan larga y tan ancha como yo mismo, debió de haberla hecho Buda, porque yo había visto su diente y sabía que fue un gigante. Además no había visto personalmente ningún otro vestigio de los demás pretendientes.

Para ser franco, me interesaba menos la huella del pie que una historia que nos contó el bhikku de servicio en el santuario (así se llamaban los pongyi en Srihalam). Nos dijo que la gran riqueza en gemas de la isla se debía a que Buda había pasado allí una temporada y había llorado por la maldad del mundo, y cada una de sus santas lágrimas se había solidificado formando un rubí, una esmeralda o un zafiro. Pero, dijo el bhikku, estas gemas no podían recogerse del suelo. Habían sido arrastradas por la corriente hacia los valles del interior de la isla, y aquellos abismos resultaban inaccesibles porque en ellos abundaban las serpientes venenosas. Por ello, los isleños

tuvieron que idear un ingenioso sistema para recolectar las piedras preciosas.

En los riscos de las montañas situadas sobre los valles anidaban águilas que se alimentaban de las serpientes. Los isleños trepaban furtivamente de noche por entre aquellos riscos y desde allí arrojaban pedazos de carne cruda hacia los abismos, y cuando la carne golpeaba el suelo quedaban adheridas a ella algunas gemas. Al día siguiente, las águilas emprendían el vuelo para buscar comida y un hombre aprovechaba el momento en que el águila se ausentaba del nido para encaramarse hasta allí, deshacer con los dedos los excrementos del ave, y sacar los rubíes, zafiros y esmeraldas no digeridos. Pensé que aquello no sólo era un procedimiento ingenioso de minería, sino que también debía de ser el origen de todas las leyendas sobre el monstruoso pájaro ruj, que según se dice, atrapa trozos de carne aún mayores y echa a volar con ellos, incluyendo a personas y a elefantes. Cuando regresé a nuestro barco, recomendé a mi padre que apreciara los zafiros que acababa de adquirir por encima del precio que había

pagado, pues se los había encontrado la fabulosa ave ruj.

Podíamos habernos quedado aún más tiempo en Srihalam, pero un día doña Kukachin comentó melancólicamente:

—Hace ya un año que estamos viajando, y dice el capitán que sólo hemos recorrido unos dos tercios de camino hacia nuestro destino.

Por entonces, yo conocía a la dama lo suficiente para saber que no estaba manifestando una mezquina avidez por ocupar su puesto como ilkatun de Persia. Simplemente estaba ansiosa por encontrarse con su prometido y casarse con él. Al fin y al cabo, ya era un año mayor y aún seguía soltera.

Así que pusimos fin a nuestra estancia y abandonamos con desgana aquella placentera isla. Navegamos hacia el norte, pasando muy cerca de la costa occidental de la India, y procuramos aprovechar el tiempo lo mejor posible, pues ninguno de nosotros tenía deseo de visitar o de explorar parte alguna de aquellas tierras. Sólo tocábamos tierra cuando nos veíamos ineludiblemente obligados a llenar nuestros barriles de agua: en un puerto bastante grande llamado Quilon, en un puerto situado en la desembocadura de un río, llamado Mangalore, en donde tuvimos que anclar a poca distancia de la llanura del delta, y más adelante en unas poblaciones repartidas sobre siete granos de tierra llamadas las isletas de Bombay, y en un sórdido pueblo de pesca llamado Kurrachi. Kurrachi al menos tenía agua fresca y buena, y procuramos llenar hasta los topes nuestros aljibes, porque desde aquel lugar navegaríamos directamente hacia occidente de nuevo, y durante unos dos mil li (mejor debería decir, ahora que volvía a estar en un lugar donde se utilizaban las medidas persas, unos trescientos farsajs) bordearíamos la costa desierta, reseca, pardusca, sedienta, de una tierra desamparada y vacía llamada Baluchistán. El espectáculo de aquella marchita línea costera sólo ocasionalmente cobraba vida gracias a dos peculiaridades.

Durante todo el año, soplaba un viento del sur desde el mar hacia Baluchistán, de modo que si veíamos alguna vez un árbol, éste formaba siempre un arco retorcido, inclinado hacia el interior, como un brazo que nos invitara a acercarnos a la orilla. La otra peculiaridad de aquella costa eran sus volcanes de barro: colinas regordetas en forma de cono compuestas de barro seco, que con gran frecuencia escupían por la cima un chorro de barro reciente y húmedo procedente del fondo, que bajaba deslizándose, se endurecía lentamente y esperaba un nuevo chorro y una nueva capa. Era una tierra muy poco atractiva.

Pero siguiendo aquella terrible orilla, hicimos finalmente nuestra entrada en el estrecho de Hormuz, y éste nos condujo a la ciudad del mismo nombre, y me encontré de nuevo en Persia. Hormuz era una ciudad muy grande y bulliciosa, tan poblada que algunos de sus barrios residenciales se desparramaban desde el centro urbano de tierra firme a las islas próximas a la orilla. Era también el puerto más activo de Persia, un bosque de mástiles y palos, un tumulto de ruidos y una mezcolanza de olores, la mayoría de ellos poco agradables. Los barcos que estaban amarrados o salían o entraban por supuesto eran en su mayoría árabes, qurqurs, falúas y dhaos, y los más grandes de entre ellos parecían botes y praus al lado de nuestros macizos navíos. Sin duda en aquel puerto habían visto antes algún chuan mercante que otro, pero seguramente nunca una flota como la que nosotros introducíamos ahora en las radas del puerto. En cuanto el bote del práctico nos hubo dejado con gran ceremonia en el gran fondeadero, nos vimos rodeados por los esquifes, gabarras y barcazas de todo tipo de buhoneros, guías, chulos y mendigos de dársenas, todos ellos voceando sus mercancías. Y una multitud que parecía la población entera de Hormuz se fue congregando a lo largo de los muelles, apretujándose y discutiendo excitadamente. Sin embargo, entre aquella multitud no logramos ver nada parecido a lo que habíamos esperado: una resplandeciente asamblea de nobles para dar la bienvenida a su nueva y futura ilkatun.

—Es curioso —murmuró mi padre —. Sin duda nuestra llegada debió de correr a lo largo de la costa y anticipársenos. Y el ilkan Arghun seguramente en estos momentos está

muy impaciente y ansioso.

Y mientras él se dedicaba a la terrible tarea de desembarcar a todo nuestro grupo y nuestros equipajes, yo llamé a un karayi, un esquife local, y apartando de en medio a todos los pedigüeños, fui el primero de nosotros en saltar a tierra. Me acerqué a un ciudadano de aspecto inteligente y le pregunté. Inmediatamente después me hice llevar remando hasta nuestro barco para comunicar lo siguiente a mi padre, al enviado Uladai y a Kukachin que miraba con ojos ansiosos:

—Quizá nos convenga aplazar el desembarco hasta que hayamos deliberado. Siento tener que ser yo quien os dé esta noticia, pero el ilkan Arghun murió de una enfermedad hace muchos meses.

Doña Kukachin se echó a llorar, tan sinceramente como si aquel hombre hubiera sido su querido marido de muchos años, en lugar de un simple nombre. Cuando sus doncellas la ayudaron a retirarse a sus aposentos en los camarotes, y mientras mi padre se mordía pensativamente una punta de su barba, Uladai dijo:

—Vaj! Apostaría cualquier cosa a que Arghun murió en el mismo momento en que mis compañeros enviados, Apushka y Koja, perecieron en Java. Debíamos haber sospechado entonces algo terrible.

—De haberlo sabido tampoco habríamos podido hacer gran cosa —dijo mi padre —. La cuestión es qué hacemos ahora con Kukachin.

—Bueno, Arghun ha dejado de esperarla —dije —. Y me dijeron en tierra que su hijo Ghazan es aún menor de edad para sucederle en el ilkanato.

—Es cierto —intervino Uladai —. Supongo que mientras tanto su tío Kaikhadu está

gobernando como regente.

—Eso dicen. O bien este Kaikhadu ignora que su difunto hermano envió a buscar una nueva esposa, o bien no está interesado en ejercer ningún derecho para quedársela él. En cualquier caso, no ha mandado ninguna embajada a recibirla, ni ningún medio para conducirla.

—No importa —dijo Uladai —. Ella viene de parte de su señor el gran kan, por lo tanto está obligado a relevaros de esta obligación y a quedarse con ella. La llevaremos hasta la capital, a Maragheg. En cuanto al transporte, lleváis el paizi del gran kan. Sólo tenemos que ordenar al sha de Hormuz que nos suministre todo lo que necesitamos. Y eso fue lo que hicimos. El sha del lugar nos recibió no sólo correctamente sino con gran hospitalidad, y nos alojó a todos en su palacio, aunque lo llenamos casi hasta reventar. Mientras tanto él se ocupó de reunir sus camellos, probablemente todos y cada uno de los que había en sus dominios, los mandó cargar con provisiones y odres de agua, y designó camelleros y también tropas suyas para aumentar las nuestras, y al cabo de pocos días ya estábamos viajando por tierra, en dirección noroeste hacia Maragheg. Fue una travesía tan larga como la que habíamos realizado anteriormente mi padre, mi tío y yo a través de Persia desde el oeste al este; pero esta vez íbamos del sur hacia el norte, y no tuvimos que atravesar regiones tan terribles, pues nuestra ruta nos conducía bastante hacia el oeste del Gran Desierto de la Sal, y teníamos buenos camellos de montar, provisiones abundantes, multitud de sirvientes que hacían para nosotros hasta el menor trabajo, y una formidable guardia contra posibles agresores. De modo que fue un viaje bastante confortable, aunque no muy feliz. Doña Kukachin no se puso ninguna de las galas nupciales que había llevado consigo, y cada día iba vestida de marrón, el color de luto en Persia, y en su bello rostro tenía una mirada en parte recelosa délo que su destino podía depararle ahora, y en parte resignada. Todos nosotros le habíamos tomado mucho aprecio, y estábamos también preocupados, pero hicimos todo lo posible para

que el viaje le resultara fácil e interesante.

Nuestra ruta nos llevó a una serie de lugares por donde yo, o mi padre, o mi tío, o todos juntos, habíamos ya pasado; así que mi padre y yo íbamos constantemente mirando para ver qué cambios se habían producido, si es que había habido alguno, en los años transcurridos desde entonces. La mayoría de las paradas que hicimos por el camino fueron solamente para dormir de noche, pero cuando llegamos a Kashan, mi padre y yo ordenamos un día más de estancia allí, pues así podríamos pasearnos por aquella ciudad en donde habíamos descansado antes de nuestra inmersión en el lúgubre Dast-e-Kavir. Nos llevamos a tío Mafio de paseo con nosotros, con la remota esperanza de que aquellas escenas de tiempos pasados le devolvieran a un estado parecido al de entonces. Pero no hubo nada en Kashan que encendiera el más mínimo brillo en sus apagados ojos, ni siquiera los niños y muchachos prezioni que aún eran el valor más visible de la ciudad.

Fuimos a la casa y al establo donde la gentil viuda Esther nos había dado alojamiento. El lugar pertenecía ahora a un hombre, un sobrino, que lo había heredado años atrás, dijo, cuando aquella buena mujer murió. Nos mostró el lugar donde estaba enterrada (no en un cementerio judío, sino tal como ella pidió en su lecho de muerte, en el huerto de hierbas situado detrás de su propia morada). Allí era donde yo la había visto aplastar escorpiones con su babucha, mientras me exhortaba para que no desaprovechara nunca las oportunidades de «probarlo todo en este mundo».

Mi padre se santiguó respetuosamente, y luego salió a la calle, llevando a tío Mafio para ir a ver de nuevo los talleres de azulejos kasi de Kashan. Se había inspirado en ellos para fundar otros semejantes en Kitai, que tan buenos beneficios produjeron después a nuestra compañía. Pero yo me quedé un rato con el sobrino de la viuda, contemplando pensativamente su tumba, sobre la cual había crecido la hierba, y diciendo (pero no en voz alta):

«Seguí vuestro consejo, mirza Esther. No dejé escapar ninguna oportunidad. Nunca dudé en ir allí donde mi curiosidad me llamaba. De buena gana fui a donde había peligro en la belleza y belleza en el peligro. Como presagiasteis, he tenido gran cantidad de experiencias. Muchas fueron deliciosas, otras instructivas, unas cuantas ojalá me las hubiera evitado. Pero las tuve, y aún las tengo en la memoria. Si mañana mismo he de ir a mi tumba, no será ésta un agujero negro y silencioso. Puedo pintar la oscuridad de brillantes colores y llenarla con música marcial o lánguida; con el centelleo de las espadas y el susurro de los besos; con sabores, emociones y sensaciones; con la fragancia de un campo de tréboles calentado al sol y regado por una lluvia amable, la cosa de más dulce aroma que Dios puso sobre esta tierra. Sí, puedo animar la eternidad. Otros quizá tengan que soportarla; yo puedo disfrutar de ella. Por eso os doy las gracias, mirza Esther, y os desearía shalom… pero creo que vos tampoco seríais feliz en una eternidad que no fuera más que paz…»

Un escorpión negro de Kashan se acercó arrastrándose por el caminito del huerto, y

yo lo aplasté como hubiera hecho ella. Luego, dirigiéndome al sobrino le dije:

—Vuestra tía tuvo en una ocasión una sirvienta llamada Sitaré…

—Ésta fue otra de sus últimas voluntades. Todas las viejas son en el fondo unas casamenteras. Mi tía encontró un marido para Sitaré, y los hizo casar en esta casa antes de morir. Neb Efendi era un zapatero remendón, un buen artesano y un buen hombre, aunque musulmán. También era emigrante turco, lo cual no le hacía muy popular en la ciudad. Pero gracias a esto no iba detrás de los chicos, y creo que fue un buen marido para Sitaré.

—¿Fue?

—Se marcharon de aquí poco después. Él era extranjero, y evidentemente la gente

prefiere que sean sus compatriotas quienes les hagan y remienden los zapatos, aunque sean ineptos en su trabajo. Así que Neb Efendi cogió sus leznas, sus hormas y a su nueva esposa y partió hacia su nativa Capadocia, me parece. Espero que allí sean felices; eso pasó hace mucho tiempo.

En fin, me decepcionó un poco no ver de nuevo a Sitaré, pero sólo un poco. Por supuesto ella debía de ser una matrona de mediana edad, como yo, y verla podría ser aún más decepcionante.

Continuamos nuestro viaje, y por fin llegamos a Maragheh. El regente Kaikhadu nos recibió, no de mala gana pero tampoco con un entusiasmo desbocado. Era un típico y peludo guerrero mongol, que sin duda habría estado más cómodo a horcajadas sobre un caballo, golpeando con la espada a algún enemigo en el campo de batalla, que en el trono al cual le había empujado la muerte de su hermano.

—Yo sinceramente no sabía nada de la embajada que Arghun envió al gran kan —nos dijo —, o de lo contrario podéis estar seguros de que os hubiera hecho escoltar hasta aquí

con gran pompa y ceremonia, pues yo soy un súbdito devoto del gran kan. Ignoraba incluso que Arghun hubiese pedido una nueva esposa, porque he pasado toda mi vida lejos, luchando en las campañas del kanato. En este mismo momento debería estar abatiendo a una banda de bandoleros que se están desmandando por el Kurdistán. De todos modos, yo no sé qué hacer con esta mujer que habéis traído.

—Es una bella mujer, excelencia Kaikhadu, y de buen carácter, —dijo el enviado Uladai.

—Sí, sí. Pero yo tengo ya esposas: mongoles, persas, circasianas, incluso una horrorosa armenia, repartidas en yurtus desde Hormuz a Azerbaizhan. —Hizo un gesto de confusión con las manos —. Bueno, supongo que puedo preguntar entre mis

nobles… Pero la dama se ocupó personalmente de resolverlo antes de que hubiéramos pasado muchos días en el palacio de Maragheh. Una tarde, mi padre y yo estábamos paseando a tío Mafio por un jardín de rosas cuando Kukachin se nos acercó corriendo, sonriendo por primera vez desde nuestra llegada a Hormuz. Llevaba también a alguien cogido de la mano: un chico muy bajo, feo, lleno de granos, pero vestido con un suntuoso traje de corte.

—Hermanos mayores Polo —dijo ella jadeante —, ya no es preciso que os preocupéis de mí. Afortunadamente he conocido a un hombre maravilloso, y hemos planeado anunciar en breve nuestros esponsales.

—¡Vaya! La noticia es estupenda —dijo mi padre, aunque cautelosamente —. Espero, querida, que el elegido sea de alto linaje, tenga una buena posición y un buen futuro…

—¡El más alto posible! —exclamó ella feliz —. Ghazan es el hijo del hombre con quien iba a casarme al venir aquí. Será el ilkan dentro de dos años.

—¡Mefé, no lo podíais haber hecho mejor! Lassar la strada vec-chia per la nova! ¿Es éste su paje? ¿Podéis enviar a buscar a nuestro personaje para que le conozcamos?

—¡Pero si es él mismo! Éste es Ghazan, el príncipe heredero. Mi padre tuvo que tragar saliva antes de decir:

—Saín Bina, alteza real.

Y yo hice una profunda reverencia para que me diera tiempo a recobrar la seriedad.

—Es dos años menor que yo —siguió parloteando Kukachin sin dar demasiadas oportunidades al muchacho para explicarse por sí mismo —. Pero, ¿qué son dos años en una feliz vida matrimonial? Nos casaremos en cuanto suba al trono del ilkanato. Mientras tanto vosotros, queridos y leales hermanos mayores, podéis dejarme con la conciencia tranquila, sabiendo que estoy en buenas manos, y continuar con vuestros asuntos. Os echaré de menos, pero ya no estaré sola ni triste. Los felicitamos y les deseamos toda la buena suerte del mundo; el muchacho sonreía entre dientes como un mono y mascullaba sus agradecimientos, Kukachin resplandecía

como si acabara de ganar un grande e inimaginable trofeo, y los dos se marcharon cogidos de la mano.

—Bueno —dijo mi padre encogiéndose de hombros —. Vale más la cabeza de un gato que la cola de un león.

Pero Kukachin debió de haber visto en aquel muchacho algo que nosotros no pudimos ver. Dios sabe que ni su aspecto físico ni su estatura fueron nunca mejores que los de un duende (en todas las crónicas mongolas posteriores se le dio el nombre

de «Ghazan el feo»), pero el hecho de que pasara a la historia es una prueba de que valía más de lo que aparentaba. Se casaron cuando él hubo sucedido a Kaikhadu en el ilkanato de Persia, y a partir de entonces fue convirtiéndose en el ilkan y en el guerrero más competente de su generación, emprendió muchas guerras y anexionó muchos territorios nuevos para el kanato. Desgraciadamente, su amorosa ilkatun Kukachin no vivió para compartir con él todos sus triunfos y su celebridad, pues murió de parto dos años después de su matrimonio.

4

Habiendo cumplido así nuestra última misión para el kan Kubilai, mi padre, mi tío y yo proseguimos nuestro camino. Dejamos en Maragheh la compañía multitudinaria con la que habíamos viajado desde tan lejos, pero Kaikhadu nos ofreció generosamente buenos caballos, monturas de reserva, animales de carga, abundantes provisiones y una escolta de una docena de hombres a caballo de su propia guardia de palacio, para que tuviéramos un viaje seguro a través de todos los territorios turcos. Sin embargo, tal como se desarrollaron los acontecimientos, habríamos viajado más seguros sin aquella tropa de mongoles.

Desde la capital rodeamos las orillas de un lago grande como un mar llamado Urumia, también llamado el mar del Crepúsculo. Luego escalamos y atravesamos las montañas que señalaban la frontera noroccidental de Persia. Una de las montañas de aquella cordillera, dijo mi padre, era el bíblico monte Ararat, pero estaba demasiado alejado de nuestra ruta y no pude escalarlo para comprobar si aún quedaba algún vestigio del Área. En todo caso, después de haber subido últimamente a otra montaña, a ver la huella de un pie que muy bien podía haber sido el de Adán, me sentía inclinado a considerar a Noé

como un recién llegado a la historia. Por la otra vertiente de las montañas descendimos a las tierras turcas y a otro lago también del tamaño de un mar, llamado esta vez Van, pero apodado el mar de Más Allá del Crepúsculo.

Las tierras de aquellos entornos, las naciones que las componían y las fronteras de aquellas naciones habían estado en continuo cambio desde hacía muchos años. Lo que antiguamente había formado parte del Imperio bizantino bajo el poder de los cristianos era ahora el Imperio selyúcida y estaba bajo el poder de gobernantes de raza turca y de religión musulmana. Pero sus regiones orientales también eran conocidas por otros nombres más antiguos, aplicados por pueblos que las habían habitado desde tiempos inmemoriales. Estos pueblos nunca habían aceptado dejar de ser sus legítimos pro-pietarios, y no reconocían ninguna de las variaciones de los pretendientes modernos y de las modernas líneas fronterizas. Así, al salir de Persia, descendimos por las montañas para entrar en un país que igualmente podría llamarse turco, por la raza de sus gobernantes, o Imperio selyúcida, como lo llamaban aquellos turcos, o Capadocia, que era el nombre que aparecía en mapas más antiguos, o Kurdistán, por el pueblo kurdo que lo habitaba.

El país era verde y agradable, y sus zonas más agrestes apenas lo parecían; por el contrario su aspecto era el de una tierra cultivada casi con elegancia, con colinas

ondulantes y praderas pulcramente separadas por bosquecillos, y el conjunto del paisaje resultaba tan primoroso como un parque artificial. Había agua potable en abundancia que corría por centelleantes arroyos y en inmensos lagos azules. La población de aquella zona era enteramente kurda; algunos eran campesinos y aldeanos, pero la mayoría eran familias nómadas que cuidaban rebaños de ovejas o cabras. Era la raza más bella que había visto en tierras islámicas. Tenían el cabello y los ojos muy negros, pero la piel tan clara como la mía. Los hombres eran altos, de constitución robusta, llevaban grandes bigotes negros y tenían fama de fieros luchadores. Las mujeres kurdas tampoco eran particularmente delicadas, pero estaban bien formadas y eran atractivas e independientes: rechazaban el velo y se negaban a vivir ocultas en el pardah impuesto a la mayoría de las demás mujeres del Islam.

Los kurdos nos recibieron a los viajeros con bastante cordialidad: los nómadas suelen ser hospitalarios con otros que también parecen serlo, pero lanzaron miradas poco afectuosas a nuestros escoltas mongoles. Había motivos para ello. Aparte de todas las complicaciones de nombres nacionales, dominios y líneas fronterizas, aquel Imperio selyúcida estaba también en situación de vasallaje forzoso al ilkanato de Persia. Esta situación se remontaba a la época en que un traidor ministro turco asesinó vilmente al rey Kilij (el que fue padre de mi antigua amiga la princesa Mar-Yanah), y usurpó el trono prometiendo someterse al dominio del entonces ilkan Abagha. Es decir, que el Imperio selyúcida, aunque actualmente en teoría estaba gobernado por un tal rey Masud en la capital Erizcan, en realidad estaba subordinado al sucesor de Abagha, el regente Kaikhadu, cuya corte de Maragheh acabábamos de dejar y cuyos guardias de palacio venían acompañándonos. Nosotros, los viajeros, fuimos bien recibidos; los guerreros que venían con nosotros, no.

Cabría suponer que a los kurdos, rebeldes a todo lo largo de la historia contra cualquier gobernante no kurdo que les fuera impuesto, les importaba poco si la auténtica capital del gobierno era Erizcan o Maragheh, puesto que allí fuera, en el campo, a cien o más farsajs de cualquier ciudad, estaban tan incontrolados por unos como por otros. Pero al parecer veían en los mongoles una tiranía más, añadida a la tiranía turca que ya sufrían anteriormente, y que por tanto merecían ser odiados y rechazados con más fuerza. Supimos hasta qué punto podían odiar los kurdos cuando una tarde nos detuvimos en una choza aislada a comprar un cordero para la cena.

El hombre que sin duda era propietario de la choza estaba sentado en el quicio de la puerta, envuelto en pieles de cordero como si estuviera resfriado. Mi padre, yo y uno solo de nuestros mongoles cabalgamos hasta su puerta y bajamos educadamente del caballo, pero el pastor siguió sentado groseramente. Los kurdos tenían un lenguaje propio, pero casi todos hablaban también turco, igual que lo hablaban nuestros escoltas mongoles, y en todo caso la lengua turca se parece bastante a la mongol y yo generalmente entendía cualquier conversación que oyera. Nuestro mongol preguntó

al hombre si podría vendernos un cordero. El hombre, que seguía sentado con los ojos posados lúgubremente en el suelo, nos lo negó:

—Creo que no debo comerciar con nuestros opresores.

—Aquí no hay ningún opresor —replicó el mongol —. Estos viajeros ferenghi os piden un favor y os lo pagarán, además vuestro Alá ordena ser hospitalario con los viajeros. El pastor dijo, no en tono polémico sino melancólico:

—Pero el resto sois mongoles y también vosotros comeréis del cordero.

—¿Y qué? Cuando hayáis vendido el animal a los ferenghi ¿qué os importa lo que hagan con él?

El pastor sorbió por la nariz y dijo casi lloroso:

—Hice un favor a un turco que pasaba por aquí no hace mucho tiempo. Le ayudé a

cambiar una herradura rota de su caballo. Y el chiti Ayakkabi me ha castigado por ello. Un pequeño favor y a un simple turco. Estag farullah! ¿Qué me hará el chiti si se entera de que hice un favor a un mongol?

—¡Basta! —le interrumpió nuestro escolta —. ¿Nos vendéis un cordero o no?

—No, no puedo.

El mongol le miró despreciativamente:

—Ni siquiera te pones en pie como un hombre al desafiarnos. Muy bien, cobarde kurdo, te niegas a vender. Entonces, ¿te molestarás en levantarte para evitar que me lleve un cordero?

—No, no puedo. Pero os lo advierto. El chiti Ayakkabi os hará lamentar el robo. El mongol se rió sarcásticamente y escupió en el suelo frente al hombre sentado, volvió

a montar en el caballo y se fue cabalgando a separar una oveja rolliza del rebaño que pastaba en la pradera, detrás de la cabaña. Yo me quedé allí, mirando con curiosidad al pastor que seguía sentado en el suelo con aire abatido. Sabía que chiti significaba bandolero, y supuse que ayakkabi significaba zapatos. Me pregunté cómo sería un bandido que se apodaba a sí mismo «el bandolero Zapatos», y que se dedicaba a castigar a sus compatriotas kurdos por prestar ayuda a los supuestos opresores. Me las arreglé para preguntarle:

—¿Cómo os castigó ese chiti Ayakkabi?

No respondió con palabras, pero me mostró sus pies levantando los faldones de pieles de oveja. Era evidente por qué no se había puesto en pie para recibirnos, y me dio una

cierta idea de por qué el bandido kurdo tenía aquel nombre tan extraño. Los dos pies descalzos del pastor estaba cubiertos de sangre fresca y tachonados con clavos, no con cabezas de clavos sino con las puntas que sobresalían marcando el contorno de las herraduras clavadas en ambos pies.

Dos o tres noches después, cerca de un pueblo llamado Tunceli, el chiti Ayakkabi nos hizo lamentar el robo del cordero. Tunceli era un pueblo de kurdos, y sólo tenía un caravasar muy pequeño y en muy mal estado. Como nuestro grupo de quince jinetes y de treinta y tantos caballos lo hubiera llenado hasta hacerlo inaguantable, atravesamos el pueblo y montamos el campamento en una pradera situada a las afueras, cerca de un arroyo de aguas transparentes. Habíamos comido y nos habíamos echado a dormir envueltos en nuestras mantas. Solamente había un mongol de guardia, cuando de repente la noche comenzó a vomitar bandidos.

Nuestro único centinela sólo tuvo tiempo para gritar: «Chiti!» antes de que le partieran la crisma con un hacha de guerra. El resto nos debatimos para salir de nuestras mantas, pero los bandoleros estaban ya entre nosotros con espadas y porras, y todo se convirtió

en una confusa turbulencia a la tenue luz de las ascuas de la hoguera. Gracias a tío Mafio, mi padre y yo no fuimos degollados tan repentinamente como toda nuestra tropa de mongoles. Aquellos guerreros lo primero que pensaron fue en echar mano a sus armas, así que los bandidos se abalanzaron en primer lugar sobre ellos. Pero mi padre y yo vimos a la vez a tío Mafio de pie junto al fuego, mirando a su alrededor con insensible aturdimiento, y los dos nos lanzamos en el mismo momento hacia él, le agarramos y le tumbamos al suelo para que no fuera un blanco tan visible. Al instante siguiente, algo me golpeó encima del oído y para mí la noche se oscureció del todo. Al despertar yacía sobre el suelo con la cabeza acunada en un blando regazo, y cuando se me aclaró la vista mis ojos descubrieron un rostro femenino iluminado por el fuego ahora reavivado. No era la cara cuadrada y fuerte de una mujer kurda, y estaba enmarcada por una cascada de cabello que no era negro sino rojo oscuro. Me esforcé en recordar y dije en farsi, con una voz que flaqueaba:

—¿Estoy muerto y tú eres ahora un peri?

—No estáis muerto, Marco Efendi. Os vi justo a tiempo para gritar a los hombres que se detuvieran.

—Tú solías llamarme mirza Marco, Sitaré.

—Marco Efendi significa lo mismo. Ahora soy más kurda que persa.

—¿Qué ha sido de mi padre? ¿Y mi tío?

—No tienen siquiera un rasguño. Siento que tú hayas recibido un golpe. ¿Puedes incorporarte?

Lo hice, aunque parecía que con cada movimiento mi cabeza fuera a salir rodando de mis hombros, y vi a mi padre sentado con un grupo de bandidos de bigotes negros. Habían preparado qahwah, y él y ellos bebían y charlaban juntos amistosamente, con tío Mafio plácidamente sentado a su lado. Habría resultado una escena civilizada a no ser porque los demás bandoleros estaban apilando a un lado del prado, como troncos, los cuerpos de nuestros mongoles muertos. El más alto y más ferozmente bigotudo de los recién llegados, al ver que me despertaba, se acercó a mí y a Sitaré.

—Éste es mi marido, Neb Efendi, conocido como el chiti Ayak-kabi —dijo ella. Hablaba farsi tan bien como ella:

—Os pido disculpas, Marco Efendi, nunca hubiera atacado adrede al hombre que hizo posible mi tesoro.

Yo estaba aún obnubilado y no sabía a qué se refería. Pero cuando mi cabeza empezó a despejarse después de tomarme un amargo y negro qahwah, él y Sitaré se explicaron. Él era el zapatero remendón de Kashan que Almauna Esther había presentado a su doncella Sitaré. La amó nada más verla, pero por supuesto su matrimonio no habría sido posible si Sitaré no hubiera sido virgen, y ella le dijo sinceramente que aún estaba intacta gracias a que un tal mirza Marco, caballerosamente, no había querido aprovecharse de ella. Yo me sentía algo más que incómodo, oyendo a un rudo y criminal bandido expresarme su agradecimiento por no haberle precedido en hacer «sikis», como lo llamaba él, con su novia. Pero por otro lado, si alguna vez me felicité por haberme contenido en otros tiempos, fue entonces.

—Qismet lo llamamos —dijo él —. Destino, hado, suerte. Tu fuiste bueno con mi Sitaré. Ahora yo estoy siendo bueno contigo.

Más adelante supimos que cuando a Neb Efendi le impidieron prosperar como zapatero remendón en Kashan (en donde la gente no sabía la diferencia entre un noble kurdo y un vil turco, aunque igualmente le hubieran despreciado) se llevó a su mujer allí, a su nativo Kurdistán. Pero también allí se sintió fuera de lugar, un vasallo del régimen turco que era a su vez vasallo del ilkanato mongol. Así que abandonó totalmente su oficio, quedándose sólo con el nombre, y se dedicó a la insurrección con el nombre de bandido Zapatos.

—He visto uno de vuestros remiendos —le dije —. Era… peculiar. Él respondió con modestia:

—Bosh —que en turco significa: «Me halagáis mucho.»

Pero Sitaré añadió orgullosamente:

—Os referís al pastor. Fue él quien nos puso sobre vuestra pista hasta aquí, hasta Tunceli. Sí, Marco Efendi, mi querido y valiente Neb esta decidido a sublevar a todos

los kurdos contra los opresores y a disuadir a cualquier cobarde que se someta a ellos servilmente.

—Algo así había adivinado.

—Sabed, Marco Efendi —dijo golpeando ruidosamente un puño contra su amplio pecho -

, que nosotros, los kurdos, somos la más antigua aristocracia del mundo. Nuestros nombres tribales se remontan a los días de Sumer. Y durante todo este tiempo hemos estado luchando contra una tiranía tras otra. Combatimos a los hititas, a los asirios;

ayudamos a Ciro a derribar Babilonia. Luchamos junto a Salah-ed-Din el Grande contra los primeros cruzados intrusos. Aún no hace cuarenta años, que sin más ayuda, matamos a veinte mil mongoles en la batalla de Arbil. Pero todavía no somos libres e independientes. O sea que ahora ésta es mi misión: primero liberar Kurdistán del yugo mongol y luego del turco.

—Os deseo éxito, chiti Ayakkabi.

—Bueno, mi banda y yo somos pobres y estamos mal equipados. Pero las armas de vuestros mongoles, vuestros buenos caballos y el cuantioso tesoro de sus albardas nos ayudarán muchísimo.

—¿Vais a robarnos? ¿Y a eso le llamáis ser buenos con nosotros?

—Podía no haber sido tan bueno —hizo un gesto despreocupado con la mano señalando al sangriento montón de mongoles muertos —. Podéis estar contentos de que vuestro qismet no decretó otra cosa.

—Hablando de qismet —dijo Sitaré ingeniosamente para distraer mi atención —, decidme, Marco Efendi, ¿qué fue de mi querido hermano Aziz?

Pensé que estábamos en una situación bastante mala, y no quise arriesgarme a empeorarla. Ni ella ni su feroz compañero se alegrarían mucho de oír que su hermanito había muerto, más de veinte años atrás, y que nosotros no fuimos capaces de impedir que lo asesinara una banda de bandoleros muy parecida a la suya propia. En todo caso, yo no estaba dispuesto a entristecer innecesariamente a una vieja amiga. Así que mentí, y lo hice en voz bastante alta para que mi padre pudiera oír lo que decía, y no contradijera después mi versión.

—Llevamos a Aziz hasta Mashhad, como tú deseabas, Sitaré, y protegimos su castidad durante todo el viaje. Allí tuvo la suerte de provocar la admiración de un elegante príncipe mercader, próspero y gordo. Los dejamos juntos, y parecían estar más que encariñados el uno con el otro. Supongo que aún siguen comerciando juntos a lo largo de la Ruta de la Seda, entre Mashhad y Balj. Aziz debe de ser ahora un

hombre adulto, pero no dudo de que siga siendo tan bello como entonces. Como tú misma, Sitaré.

—Al-hamdo-lillah, eso espero —suspiró ella —. Mientras mis dos hijos crecían, me recordaban mucho a Aziz. Pero mi Neb, tan viril, como no es kashanita, no me dejó

insertar el golulé en nuestros niños, ni enseñarles a usar cosméticos como preparación para tener algún día amantes masculinos. Así que de mayores han salido hombres muy viriles, que sólo sikismekan con mujeres. Ahí los tenéis, Nami y Orhon, esos chicos de ahí que están sacando las botas a los mongoles muertos. ¿Creeríais, Marco Efendi, que mis hijos son mayores de lo que vos erais cuando os vi por última vez? Ah, en fin, es bueno tener noticias de mi querido Aziz después de todos estos años, y saber que su vida ha tenido tan brillante éxito como la mía; y todo os lo debemos a vos, Marco Efendi.

—Bosh —dije con modestia.

Podía haberles propuesto que nos dejaran al menos quedarnos con nuestras pertenencias, pero no lo hice. Y mi padre, cuando también se dio cuenta de que iban a saquearnos, se limitó a suspirar con resignación y dijo:

—Bueno, cuando no hay banquete, al menos las velas están alegres. Lo cierto era que nos habían dejado con vida. Y yo ya me había desprendido de una tercera parte de nuestros bienes muebles antes de salir de Kanbalik; y además representaban muy poca cosa en comparación con lo que nuestra Compagnia había enviado antes desde Kitai. Los bandoleros sólo se quedaron con las cosas que podían gastar, vender o trocar fácilmente, lo que significa que nos dejaron nuestras ropas y pertenencias personales. Y aunque no era motivo de alegría que nos robaran en esta última etapa de nuestro largo viaje, ninguno de nosotros se quejó demasiado (lo que

lamentamos especialmente fue perder los magníficos zafiros de estrella que adquirimos en Srihalam).

Neb Efendi y su banda nos permitieron continuar con nuestros caballos hasta la ciudad costera de Trebizonda, e incluso nos acompañaron hasta aquel lugar para protegernos de otras agresiones kurdas, y se abstuvieron educadamente de asesinar o herrar a nadie más durante el trayecto. Cuando descabalgamos en las afueras de Trebizonda, el chiti Ayakkabi nos devolvió un puñado de nuestras propias monedas, que bastarían para pagarnos el transporte y la subsistencia el resto del camino hasta Constantinopla. Así

que nos separamos de ellos bastante amistosamente, y el bandolero Zapatos no me mató

cuando Sitaré, tal como había hecho veintitantos años antes, me besó voluptuosa y prolongadamente como despedida.

En Trebizonda, en la orilla del mar Negro, Euxino o Kara, aún estábamos a más de doscientos farsajs al este de Constantinopla, pero nos alegraba hallarnos de nuevo en territorio cristiano por primera vez desde que habíamos salido de Acre, en el Levante. Mi padre y yo decidimos no comprar caballos nuevos, no porque temiéramos hacer el viaje por tierra, sino porque nos preocupaba que pudiera resultar demasiado duro para tío Mafio, pues ahora sólo podíamos cuidar de él nosotros dos. Así que, cargando con los restos de nuestro equipaje, fuimos al muelle de Trebizonda, y después de buscar un rato, encontramos una especie de barcaza de pesca, un gektirme, capitaneado por un cristiano griego. Este capitán, al mando de una tripulación consistente en cuatro groseros hijos suyos, nos llevaría por caridad cristiana hasta Constantinopla, y también por caridad cristiana nos alimentaría durante el trayecto cobrándonos sólo todo cuanto teníamos.

Fue un viaje tediosamente lento y desdichado, pues la barcaza echaba continuamente las redes para no recoger sino anchoas; o sea que las anchoas fueron nuestro alimento durante todo el viaje, además de pilafde arroz cocinado con aceite de anchoas; durante todo el viaje vivimos, dormimos y respiramos oliendo a anchoas. Aparte de nosotros y los griegos, también iba a bordo, sin ningún motivo aparente, un perro sarnoso, y yo en muchas ocasiones me arrepentí de haber pagado hasta la penúltima moneda que poseíamos porque me habría gustado comprar el perro, meterlo en la cazuela y cambiar por un día el menú de anchoas. Pero no hubiera servido de mucho. El perro estaba a bordo desde hacía tanto tiempo, que seguramente tendría ese mismo sabor. Después de casi dos desgraciados meses a bordo de nuestro tonel de anchoas flotante, finalmente entramos en el estrecho llamado el Bosforo, y lo atravesamos hasta encontrar un estuario llamado el Cuerno Dorado, donde se alzaba la gran ciudad de Constantinopla. Pero aquel día la niebla era tan densa que no pude ver y apreciar la magnificencia de la ciudad. Sin embargo, la niebla me permitió saber por qué residía el perro en el gektirme. A medida que avanzábamos cautelosa y lentamente a través de la niebla, uno de los hijos le golpeaba regularmente con un bastón, y el perro ladraba, gruñía y maldecía sin parar. Pude oír a otros perros invisibles aullando también alrededor, y nuestro capitán en el timón tenía el oído atento a los ruidos; así descubrí

que el garrotazo al perro (en lugar del toque de campanas, como en Venecia) era el dispositivo de aviso localmente aceptado.

Nuestro torpe gektirme avanzó a tientas, atravesó sin colisionar el Cuerno y pasó bajo las murallas de la ciudad. Nuestro capitán dijo que se dirigía al muelle Sirkeci asignado a las embarcaciones de pesca, pero mi padre le convenció para que nos llevara al barrio Phanar, el distrito veneciano de la ciudad. Y no sé cómo, en medio de aquella espesa niebla, y después de no haber estado durante treinta años en Constantinopla, consiguió

guiar al capitán hasta allí. Mientras tanto, en algún lugar más allá de la niebla el sol se estaba poniendo, y mi padre con una impaciencia febril gruñía:

—Si no conseguimos llegar antes de que oscurezca, tendremos que dormir una noche más en esta maldita gabarra.

Casi simultáneamente, nosotros y el anochecer tocamos un muelle de madera. Nos despedimos apresuradamente de los griegos, ayudamos a tío Mafio a desembarcar, y mi padre nos condujo con un trotecillo de anciano a través de la niebla, a través de una puerta abierta en la alta muralla y luego a través de un laberinto de callejuelas sinuosas y angostas.

Al final llegamos frente a uno de los muchos edificios de idéntica y estrecha fachada, éste con una tienda al nivel de la calle, y mi padre soltó un grito entusiasta, «Nostra Compagnia!», al ver todavía una luz brillar en su interior. Abrió la puerta de golpe y nos hizo pasar a mí y a tío Mafio dentro. Había un hombre de barba blanca que escribía encorvado a la luz de una vela puesta junto a su codo en un libro de mayor, abierto en una mesa donde se apilaban muchos otros libros. Alzó la mirada y refunfuñó:

—Gesú, spuzzolenti sardoni!

Eran las primeras palabras venecianas que oía en veintitrés años a otra persona diferente de mi padre y tío Mafio. Y así, con este «apestosas anchoas» fuimos recibidos por mi tío Marco Polo.

Pero luego, maravillado, reconoció a sus hermanos:

—Xestu, Nico? Mafio? Tati! —saltó ágilmente de su silla y los contables de la compañía, desde las demás mesas, miraban sorprendidos nuestro frenesí de abrazos, palmadas en la espalda, apretones de mano, risas, lágrimas y exclamaciones.

—Sangue de Bacco! —gritó él —. Che bon vento? Los dos lleváis el pelo gris, Tati!

—¡Y tú lo tienes blanco, Tato! —contestó mi padre.

—¿Y cómo habéis tardado tanto? En vuestra última remesa recibí la carta diciendo que estabais en camino. ¡Pero eso fue hace casi tres años!

—¡Ah, Marco, no nos preguntes! Hemos tenido el viento en contra nuestra todo el camino.

—E cussi? Yo esperaba que llegaríais sobre elefantes enjoyados, / Re Magi viniendo de Oriente en un desfile triunfal con esclavos nubios tocando el tambor. Y aquí aparecéis arrastrándoos en una noche de niebla oliendo como la horcajadura de una ramera de Sirkeci.

—De aguas someras, peces insignificantes. Venimos sin un céntimo, abandonados, desamparados. Somos náufragos arrojados a tu puerta. Pero ya hablaremos de eso

después. Eh, pero no conocías a tu sobrino homónimo.

—¡Neodo Marco! Arcistupendonazzísimo! —Así que yo también recibí un cálido abrazo, un benvegnúo, y palmadas en la espalda —. Pero nuestro tonazzo Mafio Tato, normalmente tan ruidoso, ¿por qué está tan callado?

—Ha estado enfermo —dijo mi padre —. También hablaremos de eso. Pero venga. Hace dos meses que no comemos nada más que anchoas y…

—¡Y las anchoas os han dado una sed terrible! ¡No me digas más! —dirigiéndose a sus contables les gritó que se fueran a casa, y que no fueran a trabajar al día siguiente. Todos se pusieron en pie y nos dieron una entusiasta ovación, no sé si por nuestro buen retorno o por proporcionarles un inesperado día de fiesta. Después salimos y volvimos a introducirnos en la niebla.

Tío Marco nos llevó a su villa situada junto al mar de Mármara, donde pasamos nuestra primera noche y por lo menos la semana siguiente tomando buenos vinos y ricas viandas, entre las cuales no había pescados, y bañándonos, restregándonos y frotándonos en el hamman privado de mi tío, que aquí se llamaba humoun, y durmiendo largas horas en lujosas camas, y cuidados ininterrumpidamente por sus numerosos sirvientes domésticos. Mientras tanto, tío Marco envió a Venecia un navío correo

especial para avisar a Dona Fiordelisa de nuestra llegada.

Cuando hube descansado y me hube alimentado lo suficiente, y mi aspecto y mi olor no desmerecían, me presentaron al hijo y a la hija de tío Marco, Nicoló y Maroca. Ambos tenían aproximadamente mi misma edad, pero prima Maroca era aún una solterona, y me dirigía miradas entre especulativas y provocativas. Yo no tenía interés en responder; me interesaba mucho más sentarme con mi padre y tío Marco para repasar los libros de la Compañía, que por cierto nos tranquilizaron en seguida pues indicaban que no estábamos arruinados ni mucho menos. Nuestra riqueza era muy respetable. Algunas remesas de bienes y objetos de valor que mi padre había confiado a las postas de caballos mongoles no habían logrado atravesar toda la Ruta de la Seda, pero ya contábamos con eso. Lo más notable era que tantas hubieran llegado hasta Constantinopla. Y tío Marco había abierto aquí cuentas bancarias, había invertido y comerciado con gran astucia con aquellos bienes, y Dona Fiordelisa, siguiendo sus consejos, había podido hacer lo mismo en Venecia. Nuestra Compagnia Polo podía compararse ahora con las casas comerciales de Spinola en Génova, de Carrara en Padua y de Dándolo en Venecia, una auténtica prima di tuto en el mundo del comercio. Me complació especialmente ver que entre los paquetes recibidos intactos, estuvieran los que contenían todos los mapas que mi padre, tío Mafio y yo habíamos ido confeccionando, y todas las notas que yo había estado tomando durante aquellos años. Como el bandolero Zapatos no se había quedado en Tunceli con mi diario de notas garabateadas desde que partimos de Kanbalik, ahora poseía al menos

una relación fragmentaria de cada uno de mis viajes.

Nos quedamos en la villa hasta la primavera, de modo que tuve tiempo de conocer bien Constantinopla. Eso constituyó una cómoda transición entre nuestra larga estancia en Oriente y nuestro regreso a Occidente, pues la propia Constantinopla era una mezcla de estos dos extremos del mundo. Eran orientales su arquitectura, sus mercados de bazar, la mezcolanza de tipos, razas, costumbres y lenguas. Pero su guazzabuglio de nacionalidades incluía a unos veinte mil venecianos, más o menos la décima parte que en Venecia, y la ciudad se parecía en muchas otras cosas a Venecia, entre ellas que estaba plagada de gatos. La mayor parte de los venecianos residían y llevaban sus negocios en Fanar, el barrio de la ciudad que se les había asignado, y al otro lado del Cuerno Dorado, en la llamada Ciudad Nueva, aproximadamente un número igual de genoveses ocupaban el barrio de Galata.

Las exigencias del comercio requerían diariamente transacciones entre venecianos y genoveses. Nada les hubiera impedido hacer negocios. Pero sus relaciones mutuas eran muy frías y a un brazo de distancia, por así decirlo, y no se mezclaban ni social ni amistosamente, pues es muy posible que en sus repúblicas nativas estuvieran de nuevo en guerra, como tantas otras veces. Menciono esto porque más adelante yo mismo estuve algo implicado en ello. Pero no voy a describir todos los aspectos de Constantinopla ni voy a extenderme hablando de nuestra estancia allí, porque realmente sólo fue un lugar de recuperación y descanso en nuestro viaje, y nuestros corazones ya estaban en Venecia y nosotros impacientes por seguirlos hasta allí. Así fue como una mañana de mayo azul y dorada, veinticuatro años después de haber abandonado la Cittá Serenissima, nuestra galeazza amarró en el muelle del almacén de nuestra compañía, y mi padre, tío Mafio y yo descendimos por la pasarela y volvimos a pisar el enguijarrado de la Riva Ca´de Dio, en el año de Nuestro Señor mil doscientos noventa y cinco, o según el cómputo de Kitai, el Año del Carnero, tres mil novecientos noventa y tres.

5

Diga lo que diga la historia del Hijo Pródigo, yo sostengo que no hay nada como llegar a casa colmado de éxito para que el recibimiento sea cálido, tumultuoso y acogedor. Por supuesto, Dona Fiordelisa nos hubiera recibido con alegría en cualquier caso. Pero si hubiéramos aparecido en Venecia arrastrándonos como habíamos hecho en Constantinopla, apuesto lo que sea a que nuestros confratelli mercaderes y la ciudadanía en general nos habrían mirado con desprecio, y no les hubiera importado en lo más mínimo el hecho, mucho más importante, de que habíamos realizado viajes y habíamos visto cosas que ninguno de ellos había hecho ni visto jamás. Sin embargo, todos nos saludaron como a campeones, vencedores y héroes.

Durante varias semanas después de nuestra llegada, vino tanta gente a visitar Ca'Polo que apenas tuvimos tiempo de volver a familiarizarnos nosotros mismos con doña Lisa y demás parientes, amigos y vecinos, o de ponernos al día sobre las noticias de

la familia, o aprender los nombres de todos nuestros sirvientes, esclavos y trabajadores de la compañía. El viejo maggiordomo Attilio había muerto durante nuestra ausencia, igual que el contable mayor Isidoro Priuli, y también el anciano rector de nuestra parroquia, pare Nunziata; mientras que otros domésticos, esclavos y trabajadores habían abandonado su empleo, o habían sido despedidos, liberados o vendidos, y tuvimos que conocer a sus sustitutos.

Entre la multitud de visitantes que acudían a nuestra casa habían personas que conocíamos de años atrás, pero otras muchas eran totalmente desconocidas. Algunos sólo venían a adularnos a nosotros, nuevos ricos arrichisti, y a intentar sacar algún beneficio; los hombres traían ideas y proyectos y nos pedían que invirtiéramos en ellos, las mujeres traían a sus hijas nubiles y las presentaban para mi deleite. Otros venían con la obvia y venal esperanza de obtener de nosotros información, mapas y consejo, para poder emularnos. Unos cuantos venían a felicitarnos sinceramente por nuestro regreso, y muchos venían a hacernos preguntas inútiles como, por ejemplo: «¿Cómo se siente uno al volver a casa?»

Yo al menos me sentía bien. Era agradable pasear por la entrañable y vieja ciudad, disfrutar de la luz de Venecia, un espejo líquido que cambiaba y chapoteaba constantemente, tan distinta del fulgor infernal de los desiertos y del acerado reverbero de las cimas montañosas y de los violentos contraluces de sol y sombra de los bazares orientales. Era agradable deambular por la piazza y oír a mi alrededor el habla suave y modulada, la cantilena de Venecia, tan diferente del apresurado farfulleo de las multitudes orientales. Era agradable ver que Venecia se mantenía más o menos como yo la recordaba. Habían prolongado un poco el campanile de la piazza, habían demolido algunos viejos edificios y edificado otros nuevos en su lugar, habían adornado el interior de San Marcos con muchos mosaicos nuevos. Pero nada había cambiado de modo discordante y eso me gustaba.

Y los visitantes seguían viniendo a Ca'Polo. Algunos nos resultaban agradables, otros inoportunos, otros un verdadero incordio, y uno de ellos, un comerciante como nosotros, echó un manto de dolor sobre nuestro regreso cuando nos dijo:

—Acaban de llegar noticias de Oriente a través de mi agente en Chipre. El gran kan ha muerto.

Le pedimos más detalles y llegamos a la conclusión de que Kubilai debió de morir más o menos mientras nosotros viajábamos a través del Kurdistán. Bueno, eran noticias entristecedoras, pero no inesperadas: había cumplido ya setenta y ocho años y había sucumbido sin más a los estragos de la vejez. Algún tiempo después obtuvimos más noticias: su muerte no había desencadenado ninguna guerra de sucesión, su nieto Temur había sido elevado al trono sin oposición.

También aquí en Occidente había habido cambios de soberanía mientras nosotros estábamos fuera. El dogo Tiépolo, el que me desterró de Venecia, había muerto y

ahora llevaba la sciifieta un tal Piero Gradenigo. También había muerto años atrás Su Santidad el Papa Gregorio X, a quien habíamos conocido en Acre como arcediano Visconti; y desde entonces se habían sucedido ya varios papas en Roma. Además, la ciudad de Acre había caído en poder de los sarracenos, de modo que el reino de Jerusalén ya no existía, el Levante entero estaba gobernado ahora por musulmanes, y daba la impresión de que seguiría siendo suyo para siempre. Yo había estado en Acre para presenciar brevemente aquella Octava Cruzada que Eduardo de Inglaterra dirigía con intermitencias, por tanto creo poder decir que, entre todas las demás cosas que vi durante mis viajes, una de ellas fue la última cruzada.

Ahora mi padre y mi madrastra, estimulados posiblemente por la cantidad de visitantes que atestaban nuestra Ca'Polo, o pensando quizá que deberíamos comenzar a vivir de acuerdo con nuestra nueva prosperidad, o tal vez decidiendo que finalmente podíamos permitirnos vivir como correspondía a la nobleza de los Ene Acá, a la que los Polo siempre habíamos pertenecido, empezaron a hablar de construir una nueva magnífica Casa Polo. Así que al río de visitantes se añadieron ahora arquitectos y albañiles y otros artesanos, y todos venían impacientes, portando dibujos, proyectos y sugerencias que nos habrían obligado a construir un edificio que rivalizara con el palazzo del Dogo. Eso me recordó algo y yo se lo recordé a mi padre:

—Aún no hemos hecho nuestra visita de cortesía al dogo Gradenigo. Ya comprendo que cuando comuniquemos oficialmente que volvemos a establecernos en Venecia, sufriremos la inquisición de los recaudadores de impuestos de la dogana. No hay duda de que encontrarán entre todas nuestras importaciones alguna chuchería con que quedarse a cuenta de los años durante los cuales tío Marco dejó de pagar algún insignificante derecho de aduana, y que insistirán en exprimirnos hasta el último bagatino. Sin embargo, hemos de presentar nuestros respetos a nuestro dogo y no podemos aplazarlo indefinidamente.

Solicitamos una petición formal para una audiencia formal, y el día señalado nos llevamos con nosotros a tío Mafio y cuando ofrecimos los regalos al dogo, como dicta la costumbre, presentamos algunos en nombre de tío Mafio además de los nuestros. He olvidado lo que él y mi padre regalaron, pero yo entregué a Gradenigo una de las placas paizi de oro y marfil que habíamos llevado como emisarios del kan de todos los kanes, y también el cuchillo de tres hojas que me había sido tan a menudo útil en Oriente. Mostré

al dogo su ingenioso funcionamiento, y él estuvo jugando un rato con el arma, me pidió

luego que le contara las ocasiones en que utilicé el cuchillo, y así lo hice, brevemente. Luego formuló a mi padre algunas preguntas de cortesía, destacando principalmente los asuntos comerciales entre Oriente y Occidente, y las perspectivas de Venecia para incrementar este tráfico. Después expresó su satisfacción de que nosotros, y a través nuestro Venecia, hubiéramos prosperado tanto en nuestra estancia en el extranjero.

Luego dijo, como estaba previsto, que le gustaría que demostráramos a la dogana haber pagado debidamente a los cofres de la República la contribución correspondiente a todas nuestras venturosas empresas. Nosotros dijimos, como estaba previsto, que esperábamos la llegada de los recaudadores de impuestos para que escrutaran los intachables libros de cuentas de nuestra Compagnia. Luego nos pusimos en pie esperando su permiso para salir. Pero el dogo alzó una de sus manos cargada de anillos y dijo:

—Una única cosa más, miceres. Quizá ha escapado a vuestro recuerdo, micer Marco, ya sé que habéis tenido muchas otras cosas en que pensar, pero sigue pendiente el pequeño asunto de vuestro destierro de Venecia.

Me quedé mirándole mudo de asombro. No era posible que suscitara aquella vieja acusación contra un ciudadano actualmente muy respetable, estimado y gran contribuyente. Con un aire de ofendida altivez dije:

—Suponía, so serenitá, que el estatuto de obligatoriedad había expirado con el dogo Tiépolo.

—¡Oh!, por supuesto yo no estoy obligado a respetar los juicios pronunciados y las sentencias impuestas por mi predecesor. Pero a mí también me gustaría mantener mis libros intachables. Y ahí está esa manchita sobre las páginas de los archivos de los Signori della Notte.

Yo sonreí, creyendo que ya entendía y dije:

—Quizá una multa adecuada borraría la mancha.

—Había pensado más bien en una expiación de acuerdo con la vieja ley romana del talión.

Quedé otra vez mudo de sorpresa:

—¿Ojo por ojo? Los libros seguramente demuestran que yo no fui culpable de la muerte de ese ciudadano.

—No, no, claro que no lo fuisteis. Sin embargo, en ese triste asunto hubo un combate. Pensé que podríais expiarlo participando en otro. Quiero decir, en nuestra actual guerra contra nuestra vieja enemiga Genova.

—So serenitá, la guerra es un juego para jóvenes. Yo tengo cuarenta años, que son demasiados años para empuñar una espada…

¡Esnic! Apretó el mango del cuchillo e hizo saltar centelleante su hoja interior.

—Según habéis contado vos mismo, empuñasteis este cuchillo no hace muchos años.

Micer Marco, no os estoy proponiendo que dirijáis un asalto de primera línea en Genova, sino un simbólico simulacro de servicio militar. Y no estoy siendo despótico ni rencoroso ni caprichoso. Lo hago pensando en el futuro de Venecia y de la Casa Polo. Esa casa que ahora está situada entre las más prominentes de nuestra ciudad. Después de vuestro padre, vos seréis el cabeza de familia y luego lo serán vuestros hijos. Si la Casa de los Polo, como parece probable, sigue manteniendo su posición dominante a lo largo de las generaciones, creo que el escudo de la familia debería estar totalmente sema macchia. Borremos ahora esa mancha para que no estorbe ni entorpezca vuestra prosperidad. Es fácil de hacer. Sólo tengo que escribir en la página de enfrente: «Marco Polo, Ene Acá, sirvió lealmente a la república en su guerra contra Genova.»

Mi padre expresó con un gesto su conformidad, y contribuyó diciendo:

—Lo que está bien cerrado queda bien guardado.

—Si no hay más remedio —dije con un suspiro. Yo creía que había dejado atrás mis servicios bélicos. Pero pensé, debo confesarlo, que quizá quedaría bien en la historia de la familia: aquel Marco Polo luchó a lo largo de su vida tanto con la Horda Dorada como con la Armada de Venecia. —¿Qué queréis que haga, so serenitá?

—Serviréis sólo como caballero en armas. Es decir, al mando supernumerario de un barco de suministros. Hacéis una salida con la flota, navegáis un poco por mar, volvéis a puerto y luego os retiráis con una nueva nota de distinción y conservando el viejo honor. Y así, cuando una escuadra de la flota veneciana zarpó varios meses después bajo el mando del almirante Dándolo, subí a bordo de la galeazza Doge Particiaco, que era realmente el único navío de la escuadra que portaba provisiones. Yo ostentaba el rango de cortesía de sopracomito, lo cual significa que cumplía más o menos la misma función que en el chuan que transportaba a doña Kukachin: dar una imagen de poder, de experiencia en la guerra y de conocimiento, y no interferirme con el comito, el auténtico jefe del barco, ni con los marineros que obedecían sus órdenes. No puedo asegurar que de haber ido yo al mando de la galeazza o de toda la escuadra

lo hubiera hecho mejor, pero difícilmente lo habría podido hacer peor. Nos dirigíamos por el Adriático hacia el sur, cuando cerca de la isla de Kurcola, próxima a la costa de Dalmacia, nos encontramos con una escuadra genovesa en la que ondeaba la enseña de su gran almirante Doria, quien nos demostró por qué le llamaban grande. Nuestra escuadra, según pudimos ver desde lejos, superaba en número a la de los genoveses, de modo que nuestro almirante Dándolo ordenó que nos lanzáramos al ataque inmediato. Doria dejó que nuestros barcos se aproximaran y destruyeran unos nueve o diez de los suyos, un sacrificio deliberado para que nuestra escuadra fuera atraída inextricablemente hacia el centro de la suya. Y después, salidos de ninguna parte o mejor dicho de detrás de la isla de Peljesac en donde habían estado escondidos, aparecieron otros diez o quince veloces buques de guerra genoveses. La batalla duró

dos días y costó muchos muertos y heridos en ambos bandos; pero la victoria fue de Doria, pues al atardecer del segundo día, los genoveses se habían apoderado de toda nuestra escuadra y de unos siete mil marinos venecianos como trofeo de guerra, y yo entre ellos. El Doge Particiaco, como todas las demás galeras venecianas, rodeó la bota de Italia y subió por los mares Tirreno y Ligur hasta Genova, conducida por su tripulación cautiva, pero bajo el mando de un comito genovés. La ciudad, desde el agua, no parecía un mal lugar de reclusión; sus palazzi, como capas de un pastel de mármoles blancos y negros combinados, se hacinaban en las laderas que partían del puerto. Pero cuando bajamos a tierra descubrimos que Genova era tristemente inferior a Venecia: todo eran calles y callejones angostos y miserables y pequeñas piazze, y además todo estaba muy sucio, pues no tenía canales para evacuar sus aguas residuales.

No sé dónde fueron recluidos los marineros ordinarios, remeros, arqueros, baliestrieri y otros, pero si la tradición se mantenía, sin duda estarían soportando la guerra en medio de miserias, privaciones y suciedad. A los oficiales y a los caballeros de armas como yo nos trataron bastante mejor, sólo nos pusieron bajo arresto domiciliario en un palazzo abandonado y decadente que había pertenecido a alguna difunta orden religiosa en la piazza de las Cinco Farolas. El edificio apenas estaba amueblado, era muy frío, húmedo y malsano (desde entonces vengo sufriendo punzadas dolorosas cada vez peores en la espalda cuando hace frío), pero nuestros carceleros eran amables, nos alimentaban más o menos bien y nos permitían dar dinero a los Amigos de los Prisioneros de la Hermandad de la Justicia que nos visitaban, para que nos compraran cualquier objeto o capricho que deseáramos. En conjunto, era un confinamiento más tolerable que el que había soportado una vez en la prisión del Vulcano, en mi nativa Venecia. Sin embargo, nuestros capturadores nos dijeron que habían roto con la tradición en un aspecto. No permitirían que los familiares de los prisioneros pagaran rescate para sacarlos de la cárcel. Según dijeron, habían descubierto que no les salía a cuenta aceptar los pagos del rescate, sólo para tener que encontrarse otra vez a los mismos oficiales al cabo de poco tiempo defendiendo otro pedazo de mar. O sea que tendríamos que permanecer encerrados hasta que terminara aquella guerra.

En fin, no había perdido la vida por ir a la guerra, pero parecía que iba a perder una parte sustancial de ella. Antes había desperdiciado meses y años de mi vida atravesando interminables y áridos desiertos o montañas cubiertas de nieves, pero al menos durante aquellos viajes había vivido saludablemente al aire libre, y quizá había aprendido algo por el camino. Allí, mientras languidecía en prisión, no había mucho que aprender. En aquella época no tenía un compañero de celda como Mordecai Cartafilo. Por lo que pude averiguar, todos mis compañeros de prisión eran también diletantes como yo: nobles que habían estado cumpliendo esporádicamente sus obligaciones militares, o bien profesionales de la guerra. Los diletantes no tenían temas de conversación, aparte de quejarse y suspirar por volver a sus fiestas, salones y parejas de

baile. Los oficiales al menos tenían algunas historias de guerra que contar, pero, después de haber oído una o dos, cada una de estas historias resultaba muy parecida a todas las demás; y el resto de sus conversaciones trataban siempre de rangos, promociones, antigüedad en el servicio, y de la poca estima de sus superiores hacia ellos. Llegué a la conclusión de que cada militar en la cristiandad ocupaba un rango inmerecido, al menos dos galones inferior al que debería corresponderle.

Pero si yo no podía aprender nada en aquella prisión, quizá podía instruir, o al menos entretener. Cuando las aburridas conversaciones amenazaban con volverse absolutamente vacuas, yo me permitía comentarios como:

—Hablando de galones, miceres, hay en las tierras de Champa una bestia llamada tigre, que tiene todo su cuerpo cubierto de rayas como galones. Es muy curioso, pero no hay dos tigres listados exactamente del mismo modo. Los nativos de Champa pueden distin-guir a un tigre de otro por las rayas peculiares de su cara. Le llaman su excelencia el tigre, y dicen que quien bebe una decocción hecha con los globos oculares de un tigre muerto, puede ver siempre a su excelencia el tigre antes de que él le vea. Además, por las rayas de su cara, puede saberse si es un conocido devorador de hombres o sólo un inofensivo cazador de animales inferiores.

Cuando uno de nuestros carceleros nos traía los platos para la cena con una comida tan sosa como de costumbre, solíamos felicitarle con nuestros habituales sarcasmos, y él se quejaba de que éramos una pandilla de impertinentes y que hubiera preferido que le destinaran a otro servicio, entonces yo comentaba:

—Da gracias, genovés, que no estás de servicio en la India. Allí cuando los criados venían a traerme la cena tenían que entrar en el comedor arrastrándose sobre sus ombligos, con las bandejas de comida por delante.

Al principio, mis contribuciones no solicitadas a las conversaciones carcelarias eran a veces recibidas con miradas de extrañeza y sorpresa, como por ejemplo cuando dos caballeros petulantes discutían y comparaban en un lenguaje altisonante las virtudes y encantos de las amadas que habían dejado en Venecia, y yo me permitía intervenir:

—¿Habéis averiguado, miceres, si son vuestras damas mujeres de invierno o de verano?

—Se me quedaron mirando con incomprensión, y tuve que explicar —: Los han dicen que una mujer cuya obertura íntima está situada muy cerca de la parte delantera de su alcachofa es más adecuada para las frías noches de invierno, porque vos y ella habéis de entrelazaros estrechamente para efectuar la penetración. Pero una mujer cuyo orificio está situado más bien hacia atrás, entre sus piernas, es mejor para el verano. Pues ella puede sentarse sobre vuestro regazo en un fresco y aireado pabellón exterior, mientras entráis en ella por detrás.

Los dos elegantes caballeros quizá retrocedían entonces horrorizados, pero otras

personas menos peripuestas comenzaban a congregarse para oír más revelaciones de este tipo. Y al cabo de poco tiempo, cada vez que yo abría la boca tenía a mi alrededor más oyentes que cualquier tratadista de modales de salón de baile o de la guerra en el mar, que me escuchaban ensimismados. Cuando yo devanaba mis historias, no solamente se reunían en torno mío mis compañeros venecianos, sino también los guardas y carceleros genoveses, los Hermanos de la Justicia visitantes, y otros prisioneros, písanos, corsos y paduanos atrapados por los genoveses en otras guerras y combates. Y un día se me acercó uno y me dijo:

—Micer Marco, soy Luigi Rustichello, natural de Pisa…

Te presentaste como escribano, fabulista y romancista, y me pediste permiso para escribir mis aventuras en un libro. Así que nos sentamos juntos y yo te conté mis historias. Luego, por medio de la Hermandad de la Justicia, pude enviar un billete a Venecia y mi padre despachó hacia Genova mi colección de notas, papeles y diarios,

que añadieron a mi recuerdo muchas cosas que yo mismo había olvidado. Así, nuestro año de confinamiento no resultó pesado, sino ocupado y productivo. Y cuando finalmente la guerra terminó, se firmó una nueva paz entre Venecia y Genova, y a nosotros los prisioneros nos soltaron para devolvernos a casa, pude decir que aquel año no había sido una pérdida de tiempo, como había temido. Quizá haya sido, por el contrario, el año más fructífero de toda mi vida, pues hice algo que ha perdurado y que al parecer promete sobrevivirme. Me refiero a nuestro libro, Luigi, la Descripción del Mundo. Lo cierto es que en los veinte años que han pasado desde que nos despedimos a la salida de aquel palazzo genovés, no he vuelto a hacer nada que me haya dado una satisfacción comparable.

Y aquí estamos, Luigi. He vuelto a relatar mi vida una vez más, desde la infancia hasta el final de mi viaje. He vuelto a contar muchas de las historias que escuchaste hace tanto tiempo, muchas de ellas con más detalle; he vuelto a narrar algunas de las que tú y yo decidimos no introducir en el primer libro, y creo que muchos otros episodios que nunca te confié anteriormente. Ahora te doy permiso para que cojas cualquiera de mis aventuras o todas ellas, las atribuyas al héroe de ficción de tu última obra en curso, y hagas con ella lo que te parezca.

No me queda mucho que contar sobre mí mismo, y probablemente no te servirá para aplicarlo a tu nueva obra, así que seré breve.

6

Regresé a Venecia y me encontré a mi padre y a marégna Lisa muy avanzados en la construcción de la nueva y lujosa Casa Polo, o mejor dicho en la restauración de un viejo palazzo que habían comprado. Estaba situado en la Corte Sebionera, en un confino mucho más elegante que el de nuestra anterior residencia. Estaba también más cerca del Rialto, donde se suponía que yo, siguiendo la tradición, por ser ahora el cabeza reconocido de la Compagnia Polo, me encontraría y conversaría con mis

colegas comerciantes dos veces al día, cada mañana justo antes del mediodía, y cada tarde al final de la jornada laboral.

Aquélla era, y sigue siendo, una agradable costumbre, y a menudo conseguí allí la pequeña y útil información que quizá no habría llegado a mis oídos en el curso normal del negocio. No me molestaba en absoluto que allí me trataran respetuosamente de micer, y que me escucharan respetuosamente cuando daba alguna opinión acertada sobre esta o aquella cuestión de estatutos y tarifas, o sobre cualquier otra cosa. Tampoco me incomodaba mucho ser ahora el cabeza de la Compagnia Polo, aunque hubiera alcanzado esta eminente situación más bien por vacante.

Mi padre en realidad nunca renunció al negocio en favor mío. Pero a partir de entonces, comenzó a prestar cada vez menos atención a la compañía y más a otros intereses personales. Durante una temporada dedicó todas sus energías en la supervisión de las obras, del mobiliario y la decoración de la nueva Ca'Polo. Durante su construcción me hizo observar en varias ocasiones que aquel nuevo palazzo era lo bastante amplio para muchas más personas de las que íbamos a instalar allí.

—No olvides lo que dijo el dogo, Marco —me recordó mi padre —. Si después de ti va a continuar existiendo una Compagnia Polo y una Casa Polo, tienen que haber hijos.

—Padre, tú debes saber mejor que nadie lo que pienso a este respecto. No tengo nada contra la paternidad, pero la maternidad me costó más de lo que pueda nunca valorar.

—¡Tonterías! —intervino severamente mi madrastra, pero en seguida suavizó su tono —. Yo no digo que no lamentes lo que perdiste, Marco, pero debo protestar. Cuando contaste esa trágica historia, estabas hablando de una frágil mujer extranjera. Las mujeres venecianas han nacido y se han criado para engendrar. Disfrutan quedando «preñadas hasta las orejas», como vulgarmente se dice, y sienten agudamente el vacío cuando no lo están. Búscate una buena esposa veneciana de anchas caderas, y deja que ella se ocupe del resto.

—O bien —dijo mi pragmático padre —búscate una mujer a la que puedas amar suficiente para querer tener hijos con ella, pero que a la vez puedas amarla con moderación para que su pérdida no te resulte insoportable.

Cuando Ca'Polo se hubo terminado y nos hubimos trasladado a ella, mi padre dedicó su atención a un proyecto aún más original y extraordinario. Fundó lo que podría llamarse una Escuela de Aventureros Mercantes. En realidad nunca tuvo nombre y no era una academia de estudios oficiales. Mi padre simplemente ofrecía su experiencia, sus consejos y el acceso a nuestra colección de mapas a quien pudiera interesarle buscar fortuna en la Ruta de la Seda. La mayoría de los que se presentaban para que les instruyese eran jóvenes, pero algunos eran tan mayores como yo. Nicoló Polo, por

un porcentaje estipulado del beneficio que obtuviera el estudiante putativo en la primera expedición comercial con éxito (a Bagdad, a Balj, a cualquier otro lugar de Oriente, hasta llegar incluso a Kanbalik) impartiría al aprendiz de aventurero toda la información útil de que disponía, permitiría al aprendiz copiar la ruta de nuestros propios mapas, enseñaría al aprendiz algunas frases imprescindibles del idioma comercial farsi, e incluso le daría los nombres que recordaba de comerciantes, camelleros, guías y arrieros nativos, a todo lo largo de la ruta. No garantizaba nada, pues, al fin y al cabo, gran parte de sus conocimientos habían quedado ya anticuados. Pero tampoco los aprendices de viajero tenían que pagarle nada por sus instrucciones hasta que no sacaran provecho de ellas. Recuerdo que muchos novicios se lanzaron en la dirección que maistro Polo había recorrido dos veces, algunos regresaron de lugares lejanos, como de Persia, y uno o dos de ellos volvieron ricos y pagaron los honorarios debidos. Pero yo creo que mi padre hubiera continuado con aquella caprichosa ocupación, aunque nunca le hubiese repor-tado ni un bagatino, pues en cierto modo, eso le mantenía aún viajando por lejanos países, incluso en sus últimos años.

Sin embargo, la consecuencia fue que yo, que había sido un vagabundo tan despreocupado, errante y libre como los vientos me encontraba ahora con que mis anchos horizontes de antaño quedaban restringidos a la asistencia diaria al despacho y al almacén de la compañía, con un intervalo de dos veces al día de convivencia y chismorreo en el Rialto. Era mi obligación: alguien tenía que estar al frente de la Compagnia Polo; mi padre en realidad se había retirado, y tío Mafio era ya para siempre un inválido que no salía de casa. En Constantinopla, mi tío mayor se había ido apartando también progresivamente de los negocios (y murió, creo que de aburrimiento, no mucho después). O sea que, mi primo Nicoló allí, y yo aquí nos encontramos heredando la plena responsabilidad de nuestras ramas separadas de la compañía. Cuzín Nico parecía disfrutar realmente siendo un príncipe mercader. ¿Y yo? Bueno, era un tra-bajo honesto, útil y nada oneroso el que estaba haciendo, aún no me había hartado de la mediocre monotonía de lo cotidiano, y me había resignado más o menos a seguir así

toda mi vida. Pero entonces sucedieron dos nuevos hechos.

El primero fue que tú, Luigi, me enviaste la copia de tu recién terminada Descripción del Mundo. Yo inmediatamente dediqué cada momento libre a leer y a saborear nuestro libro, y a medida que terminaba cada página, la pasaba a un copista para que hiciera más manuscritos. La encontré admirable en todos los aspectos; sólo hallé unos cuantos errores que sin duda se debían al ritmo que daba a mi narración mientras tú apuntabas las palabras, y a mi descuido de no repasar tu borrador original con ojo crítico. Los errores consistían sólo en pequeños errores sobre la fecha de este o aquel

acontecimiento, en una ocasional aventura que quedó fuera de secuencia, y en algunos errores al oír o escribir algunos de los difíciles topónimos orientales: escribiste Saianfu, por ejemplo, donde debería haber dicho Yunnanfu, y Yangzhou en

vez de Hang-zhou (lo cual me hubiera llevado a mí y a mi carrera de recaudador de impuestos a una ciudad muy distinta y lejana de donde realmente estuve sirviendo). Sin embargo, antes nunca me preocupé de señalarte estos menores errores, y espero que al hacerlo ahora no te moleste. No podían significar nada para nadie más que yo ¿quién más podría saber en este mundo occidental si hay alguna diferencia entre Yangzhou y Hangzhou? Y yo ni siquiera me molesté en corregírselas al escriba mientras copiaba la obra. Hice una presentación formal de una de las copias al dogo Gradenigo, y él debió de hacerlas circular inmediatamente entre su Consejo de nobles, y ellos a su vez entre todos sus familiares e incluso criados. Regalé otra copia al sacerdote de nuestra nueva parroquia de San Zuáne Grisostomo, y él debió de hacerlas circular entre toda su clerecía y su congregación, porque en un instante volví a ser famoso. La gente, con más avidez de la que habían demostrado cuando regresé de Kitai, comenzó a buscar mi compañía, se acercaban a mí en las funciones públicas, me señalaban por la calle, en el Rialto, desde una góndola. Y tus propias copias, Luigi, debieron de proliferar y esparcirse como semillas de diente de león, pues los mercaderes y viajeros extranjeros cuando visitaban Venecia decían que venían tanto a verme a mí como a contemplar la basílica de San Marcos y otros notables monumentos de la ciudad. Si los recibía, muchos me decían que habían leído la Descripción del Mundo en su país de origen, traducido ya a sus idiomas nativos.

Como he dicho, Luigi, no nos sirvió de mucho omitir de esa narración cosas que consideramos demasiado fantásticas para ser creídas. Algunos de los entusiastas que querían conocerme buscaban a un auténtico viajero de tierras lejanas; pero muchos otros deseaban encontrarse con un hombre a quien consideraban equivocadamente un grand romancier, autor de una ficción imaginativa y entretenida; y el único interés de otros era ver de cerca a un prodigioso embustero, igual que se habrían congregado para contem-plar la frusta de algún eminente criminal en los pilares de la piazzetta. Parecía que cuanto más protestaba explicando «no dije más que la verdad », menos me creían, y me observaban con mayor guasa pero con cariño. No podía quejarme de ser el blanco de todas las miradas, pues aquella gente me admiraba con afecto, pero yo hubiera preferido que me admirasen como algo distinto a un inventor de fábulas. He dicho anteriormente que la nueva Ca'Polo de la familia estaba situada en la Corte Sebionera. Lo estaba, sí, y por supuesto aún lo está geográficamente, y supongo que incluso en el último plano de calles de la ciudad de Venecia ése es el nombre oficial que recibe aquella pequeña plaza, el Patio del Lastre. Pero ningún habitante de la ciudad la llamó nunca más así. Todo el mundo la conoció como la Corte del Milione, en mi honor, pues ahora me llamaban Marco Milione, el hombre del millón de mentiras, ficciones y exageraciones. Me había convertido en un hombre célebre y notorio. Con el tiempo aprendí a vivir con mi nueva y peculiar reputación, e incluso aprendí a ignorar a las bandas de golfillos que a veces me seguían en mis paseos desde la Corte a la Compagnia o al Rialto. Solían blandir espadas de palo y caracoleaban galopando mientras azuzaban sus propios traseros gritando cosas como «¡Adelante, grandes príncipes!», y «¡La horda os va a pillar!». Esta constante atención era una molestia, y permitía que hasta los extranjeros me reconocieran y me saludaran, cuando yo hubiera preferido el anonimato. Pero gracias en parte a ser

ahora tan conocido me sucedió un nuevo hecho.

He olvidado por dónde caminaba aquel día, pero en medio de la calle me encontré cara a cara con la pequeña Doris, que había sido mi compañera de juegos en la infancia, y

que tanto me había adorado por aquellos entonces. Me quedé atónito. Por lógica, Doris debía de ser casi tan vieja como yo, poco más de cuarenta, y probablemente, por pertenecer a la clase inferior, debía de ser una marán-tega, una mujer cana, arrugada y gastada por el trabajo. Pero allí la tenía, convertida sólo en una mujer adulta, de unos veinticinco años, no más, y decentemente vestida, no con las informes ropas negras de las viejas vagabundas; con el mismo cabello dorado, la misma lozanía y tan bella como cuando la vi por última vez. Más que sorprendido, quedé estupefacto. Olvidé mis modales hasta el punto de gritar su nombre allí en medio de la calle, pero por lo menos tuve la delicadeza de dirigirme a ella respetuosamente:

—¡Damina Doris Tagiabue!

Ella podría haberse ofendido por mi atrevimiento y haber apartado sus faldas de en medio y pasar por un lado sin mirarme. Pero vio el séquito de golfillos que me seguía imitando a los mongoles, tuvo que contener una sonrisa, y dijo bastante amablemente:

—Sois micer Marco de los, quiero decir…

—Marco de los «Millones». Puedes decirlo, Doris. Todo el mundo lo hace. Y además tú

solías llamarme cosas peores, como Marcolfo y otras.

—Micer, me temo que me habéis confundido. Supongo que debisteis de conocer a mi madre, cuyo nombre de soltera era Doris Tagiabue.

—¡Vuestra madre! —Por un momento olvidé que Doris debía de ser por entonces una matrona, sino una vieja. Quizá porque aquella muchacha era tan parecida al recuerdo que guardaba de ella, solamente me acordaba de la pequeña zuzzurrullona poco formada y poco domada que yo había conocido —. ¡Pero si sólo era una niña!

—Los niños se hacen mayores, micer —dijo, y añadió maliciosamente —. Incluso los vuestros crecerán —y señaló a mi media docena de mongoles en miniatura.

—Éstos no son míos. ¡Emprended la retirada, soldados! —les grité; y ellos frenando y haciendo girar sus imaginarios corceles retrocedieron a una cierta distancia.

—Sólo estaba bromeando, micer —dijo la desconocida que me era tan familiar, y que al sonreír ahora abiertamente se parecía más aún al hada feliz de mi recuerdo —. Una

de las cosas que se saben en Venecia es que micer Marco Polo continúa soltero. Mi madre, sin embargo, se hizo mayor y se casó. Yo soy su hija, me llamo Donata.

—Un bonito nombre para una bonita y joven dama: la donada, el don. —Hice una reverencia como si nos hubieran presentado formalmente —. Dona Donata, os agradecería que me dijerais dónde vive ahora vuestra madre. Me gustaría volver a verla. En una época fuimos… amigos íntimos.

—Alméi, micer. Entonces siento deciros que murió de una influenza di febre hace algunos años.

—Gramo mi! Lo lamento. Era una persona muy querida. Os doy el pésame, dona Donata.

—Damina, micer —me corrigió —. Mi madre era dona Doris Loredano. Yo soy, como vos, soltera.

Iba a decir algo terriblemente osado, dudé y luego dije:

—Creo que no os puedo expresar mi condolencia por vuestra soltería. —Me miró

ligeramente sorprendida por mi atrevimiento, pero no escandalizada, así que continué —. Damina Donata Loredano, si envío adecuados sensáli a vuestro padre, ¿creéis que le convencería para que me permitiera visitar vuestra residencia familiar? Podríamos hablar de vuestra difunta madre… de viejos tiempos…

Ladeó la cabeza y me miró un momento. Luego dijo francamente, sin coquetería, como habría hecho su madre:

—El famoso y estimado micer Marco Polo seguramente es bien recibido en todas partes. Si vuestros sensáli se presentan al maistro Lorenzo Loredano en su taller de la

Mercería…

Sensáli puede significar agentes de negocios o agentes matrimoniales, y el que yo envié

fue de este último tipo en la persona de mi seria y almidonada madrastra, junto con una o dos formidables doncellas suyas. Maregna Lisa regresó de esta misión para informarme de que el maistro Loredano había accedido muy hospitalariamente a mi solicitud, y me permitía varias visitas, y añadió con una perceptible elevación de cejas:

—Es un artesano de artículos de cuero. Evidentemente un curtidor honesto, respetable y trabajador. Pero, Marco, sólo es un curtidor. Morel di mezo. Tú que podías estar visitando a las hijas de la sangue blo. La familia Dándolo, los Balbi, los

Candiani…

—Dona Lisa, una vez tuve una nena Zuliá que también se quejaba de mis gustos. Ya en mi juventud era terco y prefería un bocado sabroso a uno de nombre noble. Sin embargo, no me lancé sobre la casa de los Loredano y rapté a Donata. Le hice la corte tan formal y ritualmente y durante tanto tiempo como si hubiera sido de la sangre más azul. Su padre, que daba la impresión de estar confeccionado con algunos de sus propios cueros curtidos, me recibió cordialmente y no hizo ningún comentario al hecho de que yo fuera casi tan mayor como él. Después de todo, uno de los sistemas aceptados para que una hija de la clase media en ascenso se elevara más en el mundo era mediante un ventajoso matrimonio de mayo-diciembre, generalmente con un viudo de numerosa prole. En este sentido, yo realmente no era más que noviembre, y además me presentaba sin ningún hijastro. Así que el maistro Lorenzo masculló simplemente una de aquellas frases pronunciadas tradicionalmente por un padre sin medios a un pretendiente rico, para disipar toda sospecha de que está entregando voluntariamente a su hija por el dirito de signoria.

—Debo haceros saber que yo soy reacio a ello, micer. Una hija no debería aspirar a una posición más elevada que la que la vida le ha dado. A la carga natural de su bajo nacimiento, se arriesga a añadir una servidumbre más onerosa.

—Soy yo quien aspira, micer —le aseguré —. Sólo puedo confiar en que vuestra hija apruebe mis aspiraciones, y prometo que nunca tendrá motivo para arrepentirse de ello. Acostumbraba a llevarle flores o algún pequeño obsequio y nos sentábamos los dos siempre con una accompagnatrice (una de las encorsetadas doncellas de Fiordelisa) cerca nuestro para asegurarse de que nos comportábamos con rígida respetabilidad. Pero eso no impedía a Donata hablarme tan libre y francamente como solía hacer Doris.

—Si conocisteis a mi madre en su juventud, micer Marco, sabéis que comenzó su vida como una pobre huérfana. Literalmente del bajo popolázo. O sea que no voy a atribuirle virtudes y gracias fuera de lugar. Cuando se casó con un próspero curtidor de pieles que poseía su propio taller, se casó con alguien de clase superior a la suya. Pero nadie lo habría adivinado si ella no hubiera decidido no mantenerlo en secreto. No hubo nada vulgar ni ordinario en ella durante el resto de su vida. Fue una buena esposa para mi padre y una buena madre para mí.

—Estoy convencido de ello.

—Yo creo que se merecía una situación más alta en la vida. Os digo esto, micer Marco, por si tenéis dudas sobre mis capacidades para ascender más aún…

—Querida Donata, no tengo la menor duda. Ya cuando tu madre y yo éramos niños, podía ver que prometía mucho. Pero no voy a decir «de tal palo, tal astilla», porque aunque no hubiera conocido a tu madre, habría conocido lo que tú prometes. ¿Debo cantar tus cualidades como un trovatore que hace la corte a la luz de la luna? Belleza,

inteligencia, buen humor…

—Por favor, no olvidéis la honestidad —me interrumpió —. Pues yo os haría saber todo lo que hiciera falta saber. Mi madre nunca me dio ninguna pista de lo que voy a deciros, y a mí desde luego no se me escaparía nunca en presencia de mi buen padre; pero hay

cosas que un niño llega a saber, o al menos a sospechar, sin que le digan nada. No olvide, micer Marco, que yo admiro a mi madre por haber hecho un buen matrimonio. Pero debería admirar menos el modo en que tuvo que casarse, y vos probablemente también. Tengo la inquebrantable sospecha de que su matrimonio con mi padre fue determinado por… ¿cómo lo diría?… por haber anticipado los acontecimientos en un cierto sentido. Me temo que podría resultar embarazoso comprobar la fecha escrita en su consenso di matrimonio y la que está escrita en mi propia atta di nascita. Me hizo gracia que la joven Donata pensara que podría impresionar a alguien tan endurecido e insensible a las sorpresas como yo. Y sonreí más abiertamente ante su inocente simplicidad. Ella, seguramente ignoraba, pensé, que un gran número de matrimonios entre las clases inferiores nunca se solemnizaban por medio de ningún documento, ceremonia o sacramento. Si Doris había ascendido mediante la más vieja de las tretas femeninas, desde el popolázo al morel di mezo, eso no la rebajaba a mis ojos; ni a ella ni al bello producto de sus tretas. Y si ése era el único impedimento que Donata podía temer como posible interferencia en nuestro matrimonio, era una insignificancia. En ese momento hice dos promesas. Una a mí mismo y en silencio: juré que nunca durante nuestra vida matrimonial revelaría ninguno de los secretos ni de las historias turbias de mi pasado. La otra promesa la formulé en voz alta, después de apagar mi sonrisa y adoptar un aire solemne:

—Te juro, mi queridísima Donata, que nunca te reprocharé haber nacido prematuramente. No hay nada malo en ello.

—Ah, vosotros los hombres maduros, sois tan tolerantes con la fragilidad humana. —Debí de estremecerme, porque ella añadió —: Sois un buen hombre, micer Marco.

—Y tu madre era una buena mujer. Yo no la juzgo mal por haber sido también una mujer resuelta. Ella supo abrirse su propio camino. —Recordé, con una cierta culpabilidad, un ejemplo de ello. El recuerdo me hizo decir —: Supongo que nunca dijo haberme conocido.

—Que yo recuerde, no. ¿Debería de haberlo dicho?

—No, no. Yo en aquellos días no era nadie digno de mención. Pero he de confesar… —me detuve, pues acababa de jurar no confesar nada de lo que hubiera sucedido en mi vida pasada.

Y era difícil confesar que Doris Tagiabue no había llegado virgen a Lorenzo Loredano como consecuencia de haber practicado antes sus ardides conmigo. Así que

me limité a repetir:

—Tu madre supo abrirse camino. Si yo no hubiera tenido que dejar Venecia, podía haber ocurrido perfectamente que ella se hubiera casado conmigo cuando hubiéramos sido algo mayores.

Donata puso una cara deliciosamente enfurruñada:

—Qué cosas tan poco galantes decís, aunque sean ciertas. Me hacéis sentir como una opción de segunda clase.

—Y tú haces que me sienta ahora como quien rebusca en un mercado. Yo no te elegí

voluntariamente, querida niña. No intervine en nada. Cuando te vi por primera vez me dije a mí mismo: «Sin duda está puesta en esta tierra para mí.» Y cuando pronunciaste tu nombre, ya lo sabía. Sabía que me estaban ofreciendo un regalo. Eso le gustó y las cosas volvieron a ir bien.

En otra ocasión durante nuestro noviazgo, estábamos sentados juntos y le pregunté:

—¿Qué has pensado sobre los hijos cuando estemos casados, Donata?

Ella me miró parpadeando con perplejidad, como si le preguntara si seguiría respirando después de casados. Así que continué diciendo:

—Desde luego se espera que una pareja casada tenga hijos. Es lo natural. Lo esperan las

familias, la Iglesia, Nuestro Señor, la sociedad. Pero a pesar de estas expectativas, deben de haber algunas personas que no quieran conformarse.

—Yo no soy de esas personas —dijo, como si respondiera al catecismo.

—Y hay otras que simplemente no pueden.

Después de un momento de silencio, ella dijo:

—Estás tratando de decir, Marco… —Por entonces ya se había acostumbrado a dirigirse a mí informalmente. Ahora dijo, eligiendo sus palabras con delicadeza —. ¿Estás queriendo decir, Marco, que, um, durante tu viaje te sucedió algo malo?

—No, no, no. Estoy entero y sano, y capacitado para ser padre. Bueno, esto supongo. Me estaba refiriendo más bien a aquellas desafortunadas mujeres que son, por un motivo u otro, estériles.

Ella apartó de mí la mirada, se sonrojó y dijo:

—Yo no puedo protestar diciendo que no lo soy, porque no tengo manera de saberlo. Pero creo que si cuentas las mujeres estériles que conoces, encontrarás que todas son generalmente pálidas, frágiles y vaporosas damas de la nobleza. Yo provengo de una buena raza campesina, fuerte y vigorosa, y como cualquier mujer cristiana, espero ser madre de muchos hijos. Pido al buen Dios que así sea. Pero si Él en Su Sabiduría ha decidido hacerme estéril, procuraré soportar la aflicción con fortaleza. Sin embargo, tengo confianza en la bondad del Señor.

—No se trata siempre de la intervención del buen Dios —dije —. En Oriente se conocen varios sistemas para prevenir la concepción…

Donata quedó con la boca abierta y se santiguó:

—¡No digas nunca esas cosas! ¡Ni siquiera menciones un pecado tan horrible! Pero,

¿qué diría el buen pare Nardo si soñara siquiera que has imaginado tales cosas? Oh, Marco, asegúrame que no has escrito en tu libro nada tan criminal, sórdido y poco cristiano. Yo no he leído el libro, pero he oído que algunas personas lo consideran escandaloso. ¿Era éste el escándalo a que se refieren?

—Realmente no me acuerdo —dije para calmarla —. Creo que era una de las cosas que omití. Sólo quería decirte que esas cosas son posibles, suponiendo que…

—¡No lo son en la cristiandad! ¡Es horrible, impensable!

—Sí, sí, querida mía. Perdóname.

—Sólo si me prometes una cosa —dijo con firmeza —. Prométeme que olvidarás esta y todas las demás costumbres detestables que hayas podido presenciar en Oriente. Prométeme que nuestro matrimonio de buenos cristianos nunca estará corrompido por ninguna de las cosas profanas que aprendiste, viste o incluso oíste en aquellas tierras paganas.

—Bueno, no todo lo pagano es detestable…

—¡Prométemelo!

—Pero Donata, imagina que se presenta cualquier oportunidad u ocasión de ir a Oriente, y que deseo llevarte conmigo. Tú serías la primera mujer occidental, por lo que yo sé, que alguna vez…

—No. No iré nunca, Marco —dijo tajantemente, y su rubor se esfumó. Ahora tenía la cara lívida y los labios crispados —. Tampoco quiero que tú vayas. Ya lo he dicho. Eres un hombre rico, Marco, y no necesitas aumentar tus riquezas. Eres famoso gracias a tus viajes y no es preciso que aumentes esa fama o que vuelvas a viajar. Tienes responsabilidades, y pronto yo seré otra responsabilidad más, y espero que los

dos juntos tengamos otras. Tú ya no eres un muchacho como cuando te marchaste. Yo no desearía pasarme con un muchacho, Marco, ni entonces ni ahora. Yo quiero un hombre maduro, serio y formal, y le quiero en casa. Te tomé por ese hombre. Si no lo eres, si aún llevas escondido dentro de ti a un inquieto e imprudente muchacho, creo que

deberías confesarlo ahora. Pondremos buena cara a nuestros familiares y amigos y a todos los chismosos de Venecia cuando anunciemos la disolución de nuestro compromiso.

—Realmente eres muy parecida a tu madre —suspiré —. Pero eres joven, y con el tiempo puede que incluso desees viajar…

—Pero no fuera de la cristiandad —dijo aún con voz severa —. Prométemelo.

—Muy bien. Nunca te sacaré de tierras cristianas…

—Ni tampoco irás tú.

—Pero, Donata, eso no puedo prometerlo de buena fe. Mi propio negocio puede exigirme en alguna ocasión al menos una última visita a Constantinopla, y todos los alrededores de aquella ciudad son territorios no cristianos; mi pie podría resbalar y…

—Entonces prométeme sólo esto, que no te marcharás hasta que nuestros hijos, si Dios nos los da, hayan crecido y tengan una edad responsable. Tú mismo me has contado que tu padre abandonó a su hijo y que él se crió sin disciplina, entre la gente de la calle. Yo me reí:

—Donata, tampoco todas estas personas eran detestables. Una de ellas era tu madre.

—Mi madre me educó para que fuera mejor que ella. No quiero que mis propios hijos queden abandonados. Prométemelo.

—Te lo prometo —dije. No me detuve a calcular que si nuestro matrimonio nos daba un hijo en el intervalo normal, yo tendría unos sesenta y cinco años antes de que el niño alcanzara su mayoría. Confiaba sólo en que Donata, aún tan joven, podría cambiar de parecer durante nuestra vida en común —. Te lo prometo, Donata. Mientras haya niños en casa, y a menos que tú decretes lo contrario, yo me quedaré en casa. Y en el primer año del nuevo siglo, en el año mil trescientos uno, nos casamos. Todo se hizo siguiendo puntillosamente los cánones sociales. Cuando nuestro período de noviazgo se consideró lo bastante largo, el padre de Donata, el mío y un notario se reunieron en la iglesia de San Zuáne Grisostomo para la ceremonia de impalmatura, leyeron varias veces el contrato de matrimonio, y lo firmaron y afirmaron, como si yo fuera un novio tímido, torpe y adolescente, cuando de hecho era yo quien había supervisado la escritura del contrato, con el consejo de los abogados de mi Compagnia. Al terminar la impalmatura, puse el anillo de pedida

en el dedo de Donata. Los domingos siguientes el pare Nardo proclamó desde el pulpito los bandos y los fijó en la puerta de la iglesia, pero nadie vino a poner impedimentos al matrimonio anunciado. Luego dona Lisa encargó a un fraile con una excelente caligrafía que escribiera las participaciones de nozze y las hizo enviar por un mensajero con librea a todos los invitados, cada una con el tradicional paquete de almendras confeti. La recibieron todas las personas de alguna importancia en Venecia, pues, aunque había leyes suntuarias para limitar los despilfarros de las ceremonias públicas en la mayoría de las familias, el dogo Gradenigo nos concedió graciosamente una exención. Y cuando llegó el día hicimos una celebración al nivel de una auténtica fiesta ciudadana: después de la misa, siguieron el banquete y el festejo, la música, las canciones y los bailes, las bebidas y los brindis, los invitados medio borrachos que iban a parar al Canal Corte, y el lanzamiento de confeti y coriándoli. Cuando la presencia de Donata y mía ya no era imprescindible, sus damas de honor le entregaron la donora: pusieron en sus brazos durante un momento un bebé prestado, y metieron en el zapato de ella un sequin de oro, símbolos de que sería bendecida para siempre con la fecundidad y la riqueza. Luego dejamos la aún tumultuosa fiesta y nos dirigimos al interior de Ca'Polo, habitada únicamente por los sirvientes, pues los familiares se quedaron en casas de amigos durante nuestra luna de miel. Y en nuestro dormitorio, en la intimidad, descubrí en Donata una vez más a Doris, pues su cuerpo era del mismo color blanco lechoso, ornado con los mismos dos puntitos

de un rosa nacarado. Salvando la diferencia de que Donata era una mujer crecida y totalmente desarrollada con una pelusa dorada para demostrarlo, era la propia imagen de su madre, incluso con el idéntico apéndice que yo había comparado una vez con el dulce llamado labios de dama. La mayor parte de la noche fue una repetición de una tarde robada muchos años atrás. Igual que entonces enseñé, enseñaba ahora, comenzando por convertir los puntitos rosa nacarado de Donata en un ruboroso e impaciente rosa coralino. Pero aquí correré otra vez la cortina de la intimidad conyugal, aunque con un cierto retraso, porque ya lo he dicho todo: los sucesos de aquella noche fueron casi los mismos que los de aquella lejana tarde. Y esta vez también, los dos disfrutamos. Arriesgándome a parecer infiel a los viejos tiempos, puedo incluso decir que esta ocasión fue más deliciosa que las anteriores, porque ahora no estábamos pecando. 7

Cuando Donata estuvo de parto, yo estaba allí, en casa, en el hogar, a mano, junto a ella; en parte por la promesa que le había hecho a ella y a nuestra familia aún no nacida, y en parte por mi recuerdo de aquella otra ocasión en la que había estado imperdonablemente ausente. No me iban a dejar entrar en la habitación de Donata durante el parto, por supuesto, ni yo lo deseaba. Pero había hecho todo lo posible para preparar el momento, incluso había pagado generosamente al sabio médico Piero Abano, para que delegara todos sus demás pacientes a otro médico y no hiciera otra cosa más que asistir a Donata durante su embarazo. El doctor primero le inculcó lo que llamaba su régimen de los seis elementos: dieta adecuada de comidas y bebidas, períodos adecuadamente alternados de movimiento y descanso, sueño y vigilia,

evacuación y retención, aire fresco durante el día, ambientes cerrados de noche, y

«control de las pasiones de la mente». El parto no presentó dificultades, quizá porque este régimen era el más apropiado o por la «buena raza campesina» de Donata. El doctor Abano, sus dos comadronas y mi madrastra vinieron, todos juntos, a decirme que el parto de Donata había sido fácil y que el crío salió disparado como una pepita de naranja. Tuvieron que despertarme a sacudidas para contármelo pues yo había estado reviviendo mi propia experiencia pasada dé aquellos dolores de parto, y para aliviarlos, me había bebido tres o cuatro botellas de Barolo y había sucumbido al bendito olvido.

—Siento que no sea un niño -murmuró Donata cuando me dejaron entrar en la habitación para contemplar a nuestra hija por primera vez —. Debería haberlo imaginado. El embarazo y el parto fueron demasiado fáciles. La próxima vez haré caso a las viejas que dicen: «Te esfuerzas un poco más y pares un varón.»

—Calla, calla —dije —. Ahora soy el feliz destinatario de dos regalos. La llamamos Fantina.

Aunque, desde que nos conocimos, Donata se oponía bastante a que yo introdujera

«ideas no cristianas» en nuestra casa, pude convencerla de la validez de algunas costumbres extranjeras. No me refiero a las cosas que le enseñé en la cama. Donata era virgen cuando nos casamos, o sea que no podía distinguir las prácticas venecianas de las exóticas, y las universales de las particulares. Pero también le enseñé, por ejemplo, lo que yo sabía sobre el sistema que utilizan las mujeres han para estar limpias por dentro y por fuera. Le impartí, con mucha delicadeza, esos conocimientos en los inicios de nuestro matrimonio; ella vio las ventajas del hábito poco cristiano de bañarse, y lo adoptó. Después del nacimiento de Fantina insistí en que la bañaran también con frecuencia, de momento por fuera, y cuando fuera algo mayor también por dentro. Donata se resistió de entrada diciendo:

—Bañarla sí. Pero, ¿también la irrigación interna? Eso está muy bien para una mujer

casada; pero borraría la virginidad de Fantina y nunca tendría pruebas de su virginidad. Yo dije:

—En mi opinión, la pureza se descubre mejor en el vino que en el sello lacrado de la botella. Enséñale a Fantina a conservar su cuerpo limpio y dulce, y ten la seguridad de que probablemente también se conservará así su moral. Un futuro marido apreciará esa cualidad, y no necesitará más pruebas físicas.

Así que Donata obedeció, y dio instrucciones a la niñera de Fantina para que la bañara frecuentemente y a conciencia, y lo mismo hizo con todas las demás niñeras que tuvimos en la casa. Algunas al principio se sorprendían y criticaban, pero poco a poco fueron aprobándolo, y creo que entre sus círculos de sirvientes hicieron correr la

voz de que la limpieza no cristiana del cuerpo no era, como se creía comúnmente, debilitante, porque con el tiempo los venecianos de ambos sexos y de todas las edades comenzaron a ir bastante más aseados que en épocas pasadas. Yo, introduciendo esa única costumbre han, había contribuido notablemente a mejorar la ciudad de Venecia, de piel hacia fuera, por así decirlo.

Nuestra segunda hija nació casi exactamente un año después, y también sin dificultades, pero no en el mismo lugar. El dogo Gradenigo me convocó un día y me preguntó si aceptaría un puesto consular en el extranjero, en Brujas. El ofrecimiento de ese cargo oficial era un honor, yo por entonces había formado un buen equipo de colaboradores que podían ocuparse de la Compagnia Polo en mi ausencia, y en Brujas podía conseguir muchas cosas que redundarían en beneficio de la compañía. Pero no dije que sí de entrada. Aunque el empleo era en buenas tierras cristianas de Flandes, pensé que antes debería consultarlo con Donata.

Ella estuvo de acuerdo conmigo en que, por lo menos una vez en la vida, debía ver algo fuera de su nativa Venecia, así que acepté el puesto. El embarazo de Donata estaba ya avanzado cuando zarpamos, pero nos llevamos con nosotros a nuestro sabio médico veneciano, y el viaje, a bordo de una coca flamenca pesada y sólida como una roca, no fue doloroso ni para ella ni para nuestra pequeña Fantina. Sin embargo, el doctor Abano estuvo mareado durante todo el trayecto. Afortunadamente, se había recuperado ya cuando Donata salió de cuentas; y el parto volvió a ser fácil esta vez, y de nuevo Donata se quejó sólo de que había sido demasiado fácil, pues había dado a luz a otra niña.

—Calla, calla —dije —. En las tierras de Champa un hombre y una mujer no se casan hasta después de haber tenido dos hijos. Así que ahora es como si acabáramos de empezar.

A ésta la pusimos Bellela.

Venecia mantenía en Brujas un consulado permanente, y favorecía a sus más distinguidos ciudadanos Ene Acá con la oportunidad de servir allí por rotación, pues dos veces al año una numerosa flota de galeras venecianas zarpaban de Sluys, puerto suburbial de Brujas, cargadas con productos procedentes de toda la Europa del Norte. Así, Donata, Fantina y yo y poco después la pequeña Bellela, pasamos un delicioso año en la elegante residencia consular de la place de la Bourse, una casa lujosamente amueblada con todo lo necesario, incluyendo una plantilla permanente de sirvientes. Yo no estaba demasiado cargado de trabajo, pues no tenía nada más que hacer aparte de supervisar los manifiestos de embarque de la flota dos veces al año, y decidir si esta vez navegarían directamente hacia Venecia o si tenía que dejar sitio para otras mercancías, en cuyo caso podía dirigir uno o todos los barcos vía Londres o Southampton, pasando por el canal, o vía Mallorca o Ibiza en el Mediterráneo, para recoger algún producto de aquellos lugares.

Donata y yo pasamos la mayor parte del año consular regiamente agasajados por otras delegaciones consulares y por familias de comerciantes flamencos con bailes, banquetes

y fiestas locales, como la Procesión de la Preciosísima Sangre. Muchos de nuestros anfitriones habían leído la Descripción del Mundo, en una u otra lengua, todos habían oído algo sobre ella, y todos hablaban la lengua comercial, el sabir, así que me preguntaban muchas cosas sobre un tema u otro del libro, y me estimulaban a ampliar diversos aspectos. Una reunión de tarde a menudo se prolongaba hasta bien entrada la noche, porque los presentes continuaban dándome conversación y Donata se quedaba allí sentada, sonriendo con aire posesivo. Mientras había damas delante, me limitaba a hablar de temas inocuos:

—Nuestra flota ha sido cargada hoy con vuestros buenos arenques del mar del Norte, señores mercaderes. Es un pescado excelente, pero yo personalmente prefiero tomarlo fresco, como anoche, no salado ni ahumado ni escabechado. Os propongo que consideréis la posibilidad de comerciarlo fresco. Sí, sí, ya lo sé: el pescado fresco no viaja. Pero yo he visto hacerlo en el norte de Kitai, y vuestro clima es muy parecido. Podríais adoptar el sistema utilizado allí o alguna variante. En el norte de Kitai, el verano es sólo de tres meses, así que los pescadores saquean los lagos y los ríos con todas sus energías, y recogen más pesca de la que pueden vender en esa misma temporada; echan el pescado sobrante en un estanque y lo mantienen vivo allí hasta el invierno. Luego rompen el hielo del estanque y sacan uno a uno los peces que, al quedar expuestos al aire invernal, se congelan y quedan de una pieza. Los atan como leños, los cargan en haces sobre asnos y los envían así a las ciudades, donde la gente rica paga por estos manjares precios exorbitantes. Y una vez derretido y cocinado, sabe tan fresco como cualquier pez cogido en el verano.

Estos comentarios solían inspirar a dos o tres de los más ambiciosos comerciantes allí

presentes, quienes llamaban a un criado para que transmitiera un mensaje urgente a su central comercial, diciendo algo así, supongo: «Probemos la absurda idea de este hom-bre.» Pero no por ello los comerciantes abandonaban la reunión, porque cuando las señoras se retiraban a otro lugar para charlar de sus asuntos femeninos, yo divertía a los hombres con historias más picantes.

—Mi médico personal que me ha acompañado hasta aquí, el dótor Abano, tiene sus dudas sobre este tema, miceres, pero yo traje de Kitai una receta para la longevidad y quiero compartirla con ustedes. Los han que profesan la religión llamada Tao mantienen la firme creencia de que la exhalación de todas las cosas contiene partículas tan diminutas que son invisibles, pero que producen en nosotros un poderoso efecto. Por ejemplo, las partículas de la rosa, o lo que llamamos fragancia de rosa, nos hacen sentirnos benévolos cuando las inhalamos. Las partículas de carne que despide en forma de olor un buen asado de carne nos hacen la boca agua. Del mismo modo, los taoístas afirman que el aliento que pasa a través de los pulmones de

una chica joven se carga con las partículas de su joven y fresco cuerpo y que entonces, cuando ella exhala, impregna el aire del ambiente con calidades vigorosas y vigorizantes. De modo que la receta es: si queréis vivir una larga vida, rodeaos de vivaces y jóvenes doncellas. Estad lo más cerca posible de ellas. Inhalad sus dulces exhalaciones. Eso estimulará vuestra sangre, vuestros humores y otros jugos. Fortalecerá vuestra salud y alargará vuestra vida. Ni que decir tiene que si mientras tanto encontraseis otro empleo para las deliciosas y jóvenes vírgenes…

Entre risas roncas, ruidosas y prolongadas, uno de los viejos flamencos golpeó con una mano huesuda su rodilla puntiaguda gritando:

—¡Que se vaya a la porra vuestro médico personal, Mainheer Polo! Creo que es una receta extraordinaria. Yo recurriría a las jóvenes muchachas ahora mismo, ¡vaya si lo haría!, si no fuera porque sin duda mi vieja esposa tendría algo que objetar. Entre risas aún más ruidosas, levanté la voz y le dije:

—No, si actuáis con astucia, micer. El remedio para las mujeres mayores son, por supuesto, los muchachos jóvenes.

Las risas siguieron aumentando de volumen, y entre bromas socarronas circuló una nueva ronda de jarras de fuerte cerveza flamenca, y muchas veces, cuando Donata y yo dejábamos la reunión, agradecía tener a mi disposición un palanquín consular para volver a casa.

Durante el día aún tenía menos que hacer, y generalmente Donata estaba ocupada con nuestras hijas, así que me dediqué a realizar un proyecto que consideraba ventajoso para el comercio en general y para Venecia en particular. Decidí instituir allí, en Occidente, algo que me había parecido eminentemente útil en Oriente. Establecí una posta de caballos en imitación de aquella que había inventado hacía tanto tiempo el ministro de Caminos y Ríos del kan Kubilai. Me llevó tiempo, trabajo y discusiones conseguirlo, puesto que en aquellas tierras no disponía de autoridad absoluta, como la hubiera tenido en cualquier parte del kanato. Tuve que enfrentarme a una generalizada apatía, timidez y oposición de los gobiernos. Y estas dificultades se veían multiplicadas por la cantidad de gobiernos implicados: Flandes, Lorena, Suabia y otros, cada uno de los ducados y principados recelosos y de estrechas miras situados entre Brujas y Venecia. Pero yo estaba decidido y empeñado en ello y lo logré. Cuando estuvo instalada aquella cadena de postas de jinetes y estaciones de relevo, pude enviar a Venecia los manifiestos de la carga de la flota en cuanto ésta zarpaba de Sluys. La posta tardaba siete días en transportar los papeles a lo largo de setecientas millas, una cuarta parte del tiempo que podía tardar como mínimo la flota, y a menudo los mercaderes destinatarios de Venecia habían vendido ventajosamente todos los artículos del cargamento antes incluso de recibirlos.

Cuando nos llegó el momento a mi familia y a mí de dejar Brujas, tuve la tentación de trasladarnos hasta casa por el mismo y rápido sistema de postas. Pero dos de los

miembros de la familia eran pequeños y Donata estaba embarazada de nuevo, o sea que la idea era impracticable. Llegamos a casa, como habíamos salido, en barco, y lo hicimos en el buen momento para que nuestra tercera hija, Morata, naciera en Venecia. La Ca'Polo seguía siendo un lugar de peregrinaje para los visitantes que deseaban conocer y conversar con micer Marco Milione. Durante mi estancia en Flandes, mi padre los había ido recibiendo; pero él y Dona Lisa se estaban cansando de esta obligación, pues los dos eran muy ancianos y de precaria salud, y se alegraron de que yo volviera a ocupar mi sitio.

Vinieron a verme, durante aquellos años, además de bobalicones y papanatas, algunas personas distinguidas e inteligentes. Recuerdo a un poeta, Francesco da Barberino, que (como tú, Luigi) deseaba saber algunas cosas sobre Kitai para una chanson de geste que estaba escribiendo. Recuerdo al cartógrafo Merino Sañudo, que vino a pedirme permiso para incorporar algunos de nuestros mapas a un gran mapa del mundo que estaba compilando. Y se presentaron varios frailes historiadores, Jacopo D'Acqui y Francesco Pipino, y uno de Francia, Jean D'Ypres, que estaban escribiendo diversas crónicas del mundo. Vino también el pintor Giotto di Bondone, famoso por su O y por sus frescos de capilla, que deseaba saber algo sobre las artes ilustradas que practicaban los han. Pareció impresionarle lo que yo pude contarle y mostrarle, y se marchó diciendo que iba a intentar aplicar alguno de aquellos exóticos efectos en sus propias pinturas. También llegaron, a través de los muchos agentes que tenía en países orientales y occidentales, noticias de personas y lugares que había conocido. Me enteré de la muerte de Eduardo, rey de Inglaterra, a quien había conocido como príncipe cruzado en Acre. Supe que el padre Zuáne de Montecorvino, a quien había conocido justo el tiempo suficiente para detestarlo, había sido nombrado por la Iglesia primer arzobispo de

Kanbalik, y había recibido varios sacerdotes para atender las misiones que estaba fundando en Kitai y en Manzi. Me enteré de las muchas guerras que había emprendido con éxito el entonces insignificante y joven Ghazan. Entre sus diversas victorias anexionó totalmente el Imperio selyúcida a su il-kanato de Persia, y yo me pregunté qué

habría sido del bandido kurdo Zapatos y de mi vieja amiga Sitaré, pero no lo supe nunca. Tuve noticias de otras expansiones del kanato mongol: en el sur se apropió de Java, la Mayor y la Menor, y en el oeste entró hasta el Tazhikistán; pero, tal como yo había aconsejado a Kubilai, ninguno de sus sucesores se molestó nunca en invadir la India.

También pasaron cosas más cerca de casa, y no todas fueron alegres. En rápida sucesión murieron mi padre, tío Mafio y luego maregna Fiordelisa. Sus funerales fueron tan espléndidos y suntuosos, tuvieron una asistencia tan nutrida y la ciudad entera lo la-mentó tanto, que casi eclipsaron las exequias del dogo Gradenigo, que murió poco después. Aproximadamente en la misma época, aquí en Venecia quedamos horrorizados cuando el francés que había sido nombrado papa Clemente y

trasladó sumariamente la Sede Apostólica de Roma a Aviñón, en su Francia natal, para que Su Santidad pudiera estar cerca de su querida, que por ser la esposa del conde de Périgord, no podía visitarle cómodamente en la Ciudad Eterna. Quizá hubiéramos contemplado aquello con tolerancia, como una aberración pasajera, típica de un francés, si no hubiera sido porque tres años después, Clemente fue sucedido por otro francés, Juan XXII, quien al parecer estaba de acuerdo con que el palacio papal permaneciera en Aviñón. Mis agentes no me tuvieron bien informado de lo que pensaba el resto de la cristiandad sobre este sacrilegio, pero, a juzgar por la tormenta que levantó aquí en Venecia, incluyendo algunas sugerencias nada frívolas para que los cristianos venecianos nos sometiéramos a la Iglesia griega, debo suponer que el pobre san Pedro estaba rabiando en su catacumba romana.

El dogo que sucedió a Gradenigo ocupó el cargo brevemente antes de morir él también. El actual dogo Zuáne Soranzo es un hombre más joven, y probablemente estará con nosotros una temporada. También ha sido un hombre innovador. Ha instituido una carrera anual de góndola y batéli en el Gran Canal, llamada la Regata, porque los ganadores reciben premios. La Regata ha ido adquiriendo en cada uno de los cuatro años transcurridos más vida, colorido y popularidad. Actualmente, es una fiesta de un día entero-de duración, con carreras para embarcaciones de un remo, de dos remos, e incluso embarcaciones remadas por mujeres; y los premios cada año son más valiosos y más ansiados, hasta el punto de que la Regata se ha convertido en un espectáculo anual comparable a las Bodas del Mar.

Otra cosa que hizo el dogo Soranzo fue pedirme que asumiera de nuevo un cargo público, como uno de los Proveditori del Arsenal, y aún sigo en él. Es una obligación puramente ceremonial, como ser supracomito de un buque de guerra; pero de vez en cuando me acerco hasta ese extremo de la isla para fingir que realmente estoy supervisando los astilleros. Me gusta estar allí en medio del sempiterno olor a brea hirviente, viendo cobrar vida a una galera en un extremo de la atarazana a partir del simple tronco de la quilla, luego tomar forma a medida que avanza de un equipo de obreros al siguiente, que le proporcionan las costillas y el tablaje; y moviéndose siempre lentamente, pasa a través de los cobertizos donde los obreros completan su casco por ambos lados y añaden todo lo necesario, desde el cordaje y las velas de repuesto hasta el armamento y las principales provisiones, mientras otros arsenaloti están acabando la cubierta y las piezas superiores, hasta que finalmente flota en el muelle del Arsenal, convertido en un navío nuevo y completo, listo para subastarlo a algún comprador y preparado para zambullir los remos o izar las velas y emprender viaje. Es un patético

espectáculo para alguien que no va a viajar nunca más.

Yo no volveré a marcharme, a ninguna parte, y en cierto modo, podría no haber estado casi nunca fuera. Aún soy estimado en Venecia, pero ahora como algo permanente, no como una novedad, y los niños ya no van tras de mí dando cabriolas por las calles. Algún visitante ocasional de algún país extranjero, donde acaba de

aparecer por primera vez la Descripción del Mundo, aún viene para conocerme, pero mis colegas venecianos se han cansado de oír mis recuerdos y no me agradecen que contribuya con ideas recogidas de lugares lejanos.

Hace poco tiempo, en el Arsenal, el maestro naviero se sonrojó cuando yo le conté, con bastante detenimiento, que los marineros han timoneaban sus macizos navíos chuan, con sólo un único remo de dirección centrado, mucho más hábilmente que los timoneles de nuestras galeazze, que eran más pequeñas y llevaban remos dobles, uno a cada lado. El maestro naviero escuchó pacientemente mientras yo discurseaba, pero luego se alejó

gruñendo algo en voz alta sobre los «diletantes que no respetan la tradición». Sin embargo, sólo al cabo de un mes vi una nueva galera acabada de montar que no llevaba la habitual vela latina sino el aparejo cuadrado al estilo de las cocas flamencas, y un único remo de dirección, centrado y montado en la proa. No me invitaron al viaje de prueba de aquel barco, pero probablemente funcionó bien, pues a partir de entonces el Arsenal se ha dedicado a crear cada vez más modelos parecidos. También últimamente me honraron invitándome a cenar en el palazzo del dogo Soranzo. La cena estaba acompañada por la música apagada de un conjunto de músicos desde una galería alta que daba a la sala. En una pausa de la conversación comenté ante todos los comensales:

—En una ocasión, en el palacio de Pagan, en la nación de Ava, en las tierras de Champa, nos amenizaba la cena un conjunto de músicos que eran todos ciegos. Yo pregunté al mayordomo si los ciegos en aquel país encontraban trabajo como músicos con mayor facilidad. El mayordomo me dijo« «No, U, Polo. Si un niño demuestra tener talento musical, sus padres le ciegan deliberadamente para que así su oído se afine y concentre exclusivamente su atención en perfeccionar su música, de este modo algún día puede aspirar a una plaza como músico de palacio.»

Se hizo un silencio general. Luego la dogaresa dijo nerviosamente:

—No me parece una anécdota adecuada para contar en la mesa. Y desde entonces no me han invitado más.

Cuando un joven llamado Bragadino, que había estado últimamente haciendo el cascamorto a mi hija mayor Fantina, colmándola de lánguidas miradas y de enternecidos suspiros, finalmente se armó de valor y vino a pedirme si podría iniciar visitas formales de cortejo, yo para que se sintiera cómodo le dije jovialmente:

—Esto me recuerda, joven Bragadino, algo que ocurrió una vez en Kanbalik." El Cheng, el tribunal de justicia, había detenido a un hombre acusado de pegar a su mujer. La Lengua del Cheng preguntó al hombre si tenía buenos motivos para haberse comportado así, y el desgraciado dijo que sí, que había pegado a su mujer porque ella había ahogado a su hija inmediatamente después de nacer. Preguntaron a la mujer si tenía algo que decir y ella gritó: «Era sólo una hija, excelencia. No es un

crimen deshacerse de las hijas que sobran. Además eso ocurrió hace quince años.» La Lengua preguntó entonces al hombre: «¿Cómo es posible, hombre, que te hayas decidido ahora a pegar a tu mujer?»

Y el hombre contestó: «Excelencia, quince años atrás eso no importaba. Pero últimamente una epidemia de alguna enfermedad femenina ha matado a casi todas las demás doncellas jóvenes de nuestro distrito. Las novias están ahora muy buscadas, y las pocas disponibles se están cotizando a precios de princesa.»

Al cabo de un rato, el joven Bragadino carraspeó y preguntó:

—Er, ¿esto es todo, micer?

—Es todo —dije —. No recuerdo la sentencia que dio el Cheng en este caso. Cuando el joven Bragadino se hubo marchado, con aire confundido y moviendo la cabeza, mi esposa y Fantina entraron enfurecidas en la habitación y empezaron a regañarme. Sin duda las dos habían estado escuchando detrás de la puerta.

—Papá, ¿qué has hecho? ¡Gramo mi, has rechazado la mejor oportunidad de casarme de mi vida! ¡Seré para siempre una solitaria y despreciada zitella! ¡Moriré con la joya!

¿Qué has hecho, papá?

—Marcolfo vecchio! —dijo Donata en el memorable estilo de su madre —. ¡No hay escasez de hijas en esta casa! ¡Mal puedes permitirte despedir a ninguno de sus pretendientes! —También la emprendió con Fantina —. Pues desde luego no son bellezas sensacionales ni muy buscadas. —Fantina soltó un gemido desesperado y salió indignada de la habitación —. ¿No podrías dejar por una vez tus viejos y eternos recuerdos y tus viejas gracias de viajero?

—Tienes razón, querida —dije arrepentido —. Me doy perfecta cuenta. Uno de estos días lo haré mejor.

Y tenía razón. Lo reconozco. En la cuestión de los hijos, Donata había puesto su confianza en la bondad de Dios, pero el Buen Dios, después de darnos tres hijas, sin duda desesperó de proporcionar alguna vez un hijo y heredero a la casa veneciana de los Polo. El hecho de no tener descendencia masculina, no me decepcionó

abrumadoramente ni arruinó mi vida. No es muy cristiano por mi parte hablar así, ya lo sé, pero no creo que cuando mi vida se acabe tenga ya mucho interés en los asuntos de este mundo ni que las pálidas manos de mi alma se atormenten por no haber dejado un Marcolino Polo al frente de todas las mercancías del almacén y de las plantaciones de azafrán que no podré llevarme conmigo. No confesé este pensamiento al viejo pare Nardo antes de que muriera (y ese hombre clemente probablemente me hubiera impuesto una penitencia leve), ni lo confesaré al joven e

inflexible pare Gasparo (quien sería debidamente severo conmigo); pero me inclino a pensar que si existe el cielo yo no tengo muchas esperanzas de alcanzarlo, y si existe el infierno, creo que tendré otras cosas en que pensar y no podré preocuparme mucho de los éxitos de mi progenie en Rialto.

Puede que yo no sea un cristiano modélico, pero tampoco soy como esos padres orientales a los que he oído decir cosas como: « No, no tengo descendencia; sólo tres hijas.» Yo nunca he tenido prejuicios contra las hijas. Desde luego, podía haber esperado hijas más guapas y de inteligencia más brillante. Quizá soy demasiado exigente en este aspecto, después de haber tenido la suerte de conocer a tantas mujeres extraordinariamente bellas e inteligentes en mis días de juventud. Pero Donata fue una de ellas, en sus días de juventud. Si no pudo perpetuarse en sus hijas, el fallo debió de ser mío.

El pequeño raja de los hindúes me explicó en una ocasión que un hombre nunca sabe con seguridad quién es el padre de cualquiera de sus hijos; pero yo no tuve nunca el menor motivo de inquietud. No tenía más que mirar a cualquiera de ellas, Fantina, Bellela o Morata, pues todas se parecían tanto a mí que no cabía la menor duda. Ahora bien, me apresuro a asegurar que Marco Polo ha sido toda su vida un hombre apuesto. Pero a mí no me gustaría ser una núbil y joven doncella y parecerme a Marco Polo. Si yo lo fuera, y me pareciera a él, al menos esperaría tener una inteligencia brillante para compensar. Desgraciadamente, mis hijas tampoco fueron agraciadas en este sentido. No quiero decir que sean imbéciles de remate; sólo son insensibles, sosas y poco atractivas. Pero las he hecho yo: ¿debería el alfarero rechazar las únicas vasijas que haya fabricado nunca? Y son buenas chicas, tienen buen corazón, o eso repiten para consolarme las

personas de mi círculo que tienen hijas guapas. Todo lo que puedo decir, por propio conocimiento, es que son limpias y huelen bien. No, también puedo decir que son afortunadas por tener un padre que puede dotarlas con el atractivo de la riqueza. Al joven Bragadino no le afectaron demasiado mis divagaciones de aquel día, y siguió

volviendo; pero en su próxima visita limité mis disquisiciones a temas como legados, perspectivas y herencias. Él y Fantina están ya formalmente comprometidos, y Bragadino el viejo y yo pronto nos reuniremos con un notario para la impalmatura. Á

mi segunda hija, Bellela, la corteja también asiduamente un joven llamado Zanino Grioni. A Morata pronto le sucederá lo mismo, en su debido momento. No me cabe la menor duda de que las tres chicas agradecerán que ya no las llamen más las Dámine Milione; y yo no lamento terriblemente que la Compagnia, la fortuna y la Casa de los Polo a partir de ahora se vayan filtrando de generación en generación a través de las Compagnias y Casas Bragadino, Grioni, etc. Si los preceptos han son ciertos, esto podría causar consternación entre mis antepasados, desde Nicoló pasando por todos los demás hasta llegar al dálmata Pavlo, pero a mí no me preocupaba mucho. 8

Si realmente tenía que quejarme por nuestra falta de hijos varones, sería por sus efectos sobre Donata. Ella tenía sólo treinta y dos años cuando Morata nació, pero el nacimiento de una tercera hija sin duda la convenció de que era incapaz de tener descendencia masculina. Y a partir de entonces Donata, para evitar cualquier riesgo de engendrar otra hija más, comenzó a desaprobar la continuación de nuestras relaciones conyugales. Nunca rechazó, mediante una palabra o un gesto, mis proposiciones amorosas, pero empezó a vestirse y a comportarse de una manera calculada para que mi atracción hacia ella disminuyera y mi ardor por ella se enfriara.

A los treinta y dos años fue dejando que su cara perdiera tersura, su cabello lustre, y sus ojos su vivo centelleo; y empezó a vestirse con los bombazine y los mantones negros propios de una anciana. ¡A los treinta y dos años! Yo tenía entonces cincuenta, pero aún iba erguido, estaba delgado y fuerte y vestía ricos trajes apropiados a mi condición y con los colores que más me gustaban. Mi pelo y mi barba continuaban llenos de vida, con pocas canas; mi sangre corría todavía con fuerza; conservaba todos mis apetitos sensuales por la vida y los placeres; y mis ojos aún brillaban cuando veía a una deliciosa dama. Pero he de decir que cuando miraba a Donata se me enturbiaban. Su actitud de vieja la convirtió realmente en una vieja. Aún hoy es más joven de lo que era yo cuando nació Morata. Pero a lo largo de estos quince años transcurridos, se han formado en ella todas las feas líneas y contornos propios de una mujer mucho mayor: los rasgos faciales flojos, la garganta tensa y encordelada, esa joroba de anciana en la parte posterior del cuello. Los tendones que mueven los dedos aparecen visibles a través de la piel moteada de sus manos, sus codos se han convertido en una especie de monedas viejas, la carne de sus antebrazos cuelga fláccida y temblorosa, y cuando levanta sus faldas para bajar cojeando y tambaleándose por los escalones del embarcadero de la Corte hasta una de nuestras barcas, puedo ver sus tobillos pendiendo sobre los zapatos. ¿Qué se ha hecho del blanco y lechoso cuerpo, rosa nacarado y terciopelo dorado?, no lo sé; no lo he visto desde hace mucho tiempo. Repito que durante estos años Donata nunca me negó ninguno de mis derechos conyugales, pero después siempre estaba deprimida hasta que la luna volvía a cerrar su ciclo y la liberaba del temor de haber quedado embarazada de nuevo. Al cabo de un tiempo, claro, ya no había nada que temer; en todo caso por entonces yo ya no le daba motivos para temer nada. También por entonces yo pasaba de vez en cuando una tarde o

toda la noche fuera de casa, pero ella nunca me exigió ni siquiera una excusa mendaz, y menos aún me castigaba por mis pecatazzi. Bien, no podía quejarme de su tolerancia; a muchos maridos les gustaría tener una esposa tan poco reprensora y tan indulgente. Y si hoy, a la edad de cuarenta y siete años, Donata es lamentable y prematuramente anciana, yo ya la he alcanzado. Ahora tengo sesenta y cinco años, así que no es nada prematuro ni extraordinario que yo parezca tan viejo como ella, y ya no sigo pasando noches fuera de casa. Y aunque quisiera deambular, ya no tengo muchas invitaciones seductoras para hacerlo, y si las tuviera tendría que rechazarlas lamentándolo mucho. Una compañía alemana ha abierto recientemente una sucursal de su fábrica aquí en Venecia que produce un tipo de espejo totalmente nuevo.

Venden todos los que hacen, pues no hay casa elegante en Venecia, incluyendo la nuestra, que pueda pasar sin uno o dos de estos espejos. Yo admiro los relucientes espejos y la imagen nítida que ofrecen, pero también considero que tienen algunas desventajas. Preferiría creer que lo que veo cuando miro en un espejo es culpa de la imperfección y de la distorsión, en vez de tener que aceptar que me estoy viendo tal como realmente soy. La barba ahora totalmente gris, el escaso cabello gris, las arrugas y las manchas hepáticas en la piel, las bolsas hundidas bajo los ojos ahora mortecinos y apagados.

—No es preciso tener los ojos apagados, amigo Marco —dijo el dótor Abano, que ha seguido siendo nuestro médico de familia durante todos estos años, y que es tan viejo como yo —. Estos ingeniosos alemanes han creado otra maravilla de cristal. Ellos llaman al invento Brille, occhiale, si lo preferís. Los dos pedazos de cristal hacen prodigios para la vista. Sólo tenéis que sostener el objeto delante de vuestra cara y mirar esta página escrita. ¿No es mucho más clara su lectura? Ahora miraos vos mismo en el espejo.

Así lo hice y murmuré:

—Una vez, en un crudo invierno, en un lugar llamado Urumqi, vi salir del congelado Gobi a algunos hombres de aspecto salvaje y me aterrorizaron, pues todos tenían grandes ojos de cobre relucientes. Cuando se nos acercaron más vi que cada uno de ellos llevaba un aparato bastante parecido a éste. Una especie de máscara de dómino hecha de cobre fino y taladrada por una multitud de diminutos agujeros. La visibilidad a través del objeto no era demasiado buena, pero dijeron que les protegía del cegador reverbero de la nieve.

—Sí, sí —dijo Abano impacientemente —. Ya me habéis contado más de una vez la historia de los hombres con ojos de cobre, pero ¿qué opináis de los occhiale? ¿No es cierto que podéis ver con mayor viveza?

—Sí —dije aunque no con gran entusiasmo, porque lo que estaba viendo en el espejo era mi propia imagen —. Estoy observando algo que nunca había notado antes. Vois sois médego, Abano. ¿Hay alguna razón médica para explicar que me caiga el cabello en lo alto de la cabeza pero que simultáneamente me crezcan cerdas en la punta de la nariz?

Todavía impaciente dijo:

—El término médico recóndito que lo define es «vejez». Bien, ¿qué decís de los occhiale? Puedo encargar un aparato hecho especialmente para vos. Simple o con adornos, para sujetar con la mano o para atar alrededor de la cabeza, de madera con incrustación de gemas o de cuero repujado…

—Gracias, amigo, pero creo que no —dije, dejando el espejo y devolviéndole el aparato -

. He visto ya mucho en mi vida. Agradecería no tener que ver ahora todos los síntomas de la decadencia.

He recordado que justamente hoy es el día veinteavo del mes de septiembre, mi cumpleaños. Ya no tengo sesenta y cinco años. En este día he atravesado tambaleándome la línea invisible, pero a la vez demasiado clara de mis sesenta y seis.

Este recuerdo me ha abatido por un momento, pero en seguida me he erguido del todo, ignorando las punzadas del lumbago, y he sacado pecho. Decidido a no revolearme en una sensiblera autocompasión, y a darme ánimos yo mismo, me he dirigido lentamente a la cocina e inclinándome sobre el tajo he dicho a nuestra cocinera en tono familiar mientras ella trajinaba de un lado a otro:

—Nastásia, te voy a contar una instructiva y edificante historia. En las tierras de Kitai y de Manzi, más o menos en esta época del año, los han celebran la Fiesta del Pastel de Luna. Es una celebración acogedora y deliciosamente familiar, no es nada grandioso. Las familias simplemente se reúnen cariñosamente y disfrutan comiendo los pasteles de luna. Son pastas pequeñas, redondas, de gran exquisitez y muy sabrosas. Te diré cómo se hacen, y quizá me complazca preparando algunas, para que la dona, las dámine y yo podamos imaginarnos que estamos celebrando el festejo a la manera han. Coges nueces, dátiles y canela y…

Y casi inmediatamente me vi fuera de la cocina y corriendo por toda la casa en busca de Donata. La encontré en su vestidor haciendo labores y grité:

—¡Acabo de ser expulsado de mi propia cocina por mi propia cocinera!

Donata se quejó levemente, sin levantar la mirada:

—¿Has estado molestando a Nata otra vez?

—¿Molestándola? ¡Sí! ¡Eso mismo! ¿Está empleada aquí para servirnos, sí o no? La mujer tuvo la desfachatez de quejarse diciendo que está cansada de oírme hablar de los suntuosos manjares que me servían en el extranjero. No quiere oír ni una sola palabra más sobre el tema. Che braga! ¿Es ésa manera de hablar un criado a su propio amo?

Donata sonrió para consolarme. Yo comencé a pasearme de un lado a otro de la habitación, dando patadas malhumorado a todo lo que se interponía en mi camino. Y

luego continué diciendo en tono trágico:

—Parece que a nadie, ni a nuestros criados, ni a la dogaresa, ni siquiera a mis compañeros del Rialto, les interesa hoy en día aprender cosas. Sólo desean seguir estancados y que nadie les mueva ni les saque de su estancamiento. Compréndelo, Donata, no me preocupan demasiado los de fuera, ¡pero mis propias hijas! Mis

propias hijas dan suspiros, tamborilean con los dedos sobre la mesa y miran por la ventana, disimulando, cada vez que intento contarles alguna historia instructiva y edificante de la cual podrían sacar un gran provecho. ¿Estás tú, por casualidad, estimulando esta falta de respeto hacia el patriarca de la familia? Me parece muy mal. Comienzo a sentirme como aquel profeta de quien habló Jesús, cubierto de honores en todas partes, excepto en su propia tierra y en su propia casa.

Mientras duró mi diatriba, Donata permaneció sentada, sonriendo y moviendo imperturbable la aguja; y cuando me quedé sin aliento dijo:

—Las niñas son jóvenes. La gente joven a menudo nos encuentran aburridos a los viejos.

Seguí dando zancadas por la habitación un rato más hasta que el silbido de mi respiración se apagó. Luego dije:

—¡Viejos! ¡Sí! ¡Míranos, pobres viejos! Al menos yo puedo decir que me hice viejo de la manera normal, a través de la acumulación de años. Pero tú no tenías que haber envejecido, Donata.

—Todo el mundo se hace viejo —dijo ella sosegadamente.

—Tú tienes exactamente la misma edad ahora, Donata, que tenía yo el día de nuestra boda. ¿Era yo viejo entonces?

—No, estabas en la flor de la vida. Eras robusto y guapo. Pero las mujeres envejecen de manera distinta a los hombres.

—Si no lo buscan, no. Tú sólo deseabas que pasaran apresuradamente los años de fecundidad. Y eso no era necesario. Te dije hace tiempo que conocía sistemas sencillos para prevenir…

—Sistemas poco apropiados para que los mencione una lengua cristiana, o los oigan oídos cristianos. Ahora no deseo oírlos, como tampoco lo deseé entonces.

—Si me hubieras escuchado entonces —dije en tono acusador —ahora no serías un abanico de otoño.

—¿Un qué? —preguntó, levantando la vista para mirarme por primera vez.

—Es un término muy descriptivo que tienen los han. Un abanico de otoño significa una mujer que ha dejado atrás sus años de encanto y de atractivo. Como sabes, en otoño el aire es fresco y no se necesitan abanicos. El abanico se convierte en un objeto sin utilidad ni razón de existir. Lo mismo que tú, una mujer que ha dejado de ser femenina, como tú hiciste deliberadamente sólo para evitar tener más hijos…

—En todos estos años —me interrumpió en voz baja —. ¿En todos estos años has pensado alguna vez por qué lo hice?

Yo me detuve con la boca abierta todavía. Dejó su costura sobre el regazo negro de su bombazine, dobló sobre él sus amarillentas manos, me miró fijamente con los ojos marchitos que una vez fueron de color azul claro, y dijo:

—Dejé de ser una mujer cuando ya no pude seguir engañándome. Cuando me cansé de fingir ante mí misma que me amabas.

Parpadeé con perplejidad e incredulidad, y dije con un hilo de voz:

—Donata, ¿dejé alguna vez de ser cariñoso y tierno contigo? ¿Te he fallado en algo?

¿No he sido acaso un buen marido?

—¿Ves? Incluso ahora evitas pronunciar esa palabra.

—Pensé que estaba implícita. Lo siento. Muy bien, lo diré. Yo te amaba.

—Había algo, o alguien, que amabas más, y siempre lo ha habido. A pesar de nuestra proximidad, Marco, nunca estuvimos próximos. Podía mirarte a la cara y no ver sino distancia, lejanísima distancia. ¿Era una lejanía de millas o de años? ¿Era otra mujer?

Dios me perdone por creer esto… pero… ¿no era quizá mi propia madre?

—Donata, ella y yo éramos niños.

—Los que se separan de niños se olvidan de mayores. Pero tú me confundiste con ella cuando nos encontramos por primera vez En nuestra noche de bodas, yo seguía preguntándome si no era tan sólo una sustituta. Yo era virgen, sí, e inocente. Sabía lo que me esperaba sólo porque me lo habían contado confidentes de más edad; y tú lo hiciste mucho mejor de lo que había esperado. Sin embargo, yo no soy inconsciente ni estúpida, como podría serlo una de nuestras casquivanas hijas. En nuestra unión, Marco, parecía haber… algo… que no iba del todo bien. Aquella primera vez y todas las demás. Ofendido, como es lógico, dije con acritud:

—Tú nunca te quejaste.

—No —dijo ella, con aire pensativo —. Y eso formaba parte de la situación equívoca: yo disfrutaba siempre, pero en cierto modo sentía que no debía. No puedo explicártelo a tí

más de lo que puedo explicármelo a mí misma. Lo único que podía pensar era: «Quizá

estoy disfrutando de algo que, por derecho, debía corresponder a mi madre.»

—¡Qué ridículo! Todo lo que me gustaba en tu madre lo he encontrado también en ti. Y

más. Tú has sido mucho más para mí, Donata, y te he querido mucho más de lo que quise nunca a tu madre.

Donata pasó la mano por delante de su cara como si apartara una telaraña que hubiera caído allí:

—Si no era ella, si no era otra mujer, entonces debió de ser la absoluta distancia que siempre sentí entre nosotros.

—¡Vamos, querida mía! Si apenas me he alejado de tu vista desde el día de nuestra

boda, y nunca he estado fuera de tu alcance.

—No, en tu presencia física, no. Pero sí en las partes de ti que yo no podía ver ni alcanzar. Tú has estado siempre enamorado a distancia. En realidad nunca volviste a casa del todo. Era injusto por tu parte pedir a una mujer que disputara tu amor a una rival a la que nunca podría vencer. La distancia. Los lejanos horizontes.

—Tú me impusiste una promesa sobre estos lejanos horizontes. Yo la acepté y la he cumplido.

—Sí, en tu presencia física la has cumplido. Nunca volviste a marchar. Pero, ¿hablaste o pensaste alguna vez en otra cosa que no fueran los viajes?

—Gésu! ¿Quién está siendo ahora injusto, Donata? Durante casi veinte años he sido tan pasivo y complaciente como aquel zerbino de la puerta. Te he dado poder sobre mí para decir dónde debía estar y qué debía hacer. ¿Te estás quejando ahora de que no te di autoridad sobre mis recuerdos, mis pensamientos, mis sueños despierto o dormido?

—No, no me estoy quejando.

—Eso no responde exactamente a la pregunta que te he hecho.

—Tú mismo has dejado unas cuantas preguntas sin responder, Marco, pero no te acosaré. —Finalmente apartó de mí sus ojos enlutados, y volvió a coger su labor —. Después de todo, ¿qué estamos discutiendo ahora? Nada de eso importa ya. De nuevo me detuve con la boca abierta y las palabras a medio pronunciar, palabras no dichas por parte de ambos, me imagino. Di una o dos vueltas más alrededor de la habitación, rumiando:

—Tienes razón —dije al final con un suspiro —. Somos viejos. Hemos dejado atrás las pasiones. Hemos dejado atrás luchas y esfuerzos, la belleza del peligro y el

peligro de la belleza. Lo que hicimos bien o lo que hicimos mal, nada de eso importa ya. Ella también suspiró y se encorvó de nuevo sobre su labor. Me quedé un rato de pie pensativo, mirándola desde el otro extremo de la habitación. Un haz de luz del sol de aquella tarde de septiembre lo envolvía e iluminaba su labor. El sol no avivaba demasiado su sobrio atuendo y tenía el rostro abatido, pero la luz jugueteaba en su cabello. En otra época, el brillo del sol habría hecho destellar su cabellera, dorada como el trigo en verano. Ahora, su inclinada cabeza tenía más bien el melancólico y dulce tono del trigo en la gavilla, un suave y somnoliento color pardo, ribeteado con las pri-meras escarchas del otoño.

—Septiembre —pensé en voz alta sin darme cuenta.

—¿Qué dices?

—Nada, querida mía. —Atravesé la habitación hasta donde ella estaba, me incliné y besé

su querida cabeza, no amorosamente sino con una especie de cariño paternal —. ¿Qué

estás haciendo?

—Parechio. Pequeños adornos del vestido para la boda y la luna de miel. Es mejor prepararlo con antelación.

—Fantina es una muchacha afortunada por tener una madre tan previsora. Donata alzó la mirada y me dirigió una apagada y triste sonrisa.

—Sabes, Marco… he estado pensando que aquella promesa que hiciste, y que has cumplido, está ya a punto de expirar. Quiero decir que como Fantina se casará pronto y se marchará, Bellela está comprometida y Morata es casi una mujer, si tú tienes anhelos de marcharte a algún sitio…

—Sí, tienes razón de nuevo. No lo había calculado, pero estoy a punto de volver a conseguir la libertad, ¿no es así?

—Y yo te dejo marchar libremente. Pero te echaré de menos. A pesar de lo que te dije antes, te añoraré terriblemente. Sin embargo, yo también mantengo mis promesas.

—Sí, las mantienes, sí. Y ahora que lo dices, quizá me lo piense. Después de la boda de

Fantina podría marcharme, pero sólo un viaje corto, claro, para estar de vuelta cuando se celebre la boda de Bellela. Puede que sólo vaya hasta Constantinopla, a ver al viejo Cuzín Nico. Sí, podría hacer eso. Pero cuando mejore mi espalda, claro.

—¿Te vuelve a doler? ¡Oh, Dios mío!

—Niente, niente. Una punzada de vez en cuando y nada más. No hay por qué

preocuparse. Pero, querida niña, una vez en Persia y otra en el Kurdistán tuve que montar a caballo (no, la primera vez fue en camello) y echarme a cabalgar a pesar de que los garrotes de los bandidos me habían medio abierto la cabeza. Quizá te haya contado ya estos incidentes y…

—Sí.

—¿Sí? Bueno. Te agradezco la sugerencia, Donata. ¡Viajar de nuevo! Lo pensaré, sí. Me fui a la habitación de al lado, que era mi gabinete de trabajo para cuando me llevaba a casa algo que hacer, y Donata debió de oír que revolvía papeles porque me dijo a través de la puerta:

—Si estás buscando alguno de tus mapas, Marco, creo que los tienes todos guardados en el fondaco de la Compagnia.

—No, no. Sólo busco papel y pluma. Creo que terminaré esta última carta a Rustichello.

—¿Por qué no te instalas en el jardín? Hace una tarde tranquila y agradable. Podrías estar fuera disfrutando del día. No tendremos muchos días como éste antes de que llegue el invierno.

Cuando comenzaba a bajar las escaleras, Donata me dijo:

—Los chicos vienen a cenar esta noche, Zanino y Marco. Por eso Nata estaba tan ocupada en la cocina, y probablemente por eso fue tan grosera contigo. Como tendremos invitados podríamos establecer un pequeño pacto, ¿te parece?: no sacar a relucir en la mesa ninguna de nuestras discusiones.

—Se han acabado las discusiones, Donata, ni esta noche ni nunca más. Siento realmente haber dado pie alguna vez a estos conflictos. Como bien dijiste, disfrutemos tranquilamente de los días que nos quedan. De todo lo que pasó antes, nada importa ya. Así que saqué recado de escribir aquí fuera, al pequeño patio situado junto al canal y que llamamos nuestro jardín. Ahora tiene crisantemos, la flor de Manzi, crecidos de semillas que me traje de allí, y los colores de oro, fuego y bronce ofrecen un gallardo panorama en el tibio sol de septiembre. Las ocasionales góndolas que pasan por el canal se acercan hasta aquí para que sus ocupantes puedan admirar mis exóticas flores, pues la mayoría de los demás jardines y jardineras de ventana de Venecia tienen flores en verano que ya se han puesto marrones, lánguidas y tristes en esta época del año. Me senté en este banco, lenta y cuidadosamente, para no avivar las punzadas de mi espalda, y escribí la conversación que acababa de terminar; y ahora hace un rato que simplemente estoy aquí, sentado, pensando.

Hay una palabra, asolare, que fue acuñada aquí en Venecia, pero ahora me parece que se la han apropiado todas las lenguas de la península italiana. Es una palabra acertada y útil: asolare significa sentarse al sol y no hacer absolutamente nada, todo eso en una sola palabra. En toda mi vida nunca hubiera pensado que alguna vez pudiera aplicármela a mí mismo; y Dios sabe que no me la pude aplicar durante la mayor parte de mi vida. Pero ahora, cuando miro hacia atrás, hacia todos esos años repletos, los viajes incesantes, las millas, lis y farsajs llenos de incidentes, los amigos, los enemigos y las personas amadas que viajaron junto a mí durante un tiempo y que luego perdí por el camino, recuerdo una regla de oro que mi padre me enseñó hace mucho tiempo, cuando yo me estrenaba como viajero. Me dijo: Si alguna vez te pierdes en un desierto, Marco, dirígete siempre montaña abajo. Siempre hacia abajo, y en algún momento llegarás al agua, y donde hay agua habrá siempre comida, refugio y compañía. Puede

que sea un largo camino, pero ve siempre hacia abajo y al final llegarás a algún lugar recogido, cálido y seguro.»

Yo he recorrido un largo, un largo camino, y aquí está por fin el pie de la montaña, y aquí estoy yo: un hombre viejo tomando el sol en los últimos rayos de una tarde mortecina, en un mes menguante, en la estación de la caída de la hoja. En una ocasión, cabalgando con el ejército mongol, me di cuenta de que un caballo de batalla galopaba en una de las columnas, marcando limpiamente el paso dentro del escuadrón, bellamente enjaezado con armadura de cuero de cuerpo entero, con espada y lanza en la vaina; pero la silla de montar estaba vacía. El orlok Bayan me dijo: «Era el corcel de un buen guerrero llamado Jangar. Le llevó a muchas batallas, donde luchó

valientemente, y a esta última batalla, donde ha muerto. El caballo de Jangar continuará

armado cabalgando con nosotros mientras su corazón le llame al combate.»

Los mongoles sabían bien que incluso un caballo prefería caer en el combate, o correr hasta que su corazón fallara, a que lo retiraran a una verde pradera y allí, inútil y ocioso, esperar, esperar, esperar.

Miro hacia atrás y pienso en todo lo que he anotado aquí, y en todo lo que está escrito en el primer libro, y me pregunto si no podría haberlo dicho todo con sólo cinco palabras: «Me marché y he regresado.» Pero no, eso no habría sido totalmente cierto. El hombre que vuelve a casa no es nunca el mismo, tanto si regresa de un monótono día de trabajo en su despacho como si vuelve al cabo de muchos años pasados en lejanos países, en largos caminos, en melancólicas distancias, en tierras donde la magia no es misterio sino un hecho cotidiano, en ciudades que merecen poemas como: Tenemos el cielo lejos, yo y tú.

Pero en la tierra tenemos Hang y Su.

Antes de que me relegaran a la categoría de tópico y me ignoraran, hubo, una temporada en que se burlaban de mí tachándome de mentiroso, fanfarrón y fabulador. Pero aquellos que se burlaban de mí estaban equivocados. Volví con muchas menos mentiras de las que había llevado conmigo cuando marché. Salí de Venecia con los ojos brillantes por la expectativa de encontrar aquellas tierras de ensueño, el país de Cucaña, descritas por los primeros cruzados y por los biógrafos de Alejandro y por todos los demás creadores de mitos; esperando ver unicornios y dragones, al legendario rey santo, el préte Zuáne, a hechiceros fantásticos, y religiones místicas de envidiable sabiduría. También encontré estas cosas, y si volvía para decir que no todo lo que vi respondía a las leyendas que nos habían contado, ¿la verdad que contenían no era igualmente maravillosa?

Las personas sentimentales hablan del corazón desgarrado, pero también ellas están equivocadas. El corazón no se desgarra nunca. Yo lo sé bien. Cuando mi corazón se inclina hacia Oriente, como hace tan a menudo, se dobla muy dolorosamente, pero nunca se desgarra.

Arriba, en la habitación de Donata, le hice creer que me había sorprendido agradablemente con las noticias de que el largo cautiverio en casa se había terminado finalmente. Fingí que durante años no había estado pensando: «¿Es ahora el momento de marchar?», y decidiendo cada vez: «No, no, aún no», por respeto a mis responsabilidades, a mi promesa de quedarme, a mi envejecida esposa, y a mis tres poco excepcionales hijas; diciéndome a mí mismo cada vez: «Esperaré una ocasión más propicia para emprender la marcha.» Arriba, en la habitación de Donata, ungí también que recibía con alegría la noticia de que ya podía marcharme. Y sólo para aparentar agradecimiento por su propuesta, fingí también que si, que ahora podría volver a viajar.

Sé que no lo haré. La estaba engañando cuando se lo di a entender, pero era sólo un pequeño engaño, y lo hice amablemente, y ella no se enfadará cuando se dé cuenta de que la estaba engañando. Pero a mí mismo no puedo engañarme. He esperado demasiado tiempo, y ahora soy demasiado viejo; la ocasión ha llegado demasiado tarde. El viejo Bayan era aún un guerrero cuando tenía aproximadamente mi edad. Y más o menos a esta misma edad, mi padre e incluso mi sonámbulo tío emprendieron el largo y duro viaje de regreso a Venecia desde Kanbalik. Viejo como soy, no estoy más gastado que ellos entonces. Quizá incluso mi dolor de riñones mejoraría con las sacudidas de un largo viaje a caballo. No creo que sea la debilidad física lo que me disuade ahora de volver a viajar. Más bien, tengo la melancólica sospecha de que he visto todo lo mejor, lo peor y lo más interesante que había que ver, y en caso de que ahora pudiera marcharme, la comparación resultaría decepcionante.

Desde luego, no tengo la menor esperanza de que en alguna calle, en alguna ciudad de Kitai o Manzi, pudiera inesperadamente volver a encontrarme con una bella mujer, como aquí en Venecia encontré a Donata, que me recordaba irresistiblemente a otra bella mujer de tiempos atrás… ¡Ah!, por esa posibilidad viajaría, a cuatro patas si

fuera preciso, hasta los confines de la tierra. Pero eso es imposible. Y además, por mucho que una mujer recién conocida pudiera parecerse a la mujer recordada, no sería ella. Así que no me marcho. Io me asoló. Me siento a los últimos rayos de luz, aquí en la última pendiente de la larga montaña de mi vida, y no hago absolutamente nada… aparte de recordar, pues tengo mucho que recordar. Como comenté hace tiempo ante la sepultura de otra persona, poseo un tesoro de recuerdos que pueden animar la eternidad. Puedo disfrutar de estas reminiscencias en todos los moribundos atardeceres como éste y luego en todas las infinitas noches muertas bajo tierra.

Pero también dije una vez, quizá más de una vez, que me gustaría vivir para siempre. Y

una encantadora dama me dijo en una ocasión que yo nunca envejecería. Bueno, gracias a ti, Luigi, estas dos cosas maravillosas pueden llegar a pasar. No puedo predecir si el Marco Polo disfrazado y ficticio de tu nueva obra será bien recibido; pero el libro anterior que tú y yo compilamos juntos parece haber conquistado un lugar seguro en las bibliotecas de muchos países, y parece que perdurará. En aquellas páginas yo no era viejo, y en ellas continuaré viviendo a medida que las lean. Te estoy muy agradecido por esto, Luigi.

El sol se está poniendo ya, la luz dorada se desvanece, las flores de Manzi comienzan a cerrar sus pétalos, y la niebla azul sube desde el canal tan melancólica y azul como los recuerdos. Y ahora me entregare a la somnolencia de un viejo, a los sueños de un joven. Me despido de ti, Rustichello de Pisa, y suscribo esta carta: MARCO POLO DE VENEC1A

Y DEL MUNDO,

SU YIN

fechado este veinteavo día

de septiembre en el año

de Nuestro Señor 1319;

según el cómputo han 4017,

el año del Carnero.

EPILOGO

Actualmente sólo existen unas cuantas reliquias del viajero Marco Polo. Pero uno de los objetos que trajo de sus viajes está en la colección Céramique Chinoise del Louvre. Es un pequeño incensario de porcelana blanca.



GARY JENNINGS (1928 —1999), Nació el 20 de septiembre de 1928 en Buena Vista, Virginia. Después de graduarse en el instituto Eastside High School de Paterson, Nueva Jersey, se hizo cargo de una pequeña escuela. A partir de entonces fue básicamente autodidacta. Jennings murió el viernes 13 de febrero de 1999 en Pompton Lakes, Nueva Jersey. Sus novelas se hicieron famosas por sus detalles históricos y contenidos gráficos ocasionales. Jennings hizo grandes trabajos de investigación antes de escribir sus obras: vivió durante 12 años en México para buscar información que emplearía en sus novelas sobre los aztecas; viajó a los Balcanes para la investigación de su libro "Raptor" (en castellano: Halcón, editado por Planeta) y se unió a nueve compañías de circo mientras escribía "Spangle" (lentejuela en español). Produjo también un número de novelas para lectores jóvenes tales como A Rope in the Jungle y una historia de ocultismo Black Magic, White Magic. Una tercera novela, "Sangre Azteca" ("Aztec Blood") fue publicada tras su muerte. Se basó en ideas suyas y fue aprobada por su editor tras ser escrita por Junius Podrug (dato a verificar). Jennings siguió la ruta de Marco Polo para la escritura de "El viajero". Gary Jennings murió el Viernes 13 de febrero de 1999 en Pompton Lakes, New Jersey, a los 70 años de edad por una insuficiencia cardiaca. Gary hizo innumerables viajes para escribir y describir el libro de Azteca..